



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>

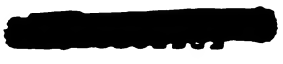
RIERA - PONS, S. J.

VIDA
DE
Santa Teresa de Jesús

GUSTAVO GILI
EDITOR
BARCELONA



G868
T271Br



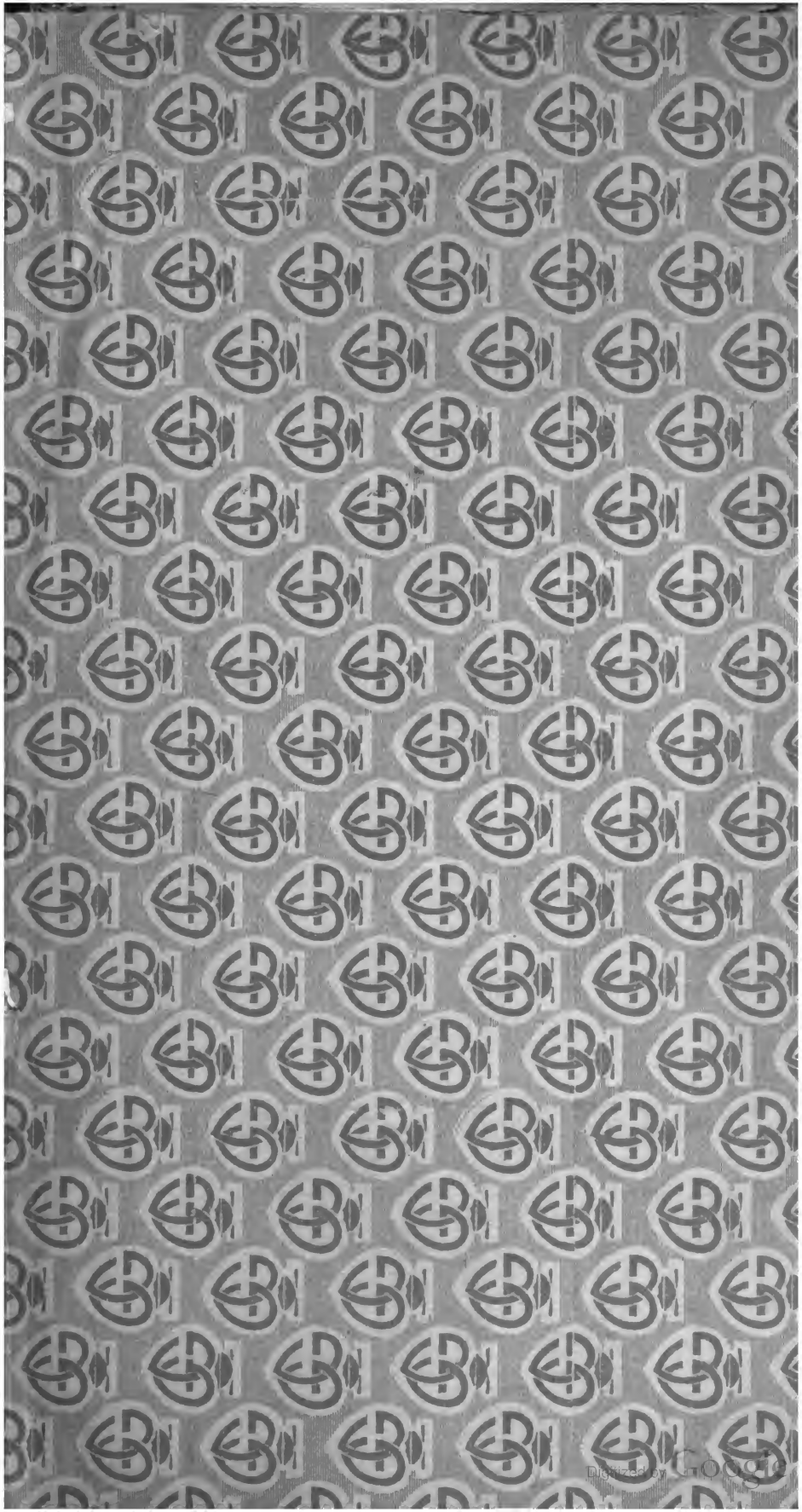
G868 T271BR LAC



LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA
COLLECTION





2512 - 5-

~~2512~~ - 5-

VIDA
DE
SANTA TERESA DE JESÚS

ES PROPIEDAD





B. Maura, D.^{na} y C.^{ma}

Madrid, 1882

+
teresa de jesus.

+

VIDA DE **SANTA TERESA DE JESÚS**

POR EL
P. Francisco de Ribera

NUEVA EDICIÓN
AUMENTADA CON UNA INTRODUCCIÓN, COPIOSAS NOTAS Y APÉNDICES
POR EL

P. Jaime Pons
Ambos de la Compañía de Jesús

PRECEDE Á LA «VIDA» UN ESTUDIO PRELIMINAR:
SANTA TERESA DE JESÚS, DOCTORA MÍSTICA

por el
Rmo. P. Luis Martín
Preósito General de la misma Compañía

EDICIÓN ILUSTRADA CON EL RETRATO DE LA SANTA, GRABADO POR MAURA,
UNA LÁMINA
Y UN MAPA DE LOS ITINERARIOS DE SANTA TERESA

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

LIBRARY
36 OF TEXAS

BARCELONA
GUSTAVO GILI, Editor
Calle de la Universidad, 45
MCMVIII

IHS.

Cum opus, cui titulus est Vida de Santa Teresa de Jesús, a P. Jacobo Pons nostrae Societatis sacerdote compositum, aliqui ejusdem Societatis revisores, quibus id commissum fuit, recognoverint et in lucem edi posse probaverint; facultatem concedimus, ut typis mandetur, si ita iis, ad quos pertinet, videbitur.

In quorum fidem has litteras manu nostra subscriptas et sigillo Societatis nostrae munitas dedimus.

Dertusae 24 Junii 1908.

ANTONIUS INESTA, S. J.

IMPRÍMASE:

Barcelona, 31 Enero de 1908.

EL VICARIO GENERAL,

† Ricardo, Obispo de Eudoxia

Por mandado de Su Señoría,

LIC. JOSÉ M.^a DE ROS, PBRO.

Scrio. Can.

INTRODUCCIÓN

- I. El P. Francisco de Ribera proto-biógrafo de Santa Teresa.—
II. La «Autobiografía».—III. Bio-bibliografía Teresiana.

Entre todos los Santos que venera la Iglesia en los altares, apenas habrá uno solo que sea tan universalmente respetado, admirado y venerado como Santa Teresa de Jesús, prez incomparable de su sexo y una de las glorias más puras de la nación española. Los mismos incrédulos y racionalistas que, víctimas de sus preocupaciones de secta, le niegan el dictado de Santa y no quieren reconocer en ella los dones y carismas sobrenaturales con que estuvo adornado su célico espíritu, se ven como forzados á admirar y celebrar con grandes encomios, las eminentes cualidades y dotes extraordinarias de su alma privilegiada. Hace ya más de tres centu-

(1) Juvencio, *Histor. Societatis Jesu*, part. 5.^a lib. XXIV, pág. 775.—*Litterae ann.* 1590-91, p. 617.—Nieremberg, *Varones ilustres*, t. IX, p. 220.—La Puente, *Vida del P. Baltasar Alvarez*, cap. XXXI, p. 331.—Sotwel, *Biblioth.*, S. J., p. 247.—Sommervogel, *Bibliothèque de la Comp. de Jésus*, t. VI, col. 1761 sigs.—Tanner, *Societas Jesu, apostolorum imitatrix*, p. 349.—Nadasi, *Annus dierum*, 24.^a nov., p. 289.—Drews., *Fasti*, 24.^a nov., p. 461.—Patrignani, *Ménolog.*, 24.^a nov., p. 168.—Bouix, *Vie de Sainte Thérèse, par le P. Ribera*, Prefacio, p. XXIII.—Guilhermy, *Ménologe de la C. de Jésus, Assistance d'Espagne*, 3.^a, p. 24.^a nov., p. 451.—Halloix, *Vita P. Franc. Ribera*; precede á los comentarios del P. Ribera, *in Apocalypsim*.—Vandermoere, *Acta S. Teresiae*, § I.—D'Oultreman, *Tableaux des personnages signalés de la Comp. de Jésus*, p. 208.

rias que desapareció de entre los mortales; y la gloria de su nombre, lejos de amenguarse en lo más mínimo, ha ido acrecentándose y extendiéndose con el andar de los tiempos por todas las naciones cultas y civilizadas.

No poco han contribuído á esta universal glorificación de la incomparable Virgen Avilesa la difusión de sus escritos, traducidos á todas las lenguas europeas, y el haber celebrado sus heroicas virtudes y portentosas hazañas tantos y tan eminentes biógrafos.

Entre todos ellos llevóse la palma el autor de la presente vida, Padre Francisco de Ribera, de la Compañía de Jesús, no sólo por haber sido el primero, sino también por reunirse en él todas las dotes y cualidades que puedan apetecerse en el verdadero historiador, á saber: perfecto conocimiento de la materia, preclaro ingenio, maduro juicio, memoria tenaz, santidad nada vulgar, crítica sagaz y veracidad á toda prueba, sellada, por decirlo así, con el más solemne de los juramentos, según el testimonio de Fray Diego de Yepes, segundo biógrafo de la Santa Madre.

Principalmente, dice este escritor, publica la santidad de la Madre Teresa de Jesús el doctísimo Padre y doctor Francisco de Ribera, el cual, después de haber escrito con tanta aceptación sobre los doce Profetas Menores, sobre la Epístola de San Pablo á los Hebreos, sobre el Apocalipsi, y estando ocupado en otros trabajos de importancia, tuvo tanta devoción y estima de la santidad admirable y virtudes de la Santa Madre Teresa de Jesús, que sin tener otro fin que le moviese, más que la gloria de Dios y que tan grande Santa fuese conocida en su Iglesia, y en agradecimiento de algunas mercedes particulares, que por su medio é intercesión había recibido del Señor, como él confiesa, empleó su vejez en escribir un libro de su vida y milagros, donde, diciendo cosas tan altas y heroicas de esta Santa, siempre le parece queda corto... Y aunque para que se diese más crédito á su libro bastara su autoridad, por ser un hombre de mucha reli-

gión y virtud; con todo; en el testimonio que da en la *Información* de su canonización, *confirma debajo de juramento lo que escribió en su libro*. Hizo también grandes averiguaciones, y escribió con gran fidelidad todo lo que en el libro dijo, y sólo este testimonio bastara para acreditar tanta y tan admirable virtud (1).

I

Fué el Padre Francisco de Ribera, natural de Villacastín, diócesis de Segovia, donde nació el año de 1537. Hizo sus estudios en la célebre Universidad de Salamanca, siendo Colegial en el insigne Colegio Mayor, llamado del Arzobispo, recién fundado por D. Alfonso de Fonseca, prelado que fué sucesivamente de Santiago y de Toledo, hijo del Patriarca del mismo nombre y descendiente de una ilustre familia de Salamanca.

Terminada con gran brillantez la carrera, y siendo ya consumado teólogo y eminente escriturista, abandonó Ribera aquel centro universitario y retiróse á vivir á su pueblo natal, donde se entretenía en perfeccionar sus estudios de la Sagrada Escritura, y de las tres lenguas latina, griega y hebrea, en que salió peritísimo.

Quiso Nuestro Señor, por sus soberanas trazas, que en las pretensiones que intentó tuviera poca ventura, que fué para él muy buena ventura, como dice el Padre Luis de La Puente (2).

Pasando una vez por Villacastín el Padre Martín Gutiérrez, Rector del Colegio de Salamanca, que allí le había conocido, tratado y confesado, fué á visitarle; y después que

(1) *Vida de Sta. Teresa de Jesús*, Prólogo.

(2) *Vida del P. Baltasar Alvarez*, cap. XXXI. La mayor parte de los datos que aquí damos están tomados de este capítulo.

los dos hubieron conferido algunas cosas, díjole el Doctor Ribera cómo estaba resuelto á retirarse á vivir en una casa que está en aquel pueblo pegada á una ermita de Nuestra Señora, con quien tenía especial devoción, y desde allí acudir á predicar por los lugares comarcanos, gastando el demás tiempo con sus libros. Preguntó al Padre Gutiérrez qué le parecía de aquel modo de vida que pensaba emprender. Contestóle el santo varón: Señor Doctor, muy bien me parece su determinación, pero mire que se queda con la mejor prenda, que es su propia voluntad. Esta palabra le penetró el corazón de tal manera, que, alumbrado con luz del cielo, se determinó á dejar del todo el mundo, y abrazar el Instituto de la Compañía de Jesús, donde podría ejercitarse en los mismos estudios y ministerios, sin mezcla de propia voluntad, siguiendo la de la obediencia, que nos ajusta á la divina.

Hecha la resolución, aunque se detuvo algunos días, por atender al remedio de algunas señoras, deudas suyas, muy honradas, pero finalmente, rompiendo por todas las dificultades, se fué á Salamanca, donde el Padre Martín Gutiérrez le recibió en la Compañía en 1570, contando ya el Doctor Ribera 33 años de edad. Enviáronle á Medina del Campo y allí dió comienzo á su noviciado bajo la sabia dirección del eminente maestro de la vida espiritual, Padre Baltasar Alvarez, uno de los más insignes directores de Santa Teresa de Jesús.

Emulando las heroicas virtudes de tan excelente y experimentado Maestro, y aprovechándose del gran caudal de naturaleza y gracia que el Señor le había comunicado, se empapó nuestro novicio, en el espíritu propio de la Compañía de Jesús, como si desde mozo se hubiera criado en ella, aventajándose con grande excelencia en todas las virtudes, especialmente en aquélla, cuyo amor le trajo á la religión, que era la obediencia; guardando con exquisita escrupulosidad todas las reglas y las demás ordenaciones de los superiores,

no sólo mientras fué novicio, sino todo el tiempo de su vida, sin que fuesen parte los estudios y ocupaciones que tuvo, para entibiarle en esto, ó dejara de observar cualquier regla por pequeña que pareciese.

No era su fervor, dice el Padre La Puente, como el de los novicios mozos, que á modo de ollas puestas á grande fuego, hierven á borbollones, y vierten lo que tienen por defuera, con estruendo; sino un fervor grave, substancial y reposado, á modo de olla que hierve á fuego manso, y cuece mejor lo que tiene dentro de sí, y es de más dura: y así, con la gravedad y peso de sus sólidas virtudes, era la edificación de todos. Fué insigne en la modestia y compostura del cuerpo, y en la moderación de sus acciones; humilde sobre manera y amigo de consultar sus dudas, y de ser enseñado de otros, aun de los que sabían menos que él; muy apacible y afable en su conversación, y con el ejemplo de sus eminentes virtudes, se conciliaba fácilmente el afecto de cuantos frecuentaban su trato.

Concluído su noviciado, permaneció todavía algunos años el Padre Ribera en Medina del Campo. Mientras tanto fué nombrado Rector del colegio de Salamanca su Maestro de novicios el Padre Alvarez: y como se tratase á la sazón, de abrir en aquel colegio una cátedra de Sagrada Escritura, deseó, el nuevo Rector, y obtuvo del provincial que nombrara profesor de ella al Padre Francisco de Ribera, de quien tenía prendas de que, con sus excelentes virtudes y consumada ciencia sagrada, edificaría á la vez y alentaría á los hermanos estudiantes. En 1575 dió principio á sus sabias explicaciones con grande aplauso no sólo de los de la Compañía sino también de los estudiantes y profesores de aquella celeberrima Universidad, y por espacio de 16 años no interrumpió ya tan santa tarea hasta el fin de sus días.

Profundo conocedor de los textos originales de nuestros Libros Santos, sumamente versado en el estudio de los Santos Padres, y además eminente teólogo y crítico muy erudito, el Padre Ribera fué uno de los más notables comentaristas

de la Sagrada Escritura en el siglo xvi, como lo manifiestan claramente sus notabilísimos comentarios sobre los 12 Profetas menores, el Apocalipsis de San Juan, la Carta de San Pablo á los Hebreos y otros (1).

Hermanábanse en él admirablemente la ciencia con la más acendrada piedad. Para todo se ayudaba de la oración, en que gastaba muchas horas del día y de la noche, y de ella se valía para la inteligencia de la Sagrada Escritura, añadiendo á veces ayunos y otras penitencias; y cuando se hallaba muy atajado en algún lugar de los Libros Santos, muy dificultoso, se retiraba por algunos días á ejercicios, y por estos medios le descubría Nuestro Señor lo que deseaba saber. Una persona muy digna de crédito refirió, dice el Padre La Puente, que predicando el Padre Ribera un día de San Andrés, vió una grande luz que cercaba al dicho Padre, y en esta luz vió á Cristo Nuestro Señor, que con grande majestad y hermosura asistía allí, y con rostro alegre miraba al predicador, y tenía los brazos abiertos sobre sus hombros como quien le tenía debajo de su protección. En el discurso del sermón dijo el Padre estas palabras: *¡Oh grandeza de nuestro gran Dios! Que no hay tilde en la Sagrada Escritura, que no esté llena de misterios, llenos de verdades; en*

(1) He aquí el catálogo de todas sus obras: 1) *In librum duodecim Prophetarum commentarii, sensum eorumdem Prophetarum historicum et moralem, persæpe etiam allegoricum, complectentes*. Va dedicado á D. Juan de Ribera, Patriarca de Antioquia, Arzobispo de Valencia é íntimo amigo de nuestro autor. Fué repetidas veces editada esta obra. Salamanca, 1587 y 1588, Roma 1590, Colonia 1599, 1600, Brescia 1605, París, 1611.—2) *In Sacram B. Johannis Evangelistæ Apocalypsim, commentaria*. Salamanca 1591, Lyon 1593, Amberes 1594, 1623, Duai 1623.—3) *In Epistolam B. Pauli Apostoli ad Hebraeos commentarii*. Salamanca 1598, Colonia 1600, Tours 1601.—4) *In Sanctum Jesu Christi Evangelium secundum Joannem commentarii*. Lyon 1623, Colonia 1623.—5) *De Templo et de iis quæ ad Templum pertinent*. Ordinariamente va junto con los comentarios al Apocalipsis.—6) *Vida de Santa Teresa de Jesús*. Se hicieron de ella varias ediciones y fué además traducida á casi todas las lenguas europeas, como veremos más adelante.

Dejó el Padre Ribera al morir numerosas obras inéditas. Las principales son: *In Issaiam commentarii* 1 t. en 4.º—*In Psalmos Davidis comentarii historici*.—*In Epistolas B. Pauli*.—*Summa in 12 Prophetas*.—*In Evangelium Matthæi commentarii*.—*Commentarii in Cantica Canticorum*.—*In Ezechiel commentarii*.—*De gratia Christi*. Cfr. Sommervogel, t. VI, col. 1761-1767.

fin, como dichas por la boca que es la misma verdad. Entonces oyó esta persona á Cristo Nuestro Señor, que con voz amorosa la dijo: *Hija, éste es un verdadero varón, que da sano y verdadero sentido á mi Escritura; y así infundido en él mis verdades, porque sabe estimar lo que me costó darlas á conocer á los hombres, que fué mi sangre; bien has acertado en tenerle por confesor; cree lo que te dijere, que en él me hallarás á mí, y sabrás cómo has de hacer mi voluntad.* Esta revelación, añade el Padre La Puente, se me hace muy creíble que fué de Nuestro Señor, por haber conocido y tratado mucho al Padre Ribera, y visto en él las virtudes que quedan referidas y el celo que tenía de entender, leer y predicar con pureza las Sagradas Escrituras, y de ayudar y aprovechar á las almas.

Algunos escritores (1), fundados en estas palabras, aseguran ó insinúan que la persona á quien alude aquí el Padre La Puente era Santa Teresa de Jesús. Mas esto en manera alguna puede admitirse, puesto caso que el mismo Padre añade casi á continuación: «Tres días después de la muerte del Padre Ribera, la persona que tuvo la visión que referimos, acabando de comulgar fué arrebatada en espíritu, y la pareció estar en el cielo, donde vió al dicho Padre Francisco de Ribera con grande gloria, muy cerca de Dios, de cuyo pecho salía una gran luz, que entraba por el pecho del mismo Padre, y le ilustraba todo con grande hermosura y alegría, y le tenía muy unido con Dios, y por ella entendía grandes cosas de la verdad que él había enseñado en el mundo; y dióla á entender que se le había dado esta luz, porque nunca procuró honra vana, sino la de Dios, y que fuese conocido, amado y servido de sus criaturas. Añadió que había estado en purgatorio una hora, y que ésta había sido de poco tormento» (2). Ahora bien, es cosa sabida que

(1) Entre otros, los PP. José Tournemine (*Praef. ad Comm. Menochii*), Nathanael Sotwel (*Biblioth. Script. S. J.*), Matías Tanner (*S. J. apostolorum imitatrix*, pág. 350) y Hurter (*Nomenclator literarius*, t. I, pág. 169).

(2) Obra cit., cap. XXXI, pag. 336.

cuando esto acaeció (1591) hacía ya nueve años que Santa Teresa de Jesús había pasado á mejor vida (1582). Quien tuvo esta revelación fué una Religiosa Descalza del Monasterio de Salamanca, quien lo escribió á un Padre de la Compañía que moraba en el Colegio de la misma ciudad. «El Padre, dice Nieremberg, á quien ella lo escribió, guardó mucho tiempo el billete» (1).

Aunque no me ha sido posible averiguar cuándo conoció por primera vez el Padre Ribera á la Santa Reformadora del Carmelo y contrajo relaciones con ella, lo que no puede dudarse es que éstas fueron muy íntimas y cordiales, á juzgar por la manera cómo escribe de la Santa su primer biógrafo. Sospecho que antes de 1576 no la había tratado personalmente, ó al menos no había sido aún su confesor, por cuanto en la Relación que escribió la Santa Madre al Padre Rodrigo Alvarez no nombra al Padre Ribera cuando enumera los confesores que tuvo de la Compañía de Jesús. Bien es verdad que allí no los nombra á todos, sino que, después de hacer mención de los principales, añade: «Y otros Padres, que se entendía ser espirituales; como estaban en los lugares, que iba á fundar, los procuraba.»

Mas sea cual fuere la fecha en que entró la Santa Madre en relaciones con su primer biógrafo, es lo cierto que, como dije, fueron muy íntimas y familiares, y que al Padre Ribera, al escribir la presente vida, le cuadra admirablemente aquello de Horacio (2):

*Cui lecta potenter erit res,
Nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo.*

En el prólogo de la primera edición se congratula el Padre de que se le hubiera ofrecido: «Una tan copiosa é ilustre materia para escribir, y haber conocido y tratado á

(1) *Varones Ilustres S. J.*, t. IX, p. 222.

(2) *Ad Pisones*, v. 40 y 41.

la Santa, y saber tanto de sus cosas, las cuales, por mi devoción, dice, andaba inquiriendo mucho antes que pensase escribir su vida.» «Quien desea, añade luego, glorificar á Dios, contando lo que Él hizo por sus Santos, no le puede glorificar ni contentar con mentir ni con fingir, y naturalmente aborrezco todo lo que sabe á esto, y me parece cosa muy ajena y muy indigna de hombre cuerdo, afirmar lo dudoso por cierto, y lo que dijere lo será; y por eso pongo nombres de personas particulares, y bajo á cosas menudas, para que se vea con cuánta diligencia se ha hecho la averiguación de la verdad, aun en cosas que no importaban mucho. Así siempre llevaré los ojos puestos en la verdad de la historia, que aun entre gentiles fué juzgada por una de las mayores virtudes de ella.»

«Como no han transcurrido cinco años después de la muerte de la Santa, cuando esto escribo, y hay muchas personas que la conocieron y trataron muchos años, ni me puede faltar de quien me informe muy bien en lo que fuere dudoso, ni quien lo manifieste y me reprenda cuando yo faltase en la verdad de la historia.»

Hay que hacer constar aquí, para honra de tan verídico narrador, que ni uno solo de los datos algo importantes que él nos suministra ha sido corregido ni rectificado por sus sucesores; y los que pretendieron corregirle han caído lastimosamente en el error. Por manera que, aun en los casos en que las indicaciones suministradas por él son algo generales y poco precisas, jamás se hallan en contradicción con los datos más concretos que nos ha aportado en nuestros días el descubrimiento de documentos contemporáneos.

«Sacaremos, continúa el Padre Ribera, un retrato de la Santa Madre, lo más perfecto que se pueda, pintándola con sus colores, que son las soberanas virtudes que tuvo, y después pondremos la rica y muy preciosa guarnición de los milagros que hizo en su vida, ha hecho y hace muchas veces

después de su muerte, con lo que este retrato quedará más vistoso y perfecto.»

Terminado ya y puestos los últimos ápices al vistoso y perfecto retrato de nuestra Santa, cierra su obra con esta dulcísima y tiernísima deprecación: «Y tú, Madre mía Santa, por cuya gloria y memoria he trabajado, aunque no merecía contar tus loores, bien sabes cuán de buena gana lo he hecho, y lo que tú has hecho para que se hiciese. Mal dije, he trabajado, porque no he sentido trabajo, antes me ha sido alivio y contentamiento haber escrito esto, aunque en tiempo bien ocupado. Deseado he que no se pierda la memoria de tus gloriosas obras, y para esto he hecho todas las diligencias que me ha sido posible para que seas siempre conocida, alabada é imitada; y en ti y por ti sea alabado este gran Señor, que tan maravillosa te hizo. Perdona la cortedad de mi ingenio, y la pobreza de mis palabras, pues la voluntad de servirte, sabes no ha sido nada corta ni pobre. Y pues el Señor en esta vida me hizo tanto bien que yo te conociese, y tú me quisieses bien, y tomasen cuidado de encomendarme á su Majestad, alcánzame de Él lo que le he suplicado, y nunca te descuides de este miserable hijo tuyo, que tan entrañablemente te ama, hasta que por tus merecimientos llegue á la bienaventurada vista de Nuestro Criador y Señor, donde contigo y con todos los Santos le goce y le alabe para siempre jamás. Amén.»

No desoyó ciertamente la Santa Madre esta tierna plegaria del que así se profesaba su cariñoso hijo. Sus palabras fueron escritas á mediados de Mayo de 1590, y el 24 de Noviembre de 1591, á las ocho de la noche, exhalaba plácidamente el Padre Ribera su postrer espíritu, y una hora después, según consta de la revelación antes citada, volaba al cielo su dichosa alma para recibir el premio de sus virtudes y santa vida. Contaba á la sazón 54 años de edad y 21 de Compañía.

Sorprendióle la muerte cuando estaba preparando una

edición más correcta de las obras de la Santa Madre, que no pudo llevar á cabo (1).

No cabe duda que la vida de Santa Teresa por el Padre Ribera contribuyó poderosamente á propagar no sólo por España sino por toda Europa el conocimiento de las admirables virtudes, grandeza de alma y heroicas empresas de la Reformadora del Carmelo: porque además de las numerosas

(1) En un tomo manuscrito de *Misceldneas*, procedente del Archivo de Carmelitas Descalzos que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, á la letra M, hállase copia de una carta del Padre Ribera, dirigida á la Madre María de Cristo, Priora de Valladolid, que dice así: «El libro del *Pater Noster* (*Camino de Perfección*) de la Santa Madre, se imprimió en Evora, la primera vez, de manera que era lástima verle. La segunda se imprimió en Salamanca, enmendadas cosas de las del de Evora, pero más por buena cabeza que por original. Ahora se quiere imprimir aquí la tercera, y yo querría haberle á las manos primero, para que libro tan bueno saliese como era razón. Ha querido Nuestro Señor que me le han entregado para que lo corrija, y yo deseo hacer en él toda la diligencia posible para que salga como ha de salir y como yo deseo que salga libro de mi Madre, á quien yo tanto quiero. Para esto es menester buen original, para enmendarle, y aun no querría uno solo. Hanme dicho que el original de la mano de la misma Madre está en esa casa. Vuestra merced hará mucho servicio á Nuestro Señor y á mi grandísima caridad en enviármelo luego, porque hay mucha prisa en el negocio, que yo le guardaré, como reliquia tan preciosa, y con mensajero muy cierto se lo enviaré á vuestra merced á muy buen recaudo y con mucha brevedad, y con toda la fidelidad y verdad que yo debo guardar, y vuestra merced verá. Y si vuestra merced no tiene acaso el original, me envíe cualquiera que tenga de mano, y me escriba dónde hallaré el mismo original, y el original de las *Moradas*, y de la *Vida* y de las *Fundaciones*, etc.—De Salamanca, 14 de Diciembre.—*Francisco de Ribera*.

Á la Madre María de Cristo, Vicaria de Carmelitas Descalzas de Valladolid.»

Fray Manuel de la Purificación certifica haber visto á continuación de la carta lo siguiente:

«Por ésta verá V. R. lo que pide el doctor Ribera; como lo tenemos para dárselo, que es éste, querría que V. R. me dijese si lo daré ó no, para que así vaya con bendición lo que se hiciere. Ya envié recaudo á fray Diego de Yanguas, y mañana entre las siete y las ocho ha de venir.—*María de Cristo*.»

Y más abajo se contesta en el mismo sobrescrito:

«Jesús, María.—Yo no me atreveré á dar licencia para que ese libro se saque de casa; no sé si conviene que ande de mano en mano, por ser reliquia de tanta estima; que aunque es verdad que al Padre Ribera se le puede fiar todo, de aquí á sus manos hay veinte leguas y muchos peligros. En lo que me resuelvo es que V. R. le dé, si le pareciere, que en esto no quiero poner mi decreto; pero holgárame que con buen modo se excusase.—*Fray Gregorio*.»

Debió de ser esto á últimos de 1590 y principios de 1591. Cfr. La Fuente, t. I, p. XXVIII.

Entre los manuscritos del Padre Ribera hallóse un tomo en 4.º cuyo rótulo decía: *Castillo interior*, ó las *Moradas de Santa Teresa de Jesús*. Copia fielmente enmendada por el Padre Francisco de Ribera su confesor y el Hermano Antonio Arias, según el original de la Santa (1588). Cfr. Sommervogel, t. VI, col. 1767.

ediciones que se hicieron del texto original, fué muy pronto traducido al francés, por Juan de Bretigny (1602); al italiano por Mons. Bordini (1599), y por el canónigo Gaci (1603); al flamenco (1609); al latín, por Matías Martínez (1620); al alemán, por Felipe Kissing (1621); y al inglés, á mediados del siglo pasado. En el mismo siglo fué nuevamente traducida al italiano, por el Padre Camilo Mella (1876), y al francés, por el Padre Marcelo Bouix (1868). Muchas de estas traducciones han sido frecuentemente reimpresas en los respectivos países.

II

Dice el Padre Ribera que le ayudó mucho, para escribir la Vida de la Santa Madre, haber leído con cuidado los libros y papeles sueltos que ella dejó por obediencia escritos, de muchas cosas suyas. Entre ellos, añade, anda uno que llaman de su *Vida*, y no dejaré de aprovecharme harto de él; pero no escribió allí, la Santa Madre Teresa, de su vida sino solamente lo que la mandaron, que fué el camino por dónde el Señor la llevó en las cosas espirituales, y muchas de las mercedes que la hizo antes de fundar el Monasterio de San José de Ávila, que fué el primero de todos.

A la verdad fué providencia especialísima de Dios que los confesores de la Santa Madre la mandaran escribir las grandes mercedes que el Señor la hizo, y las grandes misericordias (1) que con ella usó, pues de no ser así nos veríamos privados de esta riquísima joya literaria y mística, é ignoraríamos tantas y tantas gracias y dones sobrenaturales que el Señor tan liberalmente la comunicara.

(1) «Intitulé ese libro, dice la Santa, *De las misericordias de Dios*», Carta al Señor Don Pedro de Castro, canónigo de Ávila, más tarde, Obispo de Segovia. *Obras* II, p. 307.

Dos veces por lo menos escribió (1) Santa Teresa el libro de su *Vida* por mandato de sus confesores. Que se lo mandaron, consta claramente en el prólogo, donde dice: «Quisiera yo que, como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida.» Pero ¿quién le impuso este precepto? ¿Cuándo empezó á escribirla? Lo ignoramos. Lo único que con certeza sabemos, es la fecha en que la terminó. «Acabóse, dice la Santa, este libro en Junio de 1562.» Hallábase á la sazón en Toledo, en el palacio de Doña Luisa de la Cerda.

El Padre Domingo Báñez pone aquí una nota que dice: «Esta fecha se entiende de la primera vez que la escribió la Madre Teresa de Jesús, sin distinción de capítulos. Después hizo este traslado y añadió muchas cosas, que acontecieron después de la fecha. Como es la fundación del Monasterio de San José de Avila.» Y en la declaración hecha por el mismo Padre, para las informaciones de Salamanca, el año 1591, se lee: «Este libro (de su vida) ya le tenía escrito cuando yo la comencé á tratar (1562 ó 1563) y le hizo con licencia de sus confesores, que antes había tenido, como fué un Presentado dominico, llamado Rdo. Padre Ibáñez» (2). Ahora bien, los confesores que antes tuvo fueron los Padres Prádanos, Alvarez y Salazar de la Compañía, y el Padre Ibáñez, Dominico. «Después tornó á añadir y reformar el dicho libro», añade el citado Padre Báñez.

Lo referente á la fundación de San José de Ávila aña-

(1) En el cap. XXIII de la *Autobiografía* que ha llegado hasta nosotros, dice ella: «Díjome (*Don Francisco Salcedo*), que á su parecer (*y del Maestro Daza*,) era demonio. Que lo que me convenía, era tratar con un Padre de la Compañía de Jesús... Comencé á tratar de mi confesión general, y á poner por escrito todos los males y bienes; *un discurso de mi vida* lo más claramente que yo entendí y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdome que, como vi, después que lo escribí, tantos males y casi ningún bien, que me dió una aflicción y fatiga grandísima. »Este fué, por decirlo así, el primer esbozo de su vida escrito por la Santa.

(2) La Fuente. *Obras*, II, p. 377.

diólo la Santa por mandato de fray García de Toledo, según expresamente lo afirma ella en el prólogo del libro de las *Fundaciones*. «Estando, dice, en San José de Ávila, año de 1562, que fué el mismo que se fundó este mismo Monasterio, fuí mandada del padre fray García de Toledo, dominico, que al presente era mi confesor, que escribiese la fundación de aquel Monasterio con otras muchas cosas.»

Esta primera redacción, que no estaba dividida en capítulos, se ha perdido; al menos hasta el presente nadie ha sabido dar razón de ella. El motivo de haber redactado segunda vez su *Autobiografía* nos lo explica la misma Santa en su Relación dirigida al Padre Rodrigo Alvarez S. J. «Habrà como trece años, poco más ó menos (1), que fué allí (2) el Obispo que es ahora de Salamanca, que era inquisidor, no sé si en Toledo, y lo había sido en Sevilla, que se llamaba Soto. Ella (3) procuró de hablarle para asegurarse más. Dióle cuenta de todo. Él le dijo, que no era cosa que tocaba á su oficio; porque todo lo que veía ella y entendía, siempre la afirmaba más en la fe católica... Dijola, como la vió tan fatigada, que lo escribiese todo y toda su vida, sin dejar nada, al Maestro Ávila, que era hombre que entendía mucho en oración, y que con lo que él escribiese, se sosegase. Ella lo hizo así y escribió sus pecados y vida.»

Esta segunda redacción, que dividió la Santa en 40 capítulos, es la única que ha llegado hasta nosotros. Debió terminarla á fines de 1565 ó principios de 1566, puesto que en el capítulo XXXIX menciona el Breve de Roma que lleva la fecha de 17 de Julio de 1565 y debió de llegar á Ávila en Septiembre ú Octubre de aquel mismo año. El manuscrito consta de 2-CCI hojas, pero como entre la LXIII y la LXIII hay una sin numeración, resultan 204 hojas.

(1) Escribía esto, en Febrero ó Marzo de 1576, estando en la fundación de Sevilla.

(2) Ávila.

(3) Habla la Santa de sí en tercera persona, en toda esta Relación.

Cuando la Santa Madre hubo terminado esta copia con las añadiduras correspondientes, aguardó ocasión propicia para mandarla al Padre Maestro Juan de Ávila, según se lo había aconsejado el inquisidor de Toledo, D. Francisco de Soto y Salazar.

A principios de 1568 tuvo que hacer Doña Luisa de la Cerda un viaje á Andalucía y nuestra Santa le confió el delicado encargo de hacer llegar el manuscrito á manos del Maestro Ávila. A lo que parece, aquella Señora no se dió mucha prisa en cumplirlo, según se desprende de la carta que le escribió Santa Teresa el 18 de Mayo del mismo año. «Yo no puedo entender, le dice, por qué dejó V. S., de enviar luego mi recado al Maestro Ávila. No lo haga por amor del Señor, sino que á la hora, con un mensajero se le envíe, que me dicen hay jornada de un día no más... Suplico á Vuestra Señoría desde luego lo envíe: mire que importa más de lo que piensa.»

El 27 del mismo mes vuelve á insistir sobre lo mismo. «Ya escribí á V. S., que pienso que el demonio estorba que ese mi negocio no lo vea el Maestro Ávila.» Y como si presintiera la cercana muerte de aquel Santo varón, que efectivamente pasó á mejor vida al año siguiente, añade: «No querría que se muriese primero, que sería harto desmán.»

Apenas llegada á Ávila vuelve á la carga con la misma urgencia, en carta de 9 de Junio de 1568. «En lo de aquel mi negocio, torno á suplicar á V. m. no se descuide, por las causas que le escribí, que me importa mucho.» El 23 recibe un recado de Doña Luisa en que le anuncia que su manuscrito está ya en poder del Maestro Ávila. «Mire V. S., le contesta Santa Teresa, que me la envíe con recaudo lo más presto que pudiere, y que no vengan sin carta de aquel santo hombre, para que entendamos su parecer... Por amor de Dios Nuestro Señor, que V. S., en viéndole aquel santo, me la envíe.»

Al fin vió cumplidos sus ardentísimos deseos. El Maestro

Ávila, después de leído el libro, se lo devolvió á la Santa Madre acompañado de una extensa carta en que aprobaba su espíritu. No cabiendo ella en sí de gozo, toma la pluma para dar las gracias á su insigne protectora: «Jesús sea con V. S., mi señora y amiga. Que aunque más ande esta Doña Luisa, mi Señora, lo es.

Lo del libro trae V. S. tan bien negociado que no puede ser mejor; y así olvido cuantas rabias me ha hecho. El Maestro Ávila me escribe largo, y le contenta todo; sólo dice que es menester declarar más unas cosas y mudar los vocablos de otras, que esto es fácil. Buena obra ha hecho V. S.; el Señor se lo pagará, con las demás mercedes y buenas obras que V. S. me tiene hechas. Harto me he holgado de ver tan buen recaudo, porque importa mucho; bien parece quien aconsejó lo enviase» (1). La carta del Beato Ávila lleva la fecha del 12 de Septiembre de 1568. El encargado de transmitírsela, juntamente con el libro, parece que fué el Maestro Gaspar Daza. Hallábase á la sazón la Santa en la fundación de Valladolid.

A pesar de la aprobación de un hombre tan eminente en santidad, debía ocasionar este libro, verdaderamente de oro, muy serios y graves disgustos á Santa Teresa. «*Hame sido dice ella, en su Relación, antes citada, al Padre Rodrigo Alvarez, de grandísimo tormento y cruz, y me cuesta muchas lágrimas.*»

En Julio de 1569 fundó la Santa Madre el Monasterio de Descalzas en Pastrana, accediendo á los deseos de la Princesa Éboli; pero como no quisiese condescender con los caprichos é injustas exigencias de aquella dama veleidosa y altanera, tuvo que deshacerse aquel Monasterio en 1574. Despechada la de Éboli ante la noble entereza de la Santa, delató á la Inquisición el libro de su vida, cuyo manuscrito la había prestado, después de reiteradas súplicas, cuando la fundación de Pastrana. Tuvo noticia la Santa de esta dela-

(1) *Obras*, t. II, p. 342.

ción estando en la fundación de Veas, en 1575, según el testimonio de la Venerable Ana de Jesús.

«Acuérdome, dice, que estando la Madre en Veas, llegó un mensajero de Valladolid con cartas del Obispo de Palencia, Don Álvaro de Mendoza, y de nuestras monjas, en que le escribían había buscado la Inquisición el libro en que había escrito su *Vida* por mandato de sus confesores, y que andaban buscando con cuidado todos los papeles y escritos que había de esto» (1).

Llegó á oídos del Padre Domingo Báñez esta pérvida declaración, y las diligencias que hacía el Santo Tribunal para haber á las manos el manuscrito; y sin pérdida de tiempo apresuróse á presentárselo él mismo para que lo mandara examinar. «Yo llevé el libro, dice Báñez, al Santo Oficio de la Inquisición en Madrid, y después me lo volvió el inquisidor Don Francisco de Soto y Salazar (2), para que lo tornase á ver y dijese mi parecer; y le torné á ver, y al cabo del libro, en algunas fojas blancas, dije mi parecer y censura, como se hallará en el original, escrito de la misma Madre Teresa de Jesús» (3).

A pesar de todo, permaneció el manuscrito en poder de la Inquisición por espacio de doce años, durante los cuales fué sometido á muchos examinadores, sin que la Santa volviera á haberle á las manos. En repetidas ocasiones alude á él en su correspondencia: «De mis papeles hay buenas nuevas, decía á Don Lorenzo de Cepeda, el 28 de Febrero de 1577. El inquisidor mayor mismo los lee, que es cosa nueva. Débenselos de haber loado, y dijo á Doña Luisa (de la Cerda) que no había allí cosa que ellos tuviesen que hacer en ella, que antes había bien que mal; y díjola: que ¿por qué no

(1) *Dicho de la Ven. M. Ana de Jesús. A la octava pregunta.* Véase el *Apéndice* último, pág. 636.

(2) Era el mismo, que según dijimos antes, había aconsejado á Santa Teresa que escribiera el libro y lo mandara al Maestro Juan de Ávila.

(3) Cfr. *La Fuente, Obras*, II, p. 377. La censura del P. Báñez lleva la fecha de 7 de Julio de 1575. Puede verse *Ibid.*, t. I, p. 132.

había yo hecho Monasterio en Madrid? Está muy en favor de los Descalzos; es el que ahora han hecho Arzobispo de Toledo. Creo que ha estado con él allá en un lugar Doña Luisa, y llevó muy á cargo este negocio, que son grandes amigos, y ella me lo escribió. Presto vendrá y sabré lo demás. Esto diga vuestra merced al Señor Obispo y á la Superiora, y á Isabel de San Pablo (en mucho secreto, para que no lo digan á nadie y lo encomienden á Dios) y no á otra persona. Harto buenas nuevas son» (1). Á fines de aquel mismo año escribía al Padre Salazar, S. J. «Sábase cierto que está en poder del mismo aquella joya (2), y aun la loa mucho, y ansí hasta que se canse de ella, no la dará, que él dijo que se la miraba de propósito» (3).

Con gran contento de su alma supo Santa Teresa, por carta del P. Gracián, que la Duquesa de Alba poseía una copia del libro de su Vida. «Paréceme que ese libro, decía al citado Padre, á 14 de Enero de 1580, que dice le hizo trasladar el Padre Medina; es el grande mío (4). Hágame V. P. saber lo que sabe en este caso; que no se le olvide, porque me holgaría mucho, que ya no hay otro, sino el que tienen los ángeles (5), porque no se pierda» (6).

El Maestro Julián de Ávila refiere que hubo empeño decidido, de parte de algunos, para que desapareciera hasta la memoria de los escritos de Santa Teresa. «Es cierto, dice, que estando escribiendo esto me acuerdo que fueron grandes las diligencias que algunas personas pusieron para que algunas cosas que la Santa Madre tenía escritas se quemasen y no pareciesen.... Y en esto se ve claro que si el Señor no lo hubiera guardado (al libro de su vida) no bastaran diligencias humanas para poderlo escapar de las manos de los con-

(1) *Obras*, t. II, p. 132.

(2) El libro de su vida.

(3) *Obras*, t. II, p. 155.

(4) Así solía designar la Santa el libro de su *Vida*, por oposición al *Camino de perfección*, que solía llamar *pequeño* ó del *Pater noster*.

(5) Es decir los inquisidores.

(6) *Obras*, t. II, p. 239.

tradictores que ha tenido, por ser de los más letrados» (1).

En Marzo de 1580, hallándose la Santa en Toledo, no quiso salir de allí sin tener una entrevista con el Arzobispo, á fin de explorar su ánimo acerca de la fundación de Madrid. «Hablando ella y yo al cardenal Quiroga, dice Gracián, sobre una licencia de una fundación, la dijo estas palabras: *Mucho me he holgado de conoceros, y sabed que á la Inquisición han dado un libro vuestro por haceros mal; mas hase visto, y no hay en él cosa que no sea muy buena, que yo lo he leído todo. Dad gracias á Dios y encomendadme á Él.* Con estas palabras tomé yo el atrevimiento de sacar copia, que tenía el Duque de Alba, y hacer algunas otras para los Monasterios, y no me atreví á pedírselo á la Inquisición por no buscar más pleitos» (2).

Pidióse efectivamente la única copia que se conservaba, según dijimos, en poder de la Duquesa de Alba, y á fines del siguiente año llegó á manos de la Santa Madre. Indecible fué el regocijo que ella tuvo con tal motivo. «Ha sido tan grande la merced que vuestra excelencia me ha hecho con el libro, decía á la Duquesa en carta de principios de Noviembre de 1581, que no lo sabré encarecer. Beso á vuestra excelencia muchas veces las manos, y cumpliré mi palabra, que vuestra excelencia manda: aunque si vuestra excelencia fuera servida (porque no sé cómo irá tan lejos seguro) tenerle hía hasta que vuestra excelencia torne á Alba» (3). Hizo la Santa sacar una copia bajo su dirección, á su sobrina Teresita, que á la sazón estaba haciendo su noviciado en San José de Ávila (4).

Murió Santa Teresa en Octubre del siguiente año sin haber recobrado el manuscrito original, según afirma la Venerable Ana de Jesús en su declaración antes citada.

(1) *Vida de Santa Teresa de Jesús*, parte 1.^a, cap. XIX.

(2) Nota marginal manuscrita, puesta por el Padre Gracián á la Vida de Santa Teresa, por el Padre Ribera.

(3) *Obras*, t. II, p. 302, 303.

(4) Cfr. Pólit. *La familia de Santa Teresa en América*, cap. VI, p. 175.

«Mientras vivió, dice, no supo más de su libro, ni lo que la Inquisición sentía (1), que lo tuvo casi doce años en su poder, los ocho siendo ella viva, y los cuatro después de muerta; hasta que yo vine á fundar la casa de Madrid, y allí le pedí al Inquisidor mayor, de quien supe estaba ya mirado y aprobado en el Consejo supremo, y que á él y á todos les daba mucho contento se imprimiese.»

Recogió, pues, la Venerable Ana de Jesús el precioso manuscrito autógrafo de la Vida de la Santa Madre, y juntándolo con el de las *Moradas*, *El Camino de Perfección* y otros papeles sueltos que contenían notas íntimas de la misma Santa, lo entregó todo al Maestro Fray Luis de León, á quien había el Consejo Real confiado el encargo de revisar los escritos de Santa Teresa y publicarlos. Así lo afirman clara y explícitamente la citada Ana de Jesús (2), el Padre Gracián (3) y el mismo Maestro León (4).

Apenas vieron la luz pública las obras de Santa Teresa, editadas en la imprenta de Foquel, en Salamanca (1588), levantóse contra ellas espantosa persecución, y hubo decidido empeño de parte de algunos sujetos en que fueran puestas en el Índice. Al efecto, fueron delatadas varias veces no sólo á la Inquisición de España sino también á la de Roma; mas nada pudieron conseguir aquellos delatores, tan ignaros como maliciosos y desaconsejados. Véase en confirmación de esto la Declaración del Padre Francisco Rodríguez, de la Compañía de Jesús, en las Informaciones de Alcalá, donde se lee lo siguiente:

«Al artículo LVI digo, que he leído muchas veces los

(1) Es decir, no lo supo oficialmente, porque noticias particulares sí que las tuvo, según acabamos de ver.

(2) *Dicho*, etc. *Á la última pregunta*. Apéndice, pág. 642.

(3) *Dilucidario*, 1.^a p. cap. IV.

(4) Prólogo á las *Adiciones*. Es, por consiguiente, inexacto lo que dice el Sr. La Fuente, á saber, que Fray Luis de León imprimió la *Autobiografía* de Santa Teresa al tenor de una copia que tenía de la Duquesa de Alba, por hallarse todavía el original en poder de la Inquisición de Toledo (1588). *Introducción al libro de la Vida*. Obras, t. I, p. 5.

santos libros que escribió la Santa Madre, y no sabré decir lo mucho que de ello siento. Lo primero su doctrina es catolicísima, y quien de lo contrario la tachare, será por ignorancia de las altas materias que trata, como sucedió en Roma, que hallándome yo en ella, envió allí un fraile grave de España á la suprema Inquisición de los Cardenales un procesillo contra la doctrina de este libro, notándole algunas proposiciones, el cual fué visto y reprobado, y su autor dado por ignorante, y la doctrina del libro por santa y sana, como lo es.

•Y esto sé, porque pasó por mis manos y me hallé presente en ello. Y en el mismo procesillo decía el fraile, que en la Inquisición de España había dado otro traslado de él; y pues el libro, no obstante esto, anda y es tenido en tanta estima, señal es que la de España sintió lo mismo que la de Roma. Y digo más, que tengo por imposible que ingenio alguno, por más aventajado que fuere en lo natural, y más adelantado en todas las ciencias, que con humano estudio se granjean, pudiese tratar las altas materias que la Santa Madre en estos libros trata, con la claridad y estilo tan familiar, por lo cual tengo por certísima verdad lo que la dicha Santa Madre algunas veces dice, que su Señor y Maestro Jesucristo, le decía lo que había de escribir, y cómo lo había de escribir, y así con estos ojos venero y estimo los dichos libros, los cuales, en España y en Roma, he visto ser estimadísimos y así los tengo por utilísimos sobre todos cuantos he leído, y afirmo que de todos ellos no he sacado tanto provecho como de solos estos de la dicha Santa Madre, y ningunos me enseñan y mueven como éstos» (1).

Consérvase el precioso autógrafo de esta joya místico-literaria en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, no en la biblioteca, sino en el camarín donde se guardan las

(1) *La Fuente*, II, p. 406. Cfr. Julián de Avila, *Vida...* p. 1.^a, cap. XIX, donde dice: «Pues de impreso el libro, todo el mundo sabe la batería que el demonio ha puesto, para que el libro se vedase.»

reliquias. El Sr. La Fuente publicó de él una edición fototipográfica, cuya portada dice así: *Vida de Santa Teresa de Jesús, publicada por la Sociedad foto-tipográfico-católica, bajo la dirección del Dr. D. Vicente de La Fuente, conforme al original autógrafo, que se conserva en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial.*

Madrid, Imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado.—Pontejos, 8.—1873.

Lástima que el Sr. La Fuente, para la parte tipográfica que va al frente de la fotográfica, se fiara de la copia, sacada por orden de Fernando VI en 1751; porque á pesar de que los Sres. D. Bernardo de Contreras y D. Francisco de Paula Rodríguez, Notarios Apostólicos, «dan fe y verdadero testimonio, que el trasumpto, copia y traslado.... concuerda con su original», deja bastante que desear la tal concordancia, puesto que abundan en ella las falsas lecturas. Es verdad que ordinariamente son éstas de poca monta y que raras veces alteran el sentido del texto original; pero de todos modos, es lo cierto, que por haberse fiado el Sr. La Fuente de la citada copia, resulta esta edición algo incorrecta, y lo propio acontece con las ediciones de 1861-62 y de 1884, hechas por el mismo Sr. La Fuente.

Los pasajes de la *Autobiografía* que ponemos en las notas, han sido cuidadosamente cotejados con el original.

III

Resta sólo enumerar aquí sucintamente las principales biografías de Santa Teresa de Jesús, publicadas hasta el día.

El P. Fray Antonio de San Joaquín, Carmelita Descalzo (1), menciona una *Vida de Santa Teresa de Jesús, escrita por el Padre*

(1) *Año teresiano*, t. I. Advertencias generales, n.º 7.

Ribera, con notas marginales manuscritas del P. Gracián, y añade que este ejemplar era propiedad del convento de Alcalá. Varias de estas notas van intercaladas en su Año Teresiano. El señor La Fuente cita con cierto misterio esta obra, pues habiendo dicho, en la introducción á la Autobiografía de Santa Teresa, que podemos considerarla perdida para las letras, afirma en la pág. 324 del tomo II, que podría decir algo acerca de su paradero, si la prudencia lo permitiese.

Después del P. Ribera, ocupa sin duda el primer lugar entre los biógrafos de Santa Teresa, el Ilmo. Sr. D. Fray Diego de Yepes, del Orden de San Jerónimo y Obispo de Tarazona, en su *Vida, virtudes y milagros de la Bienaventurada Virgen Teresa de Jesús, Madre y Fundadora de la nueva Reformation de la Orden de los Descalzos y Descalzas de Nuestra Señora del Carmen*. Publicóse en Madrid en 1599; se han hecho de ella por lo menos ocho ediciones, y ha sido traducida al italiano (1623), y al francés (1643).

Fray Luis de León tenía empezada una vida de Santa Teresa. Sólo llegó á trazar un esbozo del libro primero. El P. Merino lo publicó como Apéndice del tomo segundo de las Obras del mismo León, páginas 359-381. Lleva el siguiente epítrofe: *De la vida, muerte, virtudes y milagros de la Santa Madre Teresa de Jesús, libro primero.*

El tercer biógrafo contemporáneo de la Santa Madre, fué el Maestro Julián de Ávila, cuyo manuscrito, hallado casualmente por el Sr. A. Le Rebours, cura de la Magdalena, en París, ha sido recientemente publicado por el Sr. La Fuente. He aquí el título de esta obra:

Vida de Santa Teresa de Jesús por el Maestro Julián de Ávila, primer capellán de la Santa, obra inédita, anotada y adicionada por D. Vicente de La Fuente.—Madrid, imprenta de D. Antonio Pérez Dubrull, 1881. 4.º

Á estas tres biografías han sucedido otras muchas, así en España como en el extranjero. Mencionaremos las más notables.

Juan de Jesús María, *Compendium vitae B. Virginis Teresiae a Jesu: Opus ab auctore elaboratum, conferente operam Joanne a Sancto Hieronymo, sodali. Romae, apud Stephanum Paulinum, 1609. 4.º*

Verdugo (Pablo), *Vida de Santa Teresa de Jesús*, en quintillas. Madrid, 1615. 8.º

Segura (Bartolomé), *La Amazona Cristiana ó Vida de la B. Madre Teresa de Jesús*. Madrid, 1619. 8.º

Lanuza (Miguel de), *Vida de Santa Teresa*. Zaragoza, 1657.

Butrón, S. J. (José Antonio), *Harmónica vida de Santa Teresa de Jesús, Fundadora de la Reforma de Carmelitas Descalzos y Descalzas*. En Madrid, por Francisco del Hierro, 1722. 4.º

Antonio de Jesús María (Fray), *Novendiales Teresianos*. Pamplona, 1738. 8.º

Antonio de San Joaquín (Fray), *Año Teresiano, Diario historial... en que se describen las virtudes, sucesos y maravillas de la... Mystica Doctora... Santa Teresa de Jesús*. Madrid, 1733-1766. 12 v. 4.º

Faci (Roque), *Vida de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, triunfante después de muerta*. Zaragoza, 1744. 4.º

Faci (Roque), *Gracias de la gracia, virtudes y doctrinas de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, gloriosa Reformadora y gloria singular del Carmelo*. Zaragoza, 1757. 4.º

Manuel de Traggia (Fray), *La mujer grande: Vida meditada de Santa Teresa de Jesús, enseñando como Madre, Maestra y Doctora universal, con ejemplos y doctrina*. Obra distribuida en lecciones que forman un año cristiano completo, por el Rvdo. P. Fr. Manuel de Traggia. Madrid, 1807. 3 v. 4.º

Manuel de Traggia (Fray), *La mujer grande...* Nueva edición corregida y aumentada por el Rvdo. D. Enrique de Ossó, Pbro. Barcelona, 1882. 3 v. 4.º

Juan de San Luis (Fray), *Historia de la vida y muerte... de Santa Teresa de Jesús*. Valencia, 1813-1814. 2 v. 4.º

Nieremberg, S. J. (Juan Eusebio), *Vida de Santa Teresa de Jesús*. Madrid, 1882. 12.º

Juan de Maldonado (Fray), *Las glorias de Santa Teresa de Jesús*. Poema.

Moral (Bonifacio), *Vida de Santa Teresa de Jesús, para uso del pueblo*. Valladolid, 1884. 8.º m.

Cheix (Isabel), *Historia de Santa Teresa de Jesús...* con un prólogo del Ilmo. Sr. D. José Fernández Montaña.

Además de estas biografías existen otras, más ó menos extensas, formando parte de las Crónicas de la Orden del Carmen ó de las Biografías generales. Tales son las de:

Tomás de Jesús (Fray), *Antigüedad y Santos del Orden de Nuestra Señora del Carmen*. Salamanca, 1599. 4.º

Francisco de Sant Angelo, *Catálogo de los Santos Carmelitas*. Zaragoza, 1608. 4.º

Miguel de La Fuente, *Historia de la Virgen del Carmen*. Toledo, 1619.

Jerónimo de San José, *Historia general de la Reforma del Carmen*. Madrid, 1637. f.º

Francisco de Santa María, *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen de la primitiva observancia, hecha por Santa Teresa de Jesús, en la antiquísima Religión fundada por el Gran Profeta Elías*, escrita por el P. Fray Francisco de Santa María, y continuada por los Padres Fray José de Santa Teresa, Fray Manuel de San Jerónimo y Fray Fernando de San Juan Bautista. Madrid, 1644-1739. 7 v. f.º El primero contiene la *Vida de Santa Teresa*.

José de Santa Teresa, *Las flores del Carmelo: Vidas de los Santos de Nuestra Señora del Carmen, que reza su Religión, así en común como en particulares conventos*. Madrid, 1678. f.º

Castellanos (Basilio Sebastián), *Santa Teresa de Jesús*. En el tomo XXVII, págs. 677-769 de la *Biografía Eclesiástica completa*.

Otras obras españolas referentes á Santa Teresa de Jesús

Diego de San José, *Compendio de las solemnísimas fiestas que en toda España se hicieron en la beatificación de Nuestra Venerable Madre Teresa de Jesús, fundadora de la reformación de Descalzos y Descalzas de Nuestra Señora del Carmen, en prosa y en verso*. Madrid, 1615. 4.º

Díez de Aux (Luis), *Las fiestas de Zaragoza á la Santa Madre Teresa de Jesús*. Zaragoza, 1615. 4.º

Libro de sermones á la beatificación de la Santa Madre Teresa de Jesús, dedicado á Paulo V. Madrid, 1615. 4.º

Ponce (Manuel), *Fiestas que hizo Madrid á la canonización de San Ignacio, San Francisco Javier, San Isidoro de Madrid, SANTA TERESA y San Felipe Neri*. Madrid, 1623. 4.º

Loaisa (Bartolomé de), *Sermón de Santa Teresa en las fiestas de su beatificación*. Madrid, 1615. 4.º

Ranzón, S. J. (Pascual), *Sermones de la seráfica Fundadora Santa Teresa de Jesús*. Zaragoza, 1703. 2 v. 4.º

Montoya (Joachim), (Giacinto Hoyoman), *L'amore scambievolmente non mai interrotto tra S. Teresa e la Compagnia di Gesù, in tre apologetiche dissertazioni, scritto da D. Giacinto Hoyoman Spagnuolo e ultimamente tradotto in italiano*. Luca, 1794. 3 v. 4.º El

P. Montoya, S. J., escribió esta obra durante la supresión de la Compañía, con el pseudónimo de Giacinto Hoyoman, anagrama de Joachino Montoya. Dice el P. Sommervogel (*Bibliothèque S. J.*, V, col. 1263) que fué traducida por el P. J. B. Tartagni, S. J. Que yo sepa, nunca se ha publicado en castellano.

Isla, S. J. (José Francisco de), *Anatomía de la Carta Pastoral que... escribió el Ilmo. Sr. D. José Xavier Rodríguez de Arellano... Cartas de un Abate Romano, Académico de los Arcades, d un Abate Florentino, Académico de la Crusca.* 4 v. f. mss. En la Carta segunda del tomo cuarto (págs. 110-160), refuta el P. Isla el párrafo XXXV de la célebre Pastoral de Arellano, que versa sobre Santa Teresa de Jesús y la Compañía de Jesús.

La Fuente (Vicente de), *Escritos de Santa Teresa*, añadidos é ilustrados. Madrid, 1861-1862. 2 v. 4.º (Biblioteca de Autores Españoles.) Todas las citas de las obras de Santa Teresa que hacemos en la presente obra, están tomadas de esta edición.

La Fuente (Vicente de), *Manual del peregrino para visitar la patria, sepulcro y parajes donde fundó Santa Teresa, ó existen recuerdos suyos en España.* Madrid, 1882. 8.º

Discursos leídos en Salamanca el día 23 de Octubre de 1882, en el acto de la adjudicación de premios del Certamen literario celebrado para solemnizar el tercer centenario de la gloriosa muerte de Santa Teresa de Jesús, en Alba de Tormes. Madrid, 1882. 4.º El primero de estos discursos es del Dr. D. Elías Ordóñez Alvarez de Castro, Pbro., y el segundo del P. Luis Martín, S. J. Este segundo lo damos á continuación, como Estudio Preliminar.

Alvarez (Paulino), *Santa Teresa y el P. Báñez.* Madrid, 1882. 4.º

Rodríguez (Tomás), *Analogías entre San Agustín y Santa Teresa de Jesús.* Valladolid, 1883.

Maura (Ilmo. D. Juan), *Santa Teresa de Jesús y la crítica racionalista.* Palma de Mallorca, 1883. 8.º m.

Viñas (José), *Tratado filosófico-teológico acerca de lo sobrenatural, en que se prueba su existencia por los hechos extraordinarios que se manifestaron en Santa Teresa de Jesús.* Citada por el Sr. Seisdedos en sus artículos sobre el *Misticismo y la reflexión* de Santa Teresa de Jesús. *Ciencia Cristiana*, 2.ª serie, tomos VII y VIII.

Seisdedos (Jerónimo), *Estudios sobre las obras de Santa Teresa de Jesús.* Obra que se empezó á publicar en la Revista *La Ciencia Cristiana*, 2.ª serie, tomos VII y VIII (1886).

Perales (Arturo), *El supernaturalismo de Santa Teresa y la*

filosofía médica, ó sea los éxtasis, raptos y enfermedades de la Santa ante las ciencias médicas..., con un Prólogo de D. Fernando Segundo Brieva Salvatierra. Madrid, 1894, 4.º

Pólit (Manuel María), *La familia de Santa Teresa en América, y la primera Carmelita americana*. Estudio histórico. Friburgo de Brisgovia, 1905. 8.º m.

Papeles que pertenecieron al Archivo de la Orden de Carmelitas Descalzos. Hay varios tomos en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Santa Teresa de Jesús. Revista mensual dedicada á propagar la devoción á la Santa por medio del conocimiento de su vida y escritos admirables, bajo la dirección del Pbro. D. Enrique de Ossó. Empezó á publicarse en Octubre de 1872.

La Estrella de Alba. Revista mensual para el Centenario de Santa Teresa.

Biografías y monografías extranjeras sobre Santa Teresa

Vandermoere (José), *Acta S. Teresiae a Jesu, Carmelitarum strictioris Observantiae Parentis, commentario et observationibus illustrata* a Josepho Vandermoere, S. J., Pbro., theologo, nonnullis aliis ex eadem Soc. operam conferentibus. Bruxellis, 1845. f.º

Manuel de Jesús, *Fiore di Carmelo*. Nápoles, 1672.

Federico de San Antonio, *Vita di Santa Teresa di Gesù*. Venezia, 1754. 2 v. 4.º

Villefore, *La vie de S. Thérèse*, París, 1756. 2 v. 12.º

Boucher, *Vie de S. Thérèse*, París, 1810. 2 v. 12.º

Emery, *L'esprit de S. Thérèse*, Lyon, 1719. 8.º

Collombet, *Vie de S. Thérèse*.

Plasse, *Souvenirs du pays de Sainte Thérèse*.

Histoire de Sainte Thérèse d'après les Bollandistes, ses divers historiens et ses oeuvres complètes, París, 1899. 2 v. 8.º

Bouix, S. J. (Marcelo), *Vie de Sainte Thérèse, écrite por elle-même, traduite d'après le manuscrit original, avec commentaire historique complétant son récit*, París, 1857. 8.º m.

Bouix, S. J. (Marcelo), *Id.* 15ª ed. revue et augmentée par Jules Peyré, S. J., París, 1904. 8.º m.

Joly (Enrique), *Sainte Thérèse (1515-1582)*, París, 1902. 8.º

Saint-Chéron (Renato de), *La Vierge d'Avila*. París, 1903. 8.º m.

Oeuvres complètes de Sainte Thérèse de Jésus, Trad. nouvelle par les Carmelites du premier Monastère de Paris. Tom. I et II:

Vie de S. Thérèse. Con notas y apéndices que la completan. París, 1907. 2 v. 8.º m.

Hahn (G.), *Les phénomènes et les révélations de Sainte Thérèse.* Lovaina, 1883. 8.º m.

De San (Luis), *Etude pathologico-théologique sur Sainte Thérèse.* Réponse au Mémoire du P. G. Hahn, Lovaina, 1886. 8.º m.

Curzón (Enrique de), *Bibliographie Thérésienne,* París, 1902. 8.º m.

Hye-Hoys (Madame), *L'Espagne Thérésienne,* Gante, 1894. Preciosa colección de 30 láminas relativas á las fundaciones de Santa Teresa de Jesús, con notas históricas.

Morel-Fatio (A.) *Les lectures de Sainte Thérèse,* París, Bordeaux, 1908. 8.º m. 62 pp. Extrait du *Bulletin Hispanique.*

Pösl (J.), *Das Leben der heiligen Theresia von Jesus.* Ratisbona, 1847.

Hennes (J. H.) *Das Leben der heiligen Teresa.* Aquisgrán, 1866.

Hofele (E.) *Die heilige Theresia von Jesus. Leben und Charakterb,* Ratisbona, 1882.

Pingsmann, *Santa Teresa de Jesús.* (Bereinschrift der Görres-Gesellschaft.) Colonia, 1886.

Coleridge, *The Life and Letters of St. Teresa,* Londres, 1881-1896. 3 volúmenes.

The Life of St. Teresa, Dublin, 1882. La precede un estudio del Cardenal Manning.

Cunningham Graham (Gabriela), *Santa Teresa; the Life and Times,* Londres, 1894. 2 v. Hay que leer con precaución ésta, por otra parte, preciosa biografía de Santa Teresa de Jesús, cuyo autor es protestante.

ESTUDIO PRELIMINAR

SANTA TERESA DE JESÚS

DOCTORA MÍSTICA

por el

R. P. Luis Martín, S. J.

INTRODUCCIÓN

1. Los verdaderos genios por ley común, sólo en el catolicismo se aclimatan, florecen y fructifican con todo su vigor nativo.—
2. Uno de los más pujantes es el de Santa Teresa de Jesús; su mérito literario.—3. Dificultad de retratar su carácter: merece el dictado de Doctora Mística.

1. Siempre las almas grandes, amamantadas á los pechos de la Iglesia Católica, han sido las que más alto han rayado en concepciones sublimes y arranques generosos. Del lado acá de la Cruz la historia está sobre este punto en consonancia con la razón; y lo que aquélla nos testifica haber acontecido, eso imprescindiblemente debía acontecer. Porque, si bien es cierto que el genio no es planta exclusivamente indígena de ningún país, ni patrimonio de raza, sino que ha germinado siempre al calor de todos los soles y crecido bajo el influjo de todos los climas; no lo es menos que sólo en el campo feraz del catolicismo se aclimata por ley común, y florece y fructifica con todo su vigor nativo. Los genios sin fe jamás consiguen remontarse á las serenas é imperturbables alturas de la verdadera sabiduría, y, cuando lo pretenden, vense forzados, primero, á consumir gran parte de sus fuerzas en romper la nube de preocupaciones que entre ellos y la verdad se interpone, y luego, á cargar con todo el peso de la pasión que abate su vuelo, no dejándolos nunca sorprender aquellas luminosas regiones, ni menos cruzarlas á su sabor y contemplarlas con perfecto y cabal desembarazo. La Religión Católica, por el contra-

rio, lejos de deprimir el vuelo del ingenio, le despeja el camino para que libremente se explaye, poniendo á sus pies las pasiones que obstinadamente le combaten, encauza luego todo el torrente de su energía; y cuando, vagando ya por las interminables regiones del saber, comienza á faltarle aire puro que respirar y el peso de sus propias alas le abate, la fe viene en su ayuda, da nuevo brío al espíritu que desfallece, y, descubriendo á su vista desconocidos horizontes, continúa elevándole con su poderoso empuje hasta encumbrarle á esferas jamás cruzadas por el genio humano, abandonado á sus propias fuerzas. Por eso la historia de la humana inteligencia no es más, si bien se considera, que la historia de dos grandes y encontrados ejércitos; el del error, compuesto casi siempre de gente allegadiza, alistada en los campos de la ignorancia y el desenfreno, capitaneada por corazones enérgicos que el vicio degradó ó genios ilustres que la pasión obcecó; y el de la verdad, el grueso de cuyas filas lo componen las inmensas muchedumbres partidarias de la probidad y el sentido común, y á cuyo frente de trecho en trecho campean las más colosales inteligencias y los más generosos corazones de que se gloria el linaje humano.

2. Pues bien, uno de estos entendimientos pujantes y uno de estos briosos y enérgicos corazones, es la Santa, cuyos escritos doctrinales me propongo examinar en la presente disertación. Su valor literario está muy por encima de los tiros de la crítica; y en medio del conflicto de opiniones que su lectura puede suscitar, sobrenada siempre la verdad de un hecho incontrovertible para todos, y hasta el día de hoy incontrovertido: el mérito verdaderamente excepcional que todos los sabios les reconocen. Y es que, en efecto, hay en las obras de esta Virgen reclusa, sacada contra su voluntad á los juicios de los hombres, algo parecido á un poder magnético. No importa que cerebros enfermizos desbarren al recorrer sus inspiradas páginas; trastornados y todo, les subyugará el influjo fascinador de su lectura, sentiránse arrastrados de irresistible amor hacia ella, y, mal de su grado, confesarán lo que todos hasta ahora han confesado: su grandeza.

3. Mas esta misma incontestable grandeza que yo intento bosquejar, es la que hace vacilar mi pluma y llena de abatimiento mi espíritu. Porque, si el embarazo del pintor al trasladar al lienzo la imagen de un alma noble es siempre grande, y tanto mayor, cuanto más puros y celestiales son los afectos que han de ir tomando cuerpo bajo el pincel; conjeturad cuál será mi recelo al tener que penetrar en el interior de un alma como ha habido pocas, y describir aquel templo de la divinidad, iluminado siempre por ráfagas de luz deslumbradora, y embalsamado con perfumes de amorosos y sobre-

naturales deliquios. ¡Oh, sí! El retrato de Teresa de Cepeda, con su alma limpia y transparente como el agua manantial, con su entendimiento vigoroso y fuerza de voluntad nunca vencida, es ya por extremo difícil; mas el retrato de Teresa de Jesús, es decir, de Teresa de Cepeda, endiosada por el fuego del amor divino, es imposible, por lo menos á mi tosco y desaliñado pincel.... Concretando, pues, más y más la materia para eliminar dificultades, me circunscribiré á exponer los títulos que á la penitente Carmelita asisten para merecer el dictado de Madre Espiritual, con que la Iglesia la apellida, ó del de Doctora Mística, con que la aclaman á una voz los sabios de todas las Escuelas (1).

I

4. La teología único faro que guía á Dios; sus partes: Dogmática, moral, ascética y mística.—5. No hay que imaginar á Santa Teresa como Doctora escolástica.

4. El faro que alumbra los pasos del alma en su rumbo hacia Dios, no es más que uno: la Teología. Las partes, empero, de esta ciencia sagrada, que esclarecen tan peligroso derrotero, son tres: la *Moral*, que declarándonos el sello de bondad ó de malicia impreso por Dios en las acciones humanas, nos muestra como con el dedo cuáles son los escollos de la culpa que debemos evitar; la *Ascética*, que nos amaestra para navegar á fuerza de remos por el ejercicio de las virtudes, cuya esencia define, cuyos actos clasifica, cuyo encadenamiento patentiza; la *Mística*, en fin, á la cual incumbe dirigir el alma, cuando elevada ya á regiones superiores y engolfada en el piélago de la divinidad, corre á vela henchida por mares desconocidos, alentada por el sopro divino, que viento en popa la acaricia. Todas estas tres partes de la ciencia teológica arrancan del Dogma y estriban en él como en sólido fundamento, siendo las verdades reveladas como otras tantas estrellas fijas que nunca hay que perder de vista para no extrañarse y perecer víctima de funesto engaño.

(1) No es mi intento exponer una por una las dotes que para ser Doctor, la Iglesia exige; sino únicamente la que se refiere á su doctrina. El abarcarlas todas sería extenderme demasiado, por lo cual prescindo de las demás.

5. Prefijadas así estas ideas, comienzo por asentar, sin peligro de ser desmentido, que Santa Teresa de Jesús da por supuestas en sus escritos la *Dogmática* y la *Moral*, desflora con admirable concisión la teología *Ascética*, asentando las piedras angulares sobre que está basada; y, entrando resueltamente por el dilatado campo de la *Mística*, le recorre con paso firme y sereno, describiéndonos sus prados amenos, sus árboles frondosos, sus sendas cubiertas de flores nunca marchitas, y sus aguas purísimas, que, manando del seno mismo de la divinidad, riegan aquellas deliciosas mansiones y las cubren de eterno verdor. No faltarán acaso quienes, apasionados admiradores de la Santa, tengan por osado en demasía el afirmar que la insigne escritora prescinde por completo en sus escritos de la *Moral* y el *Dogma* católicos, considerados como *ciencia*; ni tampoco quienes, deseando concordar la fisonomía de la Santa con la de los eminentes teólogos que trató, y el título de Doctora con aquellos gloriosos tiempos en que se escribían infolios lo mismo que ahora se escriben folletines, poeticen sobre Santa Teresa, fingiéndosela á guisa de Bachiller en artes ó Maestro de Teología, ocupada en ergotizar acerca de cuestiones metafísicas. Los que tal creen, ó son novelistas eruditos de allende los Pirineos, que disertan sobre la Santa sin haberla leído, ó entusiastas crédulos y mal aconsejados de aquende, que, deseando engrandecerla, la empequeñecen y deprimen. No necesita nuestra Doctora Mística engalanarse con ajenas plumas, como el ave de la fábula, para aparecer ante los ojos del mundo radiante de hermosura; y por lo que á mí hace, soy de opinión que, para formarse cabal idea de su doctrina, es preciso comenzar por negarle los falsos títulos, en que su gloria ni puede ni debe cimentarse. Hay, es cierto, en sus obras conceptos profundos é ideas madres, que sintetizan lo que en vastos tratados apenas logran darnos á entender las mejores plumas de nuestros teólogos; y el alma sencilla que las lee, herida por esos relámpagos de luz, columbra en lontananza regiones luminosas adonde ni los más valientes ingenios á veces se remontaron. Así nos describe los efectos del pecado diciendo que *tizna el espejo del alma, de manera que no puede reflejarse en ella la imagen de Dios* (1); así con rasgo sublime dice del demonio *que es el ser que no puede amar*; así define la humildad con aquella expresión sencilla al mismo tiempo y enérgica, que su pluma ha hecho proverbial: *La humildad es andar en verdad* (2); así sabe distinguir entre el amor y la potencia volitiva que le produce, diciendo de él: *Es la saeta que la voluntad envía y hiere á Dios, y torna de allí con grandes ganancias* (3). ¿Qué más? Las impalpables sombras en que se envuelve la esencia

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 6.^a, cap. X.

(3) *Conceptos de amor divino*, cap. VI, párr. 6.^o

divina y encubren el misterio de la Trinidad beatísima, los recónditos arcanos de la gracia y del orden sobrenatural, la vaporosa niebla que entenebrece el abismo de la culpa, todo se ilumina con los resplandores que arroja su pluma inspirada; pero ni la humilde escritora tuvo jamás la pretensión de condensar estas verdades en un cuerpo de doctrina sentando principios y deduciendo consecuencias, ni entró en los planes de Dios el henchir su entendimiento de abstracciones metafísicas y teóricas sutilezas. Amaestróle sí para la perfección de la vida práctica, abriendo escuela en el interior de su alma nobilísima, haciéndole conocer las vueltas y revueltas, entradas y salidas del pobre corazón humano, y disponiendo á este fin los sucesos de su vida con tal arte, que no hubiera en el camino de la virtud dificultades con que no tropezase, peligros en que no se viese, amarguras que no devorase, emboscadas, en fin, y tempestades horribles de que no triunfase. Dios aquí fué su maestro, la oración sus armas, el palenque el claustro, su adversario el propio corazón. Desbordáronse por espacio de muchos años las amargas olas de la tribulación sobre aquel espíritu entero, y entre zozobras y sobresaltos aprendió la escondida ciencia de dirigir las almas á Dios, como aprende el marino entre borrascas á dirigir al puerto la contrastada nave. Mas, por lo que hace á la formación literaria de su espíritu, ¿qué maestros tuvo? ¿á qué aulas asistió? ¿qué infolios manejó? Suprimidle el breviario y los devotos libros en romance; nada tomó en las manos que pudiera, no digo introducirla en la mansión de la sabiduría universitaria, pero ni aun franquearle la entrada á ese templo del saber humano. Y ésta, entre otras, es sin duda la razón porque buscaba solícita el trato y dirección de los hombres sabios, hasta tal punto, que apenas recuerda la historia de aquellos tiempos un hombre ilustre, cuyo saber y prudencia no utilizase la santa para la prueba y dirección de su espíritu. Dejemos, pues, esos laureles de la escuela para ceñir las sienes de la famosa doña Oliva ó de la no menos renombrada doña Beatriz Galindo; pero no arranquemos de la frente de la Doctora abulense la mística aureola que la circunda, y es su más preciado emblema, para trocarla con otras coronas que ella siempre despreció, y las cuales, si no la afean, menoscaban por lo menos el esplendor de su gloria.

II

6. Carácter distintivo de la ciencia de Santa Teresa.—7. Las obras doctrinales.—8. «Autobiografía»; su atractivo y profundidad.—9. Su ascetismo.—10. «Camino de Perfección»; doctrina ascética en él contenida.—11. «Las Moradas»: es su obra maestra.

6. Y ved aquí lo que la Santa doctrinalmente considerada, no fué: pasemos ahora á desentrañar cuál es el carácter distintivo de su ciencia y lo que constituye, por decirlo así, su genialidad propia. ¿Qué fué Santa Teresa de Jesús? Fué, responderemos con sus obras en la mano, la historiadora de su *Vida* y de las *Fundaciones*, la autora del *Camino de perfección* y de los *Conceptos de amor divino*, y ante todo, y sobre todo, fué la escritora de las *Moradas*.

7. Yo no sé si me equivoco y es ilusión de mi fantasía lo que tengo por convicción íntima y verdad inconcusa; mas en mi entender el libro de las *Moradas* es la expresión más genuina de su espíritu, la creación más valiente de su endiosada inteligencia, y un tesoro inexhausto de riquezas, donde encerró todo el caudal de sabiduría con que la oración perseverante y la experiencia de largos años la dotaron. No vayáis por eso á creer que tengo en poco los otros escritos suyos; quiero, por el contrario, dejar consignado aquí, que, en cuanto al mérito puramente literario, descuellan á mi ver sobre la presente algunas de las obras antes citadas. La *Vida*, por ejemplo, le aventaja en rasgos sublimes; las *Exclamaciones* en fuego de dicción, el *Camino de perfección* en rigor lógico, y las mismas *Cartas* en sencillez y naturalidad. Sólo prefiero las *Moradas* bajo el aspecto científico y doctrinal, al cual me circunscribo en estos apuntes. Doctrina hay también, aunque incidentalmente expuesta, en los demás escritos suyos; y sucede en esta materia á la Santa lo que á esas personas acaudaladas y pródigas de sus bienes, que por donde quiera que pasan van dejando un reguero de beneficios en pos de sí. A este modo su pluma, sea que narre ó instruya, reprenda ó consuele, nada sabe hacer sin derramar á raudales la ciencia de que estaba

lleno su entendimiento. Con todo, sus obras doctrinales, propiamente dichas, son *principalmente* tres: la *Autobiografía*, el *Camino de perfección* y las *Moradas* (1).

8. La primera es una producción sin par en su género. Escribióse sin mirar á ningún modelo, hasta hoy no ha tenido rival, y en el tiempo por venir será la desesperación de todo escritor que pretenda emularla y hablar de sí mismo para legar su retrato á la posteridad. Cuando se piensa que ese libro fué escrito por una mujer que no sabía las nociones más elementales del bien decir, y con tal precipitación, que no corrigió ni una sola frase, ni volvió á leer jamás lo que su pluma impetuosa había una vez escrito, siéntese el ánimo estupefacto y asombrado al ver que trata de asuntos psicológicos con el interés de una novela, y hace la anatomía del alma y escudriña los repliegues del corazón, como si hablara de cosas tangibles que ven los ojos y palpan las manos. Más aún: sin períodos, sin arte, sin gramática, supera en atractivo y candorosa ingenuidad, no diré al filósofo de Ginebra en sus confesiones (que ese tal la finge, no la tiene), sino también ¿osaré decirlo? al mismo San Agustín en las suyas; y esto sin dejar de ser profunda como él, y clara y sencilla acaso más que él. Así y todo, la parte doctrinal de este escrito redúcese sólo á breves capítulos, en los cuales, con belleza inimitable sí, pero también con sobra de concisión, expone las diversas maneras como Dios obra en el alma y coadyuva sus esfuerzos. Bien quisiera no alargarme demasiado sobre este punto, sino apresurar el paso para entrar en el fondo de mi tema, que es la doctrina mística de la Santa; mas, siendo necesario considerarla antes como Doctora ascética, doy principio á este trabajo, entresacando de las tres obras precitadas lo que la insigne Maestra de espíritu ha escrito sobre esta materia.

9. El ascetismo de Santa Teresa, por lo tocante á su vida, está todo encerrado en el primer grado de la oración, descrito por ella en todo el cap. XI de la misma. La sencillez y hermosura de este trozo literario es tal, que no puedo resistirme á copiar sus principales rasgos: «Ha de hacer cuenta el que comienza, dice, que comienza á »hacer un huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy malas »yerbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas »yerbas y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está »ya hecho esto, cuando se determina á tener oración una alma y lo ha »comenzado á usar: y con ayuda de Dios hemos de procurar como

(1) Los *Conceptos de amor divino* pueden y deben ser clasificados también como obra doctrinal; pero las ideas, ligeramente indicadas allí, están expuestas con más amplitud en las obras citadas, y por eso prescindimos casi por completo de ellas en este discurso. Lo mismo decimos de muchos capítulos de las *Fundaciones*.

»buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener cuidado de
»regarlas para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores, que
»den de sí gran olor, para dar recreación á este Señor Nuestro, y así
»se venga á deleitar muchas veces á esta huerta y á holgarse entre
»estas virtudes. Pues veamos ahora de la manera que se puede regar,
»para que entendamos lo que hemos de hacer y el trabajo que nos ha
»de costar, si es mayor que la ganancia, ú hasta qué tanto tiempo se
»ha de tener. Paréceme á mí que se puede regar de cuatro maneras:
»ó con sacar el agua de un pozo, que es á nuestro gran trabajo; ó con
»noria y arcaduces, que se saca con un torno (yo la he sacado algunas
»veces, es á menos trabajo que estotro y sácase más agua); ó de un
»río ó arroyo, esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra
»de agua y no se ha menester regar tan amenudo, y es á menos trabajo
»mucho del hortelano; ó con llover mucho, que lo riega el Señor sin
»trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo le
»que queda dicho. Ahora, pues, aplicadas estas cuatro maneras de
»agua de que se ha de sustentar este huerto, porque sin ella perderse
»ha, es lo que á mí me hace al caso y ha parecido que se podrá decla-
»rar algo de cuatro grados de oración, en que el Señor por su bondad
»ha puesto algunas veces mi alma... De los que comienzan á tener
»oración podemos decir son los que sacan agua del pozo, que es muy
»á su trabajo, como tengo dicho, que han de cansarse en recoger los
»sentidos, que como están acostumbrados á andar derramados, es
»harto trabajo. Han menester irse acostumbrando á no se les dar
»nada de ver ni oír, y aun ponerlo por obra las horas de la oración,
»sino estar en soledad, y apartados, pensar su vida pasada... Al prin-
»cipio aun da pena, que no acaban de entender que se arrepienten
»de los pecados, y sí hacen, pues se determinan á servir á Dios tan
»de veras. Han de procurar tratar de la vida de Cristo, y cánsase el
»entendimiento en esto... Esto es comenzar á sacar agua del pozo, y
»aun plega á Dios lo quiera tener; mas, al menos, no queda por nos-
»otros, que ya vamos á sacarla y hacemos lo que podemos para
»regar estas flores. Y es Dios tan bueno, que, cuando por lo que
»Su Majestad sabe..., quiere que esté seco el pozo, haciendo lo que es
»en nosotros, como buenos hortelanos, sin agua sustenta las flores y
»hace crecer las virtudes.» Así explica la Santa el primer grado de
oración, exponiendo luego en los capítulos siguientes, y sobre todo
en el XIII, las virtudes propias de los que en él se ejercitan; aparta-
miento de las cosas del mundo, mortificación en el cuerpo y humildad
en el espíritu. Los otros tres modos de regar el jardín del alma son el
símbolo de tres grados de perfección más alta, que la levantan sobre
la región de la ascética, y me darán materia para investigaciones
posteriores. Basta á mi propósito el hacer observar aquí dos cosas:
1.^a, la hermosura y lozanía del símil con que sensibiliza concepción

tan abstracta, y la vívida sencillez de estilo con que le expone y aplica; 2.^a, que para formarse cabal idea de su sistema ascético, no debemos ceñirnos á las breves nociones que aquí nos da, sino que es preciso estudiarle en otros escritos suyos, donde, desenvolviendo la misma idea, desciende á particularizar el ejercicio de las virtudes, según ella las entendía.

10. En efecto, el *Camino de perfección* es ya menos sintético. Pone allí como fundamento la práctica de la pobreza, tanto espiritual como real; hace después avanzar al alma por el desasimiento de todo amor terreno, aun del que se tenga á sus deudos, y acaba por disponerla al ejercicio de la contemplación, moviéndola á sacrificar en aras de la humildad, no sólo la propia salud y vida, si necesario fuere, sino también el aprecio y estima de los hombres. Este perseverante batallar contra las tres concupiscencias de que nos habla el Apóstol, es, según el sentir de la ilustre Maestra, tan necesario para disponerse á recibir los dones de Dios, como es en el juego de ajedrez la disposición de las piezas para triunfar del adversario y dar mate al rey enemigo. Ved con qué donosura hace aplicación á la vida espiritual de esta comparación bellísima: «Creed, dice, que quien no sabe concertar las piezas en el juego de ajedrez que sabrá mal jugar; y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate. Aun así me habéis de reprender porque hablo de cosa de juego, no le habiendo en esta casa, ni habiéndole de haber. Aquí veréis la Madre que os dió Dios, que aun esta vanidad sabía, mas dicen que es lícito algunas veces. Y ¡cuán lícita sería para nosotras esta manera de juego! Y ¡cuán presto, si mucho lo usamos, daremos mate á ese Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá! La dama es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que así le haga rendir como la humildad. Esta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello á nuestras almas. Y creed que, quien más tuviere, más le terná, y quien menos, menos» (1). ¿Qué os diré yo de comparación tan expresiva? Diré que es digna de la pluma de Santa Teresa, y es todo lo que se puede decir. Con él pone remate y coronamiento á los quince primeros capítulos de este Tratado, en los cuales está á grandes rasgos delineada la senda de la perfección en todo cuanto abarca la teología ascética, y esto, no de una manera vaga y genérica, como en el libro de su *Vida*, sino estudiando palmo á palmo el terreno, definiendo las virtudes, exponiendo su práctica, grados y encadenamiento con rigor lógico y pulso admirable.

11. Esto no obstante, y sin rebajar en nada el mérito de joya

(1) *Camino de perfección*, cap. XVI.

tan preciosa, doy todavía la preferencia al libro de las *Moradas*, siquier sea por la unidad de plan que enlaza armónicamente las partes entre sí, por la distinción con que procede, pasando siempre de lo menos á lo más perfecto, y por no concretarse en la exposición de la doctrina á esta ó aquella clase de personas, sino extenderse más bien á todo linaje de gentes, abarcar todos los estados y tener en cuenta la diversidad de caracteres é inclinaciones. Este mismo juicio debía merecer á la Santa Madre el postrero de estos escritos, cuando en la carta doscientas setenta y cuatro, dirigida al Padre Fray Jerónimo Gracián, dice, hablando de él y comparándole con el libro de su *Vida*: «Paréceme que ese libro (el de la *Vida*)... es el »grande mío...: á mi parecer *le hace ventaja el que después he »escrito* (el de las *Moradas*): al menos había más experiencia que »cuando lo escribí.» Y en la Morada 4.^a, cap. I: «Es dificultósimo »de dar á entender (las cosas sobrenaturales), si Dios no lo hace, »como en otra parte que se escribió hasta donde había yo entendido »catorce años ha, poco más ó menos; aunque *un poco más de luz »me parece tengo de estas mercedes*, que el Señor hace á algunas »almas.» Y en la misma Morada, cap. II: «Podrá ser que en estas »cosas interiores me contradiga algo de lo que tengo dicho en otras »partes. No es maravilla, porque en casi quince años, que ha que lo »escribí, quizá *me ha dado el Señor más claridad* en estas cosas de »las que entonces entendía.» Conviene, por tanto, estudiar á Santa Teresa de Jesús, bien sea como ascética, bien como mística, en el libro de las *Moradas*; no con exclusión de los demás escritos, en los cuales encierra también inestimables riquezas de celestial sabiduría, sino tomándole por guía principal en este camino, y ampliando los puntos ligeramente tocados en él con las explanaciones de la misma idea que en otras obras nos suministra. Comencemos, pues.

III

12. Fundamento del sistema doctrinal de Santa Teresa; sus grados de oración son grados de perfección.—13. Concepto general de las "Moradas". Un castillo de diamante.—14. La ronda de este castillo.

12. Y ante todo cumple á mi propósito advertir, como fundamento del sistema doctrinal que trato de exponer, y condición pre-

cisa para su inteligencia, que, según la mente de la ascética Doctora, los diversos grados de oración son otros tantos grados de perfección evangélica. No concibe la Santa el ejercicio de la oración, como otros místicos ilusos, de una manera abstracta y teórica; no prescinde, como ellos, de la abnegación, ni se olvida de sojuzgar las pasiones; antes bien, es para ella manifiesto engaño y trapacería diabólica toda práctica piadosa, siquier parezca altísima oración, que no ayude al exacto cumplimiento de sus obligaciones y produzca óptimos frutos de mortificación. «Pedístisme, dice á sus hijas, después de haber tratado extensamente de las más sólidas virtudes; pedístisme que os dijese el principio de oración. Yo, hijas, aunque no me llevó Dios por este principio (el que acaba de exponer), porque aun no le debo tener de estas virtudes, no sé otro» (1). Y en otra parte, tratando de encaminar al que comienza á tener oración: «Sea varón, y no de los que se echaban á beber de buzos cuando iban á la batalla, no me acuerdo con quién (2), sino que se determine que va á pelear con todos los demonios, y que no hay mejores armas que las de la Cruz. Aunque otras veces he dicho esto, importa tanto, que lo torno á decir aquí... ¡Es cosa donosa, que aun nos estamos con mil embarazos é imperfecciones... ¿y no habemos vergüenza de querer gustos en la oración y quejarnos de sequedades?» (3) Y, finalmente, para omitir otros innumerables pasajes en que se dice lo mismo, al recomendar en la Morada 4.^a, cap. II, las disposiciones necesarias para recibir dones sobrenaturales, interpela así á sus monjas: «Luego querréis, mis hijas, procurar tener esta oración (de quietud)... Yo os diré lo que en esto he entendido. Después de hacer lo que los de las Moradas pasadas, humildad, humildad... Por ésta se deja vencer el Señor á cuanto de él queremos.» Es indiscutible, por consiguiente, la verdad antes enunciada, y aunque sin perjuicio de lo dicho, puede el Señor, cuando así le place, levantar el alma á sí, y darle á gustar, no obstante sus muchas imperfecciones, el dulzor de sus regaladísimos abrazos; pero además de ser estos casos muy excepcionales, sólo obra Dios de esta manera para engolosinarla, como dice la Santa, y ver de hacerla renunciar á los deleites terrenos que la traen enajenada. Y es estilo del Señor, cuando los tales no responden con generosidad al divino llamamiento, retirar de ellos su benéfica mano y no arrojar á animales inmundos las margaritas de sus dones. Quede, pues, sentado como verdad incontrovertible, que en el sistema doctrinal de la Santa Madre, los diversos grados de oración más ó menos levantada y los grados de perfección, se reciprocán.

(1) *Camino de perfección*, cap. XVI.

(2) Con Gedeón. Cfr. Jud. VII, 5.

(3) Mor. 2.^a

13. Hecha esta observación de suma importancia en materia tan grave, dejémonos llevar por la mano de nuestro guía, y penetremos con ella en el vestíbulo del templo de la santidad. «Estando hoy »suplicando, dice en la Morada 1.^a, á Nuestro Señor hablase por mí, »porque yo no atinaba cosa que decir, ni cómo comenzar á cumplir »esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré para comenzar con »algún fundamento; que es, considerar á nuestra alma como un castillo todo de un diamante ó muy claro cristal, á donde hay muchos »aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo »consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un »paraíso á donde, dice El, tiene sus deleites. Pues consideremos, que »este castillo tiene, como he dicho, muchas Moradas, unas en lo alto, »otras en lo bajo, otras á los lados, y en el centro y mitad de todas »estas tiene la más principal, que es á donde pasan las cosas de mucho »secreto entre Dios y el alma.» Tal es la concepción de la Santa, tomada á bulto y sin bajar á pormenores. No pasemos adelante sin advertir, que es capital sobre este punto la consideración, en que ella tanto insiste, de haber infinitas moradas alrededor de la estancia principal de este castillo, pues aunque después en todo el Tratado no se habla más que de siete, éstas, más bien que moradas aisladas, son órdenes de estancias, cada una de las cuales puede tener, y realmente tiene, un sinnúmero de piezas semejantes. Por eso en el Apéndice á este escrito inculca de nuevo la misma idea, diciendo: «Aunque (aquí) no se trata de más de siete Moradas, en »cada una de éstas hay muchas en lo bajo y alto y á los lados, con »lindos jardines, y fuentes, y laborintios, y cosas tan deleitosas, que »desearéis deshaceros en alabanzas del gran Dios que lo crió á »su imagen y semejanza.» Y antes de esto había escrito en la Morada 1.^a: «Digo que no consideren pocas piezas (en este castillo) »sino de millón, y éstas no una en pos de otra, como cosa enhilada, »sino... como un palmito, que, para llegar á lo que es de comer, tiene »muchas caberturas que todo lo sabroso cercan» (1). Dicho esto, y trazadas ya las principales líneas del cuadro, la emprende con los pormenores, deslindando los diversos grupos que han de dar vida al lienzo, y cuidando de no confundirlos jamás, sino de sostener en cada uno de ellos el carácter y fisonomía propios.

14. Mas ¿qué moradas son estas? ¿quiénes sus habitantes? ¿en qué se ejercitan? ¿cómo los combate el enemigo? ¿de qué armas deberán valerse para no sucumbir en la lucha, sino resistir, avanzar, triunfar ó morir? Todo, todo está valientemente descrito en este asombroso panorama del espíritu, donde al volver de cada página nos hallamos siempre con un nuevo paisaje, nuevas personas, nuevos

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

trajes, nuevo cielo, nuevo sol, un nuevo mundo, en fin, desconocido hasta entonces para nosotros, y en el cual, sin embargo, vivimos y nos movemos, como parte que somos de él. Los pecadores, ante todo, que, olvidados de Dios, se revuelcan en el cieno de los deleites sin acordarse jamás de entrar dentro de sí mismos, son, dice la Santa, almas tullidas y con perlesía, que tienen hecha costumbre de tratar con las bestias ponzoñosas de la ronda del castillo, sin atinar jamás con la puerta que es la oración, ni cuidarse de penetrar en él. Las moradas todas de esta mansión deliciosa están para ellos obscurecidas con las tinieblas de la culpa, y los rayos del Sol de Justicia que arde en el centro de las mismas pierden con el pecado toda su vívida brillantez. «¿Qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mismas aguas vivas que es Dios, cuando cae en un pecado mortal? No hay tinieblas tan tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra que no lo esté mucho más. No queráis más saber, de que con estarse el mismo sol, que le daba resplandor y hermosura, todavía en el centro del alma, es como si allí no estuviese para participar de El, con ser tan capaz para gozar de su Majestad, como el cristal para resplandecer en él el sol» (1). Y, cual si esta bellísima comparación no bastase para hacer ver los hediondos y abominables efectos de la culpa, torna á insistir en la misma idea, y dice en el párrafo siguiente: «Ansí como de una fuente muy clara lo son todos los arroyicos que salen de ella..., ansí el alma que por su culpa se aparta de esta fuente y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la misma desventura y suciedad. Es de considerar aquí, añade, que la fuente y aquel sol resplandeciente, que está en el centro del alma, no pierde su resplandor y hermosura; que siempre está dentro de ella y cosa no puede quitar su hermosura; mas, si sobre un cristal que está al sol se pusiese un paño muy negro, claro está que aunque el sol dé en él, no hará su claridad operación en el cristal» (2). ¡Qué imágenes tan brillantes y llenas de vida! ¡Qué frescura y lozanía en la descripción! ¡Qué desaliño tan encantador en la frase! No parece sino que brota la idea del entendimiento, y la expresión de la pluma, como brotan las aguas cristalinas entre las arenas de purísimo manantial. Aquí todo elogio es sobrado, y como dijo á otro propósito Baltasar de Alcázar:

Esto..., ello se alaba,
No es menester alaballo;
Sólo una falta le hallo,
Que con la prisa se acaba.

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 1.^a, cap. II.

Id ahora, si os place, id y hojead los infolios de la Escuela para penetrar la esencia del pecado, y desentrañar la incomprensible miseria de sus efectos. Tened por seguro, que tras interminables disquisiciones metafísicas, tras increíbles desvelos y torturas intelectuales, acaso no hagáis sentir á vuestra alma la podredumbre del corazón apartado de Dios, tanto como os la hacen sentir las sencillas frases de la humilde Carmelita. Pero no cortemos el hilo de la idea. Avancemos con la Santa hasta penetrar en el interior de este real Palacio, y, dejando á los pecadores fuera del cerco del castillo, entremos ya con los justos en la primera Morada. Hedla aquí. Es la mansión del propio conocimiento, único fundamento de la verdadera humildad.

IV

15. Doctrina ascética de las tres primeras Moradas; Morada primera, su obscuridad.—16. Morada segunda; la voz de Dios y la de Satanás.—17. Morada tercera; pureza del alma deslustrada por el amor á la honra y al regalo espiritual.—18. Resumen.

15. *Morada primera.*—Casi no llega á ella la luz que sale de la estancia donde se alza el trono del soberano Rey, y, aunque no está «obscura y negra como cuando el alma está en pecado, está sí »obscura en alguna manera, para que el morador de ella no pueda »verla bien, y no por culpa de la pieza, sino porque con tantas cosas »malas de culebras y víboras y cosas ponzoñosas, que entraron con »él no le dejan advertir á la luz. Como si uno entrase en una parte »adonde entra mucho el sol, y llevase tierra en los ojos que casi no los »pudiese abrir: clara está la pieza, mas él no lo goza por el impedimento ó cosas de estas fieras y bestias que le hacen cerrar los ojos »para no ver sino á ellas» (1). Es decir, como más adelante lo explica, que los habitantes de estas primeras Moradas, aunque anden con deseos de no ofender á Dios y hagan obras buenas, se hallan tan embebidos en el mundo, tan engolfados en sus contentos y desvanecidos con sus honras y pretensiones de hacienda, que los vasallos del alma, potencias y sentidos, tienen poca fuerza para batallar contra

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

el furor de las pasiones, y así difícilmente pueden gozar de la presencia de Dios y atender á la luz con que los ilumina, y á las inspiraciones con que los mueve. Para éstos es indispensable acudir «como »pudieren á Su Majestad, y tomar á su bendita Madre por intercesora y á sus Santos para que peleen por ellos.. y, dando de mano á »las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme á su estado» (1), se ocupen en conocerse á sí mismos, eviten las ocasiones de pecado grave y conciban aborrecimiento grande al pecado venial. Mas no con pusilanimidad y cobardía, asaltados de temores y metidos en el cieno de sus miserias, sino fijando los ojos en Dios y Cristo Nuestro Señor, para que, mirando su grandeza, conozcan mejor su bajeza, y mirando su limpieza, vean su suciedad (2).

16. *Segunda Morada.*—Mas esta magnanimidad y estos arranques de corazón, los recomienda todavía con palabras más enérgicas y mayor peso de razones á los justos, que, dando un paso más adelante, llegan con el auxilio de Dios á penetrar en las segundas Moradas. Son estos los que estando aún «enredados en los pasatiempos y »baraterías del mundo, y aún cayendo y levantando en pecados» veniales, á que dan ocasión el bullicio y compañía de estas bestias ponzoñosas, oyen con todo la voz del Señor que los llama. «Y es esta voz »tan dulce, que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le »manda... No son estas voces y llamamientos (como otras que diré »después en las Moradas más interiores), sino con palabras que oyen »á gente buena, ó sermones ó con lo que leen en buenos libros, ó »cosas muchas por donde llama Dios, ó enfermedades ó trabajos, y »también con una verdad que enseña Dios en los ratos de oración» (3). Pero en frente de estas voces y para sofocar su eficacia, álzase con estrépito la voz de Satanás que enciende el fuego de la pasión, estalla la guerra en el alma, y «andan, dice la Santa, los golpes de artillería »de tal manera, que no puede el alma dejar de oirla» (4). «¡Oh, »Jesús, prosigue la seráfica Madre, qué es la baraúnda que aquí »ponen los demonios y las aflicciones de la pobre alma, que no sabe »si pasar adelante ó tornar á la primera pieza! Porque la razón le »representa el engaño que es pensar que todo esto vale nada (5) en »comparación de lo que pretende. La fe le enseña cuál es lo que »le cumple. La memoria le representa en lo que paran todas estas »cosas, trayéndole presente la muerte de los que mucho gozaron »estas cosas que ha visto, como algunas ha visto súbitas, cuán presto

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 1.^a, cap. II.

(3) Mor. 2.^a

(4) Mor. 2.^a

(5) Así se lee en el texto, pero parece que quiere decir: «el engaño que es pensar que todo esto vale algo...»

»son olvidadas de todos... La voluntad se inclina á amar, á donde tan
»innumerables cosas y muestras ha visto de amor, y querría pagar;
»alguna en especial se le pone delante, cómo nunca se quita de con
»él este verdadero amador, acompañándole, dándole vida y ser.
»Luego el entendimiento acude con entender que no puede cobrar
»mejor amigo, aunque viva muchos años; que todo el mundo está
»lleno de falsedad..., que fuera de este castillo no hallará seguridad
»ni paz, que se deje de andar por casas ajenas, pues la suya es tan
»llena de bienes, si la quiere gozar... Razones son estas, concluye la
»Santa, para vencer los demonios..., y procurar hacer lo que (está)
»en nosotros, y guardarnos de estas sabandijas ponzoñosas; que
»muchas veces quiere el Señor que nos persigan..., y aun algunas
»permite que nos muerdan, para que nos sepamos mejor guardar
»después y probar si nos pesa mucho de haberle ofendido. Acábase,
»en fin, esta guerra por la sangre que (el Señor) derramó por nos-
»otros, y con generosidad y denuedo avancemos hasta ponernos del
»todo en las manos de Dios» (1).

17. *Morada tercera.*—Con esta disposición de ánimo ya hallan los justos fácil acceso á las Moradas terceras, cuyos pobladores viven de ordinario muy deseosos de servir á Su Majestad. «Aun de los
»pecados veniales se guardan (de manera que no cometerían uno con
»advertencia por cosa ninguna), son amigos de la penitencia, tienen
»sus horas de recogimiento, gastan bien el tiempo, ejercítanse en
»obras de caridad con los prójimos, y andan muy concertados en el
»hablar, vestir y gobierno de casa los que la tienen (2)... Pero se
»inquietan y sienten apretamiento de corazón con los desprecios y
»menoscabo de su honra, á la cual todavía no han renunciado por
»completo; tienen demasiado seso y discreción en hacer penitencia,
»que cierto no se matarán; y no llevan en paciencia que el Señor les
»cierre la puerta para entrar en las Moradas interiores, donde este
»Soberano Rey habita...; viniendo de ahí las grandes sequedades que
»sienten en la oración. Estos tales, cuando el Señor les dice lo que
»han de hacer para ser perfectos y cómo han de renunciar á su
»honra y estima y aun á los gustos de la oración, de los cuales deben
»tenerse por indignos, vánse tristes como el mancebo del Evangelio
»y vuélvenles las espaldas (3); y, aunque el Señor les da contentos
»harto mayores que los regalos y distraimientos de la vida», como
no les prodiga los gustos sobrenaturales, sino que se los concede
raras veces...; sienten lo abrumador que es este camino, corriendo
peligro de tornar, á lo menos en el deseo, á meterse en las sabandi-

(1) Mor. 2.^a

(2) Mor. 3.^a, cap. I.

(3) Mor. 3.^a, cap. I.

jas de las primeras piezas, porque su fortaleza no está fundada en tierra firme, y el demonio sabe urdir aquí grandes persecuciones (1). Por eso «procuren huir de toda ocasión de ofender á Dios, y considerando cuánto padeció el Señor y cuán bueno es padecer, sean humildes, piensen que no está la perfección ni el premio en los gustos, sino en amar más y obrar con justicia y verdad. Pongan su razón y temores en las manos de Dios, olvidense de su flaqueza natural: el cuidado de su salud ténganlo los Prelados (ó Directores de sus almas); esfuércense, pues pueden llegar á la tierra de promisión en ocho días, para no tardar un año, yendo por ventas, nieves, aguas y malos caminos llenos de serpientes, y estudien mucho en la prontitud de la obediencia: teniendo alguien á quien acudir que esté muy desengañado de las cosas del mundo, y, viendo la suavidad con que llevan otros las cosas que ellos tienen por imposibles, ánimo á volar como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan, que, aunque no es de presto dar un gran vuelo, poco á poco imitan á los padres» (2).

18. Ved aquí reducida á breves páginas la doctrina ascética contenida en el libro de las *Moradas*, la cual puede considerarse como ilustración bellísima de la que encierra el primer grado de oración expuesto en la *Vida*, y maravilloso compendio de la que con más latitud declara en el *Camino de perfección*. Resumiendo todo lo dicho en lacónica síntesis, pertenecen á la primera Morada, según la doctrina de la Santa, los que, detestando el pecado mortal, viven asidos á los deleites no vedados gravemente, y se cuidan poco de evitar los pecados veniales; moran en la segunda las almas devotas que comienzan á aborrecer el pecado venial y á amar la penitencia, pero no se determinan á renunciar, para conseguir la perfección, los ofrecimientos de honra y estima con que el mundo les brinda; penetran, por fin, en la tercera los que arrancan del corazón el afecto de las riquezas y halagos mundanales, mas no se sacrifican á sí mismos en aras de la humildad, ni llevan en paciencia la privación de los regales espirituales.

(1) Mor. 3.^a, cap. I.

(2) Mor. 3.^a, cap. II.

V

19. Cualidades de los escritos de Santa Teresa. 1.^a La concisión: es el sello distintivo del genio.—20. La de la seráfica Doctora es realmente luminosa.—21. Tino en la selección.—22. 2.^a cualidad. Jovialidad festiva.—23. Cañácter especial de esa jovialidad.—24. Su fin: hacer amable la virtud.—25. Ingénita antipatía de Santa Teresa á los caracteres melancólicos: atractivos de su alma.

19. Hagamos alto aquí en la falda del monte de la perfección; y, antes de emprender la jornada que nos ha de llevar hasta la cima, volvamos la vista atrás desde este repecho del camino, para admirar, juntamente con la extensión del campo recorrido, las cualidades del divino guía, cuyos escritos hasta aquí nos han encaminado.

Dos serán solamente las que yo haré notar, dando principio á este trabajo por la primera y más principal: la concisión. Esta dote, cuando no cede en menoscabo de la claridad, es el sello distintivo del genio. Las medianías, los talentos vulgares y adocenados, así como son ineptos para el análisis en las cuestiones complejas, así también sintetizan poco sus ideas, pudiendo apellidarse su ciencia, más bien que sabiduría propiamente dicha, erudición conceptualista. En los cerebros de esos plagiarios del saber cada idea es un sonido aislado, es una nota perdida en el vacío, que no armoniza con el resto de sus conocimientos, ni se eslabona con ellos para formar, anillo tras anillo, la cadena de un verdadero sistema doctrinal. Más que sabios son eruditos, más que genios creadores de la ciencia, son progenitores fecundos de vulgaridades, ó gárrulos declamadores de ideas robadas al talento. En su frente jamás ha brillado la llama del genio, en su cabeza jamás han fermentado grandiosas concepciones, ni siquiera germinado una idea original. Aseméjense en cierta manera á los seres irracionales, que aprenden por impresiones aisladas, y sólo atesoran en su memoria especies inconexas que ningún enlace tienen entre sí, mientras que distan inmensamente de las inteligencias angélicas y puramente intelectuales, cuya ciencia se condensa en pocas ideas.

Permitid esta digresión á mi pluma y seguidme, porque conviene dejar bien definido el mérito de la concisión contra las opiniones invasoras del charlatanismo pretencioso. Los seres dotados de sólo vida vegetal viven, pero no sienten; los irracionales, por muy perfectos que sean en su especie, sienten y perciben, pero no raciocinan ni desenvuelven por deducciones intelectuales las percepciones adquiridas; el hombre despoja á la sensación de su tosco ropaje, la espiritualiza, y encadenando sus conceptos, forma ideas germinadoras de conceptos nuevos con que fecunda su entendimiento; el ángel ve con precisión clarísima los efectos en sus causas y alcanza con pocas ideas horizontes inmensos de verdades; Dios, en una sola idea, que se identifica con su entender y su sér, agota todo el maravilloso, y para nosotros incomprensible conjunto de realidades, y el todavía más maravilloso y más incomprensible de entidades posibles, que son objeto de la ciencia universal, propiamente dicha, y término de la inteligencia suprema. ¿Qué se sigue de aquí? Síguese, que el que en menos ideas abarque más, el que en menos palabras más diga, ese tal se acerca más á Dios. Ved ahí lo que es el genio: ved ahí porqué os decía que la concisión, cuando no cede en menoscabo de la claridad, es el carácter distintivo de las inteligencias privilegiadas.

20. Pues tal fué la penitente Carmelita, cuyos escritos al presente analizamos. ¿Qué corona de alabanzas podré yo entretejer que no sea indigna de la frente donde tantos y tan grandes pensamientos se engendraron? ¡Divina pluma la que halló palabras preñadas de fuerza y vigor, dignas de tan grandiosas especulaciones! ¡La que, como foco de luz, irradió en las tinieblas de celda desconocida, y arrojó sobre el mundo asombrado torrentes de sabiduría celestial, que los ojos más llenos de vida apenas pueden soportar! Hojead, leed, juzgad. En breves páginas, claras como el espejo de su alma, sencillas como su candoroso corazón, atina á resumir con tino admirable, lo que los más profundos ascetas, con dificultad llegan á definir en extensos tratados. Y dejando á un lado los infolios, donde esta ciencia se archiva, las definiciones metafísicas de las virtudes, su clasificación científica, los actos con que nacen en el alma, crecen y se perfeccionan, los vicios que es preciso extirpar, los apetitos que vencer, las pasiones que debelar; dejando á un lado el filosofar sobre todo esto, fija los ojos del alma en los fuertes sillares, que son como las claves arquitectónicas de este edificio colosal, y, mostrándolas con el dedo, dice á sus hijas: «Conoced vuestra miseria y ahondad en ella cuanto podáis; huid de toda ocasión de pecado, desembarazaos de las cosas de la tierra, y acabad por la inmolación total y absoluta de vosotras mismas; lo demás dejádselo á Dios, á su sabiduría y á su bondad omnipotente.»

21. Yo no puedo menos de admirar la maestría, verdaderamente inspirada, con que estos tres puntos están elegidos y sabiamente concretados. Lenguas quisiera hacerme para ensalzarla cual se merece y yo la concibo. Mi voz es débil y mi voto desautorizado, mas no dejaré pasar estos momentos solemnes sin hacer constar, que, en mi sentir, van descaminados los que con *profundas investigaciones* ascéticas y extensos tratados, pretenden dirigir los pasos del pueblo cristiano por la senda del cielo. Los que tal hacen, se esfuerzan, acaso sin darse cuenta de ello, por introducir á sus lectores en el templo de la sabiduría, para, una vez allí, abrirles luego la puerta oculta que guía al camino de la santidad. Jamás, sin embargo, leemos en el Evangelio, que sea condición precisa el ser sabios para entrar en el reino de los cielos. Lejos de mí el condenar en absoluto á esos escritores profundos de obras inmortales, veneros inagotables del saber; sólo hago constar mis arraigadas convicciones sobre este punto, aseverando, que tales obras, si son utilísimas á los maestros de espíritu, no lo son tanto para el vulgo de los cristianos; pues la manera más común y ordinaria que Dios tiene de elevarlos á la perfección, es la de esculpir en su alma pocas, pero fecundísimas verdades, de las cuales como de pujante semilla, brota primero y se desarrolla inconscientemente después el árbol de la perfección; lo mismo que en el seno de la madre, fecundado con el germen de vida se desarrollan inconscientemente los miembros todos del niño que más tarde ha de abrir sus ojos á la luz del día.

22. Paso con esto á la segunda cualidad, que en esta parte de los escritos de la Santa descuella, su espontánea y jovial amenidad. Espíritus reflexivos habrá, que se maravillen de que me entretenga en vindicar para la ilustre Monja avilesa, dote de tan poca importancia para muchos. Pero fuera de que urge refutar la opinión de críticos, mal contentos y antojadizos, para quienes es uraño y fastidioso todo escrito que trate de virtudes cristianas (1), conviene adelantarse á los mismos y evidenciar, que calumnian á la insigne escritora, cuando nos la pintan como espíritu adusto y cerebro mal deprimido por el monjil que la cubría. ¡Santa Teresa adusta y ceñuda! ¿Habrán leído los que tal piensan, aquellas páginas rientes, que rebosan candor, alegría, paz, amor y gracia sin igual? Esta dote de la jovialidad está casi siempre reñida con la que acabamos de vindicar para la seráfica Doctora. Los escritores concisos son, por ley común, tan austeros en los pensamientos como sobrios en el lenguaje; al paso que los joviales y festivos acostumbran á ser por extremo superficiales. Sólo la pluma de los grandes talentos acierta á combinar estas dos cualidades, que mutuamente se repelen; y aunque Santa Teresa

(1) Michelet.

no tuviera, como escritora ascética, otros títulos á la inmortalidad que el haber triunfado en tan difícil empeño, bastara éste para perpetuar con nuestros elogios su memoria en la posteridad de los siglos. Triunfó, sí, triunfó de esta dificultad, uniendo en amigable consorcio á estas dos bellas enemigas, que son la desesperación de todo literato, y fué concisa al mismo tiempo y jovial, tratando de materias, acerca de las cuales parece que no puede escribirse sino seca y estiradamente. No niego yo que la virtud es bella; afirmo, por lo contrario, que su hermosura, para todo el que tenga ojos limpios con que contemplarla, es fascinadora; y avanzando más, afirmo, por un parte, que nada hay bello al mismo tiempo é inmoral, y por otra, que yerran lastimosamente los espíritus secuaces de Calvino, para quienes el hombre no puede ser virtuoso sin vivir desabrido consigo mismo, y que hasta se atreven á hablar de desesperación en el espejo de toda santidad, en el Hijo de Dios vivo, cuando moría en un patíbulo, víctima del amor hacia los mismos que le crucificaban. Dios no es ningún cómitre que se complazca en esgrimir el látigo sobre sus criaturas, ni la virtud matrona ceñuda, destinada por Dios para ser verdugo del corazón humano. Así y todo, no puede negarse que el austero vestido con que esta beldad de ordinario se encubre, nada tiene de atractivo ni halagüeño. ¿A quién lisonjea el maceramiento de la carne, la pobreza y el desasimiento de todo lo criado?

23. Mas ved aquí en qué está precisamente el genio de Santa Teresa. Con paso firme y sereno penetra delante de nosotros en la deliciosa mansión, donde la virtud se muestra tal cual es, y, encarándose con ella, nos dice entusiasmada: «Miradla: ahí la tenéis, hija del cielo, radiante de luz y de hermosura, cariñosa, apacible, graciosa y hasta jovial.» Y jovial se mostró también Santa Teresa al describirla, acomodando su pincel al retrato que trataba de esbozar. No con la jovialidad del novelista que se degrada pintando las infamias y abyección de seres envilecidos, que yo no puedo nombrar; ni con la sonrisa burlona del cínico que se mofa de todo lo bueno; sino con la jovial alegría del alma recta, que se pasea sin impedimento por los verjeles de la virtud, libando en todas las flores el almíbar de la paz y del amor. ¡Ah! no necesitó Santa Teresa, para ser festiva en sus escritos, de los cínicos chistes de Luciano, ni de las nefandas lubricidades de Marcial, ni de las indecorosas alusiones de nuestro Quedo, ni aun de las socarronas inconveniencias del ascendereado escudero, que el genio de Cervantes immortalizó. Su pluma, por otro estilo, tampoco fué bufona como la de Rabelais, ni incisa y punzante como la de La Bruyère, ni sardónica como la del mal llamado Filósofo de Ferney, ni fría y helada como la que trazó el carácter repulsivo de Mefistófeles; porque de nada de eso necesitó para fascinar el

ánimo de sus lectores y subyugar su rebelde corazón. Bastóle dejar estampada en sus escritos, sin conceptos alambicados ni repulidas frases, la hermosura del alma virtuosa, es decir, de su propia alma, y dejarnos ver aquel conjunto maravilloso de todas las virtudes que más halagan al corazón humano: caridad, mansedumbre, gratitud y resignación. Bastóle levantar una punta del velo que encubría sus mismas dotes naturales, y dejarnos admirar aquella su imaginación vivaracha y bulliciosa como los pájaros que cantan en la enramada, aquel su entendimiento claro y sereno como el azul estrellado de los cielos en noche de primavera, aquel su corazón ingenuo y florido como prado esmaltado de rosas que riegan arroyos cristalinos.

24. Aquí convergen, como á su centro, todas las ideas más originales de su genio creador y todos los rasgos más característicos de su lenguaje; á hacer la virtud amable y hasta seductora, no displicente y desabrida. Por eso ya desde la primera Morada, en que tanto inculca el ahondar en el conocimiento de la propia miseria, quiere que esto se haga *sin estrujar el ánimo*, como ella dice, sino ensanchándole con sentimientos generosos. Y á este fin manda que salgan fuera de sí de cuando en cuando, volando á considerar la grandeza y majestad de Dios; pues la humildad, añade, «es como la abeja que labra su miel en la colmena, pero saliendo á sus tiempos para extraerla de las flores que adornan el campo y la pradera (1). En lo cual hay dos ganancias: la primera, que la humildad es mayor; pues está claro que parece una cosa blanca muy más blanca cabe la negra, y al contrario la negra cabe la blanca. La segunda, que nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien» (2). ¿Puede hablarse más claro?

25. De esta misma raíz nacía en su espíritu aquella instintiva repulsión que sentía á los caracteres melancólicos, la cual hizo á su pluma escribir palabras tan duras, que yo no recuerdo haberlas leído semejantes en sus escritos. «Torno á decir, exclama en el libro de las *Fundaciones*, como quien ha visto y tratado muchas personas de este mal, que no hay otro remedio para él sino es sujetarlas por todas las vías y maneras que pudiesen. Si no bastasen palabras, sean castigos; si no bastasen pequeños, sean grandes; si no bastase un mes de tenerlas encarceladas, sean cuatro, que no pueden hacer mayor bien á sus almas» (3). Ved en estas palabras la ingénita antipatía que experimentaba hacia los espíritus descontentadizos y atrabiliarios. Las virtudes, por el contrario, que más

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 2.^a, cap. II.

(3) *Fundaciones*, cap. VII.

cuadraban á su natural blando y amoroso, eran aquellas cuyo atractivo conquista fácilmente el corazón de las personas con quienes se conversa. Así, hablando de sí misma, dice en la *Vida*: «En esto de »dar contento á otros *he tenido extremo*, aunque á mí me hiciese pena; »tanto que en otras fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque »iba muy sin discreción» (1). Y en el *Camino de perfección*, tratando de la cortesía afirma: «Que se ha de hacer el acatamiento (á cada »cual) según el estado que tiene, y conforme al uso» (2). Confirma esto mismo más adelante y lo amplifica, exponiendo la manera como sus Hijas han de tratar con los prójimos. Sus palabras son estas: «Ansí que, Hermanas, todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios »procurad ser afables, y entender de manera que todas las personas »que os trataren, *que amen vuestra conversación* y deseen vuestra »manera de vivir y tratar, y no se atemoricen y amedrenten de la »virtud. A las religiosas, prosigue, importa mucho esto: mientras »*más santas, más conversables* con sus Hermanas; que, aunque sin- »táis mucha pena, si no van sus pláticas todas como vos las querría- »des hablar, nunca os extrañéis de ellas: y ansí aprovecharéis y seréis »amadas; que mucho hemos de procurar ser afables y agradar y con- »tentar á las personas que tratamos, en especial á nuestras Herma- »nas» (3). De la sencillez afirma que «nunca tuvo ni cayó en el vicio »de la hipocresía» (4); de la gratitud «que era de condición muy »agradecida» (5); y que el agradecimiento la movía más á sacrificarse por el Señor que no el temor de los castigos; de la constancia, en fin, dice estas palabras: «Era yo tan honrosa, que el determinarme »á decir á mis padres como quería ser monja, casi era como tomar »el hábito, pues me parece no tornara atrás de ninguna manera, ha- »biéndolo dicho una vez» (6). Basta esta breve reseña de las dotes naturales y carismas sobrenaturales que adornaron su alma, para entender cuál era la oculta mina donde tan ricos tesoros se encerraban. Sin entendimiento tan henchido de luz, no hubiera descollado tanto por su sobriedad y concisión; sin corazón tan apacible, no hubiera sido tan amena y jovial. Más quisiera decir sobre el mérito de los escritos á que me refiero en esta primera parte del discurso; pero el tiempo urge, y el campo que aun nos queda por recorrer es muy dilatado. Hora es ya que apartemos los ojos de las fértiles llanuras del ascetismo, para volverlos á las floridas y no menos fértiles praderas del misticismo Teresiano.

(1) *Vida*, cap. III.

(2) *Camino de perf.*, cap. XXII.

(3) *Camino de perf.*, cap. XXII.

(4) *Vida*, cap. VII.

(5) *Vida*, cap. XXXV.

(6) *Vida*, cap. IV.

VI

26. Doctrina mística de las últimas Moradas: dificultad especial de esta materia.—27. Diferencia entre los contentos naturales y los gustos ó consuelos sobrenaturales.—28. Moradas cuartas: oración de recogimiento.—29. Y de quietud.—30. Moradas quintas: Oración de unión. Primer grado.—31. Segundo grado.—32. Tercer grado.—33. Moradas sextas: En qué se distinguen de las precedentes y de las siguientes.—34. Preparación al Desposorio espiritual.—35. El Desposorio místico. Dos modos de arrobamiento: Éxtasis ordinario.—36. Y Vuelo del espíritu.—37. Señales que certifican ser Dios el autor de estas mercedes.—38. Moradas séptimas: Matrimonio espiritual. Dios introduce al alma en esas moradas y allí se le manifiesta.—39. Maravillosa consumación del Matrimonio espiritual.—40. Sus efectos.—41. Recapitulación de las cuatro últimas moradas.

26. Al llegar aquí fuera mejor romper la pluma y dejar hablar á la inspirada escritora. Campeara así mejor su inteligencia varonil en las valientes pinceladas con que pinta las transformaciones del espíritu bajo la acción de la omnipotencia divina; su imaginación fresca y lozana, en las brillantes descripciones con que enriquece este viaje á las regiones de la psicología sobrenatural; su viveza femenil, en los símiles de inimitable delicadeza con que esmalta investigaciones tan abstrusas; su genial festivo, en gracejo y nativo candor que respiran todas sus páginas: mas ya que la naturaleza de estos apuntes no me permita dar cabida en ellos á tan extenso trabajo, procuraré por lo menos bosquejar tan grandiosa creación, hablando con sus mismas palabras en cuanto me fuere posible. Ni me es dado hacer otra cosa, si bien se mira, dada mi inexperiencia en tales materias. Porque, si la Santa Madre, al llegar á esta región de lo sobrenatural, confiesa que es dificultosísimo el dar á entender lo que el alma siente, y esto, después de haber navegado por espacio de veinte años en aquel mar de luz y de ventura, ¿qué harán los que, como yo, nada han probado ni visto de tales cosas, sino que hablan siem-

pre como de oídas? Aquí la mano tiembla al trazar sobre el papel tan asombrosos conceptos, y la lengua tartamudea no acertando á articular sonidos de tan celestial armonía. El Espíritu Santo, á quien la humilde Carmelita se encomendó para revelar tan grandes misterios, unja mi pluma, á fin de que no tropiece y caiga miserablemente con daño propio y de los que me oyen.

27. Como preámbulo de todo lo que más adelante explana, define aquí la Seráfica Doctora, cuál es la diferencia que media entre contentos naturales, y gustos ó sobrenaturales consuelos. Los primeros, dice, nacen de nuestro natural y acaban en Dios; los segundos nacen de Dios y redundan en el natural: aquéllos son adquiridos, y como conquistados por el ejercicio de nuestras potencias, *ayudadas del auxilio divino*; y, como nacen de la misma obra virtuosa, parece que los ganamos con nuestro trabajo, mas éstos son producidos inmediata y exclusivamente por Dios en el alma, con grandísima paz y quietud, sin que las potencias intervengan en ello con su actividad propia (1). Desentrañemos más esta idea. Así como en las cosas humanas y negocios ordinarios de la vida, siente el alma consuelo por los sucesos prósperos, como sucede en el adquirir una grande hacienda que de presto é inesperadamente se provee, ó en el éxito de un negocio enmarañado; y así como la esposa, ó la madre, ó la hermana, derraman lágrimas de alegría al contemplar vivo y en su presencia al esposo, hijo ó hermano que creían muerto; así también acontece en las cosas espirituales, que el alma, sobre todo cuando es de su natural tierna y compasiva, se derrite á veces en llanto al recordar los dolores y angustias de Cristo en la Pasión, ó bien al entender la fealdad y malicia de los pecados con que ofendió á su Dios y Señor. El solo discurrir con el entendimiento sobre estas cosas, es motivo del consuelo que experimenta en medio del mismo quebrantamiento del corazón; de manera, que el tal consuelo y deleite espiritual, puede llamarse obra suya por adquirirlos con cansancio de sus facultades intelectuales y ayudándose de las criaturas en la meditación; pero los consuelos ó gustos sobrenaturales vienen únicamente de Dios, sin cansancio del alma, antes con gran quietud de las potencias, que nada hacen sino recibir el don con que Dios las regala. Ambos linajes de consuelos causan deleite; mas los primeros «no ensanchan el corazón, sino que por ir envueltos con nuestras pasiones» (es decir, con la ternura natural), aprietan un poco y traen consigo «unas lágrimas penosas y unos alborotos de sollozos que acongojan» el alma. Y aun á personas he oído, añade la Santa, que se les aprieta el pecho, y vienen á movimientos exteriores, que no se pueden «ir á la mano; y es la fuerza de manera, que les hace salir sangre de

(1) Mor. 4.^a, cap. I.

»las narices y cosas así penosas (1). No tal los segundos, que ensanchan el alma, la cual parece que se va dilatando, produciéndose en ella bienes que no se pueden decir, ni aun el alma sabe entender «qué es lo que se da allí» (2). Cual si esta clarísima y profunda declaración no bastase, ved ahora la sencilla y por todo extremo galana comparación con que termina: «Hagamos cuenta que vemos dos fuentes con dos pilas que se hinchén de agua... de diferentes maneras. Al un pilón viene el agua de más lejos, por muchos arcaduces y artificio; el otro está hecho en el mismo nacimiento del agua, y váse henchiendo sin ningún ruido; y si el manantial (es) caudaloso, como este de que hablamos, después de henchido este pilón, procede un gran arroyo.... y siempre está manando agua de allí. Es la diferencia que la que viene, por arcaduces, es, á mi parecer, los contentos que tengo dicho que se sacan con la meditación...; y como viene, en fin, con nuestras diligencias, hace ruido cuando ha de haber algún henchimiento de provechos que hace en el alma. Estotra fuente, viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios, y así como Su Majestad quiere, cuando es servido, producir alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo más interior de nosotros mismos, yo no sé hacia dónde ni como» (3).

Supuesta esta explicación y allanado ya el camino para la inteligencia de los secretos misterios del orden sobrenatural, comienza á iniciarnos en estos mismos misterios con la descripción de la oración de recogimiento, que no es sino disposición para la de quietud.

28. *Moradas cuartas.—Oración de recogimiento y de quietud.*
--Estas dos maneras de oración están confundidas en la *Vida*, y pertenecen al segundo modo de sacar agua que allí expone (4); pero en el *Camino de perfección* y en las *Moradas* las distingue perfectamente, y de ambos tratados está tomada la doctrina que aquí damos en compendio. Consiste la primera, no precisamente «en estar en oscuro, ni en cerrar los ojos, ni en cosa exterior alguna, puesto que sin quererlo se hace esto de buscar soledad... Parece que los sentidos van perdiendo su derecho, á fin de que el alma vaya cobrando el suyo que tenía perdido...» Hagamos cuenta, para formarnos alguna idea de lo que esto es, «que estos sentidos y potencias, es decir, la gente habitadora de este Castillo, se han ido fuera y andan con gente extraña y enemiga del bien del alma días y años; y que ya se han ido, viendo su perdición, acercando á él, aunque no acaban de estar dentro, porque esta costumbre es recia cosa, sino no son ya

(1) Mor. 4.^a, cap. II.

(2) Mor. 4.^a, cap. II.

(3) Mor. 4.^a, cap. II.

(4) *Vida*, cap. XIV.

»traidores y andan alrededor. Vista ya (por) el gran Rey que está »en la Morada de este Castillo su buena voluntad, por su gran misericordia quíérellos tornar á Él, y, como buen pastor, con un silbo »tan suave, que aun casi ellos mismos no lo entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen á su »Morada; y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan »las cosas exteriores en que andan enajenados y métense en el Castillo» (1). No vaya á creer el que esta merced recibe que la obtiene por esfuerzo del entendimiento, »procurando pensar dentro de sí á »Dios, ni por la imaginación, imaginándole en sí, pues á veces antes »de que se comience á pensar en Dios, ya esta gente está en el Castillo; que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor, que no fué »por los oídos, pues no se oye nada, cuando siéntese notablemente un »encogimiento suave á lo interior, como lo verá quien pase por ello. »Sucedecede al alma lo que á un erizo ó tortuga cuando se retiran hacia »sí, con la diferencia de que estos animales se retiran y encogen »cuando quieren; pero esta oración no está en nuestro querer, sino »cuando á Dios le place hacernos esta merced, y siéntese un fortalecerse y esforzarse el alma á costa del cuerpo, y que le deja solo y »desflaquecido, y ella toma allí bastimento contra él» (2). La meditación y ejercicio de las potencias no debe cesar aquí, sino que, por el contrario, deben actuarse; »que, pues Dios nos las dió para que con »ellas trabajásemos, no hay para qué las encantar, sino dejarlas hacer »su oficio hasta que Dios las ponga en otro mayor» (3) (introduciéndolas en otras Moradas más interiores). Tanto más que si Su Majestad no ha empezado á embeber el alma, toda fuerza que queramos hacer á nuestro cuerpo, como sería tener el huelgo, ó á las potencias del alma para que nada obren, sería inútil; pues los gustos de Dios no están ligados á esas cosas, sino que vienen con paz y suavidad y, por otra parte, el mismo contener á las potencias para que en nada piensen, puede ser de más daño que provecho, porque se distraerá la imaginación con ese mismo querer no pensar en nada.

29. Esta oración de recogimiento, aunque es menos perfecta que la de quietud, dispone muy apaciblemente para ella, y el que la tiene »no dejará de llegar á beber el agua de la fuente, porque camina »mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nao, que con un

(1) Mor. 4.^a, cap. III.

(2) Mor. 4.^a, cap. III.

(3) Mor. 4.^a, cap. III. Obsérvese en estas palabras de la Santa la oposición de su doctrina con la de Molinos; pues, según este último, el alma de tal modo debe darse á la contemplación, que las potencias nada obren, sino que deben esperar en un *quietismo absoluto* el influjo de la acción divina; al paso que la Santa Madre no sólo aconseja, sino que manda trabajar con ellas, pues no deben estar ociosas, como dice más adelante, sino cuando el Señor las imposibilita para obrar.

»poco de buen tiempo se pone al fin de la jornada en pocos días, y los
»que van por tierra tárdanse más. Estos están, como dicen, puestos
»en el mar, aunque del todo no han dejado la tierra: aquel rato hacen
»lo que pueden recogiendo sus sentidos» (1).

Mas ¿en qué consiste la oración de quietud y qué efectos produce en el alma? Consiste, responde la Santa, en aquel mismo ensanchamiento del espíritu que causan los gustos sobrenaturales antes descritos, los cuales, manando del interior de la misma, la dilatan, por decirlo así, «á manera de como si el agua que mana de una fuente, no
»tuviese corriente, sino que la misma fuente estuviese labrada de una
»cosa, que, mientras más agua manase, más grande se hiciese (2).
»Siéntese una fragancia, como si en aquel hondor interior estuviese
»un brasero, adonde se echasen olorosos perfumes. Ni se ve la lum-
»bre, ni adonde está; mas el calor y humo oloroso penetra toda el
»alma, y aun á veces participa el cuerpo. Con esta suavidad y ensan-
»chamiento ya no la aprieta ni encoge el temor del infierno; porque,
»aunque le queda mayor de ofender á Dios, el servil piérdese aquí, y
»queda con gran confianza que le ha de gozar. El que solía tener,
»para hacer penitencia, de perder la salud, ya le parece que todo lo
»puede en Dios; tiene más deseos de hacerla que hasta allí. El que
»solía tener á los trabajos, ya va más templado, porque está más viva
»la fe, y entiende que, si los pasa por Dios, Su Majestad le dará
»gracia para que los sufra con paciencia, y aun algunas veces lo
»desea, porque queda una gran voluntad de hacer algo por Dios. En
»fin, en todas las virtudes queda mejorada» (3). Este contento y deleite no se siente como los de acá, ni nace del corazón, sino del centro mismo del alma; aunque luego «váse revertiendo por todas
»las potencias hasta llegar al cuerpo» y henchir el mismo corazón (4). El efecto de todo esto es que las potencias, aunque no se hallen unidas con Dios, están empero embebidas, mirando como espantadas qué es aquello, lo cual no obsta para que la imaginación ande á veces desbaratada, mientras las demás se hallan empleadas en Dios y recogidas con él. Así acontecía á la Santa cuando esto escribía, pues sentía «un grande ruido en la cabeza, como si en ella tuviese muchos
»ríos caudalosos, y, por otra parte, que de estas aguas se despeña-
»ban muchos pajarillos y silbos, sin que toda esta baraúnda le estor-
»base la oración ni escribir, sino que el alma se estaba muy entera en
»su quietud, y amor, y deseos, y claro conocimiento» (5). En tal con-
yuntura, termina, preciso es no hacer caso de la imaginación, ni que

(1) *Camino de perf.*, cap. XXVIII.

(2) Mor. 4.^a, cap. III.

(3) Mor. 4.^a, cap. III.

(4) Mor. 4.^a, cap. II.

(5) Mor. 4.^a, cap. I.

por los pensamientos nos turbemos, ni se nos dé nada; «que, si los »pone el demonio, cesará con esto, y si es, como lo es, de la miseria »que nos quedó del pecado de Adán, tengamos paciencia y sufrámoslo »por amor de Dios.» Así que «dejemos andar esta taravilla de molino »y molamos nuestra harina, no dejando de obrar (con) la voluntad y »el entendimiento» (1). Y esto no con agudezas, buscando razones y ordenando pláticas, «sino dejando las letras á un cabo y poniendo »unas pajitas con humildad para ayudar á encender el fuego; pues »mucha leña junta de razones muy doctas... le apagarían» (2).

30. *Moradas quintas.—Oración de unión.*—Hénos ya en un grado de perfección mucho más levantado, á que Dios por su infinita misericordia eleva, cuando le place, las almas escogidas, en quienes se determina á derramar la abundancia de sus dones. Tres grados de unión distingue la Santa Madre. El primero, menos perfecto que los otros dos, es unión de sola la voluntad, la cual está gozando en mucha quietud de su Dios, mientras que el entendimiento y la memoria andan libres, de modo que pueden tratar negocios y entender en obras de caridad. Esta manera de unión, de la cual se habla en el *Camino de perfección*, cap. XXXI, párrs. 8 y 9, está admirablemente descrita, tanto aquí, como en el cap. XVII, párr. 3 de la *Vida*. «Parece, dice en esta última, que esta oración es todo uno con la de »quietud antes expuesta; pero es diferente, porque allí está el alma, »que no se querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de »María; en esta oración también puede ser Marta. Ansí que está casi »obrando juntamente en vida activa y contemplativa..., aunque no »del todo están señores de sí; y entienden bien que está la mejor »parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con »uno, y por otra parte, nos hablase otra persona, que ni bien estare- »mos en lo uno ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro, y »da mucha satisfacción y contento cuando se tiene, y es muy gran »aparejo para que, en teniendo tiempo de soledad ó desocupación de »negocios, venga el alma á muy sosegada quietud.» Y en el *Camino de perfección* la explica por este símil que la inspiró el Señor, estando en la misma oración, y cuadra mucho á la Santa, y le parece que lo da á entender. «Está el alma como un niño que aún mama, cuando »está á los pechos de su madre, y ella, sin que él paladee, échale la »leche en la boca para regalarle. Ansí es acá, que sin trabajo del »entendimiento está amando la voluntad, y quiere el Señor que, sin »pensar, lo entienda que está con él, y que sólo trague la leche que »Su Majestad le pone en la boca, y goce de aquella suavidad, que »conozca le está el Señor haciendo esta merced y se goce de gozarla.

(1) Mor. 4.^a, cap. I.

(2) Vida, cap. XV.

»Mas no quiera entender cómo la goza y qué es lo que goza, sino
»descúidese entonces de sí, que sé, quien está cabe de ella, no se des-
»cuidará de ver lo que le conviene. Porque si va á pelear con el
»entendimiento para darle parte trayéndole consigo, no puede á todo:
»forzado dejará caer la leche de la boca, y pierde aquel manteni-
»miento divino. En esto, prosigue la Santa, se diferencia esta oración
»de cuando está toda el alma unida con Dios, porque entonces aún
»sólo este tragar el mantenimiento no hace, dentro de sí lo halla, sin
»entender cómo le pone el Señor» (1).

31. Algo semejante á este último estado acaece en la segunda manera de unión, en la cual Dios se enseñorea «de la voluntad y aun
»del entendimiento, porque el alma no discurre, sino que está ocupada
»gozando de Dios, como quien está mirando, y ve tanto que no sabe
»hacia dónde mirar; uno por otro se le pierde de vista, que no dará
»señas de cosa» (2). Pero la memoria y la imaginación quedan desem-
barazadas, «y, como ellas se ven solas, es para alabar á Dios la
»guerra que dan, y cómo procuran desasosigarlo todo» (3). El alma
se deshace «por verse junta adonde está la mayor parte y ser impo-
sible, sino que le dan tal guerra, que no la dejan valer; mas, como
»faltan las otras potencias, no valen, aun para hacer mal, nada.
»Harto hacen en desasosigar. Digo para hacer mal, porque no tienen
»fuerza ni paran en un ser..., que no parecen sino destas maripositas
»de las noches, importunas y desasosiegadas... En extremo me parece
»le viene al propio esta comparación, porque, aunque no tienen fuerza
»para hacer ningún mal, importunan á los que las ven.» El remedio
de todo esto, es el mismo que antes se dió en la oración de quietud:
«no hacer caso de la imaginación más que de un loco, sino dejarla
»con su tema, que sólo Dios se la puede quitar» (4), ó, como dice en
el *Camino de perfección*, «reirse de ella, y dejarla para necia, y
»estarse en su quietud, que ella irá y verná; mas, en fin, aquí es
»señora y poderosa la voluntad» (5), mientras que la imaginación
queda por esclava. «Hémosla de sufrir con paciencia como hizo Jacob
»á Lía, porque harta merced nos hace el Señor, que gocemos de
»Raquel».

32. Finalmente, hay otra unión perfecta, que es como un dor-
mirse todas las potencias, de manera que ni del todo se pierden ni
entienden como obran. El gusto, y suavidad, y deleite, es en este
linaje de oración mayor que en la pasada: «es un glorioso desatino, es

(1) *Camino de perf.*, cap. XXXI.

(2) *Vida*, cap. XVII.

(3) *Vida*, cap. XVII.

(4) *Vida*, cap. XVII.

(5) *Camino de perf.*, cap. XXXI.

»una celestial locura, adonde se aprende la verdadera sabiduría» (1). Las facultades del alma sólo tienen habilidad para ocuparse todas en »Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear »si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y aun no me parece »que del todo se podría entonces hacer» (2). Sucede aquí al alma, lo que al gusano de seda, cuando, después de haber formado el capullo, muere, y se convierte en mariposa. He aquí cómo expone la Santa esta bellísima comparación: «Ya habréis oído las maravillas de Dios »en cómo se cría la seda; pues de una simiente, que es á manera de »granos de pimienta pequeños, comienza con el calor (en comenzando »á haber hoja en los morales), á vivir; que hasta que haya este man- »tenimiento de que se sustenta, está muerta. Y, con hojas de moral se »crían, hasta que, después de grandes, les ponen unas ramillas, y allí »con las boquillas van de sí mismos hilando la seda, y hacen unos »capuchillos muy apretados adonde se encierran, y acaba este gusano, »que es grande y feo, y sale del capucho una mariposita blanca muy »graciosa. Así acá; entonces comienza á tener vida ese gusano del »alma, cuando con la calor del Espíritu Santo se comienza á aprove- »char del auxilio general que á todos nos da Dios, y es el remedio que »un alma, muerta en su descuido y pecados, y metida en ocasiones »puede tener. Entonces comienza á vivir, y váse sustentando con esto »y buenas meditaciones hasta que está crecida. Crecido este gusano »(que es lo que hasta ahora en los principios queda dicho), comienza »á labrar la seda y edificar la casa donde ha de morir, que es Cristo. »Muere (al mundo) en la oración de unión, y sale de ella hecha una »mariposita blanca. ¡Oh grandeza de Dios, y cuál sale un alma de »aquí de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios y »tan junta con él, que á mi parecer nunca llega á media hora! Yo os »digo de verdad que ella misma no se conoce á sí. Porque mirad la »diferencia que hay de un gusano feo á una mariposa blanca, que la »misma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer tanto bien, vése »con un deseo de alabar al Señor, que se querría deshacer y morir »por él mil muertes. Luego le comienza á tener de padecer grandes »trabajos sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia gran- »dísimos, el de soledad, el de que todos conociesen á Dios; y de »aquí le viene una pena grande de ver que es ofendido... ¡Oh, pues »ver el desasosiego de esta mariposita con no haber estado más »quieta y sosegada en su vida! Es cosa para alabar á Dios; y es que »no sabe á dónde posar y hacer su asiento, que, como le ha tenido tal, »todo lo que ve en la tierra le descontenta: en especial, cuando son »muchas las veces que le da Dios de este vino, casi de cada una »queda con nuevas ganancias. Ya no tiene en nada las obras que

(1) *Vida*, cap. XVII.

(2) *Vida*, cap. XVI.

»hacia siendo gusano, que era poco á poco tejer el capucho. Hánle »nacido alas, ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso »á paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según »son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los santos, enten- »diendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor y transforma un »alma, que no parece ella ni su figura. Porque la flaqueza que antes »le parecía tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte, el ata- »miento con deudos y amigos ó hacienda, que ni le bastaban actos ni »determinaciones..., ya se ve de manera que le pesa estar obligada á lo »que para no ir contra Dios es menester hacer. Todo le cansa, porque »ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criatu- »ras» (1). Las señales que pone para conocer, cuándo esta unión con Dios es verdadera ó no, son dos: 1.^a Una certidumbre inquebrantable, queda en el alma, de que Dios la ha unido consigo, «con tal firmeza..., »que aunque pasen años sin tornarle Dios á hacer esta merced, no lo »olvida ni puede dudar que fué así» (2). 2.^a Los efectos que en el alma produce y ya están descritos, á lo cual debe añadirse una pena y quebranto grande que comienza á sentir el alma, por no hallar asiento en cosa alguna de la tierra, y no poder tornar allí donde gustó tan regalados deleites.

33. *Moradas sextas.—Desposorio espiritual.*—En esta Morada, la más bella y grandiosamente descrita de todas, distingue cuidadosamente la Santa los actos previos, con que el alma se dispone para que el Señor la tome por esposa, el desposorio mismo, y los efectos ó dones sobrenaturales con que Dios largamente la enriquece. No se vaya á creer que este altísimo y regaladísimo don se parece á los que el Señor prodiga en las Moradas anteriores, no; el desposorio místico sobrepuja inmensamente los favores propios de la oración de unión, y se asemeja en gran manera al matrimonio espiritual que se consuma en la postrera Morada. Por eso dice al llegar aquí la Santa: «Esta Morada y la postrera se pudieran juntar bien, porque de la una »á la otra no hay puerta cerrada; (y sólo) porque hay cosas en la pos- »trera, que no se han manifestado á los que no han llegado á ella, me »pareció dividir las.» La diferencia entre estos tres últimos estados del alma, que son, unión perfecta, desposorio y matrimonio espiri- tual, la explica al fin de la Morada 5.^a (3), valiéndose al efecto de la comparación del Sacramento del Matrimonio y de todo lo que á él precede. Pero hace notar antes, que los contentos sobrenaturales

(1) Mor. 5.^a, cap. II.

(2) Mor. 5.^a, cap. I. Esta certidumbre inquebrantable y subjetiva de que habla la Santa, no es, nótese bien, de estar en gracia de Dios, sino únicamente de haber estado unida con él, lo cual, absolutamente hablando, puede acontecer también á las almas pecadoras.

(3) Cap. IV, párr. 2.

del espíritu no se parecen en nada á los toscos y terrenales de los que carnalmente se desposan, porque «las operaciones del primero, dice, »son limpiísimas, y tan delicadísimas y suaves, que no hay cómo se »decir» (1). «Páreceme á mí, prosigue, que como acá, cuando se han de »desposar dos, se tratan (para ver) si son conformes... y para que más »se satisfagan el uno del otro; así, supuesto que el concierto está »ya hecho, y el alma bien informada (de) cuán bien le está hacer en »todo la voluntad de su esposo de todas cuantas maneras ella viere »que le ha de dar contento, Su Majestad le hace misericordia de que »le entienda (ó conozca) más, y que vengan á vistas para luego jun- »tarla consigo. Podemos decir que es así esto, porque pasa en brevi- »simo tiempo. Allí (en la oración de unión), no hay más que dar y »tomar; (no hay) sino ver el alma por una manera, quién es este »esposo que ha de tomar... Mas como es tal el esposo, de sola aquella »vista la deja más digna de que se vengan á dar las manos, como »dicen, y el alma queda tan enamorada, que hace de su parte lo que »puede para que no se desconcierte este divino desposorio» (2), sino que reciba su consumación con el matrimonio espiritual, que es propio de la séptima y última Morada.

34. La preparación inmediata para recibir tan señalado favor son las tribulaciones, así en el cuerpo con enfermedades y recios dolores (3), como en el alma; por dar el Señor licencia á los demonios (4), y á las personas con quienes se trata (5), y á los mismos confesores (6), para que la mortifiquen y combatan con apretamientos interiores, que sólo pueden compararse á los que en el infierno se padecen (7). No se halla entonces consuelo ninguno, ni de parte de la imaginación, ni de parte del entendimiento, en tan deshecha tempestad (8). Júntase con esto la pena, desgarradora y dulce al mismo tiempo, con que el mismo Dios sabrosísimamente la hiere. «Pues sucede aquí muchas veces, »dice, que, estando el alma descuidada y sin pensar en Dios, Su Ma- »jestad la despierta á manera de una cometa que pasa de presto, ó un »trueno, aunque no se oye ruido; mas entiende muy bien el alma que »fué llamada de Dios, y tan entendido, que algunas veces (en especial »á los principios) la hace estremecer y aun quejar, sin ser cosa que la »duela. Deshaciéndome estoy, Hermanas, por daros á entender esa »operación de amor, y no sé cómo; porque parece cosa contraria dar

- (1) Mor. 5.^a, cap. IV, párr. 1.
- (2) Mor. 5.^a, cap. IV, párr. 2.
- (3) Mor. 6.^a, cap. I, párrs. 14 y 15.
- (4) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 26.
- (5) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 5.
- (6) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 16.
- (7) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 19.
- (8) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 20.

»á entender el Amado claramente que está con el alma, y parecer
»que la llama con una seña tan cierta que no se puede dudar, y
»un silbo tan penetrativo para pretenderlo el alma que no lo puede
»dejar de oír; (parece, digo, imposible esto) y sentir al mismo tiempo
»una pena que le llega tan á las entrañas, que, cuando de ella saca la
»saeta el que la hiere, verdaderamente parece que se las lleva tras sí,
»según el sentimiento de amor que siente. Esto dura á veces algún
»rato, quítase y torna; pero nunca puede ser cosa movida, ni del
»natural, ni de melancolía, ni de antojo, ni ser engaño del demonio (1).
»Otras veces se la comunica el Señor por medio de hablas interiores.
»Unas parece que vienen de fuera, otras de lo muy interior del
»alma, otras de lo superior de ella, y otras tan en lo interior, que
»parece se oyen con los oídos, porque parece voz formada» (2). Y
aunque en esto cabe engaño del demonio ó de la propia imaginación,
especialmente en personas de flaca imaginación ó melancólicas, dis-
tinguense, cuando son de Dios, en el poder y señorío que traen
consigo, que es hablando y obrando; en la quietud y recogimiento
devoto con que dejan al alma dispuesta para alabar á Dios, y en
lo esculpidas que quedan en la memoria estas palabras, con tal segu-
ridad de que se han de cumplir, que, aunque parezca que todo va
al contrario, el alma no se puede rendir.

35. Dispuesta y habilitada ya así con trabajos, como también
con mercedes tales, tiene lugar el favor propio de esta Morada. *El
desposorio místico* no se celebra, si no es en estado de éxtasis ó arro-
bamiento de todos los sentidos; pues si, estando en el uso de ellos, se
viera tan cerca de Su Majestad, no fuera posible, por ventura, quedar
con vida. Dos clases hay de arrobamientos, unos simplemente tales,
y otros llamados vuelos de espíritu. Acontece en los primeros, que,
siendo el alma, aun fuera de la oración, tocada interiormente con
alguna palabra de que se acordó ú oye de Dios, «de presto manda el
»esposo cerrar las puertas de las Moradas y aun las del Castillo y
»cerca. Quítanle el huelgo de manera, que, aunque pueda hacer por
»un poquito uso de los otros sentidos, el de la lengua desaparece y se
»anuda por completo, sin poder hablar (y aun á veces todo se quita
»de presto); las manos se enfrían y el cuerpo, de manera que parece
»no tiene alma, ni se entiende si echa el huelgo» (3). Allí Dios la
renueva y abrasa en su amor, y así, limpia y abrasada, «la junta
»consigo sin entender allí nadie (lo que pasa) sino ellos dos; ni aun la
»misma (lo) entiende de manera que lo pueda después decir, aunque

(1) Mor. 6.^a, cap. II.

(2) Mor. 6.^a, cap. III.

(3) Mor. 4.^a, cap. IV, párr. 16.

»no está sin sentido interior» (1). «Esto dura poco espacio en un ser, »porque, quitándose esa gran suspensión un poco, parece que el »cuerpo torna algo en sí y alienta para tornarse á morir... Mas »acaece, que, aunque se quita, la voluntad queda tan embebida y el »entendimiento tan enajenado por días y días, que parece no es capaz »de entender en cosa que no sea para más despertar la voluntad á »amar» (2). Las potencias están absortas y como muertas, los sentidos lo mismo; pero á pesar de esto, ven, sea por visión imaginaria, sea por visión intelectual, secretos y cosas del cielo, según le place á Dios demostrárselas.

El primer modo de visión hace, que, de tal manera queden las cosas impresas en la memoria, que nunca jamás se olvidan, y, por otra parte, las puede de alguna manera declarar; pero «la visión »intelectual, cuando se tiene en arrobamiento y fuera del uso de los »sentidos, no deja imagen alguna en las potencias, y así no hay modo »de declararla.» Y como sucede, cuando se entra en un gran palacio donde se ofrece á la vista mucho que ver, que luego se olvida todo, de manera que de ninguna de las cosas vistas en particular queda más memoria que si no se hubieran visto, ni sabríamos decir de qué hechura son, mas por junto nos acordamos que lo vimos; así en la visión intelectual de arrobamiento está el alma tan hecha una cosa con Dios, que, aunque á veces la permite el Señor ver admirables secretos, queda, después que torna en sí, con aquel representársele las cosas que vió, mas no puede decir ninguna (3).

36. El vuelo del espíritu, aunque no se distingue esencialmente del éxtasis ordinario, le lleva ventaja en la fuerza y poder con que obra en el alma, como un fuego grande de otro pequeño. Al primero

(1) Mor. 4.^a, cap. IV, párr. 3.

(2) Mor. 4.^a, cap. IV, párr. 17.

(3) He aquí las palabras con que la Seráfica Madre expone esta idea: «De-seando estoy acertar á poner una comparación, para si pudiese dar á entender algo de esto que voy diciendo, y creo no hay que la cuadre; mas digamos ésta: Entráis en un aposento de un Rey ó gran señor (creo camarín los llaman), adonde tienen infinitos géneros de vidrios, y barro, y muchas cosas puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando. Una vez me llevaron á una pieza de estas en casa de la Duquesa de Alba..., que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraúnda de cosas, y veía que se podía alabar al Señor de tantas diferencias de cosas, y ahora me cae en gracia cómo me han aprovechado para aquí. Y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había que ver, que luego se me olvidó todo, de manera, que de ninguna de aquellas piezas me quedó más memoria que si nunca las hubiera visto, ni sabía decir de qué hechura eran, mas por junto acuérdate que lo vió. Así acá, estando el alma tan hecha una cosa con Dios, metida en este aposento del cielo empíreo..., algunas veces gusta (el Señor) que... de presto vea lo que está en aquel aposento, y así queda, después que torna en sí, con aquel representársele las grandezas que vió; mas no puede decir ninguna, ni llega su natural á más de lo sobrenatural que ha querido Dios que vea.»—Mor. 6.^a, cap. IV, párrs. 9 y 10.

llama Santa Teresa en la *Vida*, cap. XVIII, párr. 3, *unión* simplemente, por el desposorio espiritual y esencialmente *unitivo* que en él se efectúa; y al segundo, *levantamiento en la unión*. «Acaece de presto, dice, que estando el alma buscando á Dios, se siente un movimiento tan acelerado de la misma, que parece es arrebatado el espíritu con velocidad» (1). Siéntese turbación y temor, mas no hay modo de resistir, antes es peor; «que con la facilidad que un gran jayán puede arrebatar una paja, éste nuestro gran gigante y poderoso arrebata el espíritu» (2). «No parece sino que (sobre) aquel pilar de agua que dijimos en la cuarta Morada, que con suavidad (digo sin ningún movimiento), se henchía, aquí desató este gran Dios los manantiales por donde venía á este pilar el agua, y con un ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa, que sube á lo alto esta navecica de nuestra alma. Y así como no puede una nave, ni es poderoso el piloto, ni todos los que la gobiernan, para que las olas, si vienen con furia, la dejen estar á donde quieren, muy menos puede lo interior del alma detenerse en donde quiere, ni hacer que sus sentidos ni potencias hagan más de lo que les tienen mandado, que lo exterior no se hace aquí caso de ello» (3). Para esto es menester gran ánimo, que es cosa que acobarda en gran manera; y si Nuestro Señor no se le diese, andaría siempre con gran aflicción, viendo su mala correspondencia á Dios de tantas mercedes, en las faltas, quiebras y flojedad de sus obras. «Y tengo para mí, que, si á los que andan muy perdidos por el mundo se les descubriese Su Majestad, como hace á estas almas; que, aunque no fuese por amor, por miedo no le osarían ofender» (4). Los efectos exteriores que causa en el cuerpo este favor son semejantes á los del simple arrobamiento, aunque más vehementes; y se hallan admirablemente descritos en el cap. XVIII, párrs. 6 y 7 de la *Vida*, cuando dice: «Siéntese (el alma) con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer toda, con una manera de desmayo que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales, de manera que, si no es con mucha pena, no puede aún menear las manos. Los ojos se le cierran sin quererlos cerrar, y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta á decir letra, ni casi atina á conocerla bien. Ve que hay letra; mas, como el entendimiento no ayuda, no la sabe leer aunque quiera. Oye, mas no entiende lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada, si no es para no la acabar de dejar á su placer, y así antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina á formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronun-

(1) Mor. 6.^a, cap. V, párr. 1.

(2) Mor. 6.^a, cap. V, párr. 2.

(3) Mor. 6.^a, cap. V, párr. 3.

(4) Mor. 5.^a, cap. V, párr. 5.

»ciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las
»del alma para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior
»que se siente es grande y muy conocido; la oración ni hace daño por
»larga que sea... Verdad es que á los principios pasa en tan breve
»tiempo... que en la falta de los sentidos no se da tanto á enten-
»der, mas bien se entiende en la sobra de mercedes, que ha sido
»grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derre-
»tido... Por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspen-
»sión de *todas* las potencias, es bien breve: cuando estuviese media
»hora, es muy mucho... La voluntad es la que mantiene la tela, mas
»las otras dos potencias presto tornan á importunar. Como la volun-
»tad está queda, tórnalas á suspender, y están otro poco, y tornan á
»vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oración..., porque,
»comenzadas las dos potencias á emborrachar y gustar de aquel vino
»divino, con facilidad se tornan á perder de sí para estar muy gana-
»das, y acompañan á la voluntad y se gozan todas tres » Esto por lo
que hace á los sentidos y potencias del alma, y á los afectos que en
ellas nacen y quedan como entrañados. «El alma deshácese toda,
»prosigue; ya no es ella la que vive, sino Dios en ella... Aquí faltan
»todas las potencias y se suspenden de manera, que en ninguna
»manera se entiende... que obran. Si estaba pensando en un paso, así
»se pierde la *memoria* como si nunca la hubiera habido de él; si lee,
»en lo que leía no hay acuerdo ni parar; si rezar, tampoco. Ansí que
»á esta mariposilla importuna de la memoria se la queman las alas;
»ya no puede más bullir. La *voluntad* debe estar bien ocupada en
»amar, mas no entiende cómo ama. El *entendimiento*, si entiende,
»no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada
»de lo que entiende, á mí no me parece que entiende; porque, como
»digo, no se entiende: yo no acato de entender esto... (1) El *ánima*
»queda animosa; que, si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios,
»le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones
»heroicas, la viveza de los deseos, el encomenzar á aborrecer el mun-
»do, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada... y la
»humildad más crecida... Vése claro indignísima, porque en pieza
»adonde entra mucho sol, no hay telaraña escondida; ve su miseria.
»Va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podría tener;
»porque ya es por vista de ojos lo poco ó ninguna cosa que puede,
»que allí no hubo casi consentimiento, sino que parece que aunque
»no quiso le cerraron la puerta á todos los sentidos para que más
»pudiese gozar del Señor. Quédase sola con él; ¿qué ha de hacer
»sino amarle?... De sí ve que merece el infierno, y que la casti-
»gan con gloria... ¡Bendito seáis, Señor mío, que ansí hacéis de

(1) *Vida*, cap. XVIII.

»pecina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra »mesa» (1).

37. Tales son los prodigiosos efectos que obra en el alma esta oración, según los expone en la *Vida*, á los cuales deberán añadirse los que pone en la presente Morada, para mejor conocer cuándo tan señalados favores no son ilusión del demonio ni antojo de la imaginación. En varias de las operaciones antedichas no cabe engaño, porque el demonio, ni puede obrarlas en nosotros, ni aun fingirlas, como ya antes se indicó; y la certidumbre incontrastable que queda en el alma de que Dios le ha hablado, es prueba segura de ello. Mas si á todo esto se juntan ansias grandísimas de salir de este destierro y hastío de vivir en él, deseos de publicar las divinas alabanzas y grandezas de Dios, júbilos grandes (por más que pasen pronto), junto con grande libertad para gozar de Dios, é ímpetus vehementísimos, «á manera de golpes, aunque no son golpes», ó á manera de saetas ó rayos, que de presto pasan y dejan hecho polvo todo cuanto hallan de tierra en nuestro natural; si todo esto se junta á lo antes expuesto, y deja en el alma una noticia viva del mismo Señor, la cual hace crecer tanto la pena de no poder gozarle, que arranca grandes gritos, por más que la persona que lo experimenta esté habituada á padecer dolores y sea muy sufrida, entonces no cabe la menor duda que el dispensador de tales mercedes es Dios.

38. *Moradas séptimas.—Matrimonio espiritual.*—Ved aquí al alma ya al fin de su jornada. Dispuesta así con tan inmenso cúmulo de penas y sabrosísimas mercedes, introdúcela el Señor en la mansión donde él de continuo mora, y únela consigo, no de la manera que antes la unía, esto es, perdiéndose y anegándose en el sumo Bien todas sus potencias; sino más bien «quitándole las escamas de los ojos», para que entienda por visión intelectual la merced con que el Señor quiere poner el colmo á sus regalos. Muéstrasele entonces «la Santísima Trinidad con una inflamación, que primero viene á su »espíritu, á manera de una nube de grandísima claridad...; y, por »una noticia admirable que se da á el alma, entiende con grandí- »sima verdad ser todas tres Personas una substancia, y un poder, y »un saber, y un solo Dios... Aquí se le comunican todas tres Personas, »y la hablan, y la dan á entender (el sentido de) aquellas palabras que »dijo el Señor en el Evangelio: *Que venga Él, y el Padre, y el Espt- »ritu Santo á morar con el alma que le ama y guarda sus manda- »mientos.*» Y estas tres divinas Personas no se van, sino que el alma notoriamente sigue viendo (aunque no con tanta claridad como antes

(1) *Vida*, cap. XIX.

cuando el Señor se la mostró) que perseveran en su compañía, «en
»lo interior del alma, en lo muy más interior, en una cosa muy
»honda... Digamos ahora como (si á) una persona que estuviese en
»una muy clara pieza con otras, y cerrasen las ventanas y se quedase
»á oscuras; no porque se quitó la luz para verlas, y que hasta tornar
»la luz no las ve, deja de entender que están allí» (1).

39. Con esta noticia queda habilitada para recibir el último y máspreciado don del *espiritual matrimonio*, el cual no se consuma del todo, y con perfección plena y absoluta, en la presente vida, porque mientras vivimos podemos apartarnos de Dios y romper este divino vínculo. «La primera vez, dice, que Dios hace esta merced, quiere Su Majestad mostrarse al alma por visión imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien y no esté ignorante de que recibe tan soberano don. Á otras personas, dice la Santa, será por otra forma; mas á la persona de quien yo hablo (que es ella misma) se le representó el Señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor, y hermosura, y majestad, como después de resucitado, y le dijo que era ya tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y Él tendría cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir. Parecerá que no era esto novedad, pues otras veces se había el Señor representado á esta alma en esta manera. Fué tan diferente, que la dejó bien desatinada y espantada: lo uno porque fué con gran fuerza esta visión; lo otro por las palabras que le dijo, y también porque en lo interior de su alma, á donde se le representó, si no es la visión pasada, no había visto otras» (2). «Pasa esta secreta unión del matrimonio espiritual en el centro muy interior del alma, que debe ser á donde está el mismo Dios, y á mi parecer no ha menester puerta por donde entre. Digo que no ha menester puerta, porque en todo lo que se ha dicho hasta aquí (es decir, hasta esta Morada), parece que va por medio de los sentidos y potencias, y este aparecimiento de la Humanidad del Señor así debía ser; mas lo que pasa en la unión del matrimonio espiritual es muy diferente. Aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria, sino intelectual, aunque más delicada que las dichas (en la Morada anterior), como se apareció á los Apóstoles cuando les dijo sin entrar por la puerta: *Pax vobis*. Es un secreto tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente, que no sé á qué lo compare, sino á que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo, por más subida manera

(1) Mor. 7.^a, cap. I.

(2) Mor. 7.^a, cap. II.

»que por ninguna visión ni gusto espiritual. No se puede decir más
»de que queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa
»con Dios; que, como es espíritu, ha querido Su Majestad mostrar el
»amor que nos tiene en dar á entender á algunas personas á dónde
»llega, para que alabemos su grandeza. Porque de tal manera ha
»querido juntarse con la criatura, que, así como los que ya no se pue-
»den apartar, no se quiere apartar El de ella» (1). Y esta es la dife-
»rencia que existe entre el Matrimonio y Desposorio espiritual, *la cual*
es tan grande «como la hay entre dos desposados, y aquellos que ya
»no se pueden apartar» (2). Pues aunque en el Desposorio hay unión,
y unión es hacer de dos cosas una, «en fin se pueden apartar y quedar
»cada una por sí, como vemos ordinariamente que pasa presto aquella
»merced del Señor, y después se queda el alma sin esta compañía,
»digo de manera que la entiendan. En estotra merced no, porque
»siempre queda el alma con su Dios en aquel centro. Digamos que es
»la (oración de) *unión* como si dos velas de cera se juntasen tan en
»extremo que toda la luz fuese una, ó que el pábilo y la luz y la cera
»es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la
»otra y quedan en dos velas, ó el pábilo (separarse) de la cera (y que-
»darían dos cosas distintas). Acá es como si cayendo agua del cielo en
»un río ó fuente, adonde queda hecho todo una (masa de) agua, que
»no podrán ya dividir ni apartar cuál es del río ó lo que cayó del cielo;
»ó como si un arroyico pequeño entra en la mar, no habrá remedio de
»apartarse; ó como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde
»entrase gran luz, aunque entra dividida, se hace todo una luz» (3).

40. «Y esto se entiende mejor, cuando anda el tiempo, por los
»efectos. Porque se entiende claro por unas secretas aspiraciones, ser
»Dios el que da vida á nuestra alma; muy muchas veces tan vivas,
»que en ninguna manera se puede dudar... y no se puede excusar de
»decir: *¡Oh vida de mi vida y sustento que me sustentas!* y cosas
»de esta manera. Porque de aquellos pechos divinos, adonde parece
»está Dios siempre sustentando el alma, salen unos rayos de leche,
»que toda la gente del Castillo conforta, que parece quiere el Se-
»ñor... que de aquel río caudaloso, adonde se consumió esta fuen-
»tecica pequeña, salga algunas veces algún golpe de aquel agua para
»sustentar los que en lo corporal han de servir á estos dos desposados
»(ó casados). Y, así como sentiría esta agua una persona que está des-
»cuidada, si de presto la bañasen en ella, y no la podría dejar de sen-
»tir; de la misma manera, y aun con más certidumbre, se sienten las
»operaciones que digo. Porque, así como no nos podría venir un gran

(1) Mor. 7.^a, cap. II, párrs. 3, 4 y 5.

(2) Mor. 7.^a, cap. II, párr. 2.

(3) Mor. 7.^a, cap. II, párrs. 6 y 7.

»golpe de agua, si no tuviera principio; así se entiende claro que hay
»en lo interior quien arroje estas saetas, y dé vida á esta vida, y que
»hay sol de donde procede una gran luz, que se envía á las potencias
»de lo interior del alma» (1). Son también efectos de esta merced:
1.º Una grandísima paz interior, que, aunque las potencias y sentidos
anden á veces desasosegados, nunca se pierde; y «estáse el alma
»tranquila, como el rey con grande quietud en su palacio, por más
»que haya muchas guerras en su reino y muchas cosas penosas (2).
»2.º Un grande olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es,
»pues la mariposica murió con grandísima alegría de haber hallado
»reposo y vive en Cristo» (3). 3.º Un grandísimo deseo de padecer,
»mas no de manera que la inquiete, como (antes) solía; porque es en
»tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se cumpla
»la voluntad de Dios, que todo lo que Su Majestad hace, tiene por
»bueno: si quisiere que padezca, enhorabuena; si no, no se mata, como
»solía (4.) 4.º Un grande gozo interior, cuando es perseguida, con mu-
»cha más paz que lo que queda dicho y sin ninguna enemistad con los
»que les hacen mal ó desean hacer, antes les cobran amor particular;
»de manera, que, si los ven en algún trabajo, lo sienten tiernamente,
»y cualquiera tomarían por librarlos de él, y encomiéndanlos á Dios
»de muy buena gana (5). 5.º Un grande deseo de servir al Señor y de
»que sea alabado, tal que, si supiesen cierto que en saliendo el alma
»del cuerpo ha de gozar de Dios no les hace al caso: ni pensar en la
»gloria que tienen los Santos, no desean por entonces verse en ella,
»pues la tienen puesta en ayudar en algo al Crucificado, en especial
»cuando ven que es tan ofendido (6). 6.º Un desasimiento grande de
»todo, y deseo de estar siempre á solas ú ocupadas en cosa que sea de
»provecho de alguna alma; y no (con) sequedades y trabajos interio-
»res, sino con una memoria y ternura con Nuestro Señor, que nunca
»querría estar, sino dándole alabanzas; y cuando se descuida, el mis-
»mo Señor la despierta, como queda dicho» (7).

41. Ved aquí reducido á compendio todo el sistema doctrinal de la Seráfica Doctora sobre Teología mística. Antes de analizarle y juzgarle, recapitulemos con el laconismo posible todo lo expuesto. En la oración de *recogimiento* las potencias siéntense como *atraldas* á lo interior del alma por el dulce reclamo del Pastor divino; pero todavía pueden y deben poner algo de su eficacia natural para responder á

- (1) Mor. 7.ª, cap. II, párrs. 9 y 10.
- (2) Mor. 7.ª, cap. II, párr. 18.
- (3) Mor. 7.ª, cap. III, párr. 4.
- (4) Mor. 7.ª, cap. III, párr. 5.
- (5) Mor. 7.ª, cap. III, párr. 5.
- (6) Mor. 7.ª, cap. III, párr. 6.
- (7) Mor. 7.ª, cap. III, párr. 9.

este divino llamamiento; en la de *quietud* Dios las *suspende*, y el deleite que experimentan con la presencia de su Amado, es tan grande, que las eleva á un estado de enajenamiento, el cual entorpece su habitual energía. La *unión* con Dios obra con más fuerza todavía; hácelas *dormir* el sueño de la paz y del amor, y, constituidas en este estado, vense incapaces de arbitrar medio alguno con que sacudir de sí esa especie de letargo místico. *Mueren* por fin al mundo y á sí mismas en el desposorio espiritual que se celebra en la 6.^a Morada, y *resucitan* á nueva vida en la Morada 7.^a, para consagrarse al servicio del esposo celestial, con quien se han unido en vínculo indisoluble de amor. Pasemos ahora á estudiar, en la medida que nuestro corto ingenio lo permite, el valor filosófico y literario de tan maravilloso sistema doctrinal.

VIII

- 42. Valor filosófico y literario de este sistema doctrinal. Qué es misticismo.—43. Condiciones del escritor místico: la materia.—44. La forma.—45. Místicos gentiles y herejes.—46. Místicos católicos.—47. Místicos españoles. Santa Teresa y San Juan de la Cruz.**

42. Para rastrear de alguna manera lo grandioso de esta concepción, ya la consideremos en sí misma, ya en el admirable desarrollo de cada una de sus partes, conviene ante todo anticipar ciertas ideas, y hacer luego mención especial de algunos de los escritores que han precedido en este camino á la Seráfica Doctora. Muy en su lugar estaría aquí echar una rápida ojeada sobre la historia del misticismo en general, y del español muy en particular; los límites empero de esta disertación, ya demasiado extensa, no me permiten dar cabida en ella á tantos nombres y escritos, como fuera necesario mencionar. La palabra místico, helénica de origen, *μυστικός*, se usaba entre los griegos para designar á los iniciados en los misterios del culto, con que se honraba á alguna de sus deidades. Tal es la significación que tiene en varios pasajes de Aristóteles, según la interpretación común de sus escoliastas y comentadores. De los gentiles pasó á los cristianos, quienes aplicaron esta denominación á aquellas almas predilec-

tas, que, por penetrar más hondamente en la inteligencia de las cosas divinas y unirse con más apretado lazo de amor al supremo Bien, participaron más de la vida sobrenatural y extraordinaria con que el Espíritu divino hace vivir á su regalada esposa, la Iglesia de Cristo. Místicos fueron, por consiguiente, todos aquellos Santos cuya inteligencia y cuya voluntad, henchidas por la infusión sobreabundante de esos misteriosos dones, fueron constituidas en un estado psicológico particular, desconocido para el vulgo de las almas justas. Según esto, y tomada la palabra *místico* en toda su latitud, será escritor místico sólo aquel en cuyas obras se vea la manifestación de este estado psicológico, bien sea por tratar y exponer esta materia, ó bien por dar á sus producciones una forma tal, que revele en ideas y afectos ese endiosamiento del alma, misteriosamente unida con Dios.

43. En efecto, dos son las condiciones precisas, que para juzgar atinadamente sobre escritos de este género, debemos siempre tener en cuenta: la materia sobre que versan, y la forma de que se revisten. Constituyen la materia de la Teología mística, según acabamos de indicar, y dijimos ya al dar principio á este trabajo, las operaciones que el alma ejercita, cuando, sometida al influjo de una acción extraordinaria, aun en el mismo orden sobrenatural, se encumbra en alas del fuego divino, hasta el santuario de la divinidad, y allí, muerta á sí misma, despojada de su miseria, sobrenaturalmente transformada, vive de la vida de Dios. Con sólo tener presente esta observación, hubieran evitado muchos escritores, eruditos más que sabios concienzudos, la confusión lastimosa en que han incurrido, clasificando entre los *escritores místicos* á los que sólo merecen el nombre de ascetas (1). Ni basta para ser acreedor al glorioso dictado de *Doctor místico*, tratar incidentalmente, y como de paso, de alguna de estas operaciones; sino que se requiere, como condición indispensable, hacer ver uno por uno los pasos con que el alma avanza por esta escabrosa senda, á la manera que, para ser acreedor al renombre de Doctor en Teología ó Jurisprudencia, se requiere abarcar las diversas partes que estas Facultades encierran. Esta consideración me mueve á separarme también de algunos escritores, que, tomando en sus juicios críticos otro punto de partida, prodigan con demasiada facilidad la borla *mística* á Doctores ascéticos, en cuyas obras sólo se leen ligeros toques y conceptos aislados, que pertenezcan al dominio de la Mística.

44. Pero avancemos, concretando más y más las ideas. *Literariamente* considerados, no se apellidan *místicos* todos los escritos en que

(1) Tal es, entre otros, Mr. Rousselot, en su obra *Les Mistiques Espagnols*.

se desenvuelve la materia propia de esta ciencia sagrada. La fría y árida pluma del escolástico que desentrañase estos misterios, y explicándose en investigaciones psicológicas, nos describiese los diversos estados por que atraviesa el espíritu antes de llegar á la posesión de Dios por unión de amor, conquistaría de seguro para el autor el nombre *científico* de escritor místico, mas no los honores reservados en la *crítica literaria* para esta honrosa denominación. ¿Y por qué? Porque lo que constituye el nervio del misticismo, la sangre, por decirlo así, que le da vida, no es la materia sobre que versan, sino la forma. Es ese vapor santo que hinche los senos del alma, y humea como oloroso incienso de todos los pensamientos que el entendimiento engendra, y de todas las palabras que la lengua articula, es el fervido afecto que debe palpar en las páginas de escritos tales. Sin esto no hay misticismo, y el autor de tales producciones será sabio, será filósofo, teólogo, moralista, asceta, cuanto queráis; pero místico no lo será, no puede serlo: *literariamente* hablando, nadie así le apellidará.

45. *Algo de este vago anhelar á la posesión del Sér, que contemplaban como inteligencia suprema y sumo Bien, tuvo la escuela socrática de Atenas, sobre todo en el más grande y sublime de sus pensadores, el divino Platón. Este filósofo portentoso, después de haber puesto en boca de Sócrates aquella sublime teoría sobre el amor, según la cual es preciso elevarse del amor de la belleza corporal, al de la belleza moral, y de éste al amor de la belleza intelectual, termina la exposición de su teoría, con estas palabras: «Atiende ahora ¡oh Sócrates! á lo que voy á decir, con todas las fuerzas de tu alma (1). »Todo el que, pasando por esos diversos grados de amor, haya »llegado hasta aquí, conseguirá como fin y término de su amoroso »afecto el contemplar una admirable belleza... Una belleza que siempre existe, que no nace ni muere, que no aumenta ni disminuye, que »no es hermosa por una parte y fea por otra..., hermosa aquí y fea »allí, hermosa para estos y fea para aquellos. Que no es hermosa con »hermosura participada, sino en sí misma, por sí misma, constante y »uniformemente hermosa. Todas las otras cosas bellas, lo son por »participación de esta belleza suma, y de tal manera, que, cuando »ellas nacen ó mueren, en nada la alteran, nada por eso pierde, nada »con ellas gana... ¡Qué felicidad la de contemplar en sí misma esa »divina hermosura, clara, íntegra, pura, limpia, sin mezcla de carne, »ni color, ni de otras bagatelas humanas y terrenales! ¿Tendrás en »poco la vida del hombre que tiene puestos allí los ojos, y disfruta de »su vista, y se une con ella íntimamente? ¿No es verdad que quien*

(1) Συμπόσιον, vel *De amore*. Estas palabras las supone Platón oídas por Sócrates de Diótima, «mujer muy sabia y adivina», y, como tales, las refiere este último á sus convidados.

»la mira, con los ojos con que esta belleza puede sólo mirarse, »engendrará en su alma y para bien suyo, no imágenes de virtudes, »sino las virtudes mismas? Porque no se unirá á la sombra, sino á la »realidad de la *virtud*; y, produciéndola y sustentándola en su alma, »se hará amigo de Dios, y gozará, como hombre ninguno, de la inmortalidad.» Aquí hay ráfagas de vivísima luz, que calientan y disponen el corazón para los amorosos transportes del misticismo cristiano; pero sólo ráfagas. Otro tanto, y aun quizás todavía menos, puede decirse de la escuela de Plotino (1) y de los Gnósticos de Alejandría, de los judíos secuaces de Filón (2) y de sus hermanos los Teósofos árabes de la Edad Media en España (3). Gabirol y Tofail, así como todos sus afines los Neoplatónicos de Oriente y Teósofos de Occidente, más que verdaderos místicos, han sido profundos contemplativos de las cosas divinas; y el misticismo, aunque *supone* esta profunda contemplación como fundamento, no consiste en esa elaboración puramente intelectual, sino en la efervescencia de la voluntad que ella produce; no arranca *inmediatamente* de la cabeza, sino del corazón. El luminoso raudal, de donde los puros destellos místicos se derivan, el venero inagotable de aguas vivas, donde han bebido los místicos verdaderos, no hay que buscarle, ni en las cenagosas hondas del Panteísmo indostánico, ni en los intermitentes y secos manantiales de la Moral helénica, ni en las horadadas cisternas de la infecunda herejía. No, no: Budha y Brahma, Júpiter y Mahoma jamás han tenido ni tendrán la virtud procreadora de verdaderos corazones místicos. Persépolis y Atenas, Alejandría y Córdoba fueron siempre páramos estériles, donde la semilla del misticismo, ó no cayó ó no germinó, ó, por lo menos, degeneró hasta convertirse en planta bastarda é infructuosa, ¿Diré más? El falso Dios de Eutiches y Nestorio está condenado á la misma infecundidad que los monstruosos ídolos gentílicos porque todos los herejes, los cismáticos todos, como ramas arrancadas del árbol de la unidad, no participan de la savia con que el Espíritu Santo le vivifica, única engendradora de estos dulcísimos y regaladísimos frutos.

46. Preciso es salvar la inmensa distancia que media entre el mundo antiguo y el mundo regenerado, entre los Diálogos de Platón y los versos de Sinesio ó las Confesiones de San Agustín, para tropezar con lo que inútilmente buscaríamos hasta llegar aquí. Aquella

(1) Este es, por lo menos, mi juicio sobre la *unificación ó simplificación* expuesta en sus *Enneades*, y transmitida por Porfirio.

(2) Philo: *De Vita contemplativa*.

(3) No nos detenemos en mencionar á los *yogútes* indios y *sofíes* pérsicos, porque la idea panteísta, en que radica su sistema, mata forzosamente todo germen de misticismo.

increada sabiduría, cantada en Oriente por el Obispo de Tolemaida, y aquella hermosura sobresustancial, *tan tarde conocida y tan tarde amada* por el Obispo de Hipona, fué la que hizo estampar sobre el papel los primeros ardores místicos á estas dos ilustres plumas del Catolicismo. Esa misma inspiró después las ardorosas meditaciones á San Anselmo, los amorosos deliquios de San Bernardo, las efusiones místicas á San Buenaventura. Mas estos Santos, aunque inflamados á veces del fuego divino, que el gentilismo y la herejía por completo desconocieron, no pensaron jamás (1) en escribir una Teología mística, donde dejaran marcados los escalones que el espíritu debe recorrer para ascender desde la nada de su miseria, hasta el abismaamiento en la infinita realidad del Sér supremo. Otros escritores, por el contrario, hubo en la Iglesia Católica, que pretendieron y llevaron á cabo tan ardua empresa; mas sin el arrebató místico que embelleció las fogosas páginas de los Padres y Doctores anteriormente citados. San Dionisio Areopagita (ó quien quiera que sea el autor de las obras que á este Santo se atribuyen) (2), San Juan Climaco (3), Ricardo de San Victor (4), Gersón (5), Rusbroquio (6) y Taulero, son otros tantos escritores de Teología mística, en quienes resplandece la claridad, el orden, el enlace de las ideas y la composición armónica de los elementos esparcidos acá y acullá, por las obras de los Santos Padres; pero fáltales con frecuencia el transporte del arrebató místico, lo cual hace que sus escritos enseñen más que inflamen el corazón de los lectores.

47. Á España cabe la gloria de haber producido y amamantado á sus pechos en un mismo siglo, á un tiempo mismo dos genios místicos, en cuyo espíritu la inteligencia y el corazón, la contemplación honda de las cosas celestiales y el ardoroso afecto hacia Dios se dieron beso de paz: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Ambos brillaron como dos grandes lumbreras, acaso las mayores, en el sereno cielo de la Teología mística, y, si la índole de este trabajo lo permitiese, no estaría aquí fuera de propósito un paralelo entre ambos escritores. Mas ya que, por pertenecer este asunto á un *tema* determinado, sea terreno vedado para mí, permítaseme, por lo menos, consignar como rasgo característico de las obras de San Juan de la Cruz, el dualismo personal que, á mi parecer, en ellas se trasluce. Pálpanse allí como dos almas, dos corazones, dos plumas. Uno es el apasionado poeta del *Cántico espiritual*, de la *Subida al Monte Car-*

(1) Debe exceptuarse á San Buenaventura, en su obra *Theologia Mystica*.

(2) Vid. *Theologia Mystica*.

(3) Vid. *Scala Paradisi*.

(4) *De gradibus charitatis* y *De quatuor gradibus violentae charitatis*.

(5) Vid. *De monte contemplationis*.

(6) Vid. *Commentaria in tabernaculum Moysis, y Regnum amantium Deum*.

melo y de la *Noche oscura*, y otro el comentador de aquellas cadenciosas estancias tan preñadas de misterioso sentido. Aquí muéstrase teólogo profundo y profundo pensador, que explota la ciencia escolástica y la pone al servicio de su pluma para esclarecer los recónditos arcanos de la materia que trata; pero se echa de menos á veces en su estilo el fuego sagrado de la inspiración mística. En las poesías, por el contrario, irradia pujante y apasionado el misticismo de San Juan de la Cruz, hermano gemelo del misticismo de Santa Teresa, y sangre de la sangre de sus venas. Oíd, si no, estas estrofas tomadas á la ventura de su *Cántico espiritual*:

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al Otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas;
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.
¡Oh bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado!
— Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y, yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

.
— Y todos cuantos vagan
De ti me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

.
Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos:
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbré de ellos,
Y sólo para ti quiero tenellos.

.
¡Oh cristalina fuente!
Si en esos tus semblantes plateados

Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!

.
.

¿No parecen estas estancias por sus afectos y lenguaje trozos arrancados de la *Vida* de la Santa ó de sus *Exclamaciones*, rimados en cadenciosos versos? ¿No parecen inspirados por aquella *celestial locura y glorioso desatino* de que nos habla en la oración de *unión*? Aquí, como allí, todo es fuego, todo amor, todo derretimiento del alma ante la bondad y hermosura de su Amado: fondo y forma, todo respira el más acendrado y sublime misticismo. Veamos en particular cada una de estas dos cosas en lo que atañe á nuestro propósito; es decir, en los escritos de la Seráfica Doctora.

VIII

48. **Misticismo de Santa Teresa. Su fondo. El mundo ideal maravillosamente simbolizado.**—49. **La «vida» rústica.**—50. **Santa Teresa de Jesús y los filósofos alemanes.**—51. **Ridículas explicaciones del vulgo de los racionalistas.**—52. **Forma del misticismo de Santa Teresa. Su corazón.**—53. **Ejemplo.**—54. **Reflexiones.**—55. **Propiedad característica de los sentimientos de Santa Teresa de Jesús. Ternura femenil.**—56. **Ejemplo de la misma.**

48. Su mérito, ante todo, por el fondo de doctrina que en él se encierra, es inapreciable; y quien no haya leído á Santa Teresa con la pluma en la mano, jamás podrá debidamente admirarla. Para formarse cabal idea de las dificultades, con que debió tropezar el escritor que osó acometer tan ímproba tarea, sería preciso que el lector se interrumpiera á sí mismo en medio de su faena, y, descendiendo de aquellas esferas de luz, adonde el genio de la Santa le había insensiblemente elevado, esgrimiera él la pluma y procurara estampar sobre el papel algo, no más que algo, de lo que en aquellos momentos contemplaba y cautivaba su corazón. Sólo así se convencería de

lo difícil que es para la humana inteligencia tocar al terreno psicológico sin envolverse en un mar de confusiones; y, cuando este obstáculo queda superado, lo arduo que es también luchar á brazo partido con la imaginación para sensibilizar las ideas, con el corazón para sentir las, y con la lengua para expresarlas. Pues ¿qué será remontarse de un solo vuelo al asombroso mundo del espíritu, asentarse en él su morada, y llevarnos, como de la mano, por aquellas misteriosas regiones de lo ideal, haciéndonos conocer los habitantes que las pueblan, las escabrosas sendas que recorren, los peligros á que se exponen, las batallas que riñen y los triunfos con que se coronan?

Porque bien considerado, éste es el bello ideal que la Seráfica Madre incesantemente persigue, y los resplandores que su pluma arroja, son tan copiosos, tan vivos y penetrantes, que en aquel camino de espesas tinieblas nada pasa inadvertido para el caminante que con tal guía le recorre. No hay ondulación de terreno en que no repare, ni inmensa llanura, cuya extensión no abarque, ni paisaje de que no goce, ni plantas, flores y frutos, cuyo embeleso no sienta, cuyo embalsamado aroma no perciba. ¡Mujer maravillosa y sin par en la historia de la humana inteligencia! Para ella el alma es un castillo de diamante, en cuyo centro se eleva el trono donde se asienta la Majestad de Dios; las moradas que le circundan son las diversas mansiones por que atraviesa el espíritu; cuando se reconcentra dentro de sí mismo en busca de ese Dios que anhela, las potencias son los alcaides, y mayordomos, y maestresalas de este real Palacio; los sentidos la servidumbre del soberano Rey, y las alimañas que rodean la cerca del Castillo, son las pasiones que penetran en pos de nosotros á las primeras moradas, y, en general, todas las ocasiones de pecado.

49. He aquí al mundo ideal magníficamente simbolizado. Mas ¿qué sucede en ese Castillo? Allí ¿cómo se vive? ¿Qué pasa? Allí comienza el alma por replegarse sobre sí misma en la oración de recogimiento, para acabar luego por remontarse hasta el tálamo de la divinidad en el vuelo del espíritu; allí vese á las potencias seguir diversos, y á veces encontrados rumbos, para terminar por unirse todas en Dios á quien buscaban. Allí el entendimiento, unas veces vislumbra *soñoliento* el sumo Bien, á manera de enfermo febricitante que *delira*; otras, íntimamente unido á la suma Verdad que extático contempla, duerme el *sueño* de la paz y del amor sin tener casi fuerzas para gozar del Bien que posee; otras, en fin, *muerto* á la actividad propia, arrobado, deificado, comienza á participar en esta vida de la glorificación sin término que en la otra le espera, y su pupila se ensancha por la voluptuosa fruición que en aquel estado experimenta, para recibir los torrentes de luz con que el sumo Glorificador embriaga á sus escogidos. Allí la voluntad, fría y versátil

por naturaleza, truécase poco á poco en brasa de encendido amor, incontrastable á las lluvias del desconsuelo y la tribulación. Caliéntase primero en la *oración de quietud* bajo la influencia del Sol divino que la embiste, inflámase luego con los ardores de la *oración de unión*, y se derrite, por fin, en amorosos deliquios, cuando el Señor, abatiéndose hasta ella, la une consigo, como dulce esposo, en vínculo indisoluble de caridad. Allí la imaginación, independiente y altanera, entabla desde el principio cruda guerra contra las otras potencias, complácese en desobedecer sus mandatos, y perturbarlas en el pleno goce de sus deleites; mas acaba por quedar subyugada al magnético influjo del silbo divino que la llama. Allí los sentidos, acostumbrados á vivir derramados y á ser siempre portadores de ilusiones nuevas, sirven al principio de mal grado á la razón, y soportan con dificultad el yugo de su imperio; pero inmólanse después con heroísmo en pro del bienestar del alma, y terminan por entrar á la parte de los sabrosísimos deleites en que ella misma se anega. Ved aquí, reducida á términos concisos, la Psicología mística de Santa Teresa de Jesús. La cual se representa al alma con una intuición tan bañada de esplendorosa claridad, que no hay ojos que no vean lo que ella quiere hacerlos ver, ni corazón que no sienta lo que ella quiere hacerle sentir.

50. Y notad, que, quien esto escribe, no es ningún teólogo consumado, ni filósofo profundo, ni eminente literato, no es ni siquiera un hombre; es una mujer ignorante, sin letras, sin mundo, reclusa en un monasterio y apartada por completo del trato social. Niña, vivió en casa de sus hidalgos padres retirada y enfermiza; adolescente, pasó del hogar al claustro, no para escribir, sino para orar y hacer penitencia. Ocupada en esto, pasó la juventud; en esto llegó á la edad madura; y cuando ya, al trasponerse el sol de su vida, una voz, que para ella representaba la voz de Dios, mándale escribir algo sobre la oración, empuña la pluma, y en el espacio de tres meses traza ese portentoso cuadro intelectual con tan gallardo estilo, lenguaje tan nítido, expresión tan centellante, que lo que antes de ella, ni los sabios podían entender, con su libro en la mano es de obvia comprensión hasta para las inteligencias más vulgares. Eso es ser literato sin saber de letras; eso es ser artista sin conocer el arte; eso, digámoslo claro, es sentir arder en la mente la llama chispeante que crea, y hervir en el corazón el fuego sagrado que calienta y vivifica. Venid, venid, los que os entusiasmáis ante el profundo talento de esos sabios, que, allende el Rhin, procrean nuevos sistemas filosóficos á cada luna y aun á cada sol. Abrid sus libros, hojead y leed. Leed, si es que podéis terminar la primera página, sin que el hastío, que provoca su ininteligible algarabía, os haga caer el libro de las manos. Cada palabra es un arcano, un enigma cada frase, cada período un misterio.

¿Por qué así? Entiendo la imprescindible necesidad en que se encuentran esos nuevos zurcidores de herejías, de explotar la obscuridad del estilo para encubrir con ella la gusanera de sandios despropósitos, que bulle en cerebros tan contrahechos; mas á todos esos entusiastas admiradores de cabezas huecas, que se abroquelan con la obscuridad de las materias psicológicas para defender á sus patronos, contesto yo mostrándoles con el dedo el libro de las *Moradas*. Ahí tenéis esas páginas donde se desentrañan las más recónditas funciones anímicas, y son claras como las aguas de arroyo cristalino. Ahí tenéis ese libro, profundo y sublime como el que más, y que, sin embargo, lo mismo puede ser leído en el gabinete del sabio, que en el hogar del idiota; lo mismo bajo el artesonado de fastuoso prócer, que bajo el techo pajizo de harapiento mendigo.

51. Y al llegar aquí, permitid, que tomando pie de la doctrina racionalista, cuya excentricidad combato, me haga cargo de una opinión, por desgracia bastante acreditada entre el vulgo de los incrédulos. Digo entre el vulgo de los incrédulos, porque los que se precian de algún talento, y realmente le tienen, si no la rechazan con indignación, la compadecen por lo menos, y la acogen con sonrisa de burla desdeñosa. Según ellos, Santa Teresa de Jesús fué una sublime soñadora, mas soñadora al fin. La melancolía, el histerismo, la exaltación de la imaginación, las circunstancias de raza, sexo, temperamento, educación, todo se ha amontonado y traído á cuento para explicar lo que es humanamente inexplicable, el sobrenaturalismo de su vida y de sus escritos. ¿Qué contestar á tan ridículas y extravagantes explicaciones? El sarcasmo ó el ridículo desdén del racionalista Mr. Rousselot (1) es la única respuesta que debiera otorgarse á estos fisiólogos falsos y verdaderos soñadores; mas, dejando para otros la sátira y la burla, ¿cómo es, pregunto yo, que, teniendo á la mano tantas y tan satisfactorias explicaciones de este misterio, la divergencia de opiniones entre los mismos racionalistas, y el afán por inventar otras nuevas es cada vez mayor? Y, entrando más en el fondo de la cuestión, si el histerismo es tan profundo procreador de grandiosas concepciones, ¿no es verdad que la Salpêtrière de París debiera ser un fecundo seminario de Teresas de Jesús? ¿Cómo, pues, hasta ahora no ha habido más que una? ¿Cómo en este siglo de magnetismo y sonambulismo, de ataques de nervios y exaltación frenética de la fantasía, nadie concibe lo que ella concibió, nadie escribe lo que ella escribió, nadie hace lo que ella hizo, nadie sueña lo que ella soñó?

(1) Véase la obra *Les Mystiques Espagnols*. No quiere decir esto que yo apruebe la solución dada por este escritor al problema en cuestión; antes bien me parece tan ridícula como las que él impugna, no obstante el juicio crítico que de él hace el Sr. Canalejas.

¡Donosa invención, por cierto, la de estos imbéciles filosofantes, dar por causa de un prodigioso sistema doctrinal la que, obrando hoy entre nosotros con todo el vigor de su energía, sólo produce aberraciones y desbarros intelectuales! Por el aprecio en que debéis tener vuestra estimación propia, por vuestro amor, por el respeto que debe mereceros el público, leed los escritos de la Santa antes de pronunciar juicios tan insensatos. Leed su *Vida*, y veréis que, en vez de entregarse con impremeditado entusiasmo en los brazos del Señor que la llamaba hacia sí, el estado de aquella alma en el primer tercio de su vida religiosa fué de recelo, de sobresalto, y ¿lo diré? de tenaz resistencia á los dones sobrenaturales que por todas partes la asediaban; leed sus obras doctrinales, y oiréis resonar en casi todas sus páginas la voz de alarma contra la fantasmagoría de la imaginación y los antojos de la vanidad presuntuosa; leed, por último, sus Cartas y estudiad en ellas aquel corazón sencillo, candoroso é incapaz, no digo de mentir, pero ni aun de exagerar y dar importancia á cosas que en sí no la tienen. Y, si después de haber leído y meditado todo esto, perseveráis en llamarla soñadora, «soñad vosotros, os diré yo, como ella soñaba, y el pueblo, cuyo voto en tanto estimáis, la humanidad, como vosotros decís, os levantará, no lo dudéis, del polvo miserable en que os arrastráis, hasta el altar donde os adoren postradas las generaciones todas por venir.»

52. No insisto más sobre este punto, por no permitírmelo la extensión ya demasiada de este trabajo, y así paso á decir cuatro palabras sobre la forma del arrebató místico que centellea en los escritos de la Santa Madre. Para entender cuán excelente y prodigioso fué, conviene estudiar el corazón de Santa Teresa, no sólo en lo que tuvo de divino y sobrenatural, sino también en lo que tuvo de natural y humano, porque la gracia no destruye, sino que perfecciona y enaltece la naturaleza. Ahora bien, fué aquella edad para España la de los genios grandes y grandes corazones. Para mí la espada de Gonzalo de Córdoba en las márgenes del Garellano; la políglota de Cisneros salida de las vírgenes prensas de Alcalá; la tea con que Hernán Cortés pegó fuego á las naves al pisar las playas del nuevo continente; las Constituciones con que Ignacio de Loyola dotó á la Compañía de Jesús; el Crucifijo de Javier esclavizando bajo el yugo de Cristo la cerviz de un nuevo mundo; la pluma de Fray Luis de León desarrollando el grandioso pensamiento de los Nombres de Cristo; el lápiz de Herrera trazando sobre el papel la octava maravilla del mundo; las obras de Suárez abarcando todo el saber de la escuela; el pincel, en fin, de Velázquez robando á la naturaleza todo su encantador realismo, son símbolos de otros tantos genios, arrojados por la mano omnipotente del Altísimo al suelo de España.

para galardonarla los torrentes de sangre vertida por la fe en la cruzada de siete siglos que sostuvo contra el Islam. Pues bien, una de esas almas, uno de esos genios, uno de esos corazones fué el alma, el genio, el corazón de Teresa de Cepeda. Lo que fué el de Teresa de Jesús yo no sé cómo decirlo. Fingíos, no un corazón de esos que ahora llaman grandes y sólo son pozos sin suelo de lacería y egoísmo; ni tampoco un corazón de esos que ahora por todas partes pululan, gigantes para obrar el mal y enanos para obrar el bien; á veces irresolutos, á veces temerarios; fríos hoy y volcánicos mañana; sino un corazón generoso sin par, ardiente como ninguno, emprendedor como el que más: derramad luego sobre él todo el tesoro de riquezas encerradas en el abismo insondable de las divinas misericordias, y habréis entendido algo de lo que fué el corazón de Teresa de Jesús. Poned ahora este corazón bajo la influencia de una inteligencia vigorosa y en frente de su Dios. Entended bien lo que digo, en frente de su Dios. Porque el Dios de Teresa de Jesús no es el teórico Armonizador del universo, soñado por los modernos deístas, y que vive olvidado de los hombres; ni el Dios impersonal, fingido por el panteísmo conceptualista é incapaz de amar y ser amado, sino el Dios de la Iglesia Católica, personal en su sér, personal en su acción, y personal, sobre todo, en las relaciones amorosas que sostiene con el alma. Ponedle en frente de ese Dios, padre suyo, amigo suyo, su pastor, su hermano, su esposo, que vive del amor, y que de amor moriría, si de algo pudiera morir. ¿Qué crééis vosotros que sentiría? ¿qué desearía? ¿qué haría? ¿Sabéis qué? Estallar de amor. Y estalló, en efecto, aquel volcán; y la lava de ardorosos afectos desbordóse por sus escritos, impregnándolos de unción, amor y arrebató místico; y salieron de su pluma trozos, como hasta entonces no se habían escrito, como no se han escrito hasta ahora, como jamás acaso se escribirán. ¿Queréis ver una prueba de lo que estoy diciendo? Oíd cómo describe la admirable transformación del alma, que se obra en la oración de unión cuando Dios la sube hasta el ósculo de su boca.

53. «¡Bendito seáis por siempre, Señor; alábenos todas las cosas por siempre! Quered ahora, Rey mío, suplicóoslo yo, que, pues, cuando esto escribo, no estoy fuera de esta santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia (que tan sin merecimientos míos me hacéis esta merced); que lo estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, ó permitáis que no trate yo con nadie, ú ordenad, Señor, cómo no tenga ya cuenta en cosa del mundo, ó me sacad de él. No pueda ya esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin Vos la vienen; que, si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida; ni se le déis Vos. Querría ya esta alma verse libre: el comer la mata, el dormir la congoja, ve que se la pasa el tiempo de la vida en

•pasar regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece
•vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos. ¡Oh
•verdadero Señor y gloria mía, qué delgada y pesadísima Cruz tenéis
•aparejada á los que llegan á este estado! Delgada porque es suave,
•pesada porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra, y
•no se querría jamás ver libre de ella, si no fuese para verse ya con
•Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada, y que vivien-
•do os puede servir, querría carga muy más pesada, y nunca hasta la
•fin del mundo morirse: no tiene en nada su descanso á trueque
•de haceros un pequeño servicio, no sabe qué desee, más bien entiende
•que no desea otra cosa sino á Vos» (1). Y más adelante, «¡Oh, Señor
•mío, qué bueno sois! ¡Bendito seáis para siempre! ¡Alábenos, Dios
•mío, todas las cosas, que ansí nos amasteis, de manera que con ver-
•dad podamos hablar de esa comunicación, que aun en este destierro
•tenéis con las almas! Y aun con las que son buenas es gran largueza
•y magnanimidad; en fin, vuestra, Señor mío, que dáis como quien
•sóis. ¡Oh largueza infinita, cuán magníficas son vuestras obras!...
•¡Pues que hagáis á almas que tanto os han ofendido mercedes tan
•soberanas! Cierto á mí me acaba el entendimiento, y cuando llego á
•pensar en esto no puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir que no sea
•tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes no sabe
•cómo. Con decir disparates me remedio algunas veces. Acaéceme
•muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes ó me las comienza
•Dios á hacer... decir: Señor, mirad lo que hacéis, no olvidéis tan
•presto tan grandes males míos; ya que para perdonarme los hayáis
•olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde.
•No pongáis Criador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado,
•pues habéis ya visto de otras veces que lo torno á derramar. No
•pongáis tesoro semejante donde aún no está, como ha de estar, per-
•dida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará
•mal gastado. ¿Cómo dáis la fuerza de esta ciudad y llaves de la
•fortaleza de élla á tan cobarde alcaide, que al primer combate de
•los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, Rey
•eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor
•mío, se da ocasión para que se tengan en poco, pues las ponéis en
•poder de cosa tan ruín, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco
•tomo, que, ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y
•no es menester pequeño, según yo soy), no puede dar con ellas á
•ganar á nadie. En fin, mujer y no buena, sino ruín. Parece que no
•sólo se esconden los talentos, sino que se entierran en ponerlos en
•tierra tan astrosa. No soléis Vos, Señor, hacer semejantes grande-
•zas y mercedes á una alma, sino que aproveche á muchas. Ya sabéis,
•Dios mío, que de toda voluntad y corazón os suplico y he suplicado

(1) *Vida*, cap. XVI.

» algunas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee
» en la tierra, porque las hagáis Vos á quien con este bien más apro-
» veche y crezca vuestra gloria » (1).

54. ¡Qué sentimientos tan levantados! ¡Renunciar á lo único que la puede hacer feliz, sin lo que no puede vivir, ni alentar, ni ser! ¡Pedir al Señor que se aparte de ella, mujer y ruín, que retire sus dones, que los prodigue á otros, que quiere ser infeliz y desventurada para acrecer algo la gloria de quien tanto la ama! Esto sólo puede escribirse por un corazón endiosado, y con la pluma ungida en la sangre que mana del costado abierto de Dios. ¡Qué extraño que, para ayudar algo al corazón en la expresión de sentimientos tan sublimes, llamase en su auxilio á la fantasía, y ésta prodigase á manos llenas los símiles, acudiendo á las plantas y á las flores, á las fuentes y mares, á los gusanos de seda, á los pájaros y las mariposas, á todo cuanto es de uso familiar y conocido, para sensibilizar ideas y afectos, que casi no pueden sensibilizarse por lo sublimes que son!

55. Mas quiero notar aquí una propiedad, en la cual muchos no han parado mientes, y que, sin embargo, es, á mi juicio, la más característica del arrebató místico de la Santa: la ternura y delicadeza de los afectos, junto con un delicioso y encantador abandono en el estilo. Páginas hay en sus escritos de tan fina y conmovedora suavidad que, para escribirlas, no basta ser literato, ni genio, ni Doctor místico; es preciso ser mujer. Y es la razón que ciertas dotes literarias, sobre todo aquellas que atañen al corazón, no se aprenden ni se adquieren, nacen con el escritor mismo, y están misteriosamente enlazadas con la organización fisiológica, que le cupo en suerte al abrir los ojos á la luz. Ni ¿cómo puede esto causarnos extrañeza, cuando tanto influyen en la educación literaria el suelo en que nacemos, las auras que respiramos, el sol que nos alumbra, las personas con quienes tratamos, el medio, en fin, en que vivimos y nos movemos? El sexo y las condiciones inherentes al organismo de la mujer, casi nunca pueden por eso ocultarse de manera, que, á través del ropaje con que se encubran, no se transparenten. Hay notas en los afectos humanos que nunca dan las fibras del corazón del hombre, ó, por lo menos, no las dan con esa limpieza y ternura propias del corazón femenino. El hombre siente, mas su sentimiento va siempre revestido de cierta virilidad que le roba en finura tanto como le comunica de fuerza y vigor. Así se explica que los escritos de la Seráfica Doctora tengan siempre un dejo de vaporoso é indefinible encanto, á cuyo influjo es imposible resistir. Y no está en las palabras, ni en las frases, ni en el período, ni siquiera en el pensamiento que expresa; es algo que bulle allí des-

(1) *Vida*, cap. XVIII.

leído, y que el alma aspira, y la recrea, y conmueve é hinche todos sus senos de suavidad, como aroma impalpable y oloroso, que se dilata por los átomos de aire que respiramos. Ved aquí una prueba de lo que estoy diciendo:

56. «Representad al mismo Señor junto con vos, dice en el *Camino de perfección*, cap. XLI, y mirad con qué humildad os está enseñando, y, creedme, mientras pudiéredes, no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis á traerle cabe vos, y Él ve que lo hacéis con amor y que andáis procurando contentarle, no le podréis, como dicen, echar de vos. No os faltará para siempre, ayudaros ha en todos vuestros trabajos; tenerle héis en todas partes... No os pido ahora que penséis en Él ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con el entendimiento; no os pido más de que le miréis. Pues ¿quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto si no podéis más, á este Señor? ¿Pues podéis mirar cosas muy feas, y no podéis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Si no os parece bien, yo os doy licencia que no le miréis, pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. ¿Háos sufrido mil cosas feas y abominaciones contra Él, y no ha bastado para que os deje de mirar; y es mucho que, quitados los ojos de estas cosas exteriores, le miréis algunas veces á Él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice la Esposa, sino que le miréis. Como le quisiéredes, le hallaréis. Tiene en tanto que le volvamos á mirar, que no quedará por diligencia suya. Ansí, como dicen, ha de hacer la mujer para ser bien casada con su marido que, si está triste, se ha de mostrar ella triste, y si está alegre, aunque nunca lo esté, alegre. Mirad de qué sujeción os habéis librado, Hermanas. Esto, con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotras; que Él se hace sujeto, y quiere que seáis vos la señora, y andar Él á vuestra voluntad. Si estáis alegre, miradle resucitado, que sólo imaginar como salió del sepulcro, os alegrará. Mas ¡con qué claridad, y con qué hermosura, con qué majestad, qué victorioso, qué alegre, como quien tan bien salió de la batalla, adonde ganó un tan gran reino que todo lo quiere para vos! ¿Pues es mucho que, á quien tanto os da, volváis una vez los ojos para mirarle? Si estáis con trabajos ó triste, miradle camino del huerto, qué aflicción tan grande llevaba en su alma; pues, con ser el mismo sufrimiento, la dice y se queja de ella. Y miradle atado á la columna, lleno de dolores, hechas sus carnes todas pedazos por lo mucho que os ama: perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado de ellos, sin nadie que vuelva por Él, puesto en tanta soledad que el uno con el otro os podéis consolar... Miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, sólo porque os

»váis vos con Él á consolar y volváis la cabeza á mirarle. ¡Oh Señor del mundo, verdadero esposo mío! le podéis vos decir, si se os ha enter-
»necido el corazón de verle tal que, no sólo queráis mirarle, sino que
»os holguéis de hablar con Él, no oraciones compuestas, sino la pena
»de vuestro corazón que la tiene Él en mucho. ¿Tan necesitado estáis,
»Señor mío y bien mío, que queréis admitir una pobre compañía como
»la mía, y veo en vuestro semblante que os habéis consolado con-
»migo? Pues, ¿cómo Señor es posible que os dejan solo los ángeles y
»que aún no os consuela vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo
»lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por Vos? ¿De qué
»me quejo, que ya hé vergüenza de que os he visto tal? Que quiero
»pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren, y tenerlos por
»gran bien, é imitaros en algo. Juntos hemos de andar, Señor; por
»donde fuéredes tengo de ir, por donde pasáredes tengo de pasar.
»Tomad, hijas, de aquella Cruz; no se os dé nada de que os atropen-
»llen los judíos, porque Él no vaya con tanto trabajo. No hagáis caso
»de lo que os dijeren; hacéos sordas á las murmuraciones; tropezando
»y cayendo con vuestro esposo, no os apartéis de la Cruz ni la dejéis.»
Este bellissimo trozo literario, lleno de sentimiento é inimitable deli-
cadeza, y que no es, en último término, más que una flor arrancada
del ramillete de sus obras, basta para evidenciar mis afirmaciones
anteriores. Aquí huelga toda alabanza; todo elogio de mi pluma no
serviría sino para deslustrar el finísimo esmalte de esa joya literaria.
Renuncio, pues, á amplificaciones inútiles, y termino.

IX

37. Conclusión. Genio prodigioso de Santa Teresa reconocido y admirado de todos: pero sobre su genio se levanta su espíritu.

57. Mi insuficiencia y los estrechos límites á que se ve circuns-
crito el ingenio del escritor en trabajos de esta índole, no me han per-
mitido explanar ciertos puntos, que sólo he tocado ligeramente. Con-
suélame la consideración de que los que vengan en pos de mí ahon-
darán más que yo en el conocimiento de las obras de la Santa, y
sacarán á luz el tesoro inagotable de riquezas que en ella se encierra.
Creo, no obstante, que lo expuesto hasta aquí me da derecho á termi-

nar esta disertación con las mismas palabras que la comencé. «En medio del conflicto de opiniones que la lectura de Santa Teresa puede suscitar, sobrenada siempre la verdad de un hecho, incontrovertible para todos, y hasta el día de hoy incontrovertido: el mérito verdaderamente excepcional que los sabios de todas las escuelas les reconocen.» ¡Oh! sí, todos reconocen que esta mujer se levanta en extremo sobre los términos comunes. Ilustre, aun entre aquellas cuyo nombre registra el mundo en sus anales, podráse disputar en cuanto al género de su celebridad; pero no, si la toca, allí donde la fijen, un lugar preeminente. Contada por los incrédulos entre las ilusas, la aclamarán la ilusa más insigne: será excepcionalmente fanática y supersticiosa para los que la juzguen ignorante y crédula; amable ó uraño, dócil á misteriosos halagos ó aquejada de mortal misantropía, donde quiera que se la clasifique, figurará como el más alto y acabado modelo. Su carácter se imagina siempre como un prototipo, su nombre se pronuncia como el nombre de un genio, descubierta la cabeza.

Este, con ser tan honroso, es el juicio más desfavorable que de la Santa pueden formarse el error y la preocupación; mas para vosotros, á quienes el sol de la verdad católica ilumina, para vosotros, que no debéis mirar á Santa Teresa á través del prisma del error y las opiniones preconcebidas que entenebrece ó desfiguran los objetos, la Seráfica Doctora debe ser algo más, mucho más, infinitamente más que un genio en el mundo intelectual. Prodigios de talento ha habido muchos; Teresas de Jesús no ha habido más que una. Y es, que el genio en ella *sólo sirvió de engaste á las perlas de preciosísimos dones, con que el divino Espíritu la embelleció*; sólo sirvió de pedestal soberbio, sobre el cual elevóse la estatua colosal de su espíritu, compendioso conjunto de las riquezas sobrenaturales, que en los senos de la divina Misericordia se atesoran. Sin ellas la gloria de esta mujer portentosa, ni puede explicarse, ni aun siquiera concebirse; y los que tal se la imaginan, irrogan á su nombre una injuria, que á sabiendas nadie puede irrogarle. ¿Qué hubiera sido Teresa de Cepeda lanzada á la profesión de escritora, sin la llama de vivísima fe que inundó de luz su entendimiento y abrasó en fuego su corazón? Como literata, acaso menos que madama Sevigné; como pensadora, menos acaso que madama Staël. Pero el espíritu del Señor cernió las alas sobre ella, agigantó su espíritu; y la gloria de su nombre hace aparecer pigmeos los genios de las mujeres que la precedieron; la esplendente aureola de su frente anubla el esplendor de toda otra aureola. Tal es la raíz de donde germinó planta tan generosa. Así lo creyeron nuestros padres, así lo confesamos sus hijos, y así se lo enseñaremos á las generaciones por venir con nuestras palabras y nuestros hechos. Para nosotros Santa Teresa de Jesús es un astro de primera magnitud, lanzado por la mano del Omnipotente en las tinieblas del espacio

á fin de adornar el sereno cielo del ascetismo católico; es un faro luminoso erigido sobre la peña viva de la verdad, para esclarecer el peligroso derrotero que guía al puerto de la mística perfección; es el florón más preciado de la corona con que plugo á la divina Bondad ceñir las sienes de nuestra madre patria. Sí, de nuestra madre patria, de España, que, al fin y al cabo, sangre española fué la que latió en sus venas, sol español el que la alumbró al nacer, mano española la que meció su cuna, suelo español y sólo español, el que siempre pisó; españoles los que formaron su espíritu, los que la sostuvieron en sus combates y la ayudaron en sus empresas; tierra española, en fin, y tierra salmantina, la que recibió al morir sus venerables restos, la que los conserva con orgullo, los honra con filial piedad, los enaltece con pomposas solemnidades; la que por conservarlos, honrarlos y enaltecerlos, prodigará, si necesario fuese, sus tesoros, verterá su sangre é inmolará la vida de sus hijos y su propia vida.

LIBRO PRIMERO

DE LA

VIDA DE LA MADRE TERESA DE JESÚS

Fundadora de las Descalzas y Descalzos Carmelitas

CAPÍTULO PRIMERO

En que se trata de qué revelaciones se debe hacer caso, y en particular del que se debe hacer de las de la Madre Teresa de Jesús, para que todos estimen lo que en este libro leyeren.

Antes de entrar en la historia, me parece será necesario detenerme en una cosa que aprovechará para gran parte de lo que se ha de decir; y ponerla aquí en el principio, nos quitará después de trabajo.

De las visiones y revelaciones de la Madre Teresa de Jesús, tengo que poner en diversas partes, no todas las que hay ni las que yo sé, sino las que vinieren más á propósito de lo que se va contando, porque además de venir bien con eso, tienen buena y provechosa doctrina y son de mucha edificación. Y como se leen las de Santa Brígida y Santa Gertrudis y Santa Catalina de Sena y Santa Angela de Fulgino y de otras santas, con edificación y provecho de los que las leen, así las de la Madre Teresa de Jesús (que en todo son semejantes á las de estas santas, como de un mismo espíritu) harán sin duda el mismo efecto. Y porque me parece que habrá algunos que no puedan creer que esto haya pasado así, ó por saber ellos poco y no haber oído cosas de esta manera que hay en todas las historias de los santos, ó por no tener experiencia ninguna de la familiaridad con que Dios trata á sus

amigos: porque, como dice San Gregorio (1), «los hombres no espirituales, porque no pueden saber por experiencia las cosas invisibles, dudan si será lo que con los ojos corporales no alcanzan á ver», será bien desde luego desengañarles y allanar el camino para lo que se ha de decir, para que de esta manera comience y prosiga yo mi historia, sin temor de que estas cosas hayan de parecer mal á nadie y ellos la vayan leyendo sin tener en qué tropezar.

Otros habrá que piensen que es de letrados y de espirituales y avisados, no querer creer nada de revelaciones, sino hacer burla de ellas y que tengan por de poca autoridad el libro en que las vieren escritas. «No creerán por ventura, dice Gerson, los sabios del mundo, que haya tales ilustraciones ó revelaciones, porque con mucha verdad dijo Dios por el Profeta: Alumbrando tú desde los montes eternos, turbáronse todos los no sabios de corazón, que son los que no saben las cosas del corazón, ni del espíritu, que no viven consigo en su corazón, sino fuera en las plazas de las vanidades» (2). El muy docto y muy espiritual abad Blosio hizo un libro en que puso este título: *Collar de oro espiritual*, adornado con revelaciones divinas como con piedras preciosísimas. Y en el prólogo de él dice así: «Menester es avisar al lector que no siga el errado parecer de algunos hombres, que menospreciando las revelaciones y visiones divinas como si fuesen sueños vanos, muestran ser poco espirituales y humildes; porque no deben tenerse en poco las revelaciones dadas por Dios, con las cuales la Iglesia de Dios maravillosamente es alumbrada. Siempre pudo y siempre podrá el Señor obrar lo que quiere en las almas limpias de sus escogidos»; y quien de esto quisiere ver harto, lea la epístola apologética de Juan Lanspergio Cartusiano, que está al principio del libro de Santa Gertrudis. A los unos y á los otros ruego que lean desapasionadamente lo que aquí escribió y detengan su juicio hasta haberlo acabado de leer; y sin resistir á la razón, se dejen llevar de la verdad y la den su favor.

Primeramente, si bien lo quieren mirar, hallarán que las escrituras divinas y humanas están dando voces contra ellos. Dejemos ahora los que escribieron los libros de la Sagrada Escritura, que ya la fe nos enseña ser palabras que Dios les habló, y enseñó todo lo que escribieron. Muchas veces habló el Señor á Moisés diciéndole otras cosas que él no escribió, pues él mismo nos dice (3): «Hablabá el Señor á Moisés cara á cara, como suele hablar un hombre á su amigo». Y María y Aarón, sus hermanos, dicen: «Por ventura habla Dios solamente por Moisés, ¿no nos ha hablado también á nosotros?» (4). Y si

(1) *Dial.* l. IV, c. I.

(2) *De distinctione verarum visionum*, Signo V.

(3) Exod. XXXIII, 11.

(4) Núm. XII, 2.

Dios dice que su regalo es estar con los hombres, ¿cómo ha de dejar de hablar á aquellos con quien tanto gusta de estar? Y el mismo Salomón (1), por quien Dios dijo esto que acabo de referir, dice: «Con los sencillos es su plática»; quiere decir con los buenos, que no engañan ni hacen mal á nadie. Así lo mostró desde el principio del mundo hablando muchas veces con Adán y Eva y con aquellos Padres antiguos, y particularmente con sus grandes amigos Abrahám, Isaac y Jacob, con Josué, con los padres de Sansón, con Samuel, con Job y sus amigos, con David, con Salomón, con todos los Profetas. Y de estos había tantos en tiempo del viejo Testamento, que á Saúl le salió á recibir un gran número de Profetas, y con ellos comenzó á profetizar, y dió principio á aquel común refrán: «¿También está Saúl entre los Profetas?» (2). De esto vemos mucho en los libros de los Reyes y Paralipómenon. Y en tiempo de Moisés había dicho Dios: «Si hubiere entre vosotros Profeta del Señor, me apareceré á él en visión ó le hablaré entre sueños» (3).

¿Pues qué diré del tiempo de la ley de gracia, de quien Joel (4) había profetizado: «Después de esto derramaré mi espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros viejos soñarán sueños y vuestros mozos verán visiones?» Entonces tuvo revelaciones y hablas de Dios, el glorioso San José, Ananías, que bautizó á San Pablo; y el mismo San Pablo, entonces y después, tuvo tantas y tan altas, que para que no se ensoberbeciese con ellas le fué dado, como él dice, un ángel de Satanás que le abofetease. También San Pedro y los otros Apóstoles y Cornelio Centurión, aun antes de ser bautizado, y San Esteban y Agabo profeta, y las hijas de San Felipe diácono; y quien leyere la primera epístola á los Corintios, verá cuánto había de esto en aquellos tiempos. En fin, tan extendida estuvo siempre entre los hombres esta comunicación que Dios tiene con sus amigos, que Homero, á los grandes y señalados hombres les suele ordinariamente dar algún dios que les acompañe y les hable, como á Ulises y á Telémaco da á Minerva, y la misma da á Tideo, padre de Diomedes, y al mismo Diomedes; y lo mismo hizo Virgilio, Homero latino, en su Eneida. Si me dicen que eso era en los tiempos pasados, pero que ahora es otra cuenta, preguntaréles si lo que hemos traído de los proverbios de Salomón, que el regalo de Dios es estar con los hombres, y que con los sencillos es su plática, se dijo solamente por aquellos tiempos, ó si es verdad ahora también. Y pues la mano de Dios no está abreviada, sino que en estos tiempos y en los pasados la extiende para hacer santos y grandes amigos suyos, ¿por

(1) Prov. III, 32.

(2) I Reg. X, 11.

(3) Núm. XII, 6.

(4) Joel II, 28.

qué se ha de abreviar con ellos su misericordia y caridad para no les hablar y regalar como á los que fueron primero? ¿Qué más razón pueden tener los que ahora dijese esto, que los que lo dijera hace ya trescientos ó cuatrocientos ó más años?

Y los que entonces lo dijera, ¿cuán corridos se hallaran ahora con tantos santos que en toda la cristiandad ha habido en todo este tiempo, de quien tantas cosas leemos que les ha revelado el Señor? Y en estos tiempos en que vivimos, ¿cuántos varones santos y cuántas mujeres santas ha habido, á quien Dios maravillosamente se ha comunicado? Decía aquel gran siervo de Dios, el maestro Avila, hablando de secretos semejantes, que él sabía de muchas personas que trataba, que hacía Dios en estos tiempos cosas tan maravillosas con sus criaturas, que si se dijese no se podrían creer. La cuenta es que Dios es gran amigo de sus amigos, y por muy cubierto que les parezca á los que no le ven que anda, se sabe muy bien mostrar á los que de veras le dan su corazón y les descubre grandes secretos. Quien no goza de esto, no eche la culpa á Dios, ni juzgue ser imposible lo que no se hace con él, pues se ha hecho en todos tiempos y se hace cada día con tantos: á sí se eche la culpa, si no se dispone para que Dios trate con él.

Oigan lo que dice Ricardo de San Víctor (1), autor antiguo y grave: «Mientras que estos éxtasis ó raptos no sentimos en nosotros, ¿qué otra cosa habemos de sentir de nosotros, sino lo que antes habemos dicho, que es que somos poco amados y amamos poco? porque si tú, quien quiera que eres, cumplida y perfectamente amases, por ventura la grandeza y la congoja de tu encendido deseo te arrebataría á semejantes raptos. Y si tú fueras enteramente digno de que Dios te amara así y te hubieras dispuesto para una tan grande merced, por ventura él alumbrara los ojos de tu entendimiento con tanta claridad de su lumbre, y embriagara el deseo de tu corazón con tan grande suavidad interior de su dulzura, que te arrebatará á ti mismo sobre ti mismo, y sacando al alma de sí la llevara á las cosas de arriba.» Y después trae aquello del Génesis, cuando Abraham salió á los tres ángeles que se le aparecieron, y nota lo que dice la Escritura (2) que fué esto en el fervor del día; y dice que el fervor del día es el encendido amor de Dios; y esta soberana visión la hubo de ver el Santo Patriarca cuando su corazón estaba muy encendido en el amor y deseo del verdadero y sumo bien. Y no lo viera por ventura, si estuviera metido en su tienda y ocupado en las cosas de la tierra.

¿Quién hay que no vea la diferencia que hay entre los que se dan á la oración y consideración de las cosas divinas y los que no tratan de ella? ¿Qué de verdades enseña Dios en la oración? ¿Qué luz que

(1) *De Arca mystica*, l. V, c. V.

(2) Gen. XVIII, 1.

comunica? ¿Cómo desengaña? Poco de esto tienen los que no ejercitan la oración; pues la diferencia que hay entre estos, ésa y muy mayor la hay de los que oran haciendo una vida buena, pero ordinaria, á los que con grande ánimo mortifican sus pasiones, y se deshacen de las criaturas, y entregan á Dios el corazón, no queriendo ni amando sino á sólo él. Mientras más van despegándose, más se les comunica y más se les va descubriendo, y tan fielmente le pueden ir sirviendo, que vaya él mostrándoseles tan familiarmente, que les hable muchas veces como un amigo á otro, como hacía á Moisés; y que en comparación de lo que con éstos hace, parezca nada lo que hacía con aquéllos que dije que con vida ordinaria le sirven. Así dice San Buenaventura (1), «que la visión del alma suspendida por la contemplación, nadie la tiene sino el que es varón de deseos, y nadie la puede tener sino es por medio de un gran deseo; y que por eso dijo el Profeta (2): «Gustad y ved que es suave el Señor». Primero dijo: Gustad, porque no hay gusto suave, si no se desea primero lo que se ha de gustar. Esto del hablar lo hace de muchas maneras, según la disposición que ve en cada uno, de lo cual habla Dídimo en el libro 2.º del Espíritu Santo, y San Agustín en el libro 16 de la ciudad de Dios, en el capítulo 6.º; pero más largamente y muy bien San Gregorio en el libro 28 de los Morales, luego al principio: aunque bien sé que no lleva á todos sus grandes amigos tan del todo por este camino; pero lleva por él y ha llevado en todos tiempos á muchos. Y quien quisiere ver esto, lea el tratado de San Buenaventura, *De los siete grados de contemplación*, y lo que escribió Ricardo en el *Benjamín mayor*, y otros muchos tratados semejantes que han hecho los que han escrito de cosas espirituales: los que en balde se escribieran, si no hubiera entonces muchas personas á quien el Señor hiciera estas mercedes. Así que, pensar que Dios hablaba en otros tiempos con sus amigos y ahora han faltado del todo, no es engaño de gente entendida, sino de gente que ha leído y visto poco.

Con todo esto me parece que sería bien desengañar del todo á los que no piensan y á los que de aquí adelante lo quisieren pensar, mostrándoles con la brevedad que fuere posible, cómo no solamente en tiempo de los Apóstoles había estas revelaciones, sino después acá también (3) en todos tiempos las ha habido en la Iglesia, y el crédito que les daban los más doctos y santos que en ellos había. San Dionisio Areopagita, discípulo de San Pablo, celebrado de los antiguos, no menos por su santidad que por su gran sabiduría, en la epístola octava que escribió á Demófilo, cuenta que habiendo él llegado á la Isla de Candía, le hospedó el Santo Carpo, hombre de gran santidad y que

(1) *Illuminat. Eccl.*, Serm. XX.

(2) Ps. XXXIII, 9.

(3) O quienquiera que sea el autor de las obras á él atribuídas.

con Dios tenía tanta familiaridad, que nunca decía misa, si primero no tenía para ello de Dios alguna favorable visión. Después pone una de estas visiones, que el mismo Carpo entonces le contó, larga y maravillosa, y en todo semejante á éstas de que ahora vamos hablando, porque vió en ella el cielo abierto y á Jesucristo Nuestro Señor en él con muchos ángeles, y mirando á bajo veía el infierno y dos hombres que casi iban á caer en él, y unas fieras serpientes que se les enroscaban en las piernas para que cayesen: después vió al Señor que bajaba con sus ángeles á ellos, y les asía de la mano para librarles de aquel peligro, y volviéndose á Carpo, que estaba con ellos enojado, le dijo: «Hiéreme á mí si quieres, porque aparejado estoy para morir otra vez por salvar á los hombres.» Si contáramos esto de alguno de estos tiempos, ¡cuántos hubiera de los que por más doctos y espirituales se tienen, que hicieran de ello burla y conversación! pero San Dionisio, más docto y más espiritual que éstos, con ser cosa de su tiempo no la extrañó ni se rió de ella, antes en acabándola de escribir dice: «Estas cosas oí, y yo las tengo por verdaderas.»

Tertuliano (1), autor muy antiguo y cercano al tiempo de los Apóstoles, dice así: «Porque conocemos las gracias espirituales, aun después de Juan habemos merecido alcanzar la profecía. Y hoy día, una hermana entre nosotros, que ha alcanzado las gracias de las revelaciones, las cuales ve en la iglesia mientras que se dice la misa, arrobada en el espíritu trata con los ángeles, y á veces también con el Señor, y ve y oye cosas secretas y conoce los corazones de algunos. Según es lo que se lee de la Escritura, ó lo que se canta en los salmos, ó lo que se ha hablado, ó las peticiones que se han hecho, así se toma de ahí materia para las visiones. Acaso no sé qué había yo dicho del alma, estando esta hermana arrobada. Después de acabada la misa y haberse ido la gente, me suele venir á decir lo que ha visto...»

Lo que en griego se dice *éxtasis* y en latín *raptus*, en romance llamamos *arrobamiento*, y el tener esto llamamos arrobarse, ó ser arrebatado en espíritu; y quiero usar más de los vocablos nuestros que de los ajenos. No se hagan nuevos ó extraños á nadie. San Pablo el primer ermitaño, después de muchas revelaciones admirables, que sin duda tenía en tantos años en aquella cueva, tuvo una, que estaba en aquel desierto San Antonio, y que le había de ver antes que se muriese. Y el mismo San Antonio, por otra semejante revelación, le fué á ver, y se saludaron los dos por sus nombres, sin haberlos antes sabido; y San Pablo dijo de su muerte, y pidió la ropa que le había dado San Atanasio; y volviendo á él San Antonio vió su alma subir al cielo acompañada de coros de ángeles y Patriarcas y Apóstoles. Además de éstas, tuvo el mismo Antonio otras muchas y muy gran-

(1) *Lib. de anima*, c. IX.

des revelaciones, de las cuales escriben San Atanasio en su vida y Palladio y otros; y cuando nada de eso hubiera, bastaba lo que dice el abad Isaac en la nona colación de Casiano (1), con estas palabras: «Y para que conozcáis el efecto de la verdadera oración, diréos, no mi parecer, sino el del bienaventurado Antonio, de quien sabemos que perseveró algunas veces tanto en la oración, que estando muchas veces arrebatado en ella, cuando salía el sol le oíamos con fervor de espíritu dar voces y decir: ¿Para qué me estorbas, sol, que naces ahora para apartarme de la claridad de esta verdadera lumbré? Suya es también esta celestial y más que humana sentencia sobre el fin de la oración. No es, dice, perfecta la oración en que el monge se siente, aun para entender que está orando, etc.» ¿Cuán fuera de los sentidos estaba quien oraba de esta manera?

Pues las que después tuvieron aquellos monjes que estaban en los desiertos de Egipto y Palestina, y en otros semejantes conversando con los ángeles, y viendo cosas escondidas á los hombres, ¿quién las podrá contar? pues aunque escribe mucho de ellas Casiano (2), son las menos las que se pudieron saber. Bástanos lo que él dice, que llevaban en una espuerta siete pares de panecillos muy pequeños para los siete días de la semana, para que por más olvidados que estuviesen, por allí pudiesen saber cuándo se acababa la semana y acudiesen á la solemnidad del domingo; porque de otra manera con tantos y tan ordinarios arrobamientos como tenían, ni sabían si habían comido ni si no, ni los días que se habían pasado. Y en el mismo lugar dice el abad Juan: «Ansí que por la misericordia de Dios me acuerdo haber sido muchas veces arrebatado en el espíritu de tal manera, que me olvidaba que estaba vestido de este cuerpo mortal; y de tal manera mi alma echaba de sí todos los sentidos exteriores, y estaba tan del todo apartada de todas las cosas materiales, que ni los ojos ni las orejas más hacían su oficio; y de tal suerte mi alma se henchía de las meditaciones divinas y de las espirituales contemplaciones, que muchas veces á la tarde no sabía si había comido, y aun el día siguiente dudaba si me había desayunado el día antes, etc.»

Hombres eran todos estos y otros muchos que diremos, porque no piense nadie haber dado Dios este don solamente á mujeres. Cuanto de esto que decimos haya tenido el bienaventurado San Martín, nadie lo podrá decir enteramente por haberlo él encubierto con mucho cuidado; pero de lo que escribió de él Sulpicio Severo, se puede entender en parte. Antes que se bautizase vió á Cristo Nuestro Señor cubierto con la media capa que por su amor había dado al pobre, que decía á los ángeles que allí estaban con él, que se le había dado. Otra revelación cuenta del mismo en el capítulo 8, y en el 24 dice así: «Es

(1) *Collat.* IX, c. XXXI.

(2) *Collat.* XIX, cap. IV.

cosa cierta que vió muchas veces ángeles y habló con ellos. También al demonio vió muchas veces en diversas figuras. No le queriendo dejar entrar en su palacio el emperador Valentiniano, se le apareció un ángel á San Martín, y le dijo lo que había de suceder.» En el segundo diálogo dice el mismo Sulpicio que vinieron muchas veces los ángeles á visitar al mismo santo. También dice que le vinieron una vez á ver Santa Inés y Santa Tecla y Santa María, y las oyeron hablar con él; pero que esto dijo San Martín que había sido muchas veces, y que veía muchas veces á los gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo. En el tercer diálogo dice de otro ángel que le habló claramente; y otra vez otro ángel le vino á consolar. El mismo Sulpicio, que escribió todo lo dicho, cuenta dos visiones que tuvo, una que vió á San Martín después de muerto con figura muy hermosa y venerable, y traía en la mano el libro que Sulpicio había compuesto de su vida, y le echó su bendición. En la otra vió á Claro, discípulo del mismo San Martín, que subía al cielo: porque no es cosa nueva decir ó escribir los santos sus revelaciones, ordenándolo Dios así para gloria suya, pues de otra manera no se pudieran saber.

De San Nicolás también cuenta algunas cosas grandes de estas Simeón Metafrastes en su vida. San Metodio mártir, obispo de Patara, no solamente tuvo muchas revelaciones, sino aun también las dejó escritas y andan el día de hoy. Estando predicando San Ambrosio, vió uno un ángel que le estaba hablando al oído lo que predicaba. Al mismo se aparecieron los mártires Gervasio y Protasio, y le revelaron dónde estaban sus sagrados cuerpos. Lo mismo le aconteció con los santos mártires Vidal y Agrícola, y después con San Nazario y San Celso mártires. Tuvo revelación del día de su muerte y de quién le había de suceder en el obispado, y dijo lo uno y lo otro. Estando diciendo misa fué arrebatado en espíritu por espacio de tres horas, y después, volviendo en sí, dijo que había sido llevado para asistir al entierro de San Martín; y á él, estando del mal de la muerte, le vino á dar la comunión un sacerdote, llamado por divina revelación. De San Juan Crisóstomo se cree que le reveló el Apóstol San Pablo mucho de lo que escribió y predicó. Estándose ordenando, se vió venir una paloma y ponérsele sobre la cabeza, como refiere Nicéforo (1). Pocos días antes que muriese, vió de noche, estando en oración, á los santos Apóstoles San Pedro y San Juan, y hablándole con gran amistad le dijeron que había de morir presto, y la gloria que había de tener, y le dieron de comer manjar celestial. Y San Basilio mártir otra noche le reveló que el día siguiente había de morir y ser enterrado en su iglesia. San Jerónimo, siendo mozo, en visión fué puesto delante del Señor y de sus ángeles y castigado allí por darse demasiadamente á libros de gentiles. Y ¿cuántas revelaciones

(1) *Hist. Eccl.* l. v, c. II.

tenía siendo viejo y estando junto al pesebre del Salvador, pues en el desierto, en su mocedad, le parecía algunas veces que estaba entre escuadrones de ángeles? Él mismo, como citan muchos, ó como yo más creo, Sofronio, compañero del mismo santo, en el sermón de la Asunción, cuenta una gran visión y revelación maravillosa que tuvo Santa Paula, y no sería esa la primera ni la postrera, sino que San Jerónimo las calló.

En el mismo tiempo hubo un santo monje llamado Juan, señalado por grandes revelaciones y espíritu de profecía, á quien el emperador Teodosio el Mayor envió á preguntar del suceso de la guerra civil, como lo cuenta San Agustín (1). También hace mención de él Nicéforo en su historia eclesiástica (2), donde la hace de otros monjes orientales que tuvieron muchas revelaciones de Dios, como son: Beno, Teonas, Eulogio, Marcos (3), á quien trafa siempre un ángel el Santísimo Sacramento; Silvano (4), á quien servían los ángeles; Vito (5), que antes de ver corporalmente al emperador Constantino, le vió muchas veces por revelación. Y quien más de esto quisiere, lea á Palladio en la *Historia Lausiaca* y á Teodoreto en la *Historia religiosa*. Pasemos á San Benito, del cual no he menester decir nada, pues tantas y tan grandes revelaciones suyas cuenta San Gregorio por todo el 2.º libro del Diálogo, y en los demás libros del mismo Diálogo cuenta muchas de siervos y siervas de Dios que en aquel tiempo florecieron en Italia, dándoles toda autoridad y crédito. De las del mismo San Gregorio y de otros monjes suyos, escribe Juan diácono en los cuatro libros que escribió de su vida. Y si se pudieran saber y contar las que tuvieron otros muchos santos y santas de esta sagrada religión, ¿cuándo se viniera al fin? Algunas diré, y particularmente de los santos cuyas vidas escribió el venerable Beda, por haber él conocido y tratado algunos de ellos, y darles él tanto crédito y ser tan grande su autoridad, y no ser las vidas de estos santos tan sabidas.

San Cuthberto obispo, fué librado de una enfermedad por un ángel, y por otros ángeles muchas veces defendido. Una noche vió coros de ángeles con gran luz que llevaban al cielo el alma de Ardano obispo. Lo mismo vió del alma de Hadubaldo pastor. Tuvo grandes é ilustres revelaciones de cosas que estaban por venir, de grande importancia, que por muchos capítulos cuenta Beda. También tuvo muchas de estas en el mismo tiempo Boisilo monje, san Félix, presbítero de Nola (cuya vida primero escribió San Paulino, obispo

(1) Lib., *De cura pro mortuis*, cap. XVII.

(2) Lib. XI, c. 34.

(3) Ib., c. 35.

(4) Ib., c. 39.

(5) Ib., c. 40.

de la misma ciudad, en verso, y después Beda en prosa), estando preso salió, por revelación, de la cárcel y visitó á Máximo su obispo, á quien también había sido revelada aquella venida, y en seis meses que estuvo escondido, fué muchas veces visitado de los ángeles y del Señor de los ángeles. La madre de San Columbano abad, en visión vió salir de su seno un resplandeciente sol, que fué después San Columbano, á quien un abad, por revelación que de ello tuvo, envió de comer al desierto; y esto aconteció á dos obispos después y á una señora, y el mismo santo, estando lejos el que lo traía, lo supo también por revelación. De la misma manera supo las enfermedades de sus monjes y muchas cosas maravillosas que profetizó. Un ángel, en sueños, le mandó que no fuese á Esclavonia, donde quería ir; y en sueños también vió las guerras de los reyes Teodorico y Teodoberto y el suceso de ellas. Columbano, discípulo del mismo santo, estando para morir, vió en revelación á Cristo Nuestro Señor, que le decía que las oraciones de San Columbano hacían que no le sacase de esta vida. Attala, abad del mismo monasterio de Beda, profetizó y supo el tiempo de su muerte, y antes de morir vió muchas horas los cielos abiertos.

San Patricio, primer predicador y primer obispo de Hivernia, (Irlanda) siendo muy mozo y estando cautivo, dos veces oyó la voz de Dios que le mandaba irse á su tierra: después le reveló cuanto había de padecer. En su tierra tuvo muchas visiones espirituales. Cada camino que hubiese de hacer le hacía por revelación de un ángel que venía á él, y esto fué muchas veces. En visión vió los niños de Hivernia que desde las entrañas de sus madres, donde estaban metidos, le daban voces que viniese para que ellos se salvaran; y no bastando el ángel para hacerle venir, se le apareció el Señor, mandándole lo mismo y prometiéndole cosas maravillosas. Profetizó muchas veces grandes cosas: vió los pensamientos secretos del rey de Hivernia y de otros. Cada semana una vez le venía un ángel á hablar; y de estas visiones tenía tantas, que pone espanto. Una vez vió los cielos abiertos y al Hijo de Dios sentado con gran majestad, y con él muchos ángeles. En un monte estuvo en oración cuarenta días, á donde tuvo muchas y admirables revelaciones; pero de estas y de visiones de ángeles, por ser tantas, no digo más de que vió á un ángel como Moisés en una zarza que estaba ardiendo y no se quemaba, y que la primera noche después de su muerte le hicieron los ángeles las exequias con suavísima música, y un ángel habló á todos los que vinieron y se hallaron á su entierro.

Eustasio abad, discípulo de San Columbano, tuvo revelación que un contrario suyo moriría dentro de un año, y antes de su muerte tuvo otra. Bertolfo abad, estando enfermo vió á San Pedro Apóstol, y fué sano de la enfermedad que tenía. Ajibodo monje, discípulo de San

Attala, fué arrebatado en espíritu y vió su muerte y gloria que había de tener. A un hombre llamado Esteban reveló Dios el nacimiento de San Arnolfo obispo y la santidad que había de tener. Y el mismo Arnolfo tuvo algunas veces revelaciones de cosas por venir, y un monje la tuvo de un milagro que el santo había hecho. En la vida de Santa Burgundófora, abadesa, cuenta celestiales visiones que tuvieron algunas monjas de su monasterio. Una, antes de serlo, vió en visión que venía á ella San Eustasio abad, que la había de sanar y darla vista, porque era ciega. Otra, llamada Sisindrudis, supo que había de morir dentro de cuarenta días, y á los treinta y siete vinieron á ella dos ángeles y llevaron su alma al cielo, y después volvió al cuerpo y dijo lo que había visto y como moriría á los cuarenta días, y entonces vinieron los mismos ángeles para acompañarla, y todos los que á su entierro se hallaron oyeron los coros de los ángeles que con muy dulce canto la llevaban al cielo.

Gibitrudis, rogando por la salud de su abadesa Santa Burgundófora, tuvo revelación que ella y las demás morirían antes que la santa, y llevada del cuerpo su alma por los ángeles, vuelve á él y dice el día que ha de morir. Erkantrudis vió de noche una visión en que un ángel la mandaba comulgar, y estando para morir vió lo que en su corazón tenía muy guardado otra monja y oyó muchos ángeles que estaban cantando. Lo mismo aconteció á otra, y muchas oyeron aquella misma música. Otra vió los cielos abiertos, y á Dios que la llamaba, y habiendo profetizado la penitencia que su madre había de hacer después, vió á Cristo Nuestro Señor que venía á ella cuando quería espirar. Comulgando otra que se llamaba Domna, se vió en su boca una como bola de fuego, y solas dos niñas la vieron, y estas después dijeron cuándo habían de morir, y cantando un día entero muy dulce y alegremente y dejando el dormitorio donde estaban lleno de suavísimo olor, dieron sus inocentes almas al Criador. Quilisinda, habiendo tenido revelación de su muerte y de otras muchas cosas que estaban por venir, dijo de memoria todos los cinco libros de Moisés y los Evangelios, y mucho de las Epístolas de San Pablo y de los otros Apóstoles al tiempo de su muerte, sin haber antes sabido cosa de esto, y vió las almas de las monjas de aquel monasterio, que estaban ya en el cielo, venir para acompañarla, y la música de los ángeles se oyó, no solamente allí, sino aun en lugares apartados. Leudeberta fué avisada en revelación que no se desviase de los consejos de su abadesa, porque había de morir presto, y á la hora de la muerte vió al Apóstol San Pedro. Estando para morir Leudeberta, se vió sobre su cama una nube con gran resplandor, y oyeron cantar á los ángeles. Todo esto cuenta Beda de sólo las monjas de aquel monasterio, sin tener duda de la verdad de ello. El mismo escribe en verso la vida de Justino mártir, niño, y dice que tuvo espíritu de

profecía, y supo por revelación adónde estaba cautivo un hermano suyo, y sin haberle visto jamás le conoció, y otras cosas que estaban por venir supo por revelación de Dios.

San Malaquías obispo (cuya vida escribió su grande amigo San Bernardo) tuvo algunas revelaciones acerca del estado de una hermana suya difunta. A uno de sus discípulos, llamado Edano, nombró por obispo, por habérsele Dios mostrado en visión con un anillo de oro en el dedo y señaládole para aquel oficio. Sicaro, sacerdote que tenía espíritu de profecía, pasando por donde él estaba San Malaquías, aunque no le había visto jamás, le mostró á todos con el dedo y dijo: «Este es aquel obispo santo que yo dije que había de venir de Hibernia, que sabe los pensamientos de los hombres.» Y dijo al santo muchos secretos suyos y de los que venían con él, y profetizó que volverían con él pocos de los que iban, y así pasó. Tratando de hacer una iglesia, que de la manera que él la quería parecía imposible hacerse, vióla en una revelación, grande y hermosa cual él la deseaba, y animóse con aquello á hacerla, é hízola tal cual se le había mostrado. Lo mismo le aconteció otra vez, mostrándosele, no sólo la iglesia, sino un entero monasterio, y así lo edificó. Pasando por una calle donde había mucha gente, vió á un mancebo que hacía mucho por verle, y fuéle revelado lo que aquel mozo deseaba, y lo que de él había de ser. Cosas de esta manera le acontecieron, y visiones grandes vió y muchas revelaciones de cosas que habían de ser. Y así con razón dice San Bernardo, que es el que cuenta todo esto, que ni le faltó la profecía, ni la revelación, ni los milagros.

Pues del mismo San Bernardo no hay poco que decir en esta parte, si se leen los libros de su vida, que escribieron Guillermo y Bernardo abades, pues aun antes de nacer vió su madre en un sueño el hijo que había de tener, según por revelación se lo declaró un siervo de Dios (1), y siendo mozo tuvo revelación que á su hermano Gerardo le habían de dar una lanzada y después había de ser monje con él. Y el mismo Gerardo la tuvo, por una voz que oyó, para salir de donde estaba preso é ir con su hermano (2). Una noche en visión vió cabe sí un niño con un divino resplandor, que con gran autoridad le mandaba que hablase sin miedo lo que se le ofreciese (3). Otra noche vió gran muchedumbre de ángeles que, repartidos en sus coros, cantaban suavemente en el lugar donde después se hizo la iglesia del monasterio (4).

De ánimas de difuntos y de su estado tuvo muchas revelaciones (5). Estando muy enfermo fué arrebatado en espíritu y llevado

(1) Lib. I, cap. I.

(2) Ibid cap. III.

(3) Ibid, cap. VI.

(4) Ibid, cap. VII.

(5) Ibid., cap. X.

ante el tribunal de Dios, donde confundió al demonio que le acusaba. Después vió otra visión, por donde entendió que no había de morir entonces, como pensaba. Y otra de allí á poco, en que se le apareció Nuestra Señora acompañada del mártir San Lorenzo y de San Benito, que poniéndole las manos en la cabeza y en las partes que le dolían, le dieron entera salud. Muchas veces se le revelaban las tentaciones y faltas y enfermedades y muertes de los suyos que estaban lejos. Otras veces veía algunos de ellos que, estando á la muerte, le pedían la bendición, y otras cosas muchas veía estando en la oración. Y dejando otras, toda la Sagrada Escritura vió una vez debajo de sí abierta y declarada. Y estando diciendo misa por San Malaquías, le reveló Dios que estaba su alma en el cielo, y dejando la oración que había de decir de difuntos, dijo la que se dice por los santos pontífices. Los raptos que fuera de esto tenía, ó arrobamientos, puédesen bien entender de que muchas veces andaba elevado y sin uso de sentidos. Para esto basta un ejemplo de muchos que hubo, que habiendo todo un día caminado por la ribera del lago de Lozanne y de Geneba, nunca echó de ver aquel gran lago, antes hablando de él después sus compañeros, preguntó dónde estaba. Quién más quisiere saber, así de las revelaciones de San Bernardo, como de las que otros algunos en aquel tiempo tuvieron, lea el libro 4.º y 5.º de la vida del mismo santo.

En este tiempo floreció Santa Isabel, abadesa del monasterio de Esconaugia, señaladísima en santidad y en revelaciones, tanto, que tenía visiones grandes de Nuestro Señor y de Nuestra Señora, y de San Benito su padre, y más del ángel que la guardaba. Y era ordinario los domingos y fiestas arrobarse en el espíritu y declarar cosas altísimas de la Sagrada Escritura. De Santa Isabel de Spalbeck escribe Blosio (1) estas palabras: «Esta virgen purísima, siete veces cada día se arrobaba, de tal manera, que no se veía en ella sentido alguno, ni movimiento, ni resuello; porque todo su cuerpo quedaba yerto, y ninguna parte de él se podía mover sin que todo el cuerpo se moviese.»

Después vinieron aquellas dos lumbreras del mundo, Santo Domingo y San Francisco, en que Dios también obró grandes cosas, que por ser manifiestas á muchos, bastará tocar algunas brevemente. En el nacimiento de Santo Domingo tuvo su madre revelación de lo que él había de ser, porque estando preñada vió en un divino sueño que traía en su vientre un perrillo con una hacha encendida en la boca, y salido de allí parece que encendía á todo el mundo. Y la que le sacó de pila cuando se bautizó, vió en otra visión aquel niño con una estrella en la frente que alumbraba toda la tierra. Estando en Roma para alcanzar del Papa Inocencio III la confirmación de su

(1) *Monile spirit.*, c. 11.

orden, vió el Papa en sueños la iglesia de San Juan de Letrán que se caía, y Santo Domingo la sustentaba con sus hombros. Haciendo el mismo santo oración en Roma en la iglesia de San Pedro y San Pablo, vió á los gloriosos Príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo que venían á él, y San Pedro le daba un báculo y San Pablo un libro, y le enviaban á predicar por el mundo, diciéndole que le había Dios escogido para ello. Y allí también vió á sus hijos ir de dos en dos por todo el mundo predicando. Y como para la confirmación de esta sagrada religión (que en todo tiempo tanto y tan fielmente ha servido á la Iglesia) hubo revelación de Dios, así también la hubo para el hábito de ella, apareciéndose Nuestra Señora al santo F. Reginaldo y sanándole y dándole el hábito que ahora en ella se trae.

Supo por revelación y dijo muchas cosas que habían de suceder. Un ángel le acompañó en un camino. Orando de noche vino á él muchas veces el demonio, y en el mismo tiempo tuvo muchas revelaciones. Cuando en la misa se alzaba el Santísimo Sacramento, quedaba muchas veces arrobado. A la hora de su muerte vinieron á él Jesucristo Nuestro Señor y Nuestra Señora. Y dos frailes de su orden tuvieron entonces revelación de la gloria que su padre en el cielo tenía (1).

El bienaventurado padre San Francisco, á sus principios vió un muy grande y hermoso palacio con muchas armas señaladas con la señal de la cruz, y preguntando cuyas eran aquellas riquezas, le respondió el señor: «Tuyas y de tus soldados». De allí á poco tuvo otra revelación en que le fué declarada la pasada visión, y estorbado el camino que hacía con una gran promesa que le hizo el Señor (2). Después, estando él arrobado, vió á Cristo crucificado, de donde le quedó su pasión impresa en su alma. Mandóle el Señor que edificase su iglesia, hablándole desde una cruz (3). En su iglesia de Santa María de los Angeles, fué desde el principio muchas veces visitado de ellos (4).

Comenzaba yo á irme por San Buenaventura, poniendo las revelaciones que él cuenta de San Francisco, y hallo tantas y tan grandes, no solamente hechas á él, sino también á otros tocantes á él, que no me atrevía á ser tan largo en cosas que se saben. Bastara, cuando no hubiera más, la visión del serafín, cuando se le imprimieron las llagas, y la otra cuando el Señor le concedió el jubileo, sin otras muchas que se pudieran contar. ¿Y qué necesidad hay de decir las, pues tantas veces le vieron sus compañeros aun corporalmente levantado en el aire en altísimo arrobamiento? Quiero acabar esto

(1) San Antonino, in 3, p. *Chron.*, tít. XXIII.

(2) San Buenav., *Vita S. Franc.*, c. I.

(3) *Ib.*, c. II.

(4) *Ib.*, c. III.

con las palabras siguientes de San Buenaventura: «Elevábase muchas veces en tanto exceso de contemplación, que arrebatado sobre sí mismo, y sintiendo lo que con elevado sentido se puede sentir, no sentía lo que en él se hacía. Porque pasando una vez por la villa que se llama del Santo Sepulcro, que es villa populosa, y yendo por la flaqueza de su cuerpo en un asnillo, encontró gran muchedumbre de gente que por devoción venía á él, y deteniéndole la gente y apretándole y tocándole de muchas maneras, no sintió nada más que si estuviera muerto. Y así, habiendo pasado buen rato adelante y habiéndose ido la gente y llegado ya él á un hospital de leprosos, volviendo en sí el contemplador de las cosas celestiales, preguntaba con cuidado si estaban ya cerca de aquella villa. Fija su alma en los celestiales resplandores, no había sentido las variedades de los lugares, ni de los tiempos, ni de las personas que á él habían venido. Y esto le aconteció muchas veces, como lo vieron y experimentaron sus compañeros.» Todo esto es de San Buenaventura (1). Y en el capítulo siguiente cuenta muchas revelaciones que tuvo de cosas por venir.

Pues si hablamos de los hijos é hijas de estos dos santos padres, ¿cuándo acabaríamos? De San Pedro mártir, á cuya celda venían del cielo las santas vírgenes, á quien hablaba el Crucifijo, y á quien Dios descubría cosas que estaban por hacer. De Santo Tomás, gloriosísimo doctor y santísimo, de quien escribe San Antonino que así se elevaba su alma en Dios como si no tuviera cuerpo de carne que le impidiera, y que acostumbraba muchas veces arrobarse en la misa, á quien vinieron los Apóstoles San Pedro y San Pablo á declarar un paso de la Escritura, á quien Cristo Nuestro Señor habló, certificándole que había escrito bien del Sacramento altísimo de su Sagrado Cuerpo y Sangre, á quien tantas visiones se ofrecieron de almas santas, á quien, para decirlo de una vez, era tan fácil el arrobarse en la oración y tan ordinario, que casi cuantas veces él lo quería se le concedía. La santidad de San Vicente Ferrer, antes que naciese, fué á su padre y á su madre revelada. Vió á Nuestra Señora que le descubría la celada del demonio. Estando enfermo vino á él Cristo Nuestro Señor acompañado de muchos ángeles, y de Santo Domingo, y de San Francisco, y le mandó ir á predicar por el mundo, y le hizo grandes favores, y le sanó. Otra vez se le apareció Santo Domingo con gran resplandor y le enseñó muchas cosas. Supo por revelación, estando muy lejos, la muerte de su madre y su gloria, y otra vez la de su hermana. Y fuera de todo esto le fueron reveladas cosas grandes que estaban por venir (2). De la gloriosa virgen Santa Catalina de Sena, mejor es callar que decir poco, y aun ese poco no es menester, pues tenemos los libros de sus *Didlogos*, que son las revelaciones que tuvo de Dios, y en su vida

(1) San Buenav., *Vita S. Franc.*, c. X.

(2) Pedro Ranzano, en la vida del Santo.

se escriben cosas tan maravillosas en esta parte, de la familiaridad que con ella tuvo Nuestro Señor y los altos favores que la hizo, que á quien tiene el espíritu de este mundo parecerán del todo increíbles. Quien más quisiere de los santos de tan gloriosa religión, lea á Leandro en lo que escribió de los varones ilustres de ella, y á Juan Garzón, y, entre otros, la *Historia general* que compuso el muy religioso y docto P. F. Hernando del Castillo, tan religiosa y elocuente y acertada.

Si me vuelvo á la del glorioso San Francisco (1), rica con la humildad y pobreza de Cristo y madre de tantos santos y doctores, hallaréme luego con el bienaventurado San Antonio de Padua, en quien tan manifiesto se vió el espíritu de profecía en decir muchas cosas venideras y declarar grandes secretos, que no se podían saber sino por revelación. Sobre su libro y en sus brazos se puso el niño Jesús con admirable claridad, y después supo por revelación que había visto aquello su huésped. Un ángel le llevaba una carta, y le trajo respuesta, y después de muerto apareció glorioso al abad de Vercel. El santo Fray Bernardo, primer hijo de San Francisco, muchas veces iba solo por los montes, llevado del espíritu y arrebatado de Dios, y en caminos y fuera de ellos tenía fuertes arrobamientos, y por eso San Francisco se holgaba mucho de hablar con él de cosas de Dios, y á las veces se hallaba á los dos en el bosque arrebatados toda la noche. Oyendo misa estuvo una vez arrebatado hasta hora de noná, sin sentido y sin mudarse. Fray León, compañero querido del mismo Padre San Francisco, vió grandes visiones acerca de la santidad de su santo padre, y á él mismo vió después de muerto; y dejadas otras muchas visiones, vió una muy maravillosa del juicio postrero, y en él á Cristo Nuestro Señor y á muchos ángeles y á San Francisco. ¿Qué diré de Fray Junípero, de Fray Cristóbal y de Fray Gil, cuyas revelaciones era menester mucho para contarlas? Basta decir de él que tuvo una altísima visión de Dios, de donde quedaron en su alma maravillosos efectos, y éste en particular, que si alguno le hablaba del amor de Dios ó de la gloria, luego se arrebataba y quedaba fuera de sí como muerto. Y como se supo esto de él, los pastores ó mozos que le hallaban por el camino decíanle: Paraíso, Fray Gil, paraíso; y luego quedaba arrebatado y sin sentido; y así los frailes que hablaban con él de cosas de Dios, guardábanse de hablarle de la gloria, por no perder su conversación elevándose él.

Santa Clara, estando cercada la ciudad y su monasterio, tuvo revelación de que no las harían daño ninguno los enemigos, ni tomarían la ciudad. Una noche de Navidad vió en espíritu el pobre pese-

(1) Lo que refiere el autor de los *SS. Franciscanos* está sacado de la *Crónica, Ord. Min.*, escrita en portugués por Fr. Marcos de Lisboa, y traducida al castellano por Fr. Diego de Navarra. Lib. I-VIII.

bre del niño Jesús; y hablando con San Francisco, él y ella quedaron por un rato arrebatados. No dejaré de decir, aunque voy con deseo de abreviar, de Soror Coleta, monja y reformadora de la orden de Santa Clara, á quien algunas veces vieron en oración levantada en el aire, y otras saliéndola fuego de la boca, que parecía se quemaba el oratorio, y á quien vió San Vicente Ferrer, en una visión, orar por los hombres, y á Dios, que la hablaba con gran amistad; y por verla él pasó de Aragón á Francia. Santa Ana se le apareció una vez, y otra la vió que rogaba por ella y ofrecía á Dios sus oraciones en un vaso de oro. Cuando comulgaba quedaba arrobada y sin sentido, y esto también la acontecía muchas veces oyendo hablar de Dios. No queriendo un día el sacerdote poner forma para comulgarla, vino el mismo Señor á darla la comunión. Tuvo varias y terribles visiones de demonios: tuvo espíritu de profecía, y avisó á muchos de cosas venideras que les tocaban. Sabía por revelación el estado de los monasterios que estaban á su cargo, y las tentaciones secretas de las monjas, y, en fin, supo también el día de su muerte. Como se pudieran decir muchas cosas más de los santos de estas dos religiones si hubiera lugar y fuera menester, así también se podrían decir otras semejantes de las otras sagradas religiones, si revolviésemos sus historias; pero déjolo de hacer por la razón que he dicho.

Volviendo, pues, un poco atrás, al tiempo de los Santos Padres Domingo y Francisco, de donde nos habíamos alejado un poco por decir de alguno de sus hijos, muy poco después de ellos florecieron Santa Gertrudis, abadesa de la orden del glorioso P. San Benito, y Santa Mechtildis, monja de su monasterio y de su tiempo, que tuvieron tantas y tan admirables revelaciones, y fueron tan particularmente regaladas del Señor, como lo muestran sus libros, que hoy día andan y se leen, no sin gran aprovechamiento de los que con cuidado y despacio los leen. Y estimó en tanto Blossio las revelaciones de estas santas, que de ellas, como de oro y piedras preciosas, hizo en gran parte aquel su libro, que llama Collar Espiritual. Pero especialmente las de Santa Gertrudis son tantas en número y tan soberanas y regaladas, que dice el mismo Blossio en el libro dicho, que si no supiesen los hombres que el poder y bondad de Dios no tienen término ninguno, apenas pudieran creer haber mostrado Cristo á su misma Madre en la tierra tanta familiaridad y amistad. En el monasterio de Santa Gertrudis hubo muchas monjas santas, y que tuvieron muchas revelaciones, como se ve en el libro 1.º, capítulos 3.º y 4.º, y en otros, y en el libro 2.º, capítulos 5.º y 13, y en el libro 5.º desde el principio en muchos capítulos. Y porque puse estas santas casi en el tiempo de Santo Domingo y San Francisco, sepa el lector curioso de historias y de tiempos, que no es esta Gertrudis la que Beda pone en su Mar-

tirologio á 16 de Abril (1), ni la que Surio y el Martirologio Romano y el de Usuardo ponen á 17 de Marzo, porque esta de Surio y Usuardo fué monja del monasterio Nivelense, que es en Nivigela de Brabante, y la que yo digo fué abadesa del monasterio llamado Helffede, en la ciudad de Islebio, del condado Masfeldense, y fué en tiempo del emperador Rodulfo, porque el mismo día que fué elegido y á la misma hora lo dijo ella estando muy lejos, como se lee en el libro 1.º de su vida en el capítulo 3.º, y Rodulfo comenzó á tener el imperio el año de 1273, como lo dice Mateo Palmerio Florentino en su *Crónica*, y San Francisco había muerto el de 1226. Santo Domingo el de 1221. Y en fin, se ve claro que fué después de Santo Domingo y San Francisco, del libro 4.º de sus revelaciones, capítulo 52. En el mismo tiempo de estas santas, fué Santa Angela de Fulgino, de la tercera regla de San Francisco, notablemente señalada en estos dones y regalos de Dios, como se parece bien en el libro que de ellos escribió Fr. Arnaldo, de la orden de los Menores, que anda en romance y pone extraña admiración el leerle.

A Santo Domingo sucedió en el oficio de general el santo varón Fr. Jordán, y en su tiempo fué Santa Lutgardis también de la orden de San Benito, á quien siendo muchacha apareció el Salvador y la mostró la llaga de su sagrado costado como corriendo sangre, y después Santa Catalina virgen y mártir, y la consoló. Esto de aparecerla Nuestro Señor era muy ordinario, y hablarla y enseñarla; también á Nuestra Señora vió algunas veces y á otras santas. Tuvo también muchas visiones de almas que estaban en el Purgatorio, y salían de él por sus oraciones, y otras que estaban en el cielo, y de cosas que después habían de venir también tuvo muchas. Estando ya del mal de la muerte, un jueves antes de la fiesta de la Santísima Trinidad, vió el monasterio lleno de ángeles y muchas almas de santos y de monjas de aquel monasterio que ya estaban en el cielo. Y después de esto estuvo en un arrobamiento todo el viernes, y el día siguiente murió (2).

Después vino Santa Brígida viuda, cuyas revelaciones fueron tantas y tanta la familiaridad con Dios, como se parece en el gran libro que anda de ellas, adonde ella cuenta también sus arrobamientos. Y luego Santa Catalina, su hija, que también tuvo visiones y profecías. De las revelaciones de estas cuatro santas que he dicho, Gertrudis, Mechtildis, Catalina de Sena y Brígida, escribió estas palabras Blosio: «Las revelaciones hechas á estas santas son ya en todo el mundo conocidas, y ha mucho tiempo que fueron aprobadas

(1) En el *Martirologio de S. Beda*, se hace mención de Santa Gertrudis, no á 16 de Abril sino el XVI de las Kal. de Abril, ó sea, el 17 de Marzo. (V. Migne, P. L. XCIV, col. 861.)

(2) Thom. Cant., en su vida.

por varones píos y doctos, y los Santos Padres á cada paso las alegan en sus escritos y libros, etc.» (1).

Santa Liduvina virgen, muy ordinariamente veía al ángel de su guarda y á otros muchos ángeles, y hablaba con ellos, y los conocía por sus nombres, y sabía á quién guardaba cada uno de ellos. Aparecíasele el Señor en varias figuras. Tuvo revelaciones de profecía y muchas de almas que salían del purgatorio por su oración, y de que su padre estaba en el cielo. Supo muchas cosas secretas de los corazones. Fué muchas veces arrebatada en espíritu, y quedaba tan sin sentido, que una de estas se le quemó la carne y parte de una costilla, y no lo sentía. Tuvo otros muchos arrobamientos en que en espíritu era llevada á los Lugares Santos de Roma y Jerusalén y á otros, y daba después cuenta de cosas muy particulares y menudas que en ellos había. Antes de morir la visitó Nuestro Señor Jesucristo con su Madre y con los Apóstoles, y después de muerta, así su confesor como otras personas algunas, tuvieron revelación de que estaba en el cielo (2).

En el mismo tiempo hubo en Egipto un santo ermitaño llamado Gerardo, á quien Nuestro Señor revelaba muchas cosas. En ese también fué San Lorenzo Justiniano, patriarca de Venecia, que siendo mozo tuvo una visión en que la Sabiduría Divina, en figura de doncella, se le ofrecía por esposa. Tuvo espíritu de profecía y declaró grandes cosas, y muchas antes que fuesen. Una noche de Navidad vió al Niño Jesús y tuvo un gran arrobamiento, y de estos tenía muchos en la misa después de haber consagrado. Y estando diciendo misa en su iglesia catedral fué arrebatado en espíritu y llevó el Santísimo Sacramento á una monja (3). El bienaventurado San Francisco de Paula, fundador de la sagrada orden de los Mínimos, tuvo revelaciones proféticas (4).

Y dejando otras personas no tan conocidas, y llegándonos más á nuestro tiempo, nuestro Santo P. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, siendo aún seglar y estando muy enfermo vió al Apóstol San Pedro (5), y desde entonces comenzó mucho á mejorar. Después vió á Nuestra Señora con su Niño en los brazos con gran resplandor, y duró buen rato esta visión, y en ella se le dió el don de castidad (6). En Manresa tuvo una visión en que se le dió gran luz de la Santísima Trinidad y mucha devoción que le duró toda su vida. En otra visión que tuvo oyendo misa se le representó claramente, cómo verdaderamente debajo de aquellas especies de pan estaba el

(1) *Monile spirit.*

(2) Juan Brugman, *Vita S. Litwinæ.*

(3) Bernardo Justiniano. *Vita S. Laur. Justiniani.*

(4) León X, en la bula de Canonización.

(5) Rivadeneira, *Vida de San Ignacio de Loyola*, l. I, c. I.

(6) *Ib.*, c. II.

cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor. Muchas otras veces vió de esta misma manera la humanidad del Salvador, y algunas á su gloriosa Madre. En un arrobamiento le comunicó Dios gran conocimiento, así de cosas de la fe, como de cosas que tocan á las ciencias humanas. Todo esto fué casi á sus principios, y en ellos tuvo un arrobamiento tan extraño y nunca oído, que duró ocho días enteros, viéndole muchas personas, porque era en una iglesia, y quedando tan privado de los sentidos, que sin duda le enterraran, si uno de los que allí estaban, tocándole el pulso y poniéndole la mano sobre el corazón, no echara de ver que estaba vivo (1). Yendo á Roma con algunos de sus compañeros y orando en un templo que estaba en el camino, vió al Padre Eterno, que volviéndose á su Hijo, que traía la cruz áuestas, le encomendaba á él y á sus compañeros, y oyó la voz del Salvador que le dijo: *Yo os seré favorable en Roma*, de donde después á su religión puso el nombre de la Compañía de Jesús (2). Después, estando en el monte Casino, vió el alma de uno de sus compañeros que había muerto, entrar con gran luz en el cielo. Y diciendo la confesión al principio de la misa, llegando á aquellas palabras: «*et omnibus sanctis*», vió puesto delante de sus ojos un gran número de santos, y entre ellos á su compañero, que se llamaba Hozes (3). Fuéronle reveladas cosas que estaban por venir, y otras tan secretas, que no se podían naturalmente saber. Y fuera de las dichas tuvo otras muchas visiones al tiempo que hacía las *Constituciones de la Compañía*.

Al Santo P. Francisco de Javier, uno de sus primeros compañeros, se apareció en visión San Jerónimo, y le consoló y dijo lo que entonces le había de suceder, y en la oración le hizo Nuestro Señor tantos favores, que su natural no los podía sufrir, y le decía: «Señor, ó me llevad á vos, ó no me hagáis tantas mercedes, porque recibir éstas y no veros, es cosa intolerable.» Tuvo manifestamente espíritu de profecía, y dijo cosas maravillosas que después sucedieron: veía los secretos de los corazones algunas veces. Acontecióle estar diciendo misa y ver alguno que moría lejos de allí, y volverse al pueblo y hacer que rogasen por él, y estar predicando y ver la victoria que entonces acababan de alcanzar los cristianos por la mar, y otras cosas no pocas de esta manera.

Y si aquí se hubieran de escribir las visiones y revelaciones que diversas personas de la Compañía han tenido, de las cuales yo he conocido algunas, fuera menester nueva historia, porque han sido muchas y en muchas partes.

Las que tuvieron los Santos Padres Fr. Luis Bertrán y Fr. Pedro Nicolás Factor, así de profecía como de otras, quien las quisiere

(1) Rivadeneira, *Vida de San Ignacio de Loyola*, c. VII.

(2) Ib., c. XI.

(3) Ib., c. XII.

saber lea sus vidas, que poco ha se escribieron, en la del Padre Fr. Luis (1), capítulo 15, y en la del P. Fr. Pedro (2), desde el capítulo 32 hasta el 43. Y no piense nadie que aquí se acabaron, porque el día de hoy hay hartos de esto, y yo sé de algunas personas cosas tan de notar, como hartas de las que aquí he escrito.

Harto más largo he sido en esto de lo que yo pensé, aunque para lo que se pudiera decir, demasiadamente corto, porque casi ninguna vida de santo hay donde no haya algo de esto; y así, en comparación de eso, es casi nada lo que se ha dicho, aunque lo extendiera más, que de propósito he abreviado muchas cosas. El haberme alargado ha sido por probar lo que al principio propuse, que desde el tiempo de los Apóstoles hasta ahora, nunca han faltado estos dones de Dios en la Iglesia; y aunque para muchos no fuera menester tanto como lo dicho, hay otros tan incrédulos, que aun dudo si han de salir con ello de su engaño.

De todo lo dicho se entienden dos cosas: la primera, que ninguno ha escrito las vidas de los santos que no haya puesto en ellas todo lo que sabía de revelaciones y favores particulares que Dios les hubiese hecho, y que si yo no hiciera esto mismo en la vida de la Madre Teresa de Jesús, fuera contra el estilo y costumbre de todos los Santos Padres y de los demás escritores que han escrito esto, y faltara á la fidelidad y entereza de la historia, y faltara más con Dios callando las mercedes grandes que hizo á esta Santa Madre, y quitándole la gloria que por ellas con razón le darán los que las supieren. Así lo dió á entender Cristo Nuestro Señor á su gloriosa sierva Santa Gertrudis, que mandándola que escribiese las mercedes que la había hecho, y considerando ella que aunque no las había escrito, las había dicho de palabra para provecho de los prójimos. «Trájome, dice, el Señor allí aquella palabra que se había dicho aquella noche en los Maitines: Si el Señor hubiera dicho su doctrina solamente á los presentes, estuvieran aquellas cosas dichas, pero no escritas, y en fin, se escribieron para salud de muchos.» Y otra vez, pensando esta Santa y diciendo entre sí: ¿Qué provecho se ha de sacar de escribir estas cosas? la dijo el Señor: «¿Qué provecho se saca de lo que se ha escrito que yo hice con mis Santos, ó para qué se lee sino para que crezca la devoción de los que lo leen y lo oyen, y se manifieste la piedad que yo tengo con los hombres?... De la misma manera podrá ser que se encienda la devoción de algunos para desear lo que leen que recibiste de mí, considerando la gracia y liberalidad de mi bondad, y con eso procurarán de mejorar su vida.» Otra vez, maravillándose ella mucho de que Nuestro Señor quisiese tanto que se escribiesen estas cosas, porque habría muchos que no solamente no se edifi-

(1) Por el Padre Fr. V. Justiniano, Valencia, 1582.

(2) Por el P. Fray Cristóbal Moreno, Alcalá de Henares, 1588.

casen con ellas, sino antes las despreciasen y calumniasen, la dijo el Señor: «Yo de tal manera he puesto en ti mi gracia, que quiero que se saque de ahí gran fruto. Y por esto querría que los que tienen dones semejantes, y oyendo de ti estas cosas hacen poca cuenta de ellas, estuviesen avisados para reconocer los que á ellos les han sido dados, y agradeceréme más, para que de esta manera crezca más en ellos mi gracia. Pero si algunos maliciosamente no quisiesen sino calumniarlos, su pecado venga sobre ellos, y tú no tendrás de eso culpa.»

Lo segundo que se entiende de lo dicho, es: que nadie debe extrañarse, ni tener por nuevo lenguaje, esto de revelaciones y visiones y raptos ó arrobamientos ó profecías, pues en tiempo de los Apóstoles hubo tanto de eso, y después acá nunca hasta el día de hoy ha faltado en los que más se han señalado en el servicio de Dios y en la santidad. Ni se espanten tampoco que en estos tiempos lo haya habido y haya, pues tiene Dios la misma bondad y largueza que siempre ha tenido, y ahora también puede hacer y hará los mismos favores á quien con su gracia para ellos se dispusiere. El Santo Concilio de Trento (1) anatematiza á cualquiera que dijere que certísimamente y sin poder faltar, ha de tener el don de la perseverancia, si no es que lo haya sabido por particular revelación que Dios le haya hecho; y nuestro muy santo Padre Sixto V (2) condena á los que dijeren las cosas que han de venir, que dependen de nuestro libre albedrío, de cualquiera manera que ello sea, si no fuere revelándoselo Dios. Por cierto, si en estos tiempos no pudiera ó no hubiera de haber revelaciones, demasiada cosa y fuera de propósito era decir, si no fuere revelándoselo Dios, ó habiéndolo sabido por particular revelación.

(1) Ses. VI, can. XVI.

(2) Motu proprio contra astrólogos.

CAPÍTULO II

Del crédito que en particular se debe dar á las revelaciones que se escribirán en este libro

No por esto se entiende que todas las que se venden por revelaciones deben ser creídas, pues puede haber, y hay muchas falsas; y tanto engaño, y aun mayor, sería creerlas todas, como no creer ninguna. Primero se han de examinar de qué espíritu son, porque San Juan dice: «Carísimos, no queráis creer á todo espíritu, sino probad los espíritus á ver si son de Dios (1).» Así que ya no tratamos si se han de creer las revelaciones en común, sino si deben ser creídas estas de la Madre Teresa de Jesús que van en este libro. Tomémoslas, pues, y toquémoslas en el contraste, porque si esta moneda no fuera buena, y el oro de ella fino, luego se echara de ver en el toque. Algunas señales se hallarán en los libros de los santos, por donde esto se pueda conocer, y de san Buenaventura (2) se pueden tomar; pero quien con más diligencia trató de esto, fué el Cancelario de París, Juan Gersón, hombre de mucha doctrina, cordura y autoridad, que hizo de esto dos tratados: el uno de la aprobación de los espíritus, y el otro de la distinción de las verdaderas visiones y de las falsas. También lo trató bien el doctísimo Cardenal Torquemada en el defensorio de las revelaciones de santa Brigida. Los dos en un mismo tiempo estudiaron con mucho cuidado este punto estando en el Concilio Basiliense, porque se trató en él de las revelaciones de la Santa. A estos han seguido sin desviarse nada de ellos, y principalmente á Gersón, los que después han tratado de esta materia, como son el Maestro Avila en el libro que comúnmente llaman «*Audi-filia*», y el Padre Maestro Fray Bartolomé de Medina (3), cuya doctrina, primero por sus lecciones, y después por sus libros, es á todos muy conocida, y el licenciado Don

(1) I Joan. IV, 1.

(2) In *processu relig.* VII, c. XVIII-XX.

(3) In 3 p. q. 25, art. III, lib. I, cap. XV-XXIV.

Juan de Orozco, Arcediano de Cuéllar, en el libro muy docto y curioso que escribió de la *Verdadera y falsa profecía*. La substancia de todas ellas, podemos reducir á cinco cabezas.

La primera toca á las revelaciones mismas, si son verdaderas, si son conformes á la doctrina de la Sagrada Escritura y de la Iglesia Romana, ó tienen algo que no diga bien con ella, si tienen alguna cosa en sí que no sea verdadera, aunque las demás lo sean. La segunda es de la materia de las revelaciones, si son de cosas que no son de provecho, sino curiosas ó vanas, que no importa nada saberlas, ó tales que sin ninguna revelación se pueden saber. La tercera, qué efectos dejan en los que las tienen, porque por aquellos se echa de ver si son de Dios ó del demonio. La cuarta toca á la persona que tiene las revelaciones: lo primero en lo natural, si es de buen juicio y discreta, si tiene enfermedades que perturben la razón, ó impidan el buen uso de ella, como alguna demasiada melancolía, ú otras semejantes; si es arrojada é impetuosa en amar ó aborrecer, ó demasiadamente imaginativa; si es moza ó nueva en el servicio de Dios y de poca experiencia en las cosas espirituales. En las costumbres si es persona soberbia y amiga de ser estimada y de publicar sus cosas, y de que se hable de ellas; si dice sus revelaciones á muchas; si las dice en buena gana sin que se las pregunten; si desea que haya en ellas secreto; si es amiga de su parecer más que del de aquellos á quienes las comunica; si cree lo que se le dice en esas revelaciones, y lo ejecuta, aunque la dijeren lo contrario los hombres doctos y espirituales; si no quiere pedir á nadie parecer en las cosas que la parece haberle sido reveladas; si va con curiosidad á la oración, deseándolas tener; si pregunta á Nuestro Señor cosas que tocan á sí ó á otros, pidiendo que se le revele lo que ha de responder; si en su vida y trato y vestido es particular y diferente de los de su estado. La quinta, si han sido estas revelaciones aprobadas y examinadas por personas que en esto puedan tener voto. En cada cosa de estas había mucho que decir para probar cómo las de la Madre Teresa de Jesús tienen todas las señales buenas que se requieren para tener una revelación por verdadera, y juzgar que es de Dios. Pero porque casi todo lo que es menester decir para eso, se dice en diversos lugares de esta historia, lo tocaré brevemente, remitiendo al lector á los lugares donde cada cosa de aquellas se trata de propósito.

La primera es, si son verdaderas. De estas revelaciones de la Madre, unas son de cosas que están por venir: otras contienen, ó alguna doctrina que á ella se da, ó algún mandato de cosa que haya de hacer. Si son de cosas que están por venir, el Señor mismo nos da la señal por donde se conozca si son suyas ó no, diciendo así: «Y si me respondieres entre ti, ¿cómo puedo yo entender que no sea del Señor lo que se me dice? tendrás esto por señal: Si lo que aquel Profeta

hubiere profetizado en nombre del Señor no sucediere así, eso no lo dijo el Señor, sino aquel Profeta con su soberbia lo fingió, y así no tienes que temerle» (1). Todo lo que ella dijo que había de venir, ya está cumplido, sino es una cosa, cuyo tiempo aún no ha llegado, como el haber de ir muy adelante en sus días la orden de Nuestra Señora del Carmen, que las ayudaría Dios, que vería las grandes cosas que había de hacer por ella, que no bastarían sus contrarios, á desbaratarlas, y otras muchas cosas que se verán en el libro cuarto en el capítulo quinto. Las que tocan á enseñanza, todas tienen doctrina conforme á la Divina Escritura, y de la Santa Iglesia, y de los Santos, como se verá por todo el discurso de esta obra. Lo que la mandaba hacer todo era bueno y provechoso, como fundar algunos Monasterios y hacer caminos para esto ó para otras cosas de servicio de Dios; y no se hallará ninguno que no sea tal, y esto que he dicho es en todas ellas y en cualquiera parte de ellas. Pero háse de advertir que, como bien lo nota Gersón (2), si alguna revelación se hallase de personas semejantes que no tuviere la verdad en todo, ó en parte, aquélla se ha de juzgar que no es de Dios; mas no por eso pasa perjuicio á las demás de la misma persona para pensar que por no ser ésta de Dios, tampoco lo son las demás. Pruébalo porque los Profetas no tenían siempre el espíritu de profecía, como lo enseña San Gregorio (3), y por el uso que tenían de oír la habla de Dios, podían algunas veces pensar que era de Dios lo que era suyo, como le aconteció á Nathán, Profeta, según San Gregorio (4), cuando dijo á David (5) que edificase el templo, lo cual Dios no le había dicho. No digo esto porque haya en este libro cosa de esta manera, sino porque aunque la hubiera no era causa bastante para desacreditar las demás revelaciones.

La segunda señal es, si son estas revelaciones de cosas vanas ó curiosas. En muchas partes de los tres libros primeros, y más particularmente en el libro cuarto, capítulos cuarto y quinto, se verá bien cuán provechosas son todas, y cómo nada tienen de curiosidad ó vanidad.

La tercera es, qué efectos dejan. Esta sola, cuando más no hubiera, podía asegurar mucho á todos de ser estas revelaciones de buen espíritu, porque siempre la dejaron aprovechada: con más amor de Dios, con mayor aborrecimiento de sus pecados, con mayor desprecio de sí, con más ánimo para servir á Dios, como se veía en el aprovechamiento de cada día; con mucho crecimiento en las virtudes, como se verá en este libro primero, desde el capítulo octavo adelante, y en

(1) Deut. XVIII, 21, 22.

(2) *Tract. de distinct. verarum visionum a falsis*, nota 5.

(3) *Dial.*, lib. II, c. XXI.

(4) *Hom. I, in Eséch.*

(5) II Reg. VII.

lo que ella escribió á un confesor, que está en el capítulo postrero y en el séptimo. A esta señal daba San Gregorio tanto crédito, que hablando de un monje llamado Pedro, que siendo seglar había sido su alma llevada á ver las penas del infierno, dice: «Después de esto afligióse tanto con ayunos y vigiliás, que aunque lo callara su lengua, su vida hablaba que había visto las penas del infierno y las había temido» (1). Y el Señor dijo: «Por sus frutos los conoceréis. Por ventura ¿cogen de las espinas uvas ó de los abrojos higos? Así, todo árbol bueno, buen fruto lleva, y el árbol malo lleva mal fruto» (2). Esta señal es muy cierta, y si se mira bien con alguna consideración y espacio, nunca creo nos engañará.

La cuarta señal que se toma del natural y costumbres y cualidades de la persona que tiene las revelaciones, es tanto en favor de las de la Madre Teresa de Jesús, cuanto se puede desear; porque cuantas condiciones y buenas partes piden, los que más escrupulosamente hablan de esto, en una persona para que se tengan sus revelaciones por verdaderas, todas se hallan en ella juntas. Un muy sano y agudo y asentado juicio, una gran discreción y prudencia singular, una muy alegre y apacible condición, una complexión muy buena y muy ajena de melancolía, como diremos hablando de su natural en el libro cuarto capítulo primero, y como lo saben bien los que la conocieron y trataron. Pues la santidad suya, su madurez, su gravedad, y la verdad que en todas las cosas, por menudas que fuesen, con tan gran cuidado trataba, y la experiencia grande que tenía de todas estas cosas espirituales y de los engaños que en ellas suele hacer el demonio, como se ve bien en los libros que escribió, ¿á quién no asegurará y quitará toda la sospecha? Pues ¿qué diré de la humildad que en ella tan claramente resplandecía, que se echaba de ver muy de lejos, y debe en estas cosas quitar todo el miedo á los hombres cuerdos? «Si esta señal de la humildad, dice Gersón (3), se conociese bien, no había para qué buscar otras señales, porque la humildad y la soberbia bastantemente manifiestan en las cosas espirituales cuál sea moneda verdadera, y cuál falsa.» Nunca deseó ni pidió á Nuestro Señor revelaciones, ni aun consuelo en la oración, sino una vez, y luego se reprendió de ello, y con la reprensión vino á hallarle, aunque ya no le quería. Rogó mucho á Nuestro Señor, é hizo que otras muchas personas se lo rogasen, que la llevase por otro camino, y trabajó mucho en ello; y mientras más procuraba echar de sí estas mercedes de Dios, más abundantemente las tenía, como se verá en el libro primero, capítulos nueve y diez. Y esto pone Gersón, en los dos tratados dichos, por señal cierta de ser las revelaciones de Dios. Sus revelaciones no las decía á nadie, sino

(1) *Dial.*, lib. IV, cap. XXXVI.

(2) *Matth.* VII, 16, 17.

(3) *Loc. cit.*, nota 4.

para pedir consejo y ser enderezada ó desengañada, si acaso en ellas hubiese engaño, y encargaba mucho el secreto á quien las decía, y recibía mucha pena si no se le guardaban. En fin, bastará esto solo, que en el libro de su vida, que escribió por obediencia de su confesor, dijo en los primeros capítulos todo el mal que pudo de sí, y cuando ha de comenzar á contar las revelaciones y mercedes que de Nuestro Señor ha recibido, que es en el capítulo diez, ruega mucho á su confesor que de lo que de allí adelante dijere, no dé á nadie parte, y por eso ni pone su nombre, ni el del lugar y Monasterio donde vivía, ni los de las personas con quien trató, porque no venga por ahí á ser conocida del que acertase á ver aquel libro. Pero de los pecados suyos que ha escrito y de cuantos ha hecho en su vida, da licencia á sus confesores para que desde luego los puedan decir y manifestar el nombre. Y quien más quisiere, vea lo que se dirá de su humildad en el libro cuarto, capítulo quince y diez y seis.

De revelaciones hacía poco caso, y decía que ni se deseasen ni pidiesen: todo el estudio y cuidado quería que se pusiese en las virtudes verdaderas y macizas, como veremos en el mismo libro, capítulo veinte. De todas ellas daba cuenta á su confesor, y nada de lo que entendía en ellas hacía, sino era juntándose con ellas el parecer de la persona que tomaba en lugar de Dios; y si este era contrario, aunque tuviera muchas revelaciones, no hacía caso de ellas, como se dirá hablando de su obediencia en el capítulo mismo. Con revelarla Nuestro Señor tantas cosas, jamás le preguntó cosa, ni para sí ni para otro. Su vestido y su trato era en todo santo y muy conveniente á su vida y religión.

La quinta señal, que es la aprobación de hombres que en esto pueden tener voto, suele bastar muchas veces, y su oración y espíritu y revelaciones la tienen muy grande de los hombres más graves y doctos y espirituales que hubo en Castilla, y en los lugares por donde ella anduvo, como veremos en el libro 4.º, capítulo 7. Con esto, pues, quedará probado que estas revelaciones de la Madre Teresa de Jesús son aprobadas y autorizadas por San Buenaventura y por el Cardinal Torquemada, y Juan Gersón, y el Maestro Avila, y el Maestro Fr. Bartolomé de Medina, y don Juan de Orozco, Arcediano de Cuéllar, sin los demás que diré después en el capítulo alegado. Aunque D. Juan de Orozco (1), no solamente así en general, sino muy en particular y con palabras muy favorables, las aprobó en el mismo libro. De la misma manera las aprobó y alabó mucho el Padre Maestro Fr. Luis de León, de la orden de San Agustín, catedrático de Biblia en Salamanca, cuya mucha erudición y agudeza de ingenio no es menester decirlo yo aquí, pues la están publicando sus libros. El cual, habiendo sido nombrado por el Consejo Real para ver y examinar los

(1) *De la verdadera y falsa profecía*, cap. VIII.

libros de la Madre Teresa de Jesús, que se querían imprimir, no se contentó con aprobarlos, sino hizo una muy elegante epístola, que se puso al principio, en que da el testimonio de ellos, que de tantas letras y de tan acertado juicio se debía esperar; y esto sin haber él tratado ni visto jamás á la Madre Teresa de Jesús, sino por lo que en los mismos libros vió. Lo que yo puedo añadir á esto es, que he leído con cuidado mucho de las Santas nombradas ya que escribieron revelaciones, y éstas fueron examinadas y aprobadas por hombres muy doctos y graves, y que éstas y las de la Madre Teresa de Jesús son tan semejantes entre sí, como si una misma las escribiera todas; pero en hartas de ellas hay, sin duda, más que reparar que en las de la Madre Teresa de Jesús.

Dirá alguno, que en fin era mujer, y que se ha de hacer poco caso de revelaciones de mujer. Ya he contado muchos más hombres que mujeres en el capítulo 1.º; mas si las mujeres que las tienen son mejores y más agradables á Dios que los hombres que esto dicen, ¿por qué se espantan que tengan ellas lo que no tienen ellos, por no haberse así entregado á Dios, pues delante de Dios no hay hombre ni mujer, todos son criaturas suyas, y á quien más se le da, más se da él también? Tampoco no se me dará mucho que lo digan así, si miran bien lo que dicen, porque las que con fortaleza vencen sus pasiones y las sujetan á Dios, hombres se han de llamar, y los hombres que se dejan vencer de ellas, mujeres son. No consiste esto en la diversidad del cuerpo, sino en la fortaleza del alma. Vean si lo siente así la Iglesia, pues á vírgenes muy valerosas, como Santa Inés, Santa Agueda, manda rezar el oficio de los mártires para declararnos que las habemos de contar por varones. Tan clara cosa es ésta, que no hay para qué probarla, pues aun los libros de los gentiles están llenos de esto, y el antiguo poeta romano Ennio, dijo:

Vosotros ¡oh mancebos! de mujeres
Tenéis el corazón; y aquella virgen
Le tiene de varón.

Así que no hagamos caso de revelaciones de mujeres, que quiere decir de personas flacas y rendidas á sus pasiones; pero de las de una mujer más varonil que muchos grandes varones, tan animosa y tan valerosa, y de las que á ella se parecieren, mucho caso se debe hacer. Si Dios es amigo de conversar con los hombres y se sabe que no dijeron bien aquellos astrólogos de Nabucodonosor en aquella palabra: Sacados los dioses que no tienen con los hombres conversación: ¿con quién ha de conversar y tratar familiarmente, si no trata con quien lo deja todo por él y le entrega toda su alma y no gusta de nada sino de él? Miedo he no haya alguno tan rudo y de poco saber que me diga

que se debían creer estas cosas, si otro las contase; pero que el contarlas la misma Madre de sí, las hace sospechosas. A esto parece que me bastaba responder con no hacer caso de ello. Lo mejor que tienen para que todos los hombres cuerdos las crean, es contarlas ella misma. Si diciéndolas otros las habrán de creer, ¿cuánto más dando testimonio de ellas un testigo de tanto crédito y de tanta autoridad y mayor de toda escepción, tan quitado de buscar la estima suya y que tanto huyó siempre de toda vanidad? Leamos lo que escriben en diversos lugares, de hechos de santos, San Jerónimo y San Agustín y los demás, y particularmente lo que San Gregorio escribió en los libros del Diálogo, y veremos cuán entero crédito dieron en aquellas cosas á testigos de mucha menor autoridad, porque eran ellos santos y saben lo que Dios hace con los santos, y que hay mucho por qué creerlas.

No consideran que estas cosas son interiores y manifiestas solamente á quien las recibe; y que si ellos las callasen nunca se sabrían, y todo lo que se sabe y está escrito es porque ellos mismos, por la gloria de Dios y provecho de los prójimos las escribieron ó las manifestaron á quien las escribió. Así que, si por esta razón á éstas se hubiese de quitar el crédito, se quitaba también á todas cuantas están escritas de los santos. Todas las revelaciones que tenemos de santa Brígida y de santa Catalina de Sena y de santa Gertrudis y de santa Mechtildis y de santa Ángela de Fulgino y de otras santas y santos, ¿cómo las pudiéramos tener si no fuera por esta vía? Y si contándonoslas otros las creemos, que son testigos de oídas, ¿cuánto más se deben creer contándolas quien las recibió de Dios y no es testigo de oídas, sino de vista? Cuanto más que todo lo que acerca de esto la Madre Teresa de Jesús escribió, no fué por su voluntad, sino por obediencia de Dios, que se lo mandó, ó de sus confesores, á quien ella tenía en lugar de Dios.

Y así dejó de decir otras muchas más cosas que pudiera decir, como ella lo confiesa, contentándose con poner aquello que bastaba para cumplir ella con su obediencia. Una vez la dijo el Señor, como ella lo dejó escrito de su mano: «No dejes de escribir los avisos que te doy, porque no se te olviden. Pues quieres por escrito los de los hombres, ¿por qué piensas pierdes tiempo en escribir los que te doy? Tiempo vendrá que los hayas menester todos.» Y en otro papel escribió estas palabras: «Dióme una vez el Señor una luz en una cosa que yo gusté entenderla, y olvidóseme luego desde á poco, que no he podido tornar á caer en lo que era. Y estando yo procurando se me acordase, entendí esto: Ya sabes que te hablo algunas veces, no dejes de escribirlo, porque aunque á ti no te aproveche, podrá aprovechar á otros.» Quede, pues, dicho de una vez para lo que de aquí en adelante contaremos, pues escribiendo yo la vida de esta santa, no podía ni debía callar las mercedes que el Señor la hizo, porque pretendo la

gloria de Dios, y lo es muy grande comunicarse el talento á las criaturas que le sirven con fidelidad, como lo hicieron san Atanasio, san Jerónimo, san Gregorio y todos cuantos han escrito vidas de santos en todos los siglos pasados y en el presente. Bien sé que no consiste en éstas la substancia de la santidad, ni yo las escribo para eso, aunque todavía la manifiestan y la dan algo á conocer, especialmente cuando dejan en el alma tales efectos como habemos visto, y no hay por otra parte cosa que las contradiga ó quite su autoridad.

Y así las revelaciones cuento de paso, como se van ofreciendo en el discurso de su vida, y de las virtudes verdaderas en que consiste la santidad, trataré de propósito en todo el libro cuarto, que tendrá por dos destotros. Y en estos tiempos me parece esto aún más necesario para que, mirando desde cerca las señales que tienen las revelaciones verdaderas, y la humildad y amor de Dios que dejan en el alma, se conozcan mejor las que son falsas y del demonio, y no se crean ni autoricen, ni se engañe nadie con ellas. pues se ve que las personas que las tienen están llenas de soberbia y amor propio, y no buscan sino honra y autoridad entre los hombres. Y como lo blanco cabe lo negro descubre más, y en alguna manera parece más blanco, y lo negro también se conoce mejor, así las falsas revelaciones puestas cabe las verdaderas, descubrirán mejor su falsedad, y las verdaderas quedarán más conocidas. En tiempo de los Profetas verdaderos hubo falsos profetas, y en tiempo de los Apóstoles de Cristo, hubo apóstoles de Satanás; mas no perdieron por eso los verdaderos Profetas y Apóstoles, antes fueron mejor conocidos y estimados. En fin, pues Dios quiso hacer estas grandezas con su sierva, ¿por qué había yo de haber miedo á publicarlas; pues, nos dijo el Arcángel san Rafael (1): «Callar los secretos del Rey, bueno es; pero manifestar y confesar las obras de Dios, honrosa cosa es»? Y más, cuando la virtud está en alguna manera infamada por personas que con la apariencia de ella engañaron, sería mal hecho no volver por ella.

(1) Tob. XII.

CAPÍTULO III

De la tierra y padres y nacimiento de la Madre Teresa de Jesús

La Madre Teresa de Jesús fué llamada doña Teresa de Ahumada (1), hasta que fundó el primero de sus Monasterios, que fué San José de Avila, y desde entonces se comenzó á llamar Teresa de Jesús, profesando con el nombre lo que ella tenía en su corazón, que era no ser ya ni del mundo, ni de los suyos, ni suya, sino toda de Jesús, á quien con todo su corazón se entregaba. A cuya imitación sus hijas todas, con el hábito de la santa religión, toman un nuevo sobrenombre, ó de Jesús ó de alguno de los que más sirvieron á Jesús, según su devoción, y dejan el de su linaje, por esclarecido que sea, y el «Don» que tenían en el siglo. Y aunque pasaron algunos años antes que se llamase Teresa de Jesús, desde el principio la llamaremos así, pues ella quiso más este nombre que el primero. Este nombre de Teresa ni es griego ni latino (2), como algunos piensan, sino propio de España, y antiguo, como Elvira, Sancha, Urraca y otros semejantes. Cada provincia, si lo miramos, hallaremos que tiene nombres propios suyos no usados en otras, que quedaron de santos naturales de aquellas tierras. De esta manera han quedado en España, Sancho, Gutiérrez, García, Mendo, Alonso, Hernando y otros, que se hallan algunos de ellos en el Canon de la Misa mozárabe, que antiguamente se decía en España, y los nombraban entre los demás santos. Ansí pienso yo que Teresa fué nombre de alguna

(1) Sus apellidos en el siglo eran Teresa, Sánchez, Cepeda, Dávila y Ahumada; pero el más usual era el que pone el autor.

(2) Nicolás Antonio en su *Bibliotheca hisp. veteri*, (lib. II, cap. III, n.º 89), enumera muchas mujeres españolas que antiguamente llevaron el nombre de Teresa, cuya etimología defiende que viene del griego. Fr. Luis de León dice á este propósito: «Pusiéronle nombre Teresa guiados (sus padres) á lo que entiendo, por Dios que sabía los milagros y maravillas que en ella había de hacer y por ella: porque Teresa es Tarasia, nombre antiguo de mujeres y griego, que quiere decir milagrosa. *Vida de Santa Teresa*. Obras t. II, pág. 360.

santa de España, y puede ser haber sido aquella hija del rey don Bermudo, de quien escribe el Arzobispo don Rodrigo en el libro cuarto de las Cosas de España, en el capítulo diez y siete. Dice allí, que don Alonso, rey de León, hijo del rey don Bermudo, tuvo una hermana llamada doña Teresa (el cual nombre, los que escriben en latín dicen Tarasia), y á ésta contra toda su voluntad la casó con Abdalla, rey de Toledo, con esperanza que le ayudaría contra el rey de Córdoba. Y no queriendo ella consentir por ninguna vía que el moro la tocase, y amenazándole con que si porfiaba en su desatinado intento, sería castigado por el Señor, á quien ella servía, la hizo fuerza, y luego le hirió un ángel de tal manera, que viéndose muy cercano á la muerte, la envió muy bien acompañada y con muchas riquezas á León, donde ella, metiéndose monja, vivió mucho tiempo santamente, y después se pasó al Monasterio de San Pedro, donde murió y fué enterrada (1).

Fué la Madre Teresa de Jesús natural de Avila, ciudad muy noble y muy antigua y bien conocida entre las de Castilla la Vieja, y de aquí adelante lo será mucho más por haber en ella nacido y crecido esta tan dichosa planta, que pareciendo al principio tan pequeñita, va ya extendiendo sus ramos por toda España, y fuera de ella los ha comenzado á extender por Génova, y llega aun á las Indias, y pasará muy presto, como se espera en nuestro Señor, más adelante. Nació en las casas de sus padres, que están enfrente de santo Domingo, junto á santa Escolástica, y ahora las ha comprado don Diego de Bracamonte, y metido en su mayorazgo, las cuales yo he visto, y la pieza donde la Santa nació, y otras junto á ella donde durmió más de quince años. Y si el dueño que es ahora de estas casas las estima en lo que ellas merecen, en estas dos piezas había de hacer un oratorio, donde se conservase la memoria de este hecho, y atreveríame yo á asegurarle que no perdería nada con esta devoción, sino por ventura por ella vendría la bendición de Dios sobre los que en ella viviesen ahora y después (2). Su nacimiento fué miércoles á 28 de

(1) Los Bolandistas (tom. III, Junii, día XVII, pág. 471 y sig.) traen la vida de otra Santa Teresa viuda, hermana de Santa Sancha virgen; ambas, hijas de Sancho I, Rey de Portugal. El autor de ella es el P. Fr. Francisco Macedo Ord. Min. Observ., y va precedida de un comentario crítico por el P. Daniel Papebroch S. J.

(2) Por desgracia no se hizo caso de este tan tierno como piadoso deseo del P. Ribera. Las casas, con sus huertas y dependencias, fueran vendidas en 1630. Comprólas el conde-duque de Olivares, favorito de Felipe IV, quien las hizo demoler para edificar sobre el solar que ocupaban, la iglesia y convento de los Carmelitas Descalzos.

Nada se conserva pues de aquella casa, «que debieran haber chapeado de plata y oro», dice La Fuente, si hubiesen gozado de buen sentido los que tal hicieron.

«Cuando se entra en Loyola, añade el mismo autor, se ve en la muralla de la casa señorial el escudo heráldico, y desde luego se trasporta uno á los tiempos del emperador Carlos V; y en la alcoba, ahora capilla interior, donde se apareció

marzo, víspera de san Bartoldo, confesor, de su orden, año de 1515, reinando en los reinos de Castilla doña Juana, madre del Emperador don Carlos, y gobernando por ella su padre el rey Católico don Fernando, presidiendo en la silla de san Pedro León X, y siendo empe-

San Pedro al joven capitán herido sobre la brecha del castillo de Pamplona, cree uno ver la simpática figura del noble señor D. Íñigo de Loyola. Y para que la ilusión sea completa, allí está su retrato, no con bonete y casulla como en el aposento donde moró y murió en Roma, sino de joven guerrero, con su coraza y demás arreos militares. ¡Eso es saber sentir y entender! Allí los ojos del cuerpo ayudan á los del alma. En la Santa es preciso comenzar por cerrar los ojos de la cara y abrir los del alma, procurando avivar la fe y la devoción. Nada queda de la casa de Santa Teresa sino el triste *se dice* que aquí nació. La iglesia es mezquina y los altares del género barroco y de pésimo gusto. Para mayor dolor, la linda efigie de la Santa en el altar de la capilla construída en el paraje donde nació Santa Teresa, está cubierta con rica pero exótica vestimenta, que hace su figura achaparrada y de mal efecto. ¡Cuánto ganarían la devoción y el buen gusto con que se le quitaran esos trapos y apareciera la bella escultura de Hernández, tal cual la hizo, en actitud extática y dolientel... ¡Cuánto mejor hubiera sido que se hubiesen respetado las dos alcobas ó dormitorios de la Santa, convirtiéndolos en oratorios, y se hubiera también dejado en su ser la huerta, que tenía tan encantadores y ascéticos recuerdos infantiles de Santa Teresa!

Con razón dice el Señor Quadrado, hablando á este propósito y en el mismo sentido:

«Respetamos el pensamiento de dedicar al culto de Dios y de sus santos los lugares que habitaron éstos durante su vida mortal: pero ¡cuánto más nos hablaban al corazón las paredes que fueron testigos de los primeros años de la ilustre virgen, que aquel vasto crucero y media naranja blanqueada y fría, aquellas bóvedas cubiertas de labores de yeso, y aun el retablo que la representa entre nuestra Señora y San José al pie de la augusta Trinidad! ¡Cuánto prefiriéramos ver la cámara donde la dió á luz en 28 de Marzo de 1515, la honesta Beatriz de Ahumada, que la capilla locamente churrigueresca que la ha sustituido, puesta en comunicación con la iglesia y que guarda como preciosas reliquias el báculo, el rosario, una sandalia y hasta un dedo de la Mística Doctora! No había estancia que no encerrarse algún recuerdo de su piadosa niñez, de su tentada mocedad, de sus aficiones tan tiernas de familia; allí las infantiles ansias del martirio y la fuga concertada con su hermano, y las ermitas improvisadas por juego en la huerta, las lágrimas vertidas por el fallecimiento de su madre á los trece años, más tarde las caballerescas lecturas interrumpidas por vagos deseos y hasta sus precoces ensayos en composiciones tan distintas de las que hablan de darle inmortal renombre, las peligrosas pláticas con su liviana parienta, el afán de galas y de parecer bien, cediendo de pronto á una decidida vocación religiosa, y su salida para el claustro, espontánea sí pero tan angustiosa como la misma muerte. Allí la llevaron á los dos años de su profesión, enferma de recios dolores, y tornó á la vida después de cuatro días de parasismo: allí entró por última vez para asistir á su buen padre en su postrera enfermedad y ejemplarísima muerte, y contemplóle difunto como á un ángel, cual en vida ya se lo parecía. De la casa nada queda; quedan empero los objetos circunvecinos, la plazuela solitaria, y en su centro un copudo olmo, si no el mismo, probablemente sucesor del que entonces habría enfrente el almenado muro, y una de las puertas por donde se descubre el sinuoso río y la vega y las azuladas sierras meridionales, el horizonte en fin por el cual tantas veces se esparcieron las miradas de la meditabunda doncella y que no sería el menor atractivo que se les representase vinculado al hogar paterno.»

En la actualidad sostiene el culto de aquella iglesia una modesta comunidad de Carmelitas Descalzos. Cfr. Quadrado. *España, sus monumentos y artes*, etc. *Salamanca, Avila y Segovia*, 2.^a p. cap. IV.—La Fuente; *Manual del peregrino*, cap. III.

rador Maximiliano, abuelo del Emperador don Carlos, dos años antes que el maldito Lutero comenzase á levantarse contra la Iglesia. Cosa bien conveniente á la divina Providencia, para que como aquél había de sacar las monjas de su encerramiento, naciese antes esta Santa, por cuyo medio viniesen en todas partes tantas á encerrarse y consagrarse á Dios.

Fué nacida por entrambas partes de noble linaje: su padre se llamó Alonso Sánchez de Cepeda (1), hijo de Juan Sánchez de Toledo y de Inés de Cepeda, y éste lo fué de Alonso Sánchez de Toledo y de Teresa Sánchez. Su madre se llamó doña Beatriz de Ahumada, hija de Mateo de Ahumada, de los Ahumadas, que es uno de los antiguos y nobles linajes de Avila, como también el de los Tapias, de que era su madre doña Juana de Tapia. Lo dicho de los abuelos y bisabuelos se ha sacado de una antigua ejecutoria de su nobleza, que por ser tan cierta y manifiesta, con no haber sido de Ávila Alonso Sánchez de Toledo, sino haber venido de fuera, casó todos sus hijos con gente muy noble y principal de aquella ciudad y de buenas dotes. Los Cepedas son de los de Tordesillas, cuya nobleza es conocida. Casóse Alonso Sánchez dos veces, la primera con doña Catalina del Peso, de quien tuvo una hija llamada doña María de Cepeda. La segunda con doña Beatriz de Ahumada, y juntáronse bien los dos, porque como eran nobles en linaje, lo fueron también en virtudes; como se les pareció bien en los hijos que tuvieron, que fueron ocho ó nueve, y el tercero fué la madre Teresa de Jesús, siendo su madre tan moza, que no tenía entonces sino veinte y un años, y de los demás viven hoy algunos.

(1) Julián de Avila nos ha dejado algunos datos curiosos acerca del padre de Santa Teresa. «Yo me acuerdo, dice, siendo yo de poca edad, que le vi, y su presencia y autoridad de persona, por ser de muy mucha gravedad, nunca se me olvidó, y le tengo hoy día tan formado en mi entendimiento, como si hoy día le viera. Llamábanle en Avila el *Toledano*, porque había venido de Toledo.»

El nacimiento de su hija Teresa lo dejó escrito Don Alonso en una cédula ó papel, donde llevaba la apuntación del nacimiento de sus hijos. Dice así dicha cédula: «El miércoles 28 días del mes de Marzo de quinientos y quince años (1515), nació Teresa, mi hija, á las cinco horas de la mañana, media hora más ó menos, que fué el dicho miércoles casi amaneciendo. Fueron su compadre (*padrino*) Vela Núñez y la madrina doña María del Águila hija de Francisco de Pajares.»

Guardábase este papel en el convento de Pastrana.

Fué bautizada Santa Teresa en la parroquia de San Juan, el día 4 de Abril de aquel mismo año, y consta que aquel mismo día se dijo la primera Misa en el convento de Carmelitas Calzadas de la Encarnación, donde luego profesó y fué priora. Cfr. Julián de Avila. — *Vida de Santa Teresa*, publicada por La Fuente, capítulo I.

CAPÍTULO IV

De la niñez y crianza de la Madre Teresa de Jesús

Porque no faltase nada á la Madre Teresa de Jesús para llegar á la santidad á que llegó, proveyóla el Señor de padres tan buenos, que con el buen ejemplo y cuidado de ellos lo comenzó ella á ser desde muy pequeña (1). Su madre era honestísima, y con ser harto hermosa jamás dió ocasión para que se pensase que ella hacía caso de su hermosura, porque con morir de treinta y tres años, se trataba como mujer de mucha edad. Su padre también era en gran manera honesto y muy piadoso, y á quien nadie oyó jurar ni murmurar. Era muy aficionado á leer en muy buenos libros, y así los tenía en su casa para que sus hijos los leyesen. Tenía gran cuidado de hacerles rezar y procuraba mucho fuesen devotos de Nuestra Señora y de otros santos.

(1) «Era mi padre, dice la Santa, aficionado á leer buenos libros, y así los tenía de romance, para que leyesen sus hijos. Estos, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme de edad, á mi parecer, de seis ó siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como á sus hijos, decía que de que no era libre no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad, jamás nadie le oyó jurar ni murmurar, muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacía caso della, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió; murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos, todos parecieron á sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase á ofender á Dios parece tenía alguna razón; porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar dellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios.» *Vida*, cap. I.

Por este medio de los buenos libros y de la devoción en que su padre la ponía, la comenzó Nuestro Señor á tocar el corazón y atraerla á sí, siendo ella no más que de seis á siete años. Juntábase con uno de sus hermanos, que se llamaba Rodrigo de Cépeda, y murió después en las Indias en el Río de la Plata, siendo capitán de la gente que allá iba; de quién después la Santa Madre solía decir que le tenía por mártir, porque había muerto en defensa de la fe. A éste quería más que á los otros, porque eran casi iguales y nacieron en un mismo mes y día; pero él cuatro años antes que ella, como parece por el libro en que su padre escribía los nacimientos de sus hijos; y leían con mucho gusto las vidas de los santos. Encendíase su corazón leyendo los martirios de algunos de ellos, y juzgaba la niña con luz que recibía de Dios, que compraban aquellos santos muy barato el ir á gozar de Dios, por más que padeciesen, y deseaba ella morir así, por ganar lo que ellos habían ganado. Y porque aún desde entonces tenía mucho ánimo, y era muy determinada para las cosas de Dios, no se contentó con sólo deseos, sino comenzó á tratar luego con su hermano Rodrigo qué medio habría para poner por obra aquel deseo y alcanzar luego una muerte tan gloriosa. En fin, lo tomó tan de veras, que tomando alguna cosilla para comer se salió con su hermano de casa de su padre, determinados los dos de ir á tierra de moros, donde les cortasen las cabezas por Jesucristo. Y saliendo por la puerta de Adaja, que es el río que pasa por Avila, se fueron por la puente adelante, hasta que un tío suyo los encontró y los volvió á su casa con harto contento de su madre, que los hacía buscar por todas partes con mucha tristeza, y con miedo no hubiesen caído en una noria de casa y ahogádose. El niño se excusaba con decir que su hermana le había hecho tomar aquel camino (1). Ponía les á los dos mucho espanto lo

(1) Este rasgo heroico de la niña Teresa, excitó de tal modo la admiración del Papa Gregorio XV, que ordenó á su secretario lo hiciera constar en el proceso de Canonización. Y Mons. Ciampolo, después de haberlo consignado, se expresa así: ¡Qué fortaleza tan admirable resplandece en la virgen española! En aquella edad en que de ordinario los niños temen las sombras de la misma casa paterna, ella se arranca á los tiernos abrazos de su familia, y se encamina á la ferocidad agarena para suplicarla que con su crueldad dé pábulo á su amor.

Todos los años nos recuerda la Iglesia en el día de la Santa, este su ardoroso deseo del martirio con aquellas palabras:

Regis superni nuntia
Domum paternam deseris,
Terris Teresa barbaris
Christum daturus aut sanguinem.
Sed te manet suavior
Mors, poena poscit dulcior:
Divini amoris cuspide
In vulnus icta concides. (*Brev.*, 15 Oct.)

que leían en los libros, que la gloria y la pena había de ser para siempre, y trataban de esto muchos ratos, y en este *para siempre* se detenían repitiéndolo muchas veces con mucho gusto: *para siempre, para siempre, para siempre*. Con esta consideración, tan platicada entre ellos, la imprimió el Señor en su corazón un deseo grande de caminar por el camino que iba á dar á la gloria que había de durar para siempre.

Viendo que no era posible ir á donde alcanzase la corona del martirio, para lo cual ella sentía en sí gran ánimo y deseo, ordenaba que los dos fuesen ermitaños, y en la huerta que había en casa procuraban, como ellos podían, hacer ermitas, no como los otros niños suelen por vía de juego ó entretenimiento suyo, sino para recogerse á la soledad en ellas; mas luego se les caían, y así no hallaban remedio en nada para su deseo, porque no era llegado el tiempo en que las había ella de hacer mayores y más firmes, poniendo en los pueblos la santidad y manera de vivir que los antiguos ermitaños y Padres guardaron en los desiertos del monte Carmelo. Buscaba cuanto podía la soledad para rezar sus devociones, que eran hartas, y especialmente el Rosario de Nuestra Señora, porque su madre era muy devota de él, y hacía á sus hijos que le rezasen. Tenía particular devoción con aquel paso del Evangelio, cuando estaba Jesucristo Nuestro Señor al pozo hablando con la Samaritana, y tenía siempre en su aposento esta imagen con una letra que decía: *Domine, da mihi aquam*, que es en romance: Señor, dadme agua; y sin saber ella el gran bien que pedía, suplicaba muchas veces al Señor que la diese de aquel agua viva, y dábala gusto grande en esto, como quien después la había de dar á beber tanto de aquel agua celestial. Y así la tuvo siempre en la memoria, y en lo que dejó escrito se aprovechó mucho de ella para declarar grandes cosas de la oración.

Limosna hacía cuanto podía. Cuando jugaba con otras niñas, gustaba mucho de hacer monasterios, mostrando ya el Señor por allí á quien lo pudiera entender, los que después á tanta gloria suya y de su Santísima Madre había de fundar. Hacía como que era ya monja, y deseaba ya serlo, aunque no con tantas veras como lo del martirio y de la vida solitaria. En estas cosas pasaba por entonces su vida, hasta que doña Beatriz, su madre, murió (1), quedando de edad de casi doce años. Entonces, sintiendo la falta de tal madre, y estando muy afligida, púsose delante de una imagen de Nuestra Señora (2) y con

(1) Según consta del testamento de Doña Beatriz, publicado por La Fuente (*Obras de Santa Teresa*, I, p. 550), su muerte acaeció en 1528.

(2) Hizo la niña Teresa su consagración á la Virgen Santísima en la Iglesia de Nuestra Señora de la Caridad. Esta Iglesia y una casa adjunta fueron construídas para servir de asilo á los peregrinos; fundación piadosa que desapareció como tantas otras en 1852. La imagen de Nuestra Señora fué trasladada á la catedral de Ávila, desde donde, todos los años el 15 de Octubre, es llevada en

muchas lágrimas la suplicó, que pues había quedado sin madre, ella lo fuese de allí adelante y la recibiese por su hija. Díjolo á tan buen tiempo y con tan buen corazón, que la valió y la recibió esta piadosísima Señora por su hija, como después lo vió ella muy claramente en todas sus necesidades, y todo el mundo lo ha visto en las grandezas que Dios obró por ella, por la intercesión de su Santísima Madre.

andas por los Capitulares á la Iglesia de los Carmelitas y colocada frente á la estatua de Santa Teresa.

CAPÍTULO V

De cómo vinieron á estragarse estos buenos principios, y cómo la sacó el Señor de los peligros en que andaba

Grande envidia tenía el demonio de tan buenos principios, porque conocía en ella un excelente natural tan inclinado de suyo á virtud, un muy capaz y claro ingenio, gran cordura y reposo, ánimo para emprender grandes cosas, industria y maña para acabarlas, perseverancia y fortaleza para no se cansar en ellas, y tanta fuerza y gracia en hablar, que si la dejaba echar raíces en la virtud, podría fácilmente ganar muchas almas para Dios. Viendo esto, parecióle que convenía estorbar los bienes que aquellas partes tan aventajadas prometían, y puso su diligencia en estragar, con el mal uso de ellos, los dones naturales que Dios había puesto en ella, pareciéndole que era buena la ocasión de haber ella quedado en tan tierna edad sin madre. Esto procuró por dos vías. La primera fué, haciéndola leer libros de caballerías, que es una de sus invenciones, con que ha echado á perder muchas almas recogidas y honestas, porque en casas á donde no se da entrada á mujeres perdidas y destruidoras en la castidad, hartas veces no se niega á estos libros que hombres vanos, con alguna agudeza de entendimiento y con mala voluntad, han compuesto para dar armas al enemigo nuestro, y suelen hacer disimuladamente el mal que aquellas ayudadoras de Satanás por ventura no hicieran. Dióse, pues, á estos libros de caballería, sino de vanidades, con gran gusto, y gastaba en ellos mucho tiempo; y como su ingenio era tan excelente, así bebió aquel lenguaje y estilo, que dentro de pocos meses ella y su hermano Rodrigo de Cepeda compusieron un libro de caballerías con sus aventuras y ficciones, y salió tal, que habría hartos que decir de él. Sacó de este estudio la ganancia que se suele sacar, aunque ella no sacó tanto mal como otros, porque el Señor, que la tenía guardada para tan grandes cosas, no la dejaba de la mano sino

poco. Comenzó á traer galas y olores, y curar sus cabellos y manos, y desear parecer bien, aunque no con mala intención, ni deseando jamás ser ocasión á nadie de ofender á Dios. Y aunque su curiosidad en estas y otras semejantes vanidades era grande, no hacía cosa que pensase entonces que era pecado. La segunda vía por donde el ardid del envidioso enemigo la acometió, fué una con que él, á personas de más años y de más ejercicio en la virtud, ha derribado muchas veces, que es malas compañías. Entraban en su casa unos primos hermanos suyos, casi de su edad, metidos ya en vanidades, y platicaban con ella de estas cosas, y ella los oía, y en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba la plática y los entrenía. Pero mucho más mal la hizo una parienta suya, que á pesar de su padre entraba allí, porque, por ser tan liviana, él no quisiera que entrara en su casa, y por ser tan parienta, no se la podía negar la entrada. Esta y otra compañera, tal como ella, que tenía, comenzaron á tratar con ella, siendo de edad de catorce años ó poco más, la iban poco á poco haciendo semejante á sí, y la hicieron olvidar el temor de Dios y meterse en locuras y aficiones y conversaciones peligrosas, aunque nunca fué aficionada á mucho mal como ella lo dejó escrito. Y dióla el Señor dos cosas para que no peligrase ó se perdiese aquí, como quien tanto cuidado tenía de ella: la una es un natural aborrecimiento, que siempre tuvo, á toda deshonestidad y torpeza; la segunda un temor grande de perder su honra, que la fueron un muy recio, pero muy provechoso freno. Y aunque ella (como para todo tenía gran maña) buscaba mil invenciones para que su padre no sintiese sus tratos, ni su honra corriese en riesgo, no pudo tanto que él no tuviese alguna sospecha y su buen nombre alguna nota. En esta sazón andaba muy contento el enemigo y prometíase cosas mayores. Pero aquel gran Señor, que no la tenía olvidada, y que tantas cosas había de hacer por ella para engrandecer su gloria, sacóle la presa de las manos cuando él menos pensaba, y habiendo andado en aquellas vanidades no más que tres meses, dió con ella en el Monasterio de Nuestra Señora de Gracia, de la orden del glorioso Padre San Agustín (1) donde se criaban personas semejantes, para que allí estuviese por seglar.

(1) Vivían á la sazón en aquel Monasterio, que era á la vez convictorio de señoritas, unas 40 religiosas Agustinas. Fué fundado en 1509, por doña Mencía de San Agustín. Véase Ariz, *Historia de Avila*, pág. 51, y Quadrado, *Salamanca, Avila y Segovia*, parte 2.^a, cap. IV, pág. 430.

Veinte y dos años por tanto contaba este Monasterio de existencia y diez y seis de edad Teresa de Ahumada, cuando su padre la colocó en él como educanda, en 1531, más bien para prevenir peligros que para corregir las vanidades que pondera la santa, con su habitual humildad en el cap. II de su vida; aunque por lo demás confiesa que «nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversación».

Y continúa: «Aguardaron á coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre, no era bien. Era tan dema-

Aunque aun antes de esto el Señor miraba tanto por ella, que ya ella al cabo andaba cansada, y cuando hacía algún pecado, veníala un temor grande de Dios, y procuraba de confesarse presto. Aquí la tornó el Señor á sí, y como casi todo el daño había venido á aquella alma, hasta entonces purísima, por mala compañía, así quiso que el bien la viniese por la buena de una sierva de Dios que había en el Monasterio, con cuya compañía y palabras comenzó á echar de sí las malas costumbres y volverse á las buenas que primero tenía; perdió la enemistad que había cobrado á ser monja, y comenzó á poner su pensamiento y deseo en los bienes eternos; rezaba muchas oraciones y pedía á todos que la encomendasen á Dios, é iba siempre mejorando

siado el amor que mi padre me tenía, y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo...

•Los primeros ocho días sentí mucho, y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí, porque ya yo andaba cansada y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía, y procuraba confesarme con brevedad: traía un desasosiego, que en ocho días, y aun creo en menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adonde quiera que estuviese, y así era muy querida; y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad, y religión y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recaudos. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma á tornarse á acostumbrar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios á quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba su Majestad mirando y remirando por donde me podía tornar á sí. ¡Bendito seáis, vos, Señor, que tanto me habéis sufrido! Amén. Una cosa tenía, que parece me podía ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas, y es que era el trato con quien, por vía de casamiento, me parecía podía acabar en bien, y informada de con quién me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decían no iba contra Dios. Dormía una monja (llamada Sor María de Briceño) con las que estábamos seglares, que por medio suyo, parece quiso el Señor comenzar á darme luz como ahora diré.

•Pues comenzando á gustar de la buena y santa conversación desta monja, holgábame de oírla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto, á mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oírlo. Comenzóme á contar cómo ella había venido á ser monja, por sólo leer lo que dice el Evangelio: *«Muchos son los llamados, y pocos los escogidos.»* Decíame el premio que daba el Señor á los que todo lo dejan por él. Comenzó esta buena compañía á desterrar las costumbres que había hecho la mala, y á tornar á poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas, y á quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima: y si veía alguna tener lágrimas cuando rezaba, ú otras virtudes, hablábala mucha invidia; porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la Pasión, no llorara una lágrima: esto me causaba pena. Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada: comencé á rezar muchas oraciones vocales, y á procurar con todas me encomendasen á Dios, que me diese el estado en que le había de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de dármele, aunque también tenía el casarme.

Existe aún este convento en que se educó la joven Teresa: junto á la reja que separa el coro de las religiosas de la nave de la iglesia, hay todavía el confesionario en que ella solía reconciliarse cuando educanda, y en el convento se conservan como reliquias algunos objetos que fueron de su uso. Uno de los cuadros de la iglesia representa á Sor María de Briceño tomando la lección á la joven educanda, Teresa de Ahumada.

aunque no deseaba del todo ser monja. No desistió el enemigo de su antigua porfía por verla puesta en este Monasterio: allá dentro la tentaba con pensamientos, y por fuera con recaudos que hacía la enviasen; mas como no había lugar, presto se acabó todo esto, y se cortó por entonces el hilo de las vanas esperanzas que tenía. En este Monasterio estuvo año y medio, hasta que por una grave enfermedad que la dió, la fué forzoso volverse á casa de su padre.

CAPÍTULO VI

De cómo tomó el hábito de Nuestra Señora del Carmen, é hizo profesión

Estando ya buena de esta enfermedad, la llevaron á una aldea donde vivía su hermana doña María de Cepeda, para estarse con ella algunos días; y pasando por otra que se llamaba Hortigosa, y está cuatro leguas de Avila, donde á la sazón vivía un hermano de su padre, viudo, llamado Pedro Sánchez de Cepeda, detúvose con él allí algunos días, y ayudóla mucho su buena y santa conversación, porque la hacía leer libros devotos, de quienes ella no gustaba mucho, pero leíalos por hacerle á él placer, y en pocos días vino con esto á ir entendiendo la verdad que en la niñez imprimió el Señor en su corazón, que todo era nada, y se acababa en un punto, é íbase más inclinando á ser monja, que nunca lo podía acabar del todo consigo. En esto estuvo consigo como en batalla tres meses, forzándose á sí misma con esta razón: que no podían ser mayores los trabajos de la religión que los del purgatorio; y que pues ella había merecido el infierno, no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio. Leía en este tiempo mucho en las Epístolas de San Jerónimo, y ayudáronla de suerte que se resolvió en ser monja, y lo trató con su padre, con quien por ninguna vía lo pudo acabar, porque la amaba tiernamente más que á ninguno de sus hijos. Ella, que tenía ya experiencia de cuán poco debía fiar de sí, y alguna también de lo que era el mundo, como para todo lo que emprendía tenía gran ánimo, determina el ponerse en salvo y hacer de hecho; y un día muy de mañana, que fué á 2 de Noviembre, día de la Conmemoración de las Almas, año de 1535, siendo de edad de veinte años y siete meses, sin dar cuenta á nadie, más de á Antonio de Ahumada, su hermano, que la acompañó, sale de casa de su padre y vase derecha á meterse monja

á la Encarnación, Monasterio principal de Ávila, de la orden de Nuestra Señora del Carmen (1).

Á este su hermano había ella persuadido aquellos días antes en que se andaba determinando, que dejase el mundo y entrase en reli-

(1) Hállase este monasterio al otro lado de la parte alta de la población, pero fuera de ella, y no lejos de la estación del ferrocarril. Situado en paraje algo ameno y silencioso, sobre una pequeña eminencia y frente á la parte más bella y prolongada de los muros de Ávila, parece un verdadero yermo, aislado, y muy á propósito para la contemplación, hasta en el gran libro de la naturaleza, como lo indica la Santa el hablar de él (Cap. IX, de su *Vida*). «Aprovechárame á mí también ver campos, agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo, que me despertaban y recogían y servían de libro.»

En 1513, gracias á la liberalidad de doña Elvira González de Medina se trasladó allí un *beaterio* de terciarias del Carmen que en 1479 había fundado en la parte más alta de la población, entre la iglesia de San Vicente y el mercado chico. Aquellas beatas hacían sólo votos simples, pero andando el tiempo concibieron el proyecto de fundar un monasterio de Carmelitas, y lo llevaron á cabo el citado año, gracias á la liberalidad de doña Elvira González de Medina, y al que pusieron el nombre de Nuestra Señora de la Encarnación. Fué gobernado al principio por doña Elvira, su fundadora, y sucesivamente por doña Catalina del Aguila y doña Beatriz Guiera. Al presentarse en él Teresa para ser admitida como religiosa, era priora doña María de Luna, según consta por el registro de las elecciones del monasterio.

Se ha discutido acerca de la fecha en que Santa Teresa entró en la Encarnación. El P. Yepes (lib. I, cap. IV), el P. Vandermoere (*Acta Stae. Teresiae* n.º 82), La Fuente (*Manual del Peregrino*, cap. III, §. V) y otros, dicen que fué en 1533, pero el P. Ribera y Julián de Ávila (*Vida* cap. III), señalan el 2 de noviembre de 1535, contando á la sazón nuestra santa, 20 años y 6 meses de edad, puesto que nació el 28 de Marzo de 1515. La fecha señalada por los dos últimos biógrafos parece hallarse ya fuera de toda duda, pues consta con toda claridad en tres documentos contemporáneos á la Santa. El primero es la deposición jurídica de la hermana Teresa de Jesús, hija de don Lorenzo de Cepeda y sobrina de la Santa, que dice así (*Inform. de Ávila del año 1596*): «He oído decir que tomó el hábito en la Encarnación, á la edad de 20 años y medio, el día de Difuntos.» El segundo es una relación manuscrita acerca de los orígenes del convento de la Encarnación, escrita por una religiosa del mismo monasterio, llamada María Pinel, contemporánea de Santa Teresa. «La Santa Madre, dice, tomó el hábito el día 2 de noviembre del año 1535.» Finalmente en el registro de las elecciones del mismo monasterio, se lee lo que sigue: «El año de 1534 fué elegida priora la Madre doña María de Luna. Durante el trienio de esta superiora, nuestra santa madre Teresa de Jesús tomó el hábito é hizo la profesión. Tomó el hábito el 2 de noviembre de 1535, á la edad de 20 años y seis meses.» El P. Francisco de Santa María, (*Reforma de los Descalzos*, t. I, lib. I, cap. VIII), dice que tomó el hábito en 1536, pero es evidente, después de lo dicho, que se equivoca. Todo esto prueba una vez más la exactitud del P. Ribera, primer biógrafo de la Santa. (Cfr. Carramolino, *Historia de Ávila*. — P. Luis de Santa Teresa, *La sucesión del Santo Profeta Elías*. — Doña María Pinel, *Historia ms. del convento de la Encarnación*, citada por los editores de las *Oeuvres complètes de Sainte Térèse de Jésus*, t. I, pág. 65.)

Cerca de 28 años vivió Santa Teresa en este monasterio; los recuerdos de su vida que en él se conservan son muchos y muy notables. El locutorio nos trae á la memoria las reprensiones que le dió el Señor en una temporada de tibieza; el coro la venida de la Virgen á visitarla, en ocasión en que se cantaba la Salve, siendo ella priora, el paraje de la celda, la transverberación de su corazón por mano de un querubín y otros muchos que se refieren más adelante.

Pero y ¿qué se hizo de la celda de la Santa? Triste es decirlo: todo ha desaparecido, quedando sólo el sitio y el recuerdo. «Lo que lamentamos en la casa nativa, dice La Fuente, hay que deplorarlo asimismo en la Encarnación. Demo-

gión, y era bien, pues había de ayudar á tantas almas á ir al cielo, lo comenzase tan temprano. Así que los dos juntos salieron para la religión, aunque no con igual ventura. Ella se quedó en la Encarnación, y él se fué de allí al Monasterio de Santo Tomás, de la orden del glorioso Santo Domingo, á pedir el hábito. No le recibieron allí entonces hasta saber la voluntad de su padre, con quien aquellos Padres tenían amistad. Después entró en la orden del bienaventurado San Jerónimo, y siendo novicio vino á enfermar de manera que no pudo perseverar (1). Volvamos á nuestra novicia, á quien el Señor cada día iba mejorando y dando señales manifestas de lo mucho que la amaba. Al principio habíase aficionado á este Monasterio, por tener allí una monja á quien ella quería mucho, que se llamaba Juana Suárez, la cual se ayudó hartó de su amistad, como á su tiempo diremos; pero al tiempo que lo puso por obra, ya estaba tan

lióse la celda y se derribó parte del convento para construir en el siglo xvii otra capilla, grandiosa sí, pero fría, y que nada dice á la vista, aunque mucho por el recuerdo. Al construirla se oyó, según la tradición, una voz que decía á los trabajadores procedieran con más respeto, y una inscripción en el pavimento lo recuerda con estas palabras: *¡Esta tierra que pisas es tierra santa!*

Sí que lo es, porque es bendita, y en paraje santo y de santo recuerdo. Pero las paredes que fueron mudos testigos de los éxtasis y celestiales favores que allí recibió Santa Teresa, el suelo, los ladrillos regados con sus lágrimas y con la sangre arrancada de sus venas á fuerza de maceraciones y de los rigores de sus penitencias, y por ende santificados, éstos desaparecieron: éstos eran la verdaderamente tierra santa: éstos no están allí. *Manual del peregrino*, cap. III.; Cfr. *Cuadrado, Salamanca, Avila y Segovia*, parte 2.^a, cap. IV, pág. 431 y sigs.

(1) El autor de *l'Histoire de Sainte Thérèse, d'après les Bollandistes* (t. I, cap. IV, pág. 50 nota), hace decir al P. Ribera lo contrario de lo que dice, á saber, que «Antonio se volvió á casa de sus padres y poco después entró en los Jerónimos donde perseveró hasta su prematura muerte». Rechaza después la aserción de dicho Padre y acepta la errada opinión del cronista carmelitano Fr. Francisco de Santa María, *Reforma de los Descalzos*, según la cual el citado hermano de Santa Teresa, «recibió el hábito en Santo Tomás de Avila, de la orden de Predicadores y, habiendo vivido con grande ejemplo, murió antes de profesar».

El señor La Fuente, en la nota que pone á este pasaje de la vida de la Santa, dice: «otros aseguran que entró monje Jerónimo; pero esto parece menos probable».

No sólo no es lo menos probable sino que es lo único que resulta cierto y averiguado, según documentos oficiales y auténticos, perfectamente de acuerdo con la versión de nuestro padre Ribera.

En efecto, Antonio de Ahumada, cuarto hijo varón de Don Alfonso y Doña Beatriz, padres de Santa Teresa y de cinco años menos de edad que ella, fué novicio jerónimo, pero no pudo perseverar por falta de salud. Convalació luego y abrazó la carrera de las armas. Siguiendo el ejemplo de cuatro hermanos suyos, pasó después á las Indias y á poco de llegar allí tomó, juntamente con ellos, parte en la sangrienta batalla, librada en las cercanías de Quito, entre Gonzalo Pizarro y Blasco Núñez Vela, primer Virrey del Perú. Murió éste en la demanda y Antonio de Ahumada recibió un tiro mortal de arcabuz, falleciendo á los pocos días, bien en el mismo campo de batalla ó bien en Quito, donde fué enterrado. Cfr. González Suárez, *Hist. general de la República del Ecuador*, t. II, lib. II, c. IX.—Agustín de Zárate, *Hist. del Perú*, lib. VI, c. VIII.—Pólit, *La Familia de Santa Teresa en América*, cap. II y el Apéndice n.º III.—Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias*, t. III.

bien dispuesta, que fuera muy de gana á cualquiera donde ella pensara servir más á Dios, porque más cuenta tenía con el remedio de su alma que con el regalo ó descanso de su cuerpo.

Salió de la casa del padre terreno á la del celestial con una contradicción tan grande de su alma, y con un dolor y sentimiento tan extraño, que la parecía cada hueso se le apartaba de su parte, y que era mayor que si el alma se le apartara de su cuerpo (1). Pero con la gracia del Señor, y con la grandeza y generosidad de su corazón, venció la tierna doncella aquella dura y áspera batalla, y con gran determinación se entró por el Monasterio, y pidió el hábito con tanta disimulación y con tantas veras, que nadie hubo que pensase sino que le deseaba mucho. Luego el Señor (que no está esperando sino que nos determinemos á cosas dificultosas de su servicio, para mostrar en nosotros sus misericordias), la dió una alegría tan grande de haber escogido aquel estado, que jamás después en su vida la faltó. Mudóse luego la sequedad de su alma en grandísima ternura, y el gusto de las cosas del mundo en gusto grande de las de la religión, y en ver que estaba ya libre de aquellas tan penosas vanidades, no cabía de placer. Con todo eso no la dejó Dios de ejercitar bien aquel año en cosas que, aunque en sí no eran pesadas, á ella la desasosegaban y afligían harto (2). Mas cada día iba mostrando más el Señor no

(1) «Acuérdaseme á todo mi parecer y con verdad, dice la Santa, que cuando salí de casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante; aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luego me dió el Señor á entender cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la Religión, y es verdad, que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala, y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba y no podía entender por dónde venía. Cuando de esto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla.» *Vida*, cap. IV.

(2) «El año del noviciado, pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, mas culpábanme sin tener culpa harta veces; yo lo llevaba con harta pena y imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba. Como me veían procurar soledad, y me veían llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y así lo decían. Era aficionada á todas las cosas de Religión, mas no á sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada; era curiosa en cuanto hacía; todo me parecía virtud, aunque esto no me será disculpa, porque para todo sabía lo que era procurar mi contento y así la ignorancia no quita la culpa. Alguna tiene no estar fundado el monasterio en mucha perfección; yo, como ruin, íbame á lo que veía falta y dejaba lo bueno. Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad, y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre, que se le habían hecho de operaciones, por donde echaba lo que comía: murió presto de ello. Yo veía á todas temer aquel mal; á mí hacíame gran envidia su paciencia. Pedía á Dios que, dán-

haber ella venido á aquella casa y religión acaso, sino por orden maravillosa de su Providencia, para que se cumpliese lo que antes estaba profetizado. Contábase entonces que hartos años antes había entrado allí un zahorí á buscar tesoros (que está este Monasterio en el campo, poco apartado de la ciudad), y andando por una parte y por otra de la casa, descubrió con ojos de profeta otro mayor tesoro que los que él buscaba con ojos de zahorí: y dijo que en ella había haber una santa que se llamase Teresa. Otros atribuyeron esta profecía á una monja sierva de Dios, que hubo al principio de su fundación en aquella casa, y puede ser que lo dijese entrambos, para que en boca de dos testigos estuviese aquella tan verdadera palabra. El haber habido esta profecía, es cosa cierta, porque la Madre, como era tan graciosa, solía, riéndose, decir á otra monja que entonces había de su nombre, si había de ser alguna de ellas aquella santa que decían.

Así pasó su año de noviciado con muchas enfermedades en el cuerpo, pero con gran contento y alegría en su alma, y al cabo de él hizo su profesión. Aunque á ese tiempo fué combatida fuertemente del demonio, y sintió en hacerla una tan grande dificultad, que para encarecer mucho lo que en una había sentido, dijo que jamás en cosa sintió tanta en su vida, ni en el hacer profesión, sino fué cuando salió de casa de su padre á ser monja, como adelante se dirá. Mas con toda esta contradicción de su carne, prevaleció en ella tanto la gracia, que la hizo con corazón alegre y muy determinado, entregándose con toda su alma por esposa de aquel gran Señor, que con tan poderosa mano la había sacado de las vanidades y engaños y peligros en que algún tiempo había andado.

domela así á mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece temía, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba á ganarlos. • *Vida*, cap. V.

CAPÍTULO VII

De las enfermedades que tuvo, y cómo sanó de ellas, y cómo volvió á las vanidades primeras y dejó la oración, y después volvió á ella

Las enfermedades iban creciendo, tenía desmayos y gran mal de corazón, y otros muchos males, con que muchas veces se quedaba sin sentido; y no bastando los médicos de Avila para el remedio de ellos, su padre, que tanto la amaba, la sacó del Monasterio en compañía de aquella monja amiga suya (1) para llevarla á un lugar que se llamaba Becedas, donde había una mujer que curaba muchas enfermedades, y estuvo entonces casi fuera un año. Ella salió al principio del invierno y porque la cura no se había de comenzar hasta principios del verano, estúvose este tiempo en un lugar que estaba en el camino que se dice Castellanos de la Cañada, en casa de doña María de Cepeda, su hermana, que hubo su padre de doña Catalina del Peso, su primera mujer, y estaba casada con Martín de Guzmán Barrientos, y entrambos, pero particularmente doña María, la querían mucho.

Allí la comenzó nuestro Señor á poner en oración, teniendo ella por maestro un libro que su tío la había dado, que es el *Tercero Abecedario de Ossuna* (2), y dióla luego la oración que llaman de quietud,

(1) «En la casa que era monja, dice la Santa en el cap. IV de su vida, no se prometia clausura.» Esto que aquí se narra sucedía en 1537, y la clausura no se impuso como obligatoria á todos los religiosos hasta el año 1563, en que la prescribió el Concilio de Trento, cap. V *De reformatione regularium*, sess. 25., poniendo en vigor lo mandado en el VI de los Decretales.

(2) El autor de esta obra es el P. Francisco de Ossuna de la orden franciscana. Consérvase en el monasterio de San José de Avila el ejemplar que usaba Santa Teresa, con las señas marginales que ponía la Santa en los pasajes que más llamaban su atención. Faltan en él las últimas hojas, por lo cual no consta el año de la impresión; con todo parece indudable que el ejemplar que leía Santa Teresa no pudo ser de la 2.^a edición hecha en 1537. La obra completa consta de seis partes de las cuales se hicieron en los siglos XVI y XVII muchas ediciones, pero ni Gallardo, ni Salvá, ni Brunet, ni Nicolás Antonio, ni Sbaralea dan noticia exacta de la primera edición de cada una de estas partes. Como dato curioso la pondremos

y aun algunas veces la llegaba á la unión sin entender ella lo uno ni lo otro. Y porque, como he dicho, en las cosas que la Madre Teresa de Jesús escribió en el libro de su vida, no me tengo de detener, sino tocarlas brevemente, no más para llevar seguido el hilo de la historia, y que lo demás se vea en su lugar, no digo más de que Nuestro Señor en estos principios de su oración dió buenas muestras de los muchos y muy soberanos dones que en ella le había de comunicar, y en las enfermedades tan grandes y tan largas, y en la cura de ellas la dió una grande y perfecta paciencia. Tres meses (1) estuvo en Be-

aquí, excepto de la tercera parte, cuya primera edición no hemos podido haber á las manos. *Abecedario espiritual de las circunstancias de la Pasión de Christo Nuestro Señor y otros misterios...* Sevilla, en la oficina de Juan Cromberger, 1528. —Segunda parte del libro llamado *Abecedario espiritual, donde se tratan diversos exercicios en cada letra el suyo...* Sevilla, en la oficina de Juan Varela, 1530. —Tercera parte del libro llamado *Abecedario Espiritual. Agora nuevamente impreso.* Valladolid, por Juan de Villaquirán, 1537. Es la 2.^a edición, la primera será probablemente de 1533 ó 1534. —*Ley de amor y cuarta parte del Abecedario Espiritual donde se trata muy de raíz los misterios y preguntas y exercicios del amor y la theología que pertenece no menos al entendimiento que á la voluntad...* Burgos, por Juan de Junta, 1536. —*Quinta parte del Abecedario Espiritual...*, que es consuelo de pobres y aviso de ricos... Burgos, Juan de Junta, 1541. —*Sexta parte del Abecedario Espiritual compuesto... que trata sobre las llagas de Jesu Christo, para exercicio de todas las personas devotas. Añadidas las tablas de las otras cinco partes con la del Combite del Sacramento, que el mismo autor compuso. Nunca antes impresa.* Medina del Campo, por Matheo y Francisco del Canto hermanos, 1554.

(1) Aquí omite el P. Ribera un hecho notable que tuvo lugar durante la permanencia de la Santa Madre en Becedas. Nadie como ella misma podrá referirnoslo con más sencillez y claridad. Dice así:

«Estaba una persona de la iglesia que residía en aquel lugar adonde me fui á curar, de harto buena calidad y entendimiento: tenía letras, aunque no muchas. Yo comencéme á confesar con él, que siempre fui amiga de letras, aunque gran daño hicieron á mi alma confesores medio letrados, porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por experiencia que es mejor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas, *que tener pocas*; porque ni ellos se fían de sí, sin preguntar á quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó; estotros tampoco me debían de querer engañar, sino no sabían más...

Duré en esta ceguedad creo más de diez y siete años, hasta que un Padre Dominicó, gran letrado, me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer, agravándome tan malos principios, como después diré. Pues comenzándome á confesar con este que digo, él se aficionó en extremo á mí, porque entonces tenía poco que confesar para lo que después tuve, ni lo había tenido después de monja. No fué la afición de éste mala, mas de demasiada afición venía á no ser buena. Tenía entendido de mí, que no me determinaría á hacer cosa contra Dios que fuese grave por ninguna cosa, y él también me aseguraba lo mesmo, y así era mucha la conversación. Mas mis tratos entonces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas de El; y como era tan niña, hacíale confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenía comenzó á declararme su perdición, y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy peligroso estado con afición y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho, que esto tenía yo de gran liviandad, y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida, y tener ley á quien me quería. Maldita sea

cedas con su hermana, donde la curó aquella mujer; pero por las curas que la hicieron, más recias de las que su flaco sujeto podía llevar, salió de allí muy más enferma que había venido, y volvió á Avila á casa de su padre para que la viesen los médicos: ellos la desahuciaron y dijeron que estaba ética. El día de Nuestra Señora de Agosto en la noche, dióla un parasismo tan recio y tan largo, que estuvo cuatro días sin sentido, y como muerta; diéronla la Extrema-Unción, y decíanla muchas veces el Credo, porque cada momento pensaban que expiraba, y ella no entendía nada. La cera se halló ella después echada sobre los ojos, la sepultura estaba abierta en la Encarnación, y estaban esperando el cuerpo para enterrarle, y monjas estaban allí de la Encarnación que habían enviado para estar con el

tal ley, que se extiende hasta ser contra la de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina: que debemos todo el bien que nos hacen á Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra él, no quebrantar esta amistad. ¡Oh ceguedad del mundo! Fuérades vos servido, Señor, que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra vos no lo fuera un punto; mas ha sido todo al revés por mis pecados. Procuré saber é informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y vi que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor de ella al cuello, y éste nadie había sido poderoso de podersele quitar. Yo no creo, es verdad, esto de hechizos determinadamente, mas diré esto que yo vi, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener; y crean, que pues pierden la vergüenza á Dios, que ellas más que los hombres son obligadas á tener honestidad, que ninguna cosa de ellas pueden confiar; y que á trueco de llevar adelante su voluntad, y aquella afición que el demonio las pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna de esta suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor de esto; mas si me dejara, hiciera el mal que hacía en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé á mostrarle más amor: mi intención buena era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios: esto debía aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho; porque por hacerme placer me vino á dar el idolillo, el cual hice echar luego en un río. Quitado éste comenzó, como quien despierta de un gran sueño, á irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años, y espantándose de sí: doliéndose de su perdición, vino á comenzar á aborrecerla.

Nuestra Señora le debía ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepción, y en aquel día hacía gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias á Dios, por haberle dado luz. A cabo de un año en punto, desde el primer día que yo le vi, murió. Ya había estado muy en servicio de Dios, porque aquella afición grande que me tenía, nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad; mas también hubo ocasiones para que si no se tuviera muy delante á Dios, hubiera ofensas tuyas más graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal, no la hiciera entonces. Y paréceme que le ayudaba á tenerme amor ver esto en mí; que creo todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas á virtud; y aun para lo que acá pretenden, deben de ganar con ellos más por aquí, según después diré. Tengo por cierto está en carrera de salvación. Murió muy bien y muy quitado de aquella ocasión: parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

De este episodio, tan candorosamente descrito por la Santa, ha tomado pie un novelista francés, licencioso é impío, Catulo Mendes, para su esperpento teatral, en que pretende ridiculizar á nuestra patria, á nuestra Santa y á su época.

cuerpo, y hubieranla enterrado si su padre no lo estorbara muchas veces contra el parecer de todos, porque conocía mucho de pulso y no se podía persuadir que estuviese muerta; y cuando le decían que se enterrase, decía: Esta hija no es para enterrar.

Otro peligro tan grande como éste tuvo entonces, porque velándola una noche de estas Lorenzo de Cepeda, su hermano, se durmió, y una vela que tenía sobre la cama se acabó, y se quemaban las almohadas y mantas y colcha de la cama, y si él no despertara al humo, se pudiera quemar, ó acabar de morir la enferma. Al cabo de estos cuatro días revivió, y según á mí me han contado personas de mucha autoridad y religión, á quien yo creo muy bien porque las conozco mucho y sé cuán amigas son de la verdad, y ellas lo saben de boca de la misma Madre, comenzó á decir que para qué la habían llamado, que estaba en el cielo y había visto el infierno, y que su padre y otra monja de la Encarnación, amiga suya, llamada Juana Suárez, se habían de salvar por su medio, y que vió también los Monasterios que había de fundar, y lo que había de hacer en la orden, y cuántas almas se habían de salvar por ella, y que había de morir santa, y que su cuerpo, antes que le enterrasen, había de estar cubierto con un paño de brocado. Bien es verdad que siempre que de esto se hablaba, la Madre decía que eran disparates y frenesí; y después que ella entendió que su padre estaba allí y había oído aquellas cosas, había gran vergüenza de él por ser hombre tan grave. Pero las personas que he dicho, entienden que hablaba así por disimular, porque todo esto se cumplió así después, como veremos. Yo también, predicando el Padre Maestro Fray Domingo Bañez, Catedrático de prima de Teología de Salamanca, en una de las fiestas de los PP. Descalzos Carmelitas, año de 1587, le oí decir que la había confesado muchos años y que en estos días que estuvo como muerta, la mostró el Señor el infierno, y que esto lo sabía por ella misma; y á su hermana doña Juana de Ahumada decía ella después que no quisiera volver acá, que iba buen camino. A lo menos de la fundación de los Monasterios, bien creo que no lo vió entonces, como se podrá entender de lo que diremos en el capítulo sexto del libro siguiente, ni de lo demás me parece no hay que hacer mucho caso, que debió de ser alguna representación á que ella daba poco crédito, y por eso decía que eran disparates.

Después de esto se confesó lo mejor que pudo, y comulgó con hartas lágrimas. Estuvo con grandes dolores que parecían intolerables (1), pero llevados con mucha paciencia, hasta Pascua de Resu-

(1) Véase con qué viveza y colorido los describe la Santa Madre en el cap. VI de su *Vida*:

«Quedé de estos cuatro días de parasismo de manera que sólo el Señor puede saber los incomfortables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada y de la gran flaqueza, que me

rrección; y entonces por la mucha priesa que ella daba, la llevaron á su Monasterio como medio muerta. Estuvo tullida ocho meses, y esta larga y penosa enfermedad la duró tres años. Gustaba mucho en este tiempo de hablar de cosas de Dios, más que de otra cualquiera conversación; confesaba y comulgaba muy á menudo, era en gran manera amiga de leer en buenos libros, sentía grandísimo dolor si ofendía á Dios, y tal, que (aunque en esto estaba errada) no osaba volver á la oración, porque temía la gravísima pena que en ella había de sentir de haberle ofendido. Y este tormento que sentía no era por temor, sino porque se acordaba de los regalos que el Señor la hacía en la oración, y veía cuán mal le pagaba lo mucho que le debía, y no lo podía sufrir, tanto, que de las mismas lágrimas que por sus culpas derramaba, se enojaba en extremo después, cuando veía su poca enmienda. Después, por la intercesión del glorioso San José, de quien era á maravilla devota (1), y cuya fiesta celebraba cada año con la solemnidad que podía, vino á poderse levantar y andar.

No estaba por estas cosas el demonio sin esperanza de tornarla á coger, ni dejaba de tender sus redes siempre que se le ofrecía la ocasión. Visitaban en aquel tiempo muchas personas aquel Monasterio, y como ella era de tan graciosa y suave conversación, y tan amorosa, y por otra parte la parecía estaba obligada, en ley de mujer de bien, á querer á quien la quisiese, comenzó el enemigo á meterla en estas conversaciones, y de tal manera la metió, que comenzó á dejar la oración, así porque ya la faltaban por sus culpas los regalos que el Señor en ella la solía hacer, como por la vergüenza que tenía de venir á tratar de amistad particular con Dios, andando ella en la de los hombres tan vana y distraída; y hacerlo así la parecía á ella era más

ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; sólo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar á mí no había cómo, porque todo estaba tan lastimado que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un cabo y otra de otro, me meneaban: esto fué hasta Pascua florida. Sólo tenía, que si no llegaban á mí, los dolores me cesaban muchas veces; y á cuento de descansar un poco, me contaba por buena, que traía temor me había de faltar la paciencia, y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos y continuos dolores, aunque á los recios fríos de quartanas dobles con que quedé, recísimas, los tenía insoportables; el hastío muy grande. Di luego tan gran priesa de irme al monasterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; mas el cuerpo, peor que muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que solos los huesos tenía: ya digo que estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé á andar á gatas, alababa á Dios. Todos los pasé con gran conformidad; y si no fué estos principios, con gran alegría, porque todo se me hacía nonada, comparado con los dolores y tormentos del principio: estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre. Paréceme era toda mi ansia de sanar por estar á solas en oración.

(1) Véase el cap. XIII del libro IV.

humildad. Ayudábala para esto de las conversaciones ver que otras, que ella tenía por buenas, hacían lo mismo, y topábase con confesores que lo que era pecado venial, por ignorancia la decían era lícito, y lo que pudiera ser mortal, la hacían entender no era más que venial. Así andaba vana y engañada, metiéndose en ocasiones, que aunque ella no las temía, eran de suyo peligrosas, y saliendo hartas veces mal de ellas. Mas no por eso la dejaba el piadosísimo Señor, antes estando ella una vez á los principios de una conversación, que fué la que más la desasosegó, vió interiormente á Jesucristo Nuestro Señor con mucho rigor, dándola claramente á entender cuánto aquel trato le desplacía. Fué la visión muy más clara que si se viera con los ojos del cuerpo, y quedó su figura tan impresa en su corazón, que muchos años después la parecía tenerla presente.

Con todo eso no dejaba sus entretenimientos, á que estaba muy asida; y aunque á cabo de un año que había dejado la oración (1) volvió á ella por consejo del Padre presentado Fray Vicente Varrón,

(1) Durante el año en que Teresa se apartó del ejercicio de la oración, por parecerle que era indigna de tenerla, ocurrió la muerte de su padre D. Alonso de Cepeda, acaecida el 1.º de Febrero de 1544. Contaba á la sazón nuestra Santa muy cerca de 29 años de edad. Con tiernísima piedad filial, de que rebosaba su corazón puro y delicado, narra ella misma el precioso tránsito á mejor vida del autor de sus días, con estas palabras:

«En este tiempo dió á mi padre la enfermedad de que murió, que duró algunos días. Fulle yo á curar estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que, á cuanto entendía, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque, entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera. Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de los que él había pasado en las mías. Con estar yo harto mala me esforzaba, y con que el faltarme él me faltaba todo el bien y regalo porque en un ser me le hacía, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho.

Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió y la gana que tenía de morir, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extremaunción, el encargarnos le encomendásemos á Dios y le pidiésemos misericordia para él y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo; y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle servido, que quisiera ser un fraile, digo, haber sido de los más estrechos que hubiera.

Tengo por muy cierto que quince días antes le dió el Señor á entender no había de vivir; porque antes de estos, aunque estaba malo, no lo pensaba. Después, con tener mucha mejoría y decirlo los médicos, ningún caso hacía de ello, sino entendía en ordenar su alma. Fué su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas que jamás se le quitaba; algunas veces le apretaba tanto, que le congojaba mucho. Díjele yo que, pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la cruz á cuestras, que pensase su Majestad le quería dar á sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor. Consolóse tanto, que me parece nunca más le oí quejar. Estuvo tres días muy falto el sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos, y le tuvo hasta que á la mitad del Credo, diciéndole él mismo, expiró. Quedó como un ángel, y así me parecía á mí lo era él, á manera de decir, en alma y disposición, que la tenía muy buena...

Decía su confesor, que era Dominico (Fr. Vicente Varrón), muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo; porque había algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza de conciencia. *Vida*, cap. VII.

lector de Teología de la orden de Santo Domingo, con quien se había comenzado á confesar, se los tenía todavía, y pasaba gran trabajo, porque en la oración conocía sus faltas y la venía deseo de enmendarse, y su antigua costumbre y conversaciones no la dejaban. Estando en la portería de la Encarnación en conversación con uno de los que habemos dicho, la mostró Nuestro Señor un brazo muy llagado y arrancado de él un pedazo de carne, de cuando estaba atado á la columna, como quejándose de cuando estaba atado por ella, y cuán mal se lo pagaba en lo que hacía (1). No he podido averiguar bien si fué ésta la misma visión que acabo de contar, ó si fueron diversas. Esto la aprovechó mucho para apartarse más, aunque no luego lo dejó bien del todo. Así anduvo casi veinte años como cayendo y levantándose, y ni bien gozando de los consuelos de Dios, porque no se disponía para recibirlos, ni bien gustando de los del mundo, porque cuando estaba en ellos, se le aguaban con la memoria de lo que debía á Dios y de las muchas faltas que con él hacía. Con todo se le pasaban en este tiempo algunas veces muchos meses, y alguna vez año entero, en que se guardaba con gran cuidado de ofender á Dios, y se daba mucho á la oración, tanto, que en todos estos años muy pocos días se pasaban sin tener ratos de oración, y esta fué, en fin, por donde Dios la acabó de sacar de aquellos vanos cuidados y llegarla enteramente á sí.

(1) En el locutorio del convento de la Encarnación de Avila se conserva todavía una pintura que representa estos sucesos en el paraje mismo en que ocurrieron.

CAPÍTULO VIII

De qué tan graves fueron los pecados de la Madre Teresa de Jesús

Antes que hable de la conversión, casi postrera, de la Madre Teresa de Jesús, en que más de veras se comenzó á llegar á aquel gran Señor que por tantas partes la trafa á sí, me parece necesario decir algo de la gravedad de estos sus pecados, de que ya habemos dicho, y ella dice tantas veces con tanto encarecimiento y sentimiento. A mí no me parecen bien los que, escribiendo vidas de santos, quieren encubrir los pecados y flaquezas en que, como hombres, en algún tiempo cayeron, porque es eso encubrir en parte la grandeza de la bondad y misericordia y sabiduría de Dios, que los sufrió y sacó de ellos, usando para ello de medios muy eficaces y acertados, y verdaderamente admirables, y de tales como primero eran, los hizo tales como después fueron. Y así, si yo supiera más en particular los pecados de la Madre Teresa de Jesús, no los dejara de decir, porque ella misma deseaba fuesen conocidos, para que más se conociese la bondad de Dios y más resplandeciese en ellos su gloria. Pero no es tampoco razón que se piensen los que nunca hubo; y porque los que leyeren el libro de su vida, fácilmente creerán que debió de hacer grandes pecados contra su castidad y pureza virginal, según ella los encarece, he querido poner aquí este capítulo para desengañarles.

Muchas veces he pensado y comunicado con personas que podían saber bien desto, qué pecados podían ser estos que ella siempre llora con tanto sentimiento; y si ella no dijera en el capítulo 32 de su vida, que la mostraron en el infierno el lugar que le estaba aparejado, con gran dificultad creyera que alguno de sus pecados había llegado á ser mortal. Y aun ahora con todo eso tengo alguna, porque la pudieron mostrar el lugar, no que entonces hubiera merecido, sino que viniera á merecer por el camino que llevaba, si el Señor no la

sacara de él. Las razones que para pensar esto tengo, son estas: La primera, que nunca ella dió en pecados en que otras mujeres dan, como enemistades, rencillas, envidias, murmuraciones y otras cosas semejantes. De esto dice ella así en el capítulo 32 de su vida: «Cuando yo considero que aunque yo era tan malísima, traía algún cuidado de servir á Dios, y no hacer algunas cosas que veo que, como quien no hace nada, se las tragan en el mundo, y en fin, pasaba grandes enfermedades, y con mucha paciencia que el Señor me daba, no era inclinada á murmurar, ni á decir mal de nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas que, aunque era tan ruin, traía temor de Dios lo mas continuo, etc.»

Todo su pecado fué tratar y conversar con amistad con hombres. Y es cosa certísima que en todo este trato y amistad no hubo jamás pecado mortal de flaqueza de la carne, ni consentimiento en él, no sólo después de monja cuando estaba ya en sí más recogida, sino aún cuando era muchacha, y tenía para eso más libertad, y para defenderse menos entendimiento. Y así de ese tiempo dice ella en el capítulo 2.º de su vida estas palabras: «Y pues nunca era aficionada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversación.» Y antes de esto dice: «No me parece había dejado á Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Este tuvo fuerza para no le perder del todo, ni parece me podía mudar por ninguna cosa del mundo, ni había amor de persona que á esto me pudiera rendir. Así tuviera fortaleza para no ir contra la honra de Dios, como nie la daba mi natural para no perder en lo que me parecía á mí perdía la honra del mundo.»

Pero más que esto sé yo. Sé que siendo ya de mucha edad, y tratando con ella una de sus hijas cierta cosa que tocaba á tentaciones deshonestas, respondió: «No entiendo eso, porque me ha hecho el Señor merced que en cosas de esas en toda mi vida no haya tenido que confesar.» Esto me ha contado á mí algunas veces una priora de uno de los más principales Monasterios de esta orden, persona de mucha verdad y religión, á quien la misma Madre lo respondió. Y si con esto juntamos lo que ella dice en el capítulo 5.º del mismo libro, que en aquellos tiempos de su vanidad jamás dejó de confesar pecado ninguno, aunque fuese venial, veremos claro la singular merced que el Señor hizo á esta alma que para tan grandes cosas tenía escogida, de guardarla su limpieza de cuerpo y alma con tan aventajada misericordia, para que después entre las santas vírgenes recibiese la inmortal corona de la virginidad. Tengo para mí que sus pecados no debieron de ser más que de ponerse ella á peligro de hacer algún pecado ó pecados graves con aquella conversación y trato que ella

tenía con algunas personas, por ser ellos ó de poca edad ó de mucha virtud, que fácilmente pudieran caer, y ella de su natural ser muy amorosa é inclinada á querer de veras á aquellos con quien tenía amistad. Esto se entiende de sus mismas palabras, porque allí donde decía que nunca era aficionada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversación, luego añade esto: «Mas puesta en la ocasión estaba en la mano el peligro, y ponía en él á mi padre y hermanos, de lo cual me libró Dios, donde se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese, etc.»

Y aunque los peligros podían ser tan grandes que en ellos hubiese pecado mortal, pero en quien con tanta inocencia andaba en esta parte, y tan lejos en la voluntad de cosas deshonestas, con dificultad creo que lo llegase á ser, mayormente estando ella siempre determinada de no hacer ninguno, y asegurándola tanto los confesores, que entonces tenía, que no lo eran. Esto dice en el mismo capítulo 2.º: «Informada de quien me confesaba y de otras personas, en muchas cosas me decían que no iba contra Dios»; y en el capítulo 5.º, tratando del daño que la hicieron confesores poco letrados, dice así: «Buen letrado nunca me engañó; estotros tampoco me querían engañar, sino no sabían más: yo pensaba que sí, y que no era obligada más de á creerlos, como era cosa ancha lo que me decían y de más libertad, que si fuera apretada, yo soy tan ruin que me buscara otros. Lo que era pecado venial decíanme que no era ninguno: lo que era gravísimo mortal, decíanme que era venial. Esto me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí para aviso de muchos, etc.» Y en el capítulo 8.º dice: «Quisiera yo saber figurar la cautividad que en estos tiempos traía mi alma, porque bien entendía yo que lo estaba, y no acababa de entender, que no podía entender del todo que lo que los confesores no me agravaban tanto, fuese tan malo como yo lo sentía en mi alma. Díjome uno, yéndome yo á él con escrúpulo, que aunque tuviese subida contemplación, no me eran inconvenientes semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya á la postre, cuando ya con el favor de Dios yo me iba apartando de los peligros grandes, mas no me quitaba del todo la ocasión, etc.» Y un poco más abajo: «Lástima tengo ahora lo mucho que pasé y el poco socorro que de alguna parte tenía, sino de sólo Dios, y la mucha salida que me daban para mis pasatiempos y contentos con decir eran lícitos.»

De lo dicho se entiende bien que lo más grave de sus pecados, fué esto de los peligros en las conversaciones que tenía. Pero la causa de encarecerlos ella tanto después de juzgarse por ellos merecedora de mil infiernos, fué el mirarlos ya con otros ojos que entonces, que por el grande amor que á Dios tenía, ninguna ofensa suya la parecía pequeña; cualquier pecado que hubiese hecho la parecía grave, y más

aquellos en que se ponía á tales peligros, y, atrayéndola Nuestro Señor á sí con misericordia y regalos, no quería dejar aquellas ocasiones, que tanto la distraían y estorbaban para responder al Señor con el agradecimiento que debía. Esto parece se puede entender de sus palabras, porque en el capítulo 3.º dice así: «Vine á ir entendiendo la verdad de cuando niña, de cómo era todo nada y la vanidad del mundo, y cómo se acaba en breve; y á temer cómo, si me hubiera muerto, me iba al infierno.» Si ella tuviera aquellos pecados verdaderamente por mortales, no parece dijera que temía se fuera al infierno; pero habló así porque no estaba en ese punto bien determinada. Después, en el capítulo 7.º, hablando de cómo por una ó dos cosas que vió, en que parecía que el Señor la avisaba, no dejó la conversación y amistad que con uno tenía, dice: «Esto he dicho para que se entienda mi maldad y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno por tan gran ingratitud.»

No parece pecado mortal esta ingratitud; pero quien tanto amaba á Dios, juzgábase por ella digna del infierno; y lo mismo debe de ser cuando habla de los pecados mismos. También las conversaciones que tenía y lo que hacía, estaba entonces ella tan lejos de pensar que llegasen á pecado mortal, que con palabras aseguraba á otras que hacían lo mismo. Y así, dice luego: «Y también porque si el Señor ordenare y fuere servido en algún tiempo vea esto alguna monja, escarmiente en mí; y les pido por amor del Señor huyan de semejantes recreaciones, y plega á su Majestad se desengañen algunas por mí de cuantas he engañado, diciéndolas que no era mal, y asegurándolas tan gran peligro con la ceguedad que yo tenía, que de propósito no las quería yo engañar, etc.» Y si esto no basta, aun más claro lo dice en el capítulo 7.º con estas palabras: «Y fuíle yo á curar estando yo más enferma en el alma que en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que, á cuanto entendía, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo, porque entendiéndolo yo, de ninguna manera lo estuviera.»

Y si en otras partes las palabras de la Madre dan algunas veces claro á entender que hubo algunos pecados mortales, créolo yo así, que cuando ella lo escribía la pareciera algunas veces que lo eran. Pero no por eso queda averiguado que lo fuesen cuando se hicieron, miradas todas las circunstancias que habemos dicho, las cuales siempre que se trata si es pecado ó no, se deben mirar, si ha de ser el juicio acertado. Con todo eso dejó el juicio de esto al Señor, que sabe enteramente la verdad; pues no tengo por donde enteramente determinarme á la una parte ni á la otra. Solamente he querido yo decir aquí, pues venía á propósito, lo que á mí, pensando muchas veces en esto, se me ha ofrecido, por no pasar sin decir algo de esta duda que á mí me ha venido, y vendrá á todos los que leyeren en el libro de su

vida. También he dicho esto por la gloria de Dios, la cual no quiere él que se engrandezca diciendo nosotros más de lo que es ó de lo que sentimos; y á mi parecer, con lo dicho se esclarece harto, pues está claro que no es menor misericordia y grandeza suya sacar á una persona, con tanta limpieza de cuerpo y alma, y con entereza de su virginidad, de tales y tan peligrosas ocasiones, y no la dejar caer, que después de caída sacarla de los mismos pecados.

Después de escrito todo esto, escribí para mayor claridad á una persona, á quien la Santa Madre amaba mucho y comunicaba sus secretos. Respondióme estas palabras: «Acerca de los pecados, lo que entendí y tengo casi por cierto, que fueron pocos ó casi ningunos graves. Porque era mucha la pureza de su alma y cuerpo, que ni tenía movimientos ni pensamientos malos, como naturalmente acometen á otras, ni ella sabía qué cosa era, digo en los movimientos. Por lo que tanto encarece sus pecados, entiendo es porque, como trataba con algunas personas graves en la Encarnación, que en aquel tiempo se llamaban devotos, y la querían mucho, y de una parte á otra había frecuencia de regalos y conversaciones, ella también los quería, aunque siempre con temor de Dios y buena intención. De parte de ellos puede ser que no hubiese tanta, y ser ella ocasión de ello es causa de los encarecer tanto.» Otro testigo me escribió esto mismo, y dice más. «Era curiosa en las cosas que hacía y pulida en su traje: decíame ella á mí que lá acaecía estar toda una tarde hablando á la red, y salir de allí y irse al oratorio, y no hacer sino derramar lágrimas, porque en aquella conversación no tenía más de perder aquel tiempo.» Esto he querido referir para que mejor se entienda la verdad (1).

(1) A los testimonios aducidos por el autor puede añadirse el fallo solemne que la Iglesia ha dado acerca de los pecados de Santa Teresa. Gregorio XV, en la Bula de su canonización, dice estas formales palabras: «*Inter caeteras ejus virtutes, quibus quasi sponsa a Deo ornata excelluit, integerrima effulsit castitas quam, adeo eximie coluit, ut non solum propositum virginitalis servandae a pueritia conceptum usque ad mortem perduxerit, sed omnis expertem maculae angelicam in corde et corpore servaverit puritatem.* Entre todas las virtudes con que Dios quiso adornarla como á su esposa, brilla con especiales fulgores su integérrima castidad, la cual tan perfectamente guardó, que no sólo observó hasta la muerte el voto de virginidad que hizo en la flor de su juventud, sino que además conservó, libre de toda mancha, la pureza angélica de su corazón y de su cuerpo.»

Otro Soberano Pontífice, Urbano VIII, cuando le presentaron el primer oficio compuesto en honor de la Santa, que terminaba con aquellas palabras al final de la lección sexta: *Eam divinis charismatibus tam liberaliter locupletabat Dominus, ut saepius exclamans peteret beneficiis in se divinis modum imponi, nec tam celeri oblivioni scelerum suorum memoriam aboleri.* La colmaba el Señor tan liberalmente con sus divinos carismas, que muchas veces le rogaba pusiera tasa á sus divinas larguezas y no echara tan pronto al olvido el recuerdo de los crímenes que ella había cometido. «Temiendo el Papa que estas palabras *scelerum suorum*, no dieran ocasión á pensar que Teresa había sido una pecadora, las borró de un trazo, substituyéndolas con estas otras de su propia mano *culparum*

suarum, que se leen ahora en el Breviario, añadiendo de viva voz: *Sancta Teresia nunquam commisit peccatum mortale. Quare non convenit, ut quae ipsa prae humilitate sibi attribuebat, vulgo fiant occasio suspicandi eam gravium delictorum argeundam unquam fuisse.*

Véase además lo que afirman los Auditores de la Rota, jueces tan ilustrados como severos, en la relación que hacen de las virtudes de nuestra Santa, á los efectos de su canonización: *«Quamvis ipsa culpas suas in relatione vitae suae exaggeravit (quod profundam humilitatem arguit) nunquam tamen peccatum lethale commisisse, sed nuptialem gratiae vestem in baptismo susceptam fidelissime custodisse.* Aunque ella en la relación de su vida abulta sus faltas (lo cual arguye profunda humildad), con todo, no cometió jamás pecado mortal sino que conservó fidelísimamente la gracia bautismal.» (Artic. VII.)

Finalmente la Sagrada Congregación de Ritos al aprobar la oración que se reza en la fiesta de la Transverberación del corazón de la mística Doctora, declara del modo más solemne que este corazón fué siempre morada del amor divino y espejo de incontaminada inocencia. *Deus, qui ilibata praecordia Beatae virginis Teresiae sponsae tuae ignito jaculo transfixisti, et charitatis victimam consecrasti*, etc. Oh Dios que traspasasteis con un dardo inflamado el corazón virginal é incontaminado de Teresa vuestra esposa, y lo hicisteis víctima de caridad, etc.

CAPÍTULO IX

**De su conversión, y cómo desde allí fué
siempre medrando, y de la ocasión que tuvo para venir
á tratar con los de la Compañía de Jesús,
y cuánto la aprovecharon**

Dejemos ya los pecados á una parte y volvamos á la historia y á su postrera ó casi postrera conversión. Esta obró el Señor por medio de las sagradas imágenes, con quien ha aprovechado y mejorado muchas almas y con tanta razón honra y guarda la santa Iglesia. Entrando ella un día en su oratorio (que siempre fué amiga de tenerle para recogerse allí en soledad á tener oración), vió una imagen de Cristo Nuestro Señor llagado, y luego en viéndola se turbó, como tenía tantas llagas, y comenzó á considerar cuán desagradecida había sido á ellas, y á sentir un dolor tan extraño, que parecía que el corazón se le partía. Con este sentimiento se arrojó allí cabe la imagen, derramando muchas lágrimas y suplicando al Señor que de una vez la diese fortaleza para nunca más le ofender, y esto tan de veras, que con la confianza que tenía del Señor, cuya misericordia tantas veces había sentido, y con el deseo que tenía tan grande de ser ya toda suya, dijo que no se levantaría de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. No fué sin fruto su piadosa y humilde oración, porque desde entonces fué siempre su alma medrando mucho y juntándose cada día más con Dios con un grande y crecido amor que hasta entonces había tenido.

Ayudóla mucho entonces el libro de las *Confesiones* de San Agustín, parecíala que se veía á sí misma en ellas como en un muy claro espejo. Pero cuando llegó á la conversión de San Agustín y á la voz que le dieron cuando estaba en el huerto, como lo cuenta él en el fin del libro octavo, no pareció sino que á ella se la habían dado, según se alteró su corazón, y estuvo un rato grande que se deshacía en

lágrimas. Desde allí comenzó á darse más á la oración y á tratar menos en cosas que la dañasen, que del todo aún no las había dejado; y el Señor, que no estaba esperando sino á que ella se ayudase de su parte, alargó la mano é hízola desde allí adelante muy mayores mercedes que solía en la oración, como se dirá cuando se trate de su oración. Todas estas mercedes y otras semejantes que se dirán, recibió por la intercesión de Nuestra Señora y del bienaventurado San José. Y así se lo dió el Señor á entender en una revelación que ella dejó escrita de su mano en un papel suelto, donde dice así: «Entendí que tenía mucha obligación de servir á Nuestra Señora y á San José, porque muchas veces, yendo perdida del todo, por sus ruegos me tornaba Dios á dar la salud.» Entre otras la hizo una muy grande de dar lugar á que se levantase en su alma un nuevo temor, no fuese engaño del demonio aquella gran suavidad que sentía en la oración, y aquella suspensión del alma, y que por allí la quisiese quitar la oración mental y pensar en la pasión del Señor, y aprovecharse con esto. No tenía duda cuando estaba en la oración, pero en distrayéndose algo, tornaba á temer. Movíala á esto ver engaños grandes que en aquel tiempo había habido en mujeres, y particularmente el de Magdalena de la Cruz (1), que puso espanto á toda España. Atormentóla mucho y por mucho tiempo este saludable temor, pero fuéla de grandísimo provecho y ocasión de acabar del todo con el mundo. Parecíala que de este trabajo no podía salir sino era tratando con personas espirituales que lo entendiesen bien todo y la declarasen la verdad.

Había venido ya á Avila la Compañía de Jesús (2), y ella sin

(1) Sobre Magdalena de la Cruz y demás alumbrados de aquella época, véase Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, t. II, pág. 521-565.

(2) Dióse modesto principio al colegio de Avila en la primavera de 1554. Ya en 1550, con ocasión de cierto negocio, había tenido que ir á aquella ciudad el P. Miguel de Torres S. J. precisamente al tiempo en que se hablaba mucho de las disensiones lamentables que reinaban en un convento donde vivían más de 120 monjas. Rogaron al Padre que fuera á aquel monasterio para hacer algunas pláticas á las religiosas. Accedió el Padre, y á la primera quedaron tan conmovidas y trocadas aquellas monjas que, empezando por la abadesa, todas se pusieron de rodillas, y pidiendo á Dios perdón de sus faltas, se reconciliaron sinceramente en presencia del Padre. Asombradas varias personas buenas del efecto producido por una sola plática de aquel hombre, concibieron la idea de abrir en Avila una casa de la Compañía.

No pudo por entonces realizarse este proyecto, pero con esta ocasión llamó Dios á la Compañía al hombre que cuatro años más tarde debía ejecutarlo.

Era éste Fernando Alvarez del Aguila, nacido de ilustre familia avilesa y sacerdote ejemplar, quien deseando aprovechar á los prójimos, había fundado en Avila un pequeño colegio de niños, á los cuales sustentaba con sus bienes y enseñaba las letras y el santo temor de Dios. Creyendo que podría emplear más provechosamente su celo en la nueva Orden religiosa de que acababa de tener noticia, fué á Salamanca y allí empezó su noviciado con extraordinario fervor.

Desde que vistió la sotana de la Compañía concibió la idea de fundar un colegio en su ciudad natal; hizo la primera tentativa en 1551, y dió nuevo impulso al

conocer á nadie, la amaba mucho por lo que de ella se oía, y bien la parecía hallaría allí lo que deseaba; pero no podía acabar consigo de ir allá. No se tenía por digna de hablar con aquellos que ella en tanto estimaba, ni sentía en sí fortaleza para obedecerles, porque veía que la habían de quitar cosas á que su corazón estaba todavía asido y no la parecía que las podía dejar. Creciendo más los dones de Dios y con ellos este temor, y viendo que por sí no se podría valer, envió á llamar á un hidalgo principal de aquella ciudad, á quien ella llama el Caballero Santo, y llamábase Francisco de Salcedo, hombre que, aunque era casado, había muchos años que se daba mucho á la oración, y era de gran virtud y ejemplo, y ayudaba cuanto podía á la salvación de las almas. Este, después, enviudó y se ordenó de misa, y, acabada su santa vida, se enterró en Avila en una capilla que él hizo, pegada con la iglesia del Monasterio de San José.

Por medio de este siervo de Dios vino á tratar con un maestro teólogo (1), estimado por su mucha virtud, en que ha perseverado

negocio en 1552, escribiendo al efecto á San Ignacio, comunicándole sus ideas y deseos. En la primavera de 1553 presentóse en Avila el mismo Padre Alvarez del Aguila, resuelto á meter fuego en el negocio, valiéndose al efecto de sus parientes y amigos, tan poderosos en aquella ciudad, pero no pudo verlo ultimado hasta la primavera de 1554. El 23 de Mayo de aquel mismo año, San Francisco de Borja, que acababa de ser nombrado Comisario de España, presentóse en Avila para formalizar la cosa.

Para empezar el colegio designó el P. Nadal al P. Andrés González y otros dos Hermanos estudiantes, llamando de Avila al Padre Alvarez del Aguila para nombrarle Rector de Burgos; pero observando que con tan pocos elementos había de decaer forzosamente aquella fundación, mandaron los superiores, á fines de aquel año, que volviese el P. Alvarez á su patria. La presencia del fundador reanimó naturalmente la vida del colegio, el cual fué cobrando fuerzas poco á poco, y algunos años después tenía la dicha y la honra de suministrar los insignes confesores que tanto ilustraron el espíritu de Santa Teresa de Jesús.

Para la fundación de este colegio cedió generosamente el Obispo de Avila don Diego de Alava la parroquia de San Gil y las contiguas casas episcopales. En 1623 compraron los PP. de la Compañía la mansión de los Dávilas, señores de Navamorcuende y Villatoro, asomada á la muralla de mediodía, que contrajeron la obligación de conservar, y para las reparaciones y nuevas construcciones que tuvieron que hacerse con el fin de trasladar allí el colegio de San Gil, les franqueó sus caudales el cardenal y patriarca de las Indias don Diego de Guzmán. Su muerte, ocurrida en 1631, dejó suspendidos los magníficos proyectos, y con menos ostentación fué edificado el nuevo templo y colegio, que sirven al presente, desde la supresión de la Compañía en el siglo XVIII, el uno de parroquia de Santo Tomás y el otro de palacio episcopal. En cuanto el primitivo colegio de San Gil fué cedido á los Jerónimos, y en la actualidad está convertido en seminario conciliar.

Cfr. Astrain S. J. *Hist. de la C. de J. en la Asist. de España*, t. I pág. 419-422. — Polanco *Hist. S. J.* t. II pp. 128 y 633; IV pp. 398 y 586. — *Epis. mixtae S. J.* t. II p. 561; t. III pp. 133 y 290; IV p. 392. — Carramolino, *Monasterios y conventos de Avila* t. I. — Quadrado. — *Salamanca, Avila y Segovia*, p. 422. — La Fuente, *Manual del peregrino*, cap. III.

(1) Llamábase Gaspar Daza: había éste formado una reunión de celosos sacerdotes para procurar la salvación de las almas, no sólo dentro de la ciudad de Avila, sino por todo el obispado; pero en conociendo la santidad y grande espíritu del P. Baltasar Alvarez, se puso él mismo y toda aquella reunión de virtuosos

muchos años haciendo á Nuestro Señor mucho servicio y á las almas de los prójimos mucho provecho. Dióle parte de su oración y de las cosas de su alma; y él, viendo lo que el Señor la daba en la oración y la obligación que tenía de ser agradecida, quisola desde luego quitar de cosillas que tenía, y para salir luego de ellas faltábala aún fortaleza. No pudo sufrir por entonces aquella cura por su poca fortaleza, y fué (como ella dice) para su bien, porque ella conociese y tratase los de la Compañía de Jesús. Entretanto, Francisco de Salcedo la visitaba y animaba y ayudaba harto; pero, viendo la oración que tenía, y por otra parte las imperfecciones, que aún no se habían acabado, no podía persuadirse que aquel fuese buen espíritu. Con todo eso dijo que no se determinaba del todo, hasta que ella, habiendo pensado bien todo lo que era menester decir de su oración, le diese cuenta de ella más en particular. La Madre se afligía y lloraba mucho, y por una parte no podía creer en ninguna manera que cosas tales y que tanto la aprovechaban, fuesen del demonio; por otra tenía no permitiese Dios que se cegase y no lo entendiese. Juntábase con esta aflicción otra no pequeña, no saber ella declarar lo que pasaba dentro de sí; y para salir de la una y de la otra, miraba en libros espirituales que leía, si hallaba algo por donde se pudiese dar á entender.

Halló lo que deseaba en uno que se llama «*Subida del monte Sión*», de un Padre de la orden de San Francisco (1), y rayólo y diólo á Francisco Salcedo para que lo comunicase con el maestro y la respondiesen. Decía también que si aquellos eran engaños del demonio, y á ellos les pareciese, dejaría del todo la oración, por no se poner á esos peligros, aunque de muy mala gana hiciera esto, porque por experiencia había visto cuán mal la había ido el tiempo que la dejó, y lo mucho que después, con tenerla, se había mejorado. Estaba ella entretanto con tanto miedo esperando la respuesta, y con ella creció más su congoja, porque dijeron que, á cuanto ellos podían entender, aquello era del demonio, y que lo que la convenía era tratar con algún Padre de la Compañía de Jesús, con quien hiciese confesión general y se declarase enteramente en todo lo bueno y malo que tuviese y le obedeciese en todo.

La causa de juzgarlo estos siervos de Dios así, era ver que lo que ella tenía en la oración no se suele dar sino á personas de gran perfección, y que de ésta estaba ella lejos por las imperfecciones que

clérigos, bajo la dirección de dicho Padre, para que los alentase, enderezase y guiase por el camino de la virtud.

Conservó Daza toda su vida grande aprecio y estima de Santa Teresa, á quien prestó muy buenos servicios en la fundación del primer monasterio de San José de Avila, como lo indica la misma Santa en el cap. XXXVI de su vida.

(1) Se conjetura que era Fr. Bernardino de Laredo, citado por Wadingo el 1433 de sus anales.

tenía, y parecíales que tales dones de Dios no se compadecían con tal vida, y así no debían ser de Dios. Ayudaba á esto haber ya veinte años que ella trataba de oración, y que si aquello fuera de Dios, hubieran en tanto tiempo trocádose del todo. Tópala Dios luego en la Compañía con lo que había de menester, porque comenzó á tratar con un Padre (aunque no de muchos años) de mucha religión y prudencia (1). Este Padre, me dicen, la dió parte de los ejercicios de la Compañía, y ella hizo con él su confesión, y él la animó mucho y la dijo que aquel era espíritu de Dios claramente, pero que era menester tornar de nuevo á la oración, porque no iba bien fundada, ni se había dado á la mortificación. Encargóla mucho que en ninguna manera dejase la oración, sino que se esforzase mucho más, pues el Señor la hacía tantas mercedes; y hablando Dios por él, añadió que qué sabía si por medio de ella quería Dios hacer bien á muchas personas, y otras cosas de esta manera, que después se vieron y se ven bien cumplidas.

(1) Era éste el P. Juan de Prádano que fué el primer confesor de la Compañía que trató á Santa Teresa: se distinguió toda su vida como excelente director espiritual. Hace la santa honorífica mención de él en varias de sus cartas. En la dirigida á la Priora de Valladolid, el 2 de Noviembre de 1576, dice: «Muy de veras buen amigo es Prádano: bien hace de tratar con él.» Murió en Valladolid donde había residido muchos años. Cfr. *Polanco Chronicon Soc. Jesu*, t. V pag. 410.—*Epistolae mixtae*, t. IV, p. 519.—*Astrain*, t. II p. 537.

El Maestro Julián de Avila, primer capellán del monasterio de San José, que como él mismo nos dice: «mientras vivió la Santa, después que esta primera casa hizo, la sirvió veinte años y la acompañó en todas las más fundaciones que en su vida hizo», refiere esta primera entrevista de la Santa Madre con los padres de la Compañía, con estas palabras: «Fuéla forzado á la santa madre buscar con más diligencia confesor que la desengañase; y eran recién venidos á Avila los Padres de la Compañía de Jesús; y como tenían fama y hechos de tanta santidad, parecíala no era digna de tratarlos; pero la necesidad en que se vió la hizo aventurar á ello. ¡Oh qué gran cosa es un conocimiento propio de nuestra flaqueza! A el fin, por medio de aquel caballero (Francisco de Salcedo), la llevó un Padre de la Compañía de Jesús, que parece que, como ella se había de aprovechar tanto del espíritu y de la Orden destos santos religiosos, que á el modo que Jesucristo envió sus sagrados Apóstoles á predicar su santo Evangelio por todo el mundo así á estos Padres, como amigos y allegados de Jesucristo, é compañeros é imitadores de sus Apóstoles, los ha enviado á su santa Iglesia á refrescarla é renovarla con la frecuentación de los santos Sacramentos de la Confesión y Comunión, que estaba en la cristiandad tan resfriado, que eran muy pocos los que confesaban y comulgaban más que una vez en el año, cuando el no lo hacer es grandísimo pecado mortal. Así que, como estos Padres la habían de ayudar tanto, para lo que el Señor quería obrar en ella, quiso que fuesen el principio de su consolación y aprovechamiento; y así el primer Padre que la trató, la entendió y consoló, y la aprovechó y aprobó por bueno su espíritu, y ella de cada día iba aprovechándose más, y Dios les iba más aumentando. Mudaron á este Padre, y vino otro, porque ya la sierva de Dios les había perdido el miedo, que al principio tenía, el cual nacía de humildad é propio conocimiento; y como ha dado Dios á estos Padres un don particular, y es como tratando á uno como si tratasen á todos, y tratando á todos es como si tratasen á uno, y esto lo causa la unidad de la verdad, y es conformarse todos en la verdadera doctrina de Jesucristo, así el segundo y los demás que trató, aunque las personas eran diferentes, como la doctrina era toda una todos la consolaban y aprobaban su espíritu. *Vida de Santa Teresa de Jesús*, anotada y adicionada por D. Vicente de La Fuente, parte 1.^a, cap. X, p. 79-80.

Díjola que cada día tuviese oración de un paso de la pasión, para que con esto se aplicase á la mortificación y viniese á la perfección, y que no pensase más que en la sagrada humanidad de nuestro Salvador, y á los recogimientos y gustos que solía tener resistiese cuanto pudiese, hasta que él otra cosa la avisase. Ayudóla mucho este Padre, porque la entendió muy bien, y vió la condición y natural que tenía, y por donde la había de llevar, y decíala unas palabras que se las imprimía en el corazón. De esta confesión quedó su alma muy blanda, y comenzó á hacer mudanza en muchas cosas con tanto ánimo para dejarlas, que á personas de su casa y de afuera las parecía extremo el retirarse tanto y el hacer tan poco caso de lo que antes hacía mucho.

El confesor suyo de la Compañía andaba con ella con mucha cordura y discreción y no la apretaba, antes parecía que hacía poco caso de todo, esperando á que la Majestad de Dios fuese obrando en aquella alma y mudándola. Ella le procuraba en todo obedecer, pero en aquello de la oración no podía, porque mientras más resistía aquella divina consolación, más la daba Dios; y así en dos meses que en esto anduvo, vino á tener mucho más que antes. Púsola este Padre más afición á la penitencia, de que ella estaba descuidada por ser tan grandes sus enfermedades (1), diciéndola que podía hacer cosas que para ellas no la dañasen, y que por ventura se las daba Dios porque ella no hacía penitencia, y así él se la quería dar de su mano. Hacíala hacer muchas mortificaciones, y con esto iba la oración sobre buen cimiento de penitencia y mortificación (que es el que ella ha de llevar para ser cual debe), y veíase claro el provecho, porque sentía mucho cualquiera ofensa que á Dios se hiciese, aunque fuese muy pequeña; y si alguna cosa superflua traía, no se podía recoger hasta que se la quitaba (2).

(1) «En especial, dice la Santa hablando de este período de su vida, tuve veinte años vómitos por las mañanas, que hasta más de medio día me acaecía no poder desayunarme; algunas veces más tarde: después acá que frecuento más á menudo las comuniones, es á la noche antes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarla con plumas y otras cosas, porque si lo dejo, es mucho mal que siento y casi nunca estoy, á mi parecer, sin muchos dolores, algunas veces bien graves, en especial en el corazón.» *Vida*, cap. VII.

(2) Veamos ahora con qué humildad y candorosa sencillez narra la mística Doctora este importantísimo episodio de su vida, que marca definitivamente el derrotero que seguirá su endiosado espíritu y purísimo corazón. Dice así: «Hecha la relación de mi vida y pecados, *d. D. Francisco Salcedo* lo mejor que pude (por junto, que no confesión por ser seglar, más bien di á entender cuán ruin era) los dos siervos de Dios *Salcedo y el Maestro Dasa* miraron con gran caridad y amor lo que me convenía. Venida la respuesta que yo con hartó temor esperaba, y habiendo encomendado á muchas personas que me encomendasen á Dios, y yo con harta oración aquellos días, con harta fatiga vino á mí, y díjome: que á todo su parecer de entrambos era demonio; que lo que me convenía, era tratar con un Padre de la Compañía de Jesús, que como yo le llamase, diciéndole que tenía necesidad, venía; y que le diese cuenta de toda mi vida por una confesión gene-

ral, y de mi condición, y todo con mucha claridad, que por la virtud del sacramento de la confesión le daría Dios más luz, que eran muy experimentados en cosas de espíritu. Que no saliese de lo que me dijese en todo, porque estaba en mucho peligro, si no había quien me gobernase. A mí me dió tanto temor y pena, que no sabía qué me hacer, todo era llorar; y estando en un oratorio muy afligida, no sabiendo qué había de ser de mí, leí en un libro, que parece el Señor me lo puso en las manos, que decía San Pablo: Que era Dios muy fiel, que nunca á los que le amaban consentía ser del demonio engañados. Esto me consoló muy mucho. Comencé á tratar de mi confesión general, y poner por escrito todos los males y bienes, un discurso de mi vida lo más claramente que yo entendí y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdomme, que como vi después que lo escribí, tantos males, y casi ningún bien, que me dió una aflicción y fatiga grandísima. También me daba pena, que me vieses en casa tratar con gente tan santa, como los de la Compañía de Jesús, porque temía mi ruindad, y parecíame quedaba obligada más á no lo ser, y quitarme de mis pasatiempos; y si esto no hacía, que era peor; y así procuré con la sacristana y portera no lo dijese á nadie. Aprovechóme poco, que acertó á estar á la puerta, cuando me llamaron, quien lo dijo por todo el convento. ¡Mas qué de embarazos pone el demonio, y qué de temores á quien se quiere llegar á Dios!

Tratando con aquel siervo de Dios (el P. Prádanos), que lo era harto y bien avisado, toda mi alma, como quien bien sabía este lenguaje, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo á la oración, porque no iba bien fundada, ni había comenzado á entender mortificación: y era así, que aun el nombre no me parece entendía; que en ninguna manera dejase la oración, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes, que qué sabía si por mis medios quería el Señor hacer bien á muchas personas, y otras cosas, que parece profetizó lo que después el Señor ha hecho conmigo; que tenía mucha culpa si no respondía á las mercedes que Dios me hacía. En todo me parecía hablaba en él el Espíritu Santo, para curar mi alma, según se imprimía en ella. Hízome gran confusión; llevóme por medios, que parecía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma! Díjome, que tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que me aprovechase de él, y que no pensase sino en la Humanidad, y que aquellos recogimientos y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera que no les diese lugar, hasta que él me dijese otra cosa. Dejéme consolada y esforzada, y el Señor, que me ayudó, y á él para que entendiese mi condición, y cómo me había de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que me mandase en ninguna cosa, y así lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer á mis confesores, aunque imperfectamente, y casi siempre han sido de estos benditos hombres de la Compañía de Jesús, aunque imperfectamente, como digo, los he seguido. Conocida mejoría comenzó á tener mi alma, como ahora diré.

Quedó mi alma de esta confesión tan blanda, que me parecía no hubiera cosa á que no me dispusiera; y así comencé á hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecía hacía poco caso de todo; y esto me movía más, porque lo llevaba por modo de amar á Dios, y como que dejaba libertad, y no premio, si yo no me le pusiese por amor. Estuve así casi dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos y mercedes de Dios. Cuanto á lo exterior veíase la mudanza, porque ya el Señor me comenzaba á dar ánimo para pasar por algunas cosas que decían personas que me conocían, pareciéndoles extremos, y aun en la misma casa: y de lo que antes hacía, razón tenían, que era extremo; mas de lo que era obligada al hábito, y profesión que hacía, quedaba corta. Gané de este resistir gustos y regalos de Dios, enseñarme su Majestad, porque antes me parecía que para darme regalos en la oración, era menester mucho arriaconamiento, y casi no me osaba bullir: después vi lo poco que hacía al caso, porque cuando más procuraba divertirme, más me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria, que me parecía toda me rodeaba, y que por ninguna parte podía huir, y así era: yo traía tanto cuidado, que me daba pena. El Señor le traía mayor á hacerme mercedes, y á señalarse mucho más que solía en estos dos meses, para que yo mejor entendiese, que no era más en mi mano. Comencé á

tomar de nuevo amor á la sacratísima Humanidad, comenzóse á asentar la oración como edificio que ya llevaba cimiento, y á aficionarme á más penitencia, de que yo estaba descuidada, por ser tan grandes mis enfermedades. Díjome aquel varón santo que me confesó, que algunas cosas no me podrían dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal, porque yo no hacía penitencia; me la quería dar su Majestad. Mandábame hacer algunas mortificaciones no muy sabrosas para mí. Todo lo hacía, porque parecíame que me lo mandaba el Señor; y dábale gracia, para que me lo mandase de manera que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquiera ofensa que hiciese á Dios, por pequeña que fuese, de manera, que si alguna cosa superflua trala, no podía recogerme hasta que me la quitaba. Hacía mucha oración, porque el Señor me tuviese de su mano; pues trataba con sus siervos permitiese no tornase atrás, que me parecía fuera gran delito, y que habían ellos de perder crédito por mí. • *Vida*, cap. XXIII y XXIV.

CAPÍTULO X

De cómo el Padre Francisco de Borja, general que fué después de la Compañía de Jesús, aprobó su espíritu, y cómo el Señor la habló dos veces y el fruto grande que sacó de aquella habla

En este tiempo (1557) vino á Avila el Padre Francisco de Borja (1), que algunos años antes había dejado el Ducado de Gandía y entrado en la Compañía de Jesús; y su confesor y Francisco Salcedo dieron orden cómo ella le hablase y diese cuenta de su oración. El Padre Francisco la respondió, que aquél era espíritu de Dios y que no lo resistiese más; que lo de hasta entonces había sido acertado, pero que de allí adelante comenzase la oración en un paso de la pasión, y si después el Señor la llevase el espíritu, no le resistiera, sino se dejase

(1) Era la segunda vez que San Francisco de Borja visitaba la ciudad de Avila. Había ido allí el 23 de Marzo de 1554, á raíz de ser nombrado Comisario de España, para tratar de la fundación de aquel colegio. Toda la ciudad, dice Polanco (*Historia S. J.*, t. IV, pág. 586), tanto el clero como el pueblo y la nobleza se alegró en gran manera con su venida; y predicando en la catedral, un día de la octava del Corpus, fué tal el aplauso y admiración de toda la ciudad, que bien era menester la gran humildad de Borja para no desvanecerse entre tantas aclamaciones.

¿Comunicó ya entonces la Santa Madre sus cosas de espíritu con el Padre San Francisco de Borja? Así parece desprenderse de lo que ella misma certifica en la Relación de su vida, hecha al Padre Rodrigo Alvarez S. J., con estas palabras: «A] Padre Francisco, que fué Duque de Gandía, trató dos veces» (habla en tercera persona). Estas palabras parecen resolver satisfactoriamente la duda que sugirieron al Padre Vandermoere (*Acta Sanctae Theresiae* n.º 164), quien, no teniendo noticia de la primera estancia de Borja en Avila, pregunta: ¿Estuvo Borja dos veces en Avila, ó bien en la vez que estuvo allí celebró dos entrevistas con Santa Teresa?

Nótese de paso el anacronismo en que incurren Yepes (cap. XI) y Juan de Jesús María (*Compendium vitae Sanctae Theresiae*), al decir que á la sazón era ya General de la Compañía, San Francisco de Borja: sólo era entonces Comisario y hasta 1565 no fué elegido General. Igualmente se equivocan Villefore, *Vie de Sainte Thérèse* y el Autor de *l'Histoire de Sainte Thérèse*, t. I, p. 151, al decir que era Provincial.

llevar. Con este Padre se consoló ella mucho, porque le preguntó muchas cosas y, como hombre de mucha experiencia en ellas, la satisfizo. En un libro de mano del Camino de perfección, en el capítulo 31, hallé escrito de mano de la Madre estas palabras, hablando de sí: «Yo sé una persona que la ponía el Señor aquí muchas veces, y no se sabía entender, y preguntólo á un gran contemplativo, que era el Padre Francisco, de la Compañía de Jesús, que había sido Duque de Gandía, y dijo que era muy posible, que á él le acaecía así, etc.» En esto mudaron á su confesor á otra parte, cosa que ella sintió mucho, porque no la parecía ser posible hallar otro como él, pero hallóle presto en el mismo colegio de la Compañía (1). Y porque en su Monasterio entonces se daba licencia á las monjas para salir, estuvo muchos días en casa de una señora viuda (2), de mucha calidad y grande amiga suya, que vivía junto á la Compañía. Con esta ocasión tuvo lugar para tratar mucho con los Padres de la Compañía, á quien ella amaba mucho y con su trato sentía gran provecho su alma. Este Padre, aunque con mucha maña y blandura, la comenzó á poner en mucha más perfección, diciéndola que para del todo contentar á Dios, no había de dejar nada por hacer. Sentía ella

(1) Dúdase quién sería este confesor de la santa. El Padre La Puente opina que era el Padre Baltasar Alvarez, y á lo mismo se inclinan Fr. Francisco de Santa María, Fr. Federico de San Antonio, el Padre Montoya S. J. y otros; pero esto no parece probable, pues el contexto de Santa Teresa da á entender que el hecho pasó á fines de 1557 ó á principios de 1558, y no era todavía entonces sacerdote el Padre Alvarez, que se ordenó en el verano de este último año. Además, tanto la Santa como el Padre Ribera, indican claramente que entre el Padre Prádanos y el Padre Alvarez, hubo otro confesor. Dice la Santa: «Uno de ellos (de los Padres de la Compañía) que antes me ayudaba, con quien me confesaba algunas veces, que no podía el Ministro (Padre Alvarez), comenzó á decir...» cap. XXIX. Y el Padre Ribera, en el capítulo siguiente: «Otro Padre del mismo colegio (Avila) que antes la ayudaba, y la confesaba algunas veces cuando el Padre Baltasar Alvarez no podía, la dijo, etc. El Padre Vandermoere S. J. *Acta Sanctae Teresiae a Jesu.*, n.º 166, después de rechazar como improbable la opinión de Boucher, que permanece indeciso entre los Padres Fernando Alvarez y Antonio Araoz, declara que no puede sacarse en limpio quién era este Padre que aquí se menciona.

(2) Doña Guiomar de Ulloa. Tenía por director espiritual al Padre Baltasar Alvarez é indujo á Santa Teresa á que también se confesara con él. Más adelante la puso en relaciones con San Pedro de Alcántara. Toda su vida fué íntima amiga de la Santa á quien alentó y ayudó poderosamente en la Reforma del Carmen. De esta piadosa y ejemplar señora, que enviudó á los diez y nueve años de su edad, dice el Padre La Puente en la *Vida del Padre Baltasar Alvarez*, cap. IX: «Como tenía buen parecer, era también amiga de ser tenida por tal, y de componerse y andar galana. Comenzó á tratar con el Padre Baltasar, y pudieron tanto con ella sus palabras, que recabaron de ella lo que tenía por casi imposible, que fué olvidarse del mundo y de sus galas y locuras, y entregarse muy de veras al servicio de Nuestro Señor, con cuyo favor alcanzó un gran desprecio de la pompa mudana, dejó los escuderos y criados, y cuando tuvo más edad, se iba sola á las iglesias, llevándose ella debajo del manto un corcho en que sentarse; y por este camino alcanzó no pocas mercedes de Nuestro Señor, cuya propiedad es honrar á los que por su amor se desprecian, y dar los consuelos del cielo á los que renuncian los de la tierra.»

entonces no pequeña dificultad en dejar algunas amistades que convenía dejar, no porque con ellas ofendiese á Dios, sino porque era mucha la afición; y como su natural era tan noble y no había en ellas pecado ninguno, parecía ingratitude dejarlas, y así lo decía á su confesor. El la respondió que lo encomendase á Dios algunos días y que rezase al Espíritu Santo el himno *Veni, creator Spiritus*, para que la diese luz con que conociese cuál era lo mejor. Hízolo así, y habiendo un día estado mucho tiempo en oración, suplicando al Señor la ayudase para contentarle en todo, comenzó el himno, y estándole diciendo la vino de pronto un arrebatamiento (que así llaman en romance, ó arrobamiento, lo que los latinos llaman *raptó*) tal, que casi la sacó de sí, cosa que hasta entonces nunca había tenido. En él oyó estas palabras en lo más adentro de su alma: «*Ya no quiero que tengas conversaciones con hombres, sino con ángeles.*» Fué tan de Dios esta merced, y echóse tanto de ver, que lo que ella en muchos años con cuantas diligencias había hecho nunca había podido acabar consigo haciéndose gran fuerza y perdiendo con ella harto de salud, el Señor de los corazones lo hizo en un punto, y quedó desde entonces tan mudada, que nunca en su vida pudo tener amistad ni consuelo sino con las personas á quien vía quería Dios bien, y le era una penosa cruz tratar con persona que no tratase de oración.

Aquí comenzó Dios á hablarla, y desde ahí adelante era muy ordinario el hacerlo. Y cómo se hagan estas hablas y cómo se conoce si son de Dios ó no, decláralo excelentemente en el capítulo 25 del libro de su vida. No dejaba por eso el demonio de afligirla con miedos, ya que por otra parte no podía. Juntáronse cinco ó seis siervos de Dios, á quien ella daba mucho crédito, y díjola su confesor que todos se determinaban en que aquello que ella tenía en la oración era del demonio, y que no comulgase tantas veces, y procurase distraerse de manera que no tuviese soledad. El mismo confesor, por probarla más, parecía aprobaba lo que ellos decían. Ella, que era entonces muy temerosa y tenía mal de corazón que la ayudaba á serlo, tanto, que aun en una pieza no osaba estar muchas veces sola, fuese de San Gil (que éste es el nombre del colegio de la Compañía de Jesús de Avila) con grandísima aflicción. Después, habiéndola quitado muchos días de comulgar y de recogerse á su soledad, que era todo su consuelo, y no teniendo con quien tratar, porque todos parecía que eran contra ella, aún no la dejaban con esto; porque unos decían al confesor que se guardase de ella, otros que era claro demonio; sólo su confesor la animaba diciendo que, aunque fuese, no ofendiendo ella á Dios, no la podía hacer nada. Ella, viéndose en tantos trabajos, pedía al Señor con grande instancia que la llevase por otro camino, y hacía á otros pidiesen lo mismo. Pero siempre llena de desconsuelo, cuando pensaba en que era posible que el demonio la

hablase, y en esto anduvo casi dos años. Estando, pues, en un oratorio con grandísima congoja, y no habiendo sentido consuelo del cielo ni de la tierra, al cabo de cuatro horas de este trabajo, el Señor, que no estaba olvidado nada de ella, la tornó á hablar allá dentro de su alma, y la dijo: «*No hayas miedo, hija, no temas, que no te desampararé, porque yo soy.*» Con estas palabras se desbarataron en un punto los nublados de dolor y perturbación que escurecían su alma, y vino á ella una luz de seguridad y satisfacción tan grande, que la parecía que contra todos los letrados del mundo pudiera defender que aquello era Dios.

Quedó con aquello su corazón muy blando, y sus ojos como unas fuentes que derramaban arroyos de suavísimas lágrimas, y ella con grande admiración de verse tan trocada. Y perdió desde entonces el miedo á los demonios de tal manera, que tomó una cruz en la mano y los desafiaba diciendo: «Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.» Quedó después de esto tan sosegada, que de allí adelante, aunque los vió algunas veces, no los temía ni hacía caso de ellos, y estimaba esto en tanto, que decía que tenía ésta por una de las grandes mercedes que la había hecho el Señor. De allí adelante, descuidada ya con estas mercedes de Dios de todas las cosas de la tierra, y dejándose toda al gobierno de Dios, iba por el camino de la vida espiritual con la prosperidad y ligereza que va una nao con muy buen viento en popa y con bonanza, que todo cuanto hay parece la ayuda á correr. El Señor iba cada día multiplicando y acrecentando las mercedes, hablándola de muchas maneras y enseñándola verdades altísimas, y mostrándola visiones grandes y suavidad, y todas estas dejaban en su alma unos efectos maravillosos con que iba siempre medrando y mejorándose.

Contara aquí estas hablas y visiones, si la misma Madre no las contara desde el capítulo 25, donde todos las podrán leer, si no fuere por ventura alguna cosa muy notable y que aproveche para seguir la historia que voy contando. Con todo esto no faltaban personas que la ponían miedo, y la decían que todo aquello era del demonio, y que se le antojaba. Movióles á esto ver que en el mismo lugar vivía la madre Maridíaz, cuya santidad era muy conocida y aprobada, y llevábala el Señor por camino más ordinario sin estas hablas y visiones; como si hubiera sólo un camino por donde Dios lleva las almas, ó no hubiera llevado á muchos santos y santas por este por donde llevaba á la Madre Teresa de Jesús. Ella, que tenía buenas y seguras prendas del soberano huésped que la visitaba, junto con la aprobación de los Padres dichos, no se turbaba ya por eso como antes, sino decíales que este gran Señor la dejaba joyas en las manos en señal de su amor, que ella antes no tenía, y se veía rica siendo ella muy pobre, y que ella veía, y á los que la confesaban era muy manifiesto, cuán tro-

cada y mejorada estaba su alma, y que así no podía creerlo aunque quisiese, ni se persuadía que el que quería llevar las almas al infierno, tomase para eso medio tan contrario como apartarla de los pecados y poner en ella virtudes y fortaleza. Esto mismo respondía á otras personas aquel Padre de la Compañía de Jesús con quien ella se confesaba, y él solo volvía por ella. Había bien menester este Padre la virtud que tenía para sufrir tantas cosas como venían á él. Decíanle que se guardase de ella, no le engañase el demonio creyéndola algo de lo que decía, y trayéndole ejemplos de otras personas que habían parado en grandes ilusiones (1). Y personas que la trataban y deseaban el bien de su alma, preguntábanla cosas, á que ella respondía con llaneza, ó decía algo con descuido, y decían que les quería enseñar, y que se tenía por sabia, y no les parecía buena señal. Una falta que en ella viesan, por pequeña que fuese, les hacía que lo condenasen todo, y con todo esto iban al confesor. Él la animaba y sosegaba y la mandaba que no le callase nada; pero la humildad que él tenía causó grandes trabajos á la Madre, porque él siempre era de parecer que aquello era de Dios, y el ver á personas de letras y espíritu que decían lo contrario, le hacía andar en alguna manera dudoso, temiendo no hiciese mal en guiarse de su parecer más que del de tantos. En tres años pasaron él y ella harto con estas y otras cosas semejantes que cada día salían, y persecuciones y cosas que sin propósito la levantaron, que luego con todo esto iban al confesor. Pero lo que más sentía la Madre era la contradicción de personas que veía eran siervos de Dios; y fué tanto lo que por esta vía padeció, que decía ella después, que aunque había pasado en su vida grandísimos trabajos, ninguno había sido mayor que éste (2). Llegó la cosa

(1) En efecto, hubo por aquel entonces muchas ilusas é hipócritas en España y fuera de ella, como puede verse en Menéndez Pelayo, *Heterodoxos*, t. II, pág. 521 y sigs.

(2) Véase con qué sencillez y naturalidad encantadoras refiere ella misma todas estas peripecias: «Mi confesor, como digo (que era un padre bien santo de la Compañía de Jesús), respondía esto mismo, según yo supe. Era muy discreto, y de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarreó á mí hartos trabajos, porque con ser de mucha oración y letrado, no se fiaba de sí, como el Señor no le llevaba por este camino: pasólos harto grandes conmigo de muchas maneras. Supe que le decían, que se guardase de mí, no le engañase el demonio con creermelo algo de lo que le decía; traíanle ejemplos de otras personas; todo esto me fatigaba á mí. Temía que no había de haber con quien me confesar, sino que todos habían de huir de mí: no hacía sino llorar. Fué providencia de Dios querer él durar y oírme, sino que era tan gran siervo de Dios, que á todo se pusiera por Él; y así me decía, que no ofendiese yo á Dios, ni saliese de lo que él me decía, que no hubiese miedo me faltase: siempre me animaba y sosegaba. Mandábame siempre que no le callase ninguna cosa: yo así lo hacía.

El me decía que haciendo yo esto, aunque fuese demonio, no me haría daño, antes sacaría el Señor bien del mal, que él quería hacer á mi alma; procuraba perfeccionarla en todo lo que podía. Yo, como traía tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfectamente; que harto pasó conmigo tres años y más que me confesó, con estos trabajos; porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas

tan adelante, que hubo más de uno que la quiso conjurar como á endemoniada, y de esto poco se le daba á ella: lo que más sentía era lo que acabo de decir, de aquella tan grande y tan larga contradicción de gente tan buena, y el ver algunas veces que los confesores venían con miedo á confesarla, y temer que había de venir á tiempo que no hallase quien la quisiera confesar. Mas no bastaba todo esto para que á ella la pesase de tener aquellas celestiales visiones, que eran tales que sólo una de ellas no trocara por todos los bienes y deleites que puede haber en el mundo.

hartas que permitía el Señor me juzgasen mal, y muchas estando sin culpa, con todo venían á él, y era culpado por mí, estando él sin ninguna culpa. Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad, y el Señor que le animaba, poder sufrir tanto, porque había de responder á los que les parecía iba perdida, y no le creían; y por otra parte habláme de sosegar á mí, y de curar el miedo que yo traía, poniéndomele mayor, me había por otra parte de asegurar; porque á cada visión, siendo cosa nueva, permitía Dios me quedasen después grandes temores: todo me procedía de ser tan pecadora yo, y haberlo sido. El me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera á sí mismo, no padeciera yo tanto, que Dios le daba á entender la verdad en todo, porque el mismo Sacramento le daba luz, á lo que yo creo.

Los siervos de Dios, que no se aseguraban, tratábanme mucho: yo, como hablaba con descuido algunas cosas que ellos tomaban por diferente intención (yo quería mucho al uno de ellos, porque le debía infinito mi alma, y era muy santo: yo sentía infinito de que veía no me entendía, y él deseaba en gran manera mi aprovechamiento y que el Señor me diese luz) y así lo que yo decía, como digo, sin mirar en ello, parecíales poca humildad: en viéndome alguna falta, que verían muchas, luego era todo condenado. Preguntábanme algunas cosas, yo respondía con llaneza y descuido: luego les parecía les quería enseñar, y que me tenía por sabia; todo iba á mi confesor, porque cierto ellos deseaban mi provecho: él á refirme.

Duró esto harto tiempo, afligida por muchas partes; y con las mercedes que me hacía el Señor, todo lo pasaba. Digo esto para que se entienda el gran trabajo que es no haber quien tenga experiencia en este camino espiritual, que á no me favorecer tanto el Señor, no sé qué fuera de mí. Bastantes cosas había para quitarme el juicio, y algunas veces me veía en términos que no sabía qué hacer, sino alzar los ojos al Señor; porque contradicción de buenos á una mujercilla ruin y flaca como yo y temerosa, no parece nada así dicho, y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es éste de los mayores. Plega al Señor, que yo haya servido á su Majestad algo en esto, que de que le servían los que me condenaban y argüían, bien cierta estoy, y que era todo por gran bien mío. *Vida* cap. XXVIII.

CAPÍTULO XI

De cómo por obedecer á los confesores resistía á las mercedes de Dios, y el Señor se las hacía mayores; y de la verdad de una gran visión que tuvo

De tal manera la dejaba el Señor en estas congojas, que no se olvidaba de consolarla y asegurarla con las palabras que dentro de su alma la hablaba maravillosamente, y con irla siempre acrecentando mucho el amor. Ella, que se sentía tan favorecida del Señor, íbase á quejar de todas estas cosas á Él, y descansaba con Él, diciéndoselo todo con una gran ternura de amor, y siempre salía consolada de la oración y con muchas fuerzas para padecer. A los demás no osaba decir nada, porque todo lo atribuían á falta de humildad; todo lo trataba con su confesor, el que entonces tenía en la misma Compañía de Jesús, y él la consolaba y animaba mucho. Este era el Padre Maestro Baltasar Alvarez (1), gran siervo de Dios, y muy avisado y

(1) Moraba el Padre Baltasar Alvarez en aquel Colegio desde principios de 1557. Era natural de la villa de Cervera, obispado de Calahorra en donde nació el año de 1533, de padres nobles. Entrado en la Compañía en 1555, empezó su noviciado en Simancas y lo terminó en Avila donde hizo los votos del bienio en 1557, ordenándose de sacerdote al año siguiente, y recién ordenado tomó bajo su dirección espiritual á Santa Teresa, contando él solos 25 años de edad. Dirigió á la Santa Madre por espacio de seis años, con tanto celo y discreción, que la Santa asegura que fué el que más la aprovechó. «Tenía yo, dice, un confesor que me mortificaba mucho, y algunas veces me afligía y daba gran trabajo, porque me inquietaba mucho, y era el que más me aprovechó, á lo que me parece: y aunque le tenía mucho amor, tenía algunas tentaciones por dejarle, y parecíame me estorbaban aquellas penas que me daba de la oración. Cada vez que estaba determinada á esto, entendía luego que no lo hiciese, y una reprensión, que me deshacía más que cuanto el confesor hacía.» (*Vida*, cap. XXVI.)

A principios de 1566, enviáronle á Medina del Campo donde ayudó poderosamente á la Santa en la fundación del segundo monasterio de Descalzas en 1567. Desempeñó sucesivamente los cargos de Maestro de novicios, Rector de varios colegios, Vice Provincial, Visitador de la Provincia de Aragón y Provincial de la de Toledo, muriendo santamente en el Colegio de Belmonte el 25 de Julio de 1580, á los 45 años de su edad y 25 de Compañía. Al saber su muerte Santa Teresa,

de mucho conocimiento de cosas espirituales, que entonces era Ministro en aquel colegio de San Gil; y algunos años después, habiendo servido mucho á Nuestro Señor, porque era hombre de gran oración y mortificación, y habiendo hecho harto provecho á los de su religión y á los de afuera, porque era poderoso en la palabra, y la metía en los corazones, y tenía gran destreza en encaminar las almas á Dios, murió santamente como había vivido, en el colegio de Belmonte, siendo Provincial de la provincia de Toledo. Este Padre fué el que más la ayudó, porque la ejercitó mucho en la mortificación, y tanto, que estuvo muchas veces tentada de dejarle; porque algunas la afligía mucho; pero siempre que á esto se determinaba, sentía en su alma que la decían no lo hiciese, y juntamente una gran reprehensión, y ella le cobró grande amor, y riéndose me decía después á mí: «A este mi Padre, aunque es mal acondicionado, mucho le quiero.» Mal acondicionado decía que era, porque siempre la mortificaba, y lo mismo hacía entonces con la madre Maridíaz, gran ejemplo de santidad y muestra de las maravillas que hace Dios en las almas que de veras se le entregan. Y aunque el P. Baltasar Alvarez tenía en las cosas de espíritu ciencia y experiencia, la Madre Teresa de Jesús volaba tan alto, que hubo menester darse buena prisa para poderla alcanzar. Acuérdomé que estando yo con él una vez en Salamanca, y hablándose allí de diversos libros espirituales y del provecho de cada uno de ellos, dijo él: «Todos estos libros leí yo para entender á Teresa de Jesús.» Yendo, pues, creciendo las visiones, otro Padre del mismo

rompió en amargo llanto, asegurando que la Iglesia había experimentado aquel día una gran pérdida. Tres meses antes, el 8 de Abril, escribía la Santa á Doña Isabel de Osorio: «Dícenme estará ahí presto, si no lo está ya, un provincial, que ahora han hecho en esa provincia de la Compañía. Sepa V. M. que es de los mayores amigos que tengo: hame confesado algunos años, procure V. M. hablarle, que es un santo.» Y el 4 de marzo de 1581, escribiendo á la Ilma. Señora Doña Ana Enríquez, le decía: «Para cosas del alma hallo soledad, porque no hay aquí ninguno de la Compañía, de los que conozco. A la verdad, en todo cabo la hallo, que con estar lejos nuestro santo (el Padre Baltasar), parece me hacía compañía, porque aun por cartas podía comunicar algunas cosas.» El Padre La Puente nos ha conservado un fragmento de una carta del Padre Alvarez á Santa Teresa de Jesús. (Cfr. La Puente, *Vida del Padre Baltasar Alvarez*, S. J.)

Después de lo dicho, no puede menos de sonreírse uno al leer lo que H. Joly, hablando de los confesores de Santa Teresa, ha escrito recientemente: «¿Qué sacamos en limpio, dice, de los textos citados? Sencillamente, que el método ordinario, tan calculado, tan hábil, tan fino y tan práctico que sigue la Compañía, al parecer no conviene á todos. Santa Teresa tal vez, y sin tal vez, lo hubiera recomendado á muchas almas, á no haberse ocupado ella en intereses espirituales de otro género. (*Sainte Thérèse*, cap. X, pág. 229.) Lo peor es que el método ordinario más adelante parece contradecir lo que poco antes había afirmado. Une supérieure de Carmélites, dice, m'écrit que, dans son ordre, «les âmes conduites par des voies plus particulièrement spirituelles trouvent chez les jésuites des directeurs aussi sûrs et aussi larges qu'elles peuvent le souhaiter» (*Ibid.* pág. 233, nota 1). Una superiora carmelita me escribe que en su orden, «las almas que andan por vías muy espirituales hallan en los jesuitas, directores tan seguros y holgados como pudieran desearlos».

colegio, que antes la ayudaba y la confesaba algunas veces cuando el Padre Baltasar Alvarez no podía, la dijo que claramente era el demonio y que, ya que ella no podía resistir, se santiguase á lo menos cuando algo viese, y diese higas, porque era el demonio, y con esto dejaría de venir. Terrible cosa fué ésta para ella, porque tenía para sí por averiguado que era Dios; pero era tan grande su obediencia, que cuanto la mandaban hacía. Ella, con muchas lágrimas, pedía al Señor no consintiese que fuese engañada, y encomendábase á los gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo, con quien tenía gran devoción porque la primera vez que vió á Jesucristo Nuestro Señor, fué en la fiesta de ellos, y el Señor la prometió que ellos la guardarían para que no fuese engañada, y muchas veces le veía muy claramente á su lado con una manera de visión más alta que la ordinaria. Cuando tenía estas visiones, era imposible dudar que fuese Dios; pero por hacer lo que la mandaban, daba higas, aunque esto no todas veces, porque la era penosísimo, sino santiguábase; y cuando se cansaba de santiguarse, tomaba una cruz en la mano para cumplir su obediencia. Pero al mismo contra quien esto hacía, estaba pidiendo perdón por otra parte de aquello, diciendo que lo hacía por obedecer á sus ministros, que estaban en su lugar. El Señor la respondió que hacía bien en obedecerles, y que él haría que se entendiese la verdad, como después la entendieron ellos bien y se desengañaron. Estando un día en esto, y ella con la cruz en la mano, que la traía en el rosario, el Señor, que no se espantaba nada de la cruz, se la tomó y se la tornó después á dar, pero muy de otra manera que la había tomado, porque parecía hecha de cuatro piedras grandes y muy ricas, más que diamantes, sin comparación, y en una de ellas estaban las cinco llagas de muy graciosa hechura, y díjola que así vería la cruz de allí adelante. Y así fué, porque ella no veía la madera de que ella fué hecha, sino estas piedras; pero sólo ella las veía, que á los demás de la misma manera que antes les parecía.

Así aconteció á Santa Catalina de Sena, como cuenta Fray Raimundo y San Antonino (1), que la metió el Señor en el dedo un anillo de oro y perlas, y se le quedó en el dedo; pero sólo ella lo veía, y no los demás. A Santa Cecilia, como lo cuenta en su vida Simeón Metafrastes, la trujo el Angel dos guirnaldas del Paraíso muy hermosas, y no las podía ver nadie sino ella y su esposo Valeriano.

Santa Gertrudis cuenta (2) que pidiendo ella señal al Señor de una gran promesa que la hacía, la mostró su corazón, y ella metió la mano en él, y sacándola después, vió en sus dedos siete círculos

(1) *Chron.*, 3 p. tit. XXIII, c. XIX, §. VI.

(2) Lib. II, c. XXI. Véase Amort, *De Revelationibus, visionibus, etc.*, part. II, n. VIII, §. LIII, donde, con gran copia de erudición, trata todo lo referente á las revelaciones de Santa Gertrudis.

de oro como siete anillos, en cada dedo uno y en el de en medio tres. Así, San Clemente papa y mártir vió un cordero que con un pie alzado le mostraba la fuente; y estando tantos cristianos con él ninguno de ellos lo vió sino él, como lo cuenta en su vida Simeón Metafrastes. Así que, no es cosa nueva hacer Dios mercedes á sus siervos, que ellos solos las gocen y otros no las pueden ver. Estando el glorioso San Martín en su iglesia para decir misa, habiendo gran muchedumbre de gente en ella, apareció sobre su cabeza una como bola de fuego, la cual vieron solamente una virgen y un presbítero y tres monjes, como lo cuenta Sulpicio Severo en el diálogo segundo de la vida del mismo santo.

Esta cruz la sacó después con grandes ruegos y con buena disimulación, como que sabía lo que había en ella, su hermana doña Juana de Ahumada, que ahora vive en Alba, y hoy día la tiene en su poder, y á mí me la ha mostrado algunas veces, y tenía la, como es razón, por un gran tesoro. Es de cuatro cuentas bien largas de ébano, como las que ordinariamente se ponen en los extremos de unos rosarios muy grandes que se usan. En el Monasterio de dentro de Alba está una señora que se llama doña Magdalena de Toledo, tía de don Francisco de Fonseca, señor de Coca y Alaejos, que estuvo ciega de cataratas, y se curó y cobró la vista, pero quitósele después súbitamente tres veces, y yendo á visitar á doña Juana de Ahumada después de la muerte de la Madre, ella mostró esta cruz, y doña Magdalena la puso sobre los ojos, y desde aquel punto nunca más perdió la vista, como ella lo dice á todos cuantos se lo preguntan, y aun lo dió firmado de su nombre al P. Fr. Nicolás de San Cirilo, Prior que era entonces del Monasterio de Manzera de los Descalzos Carmelitas (1).

En fin, las visiones y las demás mercedes de Dios, no cesaban por esto, antes iban creciendo, y en queriéndose divertir, nunca salía de oración. Las veces que vió á Cristo Nuestro Señor fueron muchas, y las más veces le veía resucitado y glorioso. Yo he visto dos pequeñas imágenes que la Santa Madre traía consigo, una del Señor resucitado y otra de Nuestra Señora, que pintó Juan de la Peña, Racionero de Salamanca, que después murió religioso de la Compañía de Jesús. Hizoselas pintar la Madre conforme á las figuras que en su memoria quedaron impresas de las visiones que tuvo, y estaba ella allí delante y le decía lo que había de hacer, y salieron las imágenes tales, que aunque la industria de todos los pintores no basta á igualar ni con gran parte la hermosura de lo que en semejantes visiones se ve, nunca creo yo hizo él cosa que á estas llegase, y especialmente la de Nuestra Señora es graciosísima. Yo he visto muchas tablas suyas, pero á mi juicio había tanta diferencia de estas dos á las demás,

(1) No se sabe á punto fijo el paradero de esta cruz tan interesante. Unos dicen que la poseen las Carmelitas de Valladolid, otros que las de Madrid.

que con dificultad pudiera yo creer que ellas eran del Racionero, si no me lo dijera quien lo sabía bien. El Cristo está en poder de la duquesa de Alba, y un retrato sacado de éste tiene la condesa de Alba de Aliste. La de Nuestra Señora tiene un Padre muy siervo de Dios de los Descalzos Carmelitas.

No se contentó el Señor con esto, sino por dar más á entender que lo que en su sierva se veía no era del demonio, sino suyo, como la había prometido que lo haría, encendió de presto en su corazón un fuego tan grande de amor de Dios y tan alto, que se abrasaba y moría de deseo de verle, y no cabía en sí, y verdaderamente parecía que el alma se le arrancaba. Andaba herida y como muriendo con una muerte más dulce que cualquier vida de acá, y ni podía desear que se le sanase aquella llaga, ni trocara aquel tormento por todos los deleites del mundo. Acordábase muchas veces de lo que decía David: «Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi alma te desea á ti, Dios» (1), porque lo veía claramente cumplido en sí.

Vió en este tiempo algunas veces una maravillosa y divina visión. Veía cabe sí al lado izquierdo un ángel en forma corporal, pequeño, de muy hermoso rostro, y tan encendido, que á ella le parecía debía ser de los Serafines, que todos se abrasan en amor. Tenía en las manos un dardo de oro largo, y al cabo del hierro parecía que tenía un poco de fuego, y con él la hería en el corazón; y cuando le sacaba, juntamente parecía que la sacaban las entrañas, y la dejaba toda abrasada en amor de Dios. El dolor era tan grande, que la hacía dar unos pequeños gemidos, que para darlos grandes no tenía fuerzas, y la suavidad que en el alma ponía aquel dolor, era tan crecida, que no podía desear que se le quitase el dolor ni contentarse con menos que Dios (2).

(1) Psalm, XLI, 2.

(2) Hay que leer las mismas palabras con que la sublime mística Doctora narra esta maravillosa visión. «Veía, dice, un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver, sino por maravilla; aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada, que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese así; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman Querubines, que los nombres no me los dicen, mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun hartó. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.» *Vida*, cap. XXIX.

Según la opinión más probable recibió la Santa Madre este favor extraor-

Los días que esto la duraba andaba como fuera de sí: no quisiera ver ni hablar, sino gozar de aquella sabrosa pena, que para ella era mayor gloria que cuantas hay en lo criado. Después la vinieron muchos y grandes raptos ó arrobamientos, que aun estando entre gen-

dinario á los 44 años de su edad, ó sea, en 1559. Con este motivo escribió la preciosa canción que sigue:

En las internas entrañas
Sentí un golpe repentino:
El blasón era divino,
Porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fui herida,
Y aunque la herida es mortal,
Y es un dolor sin igual,
Es muerte que causa vida.
Si mata, ¿cómo da vida?
Y si vida ¿cómo muere?
¿Cómo sana cuando hiere,
Y se ve con él unida?
Tiene tan divinas mañas,
Que en un tan acerbo trance,
Sale triunfando del lance,
Obrando grandes hazañas.

Dice el Padre Fray Manuel de Traggia (*La mujer grande: vida meditada de Santa Teresa...* t. II, p. 122, Madrid 1807), que «en el año 1700 se halló en las monjas Carmelitas Descalzas de Sevilla esta canción, que parece ser de la Santa; aunque en 1806 se buscó y no se halló.» Tanto los conceptos como el estilo y corte de la composición parecen de Santa Teresa.

En el altar mayor de la Iglesia de las Carmelitas Descalzas en Alba de Tormes, se ve el corazón de la endiosada Teresa, con la herida que recibió en aquella ocasión, encerrado en un cristal de la misma forma, que por dos veces ha estallado ya, como incapaz de resistir á la presión interna de aquel apagado volcán de amor.

Benedicto XIII concedió á las Carmelitas Descalzas en 25 de Mayo de 1726, celebrar la fiesta de la Transverberación del corazón de Santa Teresa, con oficio propio: en 1733 se hizo extensiva esta concesión á todos los dominios de España.

Benedicto XIV, en su Breve *Domini gregis* de 8 de Agosto de 1744, concedió á perpetuidad indulgencia plenaria á todos los fieles que visitaren las iglesias del Carmen, desde las primeras vísperas de la Transverberación hasta la puesta del sol del día de la fiesta, que se celebra el 27 de Agosto.

Mr. L. F. Alfredo Maury, en su *Essai sur les pieuses légendes du moyen âge*, (París 1843), ignorando ó aparentando ignorar lo que refiere la Santa en el cap. XXIX de su vida y el juicio que sobre este hecho maravilloso ha formulado la Iglesia y la verdadera crítica histórica, atribuye al pintor Alonso Cano el haber pintado el corazón de Santa Teresa traspasado con una flecha, y, con una ligereza impropia de un escritor formal, dice que de aquí vino el tomar por realidad lo que sólo es alegoría.

«El corazón de la Santa, dice el Dr. Don Robustiano Boada en un informe que dió sobre él, se halla intacto, viéndose bien clara y distintamente la herida de la transverberación.»

Sobre las excrecencias ó espinas que se han observado en la parte inferior de dicho corazón de que tanto se habló años atrás, véase la Relación que las religiosas del convento de la Anunciación de Alba de Tormes, enviaron al Procurador General de su Orden en Roma, fecha del 5 de Junio de 1870, y el Dictamen facultativo que sobre el asunto dieron el 23 de Julio de 1872, los Profesores en medicina y cirugía de la Universidad de Salamanca, Dr. Manuel Elena, Lic. Domingo Sánchez, y Lic. Miguel Sánchez Teruel (Apéndice).

tes, y deseándolos harto encubrir, no era posible resistirlos, y después que los comenzó á tener no sentía ya tanto de esta pena.

Acerca de esta visión del serafín ó ángel, será menester decir alguna cosa, así por ser ella más extraordinaria que otras, como porque hay hombres que apenas se persuaden á creer, en estas cosas espirituales, lo que ellos no han probado y visto en sí; y acontece algunas veces hacer conversación y burla de cosas, que les habían de mover á maravillarse de la bondad de Dios y alabarle mucho, porque tanto se ha querido comunicar á sus criaturas.

Mas porque en el capítulo segundo de este libro hablé en general de las revelaciones de la Madre Teresa de Jesús y del crédito que se les debe dar, diré ahora solamente lo que toca á esta visión presente.

Supuesto, pues, el crédito que se debe á persona tan santa y de tanta verdad, decir que esto que cuenta es antojo suyo, tampoco lleva camino, porque quien tanta experiencia tenía ya de estas cosas, y de las del espíritu contrario, y que también lo echó de ver tres ó cuatro veces que este enemigo la habló, queriéndose transformar en ángel de luz, no podía fácilmente ser engañada. Y si una vez hubiera tenido esta visión del serafín, más ocasión hubiera para poner en ella alguna duda, los que en todo la quieren poner; pero habiendo sido muchas veces y muy de propósito, ¿cómo se había de engañar? Temerosa era ella, y no se creía fácilmente, y en cosas claras muchas veces ponía duda, y ésta cuéntala como la habemos contado, sin reparar en ella, ni poner ninguna manera de duda. Y no escribió esta visión el día que la tuvo, sino algunos años después, habiéndolo mirado y considerado muchas veces y entendiendo bien que no se engañaba. Y no se haber engañado, cuando otra cosa no hubiera, ¿no se echa bien de ver por los efectos que siempre en ella dejaba esta visión de abrasarla en amor de Dios y quedarla en el alma un gran dolor, con una no menor suavidad y gran deseo de Dios, y no se poder contentar con menos que Dios? Querría saber de estos nuevos académicos, por qué razón no quieren creer sino lo que tocan ó ven, y en todos los demás favores que Dios hace á las almas, por lo menos ponen duda; pues Dios es el que lo hace aquí todo: ¿en qué cosa de Dios quieren poner tasa? ¿en su poder ó en su bondad? Si en el poder no se puede poner, porque es todopoderoso, ¿por qué la quieren poner en la bondad, pues no es menor que el poder? ¿Por qué no creerán que con las almas que se disponen mucho mejor que ellos, hará la bondad de Dios mucho más que con ellos? Si no saben qué cosa es esto, hagan lo que hicieron y trabajen por Dios lo que trabajaron los que lo saben, y sabránlo ellos también. ¿Por ventura será Dios corto en hacer mercedes á las almas santas, como ellos lo son en creerlas? A lo menos asegurariales yo á éstos (como muchas veces suele decir la misma

Madre), que quien no creyere que el Señor hace estas semejantes y mayores mercedes á las almas que enteramente se le dan, no las verán por su casa.

A quien ha pasado por algo de esto y ha comenzado á gustar de veras que es suave el Señor, nada de esto se le hace duro de creer, como no se hicieron duras las cosas que la Madre cuenta de sí al P. Francisco de Borja, con quien primero las comunicó, ni al santo Pedro de Alcántara, ni al Maestro Avila, á quien envió todo lo que escribió de su vida en ese libro, y él lo aprobó, como lo diremos en su lugar. Pues los que no tienen de esto experiencia, ¿para qué se meten en lo que no saben, que es como juzgar los ciegos de los colores? ¿Es cosa nueva ésta, y que jamás se haya visto? ¿Cuántas semejantes están escritas de los santos, y creídas y recibidas de los hombres que son cuerdos, ó que tienen algún conocimiento de la infinita bondad de Dios? ¿Qué dirán éstos de lo que escribió en la vida de Santa Catalina de Sena Fr. Raimundo, confesor de la misma virgen, y después de él San Antonino (1), que tuvo una vez tanto amor de Dios, que estuvo cuatro horas su alma fuera de su cuerpo viendo soberanas visiones? Los mismos cuentan, y en los mismos lugares, que estando la santa virgen rogando al Señor que la quitase su corazón y su voluntad y la diese corazón y voluntad conforme á Él, la pareció que venía el Señor y la abría el costado izquierdo y la sacaba el corazón y se le llevaba, y que andaba sin corazón, hasta que otro día vino el Señor y la tornó á abrir el mismo costado y la puso un corazón muy lindo que traía en las manos. Y no era canonizada Santa Catalina, cuando leyó esto San Antonino, y lo creyó y lo escribió. Tampoco lo era el Abad Sereno, y cuenta de él Casiano en las Colaciones (2) que, habiendo él alcanzado de Dios la castidad del alma, pidió también con instancia la del cuerpo, y tuvo una noche esta visión: Vino á él un ángel, y parecía como que le abría el vientre y le arrancaba de allá dentro una hinchazón encendida de carne, y la echaba á mal; y después, tornándole á poner el cuerpo como antes estaba, le dijo que de allí adelante tenía en el cuerpo perpetua limpieza.

Y no es muy diferente de esta otra cosa que San Gregorio (3) cuenta del Abad Equitio, á quien en visión apareció un ángel, y haciéndole eunuco, quitó de su cuerpo todos los malos movimientos por toda su vida. El mismo efecto hizo San Juan Bautista en el alma y cuerpo de un santo presbítero, signándole tres veces en el vientre con la señal de la Santa Cruz, como lo cuenta Sofronio, Patriarca de Jerusalén, en aquel antiguo y muy autorizado libro que llamó *Prado*

(1) *Chron.*, 3 p., tit. XXIII, cap. XIX, s. X.

(2) *Collat.* VII, cap. II.

(3) *Didl.* lib. I, cap. IV.

Espiritual (1). Santa Gertrudis (2) cuenta dos veces que la imprimió el Señor sus cinco llagas dentro de su corazón. Y en otras dos del mismo libro (3) dice que la hizo una llaga en el corazón. Santa Angela de Fulgino (4) dice que la mandó Cristo Nuestro Señor que pusiese la boca en la llaga de su costado, y la parecía que teniéndola puesta allí, bebía la sangre que del costado del Señor estaba manando. La misma Santa Gertrudis vió á Cristo Nuestro Señor con una saeta de oro en la mano, con que la pasó el corazón, y se le hirió de manera que nunca tornó á la sanidad primera, que es casi lo mismo que ahora contamos. En otra parte (5) se escribe que la pidió Nuestro Señor su corazón, y ella se lo dió muy de buena gana, le tomó el Señor y le juntó con el suyo. Y otras hay que de otros santos se cuentan, porque el poder y bondad de Dios y los regalos que hace á sus siervos, pasan muy adelante de adonde los entendimientos cortos de los hombres pueden llegar. Así que, quede también esto dicho para lo que adelante se hubiere de contar, y prosigamos nuestra historia.

(1) Cap. III.

(2) Lib. II, cap. IV y XXIII.

(3) Cap. V y XXIII.

(4) Véase el extenso estudio de Eus. Amort sobre las revelaciones de Santa Angela de Foligno, en la obra arriba citada, n.º X.

(5) Lib. III, cap. LXVII.

CAPITULO XII

De cómo dió cuenta al Padre Fray Pedro de Alcántara y la aseguró ser espíritu de Dios, y de muchas tentaciones con que fué fatigada

Estando ella por las visiones que habemos dicho en gran duda, y no sabiendo cómo se pudiese compadecer un gran dolor espiritual con tan extraña suavidad en el mismo espíritu, y viendo que no bastaba para resistir á los dones de Dios, y que no la entendían, y estando por todo esto muy penada, consolóla Nuestro Señor Jesucristo en gran manera con la venida del santo Fray Pedro de Alcántara (1),

(1) Y ¡qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito fray Pedro de Alcántara! No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre de este tiempo era, estaba grueso el espíritu, como en los otros tiempos, y así tenía el mundo debajo de los pies; que aunque no anden desnudos, ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña, cuando ve ánimo. ¡Y cuán grande le dió su Majestad á este santo que digo, para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben! Quiero decir algo de ella, que sé es toda verdad. Díjome á mí, y á otra persona, de quien se guardaba poco (y á mí el amor que me tenía era la causa, porque quiso el Señor le tuviese para volver por mí, y animarme en tiempo de tanta necesidad, como he dicho y diré), paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sola hora y media, entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios de vencer el sueño, y para esto estaba siempre, ó de rodillas, ó en pie. Lo que dormía era sentado, y la cabeza arrimada á un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga que cuatro pies y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestido, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mesmo encima. Decíame que en los grandes fríos se le quitaba, y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que con ponerse después el manto y cerrar la puerta contentaba al cuerpo, para que sosegase con más abrigo. Comer á tercero día era muy ordinario. Y díjome, que ¿de qué me espantaba? Que muy posible era á quien se acostumbraba á ello. Un su compañero me dijo, que le acaecía estar ocho días sin comer. Debía ser estando en oración, porque tenía

Comisario que era entonces de los Padres Descalzos del glorioso Padre San Francisco. Entonces doña Guiomar de Ulloa, que sabía mucho de sus cosas y la quería mucho, pidió licencia al Provincial del Carmen y trájola á su casa, y así se dió orden para que la Madre, á veces en casa de doña Guiomar, á veces en algunas iglesias, pudiese hablar y dar cuenta de sí á este santo varón. Y aunque ella entonces no sabía declararse en estas cosas tan espirituales, él, como era de grandísima penitencia y oración, luego la entendía, y díola mucha luz, y aseguróla mucho, tanto, que la dijo que estuviese tan cierta que aquello era espíritu de Dios, que si no era la fe, no había cosa más verdadera, ni que él creyese más. Y como conoció bien lo que Dios tenía puesto en aquella alma, y la gran disposición que en ella había, para que fuese cada día poniendo más; cobróla mucho amor, y desde allí adelante la escribía y comunicaba mucho, y la rogaba que le encomendase á Dios. Díjola que había pasado uno de los mayores trabajos de la tierra, que era contradicción de buenos; pero que la quedaba aún harto por pasar. Y habló al Padre Baltasar Alvarez para acabarle de asegurar que era aquel espíritu de Dios, y á Francisco de Salcedo, que era el que más la amaba, y el que más guerra la hacía, teniendo él siempre para sí que iba engañada, y tanto, que aun no bastó lo que el Santo Fray Pedro le dijo para que lo creyese del todo; pero fué todavía parte para que no la afligiese tanto. Con todo eso, aunque quedó muy consolada, revolvía algunas veces sobre

grandes arrobamientos é ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fuí testigo. Su pobreza era extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo, que le había acaecido estar tres años en una casa de su Orden, y no conocer fraile, sino era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y así á las partes que de necesidad había de ir, no sabía, sino íbase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos.

A mujeres jamás miraba; esto muchos años. Declame que ya no se le daba más ver, que no ver; mas era muy viejo cuando le vine á conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle. En éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento. Otras cosas muchas quisiera decir, sino que he miedo dirá vuesa merced que para qué me meto en esto, y con él lo he escrito. Y así lo dejo, con que fué su fin como la vida, predicando y amonestando á sus frailes. Como vió ya se acababa, dijo el salmo de *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi*, é hincado de rodillas murió.

Después ha sido el Señor servido yo tenga más en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Hele visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera que me apareció, que bienaventurada penitencia, que tanto premio había merecido! y otras muchas cosas. Un año antes que muriese me apareció estando ausente, y supe se había de morir, y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando expiró me apareció, y dijo como se iba á descansar. Yo no lo creí; y díjelo á algunas personas, y desde á ocho días vino la nueva cómo era muerto, ó comenzado á vivir para siempre, por mejor decir. Héla aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria: paréceme que mucho más me consuela que cuando acá estaba. Díjome una vez el Señor, que no le pedirían cosa en su nombre, que no la oyese. Muchas que le he encomendado pida al Señor, las he visto cumplidas. Sea bendito por siempre. Amén. Tal fué el magnífico elogio que la seráfica doctora tejió, con ocasión de la preciosa muerte de aquel gran Santo. (*Vida*, cap. XXVII).

ella la tentación del demonio y el vano temor, y obscurecía el entendimiento, y henchía de dudas y de sospechas vanas. Parecía que quizá no lo había sabido decir, ó no había sabido entender lo que el Santo Fray Pedro la había dicho, y que bastaba que ella anduviese engañada, sin engañar á los siervos de Dios, porque para afinarla más, quería el Señor que fuese bien probada en el fuego de la tribulación, y no de cualquier tribulación, sino de la mayor pena que en el mundo la podía dar, y acontecía durar con esta furia la tentación, una y dos y tres semanas, pareciéndola siempre que se estaba ahogando. Otras veces ponía los ojos en su vida pasada, y parecía que á todos los traía engañados, y iba á sus confesores y deciales que mirasen no les engañase. Con estos temores y aflicciones, y con otras muchas maneras de tentaciones, quiso el Señor fuese bien ejercitada, como quien había de ser Madre de tantas hijas y había de ayudar á tantas almas. Y aun por medio de sus confesores también la ejercitaba, porque, estando ella muchas veces con grandes trabajos de cuerpo y alma, é yendo á ellos á buscar algún alivio, la reñan mucho, y la decían palabras muy secas y ásperas, tanto, que ellos mismos se espantaban después, porque deseaban antes consolarla viendo la grande necesidad que tenía, y aun á veces les venía escrúpulo de haberla hablado así, y decían que no era más en su mano (1). Con estas

(1) Todas estas torturas interiores, referidas sucintamente por el autor, las describe la mística Doctora, con una clarividencia y profundidad psicológica que pasman, en el cap. XXX, car. ord. *de su Vida*.

«Fué el Señor servido, dice, remediar gran parte de mi trabajo, y por entonces todo, con traer á este lugar al bendito fray Pedro de Alcántara, de quien ya hice mención, y dije algo de su penitencia; que, entre otras cosas, me certificaron que había traído veinte años cilicio de hoja de lata continuo. Es autor de unos libros pequeños de oración, que ahora se tratan mucho de romance, porque como quien bien lo había ejercitado, escribió harto provechosamente para los que la tienen. Guardó la primera regla del bienaventurado san Francisco con todo rigor, y lo demás que allá queda algo dicho. Pues como la viuda sierva de Dios, que he dicho, y amiga mfa, supo que estaba aquí tan gran varón y sabía mi necesidad, porque era testigo de mis aflicciones y me consolaba harto, porque era tanta su fe, que no podía sino creer que era espíritu de Dios, el que todos los más decían era del demonio; y como es persona de harto buen entendimiento y de mucho secreto, y á quien el Señor hacía harta merced en la oración, quiso su Majestad darla luz en lo que los letrados ignoraban. Dábanme licencia mis confesores, que descansase con ella algunas cosas, porque por hartas causas cabía en ella. Cabíale parte algunas veces de las mercedes que el Señor me hacía, con avisos harto provechosos para su alma. Pues como lo supo, para que mejor le pudiese tratar, sin decirme nada, recaudó licencia de mi provincial para que ocho días estuviere en su casa; y en ella, y en algunas iglesias le hablé muchas veces esta primera vez que estuvo aquí, que después en diversos tiempos le comuniqué mucho. Como le dí cuenta en suma de mi vida y manera de proceder de oración, con la mayor claridad que yo supe, que esto he tenido siempre, tratar con toda claridad y verdad con los que comunico mi alma, hasta los primeros movimientos quería yo les fuesen públicos, y las cosas más dudosas y de sospecha, yo les argüía con razones contra mí; así que sin doblez ni encubierta le traté mi alma. Casi á los principios vi que me entendía por experiencia, que era todo lo que yo había menester, porque entonces no me sabía entender como ahora, para saberlo decir que des-

cosas iba creciendo mucho su santidad, y sin quererlo ella, antes aborreciéndolo mucho, iba ganando con todos grande opinión y esti-

pués me lo ha dado Dios, que sepa entender y decir las mercedes que su Majestad me hace, y era menester que hubiese pasado por ello quien del todo me entendiese y declarase lo que era.

El me dió grandísima luz porque, al menos en las visiones que no eran imaginarias, no podía yo entender qué podía ser aquello, y parecíame que en las que veía con los ojos del alma tampoco entendía cómo podía ser; que, como he dicho, sólo las que se ven con los ojos corporales eran de las que me parecía á mí había de hacer caso, y éstas no tenía. Este santo hombre me dió luz en todo, y me lo declaró, y dijo que no tuviese pena, sino que alabase á Dios, y estuviese tan cierta que era espíritu suyo, que si no era la fe, cosa más verdadera no podía haber, ni que tanto pudiese creer; y él se consolaba mucho conmigo, y hacíame todo favor y merced, y siempre después tuvo mucha cuenta conmigo, y daba parte de sus cosas y negocios; y como me veía con los deseos que él ya poseía por obra, que estos dábamelos el Señor muy determinados, y me veía con tanto ánimo, holgábase de tratar conmigo. Que á quien el Señor llega á este estado, no hay placer ni consuelo que se iguale á topar con quien le parece le ha dado el Señor principios de esto; que entonces no debía yo de tener mucho más, á lo que me pareció, y plega al Señor lo tenga ahora; húbome grandísima lástima. Díjome que uno de los mayores trabajos de la tierra, era el que había padecido, que es contradicción de buenos, y que todavía me quedaba harto, porque siempre tenía necesidad, y no había en esta ciudad quien me entendiese; mas que él hablaría al que me confesaba y á uno de los que me daban más pena, que era este caballero casado que ya he dicho; porque, como quien me tenía mayor voluntad, me hacía toda la guerra, y es alma temerosa y santa, y como me había visto tan poco había tan ruin, no acababa de asegurarse. Y así lo hizo el santo varon, que los habló á entrambos, les dió causas y razones para que se asegurasen y no me inquietasen más. El confesor poco había menester; el caballero tanto, que aún no del todo bastó, mas fué parte para que no tanto me amedrentase.

Quedamos concertados que le escribiese lo que me sucediese más de allí adelante, y de encomendarnos mucho á Dios; que era tanta su humildad, que tenía en algo las oraciones de esta miserable, que era harta mi confusión. Dejóme con grandísimo consuelo y contento, y con que tuviese la oración con seguridad, y que no dudase de que era Dios; y de lo que tuviese alguna duda, y por más seguridad de todo, diese parte al confesor, y con esto viviese segura. Mas tampoco podía tener esa seguridad del todo, porque me llevaba el Señor por camino de temer, como creer que era demonio, cuando me decían que lo era; así que temor ni seguridad nadie podía que yo la tuviese, de manera que les pudiese dar más crédito del que el Señor ponía en mi alma. Así que, aunque me consoló y sosegó, no le di tanto crédito para quedar del todo sin temor, en especial cuando el Señor me dejaba en los trabajos de alma que ahora diré; con todo quedé, como digo, muy consolada.

No me hartaba de dar gracias á Dios y al glorioso padre mío San José, que me pareció le había él traído, porque era comisario general de la custodia de San José, á quien yo mucho me encomendaba, y á nuestra Señora. Acaecíame algunas veces, y aun ahora me acaece, aunque no tantas, estar con tan grandísimos trabajos de alma, junto con tormentos y dolores de cuerpo, de males tan recios, que no me podía valer. Otras veces tenía males corporales más graves, y como no tenía los del alma, los pasaba con mucha alegría; mas cuando era todo junto, era tan gran trabajo, que me apretaba muy mucho.

Todas las mercedes que me había hecho el Señor se me olvidaban; sólo quedaba una memoria como cosa que se ha soñado para dar pena; porque se entorpece el entendimiento de suerte, que me hacía andar en mil dudas y sospechas pareciéndome que yo no lo había sabido entender, y que quizá se me antojaba, y que bastaba que anduviese yo engañada, sin que engañase á los buenos: parecíame yo tan mala, que cuantos males y herejías se habían levantado me parecía eran por mis pecados. Esta es una humildad falsa, que el demonio intentaba para des-

ma. Porque como ella decía á sus confesores claramente las mercedes que Dios la hacía, y aun algunas veces á otras personas de espíritu

asosegarme, y probar si puede traer el alma á desesperación: tengo ya tanta experiencia, que es cosa del demonio, que como ya ve que le entiendo, no me atormenta en esto tantas veces como solía. Vese claro en la inquietud y desasosiego con que comienza, y el alboroto que da en el alma todo lo que dura, y la obscuridad y aflicción que en ella pone, la sequedad y mala disposición para oración, ni para ningún bien. Parece que ahoga el alma y ata el cuerpo para que de nada aproveche, porque la humildad verdadera, aunque se conoce el alma por ruin y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad, tan grandes como los dichos, y se sienten con verdad no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la oscurece, ni da sequedad, antes la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz. Pena que por otra parte conhorta, de ver cuán gran merced le hace Dios en que tenga aquella pena, y cuán bien empleada es; dúelele lo que ofendió á Dios, por otra parte la ensancha su misericordia; tiene luz para confundirse á sí, y alaba á su Majestad porque tanto la sufrió. En esta otra humildad que pone el demonio, no hay luz para ningún bien, todo parece lo pone Dios á fuego y á sangre; represéntale la justicia, y aunque tiene fe que hay misericordia (porque no puede tanto el demonio que la haga perder), es de manera que no me consuela, antes cuando mira tanta misericordia, le ayuda á mayor tormento, porque me parece estaba obligada á más.

Es una invención del demonio de las más penosas y sutiles y disimuladas, que yo he entendido de él: y así querría avisar á vuesa merced para que si por aquí le tentare, tenga alguna luz, y lo conozca, si le dejare el entendimiento para conocerlo; que no piense que va en letras y saber, que aunque á mí todo me falta, después de salida dello, bien entiendo es desatino. Lo que he entendido es, que quiere y permite el Señor, y le da licencia, como se la dió para que tentase á Job, aunque á mí, como á ruin, no es con aquel rigor. Hame acaecido, y me acuerdo ser un día antes de la víspera de Corpus Christi, fiesta de quien yo soy devota, aunque no tanto como es razón. Esta vez duróme sólo hasta el día; que otras dúrame ocho y quince días, y aun tres semanas, y no sé si más: en especial las Semanas Santas, que solía ser mi regalo de oración, me acaece, que coge de presto el entendimiento por cosas tan livianas á las veces, que otras me reiría yo de ellas, y hácele estar trabucado en todo lo que él quiere, y el alma ahorrrojada allí sin ser señora de sí, ni poder pensar otra cosa más de los disparates que él la representa, que casi ni tienen tomo, ni atan, ni desatan, sólo ata para ahogar de manera el alma que no cabe en sí: y es así, que me ha acaecido parecerme que andan los demonios, como jugando á la pelota con el alma, y ella que no es parte para librarse de su poder. No se puede decir lo que en este caso se padece; ella anda á buscar reparo, y permite Dios no le halle; sólo queda siempre la razón del libre albedrío, no clara, digo yo, que debe ser casi tapados los ojos. Como una persona que muchas veces ha ido por una parte, que aunque sea noche y á oscuras, ya por el tino pasado sabe donde puede tropezar, porque lo ha visto de día, y guárdase de aquel peligro: así es para no ofender á Dios, que parece se va por la costumbre. Dejemos aparte el tenerla el Señor, que es lo que hace al caso.

La fe está entonces tan amortiguada y dormida como todas las demás virtudes, aunque no perdida, que bien cree lo que tiene la Iglesia, mas pronunciado por la boca, y que parece por otro cabo la aprietan y entorpecen, para que casi como cosa que oyó de lejos, le parece conoce á Dios. El amor tiene tan tibio que si oye hablar en Él, escucha como una cosa que cree ser el que es, porque lo tiene la Iglesia; mas no hay memoria de lo que ha experimentado en sí. Irse á rezar, no es sino más congoja ó estar en soledad; porque el tormento que en sí se siente, sin saber de qué, es incomportable; á mi parecer es un poco del traslado del infierno. Esto es así, según el Señor en una visión me dió á entender, porque el alma se quema en sí, sin saber quién, ni por donde le ponen fuego, ni cómo huir de él, ni con qué le matar; pues quererle remediar con leer, es como si no supiese. Una vez me acaeció ir á leer una vida de un Santo, para ver si me embebería, y para consolarme de lo que él padeció, y leer cuatro ó cinco veces otros tantos renglones, y con ser romance, menos entendía de ellos á la postre, que al principio,

ó de letras, porque la apretaba mucho aquella fortísima tentación de temer no fuese del demonio, lo que veía claramente ser de Dios cuan-

y así lo dejé: esto me acaeció muchas veces, sino que ésta se me acuerda más en particular.

Tener, pues, conversación con nadie, es peor, porque un espíritu tan disgustado de ira pone el demonio, que parece á todos me quería comer, sin poder hacer más; y algo parece se hace en irme á la mano, ó hace el Señor en tener de su mano á quien así está, para que no diga, ni haga contra sus prójimos, cosa que los perjudique, y en que ofenda á Dios. Pues ir al confesor, esto es cierto, que muchas veces me acaecía lo que diré, que con ser tan santos, como lo son los que en este tiempo he tratado y trato, me decían palabras y me reñían con una aspereza, que después que se las decía yo, ellos mismos se espantaban, y me decían que no era más en su mano; porque aunque ponían muy por sí de no lo hacer otras veces, que se les hacía después lástima, y aun escrúpulo, cuando tuviese semejantes trabajos de cuerpo y de alma, y se determinaban á consolarme con piedad, no podían. No decían ellos malas palabras, digo en que ofendiesen á Dios, mas las más disgustadas que se sufrían para confesar: debían pretender mortificarme; y aunque otras veces me holgaba, y estaba para sufrirlo, entonces todo me era tormento. Pues dame también parecer que los engaño; y iba á ellos, y avisábalos muy á las veras, que se guardasen de mí, que podría ser los engañase. Bien veía yo que de advertencia no lo haría, ni les diría mentira, mas todo me era temor. Uno me dijo una vez, como entendió la tentación, que no tuviese pena, que aunque yo quisiese engañarle, seso tenía él para no dejarse engañar. Esto me dió mucho consuelo.

Algunas veces, y casi ordinario, al menos lo más continuo, en acabando de comulgar descansaba, y aun algunas en llegando al Sacramento, luego á la hora quedaba tan buena alma y cuerpo que yo me espanto: no me parece sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas del alma, y salido el sol, conocía las tonterías en que había estado. Otras con sola una palabra que me decía el Señor, con sólo decir: *No estés fatigada; no hayas miedo* (como ya dejo otra vez dicho), quedaba del todo sana, ó con ver alguna visión, como si no hubiera tenido nada. Regalábame con Dios, quejábame á Él, cómo consentía tantos tormentos que padeciese; mas ello era bien pagado, que casi siempre eran después en gran abundancia las mercedes; no me parece sino que sale el alma del crisol como el oro, más afinada y clarificada para ver en sí al Señor: y así se hacen después pequeños estos trabajos, con parecer insoportables, y se desean tornar á padecer, si el Señor se ha de servir más de ello. Y aunque haya más tribulaciones y persecuciones como se pasen sin ofender al Señor, sino holgándose de padecerlo por Él, todo es para mayor ganancia; aunque como se han de llevar no los llevo yo, sino harto imperfectamente. Otras veces me venían de otra suerte, y vienen, que de todo punto me parece se me quita la posibilidad de pensar cosa buena, ni desearla hacer, sino una alma y cuerpo del todo inútil y pesado; mas no tengo con esto estotras tentaciones y desasosiegos, sino un disgusto, sin entender de qué, ni nada contenta al alma.

Procuraba hacer buenas obras exteriores para ocuparme medio por fuerza, y conozco bien lo poco que es un alma cuando se esconde la gracia: no me daba mucha pena, porque este ver mi bajeza me daba alguna satisfacción. Otras veces me hallo que tampoco cosa formada puedo pensar de Dios, ni de bien que vaya con asiento, ni tener oración, aunque esté en soledad, mas siento que le conozco. El entendimiento é imaginación entiendo yo es aquí lo que me daña, que la voluntad buena me parece á mí que está, y dispuesta para todo bien; mas este entendimiento está tan perdido, que no parece sino un loco furioso, que nadie le puede atar, ni soy señora de hacerle estar quedo un *Credo*. Algunas veces me río, y conozco mi miseria, y estoyle mirando, y déjole, á ver qué hace; y gloria á Dios, nunca por maravilla va á cosa mala, sino indiferente, si algo hay que hacer aquí, y allí y acullá. Conozco más entonces la grandísima merced que me hace el Señor, cuando tiene atado este loco en perfecta contemplación. Miro qué sería si me viesen este desvarío las personas que me tienen por buena. He lástima grande al alma

do estaba sin ella, y mucho más cuando estaba gozando de aquellos celestiales regalos, estos lo iban diciendo á otros, y así se iba siempre acrecentando su fama: Con esto, señoras de autoridad la desea-

de verla en tan mala compañía. Deseo verla con libertad, y ansí digo al Señor: ¿Cuándo, Dios mío, acabaré ya de ver mi alma junta en vuestra alabanza, que os gocen todas las potencias? No permitáis, Señor, sea ya más despedazada, que no parece sino que cada pedazo anda por su cabo. Esto pasó muchas veces, algunas bien entiendo le hace hartó al caso la poca salud corporal.

Acuérdome mucho del daño que nos hizo el primer pecado (que de aquí me parece nos vino ser incapaces de gozar tanto bien en un sér) y deben ser los míos, que si yo no hubiera tenido tantos estuviera más entera en el bien. Pasé también otro gran trabajo, que como todos los libros que leía, que tratan de oración, me parecía los entendía todos, y que ya me había dado aquello el Señor, que no los había menester, y ansí no los leía, sino vidas de Santos, que como yo me hallo tan corta en lo que ellos servían á Dios, esto parece me aprovecha y anima; parecíame muy poca humildad pensar yo había llegado á tener aquella oración; y como no podía acabar conmigo otra cosa, dábame mucha pena; hasta que letrados y el bendito fray Pedro de Alcántara me dijeron que no se me diese nada. Bien veo yo que en el servir á Dios no he comenzado, aunque en hacerme su Majestad mercedes, es como á muchos buenos, y que estoy hecha una imperfección, si no es en los deseos y en amar, que en esto bien veo me ha favorecido el Señor para que le pueda en algo servir. Bien me parece á mí que le amo, mas las obras me desconuelan, y las muchas imperfecciones que veo en mí. Otras veces me da una bobería de alma (digo yo que es) que ni bien ni mal me parece que hago, sino andar al hilo de la gente, como dicen, ni con pena, ni con gloria; ni la da vida, ni muerte, ni placer, ni pesar: no parece se siente nada. Paréceme á mí que anda el alma como un asnillo que pace, que se sustenta porque le dan de comer, y come casi sin sentirlo; porque el alma en este estado no debe estar sin comer algunas grandes mercedes de Dios, pues en vida tan miserable no le pesa de vivir, y lo pasa con igualdad, mas no se sienten movimientos, ni efectos, para que se entienda el alma.

Paréceme ahora á mí, como un navegar con un aire muy sosegado, que se anda mucho sin entender cómo; porque en estotras maneras son tan grandes los efectos, que casi luego ve el alma su mejoría, porque luego bullen los deseos, y nunca acaba de satisfacerse un alma: esto tienen los grandes ímpetus de amor que he dicho, á quien Dios los da. Es como unas fuentecicas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento el arena hacia arriba. Al natural me parece este ejemplo ó comparación de las almas que aquí llegan; siempre está bullendo el amor y pensando qué hará; no cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquella agua, sino que la echa de sí. Ansí está el alma muy ordinario, que no sosiega ni cabe en sí con el amor que tiene: ya la tiene á ella empapada en sí, querría bebiesen los otros, pues á ella no la hace falta, para que la ayudasen á alabar á Dios. ¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor á la Samaritana! Y ansí soy muy aficionada á aquel Evangelio; y es ansí cierto, que sin entender como ahora este bien, desde muy niña lo era, y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua, y la tenía dibujada adonde estaba siempre con este letrado, cuando el Señor llegó al pozo: *Domine, da mihi aquam*. Parece también como un fuego que es grande, y para que no se apague es menester haya siempre que quemar: ansí son las almas que digo, aunque fuese muy á su costa, querrían traer leña, para que no cesase este fuego. Yo soy tal, que aun con pajas que pudiese echar en él, me contentaría; y ansí me acaece algunas y muchas veces; unas me río y otras me fatigo mucho. El movimiento interior me incita á que sirva en algo, de que no soy para más, en poner ramitos y flores á imágenes, en barrer, en poner un oratorio, ó en unas cositas tan bajas, que me hacía confusión. Si hacía algo de penitencia todo poco, y de manera que á no tomar el Señor la voluntad, vefa yo era sin ningún tomo, y yo mesma burlaba de mí. Pues no tienen poco trabajo á ánimas que da Dios por su bondad este fuego de amor suyo en abundancia, faltar fuerzas corporales para hacer algo por él. Es una pena bien grande; porque como le faltan fuerzas para echar alguna leña

ban mucho tener algún día consigo, y pedíanselo á su Provincial, y eran las personas tales, que no se les podía negar, y así la era forzo-
so salir muchas veces de su Monasterio.

en este fuego, y ella muere porque no se mate, paréceme que ella entre sí se consume, y hace ceniza, y se deshace en lágrimas, y se quema, y es harto tormento; aunque es sabroso.

CAPÍTULO XIII

**Del principio y ocasión que hubo para fundar
el primer Monasterio de Descalzas,
que fué San José de Avila, y cómo el Señor se lo mandó
muchas veces, y de las persecuciones que por eso padeció, y
cómo ya una vez se desbarató lo del Monasterio**

De la vida que en este tiempo hacía la Madre, se puede entender algo por una carta que escribió á una monja de otra orden, en que dice así: «Antes que fuesen comenzados estos Monasterios, estuve veinte y cinco años en uno á donde había ciento y ochenta monjas; y porque estoy de prisa sólo diré que á quien ama á Dios, todas esas cosas le serán cruz y para provecho de su alma, y no tocarán en dañarla, si V. m. anda con aviso de considerar que sólo Dios y ella están en esa casa. Y mientras no tuviere oficio que la obligue á mirar las cosas, no se le dé nada de ellas, sino procurar la virtud que viere en cada una para amarla por ella, y aprovecharse y descuidarse de las faltas que en ella viere. Esto me aprovechó tanto que, siendo las que he dicho, no me hacían más al caso que si no hubiera ninguna, sino provecho: porque en fin, señora mía, en toda parte podemos amar á este gran Dios. Bendito sea él, que no hay quien pueda estorbarnos esto.»

Pero aunque en su Monasterio edificaba mucho, y hacía mucho provecho con el grande ejemplo que daba y con la luz que de sus obras salía, por más que la procurara esconder, todo eso era poco para lo que el gran Señor tenía determinado de hacer por medio de ella, y así poco á poco la comenzó á despertar y llamar á cosas mayores. Y porque veamos cuán maravilloso es Dios en sus obras, y cuán pequeños principios toma algunas veces para cosas muy grandes, el principio de los monasterios que fundó la Madre Teresa de Jesús, fué éste.

Tenía una sobrina, á quien siempre quiso mucho, llamada doña María de Ocampo, que después vino á ser monja Descalza, y se llamó María Bautista y ha sido priora del Monasterio de las Descalzas Carmelitas de Valladolid muchos años con mucha religión. Entonces an-

daba muy llena de estas que llaman galas, y para andarlo tenía ingenios extraños é invenciones que espantaban. Estando, pues, ella por seglar en la Encarnación una noche en la celda de su tía con una hermana suya y otras parientas y sobrinas de la Madre, parte seglares y parte monjas, y con Juana Suárez, aquella grande amiga de la Madre, de quien arriba dijimos, comenzaron á hablar en burlas que era vida penada la que en aquella casa se pasaba, por haber tanta gente; y al punto salió doña María de Ocampo, y dijo: Pues vámonos las que estamos aquí á otra manera de vida más solitaria, á manera de ermitañas. Como aquella palabra era de Dios, sin entenderlo ella, no la dejó caer en tierra, antes fué bien recibida y dió gusto á todas. Y de palabra en palabra se fué aquella noche en dar trazas cómo se haría un Monasterio pequeño de pocas monjas, y lo que podría costar. Doña María dijo que daría para ello mil ducados de su legítima, y tomaba el negocio muy de veras, cosa que á la Madre dió mucho gusto, ver que con tanto calor hablase en aquella nueva manera de vida, estando ella entonces en medio de toda su vanidad.

Andaba entonces la Madre con unos nuevos deseos de penitencia y de soledad y de darse de nuevo á Dios, y andaba pensando qué haría por el Señor que con este fuego encendía su corazón. Habíala quedado todo esto de una temerosa y maravillosa visión, en que el Señor la había mostrado el lugar y tormento que en el infierno le estaba aparejado, si fuera por el camino que había en otro tiempo comenzado. Esta, la escribió la misma á la larga en el capítulo 32 de su vida (1). Habíase determinado en que lo que la convenía era res-

(1) Dice así: «Después de mucho tiempo que el Señor me había hecho ya muchas de las mercedes que he dicho, y otras muy grandes, estando un día en oración, me hallé en un punto toda sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios me tenían allá aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fué en brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada á manera de un callejón muy largo y estrecho, á manera de horno muy bajo y oscuro, y angosto: el suelo me pareció de una agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él: al cabo estaba una concavidad metida en una pared, á manera de una alacena, adonde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso á la vista en comparación de lo que allí sentí: esto que he dicho va mal encarecido.

Estoto me parece que aun principio de encarecerse como es, no le puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan inportables que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y según dicen los médicos los mayores que se pueden acá pasar, porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin, y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque aun parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma mesma es la que se despedaza.

ponder á su llamamiento, y guardar la regla de su religión con la mayor perfección que pudiese, y parecíala que, aunque en el Monasterio donde entonces estaba, había muchas siervas de Dios, era menester para lo que ella deseaba más encerramiento y soledad. Pues como el Señor la había ya comenzado á disponer de la manera dicha, y oyó lo que aquellas doncellas trataban, holgóse mucho de ello y guardólo en su corazón. Luego la vino á ver una señora principal amiga suya, y como riéndose la comenzó á decir: Estas doncellas estaban poco há tratando que hiciéramos un pequeño Monasterio, como á manera de las Descalzas de San Francisco, y daban esta traza y esta. Doña Guiomar no lo tomó como burla, sino con muchas veras salió á ello, diciendo que se hiciese, y daba orden cómo se le pudiese dar renta. La Madre Teresa de Jesús, aunque lo deseaba, por otra parte entraba la tentación, porque estaba contentísima en la casa en que estaba, y la celda que tenía estaba hecha muy á su propósito, y hacía algo detener, y en fin, las dos se concertaron de encomendarlo mucho á Nuestro Señor.

Otro día habiendo comulgado, mandóla Jesucristo Nuestro Señor que con todas sus fuerzas procurase hacer aquel Monasterio, prometiéndola que no se dejaría de hacer, y que Su Majestad sería muy servido en él, y mandó que se llamase San José; y dijo que el Santo José estaría á la una puerta y su Madre Santísima á la otra, y las

El caso es que no sé cómo encarezca aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzarse, á lo que me parece, y digo, que aquel fuego, y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en éste como agujero hecho en la pared, porque estas paredes, que son espantosas á la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga; no hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto que, con no haber luz, lo que á la vista ha de dar pena todo se ve.

No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno, después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo: cuanto á la vista muy más espantosas me parecieron; mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor; que en esta visión quiso el Señor, que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos, y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fué, mas bien entendí ser gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de donde me había librado su misericordia; porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aunque pocas, que por temor no se llevaba bien mi alma) ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa: en fin, como de dibujo á la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá. Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así, que me parece el calor natural me falta de temor, aquí adonde estoy, y así no me acuerdo vez que tenga trabajo, ni dolores, que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar; y así me parece en parte, que nos quejamos sin propósito. Y así torno á decir, que fué una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo á las tribulaciones y contradicciones desta vida, como para esforzarme á padecerlas, y dar gracias al Señor que me libró, á lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.

guardaría y andaría con ellas, y sería este Monasterio una estrella que diese de sí gran resplandor. Por donde después la Madre puso sobre la portería á Nuestra Señora y á San José. Dijo más, que no pensase que, aunque las religiones estaban relajadas, se servía poco de ellas, y que ¿qué sería del mundo si no fuese por los religiosos? que dijese esto á su confesor, y que quería que no fuese contra ello ni lo estorbase.

La habla fué de manera y dejó en su alma tales efectos, que no pudo dudar sino que había sido el Señor el que la hablaba. Con todo esto la dió este negocio grandísima pena, porque se le ofrecían muchos de los trabajos que después en la ejecución de él padeció, y hacíasele de mal dejar su casa, donde tan bien se hallaba, y parecía que ya no era esto cosa de voluntad como antes, sino que la obligaba el Señor, y que se metía en grandes ruidos y desasosiegos, y no sabía qué se hacer. El Señor, que no quería que se dejase, tornábala muchas veces á hablar en ello, y traía muchas razones que no tenían respuesta; y viendo claramente ser ésta la voluntad de Dios, no osó contradecirla, sino escribe todo lo que había pasado y dalo á su confesor, que era el Padre Maestro Baltasar Alvarez. El, como era muy cuerdo y temeroso de Dios, no la quiso decir claramente que lo dejase, aunque le parecía que era cosa que no llevaba camino, por no haber con qué lo hacer sino muy poco, y respondió que lo tratase con su Provincial, que era el P. Fr. Angelo de Salazar, é hiciese lo que él la dijese.

Entonces fué aquella señora que dijimos á hablar al Padre Provincial, y díjole que ella quería hacer este Monasterio, y él vino muy bien en ello, y la dió el favor que era menester, y dijo que admitiría la casa.

Antes de esto habían escrito al P. Fr. Pedro de Alcántara todo lo que pasaba (1), y respondió (2) que no le dejase de hacer, y dióla su parecer en todo, y al obispo escribió sobre ello, como después diré.

(1) También consta en la vida de San Luis Beltrán, escrita por el Maestro Fr. Vicente Justiniano Antist, primer biógrafo y contemporáneo del Santo, que Santa Teresa le consultó sobre su proyectada fundación. «La bienaventurada Madre, Teresa de Jesús, dice, fundadora de las descalzas y descalzos Carmelitas, en los primeros años que empezó á fundar la vida recoleta de su Orden, procuró de consultar sus intentos con muchas personas espirituales, particularmente con el Padre Beltrán, que moraba entonces en esta casa de Predicadores (Valencia). Escribióle una carta, y dióle cuenta de su deseo, y de algunas revelaciones que había tenido sobre ello. El Padre Fr. Luis encomendó á Dios, en sus oraciones y sacrificios, los buenos intentos della, y al cabo de tres ó cuatro meses, le respondió en esta forma:

«Madre Teresa, recibí vuestra carta. Y porque el negocio sobre que pedís mi parecer, es tan en servicio del Señor, he querido primero encomendárselo en mis pobres oraciones y sacrificios. Y esta ha sido la causa de haber tardado en responderos. Agora digo, en nombre del mismo Señor, que os animéis para tan grande empresa, que él os ayudará y favorecerá. Y de su parte os certifico, que no pasarán cincuenta años, que vuestra religión no sea una de las más ilustres que haya en la iglesia de Dios, el cual etc., de Valencia.—*Fray Luis Beltrán.*»

Verdadera relación de la vida y muerte del Padre Fr. Luis Beltrán... Adiciones, Trat. II, cap. VI.

(2) Véase en los Apéndices esta contestación de San Pedro de Alcántara.

Como este negocio llevaba alguna manera de hacerse, el demonio, que adivinaba el daño que de allí le podía venir (aunque nunca creo yo temió él tanto cuanto le ha venido y vendrá), levantó una gran borrasca en toda la ciudad, porque en comenzándose á saber, en todos los corrillos se hablaba de ello, y se refan y decían que era disparate, y que bien se estaba la monja en su Monasterio, y de ella y de su compañera decían muchas cosas de esta manera, y padecían gran persecución. Al contrario, el Señor la esforzaba, decíala vería lo mucho que habían pasado los santos que fundaron las religiones, y que mucha más persecución había de pasar de lo que ella podía pensar.

En esto andaba la ciudad llena de aquello, y ni de seglares ni de religiosos había casi quien no estuviese contra ellas. Llegó la cosa á términos que yéndose doña Guiomar á confesar la mañana de Navidad con un confesor que yo conozco bien, nunca la quiso absolver si no lo dejaba, porque decía que estaba obligada á quitar el escándalo. Ellas quisieran valer para esto de los de la Compañía; pero parecióla á doña Guiomar con el amor que les tenía, que había poco que eran venidos á aquella ciudad, y eran pobres y tenían necesidad del favor y amor de todos, y que si en esto se metían se harían muy odiosos á la ciudad, y que sería mejor valerse de otro, como ella me lo ha dicho á mí, y vanse las dos á Santo Tomás, Monasterio principal de la orden del glorioso Padre Santo Domingo, y hablaron al Padre presentado Fray Pedro Ibáñez (1), hombre de muchas letras y de

(1) No hay que confundir á este Padre con Fr. Domingo Báñez de la misma sagrada religión, como lo hace el Padre Antonio Tournon O. P. en su obra: *Histoire des hommes illustres de l'Ordre de Saint Dominique*, t. IV. lib. XXXII. Tuvo el Padre Ibáñez la feliz idea de ordenar á Santa Teresa que escribiera la historia de su vida. Principióla en Avila, en 1561 y la acabó de escribir en Toledo, en casa de Doña Luisa de la Cerda, hacia Junio de 1562. Terminaba esta vida en el cap. XXXI; los restantes escribiólos la Santa por mandato de otro confesor suyo, Fr. García de Toledo.

Fray Santiago Echard, O. P. en su obra: *Scriptores Ordinis Praedicatorum*, al año 1565, pone una corta biografía del Padre Fr. Pedro Ibáñez. Véase el hermoso y elocuente testimonio que de su santidad y preciosa muerte nos ha trazado la mística Doctora:

«Otra vez vi estar á Nuestra Señora poniendo una capa muy blanca al presentado desta mesma Orden (de Santo Domingo). Díjome que, por el servicio que le había hecho en ayudar á que se hiciese esta casa, le daba aquel manto, en señal que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal. Yo tengo cierto que así fué, porque desde á pocos años murió, y su muerte, y lo que vivió fué con tanta penitencia la vida, y la muerte con tanta santidad, que á cuanto se puede entender, no hay que poner duda. Díjome un fraile que había estado á su muerte, que antes que expirase, le dijo cómo estaba con él Santo Tomás. Murió con gran gozo, y deseo de salir de este destierro. Después me ha aparecido algunas veces con muy gran gloria, y díchome algunas cosas. Tenía tanta oración, que cuando murió, que con la gran flaqueza la quisiera excusar, no podía porque tenía muchos arrobamientos. Escribióme poco antes que muriese, que ¿qué medio tenía? porque como acababa de decir misa se quedaba con arrobamiento mucho rato, sin poderlo excusar. Díóle Dios al fin el premio de lo mucho que había servido toda su vida. (*Vida*, cap. XXXVIII.)

mucha religión, y dándole cuenta de todo y piden su parecer. Las revelaciones que la Madre había tenido; no se las quiso decir, porque en este negocio y en los demás que hubo de hacer, no quería que la cosa se llevase por revelación, sino representaba las razones que para ello la movían y los bienes que de allí se podían seguir, y dejábales que juzgasen como si fuera puramente consejo humano, y no se hubiera Dios metido en él, y así lo hizo entonces. El Padre, como hombre tan cuerdo, y como lo pedía la cualidad del negocio, (aunque á él le parecía tan disparate como á los demás, y tenía intención de estorbárselo, como él lo dijo después), no dió luego la respuesta, sino pidió ocho días de término para encomendarlo á Dios y pensarlo. Poco después le vino un recaudo de un caballero de la ciudad, que mirase bien lo que hacía y que no las ayudase, y cosas de esta manera. En comenzando á mirar el negocio el P. Fr. Pedro Ibáñez, luego comenzó á ser de otro parecer y á juzgar que era cosa de mucho servicio de Dios y que no se había de dejar de hacer. Y en fin, las respondió que se diesen prisa á hacerlo, y diólas orden de cómo se había de hacer, y dijo que aunque la hacienda fuese poca, tuviesen esperanza en el Señor, y que quien aquello contradijese, fuese á él, que él respondería. Consoláronse mucho con esto y con que aquellos siervos de Dios, que antes eran contrarios, ya no lo eran, sino antes ayudaban. Y compraron una casa pequeña, que es donde ahora es el Monasterio, y la Madre estaba con ella contenta (aunque no bastaba para lo que se pretendía), porque el Señor la había dicho que entrase como pudiese, y que después vería lo que él hacía. Estando ya hecha la compra, y habiéndose de hacer el día siguiente las escrituras, como en la ciudad se murmuraba tanto de esto, y en el mismo Monasterio de la Encarnación había tantos dichos y tanto alboroto, al Padre Provincial le pareció cosa recia ponerse contra tantos; y dijo á doña Guiomar que no podía admitir aquella fundación, porque la renta era poca y no segura y la contradicción mucha. Habíala costado muchos trabajos y aflicciones á la Madre Teresa de Jesús traer el negocio á los términos en que estaba; y con todo eso alzó la mano de él con tanta facilidad y paz de su alma, como si no la hubiera costado nada, porque contra la voluntad de su Provincial ella no quería hacer nada, ni contra el P. Baltasar Alvarez, su confesor, que luego, en sabiendo la voluntad de su Provincial, la dijo que no entendiese más en ello. Si antes se había dicho mucho, con esto se comenzó á decir mucho más, porque les pareció que se confirmaba bien con aquello lo que ellos antes habían dicho, que eran disparates de mujeres, que sólo por su parecer salían con aquella invención. En su Monasterio estaba también muy mal quista, decían que las afrentaba, y que allí podía ella servir á Dios como le servían otras mejores que ella, y cosas semejantes, y aun algunas decían que la echasen en la

cárcel. Ella lo sufría todo con mucha paciencia dando las razones que para ello tenía; pero callando siempre la principal, que era ser cosa mandada por el Señor. Y con parecerla que había hecho lo que era en sí para cumplir lo que su Señor la había mandado, quedó muy sosegada y dejólo del todo; pero no la esperanza de que se había de hacer, aunque estaba tan desbaratado que no veía por dónde.

CAPÍTULO XIV

**De cómo su confesor la estorbó la fundación, y el Señor la
consoló y mandó esperar hasta su tiempo,
y después dió á entender al Padre de la Compañía que
la confesaba, que quería que se hiciese, y ella
tornó á tratar de ello, y de una cosa
notable que en esto aconteció**

Más que todo esto sintió ella el trabajo que la vino de donde esperaba el consuelo, porque la escribió el Padre Baltasar Alvarez, que ya por lo que había sucedido veía que era todo sueño, y que se enmendase de allí adelante en no querer salir con nada, ni hablar más en ello, pues veía el escándalo que se había levantado. Dióla esto tanta pena, porque se comenzó á temer si había ella sido ocasión de que Dios hubiese sido ofendido, y decía entre sí, que si las visiones que acerca de esto había tenido eran falsas, toda la oración que tenía era engaño, y apretábala fuertemente el demonio con la acostumbrada tentación de temor. Pero tras estos nublados muy oscuros, vino luego gran serenidad con la habla del Señor, que la esforzaba, diciéndola que no se fatigase, que mucho servicio le había hecho y no ofendidole, que hiciese por entonces lo que la mandaba su confesor, hasta que fuese tiempo de tornar á ello. Con esto quedó tan consolada, que todo la parecía nada cuanto sobre ella había venido; y sin esta vez, otras muchas la consoló el misericordiosísimo Señor, que parecía quererla con una manera de ternura, que no le sufría el corazón verla mucho desconsolada.

Lo que de todo esto sacó, fué crecer en ella el amor de Dios y otros dones maravillosamente, y tener aquellas avenidas de este amor con mayor fuerza que antes y mayores arrobamientos. Entretanto, el bendito Padre Fray Pedro Ibáñez, que siempre tenía por cierto que aquello se había de hacer, trataba de ello con aquella se-

ñora viuda, porque la madre no quería entender en ello por no ir contra obediencia de su confesor, y escribían á Roma sobre ello. Lo que ella trataba con él, era darle cuenta de su oración y revelaciones, y de todo lo demás que del Señor recibía, rogándole mucho que lo mirase bien, y la dijese si había en ello algo contra la Sagrada Escritura, y á él le pareció bien todo y la sosegó. Pasaron así cinco ó seis meses sin que ella entendiese ni hablase en el Monasterio, y sin que el Señor la mandase cosa que á eso tocase. Al fin de este tiempo vino por Rector del colegio de la Compañía de Jesús el Padre Gaspar de Salazar que hoy vive en la provincia de Andalucía, y según después se vió, era necesaria su venida para que se tornase otra vez á tratar del negocio. La causa de esto es que el Padre Baltasar Alvarez era ministro de aquel colegio, y como en la Compañía se use tanto el dar cuenta á los superiores de los negocios que tratan, y no menearse sin su parecer, hacía así este Padre; y su Rector (1),

(1) Era éste el Padre Dionisio Vázquez, hombre muy docto y meritísimo por sus claros hechos y sólidas virtudes, pero, como nota el Padre Vandermoere S. J. (*Acta Sanctae Teresiae*, n.º 309), de carácter fuerte y rígido con sus súbditos.

Oigamos con qué exquisita discreción narra la Santa, en el cap. XXXIII de su vida, este cambio del Rector del colegio de San Gil de Avila, que tuvo lugar en 1561. «Al fin de este tiempo, habiéndose ido de aquí el Rector, que estaba en la Compañía de Jesús (*el Padre Dionisio Vázquez*), trajo su Majestad aquí otro (*Padre Gaspar de Salazar*) muy espiritual, y de gran ánimo y entendimiento y buenas letras, á tiempo que yo estaba con harta necesidad; porque como el que me confesaba tenía superior, y ellos tienen esta virtud en extremo de no se bullir, sino conforme á la voluntad de su mayor, aunque él entendía bien mi espíritu, y tenía deseo de que fuese muy adelante, no se osaba en algunas cosas determinar, por hartas causas que para ello tenía. Y ya mi espíritu iba con ímpetus tan grandes, que sentía mucho tenerle atado, y con todo no salía de lo que me mandaba.

Estando un día con gran aflicción de parecerme el confesor no me creía, díjome el Señor que no me fatigase, que presto se acabaría aquella pena. Yo me alegré mucho, pensando que era que me había de morir presto, y traía mucho contento cuando se me acordaba; después vi claro era la venida de este Rector que digo, porque aquella pena nunca más se ofreció en que la tener, á causa de que el Rector que vino, no iba á la mano al ministro que era mi confesor; antes le decía que me consolase, y que no había de qué temer, y que no me llevase por camino tan apretado, que dejase obrar el espíritu del Señor, que á veces parecía, con estos grandes ímpetus de espíritu, no le quedaba al alma como resollar. Fuéme á ver este Rector, y mandóme el confesor tratase con él con toda libertad y claridad. Yo solía sentir grandísima contradicción en decirlo; y es así que, en entrando en el confesonario sentí en mi espíritu un no sé qué, que antes ni después no me acuerdo haberlo con nadie sentido, ni yo sabré decir cómo fué, ni por comparaciones podría. Porque fué un gozo espiritual y un entender mi alma, que aquella alma la había de entender, y que conformaba con ella, aunque, como digo, no entiendo cómo; porque si le hubiera hablado, ó me hubieran dado grandes nuevas de él, no era mucho darme gozo en entender que había de entenderme, mas ninguna palabra él á mí ni yo á él nos habíamos hablado; ni era persona de quien yo tenía antes ninguna noticia.

Después he visto bien que no se engañó mi espíritu, porque de todas maneras ha hecho gran provecho á mí y á mi alma tratarle; porque su trato es mucho para personas, que ya parece el Señor tiene ya muy adelante, porque él las hace correr, y no ir paso á paso. Y su modo es para desasirlas de todo y mortificarlas, que en esto le dió el Señor grandísimo talento también, como en otras muchas

que no estaba bien en este negocio, debíale de ir algo á la mano, y así él, aunque deseaba que fuese aquello adelante, íbase deteniendo y no se osaba en algunas cosas determinar. Antes que el Padre Salazar viniese á Avila, estando la Madre un día en oración con grande aflicción, por parecerla que su confesor no la creía, dijola el Señor

cosas. Como le comencé á tratar, luego entendí su estilo, y vi ser un alma pura y santa, y con don particular del Señor, para conocer espíritus: consoléme mucho.» Refiriéndose al mismo Padre Salazar en el cap. XXXVIII, dice así:

«Del Rector de la Compañía de Jesús, que algunas veces he hecho de él mención, he visto algunas cosas de grandes mercedes que el Señor le hacía, que por no alargar no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido, y se vió muy afligido. Estando yo un día oyendo misa, vi á Cristo en la cruz, cuando alzaban la hostia; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras, previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que había padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo; y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo.

De los de la Orden de este Padre, que es la Compañía de Jesús, de toda la Orden junta he visto grandes cosas: vilos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces, y como digo, otras cosas he visto de ellos de mucha admiración, y así tengo esta Orden en gran veneración, porque los he tratado mucho, y veo conforme su vida con lo que el Señor me ha dado de ellos á entender.»

Este es, dice La Fuente, el párrafo que salió alterado en la edición de Salamanca, por el cual se ha hecho cargo á Fray Luis de León, y á los Carmelitas Descalzos. En efecto, la edición de Foquel dice:—*«De los de cierta orden, de toda la orden junta he visto grandes cosas, vilos en el cielo con vanderas blancas en las manos, etc.»* Hállase el párrafo con estas precisas palabras y esta misma ortografía, á la página 495 de aquella edición.

En el original del Escorial, donde lo confronté, y en la copia auténtica de la Biblioteca Nacional, se encuentra el párrafo, tal cual aquí se ha impreso.

En la edición de López, á pesar de decir en la portada que se había corregido ésta, según sus originales auténticos, se reimprimió este párrafo conforme á la edición de Foquel, salvando la omisión con esta nota marginal poco exacta: *«Hizo la Santa otros traslados (no es del todo cierto), y en ellos se copiaron las impresiones que se han hecho hasta aquí. Mas en el que está en el Escorial, declara la Santa ser de la Compañía de Jesús, de quien habla en esta visión.* Esta nota se reprodujo idénticamente en la edición de Foppens al pie de la página 17. ¿No hubiera sido más sencillo ponerlo como estaba en el original? Así se hizo en la de Doblado, pero alterando algo la ortografía, poniendo: *deste Padre—de toda la orden—he visto dellos*; pero en el original dice como dejamos transcrito.

Resta averiguar el autor de esta superchería. Los Carmelitas Descalzos declinaron la responsabilidad, y con razón; pues ellos no corrieron con la edición de Salamanca. En tal caso viene aquélla sobre Fray Luis de León; y en efecto, á él se le ha solido culpar; pero como él no tuvo el original de la *Vida de Santa Teresa*, sino la copia sacada por el padre Medina, dominico, para la duquesa de Alba, falta saber si la copia era conforme al original.

De Fray Luis de León no se sabe que fuera enemigo de los jesuitas: estos aún no se habían ingerido en la Universidad, cuyas cátedras daban pábulo á todas aquellas rencillas. El Padre Medina y casi todos los frailes de San Esteban de Salamanca, discípulos de Melchor Cano, eran desafectos á los jesuitas. Con todo, yo no me atrevo á culpar á nadie.» (*Escritos de Santa Teresa*), t. I, pág. 117, nota 4.

Tampoco es nuestro ánimo hacer cargos á nadie, pero creemos que no puede ya dudarse racionalmente de que el Mtro. Fr. Luis de León y no otro fué quien hizo aquel cambio. El mismo asevera terminantemente que tuvo en sus manos el original de la *Vida de Santa Teresa*: «Con los originales de este libro (de la Vida) vinieron á mis manos unos papeles, etc. Prólogo á las *Adiciones*. Y para que no

que no se fatigase, que á presto se acabaría aquella pena. Ella pensó que se acabaría con la muerte, y que estaba ya cerca, y andaba con eso muy contenta; mas el Señor, que la tenía guardada para cosas de mayor gloria suya, pensaba otra cosa muy diferente, y cuando ella pensaba que acababa, quería él que comenzase. El suceso declaró esta profecía, porque por él vió que aquella su fatiga se había de acabar con la venida de este Rector del colegio de San Gil. Como vino, la dijo el P. Baltasar Alvarez que tratase con él de sus cosas, con toda libertad y claridad, y ella lo hizo de muy buena gana, de donde se siguió á su alma gran provecho y consuelo. Como el Rector entendió todo por donde iba, no iba á la mano en cosa al Padre Baltasar Alvarez, antes le decía que la confesase, y que no había que temer, que no la llevase por camino tan apretado, que dejase obrar al espíritu de Dios. Desde á poco, torna el Señor á mandarla que trate de la fundación del Monasterio, y que diga á su confesor y al Rector algunas razones para que no lo estorben. El Rector miraba el negocio con mucho cuidado, y no dudaba ser aquello espíritu de Dios, y en fin, ni él ni el ministro se atrevieron á estorbárselo. Vino el Ministro á entender la voluntad de Dios, de esta manera: Dijo un día Nuestro Señor á la Madre Teresa de Jesús: *Dí á tu confesor que tenga mañana su meditación sobre este verso: ¡Quam magnificata sunt opera tua, Domine; nimis profundae factae sunt cogitationes tuae!* Que son palabras del salmo 91, y quieren decir: *Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras; muy hondos son vuestros pensamientos.* Escribióle luego un billete que contenía lo que el Señor la había dicho. El lo hizo así, y como á los Magos, que sabían de estrellas, enseñó el Señor por estrella, ordenando todas las cosas con suavidad; así á los hombres de oración les suele por ella comunicar mucha luz. Así aconteció al Padre Baltasar Alvarez, porque tan claramente vió ser aquello lo que Dios quería, meditando en aquel verso, y que por medio de una mujer había de mostrar sus maravillas, que luego la dijo que no había que dudar más, sino que volviese á tratar de veras de la fundación del Monasterio. Esto sé yo de un Padre de la Compañía, digno de toda fe, á quien aquella misma tarde el Padre Baltasar Alvarez mostró el billete que la Madre le había enviado. Con esta respuesta, la Madre, que ya estaba descuidada de la obra, y solamente atendía al provecho de su alma, medrando cada día y enriqueciéndose con las verdaderas riquezas, tornóse á poner en cuidado,

pueda caber la menor duda lo declaró, con palabras más explícitas si cabe, la Ven. Ana de Jesús en su *Deposición jurídica* diciendo: «Y así los (libros) que se imprimieron y andan ahora impresos, se sacaron de sus originales de su propia mano. Yo, con licencia y orden de los Prelados, los junté, que estaban en diferentes partes, para darlos al Padre maestro Fray Luis de León, que fué á quien lo remitió el Consejo real.» Es verdad que el Señor La Fuente no tenía conocimiento de esta *Declaración*.

aunque veía bien que se ponía á mucho trabajo por ser la cosa en sí tan dificultosa y ella tan sola, y tener tan poco con que hacer el Monasterio. Buscó con mucho trabajo los dineros que pudo para comprar la casa donde ahora es el Monasterio; y porque convenía mucho que se hiciese todo con mucho secreto (porque, á saberlo el Provincial, se desbaratará todo), tomó con su gran prudencia una traza muy á propósito, que fué ésta. Tenía en Alba á su hermana doña Juana de Ahumada, casada con Juan Ovalle; hácele á él venir á Avila y comprar la casa como para sí, y poco después vino su mujer también, que fué á diez de agosto de mil quinientos sesenta y uno, y comenzaron á labrar en ella. Con esto íbase haciendo algo; y ella, teniendo allí á su hermana, tenía ocasión con que haber licencia para salir de su Monasterio y ver lo que era menester para la obra, y lo que se hacía, y dar priesa en ella. Porque en todo lo que trató de esta fundación, desde el principio hasta el cabo, con su gran prudencia y santidad, y principalmente porque Dios no la dejaba de la mano, guió siempre las cosas de tal manera, que nunca por ellas faltó un punto á la obediencia, que según las reglas de su religion, debía á sus perlados, aunque lo deseaba tanto, y aunque el Señor tantas veces se lo había mandado, que verdaderamente pone admiración y espanto. Ayudábala una señora amiga suya en lo que podía, pero era poco, y así cargaba todo sobre ella, que para persona tan recogida y que con tanto secreto lo había de hacer, y si no perderse todo, fué un trabajo casi intolerable. Mientras duró esta obra, acontecieron algunas cosas harto de notar, que después contaré. Una de ellas fué que teniendo ella una vez necesidad grande de traer unos oficiales, y no sabiendo qué se hacer, porque no tenía con qué los pagar, se le apareció el glorioso san José, con quien tenía gran devoción, y díjola que los concertase, que no le faltaría con que los pagar. No hubo menester más con su gran fe: hácelos luego venir á trabajar, y íbala el Señor proveyéndola de dineros por manos de quien nunca los esperara, y todos los que sabían por dónde venían se espantaban; pero ella con la fe que tenía, todo le parecía muy posible.

CAPÍTULO XV

De cómo se hacía la obra y de algunas cosas maravillosas que en aquel tiempo la acontecieron

La obra se hacía poco á poco, pero la casa se le hacía á la Madre muy pequeña, como en la verdad lo era, tanto, que no hallaba donde pudiese haber refectorio, ni dormitorio, ni parecía llevaba camino de Monasterio. Era menester para iglesia otra casilla que estaba allí junto, pero ni había con qué comprarla, ni arte de haberlo. Estando en esta duda y congoja, díjola el Señor un día, en acabando de comulgar, estas palabras: «*Ya te he dicho que entres como pudieres. ¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¡Cuántas veces dormí yo al sereno por no tener á dónde me meter?*» (1) Quedó de esto muy espantada, y va á la casa y trázala, y halla que se podía hacer Monasterio, aunque muy apretado, y no curó de buscar más sitio, sino procurar que se labrase todo tosco, cuanto bastase á poder vivir. Púsola más ánimo para todo que un día de la gloriosa virgen Santa Clara, yendo á comulgar se le apareció esta virgen con gran hermosura, y la dijo que se esforzase y fuese adelante con lo comenzado, que ella la ayudaría. Y salió esto tan verdadero, que del Monasterio de Santa Clara, que se llama Santa María de Jesús, las ayudaron después, algún tiempo á sustentar. Mas otra visión la vino después que la animó más. Andaba en este tiempo pensando á quién sería bueno dar la obediencia después de hecho el Monasterio, y inclinábase mucho á darla á su Provincial; pero estorbóselo el Señor, diciendo que no convenía sino al Obispo, y que enviase á Roma por cierta vía que él la decía, que él haría que viniese el recaudo por allí.

En este tiempo, estando en el Monasterio de Santo Tomás, día de la sagrada Asunción de la gloriosa siempre Virgen María Nuestra Señora, y pensando en los pecados que en otro tiempo había en aquella casa confesado, vínola un arrobamiento tan grande, que casi salió

(1) *Vida*, cap. XXXIII.

de sí, y en él vió que la vestían una ropa de mucha claridad y blancura. No veía al principio quién se la vestía; pero después vió que Nuestra Señora de la parte derecha, y de la izquierda el glorioso San José, eran los que se la ponían. Entendió allí que estaba ya limpia de sus pecados, y veía que la Virgen gloriosa la asía de las manos, y la decía que la daba gran contento en servir á su esposo San José, y que el Monasterio se haría, y se serviría mucho el Señor en él, y ellos dos, y que no temiese que en esto jamás hubiese quiebra, aunque la obediencia no fuese muy á gusto, y que Ella y San José las guardarían y su Hijo andaría con ellas, como se lo había prometido. Y que en señal de que ello sería así, la daba aquella joya: y parecíala que la había echado al cuello un collar de oro muy más hermoso que en la tierra se puede hallar, con una cruz de mucho valor que colgaba de él. Después la parecía los veía subir al cielo con gran muchedumbre de ángeles, y ella quedó llena de consolación y tan encogida y tan enternecida, que estuvo algún espacio sin poderse menear ni hablar, sino casi estaba fuera de sí, y con ímpetus grandes de desahacerse por Dios.

Estándose haciendo la obra, y estando la Madre con su hermana, pasaron algunas cosas que ella no cuenta y será bien contarlas.

Un día fueron á sermón, á la iglesia de Santo Tomé, las dos, y un Padre que entonces predicaba, comiéndola á reprender tan ásperamente como si fuera algún gran pecado público, y decía palabras tan pesadas, que su hermana estaba corridísima, y por otra parte tan claras, que no faltaba más que señalarla con el dedo. La Santa, con el deseo que tenía de padecer, estábase entre sí holgando y riendo, como estuviera otra si la alabaran mucho; pero su hermana tan mohina, que no paró hasta hacerla volver á su Monasterio, lo cual ella hizo luego sin poco ni mucho turbarse. Pero como era menester asistir allí para la obra, hízola que pidiese licencia al Provincial, y volvió. Estando allí, hizo el Señor un gran milagro por su sierva, de esta manera: Tenía Juan de Ovalle un niño que se llamaba don Gonzalo, á quien yo conocí muy bien, y murió poco ha, y siendo mozo acabó tan santa y ejemplarmente, que se le echó bien de ver tener en el cielo la parienta que tenía. A este niño le halló su padre, viniendo una vez de fuera, atravesado en el umbral de la puerta, sin sentido y yerto, y tomándole luego en los brazos le llamaba, y en el niño no había señal ninguna de vida. De dónde vino esto, ó qué fuese, nunca se pudo saber, ni si estaba verdaderamente muerto, mas de estar de la manera que he dicho. Viendo esto Juan de Ovalle llévale á la Madre. En esto doña Juana estaba en otra pieza, y aunque oyó algún ruido y se comenzó á alterar, sosególa una señora que la había venido á visitar, con buena disimulación, porque estaba preñada y en el postrer mes, y de la alteración se le podía seguir mucho daño. Pero

como llegaron los de casa, no se pudo encubrir tanto que ella no lo sintiese, y salió acongojada y dando voces por su hijo, y vino para la Santa Madre. Ella le tenía atravesado sobre sus rodillas, y dijo á su hermana que callase, y los demás la dijeron lo mismo, y estaban suspensos en qué había de parar. La Madre, abajando el velo y juntamente la cabeza, acercándola al niño y callando exteriormente, pero allá dentro, como Moisés, dando voces á Dios para que no desconsolase á los que había tomado por medio de la obra que quería hacer: estuvo así un rato, hasta que el niño comenzó á revivir y á echarla las manos á la cara como regalándose con ella; y como si no se hubiera hecho nada, sino que solamente el niño despertara de un ordinario sueño, dásele á su madre diciendo: ¡Oh, váleme Dios, que estaba ya tan congojada por su hijo, vele ahí, tómeme allá! El niño quedó luego con flaqueza, que apenas podía tenerse en pie; pero de allí á un rato cobró sus fuerzas, y andaba corriendo por la pieza, y volviéndose para su tía y abrazándola, y haciendo esto algunas veces.

De esto hay hoy testigos de vista, algunos bien dignos de fe, que me lo han contado á mí. El mismo mozo me contó á mí, que solía decir á la Santa Madre, que estaba obligada á hacer que Nuestro Señor le llevase al cielo, pues si no fuera por ella, estuviera desde entonces allá.

También he oído algunas veces decir á una señora amiga suya, que dijo á la Madre: Hermana, ¿cómo ha sido esto? este niño muerto estaba, y la Madre se sonrió y calló; y cuando le decía otras veces cosas semejantes, que ella pudiera con verdad negar, luego la Madre la respondía amorosamente, y la decía que para qué decía aquellas cosas tan sin camino; pero entonces no la dijo nada. Poco después de esto le nació á doña Juana un niño, á quien llamó Josepe, por la devoción que la Madre tenía con el glorioso San José. A este niño la Santa Madre, teniéndole algunas veces en los brazos, solía decir: Plega á Dios, niño, que si bueno no has de ser, te lleve Dios así angelito, antes que le ofendas. Como tres semanas habían pasado cuando le dió el mal de la muerte, y estando ya cerca de expirar, la Madre Teresa de Jesús le tomó en las manos, y le estaba mirando. Mientras ella miraba al niño, doña Juana la miraba á ella con atención, y vió que se le mudó el rostro y se le puso muy encendido y hermoso, que parecía un ángel. En esto expiró el niño, y la Madre saltase de aquel aposento porque doña Juana no se afligiese, ella dijo no se vaya V. m., que ya veo que el niño es muerto. Dijo entonces la Madre con alegre semblante y muy maravillada: Cosa es para alabar al Señor ver qué de ángeles vienen por el alma, cuando se muere uno de estos angelitos. De donde se puede entender, que los vió ella entonces venir por el alma de aquel niño.

CAPÍTULO XVI

**De cómo derribaron los demonios parte de la casa
que estaba hecha, y por mandado del Señor fué á Toledo,
y volvió al tiempo que era menester
para la fundación**

Volviendo, pues, á lo que habíamos un poco dejado, había andado la Madre dudosa á quién se daría la obediencia, y parecíala, como hemos dicho, cosa recia darla á otro que á los de su misma orden; pero salió de la duda con lo que el Señor la había mandado, que lo diese al Obispo de Avila, que era entonces don Alvaro de Mendoza y después murió Obispo de Palencia, y por devoción de la Santa Madre se determinó de hacer la capilla mayor del mismo Monasterio de San José de Avila, y enterrarse allí, á donde entendía que ella también se había de enterrar. Y para que esto tuviese la firmeza que era menester, envió á Su Santidad por un breve. Cuanto más adelante iba la obra, tanto más se acongojaba el demonio con aquella nueva fundación, de quien tanto se temía, y procuraba de estorbarla cuanto era posible. Habíase hecho una pared muy buena y grande con su cimiento de piedra, y lo demás de tapia con rafas de piedra, ó de ladrillo muy firme, que había costado hartos dineros, y estos se habían habido no con poco trabajo. Esta se cayó una noche toda con haberla hecho muy buenos oficiales. Y estando Juan de Ovalle muy enojado con ellos, y puesto en que la habían de tornar á hacer á su costa, porque habían tomado la obra á destajo, llamó la Santa Madre á doña Juana y díjola: «Diga á mi hermano que no porfie con esos oficiales, que no tienen ellos la culpa, porque muchos demonios se juntaron para derribarla: calle, y tórneles á dar otro tanto.» Y después la dijo á la misma doña Juana: «Qué fuerza pone el demonio para estorbar esto, pues no le ha de aprovechar.» Esto desmayó mucho á doña Guiomar, y con este desmayo fué á la Madre diciendo que no debía ser voluntad de Dios que aquella obra se hiciese, pues la pared tan bien hecha y tan firme se había caído. Respondió ella con mucha paz: «Si se ha caído,

levantarla.» Y para haber algunos dineros, hizo doña Guiomar un propio á su madre (1), que estaba en Toro, pidiéndola treinta ducados por orden de la Madre, aunque con harto miedo que no los daría. En pasando dos ó tres días, dice la Madre: «Hermana, alégrese, que los treinta ducados son ciertos; ya están contados y en poder del hombre que enviamos: en la cuadra baja se los contaron.» Luego vino el mensajero y se supo que se los habían dado cuando la Madre lo había dicho.

Así que, nada de esto bastaba para turbar el corazón de la Madre: lo que más pena la daba era que, por mucho secreto que había, en fin se traslucía á algunas personas, y temíase que en viniendo su Provincial y en sabiéndolo, la había de mandar que no pasase adelante, y ella estaba determinada de en todo obedecerle. Pero esto se vino á remediar de esta manera.

Murió á la sazón en Toledo Arias Pardo, caballero muy principal, señor de Malagón y otros lugares, y su mujer doña Luisa de la Cerda (2), hermana del duque de Medinaceli, quedó tan en extremo desconsolada, que se temía mucho de su salud. Oyó las nuevas de la Madre y que estaba en Monasterio que podía salir, y vínola gran deseo de tenerla algún tiempo consigo, para remedio de aquel nuevo y grande desconsuelo. Luego trató de ello, por las vías que pudo, con el Padre Provincial Fray Angel de Salazar, aunque estaba bien lejos de allí. No se lo pudo negar el Provincial por ser señora tan principal en todo, y la víspera de Navidad del mismo año 1561, llégala á la Madre un mandamiento suyo con precepto de obediencia, que luego se partiese con una compañera. Después se fué á maitines, y encomendándose mucho al Señor, porque ella no quisiera ir, estuvo todos los maitines, ó gran parte de ellos, en gran arrobamiento, y en él oyó

(1) Doña Aldonza de Guzmán.

(2) Doña Luisa de la Cerda, cuyo esposo, Don Antonio Arias Pardo de Saavedra, acababa de morir (1561), era hija de Don Juan de la Cerda, segundo Duque de Medinaceli, y consiguientemente traía su origen de los Reyes San Fernando de España y San Luis de Francia. En efecto: El primero que llevó el apellido *Cerda*, á causa de una cerda que tenía en la espalda, fué el hijo primogénito de Alfonso el Sabio, Fernando, el cual contrajo matrimonio con Doña Blanca hija de San Luis, Rey de Francia.

La biznieta de Don Fernando y Doña Blanca, Isabel de la Cerda, casó con Don Bernardo de Fox, hijo de Gastón vizconde de Bearnés, á quien concedió Enrique II de Castilla y León el título de conde de Medinaceli; título que los Reyes Católicos, Fernando é Isabel, cambiaron en 1491, con el de Duque.

El hermano de Doña Luisa, Don Juan de la Cerda, cuarto duque de Medinaceli, habiendo sido primero Gobernador de Sicilia y después de Navarra, fué enviado á Bélgica como sucesor del Duque de Alba, pero renunciando aquel cargo, se volvió á España, donde le nombraron mayordomo del palacio de la Reina Ana.

Vid. J. F. F. de Rivarola y Pineda, *Monarchia hispanica* (t. I, lib. II, cap. I).—Imhof, *Stemma Desiderianum* (tab. VIII, XXV y XXVI).—*Hist. geneal. Italiae et Hispaniae* (pág. 368 y sigs.).—P. Anselmus, *Hist. geneal. et chronol. regiae domus Franciscæ* (t. III, pág. 351 y sigs.), citados por el Padre Vandermoere (*Acta Sanctae Teresiae a Jesu*, pág. 474, B.)

al Señor que la decía «que no dejase de ir, y que no escuchase pareceres, porque pocos la aconsejarían sin temeridad: que aunque tuviese trabajos se serviría mucho Dios, y que para este negocio del Monasterio convenía ausentarse hasta ser venido el Breve; porque el demonio tenía armada una gran trama, venido el Provincial, y que no temiese nada, que El la ayudaría allá.» (1)

Ella quedó consolada con esto y esforzada, y aunque la decían algunas personas que no fuese, que era invención del demonio aquella, y que escribiese á su Provincial, no hizo caso de eso, sino fuese al Padre Salazar, Rector del colegio de la Compañía de Jesús, y díjoselo, y él respondió que en ninguna manera dejase de ir (2). Con esto se puso en camino: acompañóla Juan de Ovalle, y dejándola en Toledo se volvió él á Avila.

(1) *Vida*, cap. XXXIV.

(2) Yo obedecí al Rector, dice la Santa con su habitual gracejo y discreción; y con lo que en la oración había entendido, iba sin miedo, aunque no sin grandísima confusión de ver el título con que me llevaban, y cómo se engañaban tanto: esto me hacía importunar más al Señor para que no me dejase. Consolábame mucho que había casa de la Compañía de Jesús en aquel lugar adonde iba, y con estar sujeta á lo que me mandasen, como lo estaba acá, me parecía estaría con alguna seguridad. Fué el Señor servido, que aquella señora se consoló tanto, que conocida mejoría comenzó luego á tener, y cada día más se hallaba consolada. Túvose á mucho, porque (como he dicho) la pena la tenía en gran aprieto; y debíalo de hacer el Señor, por las muchas oraciones que hacían por mí las personas buenas que yo conocía, porque me sucediese bien. Era muy temerosa de Dios, y tan buena, que su mucha cristiandad suplió lo que á mí me faltaba. Tomó grande amor conmigo; yo se le tenía harto de ver su bondad, mas casi todo me era cruz, porque los regalos me daban gran tormento, y el hacer tanto caso de mí, me traía con gran temor. Andaba mi alma tan encogida, que no me osaba descuidar, ni se descuidaba el Señor, porque estando allí me hizo grandísimas mercedes, y éstas me daban tanta libertad y tanto me hacían despreciar todo lo que veía (y mientras más eran, más), que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, que muy á mi honra pudiera yo servirles, con la libertad que si yo fuera su igual. Saqué una ganancia muy grande, y declásele. Vi que era mujer, y tan sujeta á pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío, y cómo mientras es mayor tiene más cuidados y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme á su estado, que no las deja vivir: comer sin tiempo ni concierto (porque ha de andar todo conforme al estado, y no las complexiones), han de comer muchas veces los manjares más conformes á su estado que no á su gusto.

Es así que del todo aborrecí el desear ser señora. Dios me libre de mala compostura, aunque ésta, con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes y de mucha llaneza. Ya la había lástima, y se la hé de ver cómo va muchas veces, no conforme á su inclinación, por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos; no se ha de hablar más con uno que con otro, si no al que se favorece ha de ser el malquisto. Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo, es llamar señores á las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas. Fué el Señor servido, que el tiempo que estuve en aquella casa, se mejoraban en servir á su Majestad las personas de ella, aunque no estuve libre de trabajos y algunas envidias que tenían algunas personas del mucho amor que aquella señora me tenía. Debían por ventura pensar que pretendía algún interese; debía permitir el Señor me diesen algunos trabajos cosas semejantes, y otras de otras suertes, porque no me embetiese en el regalo que había por otra parte, y fué servido sacarme de todo con mejoría de mi alma. (*Vida*, cap. XXXIV.)

No perdió la Madre nada en el camino, porque doña Luisa se consoló y mejoró mucho con tan buena huéspedada, y la cobró gran amor, y de ahí vino después á ser fundadora del Monasterio de Malagón, como diremos á su tiempo, y á la Madre hizo Nuestro Señor grandes mercedes el tiempo que estuvo allí.

En la casa de esta señora vino á haber gran mudanza y mejoría desde entonces: comenzóse á confesar toda la casa con los Padres de la Compañía de Jesús (1), y frecuentábanse los Sacramentos y dábanse limosnas. Teníanla todos gran respeto y reverencia, y maravillábanse de ver su santidad, y con deseo de ver algo de lo que entendían que Dios hacía con ella, después que ella se encerraba en su aposento, la iban á mirar por entre la puerta, y la veían arrobada y después salir con gran disimulación, como si nada hubiera pasado por ella.

Estaba allí entonces una doncella que se había criado en aquella casa, cuyo nombre era María de Salazar. Esta llevó la mejor parte, porque con aquel ejemplo que Dios la había puesto delante, se movió mucho, y comenzó á darse á la soledad y oración, y confesóse generalmente, y en fin, con lo que vió entonces, y después otra vez que pasó por allí yendo á fundar á Malagón, la vino Dios á traer á la religión, donde está ahora Priora de Lisboa, y lo fué primero mucho de Sevilla: llámase en la religión María de San José, de quien yo pudiera decir mucho, si no tuviera intento de decir poco de las vivas. Entonces tuvo noticias de ella una beata de su misma orden, mujer de mucha penitencia y santidad, á quien el Señor había movido el mismo mes y año que á la Madre para hacer otro Monasterio semejante. Y había con este deseo vendido todo lo que tenía, é ido á Roma á pie y descalza, para traer despachos para ello, y Nuestra Señora también se la había aparecido y mandado que hiciese el Monasterio. Esta era de lejos de allí, y haciéndosele camino, aunque con mucho rodeo, vino á Toledo á verse con la Madre, y estuvieron quince días juntas, y trataron de la orden que habían de tener para fundar sus Monasterios, y consoláronse mucho la una con la otra, conociendo los dones de Dios y la conformidad de su llamamiento.

Llamábase esta sierva de Dios María de Jesús (2), y fundó en

(1) Este colegio de Toledo se había fundado en 1558, tres años antes, siendo entonces su Rector el Padre Pedro Doménech, y ministro el Padre Gil González Dávila. (Cfr. *Astrain*, t. II, lib. I, cap. III.) El Padre Doménech era el confesor de Santa Teresa.

(2) La venerable María de Jesús nació en Granada el año 1522, y era hija de un relator de aquella chancillería. Estuvo casada muy poco tiempo, y tomó el hábito de beata de Nuestra Señora del Carmen. Fué á Roma á pie descalzo, y se presentó á Pío IV pidiéndole permiso para fundar un monasterio de mujeres, según la regla primitiva del monte Carmelo, y sin mitigación. Admirado el Papa de su resolución, y al verla descalza y con los pies ensangrentados, le dijo:—¡Varonil mujer, hágase lo que pides!—Hizo que la albergaran los Carmelitas de la Congregación de Mantua, que vivían con alguna más austeridad que los demás Calzados.

Alcalá un Monasterio de Descalzas Carmelitas, y allí vivió algunos años con muy santo ejemplo y acabó con gran santidad. No fundó más Monasterios de éste, el cual yo vi el año de 1585 y hablé á la Priora, y me informé, así de la Madre María de Jesús, como de lo que en el Monasterio había. De la Madre me dijo mucho de su santidad, que holgara se me acordara para decirlo aquí, y la Priora me pareció muy religiosa. Tenían ya las constituciones de la Madre Teresa de Jesús y en todo querían seguirlas, aunque no estaban sujetas á los Padres Carmelitas, sino al Arzobispo de Toledo.

Estúvose la Madre Teresa de Jesús en Toledo con doña Luisa de la Cerda medio año, y entre tanto su hermana doña Juana se volvió á Alba al principio de junio de 1562 años; y Juan de Ovalle, como se tardaba ella tanto, se volvió á Toledo á despedirse de ella, y vino á la vuelta por Avila con pensamiento de partirse al día siguiente á Alba, como lo había allá concertado con la Madre, pareciéndole que ya no era menester allí su presencia. Pero porque lo era, y Dios quería que aquella obra se acabase, ordenó las cosas de otra manera: porque apeándose en la misma casa, que es ahora de San José, le dió un frío y luego una calentura muy grande, de manera que le fué forzoso detenerse allí, y desde á quince días vino la Madre de Toledo, habiendo quedado sin pensamiento por entonces de venir. La ocasión de su venida así tan de pronto, fué ésta: Vino en este tiempo recaudo de su Provincial, en que la alzaba la obediencia y la daba licencia para reunirse ó estarse más, como ella más quisiese. Pero porque en la Encarnación había de haber de allí á poco la elección de Priora, y de allá la habían avisado que la querían á ella elegir, quería detener hasta que fuese hecha la elección, por no ser elegida. Estando ella en este pensamiento, díjola el Señor: «En ninguna manera, hija, te dejes de ir, y pues deseas cruz, buena se te apareja, no la deseches, que yo te ayudaré; ve con ánimo y sea luego» (1). Fué con esto á su confesor, que era un Padre de la Compañía de Jesús, muy fatigada; pensó que la cruz era el ser Priora, y él la dijo que lo hiciese, pero que se detuviese algunos días, por los grandes calores que

Habiendo venido á Granada con intento de fundar, la echaron de allí por ilusa y la amenazaron sus paisanos con azotarla públicamente. Doña Leonor Mascareñas, ama de Felipe II y fundadora de los Descalzos Reales de Madrid, la amparó y le dió una casa que tenía en Alcalá con oratorio.

En una relación antigua de aquel convento se dice: «Venimos á este monasterio María de Jesús y Polonia de San Andrés y Juana Bautista, á 11 días del mes de setiembre de 1562 años, y venimos á servir á la gloriosísima Madre de Dios, Nuestra Señora del Monte Carmelo.» Con todo, la fundación definitiva, con permiso del ordinario, no se realizó hasta el día 23 de Julio de 1563.

Santa Teresa tuvo empeño en que se agregaran á la orden, pero nunca quisieron acceder á salir de la jurisdicción del ordinario. V. La Fuente, t. I, pág. 255 y Portilla (Miguel), *Historia de Compluto*, part. 3.^a, que habla exclusivamente de este monasterio llamado de la Imagen.

(1) *Vida*, cap. XXXV.

hacía, que bastaba llegar allá al tiempo de la elección. Ella quería obedecer, pero el Señor no la dejaba, porque era tan grande el desasosiego que traía en sí, que no podía tener oración; parecía que faltaba de lo que Dios quería, y que por estar allí con regalo, no se quería poner en el trabajo que la esperaba, y otras cosas de esta manera. Al confesor también le movió Dios, y le dijo que se fuese; y habiendo trabajado mucho con aquella señora y traídola muchas razones para que la dejase ir, se hubo en fin de partir con mucho contento, porque consideraba que aquello era mayor servicio de Dios: todo el trabajo la parecía nada. Fué de tanta importancia para la fundación del Monasterio el partirse luego, que si poco más se detuviera, fuera posible no concluirse el negocio, como lo diremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVII

**De cómo vino el Breve, y el Obispo admitió la obediencia,
y se puso en el Monasterio el Santísimo Sacramento,
y se dió el hábito á las primeras monjas**

El Santo Padre Fray Pedro de Alcántara, como veía tan claramente lo que Dios tenía en la Madre Teresa de Jesús, y su mucho valor y deseo de perfección, y de cuánto servicio y gloria suya sería lo que se trataba, siempre favorecía, cuanto podía, á la fundadora y á la fundación. Y estando la Madre ausente, escribió una carta á don Alvaro de Mendoza, obispo de Avila, para que aceptase la obediencia del nuevo Monasterio. Esta carta he tenido yo muchos días en mi poder: no tiene medio pliego entero, sino sólo lo que fué menester para lo que escribía, y así toda está llena; el sobrescrito dice:

Al Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo de Avila, que nuestro Señor haga santo.

La carta (que por ser de tan santo varón y de tanta autoridad me pareció ponerla aquí) no tiene arriba cortesía ninguna, sino como dos dedos de papel que quedan en blanco, y después dice así:

«El espíritu de Cristo hincha el alma de V. S., recibida su santa bendición. La enfermedad me ha agravado tanto, que ha impedido tratar un negocio muy importante al servicio de Nuestro Señor, y por ser tal, y no quede por hacer lo que es de nuestra parte, en breve quise dar noticia de él á V. S., y es: Que una persona muy espiritual con verdadero celo, ha algunos días pretende hacer en este lugar un Monasterio religiosísimo y de entera perfección, de monjas de la primera regla y orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo, para lo cual ha querido tomar por fin y remedio de la observación de la dicha primera regla dar la obediencia al Ordinario de este lugar. Y confiando en la santidad y bondad grande de V. S., después que Nuestro Señor se le dió por Perlado, han traído el negocio hasta ahora con gasto de más de cinco mil reales, para lo cual tienen traído Breve. Es negocio que me ha parecido bien. Por lo cual, por amor de Nues-

tro Señor pido á V. S., lo ampare y reciba, porque entiendo es en aumento del culto divino y bien de esta ciudad. Y si á V. S. parece, pues yo no puedo ir á tomar su santa bendición y tratar esto, recibiré mucha caridad; mande V. S. el Maestro Daza venga á que yo lo trate con él ó con quien á V. S. parezca. Mas á lo que entiendo, esto se podrá fiar y tratar con el Maestro, y de esto recibiré mucha consolación y caridad. Digo que puede V. S. tratar desto con el Maestro Daza, y con Gonzalo de Aranda, y con Francisco de Salcedo, que son las personas que V. S. sabe, y tendrán más particular conocimiento que yo. Aunque yo me satisfago bien de las personas principales que han de entrar, que son gente aprobada y la más principal, creo yo que mora el espíritu de Nuestro Señor en ella. El cual Su Majestad dé y conserve en V. S., para mucha gloria suya y universal provecho de su Iglesia. Amén, amén. Siervo y Capellán de V. S., indigno, Fray Pedro de Alcántara.»

Todo esto estaba seguido y sin apartamiento ninguno de la manera que yo aquí lo he puesto. Lo del Breve que dice, es de uno que había venido á doña Guiomar para la fundación del Monasterio; pero vino éste corto, y tenía dificultades, y era menester otro.

También vi una carta que escribió el mismo á la Madre Teresa de Jesús el Septiembre adelante: no tiene cuatro dedos de papel en ancho, sino sólo lo que era menester para lo que había de escribir. El sobrescrito dice:

«A la muy magnífica y religiosísima Señora Doña Teresa de Ahumada, en Avila, que Nuestro Señor haga santa.»

En ella con mucho amor la pide le haga saber de su salud, y en qué términos va lo de su Monasterio, y le encomiende á Nuestro Señor que anda muy enfermo, y dala cuenta familiarmente de algunas cosas suyas.

La razón, pues, porque Nuestro Señor daba tanta priesa á la Madre que se partiese de Toledo, era porque ya el Breve (1) venía para que se hiciese el Monasterio, y se diese la obediencia al Obispo, de tal manera, que llegó á Avila la misma noche que ella, por la vía que el Señor la había dicho que le haría venir, y halló en la misma ciudad al Obispo y al Santo Fray Pedro de Alcántara, y á Francisco de Salcedo, en cuya casa posaba el Padre Fray Pedro; y los dos acabaron con el Obispo que admitiese el Monasterio, y fué hartó, por ser el Monasterio tan pobre; pero el Obispo era amigo de favorecer siempre á obras y personas buenas. Quien más hizo en esto fué el Santo viejo Fray Pedro con su mucha autoridad, aprobándole, y con poder

(1) Va dirigido este Breve á Doña Guiomar de Ulloa y á Doña Aldonza de Guzmán su madre: está fechado á 6 de Febrero de 1562, que era el tercero del pontificado de Pío IV. Puede verse en la *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen*, lib. II, cap. IX.

mucho con el Obispo y con otras personas que ayudaron; y á no estar él allí aquel tiempo, pudiera ser no se hiciera nada, y estuvo entonces en Avila no más que ocho días, y éstos enfermo, y de ahí á poco le llevó el Señor á darle el galardón de sus santos trabajos y de su grande y larga penitencia y mortificación, que parece no estaba esperando sino que ayudase á acabar esta obra y después llevarle. Por eso convino que llegase á aquel punto la Madre, y que Juan de Ovalle hubiese caído antes malo para que no se fuese á Alba, como lo tenía pensado, porque por estar él allí enfermo, y solo, como se había ido poco antes doña Juana su mujer, dieron licencia á la Madre para salirle á curar y acabar lo que estaba comenzado de la fundación, y á no ser esto, no tuviera causa bastante para salir, mayormente no estando allí doña Guiomar de Ulloa, que se había ido á Toro, porque pareció convenir más eso para disimular mejor el negocio.

Estuvo Juan de Ovalle malo todo el tiempo que la Madre hubo menester estar fuera de la Encarnación para acabar sus negocios. No dejó él de entender por qué le daba el Señor aquella enfermedad, y así cuando la Madre había hecho lo que era menester, la dijo: «Señora, ya no es menester que yo esté más malo», y luego le dió Nuestro Señor la salud, de que él y todos se espantaron mucho.

Entretanto la Madre se daba mucha prisa para que la casa se acabase y se pusiese en forma de Monasterio, porque veía que la tardanza la podía ser muy dañosa. Hizo mudar de allí á su cuñado y á su hermana, y acomodó una pieza pequeñita para iglesia, con una rejita pequeña de madera doblada y bien espesa, por donde viesen las monjas misa, y un zaguán pequeñito, por donde se entraba á la iglesia y á la casa que todo, en pequeño y en pobre, representaba el portal de Belén (1). Mas con todo lo que había hecho, y con toda la gana que tenía que se acabase, no daba paso ni hacía cosa sin consejo de muy buenos teólogos, con quien lo comunicaba, para de tal manera hacer lo que pretendía, que no faltase un punto de la obediencia que debía á sus Prelados. Ellos la dijeron siempre que lo podía hacer, y que era gran servicio de Dios y honra de su orden, porque á haber en ello alguna pequeña imperfección, dejáralo del todo con aquella quietud y paz de su alma que ya al principio lo había dejado. Y aunque andaba, mientras esto se hacía, con hartó cuidado del edificio material de

(1) Véase como lo describe Julián de Avila: «Junto á la portería, estaba una reja de palo, á muy cerca de la reja estaba el altar, aunque con decencia, pero con harta pobreza y estrechura; porque en portería y coro, á donde el Santísimo Sacramento estaba, no me parece á mí habría arriba de diez pasos: representaba bien á el portalico de Belén. Al lado de la mano izquierda, dentro de la reja que dividía la portería y del coro, á donde estaba el Santísimo Sacramento casi junto al altar estaba otra rejica de palo, que hacía el coro de las monjas: estaba todo junto, que casi no había pasos que dar para ir de una parte á otra. (*Vida de Santa Teresa*, 2.^a, cap. VIII.)

la casa, muy mayor le traía de buscar piedras vivas que fuesen cimiento conveniente al edificio espiritual que pretendía levantar. Y así puso los ojos en cuatro doncellas pobres y huérfanas, pero grandes siervas de Dios, como lo dice también el Padre Fray Pedro de Alcántara en la carta suya que puse en este capítulo, y sin ningún dote las recibió. Estas fueron, la primera, Antonia de Henao, que después se llamó Antonia del Espíritu Santo, y vino por orden del Santo Fray Pedro de Alcántara, que la había tratado mucho, porque era mujer de gran espíritu, y queriéndose ella ir á ser monja á otra parte lejos, la detuvo el Padre Fray Pedro, para que entrase en este nuevo Monasterio, y dió de ella noticia á la Madre. La segunda se llamaba María de Paz, á quien doña Guiomar había tenido en su casa, y allí la había conocido la Madre y aficionándose á su virtud; llamóse después María de la Cruz. La tercera, Ursula de los Santos, que así se llamaba antes de monja y después, mujer en algún tiempo muy galana, pero después tan recogida y encerrada, que era de todos muy estimada por su santidad; especialmente se señaló en llaneza y humildad y paciencia con que sufrió sus enfermedades sin ningún regalo y sin queja. A ésta trataba el Maestro Daza, y él se la dió á conocer á la Madre. La cuarta, María de Avila, y después se llamó María de San José. De éstas sólo Ursula de los Santos pasó de esta vida en el mismo Monasterio, año 1574, estando la Madre en Alba, donde la vió ir al cielo con un cuerpo glorificado, según ella lo dijo después de vuelta á Avila; y echada la cuenta del día y hora en que murió y de la hora en que la vió de la manera que hemos dicho, hallaron que había estado no más de cuatro horas en el purgatorio. Las demás viven, al tiempo que esto escribo, con mucha santidad y edificación: Antonia del Espíritu Santo en Málaga, María de la Cruz en Valladolid, María de San José en Avila.

Venía ya cerca el día del glorioso Apóstol San Bartolomé, y parecióle á la Madre que era aquél buen día para dar principio á su Monasterio, y así procuró darse mucha prisa para que para entonces estuviese todo á punto. Quiso el Señor que fuese así todo, y el día del bienaventurado Apóstol, que es veinte y cuatro de agosto, año de 1562, el Maestro Daza, que siempre favoreció esta obra, puso el Santísimo Sacramento y quedó hecho el Monasterio del glorioso San José (1), como lo había mandado el Señor. Este mismo día, el mismo

(1) Parece casi cierto, como observa Emery en el compendio de la vida de Santa Teresa, que precede á su obra: *L'Esprit de Sainte Thérèse*, que este ha sido el primer templo dedicado á honra del Patriarca San José, en todo el orbe: porque si bien es verdad, como prueban los Bolandistas en su Comentario histórico que precede á la vida del gloriosísimo Esposo de la Madre de Dios (19 de Marzo, núm. 56 y 56), que ya mucho antes se le habían dedicado altares, como el de la Iglesia de San Agrícola, en Aviñón, siglo xv, y en Santa María de los



**Iglesia del Monasterio de San José, en Ávila,
primero de los fundados por Santa Teresa de Jesús.
Á la derecha, vése la capilla primitiva
edificada por la Santa**

siervo de Dios dió el hábito á las cuatro primeras monjas que he dicho, hallándose á él la Madre, que todavía se estaba allí, y dos monjas de la Encarnación que se hallaron entonces fuera de su Monasterio: la una era doña Inés de Tapia, de quien diremos en el libro siguiente (1). Ella se quedó con sus cuatro novicias, esperando tiempo conveniente para volverse á su Monasterio y no salir de él hasta que para ello tuviese licencia de su Provincial.

Mártires de Roma en 1548, no consta que se erigiera ningún templo en su honor antes que éste. Véase Vandermoere, n.º 344.

(1) La otra era Doña Ana de Tapia, ambas primas de Santa Teresa. Fueron testigos don Gonzalo de Aranda, don Francisco Salcedo, el presbítero Julián de Avila, Juan de Ovalle y Doña Juana de Ahumada.

LIBRO SEGUNDO

DE LA

VIDA DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

PRÓLOGO

Grandes son por cierto las obras de este gran Señor Dios Nuestro, y maravillosas; que lo que á los hombres, por muy cuerdos y experimentados que sean, parece imposible, él lo concierta y hace en un momento, y no basta nadie á deshacerlo, como en este segundo libro veremos. Sus consejos son muy altos, y sus trazas llenas de profunda sabiduría, con que deslumbra aun á los grandes letrados, y por medio de quien á él le place consigue los altísimos fines que pretende, y de lo que parecía que no era nada, saca cosas que al mundo ponen espanto. Pero temprano me comienzo á maravillar; mucho más habemos de ver: no ha hecho la eterna Sabiduría, en lo que hasta ahora habemos contado, más de abrir zanjás, aunque es verdad que van bien hondas por la humildad, y anchas por la caridad, y ya de ellas se puede entender que debe ser muy alto el edificio que aquí se ha de hacer. Paréceme, que así como los que habían visto el primer templo de Salomón y vieron después las zanjás y los cimientos del segundo, que se comenzaba á edificar, después de acabada la cautividad de Babilonia, lloraban, porque por aquellos principios veían que no llegaría ni con mucho á la grandeza del pasado, según escribe el santo Esdras: así, quien quiera que tuviera noticia de los principios de la religión de Nuestra Señora del Monte Carmelo, y de aquella primera santidad y penitencia, viendo estos principios pudiera alegrarse mu-

cho y alabar á Jesucristo Nuestro Señor, de donde todo el bien nos viene, pues desde luego dan esperanza de haberse de restituir á aquella primera santidad y antigua estrechura y aspereza. Pero porque por firmes y buenos que vayan los cimientos y por alto que vaya el edificio se suele caer, si las piedras que se van asentando no dicen bien con las primeras, ni juntan unas con otras, sino en lugar de cal que fragüe bien, echan lodo ó barro mal hecho, así se vendrá á caer este edificio que el Señor ha levantado, si no se tiene gran cuenta en mirar y examinar las que se reciben, y no tanto que vengan labradas, cuanto que tengan buen natural y blando para poderse labrar y hacer de la forma que quisieren, y asentarlas donde mejor hayan de estar y más convenga para el edificio. Si son niñas, como piedras muy tiernas, se desharán cuando las labren: si son de mucha edad, estarán muy duras para la pica y para la escoda. Pero no son estas las peores de labrar, sino unas que parecen bien desde aparte, y aun desde cerca, á los que no saben de cantería, y tienen allá dentro una dureza tan extraña, que es menester gastar muchas picas y embotar muchos cinceles, y cuandó parece que se van á poner en la figura que es menester, se hacen pedazos. Estas son las que no saben obedecer, sino llenas de propio juicio, por tenerse por muy avisadas, ó por nobles, ó por haber traído mucha hacienda al Monasterio, piensan que han de mandar y se ha de seguir su parecer, y que los Prelados las deben tener respeto y contentar. La buena piedra es la que se deja labrar y no resiste al que la labra; y adonde quiera que la quieran poner, luego parece que viene bien, porque la hacen con facilidad de la figura que quieren. Ya que las piedras sean buenas, junten bien con las demás, lo cual se hace con la semejanza y conformidad de las costumbres. Y como las piedras que están ya asentadas no se tornan á labrar, para que las que de nuevo se ponen cuadren con ellas, antes éstas se han de aderezar para que vengan bien con las primeras: así, las que de nuevo van entrando, no han de querer hacer á su condición á las que estaban en el Monasterio, sino ellas dejarse formar y figurar de tal manera, que en todo convengan con las más antiguas, mirando siempre las virtudes que en ellas resplandecen y procurando de imitarlas. Y esto para las antiguas no es honra ni autoridad, si bien lo quieren entender, sino carga y obligación, pues por haber de ser ejemplo y dechado de las demás, están más obligadas á mirar por sí y quitar, cuanto les fuere posible, todas las imperfecciones, porque no pasen á las más mozas, y conformarse ellas con el perfectísimo dechado que Dios puso delante, que es la Santa Madre Teresa de Jesús. Y para obra tan grande y piedras tan buenas, no busquen lodo, ni barro con que se junten ni traben unas con otras, recibiendo á quien trae más dinero, ó tiene más nobles ó ricos ó poderosos parientes, ó otros respetos semejantes de mundo, que es todo tierra y

lodo eso, y no es bueno para los edificios duraderos. Cal se ha de buscar que asga muy bien, que es la verdadera mortificación que unas y otras han de tener, y por eso se han de buscar personas aparejadas para obediencia y mortificación, y aun rogarlas á éstas, si fuese menester, por pobres que sean y de bajo linaje, antes que recibir á otras que no tienen natural para esto, aunque rueguen muchos por ellas y traigan grandes dotes. Acabarse há el dinero, y la monja mal mortificada se quedará en casa, y una sola ejercitará y dará en qué entender á todas las demás. La cal viva no puede servir para los edificios, muere primero y después vale mucho. Así, personas que tienen sus pasiones vivas, son muy dañosas para la comunidad, y es imposible juntar bien con las demás, ni aun ellas mismas entre sí; pero si mortifican bien sus pasiones, habrá la junta y la unidad y la caridad en la casa, que tan necesaria es para el buen ser y acrecentamiento de la religión. Nada de esto que he dicho pensaba decir; hame hecho que lo diga el deseo que tengo de que esta obra de Dios vaya siempre adelante y se mejore, y si ahora no es menester por la perfección que hay en los monasterios, puede ser que andando el tiempo lo sea. Y si Dios quisiere dar vida á este libro, holgaréme de estar haciendo instancia con estas letras después de muerto, en lo que ahora viviendo la hago y la haré con la voz. Y en esto pagaré á la Santa Madre Teresa de Jesús algo de lo mucho que la debo, pues quien leyere sus constituciones y sus libros, verá bien cuánto deseó y encomendó todo lo que yo aquí he dicho. Quiero también que sirva esto para que las personas que no sintieren en sí natural ni virtud para lo dicho, no traten de entrar en estos Monasterios, porque se hallarán en ellos mal, sino busquen otros que sean más á su propósito y adonde se puedan hallar mejor.

CAPÍTULO PRIMERO

**En que se trata del fin que tuvo la Madre Teresa de Jesús
para fundar estos Monasterios,
y cuán alto y perfecto es, y cuánto valor da á la religión**

No me parece conveniente pasar adelante en la historia, hasta satisfacer primero á los que desearan saber qué pretendió en la fundación de este Monasterio la Madre Teresa de Jesús, y qué regla y hábito y manera de vivir puso en él, y quedará dicho de una vez para los demás Monasterios de quien diremos adelante. Su intención primera no fué más de hacer un Monasterio donde ella y las que la siguiesen, con más encerramiento y estrechura, pudiesen guardar lo que habían prometido al Señor, conforme al llamamiento de su religión, que de religión nueva nunca trató, sino de perficionar esta suya antigua de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Después, considerando las grandes necesidades de la Iglesia, y deseando con su gran caridad ayudar á los que pelean por ella en lo que la fuese posible, levantó más alto sus pensamientos, y añadió á la penitencia y pobreza que antes había pensado, y trazó el negocio de otra manera.

Pero porque quiero más que esto todo se entienda de sus palabras que de las mías, referiré aquí lo que á este propósito dice en el libro que ella llamó «*Camino de perfección*», en el capítulo primero, no como anda en los libros impresos hasta ahora en Eborá y Salamanca, sino como ella lo escribió en el original de su misma mano, de donde yo lo he sacado, y esto quedará dicho para todo lo que de este libro yo alegare. Dice pues así: «Al principio que se comenzó á fundar este Monasterio de San José de Avila, etc., no era mi intención hubiese tanta aspereza en lo exterior, ni que fuese sin renta, antes quisiera que hubiese posibilidad para que no faltara nada, en fin, como flaca y ruin, aunque algunos buenos intentos llevaba, más que mi regalo. En este tiempo vinieron á mi noticia los daños y estragos que habían

hecho en Francia los Luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Fatiguéme mucho, y como si yo pudiera algo, ó fuera algo, lloraba con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de una alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin, y imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, toda mi ansia era, y aun es, que pues tiene tantos enemigos, y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos. Determiné de hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar, estas poquitas que están aquí, hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar á quien por él se determina á dejarlo todo; y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tendrían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor, para que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos á este Señor mío, que tan apretado le traen aquellos á quien El ha hecho tanto bien, que parece que le querrían tornar ahora á la cruz estos traidores, y que no tuviese á dónde reclinar la cabeza.» Y después dice: «¡Oh hermanas mías en Cristo, ayudadme á suplicar esto al Señor, que para eso os juntó Su Majestad aquí; éste es vuestro llamamiento, éstos han de ser vuestro negocios, éstos han de ser vuestros deseos, aquí vuestras lágrimas, éstas vuestras peticiones.» De estas palabras de la Santa Madre se entiende bien el fin de esta su renovación y fundación de los Monasterios y el llamamiento de las religiosas de ellos. Y aunque lo primero era de mucha perfección, subióla tanto de quilates con este nuevo fin y intento que le puso, que apenas se podrá hallar en religión alguna de mujeres mayor perfección ni más alto llamamiento. Porque, según la doctrina de Santo Tomás y según la verdad, el ser una religión más perfecta que otra, no consiste tanto en las penitencias que hay en ella, cuanto en tener el fin más alto que la otra, con los medios proporcionados para tal fin. Y así concluye que las religiones que más alto grado tienen, son las que están ordenadas para enseñar y predicar. Y tras ellas vienen luego las que están ordenadas para la contemplación, porque como es más alumbrar que lucir solamente, así es más comunicar á los otros lo que se ha contemplado, que contemplar solamente. Pues como religiones de mujeres no son ordenadas para enseñar ni predicar, aquella será más alta que está ordenada para ayudar con sus oraciones y penitencias á los que esto hacen, que son los que defienden la Iglesia, pues aquello es más perfecto que más se llega á lo que tiene la cumbre de la perfección. Y no puede ninguna religión de mujeres tener más alto fin que orar siempre y ayunar y usar de asperezas por la conservación y defensión de la Iglesia Católica y la

salud de las almas, procurando que los fieles vivan conforme á su llamamiento, y los infieles vengan á conocimiento de su Criador, pues nadie duda de que sea verdad lo que dice San Gregorio en la homilia 12 sobre Ezequiel: Que no hay sacrificio más agradable á Dios que el celo de las almas.

Otra cosa también se saca de aquí, que todas las religiosas de esta orden deben tener siempre estampada en su alma, y es, que por más asperezas que hagan, y por más que oren y canten y hagan todo lo que unas muy buenas y perfectas monjas deben hacer, no han cumplido con su llamamiento, ni con lo que Dios quiere de ellas, si no tienen particular cuidado de enderezar sus oraciones y ayunos y asperezas que habemos dicho, á ayudar á los que andan en el campo sudando y peleando por la gloria de Dios Nuestro Señor y por la defensión y acrecentamiento de su santa Iglesia, y en fin, por todos aquellos que particularmente procuran la salvación de las almas. Así que, lo que á las otras monjas bastaría, á ellas no basta, y con lo que otras serían perfectas, ellas no lo serán enteramente, porque faltarían de lo que en su llamamiento y religión es lo más principal. También me huelgo quede esto escrito aquí, porque todas las veces que se leyere lo estaré yo clamando después de mi muerte, como lo hago en la vida. Y crean las religiosas de esta orden que esto leyeren, que Nuestra Señora la Virgen María, que es la Madre de estos Monasterios, y el bienaventurado San José, que es el Padre de ellos, y la Santa Madre Teresa de Jesús, que es la fundadora, quieren y desean que esta doctrina se predique en ellos. Lo que hasta aquí he dicho para estas religiosas, y lo que dijere, si bien hubieren leído sus libros, hallarán que es lo mismo que la Santa Madre las dejó más encargado. Y así, acerca de esto que ahora decimos, en el capítulo tercero del *Camino de perfección*, después de haber dicho al propósito muchas cosas muy buenas, concluye con estas palabras: «Y cuando vuestras oraciones, deseos, disciplinas y ayunos no se emplearen por aquesto que he dicho, pensad y creed que no hacéis, ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor, y no permita el Señor esto se quite de vuestra memoria jamás, por quien su Majestad es.»

CAPÍTULO II

De cómo hizo la Madre Teresa de Jesús que se guardase en su Monasterio la primera regla de su orden, y qué es lo que contiene y lo demás que ella añadió

Para conseguir este fin alto que pretendía, y para que sus monjas viviesen de tal manera que sus oraciones valiesen mucho delante del divino acatamiento, se determinó la Madre en que se guardase en su Monasterio la primera regla que guardaron los primeros Padres que comenzaron á vivir en el monte Carmelo en forma de religión. Y porque ésta, por ser estrecha y áspera, dispensando los Sumos Pontífices, se había venido á mitigar y perdido su primer rigor, parecióla que convenía tornarla á él, y que haría mucho servicio á Nuestra Señora, cuya es esta religión, en volverla á su principio, y ponerla en el punto de penitencia y santidad en que en tiempo de aquellos santos y primeros ermitaños estaba. Esta la hizo Alberto, Patriarca de Jerusalén, y fué confirmada, corregida y enmendada por el Papa Inocencio IV en el año quinto de su pontificado, que fué el año del Señor de mil y doscientos cuarenta y ocho, primero día de septiembre (1).

Y fuera de las cosas comunes á las otras reglas de religiones, como es elegir una cabeza á quien obedezcan, y hacer sus votos de castidad, pobreza y obediencia, y guardar á tiempos señalados el silencio, lo que esta regla contiene es: Que los religiosos estén dentro de sus celdas ó cerca de ellas meditando de día y de noche en la ley

(1) La Regla del Carmen, dada por San Alberto en 1209, fué aprobada en 1226 por el Papa Honorio III. Veinte años más tarde S. Simón Stock, general de la Orden y sus definidores enviaron, desde la Gran Bretaña, una delegación al Papa Inocencio IV, que á la sazón se hallaba en Lión, rogándole que se dignara aclarar algunos puntos oscuros de ella. Encargó el Soberano Pontífice á dos miembros de la Orden de Santo Domingo, Hugo de San Charo y Guillermo, obispo de Antera en Siria, que revisaran la regla del Carmen y modificaran lo que les pareciera. Aquella regla así revisada es la que se observa en los Monasterios fundados por Santa Teresa.

del Señor, y velando en oración, si no fueren ocupados en otras justas ocupaciones. Manda también que ayunen desde la fiesta de la Exaltación de la Cruz, que es á catorce de septiembre, hasta el de la Resurrección del Señor, si enfermedad ú otra justa causa no lo estorbare, y que nunca coman carne, si no fuere por enfermedad, y que siempre tengan algún trabajo de manos en que se ejerciten. Lo del ayuno y no comer carne, ordenó la Madre Teresa de Jesús que se guardase á la letra, y el silencio ni más ni menos, desde completas hasta dicha prima. Mandó también que en las demás horas del día se guarde, aunque no con tanto rigor como en el tiempo dicho, si no fuere después de comer y de cenar, en que la Priora puede dispensar, para que estén juntas las hermanas en recreación una hora.

Lo del meditar de día y de noche en la ley del Señor, y lo del trabajo de manos, lo aplicó á sus Monasterios de esta manera: Los maitines se digan después de las nueve de la noche, y luego estén un cuarto de hora haciendo examen de en qué han gastado el día, y luego se lea un poco del misterio que se ha de pensar en el día siguiente, pero de manera que en todo esto no se detengan más que hasta las once poco más ó menos, y entonces haciendo señal con la campana, se recojan á dormir. En el verano se levanten á las cinco, y tengan oración hasta las seis; y en invierno á las seis, y la oración hasta las siete. Luego digan las horas antes de la misa. Este trabajo de manos no quiso fuese alguna labor curiosa, sino hilar ó cosas semejantes, que no sean tan primas que ocupen el pensamiento para no le tener en el Señor. Tampoco quiso que á ninguna se le señalase tarea, porque no se ocupen en ella demasiadamente y se distraigan de la oración. Y esto no en alguna casa de labor, sino cada una en su celda, porque no se quiebre el silencio, ó se estorbe el levantar el corazón al Señor. Un poco antes de comer se taña á hacer examen de lo que hasta entonces han hecho. En dando las dos se digan las vísperas, y después se lea algo allí en común hasta las tres, y este tiempo también se puede gastar en oración, si quisieren. Después vayan á sus oficios hasta completas, y después de completas tengan una hora de oración. Y aun en el tiempo de recreación, han de estar también entendiendo en sus oficios de manos. La pobreza quiso que fuese tan grande, que no da licencia para que ninguna monja tenga renta alguna, como en otras partes, sino que todo sea común, y á cada una se dé de lo que hubiere, conforme á su necesidad, desde el hábito hasta todo lo demás que haya menester, de manera que no tenga en esta parte de qué cuidar, ni tenga que pedir á parientes y conocidos, con que se excusan grandes daños, y se cierra una gran puerta al tentador.

En particular no las deja tener cosa ni para comer ni para vestir, ni arca ni alacena; y mandó que cuando la Priora viese á alguna her-

mana aficionada á alguna cosa, ora sea libro, ora celda ú otra cualquiera cosa, se la quitase. El hábito las dió bien conveniente á la pobreza que tanto ella amaba; quiso que fuese de jerga ó sayal, de color burielado sin tintura, la manga angosta, no más ancha en la boca que en el principio, sin pliegues, redondo, no más largo atrás que adelante, largo hasta los pies. El escapulario de lo mismo, cuatro dedos más corto que el hábito. La capa blanca con que van al coro, de jerga, del largo del escapulario, con un botón de palo arriba, y en todos estos vestidos encarga que se eche el menos sayal que ser pueda, para que sean angostos. Túnicas de estameña, tocas de sedaña ó lienzo grueso, no plegadas, y encima su velo negro basto, el cual no traen las novicias ni las freylas. El calzado, alpargatas. Las camas sin ningún colchón, sino con un jergón de paja, sábanas y almohadas de estameña, y el cobertor de jerga. En vestidos ni en cama no puede haber cosa de color, aunque sea tan poca como una faja. Zamarros no los consiente, sino algún ropón de sayal, á quien tuviere más necesidad. En fin, ella anduvo mirando con gran prudencia lo que había en las demás religiones, y de allí tomaba lo que la parecía venía bien para su religión, y lo demás dejaba. Estuvo en el Monasterio de Nuestra Señora de la Piedad en Valladolid, que es de Descalzas de la orden de San Francisco, de gran observancia y religión; y de allí tomó la pobreza de las mesas, la llaneza con que se tratan las religiosas y lo que más la pareció.

Pero el no tener freylas, sino que las monjas por su turno estén en la cocina y hagan los demás oficios de casa, aunque al principio lo comenzó á usar, después lo dejó, porque decía que tanto trabajo corporal ahogaba el espíritu. Tampoco quiso imitarlas en que las monjas estuviesen sujetas á frailes, de manera que ellos solos las hubiesen de predicar y confesar, sino que pudiesen oír y tratar á todos aquellos que más les conviniese para sus almas, y con éstos tratasen las cosas de ellas, sin tercera que escuchase, porque la parecía que gente que no tenía otros descansos y caminaba por el camino de la oración y mortificación, á donde hay tantos tropiezos y tentaciones, había menester tratar con personas con quien se pudiesen enteramente declarar, y de quien se ayudasen para no ser engañadas. Y así las encargó muchas veces que siempre tratasen con hombres de letras y de espíritu, porque tenía experiencia del gran bien que en esto había para las almas, y de los grandes daños que de lo contrario se segúan. El número de las monjas quiso que fuese pequeño, para que hubiese entre ellas más unidad y caridad, y menos confusión: no quiso que pasase de trece ó catorce, contando entre éstas tres freylas; y después que la ordenaron que se hiciesen algunas casas que tuviesen renta, mandó que no pudiesen pasar de veinte, contando también en éstas otras tres freylas.

No quiso que se recibiesen monjas de otras órdenes, ni aun del Carmen de la regla mitigada. Y porque esto es cosa en que va mucho, y que yo deseo que con todo rigor se guardase, por muchas razones que la experiencia ha enseñado, pondré aquí lo que ella escribió á una monja de otra orden que deseó ser recibida en ésta. Vi yo esta carta toda escrita de su mano, y dice así:

«En lo principal que V. m. manda, no la puedo servir en ninguna manera, por tener constitución pedida por mí, de no tener monja de otra orden en estas casas, porque eran tantas las que quisieran venir á ellas y quieren, que aunque alguna nos diera consuelo tener, hállanse muchos inconvenientes para no abrir puerta en esto. Y así en ello no tengo que decir más, porque no se puede hacer, ni sirve de más tener yo deseo de servir á V. m. en este caso, que de darme pena» (1).

Encarga mucho que las que se hubieren de recibir sean personas de oración y que pretendan toda perfección y menosprecio del mundo, y tengan salud y buen entendimiento, y de edad no menos de diez y siete años. Y que contentas de la persona (la cual quiere que se examine mucho, y se haga gran diligencia para saber si tiene estas partes), si no tiene limosna que dar á la casa, no se deje de recibir por eso, como ella siempre lo hizo; y que para recibir no se mire al interés, sino á la bondad y calidad de la persona, dando siempre muestras de amar la pobreza que profesaron, y poniendo su esperanza en el Señor, y considerando que no es esto lo que las ha de sustentar, sino la fe y perfección y fiar en sólo Dios. La clausura es grandísima, toda la que es posible haber: abrir la red en el locutorio, ó hablar las monjas sin velo, es con muy pocas personas, como con padres ó hermanos, ú otras de mucha edificación y espíritu, y esto más para edificación y provecho espiritual que para recreación. Con sus deudos quiso que tratasen poco, y las visitas fuesen de personas tales como las dichas; y así para otras, ó para gente que pretende entretenimiento y pláticas vanas, no hay entrada.

A las novicias permitió que visitasen, para que declaren libremente si se hallan bien en la casa, y si no, se puedan ir cuando quisieren. Pero cuanto las quitó de estos entretenimientos humanos, tanto y más las dejó de libertad para los divinos, con que el alma se sustenta y se consuela. Porque demás de la grande y preciosa libertad, que como habemos dicho, las dejó para sermones y confesiones y trato de hombres espirituales, de donde viene gran bien y consuelo á sus almas, y grande abundancia del pasto de la palabra divina, y dejando también el uso de la mortificación pública y secreta, que es grande, fuera de las penitencias que demás de las de la regla se toman por la voluntad de cada una, con licencia de la Priora y del

(1) Tomo II, carta 48. Ed. de La Fuente.

confesor, y el ejercicio admirable de la humildad, diciendo sus faltas en capítulo cada semana, y ayudándose unas á otras con caridad, diciéndole otras en que ellas no caían, que son todas estas cosas con que en gran manera se esfuerza el espíritu y se hinche de alegría, no solamente dió licencia, sino mandó que llegasen á la Sagrada Comunión todos los domingos y fiestas de Nuestro Señor, y de Nuestra Señora, y de San José, y San Alberto, y Jueves Santo, y en todos los demás días que al prudente confesor le pareciere, pero con licencia de la Priora.

Estas constituciones hizo por breve que tuvo para ello del Papa Pío IV, dado á 17 de Julio del año de 1565, en que concedió que se hiciesen constituciones y desde luego las aprobó (1). Después, viviendo aún la Santa Madre, se confirmaron con autoridad apostólica en Alcalá de Henares, en un Capítulo de los Padres Descalzos Carmelitas, en la Cuaresma del año 1581, por el Padre Fray Juan de las Cuevas, de la orden de Santo Domingo, Comisario Apostólico para esto, y por el Padre Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, Provincial de los mismos Descalzos, y por los Definidores. Las mismas constituciones fueron después aprobadas muy en particular, haciendo mención de los títulos de todos los capítulos de ellas, por el Reverendísimo César Speciano, obispo de Novara, Nuncio Apostólico de nuestro muy Santo Padre Sixto V en Madrid, á diez de Octubre del año de 1588, dándolas perpetua firmeza, y mandó que el Vicario de la misma orden y sus consiliarios, no puedan revocar ó derogar cosa alguna de ellas, y que la tal revocación ó derogación sea ninguna, nombrando para eso por jueces conservadores á los Arzobispos de Toledo y de Sevilla, y al Obispo de Avila.

Dos cosas entre otras se entienden de lo dicho. La primera, cuán alta y perfecta sea esta religión, pues la perfección y ventaja de una religión la pone Santo Tomás, como arriba dijimos, en tener más alto fin, y después de esto en tener constituciones y medios más convenientes á aquel fin. De la alteza del fin, dijimos en el capítulo pasado; la excelencia y conveniencia admirable de los medios que para él se toman, vese por lo que está dicho en éste. La segunda es, que aunque más no se hubiera dicho, ni se hubiera de decir de la santidad de la Madre Teresa de Jesús, por estas constituciones se pudiera echar de ver su maravillosa prudencia y sabiduría, la alteza de su espíritu, la grandeza de su perfección, porque como San Gregorio dijo de San Benito (2). Quien quisiere saber muy bien su vida y costumbres, puédelo ver en sus constituciones, porque una mujer tan santa no pudo enseñar sino como ella vivió.

(1) La facultad para hacer estas constituciones la dió Pío IV en 1562; en 1565 aprobó las que se habían hecho.

(2) *Dial.*, lib. II, cap. XL.

CAPÍTULO III

De cómo ordenó que su Monasterio no tuviese renta alguna, sino que se viviese de limosnas

Aun no está acabada de decir la perfección que la sierva de Dios quiso que hubiese en su Monasterio, pues falta una parte tan principal, como es la pobreza, que quiso fuese tan grande, que ninguna renta hubiese, sino siempre se viviese de limosna. Este propósito no le tuvo desde el principio, como se ve por las palabras suyas que puse en el capítulo primero de este libro, antes quería que tuviese renta, porque viviesen sin cuidado de lo temporal, hasta que después en Toledo, en las pláticas que tuvo con aquella beata de su orden, que fundó el Monasterio de Descalzas Carmelitas de Alcalá, entendió que, conforme á la primera regla del Carmen, no se había de tener. Parecióla bien esto, y si no hubiera de mirar más que á sí, sin ninguna duda se determinara desde luego; pero temíase que no la habían de dejar hacerlo, y que si á las demás no daba el Señor los deseos de pobreza que á ella le había dado, vivirían descontentas, y que podría la necesidad ser causa de distracción, como se ha visto en algunos Monasterios.

Comenzó, para acertar más, á tomar parecer de hombres letrados y de sus confesores, y todos la traían muchas razones para persuadirla que no convenía lo que ella deseaba. Pero como veía que era la pobreza conforme á la regla, y cosa de más perfección, no acababa de creerlo; y si algunas veces parecía que estaba convencida, en mirando á Nuestro Señor Jesucristo en la cruz, pobre y desnudo, no podía llevar á paciencia el tener renta. Decíales que para no seguir su llamamiento, ni abrazar los consejos del Señor con toda perfección, no quería ayudarse de teología ninguna. En fin, antes que ella saliese de Toledo, vino por su ruego el Santo Fray Pedro de Alcántara á visitar á doña Luisa de la Cerda, y dióle cuenta de lo que pasaba, y con su parecer se resolvió en no tener renta, ni buscar sobre aquello más pareceres. Después, estándolo un día encomendando mucho á Nues-

tro Señor, tuvo un gran arrobamiento, y díjola Cristo Nuestro Señor: «Hija, en ninguna manera hagas el Monasterio con renta, que ésta es la voluntad de mi Padre y la mía; yo te ayudaré.» Otra vez la dijo alabanzas de la pobreza, y que en la renta estaba la confusión, y la aseguró que á quien á él sirviese no le faltaría lo necesario para vivir. Con esto estaba contentísima, y en determinándose á vivir de limosna, le pareció que poseía toda la riqueza del mundo. Estando ya tan firme en este parecer, le vino casi á mudar después, aunque no del todo, porque poniendo los de la ciudad mucha fuerza en que se deshiciese el Monasterio, y reparando mucho en la carga que sería para ella si hubiesen de vivir de limosna, parecíala á la Madre que sería bueno tomarla por entonces, hasta que aquel ruido cesase, y después dejarla. Y habiéndose de hacer el concierto así, la noche antes, estando en oración, la dijo el Señor: «Hija, no hagas tal concierto como ése, porque si una vez comenzáis á tener renta, no os consentirán que la dejéis.» Y para que estuviese más cierta de ser aquella la voluntad de Dios, la misma noche le apareció el Santo Fray Pedro de Alcántara, que había muerto poco antes, y aun estando cercano á la muerte y sabiendo la revuelta que había en la ciudad, la había escrito encargándola mucho que en ninguna manera tomase renta, y con eso venía á hacerse todo como ella lo quisiese. Vióle lleno de gran gloria, pero con algún rigor (lo que otras veces que se le había aparecido no solía), y díjola que en ninguna manera tomase renta, y que por qué no quería tomar su consejo, y desaparecióse luego. Con esto, á la mañana trató con Francisco de Salcedo que del todo se desconcertase lo de la renta, y así se hizo. En fin, no descansó hasta hacer traer un breve del Papa, para no poder tener renta, y con esto se concluyó todo. Y no fué sólo un breve, sino dos, y yo los he visto: el primero de Raynucio, Cardenal de San Angelo, en el año tercero del Papa Pío IV, que fué año de 1562, y en él, por comisión que de palabra le dió el Papa, concede á las monjas de San José de Avila que no tengan renta, sino que vivan de limosnas. Otro es del mismo Pío IV, en el año sexto de su pontificado, á diez y siete días del mes de Julio, en que confirma la bula que primero había dado para que se hiciese el Monasterio, y las da licencia para que vivan de limosnas, y estén sujetas al Obispo de Avila, y gocen de todas las gracias que los demás Monasterios de la misma orden gozan.

Algunos años después mudó de parecer, no por su voluntad, sino porque personas muy letradas y espirituales hicieron grande instancia en que le mudase, y particularmente el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, diciéndola que pues al Santo Concilio Tridentino había parecido cosa conveniente tener renta los Monasterios, y especialmente era más menester esto en Monasterios de monjas, no quisiese ella saber más que el Concilio, á quien alumbraba el Espíritu Santo.

También se entiende (aunque de esto no estoy del todo cierto), que la mandó Nuestro Señor se llegase al parecer de estos sus siervos, y ella lo hizo así, como quien en todo obedecía á Dios y á sus ministros, y no se casaba con su propio juicio. No hubo en esto contradicción ninguna en las revelaciones que tuvo, antes fué gran providencia de Dios mandar primero lo uno y después lo otro. Porque este Monasterio, si la Madre esperara á tener primero renta, no se fundara porque no había de dónde la haber, y publicárase el negocio primero, de manera que así su Provincial como la ciudad se lo estorbara, y no se fundando él, cesaran los demás que se hacían fácilmente no esperando la renta, y si la hubieran de esperar no se hicieran, porque no había quien la diese. Por otra parte, tantos Monasterios como se habían de hacer, porque los tenía Dios guardados para provecho de tantas almas, que viven en ellos con gran perfección y santidad, no se pudieran bien conservar sin tener alguna renta, siendo de mujeres, y tan encerradas, y si se conservaran, fuera aflojando mucho la perfección en que ahora están. Así que aquello fué muy conveniente al principio, y esto lo ha sido después, y la experiencia ha mostrado que, aunque tengan renta, se guarda en ellos la perfección que se deseaba, y juntamente muy gran pobreza, porque no hay monja que pueda tener renta en particular, como en otras partes, ni dinero ninguno, ni vestidos, ni regalos de comer, sino á todas se da todo lo que han de menester, de lo que hay en casa, según la necesidad de cada una. Y así no dependen de parientes, ni tienen necesidad de amistades, ni conversaciones de los de fuera para que las den lo que han menester.

Esta experiencia que digo, movió también mucho á la Madre. Cuando el santo varón Francisco de Salcedo vió que ya el Monasterio podía tener renta, mandóle para después de sus días doscientas fanegas de pan de renta y doce mil maravedís de hierba, y unos pedazos de monte; después el Señor ha ido dando más y acrecentando esta obra que era tan suya.

CAPÍTULO IV

Del alboroto interior y exterior que se levantó después de tener ya fundado el Monasterio

Tornando, pues, á lo que íbamos diciendo de la nueva fundación, estaba la Santa Madre contentísima, que no cabía de placer, viendo cumplidos sus deseos, y (lo que ella más estimaba) las promesas del Señor, y una Iglesia más en que hubiese el Santísimo Sacramento, y que la Iglesia fuese de su amado Padre San José, de quien ninguna había en Avila, y viendo cuatro huérfanas tan bien remediadas, pues tan de veras se habían arrojado en las manos del Señor. Regalábase mucho su alma en ver la misericordia que la había hecho el Señor en quererla tomar por instrumento de una obra tan grande, y estaba de contento como fuera de sí, en una alta oración. Mientras ella estaba tan llena de placer, el enemigo antiguo, lleno de envidia y de pesar, estaba esperando la licencia del Señor para vengarse, cuanto pudiese, de quien tanto mal le hacía. Paréceme, si para ello se le dió licencia, que iría y vería, como cuando andaba persiguiendo al Santo Job, para que se la dejasen en sus manos. Ibase ya acercando la cruz que el Señor la había dicho que la estaba esperando, y así, acabado todo lo arriba dicho, de allí á tres ó cuatro horas, dió lugar Dios al enemigo para que comenzase á usar de su oficio con ella, y revuélvela en su corazón tanta diversidad de pensamientos y temores vanos, y levanta con estos una tan gran tristeza en el alma, que poco antes estaba tan alegre, que no parecía ella, ni se podía valer.

Comienza á pensar si en aquella fundación había ido contra la obediencia de su Prelado, si habían las nuevas monjas de hallarse bien con tanta estrechura, si se habían de poder sustentar. De sí también pensaba, que quién la había metido en aquello, pues tenía buen Monasterio: si había de poder estar en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades como tenía, cómo había de poder sufrir tanta penitencia, y que había dejado una casa muy buena, donde tenía aposento

muy á su gusto, y las amigas que allá tenía, y que quizá las de acá no serían tanto á su propósito, que por ventura el demonio había pretendido aquello para quitar la paz y quietud de su alma, sin la cual no podría tener oración, y sin estas dos cosas podría ser que se viniese á perder. Y como el enemigo obscurece luego el entendimiento, estaba su alma en una grande obscuridad, que no parece había resquicio ninguno por donde la entrase un poco de luz. De todo cuanto el Señor la había dicho sobre el Monasterio, y de lo que la había prometido, de todos los pareceres que en confirmación de eso la habían dado tantos siervos de Dios, de las maravillas que el Señor había mostrado, y en fin, de la paz y alegría grande que un poquito antes había tenido, y de todo lo que la podía ayudar, estaba por entonces tan olvidada, como si nunca hubiera sido. Fué éste uno de los recios y tristes ratos que ella tuvo en su vida, que parecía adivinaba su alma lo mucho que la quedaba por pasar. Mas en estas tan graves tinieblas, enviola un rayo de luz el Padre de las lumbres, con que echó de ver quién era el que la había causado aquella obscuridad, y que no pretendía con tantas mentiras sino espantarla y hacerla alzar la mano de lo que había comenzado, y puso los ojos en lo que antes solía pensar, y en los deseos que tenía de servir á Dios con toda perfección y de padecer por él. Con estas y otras semejantes consideraciones, determina de romper por todos los inconvenientes que se le ponían delante para llegarse bien á Dios; y sintiendo en sí una grande contradicción véncela varonilmente, y delante del Santísimo Sacramento promete de hacer, cuanto pudiere, para tener licencia de venirse á su nuevo Monasterio, y hacerlo sin dilación en pudiéndolo hacer, con buena conciencia, y promete la clausura que ahora se guarda.

En haciendo esto, vino á su alma gran claridad y serenidad, y el príncipe de las tinieblas huyó, y la quedó un contento tan grande de lo que había hecho y prometido, que jamás en su vida le faltó.

Luego que en la ciudad se supo que estaba hecho el Monasterio, alababan mucho á Dios; pero de allí á pocas horas revolviólo todo el demonio, de manera que á los principales del pueblo se les puso en la imaginación, que si no le deshacían, la ciudad se había de destruir, y tomaron una ira grande y porfía, y comenzóse el pueblo á alborotar. Estando, pues, la Madre con esta seguridad, y no sabiendo nada de lo que allá fuera pasaba, quiso descansar un poco después de comer, porque no había dormido aquella noche, y muchos días y noches antes había trabajado mucho, mas no le dieron lugar, porque como en la Encarnación y en toda la ciudad se supo lo que aquella mañana había pasado, hubo grande alboroto, y la Priora la envió á mandar que luego se viniese. No bien hubo ella visto el mandamiento de su Priora, cuando lo deja todo, y se viene despidiéndose de sus cuatro novicias, á quien dejó muy afligidas, y suplicando al Señor la favoreciese, y al

glorioso San José la volviese presto á su casa, y entretanto dejó por mayor á Ursula de los Santos.

Llevaba entendido que la habían de echar en la cárcel y dar grandes penitencias, y iba con gran deseo de padecer por Dios, y con mucho contento de que se le hubiese ofrecido para esto tan buena ocasión. En llegando, dió razón de sí á la Priora, y aplacóse algo, y determinaron de enviar á llamar al Padre Provincial Fray Angel de Salazar, y dejárselo todo á él para que él conociese de la causa. Llegó el Provincial y mandóla parecer ante sí á juicio. Solía ella contar que cuando había de ir á este juicio estaba con un contento tan grande, de ver que padecía algo por el Señor, que no podía tener la risa. ni sabía cómo había de disimular este contento y esta risa delante de él. Decían las monjas grandes cosas al Provincial contra ella, y él la dió una gran reprensión: ellas ayudaron y agravaron el delito: ella pedía perdón y decía que la castigasen, y no hablaba más, porque estaba determinada de no volver por sí. El Provincial la mandó que respondiese por sí delante de todas las monjas, y ella con mucha paz, porque de todo lo que había pasado ninguna alteración había sentido, lo hizo de manera que ni el Provincial ni las monjas tuvieron que decir. Después le habló á él más claro, y quedó tan satisfecho, que la prometió, en sosegándose la ciudad, darla licencia para que se volviese al Monasterio que había hecho.

Ya esto del Monasterio y de su orden estaba sosegado; pero la ciudad estaba tan alterada, como si la hubiera venido un muy grande mal, en que luego convenía se pusiese remedio. Y fuera de lo mucho que se decía en todas partes, y la soltura con que de esto se hablaba, júntanse de allí á tres días el corregidor y regidores y algunos del Cabildo, y el día siguiente júntanse en el Consistorio los más principales de las órdenes, y con ellos el regimiento de letrados y común del pueblo, como si ya la ciudad estuviera para perderse, y tratóse ~~del~~ negocio con mucho calor y porfía, y con grandes encarecimientos de los daños que de aquel Monasterio se seguían. La conclusión de todo esto y la resolución de estas consultas fué que venía mucho daño á la ciudad de aquel Monasterio, y que no se había de consentir, sino que luego se quitase el Santísimo Sacramento y se deshiciese. Eran las veras con que todos tomaban esto tan grandes, que hicieran lo que habían dicho, si no saliera el Padre Maestro Fray Domingo de Báñez (1), de la orden de Santo Domingo, Catedrático que es ahora

(1) Fray Domingo Báñez nació el 29 de Febrero de 1528, en Medina del Campo, aunque sus padres eran oriundos de Mondragón (Guipúzcoa), no Cataluña como dicen equivocadamente las Carmelitas del primer Monasterio de París (op. cit. t. II, pág. 76). En 1546, tomó el hábito de Santo Domingo en el Convento de San Esteban de Salamanca, donde hizo su profesión el 3 de Mayo de 1547. Terminados sus estudios de filosofía y teología (1547-1551), le dedicaron durante los diez años siguientes (1551-1561), á la enseñanza de aquellas facultades en el

de Prima de Teología en la Universidad de Salamanca, el cual, aunque había sido de parecer que no se hiciese el Monasterio sin renta, les dijo que no era aquél negocio que tan presto se había de determinar, que se mirase más en él, pues había tiempo para ello; que era

mismo convento de San Esteban. En 1561 le nombraron profesor de teología del colegio de Santo Tomás de Avila, erigido en Universidad, y poco después (1562), tomó la defensa del primer monasterio que acababa de fundar Santa Teresa. Durante su estancia en Avila (1561-1567), fué confesor de Santa Teresa y de sus religiosas, aunque la Santa continuó confesándose también con el Padre Baltasar Alvarez, todo el tiempo que este padre moró en aquella ciudad. Las palabras de Santa Teresa, en su Relación al Padre Rodrigo Alvarez S. J., son bien terminantes y no admiten duda. «El Padre Baltasar Alvarez la confesó seis años por este tiempo, desde fines de (1558 á 1565)... Con el Padre Mtro. Fr. Domingo Báñez... me confesé seis años», (1561-1567). En esta época ordenó el Padre Báñez á la Santa que escribiese el *Camino de Perfección*, y durante toda su vida, la Reformadora del Carmelo mantuvo muy íntimas y cordiales relaciones con el célebre teólogo dominico, á quien solía consultar por cartas los asuntos y negocios que se le ofrecían: desgraciadamente no se conservan sino cuatro de estas cartas. En una de ellas, escrita á mediados de 1574, contestando á otra que le había enviado el Padre Báñez, rogándole la admisión de una religiosa en el convento de Segovia, le dice la Santa con su gracia acostumbrada. «No hay que espantar de cosa que se haga por amor de Dios, pues puede tanto el de fray Domingo, que lo que le parece bien, me parece, y lo que quiere, quiero: no sé en qué ha de parar este encantamiento.»

Hacia 1567 fué enviado el Padre Báñez á la Universidad de Alcalá donde enseñó teología. De allí pasó á Salamanca (1572) y más tarde (1573) á Valladolid, en cuyo colegio de San Gregorio fué profesor de los jóvenes dominicos que allí se formaban, durante cuatro años (1573-1577.) Este mismo año hizo oposiciones á la cátedra llamada de Durando, en la Universidad de Salamanca, y tres años después, á principios de 1581, ganó por oposición la cátedra de prima en la misma Universidad. Regentó aquella cátedra los 24 años restantes de su vida. Murió en Medina del Campo el 22 de Octubre de 1604.

El Padre Mandonnet en un artículo biográfico que dedica á este célebre teólogo dominicano (*Dictionnaire de Théologie Catholique*) dice de él, «que fué incontestablemente el director espiritual de Santa Teresa que más profunda y perseverante influencia ejerció en el alma de la gran mística española». Esas afirmaciones rotundas resultan casi siempre peligrosas para el que tiene que probarlas, y esto es lo que le pasa al Padre Mandonnet, el cual aduce para ello las palabras de Santa Teresa que antes hemos citado y otras que se leen en la misma Relación. La Santa se limita á decir: «Con el Padre maestro fray Domingo Báñez, que ahora está en Valladolid por regente en el colegio de San Gregorio, me confesé seis años, y siempre trataba con él por cartas, cuando se le ofrecía algo... que es con quien más tiempo he tratado y trato.» Esto escribía Santa Teresa en 1576. El 4 de Marzo de 1581, viviendo aún el Padre Báñez y gozando de toda la confianza de la mística Doctora, escribe ella lo que sigue: «Para cosas del alma, hallo soledad... A la verdad, en todo cabo la hallo, que con estar lejos nuestro santo (el Padre Baltasar Alvarez, que había muerto el año anterior) parece que me hacía compañía, porque aun por cartas podía comunicar algunas cosas.» (La Fuente, II, pág. 282.) Cfr. Quéatif-Echard, *Script. Ord. Praed.*, t. II, pág. 352.—Touron, *Hist. des Hommes illustr. de l'ordre de St. Dominique*, t. IV, pág. 750.—Régnon, *Báñez et Molina*.—Wetzer und Weltes, *Kirchenlexicon*, I, col. 1948 y *Diction. de Théologie Cath.*, t. II, col. 140.

No está menos destituida de fundamento otra afirmación del Padre Fr. Paulino Alvarez en su obrilla *Santa Teresa y el Padre Báñez*.

Dice así en la pág. 94: «Como el principio de la santificación de la seráfica Madre se debe, después de Dios, al Padre dominico gran letrado que le desengañó, y al otro dominico, gran letrado también que la hizo frecuentar los Sacramen-

negocio del Obispo, y otras cosas más, con tanta prudencia que bastó para que aquella apresurada resolución, que en aquellas juntas se había tomado, no se ejecutase.

En el lugar había grande alboroto y en todas partes se hablaba de eso, y condenaban á la Madre y á todos los que la habían ayudado; y iban y venían á la Encarnación y al Provincial con lo que se decía, y con lo que se les ofrecía, y el demonio andaba por todas partes para que no se aplacase, sino antes creciese la terrible tempestad que él había levantado. La Madre entretanto no dormía, como Jonás en lo bajo de la nao, sino daba voces á Dios, y estaba su corazón tan sosegado con saber las cosas que de ella se decían, como si nada se dijera. Y con esta paz escribió á Toro, á doña Guiomar de Ulloa, un día después de estas consultas, todo lo que había pasado en la ciudad; y cuando todos trataban de deshacer el Monasterio, la enviaba á decir que la comprase unos misales y una campanilla que había menester. Con todo eso, otras veces entraba la tentación y la daba pena con temor de que no se viniese á deshacer. Estando por esto una vez fatigada, el Señor, que siempre andaba tan cerca de ella, para consolarla la dijo: «¿No sabes que soy poderoso? ¿de qué temes? Ten por cierto que no se deshará el Monasterio; yo cumpliré lo que te he prometido.»

La ciudad, que había tomado esta porfía muy á pechos, hacía entretanto lo que podía; y el corregidor, viendo que no había quien le resistiese, pensó tenerlo ya acabado, y va á San José y manda á las cuatro monjas que se salgan, y si no, que las quebrantarán las puertas. Ellas respondieron con gran ánimo, que el que allí las había traído, las mandaría salir cuando hubiesen de salir, que él no tenía que ver con ellas, pues tenían Prelado. Reportóse algo con esto el corregidor,

tos...; así al Padre Báñez se debe, en lo humano, que... durante todo el período de la vida pública, apareciese ella tan grande, y gloriosa, y sabia... Y un poco más adelante añade: «Le prefería (al Padre Báñez) á todos los insignes maestros y confesores que... ella había tratado.»

En cambio la Santa Madre dice esto otro: «Tratando con aquel siervo de Dios (el Padre Juan de Prádanos), que lo era harto y bien avisado, toda mi alma, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo á la oración, porque no iba bien fundada, ni había comenzado á entender mortificación: y así era, que aun el nombre no me parece entendía... y así comencé á hacer mudanza en muchas cosas... *Vida*, cap. XXIII.

Esto al principio, en 1557. Más adelante escribía en 1568 al Señor Don Cristóbal de Moya: «Ellos (los Padres de la Compañía) son mis padres, y á quien *después de Nuestro Señor debe mi alma todo el bien que tiene*, si es alguno... No todas las personas espirituales me contentan para nuestros monasterios, si no son las que estos Padres confiesan: y así casi todas las que están en ellos, y no me acuerdo ahora estar ninguna de las que he tomado, que no sea hija suya, porque son las que nos convienen, que como ellos habían criado mi alma, hame hecho el Señor merced que en estos monasterios se haya plantado su espíritu.» A fines de 1578 (4 de Octubre) escribió: «En la Compañía me han criado y dado el sér.» Cfr. La Fuente, *Obras de Santa Teresa*, I, pág. 75, II, págs. 7 y 194.

y nadie se osó desmandar, sino dejáronlas. Parecióles mejor no llevarlo por fuerza, sino por justicia, y hubo luego demandas y respuestas de audiencia. Pero como el corregidor y el regimiento eran la parte contraria, no había procurador ni escribano que quisiese hacer las partes del Monasterio, de manera que fué forzoso al Padre Julián de Avila, hermano de María de San José, ir á hacer algún requerimiento al corregidor ó algún otro auto que fuese necesario, porque como era clérigo y siervo de Dios, y no tenía que temer á nadie, iba y venía con recados á la Encarnación, y por su medio negociaba la Madre, y así era menester que hiciese á ratos oficio de procurador y aun de escribano. Apelóse de parte del Monasterio para el Consejo Real, y él proveyó, en favor de las monjas de San José, un Recetor que viniese á hacer probanza á Avila, la cual de parte del Monasterio se hizo muy bastante, y la ciudad también hizo la suya. Ya aquí estaba comenzado un pleito ordinario, porque la ciudad enviaba personas de su parte á la corte, y era menester que el Monasterio también enviase de la suya, ó perderse el negocio. Pero ni había quien fuese, ni dineros para ir, ni la Madre sabía qué se hacer. Y no paró aquí, que estando ausente el Provincial, la Priora la mandó que no tratase de ello. Ella con esto (porque no había de ir contra lo que su Priora la había mandado), fuese á buscar el remedio á donde siempre le solía hallar, y dice á Dios: «Señor, esta casa no es mía: por Vos se ha hecho; ahora que no hay quien haga nada, es menester que lo haga todo Vuestra Majestad.» Y con haber dicho esto, quedó tan consolada y sin pena, como si á todo el mundo tuviera de su parte, y tuvo por seguro el negocio.

CAPÍTULO V

**De lo mucho que duró la contradicción,
y cómo se vino la Madre al nuevo Monasterio, y todo se sosegó,
y comenzó á haber mucha devoción
con aquella casa**

No tardó nada en verse cuánto vale la fe y confianza en Dios, porque luego salieron al negocio algunos siervos de Dios, como el Maestro Daza y Francisco de Salcedo, y Gonzalo de Aranda, clérigo bien conocido allí y en otras partes por sus virtudes, y tan de veras salieron como si fuera suyo propio el negocio, y más porque veían que era de Dios. Y Gonzalo de Aranda fué de parte de la Madre á Madrid. Hubo otra gran junta en la ciudad, en la cual se halló el mismo Maestro de parte del Obispo, y todos estaban en que se había de deshacer: él los resistió y con mucha prudencia los aplacó por entonces; pero luego tornaban á hacer cuanto podían para desbaratar el Monasterio. Duró esta persecución casi medio año, y todo este tiempo la Madre llevaba la cruz que el Señor la había dicho, y á estos siervos de Dios que la ayudaban, les alcanzó también de ella no pequeña parte. Así que, bien podía decir la Madre lo que una vez me dijo á mí con mucha gracia, hablando de esto y riyéndose, que había querido que se fundase aquel Monasterio el día de San Bartolomé, para que la amparase y librase del demonio, y que no pareció sino que se habían soltado todos sus diablillos contra ella.

La manera de vivir que tenían entretanto las cuatro novicias, era ésta. Dejó la Madre encomendado el Monasterio al Obispo y á aquellos siervos de Dios que la habían ayudado, y ellos lo hicieron muy bien, proveyéndolas de quien las dijese misa y administrase los Sacramentos, y visitábanlas y animábanlas á lo que habían comenzado. Particularmente el Maestro Daza, á quien el Obispo había dado sus veces para que acudiese á hacer esto, las hacía las pláticas espirituales y las tomaba cuenta de la oración, y de la manera de proceder

que cada una llevaba. Hacían su capítulo de culpas, en que las unas á las otras se ayudaban en caridad, y él las mandaba hacer sus mortificaciones, y ellas le obedecían. En el coro no se rezaba más que el oficio menor de Nuestra Señora, porque no tenían quien las enseñase el rezado de la orden, hasta que vino la Madre.

Después de todo esto, con las oraciones que había y con las buenas obras de la Madre y de sus monjas, iba poco á poco cayendo la tempestad; pero levantóse un vientezuco que parecía había de traer consigo la bonanza, y sin pensar, se tornaron á alterar las ondas que aun no se habían sosegado. Fué un siervo de Dios, que con buen celo dijo que se pusiese el negocio en manos de letrados, para que con lo que ellos dijese, el pleito se acabase. Parecía buen partido éste, y á algunos de los que ayudaban á la Madre les pareció acertado; pero ella en ninguna manera lo podía acabar consigo, porque sabía que tenía casi á toda la ciudad en contrario, y tuvo mucho trabajo en resistir y deshacer en esto.

En este tiempo trajo Dios á Avila al Padre Presentado Fr. Pedro Ibáñez, que pareció traerle solamente para la necesidad que había de presente, porque no tenía para qué venir, y estuvo lo que fué menester para aplacar los corazones de muchos, como lo hizo, por la grande opinión que se tenía de sus letras y santidad.

En yéndose se trató por algunas vías (y particularmente por la del Obispo, á quien las cuatro novicias daban la priesa que podían sobre ello) con el Padre Provincial del Carmen, diese licencia á la Madre Teresa de Jesús para que viniese á San José, y gobernase y enseñase á sus monjas. Como las cosas entonces estaban, imposible parecía poderse alcanzar tan presto, pero en fin se alcanzó.

Era ya esto mediada la Cuaresma del año de 1563, y con obediencia y bendición, se vino llena de alegría á sus nuevas hijas, que siempre estaban clamando á Dios por su venida, y así fué tan alegremente recibida, cuanto había sido con grandes lágrimas y suspiros deseada. Tuvo licencia también para que se viniesen con ella algunas de la Encarnación, y así se vinieron Ana de San Juan, Ana de los Angeles, María Isabel, Isabel de San Pablo, que era parienta de la Madre y la había tenido consigo algunos años en la Encarnación, donde entonces era novicia, y no quiso hacer allí profesión, sino venirse con la Madre á hacerla á San José. De estas hizo Priora á Ana de San Juan, porque ella no lo quiso ser, y Superiora á Ana de los Angeles; pero andando el tiempo, viendo el Prelado que convenía fuese Priora la que en la verdad era la Madre y maestra de todas, hizo tomar el oficio á la Madre Teresa de Jesús, aunque ella mucho más gustaba de obedecer que mandar, y así por no faltar en el obedecer, hubo de venir á mandar.

Si de las monjas fué bien recibida, fuélo muy mejor de su celestial

Esposo, á quien vió el mismo día, estando en un grandísimo arrobamiento, que la recibía con grande amor, y la ponía una rica corona, agradeciéndola mucho lo que por su Madre había trabajado. Y otra vez, estando todas en el coro en oración después de Completas, vió á Nuestra Señora con grandísima gloria, con un manto blanco, que debajo de él las recibía y amparaba á todas. Donde también entendió cuán alto grado de gloria había de dar Dios á las de aquella casa (1).

Luego el pueblo comenzó á tomar mucha devoción con aquel Monasterio, y recibieron algunas monjas, y el Señor trocó de tal manera los corazones, que los que más las habían perseguido, las favorecían mucho y las hacían limosnas, y alababan lo que antes tanto habían reprendido. Con esto, poco á poco fueron dejando el pleito, y diciendo que bien claro se veía ya ser aquella obra de Dios, pues habiendo tanta contradicción, siempre había ido adelante. Siempre ha durado esta devoción, y han venido bien á desengañarse de lo que primero pensaban, porque ven de cuánto provecho ha sido el Monasterio, y de cuánta gloria de Dios. Y él se ha aumentado de tal manera, que de seis años á esta parte se han gastado en coro y capillas y en la casa, cerca de nueve mil ducados, sin que el convento se haya adeudado para ello. Donde se ve claramente ser la mano del Señor, y cuán bien se va cumpliendo lo que dijo á la Madre: «Entra como pudieres, que tú verás lo que yo hago.»

En todo este tiempo que estuvo la Madre en San José, que fueron cinco años, como después se dirá, trató mucho con el Padre Maestro Fray Domingo Bañes, y como echó bien de ver lo mucho que el Señor le había comunicado, no solamente de letras, con que tanta luz ha dado y dará siempre por medio de sus escritos, sino también de discreción y prudencia, y de mucha religión y espíritu, gobernábase por él y comunicábale sus cosas clara y enteramente, con que no fué poco aprovechada.

Luego como esto se sosegó, comenzó el Señor á traer monjas á este su Monasterio, que le fueron ayudando, y una de ellas fué doña María de Ocampo, sobrina de la Madre, causando á todos harta devoción y admiración con su entrada, que fué día de San Juan *Ante Portam Latinam*, como año y medio después de la fundación de San José. Con lo que trajo, se quitó un censo que tenía el Monasterio, é hizo la Madre unas ermitas para tener oración, y puso en ellas tales pinturas,

(1) «Fué grandísimo consuelo para mí, dice la Santa (*Vida*, cap. XXXVI), el día que venimos. Estando haciendo oración en la iglesia, antes que entrase en el monasterio, estando casi en arrobamiento, vi á Cristo que con grande amor me pareció me recibía, y ponía una corona, y agradeciéndome lo que había hecho por su Madre.

Otra vez estando todas en el coro en oración, después de completas, vi á Nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecía ampararnos á todas: entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor á las de esta casa.

que ponen mucha devoción á quien las ve, y no quiso que la diese su padre más de para esto.

Al septiembre de adelante, entró otra sobrina de la Madre, llamada doña María de Avila, hija de Alonso Alvarez de Avila, hombre muy noble en linaje, y más en virtudes, por cuya causa le llamaban Alonso Alvarez el santo. Vino triunfando del mundo muy galana, con mucha seda y oro, y con todas las galas y aderezos que se podían pedir, acompañada de toda la caballería de la ciudad, porque tenía parentesco con la gente principal de ella, y á todos los tenía espantados, porque era sola en casa de su padre, y ya heredada, y que poco antes tenía tan altos pensamientos, que la parecían poco todos los casamientos que la salían. Habíala poco antes tocado el Señor con mano fuerte, y después de muchos días de aflicción y lágrimas, peleando con Dios, él porque fuese monja, y ella por no lo ser, en fin, se rindió y determinó de serlo. Y desde ese punto quedó tan sosegada y contenta, como si toda su vida lo hubiera deseado. Tuvo contradicciones para su entrada; pero estaba tan fuerte, que gustaba de las mismas contradicciones. Como la recibieron, de allí á un poco la sacaron á la iglesia, dejados los vestidos de la vanidad y tomada la jerga por la seda y oro; y doña María de Avila, mudada en María de San Jerónimo, donde á unos puso devoción y á otros lástima, viendo pobre y humilde á la que acababan de ver tan galana: y como se dió á sí á Dios, así le dió libremente consigo su hacienda, dotando una capellanía y haciendo aquella iglesia mayor. Y después fué hartos años, y lo es ahora, Priora de la misma casa. Entró también la Madre Isabel de Santo Domingo, de quien diremos adelante, que ha ayudado mucho á la orden, y otras con quien la casa en todo fué creciendo.

CAPÍTULO VI

De lo que la Madre hizo en su Monasterio, y del principio que comenzó á tener la fundación de los otros Monasterios que después fundó, y como para ello la dió patentes su General

En lo que hasta aquí he dicho, he hecho uno como comento al libro que la Madre escribió de alguna parte de su vida, añadiendo muchas cosas que ella dejó; de aquí adelante haré lo mismo en el libro que también escribió de las fundaciones.

Estábase, pues, la Santa Madre en su pequeño y pobrecito Monasterio, pero grande en los ojos de Dios, y rico de dones celestiales, con grandísimo contento y sosiego, porque pasados ya aquellos alborotos, el Señor había mandado á la mar que se sosegase, y el Esposo había conjurado á las hijas de Jerusalén que no despertasen á su querida, ni la quebrasen el sueño hasta que ella quisiese. Parecía que estaba en un paraíso, y que aquellas almas entre quien vivía eran ángeles. Y no era mucho sintiese ella esto, pues el mismo Señor la había dicho una vez estando en oración, que aquella casa era paraíso de su deleite.

Estaban ya trece, que era el número que ella quería, todas monjas de coro, que por entonces no se recibían freylas. No pedían limosna, mas el Señor las enviaba sin pedirlo todo lo que era menester; y si alguna vez faltaba, entonces estaban más regocijadas, y había tan poco cuidado en todas de aquello temporal, que la Madre misma, con ser Priora y haberlo de proveer, jamás en eso ocupó su pensamiento. La oración de todas muy alta, siempre andaban buscando la soledad para ella, y las visitas, aunque fuesen de parientes muy cercanos, las daban mucha pesadumbre; florecía la obediencia y el menosprecio del mundo, la estima y amor de la santa pobreza, y todo su cuidado era cómo servirían y contentarían más á Dios. La Madre recibía cada día mercedes grandes y regalos de su Esposo, y

siempre iba creciendo, y las monjas con sus ejemplos y palabras andaban encendidas en amor de Dios y deseosas de hacer por él grandes cosas, porque iba ella siempre delante en todo, como el águila (que dice la Escritura), que saca sus hijos á volar, y está ella allí volando encima de ellos como para enseñarlos.

Ejercitábalas en las verdaderas virtudes, y probábalas, y así se veía mejor cuánto iban medrando. Pusiéronla una vez en refectorio un poco de cohombro muy delgado y podrido todo por dentro, y llama á una de las de mejor entendimiento que había en casa, y de las de más partes, que fué la Madre María Bautista, cuya obediencia quiso probar, y mándala disimuladamente que vaya á sembrar aquel cohombro en un huertecillo que tenían. Ella, sin pasar más adelante con su pensamiento, pregunta á la Madre si le había de poner alto ó tendido; respondiéndola que tendido; y vase luego al huerto y siémbrale, sin venir á su imaginación si se había de secar ó no, sino rindiéndose del todo á la obediencia. Dice ella que estuvo tan lejos de poner duda en aquello, que hasta el día de hoy se está en la misma simplicidad y en el mismo pensamiento. Acontecióla encomendar á una seis ó siete oficios juntos, y tales, que unos no se compadecían con otros, y tómalos ella callando, pareciéndola que pues se los encomendaba la obediencia, no sería imposible cumplir con todos ellos.

Pero si de las virtudes de las primeras monjas, y de las que hay ahora yo hubiera de decir, otro libro, y no pequeño, fuera menester. Solamente diré una cosa bien maravillosa, que en este tiempo aconteció á la Madre, ayudando á ello también la mucha fe de una de sus hijas. Habían comprado una cerca que estaba junto á la casa, y en ella había un pozo que tenía el agua alta, pero tan mala y él tan sucio, que aun para las bestias no parecía conveniente. La Madre quiso encañar esta agua y traerla á un patinillo de casa, diciendo que de que corriese podría ser estuviese para beber. Pero por estar muy hondo parecía imposible correr. Hizo llamar oficiales que sabían de aquello, y relanse de ella que quisiese gastar dineros en balde, y juzgaban que era echarlos en el pozo, y era á tiempo que había bien pocos. Pidió á las hermanas su parecer, y una de ellas, que fué María Bautista, respondió que se procurase, trayendo para ello esta razón salida de una gran fe: Nuestro Señor (dice) nos ha de dar quien nos traiga agua, y con que le demos de comer, más barato le sale á Su Majestad dárnosla en casa, y así no dejará de dárnosla. Esta razón, que causara risa á los sabios ó avisados del siglo, á la Madre, que estaba llena de fe y juzgaba las cosas por causas más altas, la concluyó de tal manera, que lo tuvo luego por cierto, y lo mandó hacer contra la voluntad de un muy buen fontanero que entonces estaba allí, y decía que era tiempo perdido tratar de aquello, por ser el agua tan mala, y porque lo que se podía llevar era como un hilito, que no

había de ser de provecho. Con todo dijo la Madre que se hiciese, y salió tan bien con ello, que sacaron un caño de tan buena agua, que los que la bebían decían que era mejor que la de las fuentes, y así bebían de ella. Y el Obispo, que había visto primero el pozo, cuando vió hecho el caño espantóse tanto, que trajo á muchos para que probasen el agua. Llamábanla la fuente de María Bautista, y bebieron de ella como ocho años, y en fin, duró todo el tiempo que la hubieron menester; y el faltar no fué tampoco sin maravilla, porque al cabo de este tiempo las dió la ciudad un poco de agua para la huerta, porque este caño caía en lo postrero de la casa, y en teniendo esta agua cesó la maravilla de la otra, porque aunque no ha faltado del todo hasta hoy, desde entonces no corre sino un hilito delgado, que es lo que al principio se juzgaba que podía correr á lo mucho.

Otra cosa aconteció entonces de que muchas personas se maravillaron harto. Estaban muy apretadas en aquella casa, y no era posible hacerla mayor, sino era comprando una que estaba allí junto, y el dueño estaba muy recio, y decía que en sus días no la vendería ni se verían en ella. Tenía él gran afición á su casa, porque tenía un huerto de mucha recreación, y regábale con una corriente secreta, que tenía en la puente, del agua de la ciudad hartos años había, y nunca nadie había caído en ello. Pero cuando se trataba con él de esta venta, echaron de ver el negocio, y quitáronle el agua y con ella el amor que tenía al huerto, porque sin el agua no le podía sustentar. Con esto ya no estaba contento de su casa, y fácilmente la vino á vender al Monasterio, y se ensanchó con ella.

Fué este tiempo el más descansado que la Madre tuvo en su vida, y veía en él por experiencia cuán vanos eran los miedos que el demonio la ponía, que no se había de hallar bien en casa tan estrecha, ni sin las amigas que en el otro Monasterio había dejado, y conocía cuánto hubiera perdido si hubiera dado crédito al envidioso tentador, y cuánto pierden las almas por dejarse vencer de estos temores. Mas la grandeza de su corazón y el fuego de amor de Dios que en su alma ardía, aun en este descanso no la dejaban descansar, con los grandes deseos que en ella levantaban de ayudar á las almas, por todas las vías que pudiese. No sabía más que hacer, pero no por eso dejaba de desear siempre más. Por otra parte, viendo en sus monjas tantas virtudes y tanto valor, no podía pensar sino que para un gran fin las enriquecía Dios de aquella manera. Juzgaba de sí que era como quien tiene un gran tesoro guardado, y desea que todos gocen de él, y le atan las manos para repartirle. En fin, como no podía hacer más, empleaba sus deseos en hacer oración por el acrecentamiento de la Iglesia, y en que sus hijas hiciesen lo mismo, y en aficionarlas cuanto podía á desear y procurar el bien de las almas.

Pasáronse en estas cosas que habemos dicho cuatro años, y al

quinto acertó á venir por allí el Padre Fray Alonso Maldonado, Descalzo de la orden de San Francisco, que poco antes había venido de las Indias, y contóla de la infinita muchedumbre de almas que en aquella tierra se perdía por falta de doctrina. Holgóse la Madre de verle con deseos tan vivos de aprovechar las almas, como quien los tenía también, y húbole mucha envidia, que podía él cumplirlos tratando y ayudando á los prójimos, lo que ella no podía. Pero con aquello de las almas que se perdían hirióla el corazón, y lastimóla de manera que no cabía en sí. Vase luego á una ermita de las que tenía en la huerta, para recogerse con más soledad, y llena de lágrimas clamaba al soberano Criador de las almas, diese algún medio cómo ella pudiese algo para ganar alguna alma para él, pues tantas llevaba el demonio, y que valiesen sus oraciones algo, pues ella no valía para más. No cesaba de pedir esto, hasta que una noche estando en oración se le representó el Señor de la manera que otras veces solía, y mostrándola mucho amor á manera de quererla consolar, la dijo: «Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.» Quedáronla estas palabras fijadas en el corazón, y no las podía quitar de su memoria. Pensaba qué cosas serían aquellas, y por qué camino se habían de venir á hacer; pero no podía atinar á nada, solamente se resolvía en que ello sería así como el Señor la había dicho, aunque ella no entendiese cómo.

No se pasaron muchos días sin que lo comenzase á entender, porque era ya tiempo de que aquella clarísima luz que tenía el Señor como encubierta y atapada entre aquellas pequeñas y estrechas paredes, se descubriese más y resplandeciese por todas partes, y alumbrase á los que estaban en la casa de Dios, que es la Iglesia. Y para esto hizo Dios una cosa, que fué traer, no sólo á España, sino á la misma ciudad de Avila, al Padre Fray Juan Bautista Rubeo de Rávena, General de los Carmelitas (1), cosa que ni hasta entonces se había visto (2), ni después acá se vió, porque siempre los Generales de esa orden suelen estar en Italia, y particularmente en Roma. La Madre, que no sabía entonces lo que la eterna Sabiduría tenía ordenado, sin pesadumbre ninguna le perdonara la venida, porque como la obediencia no se había dado á la orden, sino al Obispo, temió no se enojase y la mandase volver á la Encarnación, lo cual ella sentiría mu-

(1) Se llamaba fray Juan Bautista Rossi, que latinizado, según el estilo de la época, resulta, Rubeo. Vino á España en 1566, á instancias de Felipe II; celebró capítulo provincial en Andalucía y después pasó á Castilla. Nombróse en ésta, provincial á fray Alonso González, quedando de prior en Avila fray Angel de Salazar, que antes ejercía aquel cargo.

(2) Se sabe de dos Generales carmelitas que vinieron antes á España y celebraron aquí capítulo provincial. En 1321, vino á Barcelona fray Juan Alerio, y á Perpiñán fué fray Raimundo de Grasa en 1354. Verdad es que aquellos capítulos habían sido solamente para la corona de Aragón, donde la Orden del Carmen Calzado estaba muy extendida.

cho, aunque no fuera por más de no poder ella llevar adelante el rigor de la primera regla, y la gran penitencia y pobreza y encerramiento, que con tanta consolación de su alma había comenzado á guardar.

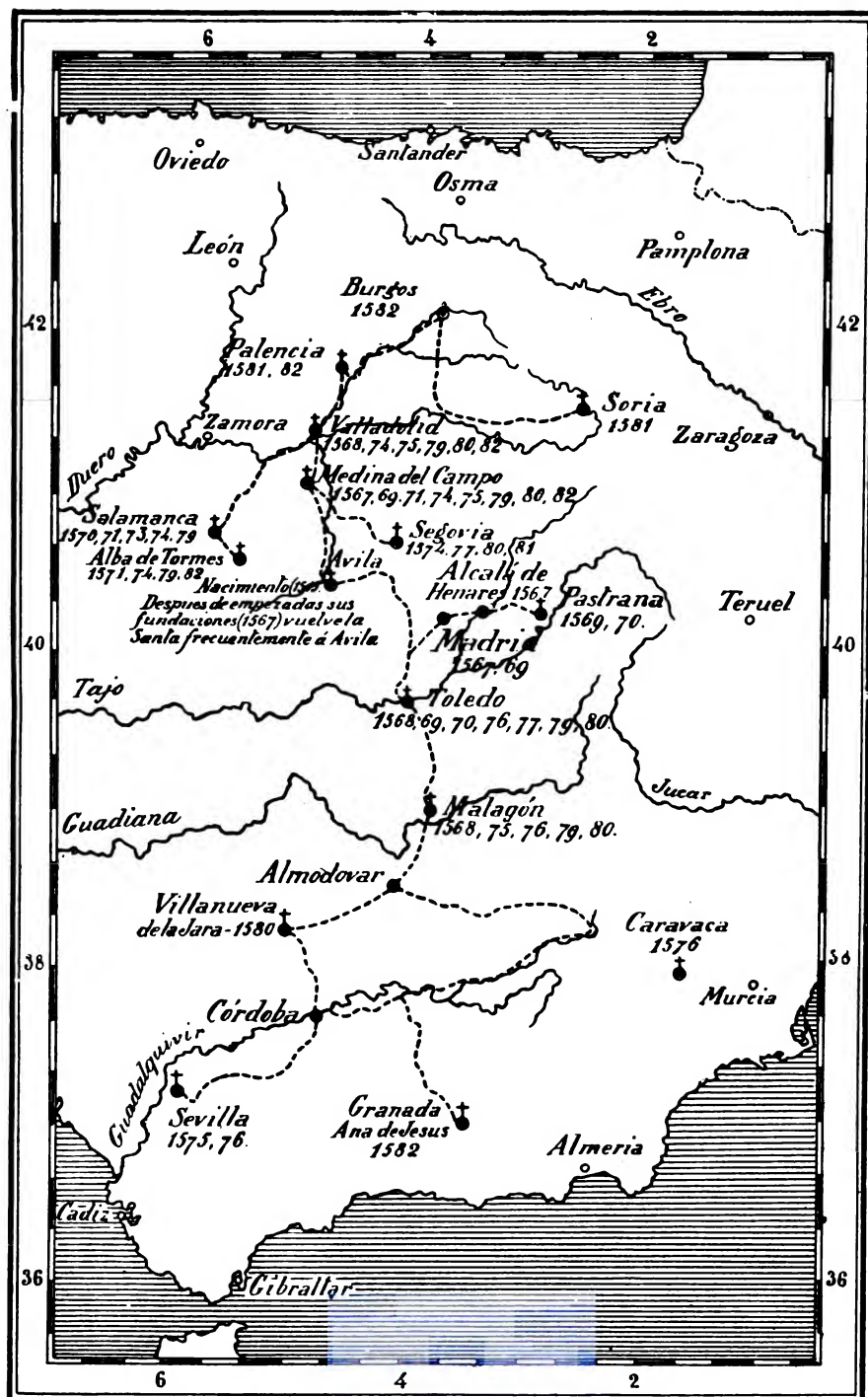
Como llegó el Padre General á Avila, la Madre, con la buena conciencia que tenía, pues ni había faltado de la obediencia, ni pretendido otra cosa sino la gloria de Nuestro Señor y de su Santísima Madre, no huyó ni quiso esconderse como Adán, porque no tenía por qué, sino procura qué venga á San José, donde ella estaba. En viniendo dale cuenta no sólo de la fundación, sino de casi toda su vida, con toda la llaneza y verdad que la diera al mismo Señor cuyo lugar él tenía. La causa era buena y bien justificada y el juez allegado á razón y amigo de religión y piedad, y Dios estaba en el corazón y en la lengua de quien la defendía, y así lo hizo con tanta gracia y fuerza de razones, que el Padre General la consoló mucho y la puso grande ánimo, y la aseguró que no la mandaría salir de allí. Y como vió en aquel Monasterio un vivo retrato de los principios de su orden, y guardarse la primera regla sin ninguna mitigación, lo que en ningún otro Monasterio se hacía, y que sus deseos de ser parte para llegar almas á Dios eran grandes, contentóse mucho y vínole deseo de que aquello pasase adelante: dióla patentes muy cumplidas para que pudiese hacer más Monasterios, con mandato que hiciese todos los que pudiese y con grandes censuras para que ningún Provincial se lo pudiese estorbar. Ya ella desde aquí comenzaba á ver las grandes cosas que el Señor la había dicho que había de ver, porque hasta entonces no pretendía sino quedarse en paz en su Monasterio, y pedir licencia para otras fundaciones no la había pasado por el pensamiento. Y aunque veía por otra parte lo mucho que era menester de dineros y favor para fundar Monasterios, y que todo la faltaba, como tenía por una parte gran ánimo para emprender cosas dificultosas y grandes, por otra un encendido deseo de la gloria de Dios y del bien de las almas y tanta fe, en viendo aquella tan grande voluntad de su General para que hiciese más Monasterios, la pareció que ya los veía hechos, y que éstas debían ser las grandes cosas que la había dicho el Señor. En todo la amparaba mucho el Padre General, y hacíala mucho favor, y las veces que se podía desocupar, la iba á ver, y hablaba con ella de cosas espirituales y de cosas de importancia de toda la orden, y tomóla tanto amor, que cuando hablaba de ella la llamaba «*la mia Figlia*», hasta que se hubo de partir para volverse á Roma.

CAPÍTULO VII

De cómo la Madre comenzó á tratar que se hiciesen Monasterios de los Descalzos Carmelitas, y cómo se partió á fundar en la villa de Medina del Campo el segundo Monasterio de Descalzas

No se acabaron aquí las grandes cosas que había de ver en la fundación de los Monasterios de monjas, porque la tenía Dios guardada para que también fuese fundadora de los frailes Descalzos Carmelitas, cosa tan maravillosa y tan nueva en una mujer, y casi nunca vista desde el principio de la Iglesia acá. Fué de esta manera: El Obispo don Alvaro de Mendoza, con el deseo que tenía de ayudar á los que con más perfección quieren servir á Dios, trató con el Padre General, antes que se fuese, diese licencia para que en su obispado se hiciesen algunos Monasterios de frailes de la primera regla, ahora fuese que él diese primero en ello, ahora (lo que yo más creo, y lo que entienden y dicen monjas de mucha autoridad que estaban entonces en el mismo Monasterio), porque se lo dijo á él la Madre que lo tratase. Otros también lo pidieron, y el Padre General lo quisiera hacer; pero halló alguna contradicción en su orden, y parecióle que no convenía por entonces: en fin, no tenía Dios guardado esto para el Obispo, sino para su sierva.

Pasados algunos días, ella comenzó á considerar que, si había de haber Monasterios de monjas, era necesario que los hubiese también de frailes, que tuviesen la misma regla y vida, para que de esta manera se conservasen: y encomienda el negocio mucho á Nuestro Señor, y escribe una carta al Padre General, que ya iba camino de Roma, poniéndole delante los grandes provechos que se seguirían de hacerse los Monasterios de frailes Descalzos, y los inconvenientes que en eso se ofrecían no deberían bastar para que una obra de tanta gloria de Dios se dejase. Alcanzó la carta al Padre General en Valencia, y como Dios la había dado tanta gracia y fuerza en las palabras, acabó



----- Itinerarios de S^{ta} Teresa
 + Fundaciones
 15... Fechas de los viajes

con él lo que quiso, y así la envió licencia para que se hiciesen dos Monasterios, pero remitida al provincial, que entonces era, y al pasado.

Cosa era bien dificultosa de alcanzar, pero ella, como vió hecho lo principal, tuvo desde luego por hecho lo demás, y así fué, porque el Obispo salió al negocio y hubo el consentimiento y aprobación de los dos Padres Provinciales. Creció el contento de la Madre con esto, y juntamente creció el cuidado, porque ni ella, en los frailes que conocía de su orden, hallaba quien la pareciese que arrostraría á esto, ni tampoco veía seglar que se atreviese á dar á esta obra principio. Tampoco tenía casa, ni cómo la tener; solamente tenía patentes y buenos deseos, y con ellos grande ánimo y esperanza, que pues el Señor había dado lo uno, daría lo otro. Suplicábale mucho que siquiera una sola persona despertase para comenzar.

Andando con estos cuidados moviéndola el Señor para que comenzase su obra de fundar más Monasterios de monjas, y pareciéndola que en Medina del Campo sería bueno para hacer principio, que era lugar rico y cercano, y debiéndola de mover no poco ser á la sazón Rector del colegio de la Compañía de Jesús en aquel lugar su antiguo confesor, de quien tanto bien había recibido, el Padre Maestro Baltasar Alvarez. Y como ella tenía tanta devoción y amistad con los de la Compañía, escribió al Padre Baltasar Alvarez lo que su General la había mandado, rogándole que la alcanzase licencia del Abad para hacer allí un Monasterio, porque con los recados que ella tenía del General, no había menester, en cada parte, más del consentimiento del Ordinario. Con este recado envió al Padre Julián de Avila, capellán de su Monasterio, de quien ya hemos dicho, y diremos otras veces, porque acompañó á la Madre en algunas fundaciones y la ayudó. Dificultad tuvo en alcanzar la licencia, por haber de ser el Monasterio sin renta; pero hizo Julián de Avila su oficio con mucho cuidado, y el Padre Baltasar Alvarez el suyo con el Abad, y así había buenas esperanzas. Fué menester que se hiciese una información (1), con autori-

(1) «Yo fui á Medina, dice Julián de Avila, y conforme á lo que allá hubo, fué menester que yo hiciese una información jurídica de la utilidad y provecho que al pueblo vendría con el tal monasterio. Fué Dios servido que la información se hizo muy bastantísima, con testigos de mucha santidad y autoridad, porque de eclesiásticos fueron los principales que había entonces en la casa de la Compañía de Jesús; porque como los más de aquellos padres conocían á la Santa Madre, con gran voluntad decían sus dichos, entendiendo el bien que Dios hacía al pueblo, donde ella fuese á plantar tan buena simiente, para aplicar las almas que ellos trataban. Porque entendían bien el modo de proceder que tenía ella y sus monjas destas casas, que la Madre quería hacer, por ir muy conformes en muchas cosas, en cuanto en mujeres podía caber, á las constituciones y ejercicios de la Santa Compañía de Jesús, y ansí gustaban, por donde la Compañía estuviese, hubiese también casa de estas monjas Descalzas, y gustaban también de tratarlas en particular, según su Orden se lo permite, por haber siempre, en estas casas de Des-

dad de la justicia, del provecho que á la villa vendría de aquel Monasterio, é hizola Julián de Avila muy bastante, con testigos de mucha autoridad. De eclesiásticos fueron los principales que allí había de la Compañía de Jesús, porque como conocían y amaban á la Madre, y sabían el servicio grande que se haría á Nuestro Señor en que allí hubiese ese Monasterio, dijeron sus dichos con mucha voluntad. De seglares fueron algunos regidores y otros de los principales del pueblo.

En esto se detuvo quince días, y sacó su licencia como la deseaba: alquiló por orden de la Madre una casa de las mejores que había en el lugar, para que allí comenzase el Monasterio, cerca de San Agustín, y costaba cada año cincuenta y un mil maravedís de alquiler. Otra diligencia había hecho más la Madre en este tiempo. Era Prior entonces del Monasterio de los Padres Carmelitas de Medina, que se llamaba Santa Ana, el Padre Fray Antonio de Heredia, á quien yo conozco muy bien, de Salamanca, y le conocí también Prior del Carmen de Avila. Escribióle la Madre para que las comprase allá una casa, y él lo trató con una señora que le tenía devoción, y sin pedirle fianzas se concertaron. Esta estaba en la calle de Santiago, en muy buen puesto, que es la que ahora tienen; pero estaba la mayor parte de ella caída, que no se podía morar, y por eso fué menester que Julián de Avila alquilase la otra, entretanto que ésta se enderezaba. Muy contenta quedó la Madre con la compra de la una y con el alquiler de la otra, aunque ni para uno ni para otro tenía blanca. Pero su ánimo era grande, y la confianza que tenía en el Señor, la cual tenía muy mayor después que la sacó tan bien de las grandes dificultades en que se había visto en la fundación de su primer Monasterio, y así no reparaba en el dinero, ni temía que por falta de él se hubiese de dejar de hacer lo que era menester. Faltaba, pues, aquí que quien había dado lo demás, proveyese también los dineros, porque ni los había para hacer aquel camino, ni aun crédito para buscarlos prestados. Pero porque no había de faltar por aquí, como nunca faltó, estando la Madre pensando de dónde habría dinero, viene á ella una doncella, que no había podido entrar en San José, por estar ya cumplido el número de trece; y como supo que se había de hacer otra casa, pidió que la recibiesen en ella, y ofrécela para ayuda de la fundación unos dinerillos que tenía. Recibióla, y fué la primera que en aquella casa de Medina se recibió: llámase Isabel de Jesús; pero los dineros eran tan pocos, que no había en ellos para pagar la casa que había comprado, sino para el alquiler de la otra.

Con estos se determinó de ponerse en camino, con harta gente que

calzas Carmelitas, muy buenas almas, y muy dadas á la oración y mortificación, y como ellos tratan de lo mesmo, paresce que se conocen en el lenguaje. • *Vida de Santa Teresa*, p. 2.^a c. VIII, pág. 249.

había de mantener, como si llevara grandes riquezas. Escogió de San José dos monjas, y de la Encarnación salieron cuatro, porque tenía ella licencia para que pudiesen libremente salir á sus Monasterios las que quisiesen. Las de San José eran María Bautista, sobrina de la Madre, de quien ya habemos dicho, y Ana de los Angeles, que era Superiora. Las de la Encarnación, doña Inés de Tapia, que se llamó Inés de Jesús, Priora ahora de Palencia, y doña Ana de Tapia, que se llamó Ana de la Encarnación, su hermana, que lo ha sido muchos años de Salamanca, y lo fué después de Medina: eran las dos, primas hermanas de la Santa Madre; y doña Isabel Arias, á quien puso por Priora de Valladolid, cuando fundó aquella casa, y se llamó después Isabel de la Cruz, y doña Teresa de Quesada. Estas dos postreras se iban con el mismo hábito que tenían en la Encarnación: las demás ya le habían mudado, porque pocos días antes de esto se habían venido á San José con la Madre. Las que quedaron sintieron muy tiernamente su partida, porque era el amor que la tenían grandísimo, y ninguna había que no tuviera á gran dicha que la quisiera llevar en su compañía. Aunque antes que se partiese quiso como Madre verdadera consolarlas en parte, con dejarlas acomodadas de casa y huerta, que lo habían bien menester, y para esto, con estar tan pobre como estaba, se adeudó en nueve mil reales, esperando en Nuestro Señor que proveyera quien los pagase, como lo hizo antes que pasase mucho tiempo, trayendo doncellas que entrasen en el Monasterio, ricas de dineros y deseosas de servir á Dios, que no fué poco en aquel tiempo, cuando todos pensaban que el Monasterio se había de deshacer faltando ella de él.

A la hora que hubo de partirse, fué á una ermita que hay en aquella casa, de Cristo á la columna, y suplicóle con gran devoción que cuando ella volviese, hallase la casa como la dejaba, y así se lo concedió el Señor. Hecho esto, se despidió de sus hijas con harto sentimiento, pero encubríale con su grande ánimo, por no las desconsolar. Las que iban con ella iban todas con grande esfuerzo y deseo de padecer, y con la capitana que llevaban las parecía podrían romper por donde quiera. Iban en tres ó cuatro carros ellas, y la ropa, y ajuar que sufría la pobreza de la casa de donde salían, conforme á lo que allá habrían menester, y demás de la gente de á pie, iba el Padre Julián de Avila. Salieron cinco años después de la fundación de San José, á trece de agosto de 1567 años, porque deseaba mucho la Madre que el nuevo Monasterio se comenzase el día de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora la Virgen María, cuyo era él y las que le fundaban.

No pudo ser esta salida secreta, ni se puso cuidado en que lo fuese, por parecer que iban á cosa hecha. Y así como se supo, hubo gran murmuración en la ciudad. Unos decían que era la Madre una loca:

otros que estaban esperando á ver en qué paraba aquel desatino: otros que la querían bien, la decían muchas cosas para estorbárselo, y la ponían grandes dificultades, que á ella no se la hacían, porque lo que ellos tenían por dudoso, á ella se le hacía tan fácil, que no podía creer sino que todo había de suceder bien. Al Obispo también le parecía cosa que no llevaba camino, pero no quiso decirselo, ni estorbarla, por no la dar un disgusto, que la amaba mucho.

La primera jornada fué á Arévalo, y estando como un cuarto de legua de él, ya tarde y harto cansadas por el mal aparejo que llevaban, salió á ellas Alonso Esteban, clérigo, siervo de Dios y hombre de mucha caridad, que las tenía buscada posada en casa de unas devotas mujeres, y da al Padre Julián de Avila una carta del dueño de la casa, que él dejaba en Medina alquilada, que se llamaba Alonso Alvarez, en que le decía que no se partiesen de Avila hasta que el negocio se averiguase con los Padres de San Agustín, que vivían allí junto, y no querían que tan cerca de su casa se hiciese Monasterio, y que ellos eran sus amigos y no les quería disgustar, ni daría la casa hasta que ellos viniesen en ello. Lo mismo dijo á la Madre en secreto. Nueva era ésta de harta pena para quien llevaba tanta gente, y iba con tanto deseo de que el día de Nuestra Señora, cuya víspera era el siguiente, se hiciese la fundación. Pero la Madre no se desmayó, sino antes cobró mayor ánimo, y parecióla que pues ya el demonio se comenzaba á alborotar, se había de servir mucho Dios de aquel Monasterio. Dijo al clérigo que callase, porque no se turbasen las compañeras que llevaba, y hacía lo principalmente por dos de la Encarnación, que eran doña Isabel Arias y doña Teresa de Quesada, que de las demás satisfecha estaba que se pondrían por ella á cualquier trabajo. Mas de las dos dichas, doña Isabel Arias era Superiora de la Encarnación al tiempo que salió, y estorbábala allí mucho la salida, y entrambas eran de buenos deudos y muy nobles, y habían salido contra la voluntad de ellos, y por eso tenía de estas más pena.

Como entró en la posada, supo que estaba entonces en aquella villa el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, y consolóse mucho, porque con su parecer, todo se persuadía iría acertado. Envióle luego á llamar, y díjole en secreto todo lo que pasaba: parecíale á él que se acabaría aquello presto con los Padres de San Agustín, pero la Madre, como traía tanta gente y veía que la brevedad importaba tanto, porque con la experiencia que tenía de la fundación pasada, veía que si no se tomaba la posesión antes que el pueblo lo sintiese, podían suceder muchos inconvenientes, no se aseguraba con aquello. Mucha parte de la noche estuvo después pensando y dando trazas para lo que deseaba, hasta que á la mañana llegó allí el Padre Prior Fray Antonio de Heredia, y dijo que aquella casa que él tenía concer-

tada era bastante, y que tenía un portal donde se podría poner el Santísimo Sacramento con algunos tapices. A la Madre pareció esto bien, porque era caso más breve, y resolviéronse también en que algunas de las monjas, que fueron Inés de Jesús y Ana de la Encarnación, su hermana, y doña Teresa de Quesada y doña Isabel Arias, se esperasen en un lugar que estaba cerca de allí, llamado Villanueva del Arenal, donde era cura Vicente de Ahumada, hermano de Inés de Jesús y de Ana de la Encarnación, á donde las llevó Alonso Esteban, de quien ya habemos dicho, y no estuvieron allí quince días, que luego la Madre envió por ellas. Con la Madre se quedaron María Bautista y Ana de los Angeles. Determinaron también de irse por Olmedo, donde estaba el Obispo de Avila, porque en el camino estaba la señora de la casa á donde ya querían ir. A ésta habló la Madre y trujo carta suya para que un mayordomo, que estaba en la casa, se saliese de ella y se la desembarazase, y escribióle también que la diesè, si fuese menester, los tapices que había en casa y una cama de damasco azul, que fué un consejo muy acertado, como después veremos.

CAPITULO VIII

De cómo la Madre Teresa de Jesús llegó á Medina y fundó su Monasterio de San José

Aquella misma tarde llegaron á Olmedo, donde fueron bien recibidos del Obispo; mas no quiso la Madre detenerse por no perder la ocasión que pensaba tener. El Obispo la dió un coche en que fuese mejor y más decentemente con sus monjas, y un capellán que las acompañase, y en fin, aquel mismo día, que era víspera de la Asunción de Nuestra Señora, llegaron á Medina del Campo á la media noche. El Padre Julián de Avila (1) se había adelantado un poco, y tenía ya preparados á los Padres Carmelitas del Monasterio de Santa Ana, de cómo venía la Madre, y lo que pretendía hacer aquella noche, y apercibieron ornamentos para decir misa y aderezo para el altar. Luego llegó la Madre, y porque hubiese menos ruido, apéanse junto á la portería del mismo Monasterio, y sin dilación ninguna, se cargan todos de lo que era menester para lo dicho, el Prior y otros dos frailes y los dos clérigos y las monjas. Iba la bendita Madre dándoles priesa, con la determinación y ánimo que suele ir un valeroso capitán con su gente á alguna empresa de gran importancia, que, para no perderse, conviene ser antes acabada que ellos sentidos. Iban por fuera de la villa, y era esto al tiempo que andaban encerrando los toros que se habían de correr al día siguiente de Nuestra Señora de agosto, y así había mucha gente por todas partes, que fué otro trabajo, y fuéales mayor si les topara la justicia, porque todos iban cargados, que parecía habían robado alguna Iglesia. Los que les topaban, viendo frailes y clérigos y mujeres, decía cada uno lo que se le antojaba, con la libertad que la noche da á semejantes palabras; pero como no era la justicia, dejábanles pasar. Ellos callaban y alar-

(1) «Yo me adelanté, dice él mismo, para llegar primero á prevenir á los Padres Carmelitas, y á la media noche estaba yo dando golpes á la puerta, que al fin despertaron y me abrieron.» *Vida*, parte 2.^a, cap. VIII.

gaban el paso, y llegados á la casa, dieron al mayordomo un harto mal rato, porque él dormía y ellos llamaban á gran priesa, con la gana que tenían de entrar y no ser sentidos, y con el temor de que no les sucediese alguna desgracia. En fin, se levantó y les abrió, y hizo lo que su ama le mandaba, y ellos con gran contento entraron en un patio, donde vió la Madre las paredes caídas, pero no tanto como ellas estaban, y como parecieron después de día.

El portal á donde se había de poner el Santísimo Sacramento, tenía mucha tierra que sacar y estaba á teja vana, y tal que la Madre juzgaba no convenir hacer en él altar, ni poner Sacramento. Las paredes sin embarrar, y no había con que las cubrir, porque no traían más que tres reposteros, que para todo el largo del portal era nada. No sabía qué hacer, porque todo faltaba; pero el mayordomo se ofreció á dar los tapices de su ama y la cama de damasco azul, como ella se lo había escrito, que fué gran consuelo para la Madre y para todos. Ya que tenían paños, faltábanles los clavos para ponerlos, y no había donde se comprasen, ni tampoco para ello, que era lo que más cuidado les ponía. Porque habiendo llegado la Madre á Santa Ana á las doce de la noche, y habiendo andado y hecho lo que está dicho, y siendo entonces las noches tan cortas, bien se ve cuán poco faltaría para el día. Buscáronlos por aquellas paredes, y los frailes y los clérigos se dieron priesa á entapizar el portal, y las monjas á sacar la tierra, y no se los estaba mirando la Madre, antes ella era la primera en semejantes cosas, y ayudaba con gran cuidado y diligencia. Diéronse tan buena maña, que cuando amanecía estaban puestos los tapices y hecho el altar y la campanilla puesta en un corredor. Pero antes que amaneciese, faltaba ir al Provisor, para que mandase á un notario que diese por testimonio cómo aquel Monasterio se hacía con autoridad y licencia del Abad, para que después nadie lo pudiese contradecir ni estorbar. Luego fueron á llamar al notario para que, como lo mandaba el Provisor, se levantase y luego se fuese con ellos.

Todo se hizo, y cuando amanecía, comienzan á tañer su campanilla á la primera misa, que puso gran admiración á la vecindad y á todos los que lo veían, porque hallaban un monasterio más de la noche á la mañana. No sabían qué decir, sino espantados se miraban unos á otros, y en muy poco se juntó tanta gente, que no cabían ya en el portal, y fué menester que á la misa y al poner del Santísimo Sacramento, se retirasen las monjas; pero no sabían á dónde, porque lo más de la casa estaba por el suelo, y el Santísimo Sacramento faltaba poco para estar en la calle. El remedio que tuvieron fué éste: Enfrente del Santísimo Sacramento había una escalera que subía á un corredor que sólo estaba en pie, y cerraron la puerta de la escalera, y por los resquicios de ella oyeron Misa. Esta las servía de coro y de locutorio y de confesonario. Con ponerse el Santísimo Sacra-

mento y decir misa, quedaba ya tomada la posesión, y así quedó fundado el Monasterio del glorioso San José de Medina (que así quiso la Madre que se llamase, como el de Avila), día de la Sagrada Asunción de Nuestra Señora, á quince de agosto de mil y quinientos y sesenta y siete años.

Por cierto, si como me toca á mí ahora escribir esa historia, me tocara, escribiéndola, detenerme en las alabanzas de este tan glorioso hecho, y yo lo supiera bien hacer, mucho había en que mostrar la elocuencia, y gran campo tenía para extenderme, ahora quisiera alabar su gran prudencia, para acabar en un día lo que grandes hombres no acabaran en muchos, ahora la firmeza de su fe, que no bastaron tantos estorbos á hacerla desconfiar, ahora tratara de la grandeza de su ánimo, que tan gran cosa emprendió, y la llevó adelante, teniéndola acabada cuando otro no hubiera acabado de pensar si se había de hacer. Dejo el trabajo del camino, sin tomar reposo, caminar hasta la media noche, ayunando y comiendo mal, y luego, sin descansar, caminar á pie y cargada hasta la casa, una mujer de cincuenta y tres años y llena de enfermedades; no acordarse de comer ni de dormir, sino toda embebida en buscar la gloria de Dios y en acabar lo que había comenzado para ella; no se embarazar con tantas cosas que había que hacer, no se le poner delante temor alguno, y en fin, de una casa particular y caída, hacer en tres horas ó menos un Monasterio en una villa tan grande y de tanta gente, sin saber nada la misma villa hasta verle hecho. Habiendo vencido Julio César á Farnaces, rey del Ponto, cinco días después que llegó á su tierra, y en una sola batalla, que duró cuatro horas, sacó en su triunfo esta letra: *Vine, vi, venci* (1). ¿Cuánto mejor la pudiera sacar la Madre Teresa de Jesús, pues no á cabo de cinco días, sino á cabo de dos que salió de su Monasterio, antes de ver á Medina, porque lo estorbaba la noche; con su poca gente, no en cuatro horas, sino en tres, hizo una tan grande y gloriosa hazaña y alcanzó tal victoria? ¡Con qué ojos tan amorosos estaría Jesucristo Nuestro Señor mirándolo desde el cielo, y cómo diría! Hallado he una mujer conforme á mi corazón, que hará toda mi voluntad. Yo desde acá, cuando me acuerdo de aquella pregunta de Salomón: «Mujer fuerte ¿quién la hallará?» (2), me parece que tengo muy buena respuesta; que Cristo Nuestro Señor se la buscó y se la halló en esta Santa; y así con razón se puede decir lo que se sigue luego: «Su valor es como de una cosa traída de lejos y del cabo del mundo.»

(1) Suetonio, *in Vita*, cap. XXXV y XXXVII.

(2) Prov., XXXI, 10.

CAPÍTULO IX

**De la grave tentación que la vino después de lo dicho,
y de cómo se pasaron á otra casa, y pagaron y acomodaron
aquella en que antes estaban**

Lo mismo aconteció á la Madre Teresa de Jesús en la fundación de este Monasterio, que la había acontecido antes en la de Avila, porque estando ella muy contenta de que hubiese una Iglesia más donde estuviese el Santísimo Sacramento, y de ver hecho sin contradicción lo que deseaba, dió el Señor licencia al tentador, para que aquella alma santa fuese por todas partes probada y ejercitada, y Él retiróse un poquito mirando la batalla, que comenzó por aquí.

Después de haber oído la misa, fuese la Madre á mirar el patio desde una ventana, y vió las paredes por algunas partes todas en el suelo, y tales, que eran menester hartos días para remediarlas. Después vió cómo el Santísimo Sacramento estaba casi en la calle, y afligióse mucho, porque por ser los tiempos tan peligrosos de Luteranos, temió no hubiese algunos herejes secretos de los extranjerios, que le hurtasen de allí y le hiciesen algún desacato. Aquí entró el tentador, y pónela juntas delante de los ojos todas las dificultades que pudieran poner los que más habían murmurado de aquella su venida, y encarécuelas, como lo sabe y suele hacer, haciendo de una hormiga un elefante: escurécela el alma, quita de su memoria las mercedes que del Señor había recibido, pónela delante solamente su bajeza y poco poder, y hácela entender que aún es menos, y pónela de arte que casi la parecía imposible ir adelante. Miraba las compañeras que traía de la Encarnación, con cuánta contradicción habían salido, particularmente las dos, cuán mal parecía tornarlas á enviar, y que errado este principio, no se podía pasar adelante en las fundaciones, y que si esto era verdad, había sido ilusión y engaño lo que la parecía haber entendido del Señor; y si éste era engaño, que toda su vida había andado engañada, y veníala de esto un gran miedo de

haber sido hasta entonces engañada, sino que podía también serlo en lo que la quedaba de vida.

Maravilla no pequeña parece verse en tantas dudas y temores una alma tan favorecida de Dios, y que tan claros testimonios tenía para tener por cierto que no tenía que temer. ¡Qué novedad tan grande ver tales tinieblas á donde solía siempre hacer un sol tan claro, temer la que poco antes estaba tan segura, y desmayar la que tenía tanta y tan bien fundada confianza! Pero quien tuviere algún conocimiento de las crecientes y menguantes que suele haber en los corazones de los santos, y mirare la gran Providencia de Dios, que quiere que las haya para que conozcan ellos más claramente lo que son con Dios, y lo que son en sí, y reconozcan más la grandeza del que les da las fuerzas, y la pequeñez suya, y con este conocimiento se dispongan para otras mayores mercedes y favores que les quiere hacer, dejarse ha de maravillar. ¿Quién dijera que era el mismo el que decía: «Cierto estoy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni los espíritus que se llaman Principados, ni los que se llaman Virtudes, ni las cosas presentes, ni las que están por venir, ni lo alto, ni lo bajo, ni otra criatura, nos podrá apartar del amor de Dios que le tenemos por Jesucristo Nuestro Señor» (1); y el que en otra parte escribía. «No quiero, hermanos, que dejéis de saber la tribulación nuestra que pasamos en Asia, porque sobremanera fuimos afligidos y sobre la fuerza que teníamos, de suerte que nos cansaba ya la vida misma, y tuvimos entendido que habíamos de morir, para que no tengamos la confianza en nosotros, sino en Dios, que resucita los muertos» (2). Por cierto, el mismo Apóstol San Pablo era el que decía lo uno y lo otro; pero en lo primero era Pablo con Dios, en lo segundo Pablo casi solo. Estas cosas pasaban en el corazón de la Madre, pero disimulábalas mucho por no desconsolar á sus compañeras más de lo que ellas estaban. Pasó con este trabajo hasta la tarde, que la envió el Padre Baltasar Alvarez un Padre que la visitase, el cual también la consoló y animó mucho. Trató con él que la buscasen una casa donde pudiesen estar, porque estaban como en la calle, y que en el precio no se reparase. Buscábase la casa con cuidado; pero como Medina entonces estaba en su prosperidad y había tanta gente de negocios, por ningún dinero se podía hallar. Entretanto, la Madre pasaba los días con harta pena, y las noches con más, porque era menester poner cada noche hombres que velasen el Santísimo Sacramento, como el Jueves de la Cena; pero no podía ella por eso acabar consigo de descuidar; temía no se durmiesen, y levantábase de noche á mirarlo por una ventana, y había luna muy clara, y así lo podía ver.

Así pasaron ocho días, hasta que un mercader, llamado Blas de

(1) Rom. VIII, 38, 39.

(2) Cor. I, 8, 9.

Medina, que tenía una muy buena casa hacia la Iglesia mayor, la repartió en dos moradas, y en la una se recogió él y su gente, y la otra, que era la de arriba, dejó á las monjas, y juntamente una sala muy grande y dorada que sirviese de Iglesia, entretanto que se aderezaba la casa que se había comprado. Con esto comenzó la Madre á sosegarse, porque en aquella casa donde se habían pasado, estaban con más encerramiento, y comenzaron á decir sus horas. En la misma calle de Santiago, donde tenían la casa que se había de aderezar, vivía una señora viuda muy principal y muy sierva de Dios y de mucha caridad, que se llamaba doña Elena de Quiroga, que como entendió el servicio que hacía á Dios, se fué á la Madre, y dijo que la ayudaría para que luego se hiciese una capilla en que estuviese el Santísimo Sacramento, y para que pudiesen estar en su casa con encerramiento.

Con esto comenzó á andar la obra, y el Padre Prior Fray Antonio de Heredia, con mucha diligencia y caridad, iba y venía y daba prisa en ella, y en dos meses se puso de manera la casa, que se pudieron pasar á ella. Otras personas las daban también harta limosna para sustentarse; pero doña Elena fué la que más las socorría. No perdió ella nada en ayudar á estas siervas de Dios, porque por ahí la vino el Señor á dar tan buen pago, que primero llevó á la misma religión á una hija suya, que se llama Jerónima de la Encarnación, á donde la ha hecho y hace muchas mercedes, y después á la misma doña Elena, desocupándola de los cuidados de hijos y hacienda, trujo á la misma casa donde había traído á su hija para gran bien suyo y mucha edificación de los que la conocíamos y tratábamos; y cuando esto escribo, es Priora del Monasterio de Toledo, á donde la mudaron con su hija, y llamóse después de monja, Elena de Jesús.

Cuando se pasaron á la casa, ya estaba de manera que pudieron pasar en ella algunos años razonablemente. Y no solamente ayudó Dios á estos principios, sino también las dió dinero con que pagasen la casa misma, y después se ha mejorado mucho y se han gastado en ella algunos millares de ducados.

La Madre iba haciendo todo lo que era menester, aunque no tuviese con qué, y cada cosa que se hacía, tenía Dios luego aparejadas personas que la pagasen, para que se viese bien ser aquella obra de Dios, y cuán confiados deben andar los que de veras tratan de la gloria y servicio de Dios y de su Santísima Madre. Ibanse recibiendo monjas que traía Nuestro Señor, cuales eran menester para aquellos principios, y hacíalas tanta merced, que la Madre se espantaba de lo que en ellas veía. Ayudábalas mucho para esto el buen ejemplo de las primeras, y así unas y otras vivían de la manera que las de Avila, y tenían en el pueblo gran crédito (1).

(1) *Cfr. Reforma de los Descalzos*, lib. II, cap. VI, VII y VIII. Es digna de

Tampoco faltaron aquí otros trabajos á la Madre, porque ella y sus compañeras que había traído de San José, estuvieron algunos días bien malas. Desde que ando en la historia de esta fundación, traigo en la memoria una cosa que leí, escrita de mano de la Madre, que por lo dicho se ve cuán bien dicha está.

Acabando ella de comulgar un día en su Monasterio de Malagón, vió á Nuestro Señor Jesucristo, y entre otras cosas, la mandó que escribiese las fundaciones de sus Monasterios. Ella estaba pensando, cómo en esta de Medina nunca la había dicho nada el Señor como en otras, y respondía él: «¿Qué más quieres, que ver que esa fundación de Medina fué milagrosa?»

leerse la carta del R. Padre General Rossi (Rubeo), fechada el 8 de Enero de 1569, dirigida á las monjas de Medina del Campo: las alaba grandemente y más aún á Santa Teresa.

CAPÍTULO X

De cómo pasó adelante en la fundación de los Descalzos Carmelitas, y cómo la ofrecieron lugar para fundar Monasterio en Valladolid, y fué á Alcalá al Monasterio de las Descalzas

Mientras Dios andaba haciendo los negocios de la Madre Teresa de Jesús, no se descuidaba ella de hacer los de Dios, aunque ni los primeros tenía ella por suyos, ni trabajara en ellos lo que trabajó, si no fuera por tenerlos por de Dios. Acabado lo dificultoso de la fundación de San José de Medina, como no se ofrecían dificultades ni cosas grandes en que se empeñara la gloria de Dios, no descansaba su generoso corazón, ni se hacía á estar sin emplearse en alguna grande empresa. Parecíola, pues, que se serviría mucho la Majestad de Dios en que hubiese frailes Descalzos, que tuviesen la misma manera de vivir que las monjas, y no hallando (como habemos dicho) de quién echar mano, determina de tratar con el Padre Fray Antonio de Heredia, en mucho secreto, lo que pretendía, á ver qué consejo la daba. Él, en oyéndolo, se alegró mucho, é inspirado de Dios, dijo: Que le parecía muy bien, y que él sería el primero.

No hizo caso de aquello la Madre, porque aunque sabía que había sido buen fraile siempre, y recogido, y estudioso, y amigo de la celda, parecíola que era delicado, y no hecho á tanta penitencia, y que no podría llevar adelante el rigor y aspereza que era menester y ella quería que hubiese, y como lo sentía, así se lo dijo. Respondió él que había muchos días que el Señor le llamaba á vida más estrecha, y así había estado determinado hasta entonces de pasarse á la Cartuja. Holgábase la Santa de oírle estas razones, pero no se satisfacía del todo, y no quiso que se hiciese nada hasta tenerle primero en probación, porque veía importaba mucho que el fundamento del edificio fuese firme y seguro. Rogóle que se dejase el negocio por algún

tiempo, y que él entretanto se ejercitase en hacer las cosas que había de prometer y guardar. Este fué como noviciado de este siervo de Dios, y la probación fué muy legítima y cumplida, porque duró un año, y entretanto que él se probaba á sí, le probaba Nuestro Señor mejor, como á principio de la grande obra que en él había de comenzar, porque permitió que le levantasen tantos testimonios, y tuvo tantos trabajos y persecuciones con ellos, y salió tan bien de todos, y tan aprovechado, que no se podía desear mejor noviciado para la profesión que se esperaba: con que la Madre estaba muy contenta.

En este tiempo trajo el Señor allí otro Padre de la misma orden, llamado Fray Juan de la Cruz, mancebo que estudiaba entonces en Salamanca. De éste dió su compañero á la Madre muy buenas nuevas de su vida y religión, ella le habló para ver si era cosa que la cumplía, y parecióla muy bien, y holgárase de tenerle para el Monasterio que quería hacer. Y como Dios quería lo mismo, ofrecióse buena ocasión para la plática, porque poco á poco él vino á decir que trataba de ser Cartujo. Luego entró la Madre diciéndole lo que ella pretendía, y que le rogaba se detuviese hasta que ella tuviese Monasterio, que aquello le estaba mejor, y que si quería mejorar, era más servicio de Dios y más acertado, fuese en la misma religión, para que Dios le había llamado, que en otra. El prometió de hacerlo así, como no hubiese en el negocio mucha dilación. Con esto quedó la Madre muy alegre, por haber hallado dos piedras vivas para cimiento de la casa que quería edificar á su Esposo, á quien tan ardientemente amaba, aunque no estaba de Fray Antonio tan del todo satisfecha, y por eso se holgaba que se fuese algo dilatando, y también por no tener á donde se pudiesen meter.

Aconteció también que cuatro ó cinco meses antes que saliese á la fundación de Malagón, de quien diremos presto, vino á ella un caballero principal, mancebo, á quien Dios traía, sin saber él el bien grande que de allí le había de venir. Y díjola que si quería hacer en Valladolid Monasterio, él daría para ello una casa que tenía con una huerta muy buena y grande, que tenía dentro una gran viña. Ofreció esto de muy buena gana, aunque era de harto valor, y quería que se tomase luego la posesión, é íbale harto á él en aquella priesa, aunque por entonces no lo entendía. Este caballero era don Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Rivadavia, y hermano del Obispo de Avila, don Alvaro de Mendoza, y de doña María de Mendoza, que estando en Avila con su hermano, había tratado mucho en San José, y aprovechándose con los buenos consejos que allí se le daban. Tenía mucha devoción á la Madre y á sus monjas, y con ella las dió allí para dos ternos y una capa y un frontal. De allí le vino este deseo de dar aquella casa de Río de Olmos (que así se llamaba) y había sido casa de recreación del comendador mayor Cobos. Esto se había tratado

en Avila, antes de la fundación de Medina, y cuando para ello pasó la Madre por Olmedo, la daban priesa, don Bernardino y el conde de Rivadavia, para que fundase primero en Valladolid.

Después de la fundación de Medina, hubo de ir á Ubeda doña María de Mendoza, y con ella don Bernardino su hermano, y rogó mucho doña María á la Madre se fuese con ellos hasta Alcalá (1), donde ella también había de ir á lo que después diré, y en el camino hizo don Bernardino la donación con escritura firme, y la Madre se quedó en Alcalá. La Madre Teresa de Jesús bien vió que el lugar no era á propósito para Monasterio, por estar casi un cuarto de legua de la villa; pero por ser devoción tan grande, y darlo tan de buena gana, y por ver también que tomada allí una vez la posesión del Monasterio, se podrían fácilmente pasar á la villa, aceptó aquella hacienda, con determinación de ir allá, y fundar en aquella villa tan principal, y á donde tan bien estaría un Monasterio, aunque no se pudo hacer eso tan de presto, como poco después veremos.

La ocasión de esta ida á Alcalá, fué la instancia grande que hizo doña Leonor Mascareñas, señora muy principal y muy devota, para que fuese á instruir á las monjas Descalzas de Alcalá en las cosas de

(1) Hicieron el viaje por Madrid, donde se detuvo la Santa Madre unas tres semanas. Llegados á la Corte, se apearon en casa de Doña Leonor Mascareñas, junto al convento de los ángeles, en la plaza de Santo Domingo. Grande fué el alborozo de aquella señora, viendo en su casa á quien tanto deseaba. Esparcióse muy pronto por la corte la llegada de Teresa, y muchas damas de la principal nobleza se dieron cita en casa de Doña Leonor, para tener la honra de ver y hablar á la que el mundo predicaba por Santa, llevadas unas de curiosidad, otras de devoción, quienes con la esperanza de verla en éxtasis, quienes de verla obrar algún milagro.

Acogió Teresa con buena gracia aquella numerosa comitiva, pero eludiendo con suma finura las numerosas preguntas que le dirigían acerca de la oración, éxtasis y visiones, empezó á hablarles de las grandezas de la corte y de las hermosas calles de Madrid, divirtiendo así la conversación á cosas indiferentes, sin darles lugar á que entendiesen de ella más de lo que indicaban sus palabras y la llaneza de su trato. Muchas de aquellas damas quedaron no poco chasqueadas al ver mortificada su curiosidad, y varias de ellas declaraban al salir de su presencia, que la Madre Teresa no pasaba de ser una Monja de tantas, buena sí pero ordinaria.

No sucedió lo propio en el Real Monasterio de las Descalzas Franciscanas, donde la fué forzoso ir, á petición y mandato de la princesa Doña Juana, hermana de Felipe II y fundadora de aquel Convento, que deseaba mucho conocerla. Durante los quince días que allí estuvo hospedada, por más que ella procuró ocultar los dones extraordinarios con que el Señor la colmaba, no pudo ser tanto su disimulo que dejaran de traslucirse á los ojos atentos de los que la observaban. Así fué que no bien hubo abandonado aquel monasterio, las religiosas y principalmente la Madre Abadesa, que lo era la hermana de San Francisco de Borja, Duque de Gandía, no se hartaban de proclamar á voces que habían visto á una Santa con sus propios ojos. Bendito sea Dios, decían, que nos ha dejado ver una Santa á quien todas podemos imitar: que habla, duerme y come como nosotras, que conversa sin ceremonias ni melindres de espíritu. De Dios es sin duda el que ella tiene, pues es sincero y sin ficción, humilde y llano, y ha vivido entre nosotras, como vivió El entre los hombres. *Reforma de los Descalzos*, lib. II, cap. X.

De Madrid pasó la Santa á Alcalá en compañía de Doña Leonor Mascareñas.

su orden, y reformar lo que fuese menester; y eso mismo pedía también mucho la misma Madre María de Jesús, que fué la beata á quien Nuestra Señora mandó hiciese aquel monasterio, como dijimos en el primer libro (1). Estuvo con ellas como dos meses ó algo más, y después de haber hecho esto, y ordenado algunas cosas, se partió de allí á Toledo, y después á Malagón, como se dirá en el capítulo siguiente.

(1) Cap. XVI.

CAPÍTULO XI

De cómo la Madre Teresa de Jesús fundó en la villa de Malagón el tercero Monasterio de Descalzas, que se llamó San José

Quien quisiere hacer bien sus negocios, encárguelos á Dios Nuestro Señor, y cárguese él de los de Dios, que su Majestad tomará la mano y hará mucho más de lo que él osara esperar. Así acontecía á la Madre, que andando ella tan embebida en buscar la mayor gloria de Dios, Él la traía á las manos las fundaciones de los Monasterios. Poco había que la habían ofrecido lo de Valladolid, cuando la vinieron á rogar que fuese á la villa de Malagón á fundar otro Monasterio, ofreciéndola lo que para la fundación fuese necesario.

Quien pidió y ofreció esto, fué doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli, en cuya casa en Toledo ella estuvo hartos días, como ya dijimos en el libro primero en el capítulo XV. Porque oyendo esta tan principal y cristiana señora que tenía la Madre licencia para fundar Monasterios, como la conocía y tenía tanto amor, comenzóla á importunar mucho para que fundase uno en su villa de Malagón. La Madre, aunque deseaba dar contento á esta señora, en ninguna manera quería admitir esta fundación, porque veía que siendo el lugar tan pequeño, era cosa forzosa haber de tener renta el Monasterio para poderse mantener, cosa que ella en gran manera aborrecía. Trató el negocio con letrados, como lo hacía en las dificultades y dudas que se le ofrecían, y especialmente con el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, su confesor. Y dijéronla que hacía mal, y que pues el Santo Concilio de Trento daba licencia para tener renta, no era justo se dejase por eso de hacer un Monasterio, donde tanto el Señor se podía servir. Ella, como siempre se gobernaba por el parecer de hombres de letras, y no por el suyo, hubo de admitir el Monasterio, aunque de mala gana, porque á esto se llegaban también las muchas importunaciones de aquella señora. Dió bastante renta, porque la Madre siempre fué de este parecer, que sus Monasterios, ó bien fuesen del todo pobres, ó si hubiesen de tener renta, fuese la que

bastase para que las monjas no tuviesen necesidad de importunar á nadie.

Hechas las escrituras, envió á Avila por algunas monjas que llevar á Malagón. Y dejando en San José de Medina por Priora á Inés de Jesús, y por Supriora á su hermana Ana de la Encarnación que, como dijimos, habían salido de la Encarnación y venídose con la Madre á la fundación de Medina. Las monjas que llevó fueron Ana de los Angeles, María del Sacramento que, cargada de años y enfermedades, con mucha paciencia y religión murió en Alba, y María Magdalena y Isabel de Jesús, y Isabel de San José: las cuatro postre-ras de estas vinieron de la Encarnación. Partiósse para Malagón año de 1568, mediada Cuaresma, y fuese por Toledo, donde estaba aquella señora esperando. Estando allí en su casa, andaba con gran cuidado de encubrir las mercedes que el Señor la hacía, por su mucha humildad, pero Él para gloria suya las descubría. Dos veces la vieron allí en público arrobada, sin poderlo ella disimular. Con ellas fué desde Toledo la misma doña Luisa de la Cerda. Cuando llegaron, por no estar la casa bien acomodada para entrar en ella, se estuvieron en un aposento de la fortaleza más de ocho días con doña Luisa. El domingo de Ramos siguiente se pasaron á su casa de esta manera: Vino todo el lugar en procesión á la fortaleza por ellas, y salieron con sus capas blancas y los velos delante del rostro, y fueron á la Iglesia, á donde oyeron misa y sermón, y de allí fueron con el Santísimo Sacramento á su Monasterio, con la misma procesión, y púsose allí con mucha solemnidad y devoción de todo el pueblo, que se la había causado grande ver venir las monjas de aquella manera, y así quedó fundado el tercer Monasterio, que también se llamó San José, por la gran devoción que con el santo tenía. Esta casa estaba en la plaza, y después andando el tiempo se sintieron inconvenientes de vivir allí, y entre otros el mucho ruido de pregones y cosas semejantes, que las estorbaba, y por eso trataron de hacer casa en un olivar cerca de la fortaleza. Hizola con mucha liberalidad la misma señora en el sitio que la Madre señaló, y gastó en ella muchos ducados, y salió muy buena la casa y la Iglesia, que es donde ahora viven. Pero no dejaré de decir lo que aconteció en esta casa segunda, cuando se había de acabar. Llegando allí la Madre con intento de mudar sus monjas á ella, dijéronla aquella noche que llegó, los oficiales, que había qué hacer en la casa más de medio año, antes que se pudiese habitar. Esto era víspera de Santa Catalina virgen y mártir. Había ella llevado por el camino malas noches y había tenido áspero camino, y con esto llegó tan mala, que la parecía no tenía cosa en su cuerpo que no la doliese, y no estaba para menearse de una cama. Con todo eso, en amaneciendo se levantó, y fué á ver la casa, y halló ser verdad lo que los oficiales habían dicho; pero dijo que había de hacer de manera,

que el día de la Purísima Concepción de Nuestra Señora, que era de allí á trece ó catorce días, se pasasen las monjas á ella. Espantáronse los oficiales oyendo aquello, y parecíanles imposible, y no se espantaba menos su compañera de verla tan diligente y con tanto ánimo, habiéndola visto tal la noche antes. En fin, se hizo como ella lo dijo, y el día de la Concepción se pasaron á la casa con solemnidad de toda la villa y de las aldeas, y con una gran procesión en que iban las monjas, con el Santísimo Sacramento.

En todos estos días que duró la obra, andaba la Santa desde que amanecía con los oficiales dándoles priesa, y diciéndoles lo que habían de hacer, y ella era la primera que tomaba la espuerta y la escoba, y á las once de la noche venía á rezar lo que la faltaba. Después de todo hecho, el mismo día de la Concepción en la noche, la tomó el mismo mal que tenía cuando allí llegó, y tornó á estar como tullida y llena de dolores, que no parecía tenía cosa sana, y se vió claramente habérselo quitado Dios para que entendiese en aquella obra, y acabada se lo volvió, y estuvo algunos días en la cama.

Como se hizo esta fundación, luego la Santa Madre, porque la santa pobreza, que ella tanto amaba, no quedase menoscabada en algo, por tener renta el Monasterio, ya que eso no lo pudo excusar, dió orden con todas las fuerzas que pudo, que ninguna monja poseyese cosa en particular, sino que en todo se guardasen las constituciones como en las casas de pobreza. Y porque ella no debía de estar del todo contenta por no tener aquella casa la pobreza que las otras, y esto lo había hecho rindiendo su juicio al de los letrados, quiso el Señor consolarla antes que de allí se partiese, y enseñarnos cuán acertado es dejar nuestro parecer por el ajeno, siguiendo á los que con razón debemos creer.

Un día, después de comulgar, estando en oración la dijo Nuestro Señor, que se había de servir en aquella casa mucho. Esto confirmó pocos años después, como ella lo dejó escrito de su mano en un papel, que dice así: «Acabando de comulgar segundo día de Cuaresma en San José de Malagón, se me representó nuestro Señor Jesucristo en visión imaginaria como suele. Y estando yo mirándole, vi que en la cabeza, en lugar de corona de espinas, en toda ella, que debía de ser donde hicieron llaga, tenía una corona de gran resplandor. Como yo soy devota de este paso, consolóme mucho, y comencé á pensar qué gran tormento debía ser, pues había hecho tantas heridas, y á darme pena. Dijome el Señor que no le hubiese lástima por aquellas heridas sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije, que qué podía hacer para remedio de esto, que determinada estaba á todo. Dijome que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese priesa á hacer estas casas, que con las almas de ellas tenía Él descanso, que tomase cuantas me diesen, porque había muchas que por no tener á

donde, no le servían. Y que las que hiciese en lugares pequeños fuesen como ésta, que tanto podían merecer con deseo de hacer lo que en las otras. Y que procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de Prelado, y que pusiese mucho que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior, que Él nos ayudaría para que nunca faltase. En especial tuviesen cuenta con las enfermas, que la prelada que no proveyese y regalase á la enferma, era como los amigos de Job; que Él daba el azote para bien de sus almas, y ellas ponían en aventura la paciencia. Que escribiese la fundación de estas casas. Yo pensaba cómo en la de Medina nunca había entendido nada para escribir su fundación. Díjome que ¿qué más quería de ver que su fundación había sido milagrosa? Quiso decir, que haciéndolo sólo Él, pareciendo ir sin ningún camino, yo me determiné á ponerlo por obra» (1). Detúvose aquí la Madre como dos meses, y dejando por Priora á la Madre Ana de los Angeles, se partió, porque no la dejaba reposar su espíritu, por la causa que diremos luego en el capítulo siguiente.

(1) La Fuente, *Obras de Santa Teresa*, t. I, pág. 152, nota y 176, asegura que la Santa tuvo esta revelación en 1568, mas esto no parece admisible, por cuanto Santa Teresa dice que se la hizo el Señor el segundo día de Cuaresma, y el Padre Ribera, á su vez, que en dicho año llegó á Malagón, mediada la Cuaresma. Los Editores de las *Oeuvres de Sainte Térèse*, t. II, pág. 223, nota, creen que tuvo lugar en Febrero de 1570.

De las palabras del Padre Ribera se infiere claramente que no tuvo la Santa esta visión cuando fundó el Monasterio de Malagón, sino otra en que le dijo el Señor que «se había de servir en aquella casa mucho». Y añade: «esto confirmó pocos años después, etc.» ¿Cuántos años transcurrieron entre una y otra? Por de pronto parece indudable que la Santa Madre no estuvo en Malagón á principios de 1570. A 17 de Enero de este año escribía la Santa á su hermano Lorenzo, desde Toledo: «Torné aquí (después de fundado el monasterio de Pastrana) por acabar de dejar esta casa puesta en concierto, que lleva manera de ser casa muy principal.» Por estas palabras se ve que contaba permanecer una larga temporada en aquella ciudad, como en efecto lo hizo.

Por otra parte no se tiene noticia alguna de que Santa Teresa volviera á Malagón, después de fundado aquel monasterio, hasta principios de 1575, en que se detuvo allí de paso para Veas.

El Maestro Julián de Avila, hablando de la fundación del monasterio de Malagón, dice: «No fui aquella primera vez con ella; pero fui otra vez, haciendo camino para otra parte.» *Vida de Santa Teresa de Jesús*, p. 2.^a, cap. VIII, página 261. Esta «otra parte» fué Veas. «Cuando fuimos, dice (Ibid. pág. 277) á la villa de Veas, nos detuvimos algunos días en Toledo, y también en Malagón.»

Terminada la fundación de Segovia, fué la Santa á Avila, donde llegó á principios de Octubre de 1574. Detúvose allí hasta comienzos de Diciembre en que emprendió el viaje á Valladolid. Desde esta ciudad, escribía á Don Teutonio de Braganza, el 4 de Enero: «Yo me partiré de aquí en pasando los Reyes. Voy á Avila, y el camino por Medina, á donde no creo me detendré sino un día ó dos, y en Avila tan poco, que iré luego á Toledo.» La Fuente, *Obras de Santa Teresa*, t. II, cap. LIV, pág. 46. De Toledo pasó á Malagón, y de esta villa á Veas, donde llegó en Marzo de 1575. Ahora bien la visión que menciona el Padre Ribera, tuvo lugar, según las mismas palabras de la Santa, el «segundo día de Cuaresma», que aquel año fué el 17 de Febrero, puesto que el día de Ceniza cayó el 16; fecha que coincide con la estancia de la Santa en el Monasterio de Malagón.

CAPÍTULO XII

De la fundación del cuarto Monasterio, que fué la Concepción de Nuestra Señora del Carmen en Valladolid, y del buen pago que dió Dios al caballero que dió la casa y huerta para él

Habrían pasado como dos meses después de haber ofrecido y dado á la Madre aquel caballero (1) la heredad en que se había de hacer el Monasterio en Valladolid, cuando le dió el mal de muerte, y tan acelerado, que le quitó la habla, y no le dió lugar para confesarse bien, aunque mostró hartas señales de contrición, y de esta manera murió muy en breve, bien lejos de donde estaba la Madre entonces; porque él murió en Ubeda y ella estaba en Alcalá de Henares, y allí la vino la nueva. Y estando muy penada por temer no se hubiese por ventura condenado aquella alma, y encomendándola á Dios, la dijo el Señor que había estado su salvación en harta ventura, y que había habido misericordia de él por aquel servicio que había hecho á su Madre en dar aquella casa para que en ella se hiciese Monasterio de su orden, y que saldría de purgatorio cuando allí se dijese la primera misa, y no antes. Como la Madre, tan llena de caridad, supo esto, no podía descansar, porque siempre tenía presentes las graves penas que aquella alma padecía, y no veía la hora en que venir á Valladolid y fundar allí como pudiese. Esta fué la causa porque no se detuvo más en Malagón, ni quiso ir á fundar á Toledo, aunque lo deseaba. Pero no pudo ser tan presto como ella quería, porque la fué forzado ir á San José de Avila, que estaba á su cargo, y detenerse allí algunos días, y de allí se vino por Medina, á donde también fué menester parar algo. Y para que entendamos la compasión que el Señor tiene á las almas que están en el purgatorio, y cuán acepto y agradable le es lo que se hace por ellas, como la Madre, con negocios que se

(1) Don Bernardino de Mendoza.

ofrecían, se iba deteniendo, el Señor mismo la dió priesa un día estando en oración, y la dijo que abreviase su ida, porque padecía mucho aquella alma.

Antes de esto había enviado la Madre á Julián de Avila á Valladolid, á sacar licencia del Abad para hacer el Monasterio, y él se fué por Olmedo, donde estaba el Obispo de Avila don Alvaro de Mendoza, para que con su favor se hubiese más presto. Él en este negocio, como en todos los demás que á la Madre se le ofrecían, hizo lo que pudo, y envió con él á su secretario don Juan Carrillo, que ahora es tesorero de la Iglesia de Avila. Y aunque había en la licencia dificultad, por ser el Monasterio sin renta y por estar tan lejos de la villa la casa donde por entonces se había de fundar, la Madre, después, como el Señor la daba priesa y ella se la tenía, se partió como pudo, aunque tenía mal aparejo para la partida, y entró en Valladolid á diez de agosto de 1568 años, día del glorioso mártir San Lorenzo.

Llevó para esta fundación á doña Isabel Arias, á la cual dejó entonces por Priora, y á Antonia del Espíritu Santo, que la había vuelto consigo de Malagón, y á María de la Cruz, que fué también de las cuatro primeras. Y de la Encarnación sacó á Juliana de la Magdalena y á María de la Visitación, y de allí á cinco meses vino allí María Bautista, porque la pidió doña María de Mendoza. Cuando vió la casa, dióla mucha pena porque, aunque era de mucha recreación por ser la huerta muy buena, vió que no podían estar allí monjas, sino con demasiada costa, y que no podía dejar de ser enferma, por pasar el río junto á ella. Pero callaba ella todo esto por no desanimar á sus compañeras, y esperaba en Dios, que pues la había mandado venir, la daría donde viviesen. Entretanto hizo secretamente venir oficiales y comenzar á hacer las tapias, para que tuviese el recogimiento que convenía. Por otra parte, Julián de Avila andaba todavía procurando la licencia, y antes de haberla llegó el domingo, pero dióla entonces el Provisor para que se dijese misa en el lugar que tenían aderezado para eso, y así la dijo el mismo Julián de Avila. Cuando la vino á dar el Santísimo Sacramento, vióla con gran arrobamiento, como le solía tener muchas veces, antes ó después de recibirle. La causa fué que, llegándole á recibir, se le representó aquel caballero, dueño de la casa y huerta en que estaban, que con rostro resplandeciente y alegre, y puestas las manos, la agradecía lo mucho que había hecho para que él saliese de purgatorio, y hecho esto se subió al cielo. La Madre recibió grandísimo contento, y mayor cuanto más descuidada estaba de pensar que lo que el Señor la había dicho se había de cumplir entonces, porque pensaba que no había de salir hasta que estuviese hecho el Monasterio y se dijese misa en él. Y para el día de la Sagrada Asunción de nuestra Señora, que es á quince del mismo mes, estaba sacada la licencia, y aquel día se tomó la po-

sesión del Monasterio, como se había hecho en el de Medina: llamóse la Concepción de nuestra Señora del Carmen. Allí estuvieron algunos días, y aunque estaba de paso, hizo la Madre poner torno y redes para que hubiese el encerramiento que convenía, como si hubieran de estar mucho tiempo.

En este tiempo cayeron casi todas malas, por ser el lugar malsano. Viendo esto doña María de Mendoza, señora principalísima, no menos en cristianidad y en misericordia grandísima con los pobres que en linaje y hacienda, mujer del comendador mayor Cobos, y madre del marqués de Camarasa, como conocía ya á la Madre, porque era hermana del Obispo de Avila, y la hacía mucha caridad, hízolas curar á todas, y porque la casa que tenían no era á propósito, por ser muy lejos para las limosnas, y enferma para la vivienda, dijo á la Madre que la dejasen aquella casa, y que les compraría otra mejor, y así lo hizo. No contenta con darles casa é iglesia muy convenientes, las daba y dió siempre lo que habían menester.

Pasáronse á esta casa á tres de febrero del año 1569, día del bienaventurado obispo y mártir San Blas, con gran procesión del pueblo y gran solemnidad. Esta devoción fué creciendo, porque trajo el Señor á aquella casa personas que resplandecieron con santidad, de quien habría mucho que decir, si fuera éste su lugar.

De ahí á muy poco, vinieron á la Madre cartas de Toledo, para que se fuese á fundar allá, que lo deseaba mucho, y así no se pudo detener, y dejando por Priora allí á doña Isabel de Arias, que entonces se llamaba Isabel de la Cruz, y por Superiora á María Bautista, se partió apriesa á Avila, para de allí ir á Toledo.

CAPÍTULO XIII

De la fundación del quinto Monasterio, que fué San José, en Toledo

No estuvo holgando la Madre Teresa de Jesús los pocos días que estuvo en Avila, ni aun en el camino que desde allí hizo á Toledo, sino ocupada en dar orden cómo se hiciese algún Monasterio de Descalzos. Pero porque de estas fundaciones tengo de tratar de una vez y poner todo junto lo que toca á la Madre, no quiero ahora cortar el hilo de las que iba contando de las monjas, hasta que venga tiempo y lugar conveniente para decir de las de los frailes.

El principio de la fundación del Monasterio de Toledo, fué de esta manera: Había en Toledo un hombre honrado y siervo de Dios, mercader, llamado Martín Ramírez, rico y sin hijos, porque nunca se casó, y deseaba de su hacienda dejar alguna memoria para servicio de nuestro Señor. Y á lo que él más se inclinaba, era á dejar ciertas capellanías en una parroquia de aquella ciudad. Estando éste para morir, le fué á visitar el Padre Doctor Paulo Hernández, de la Compañía de Jesús, hombre muy religioso y letrado, que conocía á la Santa Madre, y la había confesado cuando fué á Toledo para la fundación de Malagón, y había quedado de esto con tanta estima de su prudencia y santidad, que decía después: «La Madre Teresa de Jesús es muy gran mujer de las tejas abajo, y de las tejas arriba muy mayor.» Fuéle, pues, á ver este Padre, porque deseaba mucho que hubiese en Toledo Monasterio de Descalzas, y díjole, si deseaba servir á nuestro Señor con su hacienda y dejar buena memoria, cuán buena ocasión se le ofrecía para ello, pues podía hacer un Monasterio de Descalzas, que sería de gran servicio de Dios, y poner en él las capellanías que quería. Él estaba ya tan malo, que entendió no tenía el tiempo que era menester para concertar esto, y así lo dejó en manos de su hermano Alonso Alvarez Ramírez, hombre discreto y temeroso de Dios, y de mucha verdad, y limosnero, para que hiciese en eso lo que más juzgase convenir al servicio de nuestro Señor.

Murió Martín Ramírez estando la Madre en la fundación de Valladolid, y allí recibió las cartas del Padre Paulo Hernández y de Alonso Alvarez, en que le decían lo que pasaba, y que si quería admitir aquella fundación, viniese luego á ella. Por esta razón se partió tan presto, como habemos dicho, de Valladolid, y llegó á Toledo á veinte y cuatro de marzo de mil quinientos sesenta y nueve, víspera de la sagrada Encarnación del Hijo de Dios y Señor nuestro.

Fuése á apear á la casa de doña Luisa de la Cerda, fundadora del Monasterio de Malagón, de quien fué muy alegremente recibida, porque la tenía grande amor. Llevaba consigo dos compañeras que sacó de San José de Avila, que fueron la Madre Isabel de Santo Domingo y Isabel de San Pablo, y diéronlas luego un aposento como solían, á donde estaban con el recogimiento que en un Monasterio. No perdió tiempo la Madre: luego comenzó á tratar de su negocio con Alonso Alvarez, con quien lo acabara presto; pero quísole el Señor ejercitar un poco primero por medio de un yerno de don Alonso Alvarez, de quien él hacía mucha cuenta en aquel negocio. Pedíala, por consejo de éste, muchas condiciones, que á ella no estaban bien, y andaban en los conciertos, y juntamente buscaban alguna casa alquilada, para tomar la posesión, y no se hallaba. Entretanto la Madre procuraba licencia del Gobernador, que no había entonces Arzobispo (1), y gobernaba el arzobispado el Licenciado don Gómez Tello Girón. Pero no se hacía nada de lo que ella pretendía. La licencia no se podía haber del Gobernador, aunque lo deseaban y procuraban doña Luisa de la Cerda por una parte, y por otra don Pedro Manrique, hijo del Adelantado de Castilla y canónigo de Toledo, que pocos años después entró en la Compañía de Jesús, donde acabó santamente. Y cuando estaba un poco blando el Gobernador, contradecían los del Consejo del Arzobispo. Por otra parte, no se podía concertar con Alonso Alvarez, antes vino á desconcertarse del todo. Así se vió la Madre, después de su camino y gasto que en él hizo, y después de mucho trabajo y mucho tiempo gastado, que había ya más de dos meses que se trataba, sin hacienda para fundar, y sin casa, y sin licencia. No sabía qué se hacer, ni quería volverse; todo la daba pena; pero lo que más se la daba, era no tener la licencia; porque, teniéndola, esperaba en Dios que todo se había de hacer.

(1) Aunque lo había, era lo mismo que si en realidad no lo hubiese, por hallarse impedida á la sazón la sede de Toledo. Era Arzobispo de ella el Ilustrísimo Don Fr. Bartolomé Carranza, dominico, que estaba preso en las cárceles del Santo Oficio de Valladolid, desde hacía algunos meses. Desde allí le condujeron á Roma en 1567, por haber abogado á sí San Pío V, la causa que se seguía contra él. Murió en el convento dominicano de la Minerva, en Roma, el 2 de Mayo de 1576, á los 73 años de su edad y siendo Sumo Pontífice Gregorio XIII. Sobre este célebre proceso véase á Menéndez Pelayo, *Heterodoxos*, t. II, págs. 359-415 y 744-745.

Para haberla, no curó de buscar más rogadores, porque entendió que había quien de secreto pusiese mal corazón al Gobernador, sino ella misma se fué á una iglesia junto á las casas del mismo Gobernador, y envióle á suplicar que tuviese por bien hablarla. Él vino allí, y con ser la Madre tan humilde y mansa como era, y él hombre tan grave y puesto en tanta dignidad, hablóle con una grande y santa libertad de esta manera:

«Más há de dos meses, señor, que vine á esta ciudad, no para verla ni holgarme en ella, sino para buscar la gloria de Dios y bien de las almas, y hacer á su Majestad, en esta ciudad tan ilustre, el servicio que en otras algunas le he hecho, de fundar un Monasterio de monjas Descalzas, que guarden la primera regla de la orden de Nuestra Señora del Carmen, y para eso traigo monjas conmigo. Cosa era digna de las muchas letras, y virtud, y dignidad de V. S., favorecer á unas mujeres pobres para cosa tan santa, y animarlas para que pasen adelante, pues le tiene Dios puesto en ese lugar. No lo he visto así, porque en tanto tiempo, ni la autoridad de los que han pedido la licencia, ni la justicia tan clara de nuestra causa, han bastado á acabar con V. S. que la diese. Cosa recia es sin duda que á unas pobres monjas, que no pretenden más que por amor de Dios vivir en tanto rigor y perfección y en encerramiento, no haya quien las quiera ayudar; y que los que no pasan nada de esto, sino están en regalos y viven á su voluntad, quieran estorbar obra de tanto servicio de Dios. Por cierto casas tenemos á donde vivir, y si nos volviésemos á ellas, poco podríamos aventurar, pues no tenemos qué perder en este mundo; pero V. S. vea lo que podría perder en esta ciudad, y cuán á su cuenta sería. Si esto por V. S. se dejase de hacer, estudie cómo se podría disculpar, cuando esté delante del acatamiento de Jesucristo Nuestro Señor, por cuyo amor y voluntad habemos venido, que yo no veo con qué se pueda V. S. descargar, si estorba cosa tan agradable al Señor, estando puesto por Él para ayudar con todas sus fuerzas á todo lo que es servicio suyo.»

Con estas razones y otras muchas que dijo, con la libertad y ánimo que entonces la puso Dios, movió al Gobernador de tal manera, que antes que de ella se apartase, la dió la licencia, aunque no como ella la quería, sino con condición que ni tuviese renta, ni patrón, ni fundador. Con esto quedó tan contenta, que la parecía lo tenía ya todo. El caudal que tenía para fundar el Monasterio era de tres ó cuatro ducados, y sin esperar á juntar más, ni querer guardar éstos, compra dos imágenes de lienzo para el altar, éste era el aderezo de la iglesia, y dos jergones y una manta, que era el ajuar del Monasterio. De casa no había memoria; con Alonso Alvarez ya estaba desconcertada.

Había allí un mercader, siervo de Dios, que siempre entendía en

obras pías, llamado Alonso de Avila, que la conocía, y la había prometido de buscarla casa, y éste entonces había caído malo y no podía hacer nada. Pero el Señor, que nunca la faltaba, la proveyó de casa por donde nadie pensara que se había de hallar.

Vino aquellos días allí el Padre Fray Martín de la Cruz, de la orden de San Francisco, varón religioso, y que deseaba ayudar á la Madre, y cuando se fué, envíala un mancebo que llamaban Andrada, no nada rico, á quien él confesaba, para que hiciese lo que ella le dijese. El se fué á ofrecer á la Madre, mostrando su buen deseo, pero declarando lo que en él se echaba bien de ver, que sólo con su persona la podría ayudar. Agradecióle su buena voluntad, pero cayóla mucho en gracia, y á sus compañeras más, ver la ayuda que el Padre las enviaba, porque ni su traje era para tratar con Descalzas, ni parecía había en qué pudiese ayudar, y aun la Madre Isabel de Santo Domingo se temía no pensase alguno mal de ver aquel mancebo hablar con la Madre, y dijóselo á ella. Respondió la Santa con mucha gracia: «Calle ahora, ¿qué mala ventura han de pensar de nosotras, que no parecemos sino unas romeras?» Después, viendo que no tenía nadie que la buscase la casa con el secreto que había menester, acordóse de Andrada, y vínola gana de encomendárselo, y dijolo á sus compañeras. Ellas se rieron mucho, y la respondieron que no tratase de eso, porque no serviría sino de descubrir el negocio y deshacerlo todo. La Madre no hizo caso de lo que la decían, porque lo llevaba por causas más altas, y parecía que, por ser enviado de aquel varón santo, no podía dejar de hacer algo, y que no había sido sin misterio enviársele. Hácele venir allí, y encárgale mucho el secreto, y el buscar la casa, y dice que ella dará fiador para el alquiler, y éste echaba ella cuenta sería Alonso de Avila.

Tomó Andrada el negocio muy á su cargo, y luego á la mañana, estando la Madre oyendo misa en la Compañía de Jesús, viene á ella, y dice que ha hallado casa, y que allí trae las llaves de ella, y que cerca estaba, porque era á San Benito, y la podían luego ir á ver. Fué la Madre, y contentóse de la casa, y era tal, que estuvieron un año en ella. Maravillóse mucho de esto, y siempre que se acordaba de esta fundación después, la duraba la maravilla de ver las trazas de Dios, que lo que en cerca de tres meses, personas ricas, dando vueltas á la ciudad, nunca habían podido hallar, en una tarde lo hubiese hallado este mancebo, y que pudiéndose fundar el Monasterio sin trabajo, como se fundara si se concertara con Alonso Alvarez, no se hubiese concertado, para que fuese la fundación con pobreza y trabajo, y resplandeciese más la providencia de Dios.

La Madre, como no dilataba las cosas, ni perdía punto en lo que era menester, no veía la hora de pasarse á la casa y tomar la posesión del Monasterio, antes que en ella se hiciese cosa alguna, porque

no hubiese algún estorbo. Aunque en este tiempo muchas personas de autoridad y religión que la visitaban, la decían que era temeridad ponerse á fundar, sin tener más fundamento, y que era poner una casa en el aire, y que no parecería bien poner el Santísimo Sacramento en casa alquilada, y otras cosas que conforme á la prudencia humana iban bien fundadas, mas á ella, que se gobernaba por la divina, no la movían ni la apartaban de su propósito. Antes con mucha diligencia andaba acomodando la casa con cien reales que la prestó una mujer de un mayordomo de doña Luisa de la Cerda, porque no había quedado con blanca.

Andrada tampoco se descuidaba un punto, con el deseo que tenía de servir á Nuestro Señor, y ayudar á aquella obra suya, é hizo que muy en breve se desembarazase la casa, y vino á decir á la Madre que llevasen su ajuar. Poco se tardará en eso, señor Andrada, dijo la Madre con alegría, porque como se lleven dos jergones y una manta, tenemos ya llevado todo nuestro ajuar. Las monjas no gustaron mucho de esta respuesta, antes la decían, que para qué se habían declarado tanto con él porque, como las viese tan pobres, no las querría ayudar. Pero ni á la Madre la venían esos miedos, ni el siervo de Dios por eso aflojó en lo que podía, antes andaba con un cuidado tan grande, trayendo oficiales y acomodando la casa, que parecía que ellas mismas no le hacían ventaja en el deseo de ver aquello acabado.

CAPÍTULO XIV

De cómo se acabó esta fundación, y de las dificultades que después hubo en ella, y cómo la acrecentó en todo el Señor

Hecho todo esto así, buscaba la Madre aderezo para decir misa, y vanse con un oficial, á boca de noche, á la casa con una campanilla de estas chiquitas, con que se tañe á alzar, que no tenían otra para tomar la posesión. Toda la noche la anduvieron aliñando, pero no había á donde hacer iglesia, sino en una pieza que tenía la entrada por otra casilla que estaba junto, y también se la habían alquilado, pero vivían en ella unas mujeres á quien no habían osado decir nada, porque no lo descubriesen hasta que estuviese hecho. Ya que todo estaba á punto, y quería amanecer, comienzan á romper un tabique para abrir la puerta de la iglesia. Las mujeres, que estaban durmiendo y tan descuidadas, como oyeron golpes, levántanse despavoridas y enojadas, y hubo hartó que hacer en aplacarlas; y aunque estuvieron recias, en fin se sosegaron viendo lo que era, con algunos dineros que la Madre las dió, y comprometerlas á que las buscaría casa, y no hicieron daño ninguno. Como las tuvieron sosegadas, tuvieron á punto al Padre Fray Juan de la Magdalena, Prior del Carmen, que dijese la misa, y tañen á ella con su campanita, y tómase por testimonio; y con esto se tomó la posesión, día de San Bonifacio, mártir, á catorce de mayo del mismo año de 1569; púsole el mismo nombre de San José que á los demás que había hecho.

Y el mismo día se habían temido muchos que se había de hundir la ciudad, por un vano pronóstico que en ella andaba algunos años antes, y habíanse confesado y comulgado para lo que viniese. Bien se puede ver la admiración de los que viesan á la mañana aquel nuevo Monasterio, y lo que en toda la ciudad de aquello se diría, y cómo el miedo á muchos se mudaría en devoción, viendo la ciudad no hundida, sino acrecentada con el nuevo Monasterio. Más que los otros se ma-

ravilló el dueño de la casa, que era una señora, mujer de un mayorgazgo, cuando vió su casa hecha en dos palabras Monasterio, sin haber ella sabido antes nada: maravillóse y enojóse mucho; pero con la esperanza de que se la pagarían bien, si las contentase, se aplacó. Los oidores del Consejo del Arzobispo, cuando vieron hecho el Monasterio, para quien nunca habían querido dar licencia, enojáronse en extremo, y como no estaba allí el Gobernador, porque se le había ofrecido cierto camino, después de haber dado la licencia, estaban muy bravos, y decían que estaban espantados del atrevimiento de una mujercilla, que contra su voluntad les hubiese hecho un Monasterio, y hacían grandes amenazas. Volvía por ella un canónigo, y decía que eso mismo había hecho en otras partes, y que no sería sin recaudos bastantes. Ellos quisieron saber esto, y de allí á pocos días mandan, so pena de excomunión, que no se diga misa en el Monasterio hasta que se muestren los recaudos con que se ha hecho. No se turbó nada la Madre con aquel mandato, sino con la misma libertad con que había hablado al Gobernador, les respondió á ellos, que haría lo que la mandaban, aunque no estaba obligada en obedecerles en aquello. Y rogó á don Pedro Manrique, que les fuese á hablar, y mostrase las patentes que tenía de sus Prelados. La licencia habíala dado á la Madre el Gobernador, no por escrito, sino de palabra, y como él no estaba allí, púsola esto en cuidado. Pero el Padre Fray Vicente Varrón, de la orden de Santo Domingo, que la conocía mucho y había hablado de esta fundación con el Gobernador, tenía alguna noticia de lo de la licencia, y habló á algunos del Cabildo. Con esto y con los buenos intercesores, y con estar ya el negocio hecho, se allanaron los oidores.

Ya estaban en paz en su casita, pero con harta necesidad, porque no había más ropa en ella de los dos jergones y la manta. De noche pasaban más, porque acertó entonces á hacer frío, y no tenían leña; acostábanse en los jergones, y con la manta y sus capas de sayal se abrigaban como podían. El día que se tomó la posesión, la fiesta que se hizo y la comida que tuvieron fué de alguna sardina; pero la cocinera estaba bien desocupada, porque ni una astilla ni cosa semejante de leña había para asarla, hasta que vieron después un hacecito de leña en la Iglesia, de que las proveyó el Señor, sin saber ellas por quién, y después de algunos días, si se había de hacer algún huevo, era menester buscar la sartén prestada, y la sal se molía con un guijarro envuelto en un papel, y conforme á esto iba lo demás.

Una noche de aquellas había la Madre frío, y dijo que la echasen alguna ropa. Sus compañeras, con mucha risa, la respondieron que no pidiese más ropa, pues tenía toda la que había en casa, que eran sus capas, que después lo reía hartó la Madre.

Paréceme que se maravillará quien esto fuere leyendo, cómo

estaba la Madre tan pobre, estando en Toledo aquella señora tan rica y tan principal, que tanto la quería, y no será la maravilla sin razón. No fué otra la causa, sino querer Dios que aquellas siervas suyas vieses por experiencia qué cosa era ser pobres por su amor, y qué tesoros hay en esta pobreza, para que los manifestasen á quien no los conoce. Y así hizo que ni la Madre pidiese cosa á doña Luisa, que era muy enemiga de pedir, ni ella cayese en que podrían pasar necesidad, que las socorriera muy cumplidamente si lo entendiera, como lo hacía en todo lo que entendía era menester. El Señor bien lo advertía y pasaba por ello por hacerlas más ricas, y así andaban con una alegría interior y exterior tan grande, que no cabían de placer.

La Madre andaba, en todo aquel tiempo, con la devoción y consuelo que aquella pobreza la causaba, como en una suave contemplación. Mas duróles poco esta necesidad, ó por mejor decir, esta riqueza: porque Alonso Alvarez y otras personas devotas las fueron proveyendo más de lo que ellas quisieran, y andaban sin aquella alegría que antes las traía la pobreza, tanto, que se lo echó de ver la Madre en el rostro, y las preguntó por qué andaban así mustias, y le respondieron: «¿Qué habemos de hacer, Madre, que ya no parece somos pobres?»

Con lo que veía y oía Alonso Alvarez, le tornó el Señor á renovar la devoción, y trató de concertarse con la Madre, y á ella la pareció sería bien darle la capilla mayor, para entierro suyo y de sus descendientes, y que en el Monasterio, pues se había ya fundado sin él, no tuviese cosa ninguna. Pero para eso tenía grandes contradicciones de muchos, que la decían no convenía dársela, porque aunque eran gente de bien, no eran ilustres ni caballeros, y que en una ciudad tan principal como aquella, no faltaría una persona tal, que tomase la capilla mayor. Y lo que entonces la decían para la capilla, la decían luego al principio, para que no le admitiese por fundador por la razón dicha. La Madre bien desengañada estaba, porque siempre hizo ella más caso de la virtud que del linaje; pero habían ido tantos al Gobernador sobre el negocio, que cuando la hubo de dar la licencia fué con esta condición, que fundase ella como en otras partes. Cuando ella andaba en esto de dar la capilla mayor, salió una persona principal que la quería, y con esto daban más priesa á la Madre, y no sabía qué hacer. De esta duda la sacó Jesucristo nuestro Señor, porque la declaró el poco caso que delante de Dios se hacía de linajes y estados, y la reprendió mucho, porque había dado oídos á los que la hablaban en esto. Las palabras más substanciales de esta revelación escribió ella después en un papel, que yo tuve en mi poder, el cual por defuera tenía esto escrito:

«Esto era sobre que me aconsejaban que no diese el enterramiento de Toledo, de que no era caballero.» Y por de dentro decía: *«Mucho te*

desatinard, hija, si miras las leyes del mundo; pon los ojos en mí, pobre y despreciado de él. ¿Por ventura serán los grandes del mundo grandes delante de mí? ¿O habéis vosotras de ser estimadas por linajes, ó por virtudes?» En fin, le dió la capilla mayor sola, y cuán acertado haya sido, bien ha parecido después, porque con su ayuda se compró la casa, á donde cumplido el primer año se pasaron, que era de las buenas de Toledo (1), y costó doce mil ducados. Y como dejó Alonso Alvarez tantas misas y fiestas que se hiciesen, es mucho consuelo para las monjas, y también para los del pueblo.

Así fué Dios ayudando mucho á este Monasterio, así en darle lo necesario de lo temporal, como en traer personas, á quien enriquecía con sus espirituales dones. Luego, en tomando la posesión, envió por monjas, y vinieron de la Encarnación, doña Catalina Yera y doña Juana Yera, que se llama Juana del Espíritu Santo, hermanas, y de gente muy principal de Avila, y doña Antonia del Aguila, y Isabel Juárez. De éstas sólo ha quedado la madre Juana del Espíritu Santo; las demás, y otras algunas que salieron de la Encarnación, se volvieron; algunas por indisposiciones, otras por no sentirse con fuerzas para la nueva vida que habían tomado. Y así la santa Madre mandó en sus constituciones que no se admitiesen monjas de otros Monasterios, ni de las mismas del Paño (2) ó regla mitigada, y en teniendo ella monjas de las suyas, dejó de sacar de la Encarnación.

Trajo también de Malagón á Ana de Jesús y á Isabel de san José, de manera que con dos novicias que habían entrado, dejó la Madre siete monjas en Toledo, cuando hubo de partir de allí. Antes de pasar un año después de la fundación, entró en él una monja llamada Ana de la Madre de Dios, de edad de cuarenta años, que había gasta-

(1) La casa de los Tendillas á donde se trasladaron en 1570, estaba en el barrio de San Nicolás, frente á la casa de la moneda. Para su arreglo, dieron Alonso Alvarez Ramírez y su cuñado Diego Ortiz 12,000 escudos de la testamentería de Martín Ramírez. Previa la venia del General de los Carmelitas, Juan Bautista Rossi, fundáronse en la iglesia, como indica el P. Ribera, unas capellanías para hacer varias fiestas y cumplir las cargas de la fundación: pero las vejaciones que estas cargas y fiestas ocasionaron á las religiosas, las obligaron á dejar aquella iglesia, que se ha quedado con el título de Oratorio de San José. En su pequeño recinto contiene varias pinturas del Greco y las urnas sepulcrales de sus patronos, colocadas á ambos lados del presbiterio. En la una yace Martín Ramírez, fundador de la capilla, que murió en 1569, y en la otra están enterrados Francisca Ramírez, fallecida en 1579, y Diego Ortiz, su marido, que murió en 1611.

Al abandonar las monjas esta morada, en 1594, pasaron á la casa de Alonso Franco, en la plaza de Sancho Minaya, junto á la casa de la Misericordia. Tampoco allí lograron establecerse, por ser local muy reducido y de poco recogimiento: así fué que en 1607 la madre Beatriz de Jesús, sobrina de Santa Teresa, que á la sazón era priora de aquel monasterio, compró una casa en la parroquia de Santa Leocadia, á donde trasladaron su residencia, que es el convento actual.

(2) Lllaman del Paño á las Carmelitas Calzadas, porque sus capas y hábitos solían ser de paño, á diferencia de los que usaban las Descalzas, que eran de jerga ó sayal.

do su vida en servicio de Dios, y era rica, y en su casa tenía mucho regalo y poca salud. Después tuvo buena salud y ningún regalo, sino mucha penitencia. Fué tanta su devoción, que antes de la profesión hizo donación de todo lo que tenía al Monasterio. A la Madre pesó de esto y no lo quería consentir; decíala, por probarla, que no se sabía si después la admitirían á la profesión y que, siendo esto, qué había de hacer. Respondió que cuando en eso se viese, lo pediría por amor de Dios; pero una por una, que su hacienda, que era mucha, había de ser del Monasterio, y no bastó con ella nada para que hiciese otra cosa.

Había tanta obediencia en esta casa, y lo mismo en las demás, que, burlando que la Priora dijese la cosa, sin mirar más, estaba luego hecha. Estando cabe una balsa de agua, una monja entendió que la Priora quería que se echase en ella: no lo hubo ella dado á entender, cuando la monja estaba dentro. También aconteció aquí una cosa á la Madre, muy digna de memoria.

Estaba una monja muy al cabo, y con esto llena de alegría, y entrándola á ver la Madre, que venía del coro, donde había estado delante del Santísimo Sacramento, suplicando á Nuestro Señor la diese buena muerte, vió á Cristo Nuestro Señor á su cabecera, en mitad de ella, con los brazos algó abiertos, como que la estaba amparando, de la manera que se apareció á Santa Gertrudis estando una vez muy al cabo. Y dijo á la Madre que tuviese por cierto que á todas las monjas que muriesen en estos sus Monasterios, las ampararía así: y que no hubiesen miedo de tentaciones á la hora de la muerte.

Esto se entiende de las monjas que vivieren conforme á su regla y constituciones. Y lo que dice de tentaciones, es que no teman tentaciones que las perturben mucho, ó las hagan morir con desasosiego que sea algo notable. Desde entonces miró la Madre en esto en todas las que morían, y vió que así ésta de quien hablamos, como todas las demás morían con una quietud grande, como si estuvieran muy recogidas en oración.

También se acaba de ver lo mismo, cuando esto escribo, en la gran sierva de Dios María de la Cruz, verdadera hija de la Madre Teresa de Jesús, de quien hablé al fin del libro primero, y dije que fué una de las cuatro primeras que admitió la Madre en su primer Monasterio. Murió de un dolor de costado en Valladolid, á veinte y tres de febrero, año de 1588, habiendo vivido en la religión veinte y cinco años con grande ejemplo de toda virtud, y señaladamente de caridad y obediencia y humildad y paciencia, sin haber nadie, de las que han vivido con ella lo más de este tiempo, que se acuerde haber ella jamás dado ocasión á nadie para que se pudiese quejar. Estaba con tan gran deseo de morir, que no podía creer que había de ser, y decía que si acá quedaba, de solo pesar de eso moriría. Estuvo siempre con

mucha paz y sosiego, y así expiró, sin hacer ninguna manera de visaje, y aun sin dar boqueada que se echase de ver. Con no ser hermosa, lo quedó después de muerta tanto, y con tan gran blancura, que parecía otra, dando el Señor en su cuerpo indicios manifiestos de la gran hermosura que tenía en su alma.

CAPÍTULO XV

Del sexto Monasterio de Nuestra Señora de la Concepción, que fundó la Madre Teresa de Jesús en la villa de Pastrana

Cuando llegó la víspera de Pascua de Espíritu Santo, que era quince días después de la fundación de la casa de Toledo, había en ellos trabajado mucho la Madre en acomodar la iglesia, y poner redes, y cosas semejantes, y después de todo esto, sentándose á comer en refectorio, la dió un consuelo tan grande de ver que lo tenía ya todo acabado, y que aquella Pascua podría descansar á su placer con Nuestro Señor, que casi no podía comer, según sentía su alma regada. Estando en esto, la vienen á decir que estaba allí un criado de doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, mujer del príncipe Ruiz Gómez de Silva. Fuéle á hablar la Madre, y era que la princesa enviaba por ella, para que fundase un Monasterio en su villa de Pastrana, según entre las dos estaba tratado, aunque la Madre no pensó que fuera tan presto.

No la pareció que convenía salir de Toledo, por ser el Monasterio tan recién fundado, y con la contradicción que había habido, aunque él hacía grande instancia diciendo, que la princesa estaba ya allá, y no había ido á otra cosa. La Madre veía que era menester contentar á Ruiz Gómez y á la princesa, por cierto respeto que importaba mucho para el servicio de Dios (que era porque tenía la Orden mucha necesidad del favor del rey para que la amparase, porque ya comenzaban contradicciones), y fuese delante del Santísimo Sacramento para suplicarle que escribiese ella de tal manera á la princesa, que no se enojase. El Señor la dijo entonces: «Hija, no dejes de ir, que á más vas que á esa fundación. Llévate la regla y las constituciones.» Como oyó esto, acudió al remedio que solía usar en cosas semejantes, que era ir á su confesor, y preguntarle lo que sería más servicio de Dios, representándole las razones que había; pero no diciendo cosa de lo que el Señor la había dicho, que de esta manera quedaba ella

más satisfecha, y rogaba siempre á Dios la diese luz. El confesor la dijo que fuese, y así partió de Toledo, segundo día de Pascua de Espíritu Santo, que fué á treinta de mayo de 1569, con Isabel de San Pablo y doña Antonia del Aguila, y dejó en Toledo por mayor á la madre Isabel de Santo Domingo.

Llegada á Pastrana, fué muy bien recibida del príncipe Ruiz Gómez y de la princesa, diéronla un aposento apartado, donde estuvo más de lo que pensó, porque la casa que les había de dar la princesa era pequeña, y había hecho derribar mucho de ella para ponerla de la manera que era menester. Tres meses estuvo allí, y aunque parecía que este Monasterio no la había de costar trabajo como otros, por estarse todo hecho, no la dejó de costar alguno, porque se la pedían algunas condiciones, que ella no juzgaba estar bien á su religión, y así se resolvió en volverse sin hacer el Monasterio (1). Pero como la princesa, por el deseo que tenía por el servicio de Nuestro Señor, lo deseaba mucho, y el príncipe holgaba de darla contento, allanóse el negocio y fundóse el Monasterio de Nuestra Señora de la Concepción, á nueve de julio, octava de la Visitación, de 1569 años.

No había traído la Madre consigo más de las dos monjas dichas, y así envió á Medina por Isabel de San Jerónimo y Ana de Jesús, que habían tomado allí el hábito, y de la Encarnación trajo otra. Lo que más hizo aquí la Madre, dirémoslo á su tiempo. Acabado esto, se volvió á Toledo, que era la casa que más necesidad tenía de su presencia, por ser tan recién fundada, y por esto estuvo allí algunos meses, hasta que compró la casa que dijimos, y lo puso todo en orden. Llegó víspera de la Magdalena, y en el coche en que ella había venido, envió á la Madre Isabel de Santo Domingo por Priora de aquel Monasterio, y á la Madre Ana de los Angeles, que era Priora de Malagón, trujo para que lo fuese en Toledo, y lo fué hartos años, y ahora lo es en Cuenca. En su lugar, por mayor, puso en Malagón á la Madre María del Sacramento. En Pastrana, puso por Superiora á Isabel de San Pablo.

(1) «Estaría allí tres meses, dice la Santa, á donde se pasaron hartos trabajos, por pedirme algunas cosas la princesa, que no convenían á nuestra religión; así me determiné á venir de allí sin fundar, antes que hacerlo. Mas el príncipe Ruiz Gómez con su cordura (que lo era mucho, y llegado á la razón) hizo á su mujer que se allanase.» *Fundaciones*, cap. XVII.

Unos de los caprichos de la princesa de Eboli, consistía en exigir á la Santa que admitiera, sin examen alguno y sólo porque á ella se le antojaba, á una religiosa agustina, Catalina Machucha, que había salido de su convento de Segovia. Despechada la de Eboli al ver que la Santa Madre no se doblegaba á sus caprichos, rehusó al convento los fondos que antes había ofrecido, y quería que se fundase sin renta; mas como allí era imposible vivir de limosnas, la Santa declaró que si la caprichosa bienhechora no se comprometía á dotar el monasterio, no era posible seguir adelante en su fundación. Al fin tuvo que deshacerse después de fundado, como se dirá más adelante, al tratar de la fundación de Segovia.

CAPÍTULO XVI

De la fundación del séptimo Monasterio, que fué San José, en Salamanca

En este tiempo el Rector del colegio de la Compañía de Jesús de Salamanca (que era el Padre Martín Gutiérrez, hombre de gran santidad y de excelente juicio, y de muchas letras, y muy buen púlpito, por quien Nuestro Señor trajo á su servicio muchas almas, y á quien fué servido de tomar por instrumento para hacerme á mí acabar de venir á la Compañía) (1), escribió á la Madre á Toledo, que estaría bien un Monasterio de los suyos en aquella ciudad, trayéndola para esto buenas razones. Ya ella había pensado otras veces en esto de Salamanca, y reparaba en ser lugar pobre para hacer en él Monasterio de pobreza, y entonces consideró que lo era tanto Avila, y no les había faltado lo necesario, y partióse para Avila con intención de ir desde allí á Salamanca.

Trajo consigo á Salamanca sola una compañera, que fué María del Sacramento, de quien ya he hablado, porque desde que salió á la fundación de Medina con tantas monjas, tenía determinado, y así lo hacía, de sacar muy pocas, como una ó dos, hasta fundar; y en tomando la posesión, enviar por las demás. Desde Avila escribió al Padre

(1) Pasando una vez por Villacastín el Padre Martín Gutiérrez, Rector del Colegio de Salamanca, fué á visitarle el Doctor Ribera que le había conocido, tratado y confesádose con él, siendo colegial en el Colegio del Arzobispo, de la Universidad salmantina. Después que los dos hubieron conferido algunas cosas, dijole el Doctor Ribera cómo estaba resuelto á retirarse á vivir en una casa que estaba junto á una ermita de Nuestra Señora, y desde allí hacer excursiones apostólicas por los lugares comarcanos, empleando en estas santas ocupaciones el tiempo que le sobrara de sus estudios escriturísticos. Y como preguntara al Padre Gutiérrez qué le parecía de aquel modo de vida, respondióle: Señor Doctor, muy bien me parece su determinación, pero mire que se queda con la mejor prenda, que es su propia voluntad. Hicieron tal mella estas sencillas palabras en el corazón de Ribera, que al poco tiempo resolvióse á entrar en la Compañía, en la cual fué admitido por el mismo Padre Gutiérrez en Salamanca, desde donde fué enviado al noviciado de Medina del Campo. Sucedió esto el año 1570, contando Ribera 33 de edad. *Cfr. La Puente, Vida del V. Padre Baltasar Alvarez, cap. XXXI.*

Martín Gutiérrez para que la hubiese la licencia del Obispo, que era entonces don Pedro González de Mendoza (1), y él le informó de la religión con que se vivía en estos Monasterios, y así la alcanzó fácilmente. En teniendo estas licencias la Madre, luego la parecía que tenía hecho el Monasterio, y hizo alquilar una casa de un caballero llamado Gonzalíñez de Ovalle, en el arroyo de San Francisco, junto al Monasterio de Santa Isabel.

Vivían entonces en ella estudiantes (2), y acabóse con ellos que la dejaran cuando viniese quien la había de vivir, que siempre la Madre andaba con gran recato que no se supiese nada hasta tener tomada la posesión, porque por experiencia sabía cuánto le pesaba al demonio con estos Monasterios, y la diligencia que ponía en es- torbarlos.

Con esto partió de Avila con muy pocos dineros, pero con mucha fe y confianza que llevaba en la misericordia de Dios, porque veía que había menester mucho para acomodar la casa, y no tenía allá quien la pudiese ayudar. Llegaron á Salamanca, víspera de Todos Santos, á medio día, habiendo andado harta parte del camino la noche antes, con mucho frío y con bien mala disposición; pero ni por estos ni otros mayores trabajos dejaba ella de hacer lo que entendía convenía para la gloria de Dios.

Luego, desde una posada, envió á llamar á Nicolás Gutiérrez, mercader, á quien ella conocía, porque tenía unas hijas monjas en la Encarnación, y sabía que era siervo de Dios, y se ayudó mucho de él en esta fundación. Encargóle mucho que la casa se desembarazase luego aquel día, y él lo negoció con mucho cuidado, y se desembarazó aquella tarde, y ya casi de noche entró en ella. Luego dieron orden en aderezarla para que se pudiese decir en ella misa á la mañana, y el Padre Martín Gutiérrez la prestó alguna ropa y mesas y frontal, y lo demás que fuese menester para esto, y envió allá dos hermanos que lo pusiesen, y ayudasen á todo, y así á la mañana, muy de mañana, dijo la misa y se tomó la posesión de este Monasterio, que también se llama San José, día de Todos Santos del año de 1570. Hecho esto, envió por algunas monjas á Medina, y con ellas se puso luego la casa en forma de Monasterio. Estas fueron Ana de la Encarnación, á

(1) Hijo de los Duques del Infantado. Fué presentado por Felipe II y consagrado en 1560, gobernando aquella diócesis por espacio de 14 años. Floreció por su ciencia, elocuencia é integridad de costumbres. Asistió á las sesiones del Concilio Tridentino, durante el pontificado de Pío IV; y, según atestigua Nicolás Antonio (*Bibl. Hisp. Nova.*, t. II, pág. 197), escribió una curiosa *Historia del Concilio de Trento de la última celebración*, que ha quedado inédita.

(2) El *Año Teresiano*, t. V, p. 75, trae una carta muy curiosa del Ilmo. Señor Don Juan Moriz, Obispo de Barbastro, en la cual, pidiendo la beatificación de Santa Teresa, dice estas palabras: «Ha cuarenta años que, estudiando yo en la Universidad de Salamanca, salí de la casa en que vivía para que entrase en ella á fundar un monasterio de monjas».

quien dejó por Priora, y María de Cristo, que fué Superiora, y Jerónima de Jesús, que ahora es Priora de Veas; y de Ávila trajo unas novicias que había recibido para allí, que fueron Ana de Jesús, que es ahora Priora de Madrid, y Juana de Jesús y María de San Francisco, que la había recibido en Toledo, y ahora es Priora en Alba.

Aquella noche del día de Todos Santos, la Madre y su compañera María del Sacramento, que era de más edad que ella, se quedaron solas en aquella casa grande y desbaratada, y encerráronse en una pieza donde tenían paja, que era la primera cosa del ajuar que la Madre traía á estos Monasterios cuando los fundaba, porque con ella hacía cuenta que tenían cama. No tenían entonces otra sino esta paja y dos mantas que las habían prestado en la Compañía. Pero el día siguiente las prestaron ropa para las que habían de venir, las monjas de Santa Isabel, y las enviaron de comer, y todo el tiempo que estuvieron en su vecindad las hicieron harta caridad, porque había entonces, y siempre ha habido en aquel Monasterio, personas muy siervas de Dios, y de mucha caridad, y muy religiosas.

Estaba aquella noche María del Sacramento con grandísimo miedo no se hubiese quedado alguno en la casa, y después que se encerró en esta pieza, estaba algo más sosegada. Mas con todo eso, miraba á una parte y á otra, y no la parecía que aun allí estaba segura, y no lo hacía el demonio por turbarla á ella, sino por turbar á la Madre y hacerla mal, que aunque ella no temía nada, como era enferma del corazón, poco era menester para causarla algún gran mal de él. También como era víspera del día de las Animas, y se doblaba en todas las iglesias, y el ruido era tan grande y tan triste, no dejaba de ayudar harto para la flaqueza del corazón. Preguntándola, pues, la Madre qué miraba: «Estaba pensando, Madre (respondió ella), si ahora me muriese yo aquí, qué haría vuestra reverencia sola.» Hízola pensar un poco esta respuesta, y aun haber algún miedo del mal dicho, porque los cuerpos muertos, aunque ella no los temía, siempre la enflaquecían el corazón. Pero como era graciosa y de mucho ánimo, respondió no haciendo caso de aquello, y dijo: «Hermana, cuando eso fuere, pensaré lo que tengo de hacer; ahora déjeme dormir.»

En esta casa estuvieron casi tres años con mucha incomodidad, porque como era tan grande y tan mal aderezada, era muy fría, y por razón de aquel arroyo que llaman de San Francisco, que pasa por delante de la puerta, era muy húmeda y enferma.

De esta manera pasaron mucho trabajo, pero con gran igualdad de corazón y con mucho consuelo espiritual; y más fué el trabajo después que se fué de allí la Madre, que fué presto, por la razón que después diremos, y dejó entonces allí por Priora á la madre Ana de la Encarnación, y lo fué después hartos años.

Otro trabajo tenían también grandísimo, la soledad que les hacía el no tener allí el Santísimo Sacramento; que no le tuvieron en todo este tiempo, por no haber lugar donde decentemente se pudiese poner. Y por decir de una vez todo lo que hizo la Madre en este Monasterio como he dicho en otros, diré cómo al cabo del tiempo que he dicho, vino á mudarlas de esta casa á otra más á propósito y en mejor puesto, aunque la costó hartó trabajo.

Como tenían las monjas tanta necesidad de mudar casa, andábanla buscando, y concertáronse con un caballero de aquella ciudad, que se llamaba Pedro de la Banda, que les diese una suya, y de esto avisaron á la Madre, que estaba entonces en Avila, y era Priora de la Encarnación, como después diremos. Ella entonces lo contó á un Padre de la Compañía de Jesús, hombre grave y muy religioso, á quien estimaba en mucho; preguntóle si le parecía que fuese á Salamanca para comprar la casa, y dejarlas acomodadas de lo que hubiesen menester. Respondió el Padre (según él á mí me contó) que no convenía, porque si ella fuera hombre que había de predicar, y salir y visitar, pudiéralas hacer algún provecho; pero una mujer que había de estar encerrada ¿qué las podía hacer? La Madre, con su gran fe y caridad que tenía á las hermanas, miró más en ello, y en fin, se determinó de ir, y llevó consigo á doña Quiteria de Avila, monja del mismo Monasterio de la Encarnación, que después fué Priora de él. En el camino tuvo mucho trabajo, porque era por agosto y, como la hacía mal el sol, era menester caminar de noche con mucha obscuridad y camino áspero. Juntó todo el dinero que pudo, prestado, para acomodar la casa, y la bestia en que este dinero venía, se perdió con la obscuridad de la noche sin que se echase de ver.

Llegaron á la posada á media noche, pero sin la bestia y sin el dinero. A la mañana salió un mozo por el camino á buscarla y la vino á hallar algo apartada del camino echada, sin que faltase cosa de lo que llevaba, ni nadie hubiese llegado á ella. La noche siguiente no perdieron el dinero, sino á la misma Madre, que les daba más pena. Como hacía tan obscuro, habíanse apartado los unos de los otros, y en una calle de un lugarito por donde pasaban, un Padre que iba allí, díjola que le esperasen allí ella y doña Quiteria, entretanto que buscaba los demás. Mas después que se topó con los otros, quiso volver á donde había dejado á la Madre, y jamás acertó. Pasó adelante pensando que ella habría hecho lo mismo, y júntase con la demás gente, y cada cual pensaba que venía la Madre con los otros, como cuando se perdió el Niño Jesús en Jerusalén; y visto que no venía allí, se entristecieron y se tornaron á dividir, unos para buscarla por el camino que ya habían andado, otros para dar voces por diversas partes á ver si les oía. Después de buen rato que pasaron de pena, ven

venir á la Madre con su compañera, y un labrador, que le sacaron de su casa con cuatro reales que le dieron, para que las acompañase y mostrase el camino.

Llevaba consigo entonces al Padre Fray Antonio de Jesús y al Padre Julián de Avila, que la ayudó mucho en estas fundaciones (1). En Salamanca fué luego á ver la casa que les daban, y estaba en muy buen puesto, entre las casas del conde de Fuentes y del conde de Monterrey; pero tenía dos cosas trabajosas, la una que era de mayoralazgo, y no se podía vender sin licencia del rey, y la otra que estaba tan maltratada, que para poder entrar en ella y ponerla en alguna forma de Monasterio, era menester gastar más de mil ducados. También había otra dificultad, que esto era por nuestra Señora de agosto, y en Salamanca se alquilan las casas por San Miguel, y por esto era menester que, ó la obra se acabase desde allí á San Miguel, y se pasasen entonces (y este tiempo era poco para lo mucho que había que hacer), ó alquilasen la otra casa por todo el año. La Madre, á quien Dios había dado pecho para romper por todas dificultades, se concertó con el caballero, y le compró la casa, con condición que él sacase la licencia del rey, y hizo que luego se comenzase á reparar,

(1) No carecen de interés algunos curiosos pormenores que narra el Maestro Julián de Avila en la *Vida de Santa Teresa* (pág. 268 y sigs.)

«Salimos, dice, casi al anochecer de Avila, y para el principio de la jornada, antes de llegar á Martín, dió una gran caída de la cabalgadura el Padre Fr. Antonio de Jesús, que al presente iba con nosotros. Quiso Dios que no se hizo mal... Iba con nosotros una doncella de una señora. Yo la vi caer un poco más adelante de una mula, y dió de cabeza en el suelo, que pensé se había muerto; y guardóla Dios, que cosa no se hizo. Y andando ya muy oscuro, porque se había entrado la noche, se perdió el jumento en que iba el dinero, que se llevaba á Salamanca, y otros recaudos de camino, y no pareció en toda aquella noche; de suerte que, con las caídas, y el buscar el jumento, y con la grande obscuridad, me parece á mí que cuando llegamos á la posada pasaría de media noche. Yo no quise cenar, aunque creo lo había menester, por no dejar de decir Misa á la mañana siguiente; tuve que quedarme en ayunas... Tuvimos gana á la mañana de ir á decir la Misa á una ermita que se llama Nuestra Señora del Parral. Llegamos allá á buena hora y para decir la Misa no había recaudo en la ermita. Hube yo de ir á el lugar, que está algo apartado de la ermita, por recaudo, y no hallé á el cura en el lugar: no hubo quien nos diese recaudo.

A el fin, en idas y venidas se nos pasó toda la mañana, é yo me quedé, harto contra mi voluntad, sin decir Misa, é sin cenar y sin almorzar, y harto de caminar. Y, aunque la Santa Madre se quedó sin comulgar, que para esto no estorbaba el camino, no sentí yo tanto esto como á mí tocaba; porque aun no bastó mi trabajo en esto, sino que se iban riendo de mí, y con razón.»

Sigue narrando las peripecias de la noche siguiente en que perdieron á la Santa Madre, y cómo aquel labrador se la condujo y les mostró el camino, «volviéndose muy contento á su casa con los cuatro reales que le dieron, y nosotros mucho más con todo nuestro caudal vuelto á hallar, y con harto regocijo de ir contando nuestras aventuras. Fuimos á parar á un mesón donde había tantos arrieros, echados por aquellos suelos, que no había donde poner los pies sino sobre albardas ú hombres dormidos. Hallamos á donde meter á nuestra Santa Madre y á las monjas que llevábamos, que no creo había seis pies de suelo, de manera que para caber habían de estar de pie. Lo que tenían bueno estas posadas, que no veíamos la hora de vernos fuera de ellas.»

y señaló dónde había de ser iglesia, y todas las otras piezas que eran necesarias para un Monasterio, y compró un pedazo de una casa que estaba allí junto, para hacer mayor la iglesia, y Julián de Avila andaba allí siempre dando prisa en la obra y gastando mucho dinero.

Cuando vino san Miguel no estaba acabada la obra ni con buena parte, aunque habían andado y andaban muchos oficiales; pero fuéles forzoso pasarse entonces á ella, porque no habían alquilado para el año venidero la otra en que vivían, y el dueño las daba mucha prisa que la desembarazasen. Por esta razón se pasaron la víspera de San Miguel, antes que amaneciese, y para el día siguiente estaba ya publicado que se había de poner el Santísimo Sacramento, y había de haber sermón y solemnidad. Pero antes de la fiesta ejercitó nuestro Señor un poco á la Madre, porque el día que se pasaron, que fué año de 1573, llovió después de comer, tanto, que para traer las cosas que habían menester de la otra casa, hubo harta dificultad, y la capilla de la iglesia que se había hecho de nuevo estaba tan mal tejada, que en lo más de ella se llovía, y con esto ni se podía hacer la fiesta, ni se sufría dilatarla, porque estaba ya publicado que había de ser aquel día. La Madre se vió muy penada, y vase luego al remediador de sus necesidades, y con una como queja amorosa le dijo: que ó no la mandase entender en estas obras, ó remediase aquella necesidad.

A la mañana hizo muy buen sol, y hubo mucha gente y música y sermón, y púsose el Santísimo Sacramento con gran solemnidad y con mucho consuelo de la Madre y de sus monjas, que tanto tiempo habían estado sin él como en un desierto. Como la casa estaba en buena parte, comenzó con esto á ser más conocida, y tomaban más devoción con ella, y particularmente la tomó la condesa de Monterey, doña María Pimentel, y las favoreció mucho, porque era esta señora gran sierva de Dios, y hacía muchas y muy buenas limosnas. Luego el Señor comenzó á llamar gente que entrase en esta casa, y aun estando allí la Madre, la pidieron el hábito cada cual por sí, sin saber la una de la otra, dos doncellas principales, doña Francisca de Luna y doña Leonor de Ledesma, hijas de un caballero de aquella ciudad, que se llamaba Martín Dávila Maldonado, en cuya casa y mayorazgo sucedió Juan de Solís Dávila, su hijo. La Madre se aficionó mucho á ellas por las buenas nuevas que tenía de su virtud y devoción y recogimiento y seso, más que de la edad que tenían: porque eran bien mozas, y habíalas dado el sí; pero supo que doña Francisca (que era la que primero lo había tratado) no tenía para ello salud, y así recibió á sola su hermana, que después se llamó Leonor de Jesús, y murió antes de cumplir dos años en la religión, dejando á sus monjas muchos deseos de sí, porque era muy amable y humilde y apacible á todas. Y en este poco tiempo se dió tan buena

priesa, que se puede decir de ella lo que el sabio dice, que con morir tan presto, vivió vida larga y de mucho tiempo.

He dicho esto porque esta dichosa virgen de Cristo, como se dió á sí misma á la religión, así la dió también enteramente la hacienda que de sus padres había heredado, y ésta ha gozado y goza el Monasterio.

Antes y después han entrado personas muy nobles y de mucha calidad, y entre ellas doña Ana de Solís, hija de don Severo Alonso de Solís, siendo de pocos años, y ofreciendo á Dios los que la quedaban con gran determinación y alegría: llamóse en la religión Ana de la Trinidad. Hago particularmente de ella mención, por haber sido su entrada muy extraordinaria y maravillosa. Porque habiendo padecido grandes tormentos, desde que hubo siete años hasta los diez y seis, de las curas que la habían hecho en una postema que tenía en un brazo, de una caída que dió, y diciendo los médicos á cabo de este tiempo que moriría, si no la cortaban el brazo, y habiéndose ya determinado que se hiciese, se dejó; porque doña Catalina de Añaya, su tía, monja de santa Isabel, y gran sierva de Dios, dijo con gran determinación que no se había de hacer, y que Dios la había de sanar. Esto dijo ella á cabo de algún tiempo, que lo había entendido así de nuestro Señor. Dió después Dios á la enferma deseos grandes de servirle con mucha perfección, y ser monja Descalza, y moríase por ello, y parecía imposible, porque su mal era de manera que ni un viernes solo podía dejar de comer carne. Todos los que lo entendían la quitaban la esperanza, y yo fui uno de estos, porque naturalmente no parecía que había que esperar. Mas el Señor, que era el que lo quería, y el que lo había de hacer, un día, estando ella muy descuidada, puso en su alma un esfuerzo grande con que luego prometió á Dios y á nuestra Señora de entrar en aquella orden, si la daba la salud. Y añadió con el fervor del espíritu, que esto lo vería ella en que dejaría todas las curas humanas, para que nuestra Señora sola la alcanzase la salud. Dejólas así como lo dijo, y aunque parecía que el brazo se le iba pudriendo, no las quiso usar, y al fin se le fué sanando, aunque la quedaron dos fuentes en él. Con esto dió más priesa á sus deudos para que la diesen el hábito que tanto deseaba, diciendo con la fe que tenía en nuestra Señora, que ya el brazo estaba bueno. No fué creída, ni don Pedro de Solís, su tío, quiso hablar palabra en el Monasterio hasta que se le mostrase. Ella le descubrió con mucha fe, y pareció el brazo sano y sin fuentes, y así ha estado siempre, como si nunca le hubiera tenido malo. Con esto se trató el negocio, y ella entró en la religión, y en ella vive ahora con mucho consuelo de su alma.

Tornando al propósito, después de la muerte de la Madre, no pudiéndose concertar con aquel caballero, le hubieron las monjas de

dejar su casa, y compraron una donde era el hospital del Rosario, que es en la que ahora viven (1), y el Señor las va ayudando y dando más lugar, como á quien tan bien le sirve, y de eso pudiera yo decir har-to, porque lo sé bien. Pero de los vivos siempre hablaré menos, y fue-ra de eso, no es mi intención tratar de las monjas, que para eso es menester historia larga por sí, sino de la Santa Madre suya, cuya vida me he puesto á escribir.

(1) El convento actual de las Carmelitas Descalzas se halla extramuros de la ciudad, en el barrio llamado de Villamayor. Púsose la primera piedra el año 1607 y pasaron allá en 1614. Un siglo después padeció mucho, cuando sitiaron la ciudad los portugueses durante la guerra de sucesión, y fué preciso reedificarlo.

No ha olvidado la Santa á sus hijas de Salamanca en medio de sus grandes tribulaciones. El año de 1856 sanó instantáneamente á una religiosa que hacía mucho tiempo que estaba completamente baldada. Para autentizarlo formóse expediente por el Señor Obispo de aquella diócesis el Excmo. Señor Don Fernando de la Puente, más adelante Cardenal Arzobispo de Burgos. Cfr. La Fuente, *Manual del peregrino*, cap. V.

CAPÍTULO XVII

De la fundación del octavo Monasterio, que es Nuestra Señora de la Anunciación, en Alba de Tormes

Volviendo á las fundaciones que íbamos escribiendo, antes de fundar el Monasterio de Salamanca, Francisco Velázquez, Contador del Duqué de Alba, y Teresa de Laiz su mujer, importunaron á la Madre, por medio de Juan de Ovalle y de doña Juana de Ahumada, su mujer y hermana, como habemos dicho, de la misma Madre, para que fuese á Alba á fundar en aquella villa un Monasterio. La Madre salió de Medina para esta fundación con algunas monjas, y no se concertando con los que la habían hecho llamar, porque la pedían algunas condiciones que no eran convenientes, y habiendo en esto dilación, volvió á Medina por cosas que allí se ofrecieron, y de Medina á Valladolid y á Toledo, y después á Salamanca, de la manera que queda dicho.

No había dos meses que había fundado en Salamanca, quando la tornaron á importunar que volviese á Alba. No gustaba ella mucho de ir á esta fundación, por ser Alba lugar pequeño y no poder el Monasterio dejar de tener renta. Pero el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, que entonces estaba en Salamanca y la confesaba, la contradijo eso mucho, como otras veces lo había hecho, diciendo: que no convenía dejarse de hacer por eso el Monasterio, y que aunque tuviese renta no estorbaría nada para ser las monjas pobres y perfectas. Con esta respuesta se determinó de fundarle. Pero lo que movió á los fundadores para pedir esto á la Madre, no lo dejaré de decir, porque por ello se verá claramente haber sido milagrosa esta fundación.

Teresa de Laiz era hija de nobles padres, y toda su vida fué muy sierva de Dios, y gran cristiana, de lo cual parece quiso Nuestro Señor dar un pronóstico, porque siendo de tres días nacida, y haciendo sus padres poco caso de ella, porque tenían muchas hijas, y les había pesado de su nacimiento, la dejaron sola desde la mañana hasta la noche, y después una mujer que tenía cargo de ella, sabiendo

el descuido que había habido, fuese corriendo á la niña, y con ella otras personas, á ver si era muerta, y tomándola en sus brazos, con lágrimas la dijo: «Cómo, mi hija, ¿vos no sois cristiana?» como quejándose de la crueldad que con ella se había usado. La niña alzó la cabeza y dijo: «sí soy»; oyéndolo todos, porque el mismo día que nació la bautizaron, y nunca más habló hasta el tiempo en que los demás suelen comenzar á hablar. Desde entonces la quiso mucho su madre, y tuvo gran cuidado de ella, y decía que quisiera vivir hasta ver lo que Dios hacía de aquella niña.

Viniendo el tiempo que la querían casar, ella no quería tomar este estado. Pero en sabiendo que la pedía Francisco Velázquez, luego se determinó de casarse con él, sin haberle visto en su vida, y por ventura sin saber por qué, más de que la movió á ello Dios, que tenía ordenado que por ese camino se viniese á hacer este Monasterio.

Andando el tiempo se vinieron á vivir á Salamanca, donde él tenía un bueno y honrado oficio, que era pagador de la Universidad, que cobraba toda la renta y pagaba todas las cátedras, y yo le conocí en este oficio. Allí estaban ricos y contentos, sólo les daba pena no tener hijo ninguno. Ella los pedía á Dios y hacía muchas devociones, y por lo que los deseaba no era más de porque quedase, cuando ella se muriese, quien de su parte, y como en su lugar, alabase á Dios, y jamás otra cosa se le puso delante para desearlos. Dijéronla que el glorioso Apóstol San Andrés era buen abogado para lo que ella deseaba, y así tomó con él mucha devoción. Oyóla el Señor por la intercesión de su sagrado Apóstol, no para darla lo que ella quería, sino para darla quien hiciese mejor y por muy más largo tiempo lo que ella deseaba, que hubiese quien por ella alabase á Dios; porque se hizo este Monasterio de monjas, como luego veremos, á donde desde el principio ha habido siempre grandes siervas de Dios, y ahora ni más ni menos las hay, de lo cual pudiera yo dar buena relación, por la mucha noticia que tengo de las personas de él, si no fuera por las dos razones que toqué en el capítulo pasado. Y fuera de eso, de su mismo linaje quiso Dios que hubiese quien hiciese esto mismo, porque en el mismo Monasterio dejó lugar para una parienta suya y otra de su marido perpetuamente, que sean admitidas sin dote.

Estando, pues, ella una noche en la cama, oyó una voz que la dijo: «No quieras tener hijos, que te condenarás.» Quedó muy turbada y medrosa de esta voz, pero no por eso dejaba de desearlos, pareciéndola que con el fin que ella tenía, no había que temer que se hubiese de condenar, y hacía las devociones que antes, y en particular al Santo Apóstol. Después de esto, estando en el mismo deseo, vió una visión, sin poderse ella determinar si estaba dormida ó despierta cuando la vió, pero en el suceso se vió haber sido de Dios. Parecióla

que estaba en una casa, á donde en el patio debajo del corredor estaba un pozo, y luego allí un prado muy verde sembrado de flores blancas de tanta hermosura, cual nunca jamás se vió, ni sabía cómo la pudiese declarar. Cerca del pozo vió al Apóstol San Andrés con una hermosa y venerable presencia, y de tal manera, que conoció claramente ser él, y su vista la alegraba en gran manera, y decíala el Apóstol: «Otros hijos son éstos que los que tú quieres»: mirando, según yo pienso, aquellas tan hermosas flores. Con esta visión se le quitó del todo el deseo de hijos, y ya no trataba de eso con Nuestro Señor, sino con su marido comenzó á tratar, que pues Dios no les daba hijos, hiciesen de su hacienda un Monasterio de monjas, donde el Señor fuese alabado y servido. El vino bien en ello, pero no en que se hiciese en donde ella quería, que era en un lugar cerca de Alba, que se llama Tordillos, donde ella había nacido.

Estando en esto le envió á llamar la duquesa de Alba, doña María Enríquez, para hacerle contador del duque don Fernando de Toledo su marido, y suyo, el cual oficio aceptó. Luego compró una casa y envió por su mujer; ella fué, aunque de mala gana, porque no gustaba de vivir en aquella villa, y menos gustó cuando vió la casa que su marido había comprado, que no tenía edificio, aunque estaba en buen puesto y tenía anchura. A la mañana, como entró en el patio, vió un corredor y debajo de él un pozo, (1) y luego se acordó que era el mismo que había visto cuando vió á San Andrés, y quedó espantada cómo, sin saberlo su marido, había venido á comprar la casa que á ella tanto antes se le había mostrado. Y sin pasar más adelante se resolvió en que allí había de ser el Monasterio, y desde aquel punto quedó con mucho consuelo de vivir en Alba, y con determinación de no ir á otra parte. Para esto compraron casas que estaban allí junto, para que hubiese harta anchura para lo que querían. Ella andaba muy cuidadosa pensando de qué orden le haría, porque deseaba que fuesen las monjas pocas y muy encerradas, y comunicó con religiosos de diferentes órdenes, para saber lo que convenía más, y lo mismo hizo su marido. Ellos respondieron que sería mejor hacer otras obras pías, y les desviaron cuanto pudieron de lo que deseaban hacer, dando para ello razones que llevaban poca razón. Con esto vino ella á mudar parecer, porque el demonio andaba de por medio, que ya se temía de lo que podía ser, y concertó con su marido que pues á aquellos religiosos parecía que no hiciesen Monasterio de monjas, casasen un sobrino suyo y hijo de su hermana con una sobrina de su marido, y les diesen la mayor parte de su hacienda, y lo demás gastasen por sus almas. Quedaron los dos en esto muy resueltos, pero aprovechó

(1) Consérvase este pozo en el monasterio de Alba de Tormes; está situado junto á la celdita en que murió la Santa Madre. Cfr. La Fuente, *Manual del peregrino*, cap. VI, § IV.

poco su resolución, porque había nuestro Señor tomado otra de mayor gloria suya y mayor provecho de ellos.

No habían pasado quince días después de esta resolución, cuando le da al mozo un mal tan recio, que en pocos días le acabó. Ella quedó de esta muerte turbada y atemorizada, y acordábase cómo Dios había castigado á Jonás, Profeta, porque no le quiso obedecer, y tenía para sí que la había castigado á ella en llevarla aquel sobrino que tanto amaba, por haberse descuidado de lo que Dios la enseñaba que hiciese. Con esto volvió muy de veras al primer propósito de hacer el Monasterio, aunque no sabía cómo, porque de la manera que ella deseaba y entendía que Dios quería que fuesen las monjas, ni las hallaba, ni quien la diese esperanza de ello, antes se reían de ella, porque buscaba lo que no podría hallar. Quien más desconfianza la ponía era un padre de la Orden de San Francisco, su confesor, hombre de caridad y de letras, y esto la traía á ella desconsolada. Mas no quiso el Señor que durase aquel desconsuelo porque, yendo fuera de allí aquel Padre, le dieron noticia de los Monasterios que hacía la Madre Teresa de Jesús, y de la manera que en ellos se vivía, é informóse bien de todo. Después volvió á Alba y dijo á Teresa de Laiz, que ya había hallado las monjas que ella deseaba y todo como lo pedía y que podía bien hacer el Monasterio, y dióla cuenta de lo que había oído de la Madre y de sus monjas, y dijola que lo tratase con ella. Entonces su marido y ella escribieron á la Madre por el medio que dije, y se hizo lo que al principio del capítulo dijimos. Después la Madre volvió allá, y hubo hartas demandas y respuestas, porque no se alargaban tanto como era menester, y ella estaba puesta en que los Monasterios que fundase, no de pobreza, ó habían de tener lo que fuese necesario para las monjas, de manera que no hubiesen menester pedir nada á nadie, ó no se habían de fundar. Ellos vinieron á dar la renta que pareció bastaría buenamente, y así sin contradicción ninguna se fundó el Monasterio de Nuestra Señora de la Anunciación (que así quisieron ellos se llamase), á 25 de Enero de 1571 años, día de la gloriosa Conversión del Sagrado Apóstol San Pablo, y fundáronle en sus mismas casas, y ellos se fueron á otras, y así se cumplió la visión de Teresa de Laiz, y lo que San Andrés la dijo, y conoció que éste había de ser el prado donde habían de nacer aquellas blancas y olorosas flores, como por la misericordia de Dios se ven ya crecidas y de muy suave olor, y siempre se irán criando otras para cuando las primeras se acaben.

Hicieron allí una buena casa después y una muy buena Iglesia, como ahora se ve, donde ellos están enterrados en la capilla mayor muy honradamente, y allí dejaron capellanías, y por esa razón es la Iglesia muy bien servida, y siempre se procura que los capellanes sean siervos de Dios. Llevó á esta fundación á la Madre Inés de Jesús,

que ahora es Priora de Palencia, y á la Madre Juana del Espíritu Santo, que había dejado en Toledo, y con ella vino Guiomar de Jesús, y á María del Sacramento; y de Medina, á la Madre Tomasina Bautista, que ahora es Priora de Burgos, y de Salamanca, á María de San Francisco, Priora en el mismo Monasterio de Alba ahora. Hizo Priora á la madre Juana del Espíritu Santo y Supriora á María del Sacramento (1).

(1) «Después de muerta la Santa Madre, dice Yepes (lib. II, cap. XXIV), enfermó gravemente Teresa de Laiz, fundadora, y estando con alguna mejoría, y sin pensamiento de morirse, le apareció la bienaventurada Madre Teresa de Jesús con su capa blanca, cual ella la había conocido y tratado en esta vida, y la hizo señas llamándola que viniese con ella, con las cuales la enferma entendió que se moría, y que la Madre la llamaba para que fuese á gozar de la gloria que sus buenas obras habían merecido: que este es premio que da el Señor y sus Santos á quien así se emplea en su santo servicio.»

El convento se conserva en su mayor parte, tal cual era en tiempo de Santa Teresa. Situado el edificio dentro de la villa, tiene delante de la iglesia una plazuela, que permite descubrir desahogadamente la primitiva fachada de aquélla y del convento. Consiste su adorno exterior en una portada de gusto plateresco adornada con dos columnas istriadas, y dos medallones con los bustos de San Pedro y San Pablo. En el segundo cuerpo, sobre la portada, se ve un relieve del misterio de la Anunciación, flanqueado por escudos heráldicos, y en el frontón semicircular que corona la portada, formando tercer grupo, la figura del Padre Eterno, con una inscripción recordando la fecha de la fundación y los nombres de los fundadores. La iglesia está resguardada con postes y verja de hierro, al estilo de las antiguas exedras, lugares de asilo y defensa, pues la reja al pie de la entrada se alzaba por la noche dejando al descubierto el foso. La celdita donde murió la Santa está convertida en oratorio, aunque algo desfigurada con una bóveda y pinturas. Tiene quince pies de largo por diez de ancho, y la ventana con su reja y accesorios se hallan tales cuales eran al tiempo de morir la Santa Madre. Cfr. La Fuente, *Man. del Per.*, cap. VI, § IV.

CAPÍTULO XVIII

Del modo que tenía de caminar la Madre Teresa de Jesús, cuando iba á estas fundaciones, y cómo Dios la mandaba hacer aquellos caminos

En esta fundación de Alba cesaron por dos años las fundaciones por la razón que diré al principio del libro siguiente, y así vendrá bien acabar este libro segundo con decir el modo de caminar que tenía la Madre Teresa de Jesús, cuando iba á ellas. Cuando había de salir (si no era que hubiese necesidad particular de alguna monja) no sacaba sino las que veía que más de buena gana venían, y agradecíasele con humildes y amorosas palabras, porque venían con ella de buena gana, y hacía que comulgasen el día que se habían de partir. Y por ir con recogimiento y encerramiento, quería que siempre fuesen en coches ó literas, si buenamente se podían haber, porque por el camino y en las posadas no tuviesen en poco á las monjas, y no se atreviesen á hablar palabras que á otras mujeres descomedidamente se suelen decir, viéndolas pobres y con poca autoridad, y por eso quería que en lo exterior fuesen como mujeres principales. Cuando esto no había, iban en carros muy bien cubiertos, y de tal manera iban por el camino en ellos, como si estuvieran en el Monasterio, y reñía mucho á la que se descuidaba de bajar bien el velo todas las veces que la podían ver otras personas, y ella, aunque fuese mujer con la que hablaba, le abajaba ni más ni menos, si no fuese persona tal que hubiese causa muy justa para hacer otra cosa.

Siempre se llevaba campanilla, y se tañía á oración y á silencio á sus tiempos, como en casa, y un reloj de arena para medir las horas, y entonces todos los que iban con ellas, ahora fuesen frailes, ahora clérigos ó seglares, y los mozos, habían de callar todo aquel tiempo, y edificábanse de ello, y cuando se hacía señal para poder hablar, no había más que ver que la alegría de aquellos mozos. Después hacía

que les diesen algo más de comer, porque habían callado. En el coche ó carro en que ella iba, señalaba una á quien las demás obedeciesen como á ella misma, lo cual hacía no solamente por el ejercicio de la obediencia, sino también por tomar experiencia del talento que tenía para gobernar.

En llegando á la posada, luego tomaban un aposento donde se encerraban ellas solas: los que las acompañaban quedábanse allá fuera, y ponía una portera que tomase los recaudos de comer, y lo que fuese menester. Si era venta ó posada tan pobre que no tuviese aposento apartado, hacía atajar un pedazo con paños de jerga para que nadie las viese, y allí las traían lo que habían menester. Ella era la primera que despertaba á todos, y la postrera que se acostaba. Siempre había de llevar quien confesase y dijese misa, y esa era la primera hacienda cada día, y luego comulgaba ella: esto, por más priesa que llevase (habiendo aparejo para ello), nunca se había de dejar.

Llevaba consigo agua bendita, y algunas veces un niño Jesús en los brazos. Con esto no la causaba el camino distracción, ni la hacía más el andar que el estar, ni los negocios que la quietud, ni los trabajos que el descanso. Antes era tanto lo que el Señor daba á su alma de bienes y sentimientos espirituales, que para poderlos sufrir era menester distraerse algo con los embarazos y trabajos que de día y de noche se le ofrecían. Iba por el camino tan en oración y en la presencia de Dios, que casi nunca la perdía; y esto no como en otras personas devotas, sino de un modo muy alto, que allá en lo más interior de su alma traía las tres personas divinas, y las sentía de una manera maravillosa en sí, y siempre la parecía la iban acompañando, y por eso jamás sentía soledad, ni quisiera hablar con nadie, sino gozar de aquella tan dulce compañía; pero con todo eso, cuando era menester hablar, lo hacía con una alegría como si tuviera mucha gana de hacerlo, por consolar á las personas que iban con ella. Y iban tan de buena gana, que ni se cansaban de los trabajos, ni se hartaban de la suavidad y gracia de sus palabras, porque eran muy apacibles y alegres.

Sacaba de lo que se ofrecía por el camino pláticas de Dios, con que entretenía mucho á los que la acompañaban, y los que solían ir jurando y jugando gustaban más de oírla que de todos los placeres que entonces podían tener, como ellos lo decían alguna vez. Aunque la iba tan bien en estos caminos, deseara ella harto más, si la dejaran, estarse recogida y dándose á oración; pero por una parte su General la había mandado que fundase cuantos Monasterios pudiese, y por otra el Señor la daba priesa.

Ya vimos en la fundación de Malagón cómo un día, después de la comunión, entre otras cosas la dijo que no era entonces tiempo de descansar, sino que se diese priesa á hacer estas casas, porque con las

almas de ellas tenía él descanso, y así la animaba mucho. El año de 1571, mediado febrero, la dijo el mismo Señor: «Siempre deseas los trabajos, y por otra parte los rehusas; yo dispongo las cosas conforme á lo que sé de tu voluntad y no conforme á tu sensualidad y flaqueza. Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo. He querido que ganes tú esta corona: en tus días verás muy adelante la orden de la Virgen» (1). También hallé en un papel escrito de su mano estas palabras: «Estando pensando una vez con cuánta más limpieza se vive estando más apartada de negocios, y cómo, cuando yo ando en ellos, debo andar mal y con muchas faltas, entendí: *No puede ser menos, hija: procura en todo recta intención y desasimiento, y mirarme á Mí, que vaya lo que hicieres conforme á lo que yo hice*» (2).

Los que no sabían esto, ni la conocían, ni tenían noticia de la caridad en que su corazón ardía para buscar la gloria de Dios y de su Santísima Madre, y el bien de las almas, murmuraban muchas veces de ella, y sentían mal de estos sus caminos, y hablaban con más libertad que convenía, sin saber ni mirar lo que hablaban, ó por mejor decir, sin saberlo ellos hablaba por su boca el demonio, procurando por las vías que podía estorbar la fundación de estos Monasterios, como cosa con que tan mal le iba. De esto hacía ella poco caso, porque como á mí me dijo una vez en Salamanca, Jesucristo es el Rey á quien ella había de servir; y como entendiese la voluntad de Dios, no se le ponía nada delante para dejarla de cumplir. Una vez, como era tan humilde y prudente, púsose á pensar en ello, y dejó escritas en un papel estas palabras: «Estando pensando si tenían razón los que les parecía mal que yo saliese á fundar, y que estaría mejor empleándome siempre en oración, entendí: *Mientras se vive, no está la ganancia en gozarme más, sino en hacer mi voluntad.*» Después dice: «Parecióme á mí que pues San Pablo dice del encerramiento de las mujeres, que me lo han dicho poco ha, y aun antes lo había oído, que ésta sería la voluntad de Dios, díjome: *Diles que no se rijan por sólo una parte de la Escritura, que miren otras, y que si podrán por ventura atarme las manos*» (3).

(1) Hallábase la Santa en el monasterio de Salamanca.

(2) Cfr. La Fuente. *Obras*, I, pág. 151, col. 2.^a

(3) Probablemente le hizo Dios esta merced en el monasterio de Medina del Campo á mediados de Julio de 1571. Cfr. La Fuente, *Obras*, I, pág. 152, col. 2.^a

LIBRO TERCERO

DE LA

VIDA DE LA MADRE TERESA DE JESÚS

PRÓLOGO

**En que se trata de la estima que se ha de tener de las reglas
y constituciones que dió la Madre Teresa de Jesús,
y del modo de proceder que escogió**

Cuando yo considero la perfección de esta primera regla que tomó la Madre Teresa de Jesús, y la de las constituciones que para mayor guarda de ella hizo con tanta prudencia y con tanto espíritu de Dios, y los muchos caminos y trabajos y aflicciones que á ella la costaron estos monasterios: mucho deseo me da que la regla y constituciones se guarden siempre muy bien, y las que en ellos viven, conozcan enteramente la singular merced que el Señor las hizo en traerlas como á pie enjuto, y tan sin trabajo, á orden que con tanta fatiga se renovó y fundó. Esto es venir á mesa puesta de muchos y muy costosos manjares espirituales, y cuanto menos ha costado á las que vienen á ella, tanto más han de poner de su parte de agradecimiento á este Señor, á este hombre que ha hecho esta gran cena y llamado á muchos.

El agradecimiento no ha de ser solamente de palabras sino también de obras, en que él más verdaderamente se muestra, y éstas han de ser, tener siempre en pie estas constituciones, y honrarlas como cosa sagrada y digna de toda reverencia, y no tomar ni querer otro camino sino el que ellas muestran, porque es verdaderamente

muy acertado y derecho para el cielo. Tenerlas en pie y honrarlas, llamo no consentir que se mude en ellas cosa, pues con tanta consideración y experiencia, y con tanta oración y luz de Dios fueron hechas. ¿Quién no ve que, pues Dios quiso escoger para fundadora de estos Monasterios á la Madre Teresa de Jesús, más que á otra persona alguna, la había de dar mayor conocimiento de las cosas que para el gobierno y conservación de ellos fueran necesarias que á otros, pues son siempre las obras de Dios perfectas? Muy bien han ido hasta ahora los Monasterios con estas constituciones, y mucho se han acrecentado: señal es que son ésas las que convienen, y mudándose ellas, no sabemos cómo ellos irán; antes, por ventura, con esa mudanza perderán ellas de su autoridad y de la reverencia que se las tiene, y ni se guardará lo mandado, porque ya se quitó, ni lo que de nuevo se ordenare, porque se verá que con la misma facilidad se quitará o'ro día, que es cosa que se debe mucho pensar y considerar.

El no tomar otro camino es, que ni de libros espirituales que se leyeren, ni de sermones que se oyeren, ni de consejos que los confesores dieren, se tome cosa que diga mal con esta regla y con estas constituciones, aunque sea buena y aparezca acertada, porque serálo para otras personas, pero no para las de esta religión, si no viene bien con el espíritu y modo de proceder de ella. Y porque la Madre ordenó, y en sus libros encargó mucho, que sus monjas tratasen las cosas de su espíritu con hombres de letras y de espíritu, y tuvo gran razón en encomendárselo muchas veces y encargárselo mucho, porque de no se hacer así, se verían grandes y manifestos daños, y ciertos peligros: deben las prioras hacer toda la diligencia que les fuere posible, para que no solamente sean hombres doctos y tengan experiencia de cosas espirituales, sino que también sepan lo que en esta religión se pretende, y los medios más convenientes con que se ha de alcanzar, y tengan gran afición al modo de proceder de ella.

Esto entiendo, no de los que una vez ú otra se hablan para preguntarles alguna duda, sino de los que más veces, ú ordinariamente han de ser consultados. Y en los que muchas veces se hablan, presto se podrá esto entender, y será bien meterles pláticas algunas veces en que ellos hayan de declarar lo que sienten, y en entendiendo que no tienen la afición y estima dicha, conviene mucho desviarse luego de ellos, de cualquier estado ó religión que sean. Y adviértase, que el tener esto que ahora digo, no consiste en traer este hábito ó el otro, sino en haberse dado á ello. Y que ahora sean de una religión, ahora de otra, conviene que sean personas de edad y experiencia y ciencia. Así que, no se dice esto para que con color de eso se les quite á las religiosas el trato con personas aprobadas, ó seglares, ó religiosas, porque eso sería con ocasión de hacerlas guardar las constituciones, ir contra ellas, quitando la libertad y ayuda que ellas les dan,

como se ve en el capítulo VI de ellas. Cualquiera de estas tres cosas que les falte, puede hacer mucho daño. Si no son letrados, hallarán pecado donde no le hay, y otras veces no le hallarán donde le hay; lo que es engaño é ilusión aprobarán por seguro, y lo que es seguro condenarán por ilusión. Si no son experimentados en estas cosas, no sabrán desenredar las almas ni consolarlas, y lo que es tentación, creerán que es espíritu de Dios; no sabrán curar ni dar medicinas con que se excuse la enfermedad, ni á las que estuvieren curadas dar el regimiento conveniente para convalecer y conservar la salud.

Estas dos cosas ya se saben: en la tercera, por ventura, no se repara tanto ó quizá nada, y es en gran manera necesaria: porque si trata las almas persona que, ó no sepa el modo de proceder de la religión, ó no lo estime en mucho, en poco tiempo podrá entrar en ella un espíritu peregrino y ajeno, y ó se dejarán de cumplir muchas constituciones, ó se tendrán en poco por pensar que hay otra cosa que conviene más. Con esto puede venir una monja, siendo buena y religiosa, á no ser más religiosa de esta orden que de otra cualquiera, sino es en el hábito, y ese no hace al monje. Cuando el demonio ha llevado la cosa á este punto, no piensa que ha hecho poco: y tiene razón de pensarlo, porque no estimando las cosas de la religión, poco á poco vendrá á no ser religiosa, aunque se quede con el hábito y con la profesión; quiero decir, á no tener de religiosa sino lo de fuera, y aun de eso faltará mucho, y quebrantaré constituciones, y hará á otras que las quebranten, y inquietará el Monasterio. Plega al Señor que así como esto es muy necesario, lo ponga en los corazones de quien tuviere en los Monasterios el gobierno, porque si hay descuido, vendráse á apagar. Y cuál sea el fin y los medios de esta religión, y la manera con que ella procede, por lo que habemos dicho en el libro segundo, y ahora diremos en este tercero, se podrá entender, y mejor en lo que se dirá en el cuarto, donde se verá todo platicado y obrado en el perfectísimo dechado que allí mostraremos.

CAPÍTULO PRIMERO

De cómo la mandaron ir á la Encarnación, y lo que en aquel tiempo la aconteció

En este tiempo que íbamos diciendo, que es en el año de 1571, después de fundado el Monasterio de Alba, se volvieron la Madre é Inés de Jesús á Salamanca, porque como tenían allí las monjas poca comodidad de casa, y mucha pobreza, y no las conocía nadie, quíso-las consolar algunos días con su compañía. Y pasados estos, se fueron las dos á Medina para averiguar cierta diferencia que había entre una novicia y sus parientes: porque ella quería dar á la casa, que estaba pobre, alguna parte de su hacienda, y ellos quisiéranla más para sí. Allí la quiso el Señor pagar sus buenos pasos con darla un poco de más ganancia. Para esto es menester saber que sólo san José de Avila estaba sujeto al Obispo, y los demás Monasterios que estaban fundados, estaban debajo de la obediencia de los Padres Carmelitas del Paño, que es á lo que la Madre se inclinaba mucho, aún cuando fundaba el primer Monasterio. Volviendo, pues, ellas por la novicia como debían, los Padres ayudaban más á sus parientes, y parecióles que sería buen medio para lo que pretendían sacarlas de allí. Allegóse á esto, que ellos estaban también ofendidos de que la Madre hubiese sacado á Inés de Jesús de Medina para la fundación de Alba, sin su licencia, siendo Priora del Monasterio, y ella no había reparado en eso, porque como tenía licencia para ir á fundar, y no había de ir sola, escogía las compañeras que más á cuento la venían para lo que iba á hacer.

Estando, pues, las dos bien descuidadas de eso, envíalas el Provincial un mandato con graves censuras, que luego el mismo día salgan de Medina y quede por Priora doña Teresa de Quesada, aunque esto duró poco tiempo, porque ella no se hallaba bien, y se volvió presto á la Encarnación. Y así estuvo el Monasterio de Medina sin Priora casi medio año. Ellas obedecieron con humildad, sin dete-

nerse más de lo que fué menester para buscar en qué ir, y aquella misma noche salieron para Alba. A esta sazón nombró el Papa Pio V, de santa memoria, visitadores para las órdenes y para la de Nuestra Señora del Carmen, así de Calzados como de Dezcaltos: señaló al Padre Presentado Fray Pedro Hernández, de la orden de Santo Domingo, hombre de valer, prudencia y santidad. Este Padre tenía ya noticia de la Madre Teresa de Jesús, porque dudando primero y pareciéndole no debía de ser tanto como se decía (aunque lo decían personas de autoridad, y entre ellas el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, como quien lo sabía), él quiso hablarla y entender sus cosas, y quedó tan satisfecho, que decía mucho de sus virtudes, con ser hombre que tenía pocos encarecimientos, y al Padre Maestro Báñez le dijo: «Habíanme dicho que era mujer ésta, no es sino ~~hom-~~bre barbado»; y estimábala en tanto, que estando ciertas personas graves delante de él murmurando de ella, les dijo con muchas veras: «Eso no tengo yo de sufrir, que se diga mal de una persona tan buena; y si esa conversación pasa adelante, yo me iré de aquí.»

Estando, pues, la Madre en Avila, vino á ella el Visitador Apostólico Fray Pedro Hernández, y díjola que en aquella casa no era ella menester, y que era bien acudiese adonde había más necesidad. Mandóla que fuese á Medina, porque habían visitado allí los Padres del Paño, y habían quitado la Priora que ella había puesto, y dado el oficio á doña Teresa de Quesada, como habemos dicho, y esto había causado alguna inquietud en las monjas. Para remediar esto, hizo Priora de allí á la Madre, con votos de las monjas, y sacóla de Avila, donde también lo era, y tuvo el oficio como dos ó tres meses; porque visitando él mismo en Avila el Monasterio de la Encarnación, parecióle que convenía llevarla allí por Priora, para que con su presencia y ejemplo en todo se mejorase aquella casa.

Ella sentía mucho esto, porque su deseo era estarse en sus Monasterios, adonde la parecía tendríá más quietud y más lugar para servir á Nuestro Señor. Movíala también ver la necesidad que ellos tenían de que los viese y gobernase, y que esto no lo podría hacer así desde allí, porque como un Provincial gobierna los Monasterios de su provincia y los visita, así gobernaba ella sus Monasterios, y escribía y respondía á todos, y de todos los negocios la daban cuenta, y monjas y freilas ella las escogía y ponía en ellos, y en todo ayudaba; que es maravilla grande una mujer tan flaca y con tantas enfermedades, poder hacer lo que hacía, y poner á las monjas en la santidad y perfección en que las puso, y ocuparse ella en lo temporal y espiritual de tantas casas, acudiendo de tal manera á lo uno, que no faltaba á lo otro, y más en tiempo de contradicciones y persecuciones grandes.

Pues el amor que tenía á sus monjas no la hacía pequeña contra-

dicción, porque quedaban en gran soledad y como huérfanas. Con esto se andaba deteniendo, hasta que aconteció lo que ella dejó escrito de su mano, que decía así: «Estando yo un día, después de la octava de la Visitación, encomendando á Dios un hermano mío en una ermita del monte Carmelo, dije al Señor (no sé si en mi pensamiento porque está este mi hermano adonde tiene peligro su salvación): Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este peligro, ¿qué hiciera por remediarle? Parecíame á mí que no me quedara cosa que pudiera, por hacer. Díjome el Señor: *¡Oh hija, hija! hermanas son más estas de la Encarnación, y te detienes. Pues ten ánimo; mira que lo quiero yo, y no es tan dificultoso como te parece, y por donde piensas perderán estotras casas, ganarán lo uno y lo otro. No resistas, que es grande mi poder*» (1). Con esto quedó tan convencida, que sin réplica obedeció á lo que el Visitador la mandaba. Cuatro días después de esto hizo en San José de Avila públicamente renunciación de la regla mitigada, y prometió la primera regla.

Para esto es menester saber que la Madre, para asegurar más su vivienda en San José, sacó un breve del Nuncio Alejandro Cribello, Cardenal, dado en Madrid á 2 de agosto de 1564 años, el cual yo he visto: y en él la da licencia para que con voluntad de su Provincial pueda salir del Monasterio de la Encarnación, donde era profesa, y venga á vivir á San José, y quede exenta de la Encarnación. Y aunque ella tenía este breve, y había renunciado desde el principio la regla mitigada, como se entiende de las palabras de la misma renunciación que luego referiré; pero porque el Padre Fray Pedro Hernández había hecho un estatuto, que cualquiera de las monjas de la regla mitigada que quisiere quedar en los Monasterios de las Descalzas y guardar la primera regla, hiciese renunciación en público de la regla mitigada, quiso ella ser la primera. Y las palabras de la renunciación que contenía la cédula firmada de su nombre, que ella leyó allí delante de muchos y graves testigos, son éstas:

«Digo yo, Teresa de Jesús, monja de Nuestra Señora del Carmen, profesa en la Encarnación de Avila, y ahora de presente en San José de Avila, donde se guarda la primera regla (y hasta ahora yo la he guardado aquí con licencia de nuestro Reverendísimo Padre Fray Juan Bautista Rubeo, que también me la dió para que, aunque me mandasen los Prelados tornar á la Encarnación, allí la guardase), que es mi voluntad de guardarla toda mi vida, y así lo prometo, y renuncio todos los breves que hayan dado los Pontífices para la miti-

(1) Acaecióle esto en el monasterio de Medina del Campo el día 10 de Julio de 1571. El hermano á quien se refiere la Santa era Agustín de Ahumada, que venía de Chile, más preocupado en acaudalar riquezas que en los intereses de su alma. Cfr. La F., I, pág. 152, col. 2.^a

gación de la dicha primera regla, y con el favor de Nuestro Señor, la pienso y prometo guardar hasta la muerte. Y porque es verdad, lo firmo de mi nombre. Fecha á trece del mes de julio de 1571.

TERESA DE JESÚS, CARMELITA. » (1)

Esta aceptó el Padre Visitador, á nueve de octubre del mismo año, y por la autoridad Apostólica que tenía, la quitó de la conventualidad que tenía de la Encarnación, y la hizo conventual de los conventos de la primera regla, y por entonces la hizo conventual del de Salamanca, aunque era ya Priora de la Encarnación.

En esto de llevarla por Priora á la Encarnación, como también en lo demás, procedió él con mucha prudencia, porque la necesidad de aquel Monasterio era entonces tan grande, que ni las daban de comer á las religiosas, ni tenían de qué, y decían que habían de pedir licencia para irse á casa de sus deudos que las sustentasen. Y habiendo tantas, y en la casa tanta necesidad, había grande ocasión para que se faltase en el recogimiento y en la religión que era razón haber, y parecióle que nadie podría remediar esto mejor que la Madre Teresa de Jesús. Esto hizo él como Visitador Apostólico usando del poder que tenía, aunque para determinarse, hizo primero capítulo de los frailes del Paño, y él y los Definidores votaron que se hiciese. Así que no fué por votos de las monjas de la Encarnación, sino antes contra la voluntad de muchas de ellas. Por esta razón, cuando fué allá la Madre, fué muy mal recibida, aunque la habían traído el Provincial y sus frailes, y hubo grande alboroto, é hicieron toda la resistencia que pudieron, y dijeron muchas palabras de gente enojada. Había caballeros y gente de la ciudad de parte de las monjas. Mas el Padre Provincial las hizo juntar en el coro bajo, y las leyó las patentes. Luego algunas monjas de las más recogidas y devotas de la casa, tomaron la cruz para recibirla, y los frailes, haciendo gran fuerza, la metieron. Las de la parte contraria daban gritos y lloraban. Unas decían: *Te, Deum, laudamus*, otras decían palabras muy diferen-

(1) Según el autógrafo cuyo facsímil publica el Padre Vandermoere, página 509, esta fórmula dice así, con la propia letra y ortografía de la Santa:

«digo yo teresa de Jesus, monja de ntra. Sra. del carmen, profesa en la encarnacion, de avila, y aora de presente, estoy en San Josef, de avila, adonde se guarda la primera rregla, y asta aora, yo la e guardado, aquí, con licencia de ntro. Rmo. padre general Fray M.º bautista, y también me la dió, para que aunque me mandasen los prelados, tornar a la encarnacion allí la guardase, es mi voluntad de guardarla toda mi vida, y así lo prometo y renuncio, todos los breues que ayan dado los pontifices, para la mitigacion, de la dicha primera regla, que con el favor de nro. Sr. la pienso y prometo guardar asta la muerte, y porque es verdad lo firmo, de mi nombre, echa a XIII dias del mes de Julio, año de 1571.

TERESA DE JESUS: »

tes (1). Pero la Madre con su mucha paciencia y prudencia, y con excusarlas lo que podía, las venció poco á poco, de manera que la recibieron; y las que más la contradijeron y más bravas estuvieron, se vinieron después á amansar de tal manera, que la cobraron grandísimo

(1) Las unas, dice Yepes (*Vida*, lib. II, cap. XXV), cantaban *Te Deum laudamus*, otras maldecían á la Priora, y á quien se la había enviado. Estaba el Provincial enojadísimo; pero la Santa, mientras esto pasaba, estaba de rodillas delante del Santísimo Sacramento, y levantándose de allí, mostró tener grande lástima de las monjas, de que las trajesen Priora contra su voluntad, y decía al Provincial que no se maravillase de cuanto decían, que tenían razón de no querer tan mala Priora.

Y viendo que algunas que, ó ya fuese por la grande pena, ó ya por ser enfermas de corazón, se habían desmayado de la alteración y grita que habían pasado, movida á compasión se llegaba disimuladamente á ellas, y tocándolas con las manos, como apiadándose mucho de su enfermedad, volvían luego en sí, y quedaban libres y buenas, y cuando alguno notaba esta y otras semejantes maravillas, decía la Santa que traía consigo un *Lignum Crucis*, que tenía grandes virtudes, todo por disimular lo que el Señor había puesto en sus manos.

Este era el recibimiento que hacían las monjas á la nueva Priora, y no parara aquí si el Señor no lo remediara; porque se juntaron de gavilla algunas que estaban protervas y obstinadas en su parecer, para descomedirse contra ella en la primera ocasión. La Santa Madre mostró aquí su singular prudencia y espíritu, porque echando de ver cuán enconados estaban los corazones, determinó de arreglarles las voluntades con halagos y blandura. Principalmente mostró esta admirable prudencia en el primer capítulo que celebró, donde las monjas esperaban que había de desenvainar la espada, y comenzar á cortar abusos y quitarles las libertades de que ellas gozaban con tanto gusto: y así entraron muchas conjuradas para resistir con palabras á sus mandatos, y aun si necesario fuere, poner en ella las manos; pero la Santa Madre usó de este divino artificio: Puso en la Silla Prioral, que era donde ella se había de asentar á presidir en el capítulo, una muy hermosa imagen de Nuestra Señora, hecha de talla, y las llaves del convento en sus manos, dando á entender cómo ella no era nada, y que la Virgen Santísima, cuya era esta Religión y Casa, era la verdadera Priora que las había de gobernar, y ella se asentó á sus pies para hacer desde allí su Capítulo.

Cuando entraban las monjas y ponían los ojos en la silla de la Priora, y veían en ella aquella novedad tan grande, comenzaban á temer y á refrenar con esto sus pensamientos, y á muchas les temblaban las carnes, como ellas muchas veces contaron. Asustadas las monjas en el Capítulo, esperando que las palabras de la Santa Madre habían de ser algunos rayos ó relámpagos que las pusiesen turbación y temor, la Santa no les dijo más que las palabras siguientes:

«Señoras Madres y Hermanas mías. Nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado á esta casa para hacer este oficio, y de esto estaba yo descuidada, cuan lejos de merecerlo. Hame dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como porque á vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones, y les hayan dado Priora contra su voluntad y gusto, y Priora que haría harto si acertase á aprender de la menor que aquí está lo mucho bueno que tiene. Sólo vengo para servir las y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera, aunque sea dar la sangre y la vida lo haré de muy buena voluntad. Hija soy de esta casa y hermana de todas vuestras mercedes. De todas, ó de la mayor parte, conozco la condición y las necesidades, no hay para que se extrañe de quien es tan propia suya. No teman mi gobierno, que aunque hasta aquí he vivido y he gobernado entre Descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor, con suavidad: y eso poco que nos manda nuestra Regla y Constituciones lo hagamos por amor de aquel Señor, á quien tanto debe-

amor y la quisieran tener allí mucho más de lo que estuvo. Entonces sacó á doña Isabel Arias de Valladolid, adonde la había dejado por Priora, porque la pareció convenía así, y con buena disimulación la llevó por Superiora suya á la Encarnación, y dejó por Priora de Valladolid á la Madre María Bautista, que lo fué después muchos años.

Bien se echó de ver luego en el Monasterio y en las monjas la buena Priora que tenían, porque en lo espiritual había gran concierto con mucha suavidad, y cada día se iba mejorando; y, en lo temporal comenzó nuestro Señor á proveer con larga mano, y desde entonces nunca faltó á las monjas su ración con mucho concierto, ni aún las ha

mos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco á poco las obras igualen con la intención y deseo.»

Con esta plática y con la devoción y vista de la Imagen (que les había hecho grande impresión aquel espectáculo) quedaron enternecidas todas y tan sujetas, que luego postraron el corazón al servicio de Dios y obediencia de su Prelada, determinándose y ofreciéndose á cualquiera reformation que la Santa Madre ordenase, porque veían y tocaban con la experiencia, por una parte su grande santidad y por otra el grande amor que con palabras y obras las mostraba.

Creía con esto el amor de todas para ella, convirtiéndose la acedia y disgusto que antes habían mostrado en un entrañable amor y reverencia: ganóles en breve las voluntades, y luego puso grandes medios para ganar las almas; porque puso en la portería y sacristía y en los demás oficios, personas de confianza, y comenzó á quitar visitas, conversaciones y otras correspondencias, que son la ponzoña de los monasterios.

Los que antes solían visitar el de la Encarnación, unos se retiraban, otros sentían mucho tanta estrechura y recogimiento de las monjas. Particularmente un caballero principal de aquella ciudad, como viniese muchas veces al monasterio y le respondiesen siempre, de parte de la Priora, que estaba la monja que venía á buscar ocupada, encolerizóse mucho y hizo llamar á la Santa Madre á la reja y díjola muchas palabras, con gran descomedimiento y desenvoltura: ella las oyó con mucha humildad y paciencia, y acabándolas de oír, con un brío y gravedad, cual ella sabía tener cuando entendía convenir para la gloria de Dios, afeándole mucho el inquietar á las esposas de Jesucristo, le dió tal mano y le trató y castigó su atrevimiento cual él merecía, y amenazóle que si asomaba á los umbrales de la Encarnación, había de hacer que el Rey le cortase la cabeza. Fueron las palabras que la Santa le dijo de tanta fuerza y eficacia, que no vió la hora de irse de allí, temblando del rigor con que la Madre le había tratado, y determinado de dejar del todo la conversación que en el monasterio tenía trabada; comenzó luego á echar voz entre los que solían ir al monasterio, que buscasen otros entretenimientos, que los de la Encarnación eran ya acabados.

Ya que la Madre tenía tan bien pertrechada su casa por de fuera, y cerradas las puertas y locutorios, acordó, para remediar el mal de raíz, que viniesen los confesores Descalzos y así pidió al visitador le enviase para ello al Padre Fray Juan de la Cruz y á otro Padre llamado Fray Germán, ambos de singular virtud y religión.

La mudanza fué tan notable que al poco tiempo estaba aquel monasterio completamente transformado como lo indica la misma Santa Madre en carta de 7 de Marzo de 1572. Dice así: «Es para alabar á Nuestro Señor la mudanza que en ellas ha hecho. Las más recias están ahora más contentas y mejor conmigo. Esta cuaresma no se visita mujer ni hombre, aunque sean padres, que es harto nuevo para esta casa. Por todo pasan con gran paz. Verdaderamente hay aquí grandes siervas de Dios y casi todas se van mejorando. Mi Priora (la imagen de la Virgen Santísima) hace estas maravillas.»

faltado después acá. Y como Dios bendijo la casa y hacienda de Labán, después que entró en ella Jacob; y la de Putifar, después que vino á ella José, y las hinchó de bienes, así bendijo aquel Monasterio, después que le tomó su sierva á cargo y le hizo otro, como hasta ahora se ve.

Era cosa de admiración, porque luego la primera Cuaresma eran tantas las mortificaciones que había en refitorio y otros ejercicios santos, que la Madre inventaba para moverlas á devoción, que parecía tanto y más que en las Descalzas. Puso también allí, con licencia del Visitador, dos frailes Descalzos por confesores, y ayudaron mucho para la reformation del Monasterio. Lo uno y lo otro se conoció bien en la ciudad, y movió á muchos á alabar á Dios.

No por eso dejaba de acudir también á las necesidades de sus Monasterios. Antes, como San Pablo desde las cárceles en que estaba, escribía á las iglesias y las gobernaba, ella desde esta casa, donde por la obediencia de Dios entonces estaba como encarcelada, escribía á sus Monasterios y consolaba y animaba á sus hijas.

Lo primero que allí hizo, fué poner en la silla prioral del coro una nuestra Señora de bulto, y ofrecióla la casa y las llaves de ella, dándolas á entender que ella no era nada, y que la Virgen Santísima, cuya es esta religión, era la verdadera Priora que las había de gobernar.

Cuánto esto contentase á nuestra Señora, ella lo declaró de allí á pocos días, de la manera que la Madre escribió en un papel, diciendo así: «La víspera de San Sebastián, el primer año que vine á la Encarnación á ser Priora, comenzando la Salve, vi en la silla prioral, adonde está puesta nuestra Señora, bajar con gran multitud de ángeles la Madre de Dios y ponerse allí. A mi parecer no vi la imagen entonces, sino esta Señora que digo. Parecióme se parecía algo á la imagen que me dió la condesa, aunque fué de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho. Parecíame estaban encima de las camas de las sillas y sobre los antepechos, muchos ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuvo así toda la Salve y díjome: *Bien acertaste en ponerme aquí; yo estaré presente á las alabanzas que hicieren á mi Hijo, y se las presentaré.* Después de esto quedéme yo en la oración que traigo, de estar el alma con la Santísima Trinidad, y parecíame que la persona del Padre me llegaba á Sí y me decía palabras muy agradables. Entre ellas me dijo, mostrándome lo que me quería: *Yo te di á mi Hijo y al Espíritu Santo y á esta Virgen. ¿Qué me puedes dar tú á mí?* (1). Después dice: «Octava del Espíritu Santo me hizo el Señor una mer-

(1) Desde la aparición de la Virgen en la silla prioral del coro, y de los ángeles en las camas de las sillas, ni las Prioras ni las monjas han vuelto á ocuparlas: por reverencia, siéntanse al pie de ellas en unos escabeles.

ced, y me dió esperanza que esta casa se iría mejorando, digo, las almas de ella» (1).

Esta imagen, que dice la dió la condesa, está ahora en San José de Avila, y es la más hermosa y grave que yo he visto. Dióselo doña María de Velasco y Aragón, condesa de Osorno. Por esto y por otras cosas que diremos adelante, cuando vengan á propósito, se ve que si á las monjas de la Encarnación estuvo bien tener allí á la Madre, á ella no la estuvo mal, porque mereció mucho y la hizo el Señor grandes regalos, y vió cuán provechosa y de cuánta ganancia es la obediencia, y por donde parece ha de desmedrar una persona, viene á medrar más por seguirla (2).

(1) Esta merced se la hizo el Señor en Mayo de 1572.

(2) Fueron realmente singularísimas y regaladísimas las mercedes que recibió del Señor la Santa Madre, durante su priorato de la Encarnación, además de las que quedan referidas.

«El día de la Magdalena (22 de Julio de 1572) dice la Santa, me tornó el Señor á confirmar una merced que me había hecho en Toledo, eligiéndome en ausencia de cierta persona en su lugar.» Esta cierta persona no era otra que la misma María Magdalena, según se infiere claramente de estas palabras del Padre Yepes (*Vida*, lib. I, cap. XIX.) «Como un día de la Magdalena estuviese la Madre con una envidia santa de lo mucho que el Señor la había amado, la dijo: *A ésta tuve por amiga mientras estuve en la tierra y á ti tengo ahora que estoy en el cielo.* Y esta merced le confirmó el Señor después por algunos años, el mismo día de la Magdalena.» A mediados de Noviembre de este mismo año, la regaló su Divina Majestad con aquella visión que refiere el Padre Ribera más adelante en el libro IV, cap. X, y por este mismo tiempo también la favoreció con aquella otra que refiere en mismo libro, cap. XVII.

CAPÍTULO II

De cómo siendo Priora de la Encarnación, fundó el nono Monasterio, que fué de San José del Carmen, en Segovia, y de cómo se deshizo el Monasterio de Pastrana

Al cabo de dos años que la Madre estaba en la Encarnación, las monjas de Salamanca pidieron al Padre Fray Pedro Hernández, que estaba en la misma ciudad entonces, la mandase venir allí para que se comprase casa y se acomodasen; y él, viendo lo mucho que pasaban, se lo mandó, y se hizo todo como lo dijimos en el capítulo XVI del libro pasado.

Y en este tiempo, estando ella allí un día en oración, la mandó el Señor que fuese á fundar á Segovia. Parecíala esto á ella casi imposible, porque no podía ir sin licencia del Padre Fray Pedro Hernández, y él no tenía gana que fundase más por entonces, sino que asistiese al gobierno de aquel gran Monasterio, y juzgaba que tenía razón de no se la dar, pues no eran cumplidos los tres años.

Estando pensando en esto, la dijo el Señor que se la pidiese, que sí daría. Con esto le escribió luego un billete, diciendo que ella tenía precepto de su General, de fundar donde quiera que hubiese para ello comodidad, y que de presente la había en Segovia, porque el Obispo y la ciudad habían dado su consentimiento para ello, y que esto le escribía por cumplir con su conciencia; pero que con lo que él hiciese quedaría satisfecha y contenta. Visto el billete, dió luego la licencia al Padre Visitador, de que no se maravilló poco la Madre, porque le había visto antes de muy contrario parecer. La licencia de la ciudad y del Obispo don Diego de Covarrubias, que después fué presidente del Consejo Real, había procurado un caballero de Segovia, llamado Andrés de Gimena, hermano de la madre Isabel de Jesús, Priora que es ahora de San José de Salamanca. Y como la ciudad venía en ello de tan buena gana y el Obispo también, parecióle á este caballero

que bastaba darle el Obispo licencia de palabra, y no hizo más diligencia.

Había ya algunos días que la Madre tenía esta licencia; pero no había salido á usar de ella por no poder. Entonces con la licencia del Visitador, envió luego á una señora viuda de allí, conocida suya, que se llamaba doña Ana Gimena, para que la alquilase una casa, porque tenía experiencia ya, que era mejor tomar casa alquilada para fundar, que comprarla, aunque hubiese con qué, porque se hacía así más fácilmente y con menos ruido, y después había lugar para escoger despacio el sitio de la casa que se hubiese de comprar.

Hecha esta diligencia, se partió, aunque con buena calentura y hastío, y otros males, que lo recio de ellos duró tres meses, y en casi medio año que estuvo allí no se le quitaron. A estos males se allegaban otros cuando partió, que la dolían más, que eran sequedades y obscuridad en el alma. Pero como no había cosa que bastase á espartarla, para dejar de hacer lo que entendía que era gloria de Dios, partió de Salamanca andados algunos días de marzo, y llevó consigo á Isabel de Jesús, de quien poco ha dije, porque era de Segovia, y otra hermana freila, que se llamaba María de Jesús, que había venido de allá con la misma Isabel de Jesús. Fué por Alba, y entonces fué lo que ella cuenta en las Moradas, que la metió la duquesa doña María Enríquez en un camarín de cosas curiosísimas; lo cual ella aplicó á otra más alta y mejor, como allí está escrito (1). De aquel Monasterio sacó consigo á Guiomar de Jesús, y fué por Avila, y de allí sacó á Isabel de San Pablo, su sobrina, y ésta ayudó en la fundación, pero no quedó allí, sino la Madre se la llevó por compañera

(1) He aquí el pasaje á que alude el P. Ribera: «Deseando estoy acertar á poner una comparación para si pudiese dar á entender algo de esto que voy diciendo, y creo no la hay que cuadre: mas digamos esto. Entráis en el aposento de un rey ú gran señor (creo camarín los llaman) á donde tienen infinitos géneros de vidrios y barro y muchas cosas puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando. Una vez me llevaron á una pieza de estas en casa de la duquesa de Alba (á donde viniendo de camino me mandó la obediencia estar, por haberlos importunado esta señora), que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraúnda de cosas, y veía que se podía alabar al Señor de tantas diferencias de cosas, y ahora me cae en gracia cómo me han aprovechado para aquí. Y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había que ver, que luego se me olvidó todo, de manera, que de ninguna de aquellas piezas me quedó más memoria, que si nunca las hubiera visto, ni sabría decir de qué hechura eran; mas por junto acuérdomme que lo vi. Así acá estando el alma tan hecha una cosa con Dios, metida en este aposento del cielo Empíreo, que debemos tener en lo interior de nuestras almas, porque claro está, que pues Dios está en ellas, que tiene algunas de estas moradas, y aunque cuando está así el alma en éxtasis, no debe siempre el Señor querer que vea estos secretos, porque está tan embebida en gozarle, que le basta tan gran bien, algunas veces gusta que se desembeba, y de presto vea lo que está en aquel aposento, y así queda después que torna en sí, con aquel representársele las grandezas que vió; mas no puede decir ninguna, ni llega su natural á más de lo que sobrenatural ha querido Dios que vea.» *Moradas*, VI, cap. IV.

cuando partió de Segovia. Y aunque tenía, como está dicho, el consentimiento del Obispo y del regimiento, con todo eso no quiso entrar en Segovia hasta la víspera del día en que se había de tomar la posesión, que fué víspera del glorioso San José.

Y doña Ana de Gimena la tenía alquilada la casa, y aun compradas algunas cosillas para ella, y aderezadas otras para la iglesia, y por esta razón se pudo bien tomar el día siguiente la posesión, y así se tomó el día de San José por la mañana con gran contento de la Madre, por haber acertado á ser en aquel día, año de 1574, diciendo la primera misa, y poniendo el Santísimo Sacramento Julián de Avila. El nombre del Monasterio fué San José del Carmen.

El Obispo, que era el que había dado la licencia, no estaba entonces allí, y el Provisor, á quien no se había dado cuenta de lo que se hacía, como lo supo la misma mañana, vino con grande enojo al mismo Monasterio, donde estaba á la sazón diciendo misa un canónigo (1) que yendo á su iglesia pasó por allí, y como lo vió tan bien puesto y tan aseado, le tomó gana de decir allí misa. También se enojó el Provisor con él, y le dijo luego que aquello estuviera mejor por hacer. Andaba procurando saber quién había hecho aquello, y puesto el Santísimo Sacramento; pero las monjas estaban encerradas y Julián de Avila se escondió detrás de una escalera porque, á topar con él, llevárale sin duda preso. Topóse con el Padre Fray Juan de la Cruz, que también había ido con la Madre, y si no fuera fraile, enviárale á la cárcel. Tras esto descompuso el altar y todo lo que se había puesto en la iglesia, y deja un alguacil á la puerta para que nadie entrase á decir misa, y envía él un clérigo que consuma el Santísimo Sacramento.

La Madre tenía poca pena de todo esto, porque ya estaba como tomada la posesión; no se la daba mucho de lo que después sucedía; su miedo todo era antes de tomarla. Acogióse luego á la Compañía de Jesús, donde siempre hallaba favor, y envió á rogar al Superior de ella, que era el Padre García de Zamora, que hablase al Provisor, y hízolo luego, y en eso, y en cuanto él pudo, las hizo mucha caridad; pero estaba tan enojado, que no se hizo nada. Metiéronse también en ello unos caballeros parientes de la Madre Isabel de Jesús, y en fin, se acabó con él que se hiciese información de cómo el Obispo había dado licencia, y hecha ésta, se aplacó y dió la licencia él también para que se dijese allí misa, pero no para tener el Santísimo Sacramento.

Sosegada esta borrasca, envía luego la Madre á Julián de Avila y á Antonio Gaitán, natural de Alba, hombre noble y siervo de Dios, que también la había acompañado en aquella fundación, para que traigan á Segovia todas las monjas que estaban en el Monasterio de

(1) Era este Juan Orozco de Covarrubias, pariente del Obispo de Segovia, canónigo de aquella iglesia Catedral y más tarde creado Obispo de Guadix.

Pastrana. La causa de deshacerse el Monasterio, fué ver que tenían allí algunas ocasiones de inquietud, y podía haber más adelante; y que la paz del alma valía más que todos los bienes del mundo, y por esto deseaba mudar sus monjas adonde estuviesen mejor (1). Tratólo con los Prelados y con hombres de letras y de espíritu, y así, en fundando en Segovia, con la misma paz y liberalidad, con que había aceptado el Monasterio, le dejó, y con él todo lo que las habían dado, trayéndose aun consigo algunas monjas, que allí se habían recibido sin dote ninguno.

Quedó la Madre tan contenta de esto, que decía después algunas veces, que jamás había tenido ni primer movimiento de pesar de que aquella casa se hubiese deshecho, y la razón que daba era, porque decía que adonde se atravesara interés y respeto humano, siempre temía que con dificultad se podía dejar de condescender en algunas cosas con que poco á poco se fuese relajando la religión.

A esto fueron los dos que he dicho, y trataron el negocio con la madre Isabel de Santo Domingo, que era la Priora, con todo el secreto que pudieron, y buscaron cinco carros en que viniesen las monjas, y algunas alhajas que ellas habían llevado, que de lo de allá nada sacaron, como ya he dicho. Aderezado todo esto, consumió un sacerdote el Santísimo Sacramento, y salieron á la media noche. Pastrana está en un bajo, y para salir de ella, habían de subir una cuesta, y en lo alto de ella estaban los carros esperando, y fueron á pie hasta allá.

Llegaron á Segovia martes ó miércoles de la Semana Santa, donde fueron muy bien recibidas de su Madre, que estaba con grandísima alegría por verlas ya consigo (2). Detúvose allí cosa de medio año, porque siempre deseaba no salir del Monasterio que fundaba,

(1) Era realmente intolerable la situación en que se hallaban las pobres Religiosas del monasterio de Pastrana, á causa de las excentricidades de la trívola y altanera princesa de Eboli, la cual á la muerte de su esposo, Ruiz Gómez, favorito de Felipe II, de la noche á la mañana, se había metido religiosa en aquel convento. «El primer día, dice La Fuente, tuvo un fervor violento; al segundo mitigó la regla; al tercero la relajó, y principió á tratar con seglares dentro de la clausura. Era además tan profunda su humildad, que exigía á las monjas le hablasen de rodillas; además porfiaba porque se admitiese á las que quisiere proponer, alegando que el convento era suyo.» Y en otra parte añade: «La Providencia dispuso que se rompiera toda comunicación entre la pura y casta virgen de Avila y la altanera y liviana viuda de Ruiz Gómez, cuyos devaneos vinieron á influir hasta en la política de aquel tiempo, antes que se lanzara en el camino de perdición, que escandalizó á la Corte y obligó á ponerla presa. Al saber la madre Isabel de Santo Domingo, Priora de aquel convento, que la princesa se quería meter monja, exclamó al punto: ¡La Princesa monja! Se acabó el convento. Y así sucedió en realidad.» Cfr. *Obras de Santa Teresa*, I, págs. 3 y 209, nota.

La Santa Madre, en carta al Padre Báñez, le decía: «He gran lástima á las de Pastrana; aunque se ha ido á su casa la princesa, están como cautivas; cosa que fué ahora el prior de Atocha allá, y no las osó ver. Ya está también mal con los frailes, y no hallo por qué se ha de sufrir aquella servidumbre.» Ibid, II, p. 31.

(2) Cfr. Julián de Avila. *Vida*, 2.^a p., cap. VIII, pág. 275 y sigs.

hasta dejarlas en casa propia y bien acomodadas. En ésta tuvo poco trabajo, porque doña Ana de Gimena dió para la iglesia y para la casa lo que era menester. Pero pagóselo nuestro Señor muy bien y presto, porque en fundándose la casa se entraron en ella, ella y doña María de Bracamonte, su hija, bien parecida á su madre en la virtud y recogimiento, y hallaron dentro de aquellas pobres paredes el sosiego y alegría que nunca en el mundo habían podido hallar. La Madre se llamaba Ana de Jesús, y la hija María de la Encarnación, y viven todavía en el mismo Monasterio.

Con la entrada de estas dos señoras y de otras, se pudo presto comprar casa, aunque con la compra vinieron muchos pleitos. Por una parte contradecía el Cabildo, porque tenía un censo sobre aquella casa, por otra los Padres de la Merced, porque era cerca de su casa. Lo del Cabildo se acabó con dineros que se le dieron, lo de los frailes, con pasarse ellas á la casa secretamente: porque como ellos vieron esto, hubiéronse de concertar. Y entonces se puso en ella el Santísimo Sacramento, dos ó tres días antes de San Miguel. En estas cosas hubo muchas demandas y respuestas y pesadumbres, y también hartos consuelos de nuestro Señor, que dijo á la Madre que se le había de hacer mucho servicio en aquella casa. Pero lo que más ella sentía era, que no la faltaban ya entonces sino siete ú ocho días para cumplirse los tres años del oficio de Priora, y había de estar para entonces forzosamente en la Encarnación. En fin, se acabó con esto que habemos dicho, y dejando en Segovia por Priora á la madre Isabel de Santo Domingo, como lo era en Pastrana y lo fué mucho tiempo allí, y por Superiora á la madre Isabel de Jesús, se partió y pudo llegar á tiempo á la Encarnación, y hizo que se eligiese por Priora á Isabel de la Cruz, de quien ella tenía mucha satisfacción.

Las monjas de San José de Ávila, que deseaban mucho tener consigo á su Madre, hicieron una buena diligencia para hacerla volver á su casa, y fué elegirla Priora al mismo tiempo que acababa en la Encarnación. Era entonces Priora la madre María de San Jerónimo, parienta de la Madre, como lo ha sido después muchos años y lo es ahora. Ella acudió al tiempo dicho al Obispo don Alvaro de Mendoza, que era su Prelado, y hizo que la absolviesen del oficio para que se hiciese nueva elección, como se hizo, y la trajeron á su casa.

CAPÍTULO III

De la fundación del décimo Monasterio, que fué San José del Salvador en Veas

Estando la Madre Teresa de Jesús en Salamanca (cuando vino allí siendo Priora de la Encarnación, según ya habemos dicho, antes de fundar en Segovia), una señora, natural de la villa de Veas, que está casi á la raya de Andalucía, que se llamaba doña Catalina Godínez, la hizo un propio escribiéndola ella y el Beneficiado de allí y otras personas, para que fuese á fundar un Monasterio en aquella villa, que tenía ya casa, y no faltaba más que ir ella.

Parecióla esto á la Madre cosa imposible, porque aunque la tierra era muy buena y á propósito, estaba muy lejos, y el Comisario ó Visitador apostólico Fray Pedro Hernández, nada inclinado á estas fundaciones, y estuvo por despedir al mensajero. Con todo, porque no faltase por ella obedecer al mandato que tenía de su General, envió las cartas al Padre Fray Pedro Hernández, y él la respondió que se había edificado de la devoción de aquellas personas, y que no las desconsolase, sino que las escribiese que, como tuviesen la licencia que era necesaria del Ordinario, iría luego, pero que estuviese segura que no la podrían alcanzar, porque era aquella villa de la Encomienda de Santiago, y habían de sacar la licencia del Consejo de Ordenes, y que él sabía de otras partes que en muchos años no se habían podido alcanzar semejantes licencias. Si supiera este Padre que la licencia se había de alcanzar, ó estaba ya alcanzada, fuera posible no la dar él para la fundación; pero como el Señor quería que se hiciese, dejóle engañar, para que después, habida la licencia, no la pudiese negar.

El principio de esta fundación fué tan extraordinario y maravilloso, que aunque sea un poco largo, no puedo dejar de contarle, tocando á lo menos lo más principal.

Había en la villa de Veas un caballero llamado Sancho Rodríguez de Sandoval, y su mujer, doña Catalina Godínez. Tuvieron hijos y dos hijas: la mayor se llamaba doña Catalina Godínez, la menor doña María de Sandoval, que son las fundadoras del Monasterio. A la mayor de ellas, que era doña Catalina, siendo de catorce años, y estando muy lejos de dejar el mundo, y pareciéndola que era todo poco para ella cuanto su padre pretendía en casamientos que la traían, mudó el

Señor un día de tal manera leyendo el título de la Cruz que estaba en un Crucifijo, y mirando el mismo Crucifijo, y la tocó tan fuertemente, que en un punto la trocó y hizo como de nuevo. Vino una gran luz á su alma, y un maravilloso conocimiento de su bajeza y miseria, y con éste grandísimo deseo de padecer por Dios, y profunda humildad y grande aborrecimiento de sí, y unos encendidos deseos de hacer gran penitencia. A la hora prometió castidad y pobreza y le vino tanta gana de ser sujeta á ajena voluntad, que quisiera para esto solo ser llevada á tierra de moros.

Estando ella en esto oye un gran ruido sobre la pieza donde estaba, que parecía todo se venía abajo, y unos grandes bramidos, de manera que duraron algún espacio y alteraron mucho á su padre, que estaba en otra pieza junto. Hacía todo esto el demonio muy descontento de que esta doncella se hubiese así mudado y mejorado, y hubiese de dar tan ilustre ejemplo á otras muchas para dejar el mundo. Quedóla gran deseo de entrar en religión, y tres años anduvo peleando con sus padres, y nunca lo pudo alcanzar.

Desde luego comenzó á tener cada día sus horas de oración, y mortificábase en cuanto podía, y metíase en un corral, y mojábase el rostro, y poníale luego al sol para parecer mal, y que nadie quisiese casarse con ella. Viendo ya que no bastaba nada con su padre, al cabo de estos tres años pónese en hábito honesto un día del glorioso San José, y sale luego á la iglesia con él, porque su padre no se le pudiese quitar, y estuvo cuatro años haciendo extrañas penitencias, porque no las comunicaba con nadie, ni tenía quien la fuese á la mano. Acontecióla una Cuaresma traer junto á las carnes una cota de malla de su padre. La oración era casi toda la noche, porque de día la ocupaban sus padres. Muchas veces la comenzaba á las diez de la noche, y no se sentía hasta la mañana. El demonio la hacía grandes burlas.

Pasado este tiempo, la dió Dios grandísimas enfermedades, como calentura continua, hidropesía, mal de corazón, y un zaratán que la sacaron, y estuvo con ellas diez y siete años, que pocos días en ellos estuvo buena. A los cinco años de su enfermedad murió su padre. Su hermana doña María, un año después que ella hizo esta mudanza, se puso también en hábito honesto, aunque era muy amiga de galas, y comenzó á tener oración. Su madre las ayudaba á todo tanto, que las dió licencia para que, poniendo el mundo debajo de sus pies unas señoras tan nobles, tomasen oficio de enseñar niñas á labrar de balde, por criarlas bien y enseñarlas á servir á Dios.

Después murió ella también, y luego doña Catalina trató de meterse monja en otra parte. Sus parientes la dijeron, sin entender lo que decían, que pues tenían hacienda, sería más servicio de Dios hacer en su mismo lugar un Monasterio, y allí podrían serlo. Parecióla

bien esto á doña Catalina, y trató luego de sacar la licencia del Consejo de Ordenes, y en casi cuatro años no se pudo haber. Viendo esto sus deudos la dijeron que lo dejase, que no era posible salir con ello, y que ella estaba tal, que en ningún Monasterio la recibirían. Tenían ellos, mirando la cosa con ojos de hombres, harta razón para decir esto, porque había entonces más de medio año que no se levantaba de la cama, y más de ocho años que no se podía menear de ella, y en todos ellos con calentura continua, y estaba ética y tísica y hidrópica, y un calor en el hígado tan extraño, que sobre la ropa se sentía; también tenía gota artética y ciática. Estando con todos estos males les respondió: que si en un mes el Señor la daba salud, entenderían que era Él servido de que se hiciese el Monasterio, y ella misma iría á la corte por la licencia. Imposible era esto naturalmente, pero ella tenía buena prenda para decirlo, porque era como á diez y nueve de diciembre, y el agosto antes, estando una vez en oración, suplicó á nuestro Señor que, ó la quitase aquel deseo tan grande que tenía de ser monja y hacer el Monasterio, ó diese orden como se hiciese. Respondióla el Señor interiormente que estuviese cierta que estaría buena á tiempo que pudiese ir á la Cuaresma por la licencia. Dentro de un mes que ella dijo esto á sus deudos, vispera del glorioso mártir San Sebastián, la vino un temblor interior, que pensó su hermana que ya se acababa, y en un punto se vió buena del todo en el cuerpo, y en el alma también notablemente mejorada. Ella deseó mucho encubrir esto, pero ni su confesor ni el médico dieron lugar á eso, ni era posible.

Luego á la Cuaresma fué á procurar la licencia á la corte, donde estuvo tres meses sin poder hacer nada, hasta que echó una petición al rey mismo; y como él supo que era el Monasterio de Descalzas Carmelitas, luego se la dió. La razón que hubo para que ella quisiese que el Monasterio fuese de esta orden, fué una visión maravillosa que tuvo una noche, como veinte años antes que se fundase.

Acostóse, como ella lo contaba, con gran deseo de hallar la más perfecta religión que hubiese en la tierra, para ser en ella monja; y queriéndola el Señor mostrar la que más á ella la convenía, y para la que la tenía guardada, representósele en sueños que iba por un camino muy angosto en que había peligro de caer en unos grandes barrancos, y vió un fraile del hábito de los Descalzos Carmelitas, que la dijo: «Ven conmigo, hermana»; y la llevó á una casa de gran número de monjas, donde no había otra luz sino la de unas velas encendidas que ellas traían en las manos. Ella las preguntó de qué orden eran, y todas callaron, y alzaron los velos y los rostros alegres riéndose, y la Priora la tomó la mano y la dijo: «Hija, para aquí te quiero yo»; y mostróla la regla y las constituciones. Ella despertó con un contento grande, que la parecía haber estado en el cielo, y pasó mucho tiempo que no lo dijo á persona ninguna, ni hallaba quien la su-

piese decir de esta religión; pero escribió lo que se pudo acordar de la regla que la habían leído. Vino allí después un Padre de la Compañía de Jesús (1), que sabía sus deseos, y mostróle lo que había escrito, diciendo que si ella hallase aquella religión, estaría muy contenta, porque entraría luego en ella. Pues de esa orden son, la respondió el Padre, los Monasterios que funda ahora la Madre Teresa de Jesús. Y entonces escribió á la Madre, como habemos dicho, para que viniese á fundar allí.

Cuando llegó la respuesta que dijimos de la Madre, ya otra vez estaba tan mala, que la dijo su confesor que se sosegase, que aunque estuviera ya recibida, la tornaran á echar estando como estaba. Ella se afligió, y hizo á Nuestro Señor una muy ardiente oración, suplicándole como primero, ó que la quitase estos deseos, ó la diese cómo se le cumpliesen. Entonces oyó una voz dentro de su alma, que la dijo: «Cree y espera, que yo soy el que todo lo puedo; tu tendrás salud, porque el que tuvo poder para que tantas enfermedades, todas mortales de suyo, no hiciesen su efecto, más fácilmente podrá quitarlas.» Con esto ella quedó consolada y llena de confianza, y tornó á escribir á la Madre que tenía ya la licencia del Consejo de Ordenes, y así ni el Padre Visitador pudo volver atrás de lo que había dicho, ni la Madre quiso dejar de acudir á tanta devoción. Esta fué la causa porque, después de haber venido de la fundación de Segovia, se detuvo tan poco en Avila. Allí llegó á principio de Octubre de 1574, y el Marzo siguiente estaba ya en Veas, pasando por Toledo, de donde llevó consigo á la Madre María de San José, Priora que es ahora de Lisboa, y á la Madre Isabel de San Francisco, que lo es de Sevilla, y también llevó á la Madre Ana de Jesús, y María de la Visitación, y Leonor de San Gabriel, y Beatriz de San Miguel.

En la primera jornada á Veas de Malagón, yendo la Madre con calentura y muchos males juntos, mirando lo que tenía por andar, y viéndose cuál estaba, acordábase del Santo Profeta Elías, cuando iba huyendo de la reina Jezabel, y dijo á Dios: «Señor, cómo tengo yo de poder sufrir esto, miradlo vos»; y en un punto se la quitó la calentura y todo el mal que tenía (2). Cuando llegaba á Veas, saliéronla

(1) Los Padres Eraso y Bustamante.

(2) A la postrera jornada, pasando por Sierramorena perdieron los carreteros el camino, de manera que no sabían por donde iban, y por ser la tierra tan fragosa era mucho el peligro en que estaban. La Santa Madre dijo á las monjas que iban en su compañía pidiesen á Dios y al glorioso Padre San José las encaminase, porque los carreteros decían que iban perdidos, sin hallar remedio para salir de unos riscos altísimos, donde se hallaban metidos, sin que les fuese posible pasar adelante ni volver atrás. Pusieronse todas en oración, y al punto oyeron grandes voces que les daba, desde la hondura de un profundo valle, un hombre anciano. Teneos, les decía, que vais á despeñaros si pasáis adelante.

Pararon los carros á estas voces, y los carreteros preguntaron á gritos al que les avisaba del peligro, qué remedio tendrían para salir del estrecho peligroso en

muchos á recibir, y entre ellos hartos de á caballo, que decían gentilezas y alegrías delante de los carros, y acompañáronlas hasta llegar cerca de la iglesia, donde las estaba mucha gente esperando, y los clérigos, con sus sobrepellices y cruz, las llevaron en procesión á la casa de las dos hermanas, que tanto las habían deseado, donde se había de hacer el Monasterio. El placer que las unas y las otras tuvieron, mejor se puede entender que escribir; Doña Catalina, en viendo las monjas, conoció ser aquellos los rostros que se la habían representado en la visión, y así lo decía después; y estando allí la Madre la vino á ver un fraile lego Descalzo Carmelita, de quien diremos adelante, llamado Fray Juan de la Miseria, y dijo doña Catalina que la parecía el mismo que había visto en la misma visión. Así, con gran contento de todos se fundó el Monasterio, día del glorioso Apóstol San Matías, año de 1575. Llamóse San José del Salvador. Las dos hermanas le dieron su hacienda enteramente, y tan sin condición, que si después no las quisieran recibir, no tenían por dónde lo pedir.

El mismo día se les dió el hábito, y la mayor se llamó Catalina de Jesús, la menor María de Jesús. Ya á este tiempo estaba buena la mayor, como el Señor lo había prometido, y iba adelante su salud y sus virtudes, y particularmente la humildad y obediencia. Procuró mucho ser freila y no monja de coro, hasta que la Madre la escribió mandándoselo, y riñéndola mucho porque en aquello no obedecía luego. Después murió siendo Priora del mismo Monasterio, poco ha, llena de virtudes. Su hermana vive, y es ahora Priora en el Monasterio de Córdoba, que ha poco que se fundó. Puso allí la Madre por Priora á la Madre Ana de Jesús, que lo es ahora en Madrid, y por Superiora á la Madre María de la Visitación (1).

que estaban. El les respondió que echasen todos hacia cierta parte, para lo cual había tan mal paso, que no fué menor milagro atravesar por él, que salir del peligro en que estaban. Fueron algunos en busca del que les había avisado, pero mientras iban, dijo la Santa Madre á todas las religiosas, con mucha devoción y lágrimas: «No sé para qué los dejamos ir, que era mi Padre San José, y no le han de hallar.» Y así fué que no hallaron rastro de él, aunque llegaron á la hondura del valle. Desde entonces caminaron las mulas con tanta ligereza, que afirmaban los carreteros que más que andar, parecía que volaban. Todo fué necesario para llegar aquel día de buena hora á la villa de Veas. *Cfr. Yepes*, lib. II, cap. XXVIII.

Hallándose en esta fundación, recibió la Santa Madre una merced regaladísima del Señor, que ella refiere con estas palabras: «Estando un día en el convento de Veas me dijo nuestro Señor que, pues era su Esposa, que le pidiese; que me prometía que todo me lo concedería, cuanto yo le pidiese, y por señas me dió un anillo hermoso con una piedra á modo de amatista, mas con un resplandor muy diferente de acá, y me lo puso en el dedo. Esto escribo por mi confusión, viendo la bondad de Dios y mi ruin vida, que merecía estar en los infiernos, mas ¡ay! hijas, encomiéndenme á Dios y sean devotas de San Josef, que puede mucho; esta bobería escribo. *Cfr. La F*, I, p. 524, col. 2.^a

(1) Este monasterio no existe ya. La comunidad se dispersó durante la guerra civil, pasando varias religiosas al convento de Jaén. La iglesia está abierta al culto y sirve de parroquia. *Cfr. La F.*, *Manual del peregrino*, cap. XV.—Julián de Avila, parte 2.^a, cap. VIII, pág. 277 y sigs.

CAPÍTULO IV

De la fundación de los Descalzos Carmelitas, y particularmente de los dos primeros Monasterios de Mancera y Pastrana

Había pensado, si pudiese, acabar las fundaciones de los Monasterios de Monjas, antes que viniese á las de los Padres Descalzos; mas van las cosas trabadas unas con otras de manera, que no se entenderá bien lo que adelante dijere, si primero no digo esto. Pero será con brevedad, tocando solamente lo que me hace al caso para mi historia, que es lo que en ellos hizo la Madre Teresa de Jesús, por donde se verá ser ella verdaderamente fundadora de los frailes, como lo es de las Monjas. Dejamos esto en el capítulo décimo del libro segundo, en los dos frailes que la Madre se halló en Medina, para comenzar esta tan santa y provechosa obra, que fueron el Padre Fray Antonio de Heredia, que después se llamó Fray Antonio de Jesús, y el Padre Fray Juan de la Cruz. Después de esto, como no tenía remedio para tener casa en que estos dos Padres comenzasen, todo su negocio era pedirselo á Nuestro Señor.

En el año de 1568, antes que fuese á la fundación de Valladolid, estando en Avila, vino á ella un caballero de allí, llamado don Rafael de Avila Megía, que habiendo oído que se quería hacer un Monasterio de Descalzos, la ofreció para eso una casa que en Duruelo, aldea de Avila, de muy pocos vecinos, tenía, para un rentero que recogía el pan de renta que él tenía allí. La Madre bien vió, conforme á esto, lo que la casa podía ser; pero con todo eso se alegró, y dió al Señor muchas gracias. Estaba este lugar en el camino por donde ella había de ir para Medina y Valladolid, adonde iba á fundar, y llegando allí muy tarde y deseando verla, estaba tal, que no se atrevieron á quedar en ella aquella noche por estar muy desacomodada. Todo el edificio de ella era un portal razonable, y una cámara doblada, y una cocinilla. Luego la Madre trazó allí su Monasterio: el portal para iglesia,

el desván de la cámara para coro, la cámara para celdas y la cocinilla para refectorio.

Llegada á Medina, trató con el Padre Fray Antonio, que quisiese comenzar en aquella casita, que demás de no tener cosa mejor de presente, venía bien aquello para que se alcanzase la licencia de los Prelados, y que tuviese por muy cierto que el Señor lo remediaría muy presto, que todo era comenzar. Cuando ella decía esto, estaba tan confiada, como si hubiera ya hecho todo lo que ahora se ve y lo que se verá. El salió muy bien de ello, y la Madre le encomendó que buscase entretanto lo que pudiese para la casa. Al Padre Fray Juan de la Cruz se llevó consigo á la fundación de Valladolid, y los días que allí estuvo, le dió noticia de la manera de vivir que se guardase en sus Monasterios, y de las penitencias y mortificaciones, y de todo lo que se había de hacer, para que lo llevase bien entendido y se usase entre ellos así. Faltaba la licencia, que conforme á la patente que el Padre General la había dado, no se podía hacer Monasterio de frailes sino con licencia del Provincial que entonces era, que se llamaba Fray Alonso González, y de Fray Angel de Salazar, que era el pasado. Ella habló al Provincial con tanta fuerza, que le hizo luego que la diese, y del Padre Fray Angel la hubo por medio de doña María de Mendoza, á quien Dios quiso que él entonces hubiese menester. La Madre daba gran prisa porque no hubiese algo que lo estorbase; y envía delante al Padre Fray Juan de la Cruz para que acomodase la casa, y hecho esto, renunció su priorato el Padre Fray Antonio, hizo voto de guardar la primera regla, y fuese á Duruelo. Dijose la primera misa primero ó segundo domingo de Adviento, año de 1568. Allí vivían así estos dos Padres, conforme á lo que la Santa Madre les había dicho, con grande alegría, dándose mucho á la oración, y haciendo gran penitencia, y aprovechando mucho, con su doctrina y ejemplo, á los lugares comarcanos.

De allí á poco se pasaron á la villa de Mancera, porque don Luis de Toledo, Comendador de Alhanje y señor de las cinco villas, conociendo su santidad, les dió allí una iglesia, donde tenía una famosa imagen de Nuestra Señora, que se había traído de Flandes, de gran devoción y hermosura, y les edificó un pequeño Monasterio; mas no fué pequeño el galardón que por él recibió de Dios, pues fuera de otras mercedes que le ha hecho, trajo á la misma orden á doña Isabel de Toledo, su hija, que triunfando de las pompas del mundo, y queriendo más la pobreza de Cristo que el regalo de la casa de su padre, entró en el Monasterio de las Descalzas en Salamanca, adonde ahora vive (1). Faltaba en el nuevo Monasterio el agua, y no sabían de

(1) Siguiendo el ejemplo de su hermana, Enrique de Toledo, á los 18 años de su edad entró Carmelita Descalzo en Salamanca, muriendo santamente á los pocos años de religión. Vid. *Reforma de los Descalzos*, lib. II, cap. XXXIX, núm. 6.

donde la traer, y un día hablando de esto en la claustra, el Padre Fray Antonio de Jesús, que era Prior, con sus frailes, hirió con un bordón que tenía en la mano el suelo, y dijo que cavasen allí, y á poco que cavaron, hallaron mucha agua y muy buena.

El año siguiente de 1569, yendo la Madre á Pastrana á fundar, pasó por Madrid, y fuese con sus compañeras á posar á un Monasterio de monjas de la orden de San Francisco, con doña Leonor Mascareñas, que le hizo y vivía en él. Esta señora fué aya del rey don Felipe nuestro señor, el segundo de este nombre, muy sierva de Dios y muy amiga de todos los buenos, y por eso hospedaba á la Madre siempre que pasaba por allí. Díjola esta señora que había venido á buen tiempo, porque estaba allí un ermitaño que la deseaba ver, y la parecía que la vida que él y sus compañeros hacían, conformaba mucho con la regla que ella tenía. Este ermitaño se llamaba Mariano de San Benito, italiano, hombre letrado y de mucho valer, y muy amigo de trabajar y hacer penitencia. Traía consigo un compañero mancebo, que se llamó Fray Juan de la Miseria, muy simple en las cosas del mundo, pero muy hábil en las de Dios. Habían estado los dos en el desierto que llaman el Tardón, junto á Sevilla; y porque por el Concilio Tridentino se deshacía aquella Congregación de ermitaños, que no era religión, él trataba de ir á Roma para traer licencia para poderse estar como de primero. La Madre le habló y le mostró su regla, y en fin, pudo tanto con él, que se determinó de seguirla, no con poca admiración suya, como él lo decía después, que una mujer tan presto le hubiese mudado. Díjola que Ruiz Gómez les había dado en Pastrana una ermita muy buena, que se llama San Pedro, donde hiciesen vida de ermitaños, y que él quería tomar el hábito y hacerla Monasterio. Luego la Madre escribió al Padre Fray Alonso González, Provincial del Carmen, y al Padre Fray Angel de Salazar, porque sin su licencia no se podía hacer el Monasterio, y dióse tan buena maña, que la alcanzó por medio del Obispo don Alvaro de Mendoza.

Hecho esto, y estando la Madre en la fundación del Monasterio de monjas, vinieron á Pastrana, como se lo habían prometido, Mariano y su compañero, y ella envió á Mancera á llamar al Padre Fray Antonio de Jesús para que se fundase el Monasterio, y entretanto la Santa les hacía los hábitos para que no hubiese dilación. Había también enviado á Medina por monjas para fundar, porque no había llevado consigo sino dos, y al mismo tiempo estaba allí un Padre del Carmen, buen predicador, llamado Fray Baltasar de Jesús, y de buena edad. Este Padre, como supo que se hacía aquel Monasterio en Pastrana, se fué con las monjas, con intento de mudar el hábito y hacerse Descalzo, como lo hizo luego. El dió el hábito al Padre Mariano y á su compañero para legos, que no se pudo acabar otra cosa con el Padre Mariano, hasta que su General le mandó se ordenase de

misa. Esta fué la causa porque Nuestro Señor dijo á la Madre, cuando no quería ir á Pastrana, como queda dicho en aquella fundación, que fuese, que á más iba que á lo de las monjas, y llevase la regla, que mostró después al Padre Mariano.

En este Monasterio se recibieron después muy buenos frailes, y entre ellos el Padre Maestro Fray Juan de Jesús, y el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, á quien Dios tenía guardado, para estos principios de esta santa renovación de la primera regla del Carmen, para que la asentase y acrecentase, y la pusiese enteramente en orden, como lo ha hecho, con la santidad y prudencia y letras que el Señor le ha dado. Era este Padre Colegial Teólogo en la Universidad de Alcalá, y muy ejemplar, no solamente entonces, sino desde su primera edad. Y yendo á Pastrana á concertar que recibiesen allí las Descalzas una monja, cuadró tanto á la Madre Isabel de Santo Domingo, Priora de aquel Monasterio, y á sus monjas, que luego con ayunos y disciplinas y grandes oraciones, le pidieron á Nuestro Señor para su orden, y valieron tanto, que él se quedó desde entonces en ella.

Pasando después de esto la Madre por Malagón, cuando iba á fundar á Veas, había allí un clérigo muy recogido y dado á oración y penitencia, y como la vió y entendió lo que hacía, se aficionó mucho á su orden, y se fué con ella á Veas, y allí le dió el hábito en la iglesia con gran solemnidad el Padre Jerónimo Gracián, y llamóse Fray Gregorio Nacianceno, Vicario que fué poco ha de la provincia de Castilla, con mucha edificación, y ahora lo es de Portugal. Estos dos Monasterios fueron el Seminario de los demás, y en breve tiempo se fundaron hartos, siempre tratándose el negocio con la Madre, de manera que antes que muriese vió fundados diez ó más Monasterios. Y no han parado en las provincias de España, porque en Génova fundaron también por medio del Padre Fray Nicolás de Jesús María, que es de aquella ciudad, y en Méjico tienen convento.

CAPÍTULO V

De la fundación del undécimo Monasterio, que fué San José del Carmen, en Sevilla

Estando, así Descalzas como Descalzos, sin propio Provincial, y sujetos á los del Paño, fué nombrado por Comisario y Visitador apostólico de ellos, en la provincia de Andalucía, el Padre Fray Jerónimo Gracián; porque aunque había pocos años que estaba en la orden, su religión y prudencia y las demás virtudes y buena condición, resplandecían tanto, que le hacían merecedor de aquella y cualquiera otra honra mayor. Y estando la Madre en Veas la fué á visitar (1). Ella,

(1) «Estando en la villa de Veas, dice la Santa en el capítulo XXIII del Libro de las Fundaciones, vino á verme allí un Padre de nuestra Orden, de los Descalzos, llamado el maestro fray Jerónimo de la Madre de Dios Gracián, que había pocos años que tomó nuestro hábito estando en Alcalá, hombre de muchas letras, entendimiento y modestia, acompañado de grandes virtudes toda su vida, que parece Nuestra Señora le escogió para bien de esta Orden primitiva; estando en Alcalá, muy fuera de tomar nuestro hábito, aunque no de ser religioso; porque aunque sus padres tenían otros intentos por tener mucho favor con el rey y su gran habilidad (*era el padre de Gracián secretario de Felipe II*), él estaba muy fuera de esto. Desde que comenzó á estudiar le quería su padre poner á que estudiase leyes, él con ser de harto poca edad sentía tanto, que á poder de lágrimas, acabó con él que le dejase oír teología. Ya que estaba graduado de maestro, trató de entrar en la Compañía de Jesús, y ellos le tenían recibido, y por cierta ocasión, dijeron que se esperase unos días...

En este tiempo entróse un gran amigo suyo por fraile de nuestra Orden en el monasterio de Pastrana, llamado fray Juan de Jesús, también maestro. No sé si por ocasión de una carta que le escribió de la grandeza y antigüedad de nuestra Orden, ó qué fué el principio... ¡Oh sabiduría de Dios y poder!... Bien veda nuestro Señor la gran necesidad que había en esta obra, que su Majestad había comenzado, de persona semejante. Yo le alabo muchas veces por la merced que en esto nos hizo, que si yo mucho quisiera pedir á su Majestad una persona, para que pusiera en orden todas las cosas de la Orden en estos principios, no acertara á pedir tanto, como su Majestad nos dió. Sea bendito por siempre.»

Comentando este pasaje de Santa Teresa, dice La Fuente: «En efecto, el carácter del Padre Gracián era más de jesuita que de carmelita descalzo. Su gran afición al púlpito y al confesonario, su erudición, ingenio y otras cualidades para la vida activa, parecen más de jesuita que no de religioso dado á la vida contemplativa casi exclusivamente. Con todo, la reforma del Carmen necesitaba un hombre activo, inteligente y de mucho despejo, y la Providencia se lo deparó

como entendió bien lo que en él había, quedó en gran manera contenta y satisfecha, y no se hartaba de dar gracias á Dios. Estando allí le envió á llamar el Nuncio, y le hizo tambien Visitador de la provincia de Castilla, como lo era de la de Andalucía. Pero antes de esto, queriendo la Madre volver á Castilla, díjola el Padre Gracián que sería gran servicio de Nuestro Señor fundar en Sevilla, porque

á Santa Teresa en la persona del Padre Gracián. Por otra parte, acostumbrada Santa Teresa á la dirección de los jesuitas, halló en su orden un sujeto con las cualidades de aquéllos, y le prestó voto de obediencia. Cuando ya estaba terminada la reforma, y muerta Santa Teresa, pareció Gracián fuera de su centro y fué expulsado de la orden.

A decir verdad era digno de mejor suerte aquel varón singular á quien Santa Teresa profesó tan maternal cariño y colmó de tantas alabanzas. Hoy día se reconoce generalmente que casi todas las acusaciones lanzadas contra él por sus émulos, y que motivaron su expulsión de la orden, fueron dictadas por la pasión.

Nació el Padre Gracián en Valladolid el 6 de Junio de 1545. Fueron sus padres Don Diego Gracián de Aldarete, secretario de Carlos V y de Felipe II, y Doña Juana Dantisco, hija del Embajador de Polonia en la corte de España. Después de haber cursado las humanidades y retórica en el Colegio de la Compañía de Jesús de Alcalá, siguió los cursos de filosofía y teología en la Universidad de aquella misma ciudad, graduándose en estas dos facultades. Ordenado de sacerdote pidió ser admitido en la Compañía, pero una coincidencia providencial encaminó sus pasos al Carmelo Reformado, cuyo hábito vistió en Pastrana el 25 de Marzo de 1572.

Al año siguiente, después de hecha su profesión, nombróle visitador de los Descalzos de Andalucía el Padre Francisco de Vargas, Visitador Apostólico de los Carmelitos Calzados. En 1574 fundó el convento de Nuestra Señora de los Remedios de Sevilla, y en 1575 tuvo su primera entrevista con Santa Teresa en el monasterio de Veas. Desde entonces puede decirse que fué Gracián el brazo derecho de la Santa Reformadora.

Al hacerse en 1581 la separación entre Calzados y Descalzos fué nombrado Gracián Provincial de los segundos, con gran satisfacción de Santa Teresa que lo deseaba ardientemente: pero muy poco tiempo después de la muerte de la bienaventurada Madre, aun antes de concluir su provincialato el Padre Gracián, comenzaron sus émulos á minarle el terreno, y apenas se vieron en el poder, procuraron deshacerse de él á todo trance. Fué el Padre acusado, condenado y expulsado de su orden el 17 de Febrero de 1592.

En su *Peregrinación de Anastasio*, narra el mismo Gracián la serie lastimosa de dolores, ignominias y afrentas que tuvo que sufrir, y al mismo tiempo los favores singulares con que le consolaba Dios, entre tantas tribulaciones.

Durante su viaje á Roma en 1593, le prendieron los corsarios, llevándole cautivo á Túnez, donde se vió varias veces en inminente peligro de perder la vida. Rescatado de su cautiverio en 1595 se encaminó segunda vez á Roma y, por orden del Papa Clemente VIII, fué admitido por los Carmelitos Calzados. En 1600 volvió á España, donde residió varios años ocupado en obras de celo, y en 1607 pasó á Flandes en compañía del Archiduque Alberto. Murió santamente en Bruselas el 21 de septiembre de 1614, el mismo año en que fué beatificada Santa Teresa de Jesús.

Cfr. La Fuente, *Obras de Santa Teresa*, t. II, pp. 434-485 — Gregorio de San José, *El P. Gracián de la Madre de Dios, Carmelita Descalzo, y sus juces*. Trad. del francés por el P. A. M. de S. T., Burgos 1904. — *Excelencias, vida y trabajos del Padre Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, Carmelita*, que corre con el nombre del Lic. Andrés del Mármol, aunque el verdadero autor sea el Padre Fray Cristóbal Márquez, carmelita. La primera parte de esta Vida, dice Nicolás Antonio (*Bibl. Hispana Nova*, t. I, pág. 247), fué escrita por el Padre Cristóbal Márquez, y la segunda por el propio Padre Gracián: el Lic. Mármol no hizo otra cosa que juntar los dos partes y publicarlas.

se lo habían pedido algunas personas que tenían para dar luego casa, y demás de eso el Arzobispo, que favorecía mucho á la orden, gustaría harto de ello. Ella ninguna inclinación tenía á fundar en Andalucía, sino causas bien bastantes para no ir á Sevilla; pero en fin, se sujetó al parecer del Padre. Y porque entraba ya el calor, fué menester abreviar, y el Padre se fué al Nuncio, á Madrid, y la Madre, habiendo estado en Veas tres meses, se partió para Sevilla con seis monjas, muy escogidas y muy ejercitadas en la oración y mortificación, cuales el Señor veía que eran menester para lo que allá se había de padecer, y para ser Madres de las de aquella provincia, que fueron las Madres María de San José, Isabel de San Francisco, María del Espíritu Santo, Isabel de San Jerónimo, Leonor de San Gabriel, y Ana de San Alberto (1). Iban además en la comitiva el Padre Fray Gregorio Nacianceno, á quien se había dado el hábito en Veas, el Padre Julián de Avila, y Antonio Gaitán.

Pasaron en el camino muy gran trabajo, por ser muy grandes los calores y malas las posadas, y algunas veces hallar hombres malos en ellas. Otro trabajo tuvieron en el camino, no pequeño, que fué una gran calentura que dió á la Madre, víspera de Pascua de Espíritu Santo, como á manera de modorra, que iba como enajenada. El regalo que la podían hacer era echarla agua, pero estaba tan caliente del sol, que daba poco refrigerio; y llegadas á la posada, el que en ella hallaron, fué una camarilla á teja vana en la fuerza del sol, y sin ventana ninguna, y si la puerta se abría se henchía del sol, que no se podía sufrir. La cama, por unas partes alta, por otras baja, parecía toda ella de piedras agudas. No pudo parar allí la Madre, sino luego se partieron, porque tuvo por mejor sufrir el sol del campo, que el de aquella camarilla. Consideraba ella de allí, qué será de los del infierno, que han de estar quedos por fuerza, y no se pueden mudar. Las hermanas sentían tanto aquel mal de la Madre, y encomendábanla al Señor con tantas veras, que no duró lo recio de él más de un día, cosa que otras veces solía ser bien diferente.

Andando más adelante, hubieron de pasar por una barca el Guadalquivir, y no era posible pasar con los carros derecho por donde estaba la maroma, sino que habían de torcer algo. No sé cómo dejaron del todo la maroma los barqueros, y la barca iba río abajo sin maroma ni remos, con uno de los carros que llevaba. Todos daban voces, y las monjas en sus corazones las daban á Dios. Un caballero les miraba de un castillo, y envió quien las ayudase. Quiso Dios que

(1) «Seis que iban conmigo eran tales almas, dice Santa Teresa, que me parece me atreviera á ir con ellas á tierra de turcos, y que tuvieran fortaleza, ó por mejor decir, se la diera nuestro Señor, para padecer por El; porque estos eran sus deseos y pláticas, muy ejercitadas en oración y mortificación.» *Fundac.*, cap. XXIV.

la barca encalló en un arenal donde había poca agua, y así pudo haber remedio, y el que vino del castillo les sirvió de guía para sacarles al camino, que de otra manera no acertaran, por ser ya noche.

Pero aun más sintió la Madre otra cosa que les aconteció el primer día de Pascua de Espíritu Santo. Diéronse mucha priesa por llegar muy de mañana á Córdoba para poder oír misa sin ser vistos, que esto de haber de estar entre gente que las viese la daba mucha pesadumbre, y por esta razón, siempre que hallaba ermita fuera de los lugares, iba allá á oír misa. Quiso hacer lo mismo en Córdoba, y encamináronla á una que estaba fuera de la ciudad, en pasando la puente. Antes de llegar á ella hubo mucho trabajo, porque no podían pasar carros por la puente sin licencia del corregidor, y ésta les decían sería muy dificultosa de alcanzar. La Madre envió á Antonio Gaitán á pedirla, y alcanzóla; pero después de habida la licencia, había otro trabajo, que los carros eran anchos y la puerta de la puente angosta, y parecía imposible caber por allí, y decían sería necesario cortarlos; en fin, los pusieron de manera que pudieron pasar. Pero tardóse en lo uno y en lo otro más de tres horas, y entretanto ellas estaban metidas en sus carros, que venían de todas partes bien cubiertos, y mucha gente se llegaba á ellos á ver qué gente era la que allí venía.

Cuando hubieron llegado á la ermita, fué el trabajo mayor, porque la advocación de ella era del Espíritu Santo, y estaba llena de gente, porque había procesión y sermón y danzas, y no oyendo aquí misa habían de andar por la ciudad á buscar donde la oír. Esto dió mucha pena á la Madre, tanto, que si sin escrúpulo pudiera dejar de oír misa, lo hiciera por no entrar con sus monjas entre tanta gente; pero hubieron de entrar como en procesión, con sus capas blancas y velos abajados, con no pequeña admiración de todos los que en la ermita estaban, porque no habían visto cosa semejante. Entonces se le acabó de quitar á la Madre la calentura con aquella alteración que tomó de verse entre tanta gente, y tan alborotada. Aunque esto se remedió mucho con la caridad de un hombre de bien, que entrando en la iglesia se llegó á ella, guiándola y apartando la gente. La Madre le rogó las llevase á una capilla, y así lo hizo, y no las dejó hasta sacarlas de la iglesia. Pocos días después de esto le vino una buena hacienda de que él estaba bien descuidado, y decía que por esta buena obra que había hecho á las siervas de Dios, le había venido.

En aquella capilla las dijo misa Julián de Avila, y las comulgó á todas, y saliendo de allí lo más presto que pudieron, se fueron á tener la fiesta debajo de una puente, en lugar harto desacomodado.

Estos trabajos y otros muchos pasaron en este camino, pero con grandísimo contento, porque la Madre les tenía á todos tan buena y

graciosa conversación, que les entretenía mucho, unas veces hablando cosas de mucho peso y animándolas, otras hablando con alegría de lo que se ofrecía.

Llegaron á Sevilla el jueves antes del domingo de la Trinidad, donde ya el Padre Fray Mariano de San Benito les tenía alquilada casa, y en entrando en ella pensó la Madre tomar luego la posesión, como en otras partes había hecho, y que el negocio estaba concluido, porque el Arzobispo, que entonces era don Cristóbal de Rojas (1), favorecía mucho á los Descalzos, y á ella la había escrito algunas veces mostrándola mucho amor, y el Padre Gracián y el Padre Mariano entendían le hacían gran servicio en que la Madre fuese allá. Pero sucedió todo muy al revés, porque quería el Señor que la costase trabajo esta fundación, como las demás.

El Arzobispo era muy enemigo de Monasterio de monjas que no tuviesen renta, y fué providencia del Señor que no le hubiesen dicho nada de lo que la Madre quería hacer, porque á decirselo antes que ella estuviera allá, no diera licencia, y no se hiciera el Monasterio. Bien deseaba él que ella viniese y trajese monjas; pero no para hacer Monasterio de pobreza, sino para repartirlas por los Monasterios que estaban á su cargo, para que los reformasen. Decíala el Padre Mariano, que para Monasterios de pobreza, el Arzobispo no daría licencia, ni la había jamás querido dar, ni en Sevilla ni en Córdoba, donde primero había sido Obispo, y que tuviese por bien fuese el Monasterio de renta. Esto no quería la Madre, porque Monasterios de renta no los hacía ella sino en lugares pequeños, donde ó no se habían de hacer, ó habían de tener con que se sustentar: y demás de eso tenía tantos dineros para echarlos en renta, que con sólo una blanca entró en Sevilla. En fin, por la importunidad del Padre Fray Mariano, dió licencia el Arzobispo para que se dijese la primera misa el día de la Santísima Trinidad, que fué á veinte y nueve de mayo del año de 1575; pero mandó que no se tañese campanilla, ni se supiese; mas ya estaba puesta, y aun envió un criado suyo que dijese la misa, y con esto se tomó la posesión y se comenzaron á decir los oficios divinos: el nombre del Monasterio, es San José del Carmen.

Lo que fué menester para acomodar como quiera la casa, lo buscó el Padre Mariano, porque ellas, si no era con lo que traían cubiertos los carros, ninguna otra cosa traían. No había dado enteramente la licencia el Arzobispo, mas de para que se dijese misa, y la Madre, de eso y de otras cosas, estaba tan poco contenta, que si no fuera por no dar disgusto al Padre Visitador Fray Jerónimo Gracián y al

(1) Fué presentado para la iglesia metropolitana de Sevilla en 1571, habiendo sido antes Obispo de Oviedo y de Córdoba. Asistió al Concilio de Trento, y era tan celoso en puntos de jurisdicción y disciplina, como caritativo con los pobres. Murió en 1580.

Padre Mariano, sin ninguna pesadumbre se volviera con sus monjas. El Padre Maestro Mariano iba poco á poco ablandando al Arzobispo, y él decía que vería presto á la Madre.

En este mismo tiempo vinieron los Padres del Paño á saber por dónde se había fundado aquel Monasterio, y la Madre les mostró la patente que tenía de su General, y con esto se sosegaron. Quiso Dios que no supiesen lo poco que el Arzobispo gustaba de él, que á saberlo pudieran, si quisieran, ser parte para deshacerle. Pasados algunos días, fuéla á ver el Arzobispo, y hablóle la Madre de tal manera, que no pudo resistir á Dios que hablaba en ella, y la dijo que fuese todo como ella quisiese, y de allí adelante siempre la favoreció en todo lo que se ofrecía (1).

(1) A propósito de esta fundación de Sevilla y de la primera religiosa que tomó el hábito en aquel monasterio, narra Santa Teresa una historia muy edificante. Dice así, *Fundaciones* cap. XXVI: De la primera que aquí entró quiero tratar, por ser cosa que os dará gusto. Es una doncella hija de padres muy cristianos, montañés el padre. Esta, siendo de muy poca edad, como de siete años, pidióla á su madre una tía suya para tenerla consigo, que no tenía hijos; llevada á su casa, como la debía regalar y mostrar el amor que era razón, unas sus mujeres debían tener esperanza que les había de dar su hacienda, antes que la niña fuese á su casa, y estaba claro que, tomándola amor, lo había de querer más para ella.

Acordaron quitar aquella ocasión con un hecho del demonio, que fué levantar á la niña que quería matar á su tía, y que para esto había dado á la una no sé qué maravedís que la trajese de solimán. Dicho á la tía, como todas tres decían una cosa, luego las creyó, y la madre de la niña también, que es una mujer harto virtuosa.

Tomó la niña y llevóla á su casa, pareciéndole se criaba en ella una muy mala mujer. Díceme la Beatriz de la Madre de Dios, que así se llama, que pasó más de un año, que cada día la azotaba y atormentaba, y hacía dormir en el suelo, porque le había de decir tan gran mal. Como la muchacha decía que no lo había hecho, ni sabía qué cosa era solimán, parecíale muy peor, viendo que tenía ánimo para encubrirlo. Afligíase la pobre madre viéndola tan recia en encubrirlo, pareciéndole nunca se había de enmendar. Harto fué no se lo levantar la muchacha, para librarse de tanto tormento, mas Dios la tuvo, como era inocente, para decir siempre verdad; y como su Majestad torna por los que están sin culpa, dió tan gran mal á las dos de aquellas mujeres, que parecía tenían rabia, y secretamente enviaron por la niña á la tía, y la pidieron perdón, y viéndose á punto de muerte, se desdijeron; y la otra hizo otro tanto, que murió de parto. En fin, todas tres murieron con tormento, en pago del que habían hecho pasar á aquella inocente. Esto no lo sé de sólo ella, que su madre fatigada después, que la vió monja, de los malos tratamientos que la había hecho, me lo contó con otras cosas, que fueron hartos sus martirios; y no teniendo su madre más y siendo harto buena cristiana, permitía Dios que ella fuese el verdugo de su hija, queriéndola muy mucho. Es mujer de mucha verdad y cristiandad.

Habiendo la niña como poco más de doce años, leyendo en un libro que trata de la vida de Santa Ana, tomó gran devoción con los santos del Monte Carmelo, que dice allí, que su madre de Santa Ana iba á tratar con ellos muchas veces (creo se llama Merenciana), y de aquí fué tanta la devoción que tomó con esta Orden de nuestra Señora, que luego prometió ser monja de ella, y castidad. Tenía muchos ratos de soledad, cuando ella podía, y oración. En especial le hacía Dios grandes mercedes y nuestra Señora, y muy particulares. Ella quisiera luego ser monja, no osaba por sus padres, ni tampoco sabía á donde hallar esta Orden, que fué cosa para notar, que con haber en Sevilla monasterio de ella, de la regla mitigada, jamás vino á su noticia, hasta que supo de estos monasterios, que fué des-

pués de muchos años. Como ella llegó á la edad para poderla casar, concertaron sus padres con quien casarla, siendo harto muchacha; mas como no tenían más de aquélla, que aunque tuvo otros hermanos muriéronse todos, y ésta, que era la menos querida, les quedó; que cuando le acaeció lo que he dicho, un hermano tenía, que éste tornaba por ella, diciendo no lo creyesen. Muy concertado ya el casamiento, pensando ella no hiciera otra cosa, cuando se lo vinieron á decir, dijo el voto que tenía hecho de no se casar, que por ningún arte, aunque la matasen, no lo haría.

El demonio que los cegaba, ó Dios que lo permitía, para que ésta fuese mártir (que ellos pensaron que tenía hecho algún mal recaudo, y por eso no se quería casar) como ya habían dado la palabra, y ver afrentado al otro, diéronla tantos azotes y hicieron en ella tantas justicias, hasta quererla colgar, que la ahogaban, que fué ventura no la matar. Dios que la quería para más, le dió vida. Díceme ella á mí, que ya á la postre casi ninguna cosa sentía, porque se acordaba de lo que había padecido Santa Inés, que se lo trajo el Señor á la memoria, y que se holgaba de padecer algo por El y no hacía sino ofrecérselo. Pensaron que muriera, que tres meses estuvo en la cama que no se podía menear.

Parece cosa muy para notar: una doncella que no se quitaba de par de su madre, con un padre harto recatado, según yo supe, cómo podían pensar de ella tanto mal; porque siempre fué santa y honesta, y tan limosnara, que cuanto ella podía alcanzar era para dar limosna. A quien nuestro Señor quiere hacer merced de que padezca, tiene muchos medios, aunque desde algunos años les fué descubriendo la virtud de su hija, de manera, que cuanto quería dar de limosna la daban y las persecuciones se tornaron en regalos. Aunque con la gana que ella tenía de ser monja todo se le hacía trabajoso, y así andaba harto desabrida y penada, según me contaba.

Acaeció trece ó catorce años antes que el padre Gracián fuese á Sevilla, que no había memoria de Descalzos carmelitas, estando ella con su padre y con su madre y otras dos vecinas, entró un fraile de nuestra Orden vestido de sayal, como ahora andan, descalzo. Dicen que tenía un rostro fresco y venerable, aunque tan viejo que parecía la barba como hilos de plata, y era larga, y púsose cabe ella, y comenzó á hablar un poco en lengua que ni ella ni ninguno lo entendió; y acabando de hablar, santiguóla tres veces diciéndole: *Beatriz, Dios te haga fuerte*, y fué. Todos no se meneaban, mientras estuvo allí, sino como espantados. El padre le preguntó que quién era. Ella pensó que él le conocía. Levantáronse muy presto para buscarle, y no pareció más. Ella quedó muy consolada, y todos espantados, que vieron era cosa de Dios, y así ya la tenían en mucho, como está dicho. Pasaron todos estos años, que creo fueron catorce, después de esto, sirviendo ella siempre á nuestro Señor, pidiéndole que cumpliese su deseo.

Estaba harto fatigada, cuando fué allá el padre maestro fray Jerónimo Gracián; yendo un día á oír un sermón en una iglesia de Triana, á donde su padre vivía, sin saber ella quién predicaba, que era el padre maestro Gracián, vióle salir á tomar la bendición. Como ella le vió el hábito y descalzo, luego se le representó el que ella había visto que era así el hábito, aunque el rostro y edad era diferente, que no había el padre Gracián aún treinta años. Díceme ella que de grandísimo contento se quedó como desmayada; aunque había oído que habían allí hecho monasterio en Triana, no entendía era de ellos. Desde aquel día fué luego á procurar confesarse con el padre Gracián, y aun esto quiso Dios que le costase mucho, que fué más, ó al menos tantas, doce veces, que nunca la quiso confesar. Como era moza y de buen parecer, que no debía de haber entonces veinte y siete años, él apartábase de comunicar con personas semejantes, que es muy recatado. Ya un día estando ella llorando en la iglesia, que también era muy encogida, díjole una mujer que ¿qué había? Ella le dijo que había tanto que procuraba hablar á aquel padre, y que no tenía remedio, que estaba á la sazón confesando. Ella llevóla allá y rogóle que oyese aquella doncella, y así se vino á confesar generalmente con él. El como vió alma tan rica, consolóse mucho, y consolóla con decirle que podría ser fuese monja Descalza, y que él haría que la tomasen luego; y así fué, que lo primero que me mandó fué que fuese ella la primera que recibiese, porque él estaba satisfecho de su alma, y así se lo dijo á ella. Cuando íbamos, puso mucho cuidado en que no lo supiesen sus padres, porque

no tuviera remedio de entrar. Y así el mismo día de la Santísima Trinidad dejó unas mujeres que iban con ella, que para confesarse no iba su madre, y era lejos el monasterio de los Descalzos, adonde siempre se confesaba, y hacía mucha limosna, y sus padres por ella. Tenía concertado con una muy sierva de Dios, que la llevase, y dice á las mujeres que iban con ella, que era muy conocida aquella mujer por sierva de Dios en Sevilla, que hacía grandes obras, que luego vendría: y así la dejaron tomar su hábito y manto de jerga, que yo no sé cómo se pudo menear, sino con el contento que llevaba todo se le hizo poco. Sólo temía, si le habían de estorbar, y conocer cómo iba cargada, que era muy fuera de como ella andaba. ¡Qué hace el amor de Dios! Como ya ni tenía honra ni se acordaba sino de que no impidiesen su deseo, luego la abrimos la puerta. Yo lo envié á decir á su madre; ella vino como fuera de sí, mas dijo, que ya veía la merced que Dios hacía á su hija; y, aunque con fatiga, lo pasó, no con extremos de no hablarla, como otras hacen, antes en un ser nos hacía grandes limosnas.

Comenzó á gozar de su contento tan deseado la esposa de Jesucristo, tan humilde y amiga de hacer cuanto había, que teníamos hartos que hacer en quitarle la escoba; estando en su casa tan regalada, todo su descanso era trabajar. Con el contento grande fué mucho lo que luego engordó. Esto se le dió á sus padres de manera, que ya se holgaban de verla allí.

Al tiempo que hubo de profesar, dos ó tres meses antes, porque no gozase tanto bien sin padecer, tuvo grandísimas tentaciones, no porque ella se determinase á no la hacer, mas parecíale cosa muy recia; olvidados todos los años que había padecido por el bien que tenía, la traía el demonio tan atormentada, que no se podía valer. Con todo, haciéndose grandísima fuerza, le venció de manera, que en mitad de los tormentos concertó su profesión. Nuestro Señor que no debía de aguardar á más de probar su fortaleza, tres días antes de su profesión la visitó y consoló muy particularmente, y hizo huir al demonio. Quedó tan consolada, que parecía aquellos tres días que estaba fuera de sí de contenta, y con mucha razón, porque la merced había sido grande. Dende á pocos días que entró en el monasterio, murió su padre, y su madre tomó el hábito en el mismo monasterio, y le dió todo lo que tenía en limosna, y está con grandísimo contento madre y hija, y edificación de todas las monjas, sirviendo á quien tan gran merced las hizo. Aun no pasó un año, cuando se vino otra doncella harto sin voluntad de sus padres, y así va el Señor poblando esta su casa de almas tan deseosas de servirle, que ningún rigor se las pone delante, ni encerramiento. Sea por siempre jamás bendito y alabado por siempre jamás. Amén.

CAPÍTULO VI

De lo que la Madre Teresa de Jesús pasó en Sevilla, y cómo dejó á sus monjas en casa propia antes que se fuese

Con ser Sevilla lugar tan rico, y donde tan gruesas limosnas se hacen, y que parecía que se había luego de hallar quien las ayudase para comprar casa y para sustentarse, ejercitó nuestro Señor allí á la Madre y á sus compañeras tan bien, que en ninguna parte se vió con tanta necesidad; porque no solamente no tenían casa en algunos meses, sino aun para tener lo necesario para pasar la vida había harto trabajo. La casa desacomodada y desproveída, no tenían en qué dormir, ni qué comer, y aconteciolas, para hacer unos huevos, andar á buscar por casa algunos pedazuelos de sogá con que hacer lumbre: aunque esto con grande alegría lo llevaban. Nadie las conocía, ni las visitaba, y sobre todo esto la Madre enfermó, y á las demás tampoco probó la tierra, porque entraron allí en lo recio de los calores, y tenían tan mala comodidad como habemos dicho.

Monjas no entraban, y las que antes de venir la Madre deseaban entrar, después, espantadas con el rigor de aquella vida, no osaban. Después entraron algunas, que ayudaron harto, y más una señora viuda que descó entrar, y la segunda vez que vino á hablar de ello las trajo, sin pedirla nada, dos mil y setecientos ducados en tejos de oro y reales; y dilatando su entrada hasta que ella acabase algunos negocios que tenía, la llevó el Señor y dejó su hacienda al Monasterio. Pero una entró luego al principio, que ayudó más que todas para probar la paciencia y virtud de las demás, y diólas tanto en que entender, y puso á la Madre y á todas en tanto extremo de aflicción, que como la misma Madre decía, había sido bien menester escoger las que habían de venir á Sevilla entre todas, para que pudiesen llevar lo que llevaron. Los que trataban que se recibiese ésta, decían de ella cosas tan grandes, que les dijo la Madre, que si aquella monja no hacía milagros, no salían ellos con su honra. Estuvo en la religión

algunos meses, y porque ella estaba hecha á otra manera de vivir diferente de ésta, en fin, la dejó, y se volvió á la que antes tenía. Era muy conocida en Sevilla, y tenía gran opinión de virtud, y el estar ella fuera, fué ocasión de muchas cosas que dijeron de las monjas, y de muchos testimonios que las levantaron, y muy pesados. Pero en fin, prevaleció la verdad, y no pudo ser vencida de la mentira, aunque fué harto perseguida y apretada, y quedaron por buenas las que lo eran, y su virtud y religión más apurada y conocida; y la gente grave que había andado engañada se desengañó.

En este tiempo escribió la Madre una carta á una Priora de sus Monasterios, en que se declaraba aún más que yo me declaro aquí, donde dice así: «Esta envié á la madre Priora de Medina, que estará con pena de una que le escribí, y estuve bien corta en encarecer trabajos. Sepa que después de la fundación de San José, ha sido todo nada en comparación de lo que aquí he pasado; de que lo sepan, verán que tengo razón.» Y después dice: «Ahora se entenderá ser todos desatinos, y tales eran los que decían por ahí, que atábamos las monjas de pies y manos, y las azotábamos, y pluguiera á Dios fuera todo como esto. Sobre este negocio tan grave otras mil cosas, que ya veía yo claro que quería el Señor apretarnos para acabarlo todo bien, y así lo creo; por eso no tengo pena ninguna, antes espero en el Señor nos podremos ir presto» (1).

(1) Carta dirigida á la Madre María Bautista, Priora de Valladolid, á 29 de Abril de 1576. En medio de tantas contradicciones y trabajos no dejaba la Santa de recibir muy señalados regalos de su divina Majestad, según ella misma nos lo refiere. «Octava de Todos Santos (1575), dice, tuve dos ó tres días muy trabajosos de la memoria de mis grandes pecados, y unos temores grandes de persecuciones, que no se fundaban sino en que me habían de levantar grandes testimonios, y todo el ánimo que suelo tener á padecer por Dios me faltaba; aunque yo me quería animar y hacer actos, y veía que sería gozar gran ganancia, aprovechaba poco, que no se me quitaba el temor. Era una guerra desabrida. Topé con una letra donde dice mi buen Padre, que dice San Pablo que no permite Dios que seamos tentados más de lo que podemos sufrir (1.^a Cor., X, 13). Aquello me alivió harto, mas no bastaba, antes otro día me dió una aflicción grande de verme sin él. Como no tenía á quien acudir con esta tribulación, que me parecía vivir en una grande soledad. Y ayudaba el ver que no halló ya quien me dé alivio sino él, que lo más había de estar ausente, que me es harto gran tormento.

Otra noche después, estando leyendo en un libro, hallé otro dicho de San Pablo, que me comenzó á consolar, y recogida un poco, estaba pensando cuán presente había traído de antes á Nuestro Señor, que tan verdaderamente me pareció ser Dios vivo. En esto pensando, me dijo, y parecióme muy dentro de mí, como al lado del corazón, por visión intelectual: *Aquí estoy, sino que quiero que veas lo poco que puedes sin Mí*. Luego me aseguré y se quitaron todos los miedos, y estando la misma noche en Maitines, el mismo Señor, por visión intelectual, tan grande que casi parecía imaginaria, se me puso en los brazos, á manera de como se pinta en la quinta *angustia*. Hízome temor harto esta visión, porque era muy patente, y tan junto á mí, que me hizo pensar si era ilusión. Díjome: *No te espantes de esto, que con mayor unión sin comparación está mi Padre con tu ánima*. Háseme así quedado esta visión harto agora representada. Lo que digo de Nuestro Señor, me duró más de un mes; ya se me ha quitado.

El día de Nuestra Señora de la Natividad, tengo particular alegría (1575).

Tuvo la Madre harta razón de decir esto, porque llegó tan adelante la maldad, que las fueron á acusar delante del Santo Oficio, y se tomaron testigos por donde constó su inocencia y santidad, y del agravio tan grande que se les hacía, y con esto paró allí el negocio. Tenían también un clérigo que las confesaba, tan escrupuloso é ignorante que aun no las consentía signarse y santiguarse con las palabras latinas que comúnmente todas decían (1); y estaba tan pagado de la manera de proceder de otra monja que antes había entrado, que decía que las demás andaban engañadas, y ella sola acertada, y que ésta había de reformar á las demás. En alguna parte de este tiempo y de estos trabajos no era sola la aflicción de los hombres, sino Dios parecía que se retiraba para que su sierva padeciese: y así dice que en su vida se halló tan cobarde y de poco ánimo como entonces, y que ella á sí misma no se conocía, porque aunque siempre tenía confianza en Dios, estaba tan diferente de lo que solía estar después que comenzó á andar en estas fundaciones, que sentía ella que el Señor había apartado la mano en alguna manera, para que viese que el ánimo que solía tener no era suyo, sino del mismo Señor.

Había estado allí la Madre desde el fin de mayo hasta cerca de la Cuaresma del año siguiente, y ni había memoria de comprar casa, ni con qué, ni quien la fiasse, como en otras partes; y porque veía que la mandarían presto volverse á Castilla, porque se ofrecían otros negocios, estaba con mucha pena, porque no quería dejar las monjas sin casa.

Acertó entonces á llegar allí Lorenzo de Cepeda, su hermano,

Cuando este día vino, parecióme sería bien renovar los votos, y queriéndolo hacer, se me representó la Virgen Señora Nuestra por visión iluminativa, y parecióme los hacía en sus manos, y que le eran agradables. Quedóme esta visión por algunos días, cómo estaba junta conmigo, hacia el lado izquierdo. Un día, acabando de comulgar, me pareció verdaderamente que mi alma se hacía una cosa con aquel cuerpo Sacratísimo del Señor, cuya presencia se me representó y hízome gran operación y aprovechamiento. *Cfr. La Fuente*, I, pág. 169 y 170.

(1) Este infeliz clérigo fué quien delató á Santa Teresa y á sus religiosas al Santo Oficio, según refiere el Padre Yepes. «Vinendo un día el Padre Fray Jerónimo de la Madre de Dios Gracián, á visitar á la Santa Madre, vió en la calle muchos caballos y mulas, y sabiendo que eran de los señores inquisidores y sus ministros, que estaban en el monasterio para averiguar la verdad del caso, y al clérigo en una esquina esperando el momento en que llevasen presas á las religiosas, dióle gran miedo y turbación; en llegando á hablar á la Madre, díjole ésta con alegre rostro, que no se turbase ni tuviera pena, que ya nuestro Señor le había dicho en la oración que no temiese, que todo sería nada, y que los que pretendían obscurecer la verdad no saldrían con su intento. Y así fué, porque aclararon los inquisidores la verdad y dieron muy gran reprensión al clérigo; y para más certificarse del espíritu y manera de proceder en la Santa Madre, acudieron al Padre Rodrigo Alvarez, varón muy espiritual de la Compañía de Jesús, á quien la Madre dió una relación por escrito de su vida, y él la aprobó y mostró á los inquisidores, y con esto cesó el alboroto, redundando todo en mayor estima de la virtud y santidad de la Madre y de sus monjas. *Vida de Santa Teresa*, lib. II, cap. XXVII. La Relación á que hace referencia es la que reproduce el P. Ribera más adelante en el lib. IV, cap. III.

que venía de Indias, y él ayudaba mucho, y ponía gran diligencia en que se comprase casa. La Madre acogíase á Dios, que la remediaba todas sus necesidades, y al glorioso San José, y hacíase mucha oración porque el Señor les diese casa. Y estándole ella pidiendo esto un día, díjola el Señor: *Ya os he oído; déjame á mí.* Con esto hizo cuenta que ya la tenía. Una concertaron, y era á gusto de todos, porque estaba en buena parte, pero estábanlas muy mal, porque era muy vieja y habíase de labrar de nuevo y gastarse muchos dineros; pero el Señor, que veía no las estaba ésta bien, porque se tardaría muchos años en labrar, y no tenían con qué, como había tomado á su cargo proveerlas de casa, hizo que el mismo dueño pusiese inconvenientes al tiempo de hacer las escrituras y se holgase de que la venta se deshiciese, para darlas otra mejor. Y así fué, porque se compró otra que costó seis mil ducados, mucho mejor, aunque no la faltó contradicción, porque unos religiosos que vivían cerca, las hicieron grandes requerimientos que no se pasasen á ella. Pero la Madre ordenó que ella y la madre María de San José, á quien había hecho Priora, y otras dos monjas se pasasen una noche con gran secreto, y estaban allí, y Lorenzo de Cepeda, que había trabajado mucho en todo esto, las daba de comer, porque no se tenía por Monasterio aquella casa, y no había limosna sino era del Prior de las Cuevas, que es de los Padres Cartujos, que era muy siervo de Dios y las amaba mucho.

Estarían como un mes así, y en este tiempo Lorenzo de Cepeda gastó muchos dineros en acomodar la iglesia y algunas piezas de casa que, á no le traer Dios entonces, no pudieran hacer nada. Ya que todo estaba acabado, la Madre quisiera que se pusiera el Santísimo Sacramento sin ruido ninguno; pero al Padre Prior de las Cuevas y á un clérigo siervo de Dios de aquella ciudad, que se llamaba Garcí-Alvarez, que tomaban el negocio como propio suyo, pareció, que para que fuese el Monasterio conocido, convenía se pusiese con mucha solemnidad, y fuéronlo á tratar con el Arzobispo, á quien pareció lo mismo. El mandó que se juntase la clerecía y algunas cofradías, y se aderezasen las calles, y se llevase de una parroquia el Santísimo Sacramento. Todo se hizo así, y Garcí-Alvarez aderezó la iglesia y claustro del nuevo Monasterio muy bien, y puso muy buenos altares é invenciones curiosas, y entre ellas una fuente de agua de azahar, aunque ésta no la quisiera la Madre. Las calles se aderezaron muy bien, y el Santísimo Sacramento se trajo con gran solemnidad y con mucha música de voces é instrumentos: púsole el mismo Arzobispo un domingo antes de Pascua de Espíritu Santo, que fué á tres de Junio del año de 1576. Aconteció este día una cosa que con razón puso espanto á todos los que la vieron.

Había habido en la fiesta muchos cohetes y tiros de artillería, y acabada la procesión, ya muy tarde, quisieron tirar más, y no sé

cómo se prendió un poco de pólvora, que fué maravilla no matar al que la tenía, y la llama subió hasta lo alto de la claustra, y los arcos estaban cubiertos con unos tafetanes amarillos y de carmesí, y la piedra que estaba debajo, en los arcos de los tafetanes, quedó negra del humo, y los tafetanes, que al parecer todos se habían de abrasar, tan sanos y buenos como se habían puesto. Quedó la Madre muy consolada de lo que se había hecho, y de dejar á sus monjas en casa propia y tan buena, en que vivieron como diez años. Después, la madre Isabel de San Francisco, siendo Priora de allí, compró otra el año de 1586, que costó doce mil y setecientos ducados, que es en la que ahora viven, ayudándola algunas personas devotas, y más que todas Pedro Cerezo Pardo, hombre muy noble en linaje, y no menos un punto en virtudes, y más en la mayor de todas, que es la caridad, que gasta ordinariamente su hacienda en obras semejantes con gran liberalidad. En estas obras nunca se cansa, porque cuanto anda granjeando y trabajando es para hacerlas. Ayudó para la compra de la casa de las monjas con seis mil ducados, y para la iglesia ha dado muchos ornamentos y piezas de plata, y entre ellas una lámpara que le costó doscientos ducados, y una cruz de plata con reliquias que costó trescientos. Y la primera vez que fué al Monasterio las dió cuatrocientos ducados. Y dejando otras religiones, á quien ha hecho muy gruesas limosnas, porque á una sé yo que ha dado en veces tres mil ducados: á ésta de Descalzas y Descalzos ha mostrado bien su liberalidad, y tanto, que sería menester mucho para decirlo, porque, dejadas grandes limosnas que ha hecho á los conventos de Madrid, Granada, Veas, Burgos, Salamanca, Alba y otros, el de las Descalzas de Lisboa por él se fundó, y dió para eso tres mil ducados, y cada día les envía. El de los Padres Descalzos de Sevilla tiene recibidos de él dos mil ducados juntos, y más lo que cada día les da. Y aunque lo que da es tanto, su voluntad y ánimo es muy mayor, porque hace todo esto como si hiciese una pequeña y ordinaria limosna. Bien creo que á él le pesará de que yo escriba esto, pero hágolo por la gloria de Dios, y por el buen ejemplo que con semejantes obras se da.

La que hizo Lorenzo de Cepeda le pagó el Señor, entre otras mercedes que le hizo, en tomar para sí una niña que traía hija suya, que se llamaba Doña Teresa, y la Madre se acodició á ella por verla tan bonita, y de tan buenas partes para servir á nuestro Señor, y ahora está ya profesa en San José de Avila, y se llama Teresa de Jesús. Acabada toda la fiesta el domingo, y acabados los trabajos por entonces, cuando había la Madre de descansar un poco, se partió luego el día siguiente, porque era menester en Castilla, y los calores iban entrando mucho, y era muy dañosa la tardanza. Aguóseles bien la fiesta á las monjas con ver apartar de sí tan buena Madre, con

quien estaban tan consoladas; pero no se pudo detener más por las razones ya dichas, y porque deseaba tener la Pascua de Espíritu Santo, que era la semana siguiente, en Malagón. Dejó por Priora, como he dicho, á la madre María de San José, que lo fué siempre hasta que fué á la fundación de Lisboa, y por Superiora á María del Espíritu Santo.

CAPÍTULO VII

De la fundación del duodécimo Monasterio, que fué el de Caravaca

Estando la Santa Madre Teresa de Jesús en Avila, de partida para la fundación de Veas, llegó un hombre de Caravaca con cartas de una señora principal de aquel lugar, que se llamaba Doña Catalina de Otalora (mujer que había sido del licenciado Muñoz, oidor del Consejo de Indias, y después fué proveído para el Real), en que rogaba á la Madre fuese á fundar en aquella villa. La ocasión fué ésta.

Predicó allí un día un Padre de la Compañía de Jesús, y del sermón salieron determinadas de dejar el mundo y servir á Dios en religión tres doncellas muy nobles y parientas muy cercanas entre sí, cuyos nombres son Doña Francisca de Saojosa, Doña Francisca de Moya, Doña Francisca Tauste. La primera de éstas era sobrina de Doña Catalina de Otalora, y estaba con ella en su casa, adonde también vinieron las demás; porque Doña Catalina las dijo que, si ellas querían hacer Monasterio en aquel lugar, las ayudaría con dos mil ducados y con el favor que pudiese, para que se sacase licencia del Consejo de Ordenes, que sin ella no se podía fundar en aquella villa, por ser de la Encomienda de Santiago.

Allí estaban con la clausura que en un Monasterio, porque en una parte de su casa que esta señora las había dado, tenían capilla y confesonario y torno. Dudaban mucho de qué orden convenía que fuese el Monasterio, y no se resolvían, hasta que vino allí un Padre de la Compañía de Jesús, llamado Leiva, y las dijo que andaba en el reino de Toledo una mujer de gran santidad, que llamaban Teresa de Jesús, y fundaba Monasterios de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, de gran religión y encerramiento. En oyendo esto, se determinaron é hicieron á Doña Catalina que en nombre de todas la escribiese, ofreciéndola la hacienda de todas tres para la fundación. Esta su demanda puso devoción á la Madre, y partió de Avila con determinación de ir allá en fundando en Veas, y para eso llevó más

monjas de las que había de llevar. Esto mismo respondió á doña Catalina de Otalora, encargándola que entretanto tuviesen sacada licencia del rey. Esta alcanzaron presto, porque la Madre Teresa de Jesús escribió al rey don Felipe, y la dió luego. Pero venía en ella que el Monasterio estuviese sujeto al Ordinario, y por esta razón fué menester volver otra vez á la corte, porque quería la Madre que estuviese sujeto á la orden como los demás.

Entretanto que esto se hacía, pareció al Padre Fray Jerónimo Gracián, Visitador Apostólico, que la Madre se partiese de Veas, donde á la sazón estaba, para ir á la fundación de Sevilla, y así se dilató aquello con harto dolor de aquellas señoras, que se habían dado gran priesa á aderezar lo que era menester para la iglesia, y pensaban tener ya el negocio acabado. Traía consigo la Madre á Ana de San Alberto para dejarla por Priora de Caravaca, y con esto llevósela á Sevilla, y las otras que traía para el mismo Monasterio, tornólas á enviar á Malagón.

Venida la licencia cual se deseaba, estas siervas de Dios no cesaban de dar priesa á la Madre, para que viniese y hiciese el Monasterio. Como su petición era tan piadosa y tan justa, y las cosas de Sevilla iban más á la larga, pareció á la Madre y al Padre Visitador enviar monjas que fundasen por ella. Para esto envió de Sevilla á la madre Ana de San Alberto, á quien hizo Priora, y vino derecha á Malagón, y tomó de allí otras cuatro, que fueron Bárbara del Espíritu Santo, que quedó por Superiora, Ana de la Encarnación, Juana de San Jerónimo, Catalina de la Asunción, y llegaron á Caravaca día de la Espectación del parto de nuestra Señora, donde fueron muy alegremente recibidas de aquellas tres siervas de Dios, no en casa de doña Catalina de Otalora, sino en casa de Rodrigo de Moya, padre de doña Francisca de Moya, que las había dado parte de su casa, donde ellas tenían acomodada muy bonita iglesia con su coro, y puesta reja y torno. En acomodar lo que faltaba y en hacer las escrituras y entregarlas la hacienda, se pasó hasta la víspera de la Circuncisión, y el día siguiente, primero del año de 1576, se puso el Santísimo Sacramento y se tomó la posesión. Fué la advocación de San José. El mismo día tomaron el hábito las dos de las fundadoras, porque la tercera fué por entonces necesario que estuviese algunos días con una hermana suya. De ésta dice la Madre en sus fundaciones que quedó fuera, y así lo estaba al tiempo que ella escribió aquella fundación. Mas luego al cabo de dos ó tres meses poco más ó menos, viniendo el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián á visitar aquella casa, la dió el hábito, y á su tiempo profesaron todas tres. Llámense Francisca de la Madre de Dios, Francisca de la Cruz, Francisca de San José, nombrándolas por el orden que al principio de este capítulo las nombré, y viven allí con muy buen ejemplo, y mucha religión.

CAPÍTULO VIII

De cómo pararon las fundaciones por cuatro años, y lo que en esto hizo y padeció la Madre Teresa de Jesús

Desde Sevilla vino la Madre á Malagón, y de allí á Toledo, donde estuvo algunos meses. Y porque los que sirven mucho á Dios ganando almas para El son muy aborrecidos del enemigo de nuestra salud, y hace contra ellos cuanto puede, no se contentó con lo que había hecho en Sevilla, sino por otras muchas partes procuró estorbar no se hiciesen más casas de las hechas, porque le pesaba mucho con ellas, y aun hechas tenía diligencias, si Dios no lo estorbara, para que se deshicieran las que se habían fundado de monjas y de frailes.

Como iba la Madre fundando estas casas, iba dando noticia de ello á su General, y él la escribía que recibía grandísimo contento; y uno de los mayores alivios que ella tenía, en los muchos y grandes trabajos que en las fundaciones pasaba, era el contento que á su General daba, porque como le tenía en lugar de Dios, veía que dársele á él, le daba á Dios. Escribióle pidiéndole que no la mandase fundar más casas, y él respondió que no haría eso, porque deseaba fundase tantas como cabellos tenía en la cabeza. Pocos años después de esto hicieron capítulo general los Padres Carmelitas, y enviáronla un mandato, antes que saliese de Sevilla, no sólo para que no fundase más casas, sino también para que escogiese la que más quisiese para vivir, y no saliese de ella. Esto venía á la Madre muy á propósito de lo que ella deseaba, que era acabar la vida en sosiego, y no andar tantos caminos, aunque lo entendían bien al revés los que lo procuraron. Diéronse informaciones contra ella, diferentes del hecho verdadero, en las cuales estaba consolada con tener á Dios por testigo de su inocencia: lo que más sentía era que con semejantes informaciones habían algunos hecho que el Padre General estuviese con ella disgustado.

Para que se entienda la causa de haber cesado las fundaciones, se ha de saber, que habiendo venido la Madre á Avila de Toledo, y habiéndose acabado por entonces los tres años de la Priora, que había sido después de ella en la Encarnación, las monjas de aquel Monasterio, que primero habían resistido mucho á su entrada, queríanla tanto, que ellas y las demás la volvieron á elegir por Priora, con tanta conformidad, que con ser muchos los votos, tuvo de cuatro partes las tres y aun más. Acabósele en este tiempo el oficio al Padre Fray Pedro Hernández, y así la elección, para valer, había de ser confirmada por el Provincial de los Padres del Paño, y ellos no quisieron pasar por la elección, por justos respetos que debieron moverles. Las monjas deseaban tanto tenerla, que pleitearon mucho sobre ello, ayudándose del Nuncio y del Consejo Real, y gastando muchos dineros, y andaban tras el Provincial, procurando notificarle provisiones reales, y excusándose él de oírlas.

En este tiempo pasé yo por Avila, y visité á la Madre en San José, y me contó lo que pasaba, y estaba con miedo que habían de salir las monjas con lo que pretendían, y con harto deseo de estarse queda en su casa, y así se lo concedió nuestro Señor, porque nunca las monjas de la Encarnación pudieron alcanzar la confirmación de su Provincial. Antes de esto, siendo Prior en Pastrana el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, con el deseo que siempre ha tenido de la gloria de Dios, y de extender su religión, pidió al Nuncio licencia para ir á fundar un Monasterio de frailes Descalzos en Sevilla, y así en el Nuncio, como en el Arzobispo de Sevilla, don Cristóbal de Rojas, halló mucho favor, y le fundó. Y estando allá hubo el Nuncio, por orden del Papa, de nombrar Visitadores para frailes y monjas del Carmen de los del Paño, y tratándolo con el rey, y queriéndolo su Majestad así, nombró por Visitador de ellos en toda la Andalucía al Padre Fray Jerónimo Gracián. El comenzó á hacer su oficio con mucha rectitud y caridad y prudencia, y proveía lo que entendía era menester. Entonces sacó del Monasterio de las Descalzas de Sevilla á la Madre Isabel de San Francisco, natural de Villacastín, de quien otras veces he dicho, y la llevó á Paterna, para reformar un Monasterio que allí hay de monjas de la regla mitigada, donde ella hizo á nuestro Señor mucho servicio, y á las monjas harto provecho. Este oficio tenía el Padre Gracián, cuando fué la Santa Madre á fundar á Veas y á Sevilla, como ya queda dicho.

Juzgaban algunos no convenir á la autoridad y buen nombre de los Padres del Paño, que un Padre, mozo en años y religión, les hubiese de visitar, por haber en ella (como los había) para poder hacer esto, Padres ancianos y de mucha religión y ejemplo, y perdonara él aquel oficio de buena gana, y á ellos excusara aquella pesadumbre, que fué principio de otras mayores. Mas no solamente no le descargó

de eso el Nuncio (1), sino antes al tiempo que estaba con la Madre en Veas, como en su lugar dijimos, le envió á llamar y le hizo también Visitador apostólico de los Descalzos y Descalzas de toda la provincia de Castilla.

Haciendo este oficio edificaba mucho en todas partes con su vida y doctrina, y en algunas pedían Monasterios de monjas y de frailes de esa orden. Viniendo á fundar en Valladolid, sacaron los Padres del Paño, por la causa dicha, breve de otro Nuncio, que había sucedido al pasado, que era Filipo (2), Obispo de Placencia, para reducir los Descalzos á la obediencia que ellos pretendían debérseles por su antigüedad, diciendo que estaban descomulgados, y que no querían obedecer al General. Viendo esto el Padre Gracián, hizo recurso al Nuncio, el cual le dió una gran reprensión: él la oyó postrado en tierra, sin responder cosa por sí con mucha humildad, y el Nuncio le mandó estuviere en un Monasterio hasta que se determinase su causa. Las informaciones que se dieron de cosas de los Padres Descalzos, llegaron á las orejas del rey, y á las de su General, y él, según ellas, tomó de tal manera el negocio, que juzgaba convenir al servicio de Dios y paz de su religión, que se acabasen estos Monasterios de Descalzos, y se estuviesen las cosas como antes que ellos comenzasen, y estaba con la Madre desabrido, porque no ayudaba á esto, con haberla querido antes tanto, y haberla dado licencia para fundación de ellos.

(1) Era á la sazón Nuncio de su Santidad en España Monseñor Nicolás Ormaneto, uno de los prelados más celosos que tuvo la iglesia en el siglo xvi. Estuvo en Inglaterra con el Cardenal Polo, y más tarde asistió al Concilio de Trento. San Carlos Borromeo le tuvo de Vicario General y después fué Obispo de Padua. Vino de Nuncio á España en 1572 y murió en junio de 1577. Era tal su pobreza, efecto de su gran liberalidad con los pobres, que Felipe II hubo de costearle los funerales.

(2) Monseñor Felipe Segá, estaba con Don Juan de Austria en Bélgica, cuando le nombraron Nuncio de España. Antes de que saliera para nuestra península, procuraron los carmelitas italianos calzados, congraciarse con él y lo consiguieron fácilmente, valiéndose del Cardenal Buoncompagni, protector de los calzados y sobrino del Papa Gregorio XIII. De aquí su prevención é inquina contra Santa Teresa y su reforma. Pinta de mano maestra, la Santa Madre, con su habitual discreción, á los dos Nuncios con estas palabras: «Murió un Nuncio santo, que favorecía mucho la virtud, y así estimaba los Descalzos. Vino otro, que parecía le había enviado Dios para ejercitarnos en padecer: era algo deudo del Papa, y debe ser siervo de Dios, sino que comenzó á tomar muy á pechos favorecer á los Calzados; y conforme á la información que le hacían de nosotros, enteróse mucho (es decir, tomó con entereza) en que era bien no fuesen adelante estos principios, y así comenzó á ponerlo con obra con grandísimo rigor, condenando á los que le pareció le podrían resistir, encarcelándolos, desterrándolos.»

Atizado por los calzados, dice el Padre Yepes, había resuelto este Nuncio acabar y destruir todos los monasterios, especialmente los de los Carmelitas Descalzos. Era tal la inquina que había concebido contra Santa Teresa que, con ligereza impropia de su cargo, la llamaba: *fémína inquieta y andariega*, que por holgarse andaba en devaneos, so color de religión.

Padecieron mucho en este tiempo los principales de los Descalzos, como el Padre Gracián, el Padre Fray Antonio de Jesús, el Padre Fray Mariano de San Benito y otros, y todos parecía estaban contra ellos, y que aquellos sus Monasterios se habían de acabar. Parecía al Nuncio que no convenía pasasen adelante estos Monasterios, y procurábalo, y desterró, encarceló y penitenció á algunos de estos Padres, y púsoles grandes censuras para que no tratasen de negocio ninguno. Nombró Visitador de los del Paño, que fué el Padre Fray Angel de Salazar, para ellos y para las Descalzas, y vino el negocio de los Padres Descalzos casi á términos de cesar de todo punto.

¿Qué haría entonces la buena Madre Teresa de Jesús? ¿Qué sentiría? Hacía cuenta que por ella se había levantado aquella tempestad, y que si á ella la echasen en la mar como á Jonás, cesaría. Por todos padecía, por todos lo sentía: decíanse de ella cosas muy malas, y ésas no sentía tanto como la aflicción de aquellos Padres, que sabía ella cuán sin causa padecían, y afligíala mucho. Hacía que hubiese en sus Monasterios grande y continua oración y ayunos y disciplinas, y levantaba sus ojos al cielo, de donde había de venir el socorro. Estando una vez en oración, y pensando si querían de veras deshacer esta nueva reformation de los Descalzos las personas que habemos dicho, la respondió el Señor: «Algunos querrían eso, pero no será así, sino todo lo contrario.» Con estas diligencias, no se olvidaba de las humanas. Procuraba favor de los grandes del reino, y de los religiosos de más autoridad, escribía al rey con palabras tan eficaces, que le movieron más que ninguno de los otros medios que con él se tomaron. Esperaba de la mano de Dios con gran paciencia todo lo que viniese, y veía un suceso malo, y otro peor, y no por eso perdía punto de ella. Cuando parecía que se acababa, se tornaba á deshacer, y ella siempre esperando con su acostumbrada paciencia y confianza en Dios. En fin, movió Dios á este católico rey para que ayudase á sus siervos, que andaban probados, y mandó que no fuese sólo el Nuncio juez de aquella causa, sino con cuatro que él señaló, personas graves, y los tres de ellos religiosos, entre los cuales era el Padre Fray Pedro Hernández (1), que había sido su Visitador y estaba bien informado de todo.

En viendo esto la Madre, dió el negocio por acabado, y así se acabó muy bien; y enviando después de Roma el General un Visitador, para que hallando ser verdaderas las informaciones, castigase á los

(1) «Persona de muy santa vida y grandes letras y entendimiento, como dice Santa Teresa.» Fué nombrado por San Pío V, á petición de Felipe II, que no quedó del todo satisfecho con la visita del General, Padre Rubeo ó Rossi. El Padre Pedro Fernández, dominico, hizo á pie la visita de la provincia, llamando la atención de todos este rasgo de austeridad. Mientras vivió en Pastrana hacía vida común con los Descalzos, siguiendo en todo su regla. Por esto no es de extrañar que Santa Teresa tuviera tanta confianza en él.

Descalzos, y aun los deshiciese, no le consintió el rey usar de los poderes. Pasó más adelante la merced que el rey les hizo, que fué pedir él mismo en su nombre, y de los Descalzos, al Papa Gregorio XIII, de gloriosa memoria, con grande instancia y con muchas razones que para ello traía, que Su Santidad sacase á los frailes Descalzos y á las monjas, de la sujeción de los del Paño, para que ellos hiciesen provincia por sí, y solamente estuviesen sujetos al General de toda la Orden. El santo Papa Gregorio, informado bien de la verdad, y doliéndose de las molestias y trabajos grandes que estos siervos de Dios habían pasado, se lo concedió muy liberalmente, aprobando mucho su religión y manera de vivir, y diciendo ser cosa justa, que cada uno tenga superior de su misma profesión. También les dió licencia para fundar cualesquier Monasterios, así de frailes como de monjas. Expidióse esta bula año de 1580, á veinte y dos de junio.

Mas porque no venía cometida á nadie la ejecución de ella, húbosc de volver á Roma, y Su Santidad la cometió al Padre Fray Pedro Hernández. Luego el rey le envió el recaudo á Salamanca; pero porque él estaba para morir, se le tornó á enviar á Su Majestad sin abrirle, y hizo el rey volver tercera vez á Roma, señalando dos personas, para que si una faltase, lo hiciese la otra, y vino cometido al Padre Maestro Fray Juan de las Cuevas, Prior que era entonces de San Ginés de Talavera, de la orden de Santo Domingo, y después ha sido Provincial de Castilla, hombre de mucho valer y religión y autoridad.

Este breve se expidió á veinte de noviembre del año de 1580, y por virtud de él los Descalzos, presidiendo el Padre Maestro Fray Juan de las Cuevas, hicieron su primer capítulo en Alcalá el año siguiente de 1581, en el cuarto domingo de Cuaresma, en el cual se dividió la provincia, y fué elegido por Provincial de ella el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, y desde entonces quedaron las cosas en paz, y todos los Monasterios de las Descalzas sujetos á propio Provincial. El de Avila estuvo sujeto al Obispo como diez y siete años, y al cabo de éstos mudaron á don Alvaro Mendoza de aquel obispado al de Palencia, estando la Madre en Toledo, y dijola nuestro Señor que procurase que las monjas de San José diesen la obediencia á la orden, porque á no hacer esto, presto se relajaría la religión de aquella casa. Ella lo trató con el Doctor Velázquez, con quien entonces se confesaba, que era canónigo de allí, y después fué Obispo de Osma, y Arzobispo de Santiago, y la aconsejó que lo hiciese, y en Avila lo trató con el Obispo y con sus monjas, y en fin, se hizo lo que quería, y comenzó desde entonces á andar con los demás Monasterios. Después de esto alcanzaron los mismos Padres un breve de nuestro muy santo Padre Sixto V, dado á diez de julio de 1587 años, en que les concede que la provincia, que ya era muy grande, se

divida en más provincias, y para cada una se elija su Provincial, y todas ellas estén sujetas al Vicario general que fuere elegido. Despachóse este breve á ocho de mayo, año de 1588, é hiciéronse cinco provincias, que son la de Castilla la Vieja, la de Castilla la Nueva, la de Granada, la de Cataluña, la de Portugal, con sus Provinciales, y por Vicario general fué elegido el Padre Fray Nicolás de Jesús María, que era entonces Provincial.

CAPÍTULO IX

De la fundación del décimotercio Monasterio, que fué Santa Ana, en Villanueva de la Xara

Ya, de lo pasado, queda bien entendida la razón, porque en estos cuatro años cesaron las fundaciones, pues entonces aún había peligro de poder quedar en pie las que estaban hechas, y era hartó vivir. El primer Monasterio que después de estas tormentas se fundó, fué el de Villanueva de la Xara, y ése estaba pedido desde el año de 1576, estando la Madre en Toledo, después que vino de Sevilla. Entonces vino á ella un clérigo de parte de aquel lugar, y díjola que allí se habían recogido nueve siervas de Dios algunos años había, en una ermita de Santa Ana, que tenía una casa pequeña allí junto, y vivían con tanto recogimiento y santidad, que convidaba á todo el pueblo á procurar cumplir sus deseos. A la Madre pareció esto cosa que no llevaba camino, por buenas razones que para ello tenía, y una de las principales era, ser muy dificultoso que personas hechas ya á su manera de vivir, se acomodasen á la de la religión, y tenían muy poca casa y casi ninguna hacienda, y aunque el pueblo se obligaba á sustentárlas, no la parecía aquello cosa durable; y fuera de esto, aunque la decían que eran estas mujeres muy buenas, como no las había visto, no sabía si tenían los talentos que ella pretendía tuviesen sus monjas.

Trató el negocio con el Doctor Velázquez, que la confesaba allí en Toledo, como poco ha dijimos, y díjola que las respondiese bien, que cuando tantos corazones juntaba Dios en una casa, era señal que se había de servir en ella. Los del pueblo hacían siempre instancia. Y en esto y en procurar personas que lo acabasen con la Madre, y en dar ella el sí, como andaban las cosas de su orden entonces tan alteradas, se pasó hasta el año de 1580, y siempre la parecía en todo este tiempo desatino admitir aquel Monasterio, y con todo eso cuando les respondía, no podía despedirles.

Hay un Monasterio de frailes Carmelitas Descalzos, que llaman nuestra Señora del Socorro, tres leguas de Villanueva de la Xara, y de él iba el Padre Prior Fray Gabriel de la Asunción á predicar á Villanueva algunas veces con el Padre Fray Antonio de Jesús, que estuvo unos días en el Monasterio mismo, y trataron á estas siervas de Dios, y contentáronse tanto de su santidad, que hicieron gran instancia á la Madre que quisiese fundar allí, y particularmente el Padre Fray Gabriel, que vino desde allí á Malagón, que son como veinte y seis leguas, por persuadirla esto. Tenían estos Padres harta razón de contentarse, porque todo el tiempo que ellas estuvieron en aquella ermita, que fué más de cinco años y medio, dieron gran ejemplo. Pasaban pobreza, pero no querían pedir limosna, sino ganar lo que habían de comer, y de lo que ganaban hacían mensajeros á la Madre, y lo dejaban de comer. Hacían mucha penitencia, y tenían muchos ayunos. Clamaban de día y de noche al Señor que las trajese á la Madre, y las hiciese monjas. Cada una se tenía el vestido con que entró, que hasta ser monjas no querían tomar otro. Los rostros tenían conforme á la penitencia que hacían. Ninguna mandaba, sino estaban con gran hermandad. No había llave para la puerta, sino una aldaba, y á esta ninguna llegaba, sino la más anciana, y dos de las de más edad eran las que negociaban lo que era menester, las demás á nadie hablaban. Dormían muy poco, oraban muchas horas, y los días de fiesta todo el día. La Madre alegaba á este Padre sus razones por donde no convenía admitirlas, y después de mucha importunidad, dijo que ella lo dejaba en la conciencia suya y del Padre Fray Antonio, y que haría lo que ellos, después de haberlo mirado muy bien, juzgasen ser mejor. Y porque vió que este Padre estaba muy aficionado á que se hiciese, y que lo había de persuadir al Prelado que entonces tenían, dado por el Nuncio, que era el Padre Fray Angel de Salazar, de los del Paño, prevínole para que no diese la licencia. Pero aunque la Madre más hizo, las oraciones de aquellas siervas de Dios lo vinieron á acabar. Ella encomendábalo muchas veces al Señor, para que se hiciese lo que era mayor gloria suya; y un día, después de comulgar, haciendo lo mismo, dióla nuestro Señor una muy buena reprehensión, diciéndola que los Monasterios que hasta entonces estaban hechos, con qué tesoros se habían hecho, y que no dudase de admitir aquella casa, que sería para gran servicio suyo, y aprovechamiento de las almas.

Con esto se rindió ella, y la pareció que había hecho mal en dejarse llevar de razones humanas, pues tan sobre razón había sido lo que el Señor había hecho por medio suyo. Parecíala que sería necesario ir ella allá, aunque su natural contradecía mucho á ello, porque había venido bien mala hasta Malagón, y lo andaba siempre. Pero porque entendió se servía Dios de ello, dió cuenta al Prelado pidién-

dole ordenase lo que fuese mejor. El la envió licencia para la fundación, y precepto para que fuese ella, y llevase las monjas que le pareciese. Ella lo encomendó mucho al Señor para escoger bien lo que más convenía para estar con aquellas siervas de Dios. Y después de esto sacó de Toledo á la madre Ana de la Madre de Dios para Priora, y de Malagón á Elvira de San Angelo para Superiora, y con ellas quedaron Ana de San Agustín y Constanza de la Cruz. Llevó también consigo entonces, y después nunca la dejó hasta la muerte, á la hermana Ana de San Bartolomé, que era la que tenía cuidado de ella, y la regalaba lo que podía con mucha caridad, como quien deseaba contentar mucho á nuestro Señor, y conocía cuánto en aquello le servía. Vinieron por ellas los Padres Fray Antonio de Jesús y Fray Gabriel de la Asunción, con todo recaudo que les había dado el pueblo, y así partieron de Malagón, sábado antes de Cuaresma, á trece de febrero.

Sentíase la Madre por el camino tan buena, como si nunca hubiera tenido mal ninguno, y espantábase, y consideraba lo mucho que importa no mirar nuestra poca salud, cuando se ofrece cosa en que se ha de servir á nuestro Señor. Yendo por el camino, como aquellos Padres eran tan conocidos en la Mancha, entendían que era la Madre la que venía allí, y en todos los lugares adonde llegaban, acudía tanta gente á verla, que no se podían valer. En uno que se llama Villarrobledo, hospedóla una devota mujer, y cargó allí tanta gente, que fué menester poner dos alguaciles á la puerta para que las dejasen comer, y aun no bastaba esto, porque por las paredes entraban. Después, para poder salir del pueblo, fué menester encarcelar alguna gente, que andaban todos con grande ansia de verla, ya que hablarla no podían.

En otro, cerca de éste, á la entrada, salió gran golpe de gente por verla, y ella procuró que se partiesen tres horas antes de amanecer para librarse de la gente. En saliendo del lugar, se quebró el coche en que iba la Madre, y no se vió, como era de noche, el daño que se había hecho, y anduvieron así tres leguas hasta otro lugar, y cuando allí vieron el coche, todos se espantaron cómo había sido posible caminar con él, y el que lo gobernaba decía que parecía milagro. Era muy grande la devoción que en todos aquellos lugares la tenían, tanto, que en sabiendo en uno de ellos que había de pasar por allí, un labrador de él muy rico, tenía en su casa aparejada gran colación y comida, y juntó á sus hijos y yernos, haciéndoles venir de otros lugares para que la Madre les echase la bendición, y aun su ganado tenía junto para que también le bendijese. La Madre, cuando llegó al lugar, no quiso detenerse ni apearse por más que la importunaron, y así el devoto labrador trajo su gente para que la hablasen, y los bendijese á todos. De aquí fué á nuestra Señora del Socorro, que es el Monasterio de sus frailes, y antes de llegar, la salieron todos ellos á

recibir en procesión, cosa que á la Madre puso mucha devoción y la enterneció, porque decía se la habían representado aquellos primeros ermitaños de su orden. Todos llegaron de rodillas á pedirle la bendición, y después la llevaron en procesión á la iglesia. Y entraron en ella diciendo: *Te Deum laudamus*.

Está este Monasterio en un desierto, y edificóle doña Catalina de Cardona, mujer de gran santidad, y de extraña é increíble penitencia y aspereza, de donde vino que á los Descalzos llaman en la Mancha en muchas partes los frailes de la buena mujer. La entrada de la iglesia era por debajo de tierra, que era la cueva donde esta santa había vivido mucho tiempo; y viniéndola devoción de hacer un Monasterio, y no sabiendo de qué orden, mostróla nuestro Señor una capa blanca, y entendió que fuese de Descalzos Carmelitas, aunque no sabía ella que los hubiese en el mundo. Después, sabiendo que había un Monasterio de ellos en Pastrana, fué allá para juntar alguno para el que ella quería hacer, y en el mismo de Pastrana tomó el hábito de nuestra Señora, aunque no con intención de ser monja, y murió el año de 1577.

Mientras aquí estuvo la Madre, acudía gran gente de aquellos lugares comarcanos por verla. Y un día, acabando de comulgar en aquella iglesia, fué arrebatada en espíritu, y vió á esta santa como cuerpo glorificado, y algunos ángeles con ella, y decíala que no se cansase, sino que procurase ir adelante en estas fundaciones, y entendió que ella la ayudaba delante del Señor.

De aquí se partió después de esto, y llegó á Villanueva de la Xara, primer domingo de Cuaresma, que fué á 21 de febrero, año de 1580, antes de misa mayor. Buen rato antes que llegase, repicaron las campanas, y salieron muchos niños con gran devoción á recibirla; y en llegando al carro donde ella iba, se arrodillaron, y quitadas sus caperuzas, iban delante hasta que llegaron á la iglesia. Salió también todo el ayuntamiento y el cura y otras personas honradas á recibirla, y apeáronse á la iglesia, que era lejos de la otra de Santa Ana. Todo el pueblo estaba en gran manera regocijado, y entrando en la iglesia comenzaron los clérigos á cantar el *Te Deum laudamus* en canto de órgano. Después de acabado, tomaron el Santísimo Sacramento, que le tenían puesto en unas andas, y á nuestra Señora, que estaba en otras, y las cruces y pendones para ir en procesión hasta la ermita de Santa Ana, donde había de ser el Monasterio. En medio de ella, cerca del Santísimo Sacramento, iba la Madre con sus monjas, y todas con sus capas blancas y los velos delante del rostro. Y allí junto sus frailes Descalzos, que habían venido hartos, por estar cerca su Monasterio. En el camino había altares, y deteníanse en ellos cantando algunas letras buenas en loor de la orden de nuestra Señora del Carmen. En llegando, pusieron con gran solemnidad el Santísimo Sacra-

mento, y tomaron la posesión del Monasterio, quedándose con el nombre de Santa Ana, que antes tenía. Hallaron á las siervas de Dios á la puerta de adentro, que las estaban esperando, las recibieron con muchas lágrimas de alegría, y dióseles el hábito (1). La Madre y sus compañeras, después que las vieron y comenzaron á tratar, halláronlas tan santas y tan blandas para la obediencia, que recibieron grandísimo consuelo, y se hallaron muy bien con ellas, y mientras más las trataban, más contento las daba haber venido. Decía la Madre, que por grandes trabajos que para ello se hubieran de pasar, no quisiera dejar de haber consolado á estas almas, y que por muy mayor tesoro tenía estar en aquella casa tales almas, que si tuviera muy gran renta. Luego procuró de acomodar la casa y ponerla en forma de Monasterio, y habiéndose un día quedado con un oficial que hacía un torno para un pozo que había bien grande, cayósele de la mano al oficial, y dió sobre la Madre con tanta fuerza, que la derribó en el suelo. El hombre quedó turbado, y no se atrevió á levantarla, y ella se levantó con un ánimo, como si no hubiera habido nada. Mas fué el golpe tan grande, que decían haber sido milagro no la haber muerto. Era víspera del glorioso San José, de donde todas creyeron que por su intercesión la había nuestro Señor guardado.

(1) A propósito de estas humildes y sencillas siervas de Dios se escapó á la pluma de Santa Teresa una frase agudísima y verdaderamente epigramática: «El más tiempo, dice, rezaban el oficio divino, y como apenas sabían leer, que sola una lee bien, estábanse muchas horas... Dios tomaría su intención y trabajo, que pocas verdades debían decir.» *Fundaciones*, cap. XXVIII.

CAPÍTULO X

De la fundación del décimocuarto Monasterio, que fué San José de Nuestra Señora de la Calle, en Palencia

De Villanueva se vino á Toledo (1), y de allí, por orden de su Prelado, á Valladolid, porque lo había pedido don Alvaro de Mendoza, Obispo que era ya de Palencia, y deseaba que se hiciese un Monasterio en la cabeza de su obispado. Allí la dió una enfermedad tan grande, que no pensó escapara. Estando mejor, la importunaba la Priora de allí, que era la Madre María Bautista, que fundase en Palencia; pero no lo podía acabar consigo la Madre, porque el Monasterio había de ser de pobreza, y parecíala que el lugar era pobre, y no á propósito. Tratábase entonces juntamente de esta fundación y de la de Burgos, y ni para la una ni para la otra sentía gana, ni aquella confianza que solía sentir, porque el demonio procuraba lo que podía estorbarlas. Algunas personas la ponían esperanza, otras la ayudaban á temer.

Acertó en esta sazón á llegar allí el Padre Maestro Jerónimo de Ripalda, de la Compañía de Jesús, con quien ella se había confesado

(1) Llegó á Toledo al principio de la Semana Santa, y el jueves de la misma semana se sintió tan reciamente atacada de parálisis, acompañada de mal de corazón que la tuvo postrada más de un mes. Durante su convalecencia fué á visitar, en compañía del Padre Gracián, al Arzobispo Quiroga, Inquisidor General, y supo de sus labios cómo había sido delatado á la Inquisición el libro de su Vida que ella había escrito, pero que estuviera tranquila, porque nada se había hallado en él digno de reprensión.

Sin hallarse aún completamente restablecida, partióse de Toledo el 25 ó 26 de Junio, y al llegar á Medina del Campo obró un notable prodigio. Ana de la Trinidad tenía el rostro sumamente hinchado de una violenta erisipela, acompañada de calentura continua, que hasta entonces se había mostrado rebelde á todas las prescripciones facultativas. Viéndola la Madre tan desfigurada, como si la hiciera una caricia, pasóle la mano por el rostro y le dijo: *Jesús, hija, ¿qué es esto? Fie en Dios que El la curará*. Apenas hubo pronunciado estas palabras, sintióse la enferma repentinamente sana, sin que jamás en adelante se le reprodujera el mal.

estando en Salamanca, y dióle cuenta de la disposición que en sí sentía y díjole que le quería tomar en lugar de Dios, y que la dijese lo que la convenía hacer. El la respondió que en ninguna manera dejase la de Palencia, que era de la que había sido preguntado, y la animó mucho. Lo mismo la había dicho en Toledo el Padre Baltasar Alvarez, su antiguo confesor y padre, que entonces era Provincial de la provincia de Toledo. Mucho la movió esto, pero ni ello, ni la priesa que la daba la Madre María Bautista, bastó para que del todo se determinase. Quiso el Señor que se viese más claramente ser El el que lo guiaba todo, y así, acabando un día de comulgar, pedía luz á Nuestro Señor para que en aquel negocio acertase á hacer su voluntad, y el Señor, como respondiéndola, dijo: «¿Qué temes? ¿Cuándo te he yo faltado? El mismo que he sido, soy ahora: no dejes de hacer estas fundaciones.»

Con esto quedó tan determinada y animada, que nadie bastara á quitarla de aquel propósito; y aunque la decían que Palencia era lugar pobre y que no podría vivir de limosna, no hacía caso de ello; porque confiaba en el poder de aquel que la había mandado fundar. Y aunque no había convallecido bien de su enfermedad, se partió de Valladolid el día de los Inocentes, de 1580 años. Y porque un caballero la daba hasta San Juan una casa que él tenía alquilada, porque él se iba de allí, escribió antes de esto que se la desembarazasen. Lo cual hizo con mucho secreto el canónigo Reinoso, á quien ella había escrito sin conocerle más de que la habían dicho que era siervo de Dios. Y no solamente hizo esto, sino también las tenía camas y algunos regalos (que fueron bien menester, porque habían tenido trabajoso camino), y lo que era necesario en la iglesia para que se dijese misa otro día. Y así se dijo, y se tomó la posesión al día siguiente después de los Inocentes, en que ellas rezaban del Santo rey David (1), y gustó mucho de ello la Madre, porque era devota de este santo. Llamóse el Monasterio de San José. Luego á la mañana lo avisó al Obispo don Alvaro de Mendoza, y él vino allí, y con grande alegría las ofreció que las daría el pan que hubiesen menester, y por entonces las proveyó de muchas cosas. Toda la ciudad se holgó también mucho, y contentó tanto á la Madre la gente y el trato de ella, que cada día se hallaba más contenta de haber fundado allí.

Después de haber tomado la posesión, el cuidado de la Madre era tener casa propia, y así luego la comenzó á buscar por medio del canónigo Reinoso y el canónigo Salinas, su amigo, que lo hacían con

(1) Santa Teresa dice: «Por ser el rezado del Rey David.» *Fundaciones*, cap. XXIX. Con todo la *Reforma de los Descalzos*, lib. V, cap. VII, n.º 6, dice así: El día siguiente 29 de Diciembre, en que se celebra la fiesta de Santo Tomás Cantuariense, y el Martirologio hace memoria del Santo Rey David, de quien era muy devota, se puso el Santísimo Sacramento, etc.

mucha caridad y diligencia. Hay en aquella ciudad una iglesia que llaman de Nuestra Señora de la Calle, de gran devoción en ella y en toda la comarca, que acude allí muchas veces. Pareció al Obispo que estarían allí bien, porque aunque la iglesia no tenía casa, había dos allí junto que podían bastar, si se juntasen. La iglesia había de darla el Cabildo y unos cofrades, y la dieron; pero los dueños de las casas pedían mucho por ellas, y eran tales que á la Madre y á los canónigos descontentaron mucho, y determinaron de dejarlas. Trataron de otra que les pareció muy mejor, y determinaron de escribir al dueño, que estaba en un lugar cerca, y darle lo que pidiese por ella.

Otro día, estando la Madre oyendo misa, vínola pensamiento si hacía bien en dejar las casas primeras, é inquietábala de manera que casi no la dejaba estar atenta á la misa. Fué á recibir el Santísimo Sacramento, y en tomándole entendió esta palabra: «Esta te conviene»; y decíalo por la iglesia de Nuestra Señora, y la casa ó casas que estaban allí junto. Parecióla que era cosa recia desconcertar lo que los canónigos, á quien ella tanto debía, tenían concertado, y díjola Nuestro Señor: «No entienden ellos lo mucho que soy ofendido allí, y esto será gran remedio.» Decía esto el Señor porque se juntaba mucha gente, y velaban allí algunas noches, y se hacían grandes pecados. Pasóla por el pensamiento si era aquella habla de Dios, aunque en los efectos que en ella había hecho bien conocía que sí. Dijola luego el mismo Señor: «Yo soy.» Con esto quedó muy sosegada, pero confusa, por otra parte, por no saber cómo aquello se deshiciese, sin disgustar á los canónigos, y por haber ella misma dicho antes mucho mal de ella: tomó este medio.

Confesábase con el canónigo Reinoso, y acordó de decirle en la confesión lo que pasaba, y él tuvo por bien se hiciese aquello. Y tomó otro muy bueno Nuestro Señor para desconcertar lo que estaba concertado, y fué que el mensajero que enviaron al dueño de la casa para concluir la compra, dándole lo que él había pedido, vino con respuesta que no la daría si no le daban trescientos ducados más, con ser demasiado lo que había pedido y le daban, y así se deshizo el concierto. Luego se compraron las casas que estaban cabe la ermita de Nuestra Señora de la Calle, en muy buen precio, y los dos canónigos dieron dineros para que se acomodasen, y en ellos principalmente, y generalmente en todos los de aquella ciudad, halló la Madre tanta caridad que estaba espantada, y no acababa de encarecer lo que la parecía no cosa de estos tiempos, sino de la primitiva Iglesia. La imagen de la Virgen Santísima estaba mal puesta, y el Obispo la hizo capilla por sí, y poco á poco se iba poniendo en orden. Acabada de aderezar la casa, quiso el Obispo que se pasasen las monjas con mucha solemnidad, y vino él para eso de Valladolid, y un día de la octava del Santísimo Sacramento se juntaron el Cabildo y las

órdenes y la ciudad, y con mucha música fué la Madre con sus monjas, y con este acompañamiento, en procesión, con sus capas blancas y los velos delante del rostro, á una parroquia que estaba cerca de Nuestra Señora, y allí trajeron la misma imagen de la Virgen, y llevaron de allí el Santísimo Sacramento, y púsose con gran solemnidad y alegría y devoción de todos; y porque antes se llamaba el Monasterio de San José, y la iglesia que tomaron tenía su nombre de Nuestra Señora de la Calle, llamóse San José de Nuestra Señora de la Calle (1).

Trajo la Madre para esta fundación á la Madre Inés de Jesús, y á Catalina del Espíritu Santo, y á María de San Bernardo, y á Juana de San Francisco. Y envió á Salamanca por la Madre Isabel de Jesús, á quien hizo Priora, y ahora lo es de Salamanca, y á la Madre Beatriz de Jesús para Superiora, que ahora es Priora de Soria. Estando aquí se hizo la división de Descalzos y Calzados, y fué elegido por Provincial de los Descalzos el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, como ya queda dicho. Fué una de las cosas que mayor alegría podían dar en esta vida á la Santa Madre, y la que más deseaba, porque entendía ser de grande importancia para el servicio de Nuestro Señor, y bien y quietud de su orden.

Estando una vez la Madre en este Monasterio una noche escribiendo, estaba tan embebida, que entró una hermana y se sentó cerca de ella, sin que ella lo echase de ver, y estábala mirando esta hermana, y veía que algunas veces dejaba la pluma y daba unos suspiros muy profundos, y que la salían del rostro unos rayos como de sol, con un resplandor que la atemorizaba mirarla.

(1) Diez años más tarde, en 1591, no satisfechas las religiosas con el angosto, aunque céntrico local, se trasladaron, por consejo del canónigo Reinoso, á otro más retirado, ventilado y espacioso, donde todavía subsisten. «Cuando las Carmelitas Descalzas, dice La Fuente, descontentas del local elegido por Santa Teresa, y de la bulliciosa concurrencia á la iglesia de Nuestra Señora de la Calle, se mudaron de allí al sitio donde está su actual convento, los Padres de la Compañía de Jesús (que habían fundado el colegio de Palencia en 1559), se vinieron á éste, como más adecuado á su carácter y fines de su Instituto; pues lo que no convenía á la eremítica soledad de las descalzas, era muy oportuno para la actividad laboriosa de la Compañía. Esta, con limosnas de opulentos protectores, convirtió en espaciosa y adornada iglesia, la pobre y primitiva capilla de Nuestra Señora, teatro en otro tiempo de poco devotas vigiliás, santificada por Santa Teresa, y local de mucho y fervoroso culto desde que la adquirieron, ampliaron y embellecieron los Padres de la Compañía. Al tiempo de su expulsión fué cedido su colegio para Seminario Conciliar, que en nuestros días ha sido ampliado y decorado. La iglesia de Nuestra Señora sigue con mucho culto y agregada al Seminario, tiene una buena fachada y excelentes proporciones en lo interior.» *Manual del peregrino*, cap. IX; *Cfr. Reforma de los Descalzos*, lib. V, cap. VII; *Astrain. Hist. de la Compañía*, t. II, lib. I, cap. III, pp. 51-53.

CAPÍTULO XI

De la fundación del décimoquinto Monasterio, que fué la Trinidad, en Soria

Antes que saliese de Palencia, recibió una carta del Doctor Velázquez, Obispo que era entonces de Osma, y después fué Arzobispo de Santiago, á quien la Madre había tratado mucho en Toledo siendo él canónigo de allí, y se había confesado con él muchas veces (como habemos dicho), y dádole cuenta de sus cosas, y habíala hecho harto provecho. En la carta la rogaba fuese á fundar á Soria, donde él entonces estaba, que es de su obispado, porque una señora tenía devoción de hacer un Monasterio de Descalzas, y él la había prometido acabaría con la Madre que viniese allí; rogábala que lo hiciese así.

La que quería fundar este Monasterio era una señora viuda, que se llamaba doña Beatriz de Viamonte (1), y porque tenía mucha hacienda y no la quedaron hijos, dióla devoción de hacer un Monasterio de monjas, y comunicólo con el Obispo. El le dió noticia de los que fundaba la Madre Teresa de Jesús, y á instancia suya la escribió la carta dicha. Dió para esta fundación una casa buena y fuerte y en buen sitio, con todo lo que fué menester para fundar, y quinientos ducados en renta, en juros de á veinte mil el millar. Y el Obispo las dió una iglesia buena, que estaba junto á la casa. A la Madre pareció bien esto, y al Padre Provincial, que se halló entonces en Palencia, y gustó ella particularmente por dar contento al Obispo, y por verle y comunicar con él cosas de su alma.

Con esto envió el Obispo por ellas, y la Madre llevó siete monjas, que así lo pedía la fundadora: la madre Catalina de Cristo, que quedó por Priora (2), y Beatriz de Jesús, Superiora, María de Cristo, Ana

(1) «Llámase esta señora fundadora doña Beatriz de Beamonte y Navarra, porque viene de los reyes de Navarra, hija de Don Francés de Beamonte, de claro linaje y muy principal... Es una persona de blanda condición, generosa, penitente, en fin muy sierva de Dios.» *Fundaciones*, cap. XXX.

(2) Mujer santa y de heroicas virtudes, dice Yepes, las cuales en vida fueron bien conocidas en toda su Orden, y después de muerta las declara más Dios nuestro Señor con muchos milagros y con la incorrupción del cuerpo de esta venerable virgen.

Bautista, María de Jesús, María de San José, Catalina del Espíritu Santo, y una freila, que era María Bautista, sierva de Dios, que ahora, poco ha, murió en Pamplona. A esta hermana conocía yo bien, porque era natural de Villacastín (1), y la traté desde su primera conversión, y fué siempre religiosa y humilde y recogida, y antes y después de religiosa de muy buen ejemplo. Con la Madre iba su fiel compañera Ana de San Bartolomé (2), de quien ya he dicho, y pudiera decir mucho; pero déjolo, porque nunca quiero decir sino poco de las vivas. Fué también con ella el Padre Vicario general, que es, cuando esto escribo, Fray Nicolás de Jesús María, hombre de gran espíritu y discreción, y de gran provecho para su orden, no sólo después que tiene el oficio que digo, sino también antes. Y en el tiempo de los trabajos la ayudó mucho con su discreción, y así la Madre le amaba mucho, y le tenía en gran estima.

En este camino se pasó poco trabajo, porque el Obispo envió un alguacil que tuviese cuidado de hacer la costa y procurar buenas posadas. Contento tuvo mucho la Madre por lo que oía decir de la santidad del Obispo donde quiera que llegaba. Llegaron á Soria un día á las cinco de la tarde, y pasaron por casa del Obispo, que estaba puesto á una ventana, y desde allí las echó la bendición, de que la Madre se consoló mucho por ser de Prelado, y santo. Doña Beatriz de Viamonte las estaba esperando con mucho deseo á la puerta de su casa, donde había de ser Monasterio, y no vieron la hora de entrar, porque era mucha la gente que allí estaba para verlas. Tenía la casa bien proveída de todo lo necesario, y una sala muy bien aderezada para que sirviese de iglesia, entretanto que se hacía pasadizo para la que las daba el Obispo. Luego el día siguiente, que fué día del santo Profeta Eliseo, á catorce de junio de 1581 años, se dijo la primera misa y se tomó la posesión; fué la vocación de la Santísima Trinidad. En la iglesia que les dió el Obispo se puso el Santísimo Sacramento el día de la Transfiguración, del mismo año, con mucha solemnidad,

(1) Pueblo natal del Padre Ribera.

(2) Servía de Secretaria á la Santa Fundadora. Declara esta religiosa en el proceso compulsorial de Avila para la beatificación y canonización de Santa Teresa (§ XVIII), que hallándose la Santa Madre cierto día en Salamanca, muy apurada al ver que le era imposible contestar á una multitud de cartas que había recibido y que exigían pronta respuesta, le dijo: Si supiera escribir, podría ayudarme á contestar estas cartas. A lo que contestó ella: Déme V. R. recado con que escribir y aprenderé. Dióla entonces la Madre una carta de cierta religiosa que tenía muy buena letra, diciéndola que se ejercitara con aquel modelo.-- Mejor sería, replicó la buena religiosa, que me diera V. R. unos renglones suyos: porque le parecía que con esto aprendería más fácilmente, y además tendría igual carácter de letra que ella. La Santa Madre escribió entonces dos cartas de su propia mano y se las entregó. Teniéndolas á la vista, escribió al punto, y sin que hubiera precedido ejercicio alguno, una carta á las Religiosas de San José de Avila, y en adelante continuó escribiendo y ayudando á la Santa Fundadora, siendo su secretaria y amanuense. Hay que advertir que antes con suma dificultad podía descifrar un manuscrito.

y porque el Obispo se había ya ido, predicó el Padre Francisco de la Carrera, de la Compañía de Jesús.

Después de haberse tomado la posesión, y antes que se pusiese el Santísimo Sacramento en la iglesia que las dió el Obispo, pasé yo por allí, viniendo de Roma, y visité con mucho consuelo mío á la santa Madre (1), á quien también había visitado el año antes en Valladolid, partiéndome para allá, y estando ella allí para ir á la fundación de Palencia. Pero de esta visita de Soria me acuerdo más por ser la postrera, que no la vi más después, y por la lástima que me quedó de cuatro días que estuve allí, sin saberlo hasta el postrero, y en ellos pudiera aprovecharme y consolarme mucho, con su santa conversación.

Acabado todo esto, fué menester que la Madre se partiese á Avila, y así lo hizo, llevando consigo á la hermana Ana de San Bartolomé, y pasó en este camino mucho trabajo, porque el camino era malo, y más para carro, y quien la guiaba no sabía el de los carros, y habían menester algunas veces apearse, y llevar el carro casi en peso por unos despeñaderos, y otras veces hubo harto peligro de trastornarse, y fuera de eso los calores eran muy grandes. Llegó á Segovia, víspera de San Bartolomé, donde fué bien recibida de sus hijas, que estaban con pena porque se tardaba, y después de haber descansado allí ocho días ó poco más, se partió para Avila (2).

(1) Había ido el P. Ribera á la ciudad eterna para tomar parte en la cuarta Congregación General de la Compañía, en la cual fué elegido Prepósito General de la misma el P. Claudio Aquaviva.

(2) Saldría la Santa Madre de Soria el 16 de Agosto llegando al anochecer del día siguiente á Burgo de Osma, á donde le esperaba el P. Yepes. Oigamos con qué ingenuidad refiere él mismo, la entrevista que con ella tuvo:

«En este tiempo que la Santa estaba en Soria, acabando yo de ser Prior de Zamora, enviáronme mis preladados á morar á la Rioja, y pasando por Osma, supe del Obispo (que ya había vuelto de Soria, que era muy grande amigo y conocido mío) que la Madre estaba haciendo una fundación en aquella ciudad; y que había de venir presto allí. Fué para mí una nueva de grande alegría y contento. Llegó aquel día á las ocho de la noche: yo la fui á recibir á la puerta, y al bajar del carro saludéla, y preguntándome que quién era (porque como tenía el rostro cubierto con el velo y era de noche, aún no me había conocido), y diciéndole yo que fray Diego de Yepes, ella calló, y yo me encogí, temiendo si me tenía olvidado, ó no le era agradable mi presencia.

Estando después á solas con ella, le pregunté qué había significado aquel silencio cuando le dije quien era, que me había dado mucha pena y admiración juntamente. Ella me respondió: Turbéme un poco, porque se me representaron dos cosas, que, ó debéis de ir penitenciado de vuestra orden, ó que quiere nuestro Señor pagarme el trabajo de esta fundación con toparos aquí. Yo me consolé con este favor, y le dije que lo primero era verdad, mas que lo segundo no querría Dios que lo fuese. Dijo el tiempo que me había de durar la penitencia, y disimuladamente me reprendió, diciéndome que me corriese cuando se me acabara, que bien mostraba no estar bien determinado á padecer, pues hacía caso de tan pocas cosas. Y así se cumplió, como ella se lo dijo á Ana de San Bartolomé su compañera, señalándola el tiempo que me había de durar mi trabajo. • *Vida de Santa Teresa*, lib. II cap. XXXIII.

CAPÍTULO XII

De cómo la Madre Teresa de Jesús fué elegida en Avila por Priora, y desde allí envió á fundar el Monasterio décimosexto, que fué el de Granada

Llegó la Madre á San José de Avila, á principio de septiembre del mismo año de 1581, y como deseaban sus hijas tanto tenerla allí, trataron de elegirla por Priora; y la madre María de Cristo, que entonces lo era, acabó con el Padre Provincial que la absolviese del oficio para esto, y fué elegida la santa Madre. Fué esto en un tiempo que padecía aquella casa gravísima necesidad en lo temporal, pero eligióse en ella tan buena Priora, que desde el día de la elección hasta hoy nunca le ha faltado lo necesario, y ha pasado tan adelante que, con estar con hartas deudas entonces, no sólo se han pagado después acá, sino aun la misma casa tiene ya con que poder pasar sin aquel aprieto, en que hasta entonces estuvo. Y si en lo temporal hubo mejoría, la hubo mayor en lo espiritual, con tener delante de los ojos aquel perfecto dechado de todas virtudes, que Dios las había dado.

No habrían estado allí más que dos meses y medio, cuando llegó al mismo Monasterio el Padre Fray Juan de la Cruz, uno de los dos frailes Descalzos primeros, y traía cabalgaduras y recaudo para llevar á la Madre á que fundase en Granada, porque les parecía allí que por ser aquella la primera fundación que se hacía en aquel reino, era necesaria su presencia. La Madre vió que no podía ir, porque estaba ya tratado que fuese á otra de Burgos, que diremos en el capítulo siguiente, y por eso escogió dos monjas, cuales convenia que fuesen para semejante jornada. La una fué la madre María de Cristo, que había dejado de ser Priora allí para que lo fuese la Madre, y lo es ahora de Málaga, y la otra la madre Antonia del Espíritu Santo. Partiéronse, vispera de San Andrés, y estuvieron en casa de doña Ana de Peñalosa, á cuya petición se fundó el Monasterio, y ella ayudó mucho, y todo el tiempo que fué menester las sustentó. Pero luego

entraron monjas que, con las partes muy buenas que tenían, trajeron también hacienda, con que pudieron muy bien pasar. En este tiempo las era contraria una persona de calidad (1), y siendo invierno, sin tiempo, cayó un rayo en su casa que le hizo temer de tal manera,

(1) Esta persona de calidad era el Señor Arzobispo de Granada. El P. Yepes narra más á la larga todo este episodio. Dice así: «Salieron las monjas de Veas con grande contento y prisa para su fundación, y á la primera jornada llegaron á un lugar llamado Daifuentes, y estando tratando la madre Ana de Jesús con el padre fray Juan de la Cruz (varón verdaderamente santo) qué medio tendrían para que el Arzobispo quisiese admitir aquel monasterio, dábales cuidado á los dos el suceso, pero no perdían la esperanza de que el Señor (en cuya mano están los corazones de los hombres) había de inclinar el suyo á una causa tan piadosa y tan justa. ¡Oh gran bondad del Señor, y qué maravillosas son sus trazas y los medios que escoge para los fines que pretende! Aquella misma noche que estaban las monjas en Daifuentes, con temor de si el Arzobispo las había de admitir en su tierra, oyeron un trueno tan espantoso y terrible que, como después se supo, despidió de sí un rayo que cayó en Granada en la propia casa del Arzobispo, cerca de donde dormía. Hizo mucho estrago en su palacio, porque le quemó parte de su librería y mató algunas bestias de su caballeriza, y le atemorizó tanto que con la turbación cayó enfermo, y con el temor se ablandó para dar luego la licencia que antes con tantos ruegos no se había alcanzado. Las monjas prosiguieron su camino, ignorantes del suceso, y antes de llegar á Granada supieron cómo el dueño de la casa que habían concertado se había salido fuera del concierto, porque como entendió que era monasterio, aunque hubo muchos favores y le ofrecían grandes fianzas, jamás quiso consentir en que allí se fundase convento. Llegaron las religiosas á Granada día de San Sebastián á las tres de la mañana, año de mil quinientos ochenta y dos, y fuéronse á apearse en casa del oidor don Luis de Mercado, y él les señaló un cuarto de ella más acomodado, para estar con recogimiento: fueron muy bien recibidas de doña Ana de Peñalosa su hermana, señora viuda muy principal y virtuosa, que les ayudó mucho en aquella fundación.

Luego que amaneció envió la madre Ana de Jesús á suplicar al Arzobispo les viniese á dar su bendición, y á decir la primera misa, porque no la oirían hasta que, ó su señoría se la viniese á decir, ó les ordenase lo que habían de hacer. El Arzobispo viniera, según estaba ya de trocado y gustoso con el nuevo monasterio, y así lo envió á decir; pero por estar todavía en la cama del asombro que le había causado el rayo, envió en su lugar al provisor para que dijese la primera misa y pusiese el Santísimo Sacramento, y él lo hizo como el Arzobispo se lo mandó. Acudió mucha gente de toda la ciudad, todos muy gozosos de ver una religión tan santa en su tierra, y aunque la devoción de la ciudad y el gusto que mostraban de que hubiesen venido á ella monjas descalzas, era muy grande, ellas padecían gran necesidad y pobreza; porque, como estaban en una casa tan principal y tan rica, todos se descuidaban, pareciéndoles sobrarían sus limosnas, estando en parte donde se hacían tantas á pobres; y era la causa que aquella señora pensaba que las monjas eran proveídas de las limosnas del pueblo, y así era limitada la que les hacía, y mucho lo que ellas padecían por esta causa. De suerte que era necesario que los Padres Descalzos partiesen con ellas de la pobreza que tenían y comida que Dios les daba.

Con el ejemplo y encerramiento del nuevo monasterio se movieron muchas doncellas de la ciudad á pedir el hábito, y entre muchas apenas se hallaba quien tuviese talento y partes para profesión tan estrecha y perfecta, y así las iba despidiendo buenamente la madre Priora, con ocasión que no tenían casa ni comodidad. Andaban con mucho cuidado buscando alguna donde se pudiesen pasar: hallaron una, alquilada, donde se mudaron al cabo de siete meses que habían estado en casa de aquella señora. Luego comenzaron á dar el hábito á algunas novicias, y recibieron de una vez seis doncellas de las más nobles y principales de aquella ciudad, las cuales, por orden de sus confesores y sin licencia de sus padres, movidas de nuestro Señor, hollaron el mundo, poniendo debajo de los pies los deleites

que de allí adelante no las contradijo más, sino antes las hacía limosna. De este Monasterio no hizo mención la Madre en el libro de las fundaciones, porque aún no estaba acabado de fundar cuando ella murió, ni tenía casa propia.

Quedó allí por Priora la madre Ana de Jesús, que lo es ahora de Madrid, y por Superiora María de Cristo.

y gloria que él estima; y á todas juntas les dieron el hábito con mucha solemnidad y harta turbación de sus deudos, y admiración de toda la ciudad, que les parecía cosa recia que personas tan delicadas hubiesen de emprender vida tan áspera y penitente. Pasados algunos días, con los dotes de estas personas y de otras que se fueron recibiendo, compraron una casa del duque de Sesa que estaba en un muy buen sitio de la ciudad, y aunque hubo muchas dificultades, por ser de mayorazgo, pero todas las allanó nuestro Señor, hasta que se vino á efectuar la venta, y con esto quedaron las religiosas muy bien acomodadas en lo temporal y mucho más en lo espiritual; porque, desde el principio de aquella fundación, hubo en aquella casa mucho espíritu de oración, mucho recogimiento y religión. *Vida*, lib. II, cap. XXXIV.

CAPÍTULO XIII

De la fundación del décimoséptimo y postrero Monasterio, que fué San José de Santa Ana, de Burgos

Como llegaba ya el tiempo en que la santa Madre había de pasar á mejor y más dichosa vida, donde sin fin descansase, no la dejaba el Señor descansar en ésta, para que llegase á merecer la corona tan grande que la tenía aparejada en la otra, y por eso ordenó que fuese á la fundación de Burgos, donde, padeciendo mucho y con mucha paciencia, se apurase más aquel oro finísimo de su caridad, y se acabase de disponer aquella alma santa enteramente para la gloria que la esperaba. Así, estando ella en Valladolid muy desganada, la reprendió el Señor, y la mandó fundase en Palencia y en Burgos, como queda dicho en el capítulo décimo de este libro. Y advertía esto la Madre, que cuando eran fundaciones que había de padecer más, siempre la prevenía nuestro Señor, animándola con palabras y con obras, y en las otras no.

Más había de seis años que algunos Padres graves de la Compañía de Jesús la habían escrito, que sería mucho servicio de nuestro Señor haber en aquella ciudad un Monasterio de los suyos, y deseábalo, pero no se determinó enteramente hasta que el Señor se lo mandó, como habemos dicho. Después de eso lo dilató por la fundación de Palencia y Soria, hasta este tiempo adonde ahora llegamos.

Estando, pues, ella en Valladolid, antes de ir á fundar á Palencia, pasó por allí, aunque no entró en la villa, don Cristóbal Vela, Obispo que había sido de Canarias, y ya era Arzobispo de Burgos, y la Madre rogó al Obispo de Palencia que le pidiese licencia para la fundación. El Arzobispo, como tan siervo de Dios y amigo de ayudar á lo que toca á su servicio, dijo que la daría de muy buena gana. Lo mismo envió á decir otra vez desde Burgos al Obispo de Palencia, y que la Madre procurase haber licencia de la ciudad, porque, ó había de ser el Monasterio de renta, ó había de haber licencia de la ciudad,

y con esto fuése ella allá. Esto escribió el Arzobispo estando la Madre en la fundación de Soria, por donde ya entendió habría más dificultad en la licencia; pero antes de ir á Soria, con las esperanzas que el Arzobispo daba, túvola por cierta, y trató allí en Palencia con Catalina de Tolosa, que la buscasse en Burgos una casa alquilada para tomar la posesión, y pusiese en ella rejas y torno, á su cuenta.

Era Catalina de Tolosa mujer noble, viuda, y muy sierva de Dios, y de mucha caridad con los pobres, y persona de mucho ser; tan devota de esta orden de las Descalzas, que había metido dos hijas en el Monasterio de Valladolid, y en fundándose el de Palencia, metió allí otras dos antes que de allí partiese la Madre, y tomó aquel negocio tan bien, que la pesó mucho no se hiciese luego. Después, estando en Avila la Madre, y no con priesa de ir á Burgos, Catalina de Tolosa, sin decirla nada, procuró la licencia de la ciudad, obligándose á dar casa si las faltase, y á darlas de comer, y alcanzóla con esto, y llevó-sela al Arzobispo.

Entretanto que esto se hacía, un día, que era la octava de San Martín, la Madre estaba pensando qué haría si alcanzaba la licencia de la ciudad, porque Catalina de Tolosa la había escrito que la procuraba, y parecía que ir en invierno con tantos fríos, tan contrarios á ella, á tierra tan fría, no era razón, y pensaba enviarla á la Priora de Palencia. Díjola entonces el Señor: «No hagas caso de los fríos, que yo soy el verdadero calor. El demonio pone todas sus fuerzas por impedir aquella fundación: ponlas tú de mi parte para que se haga, y no dejes de ir en persona, que se hará gran provecho.»

Con estas palabras entendió que ya estaba dada la licencia, y se determinó de ir, y por esta razón no pudo ir á la de Granada. Bien se vió ser de Dios estas palabras, porque si ella no fuera á Burgos, fuera imposible hacerse cosa, como después veremos; y el frío de aquella tierra, con ser tan grande, la dió tan poca pena, que decía después que había sentido tan poco como el invierno que estuvo en Toledo. Poco después de esto recibió la Madre cartas de Catalina de Tolosa, y de una señora vecina suya, en que la decían cómo estaba alcanzada la licencia, y que convenía mucho viniese á gran priesa, porque habían venido allí entonces á fundar los Padres Mínimos, y los Padres Descalzos del Carmen lo andaban también procurando, y aun poco después vinieron los Basiliós. Con esto se dió más priesa la Madre, y partióse de Avila otro día después de año nuevo del año de 1582: llevó consigo á su compañera Ana de San Bartolomé, y á dos monjas que hizo venir de Alba; después tomó más, de manera que cuando salió de Palencia eran ocho con ella, cuatro con una freila que quedasen en Burgos, y dos que volviesen con ella y su compañera, y fueron la Madre Tomasina Bautista, Catalina de Jesús, Inés de la Cruz, que ahora es Priora de Huete, Catalina de la Asunción y Ma-

ría Bautista; la freila era Catalina de Jesús, é iba también el Padre Gracián, Provincial, con otros dos Padres.

Desde el primer día comenzó el trabajo de esta fundación, porque fué la mayor parte de él de agua y nieve; de donde la comenzó á venir perlesía, que es un mal que algunas veces la apretaba, y llegaron á Medina con harto trabajo (1). Allí estuvo tres días, y pasó á Valladolid, donde el mal la vino tan recio, que dijeron los médicos que, si no salía luego de allí, la cargaría tal enfermedad, que no fuese posible salir tan presto. Con esto pasó luego á Palencia, y acudió tanta gente, al tiempo que la Madre se había de apearse, por verla y oírla hablar, y porque las echase su bendición, que casi no las dejaban salir del coche. Las monjas, cuando entró, la recibieron con un *Te Deum laudamus*, como se hacía en todos los demás Monasterios, cuando ella venía. El contento y regocijo de ellas se echaba bien de ver en el aderezo que tenían en el patio, donde había altares y otras cosas que ponían devoción. Los días que estuvo aquí la Madre estuvo harto mala, y el tiempo hacía muy recio, y llovía mucho. Todos la decían que no se sufría ponerse en camino con tal tiempo, porque podían perecer en él; pero nada de esto era parte para querer dejar de proseguirle. Acordóse que fuese un hombre para que viese cómo estaban los caminos, y trajo muy malas nuevas de ellos. Estando ella penada con esto, díjola Nuestro Señor: «Bien podéis ir y no temas, que yo seré con vosotros.» Con esto salió, aunque parecía atrevimiento salir.

El Señor cumplió bien lo que la prometió, porque tuvieron harto trabajo y peligro, y de todo salieron bien. Caminando por la orilla de un río, eran tan grandes los lodos, que fué necesario apearse todas, y pasarlos á pie, porque se atolaban los carros. Después, subiendo por una cuesta, vió la Madre el carro donde iban sus monjas trastornarse de manera que iban á caer en el río, y la cuesta era tan agria, que mucha gente no fuera parte para librarlas, ni detener el carro. Vió esto un mozo de los que llevaban, y asíóse de la rueda, y tuvo el carro para que no cayese, pareciendo casi imposible poderle tener él solo, sino que Dios las quiso librar. Mucha pena dió esto á la Madre, porque la pareció que las monjas se iban á ahogar, y desde entonces quiso ella ir siempre delante, para que en los peligros que se ofreciesen fuese la primera.

Para descanso de este trabajo llegaron aquella noche á una venta,

(1) Al llegar la Santa Madre á Medina del Campo, hallábase postrada en cama, con recia calentura y fuerte dolor de costado, la madre Alberta de San Juan Bautista, Priora de aquel monasterio. Visitóla la Santa apenas llegada allí: «Jesús hija, la dijo, como en broma, ¿estando yo aquí estáis mala? Ande, levántese, y venga conmigo á cenar.» Pasóle al mismo tiempo las manos por el rostro, y la enferma, obedeciendo á su voz, se levantó buena y sana. Mencionan este milagro los Auditores de la Rota Romana en su Relación.

donde no se pudo haber una cama para la Madre, y con todo este abrigo les pareció fuera bueno detenerse allí algún día, según las daban las nuevas de los caminos. Habían de pasar por unos pontones (que así los llaman) cerca de Burgos, y había tanta agua, que subía media vara encima de ellos, y de una parte y de otra todo estaba cubierto de agua, y muy hondo. Tomaron guía para aquel paso, y los pontones eran tan angostos, que tantico que ladeara el carro caerían en el río. Las monjas se confesaron para pasar, y pidieron á la Madre su bendición, y decían el Credo. La Madre las decía sin turbación y con alegría: «Ea, mis hijas, ¿qué más bien quieren ellas que (si fuere menester) ser aquí mártires por amor de Nuestro Señor? Déjenme, que yo quiero pasar primero, y si me ahogare, ruégolas mucho que no pasen, sino que se vuelvan á la venta.» Pasó la Madre y aseguró el paso á las demás; pero iba muy mala y muy trabada la lengua de la perlesía, y como oyó misa en un lugar donde llegaron y comulgó, luego se destrabó y quedó mejor, aunque la calentura nunca se le quitaba. Aquel día llegaron á Burgos, que fué á 26 de enero, y quiso el Padre Provincial que fuesen ante todas cosas al Santo Crucifijo (1) para encomendarle el negocio, y también para que anocheciese, por entrar con menos ruido en la ciudad, donde fueron bien recibidas y acariciadas de Catalina de Tolosa, que con mucho deseo las esperaba. De las enfermedades de la Madre era una, de la garganta, que la apretaba harto, y no podía comer sino con mucho dolor, y la duró hasta fin de junio y más, aunque no tan recia. Y como llegó tan mojada, estuvo aquella noche más á la lumbre de lo que solía, y hízola tanto mal, que esa misma noche la dió un vahido de cabeza, y tan recios vómitos, que se le hizo una llaga en la garganta, y escupía sangre. Y el día siguiente no pudo levantarse para negociar, y por eso negociaba echada en una camilla, que pusieron junto á una ventana, que salía á un corredor, que tenía reja, y delante un velo, y los que venían á hablarla estaban por de fuera. Estos fueron muchos, y entre ellos vinieron de parte de la ciudad á decirla que no estaban arrepentidos de la licencia que habían dado, y que se holgaban mucho que fuese ya venida, y que viese en qué la podían servir. Esto dió mucho contento á la Madre, porque, si algún miedo traía, era de la ciudad, y así tuvo el negocio por llano.

(1) Milagrosa y antiquísima imagen conocida con el nombre de Santísimo Cristo de Burgos. Ha sido objeto de grandes controversias históricas y arqueológicas: se veneraba en el convento de Agustinos, extramuros de la ciudad, aun antes del siglo xiv. Como fué demolido aquel célebre monasterio, hoy se venera en la Catedral, Ctr. Flórez, *Esp. Sagr.* t. XXVII col. 483 y sigs.—La Fuente. *Manual*, cap. X. Feliciano López—*Historia documentada de la Santa y milagrosa imagen... del Santísimo Cristo de Burgos*. Salamanca, 1907.

CAPÍTULO XIV

De la contradicción que hubo para fundar el Monasterio, y cómo en fin se fundó, y se halló para él casa muy á propósito

Ante todas cosas, fué el Padre Provincial á visitar al Arzobispo (1), y pidióle la licencia para que se tomase la posesión, que pensaron la diera luego. El Arzobispo, después de haber pasado muchas cosas, se resolvió en que no daría la licencia, si no era teniendo ellas casa y alguna manera de dotación, porque le parecía no cumplía de otra manera con lo que debía, por estar aquel lugar entonces tan pobre, y haber en él muchos Monasterios. Y decía que, aunque él había enviado á decir á la Madre que viniese, entendía que viniese ella sola para tratar el negocio, mas no con tantas monjas, como á cosa ya hecha. Y en la verdad fué lo uno y lo otro traza de Dios, para que este Monasterio se hiciese, porque si ella no viniera de la manera que vino, negando el Arzobispo la licencia, se volviera y no se hiciera nada; y si se la diera luego como ella deseaba, por ventura no vinieran á tener la casa y comodidad que tuvieron. Y así le escribió después el Obispo de Palencia, que parecía que se habían concertado Dios y él en esto, para que el Monasterio se fundase como convenía.

La Madre en este tiempo siempre andaba con calentura, y la garganta tenía tan mala, que no podía comer nada: todo lo que había de comer había de ser bebido, y por esto y porque á ella y á sus compañeras era muy penoso el salir de casa, hizo suplicar al Arzobispo les diese licencia para que en una pieza de aquella casa donde estaban, les dijese misa, porque era á propósito, y había servido algunos años de Iglesia á los Padres de la Compañía de Jesús, luego como vinieron á Burgos. Esto tampoco concedió el Arzobispo, y según yo creo, fué por temer que no se tomase allí la posesión, y quedase he-

(1) Era á la sazón Arzobispo de Burgos Don Cristóbal Vela, hijo del primer virrey del Perú.

cho el Monasterio sin tener ellas casa propia, ni con qué se sustentar; y esto hacía por guardar el decreto del Santo Concilio Tridentino, que á la Madre antes la deseaba dar contento, y la tenía amor, y la conocía desde Avila mucho. En estas cosas y en conciertos se pasaron tres semanas, y ellas no oían misa sino las fiestas, y entonces iban muy de mañana á una Iglesia, con hartos lodos y agua que había en las calles. En lo demás estaban bien acomodadas, porque Catalina de Tolosa las hacía mucha caridad y regalo, y el Padre Provincial también lo estaba en casa del Doctor Manso, Canónigo magistral de aquella Iglesia, para la cual salió siendo colegial del colegio del Arzobispo de Salamanca, y primero lo había sido en Alcalá, en el colegio de los Teólogos, en tiempo que lo era también el Padre Maestro Gracián.

Estando mejor la Madre, se determinó de ir ella en persona á hablar al Arzobispo, y entretanto sus compañeras tomaban disciplina, primero una y después otra, de manera que no faltase mientras ella estaba negociando. Pero negoció tan mal como otros que le habían hablado, aunque quien viera la alegría con que venía, pensara que había negociado muy bien. El Padre Provincial andaba ya muy disgustado de ver que no se hacía nada, y casi estaba en que lo dejaran y se volviesen. Esto no lo podía llevar la Madre, por haberla dicho el Señor que lo procurase ella de su parte, y tenía por cierto que no se había de dejar de hacer: lo que más pena la daba era ver la que él tenía. Estando ella en esta aflicción, díjola el Señor: *«Ahora, Teresa, ten fuerte.»* Con esto procuró con más ánimo persuadir al Padre Provincial que se fuese y las dejase, porque estaba cerca la Cuaresma, y hablala de predicar en Valladolid, como lo hizo poco después. Dieron orden él y el Doctor Manso que las diesen unas piezas en el hospital de la Concepción, donde había Sacramento, y se decía misa cada día. Pero aún en esto hubo harta contradicción y dilación, porque una viuda tenía alquilado un aposento que había bueno, y aunque no se había de pasar á él, de allí á medio año, no sólo no se lo quiso dar, que estaba junto á unas piezas que las dieron, que estaban á teja vana, sino que con tenerle cerrado por de fuera, le echó clavos por de dentro. Demás de esto, los cofrades á cuyo cargo estaba el hospital, temieron que ellas se habían de alzar con él, y no quisieron dar licencia para que se pasasen á él, hasta que el Padre Provincial y la Madre se obligaron ante un escribano público, que saldrían de él cada y cuando que ellos se lo dijese. Diéronlas un cuarto alto, en que había una tribuna de donde podían oír misa, que estaba desembarazado por estar tan desacomodado, que nadie quería vivir en él, y como estaba á teja vana y alto, estaba muy frío, cosa harto contraria á las enfermedades que la Madre tenía. También se decía que venían á él muchas brujas, y parece no iba esto muy fuera de camino, por cosi-

llas que en él las acontecieron (1). Allí las hacían algunas personas mucha caridad, y principalmente Catalina de Tolosa, que las venía á ver cada día, aunque era su casa muy lejos, y las enviaba todo lo que habían menester, y nunca se cansaba de hacerlas bien.

Entraron en el hospital, víspera de San Matías Apóstol, y siempre se andaba buscando casa, con mucho cuidado, para que se comprase y el Arzobispo diese con eso la licencia, y era ya víspera de San José, diez y ocho de Marzo, y ninguna de cuantas salían cuadraban; porque en todas hallaban muchos inconvenientes, y la Madre estaba con pena porque los cofrades la habían dicho que no la daban la casa más que hasta Pascua, que estaba ya muy cerca, y que si entonces no había hallado casa, se habían de ir de él. Vendíase, días había, una de un caballero, y con andar tantas órdenes, como dijimos, buscando casa, ordenó nuestro Señor que á nadie contentase, de lo que después estaban espantados, y aun algunos bien arrepentidos. A la Madre, dicho la habían de esta casa, mas eran tantas las tachas que la ponían, que la tenía ya dejada y aun olvidada. Pero como no se hallaba otra, ni había esperanza de hallarse, tornóse á acordar de ésta, y dijo que la comprasen para esta necesidad, que después se podría vender. Fuéla á ver, y quedó tan satisfecha de ella, que si la pidieran doblado de lo que entendía pedirían, la tomara, y pensara que era barata, porque todo eso daban á su dueño dos años antes, y no la quiso dar. No faltaba á quien con todo eso pareciese cara, y aunque la Madre la tenía por barata, hacíasele algún escrúpulo dar lo que pedían, por ser los dineros de la orden, y dijo que se tornase á tratar de ello después de misa. Fuéronlo á encomendar á Dios, y dijo el Señor á la Madre: «¿En dineros te detienes?» Con esto se concluyó la venta después de misa, la víspera de San José, á quien todos habían rogado mucho que en su día tuviesen casa, y así fué, con no se haber hallado en muchos días antes, y el mismo, por la mañana, no haber señal ni esperanza de hallarla.

En sabiéndose esto en el lugar, luego salieron compradores, porque nadie pensó fuese tan barata, y decían que la había dado de balde el que la vendió, y que por ser tan notorio el engaño, se deshiciese la venta. Pero aquel caballero, que era el dueño, y su mujer, cuando fueron avisados de todo lo que pasaba, que estaban fuera de allí, sabiendo que su casa era Monasterio, se holgaron mucho, y no quisieron que se deshiciese, y luego se hicieron las escrituras, y se pagó el tercio,

(1) La Santa Madre al ver la multitud de dificultades y contradicciones que le salían al paso en esta fundación, solía decir que el diablo de Burgos era un *diablejo tonto*.

Subsiste aún este hospital llamado de la Concepción, y se conserva el departamento, que santificó con su presencia Santa Teresa, y la ventana que da á la capilla por donde oían Misa.

que dió para él dineros Catalina de Tolosa con su mucha caridad, y después pagó todo lo demás que se debía.

Parecía á los que lo miraban como milagro, haberse dado tan buena casa tan barata, y haberse cegado los religiosos de otras religiones, que andaban buscando casa, y la vieron y nunca se contentaron de ella, y todos les culpaban por eso. Y fuera de las órdenes que habemos dicho, que buscaban allí casa, que eran Mínimos, y Carmelitas Descalzos, y Basiliós; para dos Monasterios de monjas, se buscaban casas, y para otro que se quería hacer, y todos habían visto esta casa, y todos la dejaron, sin más reparar en lo que hacían, y todos después quedaron arrepentidos. A esto todo las ayudó mucho el licenciado Aguiar, con mucha caridad, solicitándolo y dando prisa á que luego se tomase, que no la hubieran si no fuera por él, y él mismo estuvo más de un mes ayudando y dando traza para que se acomodase, lo cual se hizo presto y bien á poca costa. Cuando la vió la Madre tan bien acomodada, que parecia se había hecho desde el principio así para ellas, y con tanta brevedad, estaba contentísima, y parecia como cosa de sueño haberse hecho tan presto, y todas se consolaron mucho, porque, además de ser tan buena, tenía huerta y agua y buenas vistas.

El Arzobispo se holgó mucho cuando supo que tenían casa, y vino á ver dos veces á la Madre, y vió la casa; pero con todo eso nunca daba la licencia, ni aun para que se dijese misa allí, porque no saliesen fuera; y así desde que se pasaron á ella, que fué dos ó tres días después de la compra, estuvieron como un mes, que para oír misa habían de salir á una iglesia que estaba allí cerca. La Madre, viendo las dilaciones, escribió al Obispo de Palencia para que lo acabase con el Arzobispo, y esperábanla para la Pascua de Resurrección, y los tres días primeros nunca vino, y hubieron de salir con harta pesadumbre á oír misa fuera: el cuarto vino con la licencia Hernando de Matanza, que siempre las hizo mucha caridad, la cual dió el Arzobispo por intercesión del Obispo, trabajando también en ello harto el Doctor Manso y la Madre, que jamás había tenido desconfianza: la noche antes tuvo alguna, y todas estaban cansadas de esperar y tristes, y Catalina de Tolosa más. En llegando con ella Hernando de Matanza, sin decir nada, comenzó á tañer la campanilla, por donde entendieron la buena nueva, y así el día siguiente, que fué á diez y nueve de abril de 1582 años, se puso el Santísimo Sacramento, y se tomó la posesión; fué la advocación, San José de Santa Ana.

La primera misa dijo el Doctor Manso, y la mayor el Padre Prior de San Pablo, de la orden de Santo Domingo, con gran solemnidad y música y menestres, que de su voluntad vinieron sin ser llamados, y con gran contento de toda la ciudad. Catalina de Tolosa, demás de pagar la casa, como habemos dicho, y dádolas todo lo necesario, las

dió el ajuar de camas y otras cosas que eran menester para la casa, y la tenía prometida renta, y hechas ya las escrituras, aunque ésta después, el Padre Provincial y la Madre fueron de parecer que no se aceptase, por inconvenientes que tenía, y pleitos y desasosiegos que á Catalina de Tolosa podían venir, y así con mucho secreto la renunciaron algunos días después ante escribano, y la volvieron sus escrituras. Pero cuando hubieron de profesar sus dos hijas, las que había recibido la Madre en Palencia, aunque habían primero renunciado en su madre sus legítimas, las hizo renunciarlas en esta casa de Burgos. Todo esto se lo pagó nuestro Señor muy bien, porque estando allí la Madre, dió el hábito á una hija suya, y predicó aquel día el Arzobispo, dando á entender la satisfacción que tenía de aquella orden, y pesándole de la dilación que había habido en la fundación. Y después á ella la trajo á ser monja de la misma orden en Palencia, y se llama Catalina del Espíritu Santo, y cuando yo esto escribo, creo es ya profesa, y dos hijos que la quedaban tomaron hábito de los Descalzos de la misma orden, cumpliéndose lo que dice David, que la generación de los buenos será bendita.

Estando en este tiempo la Madre y sus monjas contentas de verse ya en su casa y clausura, el día de la Ascensión creció tanto el río, y fué tanta el agua que entró por la ciudad, que se comenzaban á despoblar los Monasterios por no perecer en ellos, y se hundían casas y se desenterraban los muertos, y el nuevo Monasterio tenía más peligro, por estar en un llano, y más cerca del río. Aconsejaban á la Madre que hiciesen ellas lo que otras religiosas, que era salir de la casa; pero ella nunca lo quiso hacer, sino hizo poner el Santísimo Sacramento en una pieza alta, y que las monjas se recogiesen en ella, y que dijesen letanías, hasta que cesó aquel trabajo. Decía el Arzobispo, y decíanlo muchos en la ciudad, que por estar allí la santa Madre había Dios dejado de hundir aquel lugar. Dejó aquí por Priora á la madre Tomasina Bautista, que lo había sido primero en Alba, y por Superiora á Catalina de Jesús, que la había traído de Valladolid (1).

(1) Véase cómo describe los apuros que tuvieron que pasar en aquella inundación y en el viaje que poco después emprendieron, la Madre Ana de San Bartolomé:

«No es nada lo que pasó en Burgos, que fué la postrera fundación que hizo. La pobreza fué tanta, que nos faltaba la comida y las cosas necesarias. Un día me acuerdo que estando con harta flaqueza la Santa, no tuve que la dar sino un poco de pan mojado en agua, porque había crecido tanto el río, que no nos podían socorrer los del lugar, ni nosotras enviar por nada, que estaba la casa fuera del lugar y arrimada á una ribera, que creció tanto la agua que se entró en la casa, y ella era vieja y á cada ondeada del río se estaba meneando, como que se iba á caer. El aposento de nuestra Santa era tan pobre, que se veía la luz del cielo por el techo, y las paredes todas hendidas, y hacía hartos frío; que lo es muy grande en aquella ciudad. Entrósenos el río en la casa hasta los primeros suelos, y como estábamos en ese peligro subimos el Santísimo Sacramento en lo alto de la casa,

y á cada hora pensábamos ser anegadas y estábamos diciendo letanías, y desde las seis de la mañana hasta la media noche, estuvimos en este peligro sin comer ni sosegar, que todo lo que teníamos se había anegado. Nuestra Santa estaba la más afligida del mundo, que se acababa de fundar la casa, y dejola el Señor á solas, que no sabía si era bien nos estuviésemos quedas, ó si salir, como hacían otras religiosas en este tiempo. Estábamos todas tan turbadas, que no nos acordamos de dar nada á nuestra Santa. Ya muy tarde, me dijo:—Hija, mira si no ha quedado un poco de pan; dame un bocado que me siento muy flaca.—Esto me partió el corazón, y hicimos entrar una novicia, que era fuerte, á sacar un poco de debajo del agua, que la daba á la cintura, y de aquello la dimos, que no había otra cosa, y si no entraran unos nadadores, pereciéramos; mas parece que fueron ángeles de Dios, que no sabíamos cómo habían venido, y entraron debajo de la agua, y quebraron las puertas de la casa y empezó á salir la agua de las piezas; mas quedaron tan anegadas y llenas de piedras, que se sacaron más de ocho carros de lo que la agua había traído. Andábase meneando la pieza de la Santa para caer. Como he dicho, era tan pobre que el sereno la mataba. Yo tenía dos coberturas en nuestra cama, y la una colgaba de noche sobre ella y la otra por los lados de la cama, de manera, que ella no sentía que yo lo quitaba, que no lo quisiera. Yo, de que se dormía, me arrimaba á par de su cama sentada, y como me llamaba hacía que venía de nuestra cama y decíame la Santa:—¿Cómo hija vienes tan presto?—Otras veces la dejaba durmiendo y me iba á lavar sus paños, que, como estaba enferma, tenía yo consuelo de darla limpio. Estábame muchas veces sin dormir y no me hacía falta el sueño por darla contento...

• A la mañana nos partimos, sin llevar ninguna cosa para el camino, y la Santa iba mala del mal de la muerte, y todo este día por el camino no pude hallar ninguna cosa para darla de comer; y una noche, estando en un pobre lugarcillo, no se halló cosa que comer, y ella se halló con gran flaqueza y díjome:—Hija, deme si tiene algo, que me desmayo,—y no tenía cosa sino unos higos secos, y ella estaba con calentura. Yo di cuatro reales que me buscasen dos huevos, costasen lo que costasen. Cuando vi que por dinero no se hallaba cosa, que me lo volvían, no podía mirar á la Santa sin llorar, que tenía el rostro medio muerto. La aflicción que yo tuve en esta ocasión no la podré encarecer, que me parecía se me partía el corazón, y no hacía sino llorar de verme en tal aprieto, que la veía morir y no hallaba cosa para acudirle. Y ella me dijo con una paciencia de un ángel:—No llores, hija; esto quiere Dios ahora.—Como se acercaba la hora de su dichoso tránsito, de todas maneras la ejercitaba el Señor; mas ella lo llevaba, como siempre, como santa. Yo padecía más, como menos mortificada, que era menester que la Santa me consolase, y me decía que no había de qué tener pena, que ella estaba contenta con un higo que había comido. » *Declaración de la Venerable Madre Ana de San Bartolomé.*

CAPÍTULO XV

De cómo la Madre Teresa de Jesús salió de Burgos, y vino á Alba, y cómo murió allí

Acabado esto, rogaba la Madre á nuestro Señor que, pues quiso que aquel Monasterio se hiciese, las diese con que se sustentasen, y deseaba ver entrar algunas, primero que se partiese, que comenzasen á traer algo. Y estando una vez pensando en esto, dijola nuestro Señor: «¿En qué dudas que ya esto está acabado? Bien te puedes ir.» Entendió por aquí que nuestro Señor tomaba á su cargo el sustento de ellas, y quedó tan contenta como si las dejara mucha renta, y luego comenzó á tratar de su partida, por parecerla que ya allí no hacía nada, ni era más menester. Con esto partió de Burgos, y vino á Palencia, y de allí á Medina, con intención y deseo de irse derecha á Avila, donde era Priora, y deseaba dar allí el velo á la hermana Teresa de Jesús. Pero tenía Dios ordenadas las cosas de otra manera, y halló en Medina al Padre Fray Antonio de Jesús, que era entonces Vicario Provincial, y la estaba esperando para llevarla á Alba, porque la duquesa doña María Enríquez se lo había pedido.

Grande fué la contradicción que sintió, cuando esto la dijo el Padre Fray Antonio, por parecerla que convenía mucho ir á Avila, y que por la duquesa se dejaba de hacer, y no se puede creer la dificultad que se le ofreció; pero como siempre había obedecido con tanta perfección en toda su vida, obedeció también entonces estando cerca del fin de ella, por parecerse al que fué obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Pusiéronla en una carroza en que fué harto trabajada é indispueta, y llegando á un lugar cerca de Peñaranda, iba con tantos dolores y flaqueza, que la dió allí un desmayo, que á todos hizo gran lástima verla. Y con estar así no traían otra cosa para darla, sino unos higos, ni en el lugar se pudo hallar un huevo. La hermana Ana de San Bartolomé congojábase de verla en tanta necesidad, y no tener con qué regalarla; mas la Madre la con-

solaba, diciendo: «No tengas pena por mí, hija, que muy buenos son estos higos; muchos pobres no tendrán tanto regalo.» Otro día fueron á comer á otro lugarillo, y para remediar lo del día pasado, lo que hallaron para comer fueron unas berzas cocidas con cebolla, y de eso comió, aunque era contrario para su mal.

Aquella noche llegó á Alba, que fué víspera del glorioso Apóstol y Evangelista San Mateo. Llegó muy cansada y congojada con la enfermedad que traía, y luego la Priora, que era entonces la madre Juana del Espíritu Santo, y las monjas, la pidieron mucho que se acostase, y ella lo hizo diciendo: «Válame Dios, qué cansada me siento; más ha de veinte años que nunca me acosté temprano, sino ahora.» A la mañana se levantó, y anduvo mirando la casa, y fuése á misa, y comulgó con mucho espíritu y devoción, y de esta manera anduvo cayendo y levantando; pero comulgando cada día con su acostumbrada devoción, hasta el día de San Miguel que, habiendo ido á misa y comulgado, se echó en la cama (1), porque no venía para otra cosa, que la dió un flujo de sangre, de que se entiende que murió.

Tres días antes del día en que murió estuvo casi toda la noche en gran oración, y á la mañana dijo que la viniese á confesar el Padre Fray Antonio de Jesús, y entendióse que la había nuestro Señor revelado su muerte, porque unas hermanas oyeron decir al Padre Fray Antonio, en acabando de la confesar, que suplicase á nuestro Señor no la llevase ahora, ni les dejase tan presto. Y la Madre respondía,

(1) Pidió, dice Yepes (*Vida*, lib. II, cap. XXXVIII), la subiesen á una enfermería alta, por haber en ella una reja que sale al altar mayor, por donde podía oír misa. El Padre Fray Francisco de Santa María (*Reforma de los Descalzos*, lib. V, cap. XXVIII, n.º 2), añade que no sólo le servían sus hijas, en especial la Venerable Ana de San Bartolomé, que no se apartaba un punto del lado de la Santa, sino que entraba también en la clausura la Duquesa de Alba, la servía con cariño y la daba de comer con sus propias manos, sin que fueran bastante á disuadirlo los ruegos y súplicas de la Madre.

En los procesos para la Beatificación de Santa Teresa declara la Madre María de San Francisco que: «Estando en Alba, enferma de la enfermedad de que murió, nuestra Santa Madre, sucedió, que mandaron los médicos se le echase una medicina de aceites de la botica, todos de malísimo olor, y al tiempo de recibirla, se derramó toda por la cama de la Santa, y en este punto acertó á llamar á la portería la Señora Duquesa de Alba, la vieja, que se decía Doña María Enríquez, que como la tenía por santa, venía á menudo á visitarla y darle la comida de su mano. Congojóse mucho la Santa por ver que venía á tan mal tiempo, por causa del mal olor, y yo le dije:—No tenga pena, Madre, que antes huele como si se hubiera rociado con agua de ángeles.—Y era así, que olía con gran fragancia; y la Santa respondió:—Alabado sea Dios, hija; cubra, cubra, porque no huele mal y ofenda á la Duquesa, que harto me holgara, que acá no viniera.—En entrando la Duquesa se sentó luego, y comenzó á abrazar á nuestra Santa Madre y juntarle la ropa, y ella le dijo:—No haga vuestra excelencia eso, que huele muy mal, con unos remedios que aquí me han hecho;—la cual respondió:—No huele sino muy bien, y antes me pesa que le hayan echado aquí olor, que no parece sino que se ha derramado aquí agua de ángeles y le puede hacer mal.—Y como yo se lo oí decir á su excelencia, reparé en ello, y me pareció que era milagro; pues habiéndose derramado aceite de pestífero olor, no lo hubiese malo, sino antes tal como se ha dicho.»

que ya ella no era menester en este mundo (1). Desde entonces comenzó á decir á sus monjas muchos consejos santos, y aunque siempre los decía, entonces, como quien estaba de partida, con más veras y con mayores muestras de amor. Víspera de San Francisco, á las cinco de la tarde, pidió el Santísimo Sacramento, estando ya tan mala, que en la cama no se podía menear, ni volver de un lado á otro, si no la volvían. Y entretanto que se le traían, comenzó á decir á las monjas, las manos puestas: «Hijas mías y señoras mías, por amor de Dios las pido tengan gran cuenta con la guarda de la regla y constituciones, y no miren el mal ejemplo que esta mala monja las ha dado, y perdónenmele.» Cuando le traían y vió entrar por la puerta de la celda aquel Señor á quien tanto amaba, con estar antes tan caída y con una pesadumbre mortal, y que no se podía revolver, se levantó en la cama sin ayuda de nadie, que parecía se quería echar de ella, y fué menester tenerla. Púsosele un rostro muy hermoso y encendido, y muy diferente del que antes tenía, y muy más venerable, no de la edad que ella era, sino de mucho menos. Y puestas las manos, con grandísimo espíritu, y llena de alegría, comenzó aquel blanquísimo cisne á cantar al fin de su vida, con mayor dulzura que en toda ella había cantado, y hablando con todo su bien que tenía delante, decía cosas altas, amorosas y dulces, que á todas ponían gran devoción. Decía éstas entre otras: «¡Oh Señor mío y esposo mío, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos! ¡Señor mío, ya es tiempo de caminar, sea muy enhorabuena, y cúmplase vuestra santísima voluntad! Ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro, y mi alma goce, en uno con vos, de lo que tanto ha deseado.»

Dábale muchas gracias porque la había hecho hija de la Iglesia, y porque moría en ella, y muchas veces repetía esto: «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia.»

Pedía con mucha devoción perdón á nuestro Señor de sus pecados, y decía que por los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor esperaba ser salva, y á las hermanas las pedía rogasen esto á nuestro Señor, y con mucha humildad las pedía perdón. Después, pidiéndola las hermanas que las dijese algo, no las quiso decir más de que guardasen muy bien la regla y constituciones, y obedeciesen siempre á sus Prelados, y esto decía algunas veces.

En todo este tiempo repetía muchas veces estos versos: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus. Cor contritum et humiliatum,*

(1) Estando en estas pláticas le dió una grande congoja, de manera que parecía se le comenzaba á levantar el pecho; acudieron los médicos con grande priesa, y mandáronla bajar adonde antes estaba, por ser muy fría aquella pieza y con grande cuidado comenzaron á aplicarle medicinas; ella se sonreía, dando á entender el poco fruto que de ellas esperaba. Echáronle unas ventosas sajas, las cuales admitió de buena gana, por ser medicina penosa. (Yepes.)

Deus, non despicias. Ne projicias me a facie tua, et Spiritum Sanctum tuum ne auferas a me. Cor mundum crea in me, Deus. Y particularmente este medio verso: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias*, no se le cayó de la boca hasta que se le quitó la habla. Pidió la Extremaunción, y recibióla con grande reverencia á las nueve de la noche del mismo día, víspera de San Francisco, y ayudaba á decir los salmos, y respondía á las oraciones, y en recibíendola, tornó á dar gracias á nuestro Señor, porque la había hecho hija de la Iglesia. Después preguntóla el Padre Fray Antonio de Jesús, si quería que llevasen su cuerpo á Avila, ó que se quedase en Alba. A esto respondió, dando con el rostro á entender que la pesaba de aquella pregunta, y dijo: «¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿aquí no me darán un poco de tierra?»

En toda esta noche no dejó de padecer muchos dolores, saliendo de cuando en cuando con sus versos acostumbrados; y el día siguiente, á las siete de la mañana, se echó de un lado, de la manera que pintan á la Magdalena, y con un Crucifijo en la mano, el cual tuvo hasta que se le quitaron para enterrarla: el rostro tenía encendido, y así se estuvo en oración con grandísimo sosiego y quietud, sin menearse más. Cuando estaba en el artículo de la muerte, una hermana (1) la estaba mirando con grande atención, y parecíala que veía en ella señales de que la estaba hablando nuestro Señor, y mostrándola grandes cosas, porque hacía meneos, como quien se maravillaba de lo mucho que veía. Así estuvo hasta las nueve de la noche, en que dió su santa alma á su Criador, jueves, día de San Francisco, que es á cuatro de octubre, año de 1582 (que fué el año en que se enmendaron los tiempos (2), quitando diez días que andaban adelantados, y así

(1) Sería sin duda esta hermana la Madre María de San Francisco, la cual declara en los procesos de Beatificación, lo siguiente:

«El día de San Francisco, como á las siete de la mañana, se echó la Santa de un lado, como pintan á la Magdalena, el rostro vuelto hacia las religiosas, muy bello y encendido, con tanta hermosura, que me pareció no se la había visto mayor en mi vida, y no sé á donde se escondieron las arrugas, que tenía hartas, por ser de tanta edad y vivir muy enferma. De esta suerte se estuvo en oración con grande quietud y paz, haciendo algunas señas exteriores, ya de encogimiento, ya de admiración, como si la hablaran y ella respondiera; mas con gran serenidad todo, y con maravillosas mudanzas de rostro, de encendimiento é inflamación, que no parecía sino una luna llena, y á ratos, dando de sí grandísimo olor, y perseverando en la oración, muy alborozada y alegre, como sonriéndose, dando tres suaves y devotos gemidos, como de una alma que está con Dios en la oración, que apenas se ofan, dió su alma al Señor, quedando con aventajada hermosura y resplandor su rostro, como un sol encendido. Antes que muriera, llegó á la Santa, Isabel de la Cruz, que padecía gran dolor de cabeza y mal de ojos, y cogiéndole las manos á la Santa, ella misma se las puso sobre la cabeza y al punto quedó libre de todo mal. Luego que murió, besando sus pies Catalina Baptista, cobró el olfato, que había perdido, y sintió gran fragancia en los pies de la Santa. Todo esto vi.»

(2) Se refiere el autor á la corrección Gregoriana, que se puso en vigor aquel mismo año, en virtud de las Letras Apostólicas dadas por Gregorio XIII.

el día siguiente se contaron quince de octubre), presidiendo en la silla de San Pedro el Papa Gregorio XIII, de gloriosa memoria, y reinando en España el católico rey don Felipe, segundo de este nombre. Nació esta santa, como queda dicho al principio, á veinte y ocho de marzo, año de 1515, de donde se ve haber vivido sesenta y siete años, y seis meses, y siete días. Vivió en la religión cuarenta y siete años, los veinte y siete en la Encarnación, y los veinte postreros en la primitiva regla del Carmen. Su muerte fué tan sosegada, que á las que muchas veces la habían visto en oración no las parecía sino que estaba todavía en ella (1).

(1) Ana de San Bartolomé, compañera perpetua de la Santa, y muy parecida á ella en las virtudes y espíritu, vió en esta ocasión, antes que la madre expirase, á los pies de la cama, á Cristo nuestro Redentor con gran resplandor, acompañado de infinitos ángeles que aguardaban el alma de la Santa Madre para llevarla á su gloria. También asistieron á su cabecera los diez mil mártires, porque ellos se lo habían ofrecido, muchos años había, en un arrobamiento que tuvo después de haberles celebrado su fiesta, y volviendo de él, como le preguntase la condesa de Osorno, que era una señora muy devota y grande amiga suya, qué había sentido, le dijo que le habían aparecido los diez mil mártires y le habían prometido de acompañarla á la hora de su muerte, y llevarla á gozar de Dios. Y así la enfermera que curaba á la Santa, que se llamaba Catalina de la Concepción (que murió cumplido un año que la Santa Madre salió de este mundo, que era una monja de singular caridad y espíritu) estando sentada en una ventana baja que salía al claustro, en la misma celda de la Santa Madre, aquella noche que expiró, oyó un gran ruido como de gente que venía muy alegre y regocijada, y vió que pasaban por la clausura muchas personas resplandecientes, vestidas todas de blanco, y entraron todas en la misma celda, donde estaba la Santa Madre enferma, con grandes demostraciones de contento; era tanta la muchedumbre de aquella dichosa compañía, que con estar todas las religiosas de aquel convento en la celda no se parecía ninguna. Llegaron todas á la cama donde estaba la Santa, y á este punto dice que expiró, que fué á las nueve de la noche.

Esta fué la hora en que salió aquella bienaventurada alma de la cárcel de su cuerpo. Y estos sagrados Santos, en compañía de los ángeles, hicieron su oficio de llevarla, honrada y acompañada, al descanso eterno del cielo, que con tantos trabajos tenía merecido, viviendo acá en el suelo. A la hora que la Santa Madre expiró, vió una religiosa salir por su boca una como paloma blanca, y otra á este mismo tiempo una estrella sobre la torre y campanario de la iglesia, y otras vieron cosas muy maravillosas, con las cuales daba el Señor, por mil resquicios, muestras de la gloria y felicidad de que gozaba aquella alma.

La causa y ocasión de su muerte atribuían los médicos al gran cansancio y molimiento del camino, á un flujo de sangre que le sobrevino, y así le fué faltando la virtud y la vida. Pero lo cierto es que, aunque no se puede negar sino que ayudarían mucho estos accidentes para cortarle el hilo de la vida, pero el cuchillo que le dió la muerte fué un tan grande ímpetu de amor de Dios, tan poderoso y tan fuerte, que le arrancó y dividió no sólo el espíritu del alma, sino también el alma del cuerpo, porque en el espacio de catorce horas que estuvo absorta y arrebatada, de tal manera se fué encendiendo y abrasando en amor con las cosas que veía, con el gozo de lo que esperaba, que sin ser más en su mano, como otra ave fénix, murió en aquel dichoso fuego en que siempre había vivido. Esto reveló la Santa Madre el mismo día de su muerte, como se lee en los procesos de canonización, á una monja de grande santidad y perfección que ella tenía en su orden, que era la Madre Catalina de Jesús, fundadora y priora del convento de Veas, la cual estando con una gravísima enfermedad, queriéndole encubrir las monjas la muerte de la Santa Madre, por no darla pena, ella la supo, y dijo al Padre Fray Jerónimo de la Madre de Dios, Provincial de los Descalzos, que le había aparecido

la Madre muy gloriosa, y dijo que se iba á gozar de Dios, y que en su muerte había tenido un grande ímpetu de amor de Dios, con que se le salió el alma. Lo mismo reveló la Santa Madre á un prelado grave de su religión, diciendo que estos grandes ímpetus habían sido causa de su muerte, porque habían sido tan fuertes que no lo había podido sufrir su natural.

Y no es mucho de espantar que un ímpetu de esta manera sea tan fuerte, que pueda apartar el alma del cuerpo, pues cuenta de sí la Santa que de sólo oír una vez cantar una copla que trataba de cuán penosa cosa era vivir sin ver á Dios, le vino un ímpetu semejante, con tan grande violencia, que si no proveyera Dios que cesara la música, fuera imposible poder tener el alma en el cuerpo. Esto lo tenía ella antes profetizado, porque tratando en su vida de estos grandes ímpetus y deseos de Dios, dice así (*Vida*, cap. XX; *Morada VI*, cap. X): «Yo bien pienso alguna vez que ha de ser el Señor servido, que si va adelante como va ahora, que se acabe con acabar la vida.» Y en otra parte dice, hablando de sí: «Yo sé de una persona que, estando en oración semejante, oyó cantar una vez, y certifica que á su parecer, que si el canto no cesara, iba ya á salirse el alma del cuerpo, y así proveyó su Majestad que cesase el canto, que la que estaba en esta suspensión, bien podría morirse, mas no decir que callase.» Y fué claro indicio de haber sido ésta la ocasión de su muerte, porque quedó tan sosegada luego que murió, que á las que muchas veces la habían visto arrobada en oración, no les parecía sino que estaba todavía en ella. Pues de esta violencia grande é ímpetu de amor fué su alma tan fuertemente arrebatada, que no sólo se enajenó de los sentidos, sino también del cuerpo, porque de la mucha fuerza con que estaba abrazada, unida con su divino y celestial Esposo, le provino un gran flujo de sangre y de él la muerte. Yepes, lib. II, cap. XXXIX.

Los Auditores de la Rota, en su Relación sobre las virtudes de Santa Teresa, aducen este testimonio de Yepes, y aseveran, que en realidad la Santa murió víctima del amor divino, más bien que de enfermedad. Y el Breviario Romano afirma terminantemente que: *Intolerabili divini amoris incendio potius quam vi morbi, Albae cum decumberet... purissimam animam Deo reddidisse*. A causa del intolerable incendio de amor divino, más bien que efecto de la enfermedad, expiró en Alba de Tormes... entregando á Dios su alma purísima. Confirma todo esto con su apostólica autoridad el Sumo Pontífice Gregorio XV en la Bula de Canonización, diciendo. «Más aún, después de su muerte aparecióse la Santa á cierta religiosa y la declaró que había salido de esta vida más bien empujada por el intolerable incendio del divino amor, que por efecto de su enfermedad.»

CAPÍTULO XVI

De cómo quedó su cuerpo después de su muerte, y de su entierro, y de las cosas que se vieron antes de su muerte, y en ella

Quedó su rostro hermosísimo, como murió, y sin arruga ninguna, aunque solía tener hartas; todo el cuerpo muy blanco y también sin arrugas, que parecía alabastro; la carne tan blanda y tan tratable como la suelen tener los niños de dos ó tres años. Vióse en ella lo que San Buenaventura escribe de San Francisco en su vida, capítulo quince, que quedó su carne muy blanca, figurando la gloria que después había de tener. Y sus miembros se mostraban tan blandos y tan tratables á los que los tocaban, que parece tenían la ternura de la niñez: y se veían hermoseados con manifestas señales de inocencia y santidad.

De todo el cuerpo salía un olor muy suave, que nadie pudiera decir á qué olor se parecía, y de rato á rato venía más suave, y era tan fuerte, que hubieron menester abrir la ventana, porque dolía la cabeza á las que estaban allí. Esto era en una pieza baja que estaba en la claustra, que ahora sirve de capítulo, y á otra que estaba encima pasaba aún mucho olor, y por toda la casa andaba aquella noche, y el día siguiente, y quedó entonces este olor en sus vestidos y ropa, y en las cosas que sirvieron en su enfermedad, en tanto extremo, que de allí á muchos días una hermana, oliendo siempre aquel olor en la cocina, y buscando de dónde salía, halló debajo de una arca una salserita de sal, con los dedos señalados en ella, que la llevaban cuando estaba enferma, y de allí salía aquel olor. También quedó en los platos, y aun en el agua con que los lavaban; y si en algún rincón ó entre paños sucios había algo que la hubiese tocado, sentían el olor, y veían que era algo suyo. Una hermana, en acabándola de amortajar, fuése á lavar las manos descuidadamente, y comenzó á salir tan

grande olor de ellas, y tan suave, que la parecía cosa del cielo, porque acá nunca había visto cosa semejante.

Pero de esto del olor no me espanto tanto que se sintiese así, al tiempo que Dios quería comenzar á descubrir ya su santidad, cuando me paro á pensar el que muchas veces se sentía, estando ella cargada de enfermedades. Porque es cosa cierta que muchas veces salía de ella un olor maravilloso, unas veces estando arrobada, otras veces sin nada de eso, y esto sentían las de casa y los de fuera. De lo cual da testimonio una señora de Palencia que la tuvo una vez en su casa, y cuando se llegaba á ella sentía este olor, y llevola un niño suyo para que le echase la bendición, y decía después el niño: «¡Ay, madre, cómo huelen las manos de aquella santa!» (1). Y la hermana Ana de San Bartolomé, cuando en el mal de la muerte la levantaba ó vestía, sentía la suavidad del olor que decimos. Estuviéronse con aquel santo cuerpo, que tanto tiempo fué templo del Espfritu Santo y compañero de aquella bienaventurada alma, toda la noche, y hasta las diez del día siguiente, besándole muchas veces los pies y las manos. Había entonces allí una hermana, que tenía perdido el sentido de oler, y estaba desconsolada por no poder participar de aquella suavidad de olor que las demás decían que sentían, y llegó á besarla los pies, y cobró luego el sentido, y olió lo que las demás, y quedola aquel mismo olor muchos días, y las manos también la quedaron oliendo, de manera que aunque se lavase muchas veces no perdían el olor. Otra hermana, que había mucho que traía gran mal de cabeza, y mucho dolor en un ojo, llegó á besarla los pies, y luego quedó buena. Otra había que tenía gran mal de ojos, y cuando andaba llevaba puesta la mano en ellos, porque era tanto el dolor, que si no los apretaba con la mano no podía andar; y de la cabeza también andaba muy enfer-

(1) A propósito de este maravilloso olor que emanaba del cuerpo de la Santa Madre, refiere el Padre Yepes (lib. II, cap. XXXIX), la siguiente curiosísima anécdota personal:

«Viviendo la Santa, experimenté yo que le salía de la boca notable olor y fragancia y comencé entonces á reparar un poco, y pareciéndome poca mortificación, sentía mal de esto, porque me vino sospecha si acaso tomaba algunas pastillas de alcorzas conficionadas con olores, que suelen llamar pastillas de boca. Y queriéndome informar de su compañera Ana de San Bartolomé, me dijo que eran tan contrarios los buenos olores á su condición y enfermedad que la noche antes, habiéndola dado un bizcocho, porque no había podido cenar por sus enfermedades, dejó de comerlo solamente porque debía llevar algún poco de olor, y también me dijo que, después que la Santa Madre había quedado manca del brazo, cuando le ayudaba á vestir sentía esta misma suavidad y fragancia de olor, y así la conservaba después de muerta, y esto es mayor maravilla, que de un cuerpo muerto (que de suyo no es más que un muladar, y la cosa que más asco causa en esta vida, por despedir de ordinario de sí un hedor tan insufrible, que inficiona de tal manera el aire, que suele causar pestes y otras enfermedades contagiosas), salga un olor tan excesivamente suave que, como adelante diremos, dura hasta hoy en su cuerpo y reliquias, de que hay muchos testigos, con haber veinte y cuatro años que murió.

ma, más había de cuatro años. Esta, cuando la santa expiró, tomóla lo dedos, y llégalos á sus ojos, y las manos, y tráelas por su cabeza, y de lo uno y de lo otro quedó del todo tan sana sin hacer otro remedio.

El día siguiente, teniendo las andas cubiertas con un paño de brocado, como ella tantos años antes lo había visto cuando estuvo unos días como muerta, la enterraron con la solemnidad que en aquel lugar se pudo hacer, en el hueco de la pared de un arco que estaba con sus rejas en el coro bajo, y sale á la iglesia, para que las de dentro y los de fuera pudiesen gozar de ella. Pusieron el santo cuerpo, vestido con su hábito, en un ataúd, y cargaron sobre él tanta piedra, cal y ladrillo, que se quebró el ataúd y se entró dentro mucha tierra. Esto hizo la fundadora de aquella casa, Teresa de Laiz, pareciéndola que así tendría más seguro allí el cuerpo, sin que nadie bastase á estorbárselo.

Dejemos ahora á la santa en su sepulcro metida, hasta que la volvamos á sacar, que será al principio del libro quinto, cuando comenzaremos á contar los milagros que ha hecho después de su muerte, y contemos las maravillas que se vieron antes de ella y en ella, que suele nuestro Señor algunas veces, cuando algún siervo suyo ha de faltar, dar primero algunas muestras que lo den á entender.

Algunas hermanas, antes de esta dichosísima muerte, vieron algunas veces una estrella muy grande y resplandeciente, encima de la iglesia. Otra vió una vez, entre ocho y nueve de la mañana, pasar junto á la ventana de la celda donde después murió la Madre, un rayo de color de cristal muy hermoso. Otra vió dos luces muy resplandecientes á la ventana de la misma celda. También algunas veces en este mismo año, estando en Maitines y en oración, veían luces en el coro. Eran tantas las cosas que se veían, que decían las monjas que alguna gran cosa las quería venir ó faltar de la orden. Aquel verano mismo, antes que la Madre viniese de Alba, estando las hermanas en oración, oían un gemido muy pequeño y agradable cabe sí, y cuando la Madre murió, dió aquel mismo gemido, y todas se acordaron del que habían oído en la oración. Y dejando otras cosas que pudiera decir: una monja de conocida santidad, que ya está con Dios, siendo entonces enfermera, y estando sentada en una ventana baja que salía á la claustra en la misma celda donde la Madre estaba, oyó gran ruido como de gente que venía muy alegre y regocijada, y vió que pasaban por la claustra muchas personas resplandecientes vestidas de blanco, y entraron en la misma celda con regocijo, y eran tantas, que las monjas, con estar allí todas, no se parecían, y llegaron á la cama donde estaba la santa, y á ese punto expiró ella, por donde parecía bien que venían por su alma para acompañarla. Y al tiempo que expiraba, vió una hermana una como palomita blanca que salía de la

boca, que parece debía de estar el esposo diciendo: «Levántate, date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven» (1). Y en expirando, vió otra hermana una gran luz cristalina junto á la ventana de la misma celda.

Así se cuenta que á la muerte de Santa Gertrudis vino Jesucristo nuestro Señor con su Santísima Madre á la mano derecha, y San Juan Apóstol y Evangelista á la izquierda, y después de ellos gran número de santos y santas, y particularmente un ejército de vírgenes vestidas de blanco, que se vieron todo aquel día en el Monasterio entre las monjas. Y así pensara yo que esta gente que venía vestida de blanco, era gran muchedumbre de vírgenes que venían por esta virgen tan pura y Madre de tantas vírgenes, si no supiera otra cosa que es muy cierta. Es, que un día de los santos diez mil mártires, haciendo la Madre la fiesta, con mucha devoción que les tenía, se la aparecieron estos santos, y la dijeron que la vendrían á acompañar á la hora de su muerte, y que la llevarían á gozar el mismo grado de gloria que ellos tenían. Como de Santa Gertrudis fué revelado, que era su gloria tan grande como la de las santas vírgenes que estaban canonizadas, y habían derramado su sangre por Jesucristo.

Y parece debieron ser ellos, porque es cosa certísima haber tenido la Madre esta visión, como diré en el capítulo siguiente. Lo que he contado en este capítulo del olor y los otros milagros, es todo certísimo, y por tal lo escribo, porque se vió y tocó con la mano. Lo de las señales que digo que se vieron antes de su muerte, lo sabemos de las mismas personas que las vieron, que son de mucho crédito y religión, y que en ninguna manera dirán sino la verdad. Y pues hay algunas revelaciones que son verdaderas, si se han de creer algunas, ¿cuáles se pueden mejor creer que las que se ven en tiempos semejantes, cuando algún gran siervo de Dios ha de morir, y van enderezadas á autorizar su santidad, pues el demonio no es amigo de hacer favores, ni dar aprobación á los siervos de Dios, que pasan ó han pasado de esta vida?

Llenas están de estas visiones las historias de los santos. San Gregorio, en el libro tercero del Diálogo, dice que cabe el cuerpo de nuestro mártir San Hermenegildo se oyó de noche música celestial, y que algunos decían que se habían visto allí también hachas encendidas. A la muerte del Abad Spes, dice que vieron, los que allí estaban, salir de su boca una paloma, que salió abriendo el techo y subió hasta el cielo. Y en los capítulos siguientes dice que vinieron á la muerte de Ursino, presbítero, los Apóstoles San Pedro y San Pablo, para acompañar su alma y á la de Probo, obispo, dos Santos vestidos de blanco y resplandecientes, que eran San Eleuterio y San Juvenal mártires, y vinieron á lo mismo.

(1) Cant., II, 10.

Cuando quería expirar Sérvulo, dice que oyó gran música en el cielo, y en oyéndola expiró, y luego se sintió allí gran suavidad de olor. En la muerte de una santa llamada Rómula, cuenta que se vió en su celda una gran luz, que se oyó gran ruido como de mucha gente que entraba, y luego se sintió un olor muy suave que duró allí tres días, y á la cuarta noche, se oyeron allí cerca ángeles que la hacían las exequias, y entonces expiró.

A la muerte de su tía Santa Tarsila, dice que vino Jesucristo Nuestro Señor, y se sintió suavisimo olor. Y á la de Musa, virgen, vino Nuestra Señora con muchas vírgenes. Y otras cosas cuenta de esta manera, y creyólas un hombre de tan gran juicio y tan letrado, porque, como juntamente era tan santo, no se le hacía nuevo hacer Dios estas cosas con sus siervos.

Quien leyere con atención estos capítulos, verá que no tuvo San Gregorio para creer esto ni más testigos, ni más ciertos, ni más dignos de fe que los que tenemos para creer esto que escribo. Y lo que he dicho de San Gregorio, pudiera decir de otros santos que escribieron vidas semejantes. En la muerte de Santa Batilda, monja de la orden del glorioso Padre San Benito, vieron todas las religiosas á San Genisio, obispo, con otros santos que la acompañaban, y los ángeles que cantando la llevaban en sus alas. Cuando murió Santa Isabel, se vieron en el tejado de la iglesia unas aves, nunca hasta entonces vistas, que estaban cantando con gran suavidad. Y porque nunca acabaríamos, si todo se hubiese de decir, esto solo diré. Y para los que tienen claro juicio y saben que es verdad aquello de Aristóteles (1), que es de hombres que saben poco pedir en todas las cosas una misma certeza, creo que lo dicho sobra, y para los que no tienen esto, no bastará nada. Y para que sepamos que en estos tiempos pueden acontecer en la muerte de los santos, y acontecen cosas semejantes á las que antiguamente acontecieron, leamos las historias de los Santos Fray Pedro Nicolás, y Fray Luis Bertrán, y otras de pocos años antes, y no nos espantaremos de nada de lo que está dicho, siendo la Madre Teresa de Jesús tan santa, y habiendo trabajado tanto por la gloria de Dios y por el provecho de las almas como trabajó.

(1) *Met.* lib. II, cap. III.

LIBRO CUARTO

DE LA

VIDA DE LA MADRE TERESA DE JESÚS

PRÓLOGO

De lo que queda dicho en el segundo y tercero libro, se habrá visto en parte, con cuánta razón dije en el prólogo del segundo, que era poco lo de que entonces nos maravillábamos para lo que quedaba por ver, y cuán verdad es lo que dice David: «Maravilloso es el Señor en sus santos; el Dios de Israel dará valentía y fortaleza á su pueblo: bendito sea Dios» (1). Y á esta nueva y valerosísima Judith, que tanto daño ha hecho al ejército de los Asirios, que son los demonios, con razón la podremos decir: «Bendita tú de tu Dios en todas las moradas del pueblo de Israel, porque entre todas las gentes que oyeren tu nombre, será por ti engrandecido el Dios de Israel» (2). Veo aquí, lo que muchas veces me pone admiración, cuán provechoso es al mundo uno que es verdaderamente santo, y cómo nunca va solo sin llevar muchos tras sí, y que tuvo razón Salomón en decir: «La muchedumbre de los sabios, sanidad es del mundo» (3), pues sola una mujer sabia, vemos cuántas almas ha sanado con sus palabras y con su ejemplo, y cuántos sabios deja, de mujeres y hombres, que siempre lleven delante esta sanidad. Verdaderamente nos debiera bastar esto, para que con gran fervor caminásemos á la perfección, porque la salud del

(1) Ps. LXVII, 36.

(2) Judith. XIII, 31.

(3) Sap. VI, 26.

Salvador se comunicase á muchas almas, y tantos enfermos, como en todas partes vemos, fuesen curados por nosotros, á honra y gloria de este gran Señor, que nos procuró la salud, no con menos que con perder El la vida.

Tras éste me viene luego otro pensamiento: si cuando esta santa pidió el hábito, la dejaran, y metieran á otra en su lugar, cuánto perdiera su orden y toda la Iglesia, y cuánto va en recibir á ésta ó aquella, y cuánto se debe mirar. Todas las religiones santas son, y sus constituciones y reglas fundadas están en la perfección evangélica, y nunca la falta, ni la relajación nace de ellas, sino de no las guardar como deben los que en ellas están. Y la principal causa de no se guardar, y el principio de toda relajación, es admitir en ellas gente á quien Dios no llama para ellas, y después de admitida, no las despedir con tiempo, porque ésta no puede guardar aquella manera de vivir, ni ha de dejar á los demás que la guarden como era razón. Por eso he pensado muchas veces, y es cosa muy cierta, que el bien de las religiones está en no recibir sino personas á quien no se dude que llama Dios para aquella vida que pretenden, y en mirar, después de recibidas, con gran cuidado y despacio, en el tiempo de la probación, si se engañaron en el recibir, y entendiéndolo, echarlas fuera, como el buen estómago echa de sí, aunque sea con trabajo, el manjar demasiado que ha de ser al cuerpo dañoso.

No dejaré de decir aquí algo de esto, por el bien que deseo á estos Monasterios; y porque sé que es una de las cosas más provechosas y necesarias que se les pueden decir; y como he dicho otra veces, si este libro durare, holgaré de estar siempre clamando lo que el Señor me da á entender, que conviene en todo tiempo clamar, y será su Majestad servida que aproveche, no sólo á quien se dice, sino á otros Monasterios también, así de hombres como de mujeres. Y por esto pido licencia al lector para extenderme un poco en este punto, aunque no haga al caso para la historia que voy contando. Y contentaréme con que, lo que se sigue en este prólogo, lean solamente las personas que están en la religión y las que quieren venir á ella. Los demás podrán pasar al capítulo primero.

Primeramente deseo mucho que se quite de los corazones de estas religiosas una lástima ó compasión natural, cubierta con velo de caridad, que las hace tener escrúpulo, si dejan de recibir algunas de las que quieren entrar, ó si han de echar alguna de las que no conviene tener, pareciéndolas que por su ocasión pierde aquella alma un bien tan grande, y que no hacen lo que deben. Celo de almas y de honra de Dios parece esto; pero no lo es, sino tentación. Porque si éstas tienen las partes que son menester para la religión, yo también digo que se reciban, y no hablo de ellas; si no las tienen, por ahí se entiende que no son llamadas de Dios, porque si Dios las quisiera para esta reli-

gión, díralas lo que para ella era menester. El que no tiene lo que es menester para predicar ó confesar ó enseñar, ¿quién creerá que le ha Dios llamado para estos oficios? Pues recibir á las que no llama Dios, ¿qué es sino echar á perder la religión? Dios, que no las llamó para ésta, las llamará para la otra, ó para otra manera de vivir, y en ella se pueden salvar; muchos y diferentes caminos tiene Dios, y aquellas almas más están á su cargo, que al de las monjas. Consideren bien el mal que con admitir á éstas hacen, y verán si dije bien que era tentación, y tanto más peligrosa, cuanto mayor apariencia tiene de caridad.

Primeramente ponen un alma en puesto diferente del que Dios la tenía guardado, y no podrá estar bien allí, ni ganar como se pensaba, sino antes perderá mucho. Lo segundo, cárganla de un peso mayor del que puede llevar, y habrá de caer con la carga, y desedificar á los de fuera y de dentro. Lo tercero, que la misma compasión hará que se disimule con ella en muchas faltas, y se venga poco á poco á relajar la religión. Lo cuarto, que pueden ser ocasión que se condene aquí la que allá fuera, por ventura se salvara. Lo quinto que no son ellas curas de almas ajenas, ni las ha dado Dios ese oficio, sino de mirar por las suyas y por el bien de su religión, y hacer mal á su casa ó á su religión, por hacer bien á esta mujer ó á aquella, no es caridad sino engaño contra la verdadera caridad que mira el mayor bien, y por él deja el menor, que como Aristóteles dijo: «El bien, cuanto es de más personas, tanto es más divino y mayor» (1). Lo sexto, que si fuese buena cuenta la que hacen, habían de recibir las mujeres más perdidas que hallasen, porque ésas están en mayor peligro de condenarse. La cuenta verdadera, y la que Dios quiere, es que se reciban las que Dios verdaderamente llama, que son las que tienen las condiciones que para ésta orden son menester: y para saber esto, se examinen mucho, y se hagan muchas diligencias, como para cosa tan grande se requiere.

Por más prisa que den los que tratan de su entrada, véanlas primero la Priora y tres ó cuatro de las mayores, y háblenlas algunas veces de diversas cosas, entiendan bien la vocación que tienen y lo que más las mueve para pedir lo que piden, y calen el natural que Dios las ha dado, donde llega; miren la cara y la salud y la disposición, y sus fuerzas, y no se determinen de presto, porque no se arrepientan después despacio. Justo es, que pues todas votan, todas estén primero bien informadas, ó á lo menos las mayores, de quien las otras se puedan informar, y á quien deban creer. Muchas parecen muy buenas y entendidas, y tienen corto natural. Otras al revés, y no hagan cuenta de los encarecimientos de los que las traen, si no fuese alguna persona de quien estén satisfechas, que desea tanto el bien de

(1) *Ética*, lib. I, cap. II.

la casa y de la orden, como ellas mismas, y de estas habrá muy pocas. Esto se debe temer más, cuando los que las alaban son de buen contento, ó encarecedores; mucho más cuando les va á ellos su interés en que entren, lo cual es muy ordinario. Y cuanto más dificultad hay después en negarlas la profesión y despedirlas, tanto más cuidado ha de haber cuando se reciben, para que sean tales, que no se hayan de despedir.

De personas viejas ó enfermas, ó tan flacas que no podrán llevar la orden, no hay para qué hablar; que éstas, aunque sean buenas, no se han de admitir, pues desde luego se ha de entrar con ellas dispensando, y se da ocasión para que otras más antiguas, con semejantes ó menores necesidades, pidan las mismas dispensaciones, y muchas dispensaciones quitan la fuerza á las constituciones y reglas, y por el mismo caso traen consigo la relajación. Más se ha de mirar y más sutilmente, si es la persona que viene altiva y presuntuosa, y amiga de su parecer, porque las que son de esta manera, no relajan la religión sino destrúyenla, y pónenla fuego con discordias que siembran en ella, y con bandos que de ahí pueden venir.

Viudas que han tenido casa y familia, como no se pueden generalmente desear, si tienen lo demás que se pide, así tampoco se han de recibir muy fácilmente, sino examinando más su llamamiento que en otras, porque están hechas á mandar y hacer su voluntad, y á vivir conforme á las trazas de su entendimiento, y son después malas de doblar, y obedecen con dificultad, y rinden mal su juicio al ajeno; y háceseles muy de mal dejar el camino que llevaban, y tomar el que de nuevo las muestran. Más cuenta aún se debe tener cuando éstas tienen hijos, y más si no están puestos en estado, porque nunca acaban de olvidarse que son madres, y andan con miedos y congojas de los sucesos de ellos. Pues si es hija, aunque la tenga la madre consigo en la misma casa, ni la una ni la otra gana mucho con la compañía y cuando la una está mala ó tentada, estálo también la otra; y si la Priora ha de reprender ó castigar á la una, no lo puede hacer, sin que la otra se tenga por reprendida ó castigada. Y en lo que hubiere de ir por votos, están aquellas dos ya de una parte; y en Monasterios de tan poca gente, con poco más pueden salir con muchas cosas; y si se tentasen, fácilmente podrían tener quien se les allegase, y revolver el Monasterio. No se usa esto en estos Monasterios, ya lo sé; pero bien es decirlo para que no se use jamás, ni haya ocasión de usarse. Ni yo digo esto tampoco para que no se reciban, sino para que se mire mucho y se reciban con mucha dificultad.

Pero estas cosas desde el principio se ven: de una cosa avisó la Santa Madre Teresa de Jesús con grandísima prudencia, que se encubre muchas veces aun á quien la mira bien, é importa sumamente que se examine, y con mucha disimulación, y con diversas pre-

guntas, se venga á descubrir. Esta es, que vienen muchas personas á religión no más que por remediarse, y éstas no se deben recibir en estos Monasterios tan estrechos y de tanta penitencia, y donde es menester mucha devoción y deseo de servir á Dios y de padecer por Él, para vivir en ellos. La razón está bien clara, porque en la verdad no vienen por Dios, ni por el amor que tienen á la religión, sino por su remedio temporal; quiero decirlo más claro: porque no tienen con qué se casar, ó no pueden en el mundo vivir con la autoridad y comodidad que querrían, y mucho más las trae la honra vana del mundo, ó el temor de la deshonra ó de los trabajos, que el amor de Dios. Y si es así, no son llamadas de Dios; pues ¿cómo se han de recibir las que no trae Dios, ó cómo podrán sufrir esta vida y durar en ella, sin andar descontentas y desasosegadas, y dar bien en qué entender á las demás?

Ni merece ser ordenado el que por tener mejor de qué comer quiere ser sacerdote, ni debe ser recibida la que, no por Dios sino por respeto del mundo, viene á la religión. Y en algunos otros Monasterios podránse éstas por ventura entretener, que hay más aparejo para ello: en éstos, aun entrando con pie derecho y con verdadera vocación, tendrán muchas veces qué hacer para resistir las tentaciones y durar en la perfección, cuanto más la que no vino por Dios, sino por el mundo. Bien sé que acontece mudar Dios después los corazones y mejorar á las tales, pero las religiosas cuerdas no deben poner su negocio en esa ventura, sino en viendo que su fin no es de servir puramente al Señor, cerrarlas la puerta para que no entren. Grande es y muy dañoso el error en el principio, y mientras más adelante va, es causa de mayores yerros y males.

La suma, pues, de todo lo dicho es, que se examine con mucho cuidado la vocación de cada una, y si no se hallare ser de Dios muy cierto, no se reciba, porque no puede dejar de traer inquietud y tentación á la casa donde estuviere, y esto aunque sea de gran linaje y de gran entendimiento, y aunque traiga hacienda con que se puedan enriquecer todos los Monasterios de la provincia. Mas si tiene verdadera vocación de Dios, que no será sino teniendo las partes que quedan dichas, si tuviere hacienda, tráigala, que ¿á dónde la puede entregar mejor? Y si no la tiene, no se debe por eso desechar, que por amor de ésa traerá Nuestro Señor otras que traigan para sí y para las demás.

Y porque á la entrada puede haber engaño por la importunidad de los que hablan por ellas, y por las demasiadas alabanzas que de ellas dicen, y por la prisa que dan, por eso da el derecho un año en que se conozca bien su vocación, y el talento y condición que tiene, y si es para la orden, ó si no: entonces se ha de probar todo esto, que por eso se llama año de probación. Pero miren bien las Prioras y las maestras de novicias, y las demás, que no se descuiden en probarlas muy

bien, porque si no, éstas las probarán después á ellas, y acontece no pocas veces, un natural soberbio ó mal acondicionado ó desobediente, enemigo de mortificación, estar con la sujeción y nueva devoción como solapado en el año del noviciado; y algún tiempo después, y en teniendo libertad ó antigüedad ú oficio, en resfriándose aquella devoción, sale afuera y se manifiesta cuando no se puede remediar, por haber ya hecho profesión.

Así que, cuanto menos tiempo hay para conocer y remediar esto, tanto con mayor diligencia se ha de mirar en el año de la probación. Esta deseó la Madre Teresa de Jesús que pudiera durar mucho más, y pasaran algunos años antes de la profesión, como ella sabía que se hace en la Compañía de Jesús, para que las que la hubieran de hacer fueran mejor conocidas y probadas. Decir que hallándose alguna que no tiene, ó salud ó natural para esta religión, ó no es amiga de oración, ó no es para ella, ó no es humilde y desasida de las cosas del mundo, luego se envíe á su casa, no es necesario, pues se está ello dicho, y mandado: y el año de la probación así le dió el derecho, para que la religión echase de sí los que no la convenían, como para que se saliesen los que juzgasen no les estar á ellos bien la religión. Pero débese decir una y muchas veces, porque el demonio, para inquietar las religiones, pone delante unos respetos humanos, y medios tan disfrazados con apariencia de piedad y misericordia y de servicio de Dios, que hace muchas veces errar á personas muy avisadas. ¿Y qué mayor engaño que, por ser piadosas con una persona particular, ser crueles con su casa y con su religión? De esto debe hacer mucho más escrúpulo, y esto debe temer más quien tiene verdadero temor de Dios.

Pues temer el desabrimiento de los parientes de la que despiden, ó lo que dirán algunos, y por eso dejársela en casa, cosa es vergonzosa para personas á quien Nuestro Señor da deseos de no sólo padecer por él trabajos, sino aun de acabar la vida con todos los tormentos que los tiranos pudieran imaginar. ¿Cómo osarán parecer delante de Él las que en la oración se ofrecen para cosas tan grandes, si se dejan así espantar con unas tan pequeñas? ¿Cómo se atreverán á suplicarle que acreciente su orden, si ellas de esta manera la destruyen? Por cierto, la que esto hiciese, ni puede ni debe llamarse hija de la Madre Teresa de Jesús, pues lo que ella hizo con oraciones y medios divinos, lo deshace por medios humanos. Pues si esto se hiciese por codicia de no perder la hacienda que esta monja ha de dar al Monasterio, cosa sería muy fea, temer tanto la pobreza quien tiene hecho voto de ella, y tener tan poca fe quien vive en religión fundada con fe, y en Monasterios que con tan gran fe se hicieron, y con la misma se han sustentado y acrecentado. Diríalas yo lo que el Señor dijo á la Madre: «¿Con qué tesoros se han fundado todos estos Monasterios?»

Con sólo una blanca entró la Madre en Sevilla, cuando fué á fundar aquel Monasterio; y antes que partiese de allí, compró una casa que costó seis mil ducados, y un año ó dos ha que se compró otra que costó casi trece mil; ¿y han de temer sus hijas que, por despedir una que tiene dineros, se han de ver en pobreza? Si esto hiciesen, sin duda por ese camino la vendrían á tener si Dios las quiere bien, y dejando las que no son para la orden, y renunciando sus haciendas, pondrán á Nuestro Señor en mayor cuidado de darlas cuanto hubieren menester para su sustento, y sobre eso enriquecerlas sus almas. Con más razones, y con autoridades y ejemplos, se pudiera probar lo que en este prólogo he dicho; pero porque trato con quien me entiende y con gente que se rendirá fácilmente á la razón y á la verdad, basta lo dicho.

CUÁNTO ENCOMENDÓ LA MADRE TERESA DE JESÚS LO QUE EN ESTE
PRÓLOGO SE HA DICHO

Solamente quiero traerlas á la memoria algo de lo que acerca de esto ha dejado escrito la Madre Teresa de Jesús, para que vean cuán conforme es lo que he dicho, á lo que el Señor las ha por su santa Madre enseñado, porque como la hizo fundadora de los Monasterios, así la hizo también maestra de las virtudes que las religiosas han de tener, y guía cierta y verdadera del camino que han de llevar. Dice, pues, así en el *Camino de Perfección*, en el capítulo trece (1): «¡Oh, que grandísima caridad haría, y qué gran servicio á Dios, la monja que, visto que no puede sufrir y llevar las costumbres que hay en esta casa, lo conociese, y se fuese antes que profesase, como otra vez he dicho, y dejase á las otras en paz! Y aun en todos los Monasterios (á lo menos si me creen á mí), no la tendrán, ni darán profesión hasta que de muchos años esté probado á ver si se enmienda.»

«No llamo faltas en la penitencia y ayunos, porque aunque lo es, no son cosas que hacen tanto daño, mas unas condiciones que hay de suyo amigas de ser estimadas y tenidas, y mirar las faltas ajenas, y nunca conocer las suyas, y otras cosas semejantes, que verdaderamente nacen de poca humildad. Si Dios no favorece con darla grande espíritu, hasta de muchos años ver la enmienda, os libre Dios de que quede en vuestra compañía. Entended que ni ella sosegará, ni os dejará sosegar á todas. Esto me lastima de los Monasterios, que muchas veces por no tornar á dar el dinero del dote, dejan el ladrón que les robe el tesoro, ó por la honra de sus deudos. En esta casa tenéis ya aventurada y perdida la honra del mundo, porque las pobres no

(1) En el autógrafo del Escorial corresponde al cap. XIX y en el de Valladolid, al cap. XIV. El texto que da el P. Ribera es algo distinto de aquellos dos.

son honradas; no tan á vuestra costa queráis que lo sean los otros.»

«Nuestra honra, hermanas, ha de ser servir á Dios; quien pensare que de esto os ha de estorbar, quédese con su honra en su casa, que para esto ordenaron nuestros Padres la probación de un año, y aquí quisiera yo que no se diera en diez la profesión; que á la monja humilde poco se le daría en no ser profesa; bien supiera, que si era buena no la habían de echar, y si no lo es, ¿para qué quiere hacer daño á este Colegio de Cristo? Y no llamo no ser buena, cosa de vanidad, que con el favor de Dios creo estará lejos de esta casa. Llamo no ser buena ó no estar mortificada, sino con asimiento de las cosas del mundo, ó de sí en estas cosas que he dicho. Y la que mucho en sí no le viese, créame ella misma y no haga profesión, si no quiere tener un infierno acá, y plega á Dios no sea otro allá, porque hay muchas causas en ella para ello.»

Y más abajo dice: «Torno á decir que si se inclina á cosas del mundo, y no se ve ir aprovechando, que no es para este Monasterio, puédese ir á otro si quisiere ser monja, y si no, verá como le sucede. Y no se queje de mí que comencé éste, porque no la aviso.» Y después dice: «En otra parte se salvará mejor, y podrá ser que poco á poco llegue á la perfección que aquí no pudo sufrir por tomarse por junto. Porque aunque en lo interior se guarde tiempo para del todo desasirse y mortificarse, en lo exterior ha de ser con brevedad por el daño que puede hacer á las otras. Y á quien viendo que todas lo hacen, y andando siempre en tan buena compañía no le aprovecha en un año ó medio, temo que no le aprovechará en muchos. No digo que sea tan cumplidamente como en las otras, mas que se entienda que va cobrando salud, que luego se ve cuando el mal es mortal.»

Ya he dicho que lo que traigo de este libro es conforme á su primer original, y en el capítulo XIV (1) pone estas palabras: «Creo bien que favorece el Señor mucho á quien se determina, y por tanto se ha de mirar qué intento tiene la que entra en religión, no sea sólo por remediarse, como acaece ahora á muchas, puesto que el Señor puede perfeccionar este intento.» Y después de haber dicho cuánto importa que se reciban personas de buen entendimiento, añade esto: «Esta falta no se ve muy en breve, porque algunas personas hablan bien y entienden mal, y otras hablan corto y no muy cortado, y tienen entendimiento para mucho. Verdad es que hay unas simplicidades santas que saben poco para negocios y estilo del mundo, y mucho para tratar con Dios. Y por tanto es menester grande información para recibirlas, y larga probación para hacerlas profesas. Entienda una vez el mundo que tenéis libertad para echarlas, que en Monasterios donde hay esperezas, muchas ocasiones hay, y, como se use, no lo tendrán por agravio.»

(1) Cap. XXI en el autógrafo del Escorial y XV en el de Valladolid.

«Digo esto porque son tan desventurados estos tiempos, y tanta nuestra flaqueza, que no basta tenerlo por mandamiento de nuestros pasados, sino que por no hacer un agravio pequeño, ó por quitar un dicho que no es nada, dejamos olvidar las virtuosas costumbres. Plega á Dios no lo paguen en la otra vida. Las que admitimos nunca falta un color con que hacernos entender se sufre hacerlo, y en caso tan importante ninguno es bueno. Porque cuando la Prelada sin afición ni pasión mira lo que está bien á la casa, nunca creo Dios la dejará errar, y en mirar estas piedades, y puntos necios, tengo para mí que no deja de haber yerro. Y este es un negocio que cada una de por sí le había de mirar, y encomendar á Dios, y animar á la Prelada, pues es cosa que tanto importa á todas, y así le suplico yo que os de luz en ello.»

Y en el capítulo XXVII de las *Fundaciones* escribió esto: «Si tenéis confianza en Él y ánimos animosos, que es muy amigo su Majestad de esto, no hayáis miedo que os falte nada. Nunca dejéis de recibir las que vinieren á querer ser monjas, como os contenten sus deseos y talentos (que no sea por sólo remediarse, sino por sólo servir á Dios con más perfección) porque no tengan bienes de fortuna, si los tienen de virtudes, que por otra parte remediará Dios lo que por esa os habíades de remediar, con el doble. Gran experiencia tengo de ello, y bien sabe su Majestad que, á cuanto me puedo acordar, jamás he dejado de recibir ninguna por esta falta. Testigos son las muchas que están recibidas sólo por Dios, como vosotras sabéis, y puédoos certificar que no me daba tan gran contento cuando recibía la que traía mucho, como las que tomaba por sólo Dios, antes las había miedo, y las pobres me dilataban el espíritu, y me daba un gozo tan grande que me hacía llorar de alegría. Esto es verdad. Pues si cuando estaban las casas por comprar y por hacer, nos ha ido tan bien con esto, después de tener adonde vivir, ¿por qué no se ha de hacer? Creedme, hijas, que por donde pensáis acrecentar perderéis. Cuando la que viene lo tuviere, no teniendo otras obligaciones, como lo ha de dar á otros, que por ventura no lo han menester, bien es que os lo dé en limosna, que yo confieso que parecería desamor, si esto no hicieran; mas siempre tened delante, á que la que entrare, haga de lo que tuviere conforme la aconsejaren letrados que es más servicio de Dios, porque hartos mal sería que pretendiésemos bien de ninguna persona que entrase, sino siendo por este fin. Mucho más ganamos en que ella haga lo que debe á Dios, digo con más perfección, que en cuanto puede traer, pues no pretendemos todas otra cosa, ni Dios nos dé tal lugar, sino que sea su Majestad servido en todo y por todo.»

Lo que dice en el capítulo segundo de las *Constituciones*, estaba por dejar, por andar tanto en las manos de todas; pero para las que desearan entrar en esta orden, me parece convendrá ponerlo. Dice,

pues, así: «Mírese mucho que las que se hubieren de recibir sean personas de oración, y que pretendan toda perfección y menosprecio del mundo, porque si no vinieren desasidas de él podrán llevar mal lo que aquí se lleva, y vale más mirarlo antes que echarlas después. Y que no sean menores de diez y siete años, y tengan salud, entendimiento, y habilidad para rezar el oficio divino, y andar en el coro. Y no se dé profesión si no se entendiere, en el año del noviciado, tener condición y las demás cosas que son menester para lo que aquí se ha de guardar. Contentas de la persona, si no tiene ninguna limosna que dar á la casa, no por eso se deje de recibir, como hasta aquí se ha hecho. Téngase gran aviso que el recibir novicias no vaya por intereses, porque poco á poco podrá entrar la codicia, de manera que miren más á la limosna que á la bondad y calidad de la persona. Esto no se haga en ninguna manera, que será gran mal. Siempre tengan delante la pobreza que profesan, para dar en todo olor de ella, y miren que no es esto lo que las ha de sustentar, sino la fe y perfección, y fiar en solo Dios. Esta constitución se mire mucho, y se cumpla, que conviene, y se lea á las hermanas.»

Todas éstas son palabras que el Espíritu Santo habló por este su escogidísimo instrumento, y como lo escribió así lo hizo. Examinaba mucho las calidades de las que había de recibir, como yo lo vi algunas veces. Y si en el año del noviciado vela que no estaban desasidas de las cosas del mundo, ó que no estaban contentas, ningún respeto humano bastaba para que las diese la profesión, sino enviábalas diciendo, que no era ésta su vocación, y que podíanse condenar, si quedaban en la religión, que en otro estado ó en otra orden se salvarían mejor. Por esta razón quitó el hábito á una parienta suya, habiendo un año que le tenía, y se la envió á su padre, aunque la hacían mucha instancia que no la enviase, porque podría ser que con la edad ella se conformase más con aquel modo de vivir, y aunque era persona de harto buenas partes. ¡Oh mujer, más que mujer, mujer fuerte, hecha conforme al corazón de Dios, renovadora de la vejez de la religión, dechado perfecto de santidad, menospreciadora verdadera del mundo y de todo lo que en él se pretende, amadora de Dios, que tanta luz dió en su vida, y tan grande la está dando siempre después de muerta, ó por mejor decir, viviendo en mejor vida, cual la merecieron sus ilustres y valerosas obras!

Toda esta doctrina, que la Madre Teresa de Jesús dió á sus hijas, es muy conforme á la de los santos, como aprendida del mismo Maestro de quien ellos la aprendieron. Y para que esto se vea, tocaré brevemente algunas cosas de ellos. San Basilio dice que no se han de recibir todos los que quieren ser religiosos, sino que se ha de mirar primero qué costumbres tienen, si son mudables ó si no; y si lo son, que sean ejercitados y se pruebe su constancia, por algún espacio de

tiempo, con cosas pesadas y trabajosas que se le manden, y si no los hallaren constantes y firmes, los despidan, porque no hagan daño á los demás. También dice que se mire, si vienen con vergüenza de sus pecados y deseo de apartarse de los que les ayudaron á hacerlos. Si están prestos para hacer cualquier oficio, por bajo que sea.

San Pacomio, en su regla, que le fué dada por un ángel, dice que si uno viene al Monasterio con voluntad de dejar el siglo y ser monje, no le dejen entrar, sino algunos días se esté allí á la puerta, para que se vea si es firme su vocación, y si tiene ánimo para dejar del todo sus padres y su hacienda. Habiendo dado en esto buena muestra, dice que le metan en casa, y allí sirva y se ejercite, y le quiten los vestidos seglares, y le den el hábito. Esto declara más Casiano: dice que «los días que ha de estar á la puerta el que quiere ser recibido, han de ser diez ó más, echándose cada día á los pies de los monjes que pasan, y pidiendo que le admitan, y no haciendo ellos caso de él, como de hombre que no hubiese venido por servir á Dios, sino por remediar su necesidad. Y después de haber sufrido muchas injurias, que allí se le han hecho, para que se vea la constancia que tendrá cuando después fuese tentado, le reciban en el Monasterio (1). Después de recibido y haber tomado el hábito, no le dejan luego tratar con los demás, sino entréganle á un monje anciano, que tiene cuidado de hospedar á los que vienen, y hácenle allí que esté un año entero sirviendo á los huéspedes, y mostrando aquí paciencia y humildad, le admiten á la profesión (2).

Lo mismo pareció al bienaventurado San Benito, añadiendo algunas cosas por donde más se pueda entender la firmeza y buena vocación del novicio. Dice de esta manera: «Si alguno viene de nuevo á la religión, no se le dé fácil entrada, sino, como dice el Apóstol, pruébense los espíritus que son de Dios (3). Así que, si el que viene perseverare en llamar, y hubiere sufrido con paciencia las injurias que se le hicieren y la dificultad de la entrada, cuatro ó cinco días, y todavía persevera, concédasele lo que pide, y esté en la celda de los huéspedes unos pocos días. Después esté en la celda de los novicios, donde tenga meditación y coma y duerma, y désele un maestro tal que sea bueno para ganar las almas, y tenga de él mucho cuidado, y mire con solicitud si de veras busca á Dios, si es cuidadoso para la obra de Dios, y para la obediencia y para las injurias. Avísenle de las dificultades y asperezas por donde se va á Dios, y si prometiére que estará firme en su vocación, al cabo de dos meses léanle toda esta regla, y díganle: «Ves aquí la ley en que has de servir á Dios: si la puedes guardar, entra, si no puedes, vete.» Si con todo esto se estu-

(1) *Institut.* lib. IV, cap. III.

(2) *Ibid.* cap. VII.

(3) San Juan. IV, 1.

viere, llévenle á la sobredicha celda de los novicios, y sea otra vez probado en toda paciencia. Y al cabo de seis meses tórnesele á leer la regla para que sepa á qué entra, y si todavía está firme, tórnenle á leer la misma regla al cabo de cuatro meses; y si después de haberlo bien pensado, prometiére de guardar todo aquello y hacer todo lo que le mandaren, entonces sea recibido en la Congregación, entendiendo que ya queda debajo de la regla, y que desde aquel día no puede salir del Monasterio, ni sacar el cuello de bajo del yugo de la regla, que con tan larga deliberación pudo dejar ó tomar (1).

Sobre este capítulo de la regla de San Benito escribe largamente el Cardenal Torquemada, confirmándolo todo bien con autoridades y razones. Y dice que es menester gran discreción para recibir los monjes: porque, como el que quiere tener buena viña, busca con discreción las vides que ha de poner, así debe hacer el que recibe para la religión (2). Y que algunas veces se yerra en esto por codicia de los que reciben: porque así como los marineros á las veces echan los enfermos en el mar antes que estén del todo muertos, para quedarse con sus bienes, así algunos meten en la religión algunos que están vivos para el mundo, por la hacienda que de ellos esperan. Y cuán lejos estuviesen los padres antiguos de recibir ó dar profesión en sus Monasterios por codicia de hacienda, vese bien porque los monjes de Egipto, como dice Casiano (3), no consentían que los monjes novicios trajesen cosa de ella al Monasterio, ni la recibían. San Benito (4), en su regla mandó que la diesen á los pobres, cuando hiciesen la profesión, aunque también concedió que, según su devoción, pudiesen dar al Monasterio, haciendo solemnemente donación.

De estas cosas y de otras semejantes que hay en los santos, y las alega al propósito el Abad Smaragdo sobre la misma regla, se entiende bien con cuánto cuidado se deben escoger las personas que se reciben en la religión, y con qué diligencia se han de probar después de recibidas, para ver si son para ella, y cuán deshechas del mundo y muertas á él deben estar para que se les dé la profesión, y con cuánta libertad y resolución se les ha de negar á las que no fuesen tales, y cuán poco caso se ha de hacer de la hacienda, que es brevemente todo lo que más extendidamente la Madre dejó ordenado.

(1) Cap. LVIII.

(2) *In Reg. Sancti Benedicti*, tract. XII.

(3) *Ibid.* lib. IV, cap. IV.

(4) Cap. LVIII.

CAPÍTULO PRIMERO

De los dones naturales que Dios puso en la Madre Teresa de Jesús

Quien hubiere leído lo que hasta aquí se ha dicho, parecerle ha que ya he sacado el retrato de la Madre Teresa de Jesús, que al principio de esta historia prometí, pero no he hecho en todo lo que he escrito más que bosquejarle, ahora le tengo de encarnar y dar las colores, y echar los perfiles lo mejor que yo pudiere, aunque por más que diga no llegaré á lo que ella era, y habrá la diferencia que hay de lo vivo á lo pintado, y más tan mal pintado como irá de mi mano. Pero antes que llegue á lo que ella era y á las virtudes y dones sobrenaturales, quiero decir algo de los naturales, de que Dios singularmente la dotó. En los ángeles, el que es más aventajado en el natural, lo es también en la gracia; y en los hombres se ve hartas veces esto mismo, que á los que escoge el Señor para más alta gracia y mayores dones sobrenaturales, les da también más perfecto y excelente natural, como se verá en el que dió á la Madre Teresa de Jesús.

Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aun después de vieja, parecía harto bien: el cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción, la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se le encendía, y se ponía hermosísima; todo él limpio y apacible: el cabello negro y crespo, frente ancha, igual y hermosa, las cejas, de un color rubio que tiraba algo á negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llanas. Los ojos negros y redondos y un poco papujados (que así los llaman, y no sé cómo mejor declararme), no grandes, pero muy bien puestos y vivos y graciosos, que en riyéndose, se reían todos, y mostraban alegría, y por otra parte muy graves, cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad. La nariz pequeña

y no muy levantada de en medio, tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo, las ventanas de ella arqueadas y pequeñas, la boca ni grande ni pequeña, el labio de arriba delgado y derecho, el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color, los dientes muy buenos, la barba bien hecha, las orejas ni chicas ni grandes, la garganta ancha y no alta, sino antes metida un poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños al lado izquierdo, que la daban mucha gracia, uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca. Estas particularidades he yo sabido de personas, que más despacio que yo, se pusieron muchas veces á mirarla. Toda junta parecía muy bien, y de buen aire en el andar, y era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban comúnmente aplacía mucho.

Sacóse, estando ella viva, un retrato, porque la mandó su Provincial, que era el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, que se dejase retratar, y sacóle un fraile lego de su orden, siervo de Dios, que se llama Fray Juan de la Miseria. En esto lo hizo muy bien el Padre Gracián, pero mal en no buscar para ello el mejor pintor que había en España, para retratar, á persona tan ilustre, más al vivo, para consuelo de muchos (1). De este se han sacado los que hay buenos ó razonables. Pero háse de advertir que en algunos de estos retratos, por contrahacer en las mangas del hábito unos pedazos desgarrados que tenía cuando la retrataron, han venido á hacer como mangas de punta, las cuales ella no traía, ni se traen. Y en el velo, por hacer el hilo que tiene echado, parece que le han puesto con algunos pliegues que parecen curiosos, y ella en nada de eso usaba curiosidad.

Viniendo al alma, tenía muy buen ingenio, y echábase bien de ver en las labores que hacía, inventando muchas, y labrando historias que ponían devoción y admiración. Díóla Dios también un entendimiento grande, que abrazaba mucho, y agudo, un juicio reposado, no nada arrojado, sino lleno de madurez y de cordura. Pensaba muy bien lo que había de hacer, y veía lo que había en la cosa de que pensaba, y después de determinada, tenía gran constancia y firmeza para seguirlo y llevarlo al cabo. Su prudencia era mucha, para encaminar las cosas que emprendía y para gobernar los Monasterios, como se parece bien en los que dejó fundados, y en las personas que en ellos están, á quien puso en tanta humildad y mortificación y oración. Tenía gran destreza para despachar negocios, á todos acu-

(1) Refiérese que al ver Santa Teresa el trabajo que había hecho Fray Juan de la Miseria, le dijo con su natural donaire: «Dios te lo perdone, fray Juan, que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe, y al cabo me has pintado fea y legañosa.»

día, y para esto no la había de faltar salud. Escribía á señores y á los demás que era menester, y sus cartas acababan grandes cosas. Calaba con gran facilidad el entendimiento y talento y condición de las personas que trataba, y veía por dónde las había de llevar. Enseñaba con mucha claridad y amor, y estimaba mucho á los buenos teólogos, y ninguna cosa de importancia hacía sin su parecer.

Tenía un ánimo, más que de mujer, fuerte y varonil, con que alcanzaba lo que quería, y hacía estar á raya las pasiones naturales, ayudada de Dios. Vefase esto cuando salía de sus Monasterios, que sintiendo con grandísima ternura el apartarse de sus hijas que en ellos dejaba, y especialmente cuando veía que no las había de ver más, lo disimulaba de tal manera, por no darlas á ellas pena, como si no tuviera sentimiento alguno. Cuando su padre estaba con el mal de la muerte, andando ella harto mala, se esforzaba á estar allí siempre, y regalarle, sin hacer caso del trabajo, con sentir tanto su muerte, que la parecía, como ella decía, que se la arrancaba á ella el alma, cuando veía que á él se le acababa la vida; y tuvo tal ánimo, que nunca le mostró pena ninguna, y estábanse con él hasta que murió, sin dar á entender más del dolor que tenía, que si no le tocara nada, sabiendo que faltándola él, la faltaba todo el bien y regalo que podía tener en la tierra. También se veía esto en la paciencia y fortaleza que tenía en las enfermedades grandes y ordinarias, y en llevar, con grande igualdad de corazón, las adversidades y persecuciones y malos sucesos. Tenía grandeza de corazón, que es la virtud que llaman magnanimidad, y así no dudaba de emprender grandes y extraordinarias cosas, y salir con ellas, y de éstas gustaba mucho: las que eran fáciles y ordinarias no la daban ese contento, ni se inclinaba tanto á tratar de ellas. Tenía á todos gran respeto y la debida reverencia; pero si trataba con grandes señores ó señoras, hablaba y estaba con un señorío natural, como si fuera una de ellas, y decía todo lo que era menester, y reprendía las faltas, y si entendía que convenía romper con cualquiera persona de éstas, hacía lo con grande ánimo y con poca pesadumbre, como se vió algunas veces. Con ser tan amiga de la pobreza, era liberal y animosa para gastar donde era menester, aunque no lo tuviese, y muy cumplida en todo.

Su habla era muy graciosa, y su conversación muy suave, grave, alegre, llana, cuerda, y á cualquiera cosa que se tratase salía muy bien, y entretenía maravillosamente á todas las personas que la oían. De aquí venía que adonde quiera que iba era muy querida de todos, y juntamente muy estimada. Sus padres á ella querían más que á los demás hijos, y cada uno de sus hermanos la amaba más que á los otros; sus monjas amábanla lo más tiernamente que una madre puede ser amada, lo mismo hacían sus confesores y todos los que la trataban, porque tenía gracia particular para atraer á sí los corazo-

nes. Cuando entendía que algunas personas graves sentían mal de ella, ó lo decían, ó la querían mal, íbase á ellas, y dábales cuenta de algunas cosas suyas, según veía que convenía, ó hacíales buenas obras, por donde venían á caer en la cuenta, y de allí adelante la amaban y estimaban mucho.

Hablaba familiar y humanamente con todos, con alegría, con amor, sin encogimiento, y con una santa y apacible libertad, de tal manera, que quien la veía y sabía de sus cosas, se espantaba de ver que quien tan alta oración tenía y tan familiarmente trataba con Dios, hablase con los hombres como si nada de aquello tuviera. Y así como á ella la amaban mucho, así ella también tomaba gran amor á quien se le tenía, y á todas las personas que veía eran buenas y llanas y honestas, y especialmente cuando veía que eran buenas para el servicio de Dios y bien de los prójimos. Esto la venía de ser en gran manera agradecida: acordábase siempre de los bienes que la hacían á ella ó á sus hijas, aunque fuesen pequeños, y no acababa de encarecerlos y agradecerlos, con palabras y con obras, en cuanto ella podía. Tenía una muy noble condición y agradable á todos, amiga de ayudar y hacer bien, y de dar gusto, aunque fuese muy á costa suya y padeciendo ella mucho; muy inclinada á obras de misericordia y de caridad, enemiga de hipocresía y de murmuraciones, aunque fuesen livianas; no sabía decir mal de nadie, sino de sí; á todos alababa, las virtudes ajenas publicaba y engrandecía; las suyas, tenía gracia particular en encubrirlas y deshacerlas.

Era honestísima, y naturalmente aborrecía toda deshonestidad en palabras y en obras, y muy recogida, y en todo bien inclinada. Estimaba en mucho la honra, antes que Dios la llamase de veras, y ésta le era gran freno para excusar todo lo que la podía dañar. Y como era amiga de la limpieza del alma y del cuerpo, así también lo era de la limpieza de los vestidos, y de traerlos bien puestos, y andar aseada, porque toda descomposición, así interior como exterior, la descontentaba.

En su comida era muy templada, vino nunca lo bebía; en sus vestidos pobre, pero muy limpia; en su regalo muy escasa, con tener tantas y tan grandes y ordinarias necesidades; en el de las otras, muy larga y muy piadosa; y así, cuando en los caminos había malas posadas, su cuidado era mirar por las personas que llevaba consigo: éstas deseaba estuviesen bien acomodadas, y para sí de cualquier cosa se contentaba.

De la verdad era muy amiga, y aborrecía todo engaño y doblez, y por eso el tiempo que ella anduvo distraída, cuando su padre la venía á ver, no pudo sufrir que anduviese engañado con ella, pensando que tenía oración y recogimiento, y no descansó hasta desenñarle. Y después, una de las cosas que más tormento la daba, era

pensar si traía engañados á sus confesores, aunque sabía que no los deseaba engañar. No había de ser llevada por mal: si la llevaban por bien, fácilmente la vencían, y así en el tiempo que no se había enteramente convertido, los regalos de Dios tenía por el mayor castigo, de sus pecados y descuidos, de cuantos podía haber; porque ser regalada cuando había merecido castigo, como veía cuán mal lo hacía en no ser muy agradecida á quien tanto amor la mostraba, confundíase y fatigábase y deshacíase más que con cuantas enfermedades y dolores y trabajos la venían, porque con estos parecíala que pagaba algo de lo que debía, y el recibir mercedes, cuando menos las merecía, érala un género de tormento terrible.

En lo que he dicho y en otras cosas muchas que podrán decir los que mejor saben conocer el natural de cada uno, si la trataron, he querido mostrar la excelente naturaleza que Dios la dió, y el vaso que aparejó para los altísimos dones que en él había de echar. Pero porque la gracia perfecciona la naturaleza, todo esto se entenderá mejor en lo que diremos en los capítulos siguientes, hablando de la gracia y admirables virtudes que el Señor la comunicó.

CAPÍTULO II

De los escalones por donde Dios la subió á tan alta oración como tenía

Ahora vengamos á lo sobrenatural, en que tanto se ha manifestado la grandeza de Dios, y pintemos una perfectísima monja, para que no solamente sus hijas, las que son y fueren, sino todas las religiosas que desean llegar á la cumbre de la perfección, tengan delante de sus ojos á quien miren ó imiten, entendiendo que, cuanto más á ella se parecieren, tanto serán más religiosas y perfectas. Grandes ingenios se desvelaron en concebir en su entendimiento una perfectísima idea ó semejanza de la cosa que querían pintar, y hallaron palabras iguales á lo que habían concebido; pero pintaron, no lo que habían visto ó conocido, sino lo que con la delgadeza de su entendimiento y con su elocuencia pudieron alcanzar. Platón, en sus libros de República, y Aristóteles en los suyos de las Políticas, pintaron una muy perfecta ciudad y república, pero cual nunca se ha hallado en la tierra. Los filósofos estoicos dicen grandes cosas del hombre sabio, pero ese, cual le quieren, ni ellos le vieron, ni nosotros ahora le hallamos. La felicidad y bienaventuranza que Aristóteles pone en el primero y postrero libro de las Éticas, ¿cuándo se vió jamás en esta vida mortal? El orador que formó Marco Tulio en sus tres libros de *Oratore*, y el Cortesano que con tanta elocuencia nos puso ante los ojos el conde Baltasar Castellón (1), puédense entender y desear, mas no ver ni gozar. Pero yo para contar lo que ha de tener una perfectísima monja Descalza, y de cualquiera otra religión, no seguiré mis imaginaciones, ni fatigaré mi entendimiento, ni diré encarecimientos que nunca se hayan visto, ni referiré lo que los Santos, hablando de esta materia, desearon, sino lo que el gran Señor puso en esta Santa, y lo que en

(1) En su obra; *El Cortesano*, traducido del italiano al español por Boscán. La primera edición italiana data del año 1528, en Venecia.

ella vimos y conocimos los que la tratamos, y lo que ahora sus libros están publicando. Quitónos Dios, en esta parte, de trabajo, y obró Él más en ella con su poderosa mano que pudiera otro encarecer con su rica y elocuente lengua. Así que, con decir yo con palabras sencillas la pura verdad de lo que fué, habré cumplido lo que prometo, y satisfecho á los que quieren ver reducido á práctica y puesto por obra, lo que de la alteza de la perfección religiosa se halla escrito en los libros.

Habiendo, pues, de tratar de las virtudes que más resplandecieron en esta bienaventurada alma, me pareció bien comenzar por la oración, que fué como el pincel con que el Señor labró esta hermosísima pintura suya, y el medio por donde la comunicó los admirables bienes y gracias que tenía. Y creo será de gusto y de provecho para todos, poner aquí los escalones por donde la subió á la altísima oración á que llegó. Esto lo sacaré de diferentes lugares de sus libros, juntándolos en uno, y usando de las palabras mismas con que ella lo declara, que de esta manera irá ello mejor dicho, y tendrá con todos mayor autoridad, como cosa más cierta y segura, y particularmente de lo que escribió en el libro de su vida, de donde tomaré lo más.

El primer maestro que tuvo para la oración, fué el tercer Abece-dario de Osuna (1), á quien se determinó de seguir, porque hasta entonces no sabía el modo que había de tener. Ya entonces la había dado el Señor don de lágrimas, en lugar de la dureza que solía tener. A pocos meses que se dió á buscar la soledad y la oración, la dió oración de quietud, y algunas veces de unión, sin entender ella lo que era lo uno y lo otro, cosa que á muchas personas no da aun al cabo de muchos años. Y hacía en ella esta oración tales efectos, que con no ser aún de veinte años (2), la parecía tenía todo el mundo debajo de los pies. Su manera de oración era procurar lo más que podía traer á Jesucristo Nuestro Señor presente dentro de sí, y si pensaba en algún paso, representábale allá en lo interior, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, porque á discurrir con el entendimiento no acertaba, ni á imaginar bien á Cristo Nuestro Señor dentro de sí; y así no podía tener oración sino teniendo algún libro en que leyese, si no era después de haber comulgado. En esta manera de oración estuvo diez y ocho años con mucho trabajo hartas veces, y con grandes sequedades, y grandísimo combate de pensamientos, porque como no discurría con el entendimiento, ni podía considerar nada, si la voluntad no se ocupaba en amar, no podía sufrir el estar allí, y para esto leía en

(1) Véase la nota puesta al pie de la pág. 108.

(2) Véase la nota de la pág. 104. Padece aquí el P. Ribera un ligero error, puesto que al principio del cap. VI del libro I, nos ha dicho, que la Santa se metió monja, en el Monasterio de la Encarnación, á los 20 años y siete meses de su edad.

lugar de discurrir; y ponerse en oración sin libro, era para ella como ir á pelear con mucha gente sin escudo, porque en ella recibía los golpes de los muchos pensamientos que la combatían.

No era todas veces lo de la sequedad, mas era siempre que la faltaba el libro. Con leer comenzaba á recoger los pensamientos, y llevaba á su alma como por los halagos, y muchas veces en abriendo el libro no era menester más. Únas veces leía poco, otras mucho, conforme á la merced que el Señor la hacía.

En este tiempo dejó la oración más de un año con una apariencia de humildad con que el demonio la burló, juzgando que, viviendo ella como vivía, no era razón tratar con Nuestro Señor con aquella familiaridad, y esto la hizo grandísimo daño. Después, con nueva luz del Señor, se volvió á su antigua manera de oración, procurando representar dentro de sí al Salvador, y de las partes donde le veía más solo sacaba más provecho, que la parecía á ella que, como estaba allí solo y afligido, la había de admitir mejor. Y así se aprovechaba mucho en representar en sí la oración del huerto, y allí le estaba acompañando: pensaba lo que podía en aquel sudor y aflicción que allí tenía, deseaba limpiársele; como se acordaba de sus pecados, no osaba, y estábase allí, cuanto la muchedumbre de los pensamientos que la venían la consentía.

Y tuvo muchos años, aun antes de esto, costumbre de dormirse con ese pensamiento cada noche, é hízola harto provecho, porque por ahí comenzó á tener oración sin entenderlo. La vista del campo, ó agua, ó flores, la aprovechaba mucho, porque la despertaba y recogía, y hallaba allí la memoria del Criador, y la servía de libro (1). Cosas del cielo, ú otras muy sublimes, no las podía imaginar, sino las que veía. A Cristo, por más que leyese de su hermosura, y por más imágenes que viese, jamás le podía representar en sí, sino como uno que está ciego y está hablando con otro que entiende que está allí, mas no le ve, ni sabe de qué manera es; y por eso, para formar en sí imagen suya, era muy amiga de imágenes.

Después, apartándose más de ocasiones, y dándose más á la oración, el Señor la iba dando más gustos y haciéndola más regalos. Pero jamás ella pidió estos gustos, ni aun los osaba desear advertidamente; sólo pedía al Señor la perdonase los pecados, y la ayudase para que no le ofendiese, conociendo que la hacía harta misericordia en consentirla delante de sí y traerla á su presencia, sin que la hiciese más regalo. Sólo una vez, estando con mucha sequedad, pidió estos gustos, y como advirtió lo que hacía, quedó tan confusa, que la misma fatiga de verse tan poco humilde, la dió aquello que se había atrevido á pedir.

En estos tiempos, y antes, tenía algunas veces un principio de lo

(1) Cap. IX, de su *Vida*.

que ahora diré, aunque pasaba con mucha brevedad, pero desde aquí lo tuvo muy más perfectamente, como que la iba Dios poco á poco subiendo á la cumbre, donde llegan las almas muy santas. En esta representación que hacía de ponerse cabe Cristo, y aun algunas veces leyendo, la acontecía venirle á deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que la parecía que en ninguna manera podía dudar que Él estaba dentro de ella, y ella toda engolfada en Él. No había aquí visión, pero suspendíase el alma, y parecía estar toda fuera de sí: la voluntad amaba, la memoria estaba casi perdida, el entendimiento estaba como espantado de lo mucho que entendía, porque la daba Dios á entender que, de aquello que su Majestad le presentaba, ninguna cosa entendía.

Mientras más ella se iba disponiendo, más la daba Dios, que parece no deseaba sino que ella quisiese recibir. Comenzóla á dar muy de ordinario oración de quietud, y muchas veces oración de unión, que duraba mucho rato, con un gran deleite y suavidad, y con una seguridad grande que era aquello de Dios, y siempre quedaba de allí muy mejorada, y con más fortaleza. Después de todo esto, por consejo de su confesor, acompañó más la oración con penitencia y mortificación, y comenzó á tener cada día oración de un paso de la Pasión, y resistir cuanto podía á los gustos y regalos de Dios. Dos meses estuvo haciendo esto, y mientras más los resistía, más tenía de ellos, é iba cada día más aprovechando.

A cabo de este tiempo, la dijo el Padre Francisco de Borja, de santa memoria, que no resistiese á Dios, sino que comenzase la oración por algún paso de la Pasión, y si de ahí el Señor la llevase el espíritu, se dejase llevar. Luego comenzó á tener arrobamientos ó raptos, y en muchos de ellos la hablaba Dios, y aquella habla hacía grandes efectos, y causaba gran mejoría á su alma. Tras estos la vino una manera de visión, en que sentía á Cristo nuestro Señor estar cabe sí y hablarla (aunque no le veía, ni con ojos del cuerpo ni del alma), y que andaba con ella, y era testigo de lo que hacía, y en recogiendo un poquito, ó en no estando muy divertida, le sentía claramente cabe sí, y con ésta veía muy más altos efectos en su alma que hasta allí. Basta, dice ella, una merced de estas para trocar un alma, y hacerla no amar cosa sino á quien ve, que sin trabajo ninguno suyo la hace capaz de tan grandes bienes, y le comunica secretos, y trata con ella con tanta amistad y amor, que no se sufre escribir. Con esta visión muy continua, pasó algunos pocos días, y hacía tanto provecho, que no salía de oración, y cuanto hacía procuraba fuese de suerte que no descontentase al que claramente veía estaba por testigo. De allí á poco comenzó á tener visiones imaginarias, en que se le representaba Jesucristo nuestro Señor muchas veces, aunque no desde luego se mostraba enteramente, sino poco á poco, hasta venirse á

mostrar todo, con una extraña hermosura, cual ninguna lengua puede bastar á declarar.

Dos años y medio tenía muy ordinariamente esta visión, y quitó-sela después por mucho tiempo para darla otras cosas más altas, que eran unos ímpetus tan grandes de amor de Dios, que se moría de deseo y no cabía en sí, y otras visiones muy levantadas, que ella escribió en los postreros capítulos de su vida. Y esta presencia que traía siempre de Cristo, se le vino á mudar en presencia de las tres divinas personas, como ella dejó escrito en un papel, diciendo así: «Esta presencia de las tres personas, que dije al principio, he traído hasta hoy, que es día de la Conmemoración de San Pablo, presentes en mi alma muy ordinario, y como yo estaba mostrada á traer á solo Jesucristo siempre, paréceme hacía algún impedimento ver tres personas, aunque entiendo es un solo Dios. Y díjome el Señor pensando yo en esto, que erraba en imaginar las cosas del alma, con la representación que las del cuerpo, que entendiase que eran muy diferentes, y que era capaz el alma para gozar mucho» (1).

La oración que tenía al cabo, era la que pone al fin de las *Moradas*, que llamaba ella matrimonio espiritual; y era tanto lo que gozaba, que decía ella que la daba nuestro Señor aquel gran mal de cabeza que tenía, porque no gozase acá tanto. Esta oración nunca la faltaba, sino con más resplandor ó menos. Y con ella ya no tenía que decir á los confesores, sino era en cosas de algunos sucesos particulares, y en negocios. Mas quien quisiere ver en parte la alteza de la oración á donde llegó, lea en el libro que ahora nombré, que se llama *Castillo interior*, ó las *Moradas*, lo que escribe en la sexta ó séptima morada, porque no pone en ellas otra cosa sino lo que pasó por ella, y hablando así en general, declara lo que el Señor la comunicó, imitando en su manera lo que dice San Pablo: No me atrevo á decir lo que por mí hace Cristo (2). Una cosa se debe notar aquí, y es que estos raptos que solía ella tener muy ordinariamente, yendo más adelante no los tenía tanto, especialmente en público. La causa dejó ella escrita en un papel que dice así: «Estando pensando qué sería la causa de no tener ahora casi nunca arrobamientos en público, entendí: No conviene ahora, bastante crédito tienes para lo que yo pretendo. Vamos mirando la flaqueza de los maliciosos.» Comenzáronsele á quitar desde que tuvo las visiones de la Santísima Trinidad, que diremos en el capítulo IV, aunque no del todo, hasta que fué por Priora á la Encarnación, desde entonces tuvo muy pocos, á lo menos en público.

(1) Recibió del Señor esta merced el 30 de Junio de 1571, en Medina del Campo.

(2) Rom. XV, 18.

CAPITULO III

En que se declara más la oración de la Madre Teresa de Jesús por palabras que ella dejó escritas en una relación que hizo fuera de sus libros

Aunque me detenga algo, quiero declarar más esto que he dicho, poniendo aquí una relación que hallé escrita de su mano, de las maneras de oración que Dios la había comunicado, porque lo que en los libros puso en muchas partes, aquí está junto en una, siquiera porque no se pierdan ó no dejen de salir á luz estas palabras tan dignas de leerse y entenderse. Lo que puse en el capítulo pasado, y ahora pondré en este, hame aprovechado á mí mucho para alabar al Señor, por lo mucho que se comunicó á esta su sierva, y para ver los escalones por donde la iba subiendo; y quien lo leyere halo de leer para esto, no para pensar que lo ha él de entender enteramente, ni que se ha de poner á ir por ese camino, ni buscar revelaciones ni arrobamientos, que sería eso gran desatino, y trabajo muy excusado y muy sin provecho, como en el capítulo octavo lo veremos, hablando de los avisos que ella daba para la oración. Eso es cosa que por fuerzas humanas no se alcanza, sino Dios nos la da cómo y cuándo es servido, y pensar alcanzarla por otra vía, es alejarse mucho de lo que desea. Así que, nadie saque ocasión de soberbia y de engaño, de donde la ha de sacar de humildad y alabar á Dios.

Escribió esta relación á uno de sus confesores (1), y antes de co-

(1) Esta relación, y la que se copia en el cap. VII, fueron dirigidas el P. Rodrigo Alvarez, á principios de 1576, hallándose la Santa Madre en la fundación de Sevilla. Lo que las motivó fué una delación hecha á la Inquisición por una novicia que poco antes había entrado en aquel convento, según refiere la Ven. María de San José en su *Ramillete de mirra*.

•En este tiempo, dice, había entrado en nuestra casa una gran beata, tenida por muy santa, y no pudiendo sufrir nuestra vida, acordó, sin saberlo nuestra Madre ni ninguna de nosotras, de concertarse su ida por medio de unos clérigos... y salida la pobrecita, por excusar su defecto, acordó acusarnos á la Inquisición diciendo que teníamos cosas de *Alumbrados*... con muchas mentiras y testimonios

menzar dice: «Son tan dificultosas de decir, y más de manera que se puedan entender estas cosas del espíritu interiores, cuanto con más brevedad pasan, que si la obediencia no lo hace, será dicha atinar, en especial en cosas tan dificultosas. Mas poco va en que desatine, pues va á manos, que otros mayores habrá entendido de mí. En todo lo que dijere, suplico á V. m., entienda no es mi intento pensar es acertado, que yo podré no entenderlo; más lo que puedo certificar es, que no diré cosa que no haya experimentado algunas y muchas

que levantó á nuestra Santa Madre... Vino el inquisidor á hacer á nuestro convento inquisición é información, y averiguada la verdad, y hallando ser mentira lo que aquella pobre dijo, no hubo más.» Quedaba pues resuelta la cuestión acerca de si eran ó no alumbradas, pero permanecía en pie la referente á la doctrina espiritual de la Santa Madre. Así que el inquisidor comisionó al P. Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesús, hombre maduro en años y de consumada experiencia en las cosas de espíritu, á quien solían acudir de ordinario los inquisidores en casos semejantes, según el testimonio del Lic. Fernando de Mata. (Inform. de Sevilla 1596.)

Como varón docto y prudente no quiso fiarse el P. Alvarez de sí mismo en un negocio tan delicado, y así, después de haberlo encomendado muy de veras á Dios, se aconsejó con el P. Enrique Enríquez S. J. confesor ordinario de la Santa en Sevilla, y ambos á dos «examinamos, dice el mismo P. Enríquez, muchas veces de propósito, las revelaciones y altos sentimientos de oración que la dicha Teresa de Jesús decía haber tenido, y tuvimos muchas experiencias de su humildad y caridad y admirable oración, y de la gran discreción y experiencias que tenía en cosas espirituales... muy conformes á lo que los santos escriben y experimentan». *Declaracion del P. Enríquez en los informes de Salamanca*, año 1591.

También quiso el P. Alvarez aconsejarse con el P. Diego de Acosta, á la sazón Provincial de Andalucía, según se desprende de las palabras de la Santa cuando dice en esta misma relación: «Las personas veo claro ser distintas, como lo veía ayer, cuando hablaba vuesa merced (el P. Alvarez) con el padre provincial» (el P. Acosta).

Desde que Santa Teresa supo que la inquisición había puesto el negocio en manos del P. Alvarez, depuso todo temor, como aparece de la carta que á principios de 1575 escribió al Padre Gracián. «El rector, dice, y Rodrigo Alvarez tienen gran esperanza se ha de hacer todo muy bien. A mí, todo el miedo que antes tenía, se me ha quitado, que no puedo tenerle, aunque quiero.»

El informe del P. Alvarez á los inquisidores fué de todo en todo favorable á la Santa Madre, de quien no se recataba de decir públicamente que poseía «un espíritu celestial» (Depos. de Fernando de Mata). En vista de aquel informe, la Inquisición de Sevilla declaró que la delación hecha contra la Santa y sus religiosas había sido maliciosa, falsa y apasionada.

Según refiere Diego Ortiz de Zúñiga, lo que resultó de aquella delación fué que brillara con más puros resplandores la eminente santidad de la Reformadora del Carmelo. Cfr. Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos... de Sevilla, ilustr. y corr.* por D. Antonio M.^a Espinosa, Madrid 1796, t. IV.—La Fuente. *Obras*. t. I, p. 138 y 555 n.º 17. t. II, pp. 53-55 y 379 n.º 6.—*Oeuvres complètes de Sainte Térèse*. t. II, pp. 186-192.—*Varones ilustres de la Comp. de Jesús* t. VII, p. 48.—Yepes. Prólogo á la *Vida de Santa Teresa*. § III.

Todo lo restante de su vida conservó la Santa Madre viva gratitud al P. Rodrigo Alvarez. El 8 de Noviembre de 1581 escribía á la Priora de Sevilla, María de San José: «Recibí otra de V. R. y de mi P. Rodrigo Alvarez, que en forma le tengo gran obligación por lo bien que lo ha hecho en esa casa, y quisiera responder á su carta, y no sé cómo; porque algunas cosas que me pregunta, no son para ella, aunque si yo le viera (como quien sabe mi alma) no le negara nada, antes me holgara mucho...

veces. Si es bien ó mal, V. m. lo verá y me avisará de ello.» Después dice: «Paréceme será dar á V. m. gusto comenzar á tratar del principio de cosas sobrenaturales; que en devoción, ternura, lágrimas y meditaciones, que acá podemos adquirir con ayuda del Señor, entendidas están.

«La primera oración que sentí, á mi parecer sobrenatural (que llamo yo lo que con industria y diligencia no se puede adquirir, aunque mucho se procure, aunque disponer para ello sí, con la gracia de Dios, y debe de hacer mucho al caso), es una presencia de Dios, que no es visión de ninguna manera, sino que parece que cada y cuando (á lo menos cuando no hay sequedades), que una persona se quiere encomendar á su Majestad, aunque sea rezar vocalmente, le halla.»

Toda oración que es meritoria, es obra sobrenatural, porque se hace con ayuda de sobrenatural; pero llama la Madre sobrenatural por excelencia la que nosotros no podemos alcanzar, por más que de nuestra parte hagamos, porque toda es de Dios, y como dijo San Dionisio, está el hombre en ella padeciendo las cosas divinas, más que obrándolas, y de la misma manera lo declara Santa Angela de Fulgino en su libro, capítulo sesenta y dos. «La segunda es un *recogimiento* interior que se siente en el alma, que parece ella tiene allá otros sentidos, como acá los exteriores, que ella en sí parece que se quiere apartar de los bullicios exteriores, y así algunas veces los lleva tras sí, que le da gana de cerrar los ojos, y no oír ni ver ni entender, sino aquello en que el alma entonces se ocupa, que es poder tratar con Dios á solas. Aquí no se pierde ningún sentido ni potencia, que todo está entero; mas estálo para emplearse en Dios. Y esto á quien nuestro Señor lo hubiere dado, será fácil de entender; y á quien no, á lo menos serán menester muchas palabras y comparaciones.»

Esta segunda manera puso la Madre por primera, pero porque al cabo de todo dice que se le olvidó de otra, que fué antes que ésta, la puse aquélla en primer lugar.

«De este recogimiento viene algunas veces una *quietud* y paz interior muy regalada, que está el alma, que no la parece le falta nada; que aun el hablar la cansa (digo el rezar y el meditar), no querría sino amar: dura rato y aun ratos.»

«De esta oración suele proceder un *sueño*, que llaman de las potencias, que ni están absortas, ni tan suspensas que se pueda llamar arrobamiento, ni es del todo unión. Alguna vez, y aun muchas, entiende el alma que está unida sola la voluntad, y se entiende muy claro (digo claro á lo que parece) que está empleada toda en Dios, y que ve el alma la falta de poder estar, ni obrar en otra cosa, y las otras dos potencias están libres para negocios y obras del servicio de Dios: en fin, andan juntas Marta y María. Yo pregunté al Padre Francisco de Borja, General de la Compañía de Jesús, si sería

engaño esto, porque me traía boba, y me dijo que muchas veces acaecía.»

«Cuando es *unión* de todas las potencias, es muy diferente; porque ninguna cosa exterior puede obrar, porque el entendimiento está como espantado. La voluntad ama más que entiende: mas ni entiende si ama, ni qué hace, de manera que lo pueda decir. La memoria, á mi parecer, no hay ninguna, ni pensamiento, ni aun por entonces están los sentidos despiertos, sino como quien los perdió, para más emplear el alma en lo que goza, á mi parecer; que por aquel breve espacio se pierden: pasa presto. En la riqueza que queda en el alma de humildad y otras virtudes y deseos, se entiende el gran bien que le vino de aquella merced: mas no se puede decir lo que es: porque aunque al alma se da á entender, no sabe cómo lo entiende ni decirlo. A mi parecer, ésta si es verdadera, es la mayor merced de las que nuestro Señor hace en este camino espiritual; á lo menos de las grandes.»

«*Arrobamientos y suspensión*, todo es uno á mi parecer, sino que yo acostumbro á decir suspensión, por no decir arrobamiento, que espanta. Y verdaderamente también se puede llamar suspensión esta unión que queda dicha. La diferencia que hay del arrobamiento á ella, es ésta, que dura más y siéntese más en esto exterior, porque se va acortando el huelgo de manera, que no se puede hablar, ni los ojos abrir. Y aunque esto mismo se hace en la unión, es acá con mayor fuerza, porque el calor natural se va no sé yo á dónde, que cuando es grande el arrobamiento (que en todas estas maneras de oración hay más ó menos); cuando es grande, como digo, quedan las manos heladas, y algunas veces extendidas como unos palos, y el cuerpo, si le toma en pie, así se queda, ó de rodillas, y es tanto lo que se emplea en el gozo de lo que el Señor le representa, que parece se olvida de animar al cuerpo, y le deja desamparado; y si dura, quedan los nervios con sentimiento.»

«Páreceme que quiere aquí el Señor que el alma entienda más de lo que goza, que en la unión, y así se le descubren algunas cosas de su Majestad en el raptó muy ordinariamente, y los efectos con que queda el alma son grandes, y el olvidarse á sí, por querer que sea conocido y alabado tan gran Dios y Señor. A mi parecer, si es de Dios, no puede quedar sin un gran conocimiento de que ella allí no pudo nada, y de su miseria é ingratitud, de no haber servido á quien por sola su bondad la hace tan gran merced, porque el sentimiento y suavidad es tanto más excesivo de todo lo que acá se puede comparar, que si aquella memoria no se la pasase, siempre habría asco de los contentos de acá. Y así viene á tener todas las cosas del mundo en poco.»

«La diferencia que hay de lo que llamé *suspensión* y del *raptó*, es que en la suspensión va poco á poco muriéndose á estas cosas exterior-

res, y perdiendo los sentidos, y viviendo á Dios. El *rapto* viene con una sola noticia que su Majestad da en lo muy íntimo del alma, con una velocidad que la parece que la arrebatá á lo superior de ella, que á su parecer se le va del cuerpo; y así es menester ánimo á los principios, para entregarse en los brazos del Señor, que la lleve á do quisiere, porque hasta que su Majestad la pone en paz á donde quiere llevarla (digo llevarla, que entienda cosas altas), cierto es menester á los principios estar bien determinada á morir por Él, porque la pobre alma no sabe qué ha de ser aquello, digo á los principios.»

«Quedan las virtudes, á mi parecer, de esto más fuertes; porque deséase más, y dase más á entender el poder de este gran Dios para temerle y amarle; pues así, sin ser más en nuestra mano, arrebatá el alma, bien como Señor de ella. Queda gran arrepentimiento de haberle ofendido, y espanto de cómo osó ofender tan gran Majestad, y ansia grandísima porque no haya quien le ofenda, sino que todos le alaben. Pienso que deben venir de aquí estos deseos tan grandísimos de que se salven las almas, y de ser alguna parte para ello, y para que este Dios sea alabado como merece.»

«El *vuelo del espíritu* es un (no sé cómo la llame) que sube de lo más íntimo del alma. Sola esta comparación se me acuerda que puse, á donde V. m. sabe que están largamente declaradas estas maneras de oración y otras: es tal mi memoria, que luego se me olvida. Paréceme que el alma y el espíritu debe ser una misma cosa; sino que como un fuego, que si es grande y ha estado disponiéndose para arder, así el alma de la disposición que tiene con Dios, como el fuego, ya que de presto arde, echa una llama que llega á lo alto, aunque este fuego es como lo que está en lo bajo, y no porque esta llama suba, deja de quedar fuego: así acá en el alma parece que produce de sí una cosa tan de presto y tan delicada, que sube á la parte superior, y va adonde el Señor quiere, que no se puede declarar más, y parece vuelo, que yo no sé otra cosa con que compararlo: sé que se entiende muy claro, y que no se puede estorbar.»

«Parece que aquella avecica del espíritu se escapó de esta miseria de la carne y cárcel de este cuerpo, y así puede más emplearse en lo que le da el Señor. Es cosa tan delicada y tan preciosa, á lo que entiende el alma, que no la parece hay en ella ilusión, ni aun en ninguna cosa de éstas, cuando pasan. Después eran los temores por ser tan ruín quien lo recibe, que todo la parecía habría razón de temer, aunque en lo interior del alma quedaba una certidumbre y seguridad con que se podía vivir; mas no para dejar de poner diligencias para no ser engañada.»

«*Impetus* llamo yo á un deseo que da al alma algunas veces, sin haber precedido antes oración, y aun lo más continuo, una memoria que viene de presto, de que está ausente de Dios, ó de algu-

na palabra que oye que vaya á esto. Es tan poderosa esta memoria, y de tanta fuerza algunas veces, que en un instante parece que desatina: como cuando se da una nueva de presto muy penosa, que no se sabía, ó un gran sobresalto, que parece quita el discurso al pensamiento para consolarse, sino que se queda como absorta. Así es acá, salvo que la pena es por tal causa, que queda al alma un conocer que es bien empleado morir por ella. Ello es, que parece que todo lo que el alma entiende entonces, es para más pena, y que no quiere el Señor que todo su sér le aproveche de otra cosa, ni acordarse es su voluntad que viva, sino parécela que está en una tan grande soledad y desamparo de todo, que no se puede escribir; porque todo el mundo y sus cosas le dan pena, y ninguna cosa criada la hace compañía, ni quiere el alma sino al Criador, y esto velo imposible, si no muere, y como ella no se ha de matar, muere por morir, de tal manera, que verdaderamente es peligro de muerte, y vese como colgada entre cielo y tierra, que no sabe qué hacer de sí. Y de poco en poco da Dios una noticia de sí, para que vea lo que pierde, de una manera tan extraña, que no se puede decir, porque ninguna hay en la tierra, á lo menos de cuantas yo he pasado, que le iguale, y baste; que de media hora que dure, deja tan desconyuntado el cuerpo, y tan abiertas las canillas, que aun no quedan las manos para poder escribir, y con grandísimos dolores.»

«De esto ninguna cosa siente hasta que se pasa aquel ímpetu; harto tiene que hacer en sentirlo interior, ni creo sentiría graves tormentos; y está con todos sus sentidos, y puede hablar, y aun mirar: andar no, que la derrueca el gran golpe del amor. Esto, aunque se muera por tenerlo, sino es cuando lo da Dios, no aprovecha. Deja grandísimos efectos y ganancia en el alma. Unos letrados dicen que es uno, otros que otro: nadie lo condena. El Maestro Avila me escribió era bueno, y así lo dicen todos. El alma bien entiende es gran merced del Señor. A ser muy á menudo, poco duraría la vida. El ordinario *ímpetu* es, que viene este deseo de servir á Dios con una gran ternura y lágrimas, por salir de este destierro; mas como hay libertad para considerar el alma que es la voluntad del Señor que viva, con eso se consuela, y le ofrece el vivir, suplicándole que no sea sino para su gloria. Con esto pasa.»

«Otra manera, verdaderamente harto ordinaria, de oración, es una manera de *herida* que padece el alma, como si una saeta la metiesen por el corazón, ó por ella misma: así causa un dolor tan grande que hace quejarse, y tan sabroso, que nunca querría le faltase. Este dolor no es en el sentido, ni tampoco es llaga material, sino en lo interior del alma, sin que parezca dolor corporal; sino que como no se puede dar á entender sino por comparaciones, pónense éstas groseras, que para lo que ello es, lo son; mas no sé yo decirlo de otra suerte. Por

eso no son estas cosas para escribir ni decir: porque es imposible entenderlo, sino es quien lo ha experimentado: digo, adonde llega esta pena; porque las penas del espíritu son diferentísimas de las de acá. Por aquí saco yo cómo padecen más las almas en el infierno y purgatorio, que acá se puede entender por estas penas corporales.»

«Otras veces parece que esta *herida del amor* sale de lo íntimo del alma. Los efectos son grandes; y cuando el Señor no lo da, no hay remedio aunque más se procure, ni tampoco dejarlo de tener, cuando Él es servido de darlo. Son como unos deseos de Dios tan vivos y tan delgados, que no se pueden decir; y como el alma se ve atada para no gozar, como querría, de Dios, dale un aborrecimiento grande con el cuerpo, y párecele como una gran pared que la estorba, para que no goce su alma de lo que entiende entonces á su parecer, que goza en sí, sin embarazo del cuerpo. Entonces ve el gran mal que nos vino por el pecado de Adán, en quitar esta libertad.»

«Esta oración, antes de los arrobamientos é ímpetus grandes, que he dicho, se tuvo. Olvidéme de decir, que casi siempre no se quitan aquellos ímpetus grandes, sino es con un arrobamiento y regalo grande del Señor, adonde consuela el alma, y la anima para vivir por Él. Todo esto que está dicho, no puede ser antojo, por algunas causas que sería largo de decir. Si es bueno ó no, el Señor lo sabe. Los efectos, y cómo deja aprovechada el alma, no se puede dejar de entender, á todo mi parecer.»

«Las personas veo claro ser distintas, como lo veía ayer, cuando hablaba vuesa merced con el padre provincial (1); salvo que ni veo nada ni oigo, como ya á vuesa merced he dicho; mas es como una certidumbre extraña, aunque no vean los ojos del alma, y en faltando aquella presencia, se ve que falta; el cómo yo no lo sé, mas muy bien sé que no es imaginación; porque aunque después me deshaga para tornarlo á representar, no puedo, aunque lo he probado; y así es todo lo que aquí va, á lo que yo puedo entender, que como ha tantos años, hase podido ver, para decirlo con esta determinación. Verdad es (y advierta vuesa merced en esto) que la persona que habla siempre, bien puedo afirmar lo que me parece que es: lo demás no podría así afirmarlo. La una bien sé que nunca ha sido: la causa jamás la he entendido, ni yo me ocupo jamás en pedir más de lo que Dios quiere; porque luego me parece me había de engañar el demonio, y tampoco lo pediré ahora, que habría temor de ello.»

«Lo principal paréceme que alguna vez; mas como ahora no me acuerdo bien, ni lo que era, no lo osaré afirmar. Todo está escrito á

(1) Es decir, el Padre Rodrigo Alvarez, á quien, como dijimos al principio del capítulo, va dirigida la presente Relación, y el Padre Diego de Acosta, á la sazón Provincial de Andalucía, que acompañó al mencionado Padre en su visita á la Santa Madre.

donde vuesa merced sabe, y esto más largamente que aquí va, no sé si por estas palabras. Aunque se dan á entender estas personas distintas por una manera extraña, entiende el alma ser un solo Dios. No me acuerdo haberme parecido que habla Nuestro Señor, sino es la Humanidad, y ya digo, esto puedo afirmar que no es antojo.»

«Lo que dice vuesa merced del agua, yo no lo sé, ni tampoco he entendido á dónde está el Paraíso terrenal. Yo he dicho que lo que el Señor me da á entender, que yo no puedo excusar, entendiéndolo porque no puedo más; mas pedir yo á su Majestad que me dé á entender alguna cosa, jamás lo he hecho; luego me parecería que lo imaginaba y que me había de engañar el demonio, y jamás, gloria de Dios, fui curiosa en desear saber cosas, ni se me da nada de saber más: harto trabajo me ha costado esto, que sin querer, como digo, *he entendido*, aunque pienso ha sido medio que tomó el Señor para mi salvación, como me vió tan ruin, que los buenos no han menester tanto para servir á su Majestad.»

«Plegue á Él que no pierda yo tantas mercedes por mi culpa, y que haya misericordia de mí.»

Todas las que he referido son palabras de la Madre Teresa de Jesús, y huélgome de haberlas puesto aquí, porque me parece en ellas tenemos una muy buena declaración de los grados por donde el Señor la levantó á tan alta oración, que es para lo que yo principalmente las he traído, y no para enseñar cómo se ha de tener la oración, que no es de este lugar ni tiempo. Pero también está en ellas, como en breve suma, lo que grandes autores tratan de estas maneras más altas de oración, que podrá ser de provecho para aquellos á quien Dios hubiere dado de esto.

CAPÍTULO IV

Del gran conocimiento de las cosas celestiales que el Señor la comunicó por medio de la oración

Ya que comencé á decir de su oración, habré de decir, antes que á otra cosa pase, todo lo que á ella toca, aunque estoy deseando llegar á las otras virtudes, porque hay en ellas mucho que decir, para gloria del que se las dió tan cumplidamente, y para provecho de las almas que pretenden la perfección; pero pido esto que he dicho, el buen orden de las cosas que se han de tratar. Mas deseo que quien esto leyere, torne á leer lo que dije en el capítulo I y II del libro primero, y al principio del capítulo tercero de este libro cuarto, porque lo que ahora diré es para maravillarnos y alabar á Nuestro Señor, y no para imitarlo, pues eso es imposible y sería locura ponerse en ello. En habiendo muy grande amistad entre dos, no pueden dejar de descubrirse los secretos, porque conforme al antiguo proverbio, entre los amigos todas las cosas son comunes. Así dijo Dios, cuando quería destruir aquellas malditas ciudades: «¿Podré yo encubrir á Abraham lo que tengo de hacer?» (1) Y por el Profeta Amós dijo: «No hará el Señor Dios cosa, sin descubrir primero su secreto á sus siervos los Profetas» (2). Y á los Apóstoles dijo el Señor: «Ya no os llamaré siervos, sino amigos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas á vosotros llamémos amigos, porque todo lo que oí á mi Padre os lo he dicho» (3).

Así se mostraba Cristo nuestro Señor á la Madre Teresa de Jesús en diferentes maneras de visiones, y la hablaba muchas veces con gran familiaridad y amistad, y la declaraba grandes secretos. Ya habemos dicho cómo la mostró el infierno y el lugar que en él tuviera, si durara más en el camino que había comenzado, y no fuera,

(1) Gen. XVIII, 17.

(2) Amos III, 7.

(3) Joan. XV, 15.

por su poderosa mano, como otro Abraham, librada del fuego de los Caldeos. Otra vez la mostró la gloria, y las primeras personas que en ella vió fueron su padre y madre, y en un brevísimo espacio vió cosas altísimas, y entendió grandes secretos que no se pueden con palabras declarar, y esto con deleite tan soberano, que no se puede decir. Otra vez estuvo el Señor cabe de ella más de una hora, mostrándola cosas admirables.

También, después de haberla traído el Señor á la memoria su vida pasada, fué arrebatado su espíritu de manera que casi la pareció estaba fuera del cuerpo; á lo menos no sabía si estaba en él, como acontenció á san Pablo (1), y vió la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo con mayor gloria que jamás la había visto. Representósele, por una noticia admirable, estar metido en los pechos del Padre sin saber ella cómo, mas de verse presente á tan alto secreto. Fué de manera que se la pasaron algunos días sin poder tornar en sí, y siempre la parecía traer presente aquella Majestad del Hijo de Dios, con harto consuelo y aprovechamiento suyo. Esta misma visión vió algunas veces, y dice era la más subida de cuantas Dios la había dado.

Dióla una vez grandísimo deseo de comulgar, y entrando en la iglesia la dió un arrobamiento grande, vió abrirse los cielos, y en ellos un trono, y uno sentado en él, y por una noticia muy alta que entonces la dieron, entendió estar allí la Divinidad (aunque no la vefía) con gran muchedumbre de ángeles, de mayor hermosura, sin comparación, que antes hubiese visto. Sentía en sí una gloria tan grande, que ni se puede decir, ni imaginar. No vió nada, y entendió que estaba allí junto, cuanto se podía desear. Dijéronla que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar la nada que era todo, en comparación de aquello. En este arrobamiento estuvo dos horas. Estando rezando el símbolo de san Anastasio, *Quicumque vult*, la dió Nuestro Señor un altísimo conocimiento de cómo era un solo Dios y tres personas, con grandísima claridad, según en este destierro se puede tener, y quedó de allí siempre con gran luz en este misterio y con gran consuelo.

En un papel hallé esto escrito de su mano (2): «Un día después de San Mateo, estando como suelo después que vi la visión de la Santísima Trinidad, y cómo está con el alma que está en gracia, se me dió á entender y muy claramente, de manera que por ciertas maneras y comparaciones por visión imaginaria lo vi. Y aunque otras veces se me ha dado á entender por visión intelectual la Santísima Trinidad, no me quedaba después de algunos días la verdad, como ahora digo, para saberlo pensar y consolarme en esto. Ahora veo

(1) Cor. XII, 2, 3.

(2) Cfr. La Fuente. *Obras*, t. I, p. 158 col. 2.^a

que de la misma manera lo he oído á letrados, y no lo entendía como ahora, aunque siempre sin detenimiento lo creía, porque nunca he tenido tentaciones de la fe.» En otro estaba esto: «El martes, después de la Ascensión, habiendo estado un rato en oración después de comulgar, con pena porque me divertía de manera que no podía estar en una misma cosa, quejábame al Señor de nuestro miserable natural. Comenzó á inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendía tener presente á toda la Santísima Trinidad, en visión intelectual, adonde entendió mi alma, por cierta manera de representación como figura de la verdad, para que lo pudiese entender mi torpeza, cómo es Dios, Trino y Uno, y así me parecía hablar-me todas tres personas, y que se representaban dentro de mi alma, diciéndome que, desde este día, vería mejoría en mí en tres cosas, que cada una de estas personas me hacía merced. La una en la caridad y en padecer con contento. En sentir esta caridad con encendimiento en el alma, entendía aquellas palabras que dice el Señor, que estarán con el alma que está en gracia, las tres Divinas personas, porque las veía en mí por la manera dicha» (1). Y en otro, hablando de la misma materia, dice: «Parecióme se me representó como cuando en una esponja se incorpora y embebe el agua, así me parecía mi alma que se henchía de aquella Divinidad, y por cierta manera gozaba en sí y tenía las tres personas. También entendí. *No trabajes tú de tenerme á mi encerrado en ti, sino de encerrarte tú en mí.* Parecíame que dentro de mi alma estaban, y veía yo estas tres personas se comunicaban á todo lo criado, no haciendo falta, ni faltando de estar conmigo» (2). De estas cosas dió cuenta en Sala-

(1) Estando yo después (continúa la Santa) agradeciendo al Señor tan gran merced, hallándome indignísima de ella, decía á su Majestad con harto sentimiento, que, pues me había de hacer semejantes mercedes, que, ¿por qué había dejádome de su mano para que fuese tan ruin? (porque el día antes había tenido gran pena por mis pecados, teniéndolos presentes). Vi aquí claro lo mucho que el Señor había puesto de su parte, desde que era muy niña, para llegarme á sí con medios harto eficaces, y cómo todos no me aprovecharon. Por donde claro se me representó el excesivo amor que Dios nos tiene en perdonar todo esto, cuando nos queremos tornar á El, y más conmigo que con nadie, por muchas causas. Parece quedaron en mi alma tan imprimidas aquellas tres personas que vi, siendo un solo Dios, que á durar así, imposible sería dejar de estar recogida con tan divina compañía. Otras algunas cosas y palabras, que aquí pasaron, no hay para qué las escribir.

«Una vez, poco antes de esto, yendo á comulgar, estando la Forma en el relicario, que aún no se me había dado, vi una manera de paloma, que meneaba las alas con ruido: turbóme tanto, y suspendióme, que con harta fuerza tomé la forma. Esto era todo en San José de Avila (últimos de Mayo de 1571). Dábame el Santísimo Sacramento el padre Francisco Salcedo. Otro día, oyendo misa, vi al Señor glorificado en la hostia: díjome, que le era aceptable su sacrificio.»

Don Francisco de Salcedo, el *caballero santo*, como le llama la Santa Madre, muerta su esposa, se había ordenado de sacerdote en 1570.

(2) Sucedióle esto en el monasterio de Medina del Campo, el 30 de Junio de 1571.

manca, cuando vino á fundar allí, al Padre Martín Gutiérrez, Rector del Colegio de la Compañía de Jesús que, demás de sus letras y excelente juicio, tenía mucha experiencia de cosas espirituales; y dijola que era esto de la Santísima Trinidad, que habemos contado, de lo más alto á que acá se puede subir.

Esto también escribió estando en la fundación de Sevilla. «Estando yo un día en oración, sentí yo estar el alma tan dentro de Dios, que no parecía había mundo, sino embebida en Él, se me dió á entender aquel verso de la *Magnificat: Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*, de manera que no se me puede olvidar.» También estaba esto: «Habiendo acabado de comulgar el día de San Agustín (1), yo no sabré decir cómo se me dió á entender y casi á ver sino que fué cosa intelectual y que pasó muy presto, cómo las Tres Personas de la Santísima Trinidad, que yo traigo en mi alma esculpidas, son tan sólo una esencia. Por una pintura tan extraña se me dió á entender, y por una luz tan clara, que ha hecho bien diferente operación, que de sólo tenerlo por fe. He quedado de aquí á no poder pensar en ninguna de las Tres Personas Divinas sin entender que están todas tres. De manera que estaba yo hoy considerando cómo siendo una cosa, había tomado carne humana el Hijo sólo. Dióme el Señor á entender, cómo con ser una cosa, eran distintas personas: son unas grandezas que de nuevo da deseo al alma de salir de este embarazo que hace el cuerpo para no gozar de ellas, que aunque parece no son para nuestra bajeza, de entender algo de ellas, queda una ganancia en el alma, con pasar en un punto, sin comparación mayor que con muchos años de meditación, y sin saber entender cómo.» En el mismo lugar escribió esto: «Estando una vez con esta presencia de las tres personas que traigo en el alma, era con tanta luz, que no podía dudar el estar allí Dios, vivo y verdadero, y allí se me daban á entender cosas que no las sabré decir después. Entre ellas era cómo había la persona del Hijo tomado carne humana, y no las demás. No sabré, como digo, decir cosa de esto, que pasaban algunas tan en lo secreto del alma, que parece el entendimiento entiende, como una persona que durmiendo, ó medio dormida, le parece entiende lo que se habla» (2). En el capítulo postrero de su vida, dice: «Vínome un

(1) 28 de Agosto de 1575, estando la Santa Madre en la fundación de Sevilla.

(2) «Yo estaba pensando (continúa la Santa) cuán recio era el vivir, que nos privaba de estar siempre en aquella admirable compañía, y dije entre mí: Señor, dadme algún medio para que yo lleve esta vida. Dijome:—*Piensa, hija, cómo después de acabada no me puedes servir en lo que agora, y come por Mí y duerme por Mí, y todo lo que hicieres sea por Mí, como si no lo vivieses tú ya, sino Yo, que esto es lo que decía San Pablo.*»

«Una vez, acabando de comulgar, se me dió á entender cómo este Sacratísimo Cuerpo de Cristo le recibe su Padre dentro de nuestra alma. Como yo entiendo y he visto están estas Divinas Personas, y cuán agradable es esta ofrenda de su Hijo, porque se deleita y goza con El, digamos, acá en la tierra, porque su Ha-

arrobamiento de espíritu, de suerte que yo no lo sé decir. Parecióme estar metida, y llena de aquella claridad que he sentido otras veces. En esta merced se me dió á entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades, no sé yo decir cómo, porque no vi nada. Dijéronme sin ver quién, mas bien entendí ser la misma Verdad. *No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes, porque todo el daño que viene al mundo, es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad. No faltará una tilde de ella.* A mí me pareció que siempre habia creído esto, y que todos los fieles lo creían. Díjome: *¡Ah hija! qué pocos me aman con verdad: que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable á mí. Con claridad verás esto que ahora no entiendes en lo que aprovecha tu alma.* Y así lo he visto: sea el Señor alabado, que después acá tanta vanidad y mentira me parece lo que veo no va guiado al servicio de Dios, que no lo sabré yo decir como lo entiendo, y la lástima que me hacen los que veo con la obscuridad que están en esta verdad.»

Y luego va contando grandes provechos que quedaron en su alma. Más abajo dice: «Estando una vez en oración se me representó en breve, sin ver cosa formada, mas fué una representación muy alta, cómo se ven en Dios todas las cosas, y cómo las tiene todas en sí. Saber escribir esto, yo no lo sé, mas quedó muy imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, y de las que más me han hecho confundir y avergonzar, acordándome de los pecados que he hecho.» Después declara como puede, con una comparación, lo que vió, de esta manera: «Digamos ser la Divinidad como un claro diamante muy mayor que todo el mundo, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera que lo encierra todo en sí, porque no hay nada que salga de esta grandeza. Cosa espantosa me fué ver en tan breve espacio tantas cosas juntas, aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que me acuerdo ver, qué cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es ansí, que cuando se me

manidad no está con nosotros en el alma, sino la Divinidad, y ansí le es tan acepto y agradable, y nos hace tan grandes mercedes. Entendí que también recibe este sacrificio, aunque esté en pecado, el sacerdote, salvo que no se comunican las mercedes á su alma, como á los que están en gracia, y no porque dejen de estar estas influencias en su fuerza, que proceden de esta comunicación con que el Padre recibe este sacrificio, sino por falta de quien le ha de recibir; como no es falta del sol no resplandecer cuando da en un pedazo de pez, como en uno de cristal. Si yo ahora lo dijera, me diera mejor á entender: importa saber cómo es esto, porque hay grandes secretos en lo interior, cuando se comulga. Es lástima que estos cuerpos no nos lo dejen gozar.»

Recibió la Santa estas mercedes del Señor hallándose en la fundación de Sevilla, en 1575.

acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar, y así quedé entonces tan avergonzada, que no sabía, me parece, dónde me meter.»

Del Santísimo Sacramento vió también muchas cosas, como diré en su lugar. Sería nunca acabar si se hubiesen de decir todas las grandezas que el Señor la mostró: lo que sabemos cierto, es que dejó escritas cosas grandes, y muchas de éstas que no quiso escribir, como ella lo dice claramente en el capítulo XXVII del mismo libro, donde escribe esto: «Y trata con ella con tanta amistad y amor, que no se sufre escribir, porque hace algunas mercedes que consigo traen sospecha, por ser de tanta admiración, y hechas á quien tan poco ha merecido, que si no hay muy viva fe, no se pueden creer. Y así pienso decir pocas de las que el Señor me ha hecho, si no me mandaren otra cosa.»

Y en el capítulo XXXII, después de aquella visión del infierno, dice: «Andando yo después de haber visto esto, y otras grandes cosas y secretos, que el Señor, por quien Él es, me quiso mostrar, de la gloria que se dará á los buenos y pena á los malos.» Y en el capítulo XXXVIII: «No quiero decir más de estas cosas, porque como digo, no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea.»

CAPÍTULO V

Del espíritu de profecía que tuvo

Van tan junto con estas visiones y revelaciones de grandes secretos que acabamos de contar, las que tocan al espíritu de profecía, que no se pueden apartar, y así diré alguna aquí, para que se vea cómo se cumplió en ella la profecía de Joel Profeta: «Derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas» (1). En tiempo del viejo Testamento hubo profetisas, como Marfa, hermana de Moisés, y Débora, y la mujer de Isaias, á quien él llama profetisa en el capítulo VIII, y Holda en el tiempo del rey Josías, y Anna, hija de Fanuel. Hasta entre los gentiles hubo sibilas que tan claramente profetizaron muchos misterios de la vida y muerte de Cristo nuestro Señor, y del juicio postrero, como los santos Profetas entre los hebreos. En el Testamento nuevo ha habido muy mayor abundancia, porque en él se había de cumplir y cumplió lo que acabamos de referir del Profeta Joel. Felipe, uno de los siete diáconos escogidos por los Apóstoles, tuvo cuatro hijas vírgenes profetisas. Y era tan ordinario esto en la cristiandad, en aquellos tiempos, que hubo menester San Pablo avisar á los de Corinto, cómo habían de estar las mujeres cuando profetizasen en la Iglesia, y cómo los hombres; y por el capítulo catorce de la misma epístola, se ve bien cuán comúnmente se hallaba esta gracia de profecía en los de la iglesia de Corinto, y lo mismo era en otras. San Justino mártir escribe en el *Didlogo con Trifón*, que hasta su tiempo duraba la gracia de la profecía en las iglesias. Y Santo Tomás dice (2), que después de los Apóstoles, en todos tiempos ha habido algunos en la Iglesia que han tenido espíritu de profecía, y alega á San Agustín en el libro quinto de la Ciudad de Dios, capítulo veinte y seis, del emperador Teodosio, que viéndose muy apretado envió á Juan, monje de Egipto, señalado por el don de profecía, y de él supo que había de tener una gran

(1) Joel, II, 28.—Act. XXI, 9.—1 Cor. XI, 4, 5.

(2) 2, 2. q. CLXXIV art. ult.

victoria, como la tuvo. Esto se ha ido continuando hasta nuestros tiempos, así en santos como en santas, como largamente probamos en el capítulo primero del primer libro.

En Villacastín, lugar bien conocido en Castilla la Vieja, donde yo nací, hubo pocos años ha, en tiempo del rey don Enrique el enfermo, un hombre verdaderamente profeta, que dijo algunos trabajos, que vinieron después á Castilla, y con libertad santa y profética reprendía al rey, hasta venirle á cortar por ello la lengua en Segovia, y habló después como si la tuviera, volviéndose á ella, que estaba enclavada en la picota, y diciendo: «Vos estaréis ahí, porque decís las verdades.» Y yo, siendo muy niño, alcancé á una señora de aquel lugar, que vivió muchos años, y si bien me acuerdo, decía ella que le había conocido. Y en aquel lugar contaban esto hombres curiosos de la antigüedad, á quien se debía creer.

Volviendo, pues, al propósito, para lo que diré, presupongo primero la doctrina de San Gregorio, por todos recibida y aprobada, que en la primera Homilía sobre Ezequiel, dice así: «Tres tiempos tiene la profecía: pasado, presente y venidero.» Y probando esto de la Sagrada Escritura, dice: «Profecía de tiempo venidero es: *Mira que la Virgen concebirá, y parirá un hijo* (1). Profecía de tiempo pasado: *Al principio crió Dios el cielo y la tierra* (2): porque habló el hombre de un tiempo en que no había hombre. Profecía de presente es, cuando el Apóstol San Pablo dice: *Pero si todos están profetizando y entra algún infiel ó ignorante, todos le convencen, todos le juzgan, porque se manifiestan los secretos de su corazón, y así cayendo en tierra adorará al Señor, afirmando que Dios está verdaderamente en vosotros* (3). Así que cuando dice, los secretos de su corazón se manifiestan, muéstrase por cierto que por esta manera de profecía el espíritu no dice lo que está por venir, sino muestra lo que ya es. De donde concluye San Gregorio que si las cosas pasadas ó presentes son de manera que naturalmente no se pueden conocer, es espíritu de profecía conocerlas y manifestarlas, porque el saber ó decir las que están por venir, por eso es profecía, porque naturalmente no se pueden conocer.» Conforme á esta doctrina está claro que casi todo, ó sin casi, lo que habemos dicho en el capítulo pasado pertenece al espíritu de profecía.

Tal es también la visión en que un día de la Asunción de nuestra Señora vió de la manera que subió á los cielos, y la alegría y solemnidad con que fué recibida, y el lugar donde está (4).

También vió, de algunas almas bienaventuradas, el grado de gloria

(1) Is. VII, 14.

(2) Gen. I, 1.

(3) 1 Cor. XIV, 25, 25.

(4) *Vida*, cap. XXXVIII.

que tenía cada una, y la diferencia de unas á otras. Muchas almas vió salir del purgatorio, y subir al cielo, de quien ella escribe en el capítulo treinta y ocho, y entre ellas de un hermano nuestro de la Compañía, que estando ella en misa en nuestro Colegio de Avila, y haciendo oración por él, que había muerto la noche antes, le vió subir al cielo con mucha gloria, yendo Jesucristo nuestro Señor con él. De otras cuenta en el capítulo treinta y uno y treinta y cuatro. A un hombre rico amortajado vió cómo le tomaban muchos demonios, y le maltrataban, y con garfios de hierro le traían de uno en otro. Ya dijimos en la fundación de Valladolid, cómo vió subir al cielo el alma de don Bernardino de Mendoza, y lo que antes de eso vió.

En el tiempo que estuvo en la Encarnación por Priora, murió doña Leonor de Cepeda, hermana de la madre María Bautista, y sobrina suya, á quien ella había tenido consigo desde niña, y queríala mucho por la mucha virtud que tenía, que había dejado de veras las cosas del mundo, y dándose mucho á la oración y á Dios, y un día antes que muriese vió la Madre el dichoso fin que había de tener, y que no había de llegar al purgatorio. Y cuando las monjas la sacaban al coro bajo para enterrarla, vió que los ángeles se la ayudaban á llevar, y iban teniendo el cuerpo, y contando esto ella después, dijo: «Porque se vea cuánto honra Dios los cuerpos donde estuvieron almas buenas.» Y así hizo que se enterrase con la misa mayor, la cual se dijo del Sacramento, porque era un día de la octava de *Corpus Christi*, con órganos, y mucha aleluya y ramos, y andándose la procesión con el Santísimo Sacramento alrededor de ella. Al Doctor Honcala, canónigo de Avila, hombre de gran ejemplo y muy teólogo, como se ve por las obras que dejó escritas (1), vió subir al cielo, y entendió que no había pasado por el purgatorio por haber sido virgen. Doña Juana Brochero, mujer de Perálvarez Cimbrón, dió en Avila á la Madre un Crucifijo muy bueno, y muy pocos días después de muerta la vió salir la Madre del purgatorio con un Crucifijo en las manos, dándola gracias por la oración que por ella había hecho, y mostrando que la había valido mucho delante de Dios el Crucifijo que la había dado. De cosas que estaban por venir, hemos visto hartas revelaciones que tuvo en la fundación del primer Monasterio, y en algunos de los otros. A algunos religiosos dijo cosas que les habían de suceder, y entre ellos á aquel Padre de la Compañía de Jesús, con quien trató muchísimo siendo él Rector del Colegio de Avila, y todo sucedió como ella dijo.

Habiéndose muerto un cuñado suyo súbitamente sin poderse confesar, tuvo revelación que había de morir de la misma manera doña María de Cepeda, su hermana, y mujer del muerto, y esto no una vez, sino más. Fué á ella, y sin decirle nada, la puso en que confesa-

(1) Véase, Nicolás Antonio, *Bibl. Hisp. Nova*.

se y comulgase á menudo, y mirase mucho por sí, y desde á cuatro ó cinco años murió sin poderse confesar, y sin que la viese nadie; y desde á ocho días acabando de comulgar se la mostró el Señor, cómo la llevaban á la gloria. De esta manera la avisaba nuestro Señor de muchos peligros suyos y ajenos, tres ó cuatro años antes que aconteciesen, y todas estas cosas las vió cumplidas. Y á personas ausentes avisaba de cosas de esta manera, para que con tiempo se aperciesen y se pusiese remedio en daños que podían suceder.

De religiones vió grandes cosas. Estando rezando cerca del Santísimo Sacramento, se le apareció un santo de la orden de Santo Domingo (1) con un libro grande en las manos, y abrióle, y díjola que leyese unas letras que estaban en él grandes y muy legibles, que decían: «En los tiempos advenideros florecerá esta orden, habrá muchos mártires.» De la misma orden vió seis ó siete con espadas en las manos, por donde entendió que habían de defender la fe. También estando en oración se le arrebató el espíritu, y vió un gran campo, adonde combatían muchos, y los de esta misma orden peleaban con gran fervor. Tenían todos los rostros hermosos, y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, á otros mataban. Entendió que esto era la batalla contra los herejes.

Otra vez, estando en oración con mucho recogimiento, y suavidad, y quietud, vió en el cielo muchos de la Compañía de Jesús con unas banderas blancas en las manos. Y estando ella maravillada y contenta por la mucha devoción que tenía á esta religión, la dijo nuestro Señor Jesucristo: «Pues si tú supieses cuánto han de ayudar estos á la Iglesia en los tiempos venideros.» Esta visión dice ella que vió algunas veces, y aunque en la vida que se imprimió no se declare el nombre de la religión, está declarado en el libro mismo que ella escribió, y en los demás que andan de mano (2). Las palabras que la

(1) No dice Santa Teresa que el santo que le apareció fuera de la Orden de Santo Domingo: He aquí sus palabras: «Estando una vez rezando cerca del Santísimo Sacramento, aparecióme un Santo, cuya Orden ha estado algo calda: tenía en las manos un libro grande; abrióle y díjome que leyese unas letras que eran grandes y muy legibles, y decían así: *En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, habrá muchos mártires.*»

«Otra vez, estando en Maitines en el coro, se me representaron y pusieron delante seis ó siete; me parece serían de esta misma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto á entender, han de defender la fe, porque otra vez estando en oración se arrebató mi espíritu; parecióme estar en un gran campo adonde se combatían muchos, y estos de esta Orden peleaban con gran hervor. Tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban; parecíame esta batalla contra los herejes.» *Vida*, cap. XL. El P. Yepes, refiriéndose á este pasaje, dice estas formales palabras: «Yo sé que habla aquí de la nueva Reformation que ella fundó, y lo mismo saben algunas compañeras de la Santa Madre que hoy viven.» *Vida de Santa Teresa*, lib. III, cap. XVII. El P. Vandermoere, pesadas las razones en pro y contra de ambas opiniones, acepta como más probable la del P. Ribera. Cofr. *Acta S. T.*, n.º 1638 y sigs.

(2) Véase la nota de la pág. 161.

dijo nuestro Señor puso después más adelante en el capítulo cuarenta, sin el nombre de la religión, pero es cosa ciertísima y sabida de su boca todo lo que he dicho (1).

Desde que comencé á tratar de estas visiones proféticas, me viene pensamiento, si habrá alguno tan ignorante que no las tenga por profecía, por no haber más de representárselo el Señor en la visión. Pero muy rudo sería quien echase así la cuenta, pues las profecías de todos los Profetas fueron mostrándoles Dios alguna visión, y enseñándoles lo que por ella se daba á entender, ó diciéndoles, por sí ó por algún ángel, algo de lo que estaba por venir, ó de cosas tan secretas, que por vía natural no se podían saber, como se ve en todos los Profetas que hay en la Sagrada Escritura. Y por ser esto cosa tan clara no me detengo á probarlo.

Más de veinte años antes que viniese á Portugal aquel tristísimo suceso de la muerte del rey don Sebastián, y de tanta nobleza como con él murió en Africa, vió la Madre Teresa de Jesús un ángel con una espada desenvainada y muy sangrienta sobre el mismo reino de Portugal, y otro, aunque no tan airado, pero también con espada desenvainada, sobre el reino de Francia, dándola á entender la ira que Dios tenía con aquella provincia, y la mucha sangre que después en ella se ha derramado. Y al cabo de estos años, estándose ella afligiendo delante del Señor de tanta pérdida del rey don Sebastián y los suyos, respondiéndola: «Si yo los hallé dispuestos para traer á mí, ¿de qué te fatigas tú?» (2)

Cuando dieron el obispado de Osma al doctor Velázquez, canó-

(1) Menciona el P. Yepes otra profecía de la Santa, relativa á la Compañía de Jesús.

«Supo también, dice, la muerte de cuarenta Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús que iban al Brasil, y los mataron los herejes. Iba entre ellos un deudo de la Santa Madre; luego que los mataron, dijo al P. Baltasar Alvarez, su confesor, que los había visto con coronas de Mártires en el cielo; después vino la nueva á España del martirio y dichosa muerte de estos Religiosos.» Tuvo lugar el glorioso martirio de estos 40 gloriosos confesores de la fe, el 15 ó 16 de Julio de 1570; la nave portuguesa en que iban al Brasil, fué apresada frente á la isla de La Palma, una de las Canarias, por el corsario calvinista Jaime Soria, que en odio á la fe mandó que fueran degollados y arrojados al mar todos los jesuitas que en ella había. El deudo de Santa Teresa llamábase Francisco Pérez de Godoy, el cual, según refiere el P. La Puente, para animar á sus compañeros á sufrir el martirio valerosamente, les exhortaba diciendo: «Ea, hermanos, no degeneremos de los altos pensamientos de los hijos de Dios.» Iba por superior de todos ellos el P. Ignacio de Acebedo. Pío IX autorizó el culto de estos 40 mártires, el 11 de Mayo de 1854. Cfr. Yepes, lib. III, cap. XVII. Vandermaere, *Acta S. T.*, núms. 501-510. La Puente, *Vida del V. P. Baltasar Alvarez*, s. I, cap. XX.

(2) La Fuente (*Obras de Sta. T.*, t. I, págs. 531 y 537) afirma que esta profecía es apócrifa y que fué fabricada durante el siglo XVII. Esto segundo es evidentemente falso, pues hacen mención de ella no sólo el P. Ribera, sino también el P. Yepes, en el capítulo citado en la nota anterior. En cuanto á la autenticidad no presenta dicho autor argumento alguno sólido que permita ponerla en tela de juicio. Además, consta positivamente en el proceso remisorial de Avila, testigo 39. Cfr. Vandermaere, *Acta S. T.*, núm. 1332.

nigo de Toledo, fuéle á encomendar á Nuestro Señor al coro, y díjola Nuestro Señor que sería para mucho servicio suyo. Otra vez la dijo que no desharía la orden de sus frailes Descalzos, que entonces estaban harto afligidos, sino antes iría creciendo. Estando con mucha aflicción por los negocios de su orden, que estaban en mucho riesgo, la dijo el Señor estas palabras: «¡Oh, mujer de poca fe, sositégate, que muy bien se va haciendo!» Y presto se vió ser así (1). Vió también (como ella lo dejó escrito), cuatro años antes que se hiciese, un mar grande y muy alterado de persecuciones, y entendió en esta visión que, como los de Egipto se habían hundido en el mar cuando iban á destruir los hijos de Israel, y el pueblo de Dios pasó libre, así su orden pasaría libre, y los que la persiguiesen serían ahogados y vencidos.

Estando otra vez con mucha pena porque había mucho que no sabía del Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, que estaba indispuerto, se le representó en lo interior una luz, y le vió venir por el camino, alegre y bueno, y díjola el Señor: «Dile que comience luego, que suya es la victoria.» En Avila, como queda dicho en el libro primero, habiendo enviado un mozo á Toro á pedir unos dineros á una

(1) Acaecióle esto hallándose la Santa Madre en la fundación de Sevilla. He aquí sus propias palabras.

«El día que se presentó el Breve, como yo estuviese con grandísima atención que me tenía toda turbada, que aun rezar no podía, porque me habían venido á decir que nuestro Padre estaba en gran aprieto, porque no le dejaban salir, y había gran ruido, entendí estas palabras:—*¡Oh, mujer de poca fe, sositégate, que muy bien se va haciendo!* Era día de la Presentación de Nuestra Señora, año de 1575. Propuse en mí, si esta Virgen acababa con su Hijo que viésemos á nuestro Padre libre de estos frailes, y á nosotras, de pedirle ordenase que en cada año celebrasen con solemnidad esta fiesta en nuestros monasterios de Descalzas. Cuando esto propuse ni se me acordaba de lo que entendí que había de establecer fiesta, en la visión que vi. Ahora, tornando á leer este cuadernillo, he pensado si ha de ser ésta la fiesta.»

Para la inteligencia de estas palabras hay que recordar que el P. Gracián en 1575 fué nombrado por el Nuncio, visitador de los Carmelitas Calzados de Andalucía. Al presentar el breve que le autorizaba para la visita, á los Frailes de Sevilla, el día de la Presentación de la Virgen, le negaron la obediencia; y como Gracián les declarara excomulgados, salieron del capítulo con gran tumulto y alboroto, cerrando las puertas del convento, de modo que el visitador se vió en grave apuro, como él mismo lo cuenta en su *Peregrinación de Anastasio*, Dial. XVI, y en una carta que escribió, desde Roma, á la Madre Mariana de Cristo, monja Descalza en el convento de Barcelona y hermana de la Duquesa de Cea, donde dice: «Y ya que vuestra caridad es profesa, sea mil veces de norabuena, y el particular de haber hecho los votos día de la Presentación de Nuestra Señora, me es para mí particular motivo de encomendársela cada día, como á mi propia alma, porque en ese día estuve bien cerca de perder la vida por la Orden, cuando andábamos en los primeros golpes de las fundaciones, y viendo la Madre Teresa de Jesús que me tenían á puerta cerrada cercado cien personas... hizo voto que, si Nuestra Señora me escapaba de aquel trago, celebrar aquella fiesta con mucha solemnidad ella y sus hijas, y en un tiempo se guardaba esto, ahora no sé nada.» Cfr. Marmol. *Excelencias, vida y virtudes del P. Gracián*, p. I, cap. XVII, al fin.

señora, dijo: «Ciertos son los dineros; ya los tiene el mozo en su poder, en la sala baja se los contaron.»

Estando en Toledo, en casa de doña Luisa de la Cerda, estaba en la misma, la madre María de San José, Priora que es ahora de Lisboa, y viendo á la Madre y á sus compañeras, veníanla deseos de ser monja con ellas; pero ni á ella ni á criatura del mundo había dado á entender la menor cosa de sus propósitos. Y como la Madre aconsejase á las demás doncellas de aquella casa que sirviesen á Nuestro Señor, conforme cada una á su hábito, y que si sus padres las mandasen aderezarse, lo hiciesen con fin de obedecer; á sola María de San José, la reprendía siempre que la veía, porque andaba galana, y la decía que no eran ejercicios los suyos para monja.

Acontecióla de sólo ver una persona, entender la oración que tenía, y de otras, con sólo miraras, entender lo que tenían en su corazón, y las faltas interiores, y cosas que naturalmente era imposible saberlas.

A doña Beatriz de Ovalle, hija de su hermana doña Juana, deseando verla monja Descalza, y estando ella muy lejos de esos pensamientos, decía: «Ahora, Beatriz, anda por donde quisieres, que al cabo has de venir á ser monja Descalza», como lo es ahora en el Monasterio de Alba, y se llama Beatriz de Jesús, de cuya entrada diré adelante. Habiendo entrado una señora en su religión, dijo que no perseveraría en ella, y así salió presto.

A la duquesa de Alba, doña María Enríquez, dijo que vendría á morir á Alba, y á otras personas dijo lo mismo; pero particularmente al Padre Fray Mariano de San Benito, dijo siete ú ocho años antes que muriese, que la había revelado Nuestro Señor que había de morir en Alba.

De la iglesia de San José de Avila dejó escritas estas palabras, como yo las vi de su mano: «Una vez entendí: *tiempo vendrá que en esta iglesia se hagan muchos milagros: llamarla han la Iglesia Santa*. Es en San José de Avila, año de 1571.» Al Padre Fray Pedro de Alcántara le dijo en Avila cuándo había de morir. Estando en Sevilla la reveló Nuestro Señor que se había de salvar. Su muerte supo esant, en qué año había de ser. Porque estándola una vez diciendo la Priora de Medina, que era la madre Inés de Jesús: «¿Habrás vuesa reverencia ahora cincuenta y nueve años?» respondió: «Sí»; y después dijo como entre dientes: «de cincuenta y nueve para sesenta y ocho», y no añadió más. Notó estas palabras entonces la madre Isabel de Jesús, que era novicia. Y después de algunos años, estando en Salamanca indispuesta, como lo andaba siempre, díjola el Doctor Tiedra, médico muy docto, cosas que había menester hacer para su salud. Ella respondió que no pensaba hacer nada de aquello, y preguntada la causa, dijo: «Para cuatro años que tengo de vivir, no es menester tanto emba-

razo.» Y la misma que había oído las primeras palabras, oyendo estas las juntó, y contando los años que habían pasado desde las primeras, halló que para los sesenta y ocho años faltaban aquellos cuatro, y así fué, que murió de sesenta y siete años y medio poco más.

Estando en Salamanca, y con ella doña Quiteria de Avila, monja de la Encarnación, rezando las dos maitines, se quedó elevada un rato, y después, volviendo en sí, y rogándola mucho doña Quiteria que la dijese qué había sido aquello, respondió. «Muerto es don Francisco de Guzmán», que era un caballero, sacerdote muy humilde y muy siervo de Dios. Y fué así, que murió entonces. Consolando después en Avila á doña Francisca de Bracamonte, su hermana, la dijo: «No tenga pena, que en buen lugar está, que yo vi un cuerpo glorificado muy hermoso, y aunque él no lo era, conocí ser él.»

En el libro primero, dijimos de Ursula de los Santos, una de las monjas primeras á quien vió gloriosa estando en Alba, cuatro horas después que ella se había muerto en Avila. Estando la Madre en Segovia dijo una noche: «Isabel de los Angeles es muerta, y su alma ha estado un poco en el purgatorio.» Y de allí á dos días vinieron cartas de Salamanca de cómo era muerta, porque vivía ella allí. Rogando á nuestro Señor en el mismo lugar por un caballero que estaba con una enfermedad muy peligrosa, la dijo el Señor dos días antes que él muriese: «Morirá, pero vivirá para siempre.» Y así fué, que murió.

Esto de saber la muerte de las monjas de sus Monasterios, antes que de ellos se lo escribiesen, la aconteció algunas veces. Estando desahuciada la madre Inés de Jesús, que es ahora priora de Palencia, y dándola todos por muerta, dijo: «No morirá de este mal, que para más que eso la tiene Dios guardada.» También de Juan de Ovalle, su cuñado, teniendo todos por cierto que moriría, dijo que sanaría, y así fué. Cuando hacían en Alba el coro bajo, querían hacer cuadrada la reja que sale á la iglesia, como lo suelen ser las demás; ella dijo: «No se ha de hacer sino un arco, porque se ha de poner allí el depósito.» Hízose así la reja, las monjas entendían que lo decía por el arca del depósito que, para ciertas obras pías, dejaron allí los fundadores, y este depósito nunca se puso allí; pero púsose otro muy más precioso, que fué su santo cuerpo, el cual estuvo allí depositado algún tiempo, como diremos en el libro siguiente. Por donde se piensa (aunque de esto no hay certidumbre) que hablaba la Madre del depósito de su cuerpo.

En una relación que hizo de ella y de su espíritu un confesor suyo, el cual, á lo que puedo colegir, era de la Compañía de Jesús, hallé estas palabras: «Háme dicho muchas cosas que sólo Dios las podía saber, por ser cosas que estaban por venir, y que tocaban al corazón y aprovechamiento, y que parecían imposibles, y en todas he hallado

grandísima verdad.» Y como á los Profetas les daba Dios recaudos suyos que diesen á otros para provecho de sus almas, así se los daba á ella muchas veces, aunque no gustaba de recibirlos, y se excusaba. Una vez dijo á nuestro Señor: «Señor, ¿por qué me fatigáis en esto? Vos ¿no se lo podéis decir á ellos? ¿Para qué ordenáis que yo entienda en esto?» Respondiéndola el Señor: «Hágolo porque tú, como no puedes entender en más, ayudes para que otros me sirvan, y porque él no está dispuesto para que le hable, y si lo quisiese hacer, como no trata tanto de oración, no me creería.» Otra vez le dijo: «Señor, ¿no hay otras personas, especialmente letrados y varones, que si vos les hablásedes harían esto que vos me mandáis, mucho mejor que yo, que soy tan mala?» Respondiéndola: «Porque los letrados y varones no se quieren disponer para tratar conmigo, vengo yo, como necesitado y desechado de ellos, á buscar mujeres con quien descanse y trate mis cosas.» Cuenta este mismo confesor, que habiendo él concertado con una persona cómo había de tratar muy de veras con Dios, y pensando que lo hacía así, no quería volver por donde ella estaba, díjole la Madre que su Maestro (que así llamaba ella á Cristo Nuestro Señor) la había mandado que le dijese que volviese á la persona, y le diese el recaudo que ella le daba, y él se lo dió; y fué tal, que á la persona para quien se daba (con ser un hombre muy grave y de mucho seso y gobierno), le penetró las entrañas, y comenzó á llorar, y descubrióse allí cómo no había comenzado lo que había prometido de hacer.

CAPÍTULO VI

De los libros espirituales que escribió

Después de lo dicho, se sigue tratar de los libros que dejó escritos, y de los avisos que dió para la oración, porque todo esto pertenece al conocimiento que dijimos había alcanzado de las cosas espirituales, y á lo que comenzamos á tratar en el capítulo primero de su oración. Fuera de papeles sueltos que quedaron, en que hay cosas muy provechosas, escribió cinco libros, no por su voluntad, sino por la obediencia de sus confesores, á quien obedecía como á Cristo nuestro Señor, como se entiende de lo dicho, y después diremos más largamente. El primero fué del discurso de su *Vida* hasta la fundación del Monasterio de San José de Avila. Este escribió por mandado del Padre Fray García de Toledo (1), de la orden de Santo Domingo, que era entonces su confesor, en el mismo año que fundó el Monasterio, que fué de 1562, y acabóle el mes de junio del mismo año, sin dividir por capítulos; pero después le dividió, y añadió la fundación de San José de Avila, como ahora está. Y es cosa maravillosa que como le iba escribiendo, la iba nuestro Señor poniendo en aquella oración de que escribía, como cuando la tenía al principio. Y así fué prosiguiendo en todos los modos de oración que allí cuenta, hasta la que tenía de presente. El segundo fué el *Camino de perfección* que escribió siendo allí Priora, por orden del Padre Maestro Fray Domingo Báñez (2),

(1) Empezó la Santa á escribir el libro de su *Vida* en 1561, por orden del Padre Fr. Pedro Ibáñez, dominico, y la terminó en 1562 estando en Toledo. En esta ciudad, por mandato del Padre Fr. García de Toledo, también dominico, añadió al libro la fundación de San José de Avila. Véase la Introducción.

(2) La Santa Madre dice en el Prólogo de este libro: «Sabiendo las hermanas de este Monasterio de San José cómo tenía licencia del Padre Presentado Fray Domingo Báñez, de la Orden de Santo Domingo, que al presente es mi confesor, para escribir algunas cosas de oración... me han tanto importunado lo haga, por tenerme tanto amor, que aunque hay libros muchos que de esto tratan... parece la voluntad hace acceptas algunas cosas imperfectas y faltas, más que otras muy perfectas, y como digo ha sido tanto el deseo que las he visto, y la importunación, que me he determinado á hacerlo, pareciéndome por sus oraciones y humil-

que era entonces su confesor, en el año mismo después de haber acabado el primero. El tercero fué de las *Fundaciones de los otros Monasterios*, comenzando desde el de Medina, y acabando en el de Burgos, que fué el postrero. Este comenzó en Salamanca el año de 1573, por orden del Padre Maestro Jerónimo de Ripalda (1), de la Compañía

querrá el Señor acierte algo á decir, que las aproveche, y me lo dará para que se lo dé. Si no acertare, quien lo ha de ver primero, que es el Padre Presentado dicho, lo quemará, y yo no habré perdido nada en obedecer á estas siervas de Dios; y verán lo que tengo de mí cuando su Majestad no me ayuda. Dos veces escribió Santa Teresa el *Camino de perfección*, y afortunadamente los dos originales han llegado hasta nosotros. El primero se guarda en el Escorial desde los tiempos de Felipe II, y el segundo, ó sea una copia sacada por la misma Santa, lo veneran sus hijas del Monasterio de Valladolid. Son muy notables las diferencias que hay entre los dos originales, como puede verse en la edición á dos columnas que ha publicado el Dr. D. Francisco Herrero Bayona, junto con la reproducción fotolitográfica del ejemplar que se venera en el Escorial.

(1) La Santa, al final del Prólogo, señala el día en que dió comienzo á este trabajo, diciendo: «Año de 1573, día de San Luis Rey de Francia, que son 24 días de Agosto.»

Escribió entonces la historia de los ocho monasterios de monjas que llevaba fundados y algo de los dos primeros de hombres. Abarca esta 1.^a parte del Libro los 20 primeros capítulos, y termina el vigésimo excusándose por lo que respecta á la parte cronológica: «En la cuenta de los años en que se fundaron, dice, tengo alguna sospecha si yerro alguno, aunque pongo la diligencia que puedo porque se me acuerde. Como no importa mucho, que se puede enmendar después, dígolo conforme á lo que puedo advertir con la memoria; poca será la diferencia si hay algún yerro.»

La segunda parte del Libro de las *Fundaciones*, empieza en el capítulo 21 y termina en el 27, después del cual se lee: «Comencé á escribir estas fundaciones por mandato del Padre Maestro Ripalda, de la Compañía de Jesús, como dije al principio, que era entonces Rector del colegio de Salamanca, con quien yo entonces me confesaba. Estando en el monasterio del glorioso San José, que está allí, año de 1573, escribí algunas de ellas y con las muchas ocupaciones habíalas dejado... Me mandó el Padre comisario apostólico (que es ahora el Maestro Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios) que las acabase... Hase acabado hoy, víspera de San Eugenio, á 14 días del mes de Noviembre, año de 1576, en el monasterio de San José de Toledo.» Abraza por lo tanto esta segunda sección del libro, las fundaciones de Segovia, Veas, Caravaca y Sevilla.

«Acabada esta fundación, dice la Santa al principiar el cap. 28, cesaron las fundaciones por más de cuatro años (1576 á 1580); la causa fué, que comenzaron grandes persecuciones, muy de golpe, á los Descalzos y Descalzas, que aunque ya había habido hartas, no en tanto extremo, que estuvo á punto de acabarse todo.» Calmada ya algún tanto la tempestad á fines de 1579, pudo la intrépida fundadora proseguir, á principios de 1580, las interrumpidas fundaciones. En los tres años que aún vivió, hizo las de Villanueva de la Jara, Palencia, Soria y Burgos, delegando á la Ven. Ana de Jesús para la de Granada. Los cuatro capítulos últimos de su libro, del 28 al 31, los fué escribiendo la Santa Madre á medida que terminaba aquellas fundaciones.

No entraba en la mente de Santa Teresa, al escribir este libro, el que se pusiera en manos de sus religiosas, mientras ella gozara de esta vida. Esto aparece bien claro por algunos pasajes del mismo. Hacia el fin del cap. 20 dice: «Comencé á decir algunas cosas particulares de algunas hermanas de estos monasterios, pareciéndome, cuando esto viniesen á leer, no estarían vivas las que ahora, y para que las que vinieren se animen á llevar adelante tan buenos principios.» Y al final del cap. 27, añade dirigiéndose á sus religiosas: «Pues mientras fuere viva, no lo habéis de leer; séame alguna ganancia para después de muerta, lo que me he cansado en escribir esto.»

ña de Jesús, que la confesaba allí, teniendo ya fundados siete Monasterios, y después le iba añadiendo como iba fundando. El cuarto, que se llama *Castillo interior*, ó las *Moradas* (1), escribió por orden del

(1) El Padre Gracián, en las notas marginales que dejó manuscritas en un ejemplar de la vida de Santa Teresa escrita por el Padre Ribera, nos suministra curiosos datos acerca de este punto: «Mandéla, dice, que escribiese este Libro de las *Moradas*, diciéndola, para más la persuadir, que lo tratase también con el doctor Velázquez, que la confesaba algunas veces, y se lo mandó. Después leímos este libro en presencia del Padre Fr. Diego Yanguas, y arguyéndole yo muchas cosas de él, diciendo ser mal sonantes, y el Padre Fr. Diego respondiéndome á ellas, y ella diciendo que las quitásemos; y así quitamos algunas, no porque fuese mala la doctrina, sino es alta y dificultosa de entender para muchos, porque con el celo que yo la quería, procuraba que no hubiese cosa en sus escritos en que nadie tropezase.» (*Año Teresiano*, t. I, pág. 223.)

En verdad, dice La Fuente, que no era gran cosa la claridad que lograba dar el padre Gracián con sus enmiendas al escrito de Santa Teresa, y en mi pobre juicio más obscurecía que aclaraba. No me atrevería yo á decir esto contra la opinión de un hombre tan sabio como el Padre Gracián, si no pudiera escudar mi censura con la opinión del venerable fray Luis de León, que fué del mismo parecer, y que no tan sólo halló impertinentes las enmiendas del Padre Gracián, sino que las borró por su propia mano en el original mismo, y cuyas márgenes habían embadurnado Gracián y Yanguas.

Acerca del plan de la obra y del modo con que la escribió, se hallan datos muy curiosos en las Memorias históricas que reunió fray Andrés de la Encarnación en los tomos en 4.º que hoy en día se hallan en la Biblioteca Nacional de Madrid.

El Ilustrísimo Señor Yepes, en la información compulsorial que se hizo en Tarazona por orden del Nuncio, da unos datos muy interesantes acerca del origen y motivo de este libro, y al tenor de una relación que dirigió á fray Luis de León.—Yendo el Padre Yepes á Zamora, hubo de quedarse un día en Arévalo, por el mal tiempo que á la sazón hacía. Encontró allí á Santa Teresa, que iba á Medina por Ávila, y se hallaba detenida par igual motivo. «Dióme licencia á la tarde (dice Yepes en su relación) para que la entrase á hablar á su aposento. Vióme con algún deseo y necesidad de reformation, y estuvo conmigo tan liberal, que me dijo cosas tan admirables, que me parecía que me hablaba un ángel. La más llana y la que me atrevo á referir es la que se sigue.—Había deseado esta Santa Madre ver la hermosura de un alma que está en gracia, cosa harto de codicia para verla y poseerla. Estando en este deseo le mandaron escribir un tratado de oración, lo cual tenía ella muy bien sabido por experiencia. Víspera de la Santísima Trinidad pensando qué motivo tomaría para este tratado, Dios, que dispone las cosas en sus oportunidades, cumplióle este deseo y dióle el motivo para el libro. Mostróle un globo hermosísimo de cristal, á manera de castillo con siete moradas, y en la séptima, que estaba en el centro, al Rey de la gloria, con grandísimo resplandor, que ilustraba y hermozeaba aquellas moradas hasta la cerca, y tanta más luz participaban cuanto más se acercaban al centro. No pasaba esta luz de la cerca, y fuera de ella todo era tinieblas y inmundicias, sapos y víboras y otros animales ponzoñosos. Estando ella admirada de esta hermosura, que con la gracia de Dios mora en las almas, súbitamente desapareció la luz, y sin ausentarse el Rey de la gloria de aquella morada, el cristal se puso y cubrió de oscuridad y quedó feo como carbón, y con un hedor insufrible, y las cosas ponzoñosas, que estaban fuera de la cerca, con licencia de entrar en el castillo. Esta visión quisiera la Santa Madre que vieran todos los hombres, porque le parecía que ninguno de los mortales que viese aquella hermosura y resplandor de gracia, que se pierde por el pecado y se muda súbitamente en estado de tanta fealdad y miseria, sería posible atreverse á ofender á Dios.»

«Esta visión me dijo aquel día, y estuvo en esto y otras cosas tan liberal, que ella misma lo echó de ver y me dijo á la mañana:—¡Cómo me descuidé anoche con vos! no sé como ha sido. Estos mis deseos y amor que os tengo, me han hecho salir de medida. De esta visión sacó ella cuatro cosas de harta importancia. La pri-

Doctor Velázquez, su confesor, que como habemos dicho, fué después Obispo de Osma y Arzobispo de Santiago; y tuvo aquellos días tan

mera, entendió allí esta proposición por estos términos, sin jamás haberla oído en toda su vida, cómo Dios está en todas las cosas por esencia, presencia y potencia. La segunda, quedó con tanta admiración que sea tanta la malicia del pecado, que con no ausentarse Dios del alma, sino quedando con nosotros en aquellas presencias, pueda impedir que no se comunique al alma con tan gran poder y resplandor. La tercera quedó de allí tan humillada y enseñada, que desde aquel punto nunca se acordó de sí en cosa buena que hiciese, porque vió que toda la hermosura procede de aquel resplandor y todas las fuerzas del alma y del cuerpo son vivificadas y esforzadas de aquel poder que está en su centro, y que de allí mana todo nuestro bien y la poca parte que tenemos en todas nuestras buenas obras. Todo el bien que desde aquel punto hacía, lo refería á Dios como á Autor y movedor principal... La cuarta, tomó de aquí motivo para escribir el libro de oración que la mandaron, porque entendió, por aquellas siete moradas del castillo, siete grados de oración, por los cuales entramos en nosotros mismos y nos vamos allegando á Dios. De manera, que cuando llegamos al hondo de nuestra alma y perfecto conocimiento de nosotros mismos, entonces llegamos al centro del castillo y séptima morada, donde está Dios, y nos unimos con El por unión perfecta, cual en esta vida se puede tener, participando de su salud y amor. No quiero decir más de esta visión y moradas, porque ya vuesa paternidad habrá visto el libro admirable que de esto escribió, y con cuanto primor y majestad de doctrina y claridad de ejemplos lleva á un alma desde las puertas de sí misma hasta este divino centro.

El mismo manuscrito cita varios trozos de revelaciones de monjas que le vieron escribir este libro. La madre María de San Francisco, en las informaciones de Medina, dice: «Sé que escribió nuestra Santa Madre cuatro libros: su *Vida*, el *Camino de perfección*, *Las Fundaciones* y *Las Moradas*. Los cuales mucha parte se los vi yo escribir. Especialmente vi una vez estando escribiendo el de *Las Moradas* y entrando yo á darla un recado, dijo:—Mi hija, siéntese un poco; déjeme escribir esto que me ha dado el Señor, antes que se me olvide,—lo cual iba escribiendo con gran velocidad y sin parar.»

La hermana María de San José, en las informaciones de Consuegra, dice:

«Que muchas veces solía estar en la celda de la Santa cuando escribía sus libros, y que veía su rostro con gran resplandor, y que la mano la llevaba tan ligera, que parecía imposible naturalmente pudiera escribir con tanta velocidad.»

La venerable María de Jesús de Toledo en las informaciones de allí:

«Estando hablando un día con nuestra Santa Madre cosas de Nuestro Señor, me dijo:—Que le había comunicado Nuestro Señor tanto de Sí, desde que llegó á lo que dice en su libro de la séptima Morada, que no le parecía que por vía de oración podía tener más en esta vida ni qué desear.»

La madre María del Nacimiento, en las informaciones de Madrid:

«Al tiempo que nuestra Santa Madre escribía el libro de *Las Moradas* en Toledo, la vi muchas veces con grande resplandor estándolo escribiendo (que de ordinario era después de comulgar) y lo hacía con mucha velocidad, estando tan embebida en ello, que aunque hiciésemos ruido por allí, nunca por eso lo dejaba ni decía la estorbábamos.» Cfr. La Fuente, I, p. 406.

Acerca del mérito literario y doctrinal de esta joya preciosísima de la literatura española, véase el estudio preliminar del Rev. Padre Luis Martín. Léase además el juicio que de ella y de los otros escritos de la Santa, hace el Sr. D. Juan Valera.

«La premura del tiempo, dice, me incita á no hablar de la gran poetisa, para consagrarme todo, en lo que puedo decir aún sin fatigar vuestra atención, á otra mujer, á otra poetisa harto más asombrosa, hija de nuestra España y una de sus glorias mayores y más puras; la cual, aun considerándolo todo profanamente, me atrevo á decir, sin pecar de hiperbólico, que vale más que cuantas mujeres escribieron en el mundo.

Mi pluma tal vez la ofenda por torpe é inhábil; pero mi intento es sano y de vivo entusiasmo nacido. Mi admiración y mi devoción son tales que, si respondiese mi capacidad á mi afecto, diría yo algo digno y grande en su elogio.

gran exceso de oración y andaba tan elevada en Dios, que en diez ó doce días no pudo estar hábil para escribir una carta, y de esto quedó

Bien pueden nuestras mujeres de España jactarse de esta compatriota y llamarla sin par. Porque, á la altura de Cervantes, por mucho que yo le admire, he de poner á Shakspeare, á Dante, y quizás al Ariosto y á Camoens; Fenelon y Bossuet compiten con ambos Luises, cuando no se adelantan á ellos; pero toda mujer que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma y aun queda inmensamente por bajo comparada á Santa Teresa.

Y no la ensalzo yo como un creyente de su siglo, como un fervoroso católico, como los Santos, los Doctores y los Prelados sus contemporáneos la ensalzaban. No voy á hablar de ella impulsado por la fe poderosa que alentaba á San Pedro de Alcántara, á San Francisco de Borja, á San Juan de la Cruz, al venerable Juan de Avila, á Báñez, á fray Luis de León, al padre Gracián, y á tantas otras lumbreras de la Iglesia y de la sociedad española, en la edad de oro de nuestra monarquía; ni con el candor con que la amaban y veneraban todos aquellos sencillos corazones que ella robó con su palabra y con su trato para dárselos á su Esposo Cristo; sino desde el punto de vista de un hombre de nuestro tiempo, incrédulo tal vez, con otros pensamientos, con otras aspiraciones, y, como ahora se dice, con otros ideales.

En verdad que no es este el punto de vista mejor para hablar de la Santa; pero yo apenas puedo tomar otro. No hay método además que no tenga sus ventajas.

Para las personas piadosas es inútil que yo me esfuerce. Por razones más altas que las mías, comparten mi admiración. Y en dicho sentido, nada acertaría á escribir yo que ya no hubiesen escrito tantos teólogos y doctores católicos de España, Alemania, Francia, Italia y otras naciones, devotos todos de la admirable monja de Avila, y que, en diversas lenguas y en épocas distintas, elogiaron sus virtudes, contaron su vida y difundieron su inspirada enseñanza.

Aunque este escrito mío no fuese improvisado, aunque me diesen años y no horas para escribirle, nada nuevo podría añadir yo de noticias bibliográficas y críticas, después de la edición completa de las obras de la Santa, hecha por Don Vicente de la Fuente, con envidiable amor, con afanoso esmero y con saber profundo.

Véome, pues, reducido á tener que hablar de la Santa sólo como profano en todos sentidos.

Mis palabras no serán más que una excitación para que alguien, con la ciencia y el reposo de que carezco, no en breve disertación sino en libro, exponga por el método que hoy priva, aquella doctrina suya, que fray Luis de León llamaba *la más alta y más generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron...*

La dificultad de decir algo nuevo y atinado de Santa Teresa, crece al considerar lo fecundo y vario de su ingenio y la multitud de sus escritos: y más aún, si tenemos en cuenta que su filosofía, *la más alta y más generosa*, no es mera especulación, sino que se transforma en hechos y toda se ejecuta. No es misticismo inerte, egoísta y solitario el suyo, sino que desde el centro del alma, la cual no se pierde y aniquila abrazada con lo infinito, sino que cobra mayor aliento y poder en aquel abrazo; desde el éxtasis y el arrobó; desde la cámara del vino donde ha estado ella regalándose con el Esposo, sale, porque El le *ordena la caridad*, y es Marta y María juntamente; y embriagada con el vino suavísimo del amor de Dios, arde en amor del prójimo y se afana por su bien y ya no *muere porque no muere*, sino que anhela vivir para serle útil y padecer por él, y consagrarle la actividad de su briosa y rica existencia.

Pero aun prescindiendo aquí de la vida activa de la Santa, y hasta de los preceptos y máximas y exhortaciones con que se prepara á esta vida y prepara á los que la siguen, lo cual constituye una admirable suma de moral y una sublime doctrina ascética, ¿cuánto no hay que admirar en los escritos de Santa Teresa?

Divertida y embelesada la atención en tanta riqueza y hermosura como contienen, no sabe el pensamiento dónde fijarse ni por dónde empezar, ni acierta á poner orden en las palabras.

A fin de decir, sin emplear muchas, algo digno de esta mujer, sería necesario, aunque fuese en grado ínfimo, poseer una sombra siquiera de aquella inspiración

con tanta flaqueza de cabeza, como en el mismo libro da á entender. Comenzóle el día de la Santísima Trinidad del año de 1577, en Tole-

que la agitaba y que movía al escribir su mente y su mano; un asomo de aquel estro celestial de que las sencillas hermanas, sus compañeras, daban testimonio, diciendo que la veían con grande y hermoso resplandor en la cara, conforme estaba escribiendo, y que la mano la llevaba tan ligera que parecía imposible que naturalmente pudiera escribir con tanta velocidad, y que estaba tan embebida en ello que, aun cuando hiciesen ruido por allí, nunca por eso lo dejaba ni decía la estorbasen.

No traigo aquí esta cita como prueba de milagro, sino como prueba candorosa de la facilidad, del tino, del inexplicable don del cielo con que aquella mujer, que no sabía gramática, ni retórica, que ignoraba los términos de la escuela, que nada había estudiado en suma, adivinaba la palabra más propia, formaba la frase más conveniente, hallaba la comparación más idónea para expresar los conceptos más hondos y sutiles, las ideas más abstrusas y los misterios más recónditos de nuestro íntimo sér.

Su estilo, su lenguaje, sin necesidad del testimonio de las hermanas, á los ojos desapasionados de la crítica más fría, es un milagro perpetuo y ascendente. Es un milagro que crece y llega á su colmo en su último libro, en la más perfecta de sus obras: en *El Castillo interior ó las Moradas*.

La misma Santa lo dice: *El platero que ha fabricado esta joya sabe ahora más de su arte*. ¡En el oro fino y aquilatado de su pensamiento, cuán diestramente engarza los diamantes y las perlas de las revelaciones divinas! Y este diestro artífice era entonces, como dice el señor La Fuente, «una anciana de sesenta y dos años, maltratada por las penitencias, agobiada por enfermedades crónicas, medio paralítica, con un brazo roto, perseguida y atribulada, retraída y confinada en un convento hartó pobre, después de diez años de una vida asendereada y colmada de sinsabores y disgustos.»

Así escribió su libro celestial. Así, con inefable acierto, empleó las palabras de nuestro hermoso idioma, sin adorno, sin artificio, conforme las había oído en boca del vulgo, en explicar lo más delicado y obscuro de la mente; en mostrarnos con poderosa magia el mundo interior; el cielo empero, lo infinito y lo eterno, que están en el abismo del alma humana, donde el mismo Dios vive.

Su confesor el Padre Gracián y otros teólogos, con sana intención sin duda, tacharon frases y palabras de la Santa y pusieron glosas y otras palabras; pero el gran maestro en teología, en poesía y en habla castellana, fray Luis de León, vino á tiempo para decir que se podrían excusar las glosas y las enmiendas, y para avisar á quien leyere *El Castillo interior*, «que lea como escribió la Santa Madre, que lo entendía y decía mejor, y deje todo lo añadido; y lo borrado de la letra de la Santa délo por no borrado, si no fuere cuando estuviere enmendado ó borrado de su misma mano, que es pocas veces.» Y en otro lugar dice el mismo fray Luis, en loor de la escritora, y censurando á los que la corrigieron: «Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque, si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia. Que, aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzando muchas veces con cosas que ingiere, mas ingiérelas tan diestramente y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura.»

Entiendo yo, Señores, por todo lo expuesto, y por la atenta lectura de los libros de la Santa, y singularmente de *El Castillo interior*, que el hechizo de su estilo es pasmoso, y que sus obras, aun miradas sólo como dechado y modelo de lengua castellana, de naturalidad y gracia en el decir, debieran andar en manos de todos y ser más leídas de lo que son en nuestros tiempos.

Tuve yo un amigo, educado á principios de este siglo, y con todos los resabios del enciclopedismo francés del siglo pasado, que leía con entusiasmo á Santa Teresa y á ambos Luises, y me decía que era por el deleite que le causaba la dicción de estos autores, pero que él prescindía del sentido, que le importaba po-

do, y acabóle en Avila, víspera de San Andrés, del mismo año, casi cinco años antes que muriese. El quinto, sobre los *Cantares de Sa-*

guísimo. El razonamiento de mi amigo me parecía absurdo. Yo no comprendo que se puedan gustar frases, ni períodos, por sonoros, dulces ó enérgicos que sean, si no tienen sentido, ó si del sentido se prescinde por anacrónico, enojoso ó pueril. Y sin callarme esta opinión mía, y mostrándome entonces tan poco creyente como mi amigo, afirmaba yo, que así en las obras de ambos Luises, como en las de Santa Teresa, aun renegando de toda religión positiva, aun no creyendo en lo sobrenatural, hay todavía mucho que aprender y no poco de que maravillarse; y que, si no fuese por esto, el lenguaje y el estilo no valdrían nada, pues no se conciben sin pensamientos elevados y contenido sustancial, y sin sentir conforme al nuestro, esto es, humano y propio y vivo siempre en todas las edades y en todas las civilizaciones, mientras nuestro sér y condición natural duren y persistan.

Pasando de lo general de esta sentencia á su aplicación á las obras de la Santa, ¿qué duda tiene que hay en todas ellas, en la *Vida*, en el *Camino de perfección*, en los *Conceptos de amor divino* y en las *Cartas* y en las *Moradas* un interés inmortel, un valer imperecedero, y verdades que no se negarán nunca, y bellezas de fondo, que las bellezas de la forma no mejoran si no hacen patentes y visibiles?

La teología mística, en lo esencial, y dentro de la más severa ortodoxia católica, tenía que ser la misma en todos los autores; pero, ¿cuánta originalidad y cuánta novedad no hay en los métodos de explicación de la ciencia? ¿Qué riqueza de pensamientos no cabe y no se descubre en los caminos por donde la Santa llega á la ciencia, la comprende y la enseña y declara? Para Santa Teresa es todo ello una ciencia de observación, que descubre ó inventa, digámoslo así, y lee en sí misma, en el seno más hondo de su espíritu, hasta donde llega, atravesando la obscuridad, iluminándolo todo con luz clara, y estudiando y reconociendo su sér interior, sus facultades y potencias, con tan aguda perspicacia, que no hay psicólogo escocés que la venza y supere.

Rousselot concede á nuestros místicos, y sobre todo á Santa Teresa, este gran valor psicológico; la compara con Descartes; dice que Leibnitz la admiraba; pero Rousselot niega casi la trascendencia, la virtud, la inspiración metafísica de la Santa.

Puntos son estos tan difíciles, que ni son para tratados de ligera, ni por pluma tan mal cortada é inteligencia tan baja como la mía.

Me limitaré sólo á decir, no que sé y demuestro, sino que creo y columbro en *Las Moradas* la más penetrante intuición de la ciencia fundamental y trascendente; y que la Santa por el camino del conocimiento propio ha llegado á la cumbre de la metafísica, y tiene la visión intelectual y pura de lo absoluto. No es el estilo, no es la fantasía, no es la virtud de la palabra lo que más persuade, sino la sincera é irresistible aparición de la verdad en la palabra misma.

El alma de la Santa es un alma hermosísima que ella nos muestra con sencillo candor; ésta es su psicología: pero, hundiéndose luego la Santa en los abismos de esa alma, nos arrebató en pos de sí, y ya no es su alma lo que vemos, sin dejar de ver su alma, sino algo más inmenso que el éter infinito, y más rico que el universo, y más luminoso que un mar de soles. La mente se pierde y se confunde con lo divino; mas no queda allí aniquilada é inerte: allí entiende aunque es pasiva; pero luego resurge y vuelve al mundo pequeño y grosero en que vive con el cuerpo, corroborada por aquel baño celestial, y capacitada y pronta para la acción, para el bien y para las luchas y victorias que debe empeñar y ganar en esta existencia terrena.

Lo que la Santa escribe, como quien cuenta una peregrinación misteriosa, lo que refiere como refiere el viajero lo que ha visto cuando vuelve de su viaje, no ganaría á mi ver, reducido á un orden dialéctico: antes perdería; pero sería, sin duda, provechoso que persona hábil acertase á hacer este estudio para probar que hay una filosofía de Santa Teresa.

Contestación al discurso del Conde de Casa-Valencia, acerca de las Mujeres célebres de España, al tomar posesión de su silla en la Academia Española.

lomón (1), por orden de algunas personas (que así lo dice ella), á quien estaba obligada á obedecer. De éste no quedó sino un cuaderno, ó poco más, porque, como lo escribió por obediencia, así también lo rompió ó quemó por obediencia de un confesor ignorante, y que sin verle se escandalizó, á quien valiera más no obedeciera, hasta

(1) La historia y vicisitudes de este libro las describe el Padre fray Antonio de San Joaquín en su *Año Terésiano*, t. VII, día VII, § 27 y siguientes:

«Escribió este tratado, dice, la gloriosa Maestra, como los demás, por mandato de sus confesores, como ella misma lo previene al fin de la obra (y también en el prólogo de la misma), aunque no declara quién la puso el precepto; y el fin infausto de este original y su reparación por medio de un traslado, que quiso Dios no se perdiese, aunque muy disminuído, lo referiremos aquí con las mismas voces de nuestro venerable Gracián.

«Entre otros libros que escribió, era uno de divinos conceptos y altísimos pensamientos de amor de Dios y de la oración y otras virtudes heroicas, en que se declaraban muchas palabras de los Cantares de Salomón, el cual libro como pareciese á un su confesor cosa nueva y peligrosa, que mujer escribiese sobre los Cantares, se lo mandó quemar... Y así, al punto que este padre se lo mandó, ella echó el libro en el fuego, ejercitando sus dos tan heroicas virtudes de la humildad y obediencia.

«Bien creo yo que si este confesor hubiera leído con atención todo el libro, y considerado la doctrina tan importante que tenía, no se lo hubiera mandado quemar...

«Permitió el divino Maestro que una monja trasladó, del principio de este libro, unas pocas hojas de papel, que andan escritas de mano y han llegado á mis manos... (Prólogo de la 1.^a ed. Bruselas, 1612.)

Nuestro fray Francisco de Santa María en su *Historia del Carmen Reformado*, (tomo I, lib. V, cap. XXXVIII, n.º 7), dice, que un escritor moderno de la Orden aseguró que el confesor que mandó á la Santa quemar este libro fué el maestro Yanguas, estando la Santa en Segovia, más por ejercitar su fe, que por el efecto; de cuya inconsideración le vindica este cronista con sólidas razones, y puede añadirse á las que allí propone otra que se deduce del Doctor Ribera, quien afirma que jamás quiso declarar la Santa quién fuese el tal sujeto. *De manera*, dice este escritor, *que aunque contó el caso al Padre Maestro Jerónimo Gracián, no quiso ni aun á él decirselo*. Y este venerable pone una nota sobre este lugar del libro de Ribera, escrita de su mano, en que dice: *Nunca lo supe...*

No obstante lo dicho, por cuanto la verdad es superior á todo, habiéndose registrado para este intento las informaciones para la Canonización de la Santa, que se conservan originales en este nuestro archivo de Madrid, se halla por deposición de la Madre María de San José, carmelita descalza, hermana del Padre Gracián y mujer de singular talento y virtud, y por las de las Madres María de la Encarnación y Ana de San Esteban, que todas tres oyeron al Padre Yanguas, haber sido él quien ordenó á la Santa, aunque con palabras no muy expresivas, quemase aquella importante obra, y que lo refería lastimadísimo de su pérdida, y aseguraba no haber él pretendido tanto, y sólo probar por aquel medio el rendimiento y obediencia de aquella alma santa... Añade la última, supo haber referido en el púlpito el mismo Padre Maestro el suceso con ingenuidad, ponderando la heroica obediencia de la Santa Doctora, cuya grandeza la puedo bien comparar con lo valiente de aquella acción, que sólo la conocerá bien quien supiere por experiencia, cómo se suelen amar los hijos del alma.

Pero aún es prueba más superior de toda excepción la que nos da la Excelentísima Señora Doña María Enríquez de Toledo y Coloma, Duquesa de Alba, que estando ya viuda y retirada en el monasterio de Nuestra Señora de Laura, que fundó en Valladolid, depuso así al artículo 80 de las informaciones de aquella ciudad: *Digo... que lo que escribió la dicha Madre sobre los Cantares, lo tiene en su poder y es muy espiritual doctrina, y que esta copia la escondieron en el convento de Alba y la dieron á su Excelencia, cuando el Padre Maestro Yanguas,*

tomar el parecer de otros que supieran más. Pero obedecióle luego, y calló bien el nombre de éste que tan imprudentemente se arrojó á mandar lo que no entendía. De manera que aunque contó el caso al Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, no quiso aun á él decirselo. Y aunque al fin de lo que hay de este libro, parece verdaderamente haberlo dejado la Madre allí, sabemos muy cierto que escribió después mucho más (1).

le mandó las recogiese todas y quemase, no por malo sino por no le parecer decente, que una mujer, aunque tal, declarase los Cantares.

Acerca de la época en que se escribió este libro, indica fray Francisco de Santa María (*Hist. del C. Ref.*, loc. cit.) que sería después de 1577, pero es evidente que se equivocó, puesto que la aprobación del Padre Báñez, que se halla al fin del mismo libro, lleva la fecha de 10 de Junio de 1575. El señor Don Vicente de La Fuente, t. I, pág. 384, fundándose en razones no despreciables, cree que debió ser escrito de 1566 á 1567; las Carmelitas del primer Monasterio de París, señalan como probable el año 1574. *Oeuvres complètes de Sainte Thérèse de Jésus*, I, página XXI.

(1) Además de las obras aquí mencionadas por el Padre Ribera, escribió otras la mística doctora encaminadas principalmente á la dirección y buen régimen de los monasterios por ella fundados, y los que se fundaren en lo sucesivo. Son estas:

1.^a *Constituciones*, escritas en Avila hacia 1563 ó 1564. El Padre La Fuente en la *Vida del Padre Baltasar Alvarez*, cap. XI, § II, dice que éste Padre «la enderezó y ayudó á hacer las Constituciones y reglas».

2.^a *Exclamaciones*, aunque no consta con certeza, parecen escritas en 1569. Fray Luis de León las titula así: «*Exclamaciones ó meditaciones del alma á su Dios, escritas por la Madre Teresa de Jesús en diferentes días, conforme al Espíritu que la comunicaba el Señor, después de haber comulgado; año de 1569.*»

El Padre Vandermoere, *Acta S. T.*, núm. 1554, dice que fueron escritas en 1579, pero no aduce ninguna prueba que nos autorice á modificar la fecha señalada por el Maestro León.

3.^a *Avisos*. No se sabe cuándo los escribió Santa Teresa ni por mandato de quién.

4.^a *Relaciones* de su vida á sus Directores espirituales. Fueron escritas en diversas épocas. Fray Luis de León había publicado parte de estas relaciones, con el nombre de *Adiciones*, al fin de la Vida de Santa Teresa. La Fuente las ha coleccionado y publicado ordenadamente por vez primera. Casi todas están intercaladas en la Vida del Padre Ribera.

5.^a *Modo de visitar los conventos*. No se sabe á punto fijo cuándo escribió este precioso tratadito, pero el señor La Fuente conjetura que sería en 1581, á raíz de la separación entre Descalzos y Calzados, verificada en el Capítulo celebrado en Alcalá de Henares. En aquel Capítulo fué nombrado Provincial de los Descalzos el Padre Gracián y éste mandó á la Santa que escribiera este tratadito para servir de él en la visita de los conventos.

No sé con qué fundamento aseveran las Carmelitas del primer Monasterio de París que la redacción de él se remonta al año 1576 y que lo escribió en Toledo. *Op. cit.*, I, pág. XXI.

6.^a *Poesías*. La colección más completa publicada hasta la fecha es la de La Fuente. Enumera 43, aunque sólo publica 21, por no haber podido hallar las restantes, y las clasifica así:

Ciertas de Santa Teresa.	7
Probablemente suyas.	15
Dudosas.	21

7.^a *Escritos sueltos en prosa*. En la colección de La Fuente son en número de 21.

8.^a *Cartas*. Muchas se han perdido. Las publicadas hasta la fecha son en número de 405 (31 de Diciembre de 1561.—17 de Septiembre de 1582.)

Todos estos libros escribió ocupada en muchos negocios, y teniendo grandísima falta de tiempo, y muchas veces también de salud, que parece era imposible poderlo hacer; pero fué posible, porque en poniéndose á escribir, se la ofrecía tanto que decir, que no tenía que detenerse en pensar, sino darse prisa á escribir, como lo da claramente á entender en muchos de ellos. Y particularmente, al fin del Camino de perfección, dice: «Y yo me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir, que no por cierto en pensar lo que he dicho.» Y en el mismo libro, al fin del capítulo veinte, dice en el original de mano: «¡Mas qué de cosas se ofrecen en comenzando á tratar de este camino, aun á quien tal mal ha andado por él como yo! Ojalá pudiera yo escribir con muchas manos, para que unas por otras no se me olvidaran.»

Así el estilo de ellos no es trabajado ni curioso, sino el de su común hablar; pero llano, puro, grave, propio, apacible, y cual convenía para las cosas que trataba. De la oración y contemplación, y del trato familiar de Dios con las almas, y de las almas con Dios, trata cosas altas y delicadas, y de tal manera, que aun hombres muy letrados, si no son juntamente muy espirituales, podrán más admirarse de ellos que entenderlos, no por no lo declarar ella muy bien, que tiene gran don de enseñar estas cosas, y las dice de diferentes maneras, y las declara con comparaciones; sino por ser ellas tan altas y espirituales, que se dejan mal entender de quien no tiene alguna experiencia de ellas. Y por eso, fuera del libro que llamó *Camino de perfección* que, quitados dos ó tres capítulos, es para todos, las delicadezas que hay en la mayor parte de los otros, no tienen para qué leerlas, sino las personas para quien se escribieron, que son aquellas á quien Dios lleva por ese camino, ó á lo menos las que con leerlas crecerán en perfección, sabiendo alabar á este Señor nuestro, tan liberal con los que de veras se dan á él, y amarle más por eso. Las demás contentense con leer lo que fuere historia, ó doctrina más clara, que se deje bien entender. Y los que de estos libros se hubieren de aprovechar, hanlos de leer con un corazón devoto y desapasionado, dando buen sentido á algunas palabras, que no van dichas con el rigor que usan los teólogos en las escuelas, ni tan declaradas todas veces como las escribiera un gran teólogo, que fuera mirando todo lo que en ellas se podía calumniar. Y esto no es dificultoso, porque luego se ve con cuán sana intención se dijeron, y de lo que se va diciendo se entiende el buen sentido que tienen. Porque los que no

Cinco de los autógrafos de estas obras, han sido reproducidos en foto-litografía. Don Vicente de La Fuente reprodujo en 1873, por este procedimiento, la *Vida de Santa Teresa*, escrita por ella misma; y el Libro de las *Fundaciones*, en 1880. El Cardenal Lluch hizo reproducir en 1882 las *Moradas*, y Don Francisco Herrero y Bayona, canónigo de Valladolid, reprodujo en 1883 el *Camino de perfección* y *Modo de visitar los conventos*, con algunos otros autógrafos inéditos.

leen de esta manera los libros, pocos hallarán, aun de los muy graves y doctos, en que no topen cosas que se puedan torcer á malos sentidos.

El libro de la *Vida*, demás de la historia, que es muy sabrosa, trata de cosas espirituales, y todo es lo que pasó por ella, con grandes avisos para conocer lo que es del buen espíritu y del malo, y saberse haber bien en lo del bueno, y guardarse de los engaños del malo. Esta misma doctrina tiene el libro de las *Moradas*, más por orden y con más resolución de experiencia, por haberse escrito quince años después: pero particularmente lo más alto de ella, que es lo que está en las tres Moradas postreras, es todo lo que en sí vió y experimentó; sino que en la vida habla claramente de sí, acá más encubiertamente. El *Camino de perfección* es más para todos, porque trata de la oración desde sus principios, hablando primero de las virtudes propias de la religión, que son para ella necesarias, y enseñando cómo se ha de orar vocal y mentalmente, y de la contemplación y oración con quietud, y después yendo por el *Pater noster*, con meditaciones.

Estos tres libros que acabo de decir, me dicen están ya traducidos en lengua italiana por el Obispo de Novara (1). El de las *Fundaciones*,

(1) *Traducciones*.—Parece que la traducción del Ilmo. Señor Don César Speciano, Obispo de Novara, á que alude aquí el Padre Ribera, no llegó á publicarse: al menos no se tiene noticia de ella. Desempeñaba á la sazón aquel Prelado el cargo de Nuncio en Madrid. En 1599, vieron la luz en Florencia las *Exclamaciones* y los *Avisos*, traducidos por Julio Zanchini. Al año siguiente, 1600, se publicó en Roma el Libro de la *Vida*, traducido por Juan Francisco Bordini, del Oratorio, á la que siguieron en 1603 el *Camino de Perfección* y las *Moradas*, traducidas por Francisco Soto, también del Oratorio.

La primera traducción francesa fué hecha por Juan de Quintanadueñas de Brétigny, y publicada en 1601. En 1630 fueron nuevamente traducidas por fray Eliseo de San Bernardo; en 1644, por fray Cipriano de la Natividad de la Virgen, y en 1670 por Arnaldo de Andilly, de la cual se hicieron numerosas ediciones. El Presbítero Marcial Chanut tradujo también en 1681 el *Camino de Perfección*, las *Exclamaciones* y los *Avisos*, y en 1691 el *Libro de la Vida*.

No se hicieron en Francia nuevas traducciones hasta 1836 en que vió la luz la de Grégoire y Collombet. En 1852 emprendió el Padre Marcelo Bouix, S. J., una nueva traducción conforme á los manuscritos originales, cuya publicación terminó en 1861. El Padre Peyre, S. J., está preparando una reedición parcial de la obra del P. Bouix.

En 1900 el Padre Gregorio de San José publicó otra nueva traducción de las *Cartas*, que fué reimpressa en 1906. Finalmente las Carmelitas del primer Monasterio de París, en colaboración con Monseñor Manuel María Polit, Obispo de Cuenca (Ecuador), han empezado á publicar en París (Retaux, 1907), otra nueva traducción de las *Obras completas* de Santa Teresa. Hasta la fecha (Abril de 1908), sólo han visto la luz pública dos tomos, que comprenden la *Vida* y las *Relaciones*.

El Padre Antonio Kerberk, agustino, tradujo al latín la Vida de la Santa, y todas sus obras, Don Matías Martínez. Los Padres de la Compañía de Jesús del Colegio de Bruselas las tradujeron al flamenco en 1608, á que siguió, en 1697-1722, otra traducción al mismo idioma por el Padre fray Gervasio de San Pedro. Fueron igualmente traducidas al alemán en 1640, y á principios del siglo xviii publicó otra traducción alemana el Padre fray Matías de San Arnaldo. Fray Ireneo de la

lo más es historia; pero tiene en él de cuando en cuando excelentes avisos, y doctrina muy buena, y muy á propósito de las religiosas para quien se escribió. Lo de los *Cantares*, pone deseo y lástima de lo que falta, porque si todo estuviera escrito, creo fuera una de las cosas provechosas para entender enteramente el sentido de este dificultosísimo libro que hay. Porque como él trate de los regalos que Dios hace al alma santa, que enteramente se le entrega, y de los amores divinos que ella tiene con él, y de estas cosas sepan pocos, no hay duda sino que quien tanta experiencia y uso tenía de ellas, y ha gustado cuán dulce es el Señor, entenderá muy mejor lo que el esposo y la esposa sentían, y lo que se decían.

Asunción las tradujo al polaco en 1622. La traducción inglesa se publicó en los años 1667, 1671 y 1695.

EDICIONES EN LENGUA CASTELLANA

La primera obra de Santa Teresa que vió la luz pública fué el *Camino de perfección*, seguida de los *Avisos*. Publicóla en Eborá D. Teutonio de Braganza al año siguiente en que murió la Santa. En la portada dice: *Fué impresa la presente obra, en la muy noble y siempre leal ciudad de Evora, en casa de la viuda, mujer que fué de Andrés de Burgos, que sancta gloria aya*, 1583. Es un tomito en 8.º de 143 folios.

Como es sabido, la primera edición de las obras de la Santa Madre, salió en Salamanca en 1588. Estuvo á cargo del Mtro. Fr. Luis de León. Dice así la portada:

Los libros de la Madre Teresa de Jesús, fundadora de los monasterios de monjas y frayles Carmelitas descalzos de la primera regla. En la hoja que se sigue se dice los libros que son. En Salamanca. Por Guillelmo Foquel. MDLXXXVIII. Comprende sólo la *Vida* con las Adiciones, el *Camino de Perfección*, los *Avisos*, las *Moradas* y las *Exclamaciones*.

Al año siguiente se reimprimieron en el mismo Salamanca; al menos hay ejemplares que llevan la fecha de 1589.

A estas dos siguieron numerosas ediciones, totales ó parciales. Las principales son las siguientes:

Amberes, 1630, 1649 y 1661.

Barcelona 1724 y 1872.

Bruselas 1610, 1612, 1674 y 1675.

Madrid 1597, 1615, 1622, 1627, 1635, 1636, 1661, 1670, 1678, 1721, 1723-24, 1752, 1771, 1778, 1793, 1851-52, 1861-62, 1881.

Nápoles 1604.

Valencia, 1613, 1615 y 1623.

Zaragoza 1623.

CAPÍTULO VII

De cuán examinado y aprobado fué el espíritu de la Madre Teresa de Jesús

Quería poner, tras esto de los libros, una suma de avisos que daba para la oración; pero hame parecido que antes que diga lo que enseñaba, será bueno decir cuán esmerada y aprobada fué ella para maestra por los más doctos y espirituales hombres que entonces había en España, para que de esa manera se dé á sus avisos y preceptos el crédito y autoridad que es razón, pues ningún maestro ni doctor en teología ha sido de más, y con más rigor, examinado en Salamanca, ni en Alcalá, ni en París.

Ya en el libro primero dijimos de personas que habían entendido su espíritu, y le habían aprobado y alabado, como el Padre Francisco de Borja, y después el Padre Fray Pedro de Alcántara y otros, y puse una carta del mismo Fray Pedro de Alcántara para el Obispo de Avila, en que decía algo de lo que de ella sentía. Digo algo, porque á otra persona de mucho crédito dijo también entonces que la tenía por una alma de las más escogidas que Dios tenía en la tierra, y que con haber él tratado muchas, no le parecía que tenía de ninguna mayor satisfacción, y que así la tenía Dios escogida para obras de gran servicio suyo, y que quería fundar aquel Monasterio de Avila, pero que no sería ese sólo. Decía también que fuera de la Sagrada Escritura, y de lo demás que la Iglesia mandaba creer, no había cosa más cierta que ser de Dios el espíritu de la Madre Teresa de Jesús: y otros muchos hombres, muy doctos y graves, han dicho grandes cosas á este propósito. Pero porque yo hallé una relación escrita de su mano, que estando ella en Sevilla el año de 1575, dió al Padre Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesús, con quien se confesaba y comunicaba sus cosas, porque era muy siervo de Dios y tenía gran don de discreción de espíritus, donde pone mucho de esto, tomaré de ella lo que fuere menester para lo que tratamos. En ésta, hablando de sí como de tercera persona, dice:

«Esta monja ha cuarenta años que tomó el hábito, y desde el pri-

mero comenzó á pensar en la Pasión de Cristo nuestro Señor por los misterios, algunos ratos del día, y en sus pecados, sin nunca pensar en cosa que fuese sobrenatural, sino en las criaturas, ó cosas de que sacaba cuán presto se acaba todo, en mirar por las criaturas la grandeza de Dios y el amor que nos tiene.

»Éste le hacía mucho más gana de servirle; que por el temor nunca fué, ni le hacía al caso: siempre con gran deseo de que fuese alabado, y su gloria aumentada. Por esto era cuanto rezaba, sin hacer nada para sí; que le parecía, que iba poco en padecer en purgatorio, á trueque de que ésta se acrecentase, aunque fuese muy poquito.

»En esto pasó como veinte y dos años en grandes sequedades, y jamás le pasó por pensamiento desear más; porque se tenía por tal, que aun pensar en Dios le parecía no merecía, sino que le hacía su Majestad mucha merced en dejarla estar delante de Él rezando, leyendo también en buenos libros.

»Habría como diez y ocho años, cuando se comenzó á tratar del primer monasterio que fundó de Descalzos, que fué en Avila tres ó dos antes (creo que son tres), que comenzó á parecerle que le hablaban interiormente algunas veces, y á ver algunas visiones y revelaciones interiormente, con los ojos del alma (que jamás vió cosa con los ojos corporales, ni lo oyó); dos veces le parece oyó hablar, mas no entendió ninguna cosa. Era una representación, cuando estas cosas vela interiormente, que no duraban sino como un relámpago lo más ordinario; mas quedábasele tan imprimido y con tantos efectos como si lo viera con los ojos corporales, y más.

»Era entonces tan temerosísima de su natural, que aun de día no osaba estar sola algunas veces. Y como, aunque más lo procuraba, no podía escusar esto, andaba afligida muy mucho, temiendo no fuese engaño del demonio.

»Comenzólo á tratar con personas espirituales de la Compañía de Jesús, entre los cuales fueron el Padre Araoz (1), que era Comisario de la Compañía, que acertó á ir allí, y al Padre Francisco (2), que fué

(1) El Padre Antonio Araoz era natural de Vergara, en la provincia de Guipúzcoa. Nació en 1516, y después de haber cursado la filosofía y teología, se doctoró en estas facultades en la Universidad de Salamanca, pasando después á Roma donde entró en la Compañía, en 1539. Dos años más tarde le envió San Ignacio á España, siendo el primer jesuita que vino á nuestra península. Desempeñó sucesivamente los cargos de Provincial de toda España, Provincial de Castilla y Comisario general. Para este último cargo fué nombrado á principios de Marzo de 1562, y lo ejerció hasta 1565, en que fué elegido Asistente de España, en la segunda Congregación general. En este intervalo fué cuando trató á la Santa Madre, como ella misma dice, sin duda en alguna de las visitas que, en cumplimiento de su cargo, haría el Padre Araoz al colegio de San Gil de Avila. Murió en Madrid el 30 de Enero de 1573. *Cfr.* Astrain, t. I, lib. II, c. I y IV; t. II, lib. I, c. VIII y II, c. I y V.—*Varones ilustres*, t. IX, págs. 13-54.—*Rho. Varia Hist.*, lib. II, c. V.—*Yepes, Vida*, Prólogo, § II.

(2) San Francisco de Borja. V. p. 129.

duque de Gandía, trató dos veces, y á un Padre Provincial que está ahora en Roma, que es uno de los cuatro señalados, llamado Gil González (1), y aun al que ahora lo es de Castilla (2), aunque á éste no trató tanto. Al Padre Baltasar Alvarez (3), que es ahora Rector de Salamanca, y la confesó seis años en este tiempo, y al Rector que es ahora de Cuenca, llamado Salazar (4), y al de Segovia, llamado

(1) Había nacido el Padre Gil González Dávila el año 1532 en Burujón, pueblo distante unas cuatro leguas de Toledo. Aprendidas las letras humanas, siguió en Alcalá el curso de los estudios hasta terminar la filosofía, y entonces, siendo de diez y nueve años de edad, abrazó el instituto de la Compañía. Terminados sus estudios en la Universidad de Alcalá, y ordenado de sacerdote en 1558, fué nombrado ministro del colegio de Toledo. Rector, primero, de Alcalá, Visitador y Provincial después y luego Asistente del Padre Mercurián, y en tiempo del Padre Aquaviva, Provincial sucesivamente de tres provincias, fué durante unos treinta años uno de los hombres más eminentes en el gobierno que ha tenido la Compañía. El espíritu del Padre Gil González era dulce y expansivo, amigo de infundir aliento más bien que de reprimir de faltas particulares, suave en el trato pero sumamente eficaz en el obrar.

Por espacio de más de doce años trató á la Santa Madre y ella comunicó con él las cosas de su espíritu y las visiones y revelaciones con que el Señor la favorecía.

Murió el Padre Dávila en 1596. Cfr. Polanco, *Hist. S. J.*, t. II, p. 332.—*Litterae quadrimestres*, t. I, p. 292 y passim.—Astrain, *Hist. de la C. de J.*, t. I, lib. II, c. IX y t. II, lib. II, c. IV y passim.—*Deposición* del Padre Gil González en las *Informaciones* de Madrid, 1595.—Yepes, *Prólogo*, § II.—*Varones ilustres*, t. VIII.

(2) Era éste el Padre Juan Suárez. Fué natural de Cuenca; nació en 1525 y entró en la Compañía en 1551. Ejerció en ella los más importantes cargos, siendo sucesivamente Provincial de Castilla, Rector del colegio de Burgos, Visitador de Andalucía, Prepósito de la Casa profesa de Valladolid y segunda vez Provincial de Castilla. Religioso de sólidas virtudes, de consumada prudencia y carácter bondadoso, con todo algunas veces, como nota el Padre Astrain, llevado de su melancolía, fué algo riguroso y por ello mereció una reprensión de San Francisco de Borja.

Trató principalmente con Santa Teresa mientras fué el Padre Suárez Prepósito de la Casa Profesa de Valladolid, y estaba ella fundando aquel monasterio. Murió en Valladolid en 1595 á los 70 años de su edad.

En 1578 tuvo un pequeño encuentro con la Santa fundadora, á propósito del Padre Salazar, según puede verse en la nota que dedicamos á este Padre. Cfr. *Varones ilustres*, t. IX, págs. 198-204.—Astrain, lib. II, cap. IV y passim.

(3) *Vid.*, lib. I, cap. X, pág. 135, nota.

(4) Oriundo de Toledo el Padre Gaspar de Salazar, nació en 1529 y abrazó el instituto de la Compañía en 1552, pasando al noviciado de Alcalá. En 1560 era ya uno de los Padres más distinguidos del Colegio de Madrid, donde fué nombrado predicador de la Princesa Doña Juana, hermana de Felipe II. A fines del año 1561 le nombraron Rector del Colegio de San Gil de Avila, cargo que ejerció solos nueve meses, por cuanto el Padre Nadal, Visitador de los Colegios de España, á su paso por Avila, juzgó prudente retirar al Padre Salazar de aquel colegio, á causa de cierta desavenencia que había surgido entre el Obispo de la diócesis, Don Alvaro de Mendoza y los de la Compañía. (Cfr. Astrain, t. II, cap. VIII, página 144.) A pesar de haber sido tan corta la residencia del Padre Salazar en Avila, fueron tan íntimas y estrechas las relaciones que contrajo con la Madre Teresa, que no se rompieron ni enfriaron durante toda su vida. La Santa Madre le consoló y alentó en una gran tribulación, como refiere ella misma en el capítulo XXXVIII de su *Vida*, le apareció también en cierta ocasión, como consta en la *Deposición* del Padre Enrique Enríquez, S. J., en las *Informaciones* de Salamanca, donde dice: «Supe del Padre Gaspar de Salazar, de la Compañía de Jesús (el cual sabe muchas cosas de la dicha Teresa de Jesús) que distando muchas leguas de donde él estaba, en su aposento cerrado, le apareció, antes que muriese

la dicha Teresa de Jesús, y le dijo ciertos avisos y amonestaciones, y después yo lo pregunté á la dicha Madre, la cual con una humilde modestia mostró haber sido así, por particular orden de Dios Nuestro Señor, para ciertos efectos saludables.»

En 1565 fué nombrado el Padre Salazar Rector del Colegio de Madrid y más tarde ejerció este cargo en Toledo, Marchena y Belmonte. Hacia 1577 tuvo tentaciones de abandonar la Compañía para abrazar el instituto de la Reforma del Carmen llevada á cabo por la Santa. Con este motivo cruzáronse varias cartas entre ella y el Padre Provincial de Castilla, Juan Suárez. Mal informado éste de que Santa Teresa había persuadido al Padre Salazar aquella mudanza, le escribió una carta en términos bastante duros, efecto de los malos informes que le habían dado, y al parecer algo despectivos, á lo que contestó la Santa con otra no menos enérgica y resuelta; dice así: «La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra paternidad, amén. Una carta de vuestra paternidad me dió el Padre Rector (*), que, cierto, á mí me ha espantado mucho, por decirme vuestra paternidad en ella, que yo he tratado, que el Padre Gaspar de Salazar deje la Compañía de Jesús, y se pase á nuestra Orden del Carmen, porque nuestro Señor así lo quiere y lo ha revelado.

«Cuanto á lo primero, sabe su Majestad, que esto se hallará por verdad, que nunca lo deseé cuanto más procurarlo con él. Y cuando vino alguna cosa de esas á mi noticia, que no fué por carta suya, me alteré tanto y dió tan grande pena, que ningún provecho me hizo, por la poca salud que á la sazón tenía...

«Cuanto á la revelación, que vuestra paternidad dice, pues no había escrito, ni sabido cosa de esa determinación, tampoco sabría si él había tenido revelación en el caso.

«Cuando yo tuviera la *desvelación*, que vuestra paternidad dice, no soy tan liviana, que por cosa semejante había de querer hiciese mudanza tan grande, ni darle parte de ello; porque, gloria á Dios, de muchas personas estoy enseñada del valor y crédito que se ha de dar á esas cosas; y no creo yo, que el Padre Salazar hiciera caso de eso, si no hubiera más en el negocio, porque es muy cuerdo.

«En lo que dice vuestra paternidad, que lo averigüen los peritados, será muy acertado, y vuestra paternidad se lo puede mandar; porque es muy claro, que no hará él cosa, sin licencia de vuestra paternidad, á cuanto yo pienso, dándole noticia de ello. La mucha amistad, que hay entre el Padre Salazar y yo, y la merced que me hace, yo no la negaré jamás; aunque tengo por cierto, le ha movido más á la que me ha hecho, el servicio de nuestro Señor y su bendita Madre, que no otra amistad; porque bien creo ha acaecido en dos años no ver carta el uno del otro...

«A lo que vuestra paternidad dice, que yo he escrito para que se diga que lo estorbaba, no me escriba Dios en su libro, si tal me pasó por pensamiento. Súfrase este encarecimiento, á mi parecer, para que vuestra paternidad entienda, que no trato con la Compañía, sino como quien tiene sus cosas en el alma, y pondría la vida por ellas, cuando entendiésemos no desirviésemos á nuestro Señor en hacer lo contrario...» *Obras*, t. I, p. 163.

Contestóla el Padre Suárez pidiéndole mil perdones por la pena que la había ocasionado con su carta, pero instándole al mismo tiempo para que escribiese á todos los Conventos de Descalzos prohibiéndoles admitir al Padre Salazar, y á éste disuadiéndole también de su propósito. Replicóle la Santa que los jesuitas tenían obligación de obedecer al Padre Suárez, su Provincial; pero ella no era Provincial de los Carmelitas Descalzos, ni éstos tenían obligación de obedecerla. Al fin, importunada por el Rector de Avila, escribió al Padre Salazar, diciéndole que aquello era tentación del demonio.

No se conserva la respuesta de este Padre, pero no cabe duda alguna acerca de ella, pues se deduce con claridad meridiana, de la carta que escribió la Santa al Padre Gracián el 2 de Marzo de 1578; dice así:

«Bien dice Carrillo (era el pseudónimo con que nombraba al Padre Salazar) que tengo poco ánimo, que me ha respondido á la carta primera que le escribí, diciéndole era demonio, y otras hartas cosas. Dice que le hizo reír, y que poco ni mucho le mudó. Dice que parezco ratón que ha miedo de los gatos, y que teniendo el Santísimo Sacramento en las manos se lo prometió; que todo el mundo no será

(*) Era Rector del Colegio de Avila el Padre Gonzalo de Avila.

Santander (1), al Rector de Burgos, que se llama Ripalda (2), (y aun estaba mal con ella de que había oído estas cosas, hasta después que

parte para quitárselo. Yo le digo que me espanta, que dicen sus hermanos que él y quien le diera aquel vestido están descomulgados. El dice que ya tiene licencia de su Provincial y que vuestra paternidad le escribió una carta, que aunque teme como hombre, escribe como ángel; y tiene razón, que tal iba ella. Cosa recia piden los suyos en que no se tome: debe de ser porque creen que no se puede hacer... Deben temer, añade, que no ha de ser solo, y ellos son tantos, que les harán poca falta, aunque fuesen los que dice vuestra paternidad.» Ibid., p. 168.

Desistió finalmente el buen Padre Salazar de la idea que se le había metido en la cabeza, y todo se arregló en paz y armonía por ambas partes.

Sólo se ha conservado una carta de Santa Teresa dirigida al Padre Salazar, pero es evidente que le dirigió muchas otras. El Padre Nieremberg nos certifica haber visto una en que se declara su hija espiritual, le llama su Padre y en calidad de tal le da minuciosa cuenta de todos los negocios que traía entre manos y del aprovechamiento espiritual de sus religiosas. (*Vida de San Ignacio*, cap. XL.) Murió el Padre Gaspar de Salazar en el Colegio de Alcalá el 27 de Septiembre de 1593, á los 64 años de su edad y 41 de Compañía.

A propósito de las desavenencias que hubo entre Santa Teresa y el Padre Juan Suárez con motivo del Padre Salazar, y de otra *Carta* de la misma Santa, escrita al canónigo Reinoso en 1582, Don Miguel Mir, ha supuesto recientemente que la Santa Madre cambió su manera de pensar acerca de los Padres de la Compañía. «¿Fué este cambio, se pregunta, accidental y pasajero, y efecto de ciertas circunstancias personales, ó tuvo su raíz en motivos más universales y profundos? ¿Fué ocasionado por errores, sea de la inteligencia, sea de la voluntad, que nunca faltan aun entre personas virtuosas, ó fué debido al contraste entre las cualidades del espíritu de Santa Teresa y el ideal de perfección religiosa que se había formado, y los instintos, intenciones y modos de proceder ya generales, ya particulares, de algunos de la Compañía?»

Mucho pudiera decirse en contestación á esas preguntas, pero lo reservamos para uno de los apéndices. Me contentaré con recordarle á Don Miguel unas palabras de Don Vicente de La Fuente, en la edición completa de las obras de la Santa, hecha, dice Don Juan Valera, «con envidiable amor, con afanoso esmero y con profundo saber.» «*Los enemigos de los jesuitas* quisieron hacer gran caudal de ella (la carta) con harta ridiculez é impertinencia, pues, aun cuando el texto fuese relativo á los Jesuitas (en lo que yo no entro á fallar) significa harto poco contra ellos, y se necesita tener *muy poca lógica y mucho odio*, para sacar de ella argumentos hiperbólicos contra la Compañía.» (*Obras*, t. II, pág. 324, nota.) Y hablando de la última carta que escribió la Santa, 17 días antes de su preciosa muerte, y en la cual «una mano falsaria, sacrílega y mal intencionada» (los epítetos son de La Fuente), no se contentó con tachar, sino que mutiló todo un pasaje referente á la Compañía de Jesús, dice: «Es chocante que falte un trozo en que Santa Teresa hablaba de los Jesuitas y poco antes de morir. ¿Era un elogio lo que allí se mutiló? ¿Era una diatriba? El ocultar la palabra *Teatinos* substituyéndola con la *de esos padres*, me hace sospechar mala fe en el mutilador, pues sin duda temió que si los Jesuitas se veían citados, trataran de indagar lo que allí decía Santa Teresa.» Ibid., pág. 339.

(1) Fué el Padre Luis de Santander uno de los fundadores del colegio de la Compañía en Segovia, donde trató á San Alonso Rodríguez, y á quien, después de Dios, se debe la vocación de aquel Santo Hermano á la Compañía de Jesús. Trabajó con gran celo y notable fruto en la conversión de los moriscos. En 1571 era Rector del colegio de Valencia y en 1574 ejerció el mismo cargo en Segovia, donde conoció y trató muy íntimamente con Santa Teresa, que en sus cartas de aquella época, habla con estima de este Padre. Cfr. Astrain, t. II, lib. I, cap. III y lib. III, cap. V.

(2) El Padre Jerónimo de Ripalda, teólogo muy popular en España por su célebre catecismo, nació en Teruel el año de 1535 y entró en el noviciado de Alcalá en 1551. Fué sucesivamente Rector de los colegios de Villagarcía, Salamanca,

la trató), al Doctor Paulo Hernández en Toledo (1), que era Consultor de la Inquisición, al Rector que era de Salamanca cuando le habló, al Padre Gutiérrez (2), y á otros Padres, algunos de la Compañía (3), que se entendía ser espirituales, que como estaban en los lugares á que iba á fundar, los procuraba.»

Burgos y Valladolid. Murió en Toledo el 21 de Abril de 1618 á los ochenta y tres años de su edad.

Siendo Rector de Salamanca, y antes estando en Avila, confesó y trató muy intimamente á la bienaventurada Madre, por espacio de más de cuatro años. Por mandato del Padre empezó la Santa á escribir el *Libro de las Fundaciones* en Salamanca el año 1573. En una de sus cartas dirigida al Padre Gracián, á mediados de Diciembre de 1576, dice: «Yo escribí al maestro Ripalda, que ha sido Rector ahora de Burgos, para que informase, que es mi gran amigo de la Compañía.»

La madre Guiomar del Sacramento declara en las Informaciones de Salamanca: «También oí decir al Padre Ripalda de la Compañía de Jesús, en un sermón, que no había leído de ningún santo cosas más altas de oración que las que escribió nuestra Madre.» Cfr. Nieremberg, *Varones ilustres*, I.—Yepes, Prólogo, § II.—Astrain, t. II, págs. 235 y 279.

(1) Nació el Padre Pablo Hernández en Compostela el año 1528 y entró en la Compañía en 1551. En 1554 fué uno de los fundadores del colegio de Sevilla y en 1568 pertenecía al colegio de Toledo; entonces fué cuando entabló frecuentes relaciones con la Santa Madre ayudándola no poco en la fundación de aquel monasterio. Hace la Santa mención de él en varias de sus cartas: en la dirigida al Padre Gracián el 29 de Septiembre de 1578 dice, que es: «uno de la Compañía muy amigo suyo». Se ha conservado una carta de la misma bienaventurada Madre dirigida al Padre Hernández. Solía éste decir: «Grande es la Madre Teresa de Jesús de las tejas abajo; pero mucho mayor es de tejas arriba.» Véase lo que de este Padre dice el Padre Ribera al principio del cap. XIII del libro II. Cfr. Polanco, *Hist. S. J.*, t. IV, págs. 465 y 595.—Ribadeneira, *Hist. de la Asist. de España*, l. II, cap. IV.—Roa, *Hist. de la Prov. de Andalucía*, l. I, cap. X.—Yepes, Prólogo, § II.

(2) Véase más adelante la nota al cap. X de este mismo libro.

(3) «Sería nunca acabar, dice Yepes (Prólogo, § II,) si hubiese de decir los Padres de la Compañía que la conocieron y confesaron, y con gran prudencia y cordura aprobaron su espíritu.» Además de los que nombra la Santa Madre, enumera él al Padre Francisco de Ribera, «hombre doctísimo, de mucha religión y virtud, que en el testimonio que da en la información de su canonización, confirma debajo de juramento lo que escribió en su libro»: el Doctor Enrique Enríquez de la misma Compañía, que «conoció y comunicó mucho tiempo á la Santa Madre; hombre muy docto y que escribió unos libros de teología moral, llenos de mucha erudición y doctrina; el Padre Rodrigo Alvarez, hombre de mucho espíritu y experiencia; (Vid. más arriba cap. III) el Padre Juan de Aguila, que confesó y trató á la Santa Madre, y el Padre Provincial de la misma Religión, hombre cuerdo y docto, llamado Bartolomé Pérez de Nueros, el cual comunicó y trató á la Santa Madre por espacio de más de diez años.»

Nació este Padre en Calatayud el año 1548 y fué admitido en la Compañía en 1564. Enseñó varios años la teología y por espacio de ocho ejerció el cargo de Provincial. Más tarde fué elegido Asistente de España, cargo que desempeñó desde 1596 hasta 1608. Murió en Alcalá el 16 de Septiembre de 1614. (Cfr. Sommervogel, VI, col. 523.)

A todos estos hay que añadir el Padre Ordóñez, con quien mantuvo muy cordiales relaciones la Santa Madre, á juzgar por la carta que le dirigió en Julio de 1573, hallándose dicho Padre de residencia en Medina del Campo; el Padre Alvarez del Aguila, su confesor en 1558 ó 59; el Padre Gonzalo Dávila, que la confesaba siendo Rector del colegio de Avila en 1578. Se conservan dos cartas de la Santa dirigidas á este Padre. También la trató y aprobó su espíritu el eminente teólogo Francisco Suárez, según refiere el Padre Nieremberg. (*Varones ilustres*, t. I).

Sabiendo es finalmente que el primer confesor de la Compañía que tuvo la Re-

«Y al Padre Fray Pedro de Alcántara, que era un santo varón de los Descalzos de San Francisco, trató mucho, y fué el que mucho puso porque se entendiese que era buen espíritu. Estuvieron más de seis años haciendo hartas pruebas, como más largamente tiene escrito (1) como adelante se dirá; y ella con hartas lágrimas y aflicciones, mientras más pruebas se hacían más tenía suspensiones y arrobamientos hartas veces, aunque no sin sentido.»

Hacíanse hartas oraciones, y decíanse misas porque el Señor la llevase por otro camino, porque su temor era grandísimo, cuando no estaba en la oración, aunque en todas las cosas que tocaban á estar su alma mucho más aprovechada, se veía gran diferencia, y ninguna vanagloria, ni tentación de ella, ni de soberbia; antes se afrontaba mucho, y se corría de ver que se entendía: y, aunque si no era á confesores y personas que la habían de dar luz, jamás trataba nada, y á estos sentía más decirlo que si fueran graves pecados; porque la parecía que se habían de burlar de ella, y que eran cosas de mujercillas, que siempre las había aborrecido oír.»

«Habrá como trece años, poco más ó menos (después de fundado San José, adonde ella ya se había pasado de el otro Monasterio), que fué allí el Obispo, que es ahora de Salamanca, que era inquisidor, no sé si en Toledo, y lo había sido en Sevilla, que se llamaba Soto (2). Ella procuró de hablarle para asegurarse más. Dióle cuenta de todo. El le dijo, que no era cosa que tocaba á su oficio: porque todo lo que veía ella y entendía, siempre la afirmaba más en la fe católica, que siempre estuvo y está firme, con grandísimos deseos de la honra de Dios y bien de las almas, que por una se dejará matar muchas veces.»

«Díjole, como la vió tan fatigada, que lo escribiese todo, y toda su vida, sin dejar nada, al Maestro Avila, que era hombre que entendía mucho de oración, y que con lo que le escribiese se sosegase, y ella lo

formadora del Carmelo, fué el Padre Juan de Prádanos. (Véase lib. I, cap. IX, página 127.) Durante los seis meses que permaneció la Santa en Toledo en casa de Doña Luisa de la Cerda, eligió por confesor al Padre Pedro Doménech, que hacía poco tiempo había sido nombrado rector de aquel colegio.

Era el Padre Doménech canónigo de la catedral de Barcelona antes de entrar en la Compañía: abrazó este instituto en 1552 y al poco tiempo le señalaron los superiores por compañero de San Francisco de Borja en las misiones que predicó éste en Navarra. En 1558 fué nombrado rector de Toledo y más tarde ejerció este mismo cargo en los colegios de Ocaña y Murcia. Cfr. Sommervogel, *Bibliothèque*. — Amat, *Dicc. de escritores catalanes*, pág. 218.)

(1) Alude al *Libro de su Vida*.

(2) Era el Ilmo. Sr. D. Francisco de Soto y Salazar, inquisidor entonces de Toledo: antes lo había sido de Córdoba y Sevilla, después lo fué de la Suprema y finalmente fué nombrado Comisario General de la Cruzada. Habiendo mostrado su ardiente celo en todos estos cargos, y en los Obispados de Albarracín, Segorbe y Salamanca, le encargó Felipe II que examinara la causa de los Alumbrados de Llerena, donde murió á 29 de Enero de 1578, envenenado por su médico, que había sido sobornado por los mismos alumbrados. Cfr. M. Pelayo, *Heterodoxos*. t. II, p. 543.

hizo así, y escribió sus pecados y vida. El la escribió y aseguró, consolándola mucho. Fué de suerte esta relación, que todos los letrados que la habían visto, que eran mis confesores, decían que eran de gran provecho, para aviso de cosas espirituales, y mandáronla que la trasladase y hiciese otro librito para sus hijas (que era Priora) adonde las diese algunos avisos.»

«Con todo esto, á tiempos no faltaban temores, pareciéndola que personas espirituales también podían estar engañadas como ella. Dijo á su confesor que si quería tratase algunos grandes letrados, aunque no fuesen muy dados á la oración; porque ella no quería saber sino si era conforme á la Sagrada Escritura todo lo que tenía. Algunas veces se consolaba, pareciéndola que aunque por sus pecados merecía ser engañada, que tantos buenos como deseaban darla luz, no permitiría el Señor fuesen engañados.»

«Con este intento comenzó á tratar con Padres de la orden del glorioso Santo Domingo, con quien antes de estas cosas se había confesado. Y en esta orden son estos los que después ha tratado. El Padre Fray Vicente Varrón (1) la confesó año y medio en Toledo, que era consultor entonces del Santo Oficio, y antes de estas cosas la había comunicado muchos años, y era gran letrado. Este la aseguró mucho, y también los de la Compañía, que he dicho. Todos la decían que si no ofendía á Dios, y si se conocía por ruin, que ¿de qué se temía? Con el Padre Presentado Fray Pedro Ibáñez (2), que era lector en Avila. Con el Padre Maestro Fray Domingo Báñez (3) que ahora está en Valladolid por Regente del Colegio de San Gregorio, que la confesó seis años, y siempre trató con él por cartas cuando se la ofrecía algo. Con el Maestro Chaves (4); con el Padre Maestro Fray Bartolomé de Medina (5), catedrático de Prima de Salamanca, que sabía que estaba muy mal con ella, por lo que de esto había oído, y parecióla que éste le diría mejor si iba engañada, por tener tan poco crédito. Esto ha poco más de dos años. Procuró confesarse con él, y dióle de todo grande relación todo el tiempo que allí estuvo, y vió lo que había

(1) Santa Teresa conoció por vez primera al P. Vicente Varrón en 1544; Cfr. lib. I, cap. VII.

(2) Sobre el P. Pedro Ibáñez, véase la nota de la pág. 156.

(3) Acerca del P. Báñez, véase la nota de la pág. 195.

(4) El P. Diego de Chaves, abrazó el instituto de Santo Domingo en el convento de San Esteban de Salamanca: fué profesor del P. Báñez y más tarde enseñó la teología en la universidad de Compostela. En su carta al P. Gracián (15 de Abril de 1578), la Santa hace de este Padre honorífica mención, diciendo que es «muy cuerdo». Murió el 17 de Junio de 1592. Cfr. Quétif-Echard: *Script. Ord. Praed.*, t. II, p. 305.—Touron, t. IV, lib. XXXII.

(5) Nació este Padre en Medina de Rioseco. Fué por muchos años catedrático de la universidad de Salamanca, y escribió unos comentarios sobre Santo Tomás. Durante la permanencia de Santa Teresa en Alba de Tormes, en 1574, el Padre Medina iba todas las semanas allí, desde Salamanca, con el solo objeto de confesarla. Murió en 1580. Cfr. Quétif-Echard, t. II, p. 256.

escrito, para que mejor lo entendiese, y él la aseguró tanto y más que todos los demás, y quedó muy su amigo.»

«También se confesó algún tiempo con Fray Felipe de Mene-ses (1), cuando fundó en Valladolid, que era el Rector de aquel Colegio de San Gregorio; y antes había ido á Avila, habiendo oído estas cosas, para hablarla con harta claridad, queriendo ver si iba engañada, para darla luz, y si no, para tornar por ella, cuando oyese murmurar, y se satisfizo mucho.»

«También trató particularmente con un Provincial de Santo Domingo, que se llamaba Salinas (2), hombre muy espiritual. Y con otro Presentado, llamado Lunar (3), que era Prior en Sto. Tomás de Avila. Y en Segovia Fray Diego de Yanguas (4), lector, también la trató. Entre estos Padres de Santo Domingo no dejaban de tener algunos harta oración, y aun quizás todos. Y otros algunos, que en tantos años ha habido lugar para ello, en especial como andaba en tantas partes á

(1) Oriundo de Trujillo, entró muy joven en la orden de Santo Domingo. Fué catedrático de la Universidad de Alcalá y rector del colegio de San Gregorio de Valladolid: á instancias de Felipe II, Pío V le confió el encargo de visitar y reformar varias órdenes religiosas. Confesó algunas veces á la Santa estando en Valladolid. Murió en el convento de Santa Marta, en Ortigosa (Galicia) el año 1572. Cfr. Quétif-Echard, t. II, p. 219.

(2) Fué uno de los Provinciales más beneméritos de la orden de Santo Domingo. Nació en 1497 y murió en 1569. Conoció á la Santa en Toledo, durante la cuaresma de este último año. Hablando de él, dice el P. Báñez en su Deposition jurídica: «Otro maestro de la dicha Orden de Santo Domingo, que también fué provincial, me dijo una vez:—¿quién es una Teresa de Jesús, que me dicen que es mucho vuestra? no hay que confiar en virtud de mujeres.—Yo le respondí:—vuestra paternidad va á Toledo y la verá y experimentará que es razón de tenerla en mucho.—Y así fué que estando en Toledo una Cuaresma entera, la comenzó á tratar y examinar... é hizo de ella grandes experiencias. Y después encontrándole yo en otra ocasión le dije:—¿Qué le parece á V. P. de Teresa de Jesús?—Respondióme diciendo:—¡Oh! ¡oh! habíadesme engañado, que decíades que era mujer; á la fe, no es sino hombre varón, y de los muy barbados,—dando á entender con esto su gran constancia y discreción en el gobierno de su persona y de sus monjas.»

(3) Fué este P. Prior del Real Colegio de Santo Tomás de Avila, ilustre por su ciencia, dice el P. Paulino Alvarez, por su virtud y por su delicado tino en gobernar las almas.

(4) Nació este P. hacia el año 1535; después de profesar en la orden dominicana, enseñó sucesivamente la teología en Plasencia, Alcalá, Segovia, Burgos y Valladolid. Durante su priorato en el Convento de Santa Cruz de Segovia fué algún tiempo confesor de la Santa Madre, que mantuvo relaciones con él hasta su muerte.

Además de los Padres dominicos que aquí enumera la Santa, hubo algunos otros que la confesaron y trataron: El P. Paulino Alvarez (*Santa Teresa y el P. Báñez*, cap. IV) enumera los siguientes. Melchor Cano sobrino del célebre teólogo del mismo nombre, que la confesó estando en Segovia; el P. Pedro Fernández, de quien hace mención el P. Ribera en el lib. III, cap. VIII; el P. Juan de las Cuevas, á quien menciona igualmente el P. Ribera en el mismo capítulo; el P. Bartolomé de Aguilar que ayudó á la Santa en la fundación de Sevilla (1575-1576); el P. Fernando del Castillo, célebre analista de la orden dominicana, consejero de Felipe II y consultor del Santo Oficio. Finalmente á los Padres García de Toledo, Comisario general de Indias; al P. Maestro Mancio y á Juan Gutiérrez.

fundar. Hánse hecho hartas pruebas, porque todos deseaban acertar á darla luz, por donde la han asegurado y se han asegurado.»

«Todo lo que está dicho y está escrito, dió al Padre Fray Domingo Báñez, que es el que está en Valladolid, que es con quien más tiempo ha tratado y trata. Tenía extremo de no se sujetar á quien le parecía que todo era de Dios, porque luego temía los había de engañar á entrambos el demonio, y con quien veía temeroso, trataba su alma de mejor gana. Jamás podía asegurarse del todo en lo que podía haber peligro. Procuraba lo más que podía en ninguna cosa ofender á Dios, y siempre obedecer, y con estas dos cosas se pensaba librar, con el favor divino, aunque fuese demonio.»

De los efectos que en ella dejaban estas cosas, dice así: «Desde que tuvo cosas sobrenaturales, siempre se inclinaba su espíritu á buscar lo más perfecto, y casi ordinario, tenía gran deseo de padecer. Y en las tribulaciones que ha tenido, que son muchas, se hallaba consolada, y con amor particular á quien la perseguía; gran deseo de pobreza y soledad, y de salir de este destierro por ver á Dios. Jamás en cosa de su espíritu tuvo cosa que no fuese toda limpia y casta; ni le parece (si es buen espíritu, y tiene cosa sobrenatural), se podría tener; porque queda todo descuido de su cuerpo, ni hay memoria de él: que todo se emplea en Dios. También tiene un temor grande de no ofender á Dios Nuestro Señor, y desea hacer en todo su voluntad. Esto le suplica siempre, y á su parecer está tan determinada de no salir de ella, que jamás la dirían cosa los confesores que la tratan, de que pensase más servir á Dios, que no la hiciese con el favor de Dios. Y confiada en que Su Majestad ayuda á los que se determinan para su servicio y gloria, no se acuerda más de sí ni de su provecho, en comparación de esto, que si no fuese, en cuanto puede entender de sí y entienden sus confesores. Es todo gran verdad lo que va en este papel, y se puede probar con todas las personas que la tratan de veinte años á esta parte. Muy de ordinario la mueve su espíritu á alabanzas de Dios, y querría que todo el mundo entendiese en esto, aunque á ella le costase mucho. De aquí la nace el deseo del bien de las almas, y viendo cuán basura son las cosas de este mundo, y cuán preciosas las interiores, que no tienen comparación, ha venido á tener en poco las cosas de él.» Y antes de esto había dicho estas palabras. «Siempre jamás deseaba estar sujeta á lo que la mandaban, y así se afligía cuando en estas cosas sobrenaturales no podía obedecer. Y su oración y la de las monjas que ha fundado, siempre es con gran cuidado por el aumento de la santa fe católica, y por esto comenzó el primer Monasterio, junto con el bien de su orden.» Todas estas son palabras de la Madre Teresa de Jesús, aunque de ellas he dejado algunas que pondré en otros lugares, adonde vendrán bien. La carta que dice que tuvo del Maestro Avila,

aquel santo y sabio varón, que tanto fruto hizo siempre con sus palabras, y lo hará ahora con sus escritos, he yo visto lo más de ella en una copia que me envió desde Lisboa el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián: aprueba en ella su oración, y dice que puede muy bien fiarse de ella. Y que en los raptos ó arrobamientos que escribe en ese libro de su vida, halla él la señal que tienen los que son verdaderos, y lo mismo dice de las visiones y hablas de Dios, reprendiendo á los que no creen en estas cosas por no las tener ellos, ó por ver que no es tan perfecta la persona con quien se hacen. De esto mismo da testimonio el venerable Padre Fray Luis de Granada en el fin de la primera parte de la vida del Maestro Avila (1), donde, habiendo contado que ella le escribió, como está dicho, dice así:

«El, después de haber sido muy bien informado del caso, la respondió en una carta, que se quietase, y entendiese que no había en sus cosas engaño alguno, porque todas eran de Dios. Esta carta vi yo, y no se pone aquí por ser cosa larga y tratar de materias muy espirituales y delicadas, que no son para todos.» Todas estas palabras son del sobredicho Padre, tratando del don de discreción de espíritus que Dios había dado al Maestro Avila.

Un papel he hallado de uno de los confesores de la Madre Teresa de Jesús, aunque no he podido hasta ahora averiguar cuyo sea; pero porque me parece es de persona muy cuerda y letrada, y que miró las cosas bien despacio y desde cerca, y todas las circunstancias de ella, y da mucha luz para lo que ahora tratamos, porque juntó allí las señales que había para conocer su espíritu, le pondré aquí como le hallé, sin mudar, ni poner, ni quitar ni una letra, aunque fué esto antes que ella saliese de la Encarnación, ni fundase, que después pasó muy adelante (2).

Dice así:

1. «El fin de Dios es llegar un alma á Sí, y el del demonio apartarla de Dios. Nuestro Señor nunca pone medios que aparten á uno de Sí, ni el demonio que lleguen á Dios. Todas las visiones y las

(1) *Obras*, t. VI, pág. 644 col. 2.^a Véase la carta en los Apéndices.

(2) El P. Fr. Diego de Yepes, lib. I, cap. XXI, dice acerca de este escrito: «Cuanto yo he podido colegir de él, parece, de algún Padre de la Compañía de Jesús y que se hizo para informar al Padre Maestro Avila, porque está escrita por vía de Relación.» Parece, no obstante, que el verdadero autor de estas 33 razones teológicas, no es otro que San Pedro de Alcántara, el cual las escribió no para informar al P. Mtro. Avila, sino contestando á la *Relación* que le mandó Santa Teresa desde el convento de la Encarnación de Avila, el año de 1560. Copia el P. Ribera esta *Relación* al principio del cap. XXVI de este libro, sin decir á quien iba dirigida.

El P. Fr. Antonio de San Joaquín (*Año Teresiano*, t. VII, pág. 154) afirma terminantemente que este escrito de San Pedro de Alcántara fué hallado en el monasterio de la Encarnación de Avila. Cfr. Vandermoere. *Acta S. Teresiae* pág. 76-77, n.º 292-293, pág. 564. c. y 602. a.

demás cosas que pasan por ella la llegan más á Dios, y la hacen más humilde y obediente, etc.

2. Doctrina es de Santo Tomás, que en la paz y quietud de su alma, que deja el Angel de luz, se conoce. Nunca tiene estas cosas que no quede con grande paz y contento, tanto, que todos los placeres de la tierra juntos la parecen no son como el menor.

3. Ninguna falta tiene, ni imperfección, de que no sea reprendida del que la habla interiormente.

4. Jamás pidió ni deseó estas cosas, sino cumplir en todo la voluntad de Dios Nuestro Señor.

5. Todas las cosas que le dice van conformes á la Escritura y á lo que la Iglesia enseña, y son muy verdaderas en todo rigor escolástico.

6. Tiene muy gran puridad de alma, gran limpieza, deseos ferventísimos de agradar á Dios, y á trueque de esto, atropellar cuanto haya en la tierra.

7. Hánle dicho que todo lo que pidiera á Dios, siendo justo, se le dará. Muchas ha pedido, y cosas que no son para carta, por ser largas, y todas se las ha concedido Nuestro Señor.

8. Cuando estas cosas son de Dios, siempre son ordenadas para bien propio, común, ó de alguno. De su aprovechamiento tiene experiencia, y del de otras muchas personas.

9. Ninguno la trata (si no lleva prava disposición), que sus cosas no le muevan á devoción, aunque ella no las dice.

10. Cada día va creciendo en la perfección de las virtudes, y siempre le enseñan cosas de mayor perfección. Y así, en todo su curso de tiempo, en las mismas visiones, ha ido creciendo de la manera que dice Santo Tomás.

11. Nunca le dicen novedades, sino cosas de edificación, ni le dicen cosas impertinentes. De algunos le han dicho que están llenos de demonios; pero para que entienda cuál está un alma cuando mortalmente ha ofendido al Señor.

12. Estilo es del demonio cuando pretende engañar, avisar que callen lo que les dice, mas á ella que lo comunique con letrados siervos del Señor, y que cuando callare, por ventura la engañará el demonio.

13. Es tan grande el aprovechamiento de su alma con estas cosas y la buena edificación que da con su ejemplo, que más de cuarenta monjas tratan en su casa de grande recogimiento.

14. Estas cosas, ordinariamente le vienen después de larga oración, y de estar muy puesta en Dios y abrasada en su amor, ó comulgando.

15. Estas cosas le ponen grandísimo deseo de acertar, y que el demonio no la engañe.

16. Causan en ella profundísima humildad, conoce lo que recibe ser de la mano del Señor, y lo poco que tiene de sí.

17. Cuando está sin aquellas cosas, suélenle dar pena y trabajo cosas que se le ofrecen; en viniendo aquello, no hay memoria de nada, sino gran deseo de padecer, y de esto gusta tanto, que se espanta.

18. Causanle holgarse y consolarse con los trabajos, murmuraciones contra sí, enfermedades, y así las tiene terribles, de corazón, vómitos, y otros muchos dolores, los cuales cuando tiene las visiones, todos se le quitan.

19. Hace muy gran penitencia con todo esto, ayunos, disciplinas y mortificaciones.

20. Las cosas que en la tierra le pueden dar contento alguno, y los trabajos que ha padecido muchos, sufre con igualdad de ánimo, sin perder la paz y quietud de su alma.

21. Tiene tan firme propósito de no ofender al Señor, que tiene hecho voto de ninguna cosa entender que es más perfección, ó que se la diga quien la entiende, que no la haga, y con tener por Santos á los de la Compañía, y parecerle que por su medio Nuestro Señor le ha hecho tantas mercedes, me ha dicho á mí que si no tratarlos supiese que es más perfección, que para siempre jamás no les hablaría, ni vería, con ser ellos los que la han quietado y encaminado en estas cosas.

22. Los gustos que ordinariamente tiene, y sentimientos de Dios, y derretirse en su amor, es cierto que espanta, y con ellos se suele estar casi todo el día arrebatada.

23. En oyendo hablar de Dios con devoción y fuerza, se suele arrebatar muchas veces, y con procurar resistir, no puede, y queda entonces tal á los que la ven, que pone grandísima devoción.

24. No puede sufrir á quien la trata que no la diga sus faltas y no la reprenda, lo que recibe con gran humildad.

25. Con estas cosas no puede sufrir á los que están en estado de perfección, que no la procuren tener conforme á su instituto.

26. Está desapegadísima de parientes, de querer tratar con las gentes; amiga de la soledad. Tiene gran devoción con los santos, y en las fiestas y misterios que la Iglesia representa, tiene grandísimos sentimientos de Nuestro Señor.

27. Si todos los de la Compañía y siervos de Dios que hay en la tierra, le dicen que es demonio, ó dijesen, teme y tiembla antes de las visiones; pero en estando en oración y recogimiento, aunque la hagan mil pedazos no se persuadirá, sino que es Dios el que la trata y habla.

28. Hale dado Dios un tan fuerte y valeroso ánimo, que espanta. Solía ser temerosa, ahora atropella á todos los demonios. Es muy

fuera de melindres y niñerías de mujeres, muy sin escrúpulo: es rectísima.

29. Con esto le ha dado Nuestro Señor el don de lágrimas suavísimas. Grande compasión de los prójimos, conocimiento de sus faltas y tener en mucho á los buenos; abatirse á sí misma. Y digo cierto que ha hecho provecho á muchas personas, y yo soy una.

30. Traía ordinaria memoria de Dios, y sentimiento de su presencia.

31. Ninguna cosa le han dicho jamás que no haya sido así, y no se haya cumplido, y este es grandísimo argumento.

32. Estas cosas causan en ella una claridad de entendimiento, y una luz en las cosas de Dios admirable.

33. Que la dijeron que mirase las escrituras, y que no se hallaría que jamás un alma que deseara agradar á Dios, hubiese estado engañada tanto tiempo.»

Esto contiene el papel que he dicho de la manera que lo he escrito, y ser todo ello verdad, se ve bien por lo que está dicho ya, y por lo que adelante diremos.

CAPÍTULO VIII

De los avisos que daba para la oración

De la fuerza y fruto de su oración diré después; ahora diré con la brevedad que se sufiere, los avisos que daba para la oración, porque deseo sea este libro de provecho para los que lo leyeren, y no podrán dejar de ser muy provechosos los preceptos de tan sabia y experimentada maestra, y sobre todo, tan enseñada por Dios, y escogida por Él para maestra de tantas y tan escogidas almas. Y lo mismo haré en las demás virtudes donde viere será de provecho y tuviere que decir.

I. Decía que la oración es camino real para el cielo, y que se gana yendo por él gran tesoro, y que así no es mucho que á nuestro parecer, nos cueste mucho, que tiempo vendrá en que se entienda cuán nada es todo lo que damos para cosa tan grande (1). Y que alma sin oración, es como cuerpo con perlesía, ó tullido, que aunque tiene pies y manos, no los puede menear: que así hay almas tan enfermas y mal acostumbradas, que no pueden entrar dentro de sí, con ser de natural tan rico; y poder tener conversación con Dios, no hay remedio. Y que si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, se quedarán hechas estatuas de sal, por no volver la cabeza hacia sí (2).

II. Importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación, de no parar hasta llegar á beber del agua de vida que el Señor da (que así llama ella siempre la oración sobrenatural, que nosotros no podemos haber con nuestra industria y diligencia, aunque sabía muy bien que cualquiera oración que sea meritoria, es obra sobrenatural, como dijimos en el capítulo III); venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue á ella, siquiera se muera en

(1) *Camino de Perfección*, cap. XXI.

(2) *Morada*, I, cap. I.

el camino, siquiera no tenga devoción para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo. Esto encarga muchas veces, y hace en ello grande instancia (1).

III. Aunque hay oración vocal que se hace con la voz, y mental, que se hace con el entendimiento y voluntad sin voz: si la oración vocal ha de ser cual conviene, en ella entra también la mental, porque quien habla con Dios, ha de estar mirando con quien habla, y quién es el mismo que habla, para que sepa cómo ha de estar delante de tan gran Señor, y cómo le ha de tratar: y en estos dos puntos hay mucho que hacer. Debemos también mirar quién es nuestro Señor Jesucristo, y quién es su Padre, y qué tierra es aquella donde nos ha de llevar, y qué bienes son los que nos promete, qué condición tiene, cómo podremos contentarle mejor, y cómo haremos que nuestra condición sea conforme con la suya. Con esto se junta la mental con la vocal, porque la oración mental es considerar estas cosas (2). Y así acontece que á los que rezan de esta manera vocalmente, los sube Dios hartas veces, sin sentirlo ellos, á la contemplación (3).

IV. La oración mental todos la deben procurar, aunque no tengan virtudes, porque es principio para alcanzar todas las virtudes, y vanos la vida á todos en comenzarla; pero tiénese con mucho trabajo, si no se procuran las virtudes (4).

V. En la oración, mejor es estar á solas, como por nuestro enseñamiento lo hacía el Señor, porque no se ha de estar hablando con Dios y con el mundo, como hacen los que, orando, escuchan lo que otros hablan, ó piensan en lo que se les ofrece, sin más irse á la mano (5).

VI. Hecho esto, lo primero ha de ser la examinación de la conciencia, y decir la confesión, y santiguarse. Luego, puesto á solas, ha de procurar compañía, y ninguna hay mejor que la de Cristo, representándole junto á nosotros. Y si nos acostumbramos á tenerle cabe nosotros, y El ve que lo hacemos con amor, y que andamos procurando contentarle, siempre le tendremos con nosotros, y es gran cosa un tal amigo al lado (6).

VII. Pero aún más deseaba que le buscásemos y le considerásemos en lo interior de nuestra alma, porque esto es de mucho más provecho, y que no habíamos menester ir al cielo con la consideración, ni más lejos que á nosotros mismos, porque es cansar el espíritu y distraer el alma, y no con tanto fruto (7).

(1) *Camino de Perfección*, cap. XXI.

(2) *Ibíd.*, cap. XXII.

(3) *Ibíd.*, cap. XXV.

(4) *Ibíd.*, cap. XVI.

(5) *Ibíd.*, cap. XXIV.

(6) *Ibíd.*, cap. XXVI.

(7) *Vida*, cap. XL.

VIII. A los que tienen oración con discurso pensando en la pasión ó vida de Nuestro Señor, ó muerte y juicio, y cosas semejantes, por tan buen camino como este, el Señor les sacará á puerto de luz, y con tan buenos principios, el fin también lo será. Y todos los que pudiesen ir por él, llevan descanso y seguridad. Este pensar y discurrir en cosas de la pasión, decía que es el modo de oración en que han de comenzar y mediar y acabar todos, y muy excelente y seguro camino, hasta que el Señor los lleve á otras cosas sobrenaturales. Pero decía que no había de ser todo discurrir con el entendimiento, sino que á ratos también se presenten delante de Cristo, y sin cansancio del entendimiento, se estén hablando y regalando con El, sin cansarse en poner razones, sino representar necesidades, y la razón que tiene para nos sufrir allí; lo uno un tiempo, y lo otro, otro, porque no se canse el alma de comer un manjar siempre (1).

IX. Los que no pueden tener así la oración, porque no pueden sosegar el pensamiento en una cosa, sino que va como un caballo desbocado, que no le pueden detener, pongan al Señor cabe sí, y pídasle con humildad que no les deje, sino que les acompañe. Y si en un año no pudiesen salir con esto, sea en más; no les duela el tiempo en cosa en que tan bien se gasta, acostúmbrense á ello, y trabajen de andar cabe El, y esténsele mirando, que pues podemos volver los ojos del alma á mirar cosas muy feas, ¿por qué no los volveremos á mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Mirémosle unas veces resucitado, otras en la cruz, ó atado á la columna, etc., ó como más le hubiéremos menester. Para esto aprovecha mucho traer consigo alguna devota imagen de Nuestro Señor, y mirarla muchas veces, y hablar con ella. Decía que por esta vía se suele llegar más presto á la contemplación si perseveran, pero que es muy trabajosa y penosa, porque si le falta á la voluntad en qué ocuparse, y el amor no tiene algo presente en qué emplearse, queda el alma como sin ánimo y ejercicio, y dala gran pena la soledad y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos. Y así decía que con esta oración había de estar el alma, ó muy aprovechada, ó muy desaprovechada, y que los que iban por aquí, habían menester mayor pureza (2).

X. Aunque á los que no podían ir en la oración por vía de discurso, no les quería hacer fuerza para que fuesen por allí, no quería tampoco que se fuesen á la oración á ponerse allí y esperar, sin llevar pensado de qué la han de tener; y por eso ordenó que cada noche, después de maitines, se leyese en el coro algo de que se tuviese oración á la mañana, y cuando ella comenzó á tener oración, aquellos primeros años, en lugar del discurso, leía en algún libro de la Pasión, ó de cosas semejantes, con que se recogiese el pensa-

(1) *Cam. de Perf.*, cap. XIX.

(2) *Ibíd.*, cap. XXVI.

miento, y la voluntad se comenzase á mover y aficionar. Y esto del libro, aconseja ella á estas personas, para venir á recoger el pensamiento, y que poquito á poquito vayan acostumbrando á su alma, con halagos y artificio, á recogerse para no la amedrentar, y que hagan cuenta que se ha ido, muchos años ha, de con su esposo, y que hasta que quiera tornar á su casa, es menester saberlo negociar, para que se quiera estar en ella, y que si no es así, y poco á poco, nunca se hará nada. Pero que si con cuidado se acostumbran á esto, sacarán tan gran ganancia, que aunque ella quiera decir cuán grande será, no sabrá (1). Dice también que siempre fué aficionada, y siempre la recogían más las palabras de los Evangelios que salieron por la boca de Cristo Nuestro Señor, como El las dijo, que libros muy concertados (2).

XI. Quería que por muy medrada que estuviese un alma, y por muy alta oración que tuviese, nunca jamás se olvidase de considerarse á sí, y mirar su nada, y ejercitarse en el propio conocimiento. Y decía que esto del propio conocimiento, y de los pecados que cada uno ha hecho, es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean, en este camino de la oración, y que sin este pan no se podrían sustentar. Pero no quería por eso que siempre anduviesen allí, y con eso se olvidasen de considerar á Dios: antes decía que, considerándole á él, se conociera muy mejor á sí; porque mirando las perfecciones de Dios, entenderemos mejor nuestras faltas é imperfecciones, como una cosa blanca puesta cabe otra negra, parece más blanca. Lo segundo, porque nuestro entendimiento y voluntad se ennoblecen y están más aparejados para todo bien, tratando con Dios á vueltas de sí. Y si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, siempre la corriente irá envuelta en cieno de temores vanos y pusilanimidad y cobardía, y vendrá mucho daño al alma (3).

XII. También deseaba mucho que meditasen todos en la sagrada humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, y que no la dejaran, por más alta oración que tuviesen. Y de un poco de tiempo que ella la dejó, por considerar cosas más altas, se arrepentía mucho, porque decía que la vida era larga, y hay en ella muchos trabajos, y habemos menester mirar á nuestro dechado Cristo, para llevarlos con perfección. Y estaba en esto tan firme, y enseñábalo con tantas veras, que decía que nadie, por espiritual que fuese, bastaría á hacerla entender otra cosa (4).

XIII. Aconsejaba mucho, y con muy particular encarecimiento,

(1) *Cam. de Perf.*, cap. XXVI.

(2) *Ibíd.*, cap. XXI.

(3) *Moradas*, I, cap. II y *Vida*, cap. XIII.

(4) *Moradas*, VI, cap. VII.

que nunca nadie dejase la oración, ni por apariencia de humildad, ni por pecados que tuviese, ni por otra causa ninguna, porque se vendrá á perder su alma por ese camino, y volviendo á ella se ganará; como lo había ella visto bien en el tiempo que la dejó, y después cuando volvió á ella; y el dejarla, dice que fué la mayor tentación que tuvo (1).

XIV. También hacía grandísima instancia en que nunca se cansasen los que se dan á oración, ni desmayasen por sequedades, ni desconfiasen de venir á llegar á lo alto de la oración, porque decía que á las veces viene el Señor muy tarde, y paga tan bien y tan por junto, tarde, como en muchos años: que ella había estado más de catorce años sin poder jamás tener una meditación, sin leer primero en algún libro (2). Decía había mucha lástima á las personas que no tenían esta perseverancia en la oración. Porque son como los que han mucha sed, y ven el agua de muy lejos, y cuando quieren ir allá, hallan quien les defienda el paso al principio y al medio y al fin. Y acaece que cuando ya con su trabajo han vencido los primeros enemigos, se dejan vencer de los segundos, y quieren más morir de sed, que beber agua que tanto ha de costar. Y si vencen á los segundos, se dejan después vencer de los terceros, y se les acaba la fuerza, no estando por ventura dos pasos de la fuente del agua viva, de quien dijo el Señor á la Samaritana (3) que quien la bebiese, no tendría más sed. Y aun podrá ser que, habiendo llegado á que no les falte más que abajarse á beber en la fuente, lo dejen todo, pensando que no tienen fuerza para llegar allá, y que no son para ello. Decía que á todos llama el Señor para beber, y que tenía por cierto que todos los que no se quedasen en el camino, no les faltaría esta agua viva. Y que da de muchas maneras á beber de ella, á los que le quieren seguir, para que ninguno vaya desconsolado, ni muera de sed. Porque de esta fuente caudalosa salen arroyos, unos grandes y otros pequeños, y algunas veces charquitos para niños, que aquéllos les bastan, antes sería espantarlos más el ver mucha agua. Y que pues nunca en este camino falta agua de consolación, tomasen su consejo y no se quedasen en él, sino peleasen como fuertes, hasta morir en la demanda.

XV. Tenía por mal principio, para pasar adelante, y por cosa muy dañosa, para medrar en la oración, ir á ella por el gusto y consolación que esperaban recibir. Y decía que sabía por experiencia, que el alma que en este camino de oración mental comienza á caminar con determinación y puede acabar consigo, de no hacer mucho caso, ni consolarse, ni desconsolarse mucho, que falten estos gustos

(1) *Vida*, cap. VII y VIII.

(2) *Cam. de Perf.*, cap. XVII.

(3) Joan. IV, 13.—*Cam. de Perf.*, cap. XIX.

y ternura ó la del Señor, tiene andada gran parte del camino, y no haya miedo de tornar atrás, aunque más tropiece, porque va comenzando el edificio en firme fundamento. Pesábale de ver hombres de letras y entendimiento quejarse porque no les daba Dios devoción, y tenía por imperfección y poca libertad de espíritu, y creía que era en gran parte causa de esto no haber comenzado con la determinación dicha (1).

XVI. Decía que el que comenzaba oración, había de hacer cuenta que comenzaba á hacer un huerto en una tierra infructuosa, que llevaba muy malas hierbas, y que después de arrancadas éstas y puestas en su lugar otras buenas, ha de procurar, como buen hortelano, que crezcan estas plantas, y tener cuenta con regarlas, porque no se pierdan, sino que vengán á echar flores que den gran olor, para que se recree con ellas el Señor que las plantó, y se venga muchas veces á deleitar en este jardín. Y así quería que el fin de la oración fuese la gloria y servicio y contento mayor de Dios (2).

XVII. El que tiene sequedad en la oración, decía que era como el que va á sacar agua del pozo para regar este jardín y le halla seco; pero que entonces no ha de aflojar, sino hacer, como buen hortelano, todo lo que fuese en sí, porque si esto hace, sin agua sustentará el Señor estas plantas y flores, y hará crecer las virtudes, y entendía sin agua, sin lágrimas y ternura y sentimiento de devoción. Y que cuando ve que echa muchas veces el caldero, y no saca agua, ni aun puede alzar los brazos para echarle, que es no poder tener ni un buen pensamiento, se alegre y consuele, teniendo por grandísima merced trabajar en el jardín de tan grande Emperador, y dure, pues sabe que le contenta en aquello, y su motivo no ha de ser contentarse á sí, sino contentarle á El, y que le alabe mucho porque hace de él confianza, pues ve que sin pagarle nada, tiene gran cuidado de lo que le encomendó, y ayúdele á llevar la cruz, pues ve que toda la vida vivió en ella, y no quiera acá su reino; y determinese que, aunque aquella sequedad dure toda la vida, no ha de dejar caer á Cristo con la cruz. Y que tiempo vendrá que se lo pague por junto, que no haya miedo que se pierda el trabajo, que á buen amo se sirve, y que El le está mirando, y así no debe hacer caso de malos pensamientos, que también los representaba el demonio á San Jerónimo en el desierto. Afirmaba que este trabajo no le dejaba Dios sin gran premio, aun en esta vida, y que con una hora de los gustos, que Nuestro Señor á ella la había dado, quedaban muy bien pagadas las congojas que pasó mucho tiempo en sustentarse en la oración. Y que aquí había de haber gran diligencia para arrancar de raíz las malas hierbecillas que habían quedado en el alma, por pequeñas que fuesen,

(1) *Vida*, cap. XI.

(2) *Ibíd.*

y que convenía mucho conocer nuestra nada, y lo poco que en esto y en todo podemos, y humillarnos delante de Dios (1).

XVIII. Estas sequedades y tormentos, decía que venían muchas veces al principio que un alma se comenzaba á dar á la oración, y otras á la postre, con muchas tentaciones; porque quería Dios probar con éstas á sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz, y ayudarle á llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros, y para que ellos entiendan lo poco que son: porque son de tan gran dignidad las mercedes que hace después, que quiere que vean por experiencia su miseria, primero que se las haga; y que importa mucho que de sequedades, ni distracciones en los pensamientos, nadie se apriete ni aflija, si quiere ganar libertad de espíritu, y no andar siempre atribulado; y que comience á no se espantar de la cruz, y verá cómo se la ayuda á llevar el Señor, y con el contento que anda y el provecho que saca de todo (2).

XIX. Decía que, estas sequedades y distracciones, tenía grandísima experiencia, que venían muchas veces de indisposición del cuerpo y mudanza de tiempos, y de volverse los humores; y que cuando vienen de esto, es peor apretar al alma á que esté en la oración, que esforzarla á lo que no puede, y ahogarla, y conviene dejar por entonces la oración para otra hora, y ocuparse en leer, ú obras exteriores de caridad, y cuando ni aun para esto esté, servir al cuerpo por amor de Dios, para que él después sirva al alma, y tomar alguna recreación santa de conversación que sea santa, ó de otra cosa semejante (3).

XX. La diferencia que hay de esta oración mental á la sobrenatural, que es la que nosotros con nuestra industria no podemos alcanzar, y á la contemplación, declaraba de esta manera: La oración que va con discurso del entendimiento, por mucho que haga, trae el agua corriendo por la tierra, y no la bebe junto á la fuente, y nunca faltan en este camino cosas lodosas en que se detenga y no vaya tan pura, porque pensando, nos venimos á hallar en cosas del mundo que amamos, y deseando huir de ellas, nos estorba algo pensar cómo fué, y cómo será, y qué hice, y qué haré, y á las veces nos vemos en peligro de pegársenos algo de ellas. Pero en oración sobrenatural, pone Dios al alma de presto junto á sí, y muéstrala en un punto más verdades, y dala más claro conocimiento de lo que es todo, que acá pudiera tener en muchos años, y bebe el agua viva en su misma fuente (4). Y en otra parte dice así: «Háblale su grandeza suspendiéndole el entendimiento, y atajándole el pensamiento, y tomándole

(1) *Vida*, cap. XI.

(2) *Ibíd.*, cap. XVII.

(3) *Ibíd.*

(4) *Cam. de Perf.*, cap. XIX.

(como dicen) la palabra de la boca, que aunque quiere, no puede hablar, sino es con mucha pena. Y entiende que, sin ruido de palabras, le está hablando este divino Maestro: gozan sin entender cómo gozan, está el alma abrasándose en amor, y no entiende cómo, ama y no sabe cómo lo goza, aunque bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento á desearle. Abrásale la voluntad sin entender cómo, mas en pudiendo entender algo, ve que no es éste bien que se puede merecer, con todos los trabajos que se pasasen juntos en la tierra por ganarle. Es don del Señor de ella y del cielo, que en fin, da como quien es. Esta, hijas, es contemplación perfecta. Ahora entenderéis la diferencia que hay de ella á la oración mental, que es lo que queda dicho, pensar y entender lo que hablamos, y con quién hablamos, y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar esto y otras cosas semejantes, de lo poco que le habemos servido, y lo mucho que estamos obligados á servir, es oración mental. No penséis que es otra algarabía, ni os espante el nombre. En ésta podemos algo nosotros con el favor de Dios; mas en la contemplación que ahora dije, ninguna cosa; su Majestad es el que lo hace todo, pues es obra suya, sobre nuestro natural» (1).

XXI. A esta oración sobrenatural convida siempre á todos, y los anima á que con gran determinación la procuren, hasta morir en la demanda, y dice que si no se cansan ni aflojan, la alcanzarán, como ya habemos visto en este capítulo. Mas para alcanzarla, decía que era menester esforzarnos á ganar las virtudes grandes, y particularmente la humildad, y ejercitarnos en obras dificultosas del servicio de Dios, y darnos del todo á El con gran determinación, y que quien esto no hiciere, quedarase toda su vida en la oración mental. Y que acontecia á personas de virtudes imperfectas, y aun á veces que estaban en mal estado, levantarlas el Señor á contemplación, para ganarlas por ahí, pero que eso es pocas veces, y dura poco, si no se aprovechan de aquel regalo para salir de aquel estado, y hacer de sí la entrega que habemos dicho (2).

XXII. Otros dos consejos daba muy ciertos y provechosos para quien desea esta oración sobrenatural. El primero es que no queramos subirnos nosotros á esta oración, porque será trabajar en vano y echarnos á perder, que es Dios el que nos ha de subir (3), antes siguiendo el consejo del Señor, nos sentemos en el más bajo lugar, teniéndonos por indignos de lo que tenemos, y no pidiendo que nos suba, sino dejándonos del todo en sus manos, que El sabe lo que nos conviene, y que nuestro ejercicio sea darnos á la mortificación, y humildad, y al verdadero desasimiento de todas las cosas; que yendo

(1) *Cam. de Perf.*, cap. XXV.

(2) *Ibid.*, cap. XVI.

(3) *Vida*, cap. XII.

por aquí nos subirá á esta oración; pero que nosotros siempre estemos contentos con lo que Dios hiciere de nosotros, que ésa es la humildad (1). Y decía que confiásemos en la bondad de Dios, que nunca falta á sus amigos, y atapásemos los ojos para nunca pensar por qué da, á aquel de tan pocos días, devoción, y á nosotros no, en tantos años; que todo es para bien nuestro: y pues ya no somos nuestros, sino suyos, le dejemos guiar por donde quisiere (2).

XXIII. El otro es que los que no han llegado á esta oración, ó no pueden llegar, no se fatiguen, ni desmayen, porque no lleva Dios á todos por un camino, y por ventura el que piensa que está más bajo, está más alto en los ojos del Señor: y que no es esta oración sobrenatural necesaria para la salvación, ni nos la pide Dios, y que no por eso dejarán de ser perfectos, si se ejercitan en las virtudes, antes podrá ser que tengan mucho más mérito; porque es más á trabajo suyo, y les lleva el Señor como á fuertes, y les tiene guardado todo lo que aquí no gozan para dárselo por junto. Y que miren que la verdadera humildad está en contentarse con lo que Dios quisiere hacer de ellos, que no es buena humildad querer nosotros escoger, sino dejar hacer al Señor, que sabe adonde ha de poner á cada uno. ¿Y qué mayor señal quieren del amor que Dios les tiene, que darles parte de su cruz? y que es gran ganancia no querer ganar por nuestro parecer, para no temer la pérdida; pues permite Dios que la tenga el buen mortificado, sino para ganar más (3).

XXIV. Decía que la oración, por más alta que fuese, siempre había de ir enderezada á hacer obras, en que mostremos el amor que tenemos á Dios, no contentándonos con tener oración y consolaciones y mercedes grandes de Dios, sino haciendo cosas en que le sirvamos mucho, y ejercitándonos en obras dificultosas de virtudes, y que ésta es la verdadera señal de ser buena la oración, y de ser de Dios aquellas mercedes, y que quien no se diere á mortificación, y humildad, y á las demás virtudes, siempre, por más que ore, se quedará enano, y no crecerá, sino antes decrecerá. Y que el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho en Dios, sino en amarle mucho, y que este amor se adquiere determinándose á obrar y á padecer por Dios (4).

XXV. De esto escribió al Padre Fray Gerónimo Gracián, en una carta, estas palabras: «De estas cosas interiores de espíritu, la que más acepta y acertada es, es la que deja mejores dejos. No digo algunos deseos que nos quedan luego, que aunque es bueno, á veces no son como nos lo pinta nuestro amor propio. Llamo dejos confir-

(1) *Camino de Perf.*, cap. XVII.

(2) *Vida*, cap. XI.

(3) *Ibid.*

(4) *Moradas*, VII, cap. IV.

mados con obras, y que los deseos que se tienen de la honra y gloria de Dios, se parezcan en mirar por ella muy de veras, y emplear su memoria y entendimiento en cómo le ha de agradar, que ésta es verdadera oración, y no unos gustos para nuestro gusto; yo no desearía otra oración, sino la que me hiciese crecer en las virtudes.»

Nunca acabaría, si hubiese de poner aquí todos los avisos que daba; pero, los puestos no quise dejar, porque son muy provechosos para todos los que tratan ó desean tratar de oración. Otros muchos que tocan á particulares modos de oración, y así á pocas personas, los dejé para que los que los hubieren menester, los lean en el libro de la *Vida* y en el de las *Moradas*, por no ser yo aquí más largo.

CAPÍTULO IX

De la gran fe que tenía

Tiempo es ya de venir á las virtudes particulares, pues habemos dicho de la madre de todas ellas, que es la oración. Y pues la fe es el fundamento de todas, comencemos por ella, aunque no hay para qué detenernos en ella mucho, pues quien tan desasida estaba de las cosas de la tierra, y tanto trabajó en el servicio de Dios y bien de las almas, no podía hacer esto sin tener una muy grande y muy confirmada fe de las verdades y bienes sobrenaturales. Y cuando esta prueba tan clara no hubiera, bastaría decir dos cosas. La primera, que la hizo Nuestro Señor en esta virtud tanta merced, que jamás tuvo tentación ninguna contra ella, como lo dejó escrito en un papel de su mano. La segunda, que así el primer Monasterio que fundó, como los demás, los fundó para el aumento de la fe, y para que se hiciesen siempre en ellos oraciones y ayunos y penitencias, por los que pelean contra los herejes y vuelven por la santa fe católica.

Era su fe tan grande, que la parecía que contra todos los luteranos se pusiera á hacerles entender que iban errados. Decía que las cosas de la fe, mientras menos las entendía, más las creía, y mayor devoción la hacían, y que se regalaba mucho en no entenderlas, y esto la recogía más. Aunque siempre trataba con letrados, nunca preguntaba, ni aun lo deseaba saber, cómo hizo Dios esto, ó cómo pudo ser. No había menester pensar más de hízolo Dios todo, y así decía que no tenía de qué se espantar, sino de qué le alabar. También decía, que cuando algunas cosas de las que veía ó entendía en la oración, la llevaran á cosa que fuera contra la fe, ó contra la ley de Dios, no hubiera menester andar á buscar letrados, ni hacer pruebas, porque luego viera que era demonio. En el capítulo XXXIII de su vida escribe estas palabras: «Iban á mí con mucho miedo á decirme que andaban los tiempos recios, y que podría ser me llevasen á la santa Inquisición, levantándome algo. A mí me cayó esto en gracia

y me hizo reir, porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de la fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba contra ella, ó por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, pasara yo mil muertes. Y dije que de eso no temiesen; que harto mal sería para mi alma, si en ella hubiere cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición, que si pensase había para qué, yo me la iría á buscar.»

Y así como lo escribió, lo hizo de su propia voluntad, sin tener causa ninguna, sino deseando ser enderezada si en algo faltase, como ella lo escribe en la relación que dió de sus cosas en Sevilla. Porque yendo á Ávila don Francisco de Soto y de Salazar, del Consejo de Inquisición, que después murió Obispo de Salamanca, le dió noticia de todas sus cosas espirituales con el fin que he dicho, y él la respondió que no era aquello cosa que tocaba á su oficio, pues todo lo que ella veía y entendía siempre la afirmaba más en la fe católica, y que diese de ello cuenta al Maestro Ávila, y se sosegase con lo que él la respondiese. También, lo que escribió de su vida y oración, lo dió al Padre Maestro Fray Domingo Báñez, para que lo presentase al Consejo de la santa Inquisición, y estuvo harto tiempo en poder del Cardenal de Toledo don Gaspar de Quiroga, Presidente del mismo Consejo, y aprobado por todos los que lo han visto, se ha impreso este año de 1588 (1).

Era grande el consuelo que su alma sentía cuando consideraba que era hija de la Iglesia, como lo mostró bien en el artículo de la muerte, repitiéndolo muchas veces, como lo dijimos en el capítulo postrero del libro tercero. De aquí venía la gran reverencia que tenía, no solamente á los Sacramentos, sino también á las sagradas imágenes y al oficio eclesiástico, el cual rezaba con gran devoción y reverencia; y á todas las ceremonias de él, por pequeñas que fuesen, y á las cuentas benditas, que las traía siempre consigo, y quería que sus monjas las trajesen, y ganasen las indulgencias de la orden y de las demás bulas. Con el agua bendita, por la mucha fe que con ella tenía, no se pueden declarar los efectos admirables que sentía, de lo cual habla así en el capítulo XXXI de su vida: «De muchas veces tengo experiencia que no hay cosa de que los demonios huyan más para no tornar. De la cruz también huyen, mas vuelven luego. Debe ser grande la virtud del agua bendita.»

En estas palabras no pone regla, ni determina que la cruz tenga menos virtud contra el demonio que el agua bendita, pues á otros puede acontecer lo contrario, sino solamente cuenta lo que algunas veces la aconteció. Después dice: «Para mí es particular y muy conocida consolación que siente mi alma cuando la toma. Es cierto que lo muy ordinario es sentir una recreación, que no sabría yo darla á

(1) Véase lo que acerca de esto se dice en la Introducción.

entender, como un deleite interior que toda el alma me conhorta. Esto no es antojo ni cosa que me ha acontecido una vez, sino muy muchas, y mirando con gran advertencia, digamos como si uno estuviese con mucho calor y sed, y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió refrigerio. Considero yo qué gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace á lo que no es bendito.» Cuando oía decir á algunas personas que quisieran ser en el tiempo que Cristo nuestro Señor andaba en el mundo, decía entre sí que pues le tenían al mismo en el Santísimo Sacramento, ¿qué mas se les daba? Y muchos años, cuando comulgaba, estaba de la misma manera que si le viese entrar al mismo Señor corporalmente por su celda.

Para las cosas de la fe daba este aviso, que dejó escrito al principio de los Cantares, donde hablando de una cosa que no entendía de aquel libro, y el no entenderla la hacía gran regalo, dice así: «Porque verdaderamente, hijas, no ha de mirar el alma tanto, ni la hacen mirar tanto, ni la hacen tener tanto respeto á su Dios las cosas que acá parece podemos alcanzar con nuestros entendimientos tan bajos, como las que en ninguna manera se pueden entender. Y así os encomiendo mucho que cuando leyéredes algún sermón, ó pensáredes los misterios de nuestra sagrada fe, que lo que buenamente no pudiéredes entender, no os canséis, ni gastéis el pensamiento en adelgazarlo. No es para mujeres, ni aun para hombres, muchas cosas. Cuando el Señor quiere darlo á entender, su Majestad lo hace entender sin trabajo nuestro. A mujeres digo esto, y á los hombres que no han de sustentar con sus letras la verdad, que á los que el Señor tiene para declarárnoslas á nosotras, ya se entiende que lo han de trabajar, y que en ello ganan. Mas nosotras, con llaneza, tomar lo que el Señor nos diere, y lo que no, no nos cansar, sino alegrarnos de considerar que tan gran Dios y Señor tenemos, que una palabra suya tendrá en sí mil misterios, y aun su principio no entendemos nosotras.»

CAPÍTULO X

Del gran amor de Dios que tenía, y de su gran perfección

De la esperanza que tenía, cuán firme y bien arraigada fuese, no hay para qué hablar, pues siendo la fe el fundamento de la esperanza, como lo dice San Pablo (1), ya se ve cuán firme estaría sobre tan buen fundamento. Y fuera de esto, de la alegría grande que en ella sentía en los mayores trabajos, como adelante diremos, y de las obras grandes y tan dificultosas que emprendía, nadie hay que no vea cuán viva tenía la esperanza. De la caridad que tenía con Dios, será mejor decir, aunque si es verdad lo que San Gregorio dice y todos confiesan, que la prueba del amor es la obra, quien tanto hizo, y tanto trabajó y tanto sufrió por la gloria de Dios, y más con tantos estorbos y persecuciones, con tanta pobreza, con tan graves y ordinarias enfermedades, ¿cuán grande y cuán encendido sería su amor? Llenos están sus libros; porque de lo mucho que había en el corazón, no podía la boca dejar de hablar de los deseos ardentísimos que tenía de la gloria de Dios, y así se gozaba mucho de que tuviese los bienes que tenía, y siempre que en el Credo oía decir que el reino de Cristo no había de tener fin, sentía en sí gran alegría.

También están llenos de otros deseos muy encendidos que tenía de morir por ir á ver á su amado, y acá estaba cada día muriendo, viendo que vivía, y que no era posible verle si no venía primero la muerte, y que ésta no se podía tomar, sino de necesidad se había de esperar, hasta que Dios la diese. Así moría porque no moría, y no podía valerse con la vida, y hacía mucho en sufrirla, y decía que la sufría porque la sufría Dios. Y por esto cuando daba el reloj se alegraba, porque la parecía que se llegaba un poco más para ver á Dios. Y no podía sino pedir á Dios la muerte; y en el capítulo cuarenta y dos del *Camino de Perfección*, en el libro de su mano (lo cual falta en algunos de los impresos), dice así: «Vosotras, hijas, pedid

(1) Hebr. XI.

como os pareciere, yo no hallo remedio viviendo, y así pido al Señor me libre de todo mal para siempre. ¿Qué bien hallamos en esta vida, hermanas, pues carecemos de tanto bien y estamos ausentes de él? Libradme, Señor, de esta sombra de muerte (1).» Y después dice: «Oh Señor y Dios mío, libradme ya de todo mal, y sed servido de llevarme adonde están todos los bienes. ¿Qué esperan ya aquí aquellos á quien vos habéis dado algún conocimiento de lo que es el mundo, y tienen viva fe de los que el Padre Eterno les tiene guardados?» Pondré aquí una cosa, que ella dejó escrita de su mano acerca de esto para su confesor (2).

(1) Estas palabras y las siguientes que cita el P. Ribera no son del cap. 42, sino del 75, conforme á la copia autógrafa que se conserva en el Escorial, y que reprodujo en *cromolitografía* el Dr. D. Francisco Herrero Bayona. Acerca de la omisión de que se lamenta el Padre Ribera, dice La Fuente, t. I, pág. 374, nota 1. «Todo este párrafo tan precioso falta en el original de Valladolid y en los impresos. Como en el primer escrito del *Camino de Perfección* Santa Teresa hablaba solamente con sus monjas de San José, no tuvo inconveniente en dejarse llevar de estos arranques, ó ímpetus de amor, y poner cosas que parecían suyas personales. Mas en la copia siguiente ya quitó cuanto pudiera parecer cosa personal.

(2) Probablemente era este confesor el P. Martín Gutiérrez, rector á la sazón (1571) del Colegio de Salamanca.

Había nacido el P. Gutiérrez en Almodóvar del Campo, el año de 1524, y cuando cursaba medicina en la Universidad de Alcalá, hizo los Ejercicios de San Ignacio bajo la dirección del P. Villanueva. Poco después sintió vocación á la Compañía, y entró en ella á fines de 1550. Fué tan fervoroso y diligente en la oración, cuando novicio, que padeció graves dolores de cabeza y una enfermedad peligrosa, originada de su mortificación. Convalecido de ella fué enviado en 1551, todavía novicio, á estudiar teología en Salamanca. Cuando la terminó, en 1555, fué nombrado rector del colegio de Plasencia, de donde le trasladaron á Valladolid, en 1562, y de aquí á Salamanca, brillando en todas partes por su eminente santidad, prudencia y celo de las almas. Por indicación suya fué á fundar Santa Teresa á aquella célebre ciudad. Desde que llegó á ella se puso bajo la dirección del Padre y le dió á leer el libro de su *Vida*, según consta por la Declaración del P. Bartolomé Pérez de Nuevos, en las informaciones de aquella ciudad. «Habiendo escrito la santa Madre, dice, el libro de su *Vida*, se lo dió al padre Martín Gutiérrez, su confesor, para que lo viese, el cual, por estar enfermo, me pidió se lo leyese, lo cual hice con mucho gusto; y me acuerdo, que cuando se lo iba leyendo, el dicho P. Martín Gutiérrez se encendía en devoción y afectos de Nuestro Señor, tan particulares, que me hacía parar de leer y se quedaba por algunos ratos en una profunda y devota oración, con muchas lágrimas y suspiros, y me decía algunas veces con admiración y estima:—No entenderá esto que va leyendo, que son tales cosas y de almas tan levantadas en espíritu, que era menester sentir las primero para entenderlas bien.»

A la verdad, nadie podía hallarse en mejores disposiciones para entender á Santa Teresa, que aquel hombre apostólico, abrasado en el celo de la gloria de Dios y en deseos de la patria celestial, á quien Dios tenía reservada la dicha de dar la vida por la fe.

Unos dos años después, habiendo sido elegido para asistir á la Congregación General, que debía dar sucesor al P. San Francisco de Borja, al dirigirse á Roma en compañía de los PP. Gil González Dávila y Juan Suárez, cayeron los tres en poder de los Hugonotes, en el pueblecillo de Cardilhac en Francia, quienes, después de maltratarlos inhumanamente los arrojaron en una inmundicia prisión, donde al séptimo día, que fué el 21 de Febrero de 1573, entregó el P. Gutiérrez su alma á Dios.

«Todo ayer me hallé con gran soledad, que si no fué cuando comulgúe, no hizo en mí ninguna operación ser día de la Resurrección. Anoche, estando con todas, dijeron un cantarcillo de cómo era recio de sufrir vivir sin Dios, y como yo estaba ya con pena, fué tanta la operación que me hizo, que comenzaron á entumecerse las manos, y no bastó resistencia, sino que como salgo de mí, por los arrobamientos, de contento, de la misma manera se suspende el alma con la grandísima pena, que queda enajenada, y hasta hoy no lo he entendido: antes, de unos días acá, me parecía no tener tan grandes estos ímpetus como solía, y ahora me parece que es la causa esto que he dicho, no sé yo si puede ser. Que antes no llegaba la pena á salir de mí, y como es tan intolerable, y yo me estaba en mis sentidos, hacíame dar gritos grandes, sin poderlos excusar. Ahora, como ha crecido, ha llegado á término de este traspasamiento, y entiendo más el que nuestra Señora tuvo, que hasta hoy, como digo, no he entendido qué es traspasamiento. Quedó tan quebrantado el cuerpo, que aun esto escribo hoy con harta pena, que quedan como descoyuntadas las manos, y con dolor. Diráme vuesa merced, de que me vea, si puede ser este enajenamiento de pena, ó si lo siento como es, ó si me engaño.»

Esto pasó en Salamanca el primer año después de aquella fundación, y lo mismo sabía yo de quien se halló delante, y lo vió, y cantó el cantar (1), el cual era: «Véante mis ojos, dulce Jesús bueno», con

Durante su penosa agonía se le oía repetir: «Tener sed de Dios, y beber hasta saciarse, ¡oh! ¿qué será?» Según el testimonio de la madre Ana de Jesús en las informaciones para la Beatificación y Canonización de Santa Teresa, el P. Gutiérrez, después de su muerte, se apareció á la Santa manifestándole la gloria que iba á gozar. «Otra de las personas, dice, que le apareció, mostrándole la gloria que iba á gozar, fué el P. Gutiérrez, rector de la Compañía de Jesús, que murió atormentado de malos tratamientos que le hicieron los luteranos, prendiéndole camino de Roma, que también certificaba ella (Sta. Teresa) era Santo.» *Cfr.* Astrain, II, lib. III cap. IV n.º 5.—La Puente. *Vida del P. B. Alvarez*, cap. XXVII. —*Varones ilustres de la C. de Jesús*, t. IX, pág. 54 y sig.—*Declar. de la Venerable Ana de Jesús*.

(1) El cantarcillo con sus coplas es como sigue:

Véante mis ojos,	Sin ti, vida mía.
Dulce Jesús bueno;	¿Cuándo vendrá el día
Véante mis ojos	Que alcéis mi destierro?
Y muérame luego.	Véante mis ojos
Vea quien quisiere	Y muérame luego.
Rosas y jazmines;	No quiero contento,
Que si yo te viere	Mi Jesús ausente
Veré mil jardines:	Que todo es tormento
Flor de serafines	A quien esto siente:
Jesús Nazareno,	Sólo me sustente
Véante mis ojos	Tu amor y deseo.
Y muérame luego.	Véante mis ojos,
Véome cautivo	Dulce Jesús bueno
Sin tal compañía;	Véante mis ojos
Muerte es la que vivo	Y muérame luego.

sus coplas. Y como la tocaron en el deseo mayor de su alma, quedó tan sin sentido, que la hubieron de llevar como muerta á la celda, y acostarla, y duróla mucho, y aun el día siguiente andaba como fuera de sí. Después escribió á su confesor estas palabras: «El deseo y ímpetus tan grande de morir se me han quitado, en especial desde el día de la Magdalena, que determiné de vivir de buena gana por ser-

La religiosa que cantó esta letrilla con sus coplas era la madre Isabel de Jesús, según ella misma lo depuso en las Informaciones de Salamanca, con estas palabras: «Me acuerdo que siendo yo novicia, estando en la recreación, canté una letra que trataba de lo que siente una alma el ausencia de Dios, y estándola cantando se quedó arrobada nuestra Madre entre las demás religiosas; y habiendo esperado un rato, como no volvía en sí, la llevaron tres ó cuatro á su celda, en peso, que lo que allá pasó no lo sé, sólo que la vi salir, al otro día después de comer, de su celda, y parece que estaba todavía absorta y como fuera de sí. Y por un escrito que después vi de ella, hallamos otras y yo que en aquel arrobamiento le había hecho nuestro Señor una muy señalada merced, porque cotejamos el día y hora en que le sucedió con lo que ella escribía, y hallamos ser así; esto fué en Salamanca.»

Al volver en sí de este arrobamiento, brotó del corazón de Santa Teresa aquel sublime canto, cuyas estrofas, caldeadas en el más puro y encendido amor divino, terminan con aquel estribillo: «Que muero porque no muero.»

No podemos resistir el deseo de copiarlo aquí todo entero. Dice así:

*Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.*

Aquesta divina unión,
Del amor en que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón:
Mas causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor
No lo es la esperanza larga:
Quítame Dios esta carga,
Más pesada que el acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir;
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no seas molesta,
Mira que sólo te resta

Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva:
Muerte, no seas esquiva;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios, que vive en mí
Si no es perderte á ti
Para mejor á El gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á El sólo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿Qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer,
La mayor que nunca vi:
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
Aun de alivio no carece;
A quien la muerte padece
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,

vir mucho á Dios. Sino es algunas veces, que todavía el deseo de verle, aunque más le desecho, no puedo.» Andaba tan embebida en Dios, que preguntándola un confesor letrado, con quien trataba todas sus cosas, y á quien nada podía encubrir, cómo gastaba el tiempo, porque él pensaba que tenía algunas horas de oración, y después se divertía en otras cosas, le respondió que no se podía imaginar persona tan enamorada de otra, y que no se pudiese hallar un punto sin ella, como ella era con nuestro Señor, consolándose con El, y hablando siempre con El y de El. Una de las cosas porque era muy devota de las imágenes, era por el deseo grande que tenía de Dios y de sus santos; y así cuando tomaba en la mano una imagen de Cristo nuestro Señor ó de su Santísima Madre, era mucho de oír las palabras que les decía, tan llenas de amor y de ternura, que parecía su alma se deshacía.

Veníanla muchas veces unos ímpetus tan grandes de amor de Dios, que se deshacía, y no se podía valer, ni cabía en sí, sino que parecía que se le acababa la vida. Y tiénese por cierto que se le acabara algunas veces, por ser tan grande la fuerza de aquel amor, que el natural suyo no la podía sufrir, si no la atajara el Señor con unos arrobamientos grandes que entonces la daba, con que el alma quedaba en gran quietud, y satisfecha á veces con ver algo de lo que deseaba, y á veces con entender otras cosas. Ibase entonces á lo más solo de la casa, y acontecía salir de maitines y hallarla á obscuras en una ermita, fría por defuera, como muerta, y decía que no era más en su mano. De esto hablamos ya en el libro primero, y de aquella maravillosa visión del Serafín que la hería y abrasaba el corazón con un divino fuego, la cual vió algunas veces. Era tanto el amor, que aunque en otras cosas se juzgase por imperfecta, siempre sentía que amaba mucho á Dios, y en esto siempre iba creciendo.

Decía que se holgaría de ver á otros en el cielo con más gloria que á sí, pero que no sabía si se holgaría de que otro amase más á Dios que ella. Todos los trabajos la parecían pequeños por Dios. Las

Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar
Por no verte como quiero
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte

Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin Ti no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh, mi Dios! ¿Cuándo será
Cuando yo diga de vero? (*),
¡Que muero porque no muero!

(*) Por de veras.

penitencias, por grandes que fuesen, no se la hacían nada. Pasara muchas muertes porque un alma sola sirviera á Dios. Y aunque deseaba mucho que todos le sirviesen, pero cuando veía alguna persona de partes más que ordinarias, que juzgaba sería buena para su servicio, íbasele el alma porque Dios la llamase y la llegase á sí, y veníanla unas ansias tan grandes muchas veces, que no se podía valer. Luego hacía cuantas diligencias podía, y oraba con gran fervor, y decía á Nuestro Señor: «Mira, Señor, que es este bueno para vuestro amigo.»

La caída de los buenos, y el multiplicarse las herejías y las necesidades de la Iglesia, la daban gran tormento, y la hacían derramar muchas lágrimas, y hacer grandes penitencias, tanto, que fué esta la causa (como dijimos en el libro segundo) de fundar estos Monasterios con tanta estrechura y pobreza. No había para ella muerte más recia que pensar si tenía ofendido á Dios. Y apretóla esto tanto una vez, que, bañada toda en lágrimas, rogaba al Señor no permitiese tal cosa, y El la respondió que se consolase, y estuviese cierta que estaba en gracia, porque tal amor de Dios como ella tenía, y tales sentimientos como daba á su alma, no se compadecían con pecado mortal. Cuando hacía alguna cosa que sentía mucho, y era mucho contra lo que ella deseaba, en considerando que era aquello mayor servicio de Dios, sentía tan gran contento de contentarle á El, que con esto no hacía caso de la pena que sentía; y mientras más veía que perdía de su consuelo por el servicio de Dios, más se consolaba de perderle, de tal manera, que aunque quisiera tener pena por el consuelo que dejaba, no podía. El ofrecérsele negocios y embarazos, y comer y beber y dormir, y todas las demás cosas que la ocupaban y la quitaban de estar con nuestro Señor y gozar de su sabrosa conversación, le era muy penoso en gran manera; pero el mismo amor de Dios, que la causaba esta pena, la esforzaba tanto, que á todo ello acudía con tan buen semblante como si lo tuviera mucha gana.

Deseaba siempre hacer grandes cosas en servicio de Dios, y dábala gran tormento el no las poder hacer, y el no tener aquellas partes que para tales obras juzgaba ser necesarias, como salud y fuerzas corporales, talento y libertad para llegar almas á Dios. Y cuando se veía enferma y que no podía hacer cosas mayores, consolábase con hacer algo, por poco que fuese, como poner ramitos y flores á las imágenes, barrer el oratorio ó componerle, y otras cosas semejantes. Era grandísimo el deseo que tenía que Dios fuese servido y alabado, y su santa Iglesia aumentada, y casi todo lo que rezaba era por esto, y muy poco por sí, porque le parecía que iba poco en que ella padeciese en purgatorio, á trueco de que ésta se acrecentase, aunque fuese en muy poquito. Por tener tiempo para tratar más con Dios, huía cuanto podía el tratar con los de fuera, aunque fuesen muy deudos

suyos, y no se podía hallar sino con los que tenían oración y andaban heridos del amor de Dios como ella, que con estos descansaba mucho.

Estando en la fundación de Sevilla, habiendo venido allí de Indias su hermano Lorenzo de Cepeda, de quien allí recibieron gran caridad ella y las suyas, con ser lo que con él trataba para bien de su alma, y para dar orden en sus cosas, la vino escrúpulo si no iba conforme á las constituciones, que dicen que se aparten de deudos; y estando pensando si debía quitar algo de aquel trato y apartarse, la dijo Nuestro Señor: «*No, hija, que vuestros Institutos no han de ir sino conforme á mi ley*» (1). Este amor la hacía que siempre trajese el alma muy pura, de lo cual dice así en su relación el confesor que dije en el capítulo V de este libro: «La pureza de la conciencia de esta religión es tan grande, que nos admira á los que la confesamos y comunicamos á sus compañeras, porque se puede decir que todo es Dios, lo que ella piensa y trata, todo va enderezado á la honra de Dios y al provechamiento espiritual, y no hará pecado venial, por pequeño que sea, si ella entiende serlo, por ninguna vía; de suerte que todo su entender es cómo se mejorará cada día, y alcanzará mayor perfección.» Otro confesor suyo dijo, y pienso que fué Fray Pedro Ibáñez, que su trato más parecía de ángel que de criatura humana.

Muy largo fuera si hubiera de decir todo lo que en esto había; pero porque la perfección de la vida cristiana está en la caridad, diré dos ó tres cosas en que se podrá en parte conocer á cuán alto grado de perfección llegó esta santa. La primera es que yendo á fundar á Sevilla, y teniendo la fiesta, segundo día de Pascua, en una ermita junto á Ecija, se acordó de una gran merced que el Señor una vez la hizo en aquella Pascua, y viniéronla unos grandes deseos de hacerle un señalado servicio, y pensándolo mucho no podía hallar cosa que no estuviese ya hecha, y una que se le vino á ofrecer, aunque muy difi-

(1) He aquí las propias palabras con que refiere esto la Santa Madre.

«Como vinieron mis hermanos y yo debo al uno tanto, no dejo de estar con él y tratar lo que conviene á su alma y asiento, y todo me daba cansancio y pena, y estándolo ofreciendo á el Señor y pareciéndome que lo hacía por estar obligada, acordóseme que está en las Constituciones nuestras que nos dicen, que nos desviemos de deudos, y estando pensando si estaba obligada, me dijo el Señor.—*No, hija, que vuestros Institutos no son de ir sino conforme á mi Ley*. Verdad es que el intento de las Constituciones son porque no se asgan á ellos, y esto, á mi parecer, antes me cansa y deshace más, tratarlos.» (Cfr. La Fuente, I. p. 168. col. 2.^a)

Los hermanos á que alude al principio la Santa, eran Lorenzo de Cepeda y Pedro de Ahumada, quienes después de una ausencia de más de treinta años, acababan de llegar de América. Habían desembarcado á principios de Agosto del año 1575, en Sanlúcar de Barrameda, desde donde se trasladaron al punto á Sevilla para visitar á su hermana. Don Lorenzo había traído consigo á sus tres hijos, Francisquito, Lorencico y Teresita. A los pocos días vino á juntarse con ellos Juana de Ahumada, con su esposo é hijos, completando así aquella reunión de familia. Recuérdese cómo D. Lorenzo ayudó poderosamente á su hermana en los apuros que tuvo que pasar para la fundación de Sevilla.

cultosa, la hizo allí, como hablando de su obediencia diré (1). La segunda, que en cuantos Monasterios fundó, desde el primero hasta el postrero, jamás torció un punto, en obra ni en palabra, de lo que entendía ser servicio de Dios, por salir con la fundación, ó por remediar las necesidades de ellos, ó por haber favor de algunas personas. La tercera, que desde que fundó el Monasterio de Avila, y algunos años antes, hasta que murió, jamás bastó con ella tentación ninguna para que dejase de hacer lo que conocía, ó la decían ser mayor servicio de Dios.

Y no era esto como quiera, sino que tenía hecho voto de, en todas las cosas, hacer, no sólo lo que agradase á Nuestro Señor, sino lo que más le agradase, y para mayor gloria suya fuese, y de más perfección. Entendía este voto en cosas que fuesen algo, y no en las que son muy menudas, por excusar escrúpulos. Voto es este que de ningún santo he leído ni oído jamás, y que en quien ve lo que hace, solamente el hacerle es clarísima señal de una muy alta y extraordinaria perfección, y más en persona de tan temerosa conciencia; porque no se podía hacer sino con un gran desasimiento de todas las cosas criadas, y un abrasado deseo de contentar al Criador, y un señorío grande de su alma y de las pasiones de ella; y no le hizo de presto ni sin mirar lo que hacía, sino con mucho consejo y con licencia de su General y del Comisario Apostólico. Pues ¿qué sería el cumplirle tan enteramente y por tantos años? ¿qué riquezas se ganarían con esto? ¿qué de merecimientos se amontonarían? ¿qué gloria tan alta se adquiriría? Y porque Dios es muy fiel, y ama á los que le aman, y el mucho amor es muy malo de encubrir, regalábala mucho, y decía palabras muy tiernas, muchas veces, en que la mostraba este amor. En el libro de su vida, refiriendo unas palabras que la dijo Nuestro Señor, dice entre otras cosas: «Mas que no pensase yo que me tenía olvidada, porque jamás me olvidaría; mas que era menester hiciese yo lo que es en mí. Estas me dice su Majestad muchas veces, mostrándome gran amor: *Ya eres mía, y yo soy tuyo*. Las que yo siempre tengo costumbre de decir, y á mí parecer las digo con verdad, son: ¿Qué se me da, Señor, á mí, sino de Vos?»

Habiéndola el Señor reprendido una vez porque no acababa de salir del todo de la duda, si era lo que ella tenía del demonio ó no, fatigóse de aquello, y luego con gran ternura y regalo la tornó á decir que no se fatigase, que ya sabía que por ella no faltaría de ponerse á todo lo que fuese su servicio, y que se haría todo lo que ella entonces quería (y así se hizo), y que mirase el amor que cada día en su alma se iba aumentando para amarle, y en esto vería que no era demonio. Dice también: «Dijome una vez, consolándome, que no me

(1) Alude al voto de obediencia que hizo al P. Gracián.

fatigase (esto con mucho amor), que en esta vida no podíamos estar siempre en un ser, que unas veces tendríá fervor y otras estaría sin él, unas con desasosiego y otras con quietud, otras con tentaciones, mas que esperase en él y no temiese.» Estando una vez con pena de que era forzoso acudir á las necesidades del cuerpo, apareciósele el Señor, y regalóla mucho, y díjola que hiciese aquellas cosas por amor de él, y lo pasase, que era menester su vida.

En un papel dejó escrito: «Hasta esta mañana estaba con esta pena, que estando en oración tuve un gran arrobamiento, y parecióme que Nuestro Señor me había llevado el espíritu junto á su Padre, y díjole: *Esta que me diste, te doy*; y parecíame que me llegaba á sí. Esto no es cosa imaginaria, sino con una certeza grande y una delicadeza tan espiritual, que no se sabe decir: díjome algunas palabras, que no se me acuerdan: de hacerme merced eran algunas. Duró algún espacio tenerme cabe sí» (1). Entre otras dejó escrito estas cinco cosas que siguen: La primera fué el primer año que fué Priora en la Encarnación. «Después de esto quedéme yo en la oración que traigo, de estar el alma con la Santísima Trinidad, y parecióme que la persona del Padre me llegaba á sí y decía palabras muy agradables. Entre ellas me dijo, mostrándome lo que me quería: «*Yo te di á mi Hijo, y al Espíritu Santo, y á esta Virgen: ¿qué me puedes tú dar á mí?*» (2).

La segunda es: «Otra vez me dijo: No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí. Entonces representóseme por visión imaginaria como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: *Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy, hasta ahora no lo habías mericido: De aquí adelante, no sólo como de Criador, y como de Rey, y tu Dios, mirards mi honra, sino como verdadera esposa mía. Mi honra es ya tuya, y la tuya es mía*. Hizome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor que, ó ensanchase mi bajeza, ó no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecía lo podía sufrir el natural. Estuve así todo el día muy embebida. He sentido después gran provecho y mayor confusión, y afligimiento, de ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes.» Esto fué el segundo año de su priorato en la Encarnación, octava de San Martín.

La tercera es esta: «Después de comulgar me parece clarísimamente se sentó cabe mí Nuestro Señor, y comenzóme á consolar con grandes regalos, y díjome entre otras cosas: *Vesme aquí, hija, que yo soy; muestra tus manos*. Y parecíame que me las tomaba, y lle-

(1) Son estas palabras de la Relación IV, entre las publicadas por La Fuente. *Obras*, t. I, p. 156.

(2) Estas palabras y las siguientes que cita el P. Ribera, son de la Relación III. *Ibid.* p. 153 y 154.

gaba á su costado, y dijo: *Mira mis llagas, no estás sin Mí, pasa la brevedad de la vida*» (1).

La cuarta, fué estando en la fundación del Monasterio de Sevilla. «Díjome el Señor: *Ya sabes el desposirio que hay entre ti y Mí; y habiendo esto, lo que Yo tengo es tuyo, y así te doy todos los dolores y trabajos que pasé, y con esto puedes pedir á mi Padre como cosa propia*. Y aunque ya sabía somos participantes de esto, ahora fué tan de otra manera, que me pareció había quedado con gran señorío, porque la amistad con que se me hizo esta merced no se puede decir aquí. Parecióme lo admitía el Padre, y desde entonces miro muy de otra suerte lo que padeció el Señor, como cosa propia, y dame gran alivio» (2).

La quinta es, que estando una noche dando gracias á Nuestro Señor por una merced que la había concedido, la dijo Nuestro Señor: *¿Qué me pides tú que no haya yo hecho, hija mía?* (3). A este mismo propósito escribe en su vida: «Estando yo una vez importunando al Señor mucho, porque diese vista á una persona que yo tenía obligación, que la había del todo casi perdido, yo tenía gran lástima, y temía por mis pecados no me había el Señor de oír. Aparecióme como otras veces, y comencóme á mostrar la llaga de la mano izquierda y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido. Parecíame que á vueltas del clavo sacaba la carne, veíase bien el gran dolor, que me lastimaba mucho, y díjome que quien aquello había pasado por mí, que no dudase, sino que mejor haría lo que le pedía, que El me prometía que ninguna cosa le pediría que no la hiciese; que ya sabía El que yo no pediría sino conforme á su gloria, y que así haría esto que ahora le pedía, que aun cuando yo no le servía, mirase que no le había pedido cosa que no la hiciese mejor que yo la sabía pedir, que ¡cuánto mejor lo haría ahora que sabía le amaba!: que no dudase de esto» (4).

Y aun en lo corporal á veces la regalaba. Estaba una vez muy mala y con mucho hastío, en San José de Avila, y dijo á la enfermera que la parecía que comería un melón, por la mucha sed que tenía en la boca, pero que si no le había en casa que no le buscasen. No le habiendo en casa, ni osándole buscar por lo que la Madre había dicho, trajéronla de comer, y estándola ya quitando la comida de delante, porque no la podía comer, llamaron al torno, y la que fué á responder, halló en él medio melón, y no hallaron á nadie que lo hubiese traído, ni jamás se supo. De estas cosas hubo muchas más, sino que ella calló muchas. De estos regalos del Señor y del amor grande que ella en sí sentía de verdadera hija, la nacía una libertad regalada,

(1) Están tomadas estas palabras de la Relación IV. *Ibíd.* p. 156.

(2) Relación IV. *Ibíd.* p. 168.

(3) *Ibíd.* p. 170.

(4) *Vida*, cap. XXXIX.

pero llena de reverencia, y una llaneza con que hablaba con Dios como atrevidamente, como una hija suele hablar con su padre, de quien sabe que la ama tiernamente; y así descansaba con El, quejándose y regalándose, como se ve algunas veces en su vida: como es aquello del capítulo treinta y siete: «¿Cómo, Señor mío, que no basta que me tenéis en esta miserable vida, y que por amor de Vos paso por ello, y quiero vivir adonde todo es embarazos para no gozaros, sino que he de comer y dormir y negociar y tratar con todos, y todo lo paso por amor de Vos? Pues bien sabéis, Señor mío, que me es tormento grandísimo, y que tan poquitos ratos que me quedan para poder gozar de Vos, ¡os me escondáis! ¿Cómo se compadece esto en vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me tenéis? Creo yo, Señor, que si fuera posible poderme esconder de Vos, como Vos de mí, que pienso y creo, del amor que me tenéis, que no lo sufriéades; mas estaisos Vos conmigo, y véisme siempre: no se sufre esto, Señor mío; suplicoos miréis que se hace agravio á quien tanto os ama.» Y otras cosas que hay semejantes á estas. Decía que el amor de Dios trata consigo todos los bienes, y que para tenerle habíamos de desasirnos de todas las cosas y de nosotros mismos, y por ser nosotros tan caros y tan tardíos en darnos del todo á Dios, se detenía su Majestad en hacernos grandes mercedes que nos hiciera. Y que este amor no consistía en tener lágrimas, ni gustos, ni ternura, sino en servir con justicia y fortaleza y humildad. Y que se adquiriría determinándose á obrar y padecer por Dios, y haciéndolo cuando se ofreciere.

CAPÍTULO XI

De la gran caridad que tenía con los prójimos, y del fruto admirable de su oración, y de los bienes que con ella les hizo

El amor que tenía á los prójimos, como era por Dios, y mirando y amando en ellos á Dios, era al paso del que tenía á Dios. Este amor la hizo poner en tantos trabajos, y andar tantos caminos, llena de enfermedades y dolores, con fríos, aguas y nieves y calores grandes, para fundar Monasterios en que con perfección se salvaran tantas almas. Tenía mucha envidia á los predicadores y á todos los que trataban de ganar almas para Dios, porque quisiera ella hacer otro tanto, y que le fuera lícito dar voces á los reyes y señores, y á todos los hombres, y desengañarlos, y atraerlos al verdadero camino y conocimiento de su Criador, aunque le costara mil muertes.

Estimaba en mucho á todos los santos, y gustaba mucho de leer sus vidas; y cuando leía de algunos que habían convertido almas, mucha más devoción y ternura la ponían, y más envidia, que todos los martirios que padecían. Y así clamaba á Dios, que pues tantas almas llevaba el demonio, pudiesen algo sus oraciones, pues no era ella para más, y ganase alguna para su servicio. De aquí venía el estimar ella y amar mucho á todos los que se ocupaban en esto, y á todos los que veía que hacían provecho á otros, ó leyendo ó predicando ó de cualquiera manera que fuese, y compadeciase mucho de los trabajos que ellos pasaban, y deseaba que los regalasen, y ella, cuando se ofrecía, lo hacía con gran liberalidad, porque todo lo que en eso se gastase, lo tenía por muy bien gastado.

Sabiendo ella de tres ó cuatro Padres de la orden de Santo Domingo, grandes letrados, que habían de llegar á cierto lugar donde ella estaba, y donde, por la pobreza que en él había, no podían ser tratados como convenía lo fuesen personas de tanta autoridad y tan provechosas á la Iglesia, les hizo aderezar en una casa, cena y camas con todo el cumplimiento y regalo que se podía desear; y cosas semejan-

tes hizo con otros. Si estas personas estaban enfermas, hacía oración, y quería que todas, donde ella estaba, la hiciesen, porque recobrasen presto la salud, y no se perdiese nada del provecho que hacían á los prójimos. Pues cuando alguno de estos se moría, allí eran sus lágrimas y su ternura; y la que tan desasida estaba de todas las criaturas, á estos tiempos, por estar ella tan asida al Criador, hacía gran sentimiento, y aun mucho después de su muerte. Algunos años había que se había muerto el Padre Martín Gutiérrez, de la Compañía de Jesús, hombre de grandes partes y valer para el provecho de las almas, y hablando conmigo la Madre en Salamanca, y viniéndose á acordar de él, la dió á deshonra un gran dolor de que faltase un hombre que tanto provecho hacía, y con un muy tierno sentimiento me dijo: «¡Oh, váleme Dios! no había yo de querer tanto á los siervos de Dios, que así me aflige su ausencia.»

Para todo lo que he dicho bastará lo que ella sintió cuando murió el Maestro Juan de Avila, gran siervo de Dios, y gran predicador. Como lo supo en Toledo, cuando fué á fundar allí, estando en casa de doña Luisa de la Cerda, comenzó á llorar con gran ansia. Sus compañeras espantáronse de aquello mucho, porque no solía llorar en muerte de nadie; y en Segovia, adonde la dijeron de la muerte de un hermano suyo, que ella quería mucho, no la habían visto echar lágrima, sino puestas sus manos bendecía al Señor; y viéndola con un tan nuevo sentimiento, la dijeron: que pues era el Maestro Avila tan santo, y se iba á gozar de Dios, ¿por qué la daba tanta pena? Respondió: «De eso muy cierta estoy yo; mas lo que me da pena es que pierde la Iglesia de Dios una gran columna, y muchas almas un gran amparo que tenían en él, que la mía aun con estar tan lejos, le tenía mucha obligación.» Bien se puede creer esto de quien tanto amaba las almas, que decía que por bien de una sola muriera mil veces. Mas no se contentaba con deseos, hacía mucha oración y grandes penitencias, y todo lo que podía para el remedio de ellas, y fueron muchas almas ayudadas por ella. De lo cual escribió un confesor suyo estas palabras: «Pues si queremos hablar algo del gran fruto espiritual que sacan los que tratan esta sierva de Dios, sería nunca acabar, porque es gran maravilla de Dios lo que pasa: no quiero decir nada de mí, porque no lo hay por mis deméritos, aunque tengo tanta experiencia en mí mismo, que después que la trato, me ha favorecido Nuestro Señor en muy muchas cosas, que claramente veía yo ser particular ayuda de Dios, que acá dentro de mí, no puedo más dejar de tenerla por santa, que puedo decir interiormente que no la conozco.» Hasta aquí son palabras del confesor, y lo mismo dejó escrito de sí el otro confesor, cuyas palabras referí, en el capítulo quinto de este libro, largamente.

Diré yo algunas, porque nunca se vió tratar con persona alguna con particularidad, que no se mejorase su alma: y primero de las que

ella habla en el libro de su vida, apuntando solamente lo principal, pues lo demás se puede leer en el libro; y para eso pondré los capítulos en el margen. A su padre y á las monjas de la Encarnación aprovechó mucho con palabras y ejemplo. A muchas personas puso en oración, y las aprovechaba y daba libros para esto. En sus principios, estando en Becedas para curarse, un clérigo había siete años que estaba en mal estado con una mujer, con gran escándalo del lugar todo, y diciendo muy ordinario misa con todo esto, y no bastando nadie con él, porque la misma mujer le tenía enhechizado con un idolillo de cobre que le hacía traer al cuello: pudo tanto con él, que le hizo que la diese el idolillo, y con esto comenzó á aborrecer aquella mujer, y del todo la dejó, y se volvió á Dios, y mejorando su vida, murió dentro de un año (1).

Otro vino á ella que había dos años y medio que estaba en un pecado mortal de los más abominables que hay, y decía misa, y no le osaba confesar, y deseaba salir de él, y no se podía valer. Prometiéndole encomendarle á Dios y escribirle. Y á la primera carta que le escribió se confesó, y escribiéndole que había ya muchos días que no caía en aquel pecado, pero que tenía gravísimas tentaciones, que le parecía estaba en el infierno; que le encomendase á Dios. La Madre rogó á Nuestro Señor que se le aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y los demonios que se los causaban se viniesen á atormentarla á ella, con que no ofendiese al Señor. Luego se le quitaron al sacerdote los tormentos, y quedó del todo libre, y ella pasó un mes de gravísimos tormentos. Y cuando después se veía muy apretado alguna vez, leía las cartas de la Madre, y luego cesaba la tentación (2).

A dos religiosos de Santo Domingo, grandes letrados, que eran Fray Pedro Ibáñez y Fray Vicente Varrón, los animó para que se diesen á la oración, y particularmente al postrero, á quien trajo algunos recaudos que Dios la daba para él, y por quien ella hizo oración con instancia, y aprovecharon tanto, y vinieron á tanta perfección, que ella misma se espantaba, y no lo pudiera creer si no lo viera (3). A su hermana doña María de Cepeda, como ya dijimos, hablando del espíritu de profecía, sabiendo que había de morir de repente, la previno cuatro ó cinco años antes, y así se salvó. Juana Juárez, aquella monja de la Encarnación, su grande amiga, se la apareció después de muerta, y la dijo: «Por ti soy salva.» También la reveló el Señor que su padre se había de salvar por su intercesión. En el capítulo treinta y nueve cuenta otras algunas cosas, y después dice: «En esto de sacar Nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traídas á más perfección, es muchas veces, y de sacar

(1) Véase libro I, cap. VII, nota.

(2) *Vida* de la Santa escrita por ella misma, cap. XXXI.

(3) *Ibíd.*, cap. XXXIII y XXXIV.

almas del purgatorio, y otras cosas señaladas. Son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme y cansar á quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas que de cuerpos: esto ha sido cosa muy conocida y que de ello hay hartos testigos.»

Una persona principal de estos reinos estaba en un gran pecado, y deseaba apartarse de la ocasión de él, pero no tenía fuerza para ello, porque la traía cada día delante de los ojos. Mas la oración de la Madre la tuvo tan grande con Nuestro Señor, que dentro de poco tiempo lo dejó todo, y quedó libre, orando la Madre por él, y hablándole y escribiéndole, y se quitó la ocasión y escándalo, y quedó aquella alma muy aprovechada de allí adelante, y bien agradecida á Dios y á su sierva. De esto de haber salido almas del Purgatorio por su intercesión, cuenta algunos ejemplos en el mismo libro, capítulo treinta y uno, y treinta y cuatro, y treinta y ocho. Si alguna persona la venía á hablar por algún trabajo ó necesidad espiritual que tuviese, no había de tener ocupación que la quitase el acudir á ella; de todas se desocupaba luego, y aun de las necesidades propias, parecía que se olvidaba. Estando una vez en Salamanca en recreación con las hermanas después de comer, viniéronla á llamar para una mujer pobre, y á las hermanas hacíaseles de mal perder aquel rato de su conversación, de que pocas veces podían gozar por andar ella tan ocupada, y pedíanla que no las dejase; ella respondió que su recreación era el consuelo de aquellas almas, y fué luego con alegría á quien la llamaba.

A muchas personas sacó Nuestro Señor por ella de la vanidad del mundo, y las trajo á la religión y á mucha perfección. Diré de una que yo conozco, y callaré contra mi voluntad su nombre, porque es aún viva. Queríala mucho la Madre, y túvola consigo un tiempo, pero andaba metida en vanidades y desvanecimientos del siglo, lo cual la Madre sentía harto, más tratábalo muy de veras con Nuestro Señor, y disimulaba con ella. Tocaba Nuestro Señor su corazón, pero ella se volvía á lo de antes, hasta que una vez esperando para comulgar juntamente con la santa, y habiéndola ella dado un capítulo de *Contemptus mundi* (1) que leyese, y orando por ella, la tocó fuertemente, y la dió una gran luz de los yerros de su vida pasada, y confesó con el mismo confesor de la Madre, y quedó su alma consolada y renovada, y ya otra. Y poco á poco se mudó tanto, que la vinieron grandes deseos de perfección y de religión, con haberla siempre aborrecido sobremanera; y dejando del todo las galas, que eran grandes las que traía, y dándose á oración y á lección de libros santos, vino con grandísimo consuelo de la Madre, y con gran admiración de toda la ciudad, á entrar en el primer Monasterio, que fué San José de Avila. Fueron tales sus principios, que dice la Madre

(1) *La Imitación de Cristo*.

en el capítulo treinta y nueve de su *Vida*, hablando de algunas monjas suyas de poca edad, y mucho aprovechamiento: «Cuán de buena gana les doy yo la ventaja, y había de andar avergonzada delante de Dios, porque lo que Su Majestad no acabó conmigo en tanta multitud de años como ha que comencé á tener oración, y me comenzó á hacer mercedes, acabó en ellas en tres meses, y aun con algunas en tres días.» Esta de los tres días es la que ahora decimos, y tales han sido los medros después, como yo pudiera decir, si quisiera hablar de los vivos. Todo esto confiesa ella ser fruto de las oraciones de la Madre Teresa de Jesús, y tiene razón, porque ella misma le escribió una vez, que estaba por decirle que la debía su salvación.

Esta es la primera manera en que se mostró la gran caridad que tenía á los prójimos, haciendo tanto bien á las almas, así á las de esta vida, como á las del purgatorio. Y no la costaba esto poco trabajo; porque hacía, cuando se ofrecía esto de saber que alguna alma estaba en pecado, mucha oración en aquellos días, y fuera de eso el demonio la hacía cuanto mal podía, y andaba algunas veces de manera que hacía lástima á las monjas. Dábanla allá en lo interior gran batería, cuando por ella se convertía alguna alma, y algunas veces en el cuerpo muchos golpes, y amenazábanla que se habían de vengar de ella. Y así cuando ella veía que alguna alma de estas se mejoraba, luego veía y lo decía, que lo había de pagar.

La segunda es el bien que hizo á los prójimos en sus cuerpos, y de este habemos dicho algunas cosas en el discurso de su vida. A una persona que había perdido la vista casi del todo, se la volvió el Señor por su oración. Un deudo suyo estaba de la orina tan malo, que había dos meses que pasaba terribles dolores, y estaba en un tormento que se despedazaba. Fuéle á ver por mandado de su confesor, y húbole gran lástima, y comenzó con gran instancia á pedir su salud al Señor, y luego quedó el enfermo sano del todo (1). De las enfermas tenía grandísimo cuidado, mostrábalas grande amor, y hacíalas todo el regalo que, con la pobreza de casa, se podía; y si no bastaba, holgaba que se buscara fuera para esto, y que en ninguna manera las faltase lo necesario, y así socorría el Señor muchas veces maravillosamente aquellas necesidades.

Desocupábase cuanto podía para estar con ellas y consolarlas, hacía que las echasen en la cama colchón, y colchones, si era menester, y la mejor ropa y más limpia que había en casa, y hacía que las hermanas las visitasen y diesen alguna recreación. Dejó escrito en un papel suelto, que vió á Nuestro Señor una vez estando en Malagón, y entre otras cosas la dijo que particularmente tuviese cuenta con las enfermas, y que la Prelada que no proveía y regalaba á las enfermas, era como los amigos de Job, porque él daba el azote para

(1) *Vida*, cap. XXXIX.

bien de sus almas, y ellas ponían en aventura la paciencia de las enfermas. Acontecía alguna vez, á los principios de San José de Avila, no haber para todo el convento más de un huevo ó dos, ó cosa semejante, y ella decía que se diese á quien tenía más necesidad. Las monjas juzgaban que ella la tenía, por tener tantas enfermedades; pero jamás lo admitía, diciendo: que ella no tenía necesidad, porque más quería que lo comiesen ellas, y los trabajos que podía tomar, los tomaba por quitárselos á ellas.

Estando en la fundación de Burgos, en un hospital donde vivió un poco de tiempo, estaba muy mala y con mucho hastío; y dijo una vez que comería de unas naranjas dulces, y el mismo día la envió una señora unas pocas muy buenas. Ella, en viéndolas, echóselas en la manga, y dijo que quería bajar á ver un pobre que se había quejado mucho, y reparte todas las naranjas á los pobres. Sus compañeras la dijeron que cómo se las había dado: respondió con mucha alegría, que se le echaba bien de ver en la cara: «Más las quiero yo para ellos que para mí; vengo muy alegre, que quedan muy consolados.» Otra vez la trajeron unas limas, y como las vió, dijo: «Bendito sea Dios, que me ha dado qué lleve á mis pobrecitos.» Curaban á uno un día de unas postemas, y daba tan grandes voces, que atormentaba á los otros enfermos. La Madre, compadeciéndose de él, bajó allá, y viéndola el pobre, calló. Díjole: «Hijo mío, ¿cómo dáis tales voces, y no lo lleváis por amor de Dios con paciencia?» Respondió él, que le parecía que se le arrancaba el alma; pero á un poco que la Madre estuvo allí, se le quitaron los dolores, y después, aunque le curaban, nunca le oyeron quejar. Hallábanse tan bien los pobres con ella, que rogaban á la hospitalera que les llevase muchas veces aquella santa mujer, que les consolaba mucho sólo verla. Y cuando se fué del hospital la Madre, los halló la hospitalera llorando. Allá en sus principios, en la Encarnación, tenía determinado que no se le había de pasar día ninguno sin hacer alguna obra de caridad particular, y cuando había estado ocupada y no la había hecho, si sentía á la noche pasar alguna monja á obscuras por una escalera, salía, y alumbrábala por no dejar de hacer algo aquel día en bien del prójimo.

La tercera manera en que mucho resplandecía su gran caridad, y en alguna manera más que en las dos pasadas, es en el amor que tenía á todos los que la perseguían y querían mal. Porque era tan grande su caridad, que en haciéndola alguno algún mal, por el mismo caso le cobraba más particular amor que á otros, y recibía un gusto particular en encomendarle á Dios. Supo de algunos que á personas muy graves habían dicho de ella cosas muy pesadas, y la venganza que de ellas tomó, fué amarlas más y encomendarlas más de veras al Señor.

De nadie consentía decir mal, pero mucho menos de los que la hacían mal, aunque fuese de burla, porque quería que hablasen bien

de ellos siempre, y los disculpasen. A todos los que la estorbaban en sus fundaciones, ó la perseguían con obras ó con palabras, les alababa y disculpaba cuanto podía, y ponía en esto particular cuidado, y todo lo echaba á buena parte, y así quería que lo echasen todos. Esto vieron muchas veces los que andaban con ella y la trataban, porque se le ofrecían muchas ocasiones. Y no se contentaba con esto: toda la buena amistad y todo el regalo que les podía hacer hacia, hasta vencerles con buenas obras, siguiendo el consejo del Apóstol San Pablo, que dice: «No te dejes vencer del mal, sino con bien vence el mal» (1).

Saliendo una vez de Avila para Medina y Valladolid, diéronla, para que la acompañase, un fraile de los más contrarios que ella tenía, y que andaba con hartó cuidado para mirar todo lo que hacía, y contradecir sus cosas. Ella recibió esta compañía como de la mano de Dios, porque venía de la obediencia, y iba por el camino tratando con él, con un amor y alegría que se espantaban los que iban con ella, y regalábale con lo que podía, y dábale imágenes y estampas que traía en el breviario, y hacíale muchos ofrecimientos. Dióle también una imagen del Espíritu Santo, con que tenía mucha devoción, y no la había querido dar á otras personas, y decíale que se la daba á él por lo mucho que le quería.

Cerca del camino por donde iban, había un monasterio de la misma orden, y los que en él estaban eran hartó contrarios á las cosas de la Madre, porque entonces había división, como arriba dijimos, por no estar bien entendidas las cosas, pretendiendo todos, como se debe creer, el bien de la orden y el servicio de Dios. Ella, sabiendo esto, procuró la llevasen por allí, aunque se había de rodear alguna legua, y en llegando allá, como se supo que ella estaba allí, nadie pareció. Ella les hizo llamar á todos, y á cada uno por sí habló con tanto amor, que parecía los quería meter en su alma; y con esta alegría estuvo con ellos desde misa hasta la tarde que se partió, y ellos la salieron acompañando fuera del lugar, y decían que les causaba ternura y soledad verla ir tan presto, y estaban maravillados y confusos de tanta santidad. También al Padre que la acompañaba venció de tal manera, que le pesó hartó cuando acababa la jornada, y la dijo que si quería servirse de él para pasar más adelante, que le sería mucho regalo.

Cuando personas graves la querían mal, ó sentían mal de ella ó de sus cosas, buscábalas, si estaban en parte donde se pudiese hacer, y trataba con ellas las cosas en que más reparaban, y satisfacíalas, y dejábalas muy llanas y amigas. Pero lo que á esta parte toca, mejor se entenderá cuando tratemos de la paciencia y alegría que tuvo en los trabajos y persecuciones.

(1) Rom. XII, 21.

CAPÍTULO XII

De la gran devoción que tenía al Santísimo Sacramento del Altar

La devoción que tenía al Santísimo Sacramento, era singular. Vese bien en cuatro cosas. La primera, que cuando ella hacía algún Monasterio, lo que le daba particularísimo contento, y lo que mucho la animaba á sufrir los trabajos de los caminos y los demás que se ofrecían, era que hubiese una iglesia más, en que hubiese este Sacramento. Y lloraba mucho la ceguedad de los herejes de estos tiempos, que destruían las iglesias y casas donde era adorado y recibido, y sentía tiernamente todos los desacatos que se le hacían entre fieles é infieles. Cuando fundó en Medina, no podía dormir de noche, sino levantábase muchas veces á mirar el Santísimo Sacramento, temiendo no hubiese algún hereje secreto de los extranjeros, que le quisiese hacer alguna injuria; y hasta que se puso como había de estar, estaba su corazón temblando por el Arca de Dios, como se escribe del sacerdote Heli (1).

La segunda, que muchas de las revelaciones que tuvo fueron queriendo recibir, ó habiendo recibido el Sacramento.

La tercera, que vió muchas veces en la hostia consagrada al mismo Señor, que verdaderamente está debajo de aquellos accidentes de pan.

La cuarta, que desde antes que saliese de la Encarnación á fundar estos Monasterios, comulgaba ordinariamente cada día, y esto con consejo y autoridad de muchos y muy grandes letrados con quien lo trató, siendo, cuando ella lo comenzó, una cosa que en aquella casa no se usaba, antes le recibían de tarde en tarde; y con su ejemplo se comenzó en ella á frecuentar harto este Sacramento. Dió en este tiempo Nuestro Señor muestras que gustaba de que ella comulgase cada día, porque teniendo ella, entre otras enfermedades, dos vómitos cada

(1) I. Reg. IV, 13.

día, uno á la mañana y otro á la noche, el de la mañana se le quitó del todo presto, y nunca más le tuvo, y el de la noche le duró toda la vida. Pero recibíale con tanta pureza de alma, que aun antes que de veras se volviese á Dios, jamás le recibió sin confesarse primero, si entendía que tenía algún pecado venial, aunque no fuese más de uno. Obraba en ella grandes efectos, veíale muchas veces con tan gran majestad, que no podía dudar que fuese El verdaderamente, y quedaba su alma que se deshacía, del amor y alegría que sentía. Cuando tenía tentaciones y andaba apretada, ordinariamente en acabando de comulgar, y algunas veces en llegando al Sacramento, en un punto se deshacían las tinieblas del alma, y quedaba buena ella, y el cuerpo sin dolores. Y esto de quedar el cuerpo bueno y sin dolor cuando comulgaba, era muy muchas veces.

Veníanla muchas veces unos deseos tan grandes de recibir á nuestro Señor, que no se podía valer, ni bastara con ella cosa del mundo, ni peligro, ni trabajo que hubiera de pasar, para dejarle de recibir; pero por obediencia, ó por entender que Nuestro Señor lo quería así, dejábalo fácilmente y sin pesadumbre. Y así, preguntándola una vez una hermana en Avila si tenía muchas ansias por comulgar, porque estaba tan mala que había un mes que no comulgaba, respondió que no, y que considerando que Dios lo quería así, estaba su alma como si cada día comulgara.

Tenía devoción de comulgar el domingo de Ramos, siempre con esta consideración, que había sido mucha la crueldad que habían hecho los judíos aquel día, en dejar ir á Jesucristo Nuestro Señor á comer tan lejos, á Bethania, después de tan gran recibimiento; y así ella hacía esta cuenta, que quería convidar á comer al Señor, y que se quedase con ella, y para esto aparejaba su alma lo mejor que podía para hospedarle. Y un día de estos, habiendo ya treinta años que tenía esta devoción, en tomando en la boca el Santísimo Sacramento quedó con tan gran suspensión, que no le podía pasar, y teniéndosele en la boca, cuando volvió un poco en sí, la pareció verdaderamente que toda la boca se le había henchido de sangre, y parecíala que todo el rostro y toda ella estaba cubierta de la sangre misma caliente, como si entonces se acabara de derramar; y era excesiva la suavidad que entonces sentía, y díjola el Señor: «Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con gran deleite, como ves. Bien te pago el convite que me hacías este día (1).

(1) La Santa Madre refiere esta merced, que recibió del Señor el 8 de Abril de 1571, hallándose en el monasterio de Salamanca, con estas palabras. «El día de Ramos, acabando de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera, que aun no podía pasar la Forma, y teniéndomela en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había henchido de sangre; y parecíame estar también el rostro y toda yo cubierta de ella, como si entonces

Un día estando en Sevilla, en acabando de comulgar, la pareció que verdaderamente su alma se hacía una cosa con el cuerpo del Señor, á quien también vió entonces, y quedó de esta visión con grandes efectos en su alma, y con gran aprovechamiento. Decía que cuando ella veía una grandeza tan alta, disimulada en cosa tan pequeña como es la hostia, se admiraba mucho de tan gran sabiduría, y que no sabía cómo la daba el Señor ánimo y esfuerzo para llegarse á Él; y que si el que la ha hecho tan grandes mercedes, no la diese ánimo para detenerse é irse á la mano, no fuera posible poderlo disimular, ni dejar de decir á voces tan grandes maravillas (1). También decía que de todas cuantas maneras quisiera comer el alma, hallará en este Sacramento sabor y consolación, y que no hay necesidad, ni trabajo, ni persecución que no sean fáciles, si comenzamos á gustar de El. Una vez, recibiendo el Sacramento, vió claramente cómo en entrando, apartaba de su alma todos los nublados que había en ella, y la dejaba con grandísima claridad.

Aquellos años que estuvo en San José de Avila, antes de fundar en Medina, los más días que recibía á Nuestro Señor, se quedaba elevada, que no se podía á veces quitar de la ventanica, por donde le recibía, si no la quitaban. Y en Toledo la aconteció á la sacristana, no entendiendo lo que hacía, ponerse con todas sus fuerzas para asentar á la Madre, que estaba en pie arrimada á la pared y fuera de sí, y tomarla por las manos, y era como si fuera de piedra, y no había menearla hasta que volvía en sí (2).

acabara de derramarla el Señor. Me parece estaba caliente, y era excesiva la suavidad que entonces sentía, y díjome el Señor.—*Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózase tú con gran deleite como ves; bien te pago el deleite que me hacías este día.* Esto dijo, porque ha más de treinta años que yo comulgaba este día, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar á el Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibimiento, dejarle ir á comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, según ahora veo. Y así hacía unas consideraciones bobas, debíalas admitir el Señor; porque esta es de las visiones que yo tengo por muy ciertas, y así para la comunión me ha quedado aprovechamiento.

Antes de esto había estado, creo yo tres días, con aquella gran pena, que traigo, más unas veces que otras, de que estoy ausente de Dios, y estos días había sido bien grande, que parecía no lo podía sufrir; y habiendo estado así harto fatigada, vi que era tarde para hacer colación, y no podía; y á causa de los vómitos, háceme mucha flaqueza no la hacer un rato antes, y así con harta fuerza, puse el pan delante para hacérmela para comerlo, y luego se me representó allí Cristo, y parecíame que me partía del pan y me lo iba á poner en la boca, y díjome.—*Come, hija, y pasa como pudieres; pésame de lo que padeces, mas esto te conviene ahora.* Quedé quitada aquella pena y consolada, porque verdaderamente me pareció estaba conmigo, y todo otro día, y con esto se satisfizo el deseo por entonces. Esto de decir *pésame*, me hizo reparar, porque yo no me parece puede tener pena de nada. *Cfr.* La Fuente, *Obras*, t. I, pág. 156, 157.

(1) *Vida*, cap. XXVIII.

(2) Julián de Avila, que solía acompañar á la Santa en sus fundaciones, ates-

En Avila, un día de San José, estando en el coro, después de comulgar la vieron levantarse en el aire dos ó tres palmos del suelo. Desde sus principios cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su casa al Señor, procuraba esforzar la fe para creerlo así, y desocupábase de todas las cosas exteriores cuanto la era posible, y entrábase con él; procuraba recoger los sentidos y estarse con su Señor á solas. Considerábase á sus pies, y lloraba como la Magdalena, ni más ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del fariseo. Y estábase allí, aunque no sintiese devoción, hablando con El. Decía que, pues sabíamos cierto que estaba dentro de nosotros, mientras el calor natural no consumía los accidentes del pan, no habíamos de perder tan buena coyuntura para tratar con el Señor, sino llegarnos á Él, y estarnos con Él, sin ocuparnos en otra cosa un buen rato, y esto encargaba mucho. Y decía que si cuando andaba en el mundo, con sólo tocar su ropa sanaban los enfermos, qué había que dudar sino que hará milagros estando dentro de nosotros, si tenemos fe viva, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa. Y que no suele su Majestad pagar mal la posada si le hospedan bien, ni viene tan disimulado que no se descubra algo á quien le sabe bien recibir, que tiene muchas maneras de mostrarse al alma. Y que este es muy buen tiempo para negociar con el Señor, y para que nos enseñe, porque se sirve El mucho que le tengamos compañía, y así que en ninguna manera le perdamos; pero que si le dejamos luego en comulgando, y nos vamos á otras cosas, no nos quejemos cuando viéremos poco aprovechamiento en nuestra alma (1).

Tenía grandísima curiosidad en que todo lo que tocaba al servicio de este Sacramento, estuviese muy cumplido y limpio y bien aderezado, como es la iglesia, el altar y frontales y ornamentos y cálices y corporales, como se ve en todos sus Monasterios, por pobres que sean; y cuando estaba con grandes señoras y la ofrecían muchas cosas, á lo que se acodiciaba eran pastillas y pebetes para el Santísimo Sacramento, y procuraba fuesen los mejores que había.

De esta devoción que tenía al Santísimo Sacramento veníala grande y entrañable reverencia que tenía á los sacerdotes, por ser ellos los que le consagran. Hincábase muchas veces de rodillas delante de ellos, y pedíales la mano y la bendición. Llegando una vez de camino á Malagón y apeándose en medio de la plaza donde estaba el Monasterio, estaba allí el capellán de la misma casa, y con ser de

tigua en los procesos de su Canonización, que: «Casi todos los días le administraba él la sagrada comunión y después de ella quedaba de ordinario arrobada en éxtasis. Durante aquel tiempo le colmaba el Señor de tan singulares favores que los que ella confiesa haber recibido, creo son muy poca cosa comparados con los que Dios se dignó concederla.» (Cfr. Federico de San Antonio: *Vita di Santa Teresa di Jesús*, lib. III, cap. VI.)

(1) *Camino de Perfección*, cap. XXXIV.

no mucha edad, y estar allí mucha gente delante, se puso de rodillas delante de él y le pidió la bendición. De esta misma devoción y de la experiencia grande que tenía de lo que este divino Sacramento obra en las almas que con buena disposición le reciben, vino el ordenar que sus monjas le recibiesen tantas veces, como vimos en el libro segundo. Y fuera de aquéllas mandó que cada monja comulgase todos los años el día en que tomó el hábito, y en el que hizo profesión. Y aunque esto no estaba en las constituciones, quiso que tuviese la misma fuerza que si en ellas estuviera, y para que se supiese su voluntad, una vez que se lo preguntaron, pidió tinta y papel, y lo escribió y firmó de su nombre. Y es esto ciertísimo, y ahora muchas lo saben; pero para que no lo ignoren las que vinieren adelante, me pareció dejarlo escrito aquí.

CAPÍTULO XIII

De la gran devoción que tenía con los santos, y cómo fué muy favorecida de ellos

La devoción de los santos es sin duda ninguna un gran don de Dios nuestro Señor, y una muy señalada merced que hace á quien se la da, y una de las buenas prendas que en esta vida los hombres tienen de su salvación. Porque los santos son muy amigos de sus amigos, y Dios lo es mucho más de ellos; ellos no se olvidan de rogar por la salvación de los que se les encomiendan, ni Dios, á tan grandes y fieles amigos suyos, dejará de oír. Pues no faltó este don de Dios en esta bienaventurada alma, á quien El había dado otros muchos, antes resplandeció maravillosamente en ella desde sus principios. Sus vidas leía de muy buena gana, y se consolaba y animaba mucho con ellas, y en su breviario traía una lista de aquellos á quien tenía más particular devoción, la cual pondré aquí por la orden que ella la traía escrita, porque sé que habrá quien guste de saber esta particularidad.

Nuestro padre.	San José.	El Sto. Job.
San Alberto.	Sta. María Magdalena.	San Gregorio.
San Cirilo.	Los diez mil mártires.	Sta. Clara.
Todos los santos de		Sta. María Egipcíaca.
nuestra orden.	San Juan Bautista.	Sta. Catalina de Sena.
•	San Juan Evangelista.	Sta. Catalina Mártir.
Los ángeles.	Stos. Pedro y Pablo.	San Esteban.
Y el de mi guarda.	San Agustín.	San Hilarión.
Los Patriarcas.	Santo Domingo.	San Sebastián.
	San Jerónimo.	Sta. Ursula.
	El Rey David.	Sta. Ana.
	San Francisco.	Sta. Isabel de Hungría.
	San Andrés.	El santo de la suerte (1).
	San Bartolomé.	San Angelo.

(1) Es decir: El Patrón de mes. Sabida es en efecto la piadosa costumbre,

No se pone en estos santos nuestra Señora, como ni Cristo Nuestro Señor, porque eso no era menester, por ser cosa tan clara y sabida, y la devoción que tenía con nuestra Señora era particularísima y tiernísima. Túvola ésta desde su primera edad, porque como dijimos al principio del libro primero, cuando se murió su madre, quedando ella niña, se fué á una imagen de nuestra Señora, y la suplicó mucho que ella fuese su madre, y creció siempre la devoción con los años, porque siempre halló en ella madre verdadera. La de San José fué también siempre muy tierna, y así en sus libros se ve con cuánto gusto hablaba de él, y con cuánto agradecimiento, y cuánto encomienda á todos la devoción de este santo (1).

muy generalizada en las comunidades religiosas, y aun en las familias cristianas, de repartir cada mes, á los diversos miembros que las componen, una cedulita que contiene el nombre de algún Santo, al cual ha de honrar de un modo especial aquel á quien ha cabido en suerte.

(1) Véase, como prueba de lo que dice el P. Ribera, el siguiente pasaje tomado de su *Vida*, cap. VI. «Tomé, dice, por abogado, y señor al glorioso San José, y encomendéme mucho á él. Vi claro, que así de esta necesidad, como de otras mayores, de honra y pérdida de alma, este Padre y Señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo; de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que á otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso Santo tengo experiencia, que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, á quien yo decía se encomendasen á él, también por experiencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente, y bien, aunque con buen intento; mas esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones, y con muchas faltas: para el mal y curiosidad y vanidad tenía gran maña y diligencia; el Señor me perdone. Querría yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme ha algunos años que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la petición, él la endereza, para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo á mí, y á otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas será corta más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discreción. Sólo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso patriarca, y tenerle devoción; en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino. Plega al Señor no haya yo errado en atreverme á hablar en él; porque aunque publico serle devota, en los servicios y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar, y no estar tullida; y yo como quien soy, en usar mal de esta merced.

En las fiestas de los Santos tenía particular devoción, y celebrábalas con alegría, y solía algunas veces hacer coplas en loores de ellos para que las cantasen las hermanas, y holgaba que ellas también las hiciesen, aunque ni tenía ni quería que tuviesen mucha cuenta con el rigor de los consonantes, porque aquel cuidado no las estorbáse para la devoción. El día de San José hacía gran fiesta, y con gran solemnidad desde sus principios en la Encarnación. La devoción de nuestra Señora y la de este Santo, cuán grande haya sido, cuando no hubiera más, se echa bien de ver en los Monasterios que fundó, que todos ellos eran del hábito y orden de nuestra Señora, y para gloria suya se hacían, y la advocación de casi todos era del glorioso San José (1). Pero con todos los santos dichos la tuvo muy grande, y esto se vió bien en los grandes favores que de ellos tuvo. De las veces que vió á nuestra Señora y á San José, y cuánto la agradeció nuestra Señora la devoción que con su Santo esposo tenía, dijimos ya en el libro primero.

San Pedro y San Pablo la prometieron que no la dejarían engañar del demonio, y se la aparecían muchas veces. Santa Clara también se la apareció, y la dijo que fuese adelante, que ella la ayudaría. A San Alberto, santo de su orden, vió también muchas veces. Los diez mil mártires, de quien era muy devota, se le aparecieron un día, y la dijeron que la vendrían á acompañar á la hora de su muerte, para que gozase de la misma gloria que ellos, como lo dijimos al fin del libro tercero, y esto se supo de boca de la misma Madre.

El Santo Padre Fray Pedro de Alcántara hartas veces se le apareció después de su muerte, y la avisó de cosas que había de hacer.

Saliendo de San José de Segovia para venir á Avila, quiso visitar primero el Monasterio de los Padres de Santo Domingo, que se llamaba Santa Cruz, porque hay en él una capilla donde el glorioso Padre hizo penitencia, y derramó mucha sangre. Entró en ella acompañándola el Padre Prior y el Padre Fray Diego de Yanguas, con quien entonces se confesaba, y llegándose á hacer oración al altar, echóse en tierra y quedóse en grande oración, y en ella vió á su lado izquierdo al glorioso Padre Santo Domingo. Viendo esto el Padre Fray Diego de Yanguas, llamóla, y ella se levantó bañada en lágrimas, aunque disimulándolas lo mejor que pudo, como solía en casos semejantes. Confesóla el mismo Padre, y dijo misa, y comulgóla, y después quedándose ella en oración, vió, como primero, á Santo Domingo á su lado izquierdo, y preguntóle que por qué se ponía allí. Respondió el santo: «Este otro lugar es para mi Señor.» Y luego vió á la mano derecha á Cristo Nuestro Señor, y después

(1) De los 17 monasterios de Religiosas que fundó la Santa Madre, 12 llevan la advocación de San José. En todos solía colocar, sobre la puerta de entrada, las imágenes de la Virgen Santísima y de su virginal esposo.

de haber estado un poco con ella, apartóse el Señor diciéndola: «Huélgate con mi amigo.»

Estúvose allí la Madre como dos horas, y el Santo siempre con ella, diciéndola lo mucho que se había holgado con su venida, y contando los trabajos que había padecido en aquella capital, y las mercedes que Nuestro Señor en ella le había hecho, y asíóla de la mano prometiéndola de ayudarla mucho en las cosas de su orden, y diciéndola otras palabras de mucho consuelo y regalo. Decía después la Madre que la había hecho Dios allí tanta merced, y que había tenido tan gran consuelo, que no quisiera salir de aquella capilla. En una carta suya hállanse estas palabras: «Es hoy día de San Martín, de quien soy devota, porque en esta octava he recibido algunas veces hartas mercedes del Señor, no sé qué lo hace.»

CAPÍTULO XIV

De la gran confianza y fe que tenía en Dios, y de la grandeza de su ánimo

Estas dos virtudes me parece poner juntas, porque ellas lo andan, y la una ayuda á la otra, y de ellas salen efectos maravillosos. Estas resplandecieron notablemente en la Madre Teresa de Jesús, y vense muy claras en las grandes obras que emprendió, á juicio de los hombres, imposibles, y en el gran ánimo con que las prosiguió y acabó. ¿Quién pensara jamás que una mujer sola, metida en un Monasterio con tantas ataduras de su religión y de la obediencia, sin favor humano, sin dineros; y fuera de eso, con tantas contradicciones, había de ser Madre de tantas y tan buenas hijas, y fundadora de tantos Monasterios y renovadora de una orden que tantos años había que estaba en aquel estado en que ella la halló? ¿Qué hombre hubiera tan fuerte que osara á prometer cosas tan grandes? ¿Quién las osara emprender? ¿Quién no desmayara, después de emprendidas, con tantas dificultades y estorbos y desvíos y persecuciones?

Cuando fundó la primera casa en Avila, ni la espantó la gran contradicción que la habían de hacer en su Monasterio y orden, ni los castigos que la podían dar, ni la tempestad que se levantó en la ciudad, juntándose contra ella lo seglar y lo eclesiástico. Nada temía, sino la ofensa de Dios. Respondiendo á unas personas graves, que la amenazaban que no la habían de ayudar en sus negocios, si no hacía cierta cosa que la pedían, escribió estas palabras: «Para acabar conmigo lo que me piden, habíanme de decir que había escrupulo en no lo hacer, porque no lo habiendo, nada temo.» Y no era mucho no temer á los hombres, porque ni á los demonios temía, poco ni mucho. Decía que si ella servía á Nuestro Señor, á quien los demonios y todas las criaturas están sujetas, ¿por qué había de temer á nadie, y por qué no había de tener fortaleza para combatir con todo el inferno? Y la acontecía desafiar á todos los demonios, y decir que viniesen á ver qué la podían hacer.

Ningún trabajo ni dificultad la espantaba, de manera que dejase de acometer cualquier cosa, como en ella viese mayor servicio de Dios; y si después de haber trabajado mucho en ella, entendía que Nuestro Señor se servía más de que se dejase, la dejaba con tanta facilidad y tan sin pena, como si no hubiera hecho nada en ella. Por grandes trabajos que la viniesen, y persecuciones, no lloraba (con ser esto tan ordinario en mujeres), ni decía palabras de aflicción ni de dolor. En la fundación del primer Monasterio, como ya dijimos en su lugar, hacía obras en que se gastaban muchos dineros, sin tenerlos, sin saber de dónde los podría haber, con la confianza que tenía en Dios. Sólo un cuarto tenía en casa cuando comenzó la obra de acomodar la iglesia, que tuvieron antes de la de ahora, y eran menester para ello muchos reales. Lo mismo fué en la casa que compraba en Medina, y en otras de los Monasterios que hizo. Cuando entró en Sevilla á fundar, no entró más que con una blanca, no conociendo á nadie que la ayudase; mas no desmayó por eso, ni dejó de ir adelante, y antes que de allí saliese, dejó comprada casa de seis mil ducados.

Cuando salió de Avila á la fundación del segundo Monasterio, para dejarlas acomodadas de huerta y casa, no dudó de adeudarse en nueve mil reales. Estaba tan firme en que no podía faltar Dios á quien le sirve, y en que sus palabras jamás faltarían, que no podía temer la pobreza, y se afligía por eso de que la dijese que tuviese renta. No hacía caso de las ayudas del mundo, para poner en ellas la esperanza: decía que eran como unos palillos de romero seco, que echando algún peso encima, luego se quiebran. Y que el verdadero amigo, en quien se había de esperar, era Cristo Nuestro Señor. Y con esto hallábase con un señorío que la parecía podría resistir á todo el mundo que fuese contra ella, como no la faltase Dios. Cuando andaban las cosas de su orden en gran riesgo, y la venían nuevas de que los negocios iban perdidos, y verdaderamente lo parecía, estaba con un ánimo y confianza tan grande, que no sólo no era menester que á ella la consolasen, sino que ella las consolaba á todas, y las decía que no tuviesen pena, que todo se haría muy bien; y cuando á todos parecía que ya no había esperanza, ella salía con mucha confianza, y decía que todo aquello era por mejor.

Caminando con aguas y nieves, y grandes trabajos, y con muy mala comodidad de todo, animaba á todos los que iban con ella, y decía que tuviesen buen ánimo, que aquellos días eran muy ricos para ganar el cielo. Si había algún paso peligroso, holgaba de pasar ella la primera, como lo contamos en la fundación del Monasterio de Burgos. Viniendo una vez desde Avila á Medina, anocheciola junto á un río, y vino una terrible obscuridad, de manera que los que iban con ella, no se atrevían á pasar, y estando suspensos dijo: «No sería bien estarnos aquí al sereno; comiencen á pasar y encomienn-

dense á Dios.» En entrando ella les pareció una luz como de hacha que estaba un poco lejos, y les alumbró hasta que pasaron el río y el peligro.

Con esta gran confianza que tenía en Dios, salía con cuanto quería, y hacía cosas muy grandes, porque aunque la fuesen contrarias personas muy poderosas, y hubiese en los negocios grandes dificultades, se animaba y animaba á los demás, diciendo que no bastaba todo el mundo á deshacer lo que Dios hacía, ó para que se dejase de hacer lo que El quería que se hiciese. Para esta confianza decía, que la había ayudado mucho conocer las mercedes grandes que Dios la había hecho, porque á no conocerlas, no tuviera ánimo para ponerse en las grandes cosas que se puso, y así decía que no era buena humildad dejar de conocer las mercedes que de Dios habíamos recibido. Llegando una vez á una aldea, ofrecíasele una duda muy dificultosa, que para desatarla era necesario tener letras y espíritu; y como se hallaba donde no había lo uno ni lo otro, ni sabía qué se hacer, puso en Dios su confianza, y determinó consultar al cura del lugar y seguir lo que la dijese, esperando cierto que aunque no tenía letras, la hablaría el Señor por él, pues no tenía otro á quien acudir. Y así fué, porque lo que el cura la respondió, fué lo que después la respondieron grandes teólogos.

CAPÍTULO XV

De la profunda humildad interior que tenía

Cuán grande y cuán profunda haya sido su humildad interior y exterior, puédesse bien conocer por lo que habemos dicho de cuán alta la puso Dios, porque no vienen á estar tan altos sino los que se humillan mucho. Esta virtud fué en ella tan aventajada, y echóse siempre tanto de ver, que nunca acabaría quien hubiese de decir todo lo que de ella hay. Pero repartiré lo mucho que en este caso sé en dos partes, hablando primero de la interior y después de la exterior. Humildad interior llamo la baja opinión que ella tenía de sí, como por sus palabras se manifiesta bien, y exterior la que mostró en otras obras. Esta humildad interior se muestra harto en lo que tantas veces habla de sus pecados, y con tanto encarecimiento, habiendo sido tan pequeños y tenido tantas razones para excusarse. Y no se contenta con llorarlos y encarecerlos, sino que dice de esta manera en el capítulo diez de su vida, queriendo comenzar á escribir lo que nuestro Señor la dió: «A quien suplico por amor del Señor, que lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida y pecados lo publiquen. Desde ahora doy licencia á todos mis confesores, que así lo es á quien esto va, y si quiesieren, luego en mi vida, porque no engañe más al mundo, que piensan hay en mí algún bien. Y cierto, cierto, con verdad digo, á lo que ahora entiendo de mí, que me darán gran consuelo. Para lo que de aquí adelante dijere no se la doy: ni quiero, si á alguien lo mostraren, digan quién es, por quién pasó, ni quién lo escribió, que por esto no me nombro, ni á nadie, sino escribirlo he lo mejor que pueda, para no ser conocida, y así lo pido por amor de Dios.»

Lo que dice aquí ella lo hiciera, que era escribir sus pecados; sino que no la dieron licencia para ello, como lo dice al principio del mismo libro. Lo mismo hizo siempre con sus confesores y con sus Prelados, en confesión y fuera de ella, y esto decía que hacía porque supiesen quién era, y no anduviesen engañados con ella, ni hiciesen de ella más confianza de la que se debía hacer. En el fin del

mismo libro dice que, osa decir con verdad, que ha sentido más en escribir las mercedes que el Señor la había hecho, que en escribir sus pecados. Por humildad (aunque no era aquella verdadera, pero, en fin, nacía de corazón humilde, y que sentía de sí bajamente) dejó un año de tener oración, teniéndose por indigna de tenerla, y recibir de Dios las mercedes que recibía, sirviéndole tan mal. También á los principios, como veía que entendía todo lo que los libros espirituales dicen de la oración, por alto que fuese, no los leía, porque juzgaba ser poca humildad pensar ella que había llegado á aquellos grados de oración que allí se ponen; y quería más leer en las vidas de los santos, porque con los ejemplos de ellos se confundía (1). Atormentábala mucho ver que hacían mucho caso de ella, especialmente personas principales, y cuando pensaba que las mercedes que Dios la hacía se habían de saber en público, érala un dolor intolerable. Y por esto se quiso ir de Avila, y dotarse en otro Monasterio de su orden, muy lejos, por estar donde nadie la conociese; pero no la dejaron sus confesores, porque la tenía Dios guardada para más. Y no sólo deseó esto, sino salir á ser freila, y servir como tal en los oficios más bajos y trabajosos de casa; y lo hiciera, si la dieran lugar para ello.

Dió un tiempo en suplicar á Nuestro Señor, y hacía oración particular para ello, que cuando á alguna persona le pareciese algo bien en ella, le descubriese su Majestad los pecados que ella había hecho, para que se viese cuán sin merecimiento suyo la había Dios hecho aquellas mercedes; y ella, en fin, por rodeos ó como podía, daba á entender sus pecados á quien veía que pensaba bien de ella, y no descansaba hasta hacer esto, y duró en ello hasta que los confesores la pusieron grande escrúpulo (2). A un confesor escribió una vez una carta, y en ella, al cabo, estas palabras: «Yo digo á V. m. que aquí hay una gran comodidad para mí, que yo he deseado hartos años ha, que aunque el natural se halla solo, sin quien le suele dar alivio, el alma está descansada. Y es que no hay memoria de Teresa de Jesús más que si no fuese en el mundo. Y esto me ha de hacer no procurar irme de aquí, si no me lo mandan, porque me veía desconsolada algunas veces, de oír tantos desatinos, que allá en diciendo que es una santa, lo ha de ser sin pies ni cabeza. Ríense porque yo digo que hagan allá otra, que no les cueste más de decirlo.»

Cuando la mandaron ir á Toledo para consolar á doña Luisa de la Cerda, dice ella que iba con grandísima confusión de ver el título con que la llevaban, y cómo se engañaban tanto, y esto la había hecho importunar mucho al Señor para que no la llevasen (3). Cuando estaba delante de personas santas, había gran vergüenza de estar allí.

(1) *Vida*, cap. XXX.

(2) *Vida*, cap. XXXI.

(3) *Ibíd.*, cap. XXXIV.

Oficios honrosos en la orden, aborrecíalos y huía de ellos cuanto podía. Decía que no había de desear vivir, pues no vivía conforme á lo que debía á Dios, y que había servido al Señor con tanta flojedad, y se veía tan llena de imperfecciones, que algunas veces quisiera estar sin sentido, por no entender tanto mal de sí, y que con algunas en tres meses, y con otra en tres días, había acabado el Señor lo que con ella no acabó en muchos años, y así las daba de muy buena gana la ventaja, y que no sabía tener obediencia hasta que sus monjas se lo enseñaron. También decía que se maravillaba de quien la daba crédito en lo que hacía, y que á su parecer era disparate pensar que ella tenía entendimiento para acertar en cosa, y por eso holgaba de pedir su parecer á la más pequeña monja que hubiese, y todo lo hacía por consejo de sus confesores.

Hallaba en sí tantas faltas y encarecíalas de manera, aunque parecían y eran muy pequeñas, que quien lo entendía veía bien que eran miradas aquellas faltas, no sólo con gran humildad y amor de Dios, sino también con gran luz del cielo. Decía que jamás había oído decir tanto mal de sí, que no viese claro que quedaban cortos los que lo decían. De las fundaciones de los Monasterios, en que tanto hizo y padeció, hablaba siempre con tan gran humildad, que casi al principio del libro de ellas dice así: «Esté muy lejos de quien lo leyere atribuirme á mí ninguna alabanza, pues sería contra la verdad, sino pidan á su Majestad que me perdone lo mal que me he aprovechado de todas estas mercedes. Mucho más hay de que quejarse de mí mis hijas por esto, que de que me dar gracias de lo que en ello está hecho. Una Ave María pido por su amor á quien esto leyere, para que sea ayudada á salir del purgatorio, y llegar á ver á Jesucristo Nuestro Señor.» Y deseaba mucho que diese Nuestro Señor á entender á todos, que lo que ella había hecho era casi nada. Decía que había recibido de Nuestro Señor grandes mercedes de muchas maneras, y que el no la tener ya en el infierno, según sus grandes pecados, era grandísima, y que no sabía por qué razón la tenían por buena, y que trafa al mundo engañado, que si la conocieran, todos la arañaran y escupieran en la cara.

Rogaba á sus hijas con mucha humildad que la encomendasen á Dios después de muerta, porque decía que temía que, como habían dado en aquella bobería de que era santa, no lo habían de hacer, y la habían de dejar pasar mala ventura en el purgatorio. En los veintidós años primeros tuvo grandes sequedades, y jamás en ellos la pasó por pensamiento desear más, porque se tenía por tal, que la parecía que aun pensar en Dios no merecía, sino que la hacía su Majestad mucha merced en dejarla estar delante de sí. Visiones ó revelaciones nunca las pedía, ni que la declarase el Señor cosa ninguna en la oración, sino lo que era menester para servirle, y no ser

engañada: con toda la familiaridad que Dios tenía con ella, nunca le preguntaba cosa ninguna, aunque la rogaban que lo hiciese. Algunas veces la quitaban sus confesores la comunión por probarla, y aunque lo sentía muy tiernamente, por otra parte deseaba más la honra de Dios que la suya, y no hacía sino alabarle, porque había despertado al confesor para que mirase por la honra de Dios, y no entrase su Majestad en tan ruin posada. Y con estas consideraciones obedecía con gran quietud de su alma, aunque con pena tierna y amorosa, mas por todo el mundo junto, no fuera contra lo que la mandaban. Sufrió muchas veces con gran humildad reprensiones de los Prelados, y postrábase en tierra hasta que el mismo Prelado la mandase levantar, y no hablaba hasta que la mandaban que diese cuenta de sí, y entonces lo hacía con tanta brevedad y verdad y llaneza y claridad, que el Prelado quedaba no sólo satisfecho, sino también á veces confuso.

Reprendióla una vez un Prelado, y debía de ser por probarla, diciendo que por qué consentía que la escribiesen y llamasen fundadora de las Descalzas. Respondió que mandase él que no se lo llamasen, que ella no lo echaba más de ver que si la llamaran Teresa de Jesús. Andaba con tan gran cuidado de encubrir las mercedes que Nuestro Señor la hacía, y todo lo que podía ser causa de que la estimasen, que aun sus mismas hijas procuraba cuanto podía no las supiesen. Cuando fué á Veas á la fundación de Sevilla, recogióse en una ermita de Écija á pasar la siesta, y allí y en Sevilla recibió de Nuestro Señor muchas mercedes grandes, y con estar en la misma ermita sus compañeras, y andar siempre con ella, y ser gente muy escogida, como ella lo dice, cual era menester para los trabajos que habían de pasar, nunca supieron nada, hasta que mucho después lo hallaron escrito en sus papeles. Bien es verdad que no daba lugar el Señor todas veces á que tan grandes tesoros estuviesen tan escondidos, y así hacía que se descuidase algunas veces, y dijese algo por donde los que la oían tuviesen mayor conocimiento de sus virtudes para gloria de Dios y provecho suyo. Porque está claro que un fuego tan grande como el que ella traía en su corazón, si no era con muy demasiado cuidado, no era posible dejar de echar luz y resplandor por cualquier resquicio que se ofreciese. Pero cuando ella descuidadamente había dicho alguna palabra semejante, luego volvía sobre sí, y procuraba deshacerla cuanto con verdad podía, y glosarla. Dijola bien una vez un siervo de Dios haciendo ella esto: «Madre, ya está dicho, no nos dé más satisfacción, que peor lo para.»

Llegando una vez á comulgar, sintióse elevar de manera que se levantaba también el cuerpo de la tierra; y como comenzó á sentir esto, asióse con entrambas manos á la reja para tenerse fuertemente, porque la dió gran pena que la viesen así, y suplicó á Nuestro Señor, que si mercedes la quería hacer, no fuesen en público, y costóla

mucha oración alcanzar del Señor que se lo quitase. Los arroba-
mientos dábala pena tenerlos delante de sus hijas; pero como eran
tantos, no era posible dejar ellas de saberlo, y ya pasaba con esto;
pero si alguno de fuera lo veía, sentíalo mucho y disimulábalo cuanto
podía, y decía para encubrirlo que era enferma del corazón, y aun
á veces pedía luego algo de comer, porque no se viese lo que era.
Levantándola muchos falsos testimonios en Sevilla, dijo: «Bendito
sea Dios, que en esta tierra conocen quien soy, que en otras todos
están engañados, y me tratan como ellos piensan que soy, y aquí
como merezco.»

Don Alonso de Quiñones, caballero principal, siervo de Dios,
vínola una vez á hablar sin querer darse á conocer y díjola, deseando
ver qué respondía, que se acordase de Magdalena de la Cruz, persona
á quien la gente había tenido por muy santa, y el demonio la tenía
muy rendida y sujeta. Ella no se alteró poco ni mucho de aquella
comparación, antes con mucha humildad respondió: «Nunca vez me
acuerdo de ella, que no tiemble.» En fin, duróla esta virtud y el
menosprecio de sí hasta la muerte, pues entonces pidió perdón de
sus faltas á las monjas, y las encomendó que guardasen muy bien
la regla, y no mirasen á aquella mala monja, que así se llamaba á sí.

Mucho durara esta materia, si se hubiera de decir todo lo que
hay en ella. Pero bastará decir dos cosas. La primera que tuvo á
Nuestro Señor muy particularmente por Maestro en esta virtud, y
así no era mucho que saliese bien con ella; muchas veces la daba á
conocer y á sentir su poquedad y sus faltas, y era de manera que
ordinariamente cuando la había de hacer alguna merced señalada,
la reprendía primero mucho las faltas que tenía ó había tenido, y
cuando la daba los dones, la daba con ellos mayor conocimiento de
Dios, y mayor menosprecio de sí misma. Y una vez estando pen-
sando cómo no traía á Cristo Nuestro Señor en su vista interior tan
vivamente como solía, la dijo allá muy adentro: *Aquí estoy, sino
que quiero que veas lo poco que puedes sin mí.* Y cosas de esta
manera la decía muchas veces. Así, que siendo el Maestro tal, y el
discípulo tan aplicado á aprender, no era mucho que saliese tan bien
con lo que aprendía.

La segunda es, que en toda su vida, con cuanto la honraron con
obras y palabras en presencia y en ausencia, no tuvo vanagloria ni
hipocresía, ni tuvo jamás qué ~~confesar~~ en esta parte (1). Decía ella
que como había hecho tantos pecados, no sentía vanagloria, y que veía

(1) «Paréceme dice ella misma en la Relación II, n.º 16, que aunque con estu-
dio quisiese tener vanagloria, que no podría, ni veo cómo pudiese pensar que nin-
guna de estas virtudes es mía.»

Es realmente encantadora la respuesta que dió, en cierta ocasión la Santa
Madre, según lo testifica en los procesos de su canonización, la M. Isabel de Jesús.

Como la avisara con insistencia cierto sacerdote que procurará guardarse de

claro que lo que tenía lo ponía Dios en ella, y era suyo. Y que aunque de propósito la quisiese tener, no podría, porque sabía cuál se había visto primero, y antes, cuando Dios Nuestro Señor la hacía estas mercedes grandes, la daba mucho más á conocer sus faltas, y que no hacía sino recibir mercedes sin servir.

la vanagloria, contestóle ella modestamente: «No me acuerdo haberla tenido jamás, aunque hartó mal me parece no tener de qué la tener.»

Yendo á la fundación de Burgos, dos Carmelitas Descalzos iban platicando entre sí por el camino sobre la fama de santidad que se había esparcido por todas partes, acerca de la Santa Madre. Oyólo ella y con rostro severo se limitó á decirles estas concisas palabras: «Tres cosas he oído que se han dicho de mí. 1.^a que en mi juventud era de buen parecer. 2.^a Que soy prudente; y 3.^a, lo que algunos van ahora propalando de mí: que soy santa. Las dos primeras me las creí quizás demasiado en otro tiempo, pero ya me confesé de esta vanidad. En cuanto á la tercera, no soy tan boba que ni siquiera una sola vez me la haya creído, aunque no sea más que un tantico.»

CAPÍTULO XVI

De la humildad exterior que tuvo, que es de cuánto se ejercitó en esta virtud, y de su mortificación

No sería menos largo este punto que ahora se toca, si se llevase bien al cabo, y si se pudiera decir todo lo que hizo. A lo menos, déjase entender, porque una humildad tan profunda y tan verdadera no podía dejar de mostrarse, ni era posible dejar de salir de ella admirables obras y ejemplos. Desde que Nuestro Señor la comenzó á abrir los ojos, comenzó á dar muestras de esta virtud. Cuando estaba en el coro y se le ofrecía alguna duda en el rezo ó en el canto, por muy pequeña que fuese, aunque la supiese, si no era tan enteramente, allí luego la preguntaba á las novicias y á las niñas, para humillarse. Y porque la parecía que todas las demás se aprovechaban y ella no, en saliendo ellas del coro, iba á coger los mantos de todas.

Estando ya en San José de Avila, parecíola al principio que no hubiese freilas, sino que las monjas sirviesen á semanas; después mudó de parecer en lo de las freilas, porque decía que era aquello demasiado trabajo y que ahogaba el espíritu. Pero mientras duró, servía su semana con mucha alegría, y de noche estaba pensando cómo guisaría los huevos y el pescado, y cómo haría el caldo que fuese diferente de lo ordinario, para dar algún regalo á aquellas siervas de Dios, y aquella semana era la casa bien proveída. Decía ella que condescendía el Señor con su deseo, que como le tenía de darlas bien de comer, la enviaba con que lo hiciese, y así que no era poca ganancia andar ella en la cocina, aun para lo corporal. Pero no se descuidaba ella, con el oficio, de andar siempre con Dios, ni su Majestad se olvidaba de consolarla en él, porque allí la acontecían hartas cosas, y particularmente una vez, entrando en la cocina, la hallaron con la sartén en la mano puesta sobre el fuego, y toda elevada y fuera de sí con su rostro muy hermoso, y la sartén tan fuertemente apretada, que no se la podían sacar de la mano.

En los oficios más bajos era ella la primera; las otras barrían allí cosas particulares de la casa, y ella barría el corral y le limpiaba. Y acontecíale, estando haciendo esto, sentir gran suavidad de olor, lo cual las demás no sentían. Acostumbraba mucho usar estos oficios en las casas donde estaba, fregando y barriendo y haciendo cosas de esta manera. En Malagón, con andar con muchas indisposiciones, se animaba algunas veces á levantarse antes que las demás á coger la basura. Y en el mismo Monasterio, cuando se hacía la casa en que ahora están, desde que amanecía hasta casi la media noche, andaba con los oficiales, y la primera que tomaba la espuerta y la escoba era ella, y después de venidas las monjas y la Priora, las pedía perdón de las faltas que en el día había hecho en aquel oficio, y se echaba á sus pies como si fuera la menor de ellas. Y esto no lo hacía solamente con las Prioras, sino si había reprendido á alguna hermana, y veía que no lo tomaba á bien, y que le duraba algún día la pena, la pedía perdón, y se echaba á sus pies, diciendo que no había mirado lo que había dicho.

Si diciendo alguna lección en el coro erraba algo, luego se postraba en el medio del coro, confesando con aquello su yerro; y acontecía, viéndolo, ser tantas las lágrimas de las monjas, que casi no podían decir nada. Sentábase entre las menores, y cuando había de decir alguna lección, siempre dejaba las postreras para la Priora y Supriora. En Villanueva de la Jara, hecho el Monasterio, andaba en los oficios como las demás, y no se pudiendo aprovechar más que de un brazo, por tener el otro malo, barría y servía en refitorio y andaba lo que podía en la cocina. A las Prioras, así las dejaba hacer su oficio, cuando venía á alguna casa, como si no estuviera allí, y las daba siempre el mejor lugar. Y si había de salir del coro, había de pedir licencia á la Priora, con mucha reverencia; y si acontecía entrar la Priora en el refectorio estando ella sentada, en asomando por la puerta, se levantaba hasta que ella se hubiese sentado. Estaba una vez hablando con un Guardián en Alba, y llegó la Priora á hablarle, y levantóse de la silla y hízola sentar, y ella se estuvo un rato en pie, hasta que viendo la pena que la Priora sentía, se sentó por darla contento. Era esta Priora la madre Juana del Espíritu Santo.

Si veía á alguna hermana que por enfermedad natural tenía cosas asquerosas, ejercitando juntamente la mortificación y la humildad, se llegaba á ella y la regalaba y besaba las manos, ó comía de lo que ella estaba comiendo, y hacía cosas semejantes. Salía otras veces al refectorio á decir sus culpas, y algunas comía en el suelo. Una vez salió al refectorio andando con pies y con manos como bestia, con un serón de piedras y una sogá á la garganta, y una hermana que la llevaba de diestro, diciendo, según creo, sus faltas. Otra vez salió cargada con unas aguaderas llenas de paja, diciendo sus culpas con

gran humildad, como si fuera una novicia que por su aprovechamiento hubiera pedido aquella mortificación á la Priora, porque estas cosas no las hace ninguna, sino cuando las desea y las pide á la Priora con humildad y fervor. En esto de las mortificaciones digo aquí poco, porque por estas se podrán entender otras; y para quien sabe qué cosa es mortificación, no era menester decir nada, pues en todas las virtudes que tratamos se ve cuán mortificada estaba, y cuán señora era de sí, y con cuánta fortaleza vencía todo lo que estorbaba para hacer los heroicos actos de las virtudes que hizo, que en esto consiste la verdadera mortificación, en pelear con su natural, y con las tentaciones, y sujetarlo todo á Dios, y no dejar por eso de hacer lo que pide el servicio y amor de Dios.

Llegando una vez á comulgar, díjola el Prelado con severidad por mortificarla, que se quitase de allí, y ella lo hizo luego con grande serenidad y humildad, con tener siempre ansia de recibir aquel divino manjar. En los postreros años de su vida, estando tan enferma que no podía seguir la comunidad, díjola la Priora de la casa donde entonces estaba, si había de ir aquel día á refitorio, y no sólo no se turbó de esto, sino todos los días que allí estuvo fué siempre allá. Estando ella con una hermana en la celda de ella, díjola una Priora con alguna manera de libertad: Jesús, Madre, si habemos de poder hablar á V. R., que tanto está aquí; ella abrió luego la puerta, sin responder palabra, con semblante alegre y humilde. Cuando partía de los Monasterios, solía á las monjas pedir perdón del mal ejemplo que decía las había dado, como lo hizo también al salir de esta vida, como ya queda dicho, y esto con una humildad y ternura que las hacía á todas llorar. De esta virtud estaba ella enamoradísima, y decía que lo estaba Nuestro Señor; y si querían saber por qué Dios amaba tanto la humildad, era porque *amaba mucho la verdad, y la humildad es verdad*, que es conocer lo poco que somos, y que no tenemos cosa buena de nosotros.

Encomendaba mucho esta virtud á las monjas, y decíalas que no diesen á entender á los de fuera sus obras, ni quisiesen que el mundo las tuviese por santas, ni contentar á los hombres, aunque fuese con fin que hiciesen bien á la casa, que si por ahí fuesen morirían de hambre, sino que guardasen lo que están obligadas; que aunque el mundo no las conociese, metidas ellas en un rincón tras paredes, las publicaría Dios en las plazas y haría que las proveyesen sus necesidades.

Encargábalas mucho (1), que cuando las culpasen ó reprendiesen, no volviesen por sí ni se excusasen, si no fuere cuando la caridad ó otra justa causa lo pidiese; y que Dios volvería por ellas. Y cuando

(1) *Camino de Perfección*, cap. XV.

veía á algunas hacerlo así, sentía gran gozo y estimábalas en más. Y que en las cosas pequeñas se habían de ejercitar, para salir con las grandes, y que para esto de no disculparse, ayudaría mucho traer cada uno consideración de lo mucho que gana por todas vías, y que por ninguna pierde; y que bien mirado, nunca nos culpan sin culpas, pues andamos llenos de ellas, y si no son aquellas que nos dicen, serán otras muchas; y harta honra nos hacen en dejar aquellas que tenemos; y que el verdadero humilde ha de querer con verdad ser tenido en poco, y perseguido y condenado, aunque no haya hecho por qué; porque si quiere imitar al Señor, ¿en qué puede mejor que en esto?

En esta virtud decía que fuese su estudio, porque aquí no hay que temer que dañe al alma ó al cuerpo: para todo aprovecha, tanto, que aun las visiones ó revelaciones falsas, á quien fuese humilde, no le dañarian. Y que no había cosa que así hiciese rendir á Dios, como la humildad; que esta le trajo del cielo á las entrañas de su Madre, y con ella la traeríamos nosotros de un cabello á nuestras almas; y que quien más de ella tuviese, más tendría de Dios, y quien menos menos: porque no podía entender cómo pudiese haber humildad sin amor, ni amor sin humildad, que estas dos virtudes no podían estar en gran perfección sin gran desasimiento de todo lo criado (1). No aprobaba la humildad que nos quitaba el conocimiento de los dones que vamos recibiendo de Dios, porque es bien conocerlos, conociendo juntamente que no los merecimos; y si estos dones no se conocen, estará siempre el alma cobarde para emprender cosas grandes (2). Tampoco

(1) «Creed, hijas, dice, que quien no sabe concertar las piezas en el juego de ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate. Aun aquí me habéis de reprender porque hablo en cosa de juego. Aquí veréis la madre que os dió Dios, que hasta esta vanidad sabía: mas dicen que es lícito algunas veces; y ¡cuán lícito sería para nosotras esta manera de juego, y cuán presto, si mucho lo usamos, daremos mate á este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá! La dama es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que así haga rendir al Señor, como la humildad. Esta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella, le traeremos nosotras de un cabello, á nuestras almas. Y crean que quien más tuviere, más le tendrá, y quien menos, menos. Porque yo no entiendo, ni puedo entender, cómo haya, ni pueda haber, humildad sin amor, ni amor sin humildad.» *Camino de Perfección*, cap. XVI.

(2) «A mi parecer, dice, jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer á Dios; mirando su grandeza, acudamos á nuestra bajeza, y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes. Hay dos ganancias en esto. La primera está claro, que parece una cosa blanca, muy más blanca cabe la negra, y al contrario la negra cabe la blanca. La segunda, es, porque nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejada para todo bien, tratando, á vueltas de sí, con Dios. Si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, es mucho inconveniente; porque nunca saldremos de temores, de pusilanimidad y cobardía, de mirar si me miran y no me miran; si yendo por este camino me sucederá mal, si osaré comenzar aquella obra, si será soberbia, si me tendrán por mejor, si no voy por el camino de todos; que no son buenos los extremos, aunque sean en virtud; que como soy tan pecadora será caer de más alto, quizá no iré adelante y haré daño

quería humildad que nos apartase de la oración, por decir que éramos indignos de estar ante Dios, ni la que deja el alma desmayada para obras buenas, y turbada. De donde, como quien tenía experiencia de todo, sacaba que había humildades falsas, que podían fácilmente engañar, y de éstas quería mucho que se guardasen (1).

á los buenos. ¡Oh váleme Dios, qué de almas debe el demonio haber hecho perder mucho por aquí! Que todo esto les parece humildad y otras muchas cosas que pudiera decir, y viene de no acabar de entendernos. Tuerce el demonio el propio conocimiento. Por eso digo, que pongamos los ojos en Cristo nuestro bien y allí dependeremos la verdadera humildad; y en sus Santos, y ennoblecerse ha el entendimiento, como he dicho, y no será el conocimiento ratero y cobarde. Terribles son los ardides y mañas del demonio, para que las almas no se conozcan, ni entiendan sus caminos.» *Moradas*, I, cap. II.

«Una vez, añade en otra parte, estaba yo considerando por qué razón era Nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante (á mi parecer sin considerarlo, sino de presto) esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad; que lo es muy grande, no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada: y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entiende, agrada más la suma verdad, porque anda en ella. Plega á Dios nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento, Amén.» *Moradas*, VI, cap. X.

(1) Véase con qué maestría describe, nuestra mística Doctora, la humildad verdadera y la falsa.

«En la verdadera humildad, dice, aunque se conoce el alma por ruin, y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad, no viene esto con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la oscurece, ni da sequedad; antes la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz. Pena que, por otra parte, conhorta de ver cuán gran merced la hace Dios en que tenga aquella pena, y cuán bien empleada es. Duélele lo que ofendió á Dios, por otra parte la ensancha su misericordia; tiene luz para confundirse á sí, y alaba á su Majestad porque tanto la sufrió.»

«En la otra humildad que pone el demonio, no hay luz para ningún bien, todo parece lo pone Dios á fuego y á sangre; represéntale la justicia, y aunque tiene fe que hay misericordia, es de manera, que no consuela. Es esta una invención del demonio de las más penosas y sutiles y disimuladas, que yo he entendido de él. Inventa el maligno espíritu esa humildad falsa, para desasosegar y probar si puede traer el alma á desesperación.» *Vida*, cap. XXX.

«Mirad mucho en este punto que os diré: porque alguna vez podrá ser humildad y virtud tenernos por muy ruin, y otra grandísima tentación. Porque yo he pasado por ella la conozco. La humildad, por grande que sea, no inquieta ni desasosiega, ni alborota al alma, sino viene con paz y regalo y sosiego. Aunque uno de verse ruin entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflige, y le parece con justicia todos le hablan de aborrecer, y que casi no osa pedir misericordia; si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí y contento, que no queríamos vernos sin ella: no alborota ni aprieta al alma, antes la dilata y hace hábil para servir más á Dios. Estotra pena, todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve; es muy penosa. Creo pretende el demonio, que pensemos tener humildad, y si pudiese, á vueltas, que desconfiásemos de Dios.» *Camino de Perfección*, cap. XXXIX.

CAPÍTULO XVII

De la paciencia que tuvo en los trabajos, y cuánto gustaba de padecer por amor de Dios

Había de hablar ahora de la obediencia, hija legítima y verdadera de la humildad; pero si no hablo primero de lo mucho que padeció por Dios, no habré cumplido enteramente con lo de la humildad, porque hay en ello muchas cosas en que se descubrió notablemente cuán arraigada estaba en su alma esta virtud. Mucho sería menester para poder decir lo mucho que padeció, pero antes se diría esto, que la mucha paciencia y alegría con que lo padeció. Y este padecer fué de todas las maneras que parece que hay de padecer en el cuerpo, en el alma y en la honra.

En el cuerpo padeció grandes enfermedades desde su mocedad, que parecía no sería de provecho en su vida, como contamos en el primer libro; y aquellos vómitos, que aunque se le quitó el de la mañana, el de la noche le duró siempre; y con éstas, otras muchas enfermedades, con grandes dolores; y hartas de ellas la duraron hasta el fin de su vida: como mal de corazón, dolor de ijada, un temblor recio, que á tiempos la daba en la cabeza y en el brazo, y á veces en todo el cuerpo: y los vómitos de la noche que acabamos de decir, tanto, que cinco años antes que muriese escribió en las *Moradas* (1), que había cuarenta años que no se le pasaba día sin dolores. Estos, aun siendo principiante, los pasó con maravillosa paciencia, y haciéndose gran fuerza para no mostrar la gran tristeza y dolor interior que tenía, por no dar pesadumbre á las que la entraban á ver.

Ayudábase para esto mucho de la historia del Santo Job, que había leído, y decía con él: «Si recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no recibiremos los males» (2)? Y con todo esto, en el

(1) *Moradas*, VI, cap. I.

(2) Job. II, 10.

lugar que he dicho de las *Morudas*, dice, que considerando las penas que había merecido, todo se le hacía poco. Y cuando la parecía que eran los dolores intolerables, acostumbraba á hacer actos de paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, entre sí, como podía, suplicando á Nuestro Señor que, si de ello se servía, la diese paciencia, y se estuviese ella así hasta el fin del mundo.

También en los caminos pasó extraños trabajos, caminando con fríos, que la dañaban mucho, y con aguas y nieves, y con grandes calores; y esto con enfermedades tan ordinarias y con tantos dolores, con pobreza y con incomodidades grandes, de posadas y comida y cama y otras cosas, que cuerpo tan flaco no había de menester, y por caminos ásperos y peligrosos. Acontecía algunas veces ser todo el día de agua ó de nieve, y caminar sin hallar poblado en algunas leguas, ni llevar defensa para no se mojar, y después llegar á posada donde ni había lumbre, ni con qué la hacer, ni qué comer; y el abrigo de la cama y aposento era verse el cielo y lloverse, y hallar á las veces los vestidos calados del agua que allí caía. Pero en todas estas cosas andaba con un espíritu y alegría, que se veía cuánto gustaba de padecer. Una noche de estas que vamos diciendo, llegó á una posada, bien necesitada de abrigo, porque de la mucha humedad de los vestidos la había dado dolor de ijada y perlesía, y estaba con grandes temblores. La hermana Ana de San Bartolomé, su compañera, viendo cual estaba, salió á buscar lumbre para calentarla un paño. Viendo esto una persona de bien, que estaba en la posada, comenzó á decir cosas bien pesadas á la Madre, y tales, que de persona de su estado no se pudiera creer que habían de salir, si no fuera moviéndole la lengua el demonio, para ver si podía hacerla perder la paciencia: ella lo llevó con mucha alegría, pareciéndola que no merecía oír otras cosas de sí, sino aquellas, que eran bien malas. Mas era tanto el contento que con estas y otras cosas semejantes tenía, que el mismo contento parecía la sanaba.

Estando muy enferma en Burgos, diéronla en el hospital un aposento muy desabrigado y frío, y compadeciéndose de ella sus compañeras, las decía que demasiado bueno era, que no le merecía ella, y que de ellas la pesaba á ella, y no de sí, que tenía más que merecía. Y cuando la hacían una pobre camilla, decía: «¡Oh Señor mío, qué cama tan regalada es ésta, estando vos en una cruz!...» En ese mismo tiempo, cada vez que comía, la salía sangre de una llaga que se le había hecho en la garganta, y como la habían compasión, decía: «No me hayan lástima, que más padeció mi Señor por mí, cuando bebió la hiel y vinagre.» Había pedido á Dios que nunca la faltasen dolores, y así nunca la faltaron, ni las que la trataban la vieron jamás con salud. Solamente cuando se ofrecía alguna fundación, ó cosa en que mucho se sirviese al Señor, la aliviaba de las en-

fermedades, y se esforzaba ella de manera que parecía que no tenía mal, y así lo decía ella; y las monjas deseaban que se ofreciese algo de esto, para verla buena.

Y porque aun todo esto que padecía era poco, para la corona que Dios la tenía aparejada, dió el Señor licencia al demonio para que la atormentase algunas veces, como se la dió para que llagase al Santo Job. Y así, como arriba dijimos, ordinariamente cuando por ella se libraba algún alma del poder del demonio, ó se mejoraba mucho, luego la atormentaba reciamente. Cinco horas la estuvo una vez apretando con tan terribles dolores, y tanto desasosiego interior y exterior (porque estaba dando grandes golpes con el cuerpo y brazos y cabeza, sin poderse resistir), que la parecía ya no podía sufrir. Pero entretanto estaba pidiendo á Nuestro Señor paciencia, y ofreciéndole, como solía, que si El se servía de ello, la durase aquella fatiga hasta el día del juicio. Al cabo de estas cinco horas, entendió quién la hacía aquel daño, porque vió cabe sí un negrilla muy feo, regañando porque adonde pretendía ganar, perdía, y con agua bendita le echó de sí.

Muchas cosas de estas pasó; pero diré una sola que se echó más de ver que otras. Después de haber fundado la casa de Sevilla, vino de Toledo á Avila, y estuvo allí dos años. En éstos padeció la orden mucho, como ya queda dicho, y ella desde allí consolaba con cartas á los Monasterios. De esto pesaba mucho al demonio, y procurólo estorbar de esta manera. Iba la Madre á completas con su luz en la mano, y después de haber subido toda la escalera, estando para entrar en el coro, quedó de presto como desatinada de la cabeza, y volvió atrás, y cayó, y quebróse el brazo izquierdo (1). Fué grande el valor que tuvo de presente, y mayor el que tuvo después con la cura; porque pasó mucho tiempo sin haber quien se le concertase, por estar á la sazón mala una mujer de cerca de Medina, que tenía esta gracia. Y como no pudo venir, envió á decir que la pusiesen algunas cosas, entretanto que ella iba. Y ya cuando fué, estaba el brazo añudado y manco. Y con todo eso se puso en sus manos, para que hiciese lo que quisiese, con el deseo que tenía de padecer. Para esto mandó la Madre á las monjas que se fuesen todas al coro á encomendarla á Dios, y quedóse sola con la mujer, y con otra labradora su compañera. Las dos, que eran grandes y de muchas fuerzas, comenzaron á tirarla fuertemente del brazo, hasta hacer dar un estallido á la choquezuela del hombro, como estaba ya el brazo añudado, y hiciéronla pasar intolerables dolores. En éstos estaba ella considerando el que Nuestro Señor había sufrido, cuando le estiraron los brazos en la cruz (2). Cuando volvieron las monjas, la hallaron

(1) Era esto la noche de Navidad de 1577.

(2) La Santa en su carta al P. Gracián, fecha 7 de Mayo de 1578 le dice: «Te-

como si no hubiera pasado nada, antes muy contenta, y decía que no quisiera haber dejado de pasar aquello por todas las cosas de la tierra. Duróle hartó tiempo, que casi no le pudo menear, y en fin, quedó manca de él, y en toda su vida pudo vestirse ni desnudarse, ni ponerse un velo sobre la cabeza. La caída fué tal, y tan sin pensar, y tan sin ocasión, y tan grande, que todas las de casa tuvieron por cierto haber sido el demonio el que se la hizo dar, y pareció más claro, porque, diciéndola una hermana que el demonio debía de haber hecho aquello, respondió la Madre: «Más mal quisiera aún él hacer, si le dejaran.»

En el alma padeció veintidós años grandes sequedades y desconuelos, y otros algunos tuvo de miedos grandes, no fuese engañada del demonio, y una persecución grande y larga, de los que la decían que lo andaba, y ésta sintió mucho, porque la apretaban y afligían, y los que la causaban eran buenos y deseaban su bien. Pasó también terribles tentaciones y malos tratamientos, que el demonio interiormente la hacía, y estaba muchas veces de manera que, ni sentía al parecer favor de Dios, ni amor suyo, ni se acordaba de las mercedes que de su mano había recibido, más que si nunca las recibiera; ni podía ver á nadie de la tierra, ni descansar con nadie, ni leer, ni orar, antes todo y todos los que la hablaban la enfadaban mucho. ¿Pues qué diré de lo que pasó en la fundación del primer Monasterio, y aun en la de otros hartos, y de las persecuciones que padeció cuando su orden estuvo en tanto riesgo, que aunque hice mención de ellas en el libro tercero, si hubiera de decir todo lo que había que decir, hubiera sobrado hartó para aquí? ¿Qué padecería, con el deseo tan encendido que tenía de verse con su Esposo en el cielo y gozar de El, que tantos años se le dilató, y con estar atada á comer y dormir y negociar y escribir cartas, quien no tenía otro descanso en esta vida, sino estarse á solas conversando con el que tanto amaba, y ocupándose toda en entenderle y amarle? En el apartarse de sus hijas, que tanto la amaban, y dejarlas, no padecía poco, por más que se esforzaba á disimular, especialmente cuando veía que no las había de tornar á ver más.

En la honra padeció muy mucho, aunque ella no quería otra honra sino la de Dios, y la que era menester para gloria de su santo nombre, y para su servicio. Ya vimos cuántos hicieron burla de su oración y revelaciones, y cómo la quisieron conjurar por endemoniada, en lo cual pasó hartó. Llegando un día á un lugar de la Mancha, que se llamaba La Puebla, fuese á apearse junto á la iglesia, para oír misa y comulgar; viéndola los que estaban en la iglesia, comen-

nía perdida la muñeca y así fué terrible el dolor y trabajo, como había tanto que caí. Con todo me he holgado, por probar lo que pasó Nuestro Señor, en algún poquito».

zaron á decir que parecía que aquella mujer traía malos pasos, y que sería bien prenderla. Y como la vieron recibir el Santísimo Sacramento, llegaron á ella muy escandalizados, diciendo que ¿cómo había comulgado? y que primero que de allí saliese, se haría probanza de quién ella era. Ella se alegró de aquello, y no les respondió palabra. Había en la iglesia tanto ruido sobre esto, y estaba la gente tan alterada, que con ser el día mismo de la vocación de la Iglesia, que era la Encarnación, y haber grandes fiestas, todo estaba suspenso. Y á no venir allí el Padre Fray Antonio de Jesús, que era conocido en aquella tierra, pasara muy adelante el alboroto. Y con cuantas satisfacciones él les daba, no bastó, sino que habían de enviar un hombre con aquellas mujeres para ver á dónde iban. Y á todas estas cosas, nunca la Madre respondió palabra. Dijéronse de ella cosas muy pesadas, y había grandes murmuraciones, tocando casi en cuanto se puede tocar, y no se la daba nada, ni las sentía más que si no se dijeran de ella, y así decía que no tenía allí nada que ofrecer á Dios. Y diciéndola la madre Isabel de Jesús (como quien sabía cuán contra la verdad era todo aquello), que no podía sufrir que tales cosas se dijeren de ella, respondió con un semblante apacible: «Hija, no hay para mis oídos música más suave; porque, hablando la verdad, ellos tienen razón; y pues no me dan de palos, ¿qué mucho es que digan eso?» Siempre respondía así; culpándose á sí, y defendiendo y abonando á los que decían mal de ella.

Partiendo de Pastrana á Toledo, dióla la princesa de Eboli un coche en que viniese, y cuando llegó, vióla un clérigo que estaba loco, y fuese al convento, y llamóla y díjola: ¿Vos sois la santa que engañáis el mundo, y os andáis en coches? y á esto añadió todo lo que le vino á la boca. La Madre, no sabiendo que era loco, le oyó con mucha humildad sin disculparse, y hablando con un siervo de Dios dijo: «No hay quien me diga mis faltas, sino éste.» Y aunque le dijeron la falta que aquel hombre tenía de juicio, quedó desde entonces tan mal con los coches, que aunque señoras principales se los daban, no quería ir en ellos, sino hacía que la buscasen un carro de los comunes.

Al tiempo que la llevaron á la Encarnación para ser Priora, hubo allí un gran alboroto, como queda dicho en su lugar, por ser aquello contra la voluntad de las más del convento; dijéronla muchas cosas, y aun no faltaron algunas palabras muy injuriosas, y había tanta cólera, que una que quería bien á la Madre, andaba siempre cabe ella, temiéndose no llegase el negocio á más que palabras. La Madre en todo esto estaba con mucha paz, y con un rostro sereno, disculpábalas cuanto podía; decía que no se maravillaba, que era recia cosa hacer fuerza á nadie, y cosas de esta manera. En fin, estuvo

siempre tan sosegada, que á la mañana, sin confesarse, fué á recibir el Sacramento, de que las monjas quedaron muy edificadas.

Cuando iba á la fundación de Sevilla, dos siervos de Dios la dijeron en el camino que había de padecer allá mucho, y fué tanto, que decía ella, que después de lo que sufrió en la fundación del primer Monasterio, todo cuanto había pasado en su vida era nada en comparación de aquello. Allí la levantaron falsos testimonios de cosas gravísimas, y pudo tanto el demonio, que aun tocaron en cosas del Santo Oficio de la Inquisición, y por su parte, se vino á hacer información de la Madre, y de algunas de sus monjas. Y según tenía de mucho crédito quien había encendido aquel fuego, y de favor, con verse sin culpa ninguna, estaban esperando cada día si las habían de llevar á la Inquisición. Con ser este negocio tan grave, y de tanta infamia, y de donde tanto daño podía venir á las fundaciones de los Monasterios, y al servicio de Dios, y á toda la orden, que poco antes había comenzado, estaba la Madre con un ánimo tan fuerte, y con una alegría de padecer sin culpa por el Señor, como se verá por las palabras que aquí pondré, las cuales saqué de la carta misma de su letra, que estando allá escribió á la madre Bautista, y son estas: «Bendito sea el Señor, que de todo se sacará bien; ya yo de ver tanto junto, he estado con un contento extraño. De mí la digo que me hizo Dios una merced que estaba como en un deleite; con representármeme el gran daño que á todas estas casas podía venir, no bastaba, que excedía el contento. Gran cosa es la seguridad de la conciencia, y estar libre. Buena estoy, aunque no lo he estado mucho; este jarabe me da la vida. ¡Oh qué año he pasado aquí!»

Después que de ahí vino á Castilla, hartos la levantaron también de otras cosas; pero ella hacía tan poco caso de ellos, y refería las cosas y hablaba en ellas con tanta gracia y alegría, que ponía admiración á los que la oían. Pero no paró el negocio en palabras; á las manos se llegó algunas veces.

Estando en la fundación de Toledo, antes de tener á donde se poder pasar á vivir, fué con sus compañeras al Monasterio de San Clemente á oír misa: fueron disimuladas, para no ser conocidas, y acompañadas de mujeres devotas y honradas.

Sentáronse cabe la reja de las monjas, por ser lugar más recogido, y la Madre con una de aquellas mujeres fué á comulgar á una misa que salió; pero cargó después tanta gente, que no fué posible volver á donde había dejado á las compañeras, y quedóse en medio de la iglesia, con harta incomodidad. Al tiempo de irse la gente, una mujer que estaba cabe ella, no hallaba un chapín, y dió en decir que la Madre se lo había tomado, y de tal manera se amohinó porque ella no se levantaba de presto para buscarle, que descargó sobre ella muy buenas puñadas, con toda la fuerza que tenía, para apartarla,

porque como estaba muy cubierta con su manto, y él era tan pobre, parecióle que era mujer baja. Hecho esto, vino la Madre á sus compañeras, poniendo las manos en la cabeza, y decíalas riéndose: «Dios la perdone, que hartó mala me la tenía yo;» y después en casa lo refa con mucha gracia.

En la fundación de Burgos la aconteció otro tanto, porque estando en una iglesia el Jueves Santo, queriendo pasar unos hombres por donde ella estaba, como no se levantó tan presto como ellos quisieron, diéronla de coces para echarla á la otra parte, y derribáronla. Cuando su compañera, Ana de San Bartolomé, fué para ayudarla á levantar, hallóla con mucha risa y contento de lo que había pasado. De esta manera pasaba todas las cosas que contra ella se hacían ó decían, sin que jamás nadie la viese enojada ni alterada, sino con alegría, haciendo gracia de muchas de ellas. Y en todo tenía tanto ánimo, que viéndose en unos trabajos hartos grandes, dijo á las hermanas, que parecía que tenía una tablilla delante del corazón, en que descargaban los golpes, sin tocarla en él.

Cuando la quitaron el salir á fundar, y la dijeron cosas muy graves, que habían dicho de ella al General, tomola un gozo tan grande, que no cabía en sí, y acordábase cómo había danzado David delante del arca del Señor, y quisiera ir delante del Sacramento, y hacer otro tanto. Todo lo que padeció era nada para lo que deseaba padecer; y así, aunque el natural contradijese, la determinación de ponerse á cualquier trabajo, siempre estaba firme, y decía á Nuestro Señor que no hiciese caso de aquellos sentimientos de su flaqueza, para mandarla lo que fuese servido, que con su favor no lo había de dejar de hacer. Decía que no había para qué vivir, sino para padecer por Dios, y eso era lo que más de gana pedía á Nuestro Señor. Decíale algunas veces: «Señor, ó morir ó padecer: no os pido otra cosa para mí.»

Tenía grande envidia á los santos que habían padecido más trabajos por Dios. Y así en Toledo, estando una noche, dichos los maitines de San Pedro y San Pablo, la tomó un ímpetu grande, y un llanto muy extraordinario, que parecía que tenía ansias de muerte, y que el corazón se le salía del cuerpo; y decía con esto unas palabras muy encendidas, de la dicha tan grande que habían tenido estos santos Apóstoles en morir tales muertes por Nuestro Señor. Y jamás en la oración podía pedir á Nuestro Señor descansos, ni desearlos, ni decía que podía, aunque lo procurase, sino trabajos, porque veía que el Señor siempre había vivido con ellos. Deseaba mucho, muchos años había, que toda la vida que hubiese de tener, fuese llena de trabajos y persecuciones; y decía que, pues no era para aprovechar, deseaba ser para sufrir, y que cuantos trabajos hay en el mundo, pasaría, por cumplir un poquito más la voluntad de Dios.

Gustaba menos de las fundaciones que se habían hecho sin contradicción y trabajo, y las que la habían costado mucho la daban gran contento, y tenía más confianza de que habían de durar.

Á todas las virtudes animaba mucho á sus hijas, pero señaladamente á esta de padecer por Dios. Decíalas que habían de tener por afrenta ir por otro camino que por el que había ido su Esposo. Y que la monja que no sintiese en sí deseos de esto, no se tuviese por verdadera Descalza, porque sus deseos no habían de ser de descansar, sino de padecer, por imitar en algo al Señor. No se espantará tanto de lo dicho quien considerare que también en esta virtud fué el Señor muy particularmente su maestro, como en la humildad, el cual una vez la dijo estas palabras: «¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? no está sino en obrar, en padecer y en amar. No habrás oído que San Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales más de una vez, y muchas que padeció. Y ves mi vida toda llena de padecer, y sólo en el monte Tabor habrás oído mi gozo. No pienses cuando ves á mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grave tormento. Desde que la dijo Simeón aquellas palabras (1), la dió mi Padre clara luz para que viese lo que yo había de padecer. Los grandes santos que vivieron en los desiertos, como eran guiados por Dios, así hacían graves penitencias; y si en esto tenían grandes batallas con el demonio, y consigo mismos, mucho tiempo se pasaban sin ninguna consolación espiritual. Cree, hija, que á quien mi Padre más ama, da mayores trabajos, y á estos responde el amor. ¿En qué te le puedo más mostrar que en querer para ti lo que quise para mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores; este es el camino de la verdad» (2). Y así, si alguna vez se acobardaba su natural, el Señor, como buen maestro la reprendía, como lo hizo en febrero de 1571, diciéndola: «Siempre deseas los trabajos, y por otra parte los rehusas. Yo dispongo las cosas conforme á lo que sé de tu voluntad, y no conforme á tu sensualidad y flaqueza. Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo.»

(1) Las palabras á que alude son estas: Mira, este Niño que ves, está destinado para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de contradicción de los hombres. Lo cual será para ti misma una espada que traspasará tu alma. (Luc., II, 34, 35).

(2) Relación III. *Obras*, t. I, pág. 154.

CAPÍTULO XVIII

De la penitencia que hizo

Para acabar de decir lo que padeció, y cuán grande fué su humildad, nos es necesario hablar de su penitencia, y de su pobreza y de su obediencia. De la penitencia fué siempre muy amiga, y tenía deseos muy grandes de ella, como se dice bien en sus constituciones, y en la mucha penitencia y aspereza que quiso que hubiese en su orden, la cual guardaba ella siempre, mientras que por sus enfermedades no se lo quitaban; y muchas veces más de lo que convenía para su salud, porque le era de grandísimo consuelo. Y así muchas veces se afligía con sus enfermedades, y lloraba por el estorbo que la hacían para la penitencia. En el tiempo que estuvo en la Encarnación con algún alivio de sus enfermedades, era tan áspera la penitencia que hacía, que fué necesario que los confesores la fuesen á la mano. Antes que comenzase á fundar, estuvo como tres años en casa de una señora amiga suya, y ésta la vió tomar en este tiempo muchas y muy largas disciplinas, y traer cilicio, y tener grandísimo cuidado de la limpieza de su alma, y darse tanto á la oración, que casi en todo el día no podía gozar de ella, sino era un poco después de comer, y á la noche otro poco. Estando en San José de Avila tomaba también grandes disciplinas de sangre, y de las otras; pero todas la parecían que dolían poco, porque la venían algunas veces unos deseos tan grandes de penitencia, que quisiera despedazar su cuerpo, si fuera conforme á la voluntad de Dios. Por eso usaba disciplinarse con ortigas, hasta venirle á hacer llagas con materia, y tornaba á refrescarlas con tornarla á tomar de las mismas ortigas. Por más mala y llena de dolores que anduviese, no se olvidaba de la penitencia. Estando en Segovia, con grandes calenturas, la Semana Santa, envió las monjas al coro, y no quiso que nadie quedase con ella, y levantándose de la cama tomó una muy buena disciplina. Esto hacía hasta que se la quebró el brazo, que con aquello fuéla forzoso sujetarse más á las necesidades de su cuerpo.

Dormía en un jergón de paja sin colchón ninguno. Su comida era

muy poca siempre. No bebía vino. Después de fundado el primer Monasterio, cuando la apretaban las enfermedades, era la comida unas poleadas de harina, y un huevo con algunas pocas acenorias ú otra cosilla de legumbres, y con esto ayunaba de ordinario. Nueces también solía comer, y pasas, y algún huevo ó algún poco de pescado. Mandábanla los médicos que comiese carne, pero no lo hacía sino con muy grande necesidad. En Salamanca, purgándose un día, la trajeron, para comer, de una gallina, y aunque mucho se lo rogaban, y la decían que más las edificaría comiendo de ella, no se pudo acabar que la comiese, sino de un poco de carnero cocido.

Ordinariamente traía túnica de lana, y aun algún tiempo, túnica y sábanas y almohadas las trajo de esta jerga basta, de que hacen mantas para los caballos, y en ese tiempo la aconteció una cosa de gran maravilla. Fué de esta manera: como había tan gran fervor en aquel primer Monasterio, la Madre María Bautista, habiendo oído decir que el Papa Pío V, de santa memoria, traía la túnica muy grosera, parecióla que era poca penitencia traerla ella de estameña, y conciertase con otra hermana, y las dos van á pedir licencia á la Madre para traer túnicas de jerga muy basta. La Madre respondió que lo quería ella probar primero, á ver si era cosa que convenía, y así lo hizo. En fin, se trajo jerga, y todo el convento hizo de ella túnicas, y lo demás que solía hacer de estameña, con gran consuelo. Duró esto algún tiempo; pero fué tanto el daño que á todas hizo, que no las dieron licencia, ni médicos ni confesores, para pasar adelante con ello. El primer día que se vistieron estas túnicas comenzaron á congojar algo con temor que en la jerga no podría haber limpieza, y no se podrían defender de lo que se suele criar en los vestidos, y hacen á la noche una procesión desde el coro hasta la celda de la Madre con un crucifijo, pidiendo á nuestro Señor las librase de aquel miedo.

Acabado esto, y vueltas las monjas al dormitorio, la Madre lo debió de suplicar á Nuestro Señor brevemente, y salió á ellas por consolarlas, dándolas esperanza que se las concedería lo que deseaban. Fué el negocio de mancha que desde entonces hasta hoy, ni en aquellas túnicas ni en las de estameña ni en los demás vestidos, criaron nada de esto, antes hay en ellas una limpieza, en esta parte, cual nunca jamás se vió ni halló. Y no solamente las antiguas, pero las novicias también lo alcanzan muy en breve, sino es algunas veces si andan tentadas para no proseguir en la religión. Y hase visto en San José de Ávila otra cosa aún más notable, que las novicias á quien esto no se las quita, al cabo no quedan en casa. Esto de la limpieza es general en todos los Monasterios de monjas, porque con cuidado me he informado de algunos, como del de Ávila y Salamanca y Alba y Valladolid y Sevilla y Lisboa, y de personas

antiguas, y todas dicen lo mismo, y tienen por llano que es lo mismo en todas las casas. En un Monasterio de los que he nombrado sé yo que estuvieron unos días por huéspedes unas religiosas de otra orden, pobres, y mientras ellas estuvieron, faltó en las camas esta limpieza, y desde el mismo día que salieron, tornó como antes, y nunca más vieron la inmundicia que antes veían (1).

El deseo que tenía de hacer penitencia era grandísimo, porque como estaba ardiendo en amor de Dios, y deseaba tanto hacer y padecer mucho por El, fuérala grande alivio para estos deseos el hacer grandes penitencias, y así las que hacía la daban gran consuelo y la aliviaban mucho sus trabajos, y si se dejara á su voluntad, hiciéralas terribles y extraordinarias; pero como ella por una parte tenía tantos deseos de asperezas y penitencias, y por otra sus Prelados y confesores se las quitaban, por las muchas enfermedades con que siempre andaba, y por la mucha necesidad que de su vida había, y ella con todo eso se congojaba mucho, quiso su Maestro (que así llama ella á Cristo Nuestro Señor) darla á entender también en esta parte su voluntad, como lo vemos en papeles escritos de su mano. Uno dice así: «Estando una vez pensando en la pena que me daba el comer carne, y no hacer penitencia, entendí que algunas veces era más amor propio que deseo de ella.» Otro dice: «Estando pensando una vez en la gran penitencia que hacía doña Catalina de Cardona (2), y cómo yo pudiera haber hecho más, según los deseos que me da algunas veces el Señor de hacerlo, si no fuera por obedecer á los confesores; que si sería mejor no les obedecer de aquí en adelante en eso; me dijo: *Eso no, hija; buen camino llevas, y seguro. ¿Ves toda la penitencia que hace? en más tengo tu obediencia.*»

Sé yo también que escribió ella una carta al Padre Martín Gutiérrez, Rector de la Compañía de Jesús, de Salamanca, en que decía que había parecido entonces una mujer muy santa y de gran penitencia, que era esta doña Catalina de Cardona, de quien arriba hicimos mención; y contando sus virtudes, decía: que de todas aquellas cosas la tenía envidia, pero que de una sola no se la tenía, que era no querer dejar nada de aquella penitencia, aunque los confesores la decían que era demasiada. Y por ser esta palabra tan cuerda, y de persona de tanta santidad y autoridad, el Padre Gutiérrez leyó á todos los de su casa en recreación la carta. Y así, con estimar en tanto la penitencia, y ser tan aficionada á ella, y encargarla mucho á sus hijas, las reñía si excedían, y no quería que la hiciesen sino con consejo de sus confesores y de sus Preladas.

(1) Sobre este hecho maravilloso véase lo que dice la *Reforma de los Descalzos*, lib. VI, cap. XXIII.

(2) Narra extensamente la vida de esta mujer extraordinaria por su penitencia, la *Reforma de los Descalzos*, lib. IV, cap. I al XX.

CAPÍTULO XIX

De cuán amiga fué de la santa pobreza, y juntamente cuán larga y liberal

No sabré yo encarecer, ni aun decir cuán amiga fué siempre de la santa pobreza, y lo mucho que con ella se holgaba, porque cuanto otros se huelgan con los dineros, se holgaba ella con la pobreza, y cuando menos había en casa que comer, estaba más contenta, y cuando mucho sobraba, estaba más descontenta que cuando faltaba. Ya vimos en las fundaciones del primer Monasterio, cuánta instancia hizo en que se viviese en él solamente de limosna, hasta hacer traer breves de Roma para ello. Y si á su querer fuera, ni él ni los demás que fundó tuvieran renta alguna, sino que, contra su voluntad y parecer, hubo de obedecer en esto como en todo lo demás. Así hacía mucha resistencia en las fundaciones que habían de tener renta, y á las que eran de pobreza se animaba mucho.

Cuando fué á la fundación de Toledo, habíanla prometido doce mil ducados, y estaba resfriada en ella y dudosa; y cuando eso se desbarató y el gobernador la dió licencia para que fundase, pero con condición que fuese el Monasterio de pobreza, holgóse en tanto extremo como otro se holgara si hubiera hallado un muy gran tesoro, y llena de alegría dijo á sus compañeras: «¡Oh hijas mías, qué segura va nuestra peregrinación, pues nos ha ya derribado el Señor este ídolo!»

En los oratorios de las casas que hacía, ponía cruces hechas de cañas y palillos toscos sin labrar, y jamás pedía á nadie, ni quería que sus monjas lo pidiesen, sino era lo que en ninguna manera se podía excusar para acomodar la casa, y así dejaba estar la casa y la Iglesia con grandísima pobreza, hasta que los de fuera por su devoción lo daban; pero tenía tanto aseo en todo, que con nada que hubiese, lo ponía tan bien, que parecía mucho, porque en todo lo que tocaba al culto divino, era muy cuidadosa é ingeniosa.

Cuando no tenía casa propia, no tenía pena, antes decía que era gran contento estar en casa de donde la pudiesen echar, porque se acordaba que el Señor del mundo no había tenido ninguna. Y porque en estas fundaciones está ya dicho cuánta pobreza pasó y con cuánta alegría, no seré en este capítulo tan largo.

Era muy amiga de traer muy ruines hábitos, viejos y rotos, pero siempre procuraba fuesen muy limpios, porque era muy aficionada á toda limpieza de cuerpo y de alma y de vestidos, y descontentábase si veía á alguna traer el hábito sucio. Y parecía que la gran limpieza de su alma salía al cuerpo y al vestido; porque las tocas y túnicas que dejaba, no oían á sudor como las de otras personas, sino antes tenían bueno y apacible olor. Acontecióla vestirse los hábitos viejos que otras dejaban, yendo en esto contra la natural inclinación que tenía á la limpieza; y cuando á ella la dejaban con un hábito roto, andaba la más rica y contenta del mundo.

Con todas sus enfermedades era muy amiga de trabajar, y lo hacía siempre que las ocupaciones forzosas la dejaban, y ó hilaba ó devanaba lo que otras habían hilado, ó cosía ó hacía otra cosa semejante, y no estaba un punto ociosa. A la red iba á negociar con personas muy graves, y con confesores, y llevaba allí algo que hacer, de que no poco se edificaban algunos, cuando lo sentían. Y así decía que era de gran provecho hallar las rejas cerradas, porque podían estar negociando y acabándose de tocar, ó haciendo algo de manos. Y como ella en esto era muy cuidadosa, no había nadie que se osase descuidar, ni estar ociosa. Tanto, que habiéndosele acabado á una monja lo que había de hacer, tomó un ovillo, y pasando el hilo de él á otro, cumplió con su ocupación, y quitó la vergüenza que la venía de estar sin hacer algo delante de su madre; de lo cual ella se contentó mucho, y se lo agradeció á la monja. Todos estos oficios hacía con mucha gracia y perfección, y cuando veía que de su trabajo y del de las hermanas se había sacado algún dinero, gustaba mucho de ello. Cuando la mandaban escribir algún libro, decía que la pesaba por las ocupaciones que tenía, y porque la estorbaban de hilar.

En todas las cosas quería que se viese la pobreza. Las casas deseaba que tuviesen huerta por la salud, y ermitas en ella para la oración y devoción, pero en lo demás quería que fuesen pequeñas, y todo tosco sin labrar. Y en el capítulo XIII de las *Fundaciones*, dice: «¡Oh, váleme Dios, qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanas y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas. Tengamos delante nuestros fundadores, que son aquéllos Santos Padres de donde descendimos, que sabemos que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios. Verdaderamente he visto haber más espíritu y aun alegría interior, cuando parece que

no tienen los cuerpos cómo estar acomodados, que después que ya tienen mucha casa, y lo están. Por grande que sea, ¿qué provecho nos viene, pues sólo una celda es lo que gozamos continuo? Que ésta sea muy grande y bien labrada, ¿qué nos va? Sé que no habemos de andar mirando las paredes. Considerando que no es la casa, que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo como el de la vida: por larga que sea, se nos hará todo suave, viendo que mientras menos tuviéremos acá, más gozaremos en aquella eternidad, adonde son las moradas conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesús.»

Esto mismo encomienda mucho en el capítulo II del *Camino de perfección*, y se lo pide por amor de Dios y de su sangre, y dice que si con conciencia puede decir que el día que hicieren suntuosos edificios se tornen luego á caer, y que las mate á todas, yendo con buena conciencia, lo dice y lo suplicará á Dios. Todo esto y más decía, porque estaba ella muy cierta ser la voluntad de Dios, y confirmóselo el santo Fray Pedro de Alcántara, el cual, en vida, la encomendó mucho la pobreza, y después de muerto, se le apareció con mucha gloria, y la avisó de una cosa muy menuda, que por tocar á esta virtud, la tuvo él por de mucha importancia. Estando haciendo una cerca del Monasterio de Avila, fué cuando se le apareció, y la dijo que no la revocasen de cal, poniéndola gran estima en la pobreza. Y respondiéndole ella que se caería, dijo él: «Si se cayere, no faltará quien la levante.»

Decía que por amor de sus monjas la había dado Dios á entender los bienes que hay en la santa pobreza, y que las que lo probasen lo entenderían. «Es un bien, dice, que todos los bienes del mundo encierra en sí, es un señorío grande, es señorear todos los bienes de él. La verdadera pobreza, tomada por solo Dios, trae consigo una gran honra. No ha menester á nadie, sino á él, y luego tiene muchos amigos en no habiendo menester á nadie.» Decía que era un muro con que la religión estaba muy bien guardada, y encargábalas mucho que no anduviesen contentando al mundo para por esa vía tener de comer, porque morirían de hambre; sino que pusiesen su cuidado en contentar á Dios, y guardar muy bien su regla, y responder á su llamamiento, y luego las proveerá Dios; y aunque no quieran, las darán de comer los que menos devotos suyos eran. Y esto las repetía muchas veces, y nunca se hartaba de decir alabanzas de esta virtud.

Con ser tan amiga de la pobreza, era en gran manera, no solamente misericordiosa con los pobres en lo que ella podía, sino también larga y liberal, como lo pedía la grandeza de su ánimo; con personas provechosas para el bien de las almas, gastara, y gastaba de muy buena gana, cualquier dinero que fuese menester, como ya queda dicho.

Topando en un camino al Padre Fray Diego de Yepes, de la orden de San Jerónimo, á quien ella amaba mucho, la dijo que le parecía que llevaba poco dinero para el camino que había de andar, y dióle cien reales de lo poco que ella traía; pero dijo que se los daba prestados, hasta que pudiese licencia á su Prelado. El Padre los recibió, por ser de tan buena mano, y tornóselos después con el debido agradecimiento, porque no los había menester.

Visitando una vez á la duquesa de Alba, doña María Enríquez, la duquesa la dió mil reales de limosna, y ella los llevó, y diólos todos al Monasterio de la Encarnación, donde entonces era Priora, aunque sus Monasterios tenían harta necesidad. Para proveer á las enfermas, y aun á las sanas, de lo que verdaderamente habían menester, no tenía duelo al dinero, por poco que tuviese.

CAPÍTULO XX

De la gran obediencia que siempre tuvo

Maravillosamente se aventajó en esta virtud de la obediencia; que la estima en tanto San Gregorio, que dice: «Sola la obediencia es una virtud que mete en el alma todas las virtudes, y después de metidas las conserva» (1). Bastaba para esto decir así en suma dos cosas, que se entienden bien de lo que queda dicho en el primero y segundo libro, que son sin duda maravillosas. La primera es que obedecía á sus confesores, sin haber otra obligación para ello más de serlo. Que no solamente no se meneaba sin ellos en cosa, pero aun en las mismas cosas que Nuestro Señor la mandaba que hiciese, aunque ella no dudaba ser Nuestro Señor, si su confesor no se las mandaba, no las hacía, y si la mandaba al contrario de ellas, hacía lo contrario; y decía al Señor que la perdonase, que por obedecer á los que tenía en su lugar lo hacía. Llegó en esto á hacerse fuerza para resistir á las mercedes sobrenaturales que Dios la hacía en la oración, y hacer cruces, y darle higas cuando se le aparecía, yendo en ello contra su voluntad é inclinación. Y el Señor aprobó esta tan alta obediencia, mandándola que hiciese lo que ellos la dijese, que El los enseñaría la verdad, y así se la venía á enseñar.

La segunda es, que en cuanto duró aquello de la fundación de San José de Avila, con desearlo ella tanto, porque lo quería el Señor, jamás en tanto tiempo, y en tantos sucesos como hubo, y tantas ocasiones, faltó un punto de la obediencia, sino siempre lo consultaba con buenos teólogos, y sólo aquello hacía que ellos la aseguraban que podía hacer sin faltar un punto de la perfección. Y así, cuando la mandaron que no pasase adelante, lo dejó del todo sin ninguna pesadumbre, con haberla costado mucho trabajo lo que hasta entonces estaba hecho; y después de haberle fundado, enviándola á llamar la Priora de la Encarnación, dejó sus monjas y su Monasterio, y se fué

(1) *Moral*, lib. XXXV, cap. X.

allá á sujetarse á que hiciesen de ella lo que quisiesen; y allí se estuvo hasta que, con licencia y bendición de su Provincial, se volvió á su casita. Cosas verdaderamente que me espantan cuando las considero, porque son de altísima perfección, y no sé quién las imitase. Para mí harto maravilloso es la tercera que dije en este libro, quemar cosas tan lindas como tenía escritas sobre el libro de los Cantares, por sólo una palabra de un ignorante confesor. Decir el respeto que tenía á sus Prelados no será menester, pues el Padre Maestro Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús, dijo á una señora principal, con quien podía tratar así: «¿Veis á Teresa de Jesús, lo que tiene de Dios y lo que es? Pues con todo eso, para cuanto yo la digo, está como una criatura.»

Siendo Provincial el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, díjole la Madre cómo se había de hacer cierto negocio de importancia, y para eso era menester detenerse en la casa donde ella entonces estaba; respondió el Padre, ó por mortificarla, ó por parecerle otra cosa mejor, que á él le parecía todo lo contrario, y que se partiesen luego. La Madre, aunque tenía entendido de Nuestro Señor que el negocio se había de hacer, y á lo que entonces juzgara quien no tuviera el juicio tan rendido á la obediencia, parecía que se desbarataba por allí, sin replicar palabra, y sin proponer nada, respondió que fuese así, y luego se partió. Habiendo después caminado un día ó dos, díjola el Padre Gracián: «¿Pues no decía, Madre, que tenía revelación de Dios que este negocio se había de hacer? Sí tenía, dijo ella, pero en la revelación me podré yo engañar, y en obedecer á vuestra Reverencia, que es mi Prelado, sé cierto que no voy engañada. Ahora, pues, mire en ello, dijo el Padre, y encomiéndelo á Nuestro Señor.» Y pasado un día tornóla á preguntar qué había entendido en aquel negocio. Dijo la Madre: «Díjome Nuestro Señor que se haría como antes me lo había dicho; pero dice, que por el medio que la obediencia me muestra, se hará muy mejor que por el que yo quería tomar» (1). Esto era una cosa no de menos maravilla que las que habe-

(1) Pone aquí el P. Gracián una nota marginal que dice así:

«Estando en Veas, ofrecíase fundar convento de monjas en Madrid y en Sevilla y hacíase gran dificultad á qué parte acudiría la Madre. Díjela que lo comunicase con Nuestro Señor; hízolo tres días, y al cabo dijo que el Señor la había declarado que fuésemos á Madrid. Yo la dije que luego fuese á Sevilla y así obedeció. Tornándola yo á preguntar ¿por qué no había replicado? pues muchos hombres doctos la habían asegurado que su espíritu era de Dios, y lo que yo había dicho me movía sólo mi opinión, y que aun no lo había encomendado á Dios, dijo: —Porque la fe me dice, que lo que vuestra reverencia me mandare, es voluntad de Dios, y de cuantas revelaciones hay no tengo fe que lo serán.»

«Muchas veces me acaeció tratar algunas cosas con ella y ser de contraria opinión, y después á la noche mudar de propósito, y tornando á ella, á decir que lo hiciere como á ella le parecía, sonrefase; y preguntándola yo qué era, decía: que habiendo tenido revelación de Nuestro Señor que se hiciese aquello que ella decía, como el prelado la decía lo contrario, se iba á Nuestro Señor diciéndole: Se-

mos dicho, que con tener tantas revelaciones, y enseñarla el Señor muchas veces cosas muy menudas acerca de lo que había de hacer, ni se casaba con su parecer, ni estimaba las revelaciones, por claras que fuesen, ni decía: más luz tengo yo de Dios y más razón es creer lo que Dios me dice, que lo que me aconseja un hombre; sino esto era lo que decía: que más caso hacía ella de una palabra de su Prelado ó confesor, que de mil revelaciones, y que por donde ella se había de regir, eran los dichos de los que tenía en lugar de Dios. Y aunque lo decía muy bien, lo hacía mejor. Decía también que ninguna cosa la mandaría su confesor, ó sabría ella que él quería que la hiciese, que la dejase por cosa del mundo; y que si la dejase, pensaría andaba muy engañada.

Yendo á la fundación de Sevilla, y estando en una ermita de Eciija, día de Pascua de Espíritu Santo, vínola deseo de hacer algún gran servicio al Espíritu Santo, en agradecimiento de una gran merced que había recibido antes en el mismo tiempo; y buscando en qué, ofreciósele que sería bien para esto: hacer voto de obediencia muy particular al Padre Gracián, que entonces era provincial de los Descalzos en Andalucía. Sentía en esto gran dificultad, como ella lo significa en un papel, donde lo dejó escrito con estas palabras: «Año de 1575, en el mes de abril, estando yo en la fundación de Veas, acertó á venir allí el Maestro Fray Jerónimo de la Madre de Dios Gracián. Comencéme á confesar con él algunas veces, aunque no teniéndole en el lugar que á otros confesores había tenido, para del todo gobernarme por él. Estando yo un día comiendo, sin ningún recogimiento interior, se comenzó mi alma á suspender y recoger de suerte, que pensé que me quería venir algún arrobamiento, y representóseme esta unión con la brevedad ordinaria, que es como un relámpago. Parecióme ver junto á mí á Nuestro Señor Jesucristo de la forma que Su Majestad se me suele representar, y hacia su lado derecho estaba el mismo Maestro Gracián. Tomó el Señor su mano derecha y la mía, y juntólas y díjome: *Que éste quería tomar en su lugar toda mi vida*, y que entrambos nos conformásemos en todo, porque convenía así. Quedé con una seguridad tan grande de que era Dios, aunque se me ponían delante dos confesores, que había tenido en veces mucho tiempo, y seguido, y á quien he debido mucho: en especial el uno, á quien tengo gran voluntad, me hacía terrible resistencia. Con todo, no me pudiendo persuadir á que esta visión era engaño, porque hizo en mí gran operación y fuerza, junto con decirme otras dos veces, que no temiese, que El quería esto, por

ñor, si queréis que se haga, moved el corazón de mi prelado, y haced que me lo mande, que yo no tengo de pasar de su obediencia.»

•Por esta causa, decía de ella el padre fray Bartolomé de Medina, que nunca hacía cosa, sino lo que el prelado le mandaba.»

diferentes palabras, que en fin me determiné á hacerlo, entendiendo era voluntad del Señor, y seguir aquel parecer todo lo que viviese; lo que jamás había hecho con nadie, habiendo tratado con hartas personas de grandes letras y santidad, y que miraban por mi alma con gran cuidado; mas tampoco había yo entendido cosa semejante para que no hiciese mudanza, que el tomarlos por confesores, de algunos había entendido que me convenía, y á ellos también.

»Determinada á esto, quedé con una paz y alivio tan grande, que me espantaba, y certificada lo quiere el Señor; porque esta paz y consuelo tan grande del alma, no me parece la puede poner el demonio: y así, cuando se me acuerda, alabo al Señor, y se me representa aquel verso: *Posuit fines suos in pace*, y queríame deshacer en alabanzas de Dios.

»Debía ser como un mes después de ésta mi determinación, segundo día de Pascua de Espíritu Santo, viniendo yo á la fundación de Sevilla, oímos misa en una ermita en Ecija, y allí nos quedamos la siesta. Estando mis compañeras en la ermita, yo me quedé sola en una sacristía que había en ella. Comencé á pensar una gran merced que me había hecho el Espíritu Santo, una víspera de fiesta, y vínome gran deseo de hacerle un muy señalado servicio, y no hallaba cosa que no la tuviese hecha, al menos determinada; que hecho, todo debe de ser falto y acorde, que puesto que el voto de la obediencia tenía hecho, y que se podía hacer con más perfección; y representóseme que le sería agradable prometer lo que ya tenía propuesto, de obedecer al Padre Maestro Fray Jerónimo. Por una parte me parecía que hacía en ello nada, porque ya estaba determinada de hacerlo; por otra se hacía una cosa recísima, considerando que con los prelados que se hace voto, no se descubre lo interior, y se mudan, y si con uno no se halla bien, viene otro; y que creí quedar sin ninguna libertad exterior y interiormente toda la vida, y apretóme esto harto para no lo hacer. Esta misma resistencia, que hizo mi voluntad, me causó afrenta, y parecerme que ya se ofrecía algo que hacer por Dios; que si no lo hacía, que era cosa recia, para la determinación que tengo de servirle. El caso es que apretó de manera la dificultad, que no me parece que he hecho cosa en mi vida, ni el hacer profesión, que me la hiciese tan grave, salvo cuando salí de casa de mi padre para ser monja. Y fué la causa que se me olvidó lo que le quiero, y las partes que tiene para mi propósito, antes entonces, como á extraño le consideraba (que me ha espantado), sino un gran temor, sino era servicio de Dios; y el natural, que es amigo de libertad, debía de hacer su oficio, aunque ya ha años que no gusto de tenerla. Mas otra cosa me parecía era por voto, como á la verdad lo es. Al cabo de gran rato de batalla, díome el Señor una gran confianza, pareciéndome era mejor mientras más sentía, y que pues yo hacía aquella promesa por

el Espíritu Santo, obligado quedaba á darle luz para que me la diese, junto con acordarme que me lo había dado Nuestro Señor. Y con esto me hiqué de rodillas y prometí hacer cuanto me dijese toda mi vida, por hacer este servicio al Espíritu Santo, como no fuese contra Dios y contra los Prelados que tengo más obligación. Advertí que no me obligaba á cosas de poco momento, como si yo importuno una cosa, y me dice que lo deje, y me descuido y torno, ó en cosas de mi regalo. En fin, que no sean cosas de naderías, que se hacen sin advertencia: y de todas mis faltas y pecados ó interior, no le encubriría cosa á sabiendas, que esto también es más que lo que se hace con los Prelados: en fin, tenerle en lugar de Dios exterior é interiormente. No sé si es así, mas gran cosa me parecía haber hecho por el Espíritu Santo, á lo menos, todo lo que supe, y bien poco para lo que le debo.»

«Alabo á Dios, que crió persona en quien quepa, que de esto quedé confiadísima, que le ha de hacer Su Majestad grandes mercedes, y yo tan alegre y contenta, que de todo punto me parece había quedado libre de mí, y pensando quedar apretada con la sujeción, he quedado con muy mayor libertad. Sea el Señor por todo alabado» (1).

También esta virtud de la obediencia se la enseñó Cristo Nuestro Señor particularmente, porque muchas veces la dijo que no dejase de comunicar toda su alma y las mercedes que él la hacía con el confesor, y que le obedeciese. Y mostróla, que aunque más padeciese, no había de desviarse de la obediencia, diciéndola: «No es obedecer, si no estás determinada á padecer; pon los ojos en lo que yo he padecido, y todo se te hará fácil.»

Esta virtud estimaba en mucho, y encomendábala mucho á las monjas; declaraba en una palabra el valor y necesidad de ella, diciendo: «Que no tener obediencia, era no ser monja.» Y ésta quería que la hubiese, no sólo en la voluntad, para querer lo que se ordena, sino también en el juicio, creyendo que está bien ordenado. Y por eso, como dijimos en el libro segundo, ejercitaba á las monjas en la mortificación del juicio ó entendimiento, como cuando mandó á una sembrar el cohombro que la traían para cenar, y á otra cargaba de oficios, que parecía imposible hacerlos, y cosas de esta manera.

Decía que la oración y todo lo demás que una monja hiciese (como no fuese de obligación), se había de dejar de buena gana por acudir á la obediencia; y que cuando una anda desabrida porque no la dan el

(1) Cfr. La Fuente, *Obras*, I, p. 160.—Mármol (*Excelencias, vida y virtudes del P. Fr. Jerónimo Gracián*, parte 1.^a, cap. XVII), dice que se halló entre los papeles «que tenía la Santa de su letra, uno que estaba doblado como carta, y en lugar de sobrescrito decía: *Es cosa de mi alma y conciencia; no lo lea nadie, aunque me muera, sino dese al Padre Maestro Gracián*, y firmado de su letra al cabo, *Teresa de Jesús*.» La copia que él nos ha conservado ofrece algunas variantes con la que acabamos de transcribir.

lugar que quisiera para la oración, empleándola la obediencia en otras cosas, la causa principal de esto era un amor propio muy delicado, que se mezcla sin dejarse entender, que es querernos más contentar á nosotros que á Dios. Y que no se desconsolasen por eso, porque si la obediencia las ocupaba en obras exteriores, en la cocina y entre los pucheros hallarían á Dios, ayudándolas en lo interior y en lo exterior.

Decía que no había cosa que más presto llevase al alma á la suma perfección que la obediencia, y que por ver eso el demonio pone en ella tantos disgustos y dificultades debajo de color de bien. Porque la suma perfección no está en visiones, ni en revelaciones y regalos de Dios; sino en querer, con toda nuestra voluntad y con alegría, lo que El quiere, ora sea amargo, ora sabroso. Y porque para esto nos hacen gran contradicción el demonio y nuestra sensualidad, decía que como acá en un pleito muy dudoso se toma un juez, y las partes, cansadas de pleitear, lo ponen en sus manos; así nuestra alma, por escaparse de pleitos con la sensualidad y con el demonio, tome un juez, que es el Prelado ó el confesor, con determinación de no hacer más de lo que él dijere, creyendo al Señor, que dijo: «Quien á vosotros oye, á mí oye» (1), y con esto quitarse de pleitos y descuidar de su voluntad. «Esta, dice, es la verdadera unión, hacer mi voluntad una con la de Dios. Esta es la que yo deseo, y querría en todas, que no unos embebecimientos muy regalados, á quien tienen puesto nombre de unión. Y será así, siendo después de esta que dejo dicha; mas si después de esa suspensión queda poca obediencia y propia voluntad, estará unida con su amor propio, me parece á mí, que no con la voluntad de Dios (2).»

Decía más, que las personas religiosas eran esclavos de Dios, vendidos, por su amor y de su propia voluntad, á la virtud de la obediencia, y así por ella deben dejar de gozar del mismo Dios, dejando la oración y la soledad, por acudir á las obras de la obediencia; y aunque en ellas haya ocasiones para hacer más faltas, y aun algunas quiebras, es sin comparación muy mayor ganancia que la soledad; porque en el ejercicio de estas obras, conocemos quién somos y hasta dónde llega nuestra virtud; y quien está en la soledad y recogido, no sabe si tiene paciencia ni humildad, ni tiene cómo lo saber, como no sabe el esfuerzo que tiene, el que nunca se ha visto en batalla. Y así decía que era gran bien que se ejerciten en obras de obediencia, para que por esa vía se conozcan, y que es mayor merced de Dios un día de humilde propio conocimiento, que muchos de oración. Cuanto más, que el verdadero amante, en toda parte ama y siempre

(1) Luc., X, 16.

(2) *Fundaciones*, cap. V.

se acuerda del amado, y entre las mismas obras que hace, puede orar y levantar el corazón á Dios (1).

Esto que la Madre dice, que la verdadera unión está en tener nuestra voluntad conforme con la de Dios, se lo enseñó el mismo Señor un día, diciéndola, como ella lo cuenta: «No pienses, hija, que es unión estar muy junta conmigo, porque también lo están los que me ofenden, ni los regalos y gustos de la oración, aunque sea en muy subido grado; aunque sean menos, medio son para ganar las almas muchas veces, aunque no estén en gracia. Entendí que era la unión, el espíritu limpio y levantado de todas las cosas de la tierra, no quedar cosa de él que quiera salir de la voluntad de Dios, sino que de tal manera esté un espíritu y una voluntad conforme con la suya, y un desasimiento de todo, empleado en Dios, que no haya memoria de amor en sí, ni en ninguna cosa criada.» Lo que dice: «porque también lo están los que me ofenden», es porque Dios está en todas las cosas, y de esta manera general está también en los mismos que le ofenden.

(1) Ibid.

CAPÍTULO XXI

De la fuerza que tenía en sus palabras

Declarando el bienaventurado San Gregorio aquellas palabras de San Marcos (1): «Ellos, partidos de allí, predicaron en todas las partes, obrando con ellos el Señor, y confirmando sus palabras con los milagros que se seguían», dice: «¿Qué habemos de considerar en estas palabras, qué habemos de encomendar á la memoria, sino que tras el mandamiento fué la obediencia, y tras la obediencia los milagros?» (2). Así es ello muchas veces, que los muy obedientes son obedecidos; y no solamente quiere Dios que les obedezcan las criaturas, sino aun El mismo gusta de hacer la voluntad de ellos, como lo dice David (3): «Hará la voluntad de los que le temen, y oirá su oración.» Por esto vendrá bien, habiendo hablado de su obediencia, hablar de la virtud que tenía en sus palabras, con Dios y con los hombres. Esto habemos ya visto cuando tratamos de la fuerza de la oración de la Madre, y lo mucho que podía con Dios, y cuántas enfermedades de cuerpos y almas fueron curadas por ella.

Una señora estaba en Burgos, que había algunos años que deseaba tener hijos, y encomendóse en las oraciones de la Madre, y por ella los tuvo muy en breve, y de ella quedó harto agradecida. De aquí venía que su palabra tenía maravillosa fuerza y virtud con las criaturas. Venían á ella algunas con tentaciones, y con dudas y escrúpulos, y á veces no se podían declarar; ella las entendía, y se lo decía, y las sosegaba maravillosamente. Venían muchas personas, de cerca y

(1) Marc. XVI, 20.

(2) Homil. XXIX in Evang.

(3) Ps. CXLIV, 19.

de lejos, á tratar con ella cosas de espíritu, y otras á consolarse de trabajos que tenían, y no solamente personas ordinarias, sino grandes letrados, y á todos enviaba satisfechos y consolados, porque en esto del consolar tenía particular gracia de Dios.

Á los señores y señoras grandes trataba con una llaneza alegre y amable; y como estaba hecha á tratar tan familiarmente con el Rey del Cielo, no la espantaba el hablar con los señores de la tierra. Decíales lo que habían menester para el bien de sus almas, y algunas veces los reprendía con la misma llaneza y con humildad; pero tenían tanta fuerza aquellas llanas y humildes palabras, que ellos, no sólo no se alteraban, sino que se lo agradecían, y la tomaban grande amor y se enmendaban. Con todos negociaba muy bien lo que había menester, como habemos visto tratando de las fundaciones, porque su trato era tan dulce, y las palabras, por una parte humildes, por otra fuertes y prudentes, que hacía lo que quería. En los negocios de su orden, cuando escribía al rey (1), más hacía su carta que la intercesión de cuantos le hablaban.

Ya dijimos de sus cartas cómo aprovechaban para quitar tentaciones. A una monja vino una tentación, que en mucho tiempo no podía rezar el oficio divino, sin tener enfermedad ninguna que lo impidiese, más, que en comenzando á rezar, la daba un tan gran mal, que la forzaba á dejarlo y irse del coro. Llegó la Santa Madre al convento donde ella estaba, y hablóla, y mandóla que poco á poco rezase á solas una vez ó dos, y después de esto, mándala que vaya al coro con las demás, sin detenimiento ninguno: y luego se le quitó la tentación, y pudo rezar como antes que la tuviese. Dos oficiales que trabajaban en un convento donde ella estaba, riñeron con tanta furia, que se pensó viniera el negocio á mucho mal. Ella les habló, y estando muy bravos, quedaron mansos como unos corderos, con las palabras que les dijo.

Yendo á la fundación de Sevilla, estaba con sus monjas en un gran campo junto á la venta de Alvino, y en el mismo campo estaban unos soldados, gente desgarrada, y algunos otros hombres, y comenzaron á reñir y acuchillarse unos con otros. Las monjas hubieron miedo, y fuéronse á favorecer á su Madre, como los pollos suelen acudir á las alas de la gallina. La Madre les dijo: «Hermanos, miren que está Dios aquí que les ha de juzgar.» Y en ese punto se hundieron no sé dónde, que nunca más los vieron.

Venían algunas veces personas á tentarla, porque no creían lo que de ella se decía, con intento de cogerla, si pudiesen, en algo. Y ella les hablaba en su lenguaje acostumbrado, que era tratar cosas de donde

(1) Felipe II, á quien dirigió varias cartas, cuando las disensiones entre Calzados y Descalzos.

las almas saliesen con ganancia. Vinieron de esta manera dos mancebos, y antes que de ella se apartasen, les tocó el Señor de manera, con las palabras que les dijo, que la confesaron allí su culpa y la mala intención con que habían venido, y se fueron aprovechados y mudados y mejorados.

CAPITULO XXII

De la gracia de sanidades que tenía

No era esta virtud solamente con palabras: sus manos también estaban llenas de virtud, y por ellas hizo el Señor muchas maravillas, sanando enfermos; porque no solamente quiso que la obedeciesen las criaturas de razón, sino también los humores desconcertados y descompuestos. Hagamos principio de aquel tan manifiesto é ilustre milagro que hizo cuando tomó en los brazos á su sobrino D. Gonzalo de Ovalle, siendo muy niño, estando, ó muerto verdaderamente, ó tal, que á todos lo parecía; teniéndole sobre sus rodillas, y tocándole con su huelgo, le volvió bueno y sano. Estando en casa de doña Luisa de la Cerda en Toledo, una dueña suya había mucho tiempo que andaba muy mala de dolor de muelas y de un oído, que no había remedio para ella. Pero como conocía la santidad de la Madre, llegóse á ella, rogándola mucho que la hiciese la señal de la cruz sobre la parte mala. La Madre, con un gracioso desdén la echó de sí con la mano, diciendo: «Quítese allá, hágasela ella, que la santa cruz no tiene la virtud de mi mano, sino de sí.» Y cuando la echaba de sí, tócala en la misma parte que la enferma pedía. Y fuese de propósito, ora acaso, el tocar, ella quedó luego buena; quien la conoció y trató, nunca más la vió con aquel dolor.

Estando la Priora del Monasterio de Medina, que entonces era, con una gran calentura y dolor en un lado, con mucho peligro de su vida, llegó allí la Madre, y sabiendo cuán mala estaba, fuéla luego á ver; y en abrazándola, se sintió sin el dolor, y el día siguiente se levantó buena del todo (1). Otra hermana padecía un mal de pecho muy grande, más había de tres años, con muy recia tos; y consolándola la Madre, díjola que no tuviese pena, que ella la encomendaría á Dios, y luego estuvo buena del todo.

(1) En el proceso para la canonización fué admitido este milagro como de tercer orden.

Estando en Valladolid y habiendo de partir el día siguiente para Salamanca, cayó mala al anochecer su compañera Ana de San Bartolomé, y después de maitines, vínose á la hermana y díjola; «No tengas pena, hija, que ya yo tengo quien vaya conmigo; y á la Priora dejo encargado que te envíe luego adonde yo estuviere, en estando tú para ello:» que de esta manera la hablaba, por el amor que la tenía. Y aunque la consolaba, la pesaba de irse sin ella, y apartóse, y suplicó á Nuestro Señor la diese salud, y después de haberlo hecho, llamóla y preguntóla cómo se sentía. Ella se sentó en la cama, y dijo que no sentía calentura, y que si quería que iría allá para que lo viese; mandóla venir, y vino buena, y á la mañana se levantó, y se vino buena y sana con la Madre. La misma hermana tenía un terrible dolor de muelas, y cuando ya no lo podía sufrir, rogaba mucho á la Madre que la santiguase, y ella lo hacía, viéndola padecer tanto; y, en haciéndolo, se le quitaba el dolor. Esto fué tres ó cuatro veces, en Avila, poco antes de partir para la fundación de Burgos. Después en Burgos la dió otra vez este dolor, y las hermanas, habiéndola mucha lástima, rogaban á la Madre que la santiguase; ella, con la gracia que tenía en todas las cosas, decíala: «Anda, anda, no pienses que soy yo santiguadera,» y no lo hacía: en fin, por la importunación de todas, echóla la bendición, y luego se le quitó el dolor, y no la volvió más mientras la Madre vivió; hasta que, después de su muerte, se le quitó del todo, como diremos en el libro siguiente.

Una hermana en el Monasterio de Medina tenía una erisipela, y particularmente en las narices, las cuales traía siempre tan hinchadas y enconadas, que pensaban los médicos que se le habían de cancerar. Y un día en que estaba más mala y con calentura, por gozar de la Madre, que estaba en casa, levantóse, y ella húbola lástima, y comenzóla á traer la mano por el rostro, diciendo: «Calle, mi hija, que yo confío en Nuestro Señor que la ha de sanar.» Y luego la hermana se sintió mejor; y antes que se apartase de allí, quedó del todo buena, sin que jamás le haya vuelto esta enfermedad. La Madre no la dijo más que diese á Nuestro Señor muchas gracias, porque la había querido sanar.

Partiéndose de Palencia llegó un clérigo siervo de Dios á pedirle la bendición, con un gran dolor de muelas, y á la hora se le quitó. Bien puede entrar aquí otra sanidad, aunque no fué corporal. La postrera vez que salió del convento de Salamanca, ibanse con ella las monjas hasta la portería, y mirando atrás vió á la hermana Isabel de San Jerónimo, que venía algo más lejos que las otras, y díjola: «Venga acá mi hija, ¿por qué se queda ella allá?» y abrazóla, y tocando con su cara en la de la hermana, se la quitó una tentación que entonces traía, y la daba pesadumbre, y nunca después la sintió más.

CAPÍTULO XXIII

Del agradecimiento que tenía

Todas las virtudes que he contado tenía la Santa Madre en un grado muy alto y con gran perfección, como lo saben bien y lo dicen todas las personas que la trataron más en particular, aunque por no haber tenido éstas la cuenta que fuera menester para notarlas, ni haber hecho memoria tan de propósito de lo que notaron, se han perdido muchas cosas que fueran de gran provecho. Pero ésta, de ser agradecida, echábase tanto de ver, que nadie lo podía dejar de notar, por poco que mirase; porque en toda su vida fué muy agradecida á todos: hasta en la postrera enfermedad, cualquiera cosa que las monjas hacían, así se lo agradecía, como si ella fuera una mujer extraña, á quien no debieran nada. Para contar todos los ejemplos que de esto hay, era menester contar toda su vida, y todos los bienes grandes y pequeños que otros la hicieron. Pero algunos diremos brevemente. A Nuestro Señor, aun antes que de veras le comenzase á servir, tenía tanto agradecimiento, que como veía que no hacía con El enteramente lo que debía, éranla tan penosas las mercedes que de su Majestad recibía, que había menester, para sufrirlo, la grandeza de ánimo que la había dado, y aun no se podía valer. A los confesores que tenía amó siempre mucho, y por agradecimiento, guardó esto toda su vida; que jamás dejó á ninguno de ellos, hasta que, ó ellos se mudaban á otras partes, ó ella iba á alguna fundación.

Contaba muchas veces, y con mucho agradecimiento, las buenas obras que la hacían, y tenía gran memoria de ellas. A un hombre, porque yendo de camino en un lugar la dió un jarro de agua, tuvo cuidado de encomendarle á Dios algunos años. Cuando vivía en la Encarnación, estando fuera, en casa de doña Guiomar de Ulloa, estuvo malo, de una larga enfermedad, un padre con quien las dos se confesaban, y lleváronle á un lugar cerca de Lebesma para regalarle y curarle. En todo este tiempo la Madre le curó, con el cuidado y cari-

dad que si fuera su mismo padre, guisándole lo que había de comer, y velándole muchas noches, y sirviéndole en todo lo que una mujer muy ordinaria pudiera servir, sin cansarse; y de aquellos trabajos y malas noches que pasó, se entiende cobró buena parte de las enfermedades que tenía.

Estando en la fundación de Sevilla, diéronla un frontal de red en que estaba labrado el sacrificio de Abraham, muy grosero, pero por la pobreza que había, le hubieron de poner en el altar de la iglesia. Y estándole poniendo, dijo una hermana por gracia: que el ángel, que estaba allí puesto, parecía disciplinante. Ello era así, y á todas las cayó mucho en gracia; pero la Madre volvióse á ella con un rostro severo, y dióla una muy buena reprensión, diciendo, que si era aquél el agradecimiento que tenía á la limosna que las hacían, y otras muchas cosas á este propósito, con tanto peso y con tantas veras, que todas quedaron muy maravilladas y con propósito de guardarse, de allí adelante, de semejantes gracias.

Muchas cosas se pudieran decir, si se hubiera hecho memoria de ellas; porque como era tan humilde, cualquiera cosa, por pequeña que fuese, la agradecía como si fuese muy grande, por todas las vías que podía, y más por la que ella podía más, que era por la oración; y así hizo Nuestro Señor grandes bienes á las personas que la ayudaron é hicieron bien. Pero no dejaré de decir una, por donde se pueden bien entender las demás. En uno de sus Monasterios tenían un clérigo que las confesaba, y por otra parte las hacía mucho daño, y las era muy contrario. La Priora dió cuenta á la Madre Teresa de Jesús de lo que pasaba, pareciéndola que convenía despedirle. A esto la respondió la Madre estas palabras: «Por amor de Nuestro Señor, la pido, hija, que sufra y calle, y no traten de que echen de ahí ese Padre, por más trabajos y pesadumbres que con él tengan, como no sea cosa que llegue á ofensa de Dios; porque no puedo sufrir que nos mostremos desagradecidas con quien nos ha hecho bien. Porque me acuerdo que cuando nos querían engañar con una casa que nos vendían, él nos desengañó, y nunca se me puede olvidar el bien que en esto nos hizo, y el trabajo de que nos libró, y siempre me pareció siervo de Dios y bien intencionado. Bien veo que no es perfección en mí, esto que tengo de ser agradecida; debe de ser natural, que con una sardina que me den, me sobornarán.»

CAPITULO XXIV

De la gran prudencia que tenía

De esta virtud parece que no era menester hablar aquí, porque, por las cosas que quedan ya contadas, y por lo que todos ven en sus Monasterios, bien claro está, haber sido su prudencia más que humana. ¿Cómo se pudieran fundar tantos Monasterios, con tanta pobreza y con tantas contradicciones, si no tuviera una extraordinaria y divina prudencia quien los fundaba, y más siendo mujer y pobre y encerrada, y viviendo debajo de obediencia? ¿Quién pudiera vencer tantas dificultades, llevar tantas condiciones, ganar tantas voluntades, huir tantos inconvenientes, en fin, acertar en los medios, que para tan grandes cosas eran necesarios? Todo esto, con ser tanto, se me hace á mí poco, cuando miro lo que es, haber conservado y gobernado los mismos Monasterios ya fundados, una mujer tan enferma y ocupada en otras cosas y teniendo tanta pobreza. A muchos, que con sentido humano miraban estos Monasterios, les parecía que era desatino hacer más, y que los hechos se habían de deshacer presto. Aquella su amiga de la Encarnación, Juana Suárez, casi riñendo la solía decir: que hartos palomares había hecho, que lo dejase y no hiciese más. Pero con toda la pobreza y estrechura que en éstos había, y con todas las persecuciones, no sólo estuvieron en pie, y lo están los que fundaba, sino cada día iba fundando más.

Y lo que más me espanta es, la enseñanza que dejó de todos los Monasterios, cuán bien las puso en oración, y cuán acertado camino las mostró en ella; cuán acostumbradas las dejó á la obediencia verdadera, y á la mortificación y humildad, y al silencio y recogimiento, y á todas las demás virtudes. Quien esto no sabe, vea lo que pasa hoy en estos Monasterios, y verá bien cuál fué la maestra, pues tan bien amaestradas dejó sus discípulas. Vese en estas cosas, el gran entendimiento y juicio que tenía, y la alta prudencia de que fué dotada en lo natural, y cuán enseñada fué sobrenaturalmente de Dios; porque

prudencia humana yo no sé cómo para ellas podía bastar, y por eso dije, que la que ella tuvo, fué más que humana.

Tenía á sus hijas mucho amor (1), y mostrábasele por todas las

(1) Basta hojear la correspondencia de la Santa Madre, para ver al punto cómo brotan á cada paso de su pluma ó mejor dicho de su corazón, chispas encendidas en ese amor puro, cariñoso, maternal, en toda la extensión de esta palabra. Pondré sólo unas pocas muestras.

A la M. Ana de la Encarnación.

•Hágame saber cómo está, y todas, y déles mis encomiendas, que bien quisiera poder gozar de las de allá y de las de acá... A Juana de Jesús que me haga saber cómo está, que tenía muy chica cara, el día que me vine. •

A la M. M.^a Bautista.

•¡Oh qué deseo tengo de poder ir ahí algun día, pues no estamos lejos! mas no veo cómo. No se enoje conmigo, hija mfa, que ya le digo lo que hay, en querer ir: sería mentira decir, no quiero. Harto, pues, me ha de cansar, si voy, tanta señoría y baraunda, mas todo lo pasaré por verla. •

A la Priora de Medina.

•Bendito sea Dios que han llegado acá cartas tuyas, que no las deseaba poco: y en esto veo que la quiero más que á otras muy parientas; y siempre me parece escribo corto.... ¡Oh madre mfa, cómo la he deseado conmigo estos días! Sepa que á mi parecer han sido los mejores de mi vida, sin encarecimiento.

Dígalas á esas mis hijas, que Dios les pague el regocijo: mas que me crean, y nunca pongan su contento en cosas que se pasan, que se hallarán burladas. A la mi Casilda diga lo mismo. •

A la M. M.^a de S. José.

•¡Oh cómo quisiera escribir muy largol... Por caridad le pido, que me escriba por todas las vías que pudiere, para que yo sepa siempre cómo están... Mire que me regale á San Gabriel (la madre), que estaba muy boba en mi venida... A la hermana San Francisco, que sea buena historiadora, para lo que pasare... Teresa ha venido, especial el primer día, bien tristecilla: decía que de dejar á las hermanas. En viéndose acá, como si toda su vida hubiera estado con ellas, que de contento casi no cenó aquella noche que venimos. Heme holgado, porque creo es muy de raíz el ser aficionada á ellas. •

A la misma.

•Yo les digo, que si alguna pena tienen por mi ausencia, que me lo deben bien. Plega al Señor se sirva de tantos trabajos y penas, que dejar hijas tan queridas, dan. •

•Yo le digo, que le pago bien la soledad, que dice tiene de mí. Heme holgado tanto con su carta, que me enterneció, y caído en gracia sus perdones. Con que me quiera tanto, como le quiero yo, le perdono lo hecho y por hacer... Por cierto que á trueco de que quede V. R. y otras hermanas con algún descanso, doy por bien empleados tantos trabajos, aunque fueran muchos más. Y créame que la quiero mucho... ¡Oh, lo que se ha holgado mi hermano con sus cartas! No acaba de decir de su discreción. Ellas venían buenas, sino que V. R., cuando quiere hacer mejor letra, la hace peor. •

A la misma.

•Yo le digo en verdad hija mfa, que me hacen tanto consuelo sus cartas, que como leí una, y no pensé que había más, cuando hallé la otra, me lo dió, como si no hubiera visto ninguna; de manera que yo me espanté de mí. Por esto entienda que siempre me serán recreación sus cartas... ¡Oh, lo que nos ha caído en gracia la carta de las mis hijas! Yo le digo que viene estremada: encomiéndemelas mucho... El Señor me las guarde, mis hijas, y haga santas. •

A otra priora.

•Acá dicen que quiero más á las de esa casa que á ningunas, y cierto que no sé qué lo hace, que yo las cobré mucho amor, y ansí no me espanto que V. R. me le tenga, que siempre se le tuvo, aunque me es regalo el oirlo. •

vías que convenía, y así era muy querida de todas, y hacía de ellas lo que quería. Tenía gran cuenta de proveerlas de todo lo necesario, para que, cuanto fuese posible, no faltase á nadie nada, y especialmente á las enfermas.

Gustaba de que anduviesen alegres, como ella lo andaba, y refase con mucha gracia de los que, en teniendo un poco de devoción, andaban luego encogidos, y como ella decía, encapotados, y no osaban hablar, pensando que luego se les había de ir la devoción; y quería que tuviesen cada día su tiempo señalado para recreación, y que cantasen en las fiestas de los santos, é hiciesen coplas al mismo propósito; y se holgasen de la manera que allá se sufre; pero todo esto había de ser con religión, y sin perder un punto de la observancia que había de haber.

El amor que la tenían estaba junto con una gran reverencia, y con un extraordinario respeto, causado de la gran santidad y prudencia y sabiduría que en ella veían. Y así, con amarla tanto, y ser ella tan alegre, acontecía no osar alzar los ojos á mirarla las que estaban con ella, y cuando las llamaba, ir casi temblando. Miraba algunas veces de manera que parecía que veía los pensamientos.

Tenía, en reprender, mucha gravedad, y unas razones con que, la

A la M. Ana de S. Alberto.

«Sepa que no pensé que le quería tanto, que me da mucha gana de verla, quízás lo ordenará Dios.»

A Ana de Jesús.

«Hija mía y corona mía, no me harto de dar gracias á Dios, por la merced que me hizo en traerme á V. R. á la religión.»

A las religiosas de Sevilla, atribuladas con una persecución.

«Hijas y hermanas mías: Sepan que nunca tanto las amé como ahora, ni ellas jamás tanto han tenido qué servir á nuestro Señor, como ahora que las hace tan gran merced, que puedan gustar algo de su cruz... Animo, ánimo, hijas mías. Acuérdense que no da Dios á ninguno más trabajos de los que puede sufrir... Saquen con honra á las hijas de la Virgen y hermanas suyas, en esta gran persecución.

Hallé á la mi Isabel muy gordita, con unos colores que es para alabar á Dios.»

A la M. Ana de Jesús.

«A tener mi mala cabeza y negocios, vuestra caridad, tuviera disculpa en haber tanto que no me escribe; mas no habiendo esto, yo no sé cómo me deje de quejar de vuestra caridad y de mi querida hermana Catalina de Jesús. ¡Pues cierto que no me lo deben! que si pudiese yo, las escribiría tan á menudo, que no les dejase dormir, en olvidarme tanto.»

A la M. María de S. José, que andaba enferma.

«Agora no la queremos penitente, sino que la dé á todas, con sus enfermedades; y que me sea obediente, y no me mate... no sé cómo la quiero tanto. Yo no sé qué tentación me ha dado de quererla tanto. ¡Oh Jesús y qué soledad me hace verlas tan lejos! Plega El que estemos juntas en aquella eternidad, que, con que todo se acaba presto, me consuelo...

Un gran recaudo á la mi Gabriela.»

A la hermana Leonor de la Misericordia.

«Jesús sea con vuestra caridad, mi hija y me la guarde, dé la salud que yo deseo, que harto me ha pesado no la tenga. Hágame la caridad de regalarse mucho.»

que había hecho la falta, quedaba confusa y deseosa de enmendarse, y no enojada ni tentada, sino antes agradecida y con amor. Disimulaba pocas faltas, y á unas trataba con amor, á otras con aspereza, mortificándolas y probándolas, como veía que cada una lo había menester. A una hermana trataba muchas veces con semblante severo y riguroso, y diciéndola otra monja, que cómo trataba así á aquella hermana, que era tan buena y quería tanto á la misma Madre, respondió, que lo entendía así, pero que tenía aquella hermana un natural que había menester aquello para no salir de orden con las demás. Otras veces, decía á cada una en particular la falta que tenía, con amor; con las humildes y obedientes era muy piadosa, y muy rigurosa, si veía alguna que mostrase libertad.

En acabando de reprender, volvía luego con semblante alegre y apacible, cuando veía humildad y conocimiento de la falta, en quien la había hecho.

Quería que las que no estaban por oficio obligadas á mirar las cosas de casa, dejasen ese cuidado, y procurasen mirar las virtudes que viesan en cada una, para amarla por ella y aprovecharse, y descuidasen de las faltas que en las otras viesan. Y eso decía que la había hecho á ella gran provecho. Sentía mal de algunas (que á su parecer tenían tanta perfección) que todo lo que veían en las otras, las parecía falta, y decía que éstas son las que más faltas tienen, y no las ven en sí, sino en las otras; y no quería que las diesen crédito, en las faltas que dijese de otras, hasta informarse de las demás. Pero el decirlas á los Prelados, con caridad y con discreción, aunque fuese de las mismas Prioras, decía que era muy necesario; y el pensar algunos, que hacer esto era falta ó bajeza, tenía por simpleza grande.

A las que veía que andaban en la oración muy embebidas, de manera que las venía daño á la salud, procuraba que las divirtiesen otras en la recreación, y que las ocupasen en oficios y cosas semejantes.

A las enfermas animaba y consolaba, y si veía que andaban desconsoladas porque ocupaban á las demás, y ellas no hacían nada, reñíalas amorosamente, y decíalas que antes se habían de holgar, en dar ocasión á las demás que mereciesen y se ejercitasen en obras de misericordia, dentro de casa, pues no podían ir á hacer á los hospitales.

El vestido y tocado de las monjas, quería que se mirase mucho, que fuese conforme á la constitución; y decía que si en algún tiempo (lo que Dios no quisiese) hubiese alguna cosa que pareciese curiosa, ó no de tanta edificación, se quemase delante de todas, para que las demás escarmentasen, y quedase de ello memoria para las que después viniesen.

La manera de hablar de las monjas, deseaba que fuese con simpli-

cidad y llaneza religiosa, y que llevase más estilo de ermitaños y gente retirada, que de curiosidades y cortesánias, y que más se preciasen de groseras, en esta parte, que de curiosas.

No quería que añadiesen nada las Prioras, ni al rezo ni á las penitencias, si no fuese, ofreciéndose alguna necesidad, por algún día; porque no teniéndose esta cuenta, callarian las monjas, pareciéndolas poca devoción hablar en aquello, y andando cargadas, acabaríaseles la salud, y no podrían hacer lo que estaban obligadas.

El oficio divino mandaba que se dijese con pausa, y cantado en voz baja. Y decía que en ser alta, había dos daños: el primero que parecía mal, como no iba por punto; el segundo que se perdía la modestia y espíritu, de la manera de vivir que habían tomado.

En el recibir monjas, decía que se mirase más á los talentos de las personas que á lo que traían, y que por ningún interés del mundo se recibiesen las que no son conformes á las constituciones, especialmente si tenían alguna falta en la condición; y mucho menos el darlas la profesión. El recibir más del número que estaba señalado en las constituciones, decía que no era menos daño que destruir los Monasterios. Antes quería que nunca estuviese el número cumplido, porque si alguna se ofreciese que estuviese muy bien, hubiese lugar para recibirla. También las freilas quería que fuesen muy pocas, y solamente las que no se pudiesen excusar; y que en esto era menester ir á la mano á las Prioras, que suelen ser amigas de muchas freilas, y cargan las casas, y muchas veces, de personas de poco provecho.

Procuraba mucho que no se recibiese ninguna que fuese melancólica, porque son embarazosas, y aun dañosas hartas veces, para la religión; y con las que hubiese, quería que las Prioras tuviesen mucha cuenta, mirando por ellas y proveyéndolas de lo necesario, y ensanchándolas el corazón. Pero no por eso quería que las dejasen salir con sus desordenados antojos, ni las consintiesen palabras desconcertadas, ni libertades ni desobediencias; sino que, con penitencias y muestras de rigor, las fuesen á la mano; porque, en la guarda de la regla y constituciones, siempre tuvo mucha entereza, y por cosa ninguna sufría relajación en esto, á sanas ni á enfermas, por más que fuesen en la religión, ni por más que hubiesen sido en el siglo; antes, con grande ánimo y con rigor, lo reprendía.

Ponía diligencia en que las Prioras fuesen personas muy discretas y de mucho ejemplo; pero no se contentaba con eso, antes quería y encargaba mucho á las súbditas que las advirtiesen de las faltas que tuviesen, con humildad y con el debido respeto; y decía que si las Prioras no lo tomasen bien, y las mostrasen desabrimiento por ello, que lo sufriesen con paciencia por amor del Señor, que su Majestad las daría el premio. Decía que entendiesen las Prioras que lo principal para que las daban el oficio, es para que hagan guardar la regla

y constituciones, y no para que quiten ó pongan de su cabeza; y que cuando otra cosa hicieren, lo había de saber el Prelado. Decía también que tenía por imposible hacer bien su oficio la Priora, que hacía cosa alguna que no quisiese que la supiese el Prelado; porque antes eso la había de dar contento, pues con eso la ayudan á hacer bien su oficio.

Quería que tratasen más con las monjas que entendían mejor y eran más discretas, pero guardándose mucho, en lo de fuera, de tener amistades particulares con algunas, haciendo por ellas más que por otras, porque esto era ocasión para inquietar á las demás.

Decía que cada día entendía más, que el sosiego de estos Monasterios estaba en las Prioras, porque en cobrándolas amor las súbditas, hacen de ellas lo que quieren: mas que era menester estar las Prioras mortificadas, para sufrir las faltas y tentaciones de las súbditas. Una de las cosas que más deseaba y que con más encarecimiento pedía en las Prioras, era el talento para gobierno que es necesario, y que á eso se mire más que á la santidad, porque muchas serán santas y no serán para Preladas. Y que cuando el Prelado viere que se elige alguna que no le tenga, por pasión ó pretendencia de algunas, las case la elección, y las nombre Priora de otros Monasterios. Y que cuando se hallase alguna de estas, que no tienen partes para el Gobierno, por de muy gran virtud y religión que sea, la quiten luego del oficio, y no pase del primer año; porque decía que en un año podía hacer mucho daño, y si pasan tres, puede destruir el Monasterio, con hacerse costumbre de imperfecciones. En esto no quería que hubiese piedad ninguna, porque adonde se trata tanta mortificación y hay tantos ejercicios de humildad, ninguna tendrá por agravio que la quiten el oficio. «Y si lo tuviere, por ahí, dice, se ve que no es para él; porque, no ha de gobernar almas que tanto tratan de perfección, la que tuviere tan poca que quiera ser Prelada.» Razón verdaderamente digna de tan alto entendimiento y de escribirse en la memoria de todas las personas de religión.

En lo temporal quería que hubiese muy gran concierto, porque decía que era importantísimo para lo espiritual, y mandaba que en las casas de renta se ordenase el gasto conforme á la renta, aunque se pasase necesidad, y que se quiten gastos y cumplimientos demasiados; porque, si las Prioras eran gastadoras, podrían dejar á las monjas sin comer, por darlo; y en las de pobreza, no se hiciesen deudas, porque en unas y en otras, si se comenzaban á adeudar, se irían perdiendo, porque luego á los Prelados parecerá inhumanidad no las dar sus labores, y que á cada una provean sus deudos; y decía que sin comparación quería ella más ver deshecho el Monasterio, que verle venir á este estado. Mas, con todo esto, quería que se diese bastante lo necesario, y decía que para eso nunca faltará, si

hay fe y diligencia en la Prelada. Deseaba que el Visitador mirase la labor que se hacía en cada casa, y aun contase lo que cada una había ganado, para agradecérselo á las que hubiesen hecho mucho, y animarlas, y para decirlo en otras casas donde se hace poco.

Para las fundaciones también buscaba monjas escogidas, y reñíalas mucho si las veía hacer alguna falta, y decíalas que mirasen la obligación que tenían á la perfección y que no sólo las había Dios de pedir cuenta de lo que ellas faltasen, sino también de las faltas que hiciesen, con su mal ejemplo, las que venían á la religión.

De este rigor que hemos dicho, había ya al cabo quitado hartó, como la escribió á la madre María Baustista, por estas palabras: «Sepa que no soy la que solía en gobernar, todo va con amor, no sé si lo hace que no me hacen por qué, ó haber entendido que se remedia así mejor.»

Hacía cuanto podía para que las monjas estuviesen del todo desasidas del amor de sus deudos y de todas las criaturas; y decía que ver asimiento ó cosa de la tierra, en persona que ella quisiese bien, la entibiaba extrañamente la voluntad.

Las novicias decía que no han menester quien las apriete, sino quien, con suavidad, las haga guardar las constituciones.

Era extrañamente amiga de gente de buen entendimiento (1); y fuera del llamamiento de Dios, lo que más sin comparación miraba, en las que había de recibir, aunque fuesen freilas, era el entendimiento que tenían. Los que conocían su santidad, y cuán amiga era de oración, procuraban alabarla mucho, en las que la traían, la devoción de ellas y el ejercicio que tenían de oración; porque por aquí pensaban que la habían de ganar la voluntad, para que las recibiese; y ella hacía tan poco caso de eso, que todo se le iba en informarse del entendimiento que tenían. Yo fui uno de estos, y maravillándome de ello, la pregunté la causa, y díjome: «Padre, la devoción acá se la dará Nuestro Señor, y la oración acá se le enseñará; antes á las que allá fuera la han tenido, es menester algunas veces trabajar primero para hacerlas olvidar lo que habían aprendido. Pero si no tienen buen entendimiento, no se le darán acá. Y fuera de eso, una monja devota y sierva de Dios, si no tiene entendimiento, no es más que para sí. Si tiene entendimiento, aprovéchame para gobernar á otras, y para todos los oficios que son menester.»

También daba otra causa: que la que tiene mal entendimiento, ni cae en las faltas que tiene, ni las sabe conocer, aunque se las avisen,

(1) Véase como muestra el siguiente rasgo: «En lo que me dice de las hermanas de fray Bartolomé, me cayó en gracia, la falta que las halla; porque aunque acabara de pagar la casa con ellas, era intolerable. En ninguna manera, si no son avisadas, tome ninguna, que es contra constitución, y mal incurable. *Carta á la Priora de Sevilla*, 28 de Marzo de 1578.

y siempre piensa que acierta, y no hay quién la saque de allí, ni la haga rendir su juicio. Y éste fué un excelente medio, especialmente en los Monasterios donde hay pocas monjas, para poderse valer y conservar, así en lo temporal como en lo espiritual.

Tenía particular cuidado en que siempre sus monjas tuviesen el corazón quieto y sosegado, y por esto y por la edificación, decía que se excusasen pleitos, cuanto fuese posible, y no se tomasen sino á más no poder, porque el Señor las daría por otro cabo lo que perdiesen por éste; y que ningún pleito se pusiese ni se prosiguiese, sin avisar al Prelado, y sin que hubiese para ello mandamiento particular suyo. Para la misma quietud procuraba que ninguna monja pidiese que la mudasen de una casa á otra, ni entendiese que eso era cosa posible; porque decía que no podía nadie entender, sino quien lo hubiese visto, los grandes inconvenientes que en eso hay, y la puerta que se abre al demonio para tentaciones. Y así quería que cuando hubiesen de mudar alguna de éstas, se hiciese con algún otro color, sin que ella entendiese que se hacía por haberlo ella pedido. Y decía que tal monja nunca asentará en parte alguna, sino antes hará daño á las otras, y que se entienda que de la que esto pidiere, nunca se tendrá crédito para cosa alguna; y que por el mismo caso que pida que la saquen, no se ha de hacer, aunque la hubieran de sacar por alguna necesidad, y que esto se haga así. Y que esta tentación nunca da sino á personas melancólicas ó de tal condición, que no serán para cosa de mucho provecho.

Para la paz y consuelo espiritual, y para que durase y fuese adelante lo que el Señor por ella había comenzado á obrar en esta religión, dió en otro medio provechosísimo, que fué encargar á sus monjas, y dejárselo, fuera de eso, en sus libros, muchas veces encomendado y con mucha fuerza, que tratasen siempre de las cosas de sus almas con muy buenos teólogos, por quien se rigiesen, porque de esta manera irían siempre seguras; porque era en extremo aficionada á las letras; y que si juntamente los pudiesen hallar espirituales, tanto mejor, pero que si no, á lo menos fuesen letrados, porque decía que nunca buen letrado la había engañado, y esto decía que todas lo habían menester, pero más las Prioras. De los que saben poco quería que se guardasen, porque decía que la habían hecho mucho daño algunos medio letrados, que no sabían, y respondían como si supieran. Y para que, cosa en que tanto iba, y que tan necesaria era para gente que trata de oración y de lo interior, no se dejase de hacer, ordenó que pudiesen tratar de esto con cualesquier religiosos ó clérigos, y que para esto hubiese siempre facilidad en las Prioras; porque decía, que estaba el bien de una alma, en tratar con amigos de Dios. Y mientras más mercedes recibía una alma de Dios, quería que tuviese más cuidado de comunicarla con quien la enderezase

cuando fuese menester, y la librase de los engaños que suele el demonio traer, y así lo hacía ella, como lo veremos presto, al fin de este libro. Y quería tanto que creyesen á su confesor letrado, que dice en las *Fundaciones*, en el capítulo octavo, estas palabras: «Aquí es menester tratarlo con confesor discreto y letrado, y no hacer cosa sino lo que aquél la dijere. Puédelo comunicar con la Priora para que la dé confesor que sea tal, y téngase este aviso, que si no obedeciere á lo que el confesor la dijere, y se dejase guiar por él, ó es mal espíritu, ó terrible melancolía; porque, puesto que el confesor no atinase, ella atinará más en no salir de lo que la dice, aunque sea ángel del Señor el que la habla, porque el Señor la dará luz, ó ordenará cómo se cumpla. Y es sin peligro hacer esto, y en hacer otra cosa puede haber muchos peligros y muchos daños.»

Encargaba mucho que tuviesen con ellos gran claridad. Y de esto dice así: «Lo que es mucho menester, hermanas, es, que andéis con gran llaneza y claridad con el confesor, no digo en decir los pecados, que eso claro está, sino en contar la oración; porque si no hay esto, no aseguro que vayáis bien, ni que es Dios el que os enseña; que es muy amigo, que al que está en su lugar, se trate con la verdad y claridad que consigo mismo, deseando entienda todos sus pensamientos, por pequeños que sean, cuanto más las obras» (1).

Hacía cosas más con prudencia divina que humana, y quien las veía, no hallaba razón por donde la pudiese salvar; mas el suceso mostraba después cuán acertadas habían sido.

A una novicia que tenía ya los votos, y estaba para hacer profesión, dijo ella: «Mañana hará profesión.» Respondió la monja: Esperaré á mi Madre, si vuestra reverencia manda. En diciendo esto, dijo la Madre: «Yo la digo que no profese en la Orden.» Y nunca con ella se pudo acabar que la diese la profesión. Así hubo de volverse á su casa, donde la dió luego una hética, de que murió de allí á pocos días. Otra novicia estaba cerca de profesar, y no la quiso admitir, por más que todo el convento se lo pidió, sin entenderse de ella falta ninguna, ni querer dar la Madre otra razón más que una falta corporal, como yo la oí á la misma Madre; pero tal, que á las que estaban en casa no parecía nada bastante, y tuvieron para sí, que por alguna vía la había Dios enseñado, que no había El escogido para aquella Orden, ni á la una ni á la otra. Y lo de la postrera se pareció después bien claramente, por cosas que sucedieron, y porque no faltó á quien Dios lo quisiese declarar, y diese á entender que había sido bien hecho lo que hizo su sierva. Otro tanto hizo con una sobrina suya, sin dejarse vencer de carne y sangre, ni de ruegos de

(1) *Moradas* VI, cap. IX.

las monjas, que la prometían grandes cosas de la novicia, porque en la verdad tenía muy buenas partes, y con todo eso á cabo de un año la quitó el hábito y se la envió á su padre.

Trayéndola una monja, que era novicia de otra religión y se quería mejorar, no la quería recibir, porque no recibía monjas de otras órdenes, como habemos dicho. Y habiendo despedido á su hermano, que era un padre de la Compañía de Jesús, por esta y otras consideraciones que tenía, subióse á escribir, y luego bajó al torno á ver si era ido aquel Padre; y como no le halló, le envió luego á llamar, y le dijo que á la hora trajese á su hermana, porque la quería recibir. Y así la recibió, y está el día de hoy en el Monasterio de Salamanca, con contento y edificación.

Muchas cosas hubo de éstas, en que claramente se veía no guiarse ella por razones humanas, sino por otras más altas y más acertadas. Sólo una contaré, porque sólo ésta bastaba, para probar lo que digo. Estaban en un monasterio una monja y una freila, entrambas de grandísima oración, acompañada de mortificación y humildad, y muy regaladas de Dios. Comenzáronlas á venir unos ímpetus grandes de deseo de Dios, que no se podían valer; y parecía que se les aplacaban y sosegaban, con comulgar, y así procuraron haber licencia de los confesores para que fuese muchas veces. Vino á crecer tanto ésta su pena, que si no comulgaban cada día, parecía que se iban á morir; y los confesores, aunque el uno era bien espiritual, fueron de parecer que á tales almas y tan necesitadas, no se las podía negar la comunión cada día. Pero llegó el negocio á términos que, sus ansias eran tan grandes, que las habían de comulgar muy de mañana para poder vivir.

Dió la Priora cuenta de todo esto, por carta, á la Madre, y ella calló hasta estar presente, para verlo bien todo, aunque desde luego lo entendió, y también para dar al confesor las razones porque no seguía su parecer. Después que fué allá, diólas muchas razones por donde entendiesen que era pura imaginación aquello de pensar que se morían si no comulgaban cada día; pero ningunas bastaban, como no bastaron tampoco con uno de los confesores, que era el que menos tenía de letras y de espíritu, que el otro luego se rindió á la verdad. Con esto vió la Madre que aquellas enfermas se habían de curar con otra medicina, y diólas con gran determinación que ella también sentía aquellos deseos, y dejaba de comulgar. «Crean, dice, que no han de comulgar, sino cuando las demás, y así murámonos todas tres, que esto tengo por mejor, que poner semejante costumbre en estas casas, donde hay otras que aman á Dios tanto como ellas, y querrán hacer otro tanto.» Aquel día pasaron con grandísimo trabajo, no comulgando, que parecía verdaderamente que se morían. La Madre, que tampoco había comulgado, mostró gran rigor, porque mientras

ellas menos se sujetaban á la obediencia, por parecerlas que no podían, más claro veía que era tentación. Ya el día siguiente tuvieron menos trabajo, y el otro menos, hasta que alojó tanto, que aunque ya la Madre se había vuelto á sus comuniones, porque así se lo mandaron, y ellas lo veían, pasaban muy bien por ello, y vinieron ellas y todas á entender la tentación (1). Esto pasó en un Monasterio no lejos de Salamanca, y bien sé yo quién fueron las personas; pero no me pareció poner los nombres. La una goza ya de Dios, y la otra vive todavía.

(1) Este mismo suceso lo narra la Santa Madre en el cap. VI de las *Fundaciones*.

CAPÍTULO XXV

Del don que tenía de conocer los espíritus

Paréceme que lo que quiero ahora decir, de la discreción de espíritus que Dios dió á esta su sierva, que es saber conocer en los que veía, si era buen espíritu ó malo el que tenían, acertado ó desatinado; es en cierta manera parte de esta prudencia, que acabo de decir, que más se guía por luz del cielo y conocimiento sobrenatural, que por razones humanas, aunque en alguna manera parece algunas veces frisar mucho con el don de la profecía. Tenía mucho de esto, y conocía qué espíritu tenían los que trataban con ella, y adonde llegaban, y así desengañaba á personas que pensaban estar más adelante. Á una monja dijo que llevaba camino de mucha perfección, mas que la faltaba mucho por andar para llegar á ella. Estando una monja tratando con ella cierta cosa, y mostrando, en el semblante y en las palabras, la humildad que interiormente no tenía, se lo conoció, y con rostro apacible la dijo: «No siente eso interiormente.» Á otra la entendió una tentación interior que tenía, y la escribió que llevaba camino seguro.

Un hombre rústico, tenido por santo, de muchos, no solamente del pueblo, sino también de letrados, la vino á dar cuenta de su espíritu: decía que Dios le hablaba y trataba mucho de cosas espirituales. Ella vió luego que aquel espíritu no era bueno, y así lo dijo á su confesor, pero que no lo decía por no desacreditarle. Y con disimulación procuró su remedio, enviándole á personas santas, que le ejercitasen en trabajo corporal y en la obediencia, pero él nunca asentó; y, desde á poco tiempo, se vió ser todo vanidad y locura. Algunas personas, sin haber falta en ellas, al parecer, las despedía de su orden, como vimos en el capítulo pasado, por entender que no eran para ella, y al contrario, á otras animaba que entrasen, y las quitaba los miedos que, para determinarse, se les ofrecían.

Una monja de otra religión, muy sierva de Dios, con muchas disciplinas y ayunos, vino á mucha flaqueza, y cada vez que comulgaba, ó había ocasión de nueva devoción, luego se caía en el suelo, y estaba ocho ó nueve horas, pareciendo á ella y á todas que estaba arrebatada. Andaba por todo el lugar la fama de los arrobamientos, porque eran muchos. La Madre entendió lo que era, y pesóla que se dijese aquello, porque entendió en lo que había de parar. Vínola á dar parte de esto el confesor de la monja; respondió la Madre que aquello no tenía arte de arrobamiento, sino que era perdimiento de tiempo, y venía de flaqueza, y la quitasen por algún tiempo las disciplinas y ayunos. Hízose así, y como fué cobrando fuerzas, no quedó rastro ninguno de arrobamiento (1).

Otro confesor vino á ella muy maravillado, diciendo que confesaba á una persona á quien nuestra Señora visitaba muchas veces, y se sentaba sobre su cama, y estaba hablándola más de una hora, y diciéndola cosas que estaban por venir, y otras muchas, y acertaba en algunas, y con esto tenía por cierto. La Madre entendió luego lo que era, aunque, por justos respetos que tuvo, no se lo declaró, sino díjole que se esperase á ver si salían verdaderas aquellas profecías, y que la preguntase otros efectos, y se informase bien de la vida que hacía (2). En fin, venido á entender, era todo desatino. De estas cosas, la acontecieron muchas, y remedió á muchas personas que iban muy engañadas.

(1) *Fundaciones*, cap. VI.

(2) *Ibíd.*

CAPÍTULO XXVI

En que se ponen unas relaciones que la Madre Teresa de Jesús escribió á unos confesores suyos

Parece que será bien dar fin á este libro con poner aquí una relación que la Madre escribió á un confesor, porque habla en ella clara y sencillamente, como persona á quien tenía en lugar de Dios, y dice lo que sentía, y por esta razón ayudará mucho para confirmar y declarar más lo que en este libro habemos dicho. Y aun quando no hubiera otro provecho, sino que no se perdieran estas palabras de esta santa, fuera bien ponerlas, y creo me lo agradecerían los que esto leerán. Dice, pues, así (1):

1. «La manera de proceder en la oración que ahora tengo, es la presente. Pocas veces son las que, estando en la oración, puedo tener discurso de entendimiento, porque luego comienza á recogerse el alma, y estar en quietud ó arrobamiento, de tal manera, que ninguna cosa puedo usar de los sentidos, tanto, que si no es oír, y eso no para entender, otra cosa no aprovecha.»

2. «Acaece muchas veces (sin querer pensar en cosas de Dios, sino tratando de otras cosas, y pareciéndome que aunque mucho procurase tener oración, no lo podría hacer, por estar con grande sequedad, ayudando á esto los dolores corporales), darme tan de presto este recogimiento y levantamiento de espíritu, que no me puedo valer, y en un punto dejarse con los efectos y aprovechamientos que después trae, y esto sin haber tenido visión, ni entendido cosas, ni sabiendo dónde estoy, sino que pareciéndome se pierde el alma, la veo con ganancias; que, aunque en un año quisiera ganarlas yo, me parece no fuera posible, según quedo con ganancias.»

«Otras veces me dan unos ímpetus muy grandes, con un deshaci-

(1) Probablemente escribió esta relación en el monasterio de la Encarnación de Avila, hacia el fin de 1560, y es verosímil que iba dirigida á San Pedro de Alcántara. Otros creen que iba dirigida al P. Pedro Ibáñez, Dominicó.

miento por Dios, que no me puedo valer, parece se me va á acabar la vida, y así me hace dar voces y llamar á Dios, y esto con gran furor me da: algunas veces no puedo estar sentada, según me dan las bascas. Y esta pena me viene sin procurarla, y es tal, que el alma nunca querría salir de ella mientras viviese. Y son las ansias que tengo por no vivir, y parecer que se vive sin poderse remediar, pues el remedio para ver á Dios es la muerte, y ésta no puedo tomarla. Y con esto parece á mi alma que todos están consoladísimos, sino ella, y que todos hallan remedio para sus trabajos, sino ella. Es tanto lo que aprieta esto, que si el Señor no lo remediase con algún arrobamiento, donde todo se aplaca, y el alma queda con gran quietud y satisfecha, algunas veces con ver algo de lo que desea, otras con entender otras cosas, sin nada de esto, era imposible salir de aquella pena.»

3. «Otras veces me vienen unos deseos de servir á Dios, con unos ímpetus tan grandes, que no lo sé encarecer, y con una pena de ver de cuán poco provecho soy. Paréceme entonces que ningún trabajo ni cosa se me pondría delante, ni muerte, ni martirio, que no los pasase con facilidad. Esto es también sin consideración, sino en un punto que me revuelve toda, y no sé de dónde me viene tanto esfuerzo. Paréceme que querría dar voces, y dar á entender á todos lo que les va en no se contentar con cosas pocas, y cuánto bien hay que nos dará Dios en disponiéndonos nosotros. Digo que son estos deseos de manera, que me deshago entre mí; paréceme que quiero lo que no puedo. Paréceme me tiene atada este cuerpo, por no ser para servir á Dios en nada; y el estado, porque á no le tener, haría cosas muy señaladas en lo que mis fuerzas pueden: así, de verme sin ningún poder para servir á Dios, siento de manera esta pena que no la puedo encarecer. Acabo con regalo y recogimiento y consuelo de Dios.»

4. «Otras veces me ha acaecido, cuando me dan estas ansias por servirle, querer hacer penitencias, mas no puedo. Esto me aliviaria mucho, y alivia y alegra, aunque no son casi nada, por la flaqueza de mi cuerpo, aunque si me dejase con estos deseos, creo haría demasiado.»

5. «Algunas veces me da gran pena haber de tratar con nadie, y me aflige tanto, que me hace llorar harto, porque toda mi ansia es por estar sola. Y aunque algunas veces no rezo ni leo, me consuela la soledad. Y la conversación, especial de parientes y deudos, me parece pesada y que estoy como vendida, salvo con los que trato cosas de oración y de alma, que con estos me consuelo y alegro, aunque algunas veces estos me hartan, y no querría verlos, sino irme adonde estuviese sola, aunque esto pocas veces, especialmente con los que trato mi conciencia, siempre me consuelan. Otras veces

me da gran pena haber de comer y dormir, y ver que yo más que nadie no lo puedo dejar; hágolo por servir á Dios, y así se lo ofrezco.»

6. «Todo el tiempo me parece breve, y que me falta para rezar, porque de estar sola nunca me cansaría. Siempre tengo deseo de tener tiempo para leer, porque á esto he sido muy aficionada. Leo muy poco, porque en tomando el libro me recojo en contentándome, y así se va la lección en oración, y es poco, porque tengo muchas ocupaciones, y aunque buenas, no me dan el contento que me daría esto, y así ando siempre deseando tiempo, y esto me hace sermè todo desabrido (según creo), ver que no se hace lo que quiero y deseo.»

7. «Todos estos deseos, y más, de virtud, me ha dado Nuestro Señor, después que me dió esta oración quieta, con estos arrobamientos, y hálleme tan mejorada, que me parece era antes una perdición.»

8. «Déjanme estos arrobamientos y visiones con las ganancias que aquí diré, y digo que si algún bien tengo, de aquí me ha venido.»

9. «Hame venido una determinación muy grande de no ofender á Dios, ni venialmente, que antes moriría mil muertes que tal hiciese, entendiendo que lo hago.»

10. «Determinación de que ninguna cosa que yo pensase ser más perfección, y que haría más servicio á Nuestro Señor, diciéndolo quien de mí tiene cuidado y me rije, que lo hiciese, sintiese cualquier cosa, que por ningún tesoro lo dejaría de hacer; y si lo contrario hiciese, me parece no tendría cara para pedir nada á Dios nuestro Señor, ni para tener oración, aunque en todo esto hago muchas faltas y imperfecciones.»

11. «Obediencia á quien me confiesa (1), aunque con imperfección: pero entendiendo yo que quiere una cosa, ó me la manda, según entiendo, no la dejaría de hacer: y si la dejase, pensaría andaba muy engañada.»

12. «Deseo de pobreza, aunque con imperfección: mas paréceme que aunque tuviese muchos tesoros, no tendría renta particular, ni dineros para mí sola, ni se me da nada: sólo querría tener lo necesario. Con todo, siento tengo harta falta en esta virtud, porque aunque para mí no lo deseo, querríalo tener para dar, aunque no deseo renta, ni cosa para mí.»

13. «Casi con todas las visiones que he tenido, me he quedado con aprovechamiento, si no es engaño del demonio. En esto remítome á mis confesores».

14. «Cuando veo alguna cosa hermosa, rica, como agua, campos, flores, olores, músicas, etc., paréceme no lo querría ver ni oír; ¡tanta

(1) Era á la sazón su confesor ordinario el P. Baltasar Alvarez S. J.

es la diferencia de ello á lo que yo suelo ver! y así se me quita la gana de ellas. Y de aquí ha venido á dárseme tan poco por estas cosas, que si no es primer movimiento, otra cosa no me ha quedado de ello, y esto me parece basura.»

15. «Si hablo ó trato con algunas personas profanas, porque no puede ser menos, y aunque sea de cosas de oración, si mucho lo trato, aunque sea por pasatiempo, si no es necesaria, me estoy forzando porque me da gran pena.»

16. «Cosas de regocijo de que solía ser amiga, y de cosas del mundo, todo me da en rostro, y no lo puedo ver.»

17. «Estos deseos de amar y servir á Dios y verle, que he dicho que tengo, no son ayudados con consideración, como tenía antes, cuando me parecía que estaba muy devota y con muchas lágrimas; mas con una inflamación y fervor tan excesivo, que torno á decir, que si Dios no me remediase con algún arrocamiento (donde me parece queda el alma satisfecha), me parece sería para acabar presto la vida.»

18. «A los que veo más aprovechados y con estas determinaciones, y desasidos y animosos, los amo mucho, y con tales querría yo tratar, y parece que me ayudan.»

19. «Las personas que veo tímidas, que me parece á mí van atendiendo en las cosas, que conforme á razón acá se pueden hacer, parece que me congojan, y me hacen llamar á Dios y á los santos, que estas tales cosas que ahora nos espantan, acometieron. No porque yo sea para nada, pero porque me parece que ayuda Dios á los que por El se ponen á mucho, y que nunca falta á quien en El solo confía. Y querría hallar quien me ayudase á creerlo así, y no tener cuidado de lo que he de comer y vestir, sino dejarlo á Dios.» Aquí estaban añadidas de letra de la Madre estas palabras: «No se entiende que este dejar á Dios lo que he menester, es de manera que no lo procure, mas no con cuidado, (que me dé cuidado digo), y después que me ha dado esta libertad, vame bien con esto, y procuro olvidarme de mí cuanto puedo. Esto no me parece habrá un año que me lo ha dado Nuestro Señor.»

20. «Vanagloria, gloria á Dios, que yo entienda, no hay por qué la tener, porque veo claro, en estas cosas que Dios da, no poner nada de mí, antes me da Dios á sentir mis miserias, que con cuanto yo pudiera pensar, no pudiera ver tantas verdades como en un rato conozco.»

21. «Cuando hablo de estas cosas, de pocos días acá, paréceme son como de otra persona; antes me parecía algunas veces era afrenta que las supiesen de mí, mas ahora paréceme que no soy por esto mejor, sino más ruin, pues tan poco me aprovecho con tantas mercedes. Y cierto por todas partes me parece no ha habido otra peor en el mundo que yo. Y así las virtudes de los otros me parecen de hartó

más merecimiento, y que yo no hago sino recibir mercedes, y que á los otros les ha de dar Dios por junto lo que aquí me quiere dar á mí, y suplícole no me quiera pagar en esta vida, y así creo que de flaca y ruin me ha llevado Dios por este camino.»

22. «Estando en oración, y aun casi siempre que yo pueda considerar un poco, aunque yo lo procurase, no puedo pedir descansos, ni desearlos de Dios, porque veo que no vivió El sino con trabajos, y éstos le suplico me dé, dándome primero gracia para sufrirlos.»

23. «Todas las cosas de esta suerte y de muy subida perfección, parece se me imprimen en la oración, tanto, que me espanto de ver tantas verdades y tan claras, que me parecen desatino las cosas del mundo, y así he menester cuidado para pensar cómo me había antes en las cosas del mundo, que me parece que sentir las muertes y trabajos de él, es desatino, á lo menos que dure mucho el dolor, ó el amor de los parientes, amigos, etc. Digo que ando con cuidado considerándome la que era y lo que solía sentir.»

24. «Si veo en algunas personas cosas que á la clara parecen pecados, no me puedo determinar que aquéllos hayan ofendido á Dios; y si algo me detengo en ello, que es poco ó nada, nunca me determinaba, aunque lo vefa claro. Y parecíame que el cuidado que yo traigo de servir á Dios, traen todos. Y en esto me ha hecho gran merced, que nunca me detengo en cosa mala que se me acuerde después, y si se me acuerda, siempre veo otra virtud en la tal persona; así que nunca me fatigan estas cosas, sino es lo común, y las herejías, que muchas veces me afligen, y casi siempre que pienso en ellas me parece que sólo este trabajo es de sentir. Y también siento si veo algunos que trataban en oración y tornan atrás. Esto me da pena, mas no mucha, porque procuro no detenerme.»

25. «También me hallo mejorada en curiosidades que solía tener, aunque no del todo, que no me veo estar en esto siempre mortificada, aunque algunas veces sí.»

26. «Esto todo que he dicho, es lo ordinario que pasa en mi alma, según puedo entender, y muy continuo tener el pensamiento en Dios. Y aunque trate de otras cosas, sin querer yo, como digo, no entiendo quien me despierta, y esto no siempre, sino cuando trato algunas cosas de importancia. Y esto, gloria Dios, es á ratos el pensarlo, y no me ocupa siempre.»

27. «Viéneme algunos días, aunque no son muchas veces, y dura como tres ó cuatro ó cinco días, que me parece que todas las cosas buenas y fervores y visiones se me quitan, y aun de la memoria, que aunque quiera, no sé qué cosa buena haya habido en mí, todo me parece un sueño, á lo menos no me puedo acordar de nada, apriétanme los males corporales en junto, túrbaseme el entendimiento, que ninguna cosa de Dios puede pensar, ni sé en qué ley vivo. Si leo no

lo entiendo, paréceme estoy llena de faltas, sin ningún ánimo para la virtud. Y el grande ánimo que suelo tener, queda en esto, que me parece, á la menor tentación y murmuración del mundo, no podría resistir. Ofréceseme entonces que no soy para nada, que quién me mete más de en lo común: tengo tristeza, paréceme tengo engañados á todos los que tienen algún crédito de mí, querríame esconder donde nadie me viese, no soledad para virtud, sino de pusilanimidad. Paréceme querría refir con todos los que me contradijesen; traigo esta batería, salvo que me hace Dios esta merced que no le ofendo más que suelo, ni le pido me quite esto, mas que si es su voluntad que esté así siempre, que me tenga de su mano, para que no le ofenda, y cófórmome con El de todo corazón, y creo que el no me tener siempre así, es merced grandísima que me hace.»

28. «Una cosa me espanta, que estando de esta suerte, una sola palabra de las que suelo entender, ó una visión ó un poco de recogimiento, que dure un Ave María, ó en llegándome á comulgar, queda el alma y el cuerpo quieto; tan sano y tan claro el entendimiento, con toda la fortaleza y deseos que suelo; y tengo experiencia de esto, que son muchas veces, á lo menos cuando comulgo, ha más de medio año, que notablemente siento clara salud corporal, y con los arrobamientos algunas veces, y dúrame más de tres horas algunas veces, y otras todo el día estoy con gran mejoría: y á mi parecer no es antojo, porque lo he echado de ver, y he tenido cuenta de ello. Así que, cuando tengo este recogimiento, no tengo miedo á ninguna enfermedad; verdad es que cuando tengo la oración como solía antes, no tengo esta mejoría.»

29. «Todas estas cosas que he dicho me hacen á mí creer que estas cosas son de Dios; porque como conozco quien yo era, que llevaba camino de perderme, y en poco tiempo, con estas cosas, es cierto que mi alma se espantaba sin entender por dónde me venían estas virtudes, no me conocía, y veía ser cosa dada, y no ganada por trabajo. Entiendo con toda verdad y claridad, y sé que no me engaño, que no sólo ha sido medio para traerme Dios á su servicio, pero para sacarme del infierno, lo cual saben mis confesores á quien me he confesado generalmente.»

30. «También cuando veo alguna persona que sabe alguna cosa de mí, le querría dar á entender mi vida, porque me parece ser honra mía que Nuestro Señor sea alabado, y ninguna cosa se me da por lo demás, esto sabe El bien, ó yo estoy muy ciega, que ni honra ni vida ni gloria ni bien ninguno, en cuerpo ni en alma, hay que me detenga, ni quiera ni desee mi provecho, sino su gloria. No puedo yo creer que el demonio ha buscado tantos bienes para ganar mi alma por después perderla, que no lo tengo por tan necio. Ni puedo creer de Dios, que ya que por mis pecados mereciese andar engañada, haya

dejado tantas oraciones de tan buenos, como dos años ha se hacen, que yo no hago otra cosa sino rogarlo á todos, para que el Señor me dé á conocer si es esto su gloria, ó me lleve por otro camino. No creo permitiera su Divina Majestad que siempre fuesen adelante estas cosas, si no fueran tuyas. Estas cosas y razones de tantos santos me esfuerzan cuando traigo estos temores, de si no es de Dios, siendo yo tan ruin. Mas cuando estoy en oración, y los días que ando quieta, y el pensamiento en Dios, aunque se junten cuantos letrados y santos hay en el mundo, y me diesen todos los tormentos imaginables, y yo quisiese creerlo, no me podrían hacer creer que esto es demonio, porque no puedo. Y cuando me quisieron poner en que lo creyese, temía, viendo quien lo decía, y pensaba que ellos debían de decir verdad, y que yo, siendo la que era, debía de estar engañada. Mas á la primera palabra ó recogimiento ó visión, era deshecho todo lo que me habían dicho, yo no podía más, y creía que era Dios.»

31. «Aunque puedo pensar que podría mezclarse alguna vez demonio, y esto es así, como lo he dicho y visto, mas trae diferentes efectos. Y quien tiene experiencia no le engañará, á mi parecer.»

32. «Con todo esto digo, que aunque creo que es Dios ciertamente, yo no haría cosa alguna, si no le pareciese á quien tiene cargo de mí, que es más servicio de Nuestro Señor, por ninguna cosa: y nunca he entendido sino que obedezca, y que no calle nada, que esto me conviene. Soy muy ordinario reprendida de mis faltas, y de manera que llega á las entrañas; y avisos cuando hay ó puede haber algún peligro en cosa que trato, que me han hecho harto provecho, trayéndome los pecados pasados á la memoria muchas veces, que me lastima hartos.»

33. «Mucho me he alargado, mas es así cierto que en los bienes que me veo cuando salgo de oración, me parece quedo corta; después con muchas imperfecciones, y sin provecho, y hartos ruin. Y por ventura las cosas buenas no las entiendo, mas que me engaño: empero la diferencia de mi vida es notoria, y me lo hace pensar. En todo lo dicho, digo lo que me parece que es verdad haber sentido. Estas son las perfecciones que siento haber el Señor obrado en mí, tan ruin, y imperfecta. Todo lo remito al juicio de vuestra merced, pues sabe toda mi alma.»

Esta relación estaba escrita de mano ajena, aunque después, como veremos, la misma Madre dice que está como ella la escribió. Lo que se sigue todo estaba de su misma mano, y dice así:

SEGUNDA RELACIÓN (1)

35. «Paréceme ha más de un año que escribí esto que aquí está. Hame tenido Dios de su mano en todo él, que no he andado peor, antes veo mucha mejoría en lo que diré: sea alabado por todo.»

36. «Las visiones y revelaciones no han cesado, mas son más subidas mucho. Hame enseñado el Señor un modo de oración, que me hallo en él más aprovechada, y con muy mayor desasimiento en las cosas de esta vida, y con más ánimo y libertad. Los arrobamientos han crecido, porque á veces es con un ímpetu, y de suerte que sin poderme valer exteriormente, se me conoce; y aun estando en compañía, porque es de manera que no se puede disimular, sino es con dar á entender, como soy enferma del corazón, que es algún desmayo: aunque traigo gran cuidado de resistir al principio, algunas veces no puedo.»

37. «En lo de la pobreza me parece ha hecho Dios mucha merced, porque aun lo necesario no querría tener, si no fuese de limosna, y así deseo en extremo estar donde no se coma de otra cosa. Paréceme á mí que estar donde estoy cierta que no me ha de faltar de comer y de vestir, que no se cumple con tanta perfección el voto ni el consejo de Cristo, como donde no hay renta, que alguna vez faltará. Y los bienes que con la verdadera pobreza se ganan, parécenme muchos, y no los quisiera perder. Hállome con una fe tan grande, muchas veces, en parecerme no puede faltar Dios á quien le sirve, y no teniendo ninguna duda que hay, ni ha de haber ningún tiempo en que falten sus palabras, que no puedo persuadirme á otra cosa, ni puedo temer, y así siento mucho cuando me aconsejan tenga renta, y tórnome á Dios.»

38. «Paréceme tengo mucha más piedad de los pobres, que solía, teniendo yo una lástima grande y deseo de remediarlos, que si mirase á mi voluntad, les daría lo que traigo vestido. Ningún asco tengo de ellos, aunque los trate y llegue á las manos, y esto veo es ahora don de Dios, que aunque por amor de El hacía limosna, piedad natural no la tenía. Bien conocida mejoría siento en esto.»

39. «En cosas que dicen de mí, de murmuración, que son hartas, y en mi perjuicio, y hartos, también me siento mejorada, no parece me hace casi impresión más que á un bobo, y paréceme algunas veces tienen razón, y casi siempre. Siéntolo tan poco, que aun no me parece tengo que ofrecer á Dios, como tengo experiencia que gana mi alma mucho, antes me parece me hacen bien: y así ninguna ene-

(1) No se sabe á quién iba dirigida esta segunda relación ni dónde la escribió. Se conjetura que la escribiría cuando estaba en el palacio de Doña Luisa de la Cerda, en Toledo. Enero-Julio de 1562.

mistad me queda con ellos, en llegándome la primera vez á la oración; que luego que lo oigo, un poco de contradicción me hace, no con inquietud y alteración; antes como veo algunas veces otras personas, me han lástima: es así que entre mí me río, porque parecen todos los agravios de tan poco tomo, los de esta vida, que no hay que sentir, porque me figuro andar en un sueño, y veo que en despertando será todo nada.»

40. «Dame Dios más vivos deseos, más gana de soledad y muy mayor desasimiento como he dicho, con visiones, que se me ha hecho entender lo que es todo, aunque deje cuantos amigos y amigas y deudos, que esto es lo de menos, antes me cansan muchos parientes: como sea por un tantito de servir más á Dios, los dejo con toda la libertad y contento, y así en cada parte hallo paz.»

41. «Algunas cosas que en oración he sido aconsejada, me han salido muy verdaderas. Así que, de parte de hacerme Dios merced, hállome muy más mejorada: de servirle yo de mi parte, harto más ruin; porque el regalo he tenido más que se ha ofrecido, aunque hartas veces me da harta pena. La penitencia es muy poca, la honra que me hacen, mucha; bien contra mi voluntad, hartas veces. Mas en fin, me veo con vida regalada, y no penitente. Dios lo remedie como puede.»

Aquí estaba echada una raya como esta, y luego dice (1):

42. «Esto que está aquí de mi letra, ha nueve meses poco más ó menos que lo escribí. Después acá, no tornando atrás de las mercedes que Dios me ha hecho, me parece he recibido de nuevo, á lo que entiendo, mucha mayor libertad. Hasta ahora parecíame había menester á otros, y tenía más confianza en ayudas del mundo, ahora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco, y que asiéndose á ellos no hay seguridad, que en habiendo algún peso de contradicciones ó murmuraciones, se quiebran. Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer, es asirnos á la cruz, y confiar en el que en ella se puso: hállole amigo verdadero, hállome con esto con un señorío, que me parece podría resistir á todo el mundo que fuese contra mí, con no me faltar Dios.»

43. «Entendiendo esta verdad tan clara, solía ser muy amiga de que me quisiesen bien: ya no se me da nada, antes me parece en parte me cansa, salvo con los que trato mi alma ó yo pienso aprovechar; que los unos porque me sufran, y los otros porque con más afición crean lo que les digo de la vanidad que es todo, querría me la tuviesen.»

44. «En muy grandes trabajos y persecuciones y contradicciones que he tenido estos meses, hame dado Dios gran ánimo, y cuando

(1) Escrito al parecer en el monasterio de S. José de Avila, á fines de 1563.

mayores, mayor, sin cansarme en padecer. Y con las personas que decían mal de mí, no sólo no estaba mal con ellas, sino que me parece las cobraba amor de nuevo, no sé cómo era esto, bien dado de la mano del Señor.»

45. «De mi natural suelo, cuando deseo una cosa, ser impetuosa en defenderla, ahora van mis deseos con tanta quietud, que cuando los veo cumplidos aun no entiendo si me huelgo; que pesar y placer, sino es en cosas de oración, todo va templado, que parezco boba, y como tal ando algunos días.»

46. «Los ímpetus que me dan algunas veces, y han dado, de hacer penitencias, son grandes, y si alguna hago, siéntola tan poco con aquel gran deseo, que alguna vez me parece, y siempre casi, que es regalo particular, aunque hago poca por ser muy enferma.»

47. «Es grandísima pena para mí muchas veces, y ahora más excesiva, el haber de comer, en especial si estoy en oración: debe ser grande, porque me hace llorar mucho, y decir palabras de aflicción casi sin sentirme; lo que yo no suelo hacer: por grandísimos trabajos que yo he tenido en esta vida, no me acuerdo haberlas dicho, que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo recio corazón.»

«Deseo grandísimo, más que suelo, siento en mí, que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan, y que en nada de lo de acá se detengan, como veo es todo burla; en especial letrados, que como veo las grandes necesidades de la Iglesia (que estas me afligen tanto, que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena), y así no hago sino encomendarlos á Dios, porque veo yo que haría más provecho una persona del todo perfecta, con hervor verdadero de amor de Dios, que muchas con tibieza.»

48. «En cosas de la fe me hallo, á mi parecer, con muy mayor fortaleza, paréceme á mí, que contra todos los luteranos me pondría yo sola á hacerles entender su yerro: siento mucho la perdición de tantas almas.»

«Veo muchas aprovechadas, que conozco claro ha querido Dios que sea por mis medios, y conozco que por su bondad va en crecimiento mi alma, en amarle cada día más.»

«Paréceme que aunque con estudio quisiese tener vanagloria, que no podría, ni veo cómo pudiese pensar que ninguna de estas virtudes es mía, porque ha poco me vi sin ninguna, muchos años, y ahora de mi parte no hago más de recibir mercedes sin servir, sino como la cosa más sin provecho del mundo. Y es así, que considero algunas veces cómo todas aprovechan, sino yo, que para ninguna cosa valgo. Esto no es, cierto, humildad, sino verdad, y conocerme tan sin provecho me trae con temores, algunas veces, de pensar no sea engañada. Así que veo claro que de estas revelaciones y arrobamientos (que yo ninguna parte soy ni hago para ello más que una tabla) me vienen

estas ganancias; esto me hace asegurar y traer más sosiego, y póngome en los brazos de Dios, y fío de mis deseos, que éstos cierto entiendo son morir por El, y perder todo el descanso, y venga lo que viniere.»

49. «Viénenme días que me acuerdo infinitas veces de lo que dice San Pablo (aunque á buen seguro que no sea así en mí), que ni me parece vivo yo, ni hablo ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y da fuerza, y ando como casi fuera de mí, y así me es grandísima pena la vida. Y la mayor cosa que yo ofrezco á Dios, por gran servicio, es cómo siéndome tan penoso estar apartada de El, por su amor quiero vivir. Esto querría yo fuese con grandes trabajos y persecuciones, ya que yo no soy para aprovechar, querría ser para sufrir. Y cuantos hay en el mundo pasaría por un tantito de más mérito, digo en cumplir más su voluntad. Ninguna cosa he tenido en la oración, aunque sea de hartos años antes, que no la haya visto cumplida. Son tantas las que veo, y lo que entiendo de las grandezas de Dios, y cómo las ha guiado, que casi ninguna vez comienzo á pensar en ello, que no me falte el entendimiento, como quien ve cosas que van muy adelante de lo que puede entender, y quedo en recogimiento. Guárdame tanto Dios en ofenderle, que cierto algunas veces me espanto que me parece veo el gran cuidado que trae de mí, sin poner yo en ello casi nada, siendo un piélago de pecados y de maldades, antes de estas cosas, y sin parecerme era señora de mí para dejarlas de hacer. Y para lo que yo querría se supiesen, es para que se entienda el gran poder de Dios. Sea alabado por siempre jamás. Amén.»

Acabado esto comienza poniendo primero Jesús, como ella lo hacía siempre que escribía, de esta manera.

IHS

«Esta relación, que no es de mi letra, que va al principio, es que la di yo á mi confesor (1), y él sin quitar ni poner cosa, la sacó de la suya. Era muy espiritual y teólogo, con quien trataba todas las cosas de mi alma, y él las trató con otros letrados; y entre ellos fué el Padre Mancio (2). Ninguna han hallado que no sea muy conforme á la Sagrada Escritura. Esto me hace estar muy sosegada, aunque entiendo he menester, mientras Dios me llevare por este camino, no fiar de mí en nada, y así lo he hecho siempre, aunque siento mucho. Mire V. m. que todo esto va debajo de confesión, como lo supliqué á V. m.»

(1) Probablemente el P. Pedro Ibáñez, dominico.

(2) De la Orden de Santo Domingo; entró y profesó en el convento de San Esteban de Salamanca, estudió en la Universidad de la Sorbona y después fué catedrático de Prima en la de Alcalá, por espacio de 16 años, y 11 en la de Salamanca.

Hasta aquí son las palabras de la Madre Teresa de Jesús, y aunque me he cansado algo en trasladarlas, heme en extremo consolado de ponerlas, porque me parece que en ellas se dice más que en cuanto yo he dicho, y que cuando este libro no tuviera otra cosa más, por ellas merecía ser sufrido y leído. Hase de notar en ellas una cosa, que todo esto pasó sin duda ninguna estando ella en la Encarnación, antes que comenzase á fundar los Monasterios, y aun lo de la primera relación, que es la que estaba de mano ajena, era bien al principio de su conversión: quiero decir, de cuando con todas veras se dió á Dios, y El la comenzó á hacer las mercedes sobrenaturales, dos años después, como se ve claramente de los números 7, 30, 32, 48, por no lo tornar á repetir.

La segunda relación escribió más de un año después, la otra de allí á nueve meses, como por el principio de ellas parece. Y por estas se ve en aquel poco tiempo á cuanta perfección había llegado, que es cosa que espanta. Pues quien estaba en este puesto á sus principios, ¿adónde llegaría en tantos años como después vivió, con tantas mercedes de Dios, con tantas penitencias y trabajos, con tantos Monasterios fundados, con tantas almas ganadas, con tanta oración y mortificación, con tan incomparable riqueza de buenas obras como después adquirió? Si los principios fueron tales que sobrepujan á los fines de personas muy perfectas, que parece se ve aquí cumplido el proverbio ó dicho común, que andaba, siendo mancebo Quintiliano; «que las fuentes de los grandes ríos se pueden navegar,» ¿cuál será la gloria que tiene en el cielo, pues para merecerla después de todo aquello fué menester tanta más perfección, que se ganó con tanto cuidado y trabajo en tantos años? Y si alguno en sus hijas viere grandes virtudes y cosas sobrenaturales, entienda que ni deben ni pueden ser comparadas con su Madre, porque están muy lejos de llegar á lo que ella llegó, y que á todas juntas las hace mucha más ventaja que una Madre muy cuerda y muy bien dispuesta, hace á unas niñas de pocos años, en la cordura y entendimiento y en la estatura del cuerpo. Esto creo yo confesarán de corazón todas ellas, porque las tengo por humildes; y si alguna lo negase, ésa sería la que mejor lo había de confesar, y de quien menos caso se había de hacer, y más fuera iba de esta cuenta, por estar tan falta, ó de entendimiento, ó de humildad. Otra cosa considero también aquí, el cuidado que tuvo la Madre de que estas relaciones estuviesen muy secretas, y el que ha tenido Nuestro Señor de que salgan á luz, y hayan venido á mis manos, á cabo de tantos años, que la letra estaba ya en algunas partes trabajosa de leer, por haber tanto que se escribió. Alabada sea su grandeza para siempre, que así honra á los que por El dejan la honra.

LIBRO QUINTO

DE LA

VIDA DE LA MADRE TERESA DE JESÚS

PRÓLOGO

Tanto había que decir de las admirables virtudes de la Madre Teresa de Jesús, que hubo, de necesidad, de ser muy largo el libro pasado: y era menester pulir tanto y perfeccionar este retrato que me puse á pintar, para que llegase al natural (ó, por mejor decir, le representase razonablemente), que con haberme detenido hartó más que en los otros libros, no me he detenido mucho. Con todo eso, no me atrevo á decir que le he sacado como era razón: lo uno por no saberlo yo hacer, y lo otro porque la Santa guardó su secreto para sí; y encubrió cuanto pudo los favores que Dios la hizo, y lo mucho que, ayudada de su gracia, trabajó. Y de lo que no se pudo encubrir hase olvidado buena parte; y lo que ha quedado, he yo con todo cuidado recogido, para que por la injuria del tiempo no se viniese del todo á olvidar. Así que, ruego á los que esto leyeren, que no juzguen de las virtudes de la Madre Teresa de Jesús, conforme á lo poco que yo he sabido decir, sino entiendan que hubo mucho más; y que por ventura, lo más alto y que más admiración pusiera, queda por decir. La guar-nición de este retrato me falta poner, que son los milagros y gran-dezas con que Dios le ha hermo-seado y dado mucho lustre, particu-larmente para los ojos de aquellos que no se pueden persuadir que haya muy gran santidad, si no fuere manifestada y confirmada con

milagros. Y aun para todos aprovechan los milagros, porque, como dice San Gregorio, como la vida del alma que está en el cuerpo se conoce por el movimiento de los miembros, así la vida del alma, salida del cuerpo, se conoce por la virtud de los milagros.

Esto comenzaré luego, porque habiendo de ser el libro pequeño, no conviene que sea el prólogo grande; pero tengo de rogar primero á los que leyeren esta historia (que, quitando las faltas que de mí tiene, por lo demás merece ser de todo el mundo leída y estimada, por las maravillosas obras de Dios que en ella resplandecen), que no se contenten con espantarse de tan altas virtudes y tan diversas, sino que también, con la gracia de Dios, se den á imitarlas; que por eso me he detenido en ellas, y he puesto los avisos que acerca de ellas daba la Madre. Y aunque á todos convenga esto, porque todos hallarán mucho que imitar, de cualquier estado que sean, más conviene á las personas religiosas, y especialmente á las de la misma Orden; pues Dios las quiso poner delante de sus ojos un dechado tan acabado de la vida religiosa, y las mostró por aquí cómo se camina á la perfección con alegría, y cómo se alcanza sin mucho trabajo, y el consuelo y frutos admirables, que se gozan después de haberla alcanzado. Por ésta razón he tenido cuenta con desviarme algo del común estilo de los que escriben vidas de santos, porque á los más de ellos se les va, lo más de la vida, en contar los milagros; y con tener tanto que decir en eso, más cuidado he tenido en describir sus virtudes, porque los milagros no se pueden imitar, y las virtudes sí; y pareciéndonos á los santos en las virtudes, nos podríamos fácilmente parecer á ellos en los milagros; y cuando éstos faltasen, no nos faltará la gloria que ellos tienen en el cielo, si perfectamente acá los imitamos.

CAPÍTULO PRIMERO

De cómo á cabo de algún tiempo fué hallado entero y sin corrupción el cuerpo de la Madre Teresa de Jesús, y cómo fué llevado á San José de Avila

Al fin del libro tercero dijimos de la manera que aquel santo cuerpo, por quien el Espíritu Santo tantas maravillas obró en su vida, había sido depositado en el Monasterio de las Descalzas de Alba, en el mismo lugar donde la Santa Madre había dicho que se había de guardar el depósito, y así se vino á cumplir en el de su santo cuerpo. Ahora volvamos á él, que si en vida hizo Dios grandes maravillas por su sierva, como ya habemos contado, no hizo menos después de su muerte. Aquel año primero venían las monjas á visitar el cuerpo de su Madre, y si acontecía alguna dormirse cabe él, oía algunas veces un ruido que la despertaba para hacer oración. Sentían muchas veces gran olor que salía de él, con estar debajo de tanta piedra y cal, y particularmente se sentía este olor los días de los santos con quien ella había tenido particular devoción; y en fin, en el sepulcro era el olor casi ordinario. Este era muy suave, y no siempre de una manera: unas veces como de azucenas, otras como de jazmines y violetas, otras no sabían á qué le comparar.

Ponía esto á las religiosas mucho deseo de ver el cuerpo, porque no parecía posible estar corrupto, echando de sí tan suave olor, y éste sentían también personas de fuera; y llegando allí el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, Provincial, dijéronle lo que pasaba, y rogáronle que se viese aquel Santo cuerpo. Parecióle bien al Padre, y comienzan á quitar las piedras con mucho secreto; pero eran tantas, que estuvieron él y su compañero cuatro días en quitarlas. Algunas de estas piedras echaron sobre unas pajas, y hartos días después, enfundando con ellas un jergón para una novicia que se había recibido, sintió la hermana que le enfundaba un suave olor en las pajas, y ma-

ravillándose mucho, y deseando saber de dónde venía, halló que le habían tomado las pajas de las piedras del sepulcro que cayeron acaso sobre ellas.

Abrieron el ataúd á 4 de Julio de 1583, nueve meses después del entierro, y halláronle quebrado por encima y medio podrido y lleno de moho, con mucho olor, de la mucha humedad que tenía; porque para poner las piedras, habían echado primero cal sobre él, y aquella humedad pasó abajo. Los vestidos también estaban podridos, y oliendo á humedad. El Santo cuerpo estaba lleno de la tierra que había entrado por el ataúd, y también lleno de moho, pero sano y entero como si entonces le acabaran de enterrar; porque como Nuestro Señor en la vida le guardó enteramente de toda deshonestidad, con perfectísima virginidad, así después de la muerte le guardó de toda corrupción, y no quiso que tocasen los gusanos al que los ardores de la deshonestidad habían perdonado. Quitáronle casi todos los vestidos (porque se había enterrado con todos sus hábitos), y laváronle, y quitaron aquella tierra, y era grande y maravilloso el olor que se derramó por toda la casa, y duró algunos días en ella. De la tierra que he dicho tuve yo alguna poca que me dieron, y tenía un muy lindo olor, que nadie podía decir á qué olor se parecía; díjome á mí un Padre de la Compañía, mostrándosela yo, que tenían en el colegio de Avila, donde él estaba, una reliquia buena del mártir San Lorenzo, que tenía el mismo olor. Pero el del cuerpo es grande y fuerte, y tan nuevo que nadie ha visto olor semejante.

Con esto, la pusieron otros vestidos nuevos y la envolvieron en una sábana y la pusieron en una arca, en el mismo lugar donde antes estaba, que ven ahora todos los que entran en la Iglesia, porque está abierta y descubierta. Pero antes de hacerse esto, la quitó la mano izquierda el Padre Provincial, y él mismo la llevó después á Lisboa, y la puso en el Monasterio de las Descalzas, que poco antes allí se había fundado. Quedóse, pues, allí el Santo cuerpo con mucho consuelo de las monjas, y teníanle puesto lo mejor que podían, y visitábanle con mucha devoción. Después de esto, los Padres Descalzos hicieron Capítulo en Pastrana, por Octubre del año de 1585, y el día de San Lucas, que es á diez y ocho, determinaron que el Santo cuerpo se sacase secretamente de Alba y se llevase á San José de Avila, donde la Madre había comenzado, y de donde era Priora cuando murió. Movíales también á esto que el Obispo de Palencia Don Alvaro de Mendoza, había tratado con ellos de hacer la capilla mayor del mismo Monasterio, y en ella, en el mejor lugar, hacer un sepulcro para la Madre y después otro para sí, por la devoción que la tenía; no queriendo, aun en la muerte, apartarse de ella, y así se le concedió. Dan el cargo de esto al Padre Fray Gregorio Nacianceno, Vicario provincial de Castilla; ordenándole que para consuelo de las monjas de

Alba les dejase allí un brazo; y hácese la patente para que le den el cuerpo, y firmase el mismo día, como á las siete y media de la noche.

Cosa fué maravillosa, pero muy cierta, y que quien quisiere, la puede saber de las monjas de Alba, que aquella misma hora, estando todas en recreación tratando de las cosas que pensaban que se tratarían en el Capítulo, oyeron dar tres golpes juntos recios cerca de sí, y esto por dos veces; y pensaron que era en el torno de la sacristía, y temieron que alguno se había quedado allí. De allí á un poco, haciendo la portera la diligencia que podía, para ver si había quedado alguna persona en la Iglesia, oyó otros golpes de la misma manera, y dijo la Priora: No se nos dé nada, que el demonio nos debe querer turbar. Y otra monja dijo, que sin duda aquel ruido era en el arca donde estaba el Santo cuerpo, que estaba cerca del torno ya dicho, y era así; pero no sabían qué fuese aquello, hasta que después, contándole al Padre Fray Gregorio, dijo que á aquella misma hora se estaba firmando la patente para sacarle de allí, y entendieron que había sido como aviso ó despedida de la Santa Madre, que las quería dejar. Y así fué, porque luego por Noviembre vino el Padre Fray Gregorio á Alba, y la vispera de Santa Catalina, que es á veinte y cuatro del mismo mes, hizo que las monjas se subiesen al coro alto á decir maitines, y quedóse en el bajo con la Priora y con otras dos ó tres de las más antiguas, y notificólas la patente y mandato que traía del Capítulo, y con mucho secreto y presteza sacaron el cuerpo, que estaba tan entero como al principio, y con el mismo olor que habemos dicho, aunque algo más enjuto, pero los vestidos estaban casi podridos.

Dos milagros, á mi juicio, manifestos, se vieron aquí entonces, fuera del principal de la incorrupción de aquel purísimo y virginal cuerpo. El uno fué, que, como á la Madre la salía sangre cuando murió, la pusieron un manteico pequeño de estameña blanca nueva, y éste se hinchó de sangre, y hallaron entonces, á cabo de tres años y dos meses, la sangre en él, con un excelente olor, y de manera que, poniendo alguna parte de aquel manteico entre lienzo, le iba tiñendo poco á poco, y quedaba colorado. Yo ví parte de este paño, y he visto otros muchos que se han teñido con él, sin mojarle ni hacer cosa ninguna, más de tenerlos algún día con él; y es cosa maravillosa, ver un olor tan lindo en aquella sangre. El otro fué, que, como se sacó el cuerpo, el Padre Fray Gregorio Nacianceno, harto contra su voluntad, porque me decía que era aquel el mayor sacrificio que había hecho á Nuestro Señor de sí, por cumplir su obediencia, sacó un cuchillo, que traía colgado de la cinta, para cortar el brazo que había de dejar en el Monasterio de Alba, y púsole debajo del brazo izquierdo, aquel de donde faltaba la mano, y el que se le mancó, cuando el demonio la derribó de la escalera. Fué cosa maravillosa, que sin poner fuerza más que si cortara un melón ó un poco de queso fresco, como

él decía, partió el brazo por sus coyunturas, como si buen rato estuviera mirando para acertarlas. Y quedó el cuerpo á una parte, y el brazo á otra.

Y luego tomó el santo cuerpo, envuelto en una sábana, y se fué con él á la portería. En esto, como salía tan gran olor, las monjas arriba en el coro sospecharon que las llevaban su tesoro, y fueron, por el rastro del olor, á la portería; pero ya el Padre Fray Gregorio había salido, y la puerta estaba cerrada; y así se hubieron de volver harto tristes, quedándose solamente con el brazo y con una parte del paño de la sangre. El Padre, luego sin detenerse, aquella misma noche se partió para Avila, y fué allá el cuerpo, muy alegremente recibido, y puesto muy decentemente donde todas las monjas le gozaban y se alegrasen con él. Tuviéronle al principio en el Capítulo, en unas andas, con sus cortinas muy bien puestas; después hicieron un cofre largo, á manera de tumba, aforrado por dentro de tafetán negro, con pasamanos de plata y seda, y por de fuera, de terciopelo negro, con pasamanos de oro y seda, y la clavazón dorada, como lo son también las cerraduras y llaves y aldabas y dos escudos de oro y de plata, uno de la Orden, otro del santísimo nombre de Jesús. Y encima de esta tumba, un letrero de tela de oro bordado, que dice: «La Madre Teresa de Jesús», ésta vi yo, y aunque no estaba allí el cuerpo, se tenía todavía el olor.

CAPÍTULO II

De cómo se comenzó á publicar el milagro del santo cuerpo, y cómo fué vuelto á Alba

Procurábase en este tiempo mucho secreto, así en lo del milagro del santo cuerpo, como en haberle traído á Avila, porque por entonces parecía convenir así; pero á algunos de los que lo sabían, les parecía que era razón que entrasen médicos y teólogos, para que le viesen, y juzgasen si podía ser cosa natural, ó si era milagrosa, y se tomase por testimonio. Y para esto pidieron á la Madre María de San Jerónimo, Priora de aquella casa, una relación de todo lo que había pasado; pero ella no la dió, hasta tener licencia de su superior, á quien pareció muy bien lo que se quería hacer; y ésta vino, víspera de año nuevo, en la tarde. Y porque quería Nuestro Señor que esto se abreviase, y se comenzasen á descubrir sus grandezas, á la misma hora llegan á Avila el Padre Fray Diego de Yepes (1), Prior que era entonces de San Jerónimo de Madrid, y el licenciado Laguna, oidor del Consejo Real, y don Francisco de Contreras, oidor que es ahora de Granada, que, con mucho frío y trabajo, venían de Madrid, sólo á ver esta maravilla de Dios. Fuéronse á apearse en casa del Obispo don Pedro Fernández de Temiño, y declaráronle el secreto, y el tesoro que en su ciudad tenía. El se informó enteramente del tesoroero don Juan Carrillo, que lo sabía bien, y luego envió á decir á la Priora que irían allá todos el día siguiente á las nueve. Luego al día siguiente, que era día de la Circuncisión, principio del año de 1586, á las nueve fué el Obispo con los oidores y dos médicos y otras personas, que

(1) Habíase el P. Yepes procurado letras comendaticias del P. Nicolás Doria, Provincial de los Descalzos para que se le permitiere, á él y á sus compañeros, observar el santo cuerpo. Discrepa algún tanto del P. Ribera en el designar los cargos que aquéllos ejercían: pues al Licenciado Pablo de Laguna (que más tarde fué Obispo de Córdoba) le llama él, Presidente del Consejo de Indias, y á Francisco de Contreras, Oidor del Consejo Real. Por lo demás, en el Proceso de Canonización, aparecen, estos dos señores, con los cargos que les asigna Yepes.

por todas serían como veinte, y entraron por el santo cuerpo el Padre Fray Diego de Yepes, y Julián de Avila, clérigo, y los dos médicos, y sacáronle á la portería, y pusieronle sobre una alfombra, cerrada la puerta de la calle; y teniendo casi todos hachas encendidas, se descubrió el cuerpo, teniendo el Obispo descubierta la cabeza y todos los que estaban con él, y puestos todos de rodillas le miraron con grande admiración y con hartas lágrimas.

Los médicos le miraron con mucha curiosidad, y se resolvieron en que era imposible ser aquello cosa natural, sino verdaderamente milagrosa, como después, á la tarde, lo tornaron á decir al Obispo, trayendo para ello algunas razones. Pero la cosa estaba tan clara, que eran menester pocas. Porque un cuerpo que nunca jamás se abrió, ni le echaron bálsamo, ni la menor cosa del mundo, estar, á cabo de tres años y tres meses, tan entero que no le faltase nada, y con un olor tan admirable, ¿quién podía dejar de entender ser obra de la mano derecha de Dios, y sobre toda virtud natural? No menos se espantaron de ver el paño teñido en sangre tan fresca y tan olorosa. El Obispo decía á las monjas que era grande el tesoro que tenían, y que no tenían más que desear en esta vida, y encomendó mucho que le tuviesen con gran decencia, y no se tornasen á servir de la alfombra que se había puesto para él. Después de esto puso descomunión para que no publicasen lo que habían visto, pero ellos andaban diciendo: ¡Oh! que habemos visto grandes maravillas; y estaban tan ganosos de decirlo, que en fin, el Obispo hubo de alzar la descomunión, y se publicó por toda la ciudad.

De esta manera andaban las cosas en Avila; pero en Alba andaban muy de otra, porque cuando se sacó el cuerpo de allí, el duque, don Antonio de Toledo, no era venido de Navarra, y el Prior de san Juan, don Hernando de Toledo, su tío, también estaba ausente; y cuando lo supo, tomó grande enojo, así por ser él muy devoto de la santa Madre, como por entender el tesoro que aquella villa había perdido; y parecióle que el agravio se había hecho no tanto al duque como á él, á cuyo cargo estaban todas las cosas del duque. Después vino al Monasterio, y hizo, ante un escribano, un gran requerimiento á la Priora y á las monjas, mandando, debajo de graves penas, que en ninguna manera dejasen sacar de allí el brazo que las había quedado. Y no se descuidó con esto del cuerpo, antes escribió á Roma, y negoció tan bien, que Su Santidad mandó á los Padres Descalzos, que luego volviesen el cuerpo á Alba y se le entregasen á la Priora y al convento, y si algo tuviesen que alegar por su parte, pareciesen por sí, ó por medio de procurador, ante él.

El Padre Fray Nicolás de Jesús María, que era entonces Provincial, como le fué notificado el mandamiento de Su Santidad, sin dilación ninguna fué á Avila, y desde allí, con mucho secreto, envió al

Padre Fray Juan Bautista, que era entonces Prior en Pastrana, con el cuerpo; y él y el Padre Fray Nicolás de San Cirilo, Prior que era del Monasterio de Mancera, llegaron con el cuerpo á Alba, á 23 de Agosto, víspera de San Bartolomé, del mismo año de 1586, pero tan disimulado el cuerpo, que nadie pudiera entender lo que traían; y luego lo metieron en el Monasterio, como á las ocho de la mañana, poco más ó menos.

Bien poco había que ellos habían llegado, cuando yo llegué al mismo Monasterio, y era mi camino á Avila, á visitar el santo cuerpo y verle, que lo deseaba mucho; así que, á llegar poquito antes, le hallara á la portería, y se cumpliera mi deseo. Como esto se supo en Alba, vinieron los clérigos, con deseo de hacer mucha fiesta, con su procesión y con música; pero el Padre Provincial, que no ponía allí el cuerpo para que se quedase, sino como de prestado solamente, para cumplir lo que el Papa mandaba, ordenó que no se hiciese fiesta ninguna, sino solamente se entregase á las monjas, de manera que se llevase testimonio de ello; y el Padre Fray Juan Bautista, cumpliendo en todo su obediencia, no se desvió un punto de la orden que traía.

Pusieron, pues, el cuerpo en el coro bajo, y estando el duque á la reja, y la condesa de Lerín, su madre, y toda la iglesia llena de gente, mostraron el santo cuerpo con luz suficiente; y preguntando el Padre Prior de Pastrana á las monjas, si conocían ser aquel cuerpo, de la Madre Teresa de Jesús, y si se daban por entregadas de él, respondieron que sí; y los de fuera también dijeron que conocían bien ser aquél el cuerpo, y de todo dió testimonio un escribano. Y fué bien menester, estar detrás de reja, porque según era la muchedumbre y devoción y ímpetu de la gente, si estuviera fuera, hicieran pedazos el hábito, para tomar reliquias, y aun el cuerpo corriera peligro. Toda la tarde estuvo la iglesia tan llena de gente, que venía á ver á aquella maravilla, que ni los podían echar, ni los que estábamos más adentro podíamos salir hasta muy tarde, porque no se hartaban de verla.

Los de la Villa, no creyendo que los Padres le querían dejar allí, pusieron guardas para que no le sacasen, y querían hacer, é hicieron también, requerimiento para que las monjas no le diesen, y estaban muy alegres de que le hubiesen vuelto. De todo esto fui yo testigo, y la vi despacio desde la reja, y después la besé los pies, aunque muy de prisa, porque aun siendo de noche y cerrando las puertas de la iglesia, no nos dejaban los de fuera. Diré también otra cosa, de que soy buen testigo, que pasó por mí. Aquella misma noche, estando de camino los Padres que la habían traído, vinieron á la posada á hacer colación, y yo posaba también en la misma casa; y trajéronles allí el hábito, que había traído el cuerpo de la santa, para volverle á Avila,

porque en Alba le habían puesto otro; y vino cogido y envuelto en una manta, de manera que los dobles de él salían afuera, y llegué á olerle, y tenía excelente olor; estaría allí como tres cuartos de hora, y luego fuéronse los Padres, y yo me pasé á aquella pieza donde ellos habían estado, y de lo poco que estuvo en ella el hábito, cogido de la manera que he dicho, quedó un olor en la cámara, que luego le sentí y conocí muy bien. De allí á un poco, vino mi compañero, y preguntéle si olía algo; respondió que sí, y que se echaba muy bien de ver. Dormí yo en la misma cámara aquella noche, y todas las veces que despertaba sentía el mismo olor, y le conocía bien.

Desde entonces hasta ahora, se ha estado siempre el Santo cuerpo en Alba, juntamente con el brazo, aunque no se muestra sino muy pocas veces. La causa de estar ahí es que el Monasterio de Avila, ayudando á ello la misma ciudad, pretendió que se había de volver el cuerpo allá, y contradiciéndolo mucho don Antonio de Toledo, duque de Alba y condestable de Navarra, y don Hernando de Toledo, Prior de San Juan, por parte suya y del Monasterio y villa de Alba, nuestro muy santo Padre Sixto V cometió el negocio á su Nuncio César Speciano, obispo de Novara; el cual dió sentencia, en que para siempre quedase en Alba, en diciembre de 1588 años. Después se apeló de esta sentencia para Su Santidad. Y el mismo Sixto V la confirmó, con toda la autoridad y gravedad de palabras que era necesario, y con toda la firmeza que se podía desear, á 10 de julio de 1589 años. Y así quedará allí en un muy buen sepulcro que el Prior de San Juan (á quien se debe el quedar el cuerpo en Alba) ha dicho que hará (1).

(1) En 1594 se sacó el santo cuerpo del arca chapenda de hierro en que estaba y se colocó en otra de madera tallada, regalo de la duquesa de Alba. Cuatro años después, tomáronse más precauciones, construyéndole un sepulcro alto, especie de monumento, imitando á alabastro. A derecha é izquierda del coro bajo, se colocaron cuatro columnas apareadas, en un diámetro de 22 pies de ancho por 32 de alto. Sobre estas cuatro columnas corintias había otro segundo cuerpo y un frontón, remedando su conjunto el frontispicio de una iglesia. Al segundo cuerpo y frontón correspondía el coro superior, donde se construyó un hermoso camarín, tapizado de tisú y ricas telas, cerrado con una reja dorada, donde se colocó el arca riquísima, de madera labrada, forrada de terciopelo carmesí y tachonada con clavos y chapas doradas, regalo de D.^a María de Toledo y Enríquez, duquesa de Alba. A ambos lados del sepulcro, grabáronse las dos siguientes inscripciones latinas:

Rigidis Carmeli Patrum repositis regulis, plurimis virorum faeminarumque erectis claustris, multis veram doctrinam docentibus libris editis, futuri praescia, signis clara, coeleste sidus ad sidera advolavit B. Virgo Theresa, IV nonas Octobris MDXXXII.

Manet sub marmore non cinis, sed madidum corpus incorruptum, proprio suavissimo odore ostentum gloriae.

Ignoramos con qué ocasión fueron modificadas estas dos inscripciones con las que existen actualmente, pero probablemente sería con motivo de la beatificación de la santa Reformadora del Carmelo, que tuvo lugar el 2 de Octubre de 1614. Dicen así:

Antiquis Carmeli Patrum repositis regulis, virorum ac mulierum plurimis

No dejaré de decir, cómo antes que el cuerpo viniese, lo quiso Nuestro Señor dar á entender, porque un mes antes, estando una monja en oración, vió claramente una hermosísima estrella en el coro alto, en el mismo lugar donde se puso, y está ahora, el cuerpo, y era tan clara, que en su comparación las otras estrellas no daban luz ninguna. Y la misma religiosa vió otra vez, en el coro bajo, una luz grandísima, de extraña y no vista hermosura; entendió por aquí, que alguna gran cosa había de suceder, y luego, cuando vino el cuerpo, cayó en la cuenta que aquello era.

constitutis coenobiis, multis vere piis et admirandis confectis libris, futuri praescientia, miraculisque clarissima, idibus octob. anno MDLXXXII.—Theresa Virgo ad coelestes sedes migravit; quam trigesimo secundo post obitum anno in beatorum numerum retulit Paulus V, cujus incorruptum corpus hoc servatur coliturque in marmore, adhuc salutiferum et odoriferum stillans oleum.

Encima del arco se lee:

Paulo V Pontif. Max., Philippo Hispaniar. rege catholico, Fr. Joseph ab Jesu M., Reformati Ordinis B. M. Virginis de Monte Carmeli, Generale V.º sacellum hoc, in quo, antea corpus B. Theresiae Virg., ejusdem Reformationis Fundatricis, fuerat humatum, ubi eadem sacra pignora servantur, eidem Virgini dicatum, consecratum, anno Dom. MDCXV.

Fernando VI mandó construir á sus espensas el sepulcro actual, y la urna primitiva fué incluida en otra magnífica de plata, y ésta en otra de mármol negro, sobre la cual velan dos ángeles de bronce. Revistióse, además, de riquísimos jaspes, el camarín y cerróse con doble reja, dorada la de dentro y la de fuera plateada; pero el piadoso monarca no pudo ya gozar de la vista de sus obsequios, ni visitar, como se proponía, aquel venerando sepulcro, pues la traslación no se verificó hasta 1760, al año siguiente de su fallecimiento.

Cfr. Quadrado. *Salamanca, Avila y Segovia*, parte 1.ª, cap. X.—La Fuente. *Manual*, parte 1.ª, cap. VI.

CAPÍTULO III

En que se da entera noticia de cómo están el brazo y el cuerpo

Paréceme que los que esto leyeren, desearán tener más particular noticia de cómo está el cuerpo, y daréla yo de muy buena gana, porque lo he mirado con mucha atención y cuidado, para poder dar esta cuenta que ahora daré. Mas comenzaré del brazo, que le he tenido muchas veces en mis manos, y después diré del cuerpo. El brazo es todo entero desde la coyuntura del hombro; fáltale la mano, como ya he dicho, que está en Lisboa; y así por ser éste el que se mancó y quebró en la caída de la escalera, como por haberle quitado la mano, y haber por allí salido de la virtud, tiene menos carne que el otro que está en el cuerpo; pero tiene harta, y al principio tenía más, sino que se ha algo enjugado. La color es puramente del dátíl, la carne está como cecina, el cuero tiene rugas á la larga, como suele quedar flaco en las personas que han sido gordas y no lo son. Pero está entero, que tiene su vello, yo le he visto muchas veces, y asídole. Siempre le tienen envuelto en un paño limpio, y de allí á poco se hinche el paño de un óleo ó grasa que sale de él, y queda como si le hubieran metido en aceite, ó en cosa semejante; pero tiene este óleo aquel lindo olor que tiene el brazo y el cuerpo.

Son muchísimos los paños que se han teñido de esta manera, y dado por reliquias, y cada día se dan y se tiñen, aunque algo menos, como la carne se va enjugando más. En esta carne, no hay entrar corrupción, en ninguna manera del mundo, más que si fuese de acero, aunque no sea más que media uña; y aunque más calores haga, y la traigan en el pecho, ó en cualquiera otra parte donde haya mucho calor, ni aun perderá su olor, si la traen bien envuelta.

Esto es cosa muy probada y vista, de manera que, tener carne de la Madre Teresa de Jesús, poca ó mucha, es como tener huesos de otros santos, para lo que es el durar y no se corromper. La primera

vez que yo tomé este santo brazo en las manos, era antes de comer, y quedóme en ellas el mismo olor que él tiene, y dábame tanto consuelo, que no me quise lavar, cuando hube de comer, porque no se me quitase el olor. En fin, después me hube de lavar, y no se quitó; porque, aun después de acostado, sentía el mismo olor en las manos. Y fuera de esto, pegóseme de él una devoción, que la echaba bien de ver, y me duró de esta manera como quince días.

El santo cuerpo vi muy á mi contento á 25 de Marzo, que es el día de la Encarnación de Nuestro Salvador y Señor, de este año de 1588; y porque le vi muy bien, como quien pensaba dar este testimonio que aquí doy, podré dar buenas señas. Está enhiesto, aunque algo inclinado para adelante, como suelen andar los viejos, y en él se ve bien cómo era de harto buena estatura. Está de manera, que una mano que le pongan en las espaldas, á que se arrime, se tiene en pie; y le visten y desnudan, como si estuviera vivo. Todo él es de color de dátil, como ya dije del brazo, aunque en algunas partes está más blanco. Lo que más oscura color tiene es el rostro, porque como cayó el velo sobre él y se juntó mucho, y mucho polvo, quedó más maltratado que otras partes del cuerpo; pero muy entero, de tal manera que, ni en el pico de la nariz, no le falta poco ni mucho. La cabeza tiene todo su cabello, como cuando la enterraron. Los ojos están secos, porque se ha gastado ya la humedad que tenían, pero, en lo demás, enteros. En los lunares que tenía en la cara, se tiene aún los pelos. La boca tiene del todo cerrada, que no se puede abrir. En las espaldas particularmente tiene mucha carne.

Aquella parte, donde se cortó el brazo, está jugosa, y el jugo se pega á la mano, y deja el mismo olor que el cuerpo. La mano muy bien hecha, y puesta como quien echa la bendición, aunque no tiene los dedos enteros. Hicieron mal en quitárselos, porque mano que tan grandes cosas hizo, y que Dios la dejó entera, siempre lo había de estar. Los pies están muy lindos y muy proporcionados, y en fin, todo el cuerpo está muy lleno de carne. El olor del cuerpo, es el mismo que el del brazo, pero más fuerte. Fuéme de tan gran consuelo ver este tesoro escondido, que, á mi parecer, no debo de haber tenido mejor día en mi vida, y nunca me hartaba de verle. Quédame una lástima, si le han de partir algún día, ó por ruego de personas graves, ó á instancia de los Monasterios; porque en ninguna manera se debía hacer, sino que esté como Dios le ha dejado, dando testimonio de la grandeza de Dios y de la purísima virginidad y santidad admirable de la Madre Teresa de Jesús. Á mi parecer, no harán como buenos hijos suyos, ni quien lo pidiere, ni quien lo concediere (1).

(1) Creemos oportuno dar aquí suscinta noticia de las diversas reliquias del Santo cuerpo que, andando el tiempo, fueron distribuyéndose por diversos con-

ventos y monasterios de la Orden Carmelitana, á pesar de los cariñosos deseos manifestados por el P. Ribera.

Los Carmelitas del monasterio de *Regina Coeli*, en Roma, que más tarde se trasladaron al *Santi-Quattro*, poseen el índice de la mano derecha. Monseñor Julio Rospigliosi, más tarde Cardenal y Sumo Pontífice, con el nombre de Clemente IX, siendo nuncio de España, envió esta reliquia á la princesa Ana Colonna Barberini, la cual, al fundar en 1654 el monasterio *Regina Coeli*, se la regaló.

Otro dedo de la mano derecha, el medio, se venera en el primer monasterio de París. La reina Isabel, hija de Enrique IV y esposa de Felipe IV, rey de España, la envió, en 1625, á la Ven. Madre, Magdalena de San José, priora de aquel Monasterio.

Los Carmelitas de Avila poseen el dedo anular, y los Carmelitas de Bruselas el auricular. Este dedo lo arrancó de la mano derecha el P. Gracián al hacer el primer reconocimiento del cuerpo de la Santa en 1585, y lo llevó consigo hasta su muerte acaecida en Bruselas en 1614. Antes de expirar, hizo donación de esta reliquia, á favor de su hermana, Carmelita Descalza en Sevilla, pero teniendo noticia de ello los archiduques Alberto é Isabel, pidieron con instancia al Papa Paulo V que transfiriera en su favor el dominio de aquella reliquia, como lo hizo por medio de un breve, fechado el 20 de Octubre de 1614. Al año siguiente lo regalaron á las Carmelitas de Bruselas, cuya priora era la Ven. Ana de San Bartolomé.

Los Padres Carmelitas de la misma ciudad poseen la clavícula derecha que les regaló el P. Tomás de Jesús. Custodiada en depósito por las Carmelitas desde 1833, fué restituida á sus antiguos dueños, al restablecerse en Bruselas en 1859.

La clavícula izquierda se venera en el Monasterio de San José de Avila.

Los Carmelitas del convento de la *Scala*, en Roma, poseen, desde el año 1617, el pie derecho.

Las Carmelitas de Sevilla tienen la falange de un dedo.

Varios huesos y fragmentos de hueso venéransen en diversos conventos de Carmelitas, especialmente en Avila, Alcalá, Salamanca y París (primero y segundo monasterio).

También se conservan y veneran en diversos lugares, varios trozos de carne del cuerpo de la Santa, en especial en la basilica de Santa María la Mayor de Roma; en las Carmelitas de Segovia y Venecia; en las Carmelitas de Valladolid, Medina del Campo, Madrid, Salamanca, Malagón, Zaragoza, Nápoles, Tolosa y París (1.º y 2.º monasterio).

Las Carmelitas de Milán poseen una partícula del corazón y otra las Carmelitas de la Puebla, en Méjico.

Sobre el corazón de Santa Teresa, una de las más preciosas reliquias que se veneran en el monasterio de Carmelitas Descalzas de Alba de Tormes, véase la página 140, nota y los apéndices.

Cfr. Vandermoere. *Acta S. T.* un. 1436-1474.—La Fuente. *Manual del Peregrino*, Passim.

CAPÍTULO IV

De cómo se ha mostrado muchas veces después de su muerte

Habiendo ya tratado de este gran milagro de la incorrupción de su cuerpo, que encierra en sí otros milagros, como habemos visto, será bien tratar de otros muchos que por él, y por cosas que le han tocado, ha hecho Nuestro Señor, para dar á entender al mundo en lo que él estima á su fiel sierva, y en lo que quiere que la estimen todos; y que hará muchas mercedes á los que acudieren á su sagrada intercesión. Y para esto comenzaré de las visiones que ha habido, y de las veces que se ha mostrado después de su muerte, que han sido muchas, y tantas, que si todas se hubieran de contar, fuera menester para ello muchos capítulos, y aun por ventura, libro entero. Á santa Gertrudis, después de muerta, la mostró el Señor, con mucha gloria, no una sino muchas veces, á sus monjas, para consolarlas de la muerte de tan buena madre. Y de la misma manera quiso también consolar á éstas sus siervas, que tan tiernamente sentían la ausencia de la Madre que tanto amaban. Y más habiendo hecho esto el Señor, no solamente con santa Gertrudis, sino también con algunas de sus hijas ya difuntas, como se ve en algunos de los capítulos siguientes del mismo libro.

En su sepulcro vióse algunas veces luz, y particularmente cuando se moría alguna monja. Y si algunas hablaban en tiempo de silencio, ha acontecido algunas veces oír tres golpes á la puerta de la celda, como que estaba allí la Madre, y las avisaba que callasen. Hanla visto algunos religiosos, y muchas religiosas de sus Monasterios, con gran resplandor y hermosura, y de muchas maneras: y personas tales, y tan cuerdas y espirituales, que se puede bien creer haber sido verdaderas las visiones. Pero porque éstas son tantas, y quien no conociere á las personas, no las dará el crédito que se les debe, contaré algunas de las más provechosas y más ciertas. Poco después de la muerte de la Madre, cayó mala Teresa de Laiz, fundadora del

Monasterio de Alba, y estando ya mejor, á lo que los médicos decían, vió cabe sí á la Madre, con su capa blanca y velo, que la mostraba el rostro alegre y la hacía con la mano señas que viniese. Ella respondió: «Madre, quiérome morir, ¿es ya hora?» y con esto la Santa desapareció, y Teresa de Laiz comenzó á estar peor, y dijo luego que se quería morir, porque la Madre la había llamado, y ordenó su alma, y de ahí á poco murió.

Una persona grave de la orden de los Descalzos Carmelitas, cuyo nombre callo, porque es vivo, escribió á otra persona, que ya no se atrevía á sentir la ausencia de la Madre Teresa de Jesús, porque reñía mucho á quien la sentía, y á quien se afligía por los trabajos, porque ninguna cosa más la premiaron en el cielo que los que acá tuvo; y que si por alguna cosa hubiera de desear volver al mundo, fuera por sufrir más. Luego dice: Á cierta persona (1) que la vió poco ha muy linda y llena de una luz muy blanca, que salía de no sé dónde, que él no veía, le dijo: «Los de acá del cielo y los de allá de la tierra, habemos de ser unos, en el amor y pureza. Los de acá viendo la Esencia divina, y los de allá adorando al Santísimo Sacramento; con el cual habéis de hacer allá vosotros, lo que nosotros acá con la Esencia; nosotros gozando, y vosotros padeciendo, que en esto nos diferenciamos, y mientras más padeciéredes, más gozaréis. Dilo á mis hijas.» Quedóle á esta persona impreso *Sacramento y trabajos*. Cuando murió la Madre, algunas personas creyeron que había sido causa de su muerte la mucha priesa y trabajo del camino de Burgos á Alba. Y á un Padre de los Descalzos se le apareció ella, y le dijo que no pensase nadie que su muerte había sido por otra ocasión, sino por ímpetu de amor de Dios, que la vino tan fuerte, que no le pudo sufrir el natural (2).

En el libro tercero, tratando de la fundación del Monasterio de Veas, dijimos muchas cosas de dos hermanas que le fundaron, y entraron en él: la mayor se llamaba Catalina de Jesús, mujer de gran santidad, que después murió siendo Priora del mismo Monasterio. Estando esta sierva de Dios mala en la cama, otro día después de la muerte de la Madre, apartáronse á hablar dos ó tres, como á hablar en secreto, y ella dijo que no se apartasen, que si era de la Madre el secreto, que ya lo sabía. Con esto fueron á ella, y rogáronla que lo dijese, y dijo cómo la Madre se había muerto el día antes, y que ella la había visto. Después apareciósela otra vez, y ella estaba como temerosa, no osando llegar á la Madre, ni creyendo que fuese aquella visión verdadera. Díjola la Madre: «Bien me parece que no creas fácilmente, porque yo más quiero que se haga caso en estos Monas-

(1) Yepes (lib. III, cap. XXXIX) dice que esta aparición fué á un Carmelita Descalzo; probablemente sería el mismo que aquí lo refiere en tercera persona.

(2) Véase lo que dijimos al fin del cap. XV, del libro III.

terios de verdaderas virtudes, que de visiones y revelaciones; pero para que veas que esta visión no es falsa, llégate acá.» Y diciendo esto, llegó la mano á una postema ó llaga, que tenía debajo de un pecho, que nadie se la había podido curar, y tocóla en una mano donde tenía una señal bien grande, redonda y negra, que tampoco se podía quitar, y desapareció la Madre, y ella quedó sana de su postema, y quitada del todo la señal de la mano, que no causó pequeña admiración á las personas que la habían visto primero cual estaba, y la veían después.

Un año después de la muerte de la Madre, una hermana del Monasterio de Alba, llamada Catalina de la Concepción, mujer de gran caridad y muy espiritual, estaba al cabo de su vida, y estando las monjas en maitines, vino á una de ellas un gran recogimiento, y vió salir del sepulcro á la santa Madre, con una cruz muy hermosa, torneada, en una mano, y de la otra llevaba una monja que ésta no conoció, entrambas con gran resplandor, y entró la Madre en la celda donde estaba la enferma, y echóla la bendición, y de allí á poco expiró.

Deseó mucho la Madre que doña Beatriz de Ovalle, hija de doña Juana de Ahumada, su hermana, fuese monja Descalza, y nunca con ella por entonces se pudo acabar. Pero una noche, entre sueños, parecióla que la veía en el ataúd donde la pusieron, y que alzando el medio cuerpo, la llamaba muy amorosamente, y la llegaba á sí y la regalaba, como solía hacer cuando era viva. Y entre otras cosas que la Madre la dijo, fué una ésta: «¿Hasta cuándo piensas de estarte sin meterte monja?» Ella respondió que ya lo trataba, y que presto lo sería. Y era verdad que había comenzado á hablar en ello; pero no con propósito de hacerlo tan presto, hasta que Dios la diese deseo para ello y seguridad que se había de hallar bien. Y así dijo á la Madre, que en esto reparaba mucho, y que había mucho miedo que no se había de hallar bien. Respondió la Madre que no lo temiese, que ella se lo aseguraba, que se hallaría bien, y que se determinase y acabase ya de hacerlo. Mandóla también que no diese parte de ello á nadie, sino á un siervo de Dios con quien ella trataba. Y con esto se acabó el sueño, aunque hubo otras muchas razones más.

No hiciera yo caso de él, ni le pusiera aquí, si los efectos grandes que se vieron de él, no me hicieran fuerza á creer que era más que sueño, como lo hizo á muchas personas, que sabían cuán lejos estaba su voluntad de aquella religión. Pero ella quedó mudada y aficionada á lo que antes aborrecía, y deseosa de verse en lo que tanto temía; y la persona con quien la dieron licencia que lo tratase, la ayudó mucho para ello, y dentro de muy pocos días entró en el Monasterio, donde siempre ha tenido gran contento, y sólo un descontento la ha quedado, que es de no haber venido antes. Esto mismo deseaba mu-

cho una monja del mismo Monasterio, y habiendo oído cosas por donde parecía no llevar camino de hacerse, fuese al sepulcro de la Madre, y pidióselo mucho, y queriéndose acostar, vió á la Madre con su hábito, como cuando era viva, y con el rostro alegre, y díjola: «Madre, ¿ha de venir ésta por quien os pido?» y la Madre con la cabeza hizo señal que sí, y desapareció. Y la monja quedó muy satisfecha de que aquello se haría, y desde á pocos días se hizo.

Lo que ahora diré es cosa más fresca y muy cierta, aunque de propósito callaré el nombre. Andaba una monja de esta misma Orden muy afligida, por parecer que nunca acababa de darse á Nuestro Señor, tan enteramente como Él lo quiere. Y estando una vez bien descuidada, la vino un gran recogimiento interior con gran conocimiento de sí, y con un temor lleno de paz y amor; y sin poderlo resistir, aunque lo procuró hartó, porque estaba en parte donde se podía ver, fué arrebatada, sintiendo un gozo tan grande, que en su comparación no le parecía había gozo ninguno, y vióse en medio de una luz muy clara, y en ella veía á la Madre Teresa de Jesús en un arco de hermosísimas flores, y tenía un libro abierto en las manos, arrimado á su pecho, que tenía unas letras más lindas que de oro, y díjola: «Lee, hija.» La monja estaba muy encogida, y como quien no osaba abrir los ojos para leerlas. Entonces la Madre, como sonriéndose, extendió la mano y trájosela por los ojos, con que ella sentía gran consuelo, y parecía se los renovaba estando ciegos; luego levantó la cabeza, y pudo leer las letras, que decían: «Mi Esposo tiene tu voluntad para usar de ella conforme á la suya, y siempre contradiciéndote á ti.» Dijo la monja: Madre, ¿cómo pensaré yo que he de tener fortaleza en cosa tan grande, que en las chicas me veo tan flaca? Respondióla: «Cuando no lo pienses, se te dará, y padeciendo en vencer lo poco, se alcanza fortaleza para vencer lo mucho. Dijo la monja: Madre mía, ¿cómo agradaré yo á mi Señor? ¿voy bien por el camino que llevo? Respondió la Madre: Por donde tú quieres, no; huye la singularidad, y déjate llevar por donde quiere el que trata tu alma, y acertarás.»

La misma, la vió otra vez dentro de una gran luz, con extraña hermosura, y echó de allí, con mando y autoridad, al demonio, que pretendía hacer mal á esta monja, diciéndole que no tenía allí parte. Y á la monja la allegó á sí con mucho amor, y la animó, prometiéndola que todo aquello era para mayor bien suyo, y dándole orden de lo que se había de hacer, para que en aquel Monasterio fuese adelante la paz y conformidad de los corazones; y declararla cierta cosa que había de venir en aquella casa, y se vió después.

Otra monja la vió gloriosa, y traía una cinta de pedrería con muchos rubíes. Maravillándose esta religiosa, y preguntándola qué significaba aquella cinta tan hermosa, respondió que aquella la habían dado, por el celo de las almas que siempre había tenido.

No faltarán algunos que me digan, que ¿por dónde han de creer ellos lo que en este capítulo está dicho, pues no se puede saber sino de personas particulares, á quien, con la afición que tenían á la Madre, se pudo todo esto antojar? Y á estos respondo que no crean más de lo que ellos quisieren, pues yo ni quiero ni puedo forzarles á más; pero si quieren considerar desapasionadamente las razones que hay para creerlo, vendránse por ventura á desengañar. Y para esto lean lo que al mismo propósito dije al fin del libro tercero. Y tornen á pensar aquella razón, que conmigo tiene mucha fuerza, que pues no habemos de dudar, sino que algunas visiones habrá verdaderas de personas particulares, ¿cuáles es más razón que lo sean, que las que van enderezadas á acreditar algún gran siervo de Dios, que ya ha pasado de esta vida?; pues esto el demonio no lo suele hacer, antes desearía, si pudiese, quitarles todo el crédito y escurecer su memoria, porque no fuese Dios glorificado, y estas almas aprovechadas. Y si la razón, que ellas hacen para no creer esto, que es decir que son testigos singulares, y que con afición se pudieron engañar, vale algo, habrán de dejar de creer muy muchas cosas de esta manera, de que están llenas las historias de los santos antiguos y modernos.

San Gregorio dice en el libro segundo del Diálogo, en el capítulo XXXIV, que San Benito vió subir al cielo el alma de Santa Escolástica, su hermana, en figura de paloma; y en el capítulo siguiente dice, que vió también subir al cielo el alma de Germano, Obispo de Cápua. Claro está que se podía engañar San Benito, por más santo que haya sido, en alguna revelación; pero en estas que eran para crédito y aprobación de estas santas almas, nadie dirá que se engañó. Y lo mismo diremos de otros, no tan santos como él. En el capítulo XXXVII dice: que dos monjes vieron un camino resplandeciente que iba desde la celda de San Benito hasta el cielo, y que les fué dicho, que aquél era el camino por donde había subido al cielo el alma del santo Padre. ¿De quién se supo esto, sino de los mismos monjes que le amaban mucho? ¿O quién dirá que se les antojó con la afición?

San Buenaventura, en la vida de San Francisco, capítulo XIV, escribe que en muriendo el santo, uno de sus frailes vió ir su alma al cielo, en figura de una estrella resplandeciente, en una nube blanca. Y de otro fraile, que, estando enfermo, vió subir al cielo la misma alma, y rogándola que le esperase, expiró y se fué tras ella. También dice que se apareció aquella noche San Francisco al Obispo de Asís, y le dijo que se iba al cielo. Otro tanto cuenta San Antonino, en la vida de Santo Domingo, de frailes particulares, que en revelación, vieron subir al cielo el alma de este santo Padre. En la vida de Santo Tomás, cuenta lo mismo del alma de este santo, por revelaciones hechas á frailes, y particularmente de un Fray Alberto, que en una visión vió á él y á San Agustín, y le fué revelado que tenían los dos

igual gloria. El mismo dice, que el alma de San Francisco apareció á Fray Rufino, su discípulo, estando para morir. Y San Buenaventura cuenta de muchas veces que San Francisco, después de muerto, se apareció á diversas personas, hombres y mujeres. Cirilo, Obispo de Jerusalén, en la vida de San Jerónimo, que escribió á San Agustín, cuenta de veces que se apareció San Jerónimo. Severo Sulpicio, en la vida de San Martín, cuenta que le vieron subir al cielo glorificado, y que se oyeron cantar los ángeles en su muerte.

San Paulino, Obispo de Nola, en la vida de San Ambrosio que escribió á San Agustín, dice que muchos niños, recién bautizados, vieron el alma de San Ambrosio, unos como sentado en su silla, otros como subiendo al cielo, y tras esto cuenta, cómo algunas veces se apareció el mismo santo á personas particulares, de quien él lo supo. No quiero ser más largo en cosa tan clara; sino que no hay nada claro, para quien quiere porfiar y no creer. Todas estas cosas y otras infinitas que hay en historias muy auténticas de santos, no las vieron sino personas particulares, y de ellas se supieron, y ningún hombre cuerdo dirá que con afición se les antojaron; y lo mismo vemos en estos tiempos, en la *Historia del santo Fray Luis Beltrán* que escribió el Maestro Fray Vicente Justiniano, de la orden de Predicadores, y en la del *santo Fray Pedro Nicolás*, que escribió el Padre Fray Cristóbal Moreno, Provincial de la provincia de Valencia, de la orden de los Menores, donde se cuentan visiones semejantes, que tuvieron personas particulares: en la de Fray Luis Beltrán, en el capítulo XX y XXI: en la de Fray Pedro Nicolás, en el capítulo L, LI y LII.

CAPÍTULO V

De los milagros que se han hecho con reliquias de su cuerpo, y con los pañitos teñidos de la sangre

Muchos son los milagros que ha habido, y cada día los hace el Señor nuevos, por muchas vías, con el deseo que tiene de honrar á quien tanto le honró, y tan fielmente le sirvió. Dejaré cosas más menudas, y diré los más principales, y que más claramente se muestran ser milagros; y para reducirlos á alguna orden, me parece repartirlos en cuatro capítulos. En el primero se pondrán los que se han hecho con cosas de su cuerpo, como con el mismo cuerpo, ó la mano, ó la sangre. En el segundo los que se han hecho con reliquias de sus vestidos. El tercero los que se han hecho con su imagen. En el cuarto los que se han hecho por encomendarse á ella, sin haber otra cosa ninguna más; aunque muchos, ó casi todos los otros, se han hecho también encomendándose á la misma Madre: pero ahora hablo de los que solamente se han hecho por medio de la oración. Los milagros que el santo cuerpo hizo, antes de sepultarle, no será necesario decirlos aquí, pues quedan ya dichos en el capítulo postrero del libro tercero, adonde se trató de su muerte y sepultura, y por eso diré solamente los que se han hecho después.

El Padre Baeza, fraile de San Francisco, de Alba, tenía un oído que le manaba materia, y oía mal de él, y fué un día, después de vísperas, al Monasterio, y con mucha fe llegó á su oído el santo brazo, y aquella misma tarde se le sanó del todo, de lo uno y de lo otro; y contándolo de allí á algunos días, daba mucha priesa que se tomase por testimonio, como muy claro milagro.

Francisco Gómez, carpintero, vecino de Alba, estuvo más de mes y medio tan malo de los ojos, que no podía hacer nada, y con las muchas medicinas que le hicieron, le pusieron peor; porque le dió tan gran dolor, especialmente en el uno, que (como él dice) más le parecía rabia que dolor. Estando con este trabajo, llegó al torno de las

Descalzas de la dicha villa, pidiendo que le encomendasen á Dios, y le diesen alguna reliquia de la Madre Teresa de Jesús. La portera le dijo que en aquel punto estaban en la iglesia mostrando el brazo de la misma Madre, que fuese allá luego, y que pidiese se le pusiesen sobre la cabeza y ojos. Hízose así, y, como él ahora lo confiesa, al punto que le tocaron sintió mejoría; porque se le quitó lo recio del dolor, y de allí á cinco ó seis días fué á trabajar en su oficio, bueno ya del todo, sin haberse hecho otra cosa alguna. Y el que antes estaba con miedo de cegar, ahora dice que, por los merecimientos de esta santa, le han quedado los ojos muy claros y buenos.

En el Monasterio de las Descalzas de Lisboa había una novicia que en toda su vida había olido, ni sabía qué cosa era olor bueno ó malo. Un día la Madre Priora, María de San José, estando todas las hermanas juntas, sacó la mano que ella tenía de la Madre, como arriba he dicho, y fué tan grande la suavidad del olor que de ella salió, que todas se enternecieron, y sintió cada una particular novedad en sí, de la suavidad, y comenzaron á alabar á Dios. La novicia, congojada de no gozar de lo que gozaban las demás, tomó la santa mano, y llególa á las narices, diciendo: Por cierto, Madre mía, no tengo de quitar de aquí vuestra mano hasta que sienta lo que mis hermanas, para que con ellas alabe al Señor. Y en este punto comenzó á decir que la subía por las narices un humo caliente que se las abrió, y olió la mano, y cobró aquel sentido, y para prueba de esto la trajeron diferencias de olores, y decía cuál era bueno ó malo, y siempre se le ha quedado.

A la misma hermana, ya profesada, la dió una noche, estando todas reposando, un accidente tan recio, que se hacía pedazos, y no bastaban á tenerla, tres ó cuatro hermanas. Decía que la parecía que la quebraban los huesos y la arrancaban el corazón. Pareció ser esto del demonio, porque jamás había tenido cosa que á esto se pareciese. Estando todas suspensas y congojadas con aquella novedad, trajeron la mano de la Madre y se la pusieron, y al punto que la tocó, quedó luego libre, como si nunca hubiera tenido mal ninguno.

Al mismo Monasterio se recogieron por mandato del Príncipe Cardenal (1) unas monjas flamencas, que habían pasado grandes trabajos entre herejes, y estaban allí hasta que se les diese casa propia. Entre ellas había una castellana, Catalina del Espíritu Santo, hija de

(1) Era este, Alberto de Austria, hijo del Emperador Maximiliano II, que en 1577 fué creado Cardenal, por Gregorio XIII, y en 1583, nombrado virey de Portugal por Felipe II: más tarde, enviado de Gobernador á Bélgica, como no estaba ordenado *in sacris*, renunció al cardenalato, para contraer matrimonio con Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II. Véase la obra *Vitae et res gestae Pontificum Romanorum et S. R. E. Cardinalium ab initio nascentis Ecclesiae usque ad Clementem IX*, escrita por Alfonso Chacón, O. P. y completada por el P. Agustín Oldoini S. J. Tomo IV, col. 51 y sig.

don Luis Carrillo, y sobrina del Cardenal Granvella (1), por parte de su madre, y había más de veinte años que ni un día solo había tenido libre de dolor de estómago, y así ni comía casi nada, ni la quedaba casi cosa en el estómago, y de esto daban testimonio sus compañeras, y la gran flaqueza que ella tenía. Trajéronle la mano, y pusiéronse en el estómago, y así como se le puso, dióla un dolor tan grande, que no le podía sufrir, y luego se le quitó, y quedó del todo sana sin haberla vuelto más. Y para prueba de esto, comía, delante de sus compañeras, de manjares que sabían ellas que la solían hacer grandísimo daño, y no la hacían ya ninguno.

Sale de esta santa mano siempre muy buen olor, mas no siempre de una manera, sino más y menos, y según las fiestas; y de esto hay grande experiencia; pero cuando por ella se ha de hacer algún milagro, sale con mayor fuerza y suavidad. Uno grande se ve en ella, que en llegando á ella alguna cosa olorosa, luego esta cosa pierde el olor que tenía. De esto se hizo experiencia en presencia de don Alonso Coloma (2), inquisidor de Lisboa, y de algunos caballeros de la cámara del Príncipe Cardenal. Tomaron con la punta de un cuchillo un poco de algalia, y con tener olor tan fuerte y que tanto se pega, en refregándola en la santa mano, luego quedó sin olor. La Priora, que tiene agudo entendimiento, deseó saber si venía aquello de alguna causa secreta, que se perdiese aquel olor, por llegar á cosa muerta. Informóse de un médico de su Alteza, y respondió que no, sino que antes, para que estas cosas olorosas se conserven, las ponen en los sepulcros de los muertos que más mal huelen. Dióle al médico deseo de hacer también él prueba de esto, y sacó unos guantes que traía de ámbar, muy olorosos, y metiendo la mano santa en ellos, quedaron del todo sin olor. Y otro día que volvió á visitar á una enferma, los tornó á mostrar, cómo estaban aún sin él. Esto no se puede ya probar, porque está metida dentro de una mano de plata, y no se ve sino por unos veriles, y por ellos aun sale todavía un suavísimo olor. Hay en aquella ciudad mucha devoción con ella, y pidenla muchas personas graves en sus necesidades. A dos señoras la han llevado, después de lo dicho, que estaban de parto, con gran aprieto, y luego parieron; y la una de ellas, como ella después lo certificó, sin ningunos dolores.

En la misma ciudad había un caballero que por sospechas, que el demonio le debía de haber puesto, de su mujer, estaba determinado de matarla una noche; y el día antes fué al Monasterio de las Descal-

(1) Véase en la misma obra (tomo III, col. 925 y sig.) la biografía del Cardenal Antonio Perrenot Granvella.

(2) Fué más tarde en 1599 nombrado Obispo de Barcelona y asistió al Concilio Tarraconense, celebrado en 1602; al año siguiente fué trasladado á la sede de Cartagena. Aymerich S. J. *Nomina et acta Episcop. Barcinonensium*, pp. 415-418.

zas, y vino á declarar la congoja y mal pensamiento que traía. La Priora le rogó que no fuese aquella noche á su casa, sino que se quedase en el Monasterio de los Padres Descalzos, de la misma Orden, para que le consolasen y aconsejasen en lo que había menester. Viendo la Priora que él no salía á ello, ni su ira se aplacaba, ni se le quitaba el mal deseo, saca la mano de la Madre, y pónesela sobre el corazón, y quitósele aquel mal deseo, y quedó sosegado y bueno.

En el Monasterio de las Descalzas de Sevilla, había una monja, llamada Isabel de San Jerónimo, que después llevaron á Lisboa por Superiora, y tenía una enfermedad, que la solía dar muchas veces, y poner en mucho trabajo, y á veces estaba tullida de un lado, que, si no la meneaban, no se podía revolver. Y un día de San Miguel, dióla tan recio, y con tan gran dolor, en un brazo, que en más de veinte y cuatro horas no dejó de quejarse, ni le podía menear, ni mudarse de un lado á otro en la cama, por dos ó tres días. Acertó entonces á estar allí el Provincial, que era el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián, que llevaba un dedo de la Santa Madre, y hácela poner el dedo encima, sin saber ella, ni las demás, que fuese de la Madre. En el punto que el dedo llegó á la mano de la enferma, la meneó, quedando maravillada de la ligereza con que luego sintió subir, por el brazo arriba, la virtud de aquella santa reliquia. Y así se le fué poniendo por todo el lado tullido, y quedó libre y sana hasta hoy día, que jamás le ha vuelto, y ha más de cinco años que esto pasó.

Por Medina pasó el Padre Presentado Fray Juan de las Cuevas, de quien ya otra vez he hablado, y visitó á la Priora de las Descalzas, y mostróla un pedazo de dedo que traía de la Santa Madre por reliquia. Ella le pidió licencia para mostrársele á las demás hermanas, y una de ellas, llamada Juana del Espíritu Santo, en quien ya se había hecho un milagro, como diré en el capítulo siguiente, tornando á sentir algunas reliquias de sus enfermedades, fuése al dedo con mucha fe, y del todo quedó sana.

Un Padre de los Descalzos Carmelitas fué á Alba, y tomando el brazo de la Madre en la mano, y besándole, cortó con los dientes un poquito, como una telita muy seca que estaba levantada, y púsolo en un papel; y mirándole á cabo de ocho días, halló en ello una gota de sangre muy viva, que había pasado tres dobleces del papel. Y espantado mucho de aquello, quitó aquel papel y puso otro, y salió otra gota de sangre. Esto vieron muchas personas religiosas, y está guardado para memoria del milagro.

Inés de San Alberto, monja Descalza en el convento de Caravaca, había dos años que estaba tullida en la cama, de manera que, para oír misa y comulgar, la llevaban cuatro monjas. Y en esta enfermedad tenía grande ansia por haber un poquito de carne de este santo brazo, y juntamente gran fe que por ella había de sanar. Enviáronlo

á pedir al Monasterio de Alba, y antes que llegase, pasó un Padre por allí, que traía un dedo de la misma Madre; pusiéronsele, y estuvo siete días con grandísimos dolores, y el primero con un temblor y sudor recísimo, y al cabo de estos días, habiéndosele quitado el dedo, con un poquito de carne que la enviaron de Alba, se levantó buena, y anda y sube y baja las escaleras, sin cojear poco ni mucho.

Por medio también de los pañitos teñidos de la sangre de la Madre, ha sido Nuestro Señor servido de hacer algunos milagros. Una mujer principal de Alba (á quien la Madre quería mucho, y ella tenía gran fe con sus cosas), había dos años que no oía de un oído, y traía en él gran ruido, y la cabeza también tenía mala. Púsose sobre él un pañito de estos, de la sangre, y luego oyó, y ha quedado sana y buena; y nunca se harta de contar la merced que Nuestro Señor la hizo, por su sierva.

A una monja Descalza de Alba, la dió una muy fuerte melancolía y aprieto de corazón, que la duró ocho días; y aunque algunos estaba un poco mejor, la volvía luego. Habíanla hecho hartas medicinas, y no aprovechaban, y púsose un día, uno de estos pañitos, y quedó buena.

Al licenciado Juan de Medina, vecino de Alba, estando tan malo de cólico, que estaba ya desahuciado, pusieron un pañito de éstos, y desde entonces comenzó á mejorar, y muy presto estuvo bueno del todo; y de esto como de lo demás hay hartos testigos.

El licenciado Vallejo, oidor del Consejo del duque de Alba, tenía un niño de dos años, y estaba tan al cabo, que no había esperanza de su vida, y su padre muy afligido, porque no tenía otro. Envio á llamar á Antonio de Zamora, clérigo y capellán del mismo Monasterio, para que le dijese un Evangelio y le encomendase á Dios; y fuése á una iglesia á oír misa, por no ver la muerte de su hijo, y su madre hizo otro tanto. Vino Antonio de Zamora, y pónale un pañito de la sangre sobre la cabeza, y luego el niño revivió, y echó la mano al paño, holgándose mucho con él, y daba priesa que le levantasen de la cama, y el ama tomóle en brazos, y llevóle á su padre. Pero antes de entrar en la iglesia, oyó el padre la voz de su hijo, y pensando ser de otro niño, no quiso volver la cabeza por no quedar con más lástima, viendo que no era el suyo; y entró el ama, y dióselo bueno y sano; y llevaba el pañito en la mano, que á nadie le quería dar, y lloraba mucho si se le quitaban (1). De esto hay muchos testigos en Alba, porque ha poco que pasó, y fué muy público.

A Isabel Hernández, natural de Alba, dió un dolor de costado

(1) Después de narrar Yepes, lib. IV cap. IV este milagro, añade que siendo este mismo niño de 5 años de edad, en la mañana de la fiesta del Corpus, sintióse atacado de violenta calentura, y aplicándole á la frente el mencionado pañito, curó repentinamente.

muy recio, y estando ya desahuciada, daba mucha priesa que la llevasen alguna reliquia de la Madre Teresa de Jesús; y llevaronla un pañito de sangre, y en poniéndosele sobre la cabeza, luego comenzó á mejorar; y se le quitó del todo la calentura, delante del que la puso el paño, que fué un sacerdote, y, en levantándose, vino á la iglesia á visitar el brazo de la Santa Madre. También hubo muchos testigos para esto, y fué día de los Reyes, año de 1588.

En el mismo lugar, don Alvaro de Bracamonte tenía una niña de tres años, que tenía una gran calentura y vómitos de sangre; y una noche, estando tan fatigada, que pensaba se moría ya, Antonio de Zamora, clérigo, hizo traer un pañito de la sangre, que él tenía, y delante de los padres de la niña y de hartas personas que allí se hallaron, se lo puso sobre la cabeza, y luego al punto la niña abrió los ojos, y comenzó á hablar con los que estaban allí, y se dejó de quejar, y estuvo buena, que puso á todos grande admiración. Pasó esto á ocho de marzo de 1587.

Doña Magdalena de Toledo, monja en Alba, en el Monasterio de dentro, había dos días y más que tenía una calentura muy recia, y púsose un pañito de estos al cuello, y en ese mismo punto se le quitó la calentura.

Más fresco es lo que ahora diré, porque debe de haber como un mes nada más, ó menos, que pasó, cuando esto escribo. A la hermana Ana de la Trinidad, monja Descalza de San José, de Salamanca, dió un dolor de corazón, que ella nunca había tenido, porque tiene buena salud, y apretábala tanto, que casi se desmayaba, y con él la crecía la calentura. Hiciéronla remedios y no la aprovecharon; y después pusiéronla sobre el corazón un paño de la misma sangre de la Madre, y ella rogó á la Santa Madre, que la alcanzase de Nuestro Señor, que la quitase aquel dolor, y la hinchiese el corazón todo de sí mismo. Como se le puso, de allí á un poco, dióla mucha congoja con un sudor en el mismo lugar, y antes de media hora se le quitó el dolor, y nunca más le ha sentido; y en lo interior, también sitió la misericordia del Señor, por la intercesión de su sierva. De esto tengo yo buena información, porque fui el que dijo que se le pusiesen.

A mí me aconteció esto: habiendo tenido un mes entero muy grandes dolores en los pies, que no podía casi andar, sino muy poquito, y con mucho trabajo; y no me sirviendo ya los remedios que antes me le solían aplacar, determinéme una noche, que fué víspera de los gloriosos Apóstoles san Simón y san Judas, de acudir á la reliquia de esta santa, y dejar del todo las medicinas corporales; aunque, por lo que antes había visto, entendía que me ponía á peligro de pasar una muy mala noche, dejando aquellas medicinas; y desde que me determiné hasta la hora que se escribe esto, que es á 14 de mayo de 1589 años, no tuve más dolor recio; porque cuando comen-

zaba á arreciar, llegaba allí una cajita que tenía, con un poco de carne de la Madre, y sosegábase el dolor, y he quedado tan bueno desde entonces, que no tengo dolor que me dé pena, ni me estorbe á andar cuanto he menester. También había dos días que traía un gran dolor en una pierna, y andaba buscando remedios para él, porque me daba harta pesadumbre; y llegué la misma caja, y nunca más sentí dolor ninguno. Esto fué á fines de abril del mismo año de 1589. Y de allí á quince días ó algo más, torné á sentir, en la misma parte, algún poco de dolor, y volvíme al mismo remedio, y quedé del todo bueno, y nunca más me volvió; y todo esto dura hasta cuando esto se imprime, que es á principio de julio de 1590 años.

Francisco de Cárdenas, vecino de Alba, tenía, dos años había, la cabeza abierta, é íbasele pudriendo el casco, y estaba de manera que más parecía muerto que vivo: los dolores de cabeza eran tan grandes, que de día y de noche no cesaba de quejarse. Pusiéronle un pañito, del olio que salía del brazo, sobre el casco que se le pudría. Y con esto saltóle de la cabeza un pedazo de casco, como una mano, y quitósele el dolor de la cabeza, que nunca más le vino, y comenzó á estar bueno. Y aquel humor de la cabeza bajó después á los brazos, y le causaba mucho dolor; pero fregándoselos con el mismo paño, se le quitó, y estuvo después muy bueno.

CAPÍTULO VI

De los milagros que se han hecho con hábitos y vestidos de la Madre Teresa de Jesús.

Muchos milagros se han hecho, con algunas partecitas de hábitos ó vestidos de esta santa, porque éstos se han comunicado más y por más partes. Una hermana, del Monasterio de Alba, tenía grande enfermedad del hígado y flemas saladas, y quemábasele la boca, de manera que, con tomar tragos de agua fría, de rato en rato, se sustentaba de día y de noche; y parecíala que, no sólo la boca, sino también la garganta y las entrañas, se le estaban quemando, y cuantas medicinas se hacían no eran de provecho, y duróla esto muchos días. Y un día tomó un poco de una manga de la Madre, y púsoselo sobre la garganta, y luego sintió la mejoría, y se le fué quitando del todo, y no le ha vuelto más.

La misma hermana, después tuvo muy gran mal en la cabeza, que se andaba casi cayendo de dolor, y algunas veces la quitaba el sentido. Púsose en ella otro paño, y quitósele, y hase hallado buena.

Otra hermana se dió un golpe en la boca, é hincháronsele luego la boca y las narices, y tenía gran dolor de dientes; púsose un poco de un manto de la Madre, y al punto quedó buena del todo.

Otra tenía gran mal de estómago y otros achaques, de suerte que algunos días ninguna cosa le paraba en el estómago; y la acontecía estar tres días sin comer. Tenía este mal otra cosa, que ordinariamente la daba los días de fiesta, y la quitaba las comuniones; y las dos postreras veces que la dió, pensó morir y pidió confesión. Púsose un poco de una faja de la Madre, y luego se le fué quitando, de manera que, cuando yo supe esto, habían ya pasado más de tres años, y nunca en este tiempo la había vuelto, con no se haber guardado de nada, sino antes haber hecho cosas bien contrarias.

Otra anduvo una semana con gran dolor en un pecho, y con temor que era zaratán, porque se le había hecho una dureza en él,

con unos rayos, que llegaban al brazo, y púsose un poco de manto de la Madre, y luego se le quitó todo el dolor, y no la volvió más.

Otra traía mal de ojos, y en uno de ellos particularmente, gran dolor, que á veces la parecía que se le quería saltar de la cara, y en poniéndose algo de la Madre, luego se le quitaba. Y esto la acontecía muchas veces, tanto, que algunas no se lo quería poner luego, por padecer algo, porque tenía experiencia que, en poniéndoselo, se le quitaba.

Otra, teniendo un gran dolor de cabeza y no pudiendo leer, que era hora de lección espiritual, arrimóse á un cajón en que estaban guardados los vestidos de la Madre, sin mirar en ello; y quitósele luego el dolor, y salió un olor tan grande del cajón, que entendió bien que, por haberse arrimado allí, había quedado buena.

Un clérigo de Alba, llamado Oviedo, estaba muy malo de pintas, y estando sin sentido, le trajeron una sábana en que había estado envuelto el cuerpo de la Madre; y en poniéndosela, volvió en sí, como quien despierta de un profundo sueño, y apretóle más el mal, y desde entonces fué mejorando siempre.

Doña Juana Pacheco de Mendoza, hija del conde de la Puebla de Montalván y mujer de don Alonso de Bracamonte, señor de Peñaranda, había más de un año que tenía gran mal en la garganta, que algunas veces la apretaba muy recio; y había hecho muchos remedios de sangrías y ungüentos, y jamás tuvo mejoría. Y sabiendo que en el Monasterio de Descalzas, de Mancera, tenían una camisa de la Madre Teresa de Jesús, púsose un poco de ella á la garganta, y trájola quince días; y después que se la puso, sintió mucha mejoría, de tal manera, que no siente pasión alguna de las que antes tenía. Esto se tomó por testimonio en la misma villa de Peñaranda, á 14 de marzo de 1587, ante Miguel Pérez, escribano público. Y entonces dijo esta señora, lo que aquí va dicho.

Doña Bernardina de Toledo, monja del Monasterio de dentro, en Alba, estaba con muy grandes calenturas, y púsose un jubón de estameña blanca, que había sido de la Madre, y luego la vino un ardor con que se terminó su enfermedad; y quedó desde entonces con notable mejoría, con admiración de los médicos y de todas las monjas que no la esperaban.

Doña Mayor Megía, en el mismo Monasterio, estaba tullida de ciática y gota, y muy fatigada. Pusiéronla un socrocio, y de allí á media hora, viniéronla unos grandísimos dolores; y queriendo sacar el socrocio, estaba tan pegado, que por ninguna manera era posible. Pusiéronla un escapulario de la Madre, y al punto se la aflojaron los dolores, y la dió un tan gran sudor, que la hubieron de mudar ropa; y luego la pudieron quitar el socrocio.

Estando del mal de muerte, doña Bernardina de Toledo, de quien

ahora hablábamos, dióla un sueño muy profundo, que no la podían despertar, sino á poder de garrotes y de tormentos, y cuando despertaba, estaba muy desvariada. Todas las monjas estaban con grande ansia de ver que en tal tiempo estuviese así, y así muriese. Llegó entonces doña Mayor de Megía, del mismo Monasterio, y púsola una toca de la Madre, y luego despertó, y estuvo en su juicio, y no le perdió hasta la muerte. De estas cosas que he dicho, dan buen testimonio, el día de hoy las monjas del mismo Monasterio.

A Juan de Ovalle, en Alba, le dió un dolor terrible de la gota, que le apretaba mucho; hizo á doña Juana de Ahumada, su mujer, que le trajese alguna reliquia de la Madre; y sacando el pie, para que se la pusiesen donde sentía la fuerza del dolor, comenzóle á dar un temblor en todo el cuerpo, diferente de otros temblores que suelen dar, y con esto reparó en que era poca reverencia poner aquella reliquia en el pie, y púsola al rostro. Y con este temblor estuvo un poco, y luego se le quitó él, y el dolor, y sosegó y durmió bien. Esto fué á 13 de enero de 1587 años, y contándome él á mí esto, este junio pasado de 1588, me dijo que nunca más le había venido aquel dolor.

El día de la Circuncisión, principio del año de 1586, hizo nuestro Señor por su sierva un muy manifiesto y gran milagro (1). Estaba en el Monasterio de las Descalzas, de Medina, una novicia llamada Juana del Espíritu Santo, que había casi un año y medio que estaba enferma de calenturas continuas; pero el medio año postrero tenía otros males mayores, porque estaba tullida de gota ciática, y todos los miembros impedidos, de manera que un plato que la pusiesen en las manos no le podía tener; ni menearse, si no la llevaban dos religiosas. También tenía mal de corazón muy recio, y muy ordinarios desmayos. Pedía muchas veces esta hermana, cuando la apretaban los dolores, alguna cosa de la Madre Teresa de Jesús, pero siempre se le olvidaba á la enfermera. El día de la Circuncisión dicho, á las tres de la tarde, la pusieron, en fin, un poco de una faja de la Madre; y al punto que se la pusieron, la comenzaron los dolores á apretar tan fuertemente, que ella pensó ser ya llegado el fin de su vida; y habiendo estado allí un rato, pedía que se lo quitasen, porque no podía sufrir tan recio trabajo. Respondiéndola otra hermana: Hermana, tenga fe y pruebe á levantarse (que estaba vestida, porque la habían llevado aquel día á comulgar). No hubo dicho esto, cuando la asió de la mano y la probó á levantar, y ella se tuvo en sus pies; y sintiéndose con fuerzas para andar, se bajó ella sola, por unas escaleras bien agrias, llamando á la Priora, y convidando, con lágrimas de devoción, á todas, que diesen gracias á Dios y á la santa Madre, porque ella estaba sana. Y todas estaban admiradas viendo cosa tan maravillosa,

(6) Cfr. Vandermoere S. J. *Acta S. Teresiae*, pág. 265, n.º 1157 y sig.

y pareciéndolas como que lo soñaban. Pero desde entonces quedó sin calenturas y sin desmayos, y andaba muy bien, sin ayuda de nadie. Y yo pasé por allí, como ocho meses después, y para certificarme de esto, hablé á la misma Juana del Espíritu Santo, y me dijo cómo había quedado buena de la manera que he dicho, y lo estaba entonces.

En el mismo Monasterio de Medina estaba otra novicia, llamada María de la Concepción, con unas tercianas dobles, tan peligrosas, que el médico dijo, después de haberla hecho todos los remedios que supo, que si Dios no la enviaba la salud, ella iba su camino. Purgóla con todo eso, y quedó peor; porque la calentura se le hizo continua, de manera, que se alcanzaba la una terciana á la otra, con muchas congojas. La enferma, viéndose así, pidió alguna cosa de la Madre, y pusieronla un poco de una manga que ella tenía puesta cuando murió. Al punto que se le puso, que fué cuando había de venir el frío, se le quitó tan del todo la calentura, como si no la hubiera tenido; y así el médico, que á la mañana la había dejado tan peligrosa, como á la tarde la halló buena, vió claramente el milagro, y alabó al que le había hecho, por su sierva.

En Palencia, una persona que tenía una calentura muy recia, en poniéndose una toca de la Madre, mejoró.

Otro estaba con un dolor muy grande, y con la misma toca, se le quitó luego.

En el Monasterio de las Descalzas de Palencia, con sus reliquias, se ha quitado dos veces, dolor de muelas; y un dolor de oído, bien recio, otra vez.

Una monja de la misma Orden, tenía mal de ojos y muy grande; y tan recio dolor en ellos, que no podía reposar. Púsose en ellos un poco del hábito de la santa Madre, y luego al punto se sintió buena, sin que haya tenido más semejante mal.

Otra había nueve ó diez años que padecía un muy grande dolor en una espalda y en un brazo, y el brazo tenía tan sin fuerza, que no podía hacer nada con él. Estando un día las hermanas aderezando un hábito que había traído la Madre, ella tomó una manga y púsosela aquella noche sobre el lado malo, y el día siguiente se sintió buena; y probando si podía hacer algo con el brazo, le halló con las fuerzas que solía tener cuando estaba bueno, y nunca más le volvió el mal.

Una hermana, en el Monasterio de Alba, se hincó un clavo en el pie, é hinchósele mucho: el cirujano la puso defensivo, para que la hinchazón no pasase arriba; pero en saliéndose de allí la enfermera, se los quitó, é hincándose de rodillas en la cama, con mucha fe y con harto trabajo, porque tenía gran dolor, dijo: Si yo tengo fe, ¿qué menester he de otra cura sino ésta? y púsose un paño de la Madre, y luego se le quitó toda la hinchazón, y con sólo aquél sanó. Esta

misma es aquella que había perdido el sentido de oler, y le recobró cuando murió la Madre, como ya se dijo.

Otra, en el mismo Monasterio, había tres ó cuatro días que tenía un gran dolor en una espalda, y no bastando cuantos remedios se la hacían, púsose unos cueros de la Madre, y al' punto se le quitó el dolor.

Otra hermana tenía, desde un año antes que la Madre muriese, un fuego tan grande, que la parecía tenía ceñido el cuerpo con una cinta muy ancha de hierro ardiendo, y no bastaban remedios. Después que la Madre murió, la apretaba más, y púsose un poco del manto de ella, y luego se le quitó aquel mal.

Este junio pasado de 1588 años, un hermano de la Compañía de Jesús, que vivía en Salamanca, y se llamaba Martín Gastiatigui, vizcaíno, habiendo de ir á su tierra, pidióme á mí algunas reliquias de la Madre Teresa de Jesús, y dile un poco del hábito y de la túnica, y de un paño en que había estado envuelto el brazo. Pidiéronle á él allá reliquias si las traía, en el lugar de Manaria, media legua de Durango: porque estaba allí un hombre llamado Joanes de Goitia, que había tres años que estaba cuartanario, y á la sazón estaba muy peligroso y desahuciado de los médicos. El dijo que no traía otras sino aquellas que le habían dado, y que eran de la Madre Teresa de Jesús, que se encomendasen á ella. Pusiéronselas al cuello, cuando le había de venir la calentura, y ni le vino entonces ni después; antes le dejó este hermano, cuando de allá se partió, con salud y con mucha devoción de la Santa. Como esto se supo, acudían muchas personas á este hermano para que les diese de aquellas reliquias, pidiéndoselas con lágrimas y mucha devoción; algunas más particularmente, que estaban fatigadas de tentaciones grandes del demonio para que se matasen. El se las dió, y después vinieron á él, cinco ó seis personas, agradeciéndole el bien que les había hecho, y diciendo que nunca más habían sentido aquellas tentaciones.

En Durango salió á él, en la plaza, doña María de Galarraga, mujer de un regidor de aquella villa, rogándole mucho que le diese de aquellas reliquias de aquella Santa, porque estaba su marido muy peligroso y desahuciado de los médicos; y decía que pues habían dado tanta salud á otros, también la darían á su marido. Dijo este hermano que no le había quedado sino un poco del hábito, y que lo quisiera para sí. Ella se lo pidió con muchas lágrimas, y en fin, se lo dió. De allí á treinta días volvió el hermano por Durango, y salió la misma á él, en la calle delante de mucha gente, dando voces y diciendo, que por aquellas reliquias había sanado su marido; y que otro día después que se las puso, comenzó á comer y á hablar y estar mejor, de manera que los médicos se espantaron de ello, y á cabo de cuatro ó cinco días estuvo sano del todo; y el hermano le vió muy bueno y

muy sano. Todas estas personas decían, que oían mucho aquellas reliquias, y han quedado en aquella tierra con mucho deseo de tenerlas. Y el mismo hermano Martín Gastiatigui, por la instancia que de allá le hacen por ellas, me dejó un paño, para que esté envuelto en él, unos pocos días, el brazo de la santa, y se le envíe á Vizcaya. Esto hace él con cuidado, porque en sí mismo ha visto también de cuánto valor sean estas reliquias; porque después de todo esto, teniendo gran dolor en una quijada, hasta el ojo, acordóse que tenía tantico de una túnica de la Madre, que le habían dado en Burgos, y púsoselo, y luego se le quitó el dolor. Todo esto me contó él, en viniendo de su tierra, de la manera que aquí lo he yo escrito.

Un regidor de Palencia estaba muy malo de dolor de ijada, y habiéndole hecho el médico grandes remedios, sin que nada le aprovechasen, pidió un poco de un hábito de la Madre, que le habían en el Monasterio de las Descalzas, y en poniéndoselo, al punto se le quitó.

Una hermana, en Alba, tenía un fuerte dolor de muelas, y púsose un pañito de la Madre, y no se le quitó; y como no sosegaba, dijo: Nuestra Madre debe de querer que yo padezca, y quitóse el paño; y luego dió un estallido la muela, que sonó y quitósele el dolor.

En la misma villa una mujer, casada con Pedro Rodríguez de San Jorge, había estado tres días de parto y no podía acabar de parir, aunque la habían hecho todos los remedios que habían podido, y llevádola reliquias. Después de esto, fué su marido al Monasterio de las Descalzas á pedir un pañito de la Madre, y en poniéndoselo, parió luego, quedando buena la mujer y la criatura del todo.

En la villa de Piedrahita, María López, mujer de Alonso López, estaba, mucho había, mala de un pecho, que se le encanceraba y hacía otra postema en la espalda: temían mucho no llegase el cáncer á la espalda, y ninguno, de muchos remedios que se habían hecho, había sido de provecho, hasta que se puso un pañito de una faja de la Madre, que la habían dado en Alba, y luego quedó sana.

Otra, en la misma villa, estaba á punto de morir de parto, porque había echado una criatura y habíale quedado otra, y con cuanto se hacía, no era posible echarla. Pusiéronla el mismo pañito de la faja, con que la otra había sanado, que era su parienta, y al punto echó la criatura y quedó buena.

En las Navas, tierra de Peñaranda, una mujer, casada con Francisco Blázquez, había casi año y medio que tenía tullidas las manos; de manera, que no podía comer sino con mano ajena. Vino á tener una novena, al sepulcro de la Santa; y quedó tan buena, que hace cuanto ha menester con sus manos, y cuenta á todos este milagro.

En Salamanca, el año pasado de 1587, Ana de Matanza, mujer devota y de crédito, estaba tan mala de una pierna, que no se podía menear, ni pensaba ya poder oír misa, si no buscaba cómo la llevasen

á la iglesia; y en poniéndose en ella unos pañitos de la Madre, que la habían dado sus monjas, luego se la quitó aquel dolor y enfermedad, y nunca más la ha vuelto; antes, con ser mujer de edad, anda, sana y recia. Después dió estas mismas reliquias á doña María de Salaya, que había muchos días que tenía un gran dolor en un lado, y poniéndoselas quedó sana.

Las mismas dió al licenciado Guillén, colegial del colegio de San Millán en la misma ciudad, que había tenido una muy peligrosa enfermedad, y de ella le habían quedado muchos dolores en el cuerpo, particularmente en la cabeza y brazos y piernas: en poniéndose estas reliquias, luego quedó sano; y en señal de agradecimiento, fué con mucha devoción á Alba, á visitar el santo brazo.

En Cayo, cerca de Santiago de Galicia, este año de 1588, vinieron á una mujer dolores de parto, y tenía un niño bien grande, muerto en el cuerpo, días había. Envióla entonces doña Beatriz Bermúdez de Castro (porque era, ésta mujer, su vasalla) un poco de unas reliquias de la Madre; y en poniéndoselas sobre el vientre, dentro de media hora echó la criatura, que fué cosa de gran maravilla echarla, por estar muerta.

Una criada de doña Luisa de la Cerda, teniendo un recio dolor de muelas, pidió á su señora una cofia que tenía, de la Madre Teresa de Jesús, y púsosela; pero crecióle tanto el dolor, que se la quitó. Y tornando otro día á fatigarla el dolor, tornóse á poner la cofia con más fe, y á la hora, se le quitó el dolor y no la volvió más.

Juan de Tapia, alguacil mayor de Alba, de un gran catarro, que le duró mucho tiempo, perdió el sentido del olor, y había casi dos años que no olía cosa ninguna, buena ni mala. Pusiéronle sobre la cabeza un pañito que había tocado al brazo de la Madre, y á cabo de cuatro días que le traía, llegándole á las narices un poco de tomillo y de póleo, lo olió muy bien, maravillándose mucho los de su casa; y después acá, huele cualquiera cosa.

Una moza de Naharros del Castillo, dos leguas de Peñaranda, que se llama Isabel Martínez, hija de Bartolomé Martínez, tenía una buena calentura, y una mujer del mismo lugar, tenía un pañito de estos, que la había dado una hija suya, religiosa de la misma Orden; lavóle y dió á beber á la enferma el agua en que le lavó, y luego se la quitó la calentura, y el día siguiente salió al campo á trabajar.

Pudiera contar cosas menudas y de lo que á mí me ha acontecido, pero déjolas porque no parezca que de todo quiero hacer milagro. Concluiré este capítulo con una cosa que yo supe del mismo á quien aconteció; y de él lo supieron otras personas hartas, porque gustaba de contarlo. Un Prior de los Descalzos Carmelitas puso, entre otras reliquias de santos que traía consigo, unas de la Madre Teresa de Jesús. Y un día, vistiéndose para decir misa, vínole gran escrúpulo

de haberlas puesto entre las otras, no siendo de santa que fuese cano-
nizada; y estando con alguna inclinación de quitarlas, viniéronle con
cierto recado, y con esto olvidóse de aquello. Después, en la misa,
tornóle á apretar tan fuertemente el escrúpulo, que no quisiera sino
sacarlas luego y echarlas por ahí. En esto siente dentro de su ánima
una gran reprensión, por una parte blanda, por otra áspera, que le
parece que le decían palabras muy ásperas, llamándole desconocido,
y que no merecía traer aquello consigo; y con esta, le vino una gran
ternura con muchas lágrimas, y una estima tan grande de las reliquias
y de la santa, que quisiera abrirse el corazón y meterla allá dentro.
Quedó de aquí tan devoto de la santa Madre, que todo era hablar de
su santidad, y hacer grande inquisición de los milagros que había
hecho: juntó muchos, y á mí me los mostró con grande afecto y
devoción.

Acabado había este capítulo, y estándose este libro imprimiendo,
á cuatro de mayo de 1590, aconteció lo que diré, que por haber sido
cosa maravillosa, y estar yo muy cierto de ella, y ser la más fresca
de todas las que en este libro van, no la quise dejar. Había dado, en
este Monasterio de Salamanca, un muy recio dolor de costado á la
hermana Ana de la Trinidad, de quien muchas veces he hablado; y
habiendo después mejorado algo, se volvió á poner tan mala que el
médico la mandó tornar á sangrar, para comenzar la cura de nuevo.
Fueron á buscar al barbero, y no le hallaron; y ella, entretanto,
púsose sobre la cabeza una media camisita, que la madre tenía vestida
cuando le dieron la Extremaunción: luego la vino un gran sudor, y
como él iba creciendo, se iba disminuyendo el dolor, y vino el médico
y la halló sin calentura; y desde entonces quedó sana, que al médico
y á todos, causó grande admiración.

CAPÍTULO VII

De algunos milagros que Nuestro Señor ha hecho con el retrato de la Madre Teresa de Jesús, y de otro de una carta suya

Hernando de Trejo, natural de Sevilla, siervo de Dios, y que siempre se ejercitaba en obras de virtud, era por esto muy perseguido de los demonios, hasta aparecérselle algunas veces visiblemente. Y estando una vez muy atormentado, porque había muchos días que lo molestaban y no le dejaban sosegar, fué á tomar una estampa, que tenía la imagen de Nuestra Señora la Virgen María, para mostrarla á los demonios, esperando que con eso huirían; y por yerro, tomó una estampa de la Madre Teresa de Jesús, y, sin ver lo que era, púsola contra los demonios que, con voces que daban, le atormentaban. En mostrándoles la imagen, luego al punto fué grande la priesa con que huyeron, dando aullidos, como si con una gran fuerza los echaran de allí, y él quedó libre de las molestias exteriores y de las congojas interiores que tenía; y cuenta á todos esta maravilla, con mucho agradecimiento y devoción. Quedó de allí tan devoto de la santa Madre, que no andará jamás sin traer al cuello su imagen; y en teniendo algún mal su mujer ó hijos, luego se la pone, y tiene gran fe que han de sanar.

Una monja Descalza estaba con muy grande aflicción, que había muchos días que la tenía, y no hallaba remedio ni sabía qué se hacer; y viéndose una noche tan apretada por todas partes, tomó un retrato de la Madre para consolarse algo, y estúvole mirando y regalándose con él, como si estuviera con ella misma. Estando así, la pareció que veía en lo interior de su alma los ojos de la Madre, llenos de Dios, que con una amonestación llena de caridad, la persuadía que se rindiese á padecer aquella tribulación por el amor de Dios, pues el premio que la estaba esperando era tal, que nadie le podía pensar. Estas cosas obraron en ella de tal manera, que la deshicieron las tinieblas

que tenía en su alma, y se la dejaron tan sosegada y gozosa, que se echó bien de ver ser merced sobrenatural, venida por la intercesión de la santa Madre.

Un sacerdote de Palencia, muy siervo de Dios, que había conocido á la santa Madre, estuvo unos días con una aflicción tan grande de espíritu, que en tres días no le dejó decir misa; y encomendóse á ella, y estando rezando las horas, se le apareció y le dijo: «Bien vas, hijo, persevera así.» El se echó á sus pies, y la pidió la bendición; y ella dijo: «La de Dios.» Y dióle una estampa de su retrato, y luego desapareció. Con esto quedó él tan bueno, que pudo luego decir misa, y guardó con mucha reverencia el retrato, y tiénele hoy día, y cuenta lo que está dicho.

Un religioso (como yo se lo he oído afirmar algunas veces), habiendo de predicar, y no topando cosa que le contentase, andábase, la noche antes, paseando cabe un retrato de la Madre Teresa de Jesús; y llegando muy junto á él, vino en un punto una muy buena y provechosa consideración sobre aquel Evangelio, con que entendió muchas cosas de otros, y tuvo bien qué decir en el sermón, y bien á provecho de los oyentes. Era cosa que jamás había leído, ni oído ni venido á su imaginación; y vino tan de presto, que vió claramente ser cosa dada, y no pensada ni fabricada por su entendimiento; y siempre que este religioso pensaba en ella, la estimaba en mucho, y entendía bien que le había venido por la Madre.

Bien podremos juntar con estas cosas otra que, aunque no es de imagen, es de una carta de la Madre; y porque la persona á quien aconteció, es sierva de Dios y de mucho crédito, y tengo, á la hora que esto escribo, en mi poder, una carta que ella escribió sobre eso á la Priora de las Descalzas, de Palencia; podrá contar enteramente, y es muy cierta. Llámase doña Genoveva de Toledo, y es monja de santa Clara en la misma ciudad. Andaba esta sierva de Dios muy fatigada de dolor de estómago, y parecióla que sería bueno sacar una carta, que la había á ella escrito la Madre Teresa de Jesús, y traerla en el pecho. Sacóla, y tenía un extraño olor, de que ella se espantó mucho porque donde la tenía, no había cosa que oliese; y trafala consigo: á cabo de dos ó tres días, en levantándose, leyóla, para ponerla en una bolsa con otras reliquias, y no quitarla de sí mientras viviese. Yéndola leyendo, topó con cierta cosa que ella no quería que supiese nadie después de su muerte, y comenzó á borrar una parte del renglón, donde aquello estaba. En comenzando á borrar, dióla un poco de temor allá dentro, y púsose á pensar si hacía mal en aquello. Y asegurándose, con la buena intención con que lo hacía, y juzgando que no tenía por qué dejarlo, pasó adelante, y borró otra parte: crecióla aquel temor, y siguióse otra cosa maravillosa, que aquel olor que hasta entonces sentía en la carta, nunca más le sintió. Vino después

á visitarla un Padre de la Orden de san Francisco, y estando hablando con ella de cosas de la Madre, dijola: «V. m. no negará que trae alguna reliquia de la Madre Teresa de Jesús, que acá me da el olor de ella, y es el mismo que tienen todas sus cosas.» La monja dijo que traía una carta suya, y sacóla así cogida, y olióla, y no olía nada. Entonces cayó en la cuenta, que por el atrevimiento que había tenido, en borrar aquellas pocas letras de la carta, la había Dios privado de sentir el olor de ella, que otros sentían. Y viólo más claro, porque de allí á un rato dijo el mismo Padre que era cosa maravillosa el olor que salía de aquella carta, y otras personas también le sentían, pero ella no.

CAPÍTULO VIII

De milagros que ha hecho Nuestro Señor en personas que se encomendaron á la Madre Teresa de Jesús

De estos milagros hechos en los que se encomendaban á la santa Madre, creo yo que hay muchos, si yo los supiera todos; pero diré algunos que sé. La hermana Ana de San Bartolomé (que dije había sanado la Madre, cuando vivía acá, de dolores de muelas y otros males), estando el santo cuerpo en Avila, se halló una vez tan mala, y tenía el cuerpo tan cansado y tan pesado, que no le podía menear ni hacer cosa, y tenía mucho que hacer. Con esto fuese al santo cuerpo, y estúvose allí un rato encomendando á la Madre, diciéndola que le ayudase y se viniese con ella, porque ella no podría hacer nada. Luego se sintió buena y con gran ligereza, y fuese á los oficios que tenía, que eran hartos, y por donde quiera que iba traía consigo el olor de la Madre, como si allí delante la tuviera; y hallábase con tantas fuerzas y aliento, que la parecía trabajara más que cuatro hombres; y en comenzando á hacer la cosa, la parecía que se hallaba hecha como quería, ó como que otra lo hacía.

Cuando volvieron el cuerpo de la Madre, de Avila á Alba, pasáronle por el Monasterio de Descalzos de Mancera, donde estuvo una noche. Estaba entonces en el mismo Monasterio Fray Antonio de Santa María en la cama, con tercianas dobles; y el Padre Prior, Fray Nicolás de San Cirilo, por consolarle, hizo que se levantara, y viniese á acompañar el santo cuerpo. El lo hizo con mucho consuelo, y estando con él, dando gracias á Nuestro Señor, por aquellas maravillas que en la santa Madre había hecho; sintió un olor muy suave y particular, que le levantó el espíritu, para bendecir más á Dios. Habíale de venir la terciana menor, aquella tarde al anochecer, y nunca le vino, aunque estuvo allí hasta la media noche. Entonces el Prior le mandó subir á la celda, porque no le hiciese daño tanto velar, y en

ella tornó á sentir el mismo olor un rato, y después tercera vez lo sintió, y duró mucho. Era este olor el mismo que había sentido en Alba, estando junto á su sepulcro. A la mañana, cuando le sacaron para llevarle, se despidió de él con lágrimas, encomendándose á la Madre, y rogándola que le suplicase á Nuestro Señor que no le quitase las enfermedades que tenía, sino que las recibiese y le acompañase en ellas; y ese mismo día le faltó la terciana, y nunca más le volvieron.

A un regidor de Palencia se le iba una cuba de vino, de suerte que parecía imposible humanamente remediarse. El la encomendó á la Santa Madre, y prometió de enviar limosna á su Monasterio. Al punto cesó de irse, sin tocar á ella, y la pudieron vender. Y él después envió la limosna y contó lo que había pasado.

Bien tengo yo que contar de mí, fuera de lo que arriba dije; porque me ha hecho Nuestro Señor muchas mercedes, por la intercesión de esta santa; pero cállolas, porque, aunque á mí me parecen cosas milagrosas, puede ser no aparezcan así á todos, y piensen que quiero multiplicar milagros sin causa.

A una hermana del Monasterio de Alba, se le atravesó una espina de un pez: hiciéronla todos los remedios que pudieron, pero sin provecho, porque no se le veía; antes decía que la tenía muy metida adentro. Ella, viendo el peligro en que estaba, fuese al lugar donde el santo cuerpo había estado depositado, porque él estaba entonces en Avila, é hincóse de rodillas, encomendóse á la Madre; y echó la mano, y sacó con facilidad la espina, lo cual antes había procurado harto y no había podido, y quedó buena.

Con esto daré ya fin á esta historia, aunque de milagros entiendo que habrá más que escribir, después que haya salido, así por no haber yo podido saber todos los que se han hecho, aunque he puesto en ello todo el cuidado posible, como porque veo que Nuestro Señor ha tomado la mano para honrar á esta Santa y darla á conocer á todos, desde que murió; y cada día va haciendo muchas maravillas, porque debe de querer que sea presto canonizada, para que sea más conocida y honrada, y más almas sean por ella aprovechadas. Aunque á mi parecer, entretanto que la Iglesia la canoniza, la tiene Dios en alguna manera canonizada, con el milagro que se ve en su cuerpo, cuando otro ninguno hubiera. Así que, ninguno habrá tan ignorante que me tenga á mal, decir yo lo que he dicho aquí muchas veces: *La santa Madre, la santa, el santo cuerpo*, y cosas de esta manera; pues que, los santos Padres y Doctores de la Iglesia, de esta manera hablan, aun de los que estaban vivos; y no ellos solamente, sino San Pablo y los otros Apóstoles.

Y si alguno por ventura en esto reparase, ó en otra cosa alguna semejante (aunque en esto antes he sido corto que largo), quíerole

poner aquí unas palabras de San Antonino, Arzobispo de Florencia, que en la tercera parte de su *Suma Historial*, en el título XXIII y capítulo XIV, luego al principio, dice así: «En cuanto á nosotros, que andamos rodeados de tinieblas, se permite juzgar de los santos, por lo que entendemos y presumimos de sus obras, pienso que nadie tiene duda, sino que muchos de los bienaventurados, hombres y mujeres, que no han sido canonizados por la Iglesia, ni aun nombrados, no han sido de menor merecimiento ni tienen menos gloria, que muchos que están canonizados. Porque el canonizarlos, no pone en ellos más merecimiento ni más gloria esencial, ni determina el grado de santidad; sino aquella honra temporal y aquella gloria, para que de allí adelante pueda celebrarse su oficio solemnemente, y se les pueda hacer fiesta, lo que sin eso no se debe hacer.» Todas estas son palabras del glorioso Antonino, y con estas acabo, Señor, Dios mío, que haces los santos y los coronas, la historia que me puse á escribir de tu sierva fiel, para que conozca el mundo los tesoros que en ella pusiste, y te alaben todos sin fin.

Y pues, Tú eres el principio y fin de toda santidad, Salvador del mundo y Señor nuestro, y estas olorosas y hermosas flores que han nacido y nacen en tu Iglesia santa, no fueran rosas, sino espinas y abrojos, á no ser regadas con tu preciosísima sangre; alabado seas Tú eternamente en tus santos, obras perfectísimas de tus dedos. Plegue á tu eterna bondad que este pequeñuelo don que te ofrezco, suba con olor suave delante de tu acatamiento, y el haber yo, indigno y miserable pecador, hablado de tanta santidad, no sea para que de nuevo te tornes á acordar de mis pecados, por ser mis obras tan diferentes de las que he contado, sino para que, por la intercesión suya, se me perdonen, y pongas en mis entrañas un corazón nuevo y un espíritu nuevo, para que me parezca mucho á la que Tú amas, y yo amo. Y si no es esto atrevimiento, hablaré á mi Señor, aunque soy polvo y ceniza, y suplicaréle que todos los que por devoción de su sierva, vinieren á leer esta historia fiel y verdadera, aunque mal escrita, saquen de ella, por tu misericordia, vivos deseos de alabarte siempre por las grandezas que obras, y de imitar estas tan soberanas virtudes, y servirte de todo su corazón. Las obras, Señor, de que se maravillan, dones tuyos son; la verdad, de donde quiera que salga, tuya es. Estas obras, poderosas son para mover á la verdad; mucha fuerza la sueles Tú dar con que obre: librame, Señor de este miedo, que es sólo el que puedo tener, que no pierda su eficacia, por haber yo sido el instrumento de esta escritura.

Y tú, Madre mía santa, por cuya gloria y memoria he trabajado, aunque no merecía contar tus loores, bien sabes cuán de buena gana lo he hecho, y lo que tú has hecho para que se hiciese. Mal dije, he trabajado, porque no he sentido trabajo, antes me ha sido alivio y

contentamiento haber escrito esto, aunque en tiempo bien ocupado. Deseado he que no se pierda la memoria de tus gloriosas obras, y para esto he hecho todas las diligencias que me ha sido posible, para que seas siempre conocida y alabada é imitada; y, en ti y por ti, sea alabado este gran Señor, que tan maravillosa te hizo. Perdona la cortedad de mi ingenio y la pobreza de mis palabras, pues la voluntad de servirte, sabes no ha sido nada corta, ni pobre. Y pues el Señor en esta vida me hizo tanto bien, que yo te conociese, y tú me quisieses bien, y tomases cuidado de encomendarme á su Majestad; alcánzame de él lo que he suplicado, y nunca te descuides de este miserable hijo tuyo, que tan entrañablemente te ama, hasta que, por tus merecimientos, llegue á la bienaventurada vista de nuestro Criador y Señor, donde, contigo y con todos los santos, le goce y le alabe para siempre jamás. Amén.

GLORIA Á LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1590

APÉNDICES
Á LA
VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS
ESCRITA POR EL
P. Francisco de Ribera, S. J.

APÉNDICES

1.º

Beatificación y canonización de Santa Teresa de Jesús Su Patronato sobre España

I

Beatificación y canonización de Santa Teresa de Jesús

Habían transcurrido doce años desde la muerte de Santa Teresa, y la fama de su santidad se había divulgado por todas partes, con los frecuentes y estupendos milagros que Dios se dignaba obrar por su intercesión; con lo cual iba acrecentándose de día en día el amor y veneración de los fieles á la Santa Madre.

Por esta causa, el Obispo de Salamanca, D. Jerónimo Manrique, fué en 1591 á Alba de Tormes, villa de su obispado, y tomó testimonio de la incorrupción del Santo cuerpo é hizo una información de la vida, costumbres y milagros de Santa Teresa de Jesús, en Alba y Salamanca, hallándose él presente á todos los dichos de los testigos, y sacó en limpio una información gravísima, autorizada con el testimonio de las personas más eminentes en virtud y letras de toda España, por ser la mayor parte de ellas maestros de la Universidad de Salamanca, que tenían perfecta noticia de la admirable santidad de la Madre Teresa de Jesús.

Como lejos de cesar, se multiplicaban más y más las obras mara-

villosas que el Señor obraba por intercesión de la Santa, á ruegos del Rey D. Felipe II, el Nuncio de Su Santidad en Madrid, D. Camilo Gayetano, mandó que se instruyera en toda España el proceso canónico llamado *compulsorial*, comisionando para ello á las personas más graves y sensatas de los lugares y poblaciones donde había morado la Santa, ó hubiera noticia de ella.

En Madrid hizo la información el Dr. Mármol Zapata; en Valladolid el Dr. Sobrino, Catedrático de prima Teología, canónigo de aquella iglesia y consultor del santo oficio; en Zaragoza el Dr. Gabriel Sora, canónigo de aquella iglesia y consultor de la santa inquisición; en Ávila el Dr. Pablo Tablares, arcedian de la misma iglesia de Ávila; en Toledo el Dr. Armunia, capellán de la Capilla de los Reyes; en Palencia el Dr. Castillo, canónigo de aquella iglesia; en Salamanca, además de la que hizo el Obispo, hizo otra el Maestro Curiel, catedrático de vísperas; en Sevilla el Dr. Juan Hurtado, canónigo de aquella iglesia; en Valencia el Dr. Alonso de Avalos, visitador de aquel arzobispado; en Segovia el Dr. Luis Cabeza de Villegas, canónigo de la catedral; en Medina del Campo el Dr. Bernardo Vélez, canónigo de aquella iglesia; en Huelva el Lic. Rodrigo del Castillo, vicario de aquel arciprestazgo; en Piedrahita, el arcipreste Pedro Rengifo; en Villanueva de la Jara, el Lic. Pedro de Vilches; en Malagón el Lic. Fray Bernardo González, de la Orden de San Juan; en Cuerva el Dr. Alonso de Alcocer.

Reunidas y ordenadas estas 16 informaciones, mandáronse en 1597 al Romano Pontífice Clemente VIII, acompañadas de cartas comendaticias de Felipe II, en las cuales con gran encarecimiento pedía á S. S. la canonización de nuestra Santa. Lo mismo le suplicaban la Emperatriz María, hija de Carlos V, y toda la Congregación de las iglesias de España, y el Reino todo reunido en Cortes.

En 1602 volvieron á escribir con gran instancia sus Majestades, el Rey Felipe III, y la Reina D.^a Margarita, la Congregación de las iglesias, el Concilio Provincial de Tarragona, casi todos los Arzobispos y Obispos de España, y los Reinos de Aragón, Valencia y Cataluña; finalmente hizo de nuevo grande instancia al Sumo Pontífice, en nombre de Felipe III, el Marqués de Villena, embajador de España y muy devoto de la Santa Madre. Mandó Su Santidad reunir la Congregación de los Cardenales, como la gravedad del caso pedía, y dió sus remisoriales el año 1604, cometidas al Sr. D. Lorenzo de Otayud y Avendaño, Obispo de Avila, y al Sr. D. Luis de Córdoba, Obispo de Salamanca, para que hiciesen las informaciones *in genere*, acerca de la fama de santidad y milagros de la Bienaventurada Madre Teresa de Jesús. Terminadas éstas en 1607, el Papa Paulo V, ordenó que se procediera á las informaciones *in specie* sobre las virtudes y milagros de la misma Santa.

Fué confiada la formación de este proceso llamado *remisorial*, al Cardenal de Rojas, Arzobispo de Toledo y á los Obispos de Avila y Salamanca. Más de 500 testigos desfilaron en aquel celebrísimo proceso, contándose entre ellos varios Arzobispos y Obispos, Doctores de las más célebres Universidades de España, Magistrados y grandes del Reino, miembros de diversas órdenes religiosas y numerosos hijos é hijas de la ilustre Reformadora del Carmelo. Nada más hermoso y espléndido que este monumento elevado en honor de la humilde esposa de Jesucristo por aquellos centenares de testigos, los más competentes y veraces que pudieran desearse. Fueron todos ellos pesados con la más escrupulosa consideración por las Sagradas Congregaciones de Ritos y de la Rota Romana, y el 24 de Abril de 1614 el Sumo Pontífice Paulo V, expidió el tan suspirado Breve de Beatificación, que fué recibido con extraordinarias muestras de alegría, no sólo por los hijos é hijas de la Mística Doctora, sino por España entera.

No quedaron ciertamente colmadas aún las aspiraciones del pueblo español, sino que con nuevas y reiteradas instancias acudió á la Santa Sede para que decretara la Canonización de la que era unánimemente aclamada ya la *Santa Madre*. Paulo V, accediendo benigneamente á tantas y tan reiteradas súplicas, remitió el asunto á la Sagrada Congregación de Ritos. Esta comisionó al Emmo. Cardenal de Rojas, Arzobispo de Toledo, y á los Obispos de Avila y Salamanca, para que incoaran el proceso en orden á la canonización. Una vez terminadó y aprobado por los tres auditores del Sacro Palacio, ordenó el mismo Paulo V que fuera revisado nuevamente por la Sagrada Congregación de Ritos.

Sobrevino, al entretanto, la inesperada muerte de Paulo V, acaecida el 28 de Febrero de 1621; y apenas fué elevado al Solio Pontificio, su sucesor Gregorio XV, reiteraron con él sus ardientes súplicas el Emperador Fernando II, los Reyes de España, Francia y Polonia, el Archiduque de Bélgica, el Duque de Baviera y muchos otros príncipes y grandes de España. Mandó entonces el Soberano Pontífice á la Sagrada Congregación de Ritos, que terminara cuanto antes el asunto que le había encargado su antecesor, como en efecto lo hizo.

Gestionaba á la sazón la Corte de España, la canonización de San Isidro Labrador, y á instancia del ayuntamiento de Madrid, el embajador español cerca de la Santa Sede mostraba especial empeño en que fuese esta causa terminada por separado y preferida á todas las demás; pero Gregorio XV no quiso acceder á esta exigencia y singularidad, sino que acordó celebrar simultáneamente la canonización de otros cuatro grandes Santos, tres de ellos también españoles.

Al efecto el día 12 de Marzo de 1622 inscribió solemnemente en el catálogo de las Santas Virgenes á la Seráfica Madre Teresa de Jesús, y al mismo tiempo decretó los honores de la Santidad para los Beatos Isidro Labrador, Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Felipe Neri, con el ceremonial sublime y espléndido que en tales casos usa la Iglesia Católica.

He aquí el decreto que de orden de Su Santidad, fué leído por uno de los Prelados asistentes en el acto de la canonización de los cinco mencionados Santos. «A honra de la santa é individua Trinidad y exaltación de la Fe Católica y aumento de la Religión cristiana, con la autoridad del mismo Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de los Santos apóstoles Pedro y Pablo y nuestra; habiendo tomado consejo de nuestros hermanos, determinamos y definimos que los sujetos de buena memoria, Isidro Labrador, Patrón de Madrid; Ignacio de Loyola, del lugar de Vizcaino, Azpeitia, fundador de la Compañía; Francisco Javier de la misma Compañía de Jesús; *Teresa de Jesús y Ahumada*, natural de Avila, fundadora de la Orden de Carmelitas Descalzas; y Felipe Neri, florentino, fundador de la Congregación del Oratorio, son santos dignos de ser escritos en el catálogo de los santos, y como á tales los escribimos en dicho catálogo; determinando, que todos los años, el día del tránsito de Isidro, Ignacio, Francisco y Felipe, como á confesores, no pontífices; y en el de *Teresa*, como á solamente virgen, celebre la universal Iglesia sus oficios devota y solemnemente. Y sobre esto, valiéndonos de la misma autoridad, á todos los que verdaderamente penitentes y confesados visitaren devotamente los sepulcros de los dichos cualesquiera años, en los días de sus festividades, concedemos un año y cuarenta días de indulgencias; y á los que hicieren esta diligencia en las octavas de sus fiestas, concedemos cuarenta días.»

Al acabar de leer esto, dice una relación contemporánea de aquel grandioso acontecimiento, regocijándose todo el concurso y sonando los instrumentos músicos, todo era dar voces de alegría y hacer reverencia á los nuevos santos. Sin detención alguna hicieron fuera de la iglesia señal las chirimías, las campanas y muchísimas trompetas. Entonces también los soldados suizos, de que se formaba la guardia de Su Santidad, hicieron salva con repetidos disparos, principalmente en el castillo de San Angelo, se dispararon muchas piezas de artillería en señal de la canonización de los cinco santos. También se oía por toda la ciudad el sonido alegre de las campanas. Y de todo resultaba excitarse mucho los corazones de cuantos fieles había, á alabar y bendecir á Dios en sus santos. Luego que empezó esta alborozada armonía, entonó Su Santidad el *Te Deum laudamus*, que, proseguido y finalizado por las suavísimas voces de la

capilla, el señor Cardenal, que hacía el oficio de Diácono, entonó este versículo: «*Orad por nosotros, Santos Isidro, Ignacio, Francisco, Teresa, Felipe*». Y respondió el coro: «*Para que seamos dignos de las promesas de Cristo*». Concluido el verso, dijo el Sumo Pontífice la oración propia de los cinco Santos. Después, el Cardenal Diácono dijo la confesión, y en los lugares que les tocaba, nombró á los Santos nuevos diciendo: *Atque beato Isidoro, Ignatio, Francisco, Theresiae, Philippo, et omnibus Sanctis, etc.*

Hecho esto, comenzó Su Santidad la *Tertia*; y mientras la proseguía el coro, fué revistiéndose con las ceremonias acostumbradas, para celebrar la misa solemne. Esta fué de San Gregorio, Doctor de la Iglesia, con la segunda oración propia de los cinco Santos. Fué prosiguiendo hasta el ofertorio, y entonces sentóse el Pontífice: unos señores Cardenales, que estaban prevenidos para la función, fueron tomando sus ofrendas y presentándoselas á Su Santidad, observando la atención de besar primero el don aquél que le ofrecía, y al darle, besar la mano y las rodillas de Su Beatitud. Los dones fueron como ahora diremos, y verdaderamente misteriosos y merecedores de toda reflexión. Diez cirios grandes, muy hermosamente dispuestos y adornados, así con los escudos de los Santos, como con los del Papa y Rey Católico. De calidad que un par de ellos se ofrecía por cada uno de los Santos; cinco canastillos dorados, y en cada uno dos blancas tórtolas cubiertas con unas redecillas de seda: en nombre de cada Santo, cada canastillo. Diez grandes panes, los cinco plateados, y dorados los otros cinco; de calidad, que un pan de esta diferencia se ofreció en honor de cada Santo. Otros cinco canastillos plateados que, cubiertos con sus redes de seda, guardaban un par de palomas blancas cada uno, dedicándose en la misma conformidad. Diez pipas de madera llenas de vino, plateadas las cinco, y las restantes doradas, que se presentaron con el orden que los panes. Otras cinco cestillas muy pintadas y adornadas de plata y oro, que debajo de redecillas de seda aprisionaban grande acopio de pajarillos. En recibiendo los Su Santidad les dió libertad, y, volando á lo superior del templo, alborozaron á los presentes.

Los señores Cardenales, por cuyas manos pasaron estas ofrendas, fueron los que se siguen: conviene á saber, por San Isidro, ofreció los dos cirios el señor cardenal del Monte; el cardenal Madrucio, las dos pipas de vino. Por San Ignacio ofrecieron los correspondientes dones los cardenales Millino, Lenio y Cresencio. Por San Francisco Javier, los cardenales Muto, Sabellio y Valerio. Por *Santa Teresa*, los cardenales Zollorems, Gherardo y Scaglia. Y por San Felipe, los cardenales Pignatelli, Serato y Gozadino. Asistentes para las ceremonias, fueron: el cardenal del Monte, Obispo Portuense, Buoncompagno y Aldobrandino. Los abogados que asistieron con la incumben-

cia de cuidar de la función, fueron: por San Isidoro, el abogado Cafarella. Por los Santos Ignacio y Francisco, el reverendísimo señor Zambecario. Por *Santa Teresa*, el abogado Millino; y por San Felipe, el abogado Spada. Maestros de ceremonias, fueron: el señor Paulo y señor Juan Bautista Alaleoni, señor Carlos Antonio Vicario y señor Pedro Ciammarucano. Concluido el ofertorio, se prosiguió la misa con las acostumbradas ceremonias y, habiéndose terminado, nuestro Santísimo Señor echó la bendición; y después de publicar indulgencia, precediendo los señores Cardenales, fué llevado en su silla y restituido festivamente á su palacio (1).

II

Patronato de Santa Teresa sobre España

Pocos meses después de la beatificación de la seráfica doctora, á 7 de Octubre de 1614, el ayuntamiento de Alba de Tormes, juntamente con el clero y pueblo de la misma villa, hicieron voto de guardar su fiesta y de tomarla por especial patrona: confirmaron este voto con juramento, hecho ante el Ilmo. Sr. D. Luis Fernández de Córdoba, que había ido allí para venerar el sepulcro de la Beata Madre. Dos días después la aclamaba también por su perpetua patrona y abogada la ilustre ciudad de Salamanca. El 24 de Octubre de 1617, reuniéronse en el palacio Real de Madrid las Cortes de Castilla y de León, presididas por Felipe III; el cual propuso que la Beata Madre fuera elegida por Patrona de las Españas; y el 16 de Noviembre del mismo año, dióse el decreto por el que se la nombraba Patrona de España, juntamente con el Apóstol Santiago.

El decreto de Felipe III fué recibido con universal aplauso. El mismo Felipe y los nobles del reino procuraron promover con celo el patronato de nuestra virgen; mas en vista de la tenaz oposición del Arzobispo de Sevilla, D. Pedro Baca de Castro, y de algunos otros eclesiásticos, mandó el mismo Felipe III, por amor á la paz, suspenderlo, esperando entretanto que fuese canonizada la Beata Madre Teresa de Jesús.

Once meses antes de que se verificase la tan suspirada canoniza-

(1) Cfr. Año Teresiano, t. I.—Vandermoere. *Acta S. T.* §§ I.VI.-LXVII.

ción, murió Felipe III y su hijo Felipe IV, que había heredado de su padre, juntamente con la corona, el amor y devoción á la seráfica Madre, trabajó con nuevo ahinco en el mismo sentido, movido á lo que se cree, de la especial protección que de la Santa experimentaron sus armas en Amberes y en la recuperación de la ciudad del Salvador, en América.

Al efecto, escribió desde Zaragoza en 1626 á D. Francisco de Contreras, Presidente de las Cortes que se acababan de reunir en Madrid, para que en ellas se tratase nuevamente de elegir á Santa Teresa por Patrona de las Españas. Todos ó casi todos los diputados allí reunidos accedieron gustosos á los deseos del Monarca. Este puso en conocimiento de Su Santidad el Papa Urbano VIII, la resolución de las Cortes, y al mismo tiempo el Conde-duque de Olivares, á nombre de Felipe IV, escribió al Conde de Oñate, Embajador de España en Roma, para que solicitase del mismo Urbano VIII el Breve de confirmación de lo decretado por las Cortes de Castilla el año anterior, la siguiente carta:

«Dos veces ha votado el reino, junto en Cortes, por su Patrona y Abogada á la Santa Madre Teresa de Jesús, y serále de gran consuelo que Su Santidad lo confirme. Ofrécense algunas contradicciones (1), en que quizá el cielo no será menos pío; pero como es casi universal la devoción de estos reinos á tan gran Santa, justamente podemos seguirla y asentarla con nuestros oficios. Escribo sobre esto á los señores Cardenales Pío y Torres; pero V. S. lo ha de favorecer en todas partes, como devoto de la Santa y señor mío.

»Suplícole á V. S. muy de veras, y quiero que sepa que casi desde que nací la tengo por abogada, y gran confianza en su protección; y que, por lo menos, ya que de mi cosecha no puedo ofrecerle cosa buena, he de poner á cuenta de la Santa lo que debiere á V. S. en esta ocasión, que ella es tal, que nos pagará bien á todos. Y yo estimaré esta deuda con particular reconocimiento.

»Dios guarde á V. S. como deseo. Madrid 27 de Marzo de 1627.»

De letra del Conde. «El Rey es hijo de Santa Teresa, y todos, sus esclavos. Con que V. S. me solicitará á mí, si yo me descuidare, que no haré.—D. Gaspar de Guzmán.»

El Papa Urbano VIII accedió á esta demanda, expidiendo el siguiente Breve, en que se declara el Patronato de Santa Teresa para todos los reinos de España.

«Urbano Papa VIII, para perpetua memoria.

»Teniendo Nos en la tierra, aunque indignos, las veces de Nuestro Señor Jesucristo, que corona con premio de gloria eterna á sus siervos y siervas en el cielo; por el oficio pastoral que Nos está en-

(1) Alude á la oposición que hacían al Patronato de Santa Teresa, los Caballeros de Santiago.

cargado, Nos corre obligación de procurar que se acreciente más cada día en la tierra la honra y veneración debida á los mismos siervos y siervas de Jesucristo, y que sea Dios alabado en sus santos.

»Por tanto para que los ruegos de los fieles de Cristo, que se acogen al patrocinio de los mismos santos, consigan el efecto deseado, de buena gana les hacemos gracia de oír sus peticiones, y con íntimo afecto les comunicamos las partes del dicho nuestro oficio, según vemos convenir saludablemente en el Señor.

»Los amados hijos procuradores de los reinos de la Corona de Castilla, ahora de nuevo nos hicieron relación, que, considerando ellos atentamente los innumerables beneficios que la Divina Majestad les ha hecho, y hace cada día, por los méritos é intercesión de Santa Teresa de Jesús, y cuán ilustrados están los dichos reinos con la santidad de su vida y con los grandes milagros que se ha dignado el Señor de obrar por ella, con la fundación de tantos monasterios de hombres y mujeres de la Orden de Nuestra Señora del Carmen de Descalzos, en que tanto florece la observancia de la regla primitiva de dicha Orden, de cuya reformatión ella fué la autora; por esto y por la gran devoción que tienen á la misma Santa Teresa, en las últimas Cortes de los dichos reinos, eligieron por Patrona y Abogada de los reinos de la tal Corona, como consta del decreto hecho sobre esto, donde más á la larga nos dicen se pone el hecho.

»Y porque, como la dicha relación añadía, los dichos procuradores de Cortes tienen gran deseo, para que la dicha relación sea firme y perpetua, que le apliquemos el patrocinio nuestro y de esta Santa Sede Apostólica; Nos, alabando mucho en el Señor la piedad y acuerdo presente de los dichos procuradores, y queriéndoles hacer especiales favores y gracias, y absolviéndoles á ellos y á cada una de sus personas, para efecto de conseguir tan solamente la presente gracia, de cualesquiera sentencias, censuras y penas eclesiásticas de excomunión, suspensión, entredicho y otra cualquiera; por derecho ó especial persona, con cualquier ocasión ó causa puesta, si acaso están con ellas ligados: inclinándonos á los ruegos que de nuevo humildemente se nos han propuesto, así en nombre de nuestro muy amado hijo en Cristo Filipo, Católico Rey de las Españas, como de las dichas Cortes, de consejo de nuestros venerables hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia de Roma, deputedos para los sacros Ritos, aprobamos y confirmamos, con autoridad apostólica, la dicha elección y decreto sobre ella hecho, y le damos fuerza de firmeza apostólica, y suplimos todos y cualesquier defectos, así de hecho como de derecho, si acaso alguno por algún camino en ello hubiese habido.

»Y estatuímos, y con precepto mandamos, que de aquí adelante, para siempre jamás, todas las personas de los dichos reinos, así seculares y eclesiásticas como regulares, tengan y recurran á la dicha

Santa Teresa por tal Patrona, con todos y cada uno de los privilegios, gracias, indultos, competentes á tales Patronos, ó que de otra manera se acostumbra concederse, y que así lo deben observar aquellos á quien toca, sin perjuicio ó innovación alguna del Patronato de Santiago Apóstol, en todos los reinos de España.

»Y juntamente declaramos por irritó, y de ningún valor, cualquiera cosa que de otra manera acerca de esto, con cualquier autoridad, á sabiendas ó con ignorancia, acaso por alguno fuere tentada; no obstante otras cualesquiera Constituciones y Ordenaciones Apostólicas en contrario.

»Y queremos que á los traslados de las presentes, aunque sean impresos, firmadas de mano de algún notario público, y autorizadas con sello de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica, se les dé en todo la misma fe que se diera á las presentes, si se exhibieran y mostraran.

»Dado en Roma, en Santa María la Mayor, con el Anillo del Pescador, á 21 de Julio de 1627: en el año cuarto de Nuestro Pontificado. —Vulpio, Teatinense.»

Este Breve de su Santidad fué recibido en España con general aplauso, no sólo por los Descalzos y Descalzas, sino por muchísimas ciudades y cabildos. Afirma don Juan Ortiz de Zárate, secretario de Felipe IV, que más de 50 ciudades principales y cabildos eclesiásticos, que él enumera, escribieron al Rey dándole cuenta de cómo habían aceptado el Breve, mandándole cumplir en todas sus partes. Sólo la iglesia de Compostela y algunas pocas más, se opusieron tenazmente á él, y lograron al fin que fuera anulado por otro Breve del mismo Urbano VIII, aunque en este segundo Breve permitía el Papa que tomasen por Patrona á Santa Teresa las ciudades y villas que quisiesen. Felipe IV, viendo la oposición persistente de algunos varones graves y la conmoción que este asunto producía en el reino, deseando calmar los ánimos, juzgó prudente no agriar la cuestión, y así no insistió más sobre el particular. En tal estado las cosas, no se habló ya más del Patronato de nuestra Santa sobre España, hasta que se reunieron las célebres Cortes de Cádiz. En ellas, el 3 de Septiembre de 1811, D. Antonio Larranzabal, diputado por Guatemala, por encargo especial de su provincia, volvió á promover la cuestión, alegando el voto que hizo Carlos II en el número 6 de su Codicilo, que dice así: «Habiendo deseado toda mi vida que tenga el compatronato de mis reinos de España, la gloriosa Santa Teresa de Jesús, por la especial devoción que le tengo; encargo á mi sucesor y á mis reinos, lo dispongan, como tan importante para sus mayores beneficios que debe esperar por la intercesión de esta Santa.»

El 21 de Abril del siguiente año, 1812, los Padres Carmelitas Descalzos de Cádiz presentaron á las mismas Cortes un memorial,

pidiendo que se hicieran valer y se pusieran en vigor las resoluciones de 1617 y 1625, sobre el Patronato de Santa Teresa. Fueron comisionados para estudiar este asunto los diputados Alfonso Ribera, Francisco Sousa, Vicente Pascual, Pedro Gordillo y Joaquín Villanueva; quienes el 23 de Junio de 1812 dieron favorable informe: En vista del cual, el 28 del mismo mes, fué decretado por unanimidad el Patronato de Santa Teresa sobre España; decreto que fué confirmado dos días después por la Regencia de Fernando VII.

Con todo parece indudable que aquel decreto, dado á espaldas de la autoridad eclesiástica, y en el cual se contienen algunos conceptos poco respetuosos para con la misma, no tuvo eficacia alguna en la práctica, y las cosas se quedaron como antes (1).

2.º

Santa Teresa de Jesús y la Compañía de Jesús

I

Amor constante y jamás interrumpido de Santa Teresa á la Compañía de Jesús

Como ha podido notarse en el decurso de la vida de Santa Teresa escrita por el Padre Ribera, fueron muy cordiales las relaciones que la Reformadora del Carmelo mantuvo siempre, hasta el fin de sus días, con los Padres de la Compañía de Jesús, á quienes tributa, siempre que la ocasión se presenta, las mayores alabanzas. No recordaría yo ciertamente tales alabanzas, que manifiestan á las claras el entrañable afecto que Santa Teresa profesaba á la Compañía de

(1) Cfr. *Reforma de los Descalzos*, t. IV, lib. XVIII, cap. VI.—*Año Teresiano*, t. II, págs. 147-248.—*Diario de las discusiones y actas de las Cortes de Cádiz*, t. XIV, pág. 55 y sigs.—Vandermoere. *Acta S. Teresiae*, págs. 655-659.

Jesús, si la mala fe de los enemigos de la misma Compañía no hubiera puesto siempre, y pusiera aún en nuestros días, especial empeño, en presentarnos á la Santa Madre como enemiga de los Jesuítas, desde el punto y hora en que de veras los conoció.

Laméntase el Padre Ribera en varios pasajes de su obra, de la mutilación hecha en los escritos de la mística Doctora, ya en la primera edición que de ellos se publicó en Salamanca, el año 1588. Pero aquello fué nada comparado con lo que después se hizo con los mismos escritos; porque mientras «los émulos de los Jesuítas, como dice Don Vicente de la Fuente, andaban rebuscando, con insoportable ratería, cualquier palabrita de disgusto que se hubiera escapado á Santa Teresa contra ellos», otros suprimían y mutilaban todos los pasajes en que los alaba y encomia sobremanera. «Da grima, añade el citado escritor, ver que unos escritos que solamente deben servir para excitar á la virtud y al amor divino, se los rebajase de tal modo, que sirvieran para fomentar orgullo, rencillas, malevolencias, diatribas, maledicencias, bajezas y otras pasiones de mal género, tan ajenas á las altas miras de la célebre escritora (1).»

Quien se lleva la palma en este triste pujilato anti-jesuitico, es Don José Javier Rodríguez de Arellano, «autor, dice Menéndez Pelayo, de la funesta Pastoral: *Doctrina de los expulsos extinguida*, que se distingue por su virulencia contra los Jesuítas (2).»

En aquel escrito, verdadero centón donde se hallan condensadas la mayor parte de las falsedades, diatribas, calumnias y libelos infamatorios, que los protestantes, jansenistas y volterianos inventaron y propalaron contra la Compañía de Jesús durante los siglos XVII y XVIII, el Sr. Arellano asevera calumniosamente, que Santa Teresa de Jesús, aunque al principio mostró afecto á los Jesuítas, después, mejor informada de quiénes eran ellos, les volvió las espaldas.

Siguiendo las huellas de tan excelente maestro, un escritor de nuestros días, D. Miguel Mir, en su obrita: *Espíritu de Santa Teresa de Jesús* (3), publicada sin censura eclesiástica, expresa la misma idea, aunque disimulada con el velo de la duda.

Fuera muy prolijo tener que refutar una por una todas las falsedades y calumnias que el primero de los citados escritores, Rodríguez de Arellano, acumuló en el párrafo XXXV de su *Pastoral*, que es el único que á nosotros nos interesa, por referirse todo él á Santa Teresa de Jesús en sus relaciones con los Jesuítas. Por otro lado, suele decirse que para muestra basta un botón. Véase pues el siguiente. En el núm. 517 del citado párrafo dice así: «Es constante que la Santa Madre en los principios los quiso mucho (á los Jesuítas),

(1) *Obras de Santa Teresa*, t. II, pág. XXXII.

(2) *Heterodoxos españoles*, t. III, pág. 138.

(3) Págs. 51 y 52, notas.

les entregó su espíritu, y como dijo en la carta XX del tomo I, núm. 6: No trataba con la Compañía sino como quien tiene sus cosas en el alma y pondría la vida por ellas.» Cualquiera creería que Santa Teresa escribió estas palabras en los principios, como lo afirma el *veras* escritor, que tiene buen cuidado de ocultar la fecha que llevan. Nosotros supliremos esta omisión: fueron escritas el 10 de Febrero de 1578, es decir, cuatro años antes de su preciosa muerte (1). ¡Si estaría la Santa Madre muy en sus principios!

El P. Montoya (Hoyoman), en su obra titulada: *L'amore scambievolmente e non mai interrotto fra S. Teresa e la Compagnie di Gesù*, prueba hasta la evidencia que la Santa Madre profesó especial amor y cariño á la Compañía de Jesús, no sólo al principio de su conversión á vida más fervorosa y perfecta, sino desde que la conoció en 1557, hasta su preciosa muerte, acaecida el 15 de Octubre de 1582.

Para convencernos de ello, bastará recorrer cronológicamente los escritos de la misma Santa Madre, puesto que en ellos se hallan á cada paso, testimonios irrefragables de su amor y veneración á la mínima Compañía de Jesús.

A fin de proceder con algún orden, dividiremos la vida de Santa Teresa de Jesús, en sus relaciones con la Compañía, en cuatro períodos: 1.º Desde el año 1557, en que por vez primera trató á los Padres de la Compañía (cuando todavía moraba la Santa en el monasterio de la Encarnación, en Avila), hasta el de 1567, en que salió de dicha ciudad para la fundación del convento de Religiosas Descalzas, en Medina del Campo. 2.º Desde esta fundación hasta el año 1576, en que el Provincial de los Carmelitas Calzados la intimó que cesara en sus fundaciones y que se recluyera en alguno de los monasterios por ella fundados, el que mejor le pareciere. El 3.º abarca la época crítica y azarosa de las disensiones entre Carmelitas Calzados y Descalzos (1576-1580). Finalmente el 4.º comprende desde el año 1580, en que volvió á emprender la fundación de nuevos monasterios, hasta su santa muerte.

PRIMER PERÍODO. 1557 - 1567

Por lo que toca á este primer período, basta hojear ligeramente la *Autobiografía de Santa Teresa*, para convencernos de cuán entrañable era el amor y veneración que profesaba la Santa Madre á la Compañía de Jesús, puesto que allí se hallan consignadas las más encomiásticas alabanzas, no sólo á uno ú otro Padre de dicha Compañía, sino á toda la Orden en general.

(1) Cfr. *La Fuente*, t. II, pág. 163.

Ya en el capítulo V, hablando del daño que causaron á su alma algunos confesores poco instruidos, dice: «lo que era pecado venial decíanme (aquellos confesores) que no era ninguno, y lo que era gravísimo mortal, que era venial. Duré en esta ceguedad, creo más de diez y siete años, hasta que un Padre Dominico, gran letrado, me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer, agravándome tan malos principios, como después diré.»

Y en el capítulo XXIII, hablando de cómo comenzó á tratar de más perfección, se expresa de esta manera: «Como su Majestad quería ya darme más luz, para que no le ofendiese ya, y conociese lo mucho que le debía.... me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, y que yo tenía noticia de algunas, porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesús, á quien yo, sin conocer á ninguno, era muy aficionada, de sólo saber el modo que llevan de vida y oración; mas no me hallaba digna de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer; porque tratar con ellos y ser la que era, hacíase cosa recia.

»En esto anduve algún tiempo, hasta que yo, con mucha batería que pasé en mí, y temores, me determiné á tratar con una persona espiritual. Dijéronme de un clérigo letrado (1), que había en este lugar (2), que comenzaba el Señor á dar á entender á las gentes su bondad y buena vida;... procuré viniese á hablarme este clérigo, que digo, tan siervo de Dios... y dile parte de mi alma y oración... Comenzó con determinación santa á llevarme como á fuerte... Yo como vi su determinación tan de presto en cosillas, que como digo, yo no tenía fuerza para seguir luego con tanta perfección, afligíme, y como vi que tomaba las cosas de mi alma, como cosa que en una vez había de acabar con ella, yo veía que había de menester mucho más cuidado. En fin... entendí, no eran por los medios que él me daba, por donde yo me había de remediar... Y cierto, si no hubiese de tratar más de con él, yo creo nunca medrara mi alma, porque de la aflicción que me daba, de ver cómo yo no hacía, ni me parece podía, lo que él me decía, bastaba para perder la esperanza y dejarlo todo.

»Algunas veces me maravillo que siendo persona que tiene gracia particular, en comenzar á llevar almas á Dios, cómo no fué servido entendiéndose la mía, y veo fué todo para mayor bien mío, porque yo conociese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesús.»

Por consejo del mismo Maestro Daza y de D. Francisco Salcedo, determinóse al fin la Santa Madre, á llamar un Padre del Colegio de Avila, y fué á visitarla y confesarla el P. Juan de Prádanos. Véase con qué maravillosa ingenuidad narra la Santa esta primera entre-

(1) El Maestro Gaspar Daza.

(2) Avila.

vista: «Me daba pena, dice, que me viesen en casa tratar con gente tan santa, como la de la Compañía de Jesús, porque tenía mi ruindad, y parecíame quedaba obligada más á no lo ser, y quitarme de mis pasatiempos, y si esto no hacía, que era peor; y así procuré con la sacristana y portera no lo dijiesen á nadie. Aprovechóme poco, que acertó estar á la puerta, cuando me llamaron, quien lo dijo por todo el convento. Mas, ¡qué de embarazos pone el demonio, y qué de temores á quien se quiere llegar á Dios!

»Tratando con este siervo de Dios (el P. Prádanos), que lo era harto y bien avisado, toda mi alma, como quien bien sabía este lenguaje, me declaró lo que era y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo á la oración, porque no iba bien fundada, ni había comenzado á entender mortificación: y era así que aun el nombre no me parecía entendía: que en ninguna manera dejase la oración, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes: que ¿qué sabía yo si por mis medios quería el Señor hacer bien á muchas almas? y otras cosas, que parece profetizó lo que después el Señor ha hecho conmigo: que tendría mucha culpa si no respondía á las mercedes que Dios me hacía. En todo me parecía hablaba en él el Espíritu Santo, para curar mi alma, según se imprimía en ella. Llevóme por medios que parecía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma! Díjome que tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que me aprovechase de él... Dejóme consolada y esforzada, y el Señor, que me ayudó, y á él para que entendiese mi condición, y cómo me había de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y así lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer á mis confesores, aunque imperfectamente, y casi siempre han sido de estos benditos hombres de la Compañía de Jesús. Conocida mejoría empezó á tener mi alma... y así comencé á hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecía hacía poco caso de todo; y esto me movía más, porque lo llevaba por modo de amar á Dios, y como que dejaba libertad y no apremio, si yo no me lo pusiese por amor» (1).

Más adelante, en el mismo capítulo XXIV, dice así, hablando de San Francisco de Borja: «En este tiempo vino el Padre Francisco, que era duque de Gandía, y había algunos años que, dejándolo todo, había entrado en la Compañía de Jesús. Procuró mi confesor, y el caballero (2) que he dicho, también vino á mí para que le hablase y diese cuenta de la oración que tenía, porque sabía iba muy adelante

(1) *Vida*, cap. XXIII y XXIV.

(2) Don Francisco Salcedo, el Caballero Santo, como solía llamarle la Santa Madre.

en ser muy favorecido y regalado de Dios; que como quien había dejado mucho por Él, aun en esta vida le pagaba. Pues, después que me hubo oído, díjome que era espíritu de Dios, y que le parecía que no era bien ya resistirle más: que hasta entonces estaba bien hecho, sino que siempre comenzase la oración en un paso de la Pasión; y que si después el Señor me llevase el espíritu, que no lo resistiese, sino que dejase llevarle á Su Majestad, no lo procurando yo. Como quien iba bien adelante, dió la medicina y consejo; que hace mucho en esto la experiencia: dijo que era yerro resistir ya más. Yo quedé muy consolada y el caballero también: holgábase mucho que dijese era de Dios, y siempre me ayudaba y daba avisos en lo que podía, que era mucho.

»En este tiempo mudaron á mi confesor de este lugar á otro, lo que yo sentí muy mucho, porque pensé me había de tornar á ser ruin, y no me parecía posible hallar otro como él. Quedó mi alma como en un desierto, muy desconsolada y temerosa: no sabía qué hacer de mí. Procuróme llevar una parienta mía á su casa, y yo procuré ir luego á procurar otro confesor en los de la Compañía. Fué el Señor servido, que comencé á tomar amistad con una señora viuda (1) de mucha calidad y oración, que trataba con ellos mucho. Hízome confesar á su confesor, y estuve en su casa muchos días: vivía cerca. Yo me holgaba por tratar mucho con ellos, que, de sólo entender la santidad de su trato, era grande el provecho que mi alma sentía. Este padre (2) me comenzó á poner en más perfección. Decíame, que para del todo contentar á Dios, no había de dejar nada por hacer: también con harta maña y blandura, porque no estaba aún mi alma nada fuerte, sino muy tierna, en especial en dejar algunas amistades que tenía; aunque no ofendía á Dios con ellas, era mucha afición, y parecíame á mí era ingratitud dejarlas; y así le decía que, pues no ofendía á Dios, que ¿por qué había de ser desagradecida? El me dijo, que lo encomendase á Dios unos días, y que rezase el himno de *Veni Creator*, porque me diese luz de cuál era lo mejor.»

Véase ahora cómo habla de otro confesor suyo, el Padre Baltasar Alvarez S. J. «Mi confesor, como digo, que era un padre bien santo de la compañía de Jesús, respondía esto mismo (3), según yo supe.

»Era muy discreto y de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarreó á mí hartos trabajos; porque, con ser de mucha oración y letrado, no se fiaba de sí, como el Señor no le llevaba por este camino: pasólos harto grandes conmigo de muchas maneras.

(1) Doña Guiomar de Ulloa.

(2) No se sabe á ciencia cierta quién era este Padre.

(3) Es decir, defendía á la Santa de los que pretendían persuadirla que sus revelaciones eran cosa del demonio.

Supé que le decían que se guardase de mí, no le engañase el demonio con creerme algo de lo que le decía: traíanle ejemplos de otras personas. Todo esto me fatigaba á mí. Temía que no había de haber con quién me confesar, sino que todos habían de huir de mí: no hacía sino llorar. Fué providencia de Dios querer él durar en oírme; sino que era tan gran siervo de Dios, que á todo se pusiera por Él; y así me decía, que no ofendiese yo á Dios, ni saliese de lo que él me decía, que no hubiese miedo me faltase: siempre me animaba y sosegaba. Mandábame siempre que no le callase ninguna cosa: yo así lo hacía. El me decía que, haciendo yo esto, aunque fuese demonio no me haría daño; antes sacaría el Señor bien de el mal que él quería hacer á mi alma: procuraba perfeccionarla en todo lo que podía. Yo, como traía tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfectamente, que harto pasó conmigo tres años y más que me confesó, con estos trabajos; porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas hartas, que permitía el Señor me juzgasen mal, y muchas estando sin culpa, con todo venían á él y era culpado por mí, estando él sin ninguna culpa. Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad y el Señor que le animaba, poder sufrir tanto, porque había de responder á los que les parecía iba perdida, y no le creían: y por otra parte habláme de sosegar á mí, y de curar el miedo que yo traía: poniéndomele mayor, me había por otra parte de asegurar... Él me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera á sí mismo, no padeciera yo tanto, que Dios le daba á entender la verdad en todo, porque el mismo Sacramento le daba luz, á lo que yo creo» (1).

En 1561 cambiaron el Rector del Colegio de Avila, P. Dionisio Vázquez, que era el que ponía algún estorbo al P. Alvarez en la dirección espiritual de Santa Teresa, y fué, para substituirle en el cargo, el P. Gaspar de Salazar. Alegróse sobremanera de este cambio la Santa Madre, como lo significa en el capítulo XXXIII por estas palabras: «Al fin de este tiempo, habiéndose ido de aquí el Rector, que estaba en la Compañía de Jesús, trajo Su Majestad aquí otro muy espiritual, y de gran ánimo y entendimiento y buenas letras, á tiempo que yo estaba con harta necesidad; porque como el que me confesaba (P. Alvarez) tenía superior (P. Vázquez), y ellos tienen esta virtud en extremo de no se bullir, sino conforme á la voluntad de su mayor, aunque él entendía bien mi espíritu, y tenía deseo de que fuese muy adelante, no se osaba en algunas cosas determinar, por hartas causas que para ello tenía. Y ya mi espíritu iba con ímpetu tan grandes, que sentía mucho tenerle atado, y con todo no salía de lo que me mandaba.

»Estando un día con gran aflicción, de parecerme el confesor no me creía, díjome el Señor, que no me fatigase, que presto se acaba-

(1) *Vida*, cap. XXVIII.

ría aquella pena. Yo me alegré mucho, pensando que era que me había de morir presto, y traía mucho contento cuando se me acordaba: después vi claro era la venida de este Rector, que digo, porque aquella pena nunca más se ofreció en qué la tener, á causa de que el Rector que vino no iba á la mano al ministro, que era mi confesor; antes le decía que me consolase, y que no había de qué temer, y que no me llevase por camino tan apretado: que dejase obrar el espíritu de el Señor, que á veces parecía, con estos grandes ímpetus de espíritu, no le quedaba al alma como resolgar.

»Fuéme á ver este Rector, y mandóme el confesor tratase con él con toda libertad y claridad. Yo solía sentir grandísima contradicción en decirlo, y es así, que en entrando en el confesonario, sentí en mi espíritu un no sé qué, que antes ni después no me acuerdo haberle con nadie sentido, ni yo sabré decir cómo fué, ni por comparaciones podría. Porque fué un gozo espiritual, y un entender mi alma, que aquella alma la había de entender, y que conformaba con ella, aunque, como digo, no entiendo cómo; porque si le hubiera hablado, ó me hubieran dado grandes nuevas de él, no era mucho darme gozo en entender que había de entenderme, mas ninguna palabra él á mí ni yo á él nos habíamos hablado; ni era persona de quien yo tenía antes ninguna noticia. Después he visto bien, que no se engañó mi espíritu; porque de todas maneras ha hecho gran provecho á mí y á mi alma tratarle; porque su trato es mucho para personas que ya parece el Señor tiene ya muy adelante, porque él las hace correr, y no ir paso á paso. Y su modo es para desasirlas de todo y mortificarlas, que en esto le dió el Señor grandísimo talento también, como en otras muchas cosas. Como le comencé á tratar, luego entendí su estilo, y vi ser un alma pura, santa, y con don particular del Señor, para conocer espíritus: consoléme mucho.»

Por mandato de sus Prelados tuvo la Santa Madre que ir á Toledo, en 1562, para morar una temporada en compañía de Doña Luisa de la Cerda, hija de los duques de Medinaceli, y cuyo esposo, don Arias Pardo había fallecido poco antes. Con esta ocasión, escribe la Santa Madre lo que sigue en el capítulo XXXIV: «Díjelo al Rector (el P. Gaspar de Salazar); díjome él que en ninguna manera dejase de ir... yo obedecí al Rector... Consolábame mucho, que había casa de la Compañía de Jesús en aquel lugar, adonde iba (Toledo), y con estar sujeta á lo que me mandasen, como lo estaba acá, me parecía estaría con alguna seguridad.»

Al tener que regresar otra vez á Avila, dice la Santa Madre que sintió pena al ver el desconsuelo en que dejaba á Doña Luisa de la Cerda, y también de dejar á otras personas, á quien debía mucho, en especial á su confesor, que era de la Compañía de Jesús; y hallábame, añade la Santa, muy bien con él (cap. XXXV).

Aludiendo en el capítulo XXXVIII, al P. Salazar escribe lo siguiente: «Del Rector de la Compañía de Jesús, que algunas veces he hecho de él mención, he visto algunas cosas de grandes mercedes, que el Señor le hacía, que por no alargar no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido y se vió muy afligido. Estando yo un día oyendo misa, vi á Cristo en la cruz cuando alzaban la hostia; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras, previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que había padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo; y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo.

«De los de la Orden de este Padre, que es la Compañía de Jesús, de toda la Orden junta, he visto grandes cosas: vilos en el cielo con banderas blancas en las manos, algunas veces; y como digo, otras cosas he visto de ellos, de mucha admiración, y ansí tengo esta Orden en gran veneración, porque los he tratado mucho, y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado de ellos á entender.»

Refiriéndose á la misma Compañía de Jesús en el capítulo XL, escribe estas notables palabras: «Estando una vez en oración con mucho recogimiento y suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de ángeles, y muy cerca de Dios; comencé á suplicar á su Majestad por la Iglesia. Díóseme á entender el gran provecho que había de hacer una Orden en los tiempos postreros, y con la fortaleza que los de ella han de sustentar la fe» (1).

Hacia el fin del capítulo XXXVIII se expresa de esta manera: «Estando en un Colegio de la Compañía de Jesús, con los grandes trabajos, que he dicho tenía algunas veces, y tengo, de alma y de cuerpo, estaba de suerte que aun un buen pensamiento, á mi parecer, no podía admitir: habíase muerto aquella noche un Hermano de aquella casa de la Compañía, y estando, como podía, encomendándole á Dios, y oyendo misa, de otro Padre de la Compañía, por él, díome un gran recogimiento, y vile subir al cielo con mucha gloria, y al Señor con él: por particular favor, entendí era ir su Majestad con él.»

En el párrafo último del siguiente capítulo refiere esta otra visión. «Estando en un Colegio de la Compañía de Jesús, y estando comulgando los Hermanos de aquella casa, vi un palio muy rico sobre sus cabezas; esto vi dos veces: cuando otras personas comulgaban no lo veía.»

(1) El P. Ribera (lib. IV, cap. V), dice que aunque la Santa Madre calle aquí el nombre de la Orden á quien alude en este pasaje, es cosa certísima, y sabida de su boca, que se refiere á la Compañía de Jesús.

SEGUNDO PERÍODO. 1566-1576

Como acabamos de ver hasta aquí, la Santa Madre atribuye en gran parte su mudanza de vida, de bien en mejor, y los progresos que hizo su alma por el camino de la virtud, á la acertada dirección de los Padres de la Compañía de Jesús, de la cual, como ha podido verse, habla con tales encomios que realmente excluyen toda duda acerca de su amor entrañable á la misma Compañía de Jesús, desde que la conoció en 1557 hasta 1566, en que redactó por segunda vez, según todas las probabilidades, la *Autobiografía* que hoy poseemos. Esta predilección no sólo no se amortiguó durante el período siguiente, sino que más bien se acrecentó, si cabe.

En casi todas las fundaciones que emprendió la Santa Madre, fueron su brazo derecho los Padres de la Compañía de Jesús. Hablando del primer monasterio que fundó después del de San José en Avila, dice así: «Pues estando yo con todos estos cuidados, acordé de ayudarme de los Padres de la Compañía, que estaban muy aceptos en aquel lugar, en Medina, con quien, como ya tengo escrito en la primera fundación (1), traté mi alma muchos años, y por el gran bien que la hicieron siempre les tengo particular devoción. Escribí lo que nuestro Padre General me había mandado, al Rector de allí, que acertó á ser el que me confesó muchos años, como queda dicho, aunque no le nombré: llámase Baltasar Alvarez, que al presente es Provincial. El y los demás dijeron, que harían lo que pudiesen en el caso, y así hicieron mucho para recabar la licencia de los del pueblo y del Prelado, que por ser monasterio de pobreza, en todas partes es dificultoso; y así se tardó algunos días en negociar.

»A esto fué un clérigo, muy siervo de Dios y bien desasido de todas las cosas del mundo, y de mucha oración. Era capellán en el monasterio á donde yo estaba, al cual le daba el Señor los mismos deseos que á mí, y así me ha ayudado mucho, como se verá más adelante: llámase Julián de Avila» (2).

«Yo fui á Medina, dice el mismo Julián de Avila y, conforme á lo que allá hubo, fué menester que yo hiciese una información jurídica, de la utilidad y provecho que al pueblo vendría con el tal monasterio. Fué Dios servido que la información se hizo muy bastantísima, con testigos de mucha santidad y autoridad, porque de eclesiásticos, fueron los principales que había entonces en la casa de la Compañía de Jesús; porque como los más de aquellos Padres conocían á la

(1) Es decir, en el libro de su *Vida*, donde refiere la fundación del monasterio de Avila, el primero que ella fundó.

(2) *Fundaciones*, cap. III.

Santa Madre, con gran voluntad decían sus dichos, entendiendo el bien que Dios hacía al pueblo, donde ella fuese á plantar tan buena simiente, para aplicar las almas que ellos trataban. Porque entendían bien el modo de proceder que tenía ella y sus monjas de estas casas, que la Madre quería hacer, por ir muy conformes en muchas cosas, en cuanto en mujeres podía caber, á las constituciones y ejercicios de la santa Compañía de Jesús; y así gustaban, por donde la Compañía estuviese, hubiese también casa de estas monjas Descalzas, y gustan también de tratarlas en particular, según su Orden se lo permite, por haber siempre, en estas casas de Descalzas Carmelitas, muy buenas almas, y muy dadas á la oración y mortificación; y como ellos tratan de lo mismo, parece que se conocen en el lenguaje» (1).

Siguieron á la fundación de Medina del Campo, las de Malagón y Valladolid, debidas á la liberalidad de Doña Luisa de la Cerda y de D. Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Ribadavia. En 1568 fundó la Santa Madre el monasterio de Toledo, gracias á los buenos oficios del Padre Pablo Hernández S. J., como claramente lo afirma la misma Santa en el capítulo XV del libro de las *Fundaciones*. «Estando en la ciudad de Toledo, dice, un hombre honrado y siervo de Dios, mercader, el cual nunca se quiso casar, sino hacía una vida como muy católico, hombre de gran verdad y honestidad... dióle el mal de la muerte: llamábase Martín Ramírez. Sabiendo un Padre de la Compañía de Jesús, llamado Pablo Hernández, con quien yo, estando en este lugar, me había confesado cuando estaba concertando la fundación de Malagón, el cual tenía mucho deseo de que se hiciese un monasterio de estos en este lugar; fuéle á hablar, y díjole el servicio que sería de Nuestro Señor tan grande, y cómo los capellanes y capellanías, que quería hacer, las podía dejar en este monasterio, y que se harían en él ciertas fundaciones, y todo lo demás, que él estaba determinado de dejar en una parroquia de este lugar...

»Cuando murió Martín Ramírez, aún me estaba yo en la fundación de Valladolid, á donde me escribió el Padre Pablo Hernández de la Compañía, dándome cuenta de lo que pasaba, y que si quería aceptar esta fundación, me diese prisa á venir; y así me partí poco después que se acabó de acomodar la casa» (2).

También la fundación de Salamanca fué debida á los Padres de la Compañía. «Acabadas estas dos fundaciones, torné, dice Santa Teresa, á la ciudad de Toledo, á donde estuve algunos meses, hasta dejarlo todo en orden. Estando entendiendo en esto, me escribió un Rector de la Compañía de Jesús de Salamanca (3), diciéndome que estaría allí muy bien un monasterio de estos, dándome de ello razo-

(1) *Vida de Santa Teresa*, parte 2.^a, cap. VIII, pág. 249.

(2) *Fundaciones*, cap. XV.

(3) El P. Martín Gutiérrez.

nes; aunque por ser muy pobre el lugar, me había detenido de hacer allí fundación de pobreza. Mas considerando que lo es tanto Avila, y nunca le falta, ni creo le faltará Dios á quien le sirviere, puestas las cosas como se ponen, siendo tan pocas, y ayudándose del trabajo de sus manos, determinéme á hacerle; y yéndome desde Toledo á Avila, procuré desde allí la licencia del Obispo, que era entonces, el cual lo hizo tan bien que, como el Padre Rector le informó de esta Orden, y que sería servicio de Dios, la dió luego» (1).

Llegó Santa Teresa á Salamanca la víspera de Todos los Santos, dando orden de aderezar al punto la casa que se había elegido de antemano para el monasterio, á fin de que se pudiese decirse misa en ella á la mañana siguiente; y el P. Martín Gutiérrez le prestó, dice el P. Ribera, alguna ropa y mesas y frontal, y lo demás que fué menester para esto, y envió allá dos Hermanos que lo pusiesen y ayudasen á todo; y así, á la mañana, muy de mañana, dijo la misa el mismo Padre Gutiérrez, y se tomó posesión del monasterio, que también se llamó de San José, día de Todos los Santos del año 1569 (2).

Grandes fueron los apuros en que se vió Santa Teresa mientras hacia la fundación de Segovia: en ellos se acogió, como solía, á los Padres de la Compañía de Jesús que moraban en aquella ciudad, quienes le prestaron eficaz auxilio, según refiere Julián de Avila (3).

La fundación del monasterio de Veas, debióse también en gran parte á la intervención de los Padres Eraso y Bustamante, de la Compañía de Jesús, como lo certifica la Santa Madre por estas palabras: «Vino allí (Veas), un Padre de la Compañía de Jesús, que sabía sus deseos (alude la Santa á Catalina Godínez y á una visión que tuvo acerca de la fundación de aquel monasterio): dijole, que si ella hallase aquella religión, que estaría contenta, porque entraría luego en ella. El (P. Bustamante) tenía noticia de estos monasterios, y dijole cómo era aquella regla, (que ella deseaba y buscaba) de la Orden de Nuestra Señora del Carmen... de los monasterios que fundaba yo; y así procuró hacerme un mensajero, para que fuera á fundar allí»; como en efecto lo hizo la Santa Madre (4).

Inútil sería referir aquí cuánto y cuán eficazmente ayudaron á Santa Teresa, los Padres de la Compañía y en especial el P. Rodrigo Alvarez, cuando ella fué á fundar á Sevilla, puesto que queda ya narrado en el libro II, caps. V y VI, y lib. IV, cap. VIII.

A propósito de la fundación de Caravaca, la última de esta primera época, se expresa así nuestra Santa (5): «Estando en San José

(1) *Fundaciones*, cap. XVIII.

(2) *Lib. II*, cap. XVI.

(3) *Vida de Santa Teresa*, pág. 274.

(4) *Fundaciones*, cap. XXII.

(5) *Ibíd.*, cap. XXXVII.

de Avila, para partirme á la fundación de Veas, que no faltaba sino aderezar en lo que habíamos de ir, llega un mensajero propio, que me enviaba una señora de allí, llamada Doña Catalina, porque se habían ido á su casa, desde un sermón que oyeron á un Padre de la Compañía de Jesús, tres doncellas, con determinación de no salir, hasta que se fundase un monasterio en el mismo lugar. Debía de ser cosa que tenían tratada con esta Señora, que es la que les ayudó para la fundación. Eran hijas de los más principales caballeros de aquella villa. La una tenía padre, llamado Rodrigo de Moya, muy gran siervo de Dios, y de mucha prudencia. Entre todas tenían bien para pretender semejante cosa. Tenían noticia de ésta que ha hecho Nuestro Señor, en fundar estos monasterios, que se la habían dado Padres de la Compañía de Jesús, que siempre han favorecido y ayudado á ella.»

Terremos ya este segundo período de la vida de la Santa Madre con dos retazos de sus cartas, dirigidas la primera á su hermano D. Lorenzo de Cepeda, y la segunda á D. Cristóbal Rodríguez de Moya. Dice así en la primera, escrita á 17 de Enero de 1570: «Olvídóseme de escribir en estotras cartas, el buen aparejo que hay en Avila para criar bien esos niños. Tienen los de la Compañía un Colegio, á donde los enseñan gramática, y los confiesan de ocho á ocho días, y hacen tan virtuosos, que es para alabar á Dios Nuestro Señor» (1).

A D. Cristóbal Rodríguez de Moya, que la había propuesto de fundar en Segura de la Sierra (Murcia) un Monasterio de Monjas Descalzas, en el cual entraran dos hijas suyas, con tal que estuvieran sujetas á la Compañía de Jesús, contestó la Santa Madre entre otras cosas lo que sigue: «Junta Nuestro Señor personas en estas casas que me tienen espantada y hacen harta confusión, puesto que se han de escoger personas que sean de oración y para nuestro modo, y sino no las tomamos. Dales Dios un contento y alegría tan ordinaria, que no parece sino paraíso en la tierra. Esto es así, como se podrá vuestra merced informar de muchas personas, en especial si acertasen á ir por ahí algunos de la Compañía de Jesús, que han estado por acá, y á mí me conocen, y lo han visto; porque ellos son mis padres, y á quien después de Nuestro Señor, debe mi alma todo el bien que tiene, si es alguno; y una de las cosas que me han aficionado á estas señoras, es saber han tratado con estos Padres, y á servir á vuestra merced en todo lo que pudiere; porque no todas las personas espirituales me contentan para nuestros monasterios, si no son las que estos Padres confiesan; y así casi todas las que están en ellos, y no me acuerdo ahora estar ninguna de las que he tomado, que no sea hija suya, porque son las que nos convienen: que como ellos habían

(1) *Obras*, II, p. 15.

criado mi alma, hame hecho el Señor merced, que en estos monasterios se haya planteado su espíritu: y así si vuestra merced sabe de las reglas, verá que en muchas cosas de esas nuestras Constituciones conformamos, porque traje yo Breve del Papa para poderlas hacer: y ahora cuando nuestro Reverendo General vino por aquí, las aprobó y mandó se guardasen en todos los monasterios que yo fundase, y dejó mandado que los Padres de la Compañía predicasen, y que ningún prelado se lo pueda estorbar, y si ellos quieren confesar también lo pueden hacer, sino que tienen una Constitución que se lo quita, y si no es alguna vez, no lo podemos acabar con ellos: así que nos tratan y aconsejan muy ordinariamente y nos hacen harto provecho. El mismo deseo que estas señoras tienen, tuve yo de sujetar esta casa á estos Padres y lo procuré. Sé muy cierto que no admitirán monasterio, aunque sea de la princesa, que ya tendrían muchos en el reino, y así no es cosa posible. Alabo á Nuestro Señor que de ninguna Orden se podría tener la libertad que nosotros tenemos de tratarlos y jamás se nos quitará ni quita» (1).

TERCER PERÍODO. 1576 - 1580

Comprende este tercer período la época azarosa en que Santa Teresa se vió obligada á suspender las fundaciones á causa de las disensiones surgidas entre los frailes Carmelitas Calzados y Descalzos.

«Acabada la fundación de Sevilla, dice la Santa, cesaron las fundaciones por más de cuatro años: la causa fué, que comenzaron grandes persecuciones, muy de golpe, á los Descalzos y Descalzas, que aunque ya había habido hartas, no en tanto extremo, que estuvo á punto de acabarse todo. Mostróse bien lo que sentía el demonio este santo principio, que Nuestro Señor había comenzado, y ser obra suya, pues fué adelante» (2).

Durante aquella época sumamente crítica para la Santa Madre y su Reforma, continuaron siendo muy íntimas las relaciones que ella mantuvo con la Compañía de Jesús. Como sería demasiado prolijo citar todos los pasajes de su numerosa correspondencia de aquel período, sólo aduciremos uno que otro testimonio.

En Septiembre de 1576 escribía al P. Gracián: «Sepa que está aquí mi buen amigo Salazar (S. J.) que, no más que le escribí tenía necesidad de hablarle, ha rodeado hartas leguas: amigo es de veras. Mucho me he holgado con él... Rodrigo Alvarez (S. J.) me ha escrito, y mucho, de vuestra paternidad: no los deje de tratar (á los de la

(1) *Obras*, II, p. 7.

(2) *Fundaciones*, cap. XXVIII.

Compañía), como suele, por caridad» (1). A la Madre María Bautista, Priora de Valladolid, decía lo siguiente, á 2 de Noviembre del mismo año: «Muy de veras buen amigo es Prádano (el P. Juan de Prádanos S. J.); bien hace de tratar con él... Si tornaren ahí al P. Domeneque (Jerónimo Domenech, S. J.), harto lo querría para ella» (2). El 19 del mismo mes escribía al P. Gracián: «Salazar (el P. Gaspar Salazar, S. J.) va á Granada, que lo ha procurado el Arzobispo, que es gran amigo suyo. Tiene gran gana se haga allí una casa de éstas, y no me pesaría: que aunque no fuese yo, se podría hacer» (3). Siete días más tarde escribió á la Madre María de San José, Priora de Sevilla: «Procure nuestro Padre (Gracián) haga lo que dice el Padre Acosta (S. J.), con el que viene de Rector de la Compañía, que será presto. Yo encomendé á Salazar, que está aquí (Toledo), que va á Granada de asiento, y dice que quizá irá por allá, que hablase al Provincial de ahí; si fuere, muéstrele mucha gracia, y hable con él lo que quisiere, que bien puede, que muy de buen arte está» (4). «Ayer me escribió un Padre de la Compañía, dice en carta al Padre Gracián (5), y una señora de Aguilar de Campo, que es una buena villa cabe Burgos, doce leguas: es viuda y de sesenta años, y sin hijos. Dióle un gran mal, y queriendo hacer una buena obra de su hacienda (que son 600 ducados de renta, y más buena casa y huerta); díjola el Padre de estos monasterios: cuadróle tanto, que en el testamento lo dejaba todo para esto; en fin, vivió y ha quedado con grande gana de hacerle, y así me escribe que la responda.»

«Es menester que vuestra paternidad, escribía al mismo P. Gracián, á 9 de Enero de 1577, mire que no es de hierro, y que hay muchas cabezas perdidas en la Compañía, por darse á mucho trabajo» (6). El 7 de Diciembre del mismo año, escribió al P. Salazar S. J. la siguiente carta» (7). Jesús. Sea con vuestra merced el Espíritu Santo, mi padre. Hoy víspera de la Concepción me dieron una carta de vuestra merced. Páguele Nuestro Señor el consuelo que me dió. Bien es menester; porque sepa, que ha más de tres meses, que parece se han juntado muchas huestes de demonios contra Descalzos y Descalzas: son tantas las persecuciones y cosas que han levantado, así de nosotras como del P. Gracián, y de tan mala digestión, que sólo nos quedaba acudir á Dios; y así creo ha oído las oraciones, que en fin son buenas almas: y se han desdicho los que dieron los me-

(1) *Obras*, II, p. 78.

(2) *Ibid.*, p. 92.

(3) *Ibid.*, II, p. 96.

(4) *Ibid.*, p. 102.

(5) *Ibid.*, p. 105.

(6) *Ibid.*, II, p. 121.

(7) *Ibid.* p. 155.

moriales al Rey (1) de estas lindas hazañas que decían de nosotras (2). Gran cosa es la verdad, que antes gozaban estas Hermanas: de mí no es mucho, que ya la costumbre no es mucho me tenga en estas cosas insensible. Ahora para remate acuerdan las de la Encarnación de darme votos para Priora, y con tener catorce ó quince más, se han dado tan buena maña los frailes, que hicieron y confirmaron otra con los menos votos; y habríanme hecho harta buena obra, si fuera en paz. Como no la quisieron obedecer sino por vicaria, descomulganas á todas, que eran más de cincuenta, aunque en hecho de verdad no lo estaban, á dicho de letrados: mas, hanlas tenido dos meses sin oír misa ni hablar con los confesores, y muy apretadas, y aunque las mandó ahora el Nuncio absolver, lo están harto. ¡Mire qué vida, ver todo esto!... ¡Oh! ¡quién pudiera ahora hablar á vuestra merced, para darle cuenta de muchas cosas, que es una historia lo que pasa y ha pasado, que no sé en qué ha de parar! Cuando haya alguna nueva escribiré á vuestra merced largo, pues me dice irán seguras las cartas. Harto me hubiera aprovechado saber que tenía vuestra merced amigo tal en Madrid, y aún quizá aprovechará ahora. Desde Toledo escribí á vuestra merced largo, no me dice si recibió la carta. No será mucho vaya vuestra merced allá ahora que estoy acá, según soy dichosa; ¡es verdad que fuera pequeño alivio para mi alma! Peralta ha agradecido mucho á Carrillo (3) lo que hace con su parienta, no porque se le dé nada de ella, sino por conocer en todo que se paga su voluntad. Si le viere vuestra merced dígaselo y que en fin en ningún amigo halla tanta ley. Bien parece quien anduvo en los conciertos de esta amistad. Que le hace saber, que por el negocio, que escribió desde Toledo á aquella persona, nunca ha habido efecto. Sábese cierto que está en poder del mismo aquella joya (4), y aun la loa mucho, y así, hasta que se canse de ella, no la dará, que él dijo se la miraba de propósito; que si viniese acá el Sr. Carrillo, dice, que vería otra (5), que á lo que se puede entender, le hace muchas ventajas; porque no trata de cosa, sino de lo que es El, y con más delicados esmaltes y labores, porque dice, que no sabía tanto el platero que la hizo entonces, y es oro de más subidos quilates, aunque no tan al descubierto van las piedras como acullá. Hízose por mandado del

(1) Felipe II.

(2) Alude al Memorial de Fr. Miguel de la Columna y Fr. Baltasar. Cfr. *Obras*, II, p. 149, 150, cartas CLXIV y CLXV.

(3) Pseudónimo con que ordinariamente designaba la Santa al mismo P. Gaspar de Salazar.

(4) Alude aquí al libro de su *Vida*, que había sido delatado á la Inquisición, y se hallaba á la sazón en poder del inquisidor general, D. Gaspar de Quiroga.

(5) Esta otra joya no era otra que el libro de las *Moradas*, cuya redacción había terminado la Santa Madre ocho días antes, la víspera de San Andrés.

Vidriero (1), y parécese bien, á lo que dicen. No sé quién me ha metido en recaudo tan largo. Siempre soy amiga de hacer pieza, aunque sea á mi costa, y, como es amigo de vuestra merced, no le cansará dar estos recaudos.

»Siempre me diga vuestra merced si tiene salud. Contento me ha dado en parte de verle sin cuidado. Eso no estoy yo, sino que no sé cómo tengo sosiego; y, gloria á Dios, ninguna cosa me lo quita. Este ruido de la cabeza me pena, que es ordinario. No se olvide vuestra merced de encomendarme á Dios y esta Orden, que hay harta necesidad. Su Majestad guarde á vuestra merced con la santidad que yo le suplico. Amén. Estas Hermanas se encomiendan mucho á vuestra merced: son harto buenas almas. Todas se tienen por hijas de vuestra merced, en especial yo.»

El 16 de Enero de 1578 decía la Santa Madre, en carta á D. Teutonio de Braganza, Arzobispo electo de Eborá, lo que sigue: «Harto me consuela, que tenga V. S. la Compañía por tan suya, que es grandísimo bien para todo» (2).

Aun en la misma carta escrita al P. Juan Suárez, Provincial de Castilla, en que se le queja amargamente de las falsas sospechas que había concebido contra ella, efecto de los malos informes que le habían dado, manifiesta la Santa Madre su entrañable amor á la Compañía de Jesús cuando dice: «Entienda vuestra paternidad, que no trato con la Compañía sino como quien tiene sus cosas en el alma, y pondría la vida por ellas, cuando entendiéndose no desirviere á Nuestro Señor en hacer lo contrario» (3).

Desde Ávila escribía al P. Gracián, el 19 de Agosto de 1578: «Gran priesa dan los Padres de la Compañía por la venida del Padre Mariano (4), que tienen mucha necesidad. Si allá no es mucha la falta, por caridad suplico á V. P. lo procure, que ha mucho que andan con él que venga.»

El 4 de Octubre de 1578 escribió la Santa al P. Pablo Hernández S. J. una preciosa carta, pidiéndole que interpusiera su valimiento con el Nuncio, para contrarrestar las calumnias con que habían desacreditado á los Carmelitas Descalzos en el concepto de aquél. Dícele, entre otras cosas, lo que sigue: «Está ahora todo nuestro bien ó mal, después de Dios, en manos del Nuncio; y, por nuestros pecados, hanle informado de manera los del paño (los Carmelitas Calza-

(1) Es decir, Dios Nuestro Señor, que en una revelación la mandó que lo escribiera.

(2) *Obras*, II, p. 160, 161.

(3) C. al P. Juan Suárez S. J., 10 de Febrero 1578. *Obras*, II, p. 163.

(4) Era el P. Mariano, Carmelita Descalzo, ingenioso arquitecto en conducir y encañar aguas. Los PP. de la Compañía deseaban que fuese á Ávila para disponer una fuente y guiar el agua á su Colegio.—Nota de Fray Antonio de San José, Carmelita.

dos) y él dádoles tanto crédito, que no sé en qué se ha de parar. De mí le dicen, que soy una vagamunda y inquieta, y que los monasterios que he hecho, han sido sin licencia del Papa, ni del General. Mire V. M., qué mayor perdición ni mala cristiandad podía ser. Otras muchas cosas, que no son para decir, tratan de mí esos benditos, y del Padre nuestro Gracián, que ha sido el que los ha visitado, es cosa de lástima los testimonios tan incomfortables; con que certifico á V. M., que es uno de los grandes siervos de Dios que he tratado, y de más honestidad y limpieza de conciencia; y crea vuestra merced que digo en esto verdad. En fin, criado en la Compañía toda su vida, como puede vuestra merced saber... Pienso que viene de arriba, que quiere el Señor que padezcamos, y no hay persona que torne por la verdad, y diga alguna buena palabra por mí. Con verdad digo á vuestra merced, que ninguna turbación ni pena me da por lo que á mí toca, antes particular contento, sino que me parece, que si se averiguase no ser verdad lo que dicen de mí estos Padres, quizá no creyera (el Nuncio) lo que dicen del Padre nuestro Gracián, que es lo que más nos va; y así envió traslado de las patentes que tengo autorizadas, porque dice (el Nuncio) que estamos en mal estado, por estar fundadas las casas sin licencia. Yo entiendo, que el demonio pone todas sus fuerzas por desacreditar estas casas; y así, querría hubiese siervos de Dios que tornasen por ellas. ¡Oh mi Padre, que hay pocos amigos al tiempo de la necesidad!

»Dícenme, que quiere mucho á vuestra merced el Presidente, que está ahí vuestra merced por su causa. Yo creo que él está informado del Nuncio de todo esto, y más. Haríanos mucho al caso, que vuestra merced le desengañase, pues puede como testigo de vista, pues lo es vuestra merced de mi alma. Creo que hará un gran servicio á Nuestro Señor; y le diga vuestra merced lo que importa ir adelante estos principios de esta sagrada Orden, pues como vuestra merced sabe, estaba tan caída... y también suplico á vuestra merced, que de mi parte hable al Padre que confiesa al Nuncio, y le dé mis encomiendas, y vuestra merced le informe de toda la verdad, para que ponga al Nuncio en conciencia, que no publique cosas tan perjudiciales hasta informarse; y le diga, que aunque soy ruin mucho, no tanto que me atreviese á lo que dicen. Esto si á vuestra merced le pareciere, y si no, no.

»Podrále mostrar, si á vuestra merced le parece, por donde he fundado, las patentes, que la una es con precepto que no deje de fundar. Y en una carta me escribió nuestro Padre General, pidiéndole yo que no me mandase fundar más, que quería que fundase tantos monasterios, como tengo pelos en la cabeza. No es razón se desacrediten tantas siervas de Dios, por testimonios; y *pues en la Compañía me han*, como dicen, *criado y dado el sér*, razón sería, á mi parecer,

declarar la verdad, para que persona tan grave como el Nuncio, (pues viene á reformar las Ordenes, y él no es de esta tierra), fuese informado de á quién ha de reformar, y á quién favorecer, y castigase á quien le va con tantas mentiras.

»Vuestra merced verá lo que ha de hacer. Lo que yo le suplico, por amor de Nuestro Señor y de su preciosa madre, que, pues vuestra merced ha favorecidonos desde que nos conoce, que lo haga en esta necesidad, que ellos se lo pagarán muy bien, y vuestra merced lo debe á mi voluntad, y á tornar por la verdad, de la manera que mejor viere que conviene: y suplico á vuestra merced me avise de todo, y principalmente de su salud: la mía ha sido muy poca, que de todas maneras me ha el Señor apretado este año; mas lo que me toca, poca pena me daría, sino que me la da ver que, por mis pecados, padecen estos siervos de Dios. Su Majestad sea con vuestra merced y le guarde. Hágame saber, si ha de estar muy de asiento en este lugar, que me han dicho que sí... Indigna sierva y verdadera hija de vuestra merced. *Teresa de Jesús, Carmelita*» (1).

A fines del mismo año de 1578 contestaba, desde Avila, al Padre Gonzalo Dávila, su confesor, que le había escrito consultándola algunas cosas de espíritu, la siguiente preciosa carta: «JESUS. Sea con vuestra merced. Días ha que no me he mortificado tanto como hoy con letra de vuestra merced; porque no soy tan humilde, que quiera ser tenida por tan soberbia, ni ha de querer vuestra merced mostrar su humildad tan á mi costa. Nunca letra de vuestra merced pensé romper tan de buena gana. Yo le digo que sabe bien mortificar, y darme á entender lo que soy; pues le parece á vuestra merced, que creo de mí puedo enseñar. Dios me libre. No querría se me acordase. Ya veo que tengo la culpa, aunque no sé si la tiene más el deseo que tengo de ver á vuestra merced bueno; que de esta flaqueza puede ser proceda tanta bobería, como á vuestra merced digo, y del amor que le tengo que me hace hablar con libertad, sin mirar lo que digo; que aun despues, quedé con escrúpulo de algunas cosas que traté con vuestra merced, y á no me quedar el de inobediente, no respondería á lo que vuestra merced manda; porque me hace harta contradicción. Dios lo reciba, *Amén*.

»Una de las grandes faltas que tanto es juzgar por mí en estas cosas de oración; y así no tiene vuestra merced que hacer caso de lo que dijere; porque le dará Dios otro talento, que á una mujercilla como yo. Considerando la merced que Nuestro Señor me ha hecho, de tan actualmente traerle presente, y que, con todo esto veo, cuando tengo á mi cargo muchas cosas que han de pasar por mi mano, que no hay persecuciones ni trabajos, que así me estorben. Si es cosa en que me puedo dar prisa, me ha acaecido, y muy de ordinario, acos-

(1) *Obras*, II, p. 193, 194.

tarme á la una y á las dos, y más tarde, porque no esté el alma después obligada á acudir á otros cuidados, más que al que tiene presente. Para la salud hartó mal me ha hecho, y así debe de ser tentación, aunque me parece queda el alma más libre; como quien tiene un negocio de grande importancia y necesario, y concluye presto con los demás, para que no le impidan en nada á lo que entiende ser lo más necesario, y así todo lo que yo puedo dejar que hagan las Hermanas, me da gran contento, aunque en alguna manera se haría mejor por mi mano; mas como no se hace por este fin, Su Majestad lo suple, y yo me hallo notablemente más aprovechada en lo interior, mientras más procuro apartarme de las cosas. Con ver esto claro, muchas veces me descuido á no lo procurar, y cierto, siento el daño, y veo que podría haber más y más diligencia en este caso, y que me hallaría mejor.

»No se entiende esto de cosas graves, que no se pueden excusar, y en que debe estar también mi yerro; porque las ocupaciones de vuestra merced sonlo, y sería mal dejarlas en otro poder, que así lo pienso, sino que como veo á vuestra merced malo, querría tuviese menos trabajo. Y cierto que me hace alabar á Nuestro Señor, ver cuán de veras toma las cosas que tocan á su casa, que no soy tan boba, que no entienda la gran merced que Dios hace á vuestra merced, en darle ese talento, y el gran mérito que es. Harta envidia me hace, que quisiera yo así mi Prelado. Ya que Dios me dió á vuestra merced por tal, querría le tuviese tanto de mi alma, como de la fuente (1) que me ha caído en harta gracia, y es cosa tan necesaria en el monasterio, que todo lo que vuestra merced hiciere en él, lo merece la causa.

»No me queda más que decir. Cierto que trato como con Dios toda verdad; y entiendo, que todo lo que se hace para hacer muy bien un oficio de superior, es tan agradable á Dios, que en breve tiempo, da lo que diera en muchos ratos, cuando se han empleado en esto; y téngolo también por experiencia, como lo he dicho, sino que, como veo á vuestra merced tan ordinario tan ocupadísimo, así por junto me ha pasado por el pensamiento lo que á vuestra merced dije; y cuanto más lo pienso, veo que, como he dicho, hay diferencia de vuestra merced á mí. Yo me enmendaré de no decir mis primeros movimientos, pues me cuesta tan caro. Como vea yo á vuestra merced bueno, cesará mi tentación. Hágalo el Señor como puede y deseo.

Servidora de V. m.—TERESA DE JESÚS.»

(1) Por Agosto de aquel mismo año proyectaban los Padres del Colegio de Avila traer la fuente á su casa, según indicamos antes. A esta fuente alude aquí la Santa Madre.

A la Madre María de San José, Priora de Sevilla, escribe la Santa á mediados de Enero de 1580, entre otras cosas lo que sigue: «Grandemente he agradecido á ese santo de Rodrigo Alvarez (S. J.) lo que hace. Déle mis encomiendas, y dígame que me parece que es más verdadero amigo en hacer las obras que en las palabras: pues nunca me ha escrito ni enviado siquiera unas encomiendas.» «Un gran recaudo á mi Padre Rodrigo Alvarez», escribía á la misma Madre el 4 de Julio. Y el 21 de Noviembre: «Envíale (al P. Prior de las Cuevas) un gran recaudo de mi parte, y al P. Rodrigo Alvarez también, que me holgué con el suyo.» Igual encargo la hacía el 28 de Diciembre del mismo mes (1).

En carta á Doña Isabel de Osorio, fechada al 8 de Abril de 1580, decíale Santa Teresa lo que sigue: «Dícenme estará ahí (2) presto, si no lo está ya, un Provincial, que ahora han hecho en esta Provincia, de la Compañía (3). Sepa vuestra merced que es de los mayores amigos que tengo: hame confesado algunos años; procure vuestra merced hablarle, que es un santo, y hacerme merced, en viniendo, de darle esa carta mía en su mano, que no sé por donde la pueda guiar mejor.»

Véase ahora con qué interés tomaba nuestra Santa los asuntos relativos á la Compañía de Jesús. «Una merced me ha de hacer ahora vuestra excelencia en todo caso, escribía á la duquesa de Alba, porque me importa se entienda el favor que vuestra excelencia me hace en todo; y es que en Pamplona de Navarra se ha fundado ahora una casa de la Compañía de Jesús, y entró en paz. Después se ha levantado gran persecución contra ellos, que los quieren echar del lugar. Hanse amparado del Conde-Estable, y su señoría los ha hablado muy bien, y hecho mucha merced. La que vuestra excelencia me ha de hacer es, escribir á su señoría una carta, agradeciéndole lo que ha hecho, y mandándole lo lleve muy adelante, y los favorezca en todo lo que se les ofreciere.

»Como ya sé, por mis pecados, la aflicción que es á religiosos verse perseguidos, helos habido lástima; y creo gana mucho con su Majestad quien los favorezca y ayude: y esto querría yo ganase vuestra excelencia, que me parece será de ello tan servido, que me atrevería á pedirlo también al duque, si estuviera cerca. Dicen los del pueblo, que lo que ellos gastaren tendrán menos; y hace la casa un caballero, y les da muy buena renta, que no es de pobreza; y cuando lo fuere, es harto poca fe, que un Dios tan grande les parezca

(1) *Obras*. II, pags. 236, 255, 265 y 268.

(2) Madrid.

(3) Era éste el venerable P. Baltasar Alvarez, que poco antes había sido nombrado Provincial de Toledo. Murió el 25 de Julio siguiente en Belmonte. Decía de él Santa Teresa, que era el que más la había aprovechado para el aumento de su alma.—NOTA DEL SR. LA FUENTE.

que no es poderoso para dar de comer á los que le sirven. Su Majestad guarde á vuestra excelencia, y la dé, en esta ausencia, tanto amor suyo, que pueda pasarlo con sosiego; que sin pena será imposible.

»Suplico á vuestra excelencia que, á quien fuere por la respuesta de ésta, mande vuestra excelencia dar ésta que le suplico. Y ha de ir, que no parezca carta ordinaria de favor, sino que vuestra excelencia lo quiere. Mas ¡qué importuna soy! de cuanto vuestra excelencia me hace padecer, y ha hecho, no es mucho me sufra ser tan atrevida» (1).

El mismo señor Palafox, comentando esta carta, se expresa así: «Escribe la Santa, á esta gran Señora solicitando que el señor Condestable de Navarra, su cuñado... amparase á estos Padres en su fundación. Y pídelo ardientemente la Santa, porque ardientemente amaba á esta religión fervorosa, retornándola en sus fundaciones lo que sus hijos la ayudaron á ella en las suyas; y con vivas razones suplica, que no sea de cumplimiento la intercesión, que no era de cumplimiento su amor y deseo» (2).

CUARTO PERÍODO

JULIO DE 1580 — 15 DE OCTUBRE DE 1582

Pasemos ya al último período que abarca sólo los dos años posteriores de la preciosa vida de nuestra Santa.

El 25 de Julio de 1580, murió en Belmonte el P. Baltasar Álvarez, S. J. La Santa Madre Teresa de Jesús, dice el P. Luis de La Puente, supo la muerte de este varón, estando ella en Medina del Campo, y sin poderse contener, estuvo más de una hora llorando, sin que nadie fuese parte para consolarla; y preguntándola, «¿cómo sintiendo tan poco las cosas del mundo, sentía ésta tanto? Respondió: Lloro porque sé la grande falta que hace y ha de hacer en la iglesia de Dios este su siervo»; y con esto se quedó arrobada más de dos horas. Lo que pasó en este raptó no lo dijo; mas sabemos que muchas veces dijo la revelación, que en el capítulo XI referimos, del alto grado de santidad que el P. Baltasar tenía en la tierra, y de la grande gloria para que estaba predestinado en el cielo; y yo he

(1) Carta á la excelentísima Sra. D.^a María Henríquez, duquesa de Alba, 8 de Mayo de 1580. *Obras*, II, p. 251, 252.

(2) *Ibíd.*, p. 252. Nota 2.

sabido de una persona muy sierva de Dios (1), muy devota de esta Santa, y muy aficionada de nuestra Compañía, de cuya verdad y virtud tengo grande certeza y seguridad, que estando muy afligida se le apareció esta gloriosa y Santa Madre, muchos años después de su muerte, la cual, para consolarla en su trabajo, la dijo, entre otras muchas cosas, estas formales palabras, que eran á propósito para su consuelo: «Yo también soy hija de la Compañía, y tuve confesor en ella, y ahora en el cielo le reconozco y le respeto.» Y es cierto que entendió ella esto del P. Baltasar Alvarez (2).

En confirmación de lo que acabamos de decir, véase el retazo de una carta de la Madre María Ana del Espíritu Santo, religiosa Carmelita. «Poco antes que muriese, el P. Baltasar Alvarez escribió á la Madre Priora del convento nuestro de Malagón, que estaba en Toledo de camino para Belmonte; que á la vuelta pensaba vernos y consolarnos á todas; y cierto le esperábamos con harto deseo de oír sus santas palabras; y nuestra Madre fundadora había escrito, junto con su carta, que también estaba en Toledo, mandando á la Madre Priora que no quedase monja que no diese cuenta de sí al P. Baltasar Alvarez; y como después supo había muerto en Belmonte, nos lo escribió, y la mucha pena que le había dado. Entre las demás razones, dijo: «Mis hijas, este es de los castigos que Nuestro Señor hace en la tierra: quitarnos los Santos que hay en ella». La Madre Inés de Jesús, que es la que ha sido Priora desde que se fundó esta casa, y lo era, en aquel tiempo, en la de Medina del Campo, dice tomó allí, la nueva de la muerte del Santo, á nuestra Madre fundadora, y que lo sintió mucho, y le lloró; que no se acuerda haberla visto llorar por otra cosa, aunque se le ofrecían hartos trabajos» (3).

El 4 de Marzo de 1581, escribía Santa Teresa desde Palencia á la ilustrísima señora doña Ana Henríquez, estas notables palabras: «Para cosas del alma hallo soledad, porque no hay aquí ninguno de la Compañía de los que conozco. A la verdad, en todo cabo la hallo, que con estar lejos nuestro Santo (el P. Baltasar Alvarez, muerto el año anterior) parece me hacía compañía, porque aun por cartas podía comunicar algunas cosas. En fin, estamos en destierro, y es bien sintamos que lo es» (4).

Arregladas ya las disensiones entre Carmelitas Calzados y Descalzos, prosiguió la Santa Madre la fundación de sus monasterios, empezando por el de Villanueva de la Jara. «Habiendo venido á esta fundación, dice la Santa, mandóme el Prelado ir á Valladolid, á peti-

(1) La Venerable D.^a Marina de Escobar, cuya vida escribió el mismo Padre La Puente.

(2) Cfr. *Vida del V. P. Baltasar Alvarez*, cap. LIII, § I.

(3) El original de esta carta está en el Archivo General Central de Alcalá. I. P., leg. 352.

(4) *Obras*, II, p. 282.

ción del Obispo de Palencia, que es don Álvaro de Mendoza... Como había dejado el Obispado de Avila y pasádose á Palencia, púsole Nuestro Señor en voluntad que allí hiciese un monasterio de esta sagrada Orden. Llegada á Valladolid, dióme una enfermedad tan grande que pensaron muriera. Quedé tan desganada, y tan fuera de parecerme podría hacer nada... que aun no podía persuadirme á hacerla... Había casi un año que se trataba de hacerla, junto con la de Burgos; antes no estaba yo tan fuera de ello: mas entonces eran muchos los inconvenientes que hallaba, no habiendo venido á otra cosa á Valladolid... Todo se me hacía imposible; y si entonces acertara con alguna persona que me animara, hiciérame mucho provecho; mas unos me ayudaban á temer, otros, aunque me daban algunas esperanzas, no bastaban para mi pusilanimidad.

»Acertó á venir por allí un Padre de la Compañía, llamado el maestro Ripalda, con quien yo me había confesado un tiempo, gran siervo de Dios: yo le dije cuál estaba, y que á él le quería tomar en lugar de Dios, que me dijere lo que le parecía. El comenzóme á animar mucho, y díjome, que de vieja tenía ya esta cobardía: mas bien veía yo que no era eso, que más vieja soy ahora y no la tengo; y aun él también lo debía entender, sino para reñirme, que no pensase era de Dios. Andaba entonces esta fundación de Palencia, y la de Burgos juntamente, y para la una ni la otra yo no tenía nada; mas no era esto, que con menos suelo comenzar. El me dijo que en ninguna manera lo dejase: lo mismo me había dicho poco había en Toledo un Provincial de la Compañía, llamado Baltasar Alvarez, mas entonces estaba yo buena. Aquello me bastó para determinarme» (1).

Terminada felizmente la fundación palentina, pasó la Santa Madre á la de Soria, que se realizó el día de la Transfiguración del Señor, 6 de Agosto de 1581. «Aquel día, dice ella, se dijo la primera misa en la iglesia, con harta solemnidad y gente. Predicó un Padre de la Compañía de Jesús» (2).

Llegamos ya á la postrera de las fundaciones llevadas á cabo por aquella admirable mujer, más que mujer, mujer fuerte y formada según el corazón de Dios. Fué esta fundación la de Burgos, debida en parte á la iniciativa de algunos Padres de la Compañía de Jesús, como nos lo cuenta la misma Santa fundadora. «Había más de seis años, dice, que algunas personas de mucha religión de la Compañía de Jesús, antiguas, y de letras y espíritu, me decían que se serviría mucho Nuestro Señor, de que una casa de esta sagrada religión estuviese en Burgos; dándome algunas razones para ello que me movían

(1) *Fundaciones*, cap. XXIX.

(2) *Ibid.*, cap. XXX. Llamábase este Padre, Francisco de la Carrera.

á desearlo. Con los muchos trabajos de la Orden y otras fundaciones, no había habido lugar de procurarlos» (1).

Narra después la Santa Madre las múltiples dificultades, contradicciones y persecuciones de todo género que tuvo que superar, hasta que al fin el señor Arzobispo de Burgos, D. Cristóbal Vela, «dió licencia al Doctor Manso para que dijese otro día la misa, y pusiese el Santísimo Sacramento. Dijo él la primera, y el Padre Prior de San Pablo (que es de los Dominicos, á quien siempre esta Orden ha debido mucho, y á los de la Compañía también): él dijo la misa mayor... con mucha solemnidad de ministriles, que sin llamarlos se vinieron» (2).

Terminada la fundación de Burgos, á últimos de Julio de 1582, salió la Santa Madre de aquella ciudad, camino de Palencia; de aquí pasó á Valladolid. Durante su breve permanencia en esta ciudad, escribió varias cartas. En una de ellas, dirigida á la Madre Tomasina Bautista, Priora de Burgos, la decía entre otras cosas lo que sigue: «De que haya ido allá el Rector (Padre Gaspar Sánchez, S. J.) me huelgo: muéstrele agasajo, y confiésese alguna vez con él, y pídale sermones» (3). Desde Valladolid, pasó poco después á Medina del Campo. Llegada á esta villa recibió orden de su Provincial para que pasara á Alba de Tormes, donde murió el 15 de Octubre de aquel mismo año.

Por lo que llevamos dicho hasta aquí, aparece con claridad meridiana cuán sincero, profundo y perseverante fué el amor que la Santa reformadora del Carmelo profesó á la Compañía de Jesús. Juzgue, pues, el lector por sí mismo qué calificativo merecerá el escritor que, conociendo todo lo que llevamos transcrito de Santa Teresa, tuvo la osadía de estampar las siguientes palabras: «Santa Teresa de Jesús miraba á los Jesuitas con fastidio, con desdén y desagrado. Aunque quiso á algunos, y *muy en los principios*, después se desengañó y ya cantaba de otro modo. De todo es preciso inferir la consecuencia, que no fué á estos Regulares tan favorable la Santa; antes tienen contra sí á toda una seráfica doctora Santa Teresa de Jesús» (4). Inspira verdadera compasión aquel pobre hombre, que tales cosas escribió, víctima (5) de la tiranía oficial de Aranda, que era á su vez vil instrumento de Voltaire, y como él, uno de los hombres más cínicos de cuantos registra en sus páginas la historia de la humanidad.

Huelga también aquí todo comentario á las malévolas y falsas

(1) *Fundaciones*, cap. XXXI.

(2) *Ibid.*, cap. XXXI.

(3) Carta fechada el 27 de Agosto de 1582. *Obras*, II, p. 334.

(4) Rodríguez de Arellano, *Doctrina de los expulsos extinguida*, § XXXV, núms. 536, 539 y 541.

(5) Menéndez Pelayo, *Heterodoxos*, lib. VI, cap. II, § V.

insinuaciones del Sr. D. Miguel Mir en su obrita antes citada. Tampoco nos detendremos en refutar el fragmento de una carta, evidentemente apócrifa, que atribuyeron á San Juan de la Cruz los eternos enemigos de los Jesuitas, y que ahora quiere vendernos como un gran hallazgo el citado Sr. Mir.

Sabido es, en efecto, que á mediados del siglo XVIII, los enciclopedistas volterianos y jansenistas fabriçaron, y difundieron por Europa, una supuesta profecía de Santa Teresa acerca de la extinción de la Compañía de Jesús, á la cual juntaron un retazo de carta, que decían ser de San Juan de la Cruz, lleno de improperios contra la misma Compañía. Hoy día, ningún escritor que se precie en algo, da ninguna fe á aquella infame superchería (1), y por lo mismo nos juzgamos dispensados de refutarla, porque las supercherías conocidamente tales, no se refutan, sino que se desprecian.

II

Las amargas quejas de Santa Teresa en su carta al Canónigo de Palencia, D. Jerónimo Reinoso, no van dirigidas contra la Compañía de Jesús

«Los enemigos de los Jesuitas, dice D. Vicente de la Fuente (2), quisieron hacer gran caudal de esta carta, con harta ridiculez é impertinencia, pues, aun cuando el texto fuese relativo á los Jesuitas (en lo que yo no entro á fallar) significa hartó poco contra ellos, y se necesita tener muy poca lógica y mucho odio para sacar argumentos hiperbólicos contra la Compañía.

El P. Montoya (Hoyoman) manifestó la insubsistencia de ellos con una templanza, moderación y energía que le honran. Siguiendo sus pasos, y compendiando sus raciocinios (necesariamente prolijos) los rebatieron también los Padres Bolandistas y el director de la edición de las obras de Santa Teresa, de 1852 (aquellos en los núms. 1,005 y 1,652 (3), y éste en el tomo VI de la edición de *Castro Palomino*, pág. 344); ambos con igual templanza. El director de esta última edición, con gran finura, ni aun entró á expresar las razones del

(1) Cfr. Montoya (Hoyoman), *L' amore scambievole*, t. I, cap. VII, § III. La Fuente, *Obras*, II, págs. 346-348. Vandermoere, *Acta S. Teresiae*, § LXXXIII.

(2) *Obras de Sta. Teresa*, t. II, 324, nota.

(3) Vandermoere, *Acta S. T.*, § LXXXIV.

P. Montoya, de que el Instituto que hostilizaba, ó quería hostilizar á Santa Teresa, en Burgos, era el de los Carmelitas Calzados.»

Hasta aquí el Señor La Fuente. Nada más añadiríamos por nuestra parte, si no fuera éste el argumento *aquiles* de los enemigos de los jesuitas, en su afán de presentarnos á Santa Teresa, como contraria á la Compañía de Jesús.

Copiamos á continuación la carta de referencia. Dice así:

1. «JESUS: La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced. Siempre que veo carta suya me consuela, y da pena no poder descansar muchas veces con hacer esto. Ya sé que vuestra merced lo tiene entendido, y con todo me pesa de no poder más.

2. Por esta carta, que ahí va, que amosará (mostrará) á vuestra merced la Madre Priora, que escribo al P. Rector Juan del Aguila, verá vuestra merced algo de lo que pasa de la Compañía, que verdaderamente parece comienzan enemistad formada: y fúndala el demonio en echarme culpas por lo que me habían de agradecer, con testimonios bien grandes, que ellos mismos podrían dar testigos en algunos (¡todo va á parar en estos negros intereses!) que dice, que quise, y que procuré: y harto es no decir que pensé: y como yo creo que ellos dirán mentira, veo claro que el demonio debe andar en este enredo.

3. Ahora dijeron á Catalina de Tolosa, que porque no se les pagase nuestra oración, no querían tratasen con las Descalzas. Mucho le debe ir á el demonio en desavenirnos, pues tanta prisa se da. También la dijeron que venía acá su General, que era desembarcado. Heme acordado que es amigo del señor D. Francisco: si por aquí se pudiese deshacer esta trama y poner silencio, con enterarse de la verdad, sería gran servicio de Dios: porque para gente tan grave tratar de niñerías de tal suerte, es lástima. Vuestra merced lo verá y conforme á lo que le pareciere, pondrá remedio. Ya tendrán á vuestra merced bien cansado esos papeles: suplico á vuestra merced me los envíe, en hallando cosa muy segura en todo caso, y me encomiende á Nuestro Señor. Su Majestad guarde á vuestra merced, como yo le suplico. Amén. Son hoy 20 de Mayo. Al señor D. Francisco y á esas señoras tías de vuestra merced beso las manos de sus mercedes.

Indigna sierva de vuestra merced.—*Teresa de Jesús.*»

Lo primero que hay que averiguar para la recta inteligencia de esta carta es la significación de aquellas palabras algo anfibiológicas: «*verá vuestra merced algo de lo que pasa de la Compañía*» ¿quiere significar con ellas la Santa Madre que los Padres de la Compañía del Colegio de Burgos eran los que la contradecían, ó más bien que ellos eran hostigados por otros, por hacer causa común con las Descalzas? Depende de la significación que tenga la palabra *de* en la

mente de la Santa Madre, la cual no será difícil averiguar, si cotejamos la frase en cuestión con otra parecida de la misma Santa. En carta al Padre Gracián dice ella: «*Por esa carta veré vuestra paternidad lo que se ordena de la pobre vejexuela.*» Del contexto de la mencionada carta aparece claro que la palabra *de* equivale á *contra* (1). Según esto la fuerza de la frase que discutimos, sería: «*Veré vuestra merced algo de lo que pasa de (contra) la Compañía.*»

Persuade esta interpretación el que sin ella resultaría ininteligible todo lo que sigue: Porque, ora atendamos al tiempo y circunstancias en que fué escrita la mencionada carta, ora á muchas de sus cláusulas, no es posible que vaya dirigida contra los Padres de la Compañía de Jesús, que moraban en Burgos.

En efecto, la Santa Madre escribió dicha carta á 20 de Mayo de 1582. Pues bien, por aquella misma fecha escribió igualmente el capítulo XXXI del libro de las *Fundaciones*, en que narra la de Burgos; y en este capítulo, después de haber dicho que su Orden debía mucho á los Padres Dominicos, añade: «*y á los Padres de la Compañía también*»; y esto, á pesar de que no venía á cuento, ni remotamente, el mencionar á los Padres de la Compañía: porque allí había hecho mención de los Padres Dominicos y por lo tanto parece natural que hiciera aquella declaración, pero á la Compañía para nada la había mencionado. De modo que no parece sino que la Santa Madre pone especial empeño en manifestar, *oportune et importune*, su profunda gratitud á los Padres de la Compañía de Jesús, como quiera que palpitaba en su virginal pecho un corazón generosísimo y sumamente agradecido. Ahora bien, ¿quién podrá creer que al mismo tiempo que así mostraba su gratitud á la Compañía, aun sin venir á cuento, lanzara contra la misma Compañía las amargas quejas que revelan su carta al canónigo Reinoso?

Además, véase cómo se expresa el Padre Francisco de Santa María, Carmelita Descalzo, á propósito de la fundación de Burgos (1): «*Dió los primeros pasos en esta fundación un Padre de la Compañía, morador de Burgos, quien, conociendo á Catalina de Tolosa, mujer principal y rica, que había quedado viuda con cinco hijas y dos hijos, inclinados á Religión, la persuadió que, segregando de su hacienda cinco mil ducados, hiciese un Convento de la nueva Reforma... Agrada la Señora de esto, pidió al Padre escribiese á la Santa. Hízolo el año de 1577... Respondió la Santa que se esperasen el verano, que todo se haría bien, dando tiempo al tiempo: porque el de entonces era muy embarazado y rigurosísimo para la Orden...*»

Habiendo dado Dios paz á la Orden, y libertad á la Santa para poder fundar... los Padres de la Compañía, de Burgos, y Catalina de Tolosa, la daban gran priesa para que fuera á fundar allí.» Ahora

(1) *Crónica de los Descalzos*, lib. V, cap. XXV, Núms. 1, 2.

bien, ¿cómo se compaginan estas palabras con aquellas otras de la Santa: «Todo va á parar en estos negros intereses», si suponemos que éstas se refieren á la Compañía de Jesús?

Pero no sólo las circunstancias de lugar y tiempo, se oponen á que las quejas de la Santa Madre en la citada carta, puedan referirse á la Compañía, sino también muchas de sus cláusulas, las cuales, por otra parte, tienen fácil explicación si las comparamos con otros pasajes de su correspondencia en aquella época.

Así, por ejemplo, en el número 3 dice: «Ahora dijeron á Catalina de Tolosa etc...» Pues bien, el 1.º de Febrero anterior había escrito la Santa al Lic. Martín Alonso de Salinas lo que sigue: «Estos Padres (1) se defienden mucho, y se quejan de mí porque le escribí al señor Canónigo (Reinoso), que nunca tal han hecho: No sé quién se lo pudo decir, aunque á mí se me da poco. Agora han ido á ver á Catalina de Tolosa, de que nosotras salimos de su casa, me enviaron á decir que no me cansase yo de procurar nos viesen: que si su General de Roma no se lo manda, no lo harán hasta que tengamos monasterio; que no quieren que piensen es su Orden y la nuestra toda una (2), (¡mire vuestra merced qué talle!), y que anda revuelta medio Palencia por lo que yo escribí. He dicho esto para que lo vea el señor canónigo Reinoso, y suplicar á vuestras mercedes que no me hagan merced en este caso. Ellos se deben entender: otro día vendrán aquí otros que estén de otro humor.

»El caso es que si queremos fundar, hemos de tener casa, y así estamos esperando las renunciaciones de esas hermanas para ella: porque, aunque quiera Catalina de Tolosa, (no) puede si no es así: aun acá nos regala hartó y tiene gran cuidado» (3).

En el mismo número 3 dice también la Santa Madre: «Mucho le debe ir al demonio en desavenirnos, pues tanta prisa se da». Nótese que hacía solamente cosa de año y medio que se habían arreglado en paz las desavenencias surgidas entre los Carmelitas Calzados y Descalzos. Añade Santa Teresa: «También la dijeron (á Catalina de Tolosa) que venía acá su General, que era desembarcado. Heme acordado que es amigo del señor don Francisco: si por aquí se pudiese deshacer esta trama y poner silencio, con enterarse de la verdad,

(1) Tres religiones concurrían á fundar, en aquel tiempo, en Burgos: nuestros Padres Observantes, los Basillios y los Mínimos. Pudo suceder alguno de los encuentros, que ni suele faltar entre los santos. *Nota del Padre Fray Antonio de San José, Carmelita.*

(2) Aunque Fray Antonio de San José, dice el Sr. La Fuente, trata de hacer recaer la cuestión embozadamente sobre los Jesuitas, lo que dice de *ser una su Orden y la nuestra*, manifiesta claramente que la disputa era con los Carmelitas Observantes. (*Obras*, t. II, pág. 319, nota 2.) A decir verdad, no creo posible que á Santa Teresa pudiera jamás ocurrírsele que eran una misma cosa la Compañía de Jesús y la Reforma Carmelitana.

(3) *Ibid.*

sería gran servicio de Dios.» Ahora véase lo que dice la misma Santa en carta del 14 de Julio del mismo año, ó sea casi dos meses después de la anterior: «Una carta he recibido del buen Padre Nicolao (1) que me ha dado contento. Está ya en Génova, y muy bueno, que le fué muy bien por la mar, y tiene nuevas de que nuestro Reverendísimo Padre General viene allí de aquí á diez días, á donde tratará todos los negocios, y se volverá sin pasar adelante» (2). Parece indicar con estas palabras que el General á que se refiere contaba venir á España, pero que después se arregló la cosa con ir de aquí un comisionado, que tuviera una entrevista con él, á fin de dar solución á lo que hacía al caso; como en efecto así sucedió, según afirma la misma Santa Teresa en carta del 3 del siguiente Agosto. «Una carta, dice en ella, he tenido del Padre Fray Nicolás (Doria), y dice de cómo vino el General luego á los diez días que había dicho en la otra, y húbose muy bien con él, y dióle el despacho á que iba, con mucha gracia y voluntad... Encomiéndele mucho á Dios y denle gracias por tanta merced como nos ha hecho Su Majestad, de quedar tan en gracia del General. Hagan alguna procesión, y diga algo al Señor en hacimiento de gracias, que ya no nos falta nada sino ser muy santas, y servir á Dios estas mercedes» (3).

Supuesto lo que antecede, es fácil colegir que pudo esparcirse por Burgos el rumor de que venía á España aquel Reverendísimo Padre General, con lo que se explica, sin dificultad, lo que dice la Santa en su carta. Por lo que respecta al Padre General de la Compañía de Jesús, que lo era entonces el Padre Claudio Aquaviva, elegido al principio del año anterior, ni pensó jamás en venir á España, ni había motivo alguno para ello. Además, es de todo punto inverosímil que el Padre Aquaviva, que nunca estuvo en España, fuera amigo del señor don Francisco, tío carnal del canónigo Reinoso, que vivía en Palencia: y por lo mismo, lo que en su carta dice Santa Teresa no puede en manera alguna referirse á aquel Padre.

Finalmente, téngase presente que aquella frase, al parecer algo cruda, de la Santa Madre, cuando dice, hablando de los que la contradecían: *yo creo que ellos dirán mentira*, no significa en su pluma, la mentira propiamente tal, sino sólo una cosa falsa; como si dijera: *yo creo que es falso lo que ellos dicen*, etc. Para convencerse de ello basta recordar solamente estas notables palabras de la misma Santa, en una de sus Relaciones: «Si veo en algunas personas cosas que á la clara parecen pecados, no me puedo determinar que aquellos hayan

(1) Nicolás Doria, Carmelita.

(2) Carta á la M. María de San José, Priora de Sevilla, 14 de Julio de 1582. *Obras*, t. II, pag. 330, col. 1.^a

(3) Carta á la M. Tomasina Bautista, Priora de Burgos, 3 de Agosto de 1582. *Obras*, t. II, pags. 330, 331.

ofendido á Dios; y si algo me detengo en ello, que es poco ó nada, nunca me determinaba, aunque lo veía claro. Y parecíame que el cuidado que yo traigo de servir á Dios, traen todos» (1).

3.º

Carta de San Pedro de Alcántara á Santa Teresa de Jesús

El Espíritu Santo hincha el alma de vuestra merced.

Una suya vi, que me enseñó el señor Gonzalo de Aranda, y cierto que me espanté que vuesa merced ponía en parecer de letrados lo que no es de su facultad, que si fuera cosa de pleitos, ó caso de conciencia, bien era tomar parecer de juristas ó teólogos; mas en la perfección de la vida no se ha de tratar sino con los que la viven, porque no tiene ordinariamente alguno más conciencia ni buen sentimiento de cuanto bien obra; y en los consejos evangélicos no hay que tomar parecer, si será bien seguirlos ó no, ó si son observables ó no, porque es ramo de infidelidad; porque el consejo de Dios no puede dejar de ser bueno, ni es dificultoso de guardar, si no es á los incrédulos y á los que fían poco de Dios, y á los que solamente se guían por prudencia humana; porque el que dió el consejo dará el remedio, pues que le puede dar, ni hay algún hombre bueno que dé consejo que no quiera que salga bueno, aunque de nuestra naturaleza seamos malos; cuánto más el soberanamente bueno y poderoso quiere y puede que sus consejos valgan á quien los siguiere. Si vuestra merced quiere seguir el consejo de Cristo, de mayor perfección en materias de pobreza, sígalo, porque no se dió más á hombres que á mujeres, y El hará que le vaya muy bien, como ha ido á todos los que lo han seguido. Y si quiere tomar el consejo de letrado sin espíritu, busque harta renta, á ver si le valen ellos ni ellas, más que el carecer de ella por seguir el consejo de Cristo. Que si vemos faltas en monasterios de mujeres pobres, es porque son pobres contra su voluntad, y por no poder más, y no por seguir el consejo de Cristo, que yo no alabo simplemente la pobreza, sino la sufrida con paciencia por amor de Cristo, Señor nuestro, y mucho más la deseada, procurada y abrazada por amor; porque si yo otra cosa sintiese ó tuviese con determinación, no me tendría por seguro en la fe. Yo creo en esto y en todo á Cristo, nuestro Señor, y creo firmemente que sus consejos son muy buenos, como consejos de Dios, y creo que, aunque no obliguen á pecado, que obligan á un hombre á ser más perfecto, siguién-

(1) Cfr. lib. IV, cap. XXVI, pag. 516, n.º 24 de esta Obra.

dolos, que no los siguiendo; digo, que le obligan y que le hacen más perfecto, á lo menos en esto, y más santo y más agradable á Dios. Tengo por bienaventurados (como su Majestad dice) á los pobres de espíritu, que son los pobres de voluntad, y téngolo visto, aunque creo más á Dios que á mi experiencia; y que los que son de todo corazón pobres, con la gracia del Señor, viven vida bienaventurada, como en esta vida la viven los que aman, confían y esperan en Dios. Su Majestad dé á vuestra merced luz, para que entienda estas verdades y las obre. No crea á los que dijeren lo contrario por falta de luz, ó por incredulidad, ó por no haber gustado cuán suave es el Señor á los que le temen y aman, y renuncian por su amor todas las cosas del mundo no necesarias para su mayor amor; porque son enemigos de llevar la cruz de Cristo y no creen su gloria, que después de ella se sigue. Y dé asimesmo luz á vuestra merced, para que en verdades tan manifestas no vacile, ni tome parecer sino de los seguidores de los consejos de Cristo, que aunque los demás se salvan, si guardan lo que son obligados, comúnmente no tienen luz para más de lo que obran; y aunque su consejo sea bueno, mejor es el de Cristo, Nuestro Señor, que sabe lo que aconseja y da favor para lo cumplir, y da al fin el pago á los que confían en El, y no en las cosas de la tierra.

De Avila y de Abril 14 de 1562 años.—Humilde capellán de vuestra merced,

FRAY PEDRO DE ALCÁNTARA

4.º

Documentos relativos al estado actual del Corazón de Santa Teresa de Jesús y á las espinas que de él han brotado

I

**Relación que las religiosas del convento de la Anunciación
de Alba de Tormes, donde se conserva dicho corazón,
fecha del 5 de Junio de 1870, dan al Procurador general de la Orden,
en Roma, de lo que han "visto y oído"**

«Es muy cierto y verdadero que existen y se ven perfectamente á cada lado del santo corazón de nuestra seráfica y gloriosa Madre Santa de Teresa de Jesús, separados de él y, al parecer, del mismo color que conserva el santo corazón, unos como palitos, que tienen forma de espinas, y por eso las llamamos así; éstas son tres, y ahora parece se va divisando otra al lado derecho del santo corazón, pero esto no se puede afirmar todavía, y parece nacen

de la parte inferior del santo corazón, y suben hacia arriba. Dos de estas espinas las divisó primero una Religiosa, ya difunta, llamada Paula de Jesús, la víspera de nuestro Padre San José (después de maitines), del año de 1836, y al día siguiente, festividad del Santo Patriarca, las vieron todas las religiosas que entonces existían, y dos que todavía viven.

Estas dos espinas están á cada lado del santo corazón, y el año 1836 que se principiaron á ver eran muy pequeñitas, cuanto se percibían, y han ido creciendo de modo que tienen más de dos pulgadas de alto, que han crecido, de lo que somos testigos de vista todas las que vivimos.

La tercera espina principiamos á divisarla el día 26 de Agosto del año 1864, día en que celebramos la festividad de la Transverberación del corazón de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús; cuando principiamos á ver esta tercera espina, era muy pequeñita, como la punta de un alfiler, y ahora tiene ya cerca de una pulgada de alto. De haber visto nacer y crecer esta tercera espina somos testigos todas las que firmamos.

Es cuanto podemos decir de lo que *hemos oído y visto* acerca de lo acontecido en el santo corazón de nuestra gloriosa Madre Teresa de Jesús, y por ser verdad lo firmamos en este nuestro convento de la Anunciación de Carmelitas Descalzas de la villa de Alba de Tormes, á 5 de Junio de 1870.—María Candelas de Santa Teresa, *subpriora* y *clavaria*.—Ana Rafaela del Corazón de María, *clavaria*.—María Josefa del Corazón de Jesús.—Paula del Salvador.—Antonia de Jesús.—María Teresa de Jesús, *priora*.—María Dolores de Jesús Nazareno, *clavaria*.—María Carmen de San Agustín.—María Teresa del Carmen.—Andrea de San Juan Evangelista.—María Antonia de San Juan de la Cruz.—María Teresa de Santo Tomás.—Teresa María de los Santos Reyes.—Josefa María del Santísimo Sacramento.»

«Los profesores en medicina y cirugía de la Universidad de Salamanca, Dr. Manuel Elena, licenciado Agapito González y Domingo Sánchez, atestiguan, en obsequio de la verdad, en 7 de Junio de 1870, que quedaron sorprendidos al examinar el corazón de Santa Teresa de Jesús viendo cuatro excrecencias ó espinas que nacían de la parte inferior de dicho corazón. La longitud varía en todas ellas, siendo las dos primeras que se presentaron de más de 2 pulgadas de largo (más de 50 milímetros) y del grueso de un alfiler; otra de una pulgada, y la última en su nacimiento. Califican el hecho de preternatural ó prodigioso.»

II

Carta del Ilmo. Sr. D. Fray Joaquín Lluch, Obispo de Salamanca,
al Procurador General de los Carmelitas Descalzos,
en Roma, Fray Pascual de Jesús María

Salamanca, 6 de Abril de 1872.—Reverendísimo Padre. Durante el octavario de la fiesta de la Santa Madre en 1870, practiqué la santa Pas-

toral Visita del convento de nuestras hermanas Descalzas, de Alba de Tormes. Con este motivo penetré en la clausura, y pude ver de cerca, y con mucha luz, el relicario donde está el corazón de Santa Teresa. Este se halla muy entero, encerrado dentro de un tubo de cristal. En el fondo de dicho tubo hay un poco de polvillo, desprendido de la santa reliquia. De este polvillo, y no del corazón, salen tres vegetales sin hojas, que por eso se ha dado en llamarlas espinas, y van creciendo con el tiempo alrededor del santo corazón. *Esto es admirable; pero al autentizar la copia de la santa reliquia no permití se escribiera, como se pretendía: Salen del santo corazón tres milagrosas espinas, sino que hice escribir: Nótanse en torno del santo corazón tres espinas.*

Esto es lo que hay, mi querido padre, sobre el particular del cual me habla. Si después de esta franca y leal explicación insiste V. R. en que se dé principio al expediente, no tendré dificultad en complacerle.—FR. JOAQUÍN, Obispo de Salamanca.

III

**Informe y dictamen facultativo
de los Doctores de medicina y cirugía de la Universidad de Salamanca,
acerca del estado actual
del corazón seráfico de Santa Teresa de Jesús**

«En la villa de Alba de Tormes, á diez y siete de Julio de mil ochocientos setenta y dos, siendo las once de su mañana, hora destinada por la reverenda Madre Priora del convento de las Madres Carmelitas descalzas de esta referida villa, para franquear, autorizada por el excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo de esta diócesis, la clausura, con objeto de observar detenidamente el corazón de Santa Teresa de Jesús; reunidos en la portería del citado convento, el Dr. D. Manuel Elena, profesor de medicina, D. Domingo Sánchez, profesor de cirugía, D. Miguel Sánchez Tíruel, auxiliar designado por éstos para la visita ocular, conmigo el infrascrito Fr. Santos del Carmelo Salcedo, secretario nombrado por el excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo de esta diócesis para levantar la presente acta; se puso de manifiesto á la reverenda Madre Priora el oficio de autorización que en once del corriente dirigió el excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo al profesor de medicina Sr. Elena, para que, acompañado de los señores citados, pudieran observar y emitir á su tiempo un científico y razonado dictamen acerca de la aparición y crecimiento que al parecer se observa en las espinas del corazón de Santa Teresa de Jesús; y abierta la clausura penetraron en el convento, trasladándose al camarín donde se halla colocada la santa reliquia, acompañados de la reverenda Madre Priora, la Subpriora, Clavarias y Terceras de la Comunidad, y puesta la urna ó capillita, en que se halla colocado el santo corazón, sobre

una mesa inmediata á la ventana del camarín, con luz clara y bastante, se procedió por los facultativos á practicar un minucioso y detenido examen de la santa reliquia, tomando la medida de la longitud de las espinas y corazón y diámetro de éste, y habiendo manifestado hallarse completamente enterados de todo, se dió por terminado este acto á la una de la tarde, con la extensión de la presente acta, que firman todos los concurrentes, y que yo, el secretario nombrado al efecto, certifico.

»Dr. D. Manuel Elena. — Domingo Sánchez. — Miguel Sánchez Teruel.
—Fr. Santos del Carmelo Salcedo, *secretario*.»

DICTAMEN FACULTATIVO

«Los que suscriben, profesores en medicina y cirugía, encargados por el excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo de esta diócesis para reconocer el corazón de Santa Teresa de Jesús y la aparición periódica y crecimiento que, al parecer, se observa en las espinas del mismo, han examinado detenida y escrupulosamente la citada reliquia, y aunque no exactamente, por impedirlo el fanal de cristal que la cubre, han obtenido de una manera muy aproximada las dimensiones, no sólo del santo corazón, sino de las excrescencias, al parecer espinas, cuya aparición periódica y crecimiento viene observándose por las religiosas, según manifestación de las mismas, resultando de este examen físico que la longitud del corazón es de cien milímetros, siendo su diámetro de cuarenta en la parte superior, y veinticinco en la media y doce en la inferior.

Las excrescencias, que al parecer se asemejan á espinas, son cuatro, dos en la parte derecha y dos en la izquierda: las mayores, que según las religiosas empezaron á observarse en 19 de Marzo de 1836, tienen una longitud de cincuenta y nueve milímetros la de la derecha, y cincuenta y tres la de la izquierda, hallándose ésta despuntada y obtusa, por haber sin duda tocado en la cara interna del cristal que las encierra; la tercera, que se halla á la izquierda, y empezó á verse el 27 de Agosto de 1864, tiene diez y ocho milímetros de longitud, habiéndose observado otra á la derecha de cinco milímetros, teniendo todas ellas un grueso adecuado á la altura.

Reconocido anatómica-patológicamente el santo corazón, observan que la longitud que hoy día tiene está en relación de la que puede próximamente ser, en su estado cadavérico primitivo, de figura *cordis* prolongado: está situado perpendicularmente con su base en la parte superior, y su vértice en la inferior, notándose sobre las regiones de las aurículas derecha é izquierda del mismo, una solución de continuidad tan manifiesta, que se deja ver el grueso de la citada víscera, el color de su hábito exterior, con especialidad á continuación de la abertura, á manera de irradiación, y en una superficie de diez milímetros próximamente en su parte inferior, es de rubro bronceado, parecido al que se observa patológicamente en un corazón humano que lleva sin vida más de medio año, sin ser embalsamado ni inhumado, preservándole del aire atmosférico; el color obscuro sube á medida que se aproxima á la abertura que llevan descrita, siendo más claro en el resto, tanto en su cara anterior como en la poste-

rior, presentándose, en toda su superficie exterior, escabrosa y en un estado de desecación bastante marcado; el color de las llamadas excrecencias, al parecer espinas, es con corta diferencia como el del corazón en su parte más clara. Hállase el corazón suspendido por medio de alambres, que vienen á sujetarse á la parte superior del fanal en que se encierra; dentro de éste, en su parte inferior, tocando con la mitad del vértice del santo corazón, se halla depositado como cosa de media onza de un polvillo, que, según su opinión, son residuos de la capa exterior desprendida del mismo, y he ahí de dónde nacen las excrecencias, al parecer espinas, que llevan descritas.

»En vista, pues, de las anteriores observaciones, y queriendo los que suscriben llevar sus investigaciones hasta el último extremo, han examinado también el brazo de Santa Teresa, encerrado de la misma manera que el santo corazón, si bien algunos años antes, según se les informó, en un fanal herméticamente cerrado: han podido juzgar que, no obstante componerse los dos de la misma textura orgánica, si bien el brazo adherido á los huesos de brazo y antebrazo, substancia más sólida y de más duración que la muscular; éste presenta un color y consistencia al parecer propio de momia, cosa que en aquél no sucede, y sin que, á pesar de hallarse al descubierto la parte superior del hueso del brazo, por haber desaparecido la parte carnosa ó muscular, se observen excrecencias de ninguna especie, como sucede en el corazón, cuando las causas que han obrado sobre las dos reliquias son las mismas.

»Por último, y sentado ya de que las excrecencias de que se ocupan, tienen, al parecer, su origen ó nacimiento en el depósito de polvo que existe en la parte inferior del fanal, donde toca la mitad del cuerpo orgánico exento de toda clase de semillas, y privado de ventilación, ha llamado poderosamente su atención el crecimiento y desarrollo de los cuerpos designados, á la manera de los organizados de abajo á arriba, como sucede en las plantas, cuando es sabido que por las leyes físicas, y sobre todo por la fundamental de gravedad, los cuerpos inorgánicos crecen, ó más bien aumentan su volumen, por *juxta* posición, como debiera suceder en los que nos ocupan.

»Por las razones expuestas, los que suscriben, cumpliendo fielmente el cargo que se les ha confiado, no pueden menos de manifestar que en su corta inteligencia no hay medio hábil de que la ciencia explique de una manera satisfactoria el suceso sobre que están llamados á emitir su juicio, el cual desde luego, piadosamente pensando, y no hallando explicación natural en la ciencia, no dudan en calificar de preternatural ó prodigioso.

»Alba de Tormes 23 de Julio de 1872.

»Dr. Manuel Elena.—Domingo Sánchez.—*Es copia.*—Fr. Santos Salcedo, *secretario.*»

5.º

**Relación de los prodigios obrados
durante la guerra de los franceses por la intercesión
de Santa Teresa de Jesús
en el convento y villa de Alba de Tormes**

La priora y Comunidad de Carmelitas descalzas de la Encarnación de esta villa de Alba de Tormes, en cumplimiento de la razón que se nos pide de las cosas notables que han sucedido en este convento, y particular protección de Dios y de nuestra santa Madre Teresa, que hemos experimentado en el tiempo de la dominación francesa, decimos y declaramos con la mayor sinceridad y verdad, para honra y gloria de Dios y de nuestra Santa Madre, que han sido de las mayores que acaso se han experimentado en todo el reino; y comenzando por casos particulares, decimos y declaramos y certificamos: Que el día 4 de Junio del año pasado de 1808, el mismo en que nuestro católico rey el Señor Fernando el VII fué para la cautividad, por el tirano Napoleón que le sacó con astucia y engaño de España (según constará por menor de la historia de la España), viendo la revolución que ya se comenzaba á experimentar en el reino, determinaron los religiosos de nuestro convento de San Juan de la Cruz, de Carmelitas descalzos, contiguo á este, hacer una solemne procesión de rogativa por el pueblo, dirigida á implorar la protección del Todopoderoso por medio de la intercesión de nuestra Santa Madre y á aplacar su divina ira. A este fin, de acuerdo con el Ayuntamiento, pidieron á nuestra Comunidad tuviese á bien fuese el santo Brazo en dicha procesión. Concedido como era justo, y llegándole á sacar del camarín donde se venera, se advirtió el prodigio: de que el relicario de cristal en que se halla metido, estaba cubierto por la parte interior con un género de rocío tan abundante, que en algunas partes llegaba á formar gotas, no habiendo motivo para sospechar fuese alguna humedad que se hubiese introducido, por no tener dicho relicario la más leve hendidura ó abertura. Aumentóse más la admiración en las que lo vieron, cuando volviéndole al convento, después de la procesión, notaron que era más abundante y más grueso el rocío, con ser, como dicho es, el 4 de Junio. Este rocío, en dicho estado, permaneció como dos meses y medio, sin que antes ni después se haya vuelto á ver cosa alguna, aunque se ha mirado con cuidado y reflexión. De todo lo cual fueron testigos la mayor

parte de la Comunidad que lo afirman, como también de la moción interior que nos causó.

A consecuencia de este prodigio, y luego que entraron los franceses en este pueblo, que fué en Febrero de 1809, comenzamos nosotras á experimentar nuevas y particularísimas providencias del Todopoderoso. Desde luego advertimos que los enemigos miraban con respeto á esta Comunidad, su convento y su templo. Pero donde se dejó ver clara y manifestamente esta altísima y especialísima providencia de Dios y protección de la Santa fué del día 28 al 29 de Noviembre del dicho año, en que se dió en las inmediaciones de esta villa la desgraciada batalla que llaman del Parque. Nuestro ejército derrotado iba en desordenada fuga. Los enemigos victoriosos entraron en el pueblo á las siete de la noche matando y degollando á cuantos soldados españoles encontraban, que fueron muchos. Comenzó luego un saqueo formidable en la mayor parte de las casas, que duró hasta la mañana. Fueron igualmente saqueados y ocupados de muchísima tropa los conventos de religiosas de Santa Isabel y San Benito. Estas afligidas almas se vieron sin auxilio alguno, y de noche, en medio de tantas espadas y bayonetas, expuestas á mil peligros. Pero, á pesar de tanta confusión, desorden y gritería, y aunque nuestro convento está casi en medio del pueblo, cercado de casas y muy próximo á la plaza, nosotras nada oímos, ni nada sufrimos hasta el día siguiente, aunque anduvimos observando lo que sucedía. Por junto al convento, por las dos calles que van al puente, pasó sin duda el mayor golpe de tropa, pero ningún soldado tocó ni las puertas de la iglesia ni á la Reglar. O Dios los cegó, ó les puso alguna pantalla para que no lo viesen. Parecerá esto increíble en tales circunstancias á quien lo lea; pero el caso fué público y notorio. Con motivo de haber entrado en el pueblo todo el ejército al día siguiente de la batalla, los vecinos se hallaban sin pan y no se encontraba un bocado, como dicen, por un ojo de la cara: nosotras éramos comprendidas en esta suerte, y hallándonos dudosas de lo que haríamos, nos determinamos por último á pasar un recado al comandante de plaza, suplicándole diese orden nos trajesen algo: dicho comandante inmediatamente mandó nos llevasen pan, y que fuese con guardias, como se hizo, hasta entregarlo á la portera, haciendo lo mismo cuando se ofrecía carne para las enfermas; y aunque los de la villa carecían de este asilo, á la Comunidad se la daban de la que tenían para la tropa. Esta atención les merecimos en cuantas ocasiones se ofrecieron: de manera que nuestras súplicas las ejecutaban con tanta prontitud y vigilancia, como si fueran mandatos de su emperador.

Habiendo, dichos franceses, fijado guarnición en esta villa, como en punto para ellos muy interesante, la Comunidad trató de guardar y guardó las reliquias del santo Corazón y Brazo, temiendo no hiciesen alguna irreverencia; pero sabido por ellos, á petición suya se volvieron á poner á pública veneración.

Pasado todo el verano del año 1810, se acercaba la fiesta de la Santa Madre: la comunidad se detenía en celebrarla como otras veces, y en que saliese por el pueblo la procesión por temor; cuando pocos días antes nos hallamos con una orden del comandante en que se mandaba dicha procesión, empeñándonos su palabra y protección en orden á la seguridad. Así

se hizo: salió la procesión el día de la Santa por la tarde; acompañó la tropa: cuatro ó seis soldados escoltaban el santo Brazo, otros tantos la santa Imagen; la demás tropa extendida por la procesión, la que se hizo con grandísimo orden, devoción y solemnidad. Concluida la procesión, entraron en la Clausura, para venerar el santo Cuerpo en su camarín, el comandante y varios oficiales, acompañados del señor Vicario y algunos sacerdotes y religiosos de la Orden; estuvieron con gran respeto y reverencia, quitándose los sombreros y arrodillándose, lo que no hacían en ninguno de los templos; nunca permitieron entrar en la Clausura soldado alguno raso, no siendo oficial: esta misma atención respectivamente observaban con nosotras, estando con tanta compostura y moderación en nuestra presencia, que no se les notó acción ni palabra menos arreglada: tanto éstos como los demás que entraban, sólo iban donde les llevasen la Prelada y las religiosas que los acompañaban, por lo que nada vieron de lo interior del convento, aunque entrasen con este fin, sino sólo lo que la Prelada y religiosas tenían por conveniente manifestarles; ellos mismos, después que salían de la Clausura, confesaban á los del pueblo, que no sabían lo que era, pues en entrando se les infundía tal respeto y veneración, que aunque quisieran no podían ir sino adonde la religiosas los llevaban. Prueba evidente de que aquí andaba la poderosa mano de Dios y la particular protección de nuestra Santa Madre Teresa, pues así amansaba á unos hombres por otra parte tan fieros y orgullosos, lo que no experimentaban las religiosas de los otros conventos. Buena prueba es de esto el caso siguiente: Poco tiempo después de la batalla del Parque, el general que había en la villa, donde aún permanecía mucha tropa, envió á un oficial para que registrase el convento; este fué sólo acompañado de Don Francisco Antonio Giménez, que á la sazón era Alcalde corregidor interino. Don Francisco dió recado á la Madre Tornera, que avisase á la Madre Priora viniese á abrir la puerta á un señor oficial que venía de parte del señor general á registrar el convento: tardaron algo; bramaba y pateaba el oficial; don Francisco estaba temblando, y temiendo algún desmán, procuraba templar al oficial, disculpando á las religiosas; por fin abrieron; entró el oficial con un ceño de Nerón, subió hasta los dormitorios de las religiosas, y lo mismo fué verse arriba, que se quedó como absorto y pasmado, y sin decir, ver, ni preguntar cosa alguna, le dijo á Don Francisco: «Alcalde, vámonos de aquí, vámonos de aquí;» saliéndose con precipitación y acompañándole dicho Don Francisco hasta la casa del general. Testigo de vista nuestro Padre definidor, Fr. Cipriano de los Dolores, que fué el que predicó el sermón.

El año 1811, el día 16 de Octubre, vino de Salamanca el general Thiebault, donde estaba de gobernador, sólo con el objeto de entrar á visitar á la Santa en su camarín, lo que hizo acompañado de la Edecana y varios oficiales, entrando al mismo tiempo un tropel de gentes, tanto de la villa como de los que de Salamanca habían venido en su compañía: viendo la Prelada y otras tres religiosas que la acompañaban tal confusión, habiendo llegado al claustro, se sintió ésta animada de tal espíritu y fervor de celo, que arrebatada de él, se puso de rodillas delante del general, y con varonil resolución le dijo: «Señor, esto es un desorden, y así quiero

hacer á V. E. una súplica: nuestras leyes son muy estrechas, y no podemos permitir esto.» Quedóse algo sorprendido el general al ver á la Prelada arrodillada á sus pies. Las señoras que iban delante comenzaron á llorar y á gritar: todos se turbaron y se miraban unos á otros, preguntándose ¿qué es esto? El general estuvo parado algún espacio de tiempo, y con mucho modo le respondió á la Prelada: «Diga V., señora, ¿qué es lo que pide?—Lo que pido es, prosiguió la Prelada, que V. E. ponga un decreto para que en lo sucesivo ningún hombre ni mujer entre en la Clausura.» A esto contestó el general diciendo: «Señora, su petición de V. es muy justa; lo haré: á saber yo esto, no hubiera entrado; téngame papel y tintero prevenido.» Quiso volverse á salir, como también la demás comitiva, pero entonces, á nuestro ruego, prosiguió adelante. Subió al referido camarín, y en él mostró grande satisfacción y consuelo, haciendo mucha ponderación de todo lo que en él había. Mientras el general se informaba de la urna y otras particularidades, nosotras permanecíamos cubiertas con nuestros velos, según nos mandan nuestras constituciones: algunos de los circunstantes nos instaban á que nos levantásemos dichos velos; entendido por el general, preguntó si era aquél instituto nuestro, y respondiéndole que sí, dijo no lo hiciésemos, pues á él lo más ajustado era lo que mejor le parecía. Después de haberse informado bien de lo que había en el camarín, se salió, y sin embargo de haber pasado largo rato, no se olvidó de lo prometido; llegó á la portería, y preguntó por el papel y tintero: administrado éste sobre una mesita, por sí mismo, dentro de la clausura extendió el decreto que traducido en nuestro idioma es como sigue: «Se prohíbe expresamente á toda persona (relevando toda orden) entrar en el convento de las Madres Carmelitas de Santa Teresa, de la villa de Alba de Tormes, bajo cualquier pretexto que pueda ser.—Alba 16 de octubre de 1811.—El general de división, gobernador del Ilmo. Gobierno de España, el barón de Thiebault.» Escrito este decreto, le dijo á la Prelada: «Señora, ahí le queda á V. eso, que será para mucha edificación de los fieles, y yo seré el primero que dé ejemplo.» Con esto se salió, no volviendo á entrar en la clausura, ni él ni otro alguno, todo el tiempo que dicho general permaneció en Salamanca de gobernador. El decreto original lo conservamos en el Archivo del convento para perpetua memoria.

El 22 de julio de 1812 fué la batalla de los Arapiles perdida por los franceses, quienes por la noche entraron en este pueblo bien furiosos; hubo bastante saqueo y alboroto; nuestro convento está al paso para la plaza, y por lo mismo temíamos algún rompimiento; pero ello fué sin pedirlo nosotras y sin saber cosa alguna, un general mandó ponernos guardias, no habiéndolas asignado para sí; este hecho llenó de pasmo, no sólo á los del pueblo, sino á cuantos de él tuvieron noticia, atribuyéndolo todo á la intercesión de nuestra gloriosa Madre Santa Teresa de Jesús.

Pasada esta tormenta, gozamos de algún sosiego hasta primeros de noviembre del mismo año, en que esta villa se vió cubierta de tropas de los ejércitos aliados, que venían de retirada desde Burgos. Trataron aquí de defenderse, como lo hicieron por espacio de ocho ó nueve días. Para esto, los ejércitos aliados pusieron muchas baterías en las alturas del otro lado del río hacia el Poniente; los franceses hicieron lo mismo entre

el Norte y Oriente; de manera que los de la villa quedamos entre dos fuegos. Nosotras teníamos muy enfrente del convento una batería de nuestras tropas. Las Religiosas de San Benito y Santa Isabel abandonaron sus conventos, y muchas de estas últimas se vinieron á refugiarse entre nosotras. Abierto el fuego, cayeron muchas balas y granadas en los conventos de las dichas religiosas, que les hicieron mucho estrago. Nosotras mientras tanto no cesábamos de clamar día y noche á nuestra santa Madre perseverando en su camarín, menos un día en que fué mucho más vivo el fuego, que por pasar las balas y granadas zumbando por encima de nosotras, tuvimos que bajarnos á la celda de la Santa. Por fin Dios nos favoreció de manera que en todos los ocho días de fuego de una y otra parte, ni el más leve casco de granada ni bala cayó en nuestro convento, con estar la batalla dicha tan enfrente. Al cabo de los ocho ó nueve días de fuego las tropas aliadas volaron el puente, que aunque su estruendo nos asustó, nada nos tocó de la explosión, sin embargo de haber volado por encima del convento una piedra bastante grande que fué á dar á la plaza. El día 3 de dicho mes entraron los franceses, y con la penuria del pan sucedió lo mismo que en la primera batalla. Con motivo de haber quedado en el castillo guarnición española, que les hacía mucho fuego, entraron dos veces en la clausura dos generales y algunos oficiales, subiendo á la media naranja para regular la altura que tenía el castillo: estos se portaron con nosotras con la misma compostura y urbanidad que todos los demás: pero como nosotrasuviésemos más miedo á éstos por ser del ejército de Sult, de quienes se decía eran muy desalmados, y por esta causa estábamos sobresaltadas, conociéndolo ellos, nos dijeron: «Señoras, no tengan ustedes miedo, somos generales y oficiales de honor; no venimos á hacerles daño, sino á favorecerlas en cuanto á Vds. se les ofrezca. Si la tropa se desmanda en algo, avisad.» Esta fué la última vez que los franceses entraron en el convento. Como éste no les hubiese servido para ninguno de sus fines, pusieron muchos soldados en la torre de San Juan, que está próxima á la nuestra y domina todo el convento: desde ella hacían incesante fuego de día y de noche, al que correspondían los españoles del castillo: las balas todas pasaban por encima de nuestra casa; porque la cogían en medio; mas á pesar de eso, nosotras, enseñadas con tan repetidas pruebas y experiencias, nada temíamos, confiadas en la intercesión de nuestra santa Madre; el oír silbar las balas ya no nos causaba novedad alguna: el Señor y las repetidas experiencias nos infundieron tal valor, que no sólo no salimos de las celdas que estaban más inmediatas á donde se hacía el fuego, que duró cerca de quince días, sino que permanecimos en ellas, y dormíamos en ellas. Y aunque á muchos no les parecía bien, y lo tenían por demasiado arrojo, á nosotras no nos salieron vanas nuestras esperanzas, cumpliéndose el Señor en todo nuestros deseos; no recibiendo la menor lesión ni el menor daño: tanto en esta ocasión como en todas las dichas, ni la casa, ni nosotras, ni en general, ni en particular (y lo mismo con los vecinos del pueblo, pues á ninguno mataron, ni ultrajaron á ninguna mujer, como ha sucedido en otros pueblos del Reino); todo esto ha sido tan público y notorio, que los del pueblo exclamaban: «Está visto; la santa Madre se ha empeñado en guardarse á sí y á sus hijas.»

Si se hubiesen de decir todas las particularidades que hemos experimentado, fuera alargarnos mucho. Sólo va puesto lo más esencial, lo más público y notorio, y como tal lo aseguramos, volvemos á asegurar, lo certificamos y firmamos en este nuestro convento de esta villa de Alba y mayo 30 de 1817.

NOTA. De esta relación se dió copia pedida por nuestro muy reverendo Padre general Fr. Antonio de la Soledad (hijo de esta provincia de nuestro Padre San Elías), para la historia de la Orden, en abril de dicho año.—Francisca Teresa del Espíritu Santo, *priora*.—Ramona de Santa Teresa, Superiora, *clavaria*.—Isabel Teresa del Espíritu Santo, *clavaria*.—Josefa de la Encarnación, *clavaria*.—Antonia Josefa de Santa Teresa. —María Manuela de San Juan de la Cruz.—María Josefa de Santa Marta.—Narcisa de San Antonio.—Gertrudis de Jesús María.—Teresa de Jesús, María y José.—María Cayetana de San José.—Josefa María de Gracia.—María Josefa de Jesús.—María Josefa del Corazón de Jesús.—María Isabel de la Concepción.—Clara Francisca del Santísimo Sacramento.—Angela Ramona de Jesús María.

(Es copia).

6.º

Dicho que la venerable Madre Ana de Jesús dijo por la beatificación y canonización de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús (1)

Á la primera pregunta, digo: Que conocí á nuestra Madre Teresa de Jesús, por ocasión de haber, desde mi niñez, deseado mucho hallar religión de mujeres donde se viviese con tanta aspereza y religión como en estos monasterios se vive; y sabiendo estos mis deseos un Padre de la Compañía de Jesús, que me había confesado siete años, y procurando informarse de algunos monasterios, á petición mía, para ver si en ellos

(1) En la copia de este *dicho* que nos manda, desde Bruselas, una hijailustre de Teresa de Jesús, se guardan las expresiones de la bendita María Ana de Jesús, mas no su ortografía. El original se conserva en Roma. Nota de la *Revista Tere-siana*, años II y III. 1873-1874.

Entre todas las hijas de Santa Teresa de Jesús, la más predilecta de su corazón, la que más perfectamente heredó su doble espíritu activo y contemplativo, y la que más eficazmente contribuyó á propagar por España, Francia y Bélgica, la Reforma carmelitana fué, sin duda alguna, la Venerable Ana de Jesús. Nació en Medina del Campo, el 25 de noviembre de 1545. Sorda y muda hasta la edad de

procedían con la Orden que yo buscaba, halló en Toledo á la Madre Teresa de Jesús, y escribióme este Padre: «Aquí he hallado una mujer santa, que con autoridad apostólica funda monasterios con la religión que vos deseáis; es natural de Ávila, y llamábase Doña Teresa de Ahumada, y su *Regla y Constituciones* son de esta manera» (diciendo lo esencial de ellas).—Á mí me satisfizo tanto, que luego escribí á este Padre, que se llamaba P. Pedro Rodríguez, que diese cuenta á la Santa Madre de mis deseos, y de la causa para que hasta entonces no había de cumplirlos, porque yo, hasta saber lo que á la Santa le parecía, y á dónde, y cómo, no le escribía: él la mostró mi carta, y al punto me recibió y escribió diciendo que, de tres ó cuatro casas que entonces tenía fundadas, me viniese á la que quisiese, aunque á ella le daría más gusto me viniese á tomar el hábito á la de Ávila, por ser la primera que había fundado, y ser ella de allí priora entonces; que aunque andaba por allá fundando, se había de venir luego allí á Ávila, donde tomé el hábito y traté á la Madre Teresa de Jesús, y supe era de allí natural, y que su padre se llamaba Alonso Sánchez de Cepeda, y su madre Doña Beatriz de Ahumada, y conocí algunos deudos suyos muy honrados y principales, y en religión y fuera de ella, muy cristianos y de notable virtud: ha más de veinte y

siete años, fué curada milagrosamente por la Santísima Virgen. A los diez hizo voto de virginidad, y más tarde el de no darse jamás gusto en cosa alguna, prometiendo á Dios entrar en la Orden que le pareciese ser más perfecta. Su confesor el P. Pedro Rodríguez, de la Compañía de Jesús, después de dirigirla siete años, no temía asegurar que superaba á muchas grandes Santas cuyas vidas había él leído, y que en los tiempos venideros la Iglesia le tributaría los honores de un culto público.

Alma tan perfecta y privilegiada fué recibida por Santa Teresa en el número de sus hijas, no como simple novicia, sino como su coadjutora en la obra de la Reforma. En 1575 trabaja con Santa Teresa en la fundación de Veas, y es nombrada priora del nuevo monasterio. Aconséjala más tarde, en la lucha de los Carmelitas descalzos y calzados, escribir al rey Felipe II, y proporciona el viaje de dos PP. Carmelitas á Roma para obtener el breve de separación. En 1582 va á fundar el monasterio de Granada, según le había predicho siete años antes la Santa Madre, y cuatro años después funda el convento de Madrid. Es elegida priora de Salamanca, en 1596, después de haber sufrido grandes trabajos y contradicciones con motivo de las Constituciones de la Orden, lo que el Señor le había anunciado por estas palabras: *Hija mía, os construyo destruyéndoos.*

Era España, para el corazón magnánimo de la venerable Ana, campo demasiado estrecho para extender la mayor gloria de su Esposo Jesucristo. Y el día 20 de agosto de 1604, antes de amanecer, parte de Salamanca, con Isabel de los Angeles y Beatriz de la Concepción, y dirigiéndose á Avila para llevarse á la compañera más querida de Santa Teresa, Ana de San Bartolomé, aguardó allí á Leonor de San Bernardo, y tomando en Burgos á Isabel de San Pablo, prosiguió su viaje hacia Francia para restablecer allí la Reforma del Carmelo.

Después de haber fundado en este reino algunos conventos de la Orden, pasó la venerable Ana de Jesús, en 1607, á los Países-Bajos, y expiró en Bruselas, en 1621, para ir al cielo á recibir la recompensa de sus méritos y heroicas virtudes.

En el libro de profesiones de monjas del convento de San José de Salamanca, al pie de la profesión de la venerable Ana de Jesús, escrita toda de su mano, se leen estas memorables palabras: «Esta religiosa, después de haber fundado en Francia y Flandes, murió en Bruselas en el año 1621, en 4 de marzo. Ha obrado muchos milagros y la tienen por santa.» Cfr. ANGEL MANRIQUER.—*La Venerable Madre Ana de Jesús, discípula y compañera de la Santa Madre Teresa de Jesús, Fundadora en las Provincias de Francia y Flandes.*—Bruselas 1632. 4.º

seis años que los conozco, y he tratado algunos en particular, y á la Madre Teresa de Jesús traté con tanta familiaridad, que de vista y por escrito de su propia letra supe casi todas sus cosas, las cuales están declaradas en sus libros, que á ellos me remito en lo general.

Á la segunda pregunta, digo: Que en todas sus acciones y modo de proceder me pareció la mujer más santa y de mayor espíritu que he visto en la tierra, y que *por medio de su oración* alcanzó muchas cosas de Nuestro Señor, y fué causa de que muchos sirviesen á su divina Majestad, y á ellos mismos oí decir: «No sabemos qué se tiene esta Madre fundadora, que en hablándola quedamos otros, y tan mudados en cosas, que no nos conocemos»; y pidiéndola yo algunas veces rogase á Dios algunas cosas, me respondía: «¿Piensa que conviene siempre lo que nos parece? yo creo que en ese negocio hará Dios diferente de lo que se le pide.» Y así se veía después, que Dios la había dado luz particular de lo que convenía en la salud y vida de algunas personas, porque sucedía lo mismo que ella al principio que la pedíamos lo rogase á Dios, había dicho, aunque siempre hablaba con gran recato y secreto en semejantes cosas, que las que se entendían de éstas, era por algunas palabras que acaso decía, para que se pidiese más de veras á Dios lo que al bien de las mismas necesidades que se le encomendaban convenía. En la fundación de esta casa de Salamanca (1), entre las muchas ocasiones que hubo para ver lo que la Madre podía con Dios, y alcanzaba con su oración, se ofreció una bien notable, y fué que habiéndonos mudado á una casa de Pedro de la Banda, por el mes de Septiembre, víspera de San Miguel, y teniendo publicado que se había de poner el Santísimo Sacramento el día de este Arcángel, y echar el sermón uno de los más famosos predicadores que aquí había, que era el P. Estella, por lo cual entendíamos se juntaría la mayor parte de la ciudad á nuestra solemnidad, era tanto lo que llovía y lo que se mojaba la misma capilla en que se había de poner el Santísimo Sacramento, que estaba acabada de hacer sin tejas, que de ningún arte parecía poder entrar en ella, ni aderezar tres altares que se habían de componer aquella noche, siendo ya muy tarde, más de las ocho. Estaba la Madre con dos sacerdotes, que eran el P. Julián de Ávila y el licenciado Nieto, capellán de nuestras monjas de Alba, y otros oficiales, que estaban en la iglesia mirando qué remedio podría aquello tener; y nosotras, deseando poder aderezar la iglesia, no sabíamos qué nos hacer, y así yo entré con otras dos hermanas donde la Madre estaba, y dije con mucha determinación: «Viendo V. R. la hora que es y que mañana ha de amanecer aquí tanta gente, ¿no pedirá á Dios que cese de llover, y nos dé lugar para componer estos altares?» La Madre, como me lo vió decir así recio, vino á mí diciendo: «Pídaselo ella, si tan presto la parece lo ha de hacer, porque yo se lo diga.» Y al punto me fuí de allí como vi que mostraba disgusto, y antes que acabase de llegar á un patio, que estaba junto, alcé los ojos y vi el cielo estrellado, y tan sereno, que parecía había mucho no llovía, y así volví luego diciendo delante de todos lo que había dicho lo primero: «Antes pudiera V. R. haber pedido esto á Dios, váyanse todos, y déjennos aderezar la iglesia.» Ella se fué riendo y se encerró en su celda, nosotras

(1) 29 de Septiembre de 1570.

aderezamos nuestra iglesia, sin estorbo alguno de agua, ni aun de la que había caído en ella; y así se celebró la solemnidad, con un día muy claro que amaneció, que admiró á muchas personas que habían reparado en lo que en la víspera había llovido.

Yendo á fundar el convento de Veas, veinte y dos años ha, y aun más, ya que llegábamos á la postrera jornada en Sierra Morena, perdieron los carreteros el camino, de manera que no sabían por dónde iban, y nuestra Madre Teresa de Jesús comenzó á mandar á ocho monjas, que con ella íbamos, pidiésemos á Dios y á nuestro Padre San José nos encaminase, porque decían los carreteros íbamos perdidos, y que no hallaban remedio de salir de unos riscos altísimos por donde íbamos, y al tiempo que la Santa nos mandó lo dicho, comenzó, desde una hondura muy honda, que con harta dificultad se veía desde lo alto de aquellos riscos en que estábamos, á dar grandes voces un hombre que en la voz parecía anciano, diciendo: «Teneos, teneos, que vais perdidos, y os despeñaréis si pasáis de ahí!» Á estas voces, paramos, y los sacerdotes y personas seglares que iban con nosotras comenzaron á escuchar y á preguntar: «Padre, pues ¿qué remedio tendremos para remediarnos, y salir del estrecho en que estamos?» Él les respondió que echasen hacia una parte, que vimos todos que milagrosamente habían podido atravesar por allí los carros, y como se vió este milagro tan notable, quisieron algunos ir á buscar al que nos había avisado, y mientras ellos estaban allá, díjonos la Madre, con mucha devoción y lágrimas: «No sé para qué los dejamos ir, que era mi Padre San José, y no le han de hallar.» Y así fué que volvieron diciendo no habían podido hallar rastro de él, aunque habían llegado á la hondura de donde sonó la voz. Desde este punto, fué tanta la ligereza y consuelo con que caminamos, que los mismos carreteros decían, y aun algunas veces con juramento, que aquellas mulas no andaban, sino que volaban, y que si un paso más dieran de donde las detuvieron, nos hiciéramos pedazos, y esta ligereza de las mulas fué de manera, que habiendo aquel día sacado del pueblo de donde salimos bestias y hombres para pasar el río de Guadalimar fuera de los carros, en llegando á él, nos hallamos á la otra parte sin haber tenido lugar de salir de los carros, ni podernos menear, y así se espantaron los más principales del pueblo de Veas que nos salieron á recibir, de ver la gran jornada que aquel día se había podido andar, y les fué ocasión de tomar más devoción con la Madre y su Religión.

Esto y otras cosas muy notables, que en esta entrada vieron que hacía Dios por la Madre Teresa de Jesús, que yo, por saber que en el libro de las *Fundaciones* y en otras ocasiones están dichas, y no me acordar enteramente de algunas, no las digo aquí, ni muchas que fueran más importantes, para declarar la eficacia de su oración y buen espíritu.

Á la tercera pregunta, digo: Que se tomó Dios á la Madre Teresa de Jesús por principio y medio de la renovación de nuestra sagrada Religión, porque ella me decía, que estando en el monasterio de la Encarnación de Ávila, acordándose de la perfección con que en la regla primitiva sin mitigación servían á Nuestro Señor, en esta Orden del Carmen, deseaba mucho hubiese algún monasterio donde se guardase así. Y en este deseo la comunicó Dios lo que en sus libros dice, y con el intento y fin que allí

declara, «de que hubiese gente que con perfección sirviese á Dios y pidiese el remedio de su Iglesia». Que la afligía mucho ver lo que la perseguían en este tiempo los herejes, y los muchos templos que deshacían, y así le era muy fácil padecer grandes trabajos por la fundación de estos monasterios de monjas y frailes. — Sé cierto, fué el principio y medio de todos los que en su vida y después de muerte se han fundado, porque yo recibí el hábito en la primera casa que se hizo de esta Orden en Ávila (siete años poco más ó menos después que se fundó) (1), y desde que entré hasta ahora, ya veinte y seis años, he visto y entendido tantas particularidades, que me han hecho cierto de esto, que sería nunca acabar decirlas; y las que sé cierto de que fué fundadora de los frailes (2), porque el mismo año que recibí el hábito en Ávila, antes que profesase, me trajo nuestra Madre á la fundación de esta nuestra casa de Salamanca, y en Mancera, que está en el camino, estuvimos, las que veníamos, en el convento de los frailes Descalzos, y nos mostraron y dijeron lo que nuestra Madre Teresa de Jesús, y su compañera Antonia del Espíritu Santo, les habían trazado y enseñado á componer en la fundación de aquel convento, en el cual estaban entonces los primeros dos Descalzos que había habido; que era por prior el P. Fr. Antonio de Jesús, y por superior el P. Fr. Juan de la Cruz, los cuales habían recibido todo el orden y modo de proceder que tenían, de nuestra Santa Madre, y ella nos contaba con gran gusto las menudencias que ellos la preguntaban, y del arte que cinco años, poco más ó menos después que hizo la primera casa de monjas, se los había Dios traído estos dos Padres, y ellos en particular me dijeron á mí misma muchas cosas de las que en esto pasaban, con que sé cierto, fué tan fundadora de ellos como de nosotras, y ese lugar lo tienen ellos y tendrán siempre.

Á la cuarta pregunta, digo: Que en todas sus oraciones vi en nuestra Madre tanta fe, esperanza y caridad, que en todas nosotras aumentaba estas virtudes con su ejemplo, y á muchas personas seglares, de las que la trataban, oí decir lo mismo, y particularmente en la fe, la vimos emprender cosas grandísimas con tan gran confianza, que nos espantaba verla tan segura de que se habían de hacer sin arrimos humanos, y así la decíamos en algunos casos: «¡Madre, esto imposible será!» y ella nos respondía: «¡Oh si supiesen fiar de Dios, y entender que estas cosas de su servicio siempre las favorece por los medios que menos pensamos!» Y así era que en fundaciones y otras cosas muy dificultosas salía con lo que comenzaba. Y el obispo de Ávila, Don Álvaro de Mendoza, que fué el primer prelado que allí tuvimos, dijo: «¡Voto á mi vida, que yo no entiendo á la Madre, mas créola, porque siempre se efectúa lo que comienza!» Y así, en lo que parecía imposible, nos preguntaba el Obispo, «¿si le habíamos oído decir que se haría?» y en diciéndole que sí, decía: «Pues ya lo doy por hecho».

De esto hay tantos testimonios en la fundación de los monasterios,

(1) Fundación de Ávila, 24 de Agosto 1562. Ana de Jesús tomó el hábito el 1.º de Agosto de 1570.

(2) Fundación de Duruelo, el 28 de Noviembre de 1565. Traslación á Mancera, el 11 de Junio de 1570.

y en personas que apaciguaba con su trato, y á prelados que estando muy disgustados con ella, por diferentes informaciones que les hacían, y diciendo algunas de nosotras la pena que aquello nos daba, decía: «Yo espero en Dios se amansarán y nos ayudarán en todo.» Y así lo veíamos en lo mismo que ellos contradecían.

También se le veía la viva fe que tenía en el amor y reverencia con que usaba de los Sacramentos, y la estima y devoción que mostraba en todas las ceremonias de la Iglesia, y el consuelo que le daba tomar tan á menudo el agua bendita, que nunca quería caminásemos sin ella; y por la pena que le daba si alguna vez se nos olvidaba, llevábamos dos calabacillas de ella colgadas de la cinta, y así siempre quería la pusiésemos una en la suya, diciéndonos: «No saben ellas el refrigerio que se siente teniendo agua bendita; que es gran bien gozar tan fácilmente de la sangre de Cristo.» Y cuantas veces comenzamos por el camino á rezar el Oficio divino, nos la hacía tomar, y en llegando á alguna iglesia, que nos postrásemos todas con profunda reverencia. Aunque estuviese cerrada la puerta, se apeaba y hacía esto, diciendo: «¡Qué gran merced que hallemos aquí la persona del Hijo de Dios! ¡desdichados de los que la echan de sí!» Ponía grandísimo cuidado en que los sacerdotes que iban con ella de camino, por ningún caso no dejasen de decir misa ningún día. Y por no hallar recado para decirla, todos los que iban, que faltó para uno, decía á las que allí estábamos: «Rueguen á Dios que se halle lo que falta para decir esta misa, que me hace mucha fatiga pensar si se ha de privar hoy la Iglesia del valor de este sacrificio.» Y al punto que nos estaba diciendo esto, casi milagrosamente se halló lo que faltaba para decir la misa; y así la dijo el P. Fr. Gregorio Nazianceno, que es Descalzo de nuestra Orden, y era en una iglesia fuera de poblado donde la dijo, camino de Veas. También se le veía esta virtud á la Madre, en lo mucho que estimaba y quería á los que la tenían; y cuando veía algunos que con sus letras y espíritu podían servir á la Iglesia, amábalos excesivamente, y decíanos: «Cunto hay bueno en la tierra querría para éstos, que pueden aprovechar en la Iglesia. Rueguen mucho por ellos y por los que tienen valer y talento natural, para que se empleen en esto.» Y buscaba ocasiones para tratar y regalar á los que le parecían más siervos de Dios, y á nosotras nos encargaba mucho les respetásemos, diciendo: «Que en ellos podíamos servir á Nuestro Señor Jesucristo; que había sido grande la dicha de aquellas dos hermanas, Marta y Marfa, que le habían podido hospedar en su casa, y desdichadísimos los que, teniéndole en la tierra, no le habían sabido conocer ni servir.» Todo esto lo decía de manera que á quienquiera que le oía le aumentaba la fe y esperanza, que en todas las ocasiones se la vimos tener vivísima y firmísima.

La caridad era tanta, que jamás la vi oír trabajo que no derramase lágrimas, y diciendo una de nosotras, que era la Madre Antonia del Espíritu Santo: «Madre, habiendo tanto bien en los trabajos, ¿por qué nos ha de pesar de que los tengan?» fué tanto lo que la riñó y agravó esta ignorancia, que parecía había dicho un gran error, y por tal tenía ella el no compadecernos mucho unos de otros, y ayudarnos cuanto pudiésemos, y me contaba que no le era posible pasar ningún día sin hacer algunas

obras de piedad. Dábala grandísimo consuelo cuando en las fundaciones la trataban de recibir algunas personas pobres, que en viéndolas con llamamiento y espíritu para esta Religión, las recibía de muy buena gana, y á las que no venían con este espíritu, aunque trajesen mucho, no las quería, y pesábala, si veía nos inclinábamos á recibir alguna por lo temporal, y decía: «Miren que no es esto que nos ha de sustentar, sino fiar de Dios solo, y así se me hacen mejor las casas que fundo sin favores humanos: acuérdeseles esto después de yo muerta.»

Y así se lo ha dicho después á algunas prioras y personas que podían en ello, y ha hecho recibir de balde, sin dote, y asegurónos convenía recibir en cada casa algunas de estas virtuosas y pobres, que viendo siempre fuesen gente honrada, hijas de padres muy cristianos, porque le parecía las favorecía Dios más, y así decía se le hacían mejor las fundaciones en que recibía alguna, y en las que más contradicción tenía; quería mucho á las humildes, y sentía dificultad en tratar á los que no se preciaban de ser pequeños.

Lastimábanla mucho los trabajos interiores que la comunicaban personas graves y pobres, de lejos y de cerca, unos por escrito, y otros de palabra; y cuando eran de escrúpulos y melancolías, hacíanla mucha lástima, y con gran pena nos mandaba pidiésemos á Dios el remedio de estas cosas, que decía tenía experiencia de algunas, y así sabía el gran trabajo que era padecerlas, y el mucho tiempo y bien que las almas en ellas perdían. Y así andaba con tanto cuidado hasta que sabía se habían remediado, que aunque fuese dejando su sosiego y quietud, gastaba mucho tiempo en escribir y hablar á estas personas. Y de Don Francisco de Fonseca (ó Fuenseca) y otras personas que padecían estos trabajos interiores, supe en particular de muchos que se habían remediado con sólo decirlo y escribirlo á nuestra Madre. Mas era su piedad de manera que la oí decir, que cuando más no podía, estando en la Encarnación de Ávila, que es el monasterio en que ella profesó, antes que saliese á fundar estos de Descalzas, le acontecía estar algunos días tan mala y ocupada, que no había podido servir en algo á las monjas, y así salía á un paso malo y obscuro, por donde todas pasaban para ir al coro y dormitorio, á estarse allí alumbrándolas con una cerilla, por no acostarse sin hacer alguna piedad. Á nosotras hacíanos mucha en cualquiera ocasión y enfermedad. Cuando por la pobreza no podía regalarnos en otra cosa, lo hacía con contarnos algunas cosas de recreación, y buscar florecitas y yerbecitas para refrigerarnos, y siempre que podía nos hacía algunos regalos por su mano, y cuando íbamos de camino, y había comodidad en la posada, de poder estar á solas, ella quería guisar lo que todas habíamos de comer, y así lo hacía; y en los conventos nos servía muchas veces en el refectorio y la enfermería, y con esto templaba el deseo que tenía de ejercitar la caridad, que mostraba había envidia á los que siempre podían usar de ella con los prójimos; mandábanos lo hiciésemos en la oración, y más cuando había alguna particular necesidad, que en viéndola andar con este cuidado, la dábamos por remediada. Y así lo vimos en muchas ocasiones de algunos que justificaban, y otros que salían en autos de la Inquisición de que vimos notables conversiones. Digo las oímos de las personas que se habían

hallado presentes, y una de éstas fué un turco que atenazaron en Toledo, estando allí la Madre, que pidió el bautismo á lo último y murió muy cristiano; y por disimular su oración, la Madre decía que la de otra monja, que había allí, lo había alcanzado; y casi siempre que había algún buen suceso de estos públicos, en que bien sabíamos había tenido cuidado, nos lo encubría y buscaba algún camino por donde nos hacía entender se había remediado. Mas por el consuelo con que quedaba y la fatiga que traía cuando no lo alcanzaba, veíamos la caridad con que andaba en todas las ocasiones.

A la quinta pregunta digo: Que era tan humilde, que en algunas reprehensiones que los prelados la daban, en que la culpaban de muchas cosas que sabíamos cierto no tenía culpa, jamás se disculpaba, y á nosotras nos mandaba no lo hiciésemos, sino que la dejásemos padecer aquello por otras cosas en que había faltado, que sólo Dios las sabía; y así quedaba contentísima cuando se veía cargada de lo que sólo á ella tocaba, y decía le hacían una música muy concertada y sabrosa las palabras ásperas y la desgracia con que la trataban, y de propósito veíamos decía algunas cosas con que incitaba más á esto á los prelados, trayendo á propósito de lo mismo que ellos la reprendían, lo que había hecho aun antes de aquel particular que entonces trataban, y con esto los ponía más en disgusto y admiración de ver la paz y sosiego con que ella estaba, y la mucha prudencia de los prelados. ¡Oh Dios! ¡que querría se viese la humildad de su sierva!—Proseguían en esto de arte que algunas veces duraba muchos días el afligirla y maltratarla con cárceles y desprecios y baldones que se la decían, y reprobación que hacían de sus obras, y en todo le parecía tenían razón, y nos afirmaba, que quería más á los que así la trataban. Y desde que supo del Padre maestro fray Bartolomé de Medina, catedrático de prima de Teología en la universidad de Salamanca, de la Orden de los Predicadores, que mofaba de ella, le estimó en tanto que procuró que el Comisario Apostólico de esta Orden de santo Domingo, el Padre fray Pedro Hernández (que era nuestro prelado), le diese sus veces, y en algunas ausencias le dejase por superior de ella. Mas en tratándola vió cuán engañado había andado, y decía á todas: «No había tan gran Santa en la tierra.» Y á mí misma porque una vez, al torno, se la nombré á él diciendo sólo «la Madre Teresa», me riñó, porque la nombraba con tan poca reverencia, mandándome que otro día no dijese menos, de nuestra Madre fundadora, y contándoselo yo á ella, se le encendió el rostro mucho, diciendo: «Que no merezca yo que me dure el tenerme estos en poco, que aunque me he confesado generalmente con él, y dicho lo que soy, no lo acaba de entender. ¡Allá se lo haya Nuestro Señor, que yo no puedo más para que vean no soy nada!» Y siempre, en lo que era virtud, nos daba á nosotras la ventaja, diciendo: «Que como habíamos comenzado en Orden de tanta perfección, no teníamos las imperfecciones y niñerías que á ella, por su ruin natural, se le habían pegado en la Orden mitigada, donde había muchas buenas, sino que ella siempre aprendía lo peor.» Y en esto decía cosas en que se veía el poco caso que hacía de las muchas buenas que tenía. Ofreciéronsele tantas, en que vimos era verdadera y de corazón su humildad, que sería nunca acabar contar lo que vimos. En la Encarnación de Avila,

donde, después de andar en estas fundaciones, la llevaron los prelados, con autoridad apostólica, á ser prelada (1), como era puesta por fuerza y sin voluntad de casi todas las religiosas, que eran ciento cincuenta, recibieronla con tanta grita y desgracia y palabras mal dichas, que á quien quiera fatigaban. Ella se hincó de rodillas delante del santísimo Sacramento, mientras aquello pasaba, sin decir más palabras de la lástima que la hacía, y que no se maravillasen de cuanto decían, que tenían razón de no querer tan mala priora. Y así se estuvo hasta que se levantó á apiadar á algunas que se habían desmayado, y otras que tenían recio mal de corazón, y en tocándolas la Madre, se sosegaban y se la sujetaban. Ella decía: «Hácelo una gran reliquia, que traigo conmigo, de *Lignum crucis*.» El otro día de mañana, viéronla oír misa y recibir á Nuestro Señor sin necesidad de confesarse para comulgar; como la vieron con tanta paz y sosiego, en medio de tanta tempestad, quedaron convencidas las monjas, y comenzaron á quererla tanto, que no sólo nos la tuvieron allá aquel trieno, mas en cumpliéndolo hicieron tan grandes diligencias, porque la confirmaran en la reelección que de ella hicieron, que la mayor parte del convento padeció muchos trabajos por ello, y estuvieron muchos meses encarceladas, trayendo pleito en consejo real, y enviando á Roma sobre el caso. No les aprovechó, porque importaba más proseguir estas fundaciones que estaban paradas en aquel tiempo, y todas las que éramos descalzas no cesábamos de pedir á Dios nos la desocupase de aquello, y así lo hizo su Majestad, que con la autoridad apostólica, que los prelados la habían puesto allí, la mandaron venir á esta casa de Salamanca, que la había dejado comenzada cuando fué allí y estábamos en casa alquilada, y así nos pasó á otra comprada. Y se fué desde aquí á fundar la de Segovia, donde también tuvo hartas ocasiones de ejercitar la humildad con la gran contradicción que allí hubo.

A la penitencia era tan aficionada, que aunque tenía muchos años y enfermedades, nunca se la vimos dejar de hacer en lo común y particular, sino era algún día que estaba muy agravada en la cama. Siempre traía túnica interior de lana, y en la cama nunca quería lienzo, ni más que un jergón de paja. La comida era cuaresmal, como lo manda la Regla, y porque á sus muchas enfermedades hacía daño el pescado, comía lo más ordinario algunas hierbas ó poleados. Muchas veces le oíamos tomar recias disciplinas, sin las que tomaba con todas en la comunidad, y la hallábamos cadenas y cilicios muy ásperos, escondidos; que mostraba harto cansancio cuando decíamos los habíamos visto. Y lo que comía, quería estuviese tan desabrido, que una vez estando en refectorio echó el bocado de la boca y dejó lo que comió. Y preguntándola yo después por qué lo había dejado, que estaba bien guisado, respondiome: «Por eso, hermana, que me supo tan bien aquel bocado que no le osé tragar, que en esto de la comida nunca habemos de buscar más de podernos sustentar.» Y hasta cuando se sentaba, miraba fuese con alguna penalidad, por no estar ningún tiempo sin hacer alguna penitencia. Decíanos, *era grande la gloria que por ella se daba, y*

(1) El Rmo. Padre maestro fray Pedro Hernández encargó á la Madre Teresa de Jesús el gobierno de la Encarnación, en el mes de Octubre de 1571.

que aunque no la hiciéramos sino por imitar á Nuestro Señor Jesucristo, que no tuvo hora de descanso en esta vida, la habíamos de hacer siempre. Hablaba en esto de manera que nos ponía mucha codicia y facilidad de hacerla.

Era tan obediente, que no sólo obedecía á los prelados y confesores en todo, mas cuando algunas de nosotras, siendo sus súbditas, decíamos hiciese algo, aunque no fuese tan acertado, lo hacía, y pesándonos después, decíamos: «¡Válgame Dios! Madre, que viendo no convenía lo hizo vuestra reverendísima», respondió: «Menos importa que se errase esto que no que dejase yo la obediencia, aunque fuese á la menor criatura del mundo, que á todas habemos de obedecer por amor de Dios, cuando no fuere en cosa que le dé disgusto.» A *El tenía prometido de hacer en todo lo que fuese más perfección* (1), y esto miraba en cuanto se ofrecía. Y así, estando en la fundación de Veas (2), donde ha más de veinte y dos años me llevó por priora, vino allí el Padre fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, que por comisión apostólica era entonces nuestro Prelado, y la mandó que fuese á fundar á Sevilla, y viendo que de esto se había de disgustar mucho con ella nuestro Generalísimo (3), no hizo más que proponer con llaneza lo que del reverendísimo tenía y temía, y que de Nuestro Señor le parecía había entendido «aun no era tiempo de entrar á fundar en Andalucía», mas que si con esto todavía su Paternidad quería se hiciese, iría, y así fué luego (4), y antes de un año que estuvo allá padeciendo grandes trabajos, la escribió nuestro Generalísimo desde Roma, con mucha desgracia, y la envió á mandar tomase por cárcel uno de los conventos de Descalzas, que fuera de la Andalucía había fundado; y al mismo punto que recibí este mandato, se vino á encarcelar al de Toledo, sin detenerse á fundar uno, que estaba casi en el camino, ya concertado, y tenía las monjas consigo para irle á hacer, que era el de Caravaca (5), asegurando al Padre maestro Jerónimo Gracián que se haría mejor sin ella, dejándola obedecer al Generalísimo. Así estuvo más de un año en el convento de Toledo, teniéndole por cárcel, y me escribió muchas veces las grandes mercedes que Dios allí la hacía, y que la había mandado su divina Majestad nos escribiese para nosotras el libro de *Las moradas*, y que andaba con tanta oración y noticia de lo que el Señor quería que en él escribiese, que hasta el nombre que había de poner en el libro, le había dicho particularmente. Y que tenía gran consuelo con el doctor Velázquez, que era canónigo de allí, y después murió Arzobispo de Santiago, porque con gran imperio la sujetaba y mandaba cuanto había de hacer. Y así la hizo escribir este libro que he dicho, y entender desde allí en muchos negocios que se ofrecieron de la Religión, y tan en particular y por menudo la gobernaba y mandaba en todo lo que se ofrecía en ausencia del prelado, que hasta lo que había de hablar y callar, leer y rezar, todo se lo tenía señalado. Y ofreciéndosela estar en cosas muy grandes, acordábasele de alguna pequeña que le tenía señalado hiciese en

(1) En el año de 1560, Santa Teresa hizo voto de aspirar siempre á lo más perfecto.

(2) El 24 de Febrero, día de San Matías, se hizo la fundación de Veas.

(3) El reverendísimo Padre fray Juan Bautista Rubeo.

(4) La fundación de Sevilla se hizo el 3 de Junio de 1575.

(5) Día del año nuevo 1576 se hizo la fundación de Caravaca, mientras Santa Teresa estuvo en Sevilla.

aquella hora, al punto dejaba lo más en que estaba por acudir á lo que á nosotras nos parecía menos, diciendo: «No era posible dejar de cumplir lo que le habían mandado.» Este doctor Velázquez fué tan santo, que supo bien estimar lo que en ella había, y así en el primer obispado que tuvo, que fué el de Osma, en la tierra que él residía, que es en Soria, procuró luego fuese á fundar un convento de nosotras, haciéndole allí mucha comodidad para ello; y en sabiendo que llegaba cerca de Soria, salió con todo su cabildo y la ciudad á recibirla con tanta solemnidad, que causó admiración en toda aquella tierra el ver que en llegando el Obispo cerca de la Madre, al mismo tiempo que ella se llegó á pedir la bendición, se le arrodilló él. Lo mismo le sucedió con el arzobispo de Sevilla, D. Cristóbal de Royas y Sandoval, y de esto quedó ella tan confusa, que me acuerdo me escribió: «Mire que sentíra cuando viese un tan gran prelado arrodillado delante de esta pobre mujercilla sin quererse levantar hasta que le echase la bendición, en presencia de todas las religiones y cofradías de Sevilla.» Que las había pasado en procesión general con el santísimo Sacramento á una casa que habían comprado, en la cual sucedieron cosas públicas aquel mismo día, bien milagrosas, como se puede ver en el libro de las fundaciones que dejó escrito de su letra, que está hoy en poder del Rey nuestro Señor.

Confesábase con tan gran claridad y sinceridad, que espantaba á los confesores, y más á los que eran más letrados, y como lo era tanto el doctor Velázquez: «No acababa de loarla, afirmando era una de las mujeres más santas que había habido en la tierra», y así lo publicaba en su obispado.

Cuando íbamos camino, no quería fuésemos sin prelado, y no yendo algunas veces religiosos, sino sacerdotes clérigos y seglares devotos, que algunas veces la acompañaban, en comenzando á caminar decía en achaque de gracia: «Elijamos por votos públicos y secretos uno de los que van aquí, á quien todos vamos sujetos.» Y en señalándole, le guardaba tanta obediencia, y hacía se lauviésemos como si fuera mayor de veras, que en todo las tenía, digo veras, quería lasuviésemos con apacibilidad y alegría, que procuraba la hubiese en los que trataba y que con ella caminaban, y esto era con tanta gravedad y honestidad, que á todos nos la mostraba, y claro se veía la mucha que tenía.

Oí decir á los que en particular sabían las cosas de su alma que naturalmente era castísima, y así pareció. Diciéndola una de nosotras: «Que los deleites espirituales despertaban algunas veces los corporales», respondió: «No sé; cierto jamás me aconteció, ni pensé que podía ser.»

Cuando estaba en alguna fundación, en nombrando priora por el prelado ó por elección, no hacía más oficio de mayor, ni aun una señal en el coro, y si no estaba presente la priora y le pedían la biciese, decía: «Hágale la Madre Superiora, que yo no soy aquí más que una de ellas.» Y ni en lugar, ni en casa, ni en cosa andaba, sino como las otras; sólo entendía en los negocios particulares que le tenía mandado la obediencia. Para gozar de ella (la obediencia) en las posadas, quería fuese en algunos monasterios de otras órdenes, y entrando la daba á la prelada. Y á un monasterio de beatas de nuestra Orden, que hay en Hontiveros, llegó tan mala que se

hubo menester luego recoger. Y á las que íbamos con ella, hiciéronnos un regalo extraordinario y detuvimos en aceptarle. Enviándole á decir la priora de aquel convento, que es del Carmen de la Orden mitigada, que nos le mandase aceptar.

Fué tanto lo que sintió de que hubiésemos tenido aquella ignorancia de no obedecerla luego, que con gran rigor nos la reprendió después; y diciendo nosotras que caíamos en estas ignorancias por ser tan modernas, y que era gran trabajo llevarnos á principios de cosas, y ponernos en oficios, nos respondió: «Que san Francisco y santo Domingo, cuando comenzaron sus órdenes con los que de nuevo les traía Dios, á ellas les hacían; que procurásemos ser perfectas, que eso era lo que importaba.»

Cuando ya estaba fuera de la Encarnación, en la primera casa que hizo de esta renovación, tuvo gran ansia de no ser del coro, sino lega, y así lo procuró con los prelados, haciendo muchas diligencias hasta que todas la certificaron no podía ser teniendo ya velo. Y así estimaba y alababa á las que entraban entre nosotras para esto, porque se libraban de ser preladadas y otras cosas, y escogían las más humildes.

Era muy comedida: á todas trataba con mucha cortesía, y á ninguna como á menor, sino con tanta crianza que nos hacía reír, por lo que parecería al mismo con quien la usaba, que á ella más la engrandecía aquella humildad; tenía de corazón.

Enseñábanos el desasimiento de todas las cosas, afirmándonos que quien no lo tenía de estas cosas visibles, no gozaría tanto de las invisibles, ni llegaría á tener muy alta contemplación, porque era menester gran pureza y recta intención para unirnos con Dios; ella siempre nos parecía lo andaba, que era particular el cuidado que traía de no asirse, de manera que, aun el amor que al prelado y al confesor tenía, tenía, procurando no estar con ellos, ni escribirles más de lo muy forzoso, que era recatadísima. En esto del propio gusto, maravillábase de quien en poco ni en nada se dejaba llevar de él. Decía ella no tenía ánimo para dejarse llevar de él en la menor cosa del mundo, y en parte lo encarecía más que otras faltas mayores, que no sabía de qué hacíamos caso, y aun después de muerta, sé cierto ha tratado de esto, y diciéndola: «En ello no hay pecado», respondió: «Es niñería, no lo haga, que eso poquito estorba más de lo que piensan.»

De la pobreza era tan amiga, que la oí decir algunas veces: «Más contento tengo cuando todo nos falta que cuando algo nos sobra, y haríase me gran cargo de conciencia pedir lo que no fuese menester.»—Y así nos dejó una constitución de que no se pudiera traer demanda sino en extrema necesidad. Y en cien ocasiones la vimos abrazar la pobreza y trabajar, y desechar lo que esto nos podía aliviar; digo rentas y otras comodidades que en su vida nos ofrecían. Que le daba harto contento ver que nosotras no las admitíamos, y aun después de muerta, sé cierto se ha mostrado agradecida de que no se han aceptado algunas de estas cosas temporales, que nos podían desviar de las espirituales que ella nos enseñó.

Cuando íbamos camino, posaba en monasterios de otras Ordenes por gozar de estar en obediencia, como ya está dicho, y eran las cosas que trataban con ella y con nosotras que la acompañábamos, que nos lastimaban y cansaban mucho, y pedíamosla no posásemos en monasterios por el gran

trabajo que nos era saber el que pasaban con sus vicarios, y ver el que á ella le daba no poderlas remediar, ni sacarlas del mal en que estaban, por no poderse confesar claro, y así nos decía lo mucho que debíamos á Dios, por no estar atadas á esto de tener un solo confesor, y encargábanos lo agradeciésemos á Nuestro Señor, y lo procurásemos sustentar, que ella sabía nos duraría si nosotras mismas, por aplacar á los de nuestra Orden, no nos lo quitábamos, AUNQUE ESTABA SEGURA QUE NO HARÍAMOS, y hasta ahora así es, y espero será siempre, porque nuestros Prelados se huelgan nos confesemos algunas veces con las personas más señaladas en santidad y letras de otras Ordenes, y nos dan licencia para los que pedimos, que son tan aventajados como nuestra Madre Fundadora quería fuesen los que tratásemos para que nos diesen luz en todo; y persuadiéndonos de la necesidad que había de dar cuenta del alma más que á uno, nos contaba que, en Ávila, cuando las herejías de Cazalla y de sus sectarios, que á doña Guiomar de Ulloa y otras señoras viudas y religiosas habían querido hablar estos herejes, y que yéndolas á visitar y sabiendo se confesaban con más que un confesor, y que trataban las cosas de sus almas con personas de diferentes Ordenes, habían dicho que no querían ellos entrar en casas de tantas puertas, y con esto se libraron de saber nada de ellos en particular, que no acababan de dar gracias á Dios, y de alabar lo que había sido causa de no haber oído sus errores, que luego los prendieron y buscaban á cuantos habían hablado, y así vieron les había valido ésto para que no las hubiesen osado decir cosa. Y á la misma Madre también la codiciaban hablar, antes que supiesen trataba con tantos, que claro se veía la enseñaba el Espíritu Santo lo que convenía, y así vimos en ella todas las gracias juntas, que dicen reparte el Espíritu Santo á diversas personas, y de cada una de ellas la vimos usar en su tiempo y ocasión; y así no sólo viendo las personas, mas oyendo sus cosas, distinguía el espíritu y talento que tenían, y de algunas de nosotras, antes que entrasen en la Orden decía lo que habían de hacer en ella, y en lo que ayudarían y aprovecharían á otras, y así se veía como ella lo había dicho.

En sucesos prósperos y adversos de todo le daba Dios noticia. Tuvola de las cosas más importantes, que aun después de muerte han pasado hasta ahora; algunas dejó escritas, y otras dichas á personas con quien tenía familiar comunicación; conmigo, aunque indigna, se sabe la tenía muy estrecha, y de veinte años que vivió en estas casas de Descalzas la alcancé los once y más, porque vine el año 70 á la Orden (1), y ella había comenzado el año 62 (2). y así cumplirá este día de san Bartolomé de 97, treinta y cinco años que se puso el santísimo Sacramento en la primera casa de San José de Ávila, y de estos once y más años, que digo, la alcancé: algunos tiempos estuvimos juntas en algunos conventos, durmiendo en una misma celda, y muchos días caminamos juntas, y hasta la última semana que vivió no cesó de escribirme, que lo hacía muy á menudo, y así pude saber mucho de lo que he dicho, ni se me acordará para decir de sus virtudes,

(1) La Madre Ana de Jesús entró en la casa de San José de Ávila el 1.º de agosto de 1570.

(2) Empezó santa Teresa la Reformación de su Orden el 24 de agosto de 1562.

que fueron infinitas. Teníalas con tanta igualdad, y tan sin ser estimada en nada y tan llana, que pidiéndola la princesa doña Juana (1), hermana de nuestro rey, cuando iba por Madrid á fundar á Pastrana (2), la viese, estuvo con su Alteza en el convento de las Descalzas Franciscas de allí, quince días poco más ó menos, que no se me acuerda bien cuántos fueron, y quedó diciendo la Madre abadesa (que es hermana del duque santo de Gandía), y sus monjas que son muy religiosas: «Bendito sea Dios, que nos ha dejado ver á una Santa, á quien todas podemos imitar, que come, duerme y habla como nosotras y anda sin ceremonias.» Que era grande su llaneza, y así quería lauviésemos en cuanto hacíamos, y más en el trato no podía ver artificio; y algunas que, deseando entrar en la Orden, la escribían con él, cansábanla de arte, que decía: «Que no era para acá mujer tan bachillera.» «Que siempre quiero más á las que hablan con sinceridad; créanme y procuren mucho la simplicidad.» Mas ella naturalmente la tenía siendo discretísima. Era tan amiga de verdad, que si en burlas trocábamos alguna palabra, nos reñía diciendo tenía por imposible llegar á la perfección quien en esto se descuida. Y por ser puntual en decirle á sus superiores y otras personas, nos pasaba, contaba lo que la decíamos sin mudar ni encubrir palabra, y si veía que nosotras lo hacíamos, y no usábamos de esta sinceridad, nos lo reprendía tanto, que nos escondíamos de ella, cuando nos parecía era menester otro modo en algún negocio; y si tratando de ello en público la hacíamos alguna seña, al punto que la preguntaran qué era aquello lo decía, asegurándonos que nunca por la claridad y verdad se dañaban las cosas, por dificultosas que fuesen, y así se veía que todo le salía bien.

Tenía hecho voto de hacer siempre lo más perfecto.

A la *sexta pregunta* digo: Que la vimos tener grandes trabajos de muchas maneras, y que los llevaba con tanta paz y serenidad, que nos admiraba, diciendo siempre, «cuán dichosos habían sido los que habían padecido mucho por amor de Dios», y con cualquiera adversidad que se le ofreciese, la oíamos decir aquellas palabras del santo Job: «Si recibimos de mano del Señor los bienes, ¿por qué no recibiremos los males? él lo dió y él lo quitó; como le ha placido lo ha hecho; sea su Nombre bendito.» Y afirmábanos que desde que era muy niña que había oído esto á su padre, que era gran cristiano, le había aprovechado para pasar con conformidad cuanto se le ofrecía, mas era mucho su rendimiento y sujeción á la divina voluntad, y por hacer la de cualquiera, en lo que no era malo, negaba la propia suya con facilidad. El consuelo que la daba verse fatigar y afligir ya está dicho, y lo mucho que quería á los prelados y confesores que con más aspereza la trataban, y qué de razones buscaba para hacer entender la tenía quien la trataba mal, y aunque la dijese muchos oprobios y palabras muy afrentosas, nunca la vimos turbada, ni demudarse; en particular pudiera decir algunas cosas bien ignominiosas, que le vi sufrir con harta serenidad.

Sus enfermedades fueron grandísimas, y llevábalas con tanta pacien-

(1) La princesa Juana, viuda del rey de Portugal.

(2) Pastrana se fundó el 9 de julio de 1569.

cia, que de propósito la íbamos á ver, cuando más apretada estaba de ellas, para aprender cómo habíamos de llevar las nuestras.—Era muy amiga de hacer penitencia, y decía, que sólo sentía en la enfermedad estorbarle esto, que lo procuraba recompensar con la obediencia y la mortificación, que en lo poco y en lo mucho veíamos la tenía; y que con grandes enfermedades casi nunca dejaba de rezar el Oficio divino; y esto con tanta devoción que cuando íbamos por los caminos, y rezaba fuera del coro, siempre rodeaba el salmo, de arte que hubiese de decir ella el verso de *Gloria Patri*.—Y era tan amiga de oración vocal y de libros santos, que jamás la vimos acostar, por cansada que estuviese, sin darse algún rato á esto, aunque fuese á la una ó á las dos de la noche; y andaba tan ocupada en estas fundaciones y cartas, que hasta aquella hora no había muchos días podido hacer más de lo que era de forzosa obligación.—Sermón no lo osaba perder, por mala ú ocupada que estuviese; de cualquiera que oyese, decía que sacaba provecho. Reñía cuando notábamos algún desorden, porque reparábamos en aquello, y no tratábamos de lo bueno que había predicado. Deseaba ayudásemos siempre á officiar la misa, y buscaba cómo lo pudiésemos hacer cada día, aun en el tono en que rezamos las horas, y si no podía ser por no tener capellán propio y ser tan pocas entonces (que no éramos más de trece), decía que le pesaba careciésemos de este bien, y así la vez que se cantaba la Misa, por ningún otro negocio dejaba de ayudar, aunque en aquel punto acabase de comulgar, y estuviese muy recogida; andábalo de manera, que supe cierto de ella, que siempre traía la parte superior ocupada en lo espiritual, y con sola la inferior asistía á lo que hacía, y así se le fatigaba y quejaba el natural porque le dejaba á solas, y ella se estaba gozando, digo el alma.

Algunas veces salía de rezar con un color y hermosura que maravillaba, y otras tan desfigurada que parecía muerta, y en la voz vimos también esta diferencia, particularmente en la noche de la Natividad, cantando en los Maitines el evangelio de san Juan, fué cosa celestial, de la manera que sonó, no teniendo ella naturalmente buena voz. En estas fiestas hacía ella muchos regocijos y componía algunas letras en cantarcicos á propósito de ello, y nos los hacía hacer y solemnizar con alegría. Cansábanla personas encapotadas y oraciones estrujadas, que así las llamaba ella.

Enseñábanos que diésemos con mucha claridad cuenta de nuestras almas, y que nunca nos fiásemos de nuestro parecer, en especial lo encargaba á las prioras, diciendo no sabría gobernar quien no se aconsejase en todo y fuese muy mortificada para sí. Ella lo era tanto que veíamos andaba en perpetua negación, y en lo que le sucedía á su gusto quedaba temerosa, y en lo contrario contenta, que en forma lo estaba de lo que era pena, y así se holgó de haber caído en un camino, que se le había hecho todo bien, y sintiendo el mal de tan gran caída dijo: «Bendito sea Dios, que siquiera he caído y me duele harto.»—En lo que más la vimos padecer era en las ansias que tenía de ver á Dios: era de manera que sólo se consolaba de padecer, y así decía: «¡Señor, morir ó padecer!... en un gemido que movía harto á quien lo oía, y como los confesores la veían con este espíritu, cada uno la probaba en lo que más le parecía lo había de sentir..., y así en Burgos fué mucho lo que padeció en aquella fundación con el

arzobispo don Cristóbal Vela y con el doctor Manso, que entonces era su confesor, el cual, para probarla, quiso ver si en tiempo de tan grandes trabajos é incomodidades, como allí tenía, sufría la privase de los Sacramentos, no dándola licencia para que los recibiese tan á menudo como solía, sino más de tarde en tarde, y de esta prueba y de cuantas le hacían salir tan bien, que de nuevo conocían El que en su alma traía, y de nuevo la estimaban en más. Y así, este doctor Manso, que es ahora obispo de Calahorra, en viéndose obispo, procuró llevar monasterios nuestros á su obispado, y allí en Burgos la vió pasar tan grandes trabajos y enfermedades y pobreza, que por poder oír misa, sin andar por las calles (como he dicho el arzobispo no acababa de dar licencia para que dijese misa, ni tuviesen la clausura, hasta que se allanasen ciertas dificultades que Nuestro Señor permitía que allí hubiesen, para que padeciese más su sierva), hubo de ir, con las compañeras que llevaba para hacer el monasterio, á un hospital tan pobre y lleno de enfermos, que me afirmaron las que estuvieron con ella que de los quejidos y malos olores y muchos ratones y otras sabandijas asquerosas, no se podían valer, y que lo que más sentía la Madre, era ver lo que padecían ellas.—Con ser de suyo tan limpia, no la vimos huir trabajo de cuantos se le ofrecieron en su vida, si no fué al principio que comenzó esta Orden de Descalzas, que viendo temerosas á las primeras de nosotras de que la lana traída á raíz del cuerpo había de criar, como es ordinario, piojos, pedía á Nuestro Señor librase de esto, por la inquietud que podía causar en la oración, y ella lo era tanto en esto de la limpieza, que se lo suplicó tan de veras, que desde entonces hasta ahora no ha permitido Su Majestad vea algún rastro de ello, siendo más de seiscientas monjas las que hoy traemos este hábito, tan ocasionado de suyo á criar inmundicias por ser de lana tan grosera, que es jerga, de la que hacen mantas á los caballos y albardas á las bestias, y desde el punto que nuestra Madre nos aseguró vivíamos libres de esta penalidad: en la casa de Ávila nunca más se vió.—Solos los días que digo estuvieron en el hospital de Burgos, se padeció: rebosaban en piojos,—y como he dicho era tan mortificada, que en todas las cosas que la hacían contradicción se ejercitaba, y así en esto de la limpieza la vimos hacer algunas mortificaciones públicas en refectorio, comiendo cosas asquerosas y en vasijas que nos hacía harta dificultad verlas, que á veces era en el hueso de una calavera, en la cual hacía más que en otra ninguna aspereza.—En trabajos interiores y en trabajos del espíritu, he dicho lo mucho que padecía, porque algunos días andaba tan seca y fatigada, como si nunca hubiese recibido mercedes de Dios, y con tan grandes temores de si le servía, que era harto menester consolarla, porque la oíamos palabras, en que parecía tenía mucho perderse, y mandábanos rogásemos á Dios la diese su gracia, y fuese servido de que ella se salvase, y esto con tantas lágrimas que nos lastimaba, y decíamos que, habiéndola Su Majestad hecho tantas mercedes, y á tantas personas por su medio, ¿qué había que temer?—«¡Temer! decía, como veo lo mucho que el Espíritu Santo habló por la boca de Salomón, y que estaba en duda su salvación, y que soy la que soy, no puedo dejar de afligirme, viéndome tan ruin.» Y esto sentíalo tan de arte que cuando leía las vidas y ejemplos de los santos se deshacía de pena,

diciendo, «¡cuán diferente era ella, que no sabía á qué propósito la llamaban santa, andando tan lejos de serlo!»—En el conocimiento de estas verdades, que cierto le parecían á ella lo eran, se consumía de manera, que algunas veces fué menester irlo á decir á sus confesores para que la riñesen, y no la consintiesen estar tan fatigada.

Cuando la daba ansia de salir de esta vida, que era muy de ordinario tenerla, sólo se consolaba con ser monja, que estimaba tanto el serlo, que decía: «por sólo esto sufría el vivir, y que le parecía aunque fuese muchos años, no se hartaba de serlo, que debían mucho á Dios las que gozaban de tal bien.» Y así cuando andaba más fatigada la veíamos se consolaba en ejercitarse en los oficios más humildes y ceremonias, que eran de las más novicias, que con esto se entretenía y consolaba, habiendo envidia á las que siempre lo podían hacer.

A la séptima pregunta digo: que sí que murió nuestra Madre Teresa el año 1582 en Alba, el día de San Francisco, en el mismo día que se consumieron los diez días sobrados del tiempo, y supe por revelaciones ciertas que en su muerte hubo muchas cosas notables y misteriosas, y de más de veinte personas que se hallaron presentes al tiempo en que murió, que fué tan breve su última enfermedad, que no duró más de tres días, y así en ninguna de sus casas lo pudimos saber. En estos días, yo estaba á donde digo (1), muy mala, con tan recia enfermedad, que me tenían desahuciada los médicos, y el confesor (2), que era prior del convento de nuestra Orden, que hay allí en Granada, me había estado toda aquella noche esperando á que me diesen lugar unos parasismos que tenía, para poder recibir el Santísimo Sacramento; en dándomele, pedí me dejasen sola, y al punto vi junto á la cama una monja de nuestro hábito, de la misma manera que andamos, tan gloriosa y cubierta de resplandor, que no me dejaba percibir bien el rostro; mas mirándola decía: «Yo conozco á esta monja», y ella sonreíase y acercábase más, y mientras más cerca, menos la podía ver, porque á mí parecer me estorbaba el gran resplandor que traía en todo el cuerpo, y más el de la frente, que de sien á sien era excesivo; y así mirándola, poníame grande estimación de nuestro estado, y haciendo mucho aprecio en mí misma de todas las particularidades de él, y viendo el valor que en sí tenía, hasta la menor ceremonia, dábame gana de decir á todas, cuán poco era dar la vida por conservarlo, y la gran gloria que nos estaba guardada,—y pensando era señal, el ver esto, de morirme entonces, en cesando su vista, llamé á dos monjas, las más antiguas del convento, que eran de las primeras del de Avila, que habían ido conmigo á aquella fundación; la una era la Madre María de Cristo, que era superiora, y la otra la Madre Antonia del Espíritu Santo, que ambas á dos habían sido en diferentes tiempos preladadas en otros conventos, que en aquél yo lo era entonces, y contélas lo que se me había ofrecido, diciendo: «Sin duda me quiere Nuestro Señor llevar consigo, por eso les digo esto, porque queden muy encargadas de estimar y hacer guardar lo que tanta gloria da á Dios y á nosotras; llámenme luego al confesor, que es menester decirle algunas cosas que he entendido en esta visión, que es menester remediar.» Y así

(1) En Granada.

(2) San Juan de la Cruz.

entrando el Padre prior se lo conté, é hice escribir á cierto monasterio de los nuestros no prosiguiesen algunas devociones que habían inventado, diferentes de las que profesamos, y hizolo diciendo los inconvenientes que yo le había dicho había en ello. Luego se remedió, y no lo usaron más en aquel convento ni en otro.—Yo comencé á estar mejor, y tanto que causó admiración á los médicos ver cuán en breve estuve buena, y en comenzándome á levantar, llegó la nueva de que Dios había llevado á nuestra santa Madre, y al punto que lo oí, entendí era ella, y dándome tan gran pena, que no podía acabar de leer el renglón en que lo decía, se me puso al punto en la memoria: «no dejó de ser la Iglesia por haber muerto san Pedro y san Pablo en un día, y así no cesará nuestra Orden, antes crecerá más, que desde el cielo os podré ayudar mejor.»—Con esto me estuve un largo rato recogida, y quedé tan consolada y animada que á todas consolaba con lo que yo les decía.

Esto fué lo primero que entendimos de su muerte en Granada, donde después, en diferentes tiempos y ocasiones, se apareció á algunas de las religiosas, que como á prelada me dieron cuenta de estos aparecimientos, porque en algunos obligaba á ello, por la necesidad que había por algunos defectos. Y habiéndose ofrecido una ocasión por la cual los de cierta Orden se retiraban de tratar con la nuestra, y estando nosotras cansadas de procurarlo por la dificultad que en ello mostraban, se apareció á una priora (1) la santa Madre, no gloriosa, sino como ordinariamente en su vida la vimos, y la mandó continuase en tratar con los de aquella Orden, diciendo la facilidad con que se quitaba la dificultad; y así se quitó luego por los medios que ella dijo, y volvieron á tratar como solían, y en general la mandó y encargó hiciese siempre amistad á todas las Ordenes, y á los particulares de ellas, que al principio y siempre nos habían ayudado y ayudarían, diciendo era menester fuésemos agradecidas. Ella lo era mucho.

No sólo después de muerta ha dado avisos en espíritu, mas, estando viva, en algunas casas importantes lo hacía estando ausente, y no dando el tiempo lugar á que lo hiciese por escrito. Y así en esta casa de Salamanca, debe haber veinte y más años, estando ella fundando la de Segovia (2), teníamos aquí á la hermana Isabel de los Angeles, ocho meses había, muy mala con gran enfermedad y recios dolores y con grandísimos escrúpulos, y todo esto ya á lo último, la tenía tan afligida y desfigurada que hacía gran compasión verla, particularmente el día de san Bernabé por la mañana quedó fatigadísima cuando nos fuimos á misa, y cuando volvimos la hallamos con tan extraordinaria alegría, que diciéndole la Madre priora (que era entonces la Madre Ana de la Encarnación) (3): «¡Bendito sea Dios, hermana, que parece está mejor, qué siente, que tan alegre está!...» respondió: «hoy se acabarán estos trabajos, y gozaré del bien que deseo...» La Madre superiora que estaba allí comenzó á preguntar: «¿Quién se lo ha dicho, hermana?...» La enferma sonriéndose respondió: «¡Qué cosas

(1) Esta priora, como se ve en los dichos para la Beatificación de la M. Ana de Jesús, era ella misma.

(2) La fundación de Segovia se hizo en el día de san José de 1574.

(3) Ana de la Encarnación, prima hermana de Santa Teresa. *Reforma*, t. III, lib. XI, cap. X.

pregunta, Madre superiora!... ¡El que puede me lo ha dicho!...»—Luego fuéronse las Madres, y yo que había sido su maestra, quedéme sola con ella y dije: «¿Qué tenemos, que tan cierta está que hoy ha de salir del destierro?» Ella me afirmó que mientras estábamos en misa, había estado nuestra Madre Teresa de Jesús con ella, bendiciéndola y regalándola y llegándola las manos al rostro diciendo: «Hija mía, no sea boba ni esté en estos temores, sino muy confiada en lo que hizo por ella su Esposo; que es grande la gloria que Dios la tiene aparejada, y crea que hoy la gozará.» Y así me afirmaba le parecía la tenía en el alma, sintiendo tanta paz como si nunca hubiera tenido guerra, y en esta serenidad pasó aquel día hasta la noche, que nos fuimos á Maitines, dejando con ella dos ó tres de nosotras, y al punto que en el coro queríamos tomar la disciplina (que era viernes y se toma en acabando los Maitines, que es á las once), hubo un sentimiento tan vivo de que Dios la quería llevar, que en dando el primer golpe de la disciplina, cesamos y fuimos todas juntas á la enfermería, y poniéndole el crucifijo en la mano y la vela, comenzamos á bendecir el nombre de Jesús, y á decir el Credo con ella, que lo fué diciendo y pronunciando en romance, cada artículo, y acabando con la postrera palabra del Credo expiró, y luego comenzó á cubrirse el cuerpo de tan gran hermosura y resplandor, que se vió claro ser cosa sobrenatural y celestial, y esto no sólo lo vimos todas las religiosas, mas cuantas personas de otras órdenes y seglares que vinieron á su entierro, que por nuestra pobreza y incomodidades, fué público allá en la iglesia fuera, donde acudió tanta gente, que para defender el cuerpo, y que no se atropellasen, fué menester estar el conde de Fuentes, y el comendador Paz, defendiendo el lecho, mientras se hacían los oficios. Este mismo día, que la enferma dijo había visto á nuestra santa Madre, lo escribimos á Segovia donde ella estaba, diciendo á la priora y superiora se lo dijiesen, para ver si podían entender cómo había sido, y contándoselo ellas diciendo: «Madre, no en balde aquella mañana, después de haber comulgado V. R., llegamos dos veces á darle recaudo, y no nos respondió, que estaba como muerta, á la misma hora que escriben de Salamanca, que estuvo allá.» Escribiéronnos, que se había leído y dicho: «¡Váyansel ¡ay!... ¡qué cosas inventan ellas! extrañas son...» y con esto habían visto era cierto, y nosotras vimos lo era, en una carta que antes que se lo dijiesen había escrito la Madre á la priora de acá, en que avisaba dos cosas, que era imposible saberlas, no las habiendo visto; y diciéndome á mí la Madre priora: «¿Cómo es posible saberlas, no habiéndolas visto nuestra Madre?» dije: «Claro está, que veía toda la casa el día que estubo aquí con la hermana Isabel de los Angeles, que preguntándola yo cómo la había visto, me afirmó que de la misma manera que cuando estaba acá: entró por la puerta de su celda y volvió á salir, y de ahí á casi un año, que envió por mí nuestra Madre para llevarme á ser priora de Veas (que hace más de veintidós años que se fundó) (1), se lo pregunté yo misma; con el amor que me tenía me respondió claramente que así había sido, y entonces sin acordarme podía morir se ella antes, la supliqué muy de veras me hiciese tanto bien á la hora de mi muerte, que

(1) En el año 1575.

donde quiera que estuviese me visitase, respondiome: «Yo se lo prometo, si Dios me diere licencia, que eso no está en mi mano, ni puedo hacerlo, sino es cuando El lo ordena (1).» — También le pregunté si había dicho aquella palabra á Isabel de los Angeles: «de que Dios la tenía mucha gloria aparejada», díjome: que sí, que se la había mostrado Su Majestad, y que era tanta la que la había dado, por cinco años que había sido monja, como á otras por cincuenta años de religión, habiendo estado en ella con mucha rectitud.

Mas era grande el fervor de esta hermana, y las ansias que traía siempre de contentar á Dios, que no le parecía lo hacía en nada, y había dejado mucho en el siglo por Él, y acá andaba la más abatida y humillada, teniéndose por la más despreciada de todas, y ninguna había que no la pareciese la hacía grandes ventajas, y jamás se tenía por digna de ningún consuelo interior ni exterior; hufale de manera que rezando el oficio divino la eché muchas veces de ver, en llegando á aquel verso que dice: *Quando consolaberis me*, pasaba tan apriesa por él, que disonaba de las otras, y preguntando la causa me dijo: «Temo no me consuele Dios en esta vida.» Contélelo á la Madre y dijo: «¿Piensa que poco le valió eso para gozar de lo que goza?» Que siempre nos alababa el padecer por Dios y por ayudar á los prójimos, y decía que por tanto bien de una alma se holgaría ella que estuviese la suya muchos años en purgatorio. Y así cuando en Alba padecían nuestras monjas, porque se entendía procuraban tener allí el cuerpo de la Madre, supe se apareció á dos de aquel convento, la Madre Juana del Espíritu Santo, que fué primera priora de aquella casa, y es ya difunta, y la dijo: «No era mucho padeciesen por ella, pues había padecido tanto por nosotras.» Y otras cosas muy particulares de que les avisó diessen cuenta al prelado que era entonces.

También en muriendo, se apareció en Veas, á la que estaba allí por priora, y al mismo tiempo al prelado que había llegado á visitar aquella casa, y les dijo cosas muy particulares que tienen escritas y guardadas con otras que manifestó la Madre (2), apareciéndose en Segovia, Alba y

(1) Santa Teresa cumplió su promesa. Cuando murió en Bruselas la Madre Ana de Jesús, el 4 de marzo de 1621, el licenciado Barcena, que fué su confesor durante su estancia en Madrid, la vió subir al cielo en compañía de santa Teresa. *Hecho depuesto delante de tres testigos.*

(2) Hallándose el P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios en Veas, cuando murió la santa Madre Teresa, se apareció la Santa el mismo día á la Madre Catalina de Jesús; ella le dió cuenta de esta visión, porque era entonces provincial. Pero deseando saber si también se le había aparecido á la Madre Isabel de Santo Domingo (que era priora de Segovia), le escribió con propio estas palabras: «Madre, hágame saber V. R. qué ha pasado por allá.» Y respondióle con estas otras: «Padre mío, lo que pasó por allá ha pasado por acá.»

Vida de la bendita Madre Isabel de Santo Domingo, por D. Miguel Bautista de Lanuza, Lib. III, cap. v, p. 400.

Y he aquí el extracto de lo que dice Gracián, en su libro manuscrito: *Peregrinaciones de Anastasio*:

«Una primera Dominica de Cuaresma, 1583, estando yo á las once de la noche rezando Maitines en una celda, bien cansado de haber predicado dos sermones aquel día en la iglesia mayor de Sevilla, levanté los ojos y vi una luz clara, mu-

Avila. Y en Granada entre otras á quien se apareció, mostró á la Madre Antonia del Espíritu Santo *la gloria de que gozaba y las particulares excelencias que se le habían concedido de que rogase por la Iglesia, y por todos los ministros de ella, y por la reducción de los herejes y la conversión de los infieles, y los que están en pecado mortal, y las ánimas del purgatorio.* Y en todo su seso pensó esta monja que sólo á la Madre le era concedido esto en el cielo, y así hice diese luego cuenta á su confesor, el cual la declaró, que la manifestación que se le había hecho, no era porque no lo tuviesen los otros Santos, sino por el gran gozo que nuestra Santa tenía en estar donde pudiese hacer con perfecta caridad, lo que en la tierra tanto había procurado alcanzar, que por eso solo nos certificaba ella á nosotras había deseado hubiese estas casas, donde con más comodidad pudiesen los que en ellas entrasen pedirlo á Dios, y así debía de ser servido darle por ello gloria tan particular, que parecía sola ella la tenía.

A la octava pregunta: Si se sabe que por medio de la dicha Madre, Nuestro Señor obró algunos milagros, digo: que fueron tantas las cosas que en su vida supe se habían hecho milagrosamente por su intercesión, que sería nunca acabar contarlas, y algunas quedan ya dichas en las primeras preguntas, y otras están impresas en sus libros de las que yo sé. Acuérdomme que veinte y dos años ha, que estando la Madre en Veas, llegó un mensajero de Valladolid con cartas del Obispo de Palencia, D Alvaro de Mendoza, y de nuestras monjas, en que le escribían había buscado la Inquisición el libro en que había escrito su vida por mandado de los Confesores, y que andaban con cuidado buscando todos los papeles y escritos que había de esto.—La Madre me dió cuenta de esto diciendo: «Lo había escrito ella tan sin temor, que ahora se le daba, si había escrito algunas ignorancias en que el santo Oficio pudiese reparar; que por sí no le daba cuidado, porque bien sabía Dios la verdad y sinceridad con que había dicho lo que en aquel libro estaba, mas que por estas cosas le pesaría.»—Diciéndola yo: que rogase á Dios la sacase bien y diese á entender de su parte no había habido alguna malicia, esperaba en su bondad lo haría. Luego el otro día de mañana, acabando de comulgar, me dijo: «¡Dé gracias á Dios, hija! que ya se ha cumplido lo que anoche me decía, que en recibiendo á Nuestro Señor me consoló Su Majestad diciendo: «No TENGAS PENA, QUE TU CAUSA ES MÍA.»—Y así entendí no sólo no sucedería trabajo

cho más blanca, sutil y delicada que la luz de candela, y aun del sol; antes esas luces son muy groseras en comparación de aquella. Y la luz del sol y candela no pasa de los ojos á dentro, mas aquella luz clara que digo, penetra hasta el íntimo del corazón, y no reverbera, ni hiere, ni deslumbra, sino con gran suavidad y blandura se recibe cuando penetra, y consueta. En esta luz vi su rostro muy resplandeciente y hermoso, no de tanta edad como ella murió, sino como si fuera de cuarenta años, y en lo interior oí estas palabras, pero no con los oídos exteriores del cuerpo: «Nosotros los del cielo y vosotros los de la tierra seamos una misma cosa en pureza y amor; nosotros gozando y vosotros padeciendo; y lo que nosotros hacemos acá con la esencia divina, haced allá vosotros con el santísimo Sacramento. Y di esto á todas mis hijas.»

«Pasóse aquella visión en un instante. Quedáronme impresos en el corazón cuatro deseos, de pureza del alma, de amor de Dios y del prójimo, de padecer trabajos por Cristo y de adoración al santísimo Sacramento, y en estas cuatro cosas he hallado después acá gran fruto.»

á estas casas, mas mucho provecho.—Y así se vió después de ella muerta, que mientras vivió, no supo más de su libro, ni lo que la Inquisición sentía, que lo tuvo casi doce años en su poder, los ocho siendo ella viva, y los cuatro después de muerta, hasta que yo vine á fundar la casa de Madrid, y allí le pedí al Inquisidor mayor, de quien supe estaba ya mirado y aprobado en el consejo supremo, y que á él y á todos les daba mucho contento se imprimiese, y así se hizo, como diré á la pregunta última.

De graves enfermedades se sanaron algunas personas en pidiendo á la Madre las encomendase á Dios, y acuérdomen en particular de dos que aquí en Salamanca sanaron milagrosamente, á lo que se vió, por su medio, estando ya á lo último. La una fué hija del Conde de Monterrey, que después fué Condesa de Olivares, que yéndosela su madre y su abuela á encomendar, fatigadísimas de verla ya tan al cabo, ella se encargó mucho de pedirle á Nuestro Señor, se la guardase.—Y otro día llamó á su confesor, que era el Padre Maestro Fr. Domingo Báñez, de la Orden de Santo Domingo, que ahora es catedrático de prima en esta Universidad, y le dijo, que estando suplicando á Nuestro Señor se la guardase, le habían aparecido santo Domingo y santa Catalina de Sena, y díchola que se haría lo que pedía, que procurasen le echasen su hábito un año á la dicha doña Pimentez, que era entonces de poca edad. Esto pidió la Madre al Padre Maestro muy en secreto lo hiciese hacer, sin que se entendiese nada de ella, y él por consolar á las Condesas, madre y abuela de esta doncella, lo dijo de arte que se entendió todo, y así lo supimos.—Otra vez, viniendo de fundar la casa de Alba á esta de Salamanca, tuvieron pedido estas señoras condesas de Monterrey licencia al prelado para que nuestra Madre entrase por su casa, y se pudiese estar allí un rato, y á ese tiempo tenían á la mujer del ayo de sus hijos, que era doña María de Artiago, muy al cabo de un tabardillo, y pidieron á la Madre la entrase á ver, y en llegándosele á la cama, que le puso la mano sobre el rostro, comenzó la enferma á decir recio: «¿Quién me ha tocado, que me siento sana?» La Madre comenzó á rogarla callase y no diese á entender tan presto el alivio que tenía; mas todos los que allí estaban, oyeron lo que la enferma había dicho, y así comenzaron á agradecérselo á la Madre, y ella congojada decía: «Miren qué será..., ¡como estaba con el mal tan subido á la cabeza!» y apriesa se vino luego al convento.—Deseaba que la enferma hiciese lo que le había rogado de encubrir su salud algún día, mas túvola tan entera, que luego se vió, y así lo entendieron todos, y la misma enferma me contó á mí, que jamás se había sentido tan buena en su cuerpo y alma, como en el punto en que la Madre le puso la mano en el rostro, y así la tenía mucha devoción, y nos la tiene hasta hoy en día á sus hijas.—De personas por quien rogaba en particular deseándoles la salud y vida, supe cierto al tiempo que se les acabó, le aparecieron, mostrándola la gloria que iban á gozar. El uno de estos, que sé cierto que fué el Sumo Pontífice Pío V, por quien ella hizo mucho sentimiento, y hablándole de él, lo hacía diciendo: «Gran Santo perdimos, y mucha falta nos ha de hacer en la Iglesia.»—Otro fué el Padre Gutiérrez, rector de la Compañía de Jesús, que murió atormentado de malos tratamientos que le hicieron los luteranos, prendiéndole camino de Roma, que también certificaba ella era Santo.—Otro

fué don Francisco de Guzmán, un caballero clérigo que en Avila sirvió mucho á Nuestro Señor en sus pobres: al tiempo que este Santo murió, estaba la Madre en esta casa de Salamanca, y entrándonos á hora de siesta á recoger en la celda entrambas á dos (1) me dijo: «Vaya, hermana, y hágame llamar luego al Padre Baltasar Alvarez, rector de la Compañía, que entonces era su confesor. El vino luego, y yo tuve gana de saber para qué aquella venida tan apriesa, y moviome á esto por ver á la Madre encendido el rostro, y algo demudado cuando me lo mandó llamar, y así procuré saber lo que le quería: Díjole en llegando: «Padre, ya nuestro buen amigo, don Francisco de Guzmán, está en el cielo, que en esta hora acaba de expirar, y aparecióme con gran luz», y otras cosas que no me acuerdo bien.— Sé que el Padre con quien lo trató, señaló el día y la hora, y halló que en esa misma había expirado el dicho don Francisco, quedando tenido por santo en Avila, y de cosas semejantes supe muchas que por otras partes se sabían.

A la nona pregunta, de que si Dios Nuestro Señor obró, después de la muerte de la dicha Madre Teresa de Jesús por medio de su intercesión y de su cuerpo y reliquias, algunos milagros, digo que:

En muriendo la dicha Madre, me enviaron á Granada un pedazo de la sábana sobre que había muerto, y otras partes de sus tocas y hábitos en que iba el color y olor de óleo, que hoy en día sale de su cuerpo, aunque entonces lo habían enterrado, y no visto lo que después, que como digo, enviáronme esto en muriendo.—Yo, como la conocía, tuve tanta devoción con ello, que escribiéndome la duquesa de Sesa, desde Baena, que D. Juan de Guzmán, marido de la marquesa de Ardales, quedaba desahuciado de los médicos, y ya en lo último, y que por la posta enviaron aquel mensajero, para que le ayudásemos con oraciones, hízoseme tanta lástima, que comencé á pedir á la santa Madre nos ayudase á alcanzar de Dios su vida, y al punto me dió deseo de enviar alguna de sus reliquias que pusiesen al enfermo. No me atreví sin comunicarlo con el Rector de la Compañía, que entonces me confesaba, por ser la Madre, tan poco había, muerta, y no haberse comenzado á ayudar de sus reliquias, ni ser conocida en aquella tierra. El Rector, que era el Padre Juan Jerónimo, me mandó que le enviase luego la reliquia: era un poquito de su hábito, fué metido en la carta, y al punto se lo pusieron al enfermo, y me escribieron que milagrosamente había sanado, y así quedaron estas señoras agradecidísimas, tanto, que nos ofrecieron de balde, para fundar nuestro convento en Granada, las casas del gran Capitán que allí tienen. No se pudo cumplir su deseo entonces, por algunos pleitos que sobre el Estado había, mas después las hubimos por muy poco, que fué menester dar á D. Luis de Córdoba, y así tenemos hoy el convento en ellas.

Luego aquel año, ó el siguiente, que no me acuerdo bien, hubo la peste en Sevilla, y comenzó á herir algunas personas en Granada. Y en nuestro convento de los Descalzos en una semana cayeron dos frailes muertos á deshora, decían que heridos de la peste; y en esta semana, estando el prior del convento diciendo misa en el nuestro, se sintió herido, con tan

(1) Santa Teresa y la Madre Ana de Jesús durmieron en una misma celda en Salamanca, antes de tener casa propia.

gran dolor y calentura, que le dió luego, que no pudo salir de la iglesia, y fué forzoso ponerle un colchón junto al altar, en que se echase, y en él en peso le llevaron casi muerto al aposento de nuestros donados, que estaba en la portería. En viniendo los médicos, le mandaron cerrar, tanto, que viniendo personas graves á visitarle aquel día, no consentimos entrasen, y todos estábamos rogando á Dios fuese servido de atajarlo, porque no inficionase el convento ni tocase á nadie, y para esto nos ayudábamos de una reliquia de la santa Madre, que le enviamos, se pusiese en la herida, con que luego mejoró, de arte que le pudieron llevar á su convento, y estuvo bueno, y vivió más de seis ó siete años después, que era el Padre fray Juan de la Cruz. A este mismo tiempo también murieron de lo mismo allí algunas personas seglares repentinamente, que en sola una casa, de D.^a María Centurión, murieron en dos días cuatro personas heridas de peste. Yo me sentí un día con tan gran dolor debajo de un brazo, y calentura, que llamé á dos monjas las más antiguas del convento, encargándolas no dejasen entrar á nadie donde yo estaba, porque me sentía herida. Ellas porfiaron á quererme ver el brazo, y vieron lo estaba, porque tenía una gran seca, y bajaban por el brazo desde ella unos rayos como verdugos muy encendidos; hicieron ponerme luego sobre la herida misma una reliquia de nuestra santa Madre, con que me quedé dormida, y desperté buena como si nada hubiese tenido.

A D.^a Catalina Ronquillo, una señora de allí de Granada que sabía esto, le dió también debajo del brazo, y con las reliquias le sucedió lo mismo que á mí, y á otros enfermos de allí.

Habrá siete años que estando yo en Madrid, desahuciada de todos los médicos, de un dolor de costado, uno de los que me curaban, que era el doctor Cortés, tenía mucha devoción con las reliquias de nuestra santa Madre, porque sabía que á una hija suya, y á unos enfermos, había sanado de grandes enfermedades, en poniéndoselas, y así me rogó, que, pues ya ellos no sabían remedio que hacer, me pusieran alguna reliquia de nuestra Madre. Yo me detenía por algunos respetos en esto; él se lo encargó mucho á las monjas me la pusiesen sobre el costado; en poniéndomela, me dió un vómito con tan gran sudor y fatiga, que parecía acababa. Luego me sosegué, y quedé tan buena, que viniendo los médicos que me curaban, que eran los del Rey, se espantaron, diciendo: «No hallaban rastro de enfermedad en mí, y así no tenían que volver más.» Y era el día de antes que con gran priesa me habían hecho recibir los Sacramentos, diciendo estaba mortal, y no había lugar de esperar más. Muchas otras cosas he sabido haber hecho Dios por medio de las reliquias de la santa Madre, tan grandes como las dichas, y aun mayores, y por medio de su cuerpo, que de allí á poco que le *desenterraron*, hallaron estaba entero sin corrupción y con la fragancia de olor que tuvo en expirando, y tiene hoy, y el óleo que de él mana con que untan multitud de paños que se dan y se tienen por reliquias.

Le llevaron del convento de Alba al de Avila; á donde un día de año nuevo (1596) se juntaron veinte y tantas personas á ver el cuerpo, por respeto al Padre fray Diego de Yepes, que es ahora confesor de su majestad el Rey nuestro, y del licenciado Pablo de Laguna, que es presidente en el consejo de las Indias, que habían venido desde Madrid á verlo, que

hasta entonces le tenían allí secreto, y yendo ellos admirados de las particularidades de santidad que en él vieron, lo contaron al Obispo de Toledo, que era el Inquisidor mayor y Cardenal; á él le hizo tanta fe y devoción, que se acordó que la Madre había muchos años le pedía licencia para fundar en Madrid casas de la Orden de frailes y monjas, y por no sé qué cosas no se la había dado; en oyendo esto la dió, diciendo se hiciesen norabuena conventos allí. Luego se hizo el de nuestros Padres (1), y me envió á mandar el Prelado (2) viniese desde Granada, trayendo conmigo otras seis monjas á fundar aquella casa (3). Su Majestad de la Emperatriz mandó que antes que nos encerrásemos fuésemos al convento de las Descalzas franciscanas (porque nos quería ver, y su hija la Infanta) (4), donde entramos por el aposento de Su Majestad, acompañándonos todos los de su casa. Entre ellos iba el Conde de Tiburcio, que andaba malo, y de devoción se había levantado á vernos, y agravábasele tanto la enfermedad, que le tuvieron casi por muerto. Una noche á deshora dijo á la Condesa su mujer, que se sentía bueno, porque las siete monjas que había visto en casa de Su Majestad de la Emperatriz, veía alrededor de su cama, con otra del mismo hábito, que no había él visto en casa de la Emperatriz, que era la que más se llegaba y apiadaba tanto, que le había quitado todo el mal que tenía. Luego llamó á su confesor, que era D. Antonio de Capotos, que es ahora obispo de Oristán, y se lo contó y dió una gran limosa que nos llevase, y ofreciese que cada viernes enviaría treinta reales á aquel convento. El me la dió y me lo contó, y entonces envié al Conde un retrato de nuestra santa Madre, y en viéndolo dijo: «Esta es la monja que llegó á mí, y me sanó.» Y así él y la condesa determinaron de hacer un convento de nosotras en su Estado, y siempre nos hacen mucho bien y tienen particular devoción. Es grande la que en Madrid ha causado á muchos extranjeros, y causa cada día, por medio de sus reliquias y retratos, y ahora dos años, viniendo yo á esta casa, de Salamanca, pasando por la nuestra de Alba, donde está su cuerpo, que por diligencias que se han hecho, los Duques de Alba, le volvieron allí, y con estar en contienda de si ha de quedar allí ó no, tiénenle los Prelados tan guardado, que había mucho no le dejaban ver, y á mí me dieron licencia para que hiciese descerrar un arca de hierro con que estaba clavado con tres llaves. Al tiempo que se abrió estaba conmigo todo el convento, y los mismos Padres que me traían, que el uno de ellos era definitor de toda la Congregación, llamábase fray Juan de Jesús María, y el compañero, el Padre fray Diego de San José. Estando mirando el cuerpo con gran reverencia, porque pone mucha la entereza y olor que tiene y la frescura y blandura de sus carnes, que así se puede palpar como de cuerpo vivo, yo comencé á menearla y mirarla con mucha atención, y vi hacia las espaldas una parte tan colorada, que dije á todos que la viesan, que parecía tenía allí la sangre viva; toquéla con un lienzo, y luego se tiñó de sangre; dile á los Padres y pedí otro, que también se

(1) El convento de San Hermenegildo se fundó en 25 de enero de 1586.

(2) El Rmo. Padre Nicolás de Jesús (*Doria*).

(3) El convento de Santa Ana se fundó en 8 de septiembre de 1586.

(4) La infanta D.^a Margarita, hija de la emperatriz D.^a María, viuda de Maximiliano II de Austria.

tiñó de sangre en llegándole; estando sano el cuero sin ninguna señal, ni herida: yo me quedé sobre la parte del cuerpo donde esta sangre salía, caído el rostro, pensando en tan gran maravilla, que lo era, al cabo de doce años, que era muerta, tener la sangre tan viva; y ocupada en esto y otras más no me acordé más de pedir los paños que se habían teñido.

Lleváronlos los regliosos, que digo estaban presentes, á Madrid, y mostraron allá uno de ellos el Padre Fray Diego de Yepes, confesor del Rey, que les pidió se les diesen, para mostrarlos á Su Majestad con relación de todo lo que en ello había pasado. Y así se la hicieron, de donde resultó mandarse proseguir las informaciones para su canonización, porque por autoridad apostólica estaban comenzadas á hacer. Más había de cinco años que el prior de San Juan, D. Fernando de Toledo, había dejado catorce mil ducados en su testamento; que le escribió de Roma el cardenal Deza bastaban, por estar tan manifiesta y viva la santidad y memoria de la Madre.—Al tiempo que digo vi su cuerpo, no lo volvieron al arca de hierro en que estaba, sino á una muy rica que la duquesa D.^a María de Toledo la tenía hecha con unas planchas doradas en que estaban esculpidas unas letras que el Padre Maestro, Fray Diego de Yanguas, de la Orden de los predicadores, que es ahora confesor de la misma duquesa de Alba, y lo fué mucho tiempo de nuestra santa Madre, compuso á propósito de lo que de ella sabía; dicen así:

Arca Domini, in qua erat manna, et
virga quæ fronderat, et tabulæ Tes-
tamenti.

(Hebr. ix.)

Non extinguetur in nocte lucerna
ejus.

(Prov. xxxi.)

En esta arca de la Ley
Se encierra por cosa rara
Las tablas, maná y la vara
Con que Cristo nuestro Rey
Hace á su Virgen mas clara:
Las tablas de su obediencia,
El maná de su oración,
La vara de perfección,
Con vara de penitencia,
Y carne sin corrupción.
Aquí yace recogida
La mujer dichosa y fuerte
Que en la noche de la muerte
Quedó con más luz y vida,
Y con mas felice suerte.
El alma pura y sincera,
Llena de lumbré y de gloria,
Y para eterna memoria
La carne sana y entera.
¿Dó está, muerte, tu victoria?

No me acuerdo si había más letras que éstas puestas en aquellos escudos de esta arca, que digo quedó cerrada, y llevaron la llave á nuestro Padre General (1). Que sólo un brazo tiene fuera el convento, en un caja de plata, para mostrar á los que la van allí á visitar, que es mucha la devoción que les hace. Y en Roma causó tanta las Constituciones y forma de vivir que nos enseñó, que llevándolas el año de 1588 á Su Santidad de Sixto V, después de haberlas hecho mirar y examinar, y pasado grandes dares y tomares y contradicciones que hubo para la confirmación que de ello pedíamos; á Su Santidad, como á los Cardenales de la Congregación, les pareció se nos debía conceder y confirmar como nuestra santa Madre lo había dejado, diciendo no había visto Constituciones de religión más concertadas y bien ordenadas. Y al tiempo de firmar el breve de la confirmación no quiso el Sumo Pontífice fuese sola la firma del Cardenal regente de la Congregación, sino de todos los de la Congregación, diciendo que cosa de tan gran servicio de Dios y bien de la Iglesia convenía la aprobasen y firmasen todos, estimándola en mucho, y así firmaron el breve original de la confirmación de nuestras Constituciones como en él se podrá ver (2). Y después de muerto Sixto V, *por algunas causas y palabras que vinieron trocadas en la traducción hubo alguna contienda, y se hizo diligencia con el Sumo Pontífice que sucedió, que fué Gregorio XIV, y las volvió á confirmar y aprobar (3) con tanta particularidad, que á cuantos lo supieron hacía admiración; y Su Santidad de Clemente VIII, que hoy tenemos, con semejante ocasión, hizo lo mismo, y pidió al cardenal Santa Severina el retrato de nuestra Madre Teresa y su libro y Constituciones, el cual escribió á Madrid se lo enviasen luego, porque había dado el que tenía á nuestro señor el Papa, y que él y cuantos cardenales hay en Roma no quieren estar sin él; que les hace consuelo tenerlo en su oratorio (digo ver el retrato de nuestra santa Madre), que en sus cartas siempre la nombraban la bienaventurada Madre Teresa de Jesús.*

A la última pregunta: De si sé que los libros que andan impresos de su nombre son suyos; sólo cierto, como las demás cosas que aquí tengo dichas, así por habérselos visto escribir, como por algunos traslados que de ellos sacaban. Cuando venían á sus manos, decía: «Dios los perdona á mis confesores, que dan lo que me mandan escribir, trasládalo y truecan algunas palabras, que ésta y ésta no es mía.» Y luego las borraba y ponía entre renglones de su letra lo que habían mudado. *Y así los que se imprimieron y andan ahora impresos, se sacaron de sus originales de su propia letra.* Yo, con licencia y orden de los Prelados, los junté, que estaban en diferentes partes, para darlos al Padre maestro fray Luis de León, que fué á quien lo remitió el Consejo real; y él, sin mudar palabra de lo que halló escrito de nuestra santa Madre Teresa, dió la censura para que se imprimiesen los tres que andan impresos, que es el de la *Vida* de la Madre, y el segundo se llama *Camino de perfección*, y el tercero de las *Moradas*. De esto tiene los originales el Rey en la librería de San Lorenzo. Y el de las *Fun-*

(1) El Rmo. P. Elías de San Martín.

(2) El 5 de junio de 1590.

(3) El 25 de abril de 1591.

daciones, de su propia letra de la santa Madre, también lo pidió Su Majestad al doctor Sobrino, que se halló á la muerte del Maestro fray Luis de León, y por esta causa se lo dieron, para que me lo volviese á mí con otros papeles que tenía juntos, para imprimirlos á petición de Su Majestad de la Emperatriz, que por ocupaciones que había tenido el dicho Maestro fray Luis de León no se había impreso, y como murió, quedó comenzado, y no se pudo acabar. Y así sé que tiene el Rey este libro de las *Fundaciones* en poder de sus guardajoyas; y que muchas personas desean verlo impreso, porque aunque algo de él imprimió el Padre doctor Ribera, de la Compañía de Jesús, en el libro que hizo de la *Vida* de la santa Madre, como no vió este original, dejó mucho por decir de tanta importancia, que al tiempo que yo la tuve en Madrid para lo dicho, le presté á un sucesor de la casa de Ferrara, y se volvió á Barcelona á tomar el hábito de la Cartuja, donde vive desde entonces con mucha religión (llamábase este señor Hércules, y ahora se llama D. José de Ferrara), diciendo lo que le movió la lectura de este libro, que aun no estaba impreso: que todo cuanto dejó escrito de su mano, no sé qué se tiene, que hace particular bien á los que lo leen.—Y por haberme tratado de muchas cosas en las cartas que me había escrito, viendo una vez algo revuelta la Religión y en contienda de Prelados, porque aun no los teníamos de nuestros Descalzos como ahora, me envió á mandar la Madre que quemase todas las cartas. Yo lo hice, y sin echarlo de ver, entre otros papeles se me quedó una de su letra, y al cabo de cinco ó seis años la hallé con el olor que hoy tiene su cuerpo, y manando el mismo óleo con tanta abundancia, que parecía lo habían mojado en aceite.—Y así lo mostré á los Prelados, que se quedaron con ella, y de mano en mano ha venido á parar en el convento de Granada, de nuestras monjas, que poco ha me escribieron la tenían, y era mucho el consuelo y los milagros que con ella se hacían. En ella, dice la Madre *cuán bien se había de hacer aquella fundación de Granada, y que la de Madrid había de importar más que todas*.—Y así se va viendo, porque de haberse hecho aquella fundación de Madrid resultó la impresión de los libros y otros grandes bienes en toda la Religión. Y algo de esto nos parece quiso el Señor mostrar cuando vinimos á la fundación. Que por habernos dicho querían personas graves hacernos recibimiento á la entrada de Madrid, nos detuvimos en un pueblo tanto, que llegamos víspera de Nuestra Señora de septiembre á las nueve de la noche: á una legua ó más de Madrid, después de anochecido, vimos, todos los que íbamos, una luz tan grande que salía del cielo, y daba sobre el circuito de los carros en que veníamos y todo el campo que nos cercaba, como sol, estando lo demás todo obscuro. Y esta gran luz me duró más de dos horas hasta que llegamos al lugar, y en ella se vió ser cosa sobrenatural, y se entendían hartas cosas, que se van cumpliendo, del provecho que con estas casas se hace. No tengo que decir, que es muy manifiesto, y la devoción que todos tienen con nuestra santa Madre y su Religión, y los milagros que cada día se ven con sus reliquias, que aquí hay algunas personas seglares, y en otras partes muchas, que nos dicen y escriben notables milagros que les suceden con las reliquias y devoción de la santa Madre Teresa, y que desean tener oportunidad de manifestarlo.—

Todo lo cual que tengo dicho, digo ser la verdad, lo cargo de mi juramento, en lo cual me afirmo y ratifico, y si es necesario lo digo de nuevo, y lo firmo de mi nombre, y digo que soy de edad de cincuenta años, poco más ó menos, y que no soy parienta de la dicha Madre Teresa de Jesús.

Ana de Jesús, priora.

En nuestro convento de San José de Salamanca, 1597.

ÍNDICE

	Págs.
INTRODUCCIÓN.—I. El P. Francisco de Ribera proto-biógrafo de Santa Teresa.—II. La Autobiografía.—III. Bio-bibliografía Teresiana.	v

ESTUDIO PRELIMINAR

Santa Teresa de Jesús, Doctora mística por el R. P. Luis Martín, S. J.	1
I.—4. La teología único faro que guía á Dios; sus partes: Dogmática, moral ascética y mística.—5. No hay que imaginar á Santa Teresa como Doctora escolástica.	3
II.—6. Carácter distintivo de la ciencia de Santa Teresa.—7. Las obras doctrinales.—8. <i>Autobiografía</i> ; su atractivo y profundidad.—9. Su ascetismo.—10. <i>Camino de perfección</i> ; doctrina ascética en él contenida.—11. <i>Las moradas</i> ; es su obra maestra.	6
III.—12. Fundamento del sistema doctrinal de Santa Teresa; sus grados de oración son grados de perfección.—13. Concepto general de las <i>Moradas</i> . Un castillo de diamante.—14. La ronda de este castillo	10
IV.—15. Doctrina ascética de las tres primeras Moradas; Morada primera, su obscuridad.—16. Morada segunda; la voz de Dios y la de Satanás.—17. Morada tercera; pureza del alma deslustrada por el amor á la honra y al regalo espiritual.—18. Resumen.	14
V.—19. Cualidades de los escritos de Santa Teresa. 1. ^a La concisión: es el sello distintivo del genio.—20. La de la seráfica Doctora es realmente luminosa.—21. Tino en la selección.—22. 2. ^a cualidad. Jovialidad festiva.—23. Carácter especial de esa jovialidad.—24. Su fin: hacer amable la virtud.—25. Ingénita antipatía de Santa Teresa á los caracteres melancólicos: atractivos de su alma	18

VI.—26. Doctrina mística de las últimas Moradas: dificultad especial de esta materia.—27. Diferencia entre los contentos naturales y los gustos ó consuelos sobrenaturales.—28. Moradas cuartas: oración de recogimiento.—29. Y de quietud.—30. Moradas quintas: Oración de unión. Primer grado.—31. Segundo grado.—32. Tercer grado.—33. Moradas sextas: En qué se distinguen de las precedentes y de las siguientes.—34. Preparación al Desposorio espiritual.—35. El desposorio místico. Dos modos de arrobamiento: Extasis ordinario.—36. Vuelo del espíritu.—37. Señales que certifican ser Dios el autor de estas mercedes.—38. Moradas séptimas: Matrimonio espiritual. Dios introduce el alma en esas moradas y allí se le manifiesta.—39. Maravillosa consumación del Matrimonio espiritual.—40. Sus efectos.—41. Recapitulación de las cuatro últimas moradas.	24
VII.—42. Valor filosófico y literario de este sistema doctrinal. Qué es misticismo.—43. Condiciones del escritor místico: la materia.—44. La forma.—45. Místicos gentiles y herejes.—46. Místicos católicos.—47. Místicos españoles. Santa Teresa y San Juan de la Cruz.	42
VIII.—48. Misticismo de Santa Teresa. Su fondo. El mundo ideal maravillosamente simbolizado.—49. La «vida» rústica.—50. Santa Teresa de Jesús y los filósofos alemanes.—51. Ridículas explicaciones del vulgo de los racionalistas.—52. Forma del misticismo de Santa Teresa. Su corazón.—53. —Ejemplo.—54. Reflexiones.—55. Propiedad característica de los sentimientos de Santa Teresa de Jesús. Ternura femenil.—56. Ejemplo de la misma	48
IX.—57. Conclusión. Genio prodigioso de Santa Teresa reconocido y admirado de todos: pero sobre su genio se levanta su espíritu	57

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO.— <i>En que se trata de qué revelaciones se debe hacer caso, y en particular del que se debe hacer de las de la Madre Teresa de Jesús, para que todos estimen lo que en este libro leyeren</i>	61
CAP. II.— <i>Del crédito que en particular se debe dar á las revelaciones que se escribirán en este libro.</i>	83
CAP. III.— <i>De la tierra y padres y nacimiento de la Madre Teresa de Jesús</i>	91
Etimología del nombre Teresa, 91.—Diversas Santas y mujeres célebres que llevaron este nombre, 92 y nota.—Patria de Santa Teresa, 92.—El aposento donde nació y el en que durmió más de 15 años, 92-93 y nota.—Nobleza de su familia, 94.—Cédula en que consta su nacimiento, 94 y nota.—Bautizo de la niña Teresa, 94 y nota.	
CAP. IV.— <i>De la niñez y crianza de la Madre Teresa de Jesús</i>	95
Don Alvaro Sánchez de Cepeda y D. ^a Beatriz de Ahumada, padres de Santa Teresa, 94-95 y nota.—Su niñez y primera educación, 96.—Su particular amistad con Rodrigo su hermanito, 96.—Huyen los dos de casa de sus padres para ir á tierra de moros, 96 y nota.— <i>Para siempre, para siempre</i> , 97.—Juegos infantiles de la niña, 97.—Ermitas y Monasterios, 97.—Muere su madre, y la niña escoge por madre á la Virgen Santísima, 97-98.—Nuestra Señora de la Caridad, 97 y nota.	

- CAP. V.—*De cómo vinieron á estragarse estos buenos principios, y cómo la sacó el Señor de los peligros en que andaba.* 99

Retrato de Teresita á los 13 años de su edad, 99.—Sus lecturas.—Su afición á las galas, 99-100.—Trato con sus primos.—Una mala compañera, 100.—La coloca su padre como educanda en el Monasterio de Nuestra Señora de la Gracia, 100-101 y notas.—María de Briceño, su instructora, 101 y nota.—Recuerdos de la Santa en dicho Monasterio, 101 y nota.

- CAP. VI.—*De cómo tomó el hábito de Nuestra Señora del Carmen, é hizo profesión.* 103

Después de una grave enfermedad pasa á vivir en compañía de su hermana mayor, 103.—Detiénese en Hortigosa en compañía de su tío Pedro Sánchez de Cepeda, 103.—Lee las cartas de S. Jerónimo y se resuelve á ser Religiosa, 103.—Es admitida en el Monasterio de la Encarnación el 2 de Noviembre de 1535, 103.—Noticias sobre este Monasterio, y recuerdos que en él se conservan de la Santa, 104-105 y notas.—El mismo día en que Teresa se metió monja, su hermano Antonio entró en el convento de los Jerónimos, 105 y nota.—Violencia que tuvo que hacerse Teresa para abrazar el vestido Religioso, 106 y nota.—Noviciado en la Encarnación, 106-107 y notas.

- CAP. VII.—*De las enfermedades que tuvo, y cómo sanó de ellas, y cómo volvió á las vanidades primeras y dejó la oración, y después volvió á ella.* 108

Después de su profesión para reponerse de sus enfermedades pasa á vivir una temporada en Becedas en compañía de su hermana María, 108.—La clausura religiosa antes del Concilio de Trento, 108 y nota.—Lee el *tercer Abecedario* de Osuna, 108-109 y nota.—Convierte á un mal sacerdote, 109-110 y nota.—Vuelve á Avila á casa de su padre.—Terrible parasismo de 4 días.—Extrema-Unción, 110.—Imprudencia de su hermano Lorenzo, 111.—Sueño y predicción misteriosa, 111.—Incomportables tormentos en todo el cuerpo, 111 y nota.—La trasladan, medio muerta, á la Encarnación.—Sus ocupaciones en el Monasterio, 112.—Nuevos peligros para su alma, 112.—Abandona, por mal entendida humildad, el ejercicio de la oración, y el P. Vicente Varrón la hace volver á ella, 112 y nota.—Preciosa muerte de su padre, 113 y nota.—Varias apariciones de Jesucristo en el locutorio de la Encarnación, 114.

- CAP. VIII.—*De qué tan graves fueron los pecados de la Madre Teresa de Jesús.* 115

No cometió jamás pecado alguno contra la castidad, 115-16.—Ni otro alguno en materia grave, 116-17.—Por su profunda humildad exagera la Santa sus faltas, 118-19.—Sus pecados no pasaron de veniales, 119.—Dos abonados testigos de esta verdad, 119.—Otros más autorizados aún. Gregorio XV.—Urbano VIII.—Los Auditores de la Rota.—La Sagrada Congregación de Ritos, 119-20 y notas.

- CAP. IX.—*De su conversión, y cómo desde allí fué siempre medrando, y de la ocasión que tuvo para venir á tratar con los de la Compañía de Jesús, y cuánto la aprovecharon.* 121

La vista de Jesús llagado la conmueve profundamente, 121.—Lee las *Confesiones* de S. Agustín, 121.—Regaladas mercedes del Señor.—Inquietud que en la Santa producen.—Magdalena de la Cruz, 121-22.—Fundación y vicisitudes del Colegio de la Compañía de Jesús en Avila, 122-23 y notas.—D. Francisco de Salcedo y el Maestro Daza, 123 y nota.—Por su consejo acude la Santa á los Padres de la Compañía para que la saquen

de dudas, 124-25.—El P. Juan de Prádanos.—Le da los ejercicios, 125 y nota.—Notable pasaje del Maestro Julián de Avila, 125 y nota.—Progresos de la Santa bajo la sabia dirección del P. Prádanos.—La aconseja más mortificación, 126.—Candorosa sencillez y humildad con que narra la Santa este importantísimo episodio de su vida, 126-27 y notas.

- CAP. X.—*De cómo el Padre Francisco de Borja, general que fué después de la Compañía de Jesús, aprobó su espíritu, y cómo el Señor la habló dos veces y el fruto grande que sacó de aquella habla* 129

San Francisco de Borja.—Aprueba su espíritu, 129 y nota.—Sale de Avila su confesor el P. Prádanos.—Aflición de la Santa.—Toma por director á otro Padre de la Compañía, 130 y nota.—Doña Guiomar de Ulloa, 130 y nota.—Primer arrobamiento.—Hablas interiores, 131.—Algunos atribuyen al demonio los favores que ella recibe del Señor, 131.—Su director, para probarla, le quita la comunión por muchos días, 131.—Nuevos temores y sobresaltos.—El Señor la calma y asegura, 132.—Maridíaz, 132.—Nuevas hablas y visiones.—Su director la anima y sosiega, y la defiende de los que los atribufan al maligno espíritu, 133-34 y nota.

- CAP. XI.—*De cómo, por obedecer á los confesores, resistió á las mercedes de Dios, y el Señor se las hacía mayores; y de la verdad de una gran visión que tuvo* 135

El Padre Baltasar Alvarez, 135 y nota.—Sabia y prudente dirección, 136.—Un confesor manda á Santa Teresa dar higas á las apariciones, 137.—La Cruz de su Rosario, transformada á sus ojos, 137-38.—Las visiones y mercedes de Dios van en aumento, 138.—Las imágenes de Jesús y María que hizo pintar Santa Teresa, 138-39.—Su corazón es un volcán de amor, 139.—La transverberación de su corazón por un serafín, 139-40 y nota.—Canción de la Santa en que celebra este divino favor, 140.—Crasa ignorancia de Mr. Alfredo Maury, 140 y nota.—La fiesta de la transverberación, 140 y nota.

- CAP. XII.—*De cómo dió cuenta al Padre Fray Pedro de Alcántara y la aseguró ser espíritu de Dios, y de muchas tentaciones con que fué fatigada* 144

San Pedro de Alcántara aprueba el espíritu de Santa Teresa, 144-46 y nota.—Hermoso elogio del Santo por la Santa Madre, 144 y nota.—Nuevas torturas interiores admirablemente descritas por la Santa, 146-51.

- CAP. XIII.—*Del principio y ocasión que hubo para fundar el primer Monasterio de Descalzas, que fué San José de Avila, y cómo el Señor se lo mandó muchas veces, y de las persecuciones que por eso padeció, y cómo ya una vez se desbarató lo del Monasterio* 152

Primera semilla de la Reforma Carmelitana, 152.—María de Ocampo, 152.—Velada íntima, 153.—Terrible visión del infierno, 153 y nota.—Deseos de más soledad y penitencia, 153.—Conferencia con D.^a Guiomar, 154.—Mandamiento divino para la fundación del Monasterio de S. José, 154.—Consulta el asunto con su director el P. Baltasar Alvarez, 155.—Escribe á S. Pedro de Alcántara y á S. Luis Beltrán, 155.—Contestación de los dos Santos, 155 y nota.—Gran borrasca en la ciudad, 156.—Fray Pedro Ibáñez, 156 y nota.—Visión de la Santa acerca de este Padre, 156 y nota.—Compra Santa Teresa la casita para Monasterio, 157.—Por mandato de su confesor suspende las negociaciones, 157.

- CAP. XIV.—*De cómo su confesor la estorbó la fundación, y el Señor la*

- consoló y mandó esperar hasta su tiempo, y después dió á entender al Padre de la Compañía que la confesaba, que quería que se hiciese, y ella tornó á tratar de ello, y de una cosa notable que en esto aconteció* 159
- Nuevos temores y zozobras.—Serenidad, 159.—El nuevo Rector del Colegio de S. Gil, Padre Gaspar de Salazar, 160 y nota.—La primera entrevista, maravillosamente descrita por la Santa, 160-61 y nota.—Visión acerca del P. Salazar y de toda la Compañía, 161 y nota.—El célebre pasaje sobre la Compañía, omitido en la 1.^a ed. de las Obras de Santa Teresa, 161 y nota.—Nuevo mandato del Señor, 162.—Un billete de la Santa para su confesor, 162.—Este la manda poner manos á la obra, 162.—Doña Juana de Ahumada, 163.—Aparición de S. José, 163.
- CAP. XV.—*De cómo se hacía la obra y de algunas cosas maravillosas que en aquel tiempo la acontecieron* 164
- Apuros de la Santa.—Reprensión del Señor, 164.—Aparición de Santa Clara, 164.—La Virgen Santísima y S. José le visten una ropa blanca, 164-65.—Terrible catilinaria contra la Santa, desde el púlpito de la Iglesia de Santo Tomás, 165.—Gonzálito de Ovalle muerto y resucitado.—Otro angelito para el cielo, 165.
- CAP. XVI.—*De cómo derribaron los demonios parte de la casa que estaba hecha, y por mandato del Señor fué á Toledo, y volvió al tiempo que era menester para la fundación.* 167
- El demonio derriba una pared recién levantada, 167.—Calma la Santa á su cuñado Juan de Ovalle irritado con los albañiles, 167.—*Ciertos son los 30 ducados*, 168.—Doña Luisa de la Cerda, 168 y nota.—Manda el Provincial á la Santa ir á Toledo para consolar á esta Señora, 168.—Contradicción que este mandato causa á la Santa, 168-69.—El P. Salazar le manda obedecer, 169.—Le es de algún consuelo el pensar que en Toledo hay Colegio de la Compañía, 169 y nota.—Vida de la Santa en el palacio de D.^a Luisa, 169 y nota.—Aborrece el desear ser Señora, 169 y nota.—Mejóranse las costumbres en la servidumbre, 170.—María de Salazar, 170.—María de Jesús, 170 y nota.—Vuelta á Avila, 171.—Avísanla desde la Encarnación que la quieren nombrar Priora, 171-72.
- CAP. XVII.—*De cómo vino el Breve, y el Obispo admitió la obediencia, y se puso en el Monasterio el Santísimo Sacramento, y se dió el hábito á las primeras monjas* 173
- Carta de S. Pedro de Alcántara al Obispo de Avila, 173-74.—El Breve de Roma, 174 y nota.—Rara enfermedad de Juan de Ovalle, 175.—El portafico de Belén, 175 y nota.—Las cuatro primeras Carmelitas Descalzas, 176.—El 24 de Agosto de 1562, 176.—El primer templo levantado en honor de San José en todo el mundo, 176 y nota.

LIBRO SEGUNDO

- PRÓLOGO.—*De la selección que hay que hacer en la admisión para Carmelitas Descalzas.—Excelencia del Instituto Teresiano.—Quiénes sirven para él y quiénes no* 179
- CAPÍTULO PRIMERO.—*En que se trata del fin que tuvo la Madre Teresa de Jesús para fundar estos Monasterios, y cuán alto y perfecto es, y cuánto valor da á la religión.* 182

- CAP. II.—*De cómo hizo la Madre Teresa de Jesús que se guardase en su Monasterio la primera regla de su orden, y qué es lo que contiene y lo demás que ella añadió* 185
- CAP. III.—*De cómo ordenó que su Monasterio no tuviese renta alguna, sino que se viviese de limosnas* 190
- CAP. IV.—*Del alboroto interior y exterior que se levantó después de tener ya fundado el Monasterio* 193
- La hora de la consolación y la hora de la agonía, 193.—*Post nubila Phoebus*, 194.—El alboroto de la ciudad, 194.—Mándanla ir de nuevo á la Encarnación, 194-95.—Capítulo de culpas delante del Provincial, 195.—Da razón de sí y se aplaca, 195.—Continúa el alboroto en Avila, 195.—La Junta en el Consistorio, 195.—Fray Domingo Báñez, 195-96 y nota.—Diligencias de la Santa Madre, 197.—Intrépida contestación de las Carmelitas de S. José, al Corregidor, 197.—Entáblase pleito, 198.
- CAP. V.—*De lo mucho que duró la contradicción, y cómo se vino la Madre al nuevo Monasterio, y todo se sosegó, y comenzó á haber mucha devoción con aquella casa* 199
- Salen á la defensa del Monasterio algunas buenas personas, 199.—Manera de vivir de las cuatro novicias, 199.—El Maestro Daza su director espiritual, 199.—Pasa á Avila el P. Ibáñez y negocia la vuelta de Santa Teresa al Monasterio de S. José, 200.—Primeras disposiciones que toma la Santa, 200.—Apariciones de Jesús y de la Virgen Santísima, 201 y nota.—Sosiégase la tempestad, 201.—María de Ocampo y María de Avila, sobrinas de la Santa, toman el hábito en S. José, 201-02.
- CAP. VI.—*De lo que la Madre hizo en su Monasterio, y del principio que comenzó á tener la fundación de los otros Monasterios que después fundó, y cómo para ello la dió patentes su General* 203
- El nuevo paraíso, 203.—Ejercita á sus hijas en todas las virtudes.—La Madre María Bautista.—Su obediencia, 204.—Prodigio realizado con el agua de un pozo, 204-05.—Se ensancha el Monasterio, 205.—Germina en su gran corazón la idea de nuevas fundaciones, 205.—Recibe la visita de Fray Antonio Maldonado, venido de las Indias, 206.—Ganar almas para Jesucristo.—*Espera un poco y verás grandes cosas*, 206.—Fray Juan Bautista Rubeo ó Rossi pasa por Avila, 206 y nota.—Su entrevista con la Santa.—Dala patentes para fundar otros Monasterios.—*La mia Fìglia*, 207.
- CAP. VII.—*De cómo la Madre comenzó á tratar que se hiciesen Monasterios de los Descalzos Carmelitas, y cómo se partió á fundar en la villa de Medina del Campo el segundo Monasterio de Descalzas* 208
- Fundadora de Frailes y Monjas Descalzas, 208.—Escribe al P. Rossi sobre el negocio, 208-09.—El P. Alvarez la invita á fundar en Medina del Campo, y le allana el camino, 209.—Va á Medina Julián de Avila, 209 y nota.—Diligencias de la Santa para la fundación, 210.—Despedida de San José.—Visita á la ermita, 211.—Murmuraciones en Avila, 211-12.—Primera jornada hasta Arévalo y terrible noticia que allí recibe, 212.—Entrevista con el P. Báñez, 212.—Intrepidez de la Santa en proseguir lo comenzado, 212-13.
- CAP. VIII.—*De cómo la Madre Teresa de Jesús llegó á Medina y fundó su Monasterio de San José* 214

Llegada nocturna á Medina.—Peripecias, 214.—La casa en ruinas.—Maños á la obra, 215.—Una casa ruinosa convertida en Monasterio, de la noche á la mañana, 215.—Julio César y Teresa de Jesús. Vine, vi, vencí, pág. 216.

CAP. IX.—*De la grave tentación que la vino después de lo dicho, y de cómo se pasaron á otra casa, y pagaron y acomodaron aquella en que antes estaban* 217

Terrible tentación del demonio, 217.—Dudas y temores.—El P. Alvarez la consuela y anima, 218.—Ocho días de angustia, 218.—Doña Elena de Quiroga, 219.—Traslado del Monasterio.—Vocaciones, 219.—Mándala Jesús que escriba el Libro de las *Fundaciones*, 220.

CAP. X.—*De cómo pasó adelante en la fundación de los Descalzos Carmelitas, y cómo la ofrecieron lugar para fundar Monasterio en Valladolid, y fué á Alcalá al Monasterio de las Descalzas.* 221

Propone la fundación de Carmelitas Descalzos á Fray Antonio de Heredia, 221.—San Juan de la Cruz.—Su primera entrevista con Santa Teresa, 222.—D. Bernardino de Mendoza la ofrece la fundación de Valladolid, 222.—Viaje de la Santa á Alcalá, 223.—Detiéndose de paso en Madrid en casa de D.^a Leonor Mascareñas.—Las Damas madreleñas, 223 y nota.—Las monjas Descalzas franciscanas de Alcalá, 223 y nota.

CAP. XI.—*De cómo la Madre Teresa de Jesús fundó en la villa de Malagón el tercero Monasterio de Descalzas, que se llamó San José* . . . 225

Doña Luisa de la Cerda.—Accede la Santa á sus deseos de fundar en Malagón, 225.—Parte la Santa Madre para esta villa, 226.—El Domingo de Ramos, 226.—Años adelante traslada este Monasterio fuera de la villa, 226.—Aparición de Jesucristo en visión imaginaria, 227-28 y nota.

CAP. XII.—*De la fundación del cuarto Monasterio, que fué la Concepción de Nuestra Señora del Carmen en Valladolid, y del buen pago que dió Dios al caballero que dió la casa y huerta para él.* 229

Muerte de D. Bernardino de Mendoza, 229.—Activa la Santa Madre la fundación de Valladolid, 229.—Envía á esta ciudad á Julián de Avila, 230.—Llega á Valladolid.—Se le aparece el alma de D. Bernardino de Mendoza, en el momento de comulgar, 230.—Enferman las religiosas y traslada la Santa el Monasterio de lugar, 231.

CAP. XIII.—*De la fundación del quinto Monasterio, que fué San José, en Toledo.* 232

Origen de la fundación de Toledo, 232.—El P. Pablo Hernández S. J., 232.—Martín Ramírez, mercader de Toledo, 232.—Pasa la Santa de Valladolid á Toledo, 233.—Dificultades para la fundación, 233.—Fray Bartolomé Carranza, 233 y nota.—El Gobernador Eclesiástico.—Entrevista de la Santa con él, y alcanza licencia para fundar, 234.—El hombre providencial.—Andrada, 235-36.

CAP. XIV.—*De cómo se acabó esta fundación, y de las dificultades que después hubo en ella, y cómo la acrecentó en todo el Señor* 237

La madrugada del día 14 de Mayo de 1569, 237.—Dos mujeres alborotadas y sosegadas, 237.—Siniestros pronósticos en Toledo, 237.—Alborótanse los Oidores de la ciudad, 238.—Espantosa pobreza y santa alegría, 238-39.—Cuestión de etiqueta, 239.—Nuestro Señor saca de dudas á la Santa, 240.—El palacio de los Tendillas convertido en Monasterio.—Varios

- traslados de domicilio, 240 y nota.—Vacaciones para este Monasterio, 240-41.—Visión de la Santa, 241.—Dos santas muertas, 241-42.
- CAP. XV.—*Del sexto Monasterio de Nuestra Señora de la Concepción, que fundó la Madre Teresa de Jesús en la villa de Pastrana.* . . . 243
- Mensaje inesperado de la Princesa de Éboli, 243.—*Llévate la regla y las constituciones*, 243.—Sale de Toledo para Pastrana, 244.—Caprichos de la Princesa de Éboli, 244 y nota.
- CAP. XVI.—*De la fundación del séptimo Monasterio, que fué San José, en Salamanca* 245
- El P. Martín Gutiérrez y el Dr. Ribera, 245 y nota.—Parte de Avila para Salamanca, 245.—La casa de los estudiantes, 246.—D. Pedro González de Mendoza, 246.—Llegada á Salamanca, 246.—Temores de la Madre María del Sacramento, 247.—Graciosa respuesta de la Santa Madre, 247.—Incomodidades del nuevo Monasterio, 247.—Vuelve á él la Santa tres años después, 248.—Peripecias de este segundo viaje, 248.—Curiosos portadores que de él cuenta Julián de Avila, 249 y nota.—Dificultades para hallar casa á propósito para Monasterio, 249.—Grandes lluvias y hermoso sol, 250.—Francisca de Luna y Leonor de Ledesma, 250.—Ana de Solís, 251.—Convento actual de las Carmelitas Descalzas, 252 y nota.
- CAP. XVII.—*De la fundación del octavo Monasterio, que es Nuestra Señora de la Anunciación en Alba de Tormes* 253
- Francisco Velázquez y Teresa Laiz, 253.—Su desconsuelo por no tener hijos, 254.—*No quieras tener hijos que te condenarás*, 254.—Visión realizada, 255.—Se resuelve la fundación de Alba de Tormes, 256.—Pasa la Santa á esta villa, 256.—Muerte de Teresa Laiz, 257 y nota.—Estado actual del Monasterio de Alba, 257 y nota.
- CAP. XVIII.—*Del modo que tenía de caminar la Madre Teresa de Jesús, cuando iba á estas fundaciones, y cómo Dios la mandaba hacer aquellos caminos* 258

LIBRO TERCERO

- PRÓLOGO.—En que se trata de la estima que se ha de tener de las reglas y constituciones que dió la Madre Teresa de Jesús, y del modo de proceder que escogió 261
- CAPÍTULO PRIMERO.—*De cómo la mandaron ir á la Encarnación, y lo que en aquel tiempo la aconteció* 264
- Pasa la Santa á Medina para arreglar ciertas diferencias entre una novicia y sus parientes, 264.—Los del Paño contra la Santa Madre, 264.—Le manda el Provincial de los Calzados salir de Medina, 264.—Fray Pedro Hernández, Visitador, 265.—Manda á la Santa volver á Medina para arreglar los desaciertos de los del Paño, 265.—Es nombrada por el Visitador Priora de la Encarnación, 265.—Cuánto sintió esto la Madre y cómo la consoló el Señor, 265-66.—Renuncia de la Regla mitigada, 266-67 y nota.—Lamentable estado del Monasterio de la Encarnación, 267.—Recebimiento de la nueva Priora, 268 y nota.—Exquisita prudencia de la Santa Madre, 268.—La Imagen de la Virgen en la silla prioral, 268.—Hermosa plática de Santa Teresa á las Religiosas de la Encarnación, 268-69 y nota.—*Fortiter et suaviter*, 269 y nota.—Brío con que hace bajar los humos de un caballero casquivano, 269.—Admirable transformación

del Monasterio, 269-70.—Aparición de la Virgen rodeada de Angeles, 270.
—Singulares mercedes que recibe del Señor, 271 y nota.

CAP. II.—*De cómo, siendo Priora de la Encarnación, fundó el nono Monasterio, que fué de San José del Carmen, en Segovia, y de cómo se deshizo el Monasterio de Pastrana.* 272

Inesperada licencia para fundar en Segovia, 272.—Detiénese la Santa en Salamanca y Alba de Tormes, 273.—El camarín de la Duquesa de Alba, 273 y nota.—Toma de posesión del Monasterio de Segovia, 274.—Enojo del Provisor.—Acógese la Santa á los de la Compañía, 274.—Comisiona á Julián de Avila y Antonio Gaitán para que conduzcan á Segovia las monjas de Pastrana, 274-75.—Situación intolerable de las Religiosas de este Monasterio.—La veleidosa Princesa de Éboli, 275 y nota.—Su vocación intempestiva, 275 y nota.—Salida nocturna de Pastrana, 275.—Alegría de la Santa al recibir á sus hijas, 275.—Vocaciones para el nuevo Monasterio, 276.

CAP. III.—*De la fundación del décimo Monasterio, que fué de San José del Salvador, en Veas.* 277

Mensaje á la Santa para que vaya á fundar á Veas y dificultades que había para esta fundación, 277.—Catalina Godínez y María de Sandoval, 277-78.—Licencia del Consejo de Ordenes, 279.—Visión maravillosa, 279.—Determina la Santa ir á fundar á Veas, 280.—Su paso por Sierramorenna, 280 y nota.—Favor del Patriarca S. José, 281 y nota.—Festivo recibimiento, 280-81 y nota.—Merced regaladísima, 281 y nota.—No existe ya este Monasterio, 281 y nota.

CAP. IV.—*De la fundación de los Descalços Carmelitas, y particularmente de los dos primeros Monasterios de Mancera y Pastrana.* 282

Fray Antonio de Heredia y Fray Juan de la Cruz, primeros Carmelitas Descalços, 282.—Duruelo, 282.—Concede el Provincial de los Calzados licencia para la fundación, 283.—Pasan los frailes de Duruelo á Mancera, 283.—Fray Mariano de San Benito y Fray Juan de la Miseria, 284.—Fundación de Pastrana, 284.—Vocación de Fray Jerónimo Gracián, 285.

CAP. V.—*De la fundación del undécimo Monasterio, que fué San José del Carmen en Sevilla.* 286

Fray Jerónimo Gracián nombrado Comisario y Visitador apostólico, 286.—Padres de Gracián.—Sus estudios en el Colegio de Alcalá S. J. y en la Universidad.—Entra en la Orden Carmelitana y es el brazo derecho de la Santa Reformadora, 287 y nota.—Es nombrado Provincial de los Descalços, 287 y nota.—Después de la muerte de Santa Teresa es expulsado de la Orden.—Su viaje á Roma.—Cae en poder de los corsarios.—Rescatado, va á Roma y es admitido por los Carmelitas Calzados.—En 1600 vuelve á España y pasa después á Bruselas donde muere santamente, 287 y nota.—Cualidades de Gracián según La Fuente, 286 y nota.—El P. Gracián manda á Santa Teresa que vaya á fundar á Sevilla, 287-88.—Viaje á esta ciudad.—Trabajos y peripecias, 288-89.—Llegada á Sevilla.—Contradicción del Arzobispo.—Concede al fin el deseado permiso para la fundación, 290.—Vida de la M. Beatriz de la Madre de Dios narrada por Santa Teresa, 291-93 y nota.

CAP. VI.—*De lo que la Madre Teresa de Jesús pasó en Sevilla, y cómo dejó á sus monjas en casa propia antes que se fuese.* 294

Grandes apuros de la nueva fundación, 294.—Desaliento de la Santa y favores singulares que el Señor le hace para alentarla, 295 y nota.—Es de-

- latada al Santo Oficio, 296.—Sobresalto del P. Gracián y tranquilidad de la Santa, 296 y nota.—Vuelta de las Indias de su hermano D. Lorenzo de Cepeda, que la saca de apuros, 296-97.—El P. Prior de las Cuevas y Garcí-Alvarez, 297.—Grandes fiestas, cohetes y tiros, 297-98.—D. Pedro Cerezo Pardo.—Su gran liberalidad con los Carmelitas y con otras Ordenes Religiosas, 298.—Teresita, hija de D. Lorenzo de Cepeda, 298.—Se despiden la Santa Madre de sus hijas, 298-99.
- CAP. VII.—*De la fundación del duodécimo Monasterio, que fué el de Caravaca* 300
- Precioso fruto de un Sermón predicado por un P. de la Compañía de Jesús, 300.—Las tres fundadoras del Monasterio de Caravaca, 300.—Alcanzan licencia de Felipe II para la fundación, 301.—Parte la Santa para Caravaca y funda el Monasterio, 301.
- CAP. VIII.—*De cómo cesaron las fundaciones por cuatro años, y lo que en esto hizo y padeció la Madre Teresa de Jesús* 302
- El Capítulo general de los Carmelitas intima á la Santa la orden de recluirse en algún convento, 302.—Es reelegida Priora de la Encarnación.—Los del Paño se oponen tenazmente á ello, 303.—El P. Gracián nombrado Visitador de Frailes y Monjas.—Es mal recibida esta elección por algunos Padres del Paño, 303.—Muerte del Nuncio Mons. Nicolás Ormaneto, 304 y nota.—Su sucesor se muestra favorable á los del Paño.—Atizado por ellos, comete desaciertos, 304 y nota.—Su reprimenda al Padre Gracián, 304.—Persecución contra los Descalzos, 305.—Solicitud maternal de la Santa con los injustamente perseguidos, 305.—Es nombrado Visitador el P. Pedro Hernández, Dominico, 305.—Breve de Separación de los Descalzos y Calzados, 306.—Se sujeta á la Orden el Monasterio de San José de Avila, 306.
- CAP. IX.—*De la fundación del dècimotercio Monasterio, que fué Santa Ana, en Villanueva de la Xara* 308
- La Ermita de Santa Ana en Villanueva de la Jara, 308.—Instancias para que la Madre funde allí un Monasterio, 308-09.—Se resuelve al fin á hacer aquella fundación, 310.—Recibimiento que le hacían en los pueblos por donde pasaba, 310.—Visita al convento de Nuestra Señora del Socorro, 310-11.—Llegada á Villanueva.—Magnífico recibimiento, 311.—Frase epigramática de la Santa Madre, 312 y nota.
- CAP. X.—*De la fundación del dècimoquarto Monasterio, que fué San José de Nuestra Señora de la Calle, en Palencia* 313
- Pasa á Toledo y cae gravemente enferma, 313 y nota.—El P. Ripalda la persuade que funde en Palencia, 313.—A su paso por Medina cura de repente de una erisipela á la M. Ana de la Trinidad, 313 y nota.—Pasa á Palencia y lo encuentra todo arreglado para la fundación, 314.—Iglesia de Nuestra Señora de la Calle, 315.—Se le aparece Cristo Nuestro Señor, 315.—Diez años más tarde trasládase el Monasterio á otro paraje más retirado.—Fúndase en el lugar abandonado por las Carmelitas el Colegio de Palencia de la Compañía.—Su destino actual, 316 y nota.
- CAP. XI.—*De la fundación del dècimoquinto Monasterio, que fué la Trinidad en Soria* 317
- Ruega el Dr. Velázquez á la Santa que vaya á fundar á Soria, 317.—D.^a Beatriz de Beamonte, 317.—Parte la Santa Madre para Soria, 317-18.—Ana de S. Bartolomé, 318 y nota.—La bendición del Obispo en medio de la calle, 318.—Toma de posesión del nuevo Monasterio, 318-19.—Entrevista del Autor con la Santa Madre, 319 y nota.—De Soria parte á Se-

govia.—Sale á recibirla el P. Yepes.—Entrevista que con ella tuvo, 319 y nota.

CAP. XII.—*De cómo la Madre Teresa de Jesús fué elegida en Avila por Priora, y desde allí envió á fundar el Monasterio décimosexto, que fué el de Granada* 320

Es elegida Priora de S. José, en Avila, 320.—Elige á las Madres Ana de Jesús y María de Cristo para la fundación de Granada, 320-21.—Se opone á esta fundación el Arzobispo, 321.—Noche tempestuosa.—Un rayo en el palacio arzobispal, 321 y nota.—Llegada de las monjas á Granada.—El Arzobispo completamente trocado, 321 y nota.—Vocaciones para el nuevo Monasterio, 321 y nota.—Palacio del duque de Sesa convertido en Monasterio, 322 y nota.

CAP. XIII.—*De la fundación del décimoséptimo y postrero Monasterio que fué de San José de Santa Ana, de Burgos* 323

Preliminares para la fundación de Burgos, 323.—Catalina de Tolosa, 324.—Parte la Santa de Avila.—Grandes trabajos de este viaje, 324-25.—Curación milagrosa de la Priora de Medina, 325 y nota.—Inminente peligro de despeñarse, 325.—El paso de los pontones de Burgos, 326.—El Santísimo Cristo de Burgos, 326 y nota.—Llegada á esta ciudad y grave enfermedad de la Santa, 326 y nota.

CAP. XIV.—*De la contradicción que hubo para fundar el Monasterio, y cómo en fin se fundó, y se halló para él casa muy á propósito* . . . 327

Niégaase el Arzobispo á conceder la licencia que tenía ofrecida para esta fundación, 327.—Háblale la Santa y nada consigue, 328.—*Ahora, Teresa, ten fuerte*, 328.—El doctor Manso, 328.—Las Carmelitas en el hospital de la Concepción, 328-29.—*Diablejo tonto*, 329 y nota.—Compra providencial de una casa, 329-30.—El Licenciado Aguiar, 330.—Visita el Arzobispo á la Santa Madre, 330.—Después de muchas dilaciones concede el suspirado permiso, 330.—Generosidad de Catalina de Tolosa, 330-31.—Espantosa inundación, 331 y nota.—Declaración de la Venerable Madre Ana de S. Bartolomé, 331-32.

CAP. XV.—*De cómo la Madre Teresa de Jesús salió de Burgos y vino á Alba, y cómo murió allí* 333

Sale la Santa de Burgos; grandes trabajos de este viaje, 332-33.—Al llegar á Medina recibe orden de ir á Alba de Tormes, 333.—*Válame Dios, qué cansada me siento*, 334.—Postrera enfermedad, 334.—Visita de la duquesa de Alba, 334 y nota.—Ultimos sacramentos, 335.—*En fin, Señor, soy hija de la Iglesia*, 335.—Ana de S. Bartolomé á su cabecera, 337 y nota.—Muere de amor, 337-38 y nota.

CAP. XVI.—*De cómo quedó su cuerpo después de su muerte, y de su entierro, y de las cosas que se vieron antes de su muerte y en ella* . . . 339

Prodigios obrados en su muerte, 339.—Misterioso perfume, 339-40.—Curiosa anécdota del P. Yepes, 340 y nota.—Entierro del Santo cuerpo, 341.—Apariciones y visiones, 341-43.

LIBRO CUARTO

PRÓLOGO.—Cautela y selección que ha de tenerse en el admitir novicias para la Religión.—Con cuánto encarecimiento encomendó esto la Santa Madre, 351. 345

CAPÍTULO PRIMERO.—*De los dones naturales que Dios puso en la Madre Teresa de Jesús.*

357

Bellísima epopeya de Santa Teresa, 357.—El retrato de Fray Juan de la Miseria, 358.—Excelente ingenio de la Santa.—Admirable prudencia.—Destreza en los negocios, 358-59.—Varonil fortaleza.—Magnanimidad y generosidad.—Afable conversación y trato, 359.—Su profunda gratitud.—Honestidad y modestia angelicales.—Templanza, 360.—Veracidad y sinceridad de paloma, 360-61.

CAP. II.—*De los escalones por donde Dios la subió á tan alta oración como tenía*

362

El ideal de la Religiosa, 362.—El *tercer abecedario* de Osma, su primer maestro para la oración, 363.—Necesita, al principio, de la lectura espiritual para la oración.—Grandes sequedades que en ella experimentó durante muchos años, 364.—Se ayuda, para la meditación, de piadosas imágenes y de la mortificación, 365.—Por varios grados llega finalmente al más alto grado de contemplación, 365-67.

CAP. III.—*En que se declara más la oración de la Madre Teresa de Jesús por palabras que ella dejó escritas en una relación que hizo fuera de sus libros.*

367

Con qué motivo escribió la Santa Madre esta Relación dirigida al Padre Rodrigo Alvarez S. J., 367.—Una novicia de Sevilla delata á la Inquisición á las Carmelitas, acusándolas de *Alumbradas*, 367 y nota.—Confía el Santo Oficio el examen de este asunto al P. Alvarez.—Informe favorable del Padre, 368 y nota.—Dificultad de entender y explicar las cosas interiores del espíritu, 368.—Dos clases de oración sobrenatural, 369.—Oración de *recogimiento* y de *quietud*, 369.—*Sueño* de las potencias, 369.—*Unión* de todas las potencias, 370.—*Arrobamiento* y *suspensión* 370.—Diferencia entre la *suspensión* y el *raptó*, 370-71.—*El vuelo del espíritu*, 371.—*Impetus* del alma, 371-72.—*Herida* de amor, 372-73.—Efectos que en el alma causa, 373.—No son estas cosas antojos é imaginaciones, 373-74.—No es curiosa en preguntar más de lo que Dios quiere darle á entender, 374.

CAP. IV.—*Del gran conocimiento de las cosas celestiales que el Señor la comunicó por medio de la oración.*

375

Goza la Santa frecuentemente de la visión y conversación de Cristo y del Misterio de la Santísima Trinidad, 375-76.—Ve la manera cómo Dios está en el alma del justo, 376-77.—Entiende cómo las Tres Personas son un solo Dios, y qué cosa sea amor á Dios, 378-79.—Cómo todas las cosas creadas están en Dios, 379.—Le son manifestadas otras muchas cosas celestiales, 380.

CAP. V.—*Del espíritu de profecía que tuvo*

381

Qué son visiones y revelaciones, 381-82.—Diversas clases de profecías, 382.—Grandes é insignes profecías de Santa Teresa, 382-83.—Pronosticó muchas cosas acerca de sujetos particulares, 383-84.—Otras profecías relativas á la Orden de Santo Domingo y á la Compañía de Jesús, 384-85 y nota.—Otra referente á la derrota de los portugueses en Africa, 385.—Los 40 Mártires de la Compañía de Jesús que iban al Brasil, 385 y nota.—Profecía relativa á la propagación de la Reforma Carmelitana, 386 y nota.—Penetra los secretos del corazón, 386-87.—Profetiza el tiempo y lugar de su muerte, 387.—Sabe otras muchas cosas por divina revelación, 388-89.

CAP. VI.—*De los libros espirituales que escribió.* 390

El libro de su *Vida*, 390 y nota.—*Camino de Perfección*.—Quién se lo mandó escribir y cuándo lo escribió, 390-91 y nota.—*Las fundaciones*.—Cuándo empezó á escribir este libro y quién le mandó que lo escribiese, 391 y nota.—*Las Moradas*.—Quién le mandó escribir este admirable libro.—Datos curiosos suministrados por el P. Yepes, 392-93 y nota.—Declaraciones de varias religiosas acerca del modo cómo escribía sus libros la Santa, 393 y nota.—Los escritos de Santa Teresa de Jesús juzgados por D. Juan Valera, 393-96 y nota.—*El Cantar de los Cantares*.—Historia y vicisitudes de este libro, 397 y nota.—*Constituciones*.—*Exclamaciones*.—*Avisos*.—*Relaciones*.—*Modo de visitar los conventos*.—*Poesías*.—*Escritos sueltos en prosa*.—*Cartas*, 398 y nota.—Autógrafos de la Santa reproducidos en foto-litografía, 399 y nota.—Cómo escribía sus libros la Santa, 399.—Son estos utilísimos, llenos de celestial doctrina y escritos con elocuente sencillez, 399-400.—Traducciones al italiano, francés, latín, flamenco, alemán, polaco é inglés, 400 y nota.—Numerosas ediciones españolas, 401 y nota.

CAP. VII.—*De cuán examinado y aprobado fué el espíritu de la Madre Teresa de Jesús.* 402

Relación de la Santa Madre al P. Rodrigo Alvarez S. J., su confesor, 402.—Padres de la Compañía de Jesús que fueron directores espirituales de la Santa Madre, 403.—P. Antonio Araoz, 403 y nota.—S. Francisco de Borja, 403 y nota.—P. Gil González Dávila, 404 y nota.—P. Juan Suárez, 404 y nota.—P. Baltasar Alvarez, 404 y nota.—P. Gaspar de Salazar.—Desavenencias entre Santa Teresa y el P. Juan Suárez, con motivo de querer el P. Salazar abrazar la Reforma Carmelitana, 404-06 y nota.—Malévolas insinuaciones del Sr. Mir á este propósito, 406 y nota.—Padre Luis de Santander, 406 y nota.—P. Jerónimo de Ripalda, 406-07 y nota.—P. Pablo Hernández, 407 y nota.—P. Martín Gutiérrez, 407 y nota.—Padres Francisco de Ribera, Enrique Enríquez, Rodrigo Alvarez, Juan de Aguila, Bartolomé Pérez de Nuevos, P. Ordóñez.—Alvarez del Aguila, Gonzalo Dávila, Juan de Prádanos y Pedro Doménech, 407-08 y nota.—S. Pedro de Alcántara aprueba su espíritu, 408.—D. Francisco Soto de Salazar, 408 y nota.—El Bto. Maestro Juan de Avila, 408.—Confesores Dominicos, Fray Vicente Varrón, 409.—FF. Pedro Ibáñez, Domingo Báñez, Diego de Chaves, Bartolomé de Medina, Felipe de Meneses, Maestros Salinas y Lunar, Diego de Yanguas, Melchor Cano, sobrino del teólogo del mismo nombre, Pedro Fernández, Juan de las Cuevas, Bartolomé de Aguilar, Fernando del Castillo, García de Toledo, Mtro. Mancio y Juan Gutiérrez, 409-10 y notas.—Gran cuidado de la Santa en obedecer á sus confesores, 411.—Efectos que en su alma causaban los favores que recibía del Señor, 411-12.—Escrito de S. Pedro de Alcántara aprobando el espíritu y modo de proceder de la Santa, 412-15.

CAP. VIII.—*De los avisos que daba para la oración.* 416

Excelencias y necesidad de la oración, 416.—Oración vocal y mental, y método que hay que seguir en ellas, 417.—Cómo deben portarse en la oración los que no pueden fijar el pensamiento, 418.—Cuán útil sea para la oración el propio conocimiento y el de Dios y de la humanidad de Jesucristo, 419.—No debe dejarse la oración por una falsa humildad ni por las sequedades, 420.—No hay que buscar en ella gustos y consuelos, sino el provecho espiritual, 420-21.—Origen de las arideces y sequedades en la oración, 422.—Diferencia entre la oración mental y la sobrenatural, 422-23.—El mejor camino para conseguir ésta es la humildad y propia abnegación, 423-24.—El fruto de toda oración debe ser amor práctico de Dios, 425.

CAP. IX.—*De la gran fe que tenía* 426
Cualidades de su fe.—Era firme, 426.—Sencilla, viva y animosa, 427.—Humilde, 428.

CAP. X.—*Del gran amor de Dios que tenía, y de su gran perfección* . . . 429
Su esperanza era sólida y firme, 429.—Su amor á Dios ardentísimo, 429.—La enajenaba de los sentidos, 430.—El cantarcillo *Véante mis ojos*, de la novicia Isabel de Jesús y sublimes efectos que causó en la Santa Madre, 431-32 y nota.—Canto sublime de amor. *Vivo sin vivir en mí*, 432 y nota.—Eran tan vehementes los ímpetus de amor que no hubiera podido naturalmente soportarlos, 433.—De ellos procedía su celo ardentísimo en procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas, 433-34.—Su gran pureza de conciencia y afaseo de la más elevada perfección, confirmado con un voto admirable, 435-36.—*Ya eres mía y yo soy tuyo*, 436.—Carismas sublimes que recibe de Dios en retorno de su amor.—Desposorio místico, 436-38.—Consuelos espirituales y favores corporales, 438.—Admirable familiaridad con Dios, 438-39.

CAP. XI.—*De la gran caridad que tenía con los prójimos, y del fruto admirable de su oración, y de los bienes que con ella les hizo* . . . 440
Su gran deseo de ayudar y aprovechar á los prójimos, especialmente á los varones apostólicos, 440-41.—Cuánto sentía, por esta causa, la muerte de éstos.—El Mtro. Juan de Avila, 441.—Muchos pecadores la debieron su conversión y otros el adelantar en la perfección, 442-44.—Su caridad en socorrer á las almas del purgatorio, á los enfermos y á los pobres, 444-45.—Amor especial que profesaba á sus enemigos y á los que la contradecían, 445-46.

CAP. XII.—*De la gran devoción que tenía al Santísimo Sacramento del Altar* 447
Su gran devoción á la Santísima Eucaristía, 447.—Comulgaba todos los días, á no impedírselo la obediencia, 447-48.—Admirables mercedes que el Señor le hacía en la sagrada Comunión, 448-50.—Procuraba que todo lo destinado al servicio de la Eucaristía fuera limpio y bien aderezado, 450.—Su gran reverencia á los sacerdotes, 450.—Deseaba que sus religiosas comulgaran frecuentemente, 451.

CAP. XIII.—*De la gran devoción que tenía con los santos, y cómo fue muy favorecida de ellos* 452
Catálogo de los santos que eran de su especial devoción, 452.—Su especialísima devoción á Cristo, á la Virgen y al Patriarca San José, 452 y nota.—Gracias singulares que de ellos recibió, 454.—Un regalado favor que le hizo Santo Domingo de Guzmán, 454.

CAP. XIV.—*De la gran confianza y fe que tenía en Dios, y de la grandeza de su ánimo* 456
Las grandes obras que emprendió confiada en la divina Providencia, 456.—Sólo temía ofender á Dios, 456.—Nada la espantaba al tratarse de procurar la gloria de Dios, 457.—Grandeza de alma en emprender y llevar á cabo grandes hazañas, 457-58.

CAP. XV.—*De la profunda humildad interior que tenía* 459
Cuán bajamente sentía de sí, 459.—Practicaba admirablemente el *Ama nesciri et pro nihilo reputari*, 460-61.—Con atento cuidado procuraba manifestar sus faltas y ocultar las mercedes que recibía de Dios. Se sujetaba de buen grado á todos, 461-62.—Cómo se gozaba en las reprensiones

y desprecios, 462-63.—Su principal maestro en esta virtud fué Dios, 463.—Jamás tuvo tentaciones de vanagloria, 463-64.—Anécdotas curiosas sobre este particular 463 y notas.

CAP. XVI.—*De la humildad exterior que tuvo, que es de cuanto se ejercitó en esta virtud, y de su mortificación.* 465

Esta humildad interior se reflejaba en todo su porte exterior, 465.—Se ejercitaba en los oficios humildes, aun los más viles, 365-66.—Pedía perdón por sus yerros, 466.—Otras prácticas de humildad y mortificación, 466-67.—Encomendaba á sus religiosas muy encarecidamente la práctica de esta virtud, 467-68.—Cómo habla de ella en sus escritos, 468 nota.—La dama y el rey en el juego de ajedrez, 468 y nota.—Dos fuentes de humildad, 468 y nota.—Por qué ama el Señor tanto la humildad, 469 y nota.—Humildad falsa y verdadera, y efectos que ambas producen en el alma, 469 y nota.

CAP. XVII.—*De la paciencia que tuvo en los trabajos, y cuánto gustaba de padecer por amor de Dios* 470

Cuántas y cuán acerbas enfermedades atormentaron su cuerpo durante toda su vida, 470-71.—Cómo soportaba los trabajos é incomodidades durante sus frecuentes viajes, 471.—Vejaciones del demonio, 472.—La precipita desde lo alto de una escalera y le quiebra el brazo izquierdo, 472.—Terrible cura, 472.—Paciencia en medio de sus grandes sequedades y desconsuelos, 473.—Cómo soportaba con resignación las contumelias, oprobios, injurias, calumnias, falsas sospechas y reprensiones inmerecidas, 473-75.—Una mujer la abofetea en la iglesia, 475.—Unos hombres brutales le dan de coces, 476.—*O padecer ó morir*, 476.—Santa envidia á los que padecieron grandes trabajos por Dios, 476.—*No está el merecer en gozar sino en obrar, en padecer y en amar*, 477

CAP. XVIII.—*De la penitencia que hizo* 478

Sus maceraciones corporales, 478.—Parca comida y áspero vestido, 478-79.—Grandes deseos de hacer penitencia, pero sin detrimento de la obediencia, 480.

CAP. XIX.—*De cuán amiga fué de la santa pobreza, y juntamente cuán larga y liberal* 481

Su grande amor á la santa pobreza, 481.—Prefería las fundaciones sin renta, 481.—Gozábase en traer vestidos pobres y remendados, pero limpios, 482.—Se ocupaba gozosa en los trabajos manuales, 482.—Quería que brillara la pobreza en sus Monasterios, 482-83.—Recomendaba encarecidamente esta virtud á sus Religiosas, 483.—Su generosidad con los pobres y necesitados, 483-84.

CAP. XX.—*De la gran obediencia que siempre tuvo.* 485

Su perfectísima obediencia á sus padres espirituales y superiores, 485-86.—No se apartaba un punto de la obediencia, aunque tuviera revelaciones en contrario, 486 y nota.—Voto de obediencia especial al P. Gracián y su extensión, 487-89.—Su principal maestro en esta virtud fué el mismo Jesucristo, 489.—*No tener obediencia es no ser monja*, 489.—Es la senda más breve y segura para llegar pronto á la más alta perfección, 490.—Las personas religiosas son esclavas de Dios, 490-91.

CAP. XXI.—*De la fuerza que tenía en sus palabras.* 492

Su gracia en consolar á los tristes, 492.—Santa libertad con que trataba y reprendía á los grandes del mundo, 493.—Eficacia de sus cartas y de sus palabras, 493-94.

	Págs.
CAP. XXII.— <i>De la gracia de sanidades que tenía</i>	495
El niño Gonzalito resucitado, 495.—Varias curaciones milagrosas, 495-96. —Ana de S. Bartolomé, 496.—Una fuerte erisipela disipada con una caricia, 496.—Un abrazo y una bendición eficaces, 496.	
CAP. XXIII.— <i>Del agradecimiento que tenía</i>	497
CAP. XXIV.— <i>De la gran prudencia que tenía</i>	499
Exquisita prudencia que mostró en llevar á cabo la Reforma Carmelitana, 499.—En conservar la disciplina religiosa, 499-500.—Cariño maternal que profesaba á sus hijas, manifestado en sus cartas, 500-01 y nota.—Observantes y alegres, 501.—Era entrañablemente amada y respetada de ellas, 501.— <i>Fortiter et suaviter</i> en el reprender y corregir, 502.—Su modo de proceder con las quisquillosas, con las fervorosas y con las enfermas, 502.—Vestido y tocado.—Llaneza en el hablar, 502.—Quería religiosas de buen ingenio, 503-05.—Despachaba á las melancólicas, 503.—Cualidades que exigía en las Prioras, 504-05.—De ellas depende el sosiego del Monasterio, 505.—Deben atender á lo temporal y á lo espiritual, 505.—Quería religiosas de corazón quieto y sosegado, 506.—Deseaba para ellas directores instruidos, 506-07.—Claridad de conciencia, 507.—Prudente energía en el despedir á las novicias que no servían para su Instituto, 507-08.—Dos ilusas curadas y sosegadas, 508-09.	
CAP. XXV.— <i>Del don que tenía de conocer los espíritus</i>	510
CAP. XXVI.— <i>En que se ponen unas relaciones que la Madre Teresa de Jesús escribió á unos confesores suyos</i>	512
Refiere la Santa que, en la oración, experimentaba grandes ímpetus de amor divino, 512.—Ardorosos deseos de servir á Dios, 513.—Afecto á la pobreza y soledad, 513-14.—Con esto se acrecentaba su pureza de conciencia y el menosprecio de las cosas mundanas, 514.—Su fervor de espíritu y libre de vanagloria, 515.—Deseo de padecer.—Caridad con el prójimo, 516.—Todos estos y otros frutos de su oración, confiesa humildemente que se deben no á su industria, sino á la bondad de Dios, 516-18.—Cesan las visiones y aumentan los arrobamientos y el amor á la pobreza, 519.—Piedad con los pobres, 519.—No hacen mella en su corazón las murmuraciones y calumnias, 519-20.—Más vehementes deseos de soledad, 520.—Acreciéntase en su alma, la paz, la generosidad, la fe, esperanza y caridad, 520-22.	

LIBRO QUINTO

PRÓLOGO.—Por qué causa se han narrado tan prolijamente las virtudes de la Santa Madre, 525-26	525
CAPÍTULO PRIMERO.— <i>De cómo, al cabo de algún tiempo, fué hallado entero y sin corrupción el cuerpo de la Madre Teresa de Jesús y cómo fué llevado á San José de Avila.</i>	527
Se conserva incorrupto el santo cuerpo y emanando de sí suave olor, 527-28. —Primer reconocimiento en Julio de 1583, 528.—Es trasladado secretamente de Alba de Tormes á Avila, después de cortado el brazo izquierdo, 528-30.	
CAP. II.— <i>De cómo se comenzó á publicar el milagro del Santo cuerpo y cómo fué vuelto á Alba</i>	531
El P. Yepes hace un viaje á Avila para venerar el santo cuerpo, 531.—	

La incorrupción del cuerpo es declarada milagrosa por los médicos, 532.—D. Hernando de Toledo alcanza del Sumo Pontífice que sean devueltos á Alba los sagrados restos, 532-33.—El P. Ribera tiene el consuelo de poderlos contemplar, 533-34.—Devoción extraordinaria del pueblo, 533-34.—Sentencia definitiva del Papa Sixto V para que el cuerpo de la Santa Madre permanezca perpetuamente en Alba, 534.—Tercer reconocimiento en 1594.—Es colocado en una arca ricamente labrada, 534 y nota.—Estado actual del camarín, 534-35 y nota.

CAP. III.—*En que se da entera noticia de cómo están el brazo y el cuerpo* 536

Describe el P. Ribera lo que él mismo pudo observar, 536-37.—Sucinta noticia de las diversas reliquias de la Santa Madre, 537-38 y nota.

CAP. IV.—*De cómo se ha mostrado muchas veces después de su muerte* 539

Se aparece la santa Madre á Teresa Laiz, 539.—A un Padre Carmelita Descalzo, 540.—A la Madre Catalina de Jesús, 540.—A la Madre Catalina de la Concepción, 541.—A Beatriz de Ovalle, 541.—A varias Religiosas Descalzas, 542.—Todas estas apariciones son muy dignas de crédito, 543-44.

CAP. V.—*De los milagros que se han hecho con reliquias de su cuerpo, y con los pañitos teñidos de la sangre* 545

Numerosas curaciones milagrosas, 545.—En Alba y Lisboa por medio del brazo, 545-46.—Y de la mano. Suave olor que ésta despide, 546-47.—Otros milagros obrados con un dedo y con trocitos de su carne, 547-48.—Los pañitos empapados en sangre, 549.—Narra el Padre Ribera el prodigio que con él obró la Santa, 550-51.

CAP. VI.—*De los milagros que se han hecho con hábitos y vestidos de la Madre Teresa de Jesús* 552

Varios dolores y enfermedades curadas con solo aplicar algún pedazo de los vestidos que usó la Santa, 552.—En Alba, Medina del Campo y Palencia, 553-56.—Milagros obrados en las Provincias Vascongadas y otras regiones de España, 556-58.—Un Prior de los Carmelitas Descalzos, 558-59.—Ana de la Trinidad, Religiosa de Salamanca, 559.

CAP. VII.—*De algunos milagros que Nuestro Señor ha hecho con el retrato de la Madre Teresa de Jesús, y de otro de una carta suya* 560

CAP. VIII.—*De los milagros que ha hecho Nuestro Señor en personas que se encomendaron á la Madre Teresa de Jesús* 563

APÉNDICES

1.º—*Beatificación y canonización de Santa Teresa de Jesús.—Su Patronato sobre España* 569

I. Beatificación y canonización de Santa Teresa de Jesús, 569.—II. Patronato de Santa Teresa sobre España, 574.

2.º—*Santa Teresa de Jesús y la Compañía de Jesús* 578

I. Amor constante y jamás interrumpido de Santa Teresa á la Compañía, 578.

ña de Jesús, 578.—II. Las amargas quejas de Santa Teresa en su carta al Canónigo de Palencia, D. Jerónimo Reinoso, no van dirigidas contra la Compañía de Jesús, 603.

3.º—*Carta de San Pedro de Alcántara á Santa Teresa de Jesús* 608

4.º—*Documentos relativos al estado actual del Corazón de Santa Teresa de Jesús y á las espinas que de él han brotado*. 609

I. Relación que las religiosas del convento de la Anunciación de Alba de Tormes, donde se conserva dicho corazón, fecha del 5 de junio de 1870, dan al Procurador general de la Orden, en Roma, de lo que han «visto y oído», 609.—II. Carta del Ilmo. Sr. D. Fray Joaquín Lluch, Obispo de Salamanca, al Procurador General de los Carmelitas Descalzos, en Roma, Fray Pascual de Jesús María, 610.—III. Informe y dictamen facultativo de los Doctores de medicina y cirugía de la Universidad de Salamanca, acerca del estado actual del corazón seráfico de Santa Teresa de Jesús, 611.

5.º—*Relación de los prodigios obrados durante la guerra de los franceses por la intercesión de Santa Teresa de Jesús en el convento y villa de Alba de Tormes*. 614

6.º—*Dicho que la venerable Madre Ana de Jesús dijo por la beatificación y canonización de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús* 619

Pensamientos de Santa Teresa de Jesús, entresacados de sus obras

y distribuidos según el orden de los Ejercicios espirituales de San Ignacio, por el P. JAIME PONS, S. J. Un opúsculo de 96 páginas de 14 × 9 cms. bajo cubierta de papel couché impresa á dos tintas. Edición de propaganda.

Excelente opúsculo en el que el eruditísimo anotador y comentarista de la nueva edición de la vida de la Seráfica Reformadora del Carmelo, da pruebas una vez más no sólo de su profundo conocimiento de las obras de la Santa, sino también de su acendrada piedad y celo por la difusión de tan excelentes doctrinas.

La acertada disposición, importancia y orden de estos Pensamientos forman de ellos un verdadero ramillete que debiera ponerse en manos de todos los que practican los Santos Ejercicios, como recuerdo de los mismos.

«Abundan, dice el R. P. Martín, S. J., en las obras de Santa Teresa conceptos profundos é ideas madres que sintetizan lo que en vastos tratados apenas logran darnos á entender las mejores plumas de nuestros Teólogos, y el alma sencilla que los lee, herida por esos relámpagos de luz, columbra en lontananza regiones luminosas á donde ni los más valientes ingenios á veces logran remontarse.»

La mayor parte de estos conceptos é ideas los hallará, pues, coleccionados el lector en este selecto opúsculo.

El Sacrificio en el Dogma católico y en la Vida cris-

tiana por el Abate J. M. BUATHIER, Canónigo honorario de Belley, versión de la sexta edición francesa por JUAN MONEVA PUYOL, Catedrático de Cánones en la Universidad de Zaragoza. Un volumen de 444 páginas de 19 × 12 cms.

ÍNDICE.—PRIMERA PARTE. *El sacrificio en el dogma católico.*—Cap. I. Idea general del sacrificio.—II. El sacrificio antes del pecado.—III. El sacrificio después del pecado.—IV. El sacrificio de la Cruz.—V. El Calvario y la Cruz.—VI. El sacrificio eucarístico, *memorial* del sacrificio de la Cruz.—VII. El sacrificio eucarístico, *renovación* del sacrificio de la Cruz y sacrificio real.—VIII. El sacrificio eucarístico, *aplicación* del sacrificio de la Cruz.—IX. El sacrificio en el cielo.—X. El sacrificio y el Sagrado Corazón.—XI. El sacrificio y la Virgen Santísima.

SEGUNDA PARTE. *El sacrificio en la vida cristiana.*—Cap. XII. El sacrificio y la vida cristiana.—XIII. El sacrificio y la fe.—XIV. El sacrificio y la esperanza.—XV. El sacrificio y el amor.—XVI. El sacrificio y la voluntad.—XVII. El sacrificio y los sentidos.—XVIII. El sacrificio y la muerte.—XIX. El sacrificio y la familia.—XX. El sacrificio y la sociedad.—XXI. El sacrificio y la felicidad.

APÉNDICE. El sacrificio y lo bello.—Hermosura de Dios.—Jesucristo.—Hermosura de la Virgen María.

«Este libro es un poema, un canto, en el cual la voz de la Teología, del sentimiento y de la misma imaginación forman un acorde perfecto. La lectura de vuestro libro hará mucho bien á las almas.» (Mgr. LUÇON, *Obispo de Belley*).

«Habéis tratado esta materia fundamental del Cristianismo con buena ciencia teológica, penetrando el corazón humano, bien enterado de nuestro tiempo y sus necesidades. Vuestra obra muy erudita, feliz en la resolución de problemas abstractos, tiene además poderoso atractivo literario.» (Mgr. MERMILLOD, *Obispo de Ginebra*.)

«He recomendado mucho su lectura... Habéis estudiado esta materia en las Sagradas Escrituras, en los Teólogos, en los escritores ascéticos, en los predicadores y en la experiencia de la vida cristiana... Cualidades superiores tiene vuestro estilo: precisión y elegancia, firmeza y vehemencia.» (Mgr. TURINAZ, *Obispo de Nancy*.)

«Útil es vuestra labor á los sacerdotes y también á los demás fieles. Muestra

cuánta es la fecundidad del sacrificio, el cual es origen de todas las empresas nobles y grandes.» (MGR. PERRAUD, *Obispo de Autun*.)

«Vuestro libro es muy bueno: instruye y edifica, convence y persuade. Ha sido idea feliz reunir en él dogma y moral.» (MGR. GAY, *Obispo de Authédon*.)

«Seguro estoy de que vuestro libro, comentario admirable del Crucifijo y de la Hostia Santa, hará mucho bien á las almas que tengan la dicha de leerlo.» (MGR. BOURRET, *Obispo de Rodes*.)

Instrucción para enseñar la virtud á los principiantes

y Escala espiritual para la perfección evangélica, compuestas por el Padre FRAY DIEGO MURILLO, de la Orden del Seráfico Padre San Francisco, Lector de Santa Teología, Predicador y Definidor de la Provincia de Aragón; sácalas nuevamente á luz el Padre FRAY JAIME SALA, de la misma Orden, según la edición de Zaragoza, impresa por LORENZO DE ROBLES en el año 1598. Dos volúmenes de 470 y 418 páginas de 25 $\frac{1}{2}$ \times 16 $\frac{1}{2}$ cms.

LIBRO PRIMERO.—De la necesidad grande que hay en las Repúblicas, y en especial en las religiones, de la buena educación de los mozos, y de las partes que han de concurrir en los Maestros que los han de criar.

LIBRO SEGUNDO.—Del modo de proceder que han de tener los Maestros con los que vienen á tomar el hábito, y de los ejercicios en que los han de ocupar el año del noviciado.

LIBRO TERCERO.—De la disciplina monástica que se ha de enseñar á los novicios, para después de profesos.

LIBRO CUARTO, llamado *Escala Espiritual para la perfección evangélica*.

Parte primera. En que se trata de lo que ha de hacer el religioso para andar bien ordenado en sí mismo.—*Parte II.* En que se trata de lo que debe hacer para alcanzar la perfección de caridad que se ha de tener con el prójimo.—*Parte III.* En que se trata de lo que debe hacer el religioso para andar bien ordenado con Dios.

En cada uno de dichos tratados, á cuyo desarrollo dedica el P. Murillo de veinte á treinta capítulos por lo menos, se admira siempre al hombre práctico, al pensador profundo, al teólogo eminente y al consumado estilista y digno rival de los Leones y de los Granadas, de los Marianas y de los Mendozas, de los Rivadeneiras y de los Sigüenzas.

LA INSTRUCCIÓN Y ESCALA es un curso completo de educación religiosa; está escrito con tal unción y suavidad, que luego que el P. Murillo toma al principiante bajo su dirección, ya no necesita más pedagogos ni maestros, porque éste lo instruye teórica y prácticamente, llevándole como de la mano en todas las fases de la vida monástica. Cuando el alma del novel religioso está saturada con las bellezas de la vida espiritual, le enamora de otro convento y de otros claustros más deliciosos que los que habita con sus hermanos; le descubre como por escotillón el Cielo y le hace ver cuán fácilmente puede subirse á los alcázares de la Gloria, mediante la escala que él le traza para que pueda llegar á unirse con su Criador.

Recomendamos, pues, la adquisición de la INSTRUCCIÓN Y ESCALA á los Superiores de toda comunidad religiosa, á los Prefectos de los escolasticados y á los Maestros de novicios, seguros de que el P. Murillo será el mejor guía para el recto desempeño de sus cargos.

La vida divina en el hombre ó la vida cristiana

por MONSEÑOR CARLOS FRANCISCO TURINAZ, Obispo de Nancy y de Toul, versión por JUAN MONEVA PUYOL, Catedrático de Cánones en la Universidad de Zaragoza. Un volumen de 374 págs. de 19 \times 12 centímetros.

«No es la obra de Mons. Turinaz un tratado exclusivamente ascético escrito con el único fin de conducir á las almas por los caminos de la virtud. Abarca, sí,

estos puntos principalísimos en el concepto de la vida divina en el hombre, pero al analizar los constitutivos y la esencia misma de la perfección cristiana, logra establecer las bases de la teología católica y formar un tratado apologetico demostrativo de la verdadera Religión. Dios, que es la fuente de la vida, la ha comunicado al hombre en el orden natural y sobrenatural. Qué es esta vida dentro del Cristianismo, cuáles son sus caracteres, sus manifestaciones, sus fundamentos; en qué consiste la fe, cuál es el orden sobrenatural, su extensión, la ley divina, sus preceptos, su universalidad, sus dotes, las virtudes que encierra; y, finalmente, cuál es el complemento de la vida cristiana, en qué consiste la visión beatífica, he aquí los puntos de verdadero interés que contiene la obra de Mons. Turinaz, estudiados todos ellos bajo el influjo de la teología católica. Libros de esta índole no necesitan ser recomendados. Mons. Turinaz constituye la mejor garantía, la mejor recomendación de la obra recientemente editada por el Señor Gili.—*España y América.*

Compendio de Historia Eclesiástica por el Dr. F. X. FUNK, Profesor de la Universidad de Tubinga, traducido de la 5.^a edición alemana por el P. RAMÓN RUIZ AMADO, S. J. Un volumen de 624 págs. de 25 × 15 cms.

Esta notabilísima obra, que ha sido adoptada por los más importantes seminarios de Alemania, Francia, Italia é Inglaterra, es considerada como *el mejor libro de texto* publicado en estos últimos decenios en todo el mundo, para el estudio de la Historia Eclesiástica: La *precisión* de los datos, la enorme *plenitud* de la información, no sólo en la *historia interna* del dogma, culto y disciplina, sino aun en los ramos accesorios, como *Patrología, Liturgia y Arqueología* eclesiástica, hacen de este libro un *imprescindible manual* para todo sacerdote, y aun para *todo católico ilustrado*, que quiera estar al corriente de los más trascendentales estudios con que modernamente se ataca y defiende á la Iglesia. Al propio tiempo que *excelente resumen* de toda la materia, es el libro de Funk una *introducción* inestimable á la ampliación de los estudios históricos, poniendo en las notas al corriente de todos los instrumentos de trabajo y publicaciones recentísimas.

Estas relevantes cualidades del original, se han avalorado en la versión española, corrigiendo algunas singulares aserciones del autor, que han parecido á la crítica menos aceptables, y añadiendo las más necesarias noticias acerca de la Historia eclesiástica particular de España, sobre todo un concienzudo *estudio* acerca de la *inquisición española*, materia tan sujeta á apasionadas controversias.

La presentación tipográfica es inmejorable, precediendo un detallado *índice* de capítulos, y siguiendo otro *índice de materias* tan copioso, que se puede usar la obra como un verdadero *diccionario* de la Historia eclesiástica. A la claridad de exposición, propia del autor, se añade la diáfana del estilo castellano con que el traductor ha sabido vencer las no pequeñas dificultades del texto alemán.

El Gobierno de sí mismo *Ensayo de psicología práctica*, por el R. P. ANTONINO EYMIEU, de la Compañía de Jesús, versión española, hecha sobre la 10.^a edición francesa, por S. P. VICENS Y MARCÓ. Un volumen de 354 págs. de 19 × 12 cms.

Libro notabilísimo, y que está muy por encima de cuanto en su género se ha escrito. Es obra de auto-educación. Se trata de resolver el problema de si puede el hombre no sólo modificarse exteriormente sino, como dice el autor, *rehacerse*, y la solución no puede ser más satisfactoria. El caso está en conocer las fuerzas con que contamos. Y esto es precisamente lo que constituye la médula y aun la parte excepcional de este libro.

Este libro bien meditado puede regenerar una sociedad. Como dijo Horacio: «A todo es capaz de atreverse el linaje humano.» Aunque envilecido por los vicios puede todavía reconquistar el cetro de su razón y de su libertad y volverse á hacer hombre. Quién tiene en su mano tantas fuerzas es casi omnipotente.

La Sagrada Familia *Modelo de familias cristianas, ó sea el Mes de Enero distribuido en tres Novenas y un Tri-duo en forma de piadosas lecciones donde se presenta á Jesús, María y*

José como modelos perfectísimos de Padres, Madres é Hijos, compuesto y refundido por el Promotor de la Asociación de Familias DON VALERIANO PUERTAS NAVAS, Presbítero, del que escribió en italiano DON PABLO BONACCIA. Un volumen de 288 páginas de 14 × 9 centímetros.

Despertador Antoniano *Devocionario completo de los Asociados de la Pia Unión de San Antonio de Padua,* por el R. P. FR. SAMUEL EIJÁN, O. F. M. Libro recomendado á los miembros de la *Pia Unión* por el Director del Centro Nacional de España. Segunda edición. Un volumen de 408 páginas de 14 × 9 cms.

Vida popular de San Antonio de Padua *y medios para propagar su culto entre los fieles,* por el R. P. FR. SAMUEL EIJÁN, O. F. M. Un volumen de 272 págs. de 14 × 9 cms.

Mes del Sagrado Corazón de Jesús compuesto por la Reverenda Madre ANA DU ROUSIER, de la *Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús*, notablemente aumentado por el P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio. Un volumen de 314 páginas de 14 × 9 cms. con dos bonitas láminas.

El Arcángel San Rafael *Su misión y su culto,* por UN FRAILE MENOR, traducido por el Reverendo Padre FRAY FRANCISCO MARÍA FERRANDO Y ARNAU, O. F. M. Un volumen de 190 páginas de 17 × 11 centímetros.

Manual de la familia cristiana *dedicado á la Sagrada Familia* por UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. Un volumen de 460 páginas de 14 × 9 centímetros con hermosos grabados.

Mes de María por el R. P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio. Segunda edición. Un vol. de 236 págs. de 14 × 9 cms.

El Crucifijo por el Abate CAFFANJÓN, Capellán del Hospicio del Calvario, versión por el R. P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio. Un volumen de 260 páginas de 14 × 9 cms.

Los tesoros de la vida cristiana por el R. P. MARÍA ANTONIO, Misionero capuchino. Un volumen de 160 páginas de 17 × 11 centímetros.

Las luchas del alma *Instrucciones á las Hijas de María y á las personas piadosas,* por el Abate EDELÍN, versión del R. P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio. Un volumen de 426 páginas de 17 × 11 centímetros.

Las Hijas de María *Su conducta en el mundo, Conferencias traducidas del francés* por el R. P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio. Segunda edición. Un volumen de 204 páginas de 14 × 9 centímetros.

Las virtudes del Religioso por el R. P. BENITO VALUY, de la Compañía de Jesús. Traducción por el R. P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio. Un volumen de 258 páginas de 14 × 9 centímetros.

El Arte de sufrir por el R. P. DU BOURG, O. S. B., con un Prólogo de *Francisco Coppée*, versión por JUAN DE DIOS S. HURTADO. Un volumen de 128 págs. de 19 × 12 cms.

El Guía del Seminarista por el Abate H. DUBOIS, Superior del Seminario de Coutances, versión de D. VALERIANO PUERTAS NAVA, Pbro. Única edición completa. Un volumen de 400 págs. de 19 × 12 cms.

Del Gobierno de las Comunidades religiosas por el R. P. BENITO VALUY, de la Compañía de Jesús, versión por el R. P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio, edición seguida de *Algunas reglas y avisos* tomados por el R. P. LEÓN VIDALLER, Escolapio, del manuscrito titulado *Instrucción de Prelados* del P. JUAN VALERO, Prior que fué de la Cartuja de *Scala Dei*. Un volumen de 506 págs. de 25 1/2 × 16 1/2 cms.

Hojitas de oro dedicadas á las Hijas de María, por UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. Un volumen de 300 páginas de 14 × 9 cms.

Nuestra Señora de Lourdes *Relatos*, por el R. P. L. JOSÉ MARÍA CROS, de la Compañía de Jesús, versión del R. P. ANTONIO VILADEVALL, de la misma Compañía. Segunda edición corregida é ilustrada con 5 grabados. Un volumen de 312 págs. de 19 × 12 cms.

Obras del Autor de los Avisos Espirituales

Avisos espirituales para las almas que aspiran á la santificación, versión del francés por JUAN DE DIOS S. HURTADO. Tomo I. Un vol. de 452 páginas de 17 × 11 cms.

Avisos espirituales para las mujeres cristianas que viven en el mundo, versión del francés por JUAN DE DIOS S. HURTADO. Tomo II. Un volumen de 400 páginas de 17 × 11 cms.

Avisos espirituales para las almas que aspiran á la perfección, versión del francés por JUAN DE DIOS S. HURTADO. Tomo III. Un volumen de 428 páginas de 17 × 11 centímetros.

El Libro de los afligidos (*Consuelos para el dolor*), versión del francés por JUAN DE DIOS S. HURTADO. Segunda edición. Un volumen de 572 págs. de 17 × 11 cms.

Coloquios eucarísticos Versión del francés por JAIME BOLOIX, Un volumen de 240 págs. de 17 × 11 cms.

Reflexiones y oraciones para la Sagrada Comunión

versión del francés por el R. P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio. Dos gruesos volúmenes de 17 × 11 cms.

Biblioteca Emporium

JUICIOS DE LA PRENSA

«Lecturas del más depurado buen gusto literario, de refinada presentación material y de la más sana y vigorizadora tendencia. F. S. y S.»—*Revista Popular*.

«Todas las obras de esta biblioteca son de gran mérito literario y de fondo moral irreprochable; pueden y deben, pues, recomendarse á todo el mundo sin distinguos de ningún género.»—*El Buen Consejo*.

«Esta Biblioteca responde en un todo á la necesidad que teníamos de lecturas sanas... Obras de literatura universal, las más selectas, las que mejor satisfagan las aspiraciones del esposo, de la madre, del joven... son los riquísimos materiales que la componen. P. BERNARDO MARTÍNEZ.»—*España y América*.

«La Biblioteca Emporium combate la literatura inmoral, educando á la vez el gusto y el sentimiento... Nada más recomendable para la juventud, para las familias y colegios.»—*El Siglo Futuro*.

«Libros altamente moralizadores y eminentemente literarios.»—*La Semana Católica*.

«Quisiéramos que penetrase en todos los hogares.»—*El Correo Josefino*.

«Con libros de esta índole debe obrarse la restauración de la literatura europea.»—*La buena prensa y el buen libro*.

«Todo elogio nos parecería pálido reflejo de la realidad.»—*El Eco de la Cruz*.

«Felicitamos al editor por haber realizado idea tan hermosa.»—*Floretillos de San Francisco*.

«Esta publicación merece el aplauso de las personas de buen gusto literario.»—*Revista Montserratina*.

«Empresa laudabilísima y digna de todo encomio. Con esta Biblioteca está llevando á cabo el Sr. Gili una labor gigantesca. LIZARRA.»—*Diario de Navarra*.

«Nada podrá leerse con más seguridad de conciencia y con mayor provecho del espíritu que los libros de la Biblioteca Emporium.»—*El Promotor de la devoción á la Sagrada Familia*.

«La labor de la Biblioteca Emporium va á ser de decisiva regeneración en el gusto literario.»—*La Vos de Alicante*.

«La impresión es nítida, clara, abundante en grabados artísticos y nuevos.»—*La Esperanza*.

«El papel es escogido, la impresión esmeradísima, las ilustraciones magníficas.»—*La Avalancha*.

VOLÚMENES PUBLICADOS Ó EN PRENSA

REYNÉS MONLAUR.—*El Rayo de Luz*, Escenas Evangélicas.

„ „ *Después de la hora nona*, Narración de los tiempos apostólicos.

„ „ *Mirarán hacia Él*, Episodios Evangélicos.

„ „ *Almas celtas*.

P. R. DEL VALLE RUIZ, O. S. A.—*Mis Canciones*, Obras poéticas.

ENRIQUE BORDEAUX, de la Academia Francesa.—*El miedo de vivir*.

FRANCISCO COPPÉE, de la Academia Francesa.—*Frutos del dolor*.

PABLO BOURGET, de la Academia Francesa.—*Un santo*.

ROBERTO HUGO BENSON, pbro.—*El Señor del mundo*.

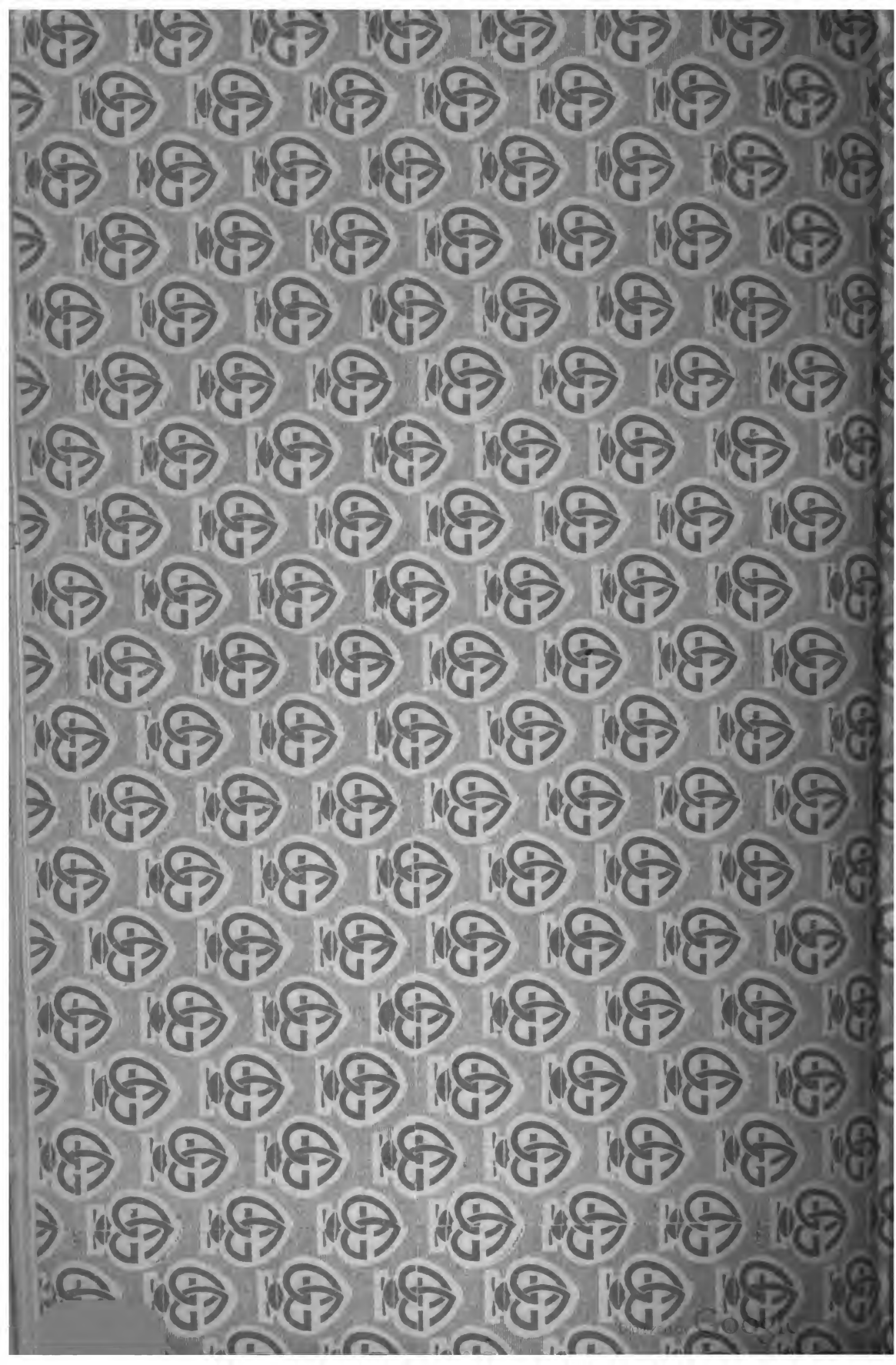
MARQUÉS COSTA DE BEAUREGARD, de la Academia Francesa.—*Predestinada*.

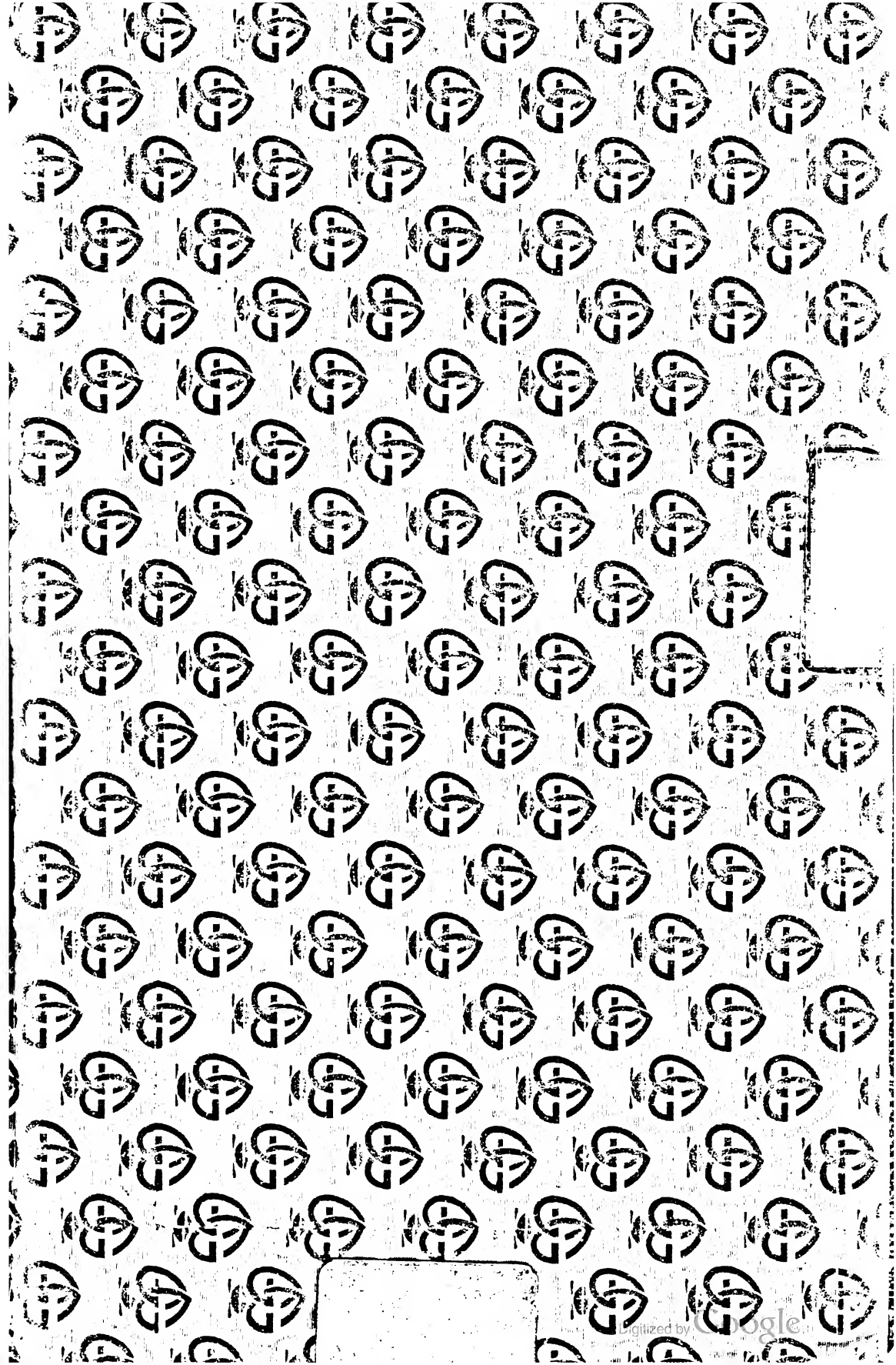
S. S. . . . *Una Religiosa Reparadora*, prólogo de RENATO BAZIN.

MGR. BAUNARD.—*La fe y sus victorias*.

„ *¡Sursum corda!* CARTAS DE LA CONDESA DE SAN MARCIAL (SOR BLANCA, HERMANA DE LA CARIDAD).

Diario de una proscrita, prólogo de FRANCISCO COPPÉE.





UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3024327939

0 5917 3024327939